Augusto Conte

RECUERDOS DE UN DIPLOMÁTICO

CLÁSICOS DE HISTORIA 500

AUGUSTO CONTE

RECUERDOS DE UN DIPLOMÁTICO

Nueva Biblioteca Universal Góngora

Tres tomos

Madrid 1901-1903

SUMARIO

I.
Cádiz, de 1830 a 1833.

Proemio.—Primeros recuerdos.—Asesinato de Hierro y Oliver.—Primera educación religiosa y literaria.—La escuela de Agreda.—Cómo nos ensenaba la buena pronunciación.—Los nacimientos.—El teatro de la tía Nórica.—Familias de origen extranjero establecidas en Cádiz.—Colegio de Villaverde.—Detrás de la cruz suele estar el diablo.—Fiestas públicas.—Jura de la Princesa Isabel.—Reuniones de los masones.—Muerte del Rey D. Fernando.

Hallándome ya, avanzado en edad y falto de ocupaciones obligatorias, hame venido la idea de escribir mis recuerdos en forma de una autobiografía, no tan sólo para mi propio entretenimiento, sino también para que los que gustan de las relaciones de los viejos, puedan leer la que voy a hacer de las cosas que he visto u oído desde que tengo uso de razón. Contendrá mi libro un poco de todo: viajes, descripciones de ciudades y pueblos, historia política, anécdotas, literatura, artes y cuanto crea, en fin, que pueda servir para pintar bien los países que he visitado y la época en que he vivido.

Excuso decir que no tengo en esta tarea la menor pretensión literaria o política. Procuraré, únicamente, que mi estilo sea natural y sencillo, cual conviene a las producciones de esta especie. No haré revelaciones extraordinarias, porque no he tenido casi nunca ocasión de manejar negocios que pudieran dar lugar a ello, y cuando toque a cuestiones políticas daré con libertad mi opinión; pero sin pasión de partido, no habiéndome jamás afiliado a ninguno. No trataré tampoco de despertar la curiosidad por medio del escándalo, limitándome, siempre que pueda, a relatar hechos históricos; y cuando la verdad exija que refiera las faltas de alguna persona determinada, no haré más que repetir lo que han dicho o creído de ella la generalidad de mis contemporáneos.

Nací en Cádiz, el día 5 de septiembre de 1823; por consiguiente, mis primeros recuerdos datan de la llamada ominosa década, o sea de los diez años que transcurrieron desde la intervención de los franceses hasta la muerte del Rey Fernando VIL Según oí decir más adelante, la campaña de aquéllos, si bien vergonzosa para España, había tenido al menos la ventaja de ser incruenta, gracias al estado del país, harto ya de las locuras de los liberales o masones, que era como los llamaban más comúnmente. Y esto me fue confirmado muchos años después por varios testimonios contemporáneos, entre otros el del Duque de Talleyrand Perigord, en aquella época Duque de Dinó, el cual mandaba la caballería de Angulema. Asegurábame que atravesó toda la España y llegó hasta Cádiz sin haber tenido que esgrimir la espada ni requerir las pistolas. Decíase que el Rey, ansioso por la llegada de los que consideraba como libertadores, no hacía más que mirar con un anteojo de larga vista, desde las ventanas de la Aduana de Cádiz, donde se alojaba, para ver si se acercaban por fin los franceses a la costa de enfrente, y que no pudo ocultar su alegría cuando se cercioró de que estaban ya en ella.

Pertenecía mi madre Doña Margarita Lerdo de Tejada, a una familia de las antiguas y sanas de Castilla; por lo tanto, era muy apegada a las ideas tradicionalistas, y uno de mis tíos, llamado Don Francisco, había sido educado en la Corte, de donde volvió a Cádiz con el hábito de Santiago y convicciones tan reaccionarias, que más tarde propendió mucho al carlismo. Mi padre Don Augusto Conte, era francés de nacimiento, pero español de corazón, por haber venido muy joven a España, y bastante inclinado a las opiniones liberales. Entre sus amigos había también muchos del mismo color político, formando todo esto un contraste, el cual fue causa de que desde mis más tiernos años oyese dentro del hogar paterno el pro y el contra de las discusiones de aquella época. Añádase que fuera de casa y hasta en los bancos de la escuela, se percibían también los ecos de unas y otras opiniones y como los truenos precursores de la tempestad que andaba ya cercana. Aunque los franceses habían evacuado la España, y el Rey y sus Ministros hacían algunos esfuerzos para regenerar el país, era notorio que los liberales conspiraban con objeto de coartar las facultades del

Monarca, restableciendo la Constitución del año 12. Oíase hablar a cada momento de conspiraciones reprimidas o descubiertas, y en Cádiz mismo estuvo a punto de estallar una, que sólo fracasó por la energía de su Gobernador, el Brigadier Hierro y Oliver. En pena de su lealtad, fue éste asesinado por los sectarios, quienes le acometieron en medio del día y en una de las calles principales. Hierro desenvainó su espada y probó a defenderse; pero atacado por tres de aquellos malvados, cayó bañado en su sangre. Es este uno de mis recuerdos más antiguos, y no he olvidado nunca la impresión recibida por mi ánimo ante aquel trágico suceso, que me pareció por todo extremo aborrecible. Ni fueron menores el terror y el horror con que supe después que uno de los asesinos, llamado Álvarez, había sido preso cerca ya de la frontera de Francia. Un realista, que creyó reconocerle, le llamó en alta voz por su nombre, y el malaventurado volvió luego la cara y se vendió incautamente. Traído a Cádiz sufrió allí el último suplicio, y su mano derecha fue después cortada por el verdugo y colocada dentro de una jaula de hierro, encima de la Puerta de Tierra, de manera que no se podía volver del paseo a la ciudad sin contemplar aquel objeto tan tétrico.

Para comenzar mi educación me mandaron con mi amado hermano mayor Francisco a una escuela de primeras letras que había entonces en la plaza de San Antonio, esquina de la calle de la Torre, dirigida por un tal D. José María Agreda, buena persona, de carácter pacífico, con quien hice bastantes progresos. Además de la lectura, escritura, gramática y aritmética, nos enseñaban el dibujo, hacia el cual me sentí desde luego aficionado, y emulaba en este estudio con mi querido amigo Miguel Guilloto, aunque, muchachos al fin, acabábamos muchas veces por jugar en vez de dibujar y nos comíamos el pan que llevábamos para borrar el lápiz. Agradábame mucho también la lectura en voz alta, que hacíamos en libros interesantes y bien escritos, cuales son las fábulas de Samaniego e Iriarte y la historia de España de este último, que con gusto veo sigue siendo de uso en las escuelas, a pesar de que se han escrito varias otras en lo que va de siglo. Y a fuerza de leer estos libros habíamos acabado por saberlos casi de memoria; y en casa leía también otros, porque la lectura fue desde luego mi ocupación favorita.

A la puerta de la escuela estaba escrita esta cuarteta:

Árbol que crece torcido
Nunca su tronco endereza,
Pues se hace naturaleza
El vicio con que ha crecido;

y por esto, sin duda, el bueno de Agreda trataba de inculcarnos los mejores principios. Repetíamos siempre que el temor de Dios es el principio de la sabiduría, y en nada ponía tanto empeño como en que aprendiésemos bien el catecismo, y luego una vez al año nos examinaban en él con toda solemnidad en la iglesia de las Descalzas. Íbamos allí muy lindamente vestidos, con los cuellos vueltos y almidonados y los cabellos perfumados y a rizos, y puestos de pie en sendos bancos, nos hacíamos mutuamente preguntas sobre la historia sagrada y las leyes de Dios y de la Iglesia, con gran contentamiento de nuestras madres y hermanas, que, apiñadas en aquel pequeño templo, asistían a nuestros primeros triunfos.

Igual, si no mayor fiesta, teníamos después en el día de la Purísima, pues aunque todavía no había proclamado el Papa el dogma de la Inmaculada Concepción, en España se tenía de antiguo por cosa incontrovertible, y en mi niñez se llamaba siempre a las puertas de las casas, diciendo: Ave María Purísima, y respondían de adentro: Sin pecado concebida. Y los serenos antes de cantar las horas, decían igualmente: Ave María Purísima. Y la devoción a la Madre de Dios era tan grande, que los mismos soldados de la guarnición, luego que se ponía el sol, y sonaba el toque que llamaban de oraciones, formaban delante de las guardias y recitaban las preces del Ave María, mientras redoblaban los tambores. La gente se descubría y se paraba por las calles para rezar, sin que nadie tuviera vergüenza de mostrarse buen católico. Había, pues, gran festividad el día de la Purísima en las escuelas, y la nuestra solía trasladarse en cuerpo a una de niñas, que existía entonces en la calle Ancha, al lado de San Pablo, donde había una capilla con su altar y una imagen de la Virgen, a la cual consagrábamos unas velas de cera muy bien labradas, y adornadas con dorados y pinturas, que

nos parecían y eran en realidad primorosísimas. Y por la noche, uno de nosotros predicaba un sermoncito alusivo a la circunstancia. Y recuerdo que una vez le tocó la suerte a mi hermano Francisco, y me parece que le estoy viendo, subido en un pulpitillo y vestido con una sobrepelliz muy blanca y plegada, y empezar luego su exordio con la mayor formalidad y en los términos siguientes: «Padres y madres de los alumnos congregados bajo las bóvedas de este edificio.» Por cierto que las bóvedas eran simplemente unas vigas pintadas de blanco y de no muy grande altura.

La dificultad mayor en estos ejercicios era la buena pronunciación, porque los andaluces, en general, nos comemos muchas letras, y sobre todo no hacemos sentir las eses finales, y hasta hombres muy notables en la elocuencia no han podido corregirse de ese vicio, a excepción de D. Antonio Alcalá Galiano, quien, por haber vivido mucho tiempo en Madrid y hecho un peculiar estudio de ello, pronunciaba como los castellanos. Martínez de la Rosa se corrigió también bastante, mas no tanto que no confundiera la ese con la zeta, principalmente cuando se alteraba un poco o se dejaba ir a su modo más natural de hablar, en el seno de la confianza.

Nuestro maestro, pues, sudaba para hacernos pronunciar bien, y entre otros medios originales de conseguirlo, adoptó el de obligarnos a pronunciar las eses finales por varios segundos y durante todo el tiempo que él tardaba en trazar lentamente un círculo con el dedo índice encima de la mesa.

Al llegar las Navidades había vacaciones y fiestas como para la Concepción. Establecíase en la plaza de los Descalzos una feria de juguetes de toda especie, y en cada casa se ponía un Nacimiento, que consistía en una montañita colocada sobre una mesa y hecha con cajas cubiertas de papel encolado y pintado de color castaño, en cuya cima se veía una ciudad de cartón que figuraba ser Jerusalén, y en lo bajo un valle formado con arena y musgo, por mitad del cual corría un arroyo que por fuerza había de ser cristalino, puesto que era de cristal, con su fondo de papel plateado. Al pie de la montaña se descubría un pórtico o portal de corcho pintado, figurando piedra, dentro del cual la Virgen y San José adoraban al Niño Jesús. Estaba éste colocado en un pesebre, y los dos animales mencionados por la tradición ocupaban el fondo de la escena. Divisábase por la colina la procesión de los Reyes Magos, los cuales venían de Jerusalén, cada uno con su lindo trompetero y criados montados en camellos, que les formaban cortejo, y también se veían por el monte y por el valle muchos pastores y pastoras trayendo regalos al Niño Dios, cuyo nacimiento les anunciaba un ángel con alas muy doradas y relumbrosas, que colgaba del techo y se cernía a manera de águila rampante. Una estrella de papel dorado, suspendida también sobre la entrada del portal, completaba aquel bello cuadro.

En nuestra casa no faltaba nunca el nacimiento, y la diversión empezaba desde que se ponía mano a su construcción, porque raro era el año en que no había que reemplazar algunas figuras, y esto obligaba a ir a la feria para comprarlas, y en verdad que ciertas de ellas no estaban mal hechas ni dejaban de costar caro, a pesar de que eran de barro pintado. Y luego todas las noches hasta pasada la Epifanía, se iluminaba el monte y el llano con velas y candilejas, y se cantaban coplas alusivas a la circunstancia, con acompañamiento de panderetas y zambombas, llevando la batuta una antigua criada, por nombre Teresa, sumamente hábil en este género de música. La armonía no era grande y las coplas tenían una ingenuidad primitiva; mas no hay duda de que todo aquello contribuía mucho a grabar en la imaginación tierna de los niños el misterio principal de nuestra religión, al cual asistían, por decirlo así, conservando luego de ello una impresión indeleble. Ahora vase adoptando el uso del árbol de Navidad, cuyo origen es escandinavo y pagano, el cual recuerda sólo la renovación del año en el solsticio de invierno, y no significa, por consiguiente, lo mismo que el Nacimiento. Permítaseme deplorarlo, y desear que la nueva costumbre no destierre al menos la antigua, sino que las dos vivan juntas.

Diversiones del invierno eran también los títeres, que se ejecutaban en un teatrillo de la calle de la Compañía. Este espectáculo es antiguo en España, según lo prueba la aventura de Maese Pedro en Don Quijote; mas el que entonces existía en Cádiz había sido establecido por un italiano y no dejaba de tener algún mérito. Representaba a veces misterios y autos, pero en general daba farsas, entre las cuales sobresalía la de Tía Nórica, tipo de la vieja del pueblo, siendo sobre todo

célebre su testamento y la enumeración de cachivaches que dejaba a sus parientes y amigos. Por esto sin duda le habían puesto a aquel teatrillo el nombre de la Tía Nórica.

Su dueño era, como he dicho, un italiano natural de Génova, de cuya nacionalidad había muchos en Cádiz, pues nuestra ciudad ha sido de antiguo muy poblada por extranjeros, siendo en ella numerosísimas las familias que, cual la mía, traen su origen de antepasados franceses, o de ingleses, italianos y alemanes, como las de Sicre, Lacave, Pemartín, Rancés, Mac-Pherson, Brochman, Onetto, Lavagi, Ravina, Feducci y Fedriani. Pero los genoveses han sido siempre los más numerosos, y a ellos se debe sin duda alguna el cultivo del campo llamado de Puerta Tierra y el empleo y gusto de los mármoles en la construcción de los edificios, que han hecho de cada casa de Cádiz una como miniatura de los palacios de Italia. Debe igualmente Cádiz a este concurso de extranjeros la bella raza de sus mujeres, a consecuencia del cruzamiento de tantas sangres diversas. El comercio los atraía, y después se casaban con señoritas del país; formaban nuevas casas y familias, e introducían en aquel suelo privilegiado una cultura bastante superior a la de las demás ciudades de Andalucía.

Continuando el tema de las diversiones, diré que teníamos también en casa la de las sombras chinescas, cuyo origen es antiguo y que se han usado siempre hasta en Argel y Turquía para las representaciones del famoso Karagós o pulchinela árabe, y ahora mismo están de moda en Francia las que se ejecutan en la taberna del Gato Negro, con asistencia de lo mejor de París. Las nuestras eran más modestas y las dirigía la misma criada que presidía a la música del Nacimiento, ayudada de una cierta Doña Dolores Martínez, antigua amiga de mi madre que vivía con nosotros y a quien queríamos mucho.

Poseíamos asimismo una famosa linterna mágica que nos regaló nuestro abuelo D. Francisco Lerdo de Tejada, persona tan grave que no se reía jamás; pero que se complacía en vernos divertidos, y me acuerdo muy bien de cuando venía a vernos, vestido siempre de frac, corbata blanca, las cadenas de dos relojes colgando bajo la chupa, y un bastón de caña de India de dos pisos, con puño de oro. Traía, sin embargo, sombrero de copa alta, porque el de picos había desaparecido ya, y en mi niñez sólo quedaba en Cádiz un guitarrero, antiguo, buen mozo, establecido en la calle del Rosario, que lo conservaba, juntamente con el calzón corto, las medias de seda, coleta y polvos.

Como el lector lo va viendo, no dejaba mi niñez de ser entretenida, y todavía debo completar este catálogo de pasatiempos, refiriendo mis lecturas caseras; pues, como ya lo he dicho, los libros fueron desde luego mi pasión dominante. Cuatro obras extranjeras, pero muy bien traducidas al español, fueron mis primeros favoritos: el *Bertoldo*, libro chocarrero, pero no sin cierta ciencia del mundo, que compuso en italiano un tal Andrea Rubbi; el *Amigo de los Niños*, del amable Berquín, cuya sana moral es tan apropósito para formar los corazones en la edad temprana; las *Veladas de la Quinta* de la Condesa de Genlis, que despertaba mi curiosidad con las aventuras del sabio Thelismar; y por último, el *Robinsón* de Campe, obra muy adecuada para inspirarme un gran deseo de viajar y ver mundo.

Corrían así tranquilos los días de mi primera edad, cuando mi padre pensó que era ya tiempo de que empezásemos el latín y el francés, para lo cual era menester que fuésemos a un colegio. Mi santa madre, a cuyo celo soy principalmente deudor de los sentimientos religiosos que me han libertado de mil errores en el discurso de mi vida, tenía una grande repugnancia a aquella idea, la cual tampoco nos sonreía a nosotros, por temor al encierro y disciplina; mas al fin hubo de consentir en que nos pusiese mi padre en cierto instituto dirigido por un clérigo llamado Villaverde, donde había todavía pocos discípulos y todos de buenas familias. Nuestra madre no recordaba, sin duda, que detrás de la cruz suele estar el diablo, ni sabía que el tal sacerdote, no tan sólo era liberal, sino también gran partidario de Rousseau, cuyas máximas pedagógicas quería poner en práctica, hasta tal punto que en las fiestas nos llevaba a una casa que tenía alquilada en Puerta Tierra, y allí nos dejaba pasar muchas horas en la playa con los pies descalzos y la cabeza desnuda, cogiendo ostras y correteando como indios bravos; de lo cual sacábamos sendos resfriados y no pocas jaquecas.

Como quiera, el Sr. Villaverde era hombre docto, y teniendo ganas de acreditar su nuevo colegio, puso mucho esmero en que aprendiésemos bien el latín, el francés, las matemáticas y la geografía; y aumentando luego bastante el número de los alumnos, tomó buenos profesores para que le ayudasen. Entre ellos no puedo olvidar al de francés, que se llamaba Luna, y era el hombre más colérico que yo he conocido. Conmigo, sin embargo, no tuvo nunca ocasión de enfadarse demasiado. En mi anhelo de aprender pronto la lengua francesa, era aquella la materia que más estudiaba, y no tardé en recibir mi recompensa, pues pude leer las deliciosas fábulas de La Fontaine y el divino *Telémaco*[1]. Este último libro me hizo entonces todavía más impresión de la que me hicieron más tarde la *Iliada* y la *Eneida*. Fue para mí la primera revelación de lo bello en la forma y en el fondo: no podía dejarle de la mano y le he conservado tanta afición que no sé cuántas veces lo he releído en diversas épocas de mi vida, y siempre con el mismo gusto.

Del maestro de latín, nombrado Bustamante, haré después mención, así como del de dibujo. Del profesor de música diré que era un hombre joven, el cual empezaba entonces su carrera, pues era simple tocador de viola en la orquesta del teatro principal; mas con el tiempo llegó a ser director de la del Real de Madrid y también de la del teatro de Su Majestad de Londres. Llamábase Bonetti, y era italiano, natural de Bolonia y muy hábil en su arte. Deseé, con poco acuerdo, aprender con él el violín, instrumento difícil, que necesita más estudio del que puede dedicarle un joven que sigue una carrera literaria. Mas aunque al cabo le abandoné cuando fui a la Universidad, me sirvió aquel ejercicio para conocer bien la música y poder gozar mejor de sus encantos.

Ocupados así de mil maneras, poca atención prestábamos los escolares a los acontecimientos de fuera. Con todo, algunos hubo que llegaron a nuestra noticia y nos interesaron mucho, cuales fueron el casamiento del Rey y, más tarde, la jura de la Princesa de Asturias. Recuerdo que nos llevaron a ver los retratos del Rey y de la Reina, que en fiestas semejantes se ponían en el balcón del Ayuntamiento y por las noches les encendían arañas, cual si fueran santos, y dos granaderos con el arma al brazo estaban a un lado y otro en la inmovilidad de estatuas. Tenían los tales soldados grandes gorras de pelo que, a pesar de ser nuestro clima tan cálido, se habían adoptado en nuestro ejército para imitar a los rusos, a la manera que ahora se quiere adoptar el casco de metal para imitar a los alemanes. Y todos los muchachos nos quedábamos extasiados ante aquel espectáculo; bello por la hermosura peregrina de la nueva esposa de Fernando, la Reina Cristina de Nápoles, e imponente por su conjunto. Era aquel como el último culto tributado al ídolo de los verdaderos monárquicos: hoy, los mismos que más se dicen y creen tales, no sentirían lo que se sentía entonces, si se pusiera en alguna parte un retrato del Rey con centinelas y arañas.

También me acuerdo perfectamente del tablado que se construyó en mitad de la plaza de San Antonio para la jura de la Princesa, el cual era de madera; pero pintado, imitando mármoles de varios colores, y a mí se me antojó cosa estupenda. Y después vino la procesión de la jura, que vimos desde unos balcones de la calle Ancha, y paréceme que estoy mirando al Alférez Mayor Solís, montado en un magnífico caballo blanco, y llevando el pendón real, que hizo ondear en lo alto del tablado al grito de *viva la Princesa Isabel*; y luego los voluntarios realistas, muy lujosamente vestidos, la tropa de línea con su aspecto marcial, y las músicas y el pueblo apiñadísimo dando vivas, y la alegría general y sincera porque en Cádiz había pocos carlistas, y la gran mayoría se imaginaba que el nacimiento y jura de Doña Isabel abría para España las puertas de un halagüeño porvenir.

Solían los profesores hablar unos con otros de la política del día, y yo prestaba atención a sus palabras, que sobremanera me interesaban, aunque a veces me parecían enigmas. Oíales decir, por ejemplo, que se acercaban grandes sucesos; que la revolución acaecida en Francia traería forzosamente otra parecida en España; que la Reina Cristina amaba a los liberales y que éstos se preparaban ya para efectuar un cambio de sistema apenas faltase Don Fernando. Añadían que en Cádiz mismo eran cada día más repetidas las reuniones secretas de los francmasones, como lo probaba el frecuente paseo de los veloneros, porque es de saber que de cuándo en cuándo se veían

---

1 De François Fénelon. Algunos fragmentos en *Carta a Luis XIV y otros escritos políticos*. (Nota del editor digital.)

discurrir por las calles unos hombres que vendían velones, los cuales llevaban en la mano derecha dos de los más pequeños y haciéndolos chocar uno contra otro, producían un retintín singular que se oía a mucha distancia; y el vulgo creía que esta era la manera empleada por el jefe de los masones para avisarles que por la noche habría reunión de la secta. Y con efecto, es un hecho que en aquella época se oía muy a menudo el retintín de que hablo, y nuestros maestros se alegraban mucho de ello, especialmente el de matemáticas, que era un antiguo oficial de Marina y por lo tanto muy liberal.

Cuestión es tan obscura como ociosa, la de averiguar quién tenía de ello la primera culpa; mas es un hecho innegable que la marina de aquel tiempo era poco adicta al Monarca. Más accesible que otras armas al contacto de las nuevas ideas a causa de sus viajes al extranjero; inficionada de principios subversivos por su permanencia en América, donde en aquella época pululaban las sociedades clandestinas, enemigas de España y de la Monarquía, inclinábase mucho la Marina a las novedades más atrevidas Por otra parte, estaban muy exasperados los marinos porque habían sido víctimas deplorables de la decadencia de nuestro país, y porque llamados luego fuera de tiempo a ejecutar imposibles; habían desempeñado un papel poco lucido en varias ocasiones memorables, y sobre todo en el cabo de San Vicente y en Trafalgar. En Trafalgar hubo al menos cierto heroísmo; en San Vicente nada compensó la poca fortuna de nuestras armas. El mismo James, historiador de la marina británica, indica que el triunfo del almirante Jervis no fue difícil, y que en algunos de los navíos españoles apresados se encontraron cañones, a los cuales ni siquiera les habían quitado las tapas por carecer de artilleros. Las quejas, pues, eran recíprocas, y los enemigos de los marinos, que eran principalmente los partidarios del Rey absoluto, se aprovecharon de estas desdichadas circunstancias para hacerlos odiosos al pueblo y hasta compusieron coplas satíricas, en las cuales era denigrada su fama. Recordaré, como muestra, las dos siguientes que se oían cantar en las calles, cuando yo era niño:

En el hospital de Cádiz
Mataron una gallina,
Y le hallaron en el buche
Un oficial de Marina.

Tres cuartos y medio
Vale un oficial,
Y si es de Marina
Vale tres no más.

Entusiasmado andaba, pues, nuestro maestro de matemáticas con los sucesos de la época, y más le interesaba la política que el binomio de Newton o el cuadrado de la hipotenusa. La amnistía y la abolición de la ley sálica le parecieron cosas oportunísimas, y su alegría no tuvo límites cuando llegó a Cádiz la noticia de la muerte del Rey.

Era por la tarde, y hallábame yo jugando con otros compañeros, cuando de repente se oyó un cañonazo, y como el colegio estaba situado en el barrio de San Carlos, muy inmediato a la muralla y a la batería que hacía los disparos, el estremecimiento del edificio fue muy grande. Al primer tiro siguieron otros, y ya no nos cupo duda de que era salva real. Para acabar de probárnoslo, entró luego en el colegio dando un estrepitoso campanillazo, cierto oficial amigo de Villaverde, y gritó desde el patio con voz desaforada: «el Rey se ha muerto». Y a poco se comenzó a notar un gran movimiento de gente en toda la calle, y un continuo abrir de puertas y ventanas, y en fin, todas las señales de una grande agitación de los ánimos. Pero aquí debo dejar en suspenso mi relato, pues considero que el fallecimiento de un Monarca forma época y exige forzosamente un capítulo aparte.

II.
Cádiz, de 1833 a 1837.

Juicios diversos sobre Fernando VII.—Filosofía que se estudiaba en el Seminario de Cádiz.—Latín macarrónico.—Operas italianas.—Pasión de algunas gaditanas por los cantantes.—Comienzo a leer algunos clásicos españoles y franceses.—Temporada de Puerto Peal.—Diversiones de aquel pueblo.—El gallumbo.—Las borricadas.—Inconvenientes del Levante.

La oración fúnebre de Fernando VII variaba mucho, según las opiniones de las personas que la pronunciaban. Para los unos era siempre aquel Fernandito, el amado y deseado, a quien las escenas de Aranjuez y el destierro de Valençay habían hecho un día el ídolo de los españoles. Para los otros era una especie de monstruo, un conjunto de toda clase de vicios. Echábanle en cara su ingratitud hacia el pueblo heroico que había defendido su trono y la deslealtad con que se había conducido, la cual, después de todo, no era diversa ni mayor que la que usaban en la misma época los Soberanos de Alemania y de Italia. Para nada se tenía en cuenta el estado de la Nación, ni las pretensiones exageradas de los constitucionales, ni en fin la razón con que Fernando tendía a defender sus prerrogativas en una época en que todavía podían hacerlo los Reyes con esperanza de buen éxito, porque ni ellos se habían acostumbrado ni resignado aun en ninguna parte a vivir como cerdos cebados, según la gráfica expresión de Bonaparte, ni las ideas liberales habían penetrado muy hondamente en la masa del pueblo.

Llamábanle *Narizotas*, a causa de las dimensiones formidables de aquella facción suya, superlativamente borbónica. Vituperaban sus costumbres, pues aunque en vida de sus mujeres vivía correctamente, decían que durante sus varias viudeces corría poco ejemplares caravanas en los barrios bajos de Madrid, siguiendo en esto el ejemplo de algunos de sus predecesores, porque entre nosotros, ora sea por efecto de la especie de esclavitud que imponía la etiqueta a los mismos Reyes, o porque no se hallaban fácilmente en nuestro país tipos de belleza femenina, unidos a la distinción del ingenio y de los modales, a la manera de la Maintenón o la Pompadour, es un hecho que los amores reales han sido casi siempre con mujercillas de la plebe. De Fernando se decía que iba a visitarlas en sus humildes casas, llevándole el caduceo un Grande de España, quien probablemente se quedaría en la antesala en conversación con alguna provecta Celestina.

Reprochábanle que, mientras cerraba las Universidades, establecía en Sevilla una escuela de tauromaquia; y en esto había poca justicia, pues posteriormente, tanto en España como en otros países de Europa, los desórdenes de los estudiantes han hecho necesaria la primera de estas medidas, aun por parte de Gobiernos liberales; y en cuanto a la afición a los toros, el sistema constitucional, no sólo no la ha hecho menguar, sino que cada día florece más en nuestro suelo, no habiendo ya villa ni aldea española que no posea su plaza más o menos grande.

Criticaban hasta su manera de hablar, tachándola de poco culta, y contaban que tenía la costumbre de ponerles apodos a todos los cortesanos y aun a su propio primer Ministro Calomarde, al cual llamaba *Calomierda*. En fin, no es posible llevar a mayor extremo el odio y la malevolencia, como que entre Fernando y los liberales la lucha había sido a muerte, y él mismo solía compararse al tapón de una botella de Champaña, prediciendo que apenas cerrara los ojos, estallaría un movimiento revolucionario. Y con efecto, fue buen adivino.

A todo esto empezaba yo a prestar ya alguna atención no obstante mis pocos años y el ardor que entonces tenía por mis estudios. Este era tal, que por mi desgracia, pronto le pareció a mi padre que debía hacerme empezar la filosofía, y con este objeto me sacó del colegio de Villaverde, para que asistiera a las cátedras del Seminario de San Bartolomé, único establecimiento donde se podía estudiar entonces en Cádiz aquella ciencia. Siendo mi padre negociante, pensó dedicar al comercio a mi hermano mayor, a fin de que continuara su casa, y le mandó a París y luego a Londres para que aprendiese allí las lenguas y la práctica de los Bancos. A mí me preparaba para una carrera literaria, y digo que por mi desgracia me puso en el Seminario, porque en realidad era yo aun demasiado

niño para comprender la filosofía, mucho más en un instituto donde todavía se usaban para texto libros latinos, lo cual exigía mayor conocimiento de esta lengua que el que yo poseía. Trató mi padre de suplir este defecto, dándome en casa el mismo maestro que me la enseñaba en el colegio, un tal Bustamante, cuyo método era excelente, y quien me inspiró mucha afición a los clásicos, especialmente a Horacio y Virgilio, que eran sus autores favoritos; pero no me bastaba este auxilio.

No era entonces el Seminario lo que es hoy día, merced al celo e ilustración del Sr. Obispo, Calvo. Hoy es un instituto que puede competir con los primeros de su clase, no sólo de España, sino del extranjero, con magnífica biblioteca, clases de física y química, provistas de buenos instrumentos y hasta colecciones de Historia natural. Entonces tenía proporciones más que modestas, y fuera de la lógica y de la ética, poco más se aprendía como es debido. En vez de máquinas nos debíamos contentar con estampas, y si alguno quería profundizar más sus estudios en ciencias físicas, tenía que asistir al Colegio de Medicina. Por mi parte me contenté con lo que en el Seminario se enseñaba, y aprendí de memoria y como un papagayo una porción de definiciones, cuyo verdadero sentido no siempre comprendía. Metíme, sin embargo, en la cabeza los misterios del Bárbara, Celaren, Ferio y Baralipton, y en las argumentaciones que, siguiendo el método escolástico, teníamos hacia fines del curso, no dejé de mostrar alguna habilidad. Recuerdo que el que defendía una proposición terminaba siempre con estas palabras: «*sic manet mea conclusio aliquantulam probata, vestris tamen argumentis magis atque magis dilucidata manebit*»; después de lo cual nos echábamos encima los argumentantes y siempre en latín le espetábamos cada sofisma como una casa, en una lengua macarrónica, que de seguro dejaba atrás a los más famosos disparates de Merlín Coccaio.

Antiguamente los estudiantes de nuestro Seminario y los de toda España tenían un traje especial, como sucede todavía en Inglaterra y otros países, más apegados que nosotros a los usos de la veneranda antigüedad. El nuestro eran hábitos largos y negros con tricornio del mismo color, ni más ni menos que el que llevan todavía las llamadas estudiantinas, que tocando la guitarra y la bandurria han recorrido no hace mucho casi toda la Europa. Yo recuerdo haber visto todavía en mi niñez a algunos así vestidos, entre otros al ilustro D. Alejandro Llorente, tan célebre después en Hacienda y en Política, y como era muy delgado y muy alto, parecía cosa fantástica. El nuevo Gobierno abolió esta costumbre, no sé con cuánto acuerdo, pues su existencia no molestaba mucho, y su supresión hizo resaltar más las diferencias de clases. Los antiguos hábitos eran iguales; el vestido burgués se diferenciaba mucho, entre pobres y ricos. El resultado fue que poco a poco nos fuimos dividiendo en grupos, según la clase social a que cada uno pertenecía.

Mis nuevos compañeros fueron principalmente Pedro Víctor, tan afamado luego en el foro de Cádiz; Emilio Adán, que llegó a ser Fiscal de la Audiencia de Madrid; José Rivera, Secretario actual del Provisorado, y Félix de Luzuriaga. Este último era hijo de un caballero muy original y de carácter tan tímido, que habiendo corrido peligro de ser muerto por la enfurecida soldadesca en una de las asonadas ocurridas en Cádiz el año 20, juró no volver a salir jamás de la calle en que vivía, que era la de la Compañía, y así lo cumplió con rara constancia, a pesar de que no falleció hasta veinticinco años después. El hijo tenía otra genialidad: era poeta, y aunque yo no propendía a hacer versos, me empezaba a gustar mucho la buena poesía, y esto me inspiraba simpatía hacia aquel amigo. A él le debí mis primeras lecturas de Víctor Hugo y de sus imitadores españoles.

Además de las lecciones de latín y retórica que recibía en casa del profesor Bustamante, tenía siempre maestro de dibujo y de música. El primero, llamado Roca, había sido pensionado en Roma y me contaba muchas cosas de su viaje a Italia, iniciándome en la teoría e historia de las artes. De su boca oí por la primera vez los nombres inmortales de Rafael y Miguel Ángel, unidos a los de Murillo y Velázquez. Era, no hay que decirlo, algo liberal, y referiré como síntoma del espíritu de aquella época, que cuando empecé a pintar a la acuarela, el primer modelo que me trajo fue la casita de Rousseau en la isleta de San Pedro.

El maestro de música era siempre mi inolvidable Bonetti, y llegué a hacer tantos progresos que me llevó una vez a un sarao de la Marquesa del Pedroso, para que allí hiciese honor a su pericia

de maestro. Contribuía a acrecentar mi afición a aquel arte divino la venida a Cádiz de una compañía de ópera, cuyos cantantes eran muy notables. Tuve entonces la dicha de oír las nuevas producciones del inmortal Bellini, del Cisne de Catania, como le llamaban sus admiradores, y no hallo palabras con que explicar el efecto producido en mi ánimo por sus deliciosas melodías. Todo conspiraba a ello, porque más afortunado en esto que la mayor parte de sus predecesores, Bellini obtuvo libretos de un verdadero poeta, cual lo fue Felice Romani. Traducíalos para el público aquel mismo Luna, que nos enseñaba francés en el colegio y que poseía también la lengua del Dante, y como se publicaban con el texto español al lado del italiano, me servían a mí para ir aprendiendo un poco este bello idioma. Y Bonetti me hizo conocer también la epopeya del Tasso, y me enseñó a leer y pronunciar bien el tierno episodio de Clorinda y aquellas hermosas octavas, en que pinta la llegada de los cruzados a Jerusalén.

Hallábase el público de Cádiz entusiasmado con la nueva compañía de ópera, y como la libertad era el ídolo del momento, aplaudía frenéticamente el bello dúo de *Los Puritanos*: «Suoni la tromba e intrépido» que termina «*gridando libertá*», y parecía hecho adrede para acalorar a los revolucionarios ele toda Europa. Algunos de los cantantes que tenían un bello aspecto hicieron estragos entre las damas, y un tenor hubo llamado Morandi, que se hizo amar de una linda muchacha, hija de un médico distinguido, y la robó de casa de sus padres, suceso que escandalizó mucho en aquella época, porque todavía duraban las preocupaciones contra los actores, que luego han desaparecido, siendo hoy ya bastante comunes los casamientos de cantantes con personas de hidalga cuna. Entonces se tenía esto por una excentricidad liviana.

Otro cantor, llamado Spech, fue igualmente favorecido por más de una bella gaditana; esto se hizo patente con ocasión de ciertos desórdenes causados por la política. Proclamada ya la Constitución y verificándose unas elecciones de Diputados a Cortes, el partido exaltado, temeroso de perderlas, recurrió sin reparo a la violencia, entrando a mano armada en uno de los colegios, donde rompió las urnas y puso en fuga a sus contrarios. Entre los que capitaneaban aquellas turbas se hallaba el barítono Spech, quien, a fuer de patriota italiano, se creyó en deber de prestar el auxilio de su brazo a sus hermanos españoles, por cuyo motivo, restablecido al fin el orden, fue preso y encerrado con los demás culpables en el Castillo de Santa Catalina. Mas he aquí que cierta dama, tan hermosa como compasiva, fue a interesarse por él con el mismo Capitán general y consiguió que le pusiesen en libertad, bajo pretexto de que su presencia era indispensable en el teatro.

Para consolarme de la aridez de la filosofía, cuyo estudio era impropio a la verdad de mis pocos años, me franqueó mi padre una escogida librería que había reunido, donde hallé el divino Quijote, Gil Blas, maestro de la vida, el tierno Racine, el gracioso Moliere, y tantos otros buenos libros que me instruían y deleitaban. Soltábame al mismo tiempo a hablar el francés con varios caballeros de aquella nación que concurrían a mi casa, y viéndome ya dueño de esa lengua empecé a tomar también lecciones de inglés con un tal Mr. Anderson, el cual ha enseñado su idioma a tres generaciones de gaditanos. Pero no era por eso mi vida un estudio continuo. Quedábame aun tiempo para jugar, especialmente durante las vacaciones, que por fortuna eran bastante largas y que pasaba en el cercano pueblo de Puerto Real.

El aumento de las fortunas y la facilidad de las comunicaciones han introducido ahora la moda de los viajes a las aguas termales y al extranjero; en mi niñez las familias acomodadas se limitaban a buscar un cambio de aires en dos pueblos inmediatos a Cádiz: Puerto Real y Chiclana. La campiña de entrambos no es comparable con la que se admira en las Provincias Vascongadas, Galicia o Cataluña; pero a los gaditanos les bastaba la frescura de las huertas y el olor balsámico de los pinos, que en uno y otro de aquellos pueblos abundan. Mi padre tenía una casa en Puerto Real con un jardín y una huerta provista de noria y alberca, según la costumbre del país.

Los viajes de Cádiz a Puerto Real no eran entonces tan fáciles como ahora. No había todavía ferrocarril ni vapores, y por tierra se tardaba cerca de tres horas en un vehículo denominado calesa, del cual quedan aun algunos ejemplares en nuestra provincia, cuyos duros vaivenes eran muy poco agradables. Además, siendo el tráfico escaso en aquellos caminos, había siempre peligro de

encontrar escondidos en los pinares algunos ladrones, que aunque se llamaban modestamente rateros, no dejaban de ser temibles. No quedaba, pues, otro medio de comunicación seguro más que el suministrado por las falúas del muelle, las cuales tardaban hora y media, si el viento era favorable, y tres y cuatro, si era contrario; debiéndose sumar a este tiempo el que se perdía antes de hacerse a la vela, a menos de fletar de antemano y reservar para sí toda la barca. El viajero que buscaba sólo un puesto, se veía acometido por una turba de barqueros, quienes no sólo con palabras, sino casi por fuerza se disputaban el honor de llevarle. Era asimismo frecuente que después de decidida esta cuestión, el pobre hombre, que al fin se había acomodado con uno de aquellos energúmenos y embarcádose en su falúa, se viera obligado a esperar largo rato antes de que se completase el número de sus compañeros de navegación.

Don Juan Nicasio Gallego, que a fuer de leonés, no era muy aficionado a los andaluces, tenía un odio particular a estos importunos barqueros, y contaba, con su acostumbrada gracia, que una vez le indujeron a embarcarse para el Puerto de Santa María, asegurándole que la navegación sería favorable; mas al llegar a la barra el oleaje era tal que la barquilla daba terribles tumbos, removiendo el estómago del poeta, y cuando éste se quejaba del engaño, el patrón le decía: «Pero zeñor D. Juan, si vamos como la propia rosa».

Tenía Puerto Real para nosotros grandes atractivos, en razón a la oportunidad que ofrecía para toda clase de juegos propios de la primera edad, incluso el del toro, que es peculiar de los muchachos de España. Y apenas tuvimos fuerza para manejar la escopeta, nos dejaban también ir con otros compañeros a cazar pájaros, sirviéndonos de maestro un cierto tío Juan, hombre ya anciano, pero buen tirador. Había sido calafate en nuestras escuadras, y cuando empezaba a subir el sol y nos tendíamos a descansar a la sombra de algún árbol, me divertía mucho oírle contar su vida y aventuras, y cómo en su juventud había estado en la Habana, donde decía él que nunca le había faltado una onza de oro para obsequiar a una buena moza. Refería también que había alcanzado la época en que se pusieron a la par en la Carraca las quillas de doce navíos, que recibieron los nombres de los doce apóstoles, y se dolía de la ruina de nuestra marina y del desastre de Trafalgar, del cual había sido testigo. A este tío Juan le oí contar por la primera vez una circunstancia que después me confirmó un antiguo oficial, y es que para tripular los navíos que fueron a aquél combate, se hizo en Cádiz una leva la noche anterior a la salida, llevándose a cuantos mozos se hallaban por las calles, y entre otros a un pobre hombre que jamás se había embarcado y cuya ocupación era vender golosinas en los paseos públicos, siendo por esto conocido por el nombre de Pepe el Rosquetero. Grande en verdad debió de ser la sorpresa del mismo tío Juan y de todos los que se hallaban en el navío a que fue destinado, al verle llegar a su bordo. Y cuando se conocen hechos como este, admira verdaderamente cómo el Emperador Napoleón y el Príncipe de la Paz pudieron creer posible que semejantes tripulaciones se midiesen con los veteranos de Lord Nelson.

Desde niño y antes de haber leído a Plutarco me gustaba la parte anecdótica de la Historia, y por eso me divertía el tío Juan, que contaba muchas cosas curiosas de su tiempo. Y también interrogaba a menudo a un cierto Conde, antiguo oficial del ejército y tertuliano de mi padre, el cual había estado en Bailén y me refería los pormenores de aquella gloriosa batalla. Por cierto que Conde le daba importancia decisiva a la circunstancia de haber conservado nuestras tropas acceso al arroyo del Herrumbral, a donde bajaban de continuo por compañías a beber y refrescarse mientras que los franceses se ahogaban de calor y de sed.

Concurría siempre mucha gente a Puerto Real; pero el apogeo de su animación era para las fiestas de San Juan, durante las cuales había dos diversiones características: las *Candeladas* y el *Gallumbo*. Las primeras, que probablemente tienen un origen pagano y demostrarían antiguamente alegría por la proximidad de la cosecha, consistían en grandes montones de maderas alquitranadas, a las cuales prendían fuego cuando llegaba la noche. Los muchachos del pueblo bailaban alrededor, y los más atrevidos saltaban por encima de las llamas, con riesgo de chamuscarse.

El *gallumbo* era cosa más seria y espero que ya no exista. Su invención debió ser antigua, como antiguas son todas las luchas de hombres con animales. Consistía en lo siguiente: Tarde ya en

la noche, ataban un toro por los cuernos con una cuerda muy larga, y trayéndole al pueblo, le dejaban correr por las calles, conservándolo, sin embargo, limitado a la extensión de la misma cuerda, la cual era tenida por seis o más robustos mozos del matadero, acostumbrados a manejar tales fieras. Pero ni esta rémora podía impedir que el bruto acometiese a diestro y siniestro, ni era raro que la cuerda se rompiese o se soltase de las manos que la llevaban, dando lugar a desgracias. Al acercarse el toro, subíase cada cual a una reja de las que defienden todas las ventanas bajas del pueblo, y sólo algunos aficionados más intrépidos se arriesgaban a capearle. Cuando se cansaban los de la cuerda, entraban otros en su lugar, y las carreras se prolongaban a veces por toda la noche hasta el canto del gallo, de donde vino probablemente el llamar *gallumbo* a éste, a la verdad, poco culto pasatiempo.

Más civilizada y agradable era sin duda la diversión de las *borricadas* o expediciones en burro, que a veces eran muy numerosas, porque reuniéndose varias familias, formaban un más que mediano escuadrón de treinta o cuarenta de aquellos modestos animales, llevando cómodas jamugas los destinados para las señoras. Es más general de lo que se cree esta costumbre, y en Cintra la hallé muy floreciente algunos años después; y si en España no ha inspirado a ningún poeta conocido, en Portugal ha dado lugar a una sátira muy festiva del famoso Nicolás Tolentino, que comienza con esta quintilla:

Marcha a tropa; Amor a guia;
Tu que a mesma estrada trilhas,
Mostrante en todo esse día
Cousas, que nao fosfen filhas
Da innocencia e da alegría.

Inocente y alegre era en verdad aquella diversión para nosotros los muchachos; pero no tanto para los más crecidos, y si los animales hablaran hoy como en los tiempos de Pilpai y Esopo, bien habían podido los borriquillos contarnos algunas conversaciones interesantes de los galanes y damas que conducían. Durante los últimos días de mayo eran las romerías a una hacienda llamada el Rosario, donde había un plantío de rosales tan dilatado, que era una miniatura del famoso valle de Kasanlik, célebre por su esencia de rosas. En junio se iba a otros parajes donde abundan las higueras, algunas de las cuales son tan grandes que debajo de sus ramas caben mesas para más de veinte convidados. Quien no las haya visto no puede fácilmente creerlo. Las brevas que producen son asimismo grandísimas y mucho más dulces que las de Ischia y Sniirna.

Había también en Puerto Real vida social muy agradable, y eran varias las señoras que recibían de noche. Pero entre todas se distinguía la de Buck, que habitaba en la plaza de Jesús, y abría sus puertas a la colonia veraniega, ejerciendo la hospitalidad de la manera más franca y amable. Allí se hacía música, se cantaba y bailaba y se pelaba la pava hasta pasada la media noche. Si en la época de que hablo no estaba yo en el caso de experimentar las ventajas de aquellas alegres reuniones, no dejé de concurrir a ellas más adelante. Sin embargo, algo y aun algo me empezaron a gustar bien temprano las hijas de Eva, y cuidaba ya tanto de mi peinado y vestido que un día mi buen padre se creyó obligado a decirme, como Mentor a Telémaco: «Hijo mío, el hombre que gusta de adornarse como una mujer, es indigno de la sabiduría y de la gloria».

Antes de dejar a Puerto Real quiero dar una prueba de imparcialidad revelando a quien lo ignore, un grave defecto de aquel pueblo y de toda nuestra provincia, que es el viento Levante, allí bastante frecuente, especialmente en verano. No hay idea de una cosa más molesta. Es peor que el *Bora* del Adriático y el *Libeccio* de Sicilia, porque viniendo por encima de las cercanas y abrasadas arenas del África, es tan caliente como ellas, y abate a los hombres, troncha los sembrados, despoja los árboles y marchita cuanto toca con su aliento de fuego. Hay la tradición de que los fenicios abandonaron la Baja Andalucía a causa de los estragos que hacía ese viento en las campiñas, y no me extrañaría que así haya sucedido realmente. Pero los españoles se resignan a sufrir sus inconvenientes como cosa inevitable y compensada por otras muchas ventajas de aquel bello suelo. En cuanto a mí, nunca olvidaré los días agradables que he pasado en el ameno Puerto Real, ni sus

campos perfumados, ni sus flores y frutas, ni sus ricas biscotelas, que no tienen rival en toda España.

III.
Cádiz, de 1833 a 1837.

Sucesos políticos que siguieron a la muerte del Rey.—La Nación dividida en carlistas y cristinos.—Cea y Martínez de la Rosa.—Carácter sangriento de la lucha.— Convenio de Elliot.—Prisioneros carlistas.—Matanza de los frailes.—Mendizábal.—Supresión de los conventos y venta de sus bienes.—Quinta de cien mil hombres.—Montescos y Capuletos.—El Obispo de Cádiz concluye la Catedral.—Descripción de varias iglesias.

La temporada de Puerto Real terminaba para nosotros después de San Juan, pues aunque algunas veces se volvía allá en Septiembre para comer uvas frescas en las viñas, esto era por pocos días. El verano todo se pasaba en Cádiz, cuyas casas espaciosas y enlosadas de mármol hacen menos sensible el calor. Los baños de mar se ponían en el llamado Puerto Piojo, y la concurrencia de forasteros, especialmente de Sevilla y Jerez, era muy grande. Así sucede aun en el día, pudiendo decirse que el verano es como la *season* de aquella ciudad. En septiembre se abrían de nuevo las clases en San Bartolomé y yo volvía a una vida atareada, sin más interrupción que el teatro los domingos y algunos paseos en compañía de mi padre. Y habiendo ya dicho cuáles eran mis estudios, voy ahora a referir los sucesos políticos de aquella época tales como me los ofrecen mis recuerdos, añadiendo mis propios juicios a los que oía entonces en la tertulia de mi padre, la cual se componía de personas de todas opiniones, desde un tal Brun que había sido Administrador de la Aduana de Cádiz en tiempo del Rey, y era convencido carlista, hasta un D. Pedro Muchadas, progresista consecuente, que fue muchas veces Diputado y por fin Senador vitalicio.

El Rey D. Fernando había sido buen profeta; su muerte fue la señal y principio de sucesos gravísimos, cuyas consecuencias no sólo se sintieron desde luego, sino que duran todavía en nuestro país; de manera que la desaparición de aquel Monarca pareció a muchos una desgracia. Su Gobierno no era muy bueno, pero no era peor que los que había en aquellos tiempos en varias naciones de Europa. No era más liberal que nuestro Rey su regio pariente de Nápoles, ni aquel Carlos Félix de Cerdeña, a cuyo advenimiento fueron arrojados por las ventanas de las oficinas de Tarín hasta los tinteros que habían servido durante el Gobierno anterior, ni aquel Duque de Hesse que restableció hasta las pelucas de sus granaderos, ni Francisco de Austria y su Ministro Metternich; así que, si hubiese durado más el Gobierno de Fernando, no veo razón por qué la España no hubiera de haber hecho siquiera los progresos que hicieron en la misma época todos esos países. Nápoles, el peor gobernado de ellos, se encontró al ser invadido por Garibaldi y los piamonteses, con una administración envidiable y con sus fondos sobre la par; y nada ha facilitado tanto la formación del Reino actual de Italia como el adelanto que habían obtenido bajo Gobiernos absolutos el mismo Piamonte, Toscana, Lombardía y todos los demás Estados que lo constituyen. España, triste es decirlo, estaba fatalmente destinada a ser en este siglo la desventurada entre las Naciones.

Don Carlos, creyéndose con derechos al trono, recurrió luego a las armas y pronto vio en torno suyo a cuantos recelaban que se renovasen los desmanes del año 20. Por otra parte, muchos hombres tan ilustrados como llenos de generosas ilusiones, temían el fanatismo de D. Carlos y creían poder regenerar en poco tiempo la Nación restableciendo el régimen constitucional y favoreciendo resueltamente los derechos de Doña Isabel; por consiguiente, los españoles se dividieron desde luego en carlistas e isabelinos o cristinos, como también se llamaban los segundos a causa del nombre de la Reina gobernadora. Escribieron unos y otros multitud de opúsculos en defensa de sus opuestas opiniones, pero cada cual conservó las suyas, porque en realidad toda

discusión era inútil; la cuestión jurídica se hallaba dominada por la política. Lo que deseaban los carlistas, era un Rey verdadero que conservase las formas antiguas del Gobierno, mientras que los cristinos querían un Monarca que, debiéndoles el trono, se prestase a todas sus miras; y nadie les parecía más a propósito para ello que una débil mujer.

La Reina gobernadora, quien en el fondo del alma debía temer a los liberales recordando sus excesos en tiempos de Fernando, trató al principio de establecer un Gobierno de personas más celosas de la autoridad del Monarca que de aventuradas reformas, y puso el poder en manos de Cea Bermúdez, hombre de mucha ilustración y no escasa prudencia. Mas pronto pudo notar que su propósito era irrealizable. Un Rey joven y enérgico habría podido hacerlo; una mujer no poseía fuerzas para ello, tanto más cuanto que ya tenía enfrente a los partidarios de Don Carlos. A las ideas que éste representaba, era preciso oponer otras no tan sólo diferentes, sino contrarias. A las masas realistas era necesario oponer las masas liberales. Los que quisieron la herencia de las hembras, no se habían de someter a un régimen absoluto ejercido por éstas, por muy ilustrado que fuese. Viose, pues, pronto precisada la Reina a cambiar de Gobierno, echándose en brazos del partido constitucional, y empezando así fatalmente la especie de cascada que la había de conducir de concesión en concesión, de grada en grada a la humillación y al destierro.

Referíame Pastor Díaz, quien a la sazón se hallaba ya en Madrid y fue testigo de ello, que la noche anterior a la destitución de Cea había baile de máscaras en el salón de Villahermosa, y de repente entraron en él tres jóvenes que eran Espronceda, Miguel de los Santos Álvarez y otro cuyo nombre no recuerdo, cubiertos con dominós negros y llevando cosida en la espalda una enorme letra de tela blanca: uno la *c*, otro la *e* y el tercero la *a*. Paseáronse de un extremo al otro del salón cogidos del brazo, pero cambiando de puesto en cada vuelta, de manera que una vez formaban la palabra *Cea* y otras la palabra *cae*. Merced a esta chistosa invención, sin necesidad de desplegar los labios le anunciaron a aquella numerosa concurrencia la caída del Ministerio, cuya noticia habían ellos sabido por amigos que se hallaban en las intrigas de aquel tiempo. Y añadía Pastor Díaz, que la alegría del público fue grandísima, porque entonces, al empezar la revolución, cada novedad parecía la última y la mejor, y de ella se esperaban las más halagüeñas consecuencias.

Fue sucesor de Cea el célebre orador y poeta D. Francisco Martínez de la Rosa, liberal convencido e ilustrado, pero más partidario del sistema de gobierno inglés y a lo Montesquieu, que del constitucionalismo francés a la Rousseau. Invención suya, fue una Constitución a la cual dio el nombre de Estatuto Real, con dos Cámaras que llamó Estamentos, una de Procuradores y otra de Próceres. Cuentan que cuando el famoso poeta Bayardo inventó los nombres de los personajes que figuran en su Orlando enamorado y que luego se apropió Ariosto, como Brandimarte, Rodomonte, Ferraguto y otros igualmente apropiados y retumbantes, fue tal su alegría que hizo echar a vuelo las campanas de su pueblo. También Cervantes nos dice que a Don Quijote y sin duda a él mismo le parecieron muy bien los nombres que a sí propio y a sus cosas había puesto. Pues igual satisfacción tuvo de seguro Martínez de la Rosa después de haber hallado los nombres tan castizos como pintorescos que figuraban en su Código político. Por desgracia, ni los nombres ni las cosas eran suficientes para contentar a los liberales, cuyo ideal era la Constitución democrática del año 12. Los próceres, a quienes el Estatuto llamaba a vida política, hacía tiempo que habían perdido el hábito de ella. Eran los descendientes de aquellos nobles que abandonaron a los Comuneros en tiempo de Carlos V, y que se contentaban hacía más de dos siglos con desempeñar los cargos de Palacio. Ni ellos podían conquistar la influencia que poseen los de Inglaterra, ni la clase media quería consentírselo. Nació, pues, para durar poco el *Estatuto Real*, y Martínez de la Rosa vaciló pronto en el poder como había vacilado Cea.

Aumentaba sus dificultades el crecimiento de las fuerzas carlistas, a las cuales prestaron desde luego un decidido apoyo las Provincias Vascongadas y Navarra, deseosas de conservar sus fueros, que los liberales juzgaban incompatibles con la unidad nacional. Imitando en esto también a los revolucionarios franceses, querían nivelarlo todo, y en hora menguada tocaron a una cuestión que les enajenaba aquellas belicosas regiones. Don Carlos se aprovechó de este error y a poco entró en

aquel territorio y dio nuevo impulso a la lucha. En vano fue que se le tratase con desdén y que, imitando el dicho de Luis XVIII al volver a Francia, de que era sólo un francés más, dijese Martínez de la Rosa en las Cortes que la llegada de D. Carlos significaba únicamente un faccioso más. La verdad es que pronto se halló el pretendiente rodeado de un ejército numeroso, a cuya cabeza se puso un antiguo oficial de la guardia, el célebre Zumalacárregui, que mostró en la organización y conducta de la guerra una capacidad de primer orden.

La sangre corría a torrentes, no sólo en el ardor del combate, sino después de la victoria, porque no se daba cuartel. Los cristinos consideraban como rebeldes a los carlistas, y éstos imitaban sus excesivos rigores a guisa de represalias. El mutuo furor llegó a tal extremo, que la Inglaterra, donde había a la sazón un Gobierno liberal, temió que semejantes horrores perjudicaran al principio que ella tenía interés en sostener, en oposición al de la Santa Alianza de las Potencias del Norte, y movida también por sentimientos de humanidad, mandó a España a Lord Elliot para tratar de que cesase aquel estado de cosas. Tuve ocasión de conocer muchos años después en Inglaterra a este noble caballero, que llevó luego el título de Conde de Saint Germain y fue Gran Chambelán de aquella Corte, y ciertamente que pocos podían haber sido más a propósito que él para tan delicada misión, a causa de su carácter ilustrado y conciliador. Su éxito fue completo: ambos partidos se avergonzaron de que un extranjero les recordase los deberes de la humanidad, y se prestaron a celebrar un convenio, en virtud del cual debían tratarse en lo sucesivo como beligerantes.

Una de las consecuencias de este convenio, fue que se empezara a hacer prisioneros, y para custodiarlos mejor los enviaban a las plazas fuertes más lejanas del teatro de la guerra. A Cádiz llegaron en gran número y los empleaban en las obras que a la sazón se ejecutaban en la muralla del Norte, cuyos cimientos habían sido carcomidos por las olas, poderosísimas en aquel sitio. Agolpábase la gente para verlos y admiraban su gran talla y el vigor de sus músculos, mucho más robustos que los de los hombres de Andalucía. Por mi parte, confieso que miraba con compasión a aquellos españoles, a quienes la suerte de las armas reducía casi a la condición de presidiarios, condenados a un trabajo forzoso, aunque después de todo no habían cometido otro delito que el de pelear como buenos por lo que creían la causa de la religión y del Rey, y por unas libertades más antiguas y verdaderas que las que entonces se quería plantear en España. Mas de todos modos, esto era ya un inmenso progreso en el camino de la humanidad y de la justicia.

La guerra continuaba, en tanto, y la fortuna era tan poco favorable a los cristinos, que éstos recurrieron, ¿quién lo creyera? a una intervención extranjera. Los que tanto y quizás con razón habían criticado la venida a España de Angulema, aceptaban entonces el mismo remedio, si bien cuidando de velarlo bajo el aspecto de una alianza con tres naciones liberales, Francia, Inglaterra y Portugal. Pero el resultado era el mismo. Renováronse los tiempos del Rey D. Pedro, y no sólo los hermanos españoles se revolcaban por el suelo buscándose uno a otro el corazón con la daga, sino que también se hallaba presente a la lucha más de un Bertrán Duguesclin, prestándole su favor a uno de ellos. Pero ni aun así conseguían los cristinos destruir las huestes de D. Carlos, porque formadas éstas de pueblos fanatizados, renacían de su propia sangre, como los dragones de la fábula.

Semejante estado de cosas provocó una gran hostilidad contra el desventurado Martínez de la Rosa, cuyo crédito se veía minado por todas partes. Hasta la bondad nunca desmentida de su carácter y su propensión a las soluciones más conciliadoras eran objeto de burlas; y porque tales soluciones suelen llamarse pasteles, le dieron el sobrenombre de «Rosita la Pastelera». Para colmo de desdichas, el cólera morbo invadió entonces por primera vez las provincias de España, y llegando a Madrid, hizo allí grandes estragos. El pueblo, aterrado, buscaba las causas de la epidemia, y, como ha solido suceder más de una vez en casos semejantes, sentíase inclinado a achacarla a la malevolencia de algunas clases o personas. El partido más exaltado, que odiaba a los frailes, porque los creía un obstáculo para su dominación, cometió entonces la increíble villanía de persuadir al populacho de Madrid de que aquéllos habían envenenado las aguas. Cundió la idea como un rastro de pólvora, y aquella Corte vio entonces el horrible espectáculo de una matanza de

inocentes e inofensivos religiosos, sin que el Gobierno pudiera impedirlo. Dirigían las turbas hombres pertenecientes a las logias masónicas, y uno de ellos he conocido yo después, retirado en una pequeña ciudad del extranjero, sin atreverse a volver a España porque sin duda temía que ningún tiempo transcurrido pudiese lavar de sus manos la sangre que las manchaba.

Cayó después de esto Martínez de la Rosa, y le sustituyó D. Juan Álvarez y Mendizábal. Era éste gaditano, y por consiguiente muy conocido de los tertulios de mi padre. Su excesiva corpulencia le mereció el apodo de Juan y Medio, y el origen judío de su familia dio también ocasión a que las gentes de buen humor, aludiendo a cierta absurda idea de nuestro vulgo, dijeran que tenía rabo. Sus letras eran pocas, y habiendo querido lucirse una vez en las Cortes con una cita latina, en vez de *mutatis mutandis*, dijo *mutandas mutandas*, con no poca risa del público. Pero tenía gran talento natural, y habiendo tomado parte en los sucesos del año 20 con Istúriz y Galiano, que eran amigos suyos, emigró luego con ellos a Inglaterra y ocupó allí sus ocios estudiando las cuestiones económicas. A su regreso a España adquirió pronto la fama de inteligente proyectista, y como además era muy liberal, vino a ser por algún tiempo el ídolo de su partido. Atrevióse a prometer que acabaría la guerra civil en el espacio de seis meses, y para conseguirlo, adoptó dos medidas que tuvieron indudablemente una influencia grandísima en los asuntos de nuestro país.

Consistió la primera en la supresión de los frailes. Recuerdo muy bien el día en que se les obligó a salir de sus conventos y la penosa impresión que me causó este suceso. Tres causas había, en mi sentir, para que los revolucionarios odiasen a los religiosos: los principios de la secta masónica, que, como es sabido, declaran la guerra a toda religión positiva; la suposición, a la verdad muy fundada en aquella época, de que los frailes tratasen de favorecer por cuantos medios tenían a su alcance, las pretensiones de D. Carlos; y por último y no la menos importante, el deseo de apoderarse de sus bienes, tanto para acudir a los gastos de la guerra como para enriquecer a la burguesía. Lo mismo que los novadores religiosos de Inglaterra y Alemania en el siglo XVI, anhelaban los novadores políticos de España en nuestro siglo: redondearse a expensas de la Iglesia. Y con efecto, nada atrajo tanto número de personas a la revolución ni nada la arraigó y consolidó rnás que la venta de los bienes eclesiásticos hecha en esta época y en otras que se siguieron, porque aun después que la Santa Sede hubo absuelto a los compradores, siempre han temido éstos que, si los carlistas triunfasen, pudieran verse obligados a devolverlos. Con la adquisición de esos bienes, que se pagaban en parte en papel del Estado y a precios relativamente moderados, se formó, pues, una nueva clase de propietarios, vivamente interesados en el mantenimiento de la revolución. Algunos hubo que añadieron a su fácil enriquecimiento un título nobiliario, con no escasa burleta de sus contemporáneos.

En Cádiz no produjo desórdenes la expulsión de los religiosos. Sólo en el convento de Capuchinos hubo que lamentar el saqueo de las pobres celdas, llevado a cabo por el populacho de aquel barrio, persuadido quizás de que hallaría escondido en ellas algún tesoro, dando así nuevo testimonio de cuan falto de gratitud es a veces el corazón del hombre, porque no había otro convento en la ciudad que socorriese a mayor número de pobres. Los frailes de Cádiz fueron por el pronto recogidos en casas particulares, porque el Gobierno no les pagaba con exactitud la peseta diaria que les había prometido, y en la mía tuvo mucho tiempo mesa y mantel un cierto Padre Rosa, muy conocido y estimado. Más tarde pasaron algunos a Italia 3^ otros se quedaron en España vestidos de clérigos, y entre ellos el célebre Padre Félix, que era mi confesor y que más adelante fue Obispo de nuestra diócesis.

También acudieron a la caridad privada los muchos pobres que recibían la sopa en los conventos, y las señoras de Cádiz demostraron en aquella ocasión la generosidad que de antiguo es su más preciado timbre. Mi buena madre le dio la preferencia a los ciegos, y mientras Dios la conservó la vida, socorría todos los sábados a muchos de ellos. Uno había, por cierto, ya muy anciano, de quien se contaba una donosa respuesta que había dado nada menos que al famoso Gallego. Era en tiempo de la guerra de la Independencia, y este tal ciego vendía papeles impresos con noticias de victorias más o menos auténticas de las tropas españolas. Don Nicasio, que era de

genio escéptico y burlón, le paró una vez en la calle y le preguntó, en tono de mofa, si los franceses no vencían nunca. «Sí, señor —le respondió sin detenerse el ciego—; pero esas noticias las venden los ciegos de Francia».

Inútil es decir que esta supresión de los religiosos fue altamente desaprobada por los carlistas y absolutistas y aun por no pocos liberales moderados, que ya empezaban a disgustarse de los excesos de la revolución. Decían que si bien no era posible negar que algunos frailes daban malos ejemplos en sus costumbres, la generalidad de ellos era irreprensible y sumamente útil. Confiesa Macaulay que durante los tiempos de descreimiento que siguieron a la reforma en Inglaterra, la religión se salvó, especialmente en el campo, por el influjo de los clérigos más humildes. Los grandes propietarios los despreciaban a tal punto que los hacían comer en la mesa de los criados; pero los campesinos los amaban y los preferían al clero más culto y rico, porque le parecían más santos en su pobreza y más iguales suyos en los modales y gustos. Pues esto mismo sucedía y sucede aun con los frailes en los países en que existen: a donde el cura no llega, llega el capuchino, y más de una vez, viviendo yo en Nápoles, he visto a alguno de ellos, salir en las altas horas de la noche de las fétidas casuchas de marineros y pescadores, a donde había ido para confesar a un moribundo. Fue, pues, una gran pérdida para la religión y para la moralidad de nuestro pueblo la supresión de los frailes, y han procedido con más cordura que nosotros aquellas naciones, como el Austria y la misma Italia, donde se han contentado con limitar su número.

Una sola cosa pareció plausible a la generalidad de los gaditanos. Y fue que a consecuencia de aquella medida se transformó la huerta de San Francisco en una hermosa plaza, a la cual dieron el nombre del famoso guerrillero Mina. Más espaciosa y soleada que la antigua de San Antonio, pronto se vio preferida para el paseo de los gaditanos, y en su centro se dejó un gracioso jardín y algunas palmeras que de antiguo existían en la huerta de los franciscanos y que publican con sus hojas de esmeralda la benignidad de nuestro clima. El convento mismo se convirtió en Academia de Nobles Artes, con grandísimo contentamiento de mi maestro Roca, el cual pudo colocar allí con más anchura la colección de vaciados que aquel Instituto poseía y cuyo mérito me explicaba muy bien, citándome en apoyo de sus opiniones las que había leído en Winckelman.

La otra medida importante de Mendizábal fue una quinta de cien mil hombres. Por de contado, estos nuevos soldados no se hallaron muy pronto en las filas ni adquirieron de repente tales virtudes militares que acabasen la guerra civil en seis meses, como lo había prometido aquel Dulcamara político; mas no cabe duda en que a ellos se debió la superioridad que fue adquiriendo poco a poco el ejército cristino, en confirmación de que en las luchas de este género, la fortuna se complace generalmente en conceder la victoria al que cuenta con más batallones. Hablando yo de estos sucesos con un antiguo oficial carlista llamado Langa, a quien conocí en Roma muchos años después, me confesaba lo mismo que aquí digo, y me refería que enviado el año 38 con una partida de lanceros a explorar la marcha del enemigo, vio desde lo más alto de un monte que la caballería Cristina desembocaba en el valle, y eran tantos sus escuadrones que perdió la cuenta de ellos, sintiendo un gran desaliento con aquella vista, porque según él decía con expresión pintoresca, no semejaba un cuerpo de caballería, sino un bosque de lanzas.

La generación actual, apenas puede figurarse el desorden moral y material, ni la división de los ánimos, ni el encono de los partidos que reinaba en nuestro país en los años azarosos de que estoy hablando. Diríase que habíamos vuelto a la Edad Media, a la época de los güelfos y gibelinos, de montescos y capuletos. Las familias eran a veces un compendio de la Nación, y carlistas y cristinos, moderados y exaltados o progresistas se odiaban mutuamente y hasta dejaban de tratarse y saludarse. Parecerá por lo mismo admirable que en medio de tamañas angustias y cuando además no había apenas recursos para otra cosa que para mantener el ejército, y todas las clases gemían bajo el peso de los sacrificios que la guerra civil les iba imponiendo de día en día, se hallase en Cádiz un Prelado tan celoso de la religión y del culto y tan confiado en el auxilio de la Providencia, que formase y llevase a cabo el proyecto de acabar la Catedral, cuyas obras estaban suspendidas desde

principios del siglo. Así sucedió, sin embargo; pero antes de proseguir en este tema, pediré licencia para decir algunas palabras sobre otras iglesias de aquella ciudad.

Tomando las cosas desde lejos, recordaré que Cádiz es una de las poblaciones mas antiguas, no tan sólo de España, sino del mundo. En aquel recinto rodeado de mar, que da frente al Océano Atlántico, ha habido siempre una ciudad más o menos grande y situada más o menos distante de la tierra firme. En la remota antigüedad parece que se extendía hacia Santi Petri, donde han sido halladas las reliquias de un templo de Hércules. En la Edad Media era sólo un castillo marítimo, cuyo dominio se disputaban cristianos y moros. En el siglo XVI se asentaba más al centro de la isla, y terminaba donde está ahora el arco llamado del Popolo. En un cuadro que existe en el Ayuntamiento y representa un desembarco de los ingleses en aquel siglo, se nota que era todavía una ciudad muy reducida. Hay también en la sala central del Museo del Prado, en Madrid, un cuadro de Caxés, de hermoso colorido y con admirables retratos de D. Fernando Girón y otros cabos españoles, que representa igualmente un conato de desembarco en Cádiz de aquellos enemigos de España, y en él se puede ver muy bien que por la parte de tierra era todo entonces un retamal sin caseríos ni huertas. El descubrimiento de las Américas no cambió tampoco por el pronto la situación de Cádiz, y la Casa de Contratación y el comercio principal permanecieron en Sevilla, hasta que aumentado mucho el tráfico y con él la cabida de los buques, hubo que trasladarlos a la orilla del mar y tuvo así principio la prosperidad e importancia de nuestro puerto. Sus iglesias principales datan de esas últimas épocas.

Una de las más antiguas es la de Capuchinos, cuya construcción es sencilla, pero que contiene en su altar mayor una joya inestimable, el último cuadro de Murillo. Pintábalo aquel desgraciado artista en un tablado, que, por incuria sin duda, no tenía resguardo ni barandilla, y un día quiso la fatalidad que, olvidado de esa circunstancia, se retirase poco a poco hacia atrás para ver mejor el efecto de las tintas, y llegando así al borde, cayó en mal hora de una altura de cuatro metros, quedando sin sentido. Según dice la tradición, no sufrió fractura ni herida alguna; pero el sacudimiento nervioso, le llevó al sepulcro a los pocos días. Lloráronle y lloraránle siempre las artes, a quienes hubiera podido dar aun muchas peregrinas obras.

En el siglo XVII se adornaron el Carmen y San Francisco con grandes retablos de estilo plateresco, dorados a fuego y de una extrema riqueza. Aun hoy resplandecen hermosamente cuando los llenan de luces; en la época en que fueron hechos, debían de ser deslumbradores. En el Carmen hay una imagen de Santa Teresa, que es una obra de talla del mejor tiempo y dotada de tanta expresión, que por mi parte la prefiero a la que se admira en Roma esculpida por Bernini. En el tiempo a que me refiero y hasta la revolución del año 8, veíase a la derecha del altar mayor el sepulcro del Almirante Gravina, quien murió, como Nelson, en el combate de Trafalgar. Posteriormente ha sido trasladado al Panteón de marinos ilustres formado en la isla, y en mi sentir no ha sido una medida acertada, porque allí le ven muy pocos, y su nombre se va olvidando entre las gentes, mientras que en el Carmen de Cádiz podían visitar su monumento de continuo así nacionales como extranjeros, y su recuerdo era un ejemplo vivo de valor, una lección continua de patriotismo; despertaba, en fin, aquella tumba una de esas memorias que consuelan a las naciones desgraciadas de las injurias de la fortuna.

San Francisco es igualmente notable y muy frecuentada por las familias más ricas, por hallarse situada en un barrio central. Durante la revolución del año 73, un fanático republicano, enemigo de la religión y del culto, que contristó a su cristiana familia demoliendo la iglesia de la Candelaria, intentó también, no se sabe por qué, demoler esta de San Francisco. Por fortuna la oposición de algunos buenos, y sobre todo las reclamaciones del Cónsul de Francia, a cuya nación pertenece el patronato de la capilla principal consagrada a San Luis, consiguieron impedir aquel vituperable vandalismo.

San Antonio y el Rosario contienen altares de ricos mármoles, y San Felipe es interesante porque en su recinto, circular y espacioso, se celebraron las famosas Cortes del año 12. Obsérvase a la izquierda una capilla de carácter churrigueresco, pero muy original en su género; y a la derecha

hay otra de gusto rococó, que prueba, así como también la nave central de Santo Domingo, que hubo en Cádiz en el siglo pasado artistas que imitaban muy bien la ornamentación inventada en Francia en tiempo de Luis XV.

Faltaba, sin embargo, una Catedral digna de la riqueza de Cádiz, porque la que de antiguo existía era pequeña y pobre; y los gaditanos del siglo pasado, prevaleciendo ya en nuestra ciudad el gusto de los mármoles introducido por los negociantes genoveses, como lo he dicho antes, decidieron edificar una toda de esa rica piedra, tanto por dentro como por fuera. Hiciéronlo así, con efecto, escogiendo la Arquitectura del Renacimiento, y de un modelo bastante bello, aunque puede tachársele de abundante en superficies curvas y salientes, resabios que todavía quedaban del estilo rococó anterior. No es ciertamente comparable con la de Sevilla; pero es sumamente linda y la más notable, si no me equivoco, entre cuantas se han construido en España con posterioridad al siglo XVI. Hallábase este templo sin concluir a causa del estado de la Nación durante la guerra de la Independencia y la decadencia del comercio ocasionada por la insurrección de nuestras Américas, y era opinión general que, como la más célebre de Colonia, nunca llegaría a terminarse. Notable fue, pues, como he dicho, que cuando menos nadie siquiera lo soñaba, el virtuoso Fray Domingo de Silos Moreno, religioso dominico y Obispo en aquella época de la ciudad, tomase la atrevida resolución de continuar y acabar las obras. Personas hubo que le calificaron de loco, y tal podría quizás parecerlo a los ojos de aquellos que no saben ni quieren saber cuáles secretos medios suele emplear la Providencia para favorecer cualquier piadoso designio. Es un hecho, sin embargo, y la posteridad lo creerá tal vez con dificultad, que apenas el venerable Prelado hizo colocar los andamios y comenzar las obras, cuando comenzaron también a llegarle limosnas de toda clase de personas, tanto de España como de América y Asia, y no moría en nuestra ciudad una medianamente acomodada que no dejase alguna manda para continuar la Catedral. Naturalmente, no trató Fray Domingo de acabarla según el suntuoso plan primitivo, sino que adoptó otro, conforme en lo posible al que ya existía, pero algo más modesto, y el resultado fue que tuvo la gloria de verla concluida y de consagrarla él mismo. Su conjunto es digno del objeto a que está destinada. La cúpula, cubierta de azulejos amarillos, parece de oro bruñido cuando la hieren los rayos del sol, y el navegante que se acerca a Cádiz por el mar del Sur, la divisa con júbilo a muchas millas de distancia. Su interior infunde de consuno devoción y maravilla, y las pompas del culto adquieren allí mayor esplendor, merced a la riqueza de su recinto. La memoria de Fray Domingo de Silos, a quien se debe tan bello templo, será, pues, bendecida por los gaditanos, mientras se conserve vivo en ellos el amor de la religión y de las artes.

IV.
Cádiz y Sevilla, de 1837 a 1841.

Istúriz reemplaza a Mendizábal.—A quién llamaban la Filipona.—Pacto singular entre Mendizábal e Istúriz.—¿Mulierem fortem quis inveniet?—Motín de la Granja.—Restablécese y refórmase la Constitución del 12.—Mi llegada a Sevilla e impresión que aquella ciudad me produce.—Lo que deben Murillo a las sevillanas y las sevillanas a Murillo.—Los españoles hablan árabe sin saberlo.—Sevilla merecería ser la capital de España.

Concluidos mis estudios de Filosofía en el Seminario de Cádiz, llevóme mi padre a Sevilla, a fin de que tomara en aquella Universidad el grado de Bachiller y empezase a cursar las leyes. Pero antes de entrar en esto, debo decir alguna cosa de los sucesos políticos que inmediatamente precedieron a mi viaje. Mendizábal no cumplió ni podía cumplir lo que había prometido; la guerra civil seguía poco más o menos como antes. De cuando en cuando obtenían los cristinos alguna brillante ventaja; pero no por eso cejaban los carlistas en la pelea. Además, la actitud de Mendizábal era particularmente desagradable a la Reina gobernadora, porque se inclinaba demasiadamente a las

medidas revolucionarias. Dado que Doña María Cristina comprendía, como ya lo he dicho, que, estando enfrente de ella D. Carlos, no le era posible dejar de ser constitucional, su buen sentido le decía, eso no obstante, que los progresistas caminaban con excesiva prisa e iban privando al trono de sus principales apoyos. Conmovido el altar por la supresión de los frailes, destruido con la abolición de los mayorazgos el poco prestigio que aun le quedaba a la aristocracia, minada la realeza y reducida casi a una sombra, el instinto de su propia conservación le inspiraba a la Reina el deseo de hallar hombres de ideas más moderadas que le ayudasen a contener la marcha de la revolución y diesen al Gobierno la fuerza que necesitaba para acabar pronto la guerra.

Una parte de los burgueses, la menos educada y menos rica, formó pronto lo que se llamó partido progresista, por la sencilla razón de que quería subir a donde veía ya encaramados a los burgueses más ricos, y le parecía que mientras más democráticas fuesen las instituciones, más fácil le sería conseguirlo. Pero a su vez, los burgueses más ilustrados y ricos que se hallaban ya en posesión de cierta influencia, querían defender las prerrogativas del trono para que éste pudiera conservarles las suyas. Uníanse a ellos los nobles que seguían la bandera de Isabel II y todos los que creían incompatible la conservación del orden público con la licencia patrocinada por los progresistas; y con unos y, con otros se formó el partido moderado de aquella época, en cuyo seno buscó la Reina Ministros que secundaran sus designios. De esta manera nació, al mismo tiempo, la alianza natural de la Corona con el partido conservador y fue iniciada la lucha de ambos con los impacientes y progresistas, pudiendo en verdad decirse que la historia de España desde entonces hasta el día no ha sido otra cosa más que la historia de esa lucha.

Comprendidas las miras de la Reina empezaron los progresistas a denigrarla y le dieron el apodo de «la Filipona» porque decían que no hacía más que copiar lo que Luis Felipe practicaba en Francia, y que buscaba hombres parecidos a Perier y a Guizot para sus planes de reacción; todo lo cual era quizás verdad, pero no me parece censurable, pues entre nosotros cada cual no hacía más que imitar a los hombres y partidos de Francia. El General Oráa, que cometió la inaudita atrocidad de fusilar a la anciana madre de Cabrera, y los energúmenos que mataron a los frailes eran imitadores de los terroristas del 93; los progresistas imitaron a Vergniaud y Roland, y aun hubo quien jurara por Robespierre; y en fin, nuestra revolución ha sido en todo un remedo de la francesa; por consiguiente, no es justo criticar que cuando tantos imitaban lo malo de aquella nación hubiese quien quisiera imitar lo bueno; y bueno era, a no dudarlo, el Gobierno de Luis Felipe, dado el sistema constitucional y parlamentario. Precisamente durante aquel Gobierno fue inventada la máxima famosa y absurda de que el Rey reina y no gobierna, y de aquel sistema se dijo que era la mejor de las repúblicas.

La Reina Cristina, pues, escasamente satisfecha, como dijo, de las tendencias de Mendizábal, llamó a sus consejos a D. Javier de Istúriz, liberal del año 20, como aquél, pero ya bastante desengañado y persuadido de la necesidad de resistir a los que deseaban suprimir el Estatuto de Martínez de la Rosa y sustituirlo con la Constitución del año 12. Era Istúriz gaditano e hijo de un antiguo y rico comerciante, cuya casa fue la que ocupa ahora el Casino en la plaza de San Antonio. Había sido educado cristianamente por su madre Doña Jerónima Montero y por un eclesiástico docto, de quien recibió lecciones de literatura española y latina; pero malas lecturas y la compañía de los sectarios le hicieron volteriano e incrédulo. Sin ser precisamente literato, hablaba y escribía galanamente su lengua. Sus cartas eran siempre modelos de estilo elegante, aunque familiar, y si se hubiesen reunido y publicado le habrían dado una fama parecida a la que alcanza en Inglaterra Lord Chesterfield. Créese que en su juventud había sido masón, pero lo negaba en la vejez. Comprometido, como Galiano y Mendizábal, en los sucesos del año 20, tuvo que emigrar con aquéllos a Inglaterra, donde vivió, sin embargo, con más holgura que ellos, porque su hermano mayor D. Tomás, que dirigía la casa de su ya difunto padre, le mandaba recursos suficientes; y esta posición excepcionalmente desahogada fue también causa de que adquiriese entre los demás emigrados una especie de superioridad que luego le ayudó bastante en su carrera política.

Durante su juventud diose Istúriz mucho a los galanteos, y aunque era bajo de cuerpo y no muy buen mozo, la urbanidad de sus modales y la amenidad de su trato le hacían muy querido de las damas. Una había en Cádiz tan tonta como hermosa, la cual tenía en su gabinete un retrato en miniatura de su propia y bella persona, casi enteramente desnuda, y cuando alguna amiga le preguntaba por qué se había hecho pintar de aquella manera tan poco decente, respondía sonriéndose, que era un capricho de Istúriz.

Corría grande amistad entre Istúriz y Mendizábal, y no obstante que le reemplazó en el Gobierno y estuvieron a punto de pelear en desafío, a causa de sus diferentes ideas políticas, volvieron luego a tratarse, y como los dos eran escépticos y al mismo tiempo conservaban recelos y curiosidades acerca de la vida futura, hicieron el pacto singular de que el primero de los dos que muriese, trataría de aparecerse al otro y referirle lo que pudiera de las cosas del otro mundo. Falleció primero Mendizábal, e Istúriz aseguraba muy seriamente que le había esperado y aun llamado en vano muchas noches, deseando que se le apareciera. Eran, sin embargo, dos hombres totalmente diferentes, pues así como Mendizábal había nacido para revolucionario, Istúriz tenía más bien las cualidades de un palaciego. Reíase él mismo muchas veces de las cortesías que hacía en Palacio, llamándolas inclinaciones de la espina dorsal; pero la verdad es que procuró siempre agradar a la Reina y que ésta le demostró a su vez mucho afecto y confianza.

No era con todo D. Javier Istúriz el hombre más a propósito para resistir a los perturbadores, en primer lugar porque, si bien tenía mal genio y se enfadaba con facilidad, no por eso tenía carácter, como lo probó en varias circunstancias importantes de su larga carrera política. Además, faltábale lo principal, que era la fuerza. No habiendo clases influyentes ni verdadera opinión pública, y siendo la revolución una cosa más bien impuesta que espontánea en España, el ejército era el arbitro de nuestros destinos, y hallándose éste lleno de oficiales masones, no podía un hombre civil oponerse a sus designios. Necesitábase que poco a poco se formaran otros generales y oficiales, quienes por sus convicciones más monárquicas y también por celos de los antiguos, se colocasen resueltamente al lado del trono. Mostrábanse ya algunos animados de buenas intenciones, pero no todavía con el prestigio suficiente para acometer tan difícil empresa. Más tarde los produjo al fin la fuerza de las cosas, y entonces tuvo la Nación algunos años de tranquilidad y buen gobierno, durante los cuales prosperó rápidamente.

La Reina Cristina, por su parte, no poseía tampoco todas las cualidades necesarias para el papel que pretendía desempeñar. Era ilustrada, clemente y animosa; pero le faltaba prudencia y no se hallaba exenta de las flaquezas propias de su sexo, porque *¿mulierem fortem quis inveniet?* Joven, hermosa y nacida en el ardiente clima de Nápoles, pesóle pronto la viudez, y habiéndose enamorado de un simple Guardia de Corps, llamado Muñoz, hijo de un hidalgo pobre de Castilla, le dio la mano de esposa. La historia de estos amores fue bastante novelesca. Contábase que por algún tiempo Muñoz no había osado declararse; cuando una tarde, al volver la Reina de paseo, se alborotaron los caballos del coche, y al esforzarse los guardias para contenerlos, Muñoz, que iba entre ellos, recibió una pequeña herida en la mano derecha. Al ver que corría de ella sangre, la Reina olvidó completamente su recato y bajándose del coche, vendó ella misma con su propio pañuelo la mano herida. Después de esta condescendencia tan significativa Muñoz, que no tenía el patriotismo necesario para comprender el daño que aquellos amores iban a causar a su Reina y a su país, se aprovechó de la inclinación que la Augusta Señora le mostraba y consiguió que le tomara por marido.

Con razón se dice que los Reyes no tienen propiamente vida privada, porque todas sus acciones pueden producir consecuencias buenas o malas para la cosa pública. Este casamiento de Doña Cristina le hizo perder mucha parte de su prestigio. Las clases elevadas y el partido moderado, que tenían grandísimo interés en conservárselo, hicieron todos los esfuerzos imaginables, a fin de que semejante hecho pareciese la cosa más natural del mundo, aunque en realidad era una, si no única, rara, de parte de una testa coronada. El Guardia de Corps Muñoz recibió más tarde un título de Duque, y la Europa pudo leer un día su nombre al lado de Doña María Cristina de Borbón en el

almanaque de Gotha. Pero los burgueses y el pueblo no manifestaron la misma deferencia, porque celosos siempre de los grandes, y privados del ocio y de los medios que éstos tienen para satisfacer sus gustos, suelen censurarlos severamente. El vulgo, como dice Mariana, ni olvida ni perdona. La Reina cesó de ser el ídolo de esas clases, y después de su casamiento no se veía ya a las mujeres de la burguesía y del pueblo con los lazos azul celeste, que llamaban azul cristino. La corona de la Regente, no hay que dudarlo, brillaba ya mucho menos.

Y como una primera falta suele traer otras, esta pasión de la Reina fue causa de que ella misma se acarreara una ignominia, sólo comparable con la que sufrió en efigie el Rey Enrique IV en el tablado de Avila. Y fue de esta manera: Doña Cristina tomó la resolución de marcharse por algunas semanas a la Granja. Los Ministros, que en vista de los continuos movimientos militares que estallaban en todas partes, creían necesaria la concentración de las tropas disponibles y la presencia de la Reina en Madrid, le rogaron que desistiera de su intento; mas Doña Cristina, ocupada sólo de su amor y ansiosa de pasar la luna de miel en las frondosas arboledas de aquel Real sitio, no quiso escuchar tales consejos, ni D. Javier Istúriz tuvo tesón bastante para imponérselos.

No tardó, sin embargo, en arrepentirse, pues no apenas había llegado a la Granja, cuando se amotinó la guarnición que allí había, y no ya un General, ni aun siquiera un oficial, sino tres simples sargentos, dirigidos por el más audaz de ellos, nombrado García, entraron en Palacio y penetrando en el aposento de la Reina, la obligaron con amenazas a firmar un decreto por el cual se restablecía la Constitución del año 12. Cuenta la Historia que el Archiduque Fernando de Austria se vio en un trance parecido al de la Reina Cristina, al empezar la guerra de Treinta años, cuando algunos Barones rebeldes le sorprendieron en su Palacio de Viena, y amenazándole con sus espadas, querían obligarle a que se aliara con los protestantes de Bohemia. Pero el animoso Fernando supo resistir varonilmente, y la fortuna recompensó su valor, porque de repente resonaron en el patio de la Burg las trompetas de Dampierres, quien acudía con sus coraceros en auxilio del Príncipe y ponía en fuga a los conspiradores. La Reina gobernadora no tuvo tanta fortaleza ni de seguro hubiera tenido el mismo buen suceso, porque nadie podía venir en su socorro, y precisamente casi al mismo tiempo uno de los paladines de la realeza, que era el ilustre General Quesada, caía muerto en otro movimiento ocurrido en Madrid y su cuerpo era vilmente arrastrado por el populacho. Fue, pues, proclamada la Constitución del año 12, la cual era tan mala, que los mismos progresistas se apresuraron a modificarla al año siguiente, y la llamaron Constitución del 37; y aunque muchos opinan que esto mismo hubiera sucedido más tarde o más temprano, no cabe duda en que el viaje de la Reina a la Granja lo facilitó y apresuró, dando asimismo lugar a que fuese acompañado de las circunstancias tan deplorables que he referido.

Poco después de estos graves sucesos llegué yo con mi padre a Sevilla y tomé el grado de Bachiller. El examen que sufrí fue poco riguroso, y gracias a mi buena memoria salí bien de él; pero recuerdo que cuando subí al pulpitillo y pronuncié la frase sacramental de «ascendo ad cathedram ad explicandam universam philosophiam», sentí que me ponía sumamente colorado, no sólo porque me imponía la presencia de los profesores que asistían al acto, sino también porque me avergonzaba de decir que iba a explicar una ciencia, la cual realmente no poseía, y en aquel mismo momento formé la resolución, que realicé más tarde, de dedicarme con seriedad a su estudio. Tras esto, volvióse mi buen padre a Cádiz y yo quedé alojado en casa de mis tíos D. José Lerdo de Tejada, persona acomodada y culta, y Doña Teresa Dominé, señora bella y de ameno carácter, los cuales tenían cinco hijas muy lindas, de manera que si bien me faltaba allí la libertad de que gozaban la mayoría de mis compañeros, estaba compensado esto con otras distracciones, porque asistía por las noches a la tertulia de mi tía, y vine poco a poco a encontrarme como Periquito entre ellas.

Hízome Sevilla una impresión muy agradable. Su caserío tiene mucho del de Cádiz, y nótase también allí, en la abundancia de mármoles, la influencia de los genoveses, los cuales han dado su nombre a una de las calles más céntricas. Algo recuerdan también aquellas casas las de los antiguos romanos, con especialidad las de Pompeya. Sus patios, enlosados de mármol, adornados con fuentes y macetas y cubiertos en verano con un toldo o *velarium* que los defiende de los rayos del sol,

ofrecen un aspecto tan original como pintoresco. Gracias a la dulzura del clima una simple verja de hierro, que llaman cancela, los separa del portal y permite que se vea desde la calle el interior de ellos. Durante las noches del verano, cuando aquellos patios están bien iluminados y sirven para las tertulias de las bellas sevillanas, parecen las calles de Sevilla una cosa de ensueño. Llevábame mi tío en su coche a visitar los alrededores, y como no había conocido hasta entonces otro campo que el de Puerto Real y Chiclana, agradóme infinito cuanto veía. Alcalá de Guadaira con sus molinos y su castillo moruno; Mairena, con sus verdes praderas, donde se celebra una famosa feria, y sobre todo San Juan de Alfarache y Gelves, que coronados de naranjos se miran en el Guadalquivir, me parecieron muy bellos. Dentro de la ciudad admiré también el paseo llamado de Cristina y las deliciosas Delicias, a donde concurrían, tanto a pie como en coche, las señoras más elegantes. Cautiváronme igualmente los monumentos públicos, porque Sevilla los posee de todas las épocas y se asemeja en esto a Florencia. Sus muros son romanos, como lo recuerdan unos versos grabados en una de sus puertas, que dicen así:

Hércules me edificó,
Julio César me cercó
Con muros y torres altas,
Y el Rey Santo me ganó
Con Garci Pérez de Vargas.

La Torre del Oro y la Giralda son árabes; el Alcázar moro, la Catedral gótica, el archivo de Indias del Renacimiento y las Casas Consistoriales de estilo plateresco; y cada uno de estos edificios es bello en su género y apropiado también al objeto para que fue destinado. La Catedral es menos correcta y menos rica de adornos que las de Toledo y Burgos; pero en cambio es más grandiosa y devota. Hay un contraste imponente entre el patio de los naranjos, tan lleno de luz y de verdura, y el interior de aquel templo, donde en los primeros momentos, después de entrar no se ve apenas el suelo que se pisa. El Alcázar es asimismo bellísimo, y ni en Constantinopla ni en El Cairo, ni creo que en todo el Oriente, hay edificio alguno más original ni más poético. Sin necesidad de salir de España pueden sentirse allí y en Córdoba y Granada los mismos, si no mayores goces, que los que buscan tantos en viajes lejanos, con no pocas incomodidades y dispendios.

Las mujeres de Sevilla son también hermosas, como las de Cádiz, con la sola diferencia que las gaditanas son algo cosmopolitas y de sangre mezclada, mientras que las sevillanas parecen de pura raza oriental, y dudo yo que haya en los harenes de Marruecos ni en toda la Morería moras más moras ni más bellas que las muchachas de Sevilla. A ellas les cabe una gran gloria, y es el haber inspirado a Murillo, el cual no creo que en otra ciudad de España, como no sea en Granada, hubiera hallado los mismos tipos que ha inmortalizado en sus obras. Sus Santas Justa y Rufina son dos hermosas trianeras; los rostros de sus Vírgenes son, algo idealizados, los mismos que se ven a menudo en los balcones de la calle de las Sierpes. Lo cual, me apresuro a decirlo, no le quita al artista mérito alguno; antes al contrario se lo aumenta, pues no lo tiene poco el sentir y buscar lo bello, y representarlo luego con acierto. Con efecto, muchos pintores habían visto a las bellas trastiberinas antes que Rafael, muchos a las rubias venecianas antes que Tiziano, y muchos a las graciosas andaluzas antes que Murillo; y sin embargo, sólo esos tres tuvieron genio bastante para trasladar aquella hermosura a sus cuadros. La gloria se reparte, pues, entre ellas y ellos, y la fama de los unos vivirá siempre unida con la de las otras.

El lenguaje usado por las sevillanas y por los andaluces en general, es también muy bello, y más que bello, gracioso. Difícil es en verdad definir la gracia, tanto más cuanto que no sólo se aplica al lenguaje, sino a la fisonomía y a los modales. No es propiamente efecto exclusivo del clima, sino que también depende de la raza, por lo cual vemos, por ejemplo, que las polacas y rusas son en todo más graciosas que las alemanas, a pesar de que viven en un clima más frío. La raza escandinava es asimismo más graciosa que la sajona, y los suecos han sido llamados con razón los franceses del Norte. Como quiera, los andaluces tienen en España el primado de esa cualidad indefinible, y su lenguaje, que es un compuesto de ironía, exageración, mofa y agudeza, es gracioso

cual ningún otro de los que se oyen en nuestra Península. Y es notable que a pesar de los seis siglos transcurridos desde la reconquista de Sevilla, se halla todavía tan cuajado ese lenguaje de voces árabes, que sin exageración puede decirse que hablan allí aquella lengua sin saberlo. En Castilla suelen usarse muchas veces las equivalencias latinas; en Andalucía siempre lo árabe. Todo lo relativo a la casa y al menaje es árabe, como zaguán, aljibe, alfombra, almohada, alacena, aljofaina, alcarraza, anafe, aljofifa, zaranda, almirez, alcuza y candil, y también lo que atañe al campo y los jardines, como zagal, res, acémila, almocafre, aceituna, albahaca, almoradux, alhucema, alelí, azucena y azahar. Llenaría muchos pliegos si pusiera aquí todas las voces de ese género que emplea el pueblo andaluz. Y también sus giros de frases y sus conceptos tienen a veces más analogía con el Oriente que con el Occidente, pues cuando dicen, *verbi gracia*, que una mujer tiene cara de rosa, que sus ojos son luceros y sus dientes piñones, recuerdan más a Saadí que a Anacreonte. Si hablan de un desconocido, le dicen fulano o zutano; si una muchacha es cariñosa la llaman zalamera; si un hombre es flaco, alfeñique. Cuando quieren que algo plegue a Dios, dicen ojalá, y en fin, cuando se enojan, no usan como en Aragón y en el Norte expresiones latináis, sino una palabrota, la cual es simplemente el nombre del pulchinela árabe, que representa un papel muy principal en las pantomimas y sombras chinescas de Argel, Constantinopla, El Cairo y demás ciudades musulmanas. Por desgracia, los hombres suelen abusar mucho de esa palabra, y cuando se regresa a España después de una larga ausencia, choca y aun repugna oiría a cada paso en la boca, no sólo del vulgo, sino de las personas bien educadas. Yo tengo para mí que la pereza de nuestro carácter contribuye bastante a ello, porque esa voz sirve de artificio retórico universal, reemplaza los argumentos y presta al lenguaje familiar una energía grosera y vituperable, pero no exenta de eficacia. De uno de nuestros oficiales de Marina se ha dicho que había llegado a ser Almirante a fuerza de emplear a todo propósito esa interjección obscena.

Es Sevilla mucho más extensa y poblada que Cádiz, y hoy día, después de la construcción de los ferrocarriles, la ha igualado en cultura. Cuando yo la vi por la primera vez estaba relativamente atrasada, hasta el extremo de que de Cádiz se llevaban allí los buenos muebles, los vestidos y todos los objetos de moda. El traje de los sevillanos era asimismo muy ordinario y en los paseos y aun en los teatros veíanse muchos caballeros con la capa parda y el sombrero calañés. Más de un nono nieto del Rey Chico perpetuaba todavía el tipo retratado tan magistralmente por Jovellanos. Uno recuerdo, título de Castilla nada menos, del cual pude ver una carta dirigida a cierta linda joven, con la cual deseaba tener relaciones amorosas, y en ella se leía esta frase final, cuya ortografía me quedó muy impresa: *«con tu correspondenzia seré felí»*. Hoy ya la educación ha mejorado mucho y Sevilla es digna en todo y por todo de su antigua fama. Allí nacieron nuestros mejores poetas líricos, nuestros pintores más célebres, y un número infinito de hombres notables en las ciencias y las letras. Aquella ha sido la Atenas y la Florencia de España. Allí está el jardín de nuestra Península, y si no me equivoco, en aquella ciudad, atravesada por un río navegable que la pone en comunicación con el mar cercano, debería estar la capital. Pero nuestros Reyes, atentos a una política que dejaba lo cierto por lo dudoso, prefirieron casi siempre las ciudades de la fría y triste Castilla, donde les parecía que se hallaban mejor situados para vigilar lo que sucedía fuera de la Nación. A Sevilla han venido siempre muy pocas veces, a semejanza de ciertos estragados magnates, que poseyendo.una rica galería de cuadros, ni la aprecian ni la visitan.

Por remate, diré que no sólo quien no ha visto a Sevilla no ha visto maravilla, sino que quien no la ha habitado algún tiempo no puede formarse una idea del encanto de aquella ciudad; de un no sé qué imposible de explicar, que acelera allí los latidos del corazón y nace en parte del clima y de la alegría de su cielo, y en parte de mil asociaciones llenas de poesía. Y no lo he experimentado esto solamente en mi juventud, sino cada vez que he vuelto a pisar aquel suelo encantador. Ni los años ni las canas han sido parte para que dejara de sentirlo.

V.
Cádiz y Sevilla, de 1837 a 1841.

La vida de los estudiantes.—Los Catedráticos.—Cómo se debe estudiar el Corpus Juris.—Un estudiante de sesenta años.—La estatua de Napoleón hecha pedazos.—Noviazgos.—Una casa bien guardada.—Escenario poético.—Opiniones de un Duque sobre el matrimonio.—Dionisio el Exiguo y las señoritas cursis.—La gente macarena.—Las corridas de toros.—La ópera y los dramas.

Cuatro años permanecí en la hermosa Sevilla hasta recibir el grado de Bachiller en Leyes, y aunque me rodeaban muchas distracciones, conservé casi siempre mi afición al estudio. Agradábame la vida de estudiante y cursé con aplicación el Derecho natural, el romano y el civil, y también el canónico, aunque no me gustaba tanto. Los libros de texto eran ya en español, si bien traducidos algunos del latín, como Heineccio y Cavalario.

De la vida estudiantina antigua no quedaba apenas rastro. Según oía decir, nunca habían sido los escolares de Sevilla tan revoltosos y libertinos como los de Salamanca y Alcalá. Preguntando a los Catedráticos más ancianos por las costumbres de épocas anteriores, no me referían anécdota alguna que fuese picante o característica: recuerdo sólo el caso, bien inocente por cierto, de un estudiante, del cual se contaba que sin saber latín, pedía limosna en esta lengua, y si se la daban, regraciaba, diciendo con voz meliflua, el verbo *lavo, lavas lavare, lavi, lotum atque lavatum*; y cuando se la negaban, fruncía las cejas y decía con aire enojado para asustar a las mujeres: *rumpo, rumpis, rumpere, rupi, ruptum*. Y era notable que entre las composiciones en verso o en prosa atribuidas a los estudiantes o que corrían entre ellos, no se veía ninguna que fuese obscena, sino que eran simplemente sucias y del género de aquel *Ars petandi in societate, cum figuris*, que vio Pantagruel en la biblioteca de San Víctor. Sobre un asunto análogo corría entre los estudiantes un poemita manuscrito, cuyas buenas octavas parecían parto de algún poeta de ingenio.

La única usanza estudiantil que se conservaba aun, era la de extender las capas por el suelo cuando pasaba alguna buena moza, a fin de que caminase sobre ellas, como le extendió la suya Walter Raleigh a Isabel de Inglaterra; y en verdad que más de una sevillana lo merecía tanto o más que ella, entre otras, una huevera del mercado cercano. Tenía ésta dos ojos como dos estrellas y unos dientes más blancos que los huevos que vendía; y cuando se ponía su pañolón de seda y se prendía un clavel en los cabellos, parecía de veras una reina. Algunos estudiantes, que la admiraban mucho, le dirigían también los más graciosos requiebros; costumbre, por otra parte, general entre la gente de Andalucía.

Al llegar los Catedráticos cesaba toda algazara y entrábamos en clase como en misa. El profesor de Derecho natural se llamaba Rodas y era un santo varón. Había sido casado, y cuando enviudó se hizo clérigo; pero conservaba siempre la memoria de la finada, y todos los años hallaba medio de hacer mención de ella con estas expresiones: «mi difunta mujer, modelo de virtudes que nunca merecí». Decíanselo los estudiantes de un año a los del siguiente y cuando soltaba esa frase, soltaban ellos la risa; de lo cual o no se apercibía, o le importaba poco, con tal de dar así desahogo a lo que era sin duda una necesidad de su corazón.

El de Derecho romano tenía por nombre Santervaz y era tan colérico como erudito. Quería mucho a los estudiantes, con especialidad a los que mostraban afición a las leyes romanas, de las cuales era grande admirador. Sin embargo, no había ninguno que le satisficiera por completo y siempre nos decía que nos engañábamos mucho si creíamos que, estudiando a Heineccio, Hugo y Savigny y aun al caballero Mackeldey, que ya andaba traducido, íbamos a adquirir un conocimiento suficiente de la legislación romana, porque esto sólo se conseguía con la lectura asidua de los códigos. «Aquí me tienen ustedes a mí, seguía diciendo; pues a pesar de que hace tantos años que enseño esta materia, todavía no dejo de las manos el *Corpus Juris*, y muchas mañanas, apenas entra la claridad por mis ventanas, le tomo de la mesa de noche donde le dejo al acostarme, y poniéndole sobre las posaderas de mi mujer, le repaso con el mayor placer del mundo».

Para el Derecho civil español, cuyo texto era Salas, teníamos a D. Andrés Gutiérrez, abogado distinguido, cuya fama fue siempre en aumento y que llegó a ser rival del todavía más célebre D. Joaquín Seoane. La elocuencia de estas dos lumbreras del foro andaluz era diferente, a la manera que también lo era la de los principales oradores políticos de aquel tiempo. Pertenecía la de Seoane al género sonoro e impetuoso, que recuerda a Marco Tulio: brotábanle las palabras de la boca con facilidad y rapidez. Gutiérrez era más pausado y razonador. Ambos tenían gran boga, y los estudiantes acudían de buena gana a oírles, cuando sabían que iban a hablar en estrados.

No recuerdo cómo se llamaba el Catedrático de Derecho canónico. Lo que no he olvidado es que aquel estudio no me agradaba tanto como los demás. Y no era por pereza, porque conservaba siempre un gran deseo de aprender, y como prueba de ello referiré que, conociendo ya bastante bien el latín, quise asistir a la clase de griego, cuyo profesor era un tal D. Antonio Colón, muy amigo de mi tío y persona tan amable como instruida. Hijo de padres acomodados, había ido a la Universidad de Montpellier a estudiar medicina, no para ejercerla, sino por amor a ella; y allí también aprendió la lengua griega, poco cultivada entonces entre nosotros, enseñándola después en la Universidad sin retribución alguna. Demostróme mucha afición este caballero, y me franqueó un gabinete de física que tenía en su casa, donde por la primera vez vi y manejé las máquinas e instrumentos que sirven para el estudio de aquella ciencia, y que sólo conocía por estampas. En la clase de griego éramos pocos los alumnos, y entre ellos había uno de sesenta años llamado Blanco, el cual era hermano de cierto emigrado bastante extravagante que vivió mucho tiempo en Londres, donde se hizo protestante, y adoptando el nombre de White, traducción de Blanco, firmó con él muchos escritos religiosos y literarios. El de Sevilla tenía más seso y mostraba su anhelo de saber sentándose en los bancos de nuestra clase, al lado de condiscípulos que podían ser sus nietos, como dicen que lo hizo en la antigüedad el famoso Catón.

Además de estos estudios universitarios organizamos diversas lecturas que se hacían en casa de un cierto Ricci, el cual era de los que cursaban ya los últimos años. Leía uno de nosotros en alta voz y los demás podían interrumpirle y hacer observaciones y comentarios. De esta manera saboreábamos la *Historia de la guerra y revolución de España*, del Conde de Toreno, que aunque algo prolija y no muy filosófica, es un libro bien escrito y el mejor que tenemos sobre tan importante asunto. Después se leyó la *Historia de la civilización europea*, del célebre Guizot, que acababa de traducir un cierto Betancour, obra admirable y muy superior a sus numerosas imitaciones. En fin, emprendimos la *Historia de la Revolución francesa*, de Thiers, asimismo traducida, porque pocos de mis compañeros entendían bien la lengua francesa. Mas al llegar a la lectura de esta última obra hubo que suprimir los comentarios, porque a muchos les pareció que el autor pecaba de parcial y a menudo se suscitaban disputas que acaloraban mucho los ánimos[2]. Y aun así había todavía protestas mudas en forma de toses, arqueamiento de cejas y sonrisas, pues no todos estaban conformes con los juicios de Thiers, y había sobre cada cosa las opiniones más encontradas, admirando los unos a Robespierre y los otros a los Girondinos, defendiendo algunos a Luis XVI, y no pocos a Bonaparte.

De uno de nuestros compañeros se llegó a saber que tenía en su casa una pequeña estatua de este último personaje, comprada a uno de esos italianos que venden por las calles figuras de barro, a las cuales llaman en su jerigonza hispano-itálica *Santi barati*, y pareciéndole a varios condiscípulos que eso era contrario a los dictados del patriotismo, fueron allá un día y arrojando al suelo la estatua la hicieron mil pedazos. Por fin, leíamos en casa las novelas de Balzac, Dumas y aun de Paul de Kock, que nos prestábamos unos a otros. *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo, era la más leída en aquella época, y no recuerdo que otra novela alguna haya tenido después tamaña boga, como no sea *El Judío errante*, de Soulier, y *Los misterios de París*, de Eugenio Sué.

La vida del estudiante tenía también sus pasatiempos de otro género. Algunos amaban con pasión el juego, y no sólo de noche, sino en mitad del día, había partida de monte en dos o tres casas

2 Posiblemente se refiere a la traducción y prolijos comentarios biográficos de Sebastián de Miñano, que reunimos en *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y de su época*. (Nota del editor digital.)

de huéspedes, especialmente en la que habitaba un tal Peña, de Cádiz, que una vez jugó hasta los Diccionarios. Pero la distracción más general eran los noviazgos. La palabra novio tiene en España, y principalmente en Andalucía, un sentido mucho más lato que en otras partes, y no se ha de confundir con lo que significa en otros países el prometido esposo. El novio andaluz promete bastante, pero cumple poco. Sus relaciones amorosas son de un carácter libre y casi aleatorio; muchachas hay que tienen tres o cuatro antes de hallar uno que quiera o pueda ser su marido. Ni deja de haber entre ellos algunos de probada constancia, y como tipo singular del género citaré a un caballero principal de Sevilla, llamado D. Pedro Ibáñez, el cual ha sido novio de Paca Paterna, hija del Marqués del mismo nombre, desde que yo era estudiante hasta el día. Naturalmente, el amor ha degenerado en una buena amistad; pero es un hecho que sigue visitándola, todos los días, sin que nadie acierte a saber por qué no se han casado jamás.

Peculiaridad característica del noviazgo andaluz es también el hablarse por la ventana, a la cual llaman *pelar la pava*. Pobres y ricos, nobles y plebeyos, todos hacen lo mismo, dando a veces pruebas de una paciencia inagotable. Y a esto alude sin duda aquella copla que dice:

Debajo de tus ventanas
Me dio sueño y me dormí,
Me despertaron los gallos
Cantando el quiquiriquí.

A propósito de cuya costumbre recuerdo que una vez que ocurrían muchos robos en Sevilla, a consecuencia de la anarquía política reinante, cierto señor, nombrado Armas, el cual tenía tres hijas jóvenes y hermosas, poco enterado al parecer de la conducta de éstas, pero muy preocupado del peligro que podía correr su dinero, encargaba continuamente al sereno que no dejara de vigilar bien su casa; hasta que cansado éste de que se lo repitiera tantas veces, le dijo al fin con desenfado: «Señor mío, déjese de tantas recomendaciones y duerma tranquilo, porque ¿qué ladrones han de asaltar su casa de Vd., cuando tres buenos mozos pasan lo más de la noche arrimados a las rejas y hablando con las niñas»?

Quieren decir algunos que esta usanza es árabe; por mi parte lo dudo mucho, a menos que las costumbres de los de España fueran muy distintas de las que siguen en otras partes; pues ni las viviendas de los musulmanes tienen ventanas bajas, ni sus mujeres gozan de la misma libertad que las cristianas. Probablemente el clima benigno de Andalucía fue causa de que se habitara en la parte inferior de las casas, y de ello se aprovecharon los enamorados andaluces.

Hay severos censores que reprueban esta costumbre, porque tal vez la practicaron en su juventud y recuerdan sus inconvenientes; no puede, sin embargo, negarse que tiene ciertos encantos. Las mujeres bellas lo parecen siempre y en todas partes; pero el escenario en que se ven realza mucho sus atractivos; y aquellas calles estrechas de Sevilla, con las tapias de sus jardines que las hacen tan solitarias, y sus caserones antiguos con balcones y portales de piedra, cuyo aspecto es tan pintoresco, prestan mucha poesía al cuadro en que campea la forma seductora. de alguna linda andaluza. Cuando al fin se penetra en aquellas moradas y es dado visitar a las damas que las ocupan, casi echa uno de menos la época en que se las veía solamente en el balcón o la ventana. Porque sucede a veces que el novio es al fin admitido en la casa y el amor se convierte de romántico en clásico, terminando luego en lo que Febo de Chateaupers llamaba un fin trágico, o sea el matrimonio.

Existía antiguamente otra costumbre, que había desaparecido ya en mi tiempo, o al menos estaba limitada a las clases más bajas, y era la de dar música en la calle para obsequiar a las damas. La idea es tan natural como antigua, En la comedia de Plauto titulada *Curculio*, hay un amante que canta como Almaviva, bajo la ventana de su querida, lo cual prueba que los romanos conocían esa usanza; y en las comedias de Lope y en casi todas nuestras novelas no hay cosa que sea más común. Según me decían los viejos, en Sevilla siguió esa costumbre hasta fines del siglo pasado, cuando la espineta y el piano desterraron de los salones la bandurria y la guitarra, y estos instrumentos, que formaban las orquestas callejeras, fueron considerados de mal gusto.

Pero si no había ya serenatas, florecían siempre los noviazgos y también los galanteos, porque el estudiante, como el caballero andante de antaño, no puede vivir sin amores, para lo cual daba bastante ocasión la sociedad de Sevilla, siendo varias las casas que recibían, y no siendo Penélopes ni Lucrecias todas las señoras que las frecuentaban. Las Marquesas de Monteagudo, Alventos, y Motilla, la Condesa del Águila y la Duquesa de Rivas tenían tertulias bastante concurridas, a las cuales eran admitidos los estudiantes de buenas familias y bien recomendados. El Duque de Rivas daba mucha animación a la de su esposa, y acogía con benevolencia a la juventud, a la cual, en verdad, solía dar malos ejemplos y malos consejos, porque no era un marido modelo, y con achaque de mostrar su donaire, soltaba ideas altamente subversivas. Decía, por ejemplo, que la mujer era para su consorte como una tercera pierna, de la cual no sabría qué hacerse; y cuando se le preguntaba qué opinaba sobre el matrimonio, respondía que al principio ofrecía sus dificultades, a causa de las pretensiones de la mujer y las impertinencias de la suegra; pero luego, luego era el mismísimo infierno.

Los estudiantes más pobres o más modestos en sus gustos, solían buscar sus devaneos en las familias burguesas, y aun los había que preferían una clase de señoritas de medio pelo, llamadas cursis, donde no faltaban caras bonitas. La palabra *cursi* fue inventada en Cádiz, y de allí se ha propagado por toda España, y aplícase a aquellas elegantes pobres que presumen de finas sin serlo. Muchas había de este género en Sevilla, y yo tuve un compañero nombrado Vázquez que frecuentaba una de esas familias, en la cual había tres niñas, de nariz algo arremangada, pero muy agraciadas. Era Vázquez pequeño de cuerpo, por cuyo motivo, cuando empezamos a estudiar Derecho canónico, el primer uso que hicimos de nuestra erudición, fue llamarle Dionisio el Exiguo, que es célebre por su compilación de Decretales. Contábanos cosas chistosas de sus buenas amigas. Por él supimos, *verbi gracia*, que limpiándolos con miga de pan hacían durar meses enteros un par de guantes, y que merced a combinaciones ingeniosas, hacían que dos solos vestidos pareciesen cuatro. Empezáronse a estilar entonces los boas de pieles, y ellas, ayudadas de Dionisio el Exiguo, pusieron una trampa en el tejado y con ella cogieron suficiente número de gatos para fabricarse con sus pieles tres de aquellos adornos, que parecían de martas cebellinas. Concurrían a pie a los paseos y frecuentaban los teatros, ocupando unos asientos de poco precio, que decían tablillas, colocadas en el piso más alto, y desde allí, con ayuda de sus bellos ojos, traían alborotados a más de un estudiante y también a los que no lo eran. El tener una de estas enamoradas decíase *tener un belén*, aludiendo algo profanamente al lugar apartado y precioso que fue digno de ser visitado por Angeles y Reyes; y a las muchachas mismas las llamaban *Atalas*, nombre tomado de una conocida novela de Chateaubriand, y que siendo el de una hija de los bosques, convenía maravillosamente a la sencillez y pocas comodidades con que vivían algunas de ellas.

Bajando todavía más en la escala social, encontrábase el linaje de las cigarreras y gitanas y el no menos renombrado de las bailadoras y cantadoras. No gozaba todavía entonces el género llamado flamenco la boga que ha adquirido después; pero contaba de antiguo con muchos aficionados, principalmente extranjeros. No venía inglés alguno a Sevilla, que no se pusiese luego el sombrero calañés y la faja encarnada, a fin de mostrar su entusiasmo por las mujeres del pueblo y poder asistir a los bailes de candil y a todas las reuniones de la gente macarena. Algunos de mis compañeros, que también concurrían a ellas, quisieron muchas veces que les acompañase; pero lo rehusé constantemente, porque mi instinto me alejaba de unos placeres que no eran conformes a la educación que había recibido. Parecíanme, sin duda, bellas algunas de aquellas mujeres; pero prefería verlas a cierta distancia, sobre todo las gitanas, cuyo olor, digan lo que quieran sus admiradores, no tiene mucho de sabeo. Y no digo esto para que se me crea impecable: desgraciadamente no lo era, y cuando llegué a la edad de las pasiones, tuve mis debilidades, como otro cualquiera, aunque de género menos grosero; y si no hablo aquí de ellas es porque no me propongo escribir mis confesiones por vanidad, a ejemplo de Rousseau, ni como San Agustín, para edificación del prójimo. Básteme decir que no he sido nunca tan malo como el primero ni tan bueno como el segundo.

Compañera inseparable de la afición a las mozas macarenas era la de las corridas de toros, que en Sevilla suelen ser más lucidas que en parte alguna, por la anchura y buena disposición de la plaza, por la bondad del ganado y por la numerosa y animada concurrencia. Abundaban en aquel espectáculo las buenas mozas de todas las clases sociales, adornadas muchas de ellas con mantillas blancas que realzan mucho su hermosura, y reconozco que no hay nada comparable al cuadro que ofrece aquel anfiteatro, cuajado de espectadores, en los primeros momentos de una corrida, cuando el toro entra en la arena y recorre con su feroz mirada la apiñada muchedumbre, antes de acometer enfurecido a caballos y lidiadores. Pero aquí acaba para mí la diversión: después de esto no hay nada que no me parezca abominable.

Concedo que, en ocasiones, es digna de admiración la habilidad y valor de los toreros; mas por regla general, las corridas no son otra cosa más que una serie de escenas de crueldad y de barbarie. Vese allí al más noble de los animales pisotear sus propias entrañas, y el toro, digno también de lástima, muere por modos horribles y vomita a veces torrentes de sangre. Los toreros mismos suelen morir en la plaza.

Es el hombre, a la verdad, el más cruel de los animales; lo fue siempre, lo es, y temo que lo será eternamente, por mucho que se suavicen sus costumbres. Hay, sin embargo, grados en su crueldad, y algún progreso se ha hecho en este punto, merced a la religión cristiana y a una filosofía que, aunque a veces reniega de ella, es sin embargo hija suya. Asoman con todo todavía, acá y allá, restos de la antigua barbarie. El instinto de crueldad que halla su placer en las corridas de toros es el mismo que inventaba los combates de gladiadores en la semiculta Roma, el mismo que se complacía después en aquellos autos de fe que le parecían cortos al sombrío Felipe II cuando duraban sólo tres horas. Quieren algunos excusar este espectáculo moderno comparándolo con otros que se usan también todavía en países civilizados, como por ejemplo, el de los boxeadores de Inglaterra; pero ni las desgracias son en ellos tan frecuentes como en nuestros toros, ni tienen lugar en una plaza pública, ni en presencia de toda clase de personas, inclusas las damas más delicadas, la nobleza y hasta la familia misma del Soberano. Por mi parte, creo que ni en tiempo de los romanos hubiera frecuentado el Circo, ni en los de la Inquisición habría presenciado sus horribles autos; y por lo que hace a los toros, el odio que les cobré desde que los vi por primera vez no se ha mitigado jamás, y durante toda mi vida he huido de ellos como de la cosa más cruel y más indigna de un pueblo cristiano y culto. Y si alguno lleva a mal mi modo de sentir, le recordaré que de gustos no hay nada escrito, y que se puede ser español sin aprobar esta diversión tan sangrienta.

No a todos les agradan las mismas cosas. Recuerdo, como ejemplo de esa variedad, que el Duque de Rivas, con ser, como indudablemente lo era, un gran poeta y una persona muy culta, no gustaba de la música, hasta el extremo de decir que lo que más le divertía en las óperas eran los entreactos, porque durante ellos iba a visitar a las señoras en los palcos. Imposible parece que quien hacía versos tan hermosos fuera insensible a los encantos de ese arte divino y a composiciones tan peregrinas como las de Rossini, Bellini y Donizetti, que eran las que entonces se ejecutaban en el teatro principal de Sevilla por artistas de primer orden. Oímos allí una vez entre otros a la famosa Persiani, cuyo rostro era feo, pero que cantaba como un ruiseñor, y todavía me suena, por decirlo así, en los oídos un aria de la *Parisina*, que era la ópera en que más campeaba su talento, cuya letra de Felice Romani dice así:

V'era un di quando l'alma innocente
Tinto in rosa vedea l'avvenir,
Quando ancor sul mio laboro vidente,
Non sonava d'amore il sospir;
Ma ti vidi, o fatal giovinetto,
Yo ti vidi e la gioia spari;
Tinto in lutto mi sembra ogni ogetto
E fúnebre la luce del dí.

Digno de compadecer era, en mi sentir, el que no sentía gusto alguno al escuchar tales versos cantados por tal artista. La Jessica de Shakespeare dice que desconfiaba de quien no era sensible a la música. Yo me limito a sospechar que había alguna afectación en ese desdén del Duque. El teatro de prosa era asimismo excelente en aquel tiempo, porque teníamos en Sevilla actores tan sobresalientes como Tamayo y su mujer Joaquina Baus, Valero y Lombía. Interesante era también el repertorio, y no todo extranjero. Al lado de *La Torre de Nesle*, de Dumas, y del *Vaso de agua* de Scribe, dábanse dramas y comedias de Zorrilla y Bretón, y el *Don Álvaro*, del Duque de Rivas, y *El Trovador*, de García Gutiérrez. Estos dos últimos poetas formaban un curioso contraste: el primero era un gran señor de Sevilla, el segundo el hijo de una familia muy humilde de Cádiz; ambos habían nacido poetas, y aunque de cunas tan diferentes, eran rivales en la fama. Toda la juventud de entonces sabía de memoria sus dramas, y más de un estudiante repetía al volver a su pueblo aquellos versos de *Don Álvaro*:

Sevilla ¡Guadalquivir!
Cuál atormentáis mi mente,
Noche en que vi de repente
Mis breves dichas huir.

Ni tampoco faltaban muchachas que recordaran, al separarse de su amante, aquellos que dice Leonor en *El Trovador*:

Tiempos en que amor solía
Colmar piadoso mi afán,
¿Qué os hicisteis? ¿dónde están
Vuestra gloria y mi alegría?
Ilusiones engañosas
Livianas como el placer,
No aumentéis mi padecer
Sois por mi mal tan hermosas.

VI.
Cádiz y Sevilla, de 1837 a 1841.

Estado de las artes y las letras en Sevilla.—Galerías particulares.—Museo nacional.—Poetas sevillanos.—Reuniones del Liceo.—Romanticismo.—Entusiasmo por D. Pedro el Cruel.—Modas románticas.—Suicidios.—Larra, Espronceda.—Ocurrencias de Gallego.—Bondad de Lista.—Chistes de Estévanez y del Duque de Rivas.—Pronunciamiento de Sevilla en favor del General Córdova.

Continuaba siempre la guerra civil y casi toda España estaba llena del ruido de las armas; mas a pesar de eso, no dejaban de cultivarse en Sevilla las artes y la poesía. La escuela sevillana producía siempre pintores de excelente color, aunque no eran buenos dibujantes. Abraza la pintura muchas partes y es difícil que todas ellas se estudien a la vez y con idéntica perfección, mayormente en épocas de decadencia, como lo fue sin duda el siglo XVIII. En Sevilla no se conoció, o por lo menos no quedaba rastro de la influencia que ejerció en todas partes la escuela académica de David; y los artistas que descollaban en la época de que voy hablando, eran puramente coloristas. Esquivel, el principal de ellos, hacía muy buenos retratos. Bécquer y Eejarano ejecutaban cuadros de género.

La tendencia del arte era hacia la imitación de los pintores antiguos, para lo cual ofrecía mucha oportunidad el nuevo Museo, que empezó entonces a formarse con los cuadros de los conventos suprimidos. Varios particulares hacían también colecciones de ellos, porque sus precios eran todavía moderados. Más tarde vino el Barón Taylor, comisionado por Luis Felipe para comprar

pinturas de nuestras varias escuelas, y a éste siguió un acaudalado inglés llamado Stanley, y luego fueron llegando con el mismo objeto otros extranjeros, cuya concurrencia las encareció extraordinariamente. Mi tío poseía una buena galería; pero la mejor quizás de Sevilla era la del canónigo Cepero, persona culta y conocida, que figuró como Diputado en las primeras Cortes y mereció por su buena presencia y aire señoril que en ciertas semblanzas de los oradores de aquella época le llamasen cura galán y cura lindo. Su vocación no hubiera sido la carrera eclesiástica; pero consideraciones de familia se la hicieron abrazar mal de su grado, a fin de no perder una rica capellanía. Refería él mismo que esta resolución le había costado muchas lágrimas y que había tardado largo tiempo en resignarse: los libros y las artes habían sido su principal consuelo, y la colección de pinturas que había poco a poco reunido, le distraía noblemente. Visitábale yo a menudo, porque Cepero era grande amigo de mis tíos, y allí vi por primera vez los lienzos de Zurbarán, Alonso Cano, Herrera y todos los demás pintores anteriores y posteriores al sin par Murillo. De éste poseía asimismo dos o tres cuadros auténticos, y también un buen Guido y un Rubens. Por de contado no todo era de primer orden, ni faltaban en aquella numerosa colección ciertas pinturas cuyas sombras son tan pesadas que apenas se distingue lo que representan, a las cuales Bejarano llamaba con gracia San Brazo o Santa Espalda, porque poco más que eso se ve claro en sus telas ennegrecidas.

Pero ninguna galería podía vanagloriarse de poseer algo comparable con los cuadros reunidos en el Museo o los que se admiras en la iglesia del Hospital de la Caridad, especialmente el Moisés, o sea el milagro de las aguas. Este último es una composición estupenda, en la cual el color, con ser tan bello, queda vencido por la expresión y viveza de la multitud de figuras que ostenta; pudiéndose con verdad decir que así como no conoce bien a Velázquez quien no haya, visto su cuadro de las Lanzas, así tampoco conoce completamente a Murillo quien no haya visto su Moisés.

Cultivábanse también en aquella época las letras, y no faltaban poetas en la patria de Herrera. A más del Duque de Rivas y García Gutiérrez citados ya, distinguíanse Tassara, Tenorio, Cueto, Bueno, Bermúdez de Castro y otros de mucho mérito, para los cuales eran grande estímulo las reuniones que se celebraban en una especie de Academia literaria llamada el Liceo, instituida por el célebre escritor D. Serafín Estévanez Calderón, conocido por el pseudónimo de «El Solitario», el cual vino entonces a Sevilla en calidad de Jefe político o Gobernador. Este personaje, cuya biografía, compuesta por su sobrino el ilustre D. Antonio Cánovas del Castillo, es uno de los libros más agradables y bien escritos de nuestra literatura contemporánea, era buen poeta, y como estaba dotado de todas las cualidades necesarias para cautivarse el cariño de las gentes, consiguió atraer al Liceo a la mejor sociedad de Sevilla y a todos los artistas y literatos que en ella existían. Concurría yo muchas noches a aquellas reuniones con mis tíos y pasaba allí ratos agradables, ora oyendo buena música, ora la lectura de buenos versos. No faltaban allí a veces ocasiones de regocijarse, porque no todos los poetas eran de primer orden, y la manía de exagerar, propia del estilo llamado romántico que estaba a la sazón en boga, inspiraba de cuándo en cuándo producciones extravagantes. Era moda general el declamar con voz tremante y ronca, y recuerdo que una noche cierto joven de melena larga y aspecto cadavérico, recitó un cuento, cuyo héroe refería que logró penetrar en la estancia de la mujer a quien amaba, y al llegar a tan crítico punto, leyó con tono cavernoso estas palabras: «ya soy adúltero»; al oír lo cual la concurrencia, que desde el principio se estaba pereciendo de risa, soltó una estrepitosa carcajada.

El romanticismo era la escuela literaria que privaba en aquel tiempo. Nació, como es sabido, en Alemania, por una reacción natural contra el estilo falso y sentimental, que la influencia francesa había introducido en aquel país durante el siglo XVIII. Lo que habían empezado a hacer en la misma Francia Rousseau y el abate Prevost, lo continuaron a su vez en Alemania Lessing, Schlegel y los grandes poetas Schiller y Goethe. Siguieron en Inglaterra Lord Byron y Shelley; en Francia Víctor Hugo y Lamartine. Buscaban todos la pasión verdadera, y como lo contemporáneo parece siempre prosaico, tomaron los asuntos de tiempos más remotos, principalmente de la Edad Media. Antojóseles que esa época de ignorancia y de barbarie era la época romántica por excelencia, en lo

cual vinieron a coincidir con las escuelas místicas y tradicionalistas. Si romántico era Schiller, romántico también era Chateaubriand, y hasta el Rey Guillermo de Prusia, que mostraba afición exagerada a las antiguas instituciones políticas, fue apellidado «un Romántico en el trono».

Y el período de la Edad Media, que más gustaba en Sevilla y aun en Madrid, era (donosa ocurrencia) el de aquel Rey D. Pedro, de cuya crueldad y mala vida asegura Balucio, que *incredibilia dicebantur*; de aquel a quien llama Mateo Villani «crudelissimo e brutale Re», y de quien dice el sesudo Mariana que era de condición cruel y atroz. Probablemente, los románticos le perdonaban todo en gracia de la pasión que demostró a la bella Padilla, o quizás les seducía involuntariamente su reputación de Monarca valiente y justiciero, en una época en que tanto nos hubiera convenido tener uno parecido sobre el trono. El hecho es que Zorrilla compuso *El Zapatero y el Rey*, pintándolo, como Moreto, bajo su único aspecto simpático; el Duque de Rivas dedicó varios de sus bellos romances a narrar su triste destino; todos, en fin, cuál más, cuál menos, le escogían para asunto de sus versos.

Esta especie de locura fue de tal suerte, que llegó a tener influjo en las costumbres y hasta en la manera de vestir. La juventud toda dejó de cortarse el cabello y llevaba melena larguísima, como se usaba en la Edad Media y la usan todavía algunos estudiantes de Alemania, cuna de esa moda. Los que no hayan vivido en aquel tiempo me creerán con dificultad si les digo que hombres que fueron después tan graves como D. Leopoldo Augusto de Cueto y D. Pedro Madrazo, iban peinados de tal modo en su juventud, que parecían dos donceles de la Corte de D. Enrique. A más de esto, era de mal tono el reírse, porque el verdadero romántico, por necesidad, había de ser triste y desgraciado o contrariado en sus amores. Y por lo que hace a las mujeres; debían ser lo más flacas y pálidas que les fuese posible, y para conseguirlo había algunas que bebían vinagre. Una parienta nuestra, Cristina Zaldo, casada más adelante con el Marqués de Esquivel, la cual era sumamente linda, pero delgada como una sílfide, sostenía con mucha formalidad, que el tener pechera abultada era una vulgaridad repugnante.

Por desgracia, al mismo tiempo que nacía esta escuela literaria en Alemania, nacía también allí otra plaga mayor, cuya propagación ha llegado a ser un oprobio de nuestro siglo, y es el suicidio. Decíame con mucha seriedad el francés Edgardo Quinet, a quien conocí más tarde en Lisboa, que los alemanes habían superado en osadía a los franceses, porque éstos se habían limitado a matar a un Rey, mientras que aquéllos habían matado a Dios. Y no le faltaba razón, pues la verdad es que el escepticismo y el panteísmo que Fichte y Hegel sacaron como últimas consecuencias de las nebulosidades de Kant, eran una completa negación de la divinidad. Y la consecuencia de todo esto fue que, suprimida u obscurecida, por lo menos, la idea de Dios, y excitadas al mismo tiempo las pasiones por un orgulloso individualismo, el suicidio volvió a renacer en el mundo con más fuerza, si cabe, que la que tenía en la sociedad antigua. La obra de dieciocho siglos de cristianismo ha sido destruida de tal modo que, si bien el romanticismo ha desaparecido en su forma primitiva, el suicidio ha quedado en las costumbres y se extiende más cada día.

Nada había, ciertamente, más contrario a los sentimientos de la antigua sociedad española que esa funesta costumbre. Madama d'Aulnoy dice en su *Viaje a España*, que en Madrid se veían jóvenes tan perdidamente enamorados, que les llamaban los embebecidos; pero ninguno pensaba en matarse. Los galanes que retratan nuestras comedias eran generalmente del tipo del Burlador de Sevilla o de aquel otro engañador todavía más cruel, a quien dice la abandonada Dorotea:

Señor Gómez Arias
Duélete de mí:
No me dejes presa
En Benamejí.

La aventura de Inesilla de Cantarilla, que se lee en el *Gil Blas*, no pinta ciertamente costumbres españolas, y está tomada de una historia real y verdadera sucedida en Francia a la célebre Ninon de Lenclos. Y, sin embargo, cundió también por España ese extraordinario furor, si no en imitación del melancólico Werther, cuya historia era poco conocida, en imitación, sin duda, de

Jacobo Ortiz, otro héroe de la misma laya, creado, en competencia con Goethe, por el italiano Hugo Fóscolo, en unas cartas que fueron luego traducidas y obtuvieron mucha boga. Como quiera, el resultado inmediato fue que empezaron a menudear los suicidios en Sevilla, abriendo la marcha dos pobres muchachas de las llamadas Atalas, que habían sido abandonadas por sus novios. Imitólas después el hijo del Jefe político sucesor de Estévanez, mozo de grandes esperanzas, a quien pareció insoportable la vida sólo por haberse visto burlado por una niña coqueta.

Mayor impresión produjo el suicidio del insigne poeta Larra, acaecido en Madrid. Aquel hombre tan ilustrado, que se había mofado con tanta gracia de las exageraciones de Alejandro Dumas, y cuya pluma era tan aguda y sarcástica, rindió también tributo a la manía del siglo, quitándose locamente la vida. Mantenía relaciones amorosas con una señora casada, la cual, cansada o arrepentida de aquel extravío, tomó la resolución de marcharse de Madrid para volver a reunirse con su marido. Quiso Larra impedirlo y la amenazó con suicidarse. Persistió ella en su propósito y se despidió del poeta; mas no había pasado el umbral de la puerta, cuando la detonación de una pistola le anunciaba que aquél había realizado su desesperado designio. Parecía que el destino le había impelido a hacer verdadera en su propia persona la historia de su Macías, y que hablaba de sí mismo al dictar aquellos versos que dicen:

¿Íbate, pues, tanto en la suerte mía
Fementida hermosa, más que hermosa ingrata?
¿Así al más rendido amador se trata?
¿Cupo en tal belleza tanta alevosía?

Pero como la comedia suele acompañar a la tragedia, para distraernos de tales tristezas tuvimos que reír luego con la aventura de cierta Condesa, algo jamona, quien, a causa de no sé qué disgustos domésticos, decidió también poner fin a sus días, tomando un veneno; mas apenas hubo sentido algún tumulto en su interior, cuando, llena de espanto, pidió socorro a gritos. Acudió su marido, confesóle ella su locura y el nombre del farmacista que le había suministrado el tósigo, y corrió desalado el Conde en busca de aquél para que le diera un contraveneno; pero el buen boticario lo tranquilizó completamente, diciéndole que había engañado a la Condesa, dándole ciertos polvos, los cuales eran simplemente un activo purgante, cuyos efectos cesarían poco a poco, dejándola tan buena y mejor que antes de su imaginado suicidio.

Aunque durante la época de que estoy hablando seguía todavía la guerra civil en muchas provincias de España, habíase restablecido ya un poco la tranquilidad en Castilla y la Mancha, lo cual permitía que viajasen otra vez las diligencias y que en ellas viniesen muchos madrileños a Sevilla. A consecuencia de esto tuvimos el placer de ver en el Liceo a Espronceda, Gallego y algunos otros poetas de la Corte. Era Espronceda un hermoso hombre, un tipo del español, moreno y de ojos negros, que tanto agrada a las mujeres. Como poeta fue tal vez el primero de aquella época, y su canción del Pirata que recuerda el Corsario de Byron, se cantaba entonces en todos los salones. Si no me equivoco, la música era del maestro Iradier y convenía muy bien a la letra. Pero el carácter de aquel poeta no era tan simpático como su figura. Quería imitar también a Byron en las costumbres y en el escepticismo, y en vez de amar a las mujeres, como Larra, solía burlarse de ellas. Murió joven, pocos años después, y corrió entonces por Madrid una corta sátira de él en forma de epitafio y en latín macarrónico, que fue atribuida a Gallego y decía de esta suerte:

Hic jacet Bartholomeus,
Amicus meus:
Sicut vixit morixit,
Sine Rege, sine lege, sine Deo.
¡Pauper Bartholomeo!

Gallego era contraste de Espronceda. Alto, corpulento y feo, con los ojos saltones, la nariz roma y los labios gruesos y sensuales, el cuerpo algo inclinado hacia adelante y los brazos apoyados en la espalda, parecía un oso puesto de pie. Su carácter era tan poco amable como su físico, su voz

ronca y gruñona, sus dichos muy agudos, pero poco benévolos. Si hubiese tenido algún biógrafo, como lo tuvo el doctor Johnson en el minucioso Bowell, que recogiera todas sus buenas ocurrencias, fácilmente llenarían un libro. Pondré aquí algunas como ejemplos: Un joven oficial, que deseaba pasar a la Guardia Real, le compuso al General Zambrano, Director de aquel Cuerpo, un soneto laudatorio. Mostróselo a Gallego, pidiéndole su parecer. «Amigo, le dijo éste, su soneto de Vd. de seguro no le llevará al Parnaso; pero a la Guardia Real es muy probable». Otro le enseñó una composición poética del género embrollado que se usaba mucho en aquel tiempo, y no entendiéndola bien, le preguntó qué había querido decir. Explicóselo el autor, y' entonces Gallego le dijo: «Pues si eso es lo que Vd. ha querido decir, ¿por qué no lo ha dicho?» Había perdido casi enteramente la fe en las ideas liberales, y fue chiste suyo muy celebrado el decir, que el sistema constitucional era una cosa excelente, sólo que ofrecía grandes dificultades en los primeros cien años.

Como poeta fue Gallego muy notable y hay en su estilo una sonoridad y una energía que le distingue entre los demás. Su elegía a la Duquesa de Frías obtuvo mucho aplauso, y es característico que en ella comete la indiscreción de decirnos que la bella Piedad bajó a visitarle en su calabozo. Sucede con él lo mismo que con Villaverde, Cepero y casi todos los clérigos liberales de aquella época: hay siempre que tener presente, al tratar de su vida privada, el «ho ni soit qui mal y pense». Gallego, con ser tan feo, había tenido en su juventud mucho partido con el bello sexo a causa de su talento, y en Sevilla referían algunos que cuando estuvo detenido también en aquella Cartuja, a la caída del Gobierno constitucional, salía todas las noches del encierro con connivencia de su carcelero, y visitaba a una señora bastante bella, con quien a pesar de las órdenes que había recibido, representó más de una vez comedias y tonadillas. Ni negaba él mismo esta última circunstancia, y recuerdo que una noche se lo oí referir en casa de mis tíos y nos cantó también a media voz unas coplas de la tonadilla de Don Celedonio, que era la más conocida, y que empezaban de este modo:

Vengo tan armado
Con todo mi tren,
Porque una visita
A Doña Toribia,
Le tengo que hacer.

Como Johnson, emprendió también Gallego en la vejez la composición de un Diccionario de su lengua; pero no poseía la perseverancia del escritor inglés, así que no llegó nunca a acabarle, y aun sospecharon algunos que la tal tarea era solo un pretexto para no hacer otra cosa y una capa con la cual cubría su pereza.

Buen poeta también, aunque de muy distinto carácter que Gallego, era el célebre profesor D. Alberto Lista, clérigo asimismo; pero clérigo ejemplar, sin más pasión que los libros, de los cuales tenía muchos y muy buenos. En fealdad igualaba a Gallego; en la índole le llevaba mucha ventaja, porque era la bondad y la benevolencia en persona. Pasó casi toda su vida enseñando y murió siendo Director del colegio de San Felipe, de Cádiz. Tenía mucho afecto a los jóvenes, y los animaba al estudio, sobre todo al de las humanidades, procurando siempre apartarlos de la afición a la vida política que entonces cundía. Repetíales siempre:

Canta, muchacho,
Canta placeres,
Pues muchacho eres.

Para él no había goce igual al que proporciona la lectura. Cuando cogía en la mano algún clásico latino, español o francés, que eran los que mejor conocía, y se ponía a analizar sus bellezas, los ojos le brillaban como luces, y mostraba tal contento, que ya no parecía feo. A él fue al primero a quien consulté acerca del estudio de la filosofía que deseaba emprender desde mi llegada a Sevilla; pero su respuesta no me satisfizo. Había sido Lista partidario de Condillac, cuya influencia duraba todavía en Sevilla, y aunque me aconsejó que al estudio de aquel autor uniese el de los

alemanes y escoceses, parecióme todo ello muy vago y aun contradictorio, y la verdad era que Lista comprendía ya que Condillac, como su maestro Locke, no contenía toda la verdad; mas no osaba decirlo. Tan difícil es que los viejos quemen públicamente los ídolos que han adorado en su juventud.

Pero los poetas más populares eran Estévanez y el Duque de Rivas, a causa de la gracia y amenidad de su conversación. El Duque contaba admirablemente sus propias aventuras y las ajenas, exagerando y aun mintiendo, y cuando algún amigo le afeaba esto último, respondía, que, según había observado, sus oyentes se divertían más mientras más él inventaba y mentía; por consiguiente, no veía razón para privarles de aquel gusto. No era a la verdad original en todo lo que decía. Por ejemplo, contaba que, siendo todavía muy joven, se hizo masón, y al momento de cierta colecta, acostumbrada en las reuniones de aquella sociedad secreta, en vez de echar dinero en la esportilla, sacaba con disimulo un duro para ir al teatro, lo cual, ya lo refiere Rabelais, que lo hacía él cuando era fraile con el cepillo de las indulgencias. Pero, ¿quién no ha tomado algo de Rabelais? Swift, Sterne, Moliere, Madama de Sevigné, que imitó sus chistosas cáfilas de adjetivos, y el mismo Cervantes, a quien sugirió probablemente la aventura de los molinos, la del gato que arañó a D. Quijote y la abundancia de proverbios, todos se han acordado del cura de Meudon. Y el Duque, no sólo tomaba de él sino de otros muchos autores, sabiendo como nadie engalanar sus plagios con el donaire del lenguaje.

En cuanto a Estévanez, sus chistes eran completamente originales y espontáneos; era el más genuino representante de la sal andaluza. La prontitud con que soltaba sus dichos era pasmosa, y ciertamente nadie podía preverlos. He aquí uno como muestra. Fue una vez a Londres con su cuñado el conocido financiero Salamanca. Convidáronlos a comer en casa de un rico banquero judío, y estando a la mesa, observó Salamanca que Estévanez, cuyas maneras no eran muy ceremoniosas, tenía los pies colocados en el palillo delantero de su silla, y le dijo en voz baja que los quitase porque le tomarían por mal criado. «No, hombre, le respondió Estévanez, si los levanto adrede para no pisarles los rabos». Sabía también ser mordaz. Yo mismo le oí algunos años más adelante un dicho de esos que arrancan el pellejo. Erase en una época en que la inmoralidad empezaba desde muy alto y los Ministerios tenían corta vida. Deploraban algunos la caída de uno que había durado muy pocos meses; y Estévanez dijo que él también lo sentía; pero que una cosa le consolaba, y era, que, aunque el Gabinete había caído tan pronto, estaba seguro de que quedaban acomodadas varias familias.

Tanto el Duque como Estévanez Calderón tomaron parte en la política activa, pero sin mucho éxito. No suelen servir los poetas para las carreras que exigen asiduidad y disciplina: las musas no hacen por lo general buenas migas con la severa Minerva. El Duque, gracias al nombre que llevaba, llegó a ser Ministro y Embajador; mas no alcanzó el primer rango ni la reputación de estadista. Estévanez fue Diputado, pero sin mostrar mucha afición a las tareas de la Cámara. Su gobierno de Sevilla duró poco y lo dejó voluntariamente a causa de un conato de pronunciamiento que tuvo allí lugar en el año 38, y que merece recordarse. Dirigiólo un abogado de aquella ciudad llamado Cortina, quien bajo un aspecto grave y casi austero, encubría un carácter solapado y astuto. Su objeto pareció ser la creación de una dictadura en favor del General Córdova. La dictadura, o por lo menos el encumbramiento de un militar, era entonces un voto bastante común: era como una nueva y flamante ley sálica que se quería establecer en vez de la que se había abolido; sólo que cada partido tenía su candidato, y así como los progresistas trabajaban ya claramente para que se formase un Ministerio presidido por Espartero, así también probaron algunos moderados a hacer otro tanto en favor de Córdova. Pero este General, a pesar de tener mucho talento y haber adquirido bastante gloria en la guerra civil, ganando la batalla de Mendigorría, no gozaba del mismo prestigio que aquél ni podía disponer del ejército. Era un hombre de salón, más diplomático que soldado, y más vanidoso que prudente. El vulgo recordaba que había sido favorito de Fernando VII y no se fiaba de él. Muchos le tenían por ligero. Creía poder contar con la Milicia nacional; mas ésta se hallaba dividida y poco dispuesta a pelear en su favor.

Esto lo experimentó bien pronto a su propia costa un pariente nuestro llamado D. José Zaldo, hombre bien plantado y valentón, que comandaba uno de los mejores batallones. Con el objeto de explorar los ánimos de sus milites, los reunió un día en el patio del cuartel y comenzó a arengarles; pero no sólo fue recibido con siseos, sino que algunos milicianos se bajaban a coger peladillas del suelo con intención de tirárselas a la cabeza; en vista de lo cual, nuestro Zaldo suspendió su plática, y retirándose a su casa, dio luego la dimisión de aquel cargo. Otro tanto hizo Estévanez Calderón, luego que hubo notado la actitud equívoca del Ayuntamiento, y así poco a poco fuese quedando tan solo el poco afortunado Córdova, que bastó que el General San Juanena viniese de Cádiz con algunas compañías de tropa, para que cayese sin la menor resistencia aquel castillo de cartas. Cortina se marchó después a Madrid, donde, cambiando de opiniones, se mostró muy partidario de Espartero, y Córdova emigró a Portugal y murió en aquel destierro.

VII.
Cádiz y Sevilla, de 1837 a 1841.

Funciones de la Semana Santa en la Catedral de Sevilla.—Baile de los Seises.—Procesiones.—Vacaciones en Cádiz.—Faustas noticias de la guerra.—Paz de Vergara.—Alegría general.—Dos cosas que no se veían.—Recuerdo del Padre Valderrama.—Sermones del Doctoral Arbolí.—Don Tomás García Luna y la Filosofía ecléctica.—Consejos de Alcalá Galiano.—Carácter de este hombre público.

Como no hay nada perfecto en este mundo, tiene Sevilla un lado malo, y es el verano, que allí se siente de una manera extraordinaria y completamente tropical. Las personas acomodadas y ociosas pueden pasarlo menos mal encerradas dentro de casa y viviendo en sus frescos y floridos patios; pero aquel que tiene que salir a la calle, padece inmensamente. Por fortuna para los estudiantes, los exámenes han tenido siempre lugar por San Juan, de modo que, apenas concluían, nos íbamos cada cual a nuestro pueblo. Por mi parte, pasaba el verano muy agradablemente entre Cádiz y Puerto Real. El viaje de Sevilla a Cádiz se hacía con bastante comodidad en unos vaporcitos de ruedas, llamados el *Betis* y el *Coriano*, que iban y venían diariamente; por lo cual solía también marcharme a mi casa en las vacaciones de Carnaval y de Pascuas. Sin embargo, más de una vez me quedé en Sevilla para asistir a las funciones de la Semana Santa, que son, en verdad, las más bellas e interesantes que pueden verse después de las de Roma.

Todo es magnífico en el culto de aquella hermosa Catedral, y el gusto se recrea con la variedad de los espectáculos que ofrece. El edificio es gótico, como ya lo he dicho; es una imitación en piedra de la Selva de Irminsul; pero el Santo Sepulcro tiene carácter greco-romano, con estatuas de Profetas, que en vez de ser demacradas, cuellitorcidas y tristes, como las que acompañan naturalmente a las líneas prolongadas de la arquitectura ojival, ostentan formas más humanas y hermosas. Las vestiduras sacerdotales de su numeroso clero, son de mucha riqueza, y la música de sus órganos y capilla es digna de tan celebrado templo. Por último, sus niños de coro, que llaman seises, son de un género único en el mundo católico, porque no se limitan a cantar antífonas, sino que también poseen el arte del baile, de lo cual hacen preciosa muestra en cuatro de las principales fiestas religiosas del año. Opinan algunos que este uso es antiquísimo, y no me extrañaría que así lo fuese y que lo que vemos ahora sea algún resto de los misterios de la Edad Media. El baile es tan antiguo como las demás artes y se unió, como ellas, a la religión de los pueblos. Los hebreos danzaban delante del Arca, y David gustaba de hacerlo, a pesar de las burlas de Micol; en la Roma pagana bailaban los sacerdotes salios; en los países musulmanes bailaban los derviches; no sería, pues, extraño que este baile de Sevilla tuviese una grande antigüedad y se ejecutase ya en algunas de las iglesias que se edificaron allí después de la reconquista. Mas de todos modos, el traje que usan los seises y la música con que cantan y danzan, bastan para persuadir de que esta usanza, en la

forma que hoy día tiene, no es anterior al siglo XVI. Las mangas acuchilladas y los sombreretes con plumas son modas del Renacimiento, y la melodía es del género sencillo y expresivo que señala también el renacimiento o, por mejor decir, el nacimiento de la buena música, porque este arte hechicero, del cual no quedaban semillas ni modelos antiguos, fuera de algunos motivos conservados en el canto gregoriano, no empezó, propiamente, a existir hasta fines del siglo XV, y ha sido completamente creado por el genio moderno.

Quien no las haya visto, fácilmente podrá temer que tales danzas sean impropias del culto divino; pero ni lo son ni lo parecen a quien, sin preocupación, las mira; y hay la tradición de que un Papa, o por lo menos un Nuncio, que oyó hablar mal de ellas, estuvo a punto de aconsejar su supresión; pero desistió de hacerlo apenas las hubo presenciado. Los protestantes mismos suelen juzgarlas sin severidad, y estando yo de paso en Sevilla hace pocos años, durante la octava de la Concepción, pude convencerme de ello; pues encontré en mi posada un clérigo anglicano, y habiéndole preguntado su opinión sobre esta costumbre, me contestó que los movimientos de los seises eran tan modestos, la música tan pausada y el canto tan puro que, por su parte, dada la pompa de nuestros ritos, no veía en ello nada profano ni censurable.

Las procesiones de Sevilla son igualmente suntuosas, y, en general, me parecen dignas de su objeto y de su fama. Algo, sin embargo, me desplace en ellas. Quisiera yo que todos los pasos y figuras que llevan en andas fueran de un mérito artístico indudable, de modo que no degenerasen nunca en caricaturas; desearía también mayor orden y compostura en las personas que las acompañan. Hay, sobre todo, una que tiene lugar de madrugada, cuyo aspecto no es siempre edificante. Recuerdo que una vez que asistí a ella vi que dos de los penitentes con capuces negros se salieron de las filas para un asunto personal y urgente, y mientras le daban término, entablaron el siguiente diálogo: «Juanillo, ¿sabes tú a qué hora se arrecoge este ganao?—No lo sé, Perico; lo que sé es que yo me voy ahora mesmo a mi casa, porque estoy harto de kirieleisones». Pero, a juzgar por lo ronco de su voz, de lo que estaba harto era de vino, porque no suelen los penitentes ir en ayunas. Con razón se ha dicho que es peligroso tocar a la superstición, porque ésta es un baluarte avanzado de la religión; pero en todo cabe un término medio, y estas procesiones nocturnas traen involuntariamente a la memoria aquello que dice San Pablo de lo que pasaba en ciertas cenas de la Iglesia primitiva: «¿Qué os diré? ¿os alabaré?, en esto no os alabo». Sin embargo, apresuróme a decir que esto es sólo una excepción y que en general el recogimiento y fervor de la mayoría del pueblo en estas funciones han sido y siguen siendo siempre notables, y las lecturas de aquella semana, que nosotros llamamos santa, y los griegos grande, han llegado a ser tan familiares a los pueblos cristianos, que muchas frases y expresiones de ellas han quedado en sus respectivos idiomas, como *verbi gracia: in illo tempore, turba multa, tolle tolle, felix culpa*, llorar como una Magdalena, negar como San Pedro, otro gallo me cantara, andar de Herodes a Pilato, lavarse las manos de un asunto, ser cruel como Herodes, ver y creer como Santo Tomás, y dar al César lo que es del César.

Hay también una expresión que propiamente no se refiere a las lecturas de la Iglesia, sino a una costumbre que existe en muchos pueblos de Andalucía, y consiste en hacer un Judas de trapo, relleno de paja, y quemarlo y arrastrarlo el sábado santo. En Puerto Real le cuelgan de un balcón y los mozos del pueblo se divierten en tirarle con perdigones. Y porque las ropas que le cubren son viejas y rotas, se dice de las personas mal vestidas que están hechas un Judas. Esta costumbre no es, a la verdad, muy culta; pero lo mismo absolutamente hacen en la ilustrada Inglaterra el día 5 de noviembre con un muñeco que representa a Guy o Guido Fawkes, el fanático que quiso hacer volar el Palacio del Parlamento en tiempo del Rey Jacobo; también allí dicen de una persona haraposa o ridículamente vestida, que parece un Guy Fawkes, *is such a Guy.*

Corriendo el año 39 y hacia el final de las vacaciones de verano, nos llegó a Cádiz la fausta noticia de la terminación de la guerra civil, y no me es posible describir la alegría general que causó, pues yo tengo para mí que aun los mismos carlistas lo celebraron por motivos de humanidad y por el interés que ya ellos tenían de que cesase una lucha fratricida y en la cual no podían abrigar

en aquellos momentos ninguna esperanza de vencer. Los seis años que había durado habían sido años de prueba para todas las familias de España, y no es exageración el asegurar que eran muy pocas las que no lloraban la muerte de alguno de sus miembros más queridos. Es esto tan exacto, que un caballero, llamado Bengoa, hizo en Sevilla una apuesta, y la ganó fácilmente, de que en cualquiera calle de la ciudad que se entrase no se podría llegar al extremo de ella sin encontrar a alguna persona de luto.

Pero no habría bastado esto por sí solo para procurar a nuestro país los beneficios de la paz, si causas más importantes no hubiesen contribuido a ello. La primera fue la superioridad adquirida por el bando isabelino, merced al aumento considerable de su ejército y al mérito de los generales que le dirigían. Espartero no sólo impidió la toma de Bilbao, sino que restableciendo luego la disciplina tomó la ofensiva y batió completamente a los carlistas en Ramales y en Arbalán; Narváez había limpiado la Mancha de facciosos, y O’Donnell los venció en Belascoaín. Los carlistas continuaban la lucha; pero no poseían ya tantos medios como antes de reparar sus continuas pérdidas, y después de la muerte de Zumalacárregui, no habían tenido un solo jefe que reemplazase el número con la pericia. Cabrera, único caudillo que mostró algún genio militar, fue también vencido en Lucena por O’Donnell. Entre tanto D. Carlos, que, si no merecía manejar la rueca, no era tampoco digno de la lanza, se hallaba dominado por una camarilla de fanáticos, que querían dirigir las operaciones militares desde el cuartel general de Oñate, enajenándole así los ánimos de sus Generales. Estos, por su parte, pertenecían casi todos a la misma clase media de donde habían salido los de la Reina, y aunque alardeaban de realistas, tenían ya ambiciones parecidas a las de sus contrarios. Uno de ellos, nombrado Maroto, digno émulo de los revoltosos del bando liberal, ocultando sus verdaderos móviles con la capa del bien público, decidió abandonar a su Rey y a su partido; y después de fusilar a tres Generales compañeros suyos, que se oponían a sus designios, hizo un convenio con el General Espartero, en virtud del cual depuso las armas y desistió de la lucha. Espartero y Maroto se abrazaron delante de ambos ejércitos en los campos de Vergara, y en aquel momento no era seguramente Espartero el más revolucionario de los dos. El hecho de que la mayoría de los oficiales carlistas se dejó arrastrar por Maroto, prueba asimismo que estaban cansados de la guerra y que sacrificaban de buena gana los principios de su partido, con tal de conservar sus grados. D. Carlos se marchó a Francia, seguido de pocos secuaces, y aunque Cabrera intentó prolongar por sí solo la lucha, tuvo también que abandonarla, luego que Espartero se apoderó de Morella algunos meses después.

Pero nuestra desgraciada estrella quiso que las ventajas de esta paz no fuesen durables, y la alegría de entonces no hubiera sido tan grande ni tan general, si los españoles hubiesen visto desde luego dos cosas que les ocultaba el porvenir. La una, era que muchos de aquellos Generales a la sazón tan queridos y tan aplaudidos, iban pronto a volver sus espadas contra su propia Soberana. Algunos de ellos se pusieron más adelante al lado del trono, pero los más se complacieron en hostilizarle y han sido los autores de nuestras continuas revoluciones. El elemento civil, representado por varones de un mérito reconocido, ha tratado de sobreponerse a esos inquietos caudillos o a prescindir de ellos; pero siempre ha sucumbido en esa difícil empresa, por manera que la sociedad española ha venido a ser una democracia dominada por una oligarquía militar. Con pretexto de defender o establecer novedades que la masa de la nación ni pedía ni necesitaba con tanta urgencia, esos mismos militares han repetido en este siglo en nuestro país las revueltas que causaban en la Edad Media los Grandes Maestres de las Ordenes militares, el Almirante de Castilla o los Adelantados de la frontera.

La otra cosa que tampoco se veía entonces, era que la paz de Vergara no era propiamente paz, sino tregua, porque la guerra volvería a renacer más de una vez, cuando los carlistas, repuestos de sus pérdidas, hallasen otras ocasiones oportunas para renovar sus esfuerzos. Esto sucede casi siempre en las luchas dinásticas, y la razón de ello es que mientras hay un individuo que se cree con derecho a la corona, nunca le faltan partidarios para ayudarle, sobre todo cuando un principio político o religioso cubre la ambición de sus miras. La guerra civil de los Yorks y Lancaster duró

cerca de un siglo en Inglaterra y no termina hasta que Enrique VII de Lancaster casó con Isabel de York, hija de Eduardo IV. La lucha de los Guzmanes con los descendientes de D. Pedro duró también muchos años en España y no cesó hasta que una nieta de este Rey fue unida en matrimonio con un nieto de Don Enrique. Del mismo modo en el siglo actual hemos visto a los carlistas volver por tres veces a la pelea y poseer todavía tanta fuerza latente, que la democracia española se halla templada en muchas circunstancias por el aspecto de ese partido. La rosa encarnada tiene siempre miedo de la rosa blanca.

Pero en el año 39 pocos podían adivinar tales sucesos, y la generalidad de las gentes se entregó sin recelo a la más viva alegría. Hubo *Te Deum*, iluminaciones y fiestas públicas de toda clase, en las cuales se renovó el regocijo sentido ya al empezar el reinado de Doña Isabel, y recuerdo haber visto a muchas personas graves abrazarse y congratularse en medio de la calle, como si se tratara de un suceso, no sólo fausto, sino personal y privado. Por mi parte lo celebré con todo el entusiasmo propio de mi poca edad y de mi inexperiencia. Figurábame ya ver a la España levantada de su larga postración y vuelta a los días de su antigua gloria, y aunque no tardó en venir el desengaño, por el momento me hallaba gozosísimo.

En aquel año tuve también un placer, que, aunque de género muy diverso, ha quedado muy impreso en mi memoria, y fue que al cabo encontré una persona capaz de iniciarme en los misterios de la moderna filosofía. En Cádiz, como en Sevilla y en toda España, había reinado desde fines del siglo XVIII y reinaba todavía casi sin contraste a principios del XIX la filosofía sensualista: existía todo lo más, alguno que otro partidario de Laromiguiere, quien, como es sabido, separóse un poco de Condillac y añadió la actividad de la mente a la famosa estatua de aquel filósofo; pero después que Víctor Cousin publicó sus notables lecciones, halláronse en Cádiz dos personas muy doctas que las estudiaron con mucho provecho y se dedicaron a propagar su doctrina: la una fue el Doctoral Arbolí y la otra Don Tomás García Luna.

El Doctoral Arbolí, que más adelante llegó a ser Obispo de Cádiz, era un eclesiástico de mucho talento y de mucho saber, al cual se debió principalmente en nuestra provincia la restauración de la oratoria sagrada, que tan decaída se hallaba desde el siglo anterior. Las pláticas chabacanas de Fray Gerundio no habían sido meras invenciones del festivo Padre Isla, sino realidades. En Cádiz se conservaba recuerdo de un cierto Padre Valderrama, cura del Rosario, el cual era un tipo de ese antiguo género, y pondré aquí una muestra de su estilo. Entrado ya en años, habíase hecho tan excesivamente pesado, que la gente dio en llamarle el Padre Porra, y como llegase esto a sus oídos, dijo en uno de sus sermones: «¡Hermanos míos, ya sé que me llaman por ahí el Padre Porra; pues el día del Juicio verán Vds. la porra del Padre Valderrama!» Pero mejorados los estudios desde la época de Carlos III, fue formándose un clero más ilustrado, y cuando nació la elocuencia política, a consecuencia de las discusiones de las Cortes del año 12, renació a su vez la oratoria sagrada; y a la par que crecía la fama de Argüelles, a quien apellidaron el divino, crecía también la de un Padre Lasso, erudito franciscano, cuyos sermones tuvieron mucha boga. Era, sin embargo, de un género demasiado florido y amanerado, que no satisfacía a los inteligentes, por lo cual quedó pronto bastante obscurecido, cuando D. Juan Arbolí dio el ejemplo de una elocuencia elegante, pero sobria.

Unía este orador los estudios clásicos a los teológicos, y además de conocer bien a Bossuet y Bourdaloue, habíase familiarizado mucho con los escritos de Cicerón y Séneca. De este último filósofo era sumamente aficionado, porque le parecía que había llegado con la sola luz de la razón a donde ninguno había llegado antes. Decía, que cuando refiere, por ejemplo, que todas las noches antes de entregarse al sueño, examinaba su conciencia, mientras callaba su esposa Paulina, que debía ser bastante habladora, se comprende que algunos hayan sospechado que tuviese puntas de cristiano, si bien militan muchas razones para opinar lo contrario, principalmente una intrínseca y de mucho peso, cual es el elogio que hace siempre del suicidio. Arbolí le estudiaba de continuo e imitaba también su estilo, abusando, como él, de las antítesis; y me acuerdo bien de cierto sermón

de Cuaresma, en que hizo retratos estupendos de los principales Apóstoles, contraponiendo con mucho ingenio caracteres a caracteres.

Estas aficiones de Arbolí le llevaron naturalmente a estudiar también la filosofía moderna y fue profesor de esta ciencia en un colegio llamado de San Felipe, que bajo la dirección de D. Alberto Lista había sustituido con mucha ventaja al antiguo de Villaverde; y conociendo personalmente al Doctoral, a él me dirigí en aquellas vacaciones, como me había dirigido antes a Lista. Pero tampoco obtuve de Arbolí lo que yo deseaba, porque sus ocupaciones no le permitían dedicarse a ninguna otra enseñanza fuera del colegio. Tuvo, sin embargo, la bondad de recomendarme a su amigo García Luna, quien, como él, se hallaba muy al corriente de las nuevas doctrinas filosóficas.

Era García Luna hijo de padres muy acomodados y recibió una esmerada educación clásica del conocido humanista D. Bartolomé Gallardo, con quien viajó también algún tiempo, hasta que se descompuso con él precisamente por no hallarse conforme en las opiniones filosóficas, porque Gallardo era naturalmente intolerante y hombre de pocos amigos, y no perdonó nunca a García Luna que hubiera abrazado las ideas de Cousin. Enterado Luna de mi deseo, que era asimismo el de otros cuatro o cinco jóvenes de mi edad, aceptó de buena gana el compromiso de ser nuestro maestro y compuso para nosotros unas *Lecciones de filosofía ecléctica*, que más tarde fueron impresas en Madrid y obtuvieron mucho aplauso. Mis compañeros y yo formamos una especie de Academia, que se renovó luego varios veranos, para leer también al mismo Cousin, a Remusat y demás corifeos de la escuela ecléctica. No llevábamos túnica ni barbas, éramos filósofos de guantes amarillos, pero jurábamos por aquellos autores y por Reid y Dugald Stewart, como si en ellos se hallase concentrado todo el saber de los hombres. Y a la verdad toda mi vida he conservado a García Luna una sincera gratitud, por su inteligente amaestramiento, porque, no solamente me ha libertado esa filosofía de adoptar las ideas extravagantes, que luego han corrido por el mundo y seducido a tantos incautos, sino que a ella debí también una tendencia general a buscar la verdad y la belleza do quiera que se encuentran, sin prevenciones de escuela. Cousin ha sido muy criticado y combatido y sigue siendo el filósofo más cordialmente aborrecido por los hombres de ideas extremas, singularmente los positivistas, siendo casi cómico el furor con que le hostilizan; pero el motivo de esta antipatía no es otro más que el despecho que les infunde la elocuente, definitiva e inapelable refutación que ha hecho este gran filósofo de las teorías sensualistas.

Un peligro había, esto no obstante, no en las análisis psicológicas de Cousin, sino en ciertas teorías que también propaga, acerca de la filosofía de la historia, siguiendo a Vico y a Hegel, porque, si se toman al pie de la letra, destruyen toda confianza en la fuerza del ingenio humano y conducen al fatalismo, y por lo tanto a la pasibilidad absoluta. La idea de que el hombre poco o nada puede contra eso que unos consideran decretos de la Providencia y otros evoluciones lógicas de la historia, desalienta necesariamente. Pero contra esa especie de letargo filosófico diome a su vez un buen remedio el célebre D. Antonio Alcalá Galiano, que vino a Cádiz para dirigir el mencionado colegio de San Felipe a la muerte de Lista, y gustaba mucho de dar consejos a la juventud. Pero antes de explicar cuáles fueron los que quiso darme, diré lo que recuerdo de aquel ilustre estadista.

Era Galiano natural de Cádiz, como Istúriz y Mendizábal, y pertenecía a una familia noble y antigua. Su padre fue un distinguido oficial de Marina y él mismo sirvió algún tiempo en la armada y luego en la diplomacia; pero su ambición y sus dotes oratorias le arrastraron a la vida política, en la cual alcanzó pronto gran distinción. Pasaba por el pico de oro de la generación del año 20 y eclipsaba al mismo Argüelles. Su rostro era feo; pero su elocuencia era tanta que no se pensaba en ello. Tenía una imaginación muy lozana y sus primeros discursos abundaban en figuras de todo género. Recuerdo haber leído uno en que, hablando de la Rusia, decía: «Ese coloso, que sólo puede ser atacado por sus extremidades por tener la cabeza escondida entre las nieves del polo». Más tarde dio un sesgo más práctico a su oratoria, sin dejar por eso de ser siempre amenísimo. Sus ideas cambiaron también sensiblemente, porque después de haber sido uno de los más avanzados liberales

del año 20, ingresó más adelante en el bando moderado y fue Ministro con Istúriz. Poseía el idioma de una manera prodigiosa, y nadie le ha superado en la difícil facilidad de manejarle. Pidió un día la palabra en las Cortes para una simple pregunta, y sin salirse de los términos de ella ni tomar casi aliento hasta el final, la rellenó de tantos paréntesis e incisos, que logró emitir su opinión y combatir la conducta del Gobierno, a despecho del Presidente de la Cámara. Su memoria era grande y su instrucción universal. Durante su emigración en Inglaterra dedicóse al estudio de la lengua de aquel país y consiguió poseerla de tal modo, que pudo dar en ella lecciones públicas de literatura española en la Universidad de Londres.

Era Galiano de carácter bondadoso y apacible. Pertenecía a aquella pléyade de la primera época constitucional, que brillaba por su probidad y desinterés. Ninguno de aquellos patricios pensaba en enriquecerse, y Galiano llevó a tal extremo su indiferencia en este punto, que más de una vez se vio en grandes apuros, de los cuales le sacó la generosidad de su amigo Istúriz. Esta fue también la razón por la cual, durante el dominio de los progresistas, tuvo que venir a Cádiz, como he dicho, para dirigir el colegio de San Felipe. La acogida que tuvo allí fue digna de su mérito, y me dijo más de una vez que aquella había sido una de las épocas más tranquilas y felices de su vida. Recuerdo que solía sentarse por las tardes en un banco de la plaza de San Antonio, y allí le seguía un círculo de admiradores, a quienes embelesaba con su amena conversación. Y sus ocurrencias eran a veces tan chistosas como las de Gallego o Estévanez. Una vez encontró en la calle a una antigua amiga suya, la cual le dijo, con franqueza, que le hallaba muy envejecido: «Hija mía, le contestó Galiano, no lo estás tú poco, sino que a ti te sucede como a los que se embarcan por la primera vez, que cuando la nave empieza a andar, creen que lo que se va es la tierra y que ellos no se mueven».

Pecaba Galiano de distraído, a la manera de tantos otros literatos. De Walter Scott se cuenta que, habiéndole regalado el Príncipe de Gales una preciosa copa de cristal cincelado, se la metió en el bolsillo de la casaca, y lo primero que hizo al llegar a su casa, fue sentarse encima y hacerla pedazos, con grave perjuicio de su propia epidermis. De nuestro Duque de Frías se refiere que, siendo Embajador en París, en tiempo de Luis Felipe, se dejó olvidada a su hija en un baile de las Tullerías y tuvo la Reina Amalia que enviarla a la Embajada, acompañada por una dama de Corte. A esta familia pertenecía Galiano: siempre en las nubes. Hallándose de Ministro en Lisboa le sucedió una vez que al llegar a un sarao, sintió un agudo dolor en un pie, que pensó fuera de gota, hasta que, examinando mejor la causa del daño, halló que se había dejado dentro del escarpín un pequeño calzador de metal con que se lo había puesto.

Pero su defecto principal, y lo que le impidió siempre hacer en la política un papel correspondiente a su saber y elocuencia, fue la inconstancia y debilidad de su carácter. Y por eso, sin duda, estimaba tanto en los demás las cualidades contrarias, y nos dio los consejos a que me refiero y que voy por fin a recordar. «Las generalizaciones de la filosofía histórica, solía decirnos a mí y a mis compañeros de estudio, son, sin duda, buenas para explicar los sucesos pasados; pero no para adivinar los futuros, y pueden infundir desconfianza en la virtud de la voluntad de los hombres. Para neutralizar, pues, los malos efectos de esas generalizaciones, les aconsejo a ustedes que se dediquen mucho al estudio de la historia misma. En la historia verán ustedes lo que valen los caracteres y cómo se sobreponen a todas las circunstancias y a todas las evoluciones más temibles.» Seguí yo de buena gana este saludable aviso, y creo que así me he salvado también de las tendencias exclusivas y de escuela, porque la historia me ha ofrecido, a cada paso, ejemplos notables del poder de la energía humana, la cual, según la expresión del juicioso Polibio, es capaz por sí sola de enaltecer a una ciudad o a un reino.

VIII.
Cádiz y Sevilla, de 1837 a 1841.

Pronunciamiento de septiembre.—La Reina Cristina obligada a salir de España. Sus últimas palabras al General Espartero.—Ocupa éste la Regencia.—Plagio de una proclama de Bonaparte. — España puesta al nivel de Méjico y Perú.—Caciques.—Ayuntamientos democráticos.—Tiranía de la Milicia Nacional.—Cómo se respetaba la libertad de imprenta.—Prematuro alzamiento de los moderados.—Mi primer viaje a Madrid.

Al terminar el capítulo anterior dejé incompleto el texto de Polibio, porque este historiador añade que, así como la inteligencia y la voluntad de un solo hombre pueden elevar de repente a una nación, de la misma manera basta también la incapacidad o las malas pasiones de uno solo para causar su completa ruina. Y de esto nos ofrece un ejemplo memorable lo sucedido por aquel tiempo en España. Con efecto, no hacía un año que había terminado la guerra civil, y ya se realizaba una de las cosas que en aquella época no se preveían. El General Espartero decidió privar a la Reina Cristina de la Regencia para desempeñar él mismo aquel altísimo cargo. La causa de esto fue su ambición; los pretextos helos aquí. La Reina no gustaba, como ya lo he dicho, de medidas radicales, y propendía a una política conservadora; quería que el trono no perdiese enteramente su prestigio, y con este objeto había presentado su Gobierno una ley de Ayuntamientos, la cual daba a la Corona el derecho de nombrar los Alcaldes. La generalidad del país no veía en esto un grande inconveniente, y a cualquiera que juzgue desapasionadamente las cosas, le parecerá imposible que un hecho semejante bastase para provocar una revolución; pero las clases inferiores, que aspiraban ya a dominar, no quisieron conformarse con una medida que las podía excluir de los puestos municipales, objeto inmediato de su ambición. Espartero, que ya de antiguo acariciaba la idea de hacerse Regente, decidió poner su prestigio al servicio de esas clases, a fin de lograr más fácilmente por este medio el objeto que se proponía.

Era Espartero un buen militar, y a su pericia fue debida, principalmente, la terminación de la guerra carlista; pero la humildad de su origen y su larga permanencia en la República del Perú, habían contribuido a que naturalmente se inclinase a las ideas más democráticas. Sus aduladores le comparaban con Washington, a causa de su probidad y de su puritanismo político; yo creo, sin embargo, que sus modelos eran más bien los caudillos de la insurrección de nuestras Américas. Como quiera que sea, él dio el segundo ejemplo de un General que, faltando a su juramento y pisoteando la disciplina, se encaramaba a un alto puesto con pretexto de salvar la patria. El primero fue Riego, y, según era fama en Cádiz, fueron los agentes de la insurrección americana los que le suministraron el dinero para el alzamiento del año 20; ahora le tocó su vez a Espartero con el apoyo de los burgueses. Y así se fue introduciendo en España esa lepra de los pronunciamientos militares, que tanta vergüenza y descrédito han traído sobre nosotros, sin más ventaja que la de imponer a nuestro país instituciones y novedades para las cuales no estaba preparado y detener el desarrollo de su riqueza.

Sentía Espartero los impulsos de la ambición; pero parecía oír también la voz de la conciencia y no podía decidirse a cometer de repente la acción tan violenta y tan fea a que le excitaban sus amigos los progresistas. Por desgracia tenía a su lado otro General llamado Linaje, hombre de menos escrúpulos, que fue, por decirlo así, su Mefistófeles o diablo tentador. No tenía este militar mucho más talento que Espartero, y como prueba recordaré que en una ocasión le hizo firmar una proclama, que pretendía haber inventado, pero que resultó ser simplemente una traducción de otra muy conocida del famoso Bonaparte, como se lo probó un diario moderado, publicando una y otra en sus columnas.

Au peu d'esprit que le bonhomme avait
L'esprit d'autrui par complément servait.

Pero de todos modos sabía más que su jefe, y el ascendiente que sobre él ejercía no disminuyó después de este ridículo incidente, ni tampoco perdió nada la popularidad del mismo Espartero, porque el pueblo, a igual de los enamorados, no ve nunca los defectos de sus ídolos.

Al principio de la conspiración de Espartero no parecía tratarse más que de un cambio de Ministerio, y con ese grito se verificaron en septiembre de aquel año diversos pronunciamientos en Madrid y otras ciudades, a la sazón que la Reina había salido de la Corte y se hallaba en Barcelona. Apresuróse la augusta señora a retirarse a Valencia y a nombrar Ministro a Espartero; mas éste le quiso luego imponer un programa tan excesivamente liberal y tan ofensivo a su dignidad, que no le fue posible aceptarlo. Y como su permanencia en España hubiera podido ocasionar fácilmente una nueva lucha intestina, que repugnaba a su corazón, prefirió abdicar de la Regencia y marcharse inmediatamente al extranjero. En la última entrevista que tuvo con aquel ambicioso, es fama que le dirigió estas severas, pero merecidas palabras: «Espartero, bien lo veo; te he hecho Capitán General, te he hecho Duque, te he hecho Grande de España; pero no he podido hacerte caballero».

Partió, pues, la Reina, dejando solas a sus tiernas hijas en una edad en que tanto necesitaban de su madre, y esta circunstancia fue quizás el primer origen de otros males que más tarde se deploraron. En cuanto al país, excusado es decir que los moderados consideraron la acción de Espartero como un atentado intolerable, mientras que los progresistas la celebraban y alababan con el más extravagante entusiasmo. Por lo que hace a los carlistas tampoco ocultaban su regocijo, desmintiendo, por espíritu de venganza, los principios que profesaban. Espartero regresó triunfante a Madrid, y de allí a poco unas nuevas Cortes, elegidas bajo su influjo, le nombraron Regente del Reino.

De esta manera, la noble Nación española, la Monarquía de los Recaredos y Fernandos, la que en tiempo de los Carlos y Felipes dio leyes a una parte de la Europa y de la América, se vio puesta de repente al nivel de sus colonias más desventuradas. Cuando algún extranjero quiere mofarse de nuestro atraso respecto a las principales naciones de Europa, suele decir por donaire que el África empieza en los Pirineos: con mayor exactitud podía cualquiera decir el año 41, que lo que empezaba en los Pirineos era Méjico o el Perú. Y para que el paralelo fuese completo, al mismo tiempo que un General de la guerra civil ocupaba el más alto puesto del país, todas las ciudades de España caían bajo el poder de Ayuntamientos salidos de la ínfima burguesía; y sobre todos ellos se elevaron los corifeos más ardientes del bando progresista, que mandaban más, especialmente en materia de elecciones, que los Ayuntamientos y Gobernadores, y a los cuales dieron con mucha propiedad el sobrenombre de Caciques, porque realmente trataban a sus conciudadanos como si fueran indios. Montesquieu, al hablar de la Monarquía oligárquica de la Gran Bretaña, dice que aquel sistema político fue hallado en los bosques de Germania. Nosotros podemos decir que el nuestro, con su mezcla de democracia y de militarismo, ha sido inventado en las selvas del Nuevo Mundo.

El estado de todas las ciudades era tal, que hasta los liberales más exaltados debían deplorarlo, si estaban de buena fe, porque entre otros inconvenientes tenía el de hacer, no sólo odiosas, sino ridículas las instituciones representativas. En Cádiz había un sastre llamado Arcos, cuya tienda estaba en la calle Ancha, el cual era uno de los caciques de la población. En Sevilla hubo una temporada en que el Ayuntamiento entero se componía de artesanos, por manera que, según aseguraban los chuscos, si alguien se acercaba en el teatro a la puerta del palco municipal y decía en voz alta: «maestro», todo el Ayuntamiento volvía la cara. Y como muestra de lo que eran entonces, así el público como los Alcaldes, referiré una escena ocurrida en aquella época en uno de los teatros de Sevilla.

Había en él una bolera, la cual era el ídolo del populacho, más que por su donaire, por su escandalosa desenvoltura. Desencuadernábase toda y parecía hecha de goma elástica, según lo que se movía y quebraba, llegando su deshonestidad a tal extremo, que el Alcalde, a pesar de ser muy demócrata, le mandó que se moderase. Mas ella, que era muy taimada, lo que hizo fue exagerar el defecto contrario y bailar de una manera tan pudorosa y remilgada, que el público adivinó al instante la intervención de la autoridad y por lo mismo empezó a pedir con desaforados gritos que la

bolera bailase como antes, y sobre todo que moviese aquella parte de la persona que sirve para sentarse. El alboroto fue tal, que al fin hubo de ceder el pobre Alcalde, y poniéndose de pie en su palco y tomando un aire tan solemne como si echara su bendición al orbe, dijo con voz pausada y sonora: «Señores, que lo menee». Después de lo cual, no solamente cesó el tumulto, sino que el Alcalde tuvo por algunos días una popularidad casi tan grande como la del mismo Espartero.

Pero, no sólo en los teatros, sino en las calles y plazas había de continuo escenas ridículas o deplorables. Existían de antiguo en la plaza de San Antonio de Cádiz unas cadenas que impedían la entrada de los coches, a fin de que no estropeasen el enlosado: pues el pueblo soberano, a fuerza de gritar «fuera *caenas*», consiguió que se quitaran. A cada paso se celebraban fiestas patrióticas, en las cuales, a imitación de lo que antes se hacía con el retrato del Rey, paseaban los patriotas el de Espartero y le ponían también arañas y colgaduras en el balcón del Ayuntamiento. Fautora principal en todo esto era la Milicia Nacional, la cual se moría por reunirse y ostentar su entusiasmo liberalesco. Tuvo esta institución cierta utilidad durante la guerra carlista, guarneciendo fuertes, custodiando convoyes y tomando parte en algunos encuentros; pero aun entonces hizo ya tanto daño como provecho, porque a fuerza de perseguir e insultar a los que no profesaban ideas liberales, fue causa de que muchos se marcharan al campo de D. Carlos. Pero una voz restablecida la paz, convirtióse poco a poco en un instrumento de desorden, cuya tiranía llegó a ser insufrible. Los moderados se apresuraron a disolverla cada voz que entraron a mandar; pero los progresistas la restablecieron con la misma constancia, hasta que al fin quedaron vencedores y no necesitaron del pueblo armado.

Para contrarrestar en lo posible los inconvenientes de tal Milicia, procuraban los moderados alistarse en sus filas y obtener algunos puestos de oficiales, los cuales eran electivos, y recuerdo haber visto con el uniforme de milicianos, a muchos hombres graves y drogueros barrigudos del tipo pintado por Scribe. Fue poco, sin embargo, lo que lograron impedir, no siendo fácil que los hombres honrados y de arraigo luchen ventajosamente con los que poco o nada tienen que perder. La Milicia siguió siendo por mucho tiempo dueña del país, y en sus filas adquirieron notoriedad y comenzaron su carrera política muchos que después han llegado a los primeros puestos del Estado. El famoso himno de Riego guiaba sus pasos, y el populacho lo cantaba con tanta frecuencia que casi causaba náuseas. Hasta los chicuelos de la calle llegaron a fastidiarse de oír siempre lo mismo, y cuando algunos decían:

Soldados, la patria nos llama a la lid,

solían responder los otros:

Diga usted a la patria que no quiero ir.

Pero tenían que correr pronto a donde no les alcanzase la cólera de algún miliciano, porque éstos no consentían que nadie se burlase de ellos.

Con el objeto también de contrarrestar en lo posible la tiranía de aquellos pretorianos de la revolución, se formó en Cádiz un batallón compuesto de todos los gallegos que servían en las casas de los más pudientes comerciantes y mercaderes, los cuales los vistieron a su costa, y su Comandante era un tal D. José María Pastor, hombre rico y dotado de un carácter muy enérgico. Pero aunque por este medio defendieron bien sus haciendas, no por eso se libertaron enteramente de la tiranía progresista.

Esta era de tal naturaleza, que los moderados no podían ni siquiera hacer uso de la libertad de imprenta. Habían dicho y repetido mucho los progresistas, cuando estaban en la oposición, que esa libertad era como no sé qué lanza encantada, la cual curaba ella misma las heridas que hacía; pero luego que se apoderaron del mando, desconfiaron completamente de la tal lanza, y echaron mano de otros remedios que no tenían nada de mágicos. Como muestra recordaré que habiendo un periódico moderado de Cádiz, llamado *El Comercio*, criticado con alguna acritud los actos de Espartero, asaltaron las turbas una noche su imprenta y arrojaron por las ventanas las prensas y los tipos. Hallábase mi casa frente por frente, de manera que desde mis balcones fui testigo presencial de aquella escena, indigna de un pueblo culto. Pero lo más chistoso del caso fue que después de

consumado el destrozo, tocaron generala, reunióse la Milicia, y batallón tras batallón, con cajas y trompetas, pasaron por delante de la imprenta, dando vivas a Espartero; y al día siguiente decía un periódico progresista, fundado por cierto viejo masón, nombrado Campe, que la actitud del pueblo y de la Milicia había sido admirable y que ni un solo momento se había turbado el orden.

Volvió de allí a poco *El Comercio* a cometer otro crimen de leso progresismo, censurando los gastos que se hacían para obsequiar a Espartero durante un viaje que verificó a algunas provincias; y entonces el mismo Jefe político, que era un antiguo militar nombrado Riech, en vez de amparar en su derecho al *Comercio* escribió a su director, D. Alejandro Llorente, una carta tan ofensiva, que dio luego motivo a un lance personal entre los dos. Verificóse el desafío en los pinares de Chiclana, y Cádiz temió por la vida de Llorente, que era allí estimado de muchos; pero la suerte dispuso que cayese el desventurado Riech. Tuvo, sin embargo, Llorente que marcharse al extranjero, a fin de evitar las iras de los gobernantes.

Igual determinación le fue también preciso tomar a D. Juan Durana, jefe de los moderados de Cádiz, caballero acaudalado y de un carácter sumamente firme. Odiábanle por esto mismo los revoltosos, y por dos veces fueron las turbas a insultarle en su propia casa y penetraron hasta su despacho, sin que aquel varón constante dejase de escribir ni alzase siquiera la cabeza para mirar a los energúmenos que le denostaban. Pero más tarde se vio expuesto a tantos sinsabores, que por fin decidió marcharse. Por manera que la situación de las cosas era verdaderamente muy violenta, y si bien había cesado la guerra carlista, continuaba entre los partidos isabelinos la misma lucha que antes. Dábanse muchos vivas a la libertad; pero no a la que definen tanto Rossi como Julio Simón, sino a la que consiste en una licencia egoísta y desenfrenada.

La administración pública, no hay que decirlo, no mejoró mucho en este período, sino todo lo contrario. Habíase repetido hasta la saciedad que una de las ventajas del sistema representativo era que las Cámaras tenían, por decirlo así, los cordones de la bolsa, y eso hacía imposible los despilfarros de otras épocas. Entre nosotros se vio que poco a poco los tales cordones se fueron aflojando de tal modo que, siguiendo la misma metáfora, púdose luego decir que la bolsa de que se trata ya no los tenía. La progresión de los gastos fue desastrosa y su peso recayó principalmente, como era natural, sobre las personas que tenían más que perder, que eran los moderados. Habíase dicho también que el régimen liberal tenía por fundamento la justicia, y luego vimos que se despojó de sus destinos a todos los empleados antiguos, sustituyéndolos con personas cuyo solo mérito era la recomendación de los Diputados progresistas. Y este mal trajo consigo otros mayores, porque los moderados tuvieron que hacer después a su vez otro tanto. Y esa inestabilidad de los destinos produjo dos inconvenientes deplorables, a saber: la inexperiencia de los empleados y su relativa inmoralidad.

De esto último pude ver un curioso ejemplo en uno de mis viajes a España después de cierto cambio político, acaecido un poco más tarde. Pasando por una ciudad de Andalucía fui a visitar a uno de mis antiguos compañeros de Universidad, que desempeñaba allí un alto puesto, después de haber estado cesante una larga temporada, y al despedirme de él, le deseé que no volviese a verse privado de la buena posición que ocupaba. Agradeciómelo mucho; mas al mismo tiempo me añadió en el tono más natural del mundo: «Espero durar algún tiempo en este empleo; pero de todos modos, esta segunda vez no seré tan tonto como la primera, y procuraré llenarme bien el bolsillo.» Quise afearle su conducta y recordarle de qué padres había nacido; pero me contuvo sonriéndose y diciéndome con aire de compasión: «Amigo mío, qué candido eres; sábete que no soy yo solo el que así piensa, y la culpa es de los Gobiernos que tenemos, porque en vez de un Rey, hay ahora tantos Reyes como Ministros, y basta un capricho del que manda para ponernos en la calle, como si fuésemos criados a su servicio.»

Como cualquiera puede adivinarlo, la situación de los moderados fue pronto insoportable, y notando éstos que la generalidad del país veía con disgusto las medidas radicales tomadas por el Gobierno progresista, especialmente en lo que se refería a los bienes del clero, y que Generales de tanto nombre como O’Donnell, León y Concha se enemistaban con Espartero, decidieron hacer

ellos también su pronunciamiento con el objeto de restablecer en la Regencia a la Reina Cristina. Pero el plan fue a todas luces prematuro, descabellado y temerario. Espartero conservaba todavía todo su prestigio entre el pueblo, y la masa de su partido le apoyaba ciegamente. La lucha no era como la de los sublevados del año 40 contra una débil mujer, sino contra un militar enérgico y valiente, el cual estaba resuelto a defenderse y contaba con muchos elementos para ello; por consiguiente, el resultado fue desgraciadísimo, y no hizo más que agravar los males de aquella época. Espartero hizo inútiles los esfuerzos de sus émulos en Pamplona y Vitoria, y contuvo la sublevación militar de Madrid, viéndose en esta última cómo dependen a veces los sucesos humanos de pequeñas e imprevistas circunstancias, porque lo que contribuyó más que nada al triunfo de Espartero fue la noble actitud de un piquete de Alabarderos que ocupaba el Palacio de nuestros Reyes. Creyendo que los sublevados querían apoderarse de la persona de la Reina, cerraron luego todas las puertas del piso principal y se defendieron haciendo fuego desde las ventanas del corredor y escaleras, sin que ni ruegos ni amenazas los apartasen de su propósito. Los amantes de la lealtad y de la disciplina no pudieron menos de elogiar a aquellos bravos militares, los cuales parecían decirles a los sublevados, como los arcabuceros españoles a Gastón de Foix en la calzada de Rávena: «Haced con los demás lo que quisiereis; pero no os metáis con nosotros.»

El triunfo de Espartero fue completo y su severidad igualó, si no excedió, a la del monarca más absoluto, porque es también una máxima de los progresistas que sólo ellos tienen derecho para sublevarse y que a los demás les está terminantemente prohibido. Hubo, pues, comisiones militares y fusilamientos de jefes esclarecidos, entre ellos el del General D. Diego León, que era el Aquiles de nuestro ejército por su valor y gallardía; tragedia que produjo muy triste impresión en toda España y muy principalmente en Madrid, según pude verlo yo mismo, porque habiendo cursado ya cuatro años de leyes en Sevilla, quiso mi padre que pasase a terminar mi carrera a aquella capital y llegué a ella justamente pocos días después del movimiento político a que me refiero.

Causóme bastante pesar el abandonar a Sevilla; mas no dejó pronto de sonreírme la idea de ir a vivir en la Corte y disfrutar de sus diversiones y ventajas. El viaje de Sevilla a Madrid se hacía durante la guerra civil en unas malísimas galeras, tiradas por mulas, que iban escoltadas por alguna tropa y tardaban quince días. Pacificada la Mancha restableciéronse las diligencias, las cuales eran menos incómodas y empleaban sólo cuatro días, descansando una noche en Córdoba y otra en Ocaña; pero los caminos permanecieron por mucho tiempo todavía inseguros, y era necesario que dos o tres escopeteros fuesen en el techo del carruaje para defenderle de los ladrones; hasta que al fin un Ministro moderado organizó la Guardia civil, a imitación de la Gendarmería francesa. El estado de las carreteras era así mismo deplorable, y en mi segundo viaje volcó la diligencia con tanta impetuosidad, que los pobres escopeteros fueron a parar a la copa de un olivo. El primero, sin embargo, no ofreció lance de ninguna clase, y lo hice muy agradablemente en compañía del famoso Mariscal Saldanha y de la señora de Albear con sus simpáticas hijas. Era aquél un hermoso hombre, ya entrado en años, con cara de león blanco, de aspecto noble y militar y de bello carácter. En Portugal pertenecía a la raza de los Generales revolucionarios, que también allí era entonces abundante, y en aquella época desempeñaba la Embajada de su país en Madrid y volvía a su destino, después de una corta licencia. Era persona docta y estudiosa, y por el camino fue leyendo un *Manual de Geología*, que luego me prestó, y en el cual tomé mis primeras nociones de esa interesantísima ciencia. La familia de Albear es la principal de Motilla, donde tiene su casa solar, y la señora era viuda de aquel Albear, valiente Oficial de Marina, que mandaba ciertas fragatas españolas, las cuales, al regresar de Buenos Aires cargadas de caudales, el año 1804, fueron piráticamente atacadas por fuerzas superiores inglesas, antes de ninguna declaración de guerra, y apresadas después que la voladura de una de ellas hizo imposible la resistencia.

Para hacer como todos los viajeros diré algo de mis impresiones, y confesaré que me quedé desagradablemente sorprendido cuando entramos en la Mancha y se presentaron a mis ojos aquellas llanuras sin árboles ni caseríos y aquellos pueblos tan negruzcos y tan tristes, que contrastan con los de la risueña y frondosa Andalucía y sólo pueden compararse con los más miserables de la Irlanda o

de Polonia. Preguntábame yo qué sería Castilla la Vieja, si la Nueva era tan fea, y cómo había quien soñase todavía en conquistas fuera de España, cuando existía aun dentro de ella tanto terreno baldío. Una sola cosa me causó cierto regocijo, y fueron los molinos de viento, porque me recordaron las aventuras de Don Quijote y el libro inmortal que las describe. Parecióme, en cambio, muy desagradable la multitud de pobres que acosaban en cada parada a los viajeros y seguían luego la diligencia hasta que se cansaban de correr tras ellas. Ni era posible contentarlos a todos, porque su número era grandísimo. Y en el pueblo de Manzanares había una mendiga, ciega de nacimiento, la cual estaba dotada de un gran talento natural para componer versos de repente, a manera de los «improvisatori» de Nápoles. Su rostro era agradable y su voz dulce, por lo cual inspiraba doble lástima, y la Reina Isabel, siempre generosa, le señaló una pensión y la sacó de aquel miserable estado, apenas la hubo conocido en su primer viaje a Andalucía.

En Ocaña descansamos una noche y cenamos huevos nadando en aceite y perdices deshechas de puro cocidas. Allí supimos ¡ay! la muerte lamentable del General León, que fue muy sentida de cuantos en la posada nos hallábamos. Hasta las muchachas que nos servían a la mesa dieron a su memoria un tributo de lágrimas, y el General Saldanha, quien a fuer de portugués, tenía un carácter dulce y compasivo, se apesadumbró también mucho y me dijo que, en su concepto, Espartero había cometido con aquellos fusilamientos una falta de la cual no tardaría en arrepentirse.

IX.
Madrid, de 1841 a 1844.

Aflicción de Madrid con motivo de los fusilamientos de octubre.—La Duquesa de la Victoria llora la muerte de León.—El público recobra pronto su natural alegría.—Paseo del Prado.—Bellezas de la aristocracia y burguesía.—El Cuerpo diplomático.—Una muñeca que come a la mesa de un Ministro.—Entusiasmo de Washington Irving por España.—Monumentos públicos.—Maravillas del Museo del Prado.—Carácter sociable de Madrid.—Sus tertulias.—Tendencia liberal de su pueblo.

Las cercanías de Madrid, que de suyo son tristes, me lo parecieron mucho más por llegar a ellas con el ánimo afligido. Oprimíanme el corazón las malas noticias que habíamos sabido en Ocaña, y cuando entrarnos en la ciudad, me pareció que veía pintados en todos los semblantes la compasión y el terror. Y con efecto, duraba aun muy viva la impresión producida por los fusilamientos de los días anteriores.

Poco después de mi llegada fui a visitar al Mariscal Saldanha, y éste me dijo que había visto ya a Espartero y que le había hallado con cara de piedra y sumamente reservado. La Duquesa, su mujer, más débil y franca, le había recibido con los ojos bañados en lágrimas y no le había ocultado su inmensa pesadumbre por la muerte del General León y sus ilustres compañeros. Y a la verdad, la mayoría de las personas sensatas pensaba y sentía como la Duquesa.

Sin embargo, Madrid recobró pronto su aspecto alegre y bullicioso. No es aquella ciudad comparable con Sevilla ni Barcelona; porque ni sus monumentos son, en general, muy notables, ni su territorio es frondoso, ni su situación pintoresca; pero tiene y tendrá siempre una cosa que le presta mucho encanto, cual es un cielo tan azul y tan alegre que sólo le he hallado igual en Nápoles y Méjico. Hoy día ha ganado Madrid mucho en extensión y en la hermosura de su caserío, y la traída de las aguas de Lozoya ha hecho posible el plantío de muchos árboles que adornan su recinto y hacen algo más sano su clima; pero de todos modos, ha sido siempre la población más animada y divertida de Europa, después de París y Viena. El carácter de sus habitantes es por extremo jovial y forma contraste con el de los demás castellanos, y más aun con el de los gallegos y catalanes. Diríase que no tienen más ocupación que la de divertirse. A la una después de media noche hay en las calles centrales una animación que sorprende; y raro es el madrileño medianamente acomodado

que se levanta de la cama antes de las doce del día, por cuya razón se pregunta uno muchas veces cómo y cuándo desempeña cada cual las obligaciones de su casa u oficio. Ni las vicisitudes políticas o del comercio son poderosas para alterar esta fisonomía general de aquel venturoso pueblo. A semejanza de la falange macedónica, donde uno cae allí se levanta otro; y siempre hay en Madrid una masa de gente adinerada, que sabe gozar de la vida. El coche que llevaba hace un año al Ministro o al Subsecretario Juan, lleva ahora a su sucesor Pedro, y la berlinita que paseaba antes al banquero Fulano, va ahora ocupada por otro más feliz.

Durante los primeros días anduve muy ocupado porque tenía que asistir a la Universidad, que se hallaba ya abierta, y perdía además mucho tiempo presentando las cartas de recomendación que llevaba y visitando a algunas personas que ya conocía de Cádiz y Sevilla. Pero poco a poco fui organizando mi existencia de tal manera, que me quedaba lugar para ir viendo a Madrid y participar de sus diversiones. Y desde luego no dejaba nunca de bajar al Prado, que era entonces el centro de todo el movimiento de la ciudad, no existiendo todavía los nuevos barrios que luego la han ensanchado tanto. En aquella época podía decirse que Madrid terminaba en la fuente de Cibeles. En el Prado, pues, se reunían en invierno, de dos a cuatro de la tarde, todas las personas ociosas, y las más elegantes se paseaban a la izquierda de la alameda principal, que llamaban París. Circulaban junto a ella los coches, que no eran la décima parte de los que hoy acuden a la Castellana ni del lujo de los del día. La Corte misma llevaba generalmente tiros de mulas y lo mismo usaban muchos Grandes, entre otros la Condesa del Montijo, que con sus lindas hijas no faltaba nunca al paseo.

Allí fui conociendo poco a poco a las más célebres beldades de la Corte, entre quienes descollaba sin disputa la Condesa de Villagarcía, de hermosura escultural y tipo acabado de la dama española. El Conde de Clarendon, que había estado en Madrid algunos años antes como Embajador de su país, estuvo muy enamorado de ella. La Marquesa de Alcañices le disputaba el premio de la belleza, pero no el del ingenio. Ésta iba casi siempre acompañada de su primo D. Pedro de Girón, Duque de Osuna, el cual era asimismo un hermoso hombre, y mucho más discreto que su hermano D. Mariano, a quien pasó luego el título por la temprana muerte de aquél. La Marquesa de Montufar era igualmente una linda dama, que se ufanaba con los homenajes del amartelado Martínez de la Rosa. Acudía siempre éste al Prado, a pesar de lo que le ocupaba la política, armado de sus lentes, porque era muy miope, y dando el brazo a D. Domingo Ruiz de Arana, antiguo diplomático, de amable carácter, pero de escaso talento, a quien por eso tal vez había escogido Martínez para particular amigo y confidente, siendo cosa bastantemente común que los hombres de mucho ingenio prefieran para ese papel a los que no le tienen. Iba acompañada la Marquesa de su linda hija Carolina, que después fue Marquesa de Bedmar, y cuya muerte ha sido tan sinceramente llorada por sus numerosos amigos.

Las hijas del Conde de Parsens, que eran valencianas, figuraban también con razón entre las bellezas de aquella época, y una de ellas, la Duquesa de Veraguas, parecía una mujer del Norte por la blancura de su tez y sus ojos de azul de cielo. El Marqués de Pidal, a pesar de su genio austero y aun arisco, se le mostraba muy rendido; pero la Duquesa no gustaba de las adulaciones del mundo, y habiendo enviudado más adelante, acabó como una dama del siglo XVII, encerrándose en un claustro. La Condesa de Campo Alange debe ser también colocada junto a estas señoras, aunque se distinguía mucho de ellas por un defecto odiosísimo, que era una lengua viperina. Por no perdonar a nadie, no perdonaba ni a su propio hijo. Las Camarasas eran todas agraciadas, singularmente Encarnación, cuya fisonomía viva e inteligente la asemejaba a una linda francesa. Por último, algo menos bella que todas éstas, pero muy superior a todas en discreción y bondad, era la Marquesa de Santa Cruz, hija de los Marqueses de Malpica. Conocí a su marido en Sevilla, y a ella desde mi llegada a Madrid, y la he conservado siempre una especie de culto, a causa de sus raras cualidades de corazón y de carácter. Era el tipo de la dama como se debe, en toda la extensión de la palabra.

Al lado de estas señoras de alta alcurnia admirábanse también otras no menos bellas de la nueva nobleza o de la rica burguesía. Doña María Buschenthal, a quien suponían bija natural del Emperador D. Pedro I del Brasil, pero que se hallaba casada con un banquero alemán, era un tipo de

orgullosa Diana, lleno de originalidad y belleza. Ha residido en Madrid hasta su muerte, y la segunda parte de su vida mereció algunas censuras, porque, a causa tal vez de algún desaire que recibió o se imaginó recibir en altos lugares, diose a murmurar del Gobierno moderado, y abrió primero sus salones a los Diputados y periodistas de la oposición, parodiando un poco a Madama Roland; y no contenta con esto, acabó por mostrarse partidaria de los enemigos del trono. Gozaban igualmente merecida fama de hermosura, la mujer del célebre Diputado progresista Madoz, catalana como él, y rubia y blanca como una inglesa; y la esposa del todavía más célebre Diputado moderado D. Joaquín Francisco Pacheco, a la cual llamó Bretón en una de sus poesías «la bellísima Dolores». Y para que todos los partidos estuvieran representados en esta galería de buenas mozas, era con razón muy admirada la hija del General carlista Maroto, cuyas dulces facciones contrastaban extrañamente con la cara poco simpática de su padre.

No necesito asegurar que todas estas damas me gustaron inmensamente, si bien sostenía entonces y sigo sosteniendo siempre que ninguna de ellas sobrepujaba en donaire y hermosura a las bellezas de Andalucía, especialmente a una llamada Doña Luz Chico, natural de Algeciras y establecida en Cádiz, donde casó con un rico propietario de Jerez, nombrado Haurie. Aquella mujer sin igual realizaba las descripciones que han hecho nuestros poetas de las Zulemas y Zoraidas.

Multitud de hombres notables acudían también diariamente al salón del Prado y era para mí sumamente interesante el conocer, al menos de vista, a los que entonces hacían mayor figura en la Corte, como Martínez, Istúriz, Pidal, Olózaga, Pacheco y tantos otros que sería prolijo enumerar; y también al Cuerpo diplomático extranjero, entonces por cierto poco numeroso, porque no nos habían reconocido las tres principales Potencias del Norte. El Duque de Gluchsberg, que luego fue Duque de Decazes y Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, era entonces Secretario de la Embajada de su país y vivía en la intimidad de nuestra aristocracia. El Ministro de Dinamarca, llamado Dalborgo di Prinio, era asimismo muy bien recibido, entre otras razones, porque muchos moderados comprometidos en el movimiento del año 41 se habían refugiado en su casa, en premio de lo cual le confirieron más adelante el título de Barón del Asilo. Era hombre amable, pero original. Tuvo la ocurrencia de mandar hacer una muñeca de grandor casi natural, y la sentaba a su mesa cuando alguna circunstancia imprevista reducía el número de sus convidados a trece, que es guarismo considerado todavía de mal agüero, a pesar de la decantada ilustración de nuestro siglo. El Príncipe de Carini representaba al Rey de Nápoles, el cual había reconocido a la Reina con la esperanza, que al fin no logró, de que ésta se casaría con un Príncipe de su familia. Ministro de los Estados Unidos fue por aquellos tiempos el famoso escritor Washington lrving, con quien tuve la fortuna de hacer alguna amistad, por tener a veces mi luneta en el teatro al lado de la suya. Mostrábase apasionadísimo de España, y lo ha probado bien en sus obras, que son casi todas sobre asuntos de nuestro país; y le agradaba tanto todo lo español, que, según me dijo en una ocasión, le gustaba hasta el olor de la olla, que salía de las casas más humildes en los barrios bajos de Madrid. Era un literato tan modesto como afable y de buenas formas. Saldanha no concurría mucho al paseo, y el Ministro de Inglaterra, que se llamaba Asthon, no era persona grata para la buena sociedad de Madrid, a causa de su predilección por Espartero, y tampoco se le veía mucho en el Prado.

Los monumentos de Madrid ocuparon también mi atención, aunque pronto pude advertir que en este punto la capital de España es inferior a casi todas las de sus provincias; baste decir que no hay en ella ni siquiera una catedral digna de tal nombre ni comparable por lo menos con las de ciudades tan pequeñas como Cádiz, Gerona o Jaén. Pedro el Grande de Rusia, movido igualmente por razones políticas, puso su Metrópoli, a semejanza de nuestro Rey Don Felipe, en un terreno árido y en un clima malísimo; pero al menos la llevó a la orilla del mar y cuidó de embellecerla con edificios magníficos. Nuestro Monarca prefirió gastar sus millones en el Escorial, cuyo cielo no peca ciertamente de risueño. Aquel carácter, más portugués que español, parecía complacerse en lo triste. El Palacio Real de Madrid, construido en tiempos posteriores, sin ser suntuoso ni comparable con los que poseen otros Soberanos de segundo y tercer orden, es por lo menos de una arquitectura sólida y agradable. Lástima grande que esté situado justamente al Norte y mirando al frío

Guadarrama, lo cual condena al Rey de España, al poseedor del Jardín de las Hespérides, a soportar inviernos rigurosos, suspirando quizás, como Mignon, por el país donde los limoneros florecen.

El caserío de Madrid es muy diferente del de Cádiz y Sevilla, porque la frialdad del clima no consiente allí los patios abiertos de la templada Andalucía. Parécese más bien al de Francia y Alemania. Los palacios de los Grandes son, asimismo, de un estilo poco risueño, y a excepción del de Liria y algún otro, no tienen mucho mérito artístico. Aquellos ilustres magnates, que fueron Virreyes en Italia y Flandes, no trajeron a su patria el gusto de una rica arquitectura, comprobando así que esa afición estética es la última que se propaga en todas partes, porque no sólo exige holgura, sino también independencia en las clases que la fomentan. Por eso vemos que en Italia mismo hay palacios más suntuosos en Venecia y Roma que en Milán o Nápoles. Además, es preciso confesar que la arquitectura no fue nunca cultivada entre nosotros con tanto éxito como la pintura después que cesó el florecimiento gótico. Nuestros buenos pintores han sido muy numerosos, mientras que fuera de Herrera, Toledo y el universal Berruguete, hay pocos nombres de arquitectos españoles que sean familiares a nuestros oídos.

Lo único que es en Madrid digno de una capital y que corresponde a la grandeza pasada de España, es la colección de cuadros del Museo del Prado. Con las aficiones que yo había adquirido ya en Sevilla, recibí las impresiones más deliciosas en aquel sagrado recinto, donde vive en todo su esplendor el arte de la pintura. ¡Válgame Dios y cuánto gozaba delante de tales maravillas! ¡Qué placer me causaron, sobre todo, los lienzos de Rafael y Velázquez, que veía por la vez primera! Durante los tres años que permanecí entonces en Madrid no dejé de ir a contemplarlos todos los domingos, y después, siempre que he vuelto a la corte, mi primera visita ha sido para el Museo; y mientras más Galerías he visto en Italia y en toda Europa, más bella me ha parecido la nuestra. En primer lugar, sólo en ella puede hallarse la obra completa de Velázquez, que es, sin duda alguna, el más grande de los coloristas. Murillo también está allí muy bien representado, lo cual proporciona el placer de poder comparar los cuadros de estos dos ingenios y saborear su mérito respectivo. Y luego no hay escuela que no ostente en aquel Museo obras de primer orden.

Quedé al principio tan deslumbrado que casi llegué a ser injusto con Murillo; hasta que, rectificando luego poco a poco mis juicios, le puse donde creo que debe estar sin el menor contraste, que es inmediatamente después de Rafael y al lado de Tiziano y de Velázquez. Y aun hay ocasiones en que me parece superior a este último, porque ha buscado y amado lo bello y ha sabido imaginar y pintar lo que no se ve en parte alguna. Velázquez, por el contrario, es siempre retratista. El cuadro de *Las Lanzas*, su obra maestra, es simplemente una espléndida agrupación de retratos, los cuales son todos agradables, porque los originales eran soldados gallardos de España y Flandes. No hay casi un solo cuadro suyo en que se halle una mujer hermosa; parece que, a semejanza de Rembrandt, lo que le atraía era lo feo; y cuando quiere tratar un asunto religioso y dar vida a lo que no tiene modelo, a lo que no se ve, entonces pinta lienzos muy inferiores a los demás suyos, como, por ejemplo, *La Trinidad* del Museo. El color morado de la pleguería y celajes de aquel cuadro dista mucho de ser grato.

Las *Concepciones* de Murillo, sus hermosas santas y los ángeles que ha pintado en el San Ildefonso, son comparables en belleza a lo más inspirado de las creaciones de Italia; y es lástima, en mi sentir, que a excepción de Alonso Cano, ningún otro le haya seguido por ese camino. La generalidad de nuestros pintores, ya sea por la falta de modelos de lo bello, tomados de la Naturaleza o de la escultura antigua, o por la facilidad con que pueden hacer cuadros de efecto con la magia de su color y la valentía de sus toques, no han rendido mucho culto a la belleza, a esa flor del arte que fue descubierta por los griegos. Han querido algunos atribuir esto a las severidades de la Inquisición; pero la verdad es que los pintores modernos, los cuales no pueden ya temer al Santo Oficio, siguen prefiriendo lo feo y aun lo tétrico, cual lo demuestran sus más conocidos cuadros, como, por ejemplo, *La campana de Huesca*, donde se ven multitud de cabezas humanas rodando por el suelo; *Juana la Loca*, acompañando el ataúd de su marido; *El Duque de Gandía*, contemplando el cadáver de la Emperatriz Isabel; *El cadáver de Inés de Castro*, colocado sobre el

trono, y otros que por brevedad omito. Ni tampoco es lícito atribuir esto al carácter nacional, cuya tendencia es más bien festiva, según lo prueban nuestras producciones literarias. Cervantes sobre todo, en quien vive encarnado el genio español, no sólo es el padre de la risa, sino que ha pintado en su Quijote mujeres tan hermosas como Luscinda, Altisidora y aquella Dorotea, «cuyos cabellos eran tan rubios que pudieran los del sol tenerles envidia».

Pero sea de esto lo que fuere, todo me pareció admirable en el Museo de Madrid, y no podría decir cuáles fueron los cuadros que más llamaron entonces mi atención, pues pocos son los que no ofrecen algo excelente. Desde luego, como ya lo he dicho, los grandes lienzos, cuya fama es europea, tales como *El Pasmo de Sicilia, La Perla y La Virgen del Pez*, de Rafael; los Murillos, los Velázquez, los Rubens, los Van-Dycks, los Ticianos. Hay también allí cuadros que sobre ser bellos tienen la elocuencia de un libro. ¿Quién, por ejemplo, puede mirar el retrato del Príncipe Carlos, por Sánchez Coello, sin reírse de los que han supuesto que la Reina Isabel estuviera enamorada de aquella triste y raquítica figura? Lástima podría tenerle; pero amor no. Es también interesante el de la Reina María de Inglaterra, por Antonio Moor, figura tan vulgar y tan fea, que involuntariamente se compadece a Felipe II, quien cuando fue su marido era mucho más joven que ella, y a la verdad, no mal mozo, según lo demuestra un retrato de Tiziano, que está asimismo en el Museo, el cual lo representa justamente en aquella época de su vida y vestido a la inglesa, con un jubón de seda negra forrado de pieles de cisne. Con razón dice Sandoval que en aquel matrimonio hizo D. Felipe el papel de un Isaac sacrificado en aras de la conveniencia política, y no extraña ya tanto, al ver ambos retratos, que, conforme lo aseguran ciertas Memorias inglesas, fuese el Príncipe poco fiel a su mujer y persiguiese a las criadas de Palacio, quienes probablemente eran jóvenes y lindas.

Todo está en aquel Museo: nuestras grandezas y nuestra decadencia; Carlos V y Carlos II; la rendición de Breda, que tanto lisonjea nuestro orgullo, y un auto de fe, cuya vista aprieta el corazón como una tenaza de hierro. Para el patriota hay páginas de gloria, para el místico visiones de ángeles y santos, para el profano las bellezas de la más risueña mitología. Dos cosas faltan únicamente en aquel templo de las artes: las pinturas anteriores a Rafael y una buena colección de estatuas. De las primeras no hay ni siquiera alguna de Botticelli o de Ghirlandaio para dar idea de lo que fueron aquellos grandes pintores; y las obras de escultura contenidas en el piso bajo del Museo son buenas, pero en cortísimo número. Esto último es a la vez causa y efecto; porque la escasez de modelos antiguos ha impedido que en España se cultivase la escultura con el mismo éxito que la pintura, hasta el punto de que sólo se citan un Montañés, un Cano y un Becerra como escultores de mérito; y por otra parte la poca afición que existe entre nosotros a ese arte tan noble, tiene por efecto esa pobreza de estatuas notada en ese Museo. Si el público español gustase realmente de las buenas estatuas como gusta de los buenos cuadros, ya estaría dotado, Madrid por lo menos, de una galería de vaciados antiguos y modernos como las de Viena y Munich.

El pueblo de Madrid, por regla general, no es tan aficionado a las artes como el de Sevilla o Barcelona. Lo que más bien le caracteriza es su buen humor y una sociabilidad extremada. Pocas capitales conozco en que la hospitalidad sea más franca y general. Hay multitud de personas que tienen siete cocineros, pues están convidados siempre a comer en casa de algún amigo. Yo tenía que rehusar muy a menudo los convites, porque si aceptaba, no podía ir después al teatro, que era mi diversión favorita. Comía, sin embargo, de cuándo en cuándo, con D. José Fontagut Gargollo, a quien me había recomendado mi padre, y que me mostraba mucho afecto. Era hombre acaudalado, que había hecho su fortuna en Méjico, y aunque no tenía muchas letras, le sobraba buen sentido y gramática parda. Hacía pingües negocios con el Gobierno; pero esto no le impedía ver claro en la situación política de entonces. Recuerdo que una vez que volvíamos en coche de su quinta de Carabanchel y nos encontramos por el camino una brigada de infantería, me dijo, guiñando un ojo: «¿Ve usted esos soldados? pues esos han reemplazado a los frailes. El pueblo, siguió diciendo, es una fiera que necesita un freno cualquiera, y cuando le quitan uno moral, hay que ponerle otro de hierro.»

Vivía yo en Madrid en una casa de huéspedes de la Carrera de San Jerónimo y con más independencia que en Sevilla; pero esto no obstante, hacía siempre la misma vida; por el día estudiaba y paseaba; de noche iba al teatro o a alguna de las muchas tertulias de confianza que había entonces en Madrid. Unas primas mías, llamadas Santa María, recibían a primera noche y daban todavía chocolate, al uso antiguo de la Corte. La familia de Page, que era gaditana y con la cual ligaban a la mía antiguos lazos de amistad, ofrecíame también muy agradable pasatiempo. La señora de Albear, mi compañera de viaje, daba té a la inglesa, costumbre que era entonces una gran novedad en Madrid. Sus simpáticas hijas la ayudaban a hacer los honores de su salón, al cual concurrían muchos jóvenes andaluces, que luego han figurado en la política o en las letras, como Ahumada, Comyn y Bermúdez de Castro, y algunas señoras muy amables, tales como Doña Dionisia O'Lawlor, bella granadina, que casó en segundas nupcias con el Duque de Vistahermosa, y la Condesa del Montijo, la cual conservaba todavía algunos restos de hermosura. Acompañaban a esta última sus dos bellas hijas, y allí tuve la dicha de conocerlas por primera vez y de tratarlas antes de ser convidado a las recepciones que la Condesa daba todas las semanas, y de las cuales hablaré en otro capítulo.

Las mujeres de Madrid, vuelvo a decirlo, no me parecieron en general tan hermosas ni tan graciosas como las de Sevilla. Entre el pueblo bajo hay las chulas y manolas, que corresponden a las majas y trianeras, y tienen también grandes aficionados como éstas. Un cierto Rubín de Celis, compañero mío de Universidad, gastó con una de ellas todo el buen caudal que había heredado de sus padres. La clase media no posee, como la de Andalucía, un carácter particular, y la aristocracia es una mezcla de la de toda España. Lo que más distingue a las señoras madrileñas es la urbanidad de sus modales y la suavidad de su pronunciación, pues en vez de suprimir finales, a la manera de las andaluzas, esfuérzanse en alargarlos, sobre todo las eses, y esto produce una especie de música sumamente agradable. Las valencianas, de las cuales había entonces muchas en la Corte, exageran a su vez las des finales, con virtiéndolas casi en tes, por lo cual, dícese de ellas:

Las valencianas del Cit
Tienen por gran virtut,
Saber tocar el laut
Y haber estado en Madrit.

En las catalanas, inclusa la bella señora de Madoz, noté una voz fuerte y casi hombruna, que está reñida con la gracia.

Había asimismo varias extranjeras. La Duquesa de Alba, por ejemplo, era una Vintimiglia de Sicilia, tan fea como distinguida; la Condesa del Montijo era irlandesa; la señora de Albear inglesa, y algunas otras de varias nacionalidades que ahora no recuerdo. Pero el pueblo bajo de Madrid es lo más español del mundo y continúa siendo tal cual lo pintan las historias desde los tiempos de Saint Simón y Madama d'Aulnoy hasta los del Marqués de San Felipe y el Conde de Toreno, siempre capaz de actos tan heroicos como los del 2 de mayo, siempre exaltado en su patriotismo. Obsérvase, con todo, una notable diferencia en su modo de sentir, y es que antes se distinguía por su amor a sus Reyes, mientras que ahora se inclina mucho a lo contrario, sin que ni los favores ni las adulaciones, que también el pueblo tiene hoy quien le adule, hayan bastado a estorbarlo. En el año 42, la gente baja de Madrid era toda progresista, probablemente a causa de las continuas fiestas patrióticas y las esperanzas de bienandanza que les hacían concebir los liberales. Para las masas, el concepto de la libertad política va unido naturalmente al de la libertad absoluta de hacer cuanto les da la gana. Recuerdan a cierto caballero de Andalucía, que cuando fue proclamada la Constitución del año 12, abrió una hermosa pajarera que tenía en su jardín y le dio libertad a una legión de canarios y ruiseñores.

En fin, el pueblo de Madrid es más jovial que poético, y su pasión dominante es, como ya he dicho, la de divertirse. El clima es allí un obstáculo para la poesía de la vida, al menos para la poesía al aire libre; y el vicio halla tantas facilidades, que el amor verdadero ve a menudo usurpado su imperio por el que es comprado y fingido. Si las costumbres de aquella capital no son todavía tan

malas como las de las otras grandes ciudades de Europa, es porque afortunadamente no han desaparecido aun del todo en nuestro país las benéficas tradiciones de la fe cristiana.

X.
Madrid, de 1841 a 1844.

Tertulia de la Condesa del Montijo.—Belleza de sus hijas.—Un retrato de D. Diego León.—Magnifico baile de trajes.—Teatros de Madrid.—Rubini en el Liceo.—Carlos Latorre, Romea, Matilde Diez y otros actores.—Dramas y comedias de Zorrilla, Gil y Zárate, Bretón, Hartzenbusch y Ventura de la Vega.—Un poeta enamorado de su mujer.—Otro apaleado por los milicianos.—Talento universal de Martínez de la Rosa.

La aristocracia española, decaída de su antigua riqueza a causa de la guerra de la Independencia, y dividida durante la lucha civil, no había vuelto todavía a abrir sus salones. Sólo la Condesa del Montijo reunía en los suyos a la buena sociedad de Madrid. Era hija esta señora de un caballero irlandés, llamado Kilpatrick, establecido en Málaga, donde la conoció el Conde, su marido. Durante la emigración de éste le acompañó a París y allí adquirió gran uso de mundo y un hábito de la vida social, que conservó a su regreso a España, Hallábase ya viuda en el año 41 y ocupábase en educar sus dos hijas, que eran, cada una por su estilo, tipos de belleza peregrina. La mayor, Paca, tenía baja estatura y pelo negro. Eugenia, la segunda, era alta y sus cabellos parecían de oro. Aquélla era discreta, pero de carácter sosegadísimo. Esta llena de viveza y talento, recordaba en su genio y maneras a su difunto padre, aquel Conde del Montijo que, con el nombre de *Tío Pedro*, dirigió el motín de Aran juez y a quien por esta razón califica Toreno de inquieto y bullicioso.

Tenía yo a menudo ocasión de ver tanto a la Condesa como a sus hijas en casa de la señora de Albear, y recuerdo que Eugenia me hacía reír mucho, contándome las burlas que le jugaba a su maestro de italiano, pues era todavía tan niña, que no había terminado sus estudios. Sin embargo, un año después asistía ya con su hermana mayor a las recepciones de la Condesa, que eran semanales, y también a la tertulia diaria, que poco a poco llegó a ser numerosa y a la cual tuve luego el honor de concurrir. Entre otros pasatiempos introdújose en ella el de las charadas, dirigidas por el Marqués de Molins, quien, aunque viudo, era de mediana edad y se había enamorado perdidamente de Eugenia.

Por ella se prestaba a inventar juegos de toda especie y a representar un papel en ellos, como si fuera un mozalbete. Una noche se quemó ambas manos al encender unas luces de bengala. Pero no por eso logró ablandar el corazón de aquella viva y amable muchacha, cuya hermosura y riquezas, unidas al título de Condesa de Teba, que le pertenecía por su propio derecho, la hacían uno de los mejores partidos de la Corte y le atraían los homenajes de otros varios pretendientes, entre los cuales se contó mi amigo Don Salvador Bermúdez de Castro, que fue luego Marqués de Lerna y Embajador en París, en tiempo del Imperio. Y la suerte quiso que la Paquita casase luego con el Duque de Alba, mientras que Eugenia permaneció bastante tiempo soltera hasta que al fin la tomó por esposa nada menos que el Emperador Napoleón III y se ciñó una de las más poderosas coronas de la tierra. ¡Quién le hubiera dicho en aquella época, cuando entraba tan risueña en la vida, que vendría a ser con el tiempo uno de los ejemplos más notables de los caprichos de la fortuna!

La Condesa del Montijo daba también grandes saraos y bailes, y tengo muy presente uno magnífico de trajes, que fue la primera gran fiesta aristocrática a que asistí. Lucieron allí su belleza las damas principales de la Corte, distinguiéndose entre ellas, como siempre, la Marquesa de Alcañices, la Duquesa de Veraguas, Doña María Buschenthal y la Marquesa de Santa Cruz. Esta última iba vestida como la Mancheguita de Goya. Jóvenes de ambos sexos formaban dos cuadrillas muy lindas, una de guardias francesas y otra de escoceses. En la primera figuraba la futura Duquesa

de Alba, en la segunda la Condesita de Teba, a cuya blanca tez sentaban muy bien los colores vivos de un tartán rojo y verde. El hijo de Alcañices, hoy Duque de Sexto, el Conde de Ayerbe, el Marqués de Arcicollar y otros jóvenes de rancia nobleza eran los principales en ellas. El gusto hallaba donde escoger en aquel baile, porque había trajes de todos géneros; pero los que más abundaban eran, como es natural, los españoles. Yo llevaba uno de terciopelo negro con botones dorados de la época de Felipe IV, que mi sastre copió de un retrato del Museo. Por cierto que hice ya entonces una observación que he tenido motivos para confirmar después, y es que estos bailes de trajes resultan sin duda magníficos como espectáculo, pero no son por lo común de los más divertidos, porque la mayor parte de las personas que concurren a ellos piensan más en lucir sus vestidos que en ser verdaderamente amables.

Madrid, como toda España, estaba entonces dividido en bandos, que se odiaban cordialmente, hasta el punto, según ya lo he dicho, que ni se trataban ni veían. La Condesa del Montijo había abrazado resueltamente las opiniones moderadas, de suerte que en sus salones no se encontraba casi ningún progresista. Como escena característica referiré que una noche advertí al llegar que los primeros salones se hallaban vacíos y que todos los tertulianos se agolpaban hacia un gabinete del fondo. Movido de la curiosidad hice como los demás, y penetrando a duras penas en él, descubrí que la causa de aquel apiñamiento era un retrato nuevamente adquirido del desdichado General Diego de León, que todos querían contemplar a la vez. La pintura, que era bastante buena, representaba de cuerpo entero y muy al vivo la gallarda figura de aquel malogrado caudillo; por manera que el entusiasmo de todos, y principalmente de las señoras, llegó a rayar en delirio. Veíanse lágrimas en los ojos de algunas hermosas damas, y bien creo que si el Regente se hubiera asomado por allí aquella noche, le habrían ellas sacado los ojos con sus uñas color de rosa.

Frecuentaba yo también los teatros, lo mismo que lo había hecho en Sevilla, y tuve la fortuna de que a mi llegada a Madrid se hallase en él uno de los tenores más afamados de Europa, que era Rubini. Su aspecto no pecaba de noble: parecía un carnicero bien vestido; pero su voz no tenía entonces ni ha tenido después igual; por cuya razón olvidábase su vulgaridad y se le admiraba sin medida. Cantaba en el teatro del Liceo, en el Palacio de Villahermosa, y le acompañaba como tiple una señora llamada Lema, casada con el célebre Ventura de la Vega, la cual poseía también una voz muy melodiosa. *La Sonámbula*, la *Lucía, Los Puritanos* y *El Pirata* fueron las principales óperas que cantaron aquellos dos grandes artistas, y no puedo explicar las sensaciones deliciosas que experimenté al escucharlos. El canto de Rubini causaba mucho más efecto que la declamación de ningún drama; así que, en ocasiones, como por ejemplo, en el final de la *Lucía* o en el aria de *La Sonámbula, «ma perché non posso odiarti»*, hacía saltar las Lágrimas. El público de Madrid le hizo a este tenor una acogida entusiasta, y el Duque de Osuna le hospedó en su propio palacio y le trató como un príncipe. El concurso que acudía a oírle se componía de la flor y nata de la Corte.

Los teatros de comedias eran dos: el Príncipe y la Cruz, y en ambos había excelentes actores. Alcancé todavía a Carlos Latorre, que en el género trágico no ha tenido sucesor. Gracias a su habilidad sosteníase aún la musa más severa, y el *Edipo* y *La viuda de Padilla*, de Martínez de la Rosa, alternaban con los dramas románticos. Tenía Latorre una voz muy poderosa y había escenas en que hacía estremecer al auditorio. Vivían también aún dos viejos actores cómicos de gran mérito, los cuales conservaban las tradiciones del teatro antiguo español en los papeles jocosos; el uno se llamaba Cubas y el otro Guzmán. El primero no tenía igual para los papeles de criado en las comedias de capa y espada. Sus gestos eran algo vulgares y se daba continuamente golpecitos en la barriga; pero su fisonomía y su voz excitaban siempre la risa. Guzmán, menos chabacano, pero no menos festivo, era siempre aplaudido. A él se debió la creación del papel de D. Simplicio en *La pata de cabra* y otros que exigían mucha naturalidad y gracia. Julián Romea, y su mujer Matilde Díez, revelaron gran talento en la representación de los dramas románticos y en la comedia moderna, ayudándoles mucho otra actriz muy interesante, Teodora Lamadrid. Aunque en Sevilla había yo visto muy buenos cómicos, debo confesar que hallé muy superiores los de Madrid, especialmente en el conjunto. Todos eran buenos; todos sabían bien sus papeles y pronunciaban la

lengua castellana con aquella perfección que sólo es propia de la Corte. Observé también que el escenario y los trajes, eran mucho más apropiados y lujosos que los que se usaban en Cádiz y Sevilla. El repertorio de los teatros era asimismo más variado. Manteníase aún el gusto de los dramas sentimentales; pero empezaba ya a decaer. Recuerdo, por ejemplo, que mis compañeros estudiantes solían burlarse de *Los amantes de Teruel* y decían de ellos:

Tonta ella, tonto él,
Y tontos los que los van a ver.

Pero a unas exageraciones sucedían otras y las nuevas piezas eran poco más razonables que las anteriores. Una de las que más llamaban la atención general era el *Carlos II el Hechizado*, de Gil y Zárate, drama tan disparatado y tan malo que, según he oído decir, su mismo autor suplicó más adelante que dejara de representarse. Pero como el efecto, si no el objeto de aquella obra, era poner en berlina a la Inquisición y a los frailes, y hacerlos más odiosos aún de lo que ya lo eran a los ojos de los revolucionarios, de aquí nacía que el público aplaudiese con furor y que el teatro estuviese lleno cuando se anunciaba su representación. La poesía dramática rendía tributo, como siempre, a las pasiones populares, y como muestra de esto referiré que por aquella época fue dado en Zaragoza el drama de Martínez de la Rosa intitulado *La conjuración de Venecia*, y el público llevó tan a mal su desenlace, a pesar de ser conforme a la verdad histórica, que el empresario tuvo que tomarse la libertad de variarlo, y al día siguiente decían los carteles del teatro: «Esta noche vencerán los conjurados»; gracias a lo cual obtuvo un éxito muy lisonjero.

Más merecidos y de mejor género fueron los aplausos que consiguió otro drama del mismo Zárate, intitulado *Guzmán el Bueno*. Aunque su mérito intrínseco no era a la verdad muy grande, tenía la ventaja de representar una acción heroica, cuyo recuerdo ha hecho palpitar siempre el corazón de los españoles, cual es el sacrificio que hizo aquel varón insigne de su propio hijo por no entregar a Tarifa. Seguramente que lo más noble y sublime es sacrificarse a sí mismo, como lo hizo Codro entre los griegos, Decio en Roma, Zopiro en Persia, y Winckelried en Suiza; pero inmediatamente después viene el sacrificio de los hijos, especialmente cuando no se debe a superstición, como en los casos de Jefté y Agamenón, sino a un generoso patriotismo. Tal fue la acción de Guzmán, la cual casi parece atroz si se olvida que con ella salvó a Tarifa de los enemigos. Por cuyo motivo el éxito de este drama fue entonces grandísimo, contribuyendo también a ello la manera magistral con que el actor Julián Romea interpretó el papel de aquel caudillo. Todavía resuenan, por decirlo así, en mis oídos las estrepitosas palmadas que acogían siempre su arenga a los soldados y estos bellos versos con que concluye el drama:

A la voz de la patria nunca tenga
Límite en vuestro pecho el heroísmo,
Y siempre que peligre, sepa España
Que otros tantos Guzmanes son sus hijos.

Era Gil y Zárate buen poeta; pero no ocupaba el primer rango entre los de aquel tiempo. Zorrilla en el drama, y Bretón de los Herreros en la comedia, empuñaban entonces el cetro de la poesía dramática. No conocí nunca personalmente a Zorrilla, pero tenía el gusto de verle casi siempre que iba a los teatros, porque los frecuentaba mucho, acompañado de su mujer, la cual, a pesar de ser demasiadamente gorda, parecía muy simpática. En cuanto a él, su figura correspondía a su vocación. Tenía muy hermosos ojos y llevaba la melena larga y la barba terminada en punta, como los demás poetas de la época. Lo que no era de poeta romántico era su carácter. Muy diverso de Larra y Espronceda, vivía Zorrilla pacífica y burguésmente, ocupado sólo en componer sus poesías y sus dramas, y sin más amor que el que profesaba a su esposa. Según referían sus amigos más íntimos, solía decirles con natural sencillez, que para él no había dicha igual a la doméstica, y que el mayor de sus goces era asistir con su mujer al teatro, cenar después con ella y buscar el sueño en sus brazos. Sus dramas eran muy aplaudidos, y los estrenos de ellos, a los cuales asistía lo

principal de Madrid, eran verdaderos triunfos. Poco a poco han ido desapareciendo del repertorio; pero el *Don Juan Tenorio* se mantiene todavía tan popular como en los años de que estoy hablando.

Bretón era en la comedia lo que Zorrilla en el drama: un autor sin rival. Le conocí personalmente, porque asistía algunas veces a la pequeña tertulia que había casi todas las noches en casa del insigne jurisconsulto D. Joaquín Francisco Pacheco, a la cual solía yo ir también. Era Bretón alto, grueso, tuerto y bastante feo. Nadie podía adivinar que bajo aquel aspecto tan tosco se ocultaba un ingenio tan peregrino. Y también era él bondadoso como Zorrilla, y también vivía feliz con su mujer, sin tener defecto alguno de aquellos que son comunes en su profesión, pues desmintiendo el aforismo de Horacio, ni siquiera era envidioso o irritable. Recogiendo la lira que dejaba Moratín, se propuso retratar al vivo el estado llano de su época, las intrigas y ridiculeces de aquel tiempo, y lo ejecutó de una manera maravillosa. *La Mojigata* y *El Café* tuvieron que ceder su puesto a la *Marcela, El pelo de la dehesa, Flaquezas ministeriales* y otras chistosas producciones de su fértil pluma. Algunos de sus personajes han quedado como tipos de caracteres y muchas de sus frases se usaron como proverbios. Pasmosa era la facilidad con que versificaba, y no hay idea, por prosaica que parezca, que Bretón no acertara a traducir en bella poesía. En este punto es rival de Metastasio. Sucedíale como a Ovidio, que cuanto intentaba decir le salía en verso; así que no tenía igual en la improvisación. Una noche, al llegar a casa de un amigo, le recordó éste que eran los días de una criada llamada Segunda, bien conocida de Bretón, y le rogó que le compusiera algunos versos. El poeta, sin titubear, le soltó esta graciosa cuarteta:

Para pegarle una tunda
Con las faldas levantadas,
Entre todas las criadas,
La mejor es la Segunda.

De todos sus personajes, D. Frutos Calamocha, de *El pelo de la dehesa*, ha sido el más aplaudido, y es singular que aquella Musa, que sólo parece nacida para la risa, tiene en esa comedia acentos sumamente tiernos. Díganlo si no estos versos que le dirige D. Frutos a su amada, disculpándose de las imperfecciones de su lenguaje:

Y cuando al pie del altar
Me digas: soy tu mujer,
Tú me enseñarás a hablar,
Yo te enseñaré a querer.

Por desgracia, la sociedad retratada por Bretón ha ido desapareciendo poco a poco, y sus comedias de tendencia política satirizan personas y cosas que al fin han quedado vencedoras. La generación actual ni puede ni quiere hallar ridículo lo que le parecía tal a sus padres. Entonces mismo no eran siempre bien acogidas las críticas de Bretón, y habiéndose querido una vez burlar de la Milicia Nacional, en un juguete cómico intitulado *La Ponchada*, algunos individuos de aquel Cuerpo tuvieron la villanía de darle de palos a la salida del teatro. Ni sus laureles poéticos, ni sus venerables canas, ni la circunstancia de haber sido Bretón un valiente soldado de la guerra de la Independencia, bastaron para desarmar a aquellos inicuos.

El teatro y la literatura toda de España ejercieron una influencia preponderante sobre las letras de los demás países de Europa, durante nuestro siglo de oro, como lo demuestra largamente en un buen libro el francés Puibusque; pero desde principios del siglo XVIII viene sucediendo lo contrario. En el actual, la mayor parte de nuestros poetas se inspiran en los de Francia, Inglaterra o Alemania. Rivas, García Gutiérrez y Zorrilla imitan a Víctor Hugo y a Schiller; Espronceda imitó a Byron; D. Tomás Rodríguez Rubí recuerda a Scribe en *La rueda de la Fortuna* y otras comedias, que tuvieron mucha boga, porque además de contener una fábula interesante y bien desenredada, pintan una clase de ambiciosos, que sigue en el siglo XIX las huellas de Gil Blas y Guzmán de Alfarache.

Abundaban, asimismo, las traducciones de dramas y comedias francesas, hechas algunas de ellas con mucha gracia. Una muy feliz y muy aplaudida fue la que hizo Hartzenbusch de una comedia de magia francesa llamada *Le Pied de Mouton*. Dióle el título de *La pata de cabra* y la adaptó a nuestros gustos y costumbres de una manera sorprendente. El público no se cansaba de oírla y de palmotear a Guzmán en el chistoso papel de D. Simplicio Bobadilla. La frase de este personaje, cuando después que le apalean y acobardan dice que renuncia espontáneamente a la mano de Leonor, ha quedado como proverbio en nuestra lengua; y el D. Simplicio de Hartzenbusch, como el D. Frutos de Bretón, han tomado asiento perpetuo en la imaginación de los españoles bastante cerca de Sancho Panza. Había Hartzenbusch nacido en Madrid, pero su padre era un ebanista alemán; y Martínez de la Rosa me contaba que cuando se preparó el local para las primeras Cortes de 1834, fue este artesano quien ejecutó los pupitres y demás muebles que se necesitaban, y un día en que Martínez había ido a examinar el estado de las obras, le presentó aquél a su hijo, diciéndole que, aunque niño todavía, mostraba mucha afición a la poesía y había compuesto ya algunos versos. Quiso verlos Martínez, y como era, naturalmente, bondadoso y gustaba de alentar a los jóvenes, no sólo los alabó mucho, sino que se empeñó en que los diera a la prensa, prometiéndole desde luego su protección. El joven Hartzenbusch dejó, pues, a un lado las labores mecánicas de su padre y se dedicó enteramente a las letras, ocupando pronto un puesto de primer orden entre los poetas de Madrid. *Los amantes de Teruel*, que fue la obra con que adquirió más fama, pecan, sin duda, de la exageración propia de la escuela romántica a que pertenecen; pero pueden figurar con buen derecho al lado del *Don Álvaro* y de *El Trovador*.

Ventura de la Vega componía igualmente para el teatro y tenía mucha gracia para adaptar al nuestro las piezas del francés. *La segunda Dama duende*, tomada del *Dominó negro*, de Scribe, fue muy bien recibida por el público. Más original fue *El hombre de mundo*. La versificación de este poeta es siempre correctísima, porque pertenecía, como Gallego y Martínez de la Rosa, a una generación que había estudiado con esmero las humanidades y la prosodia española. Y es lástima que Vega igualara también a Gallego en lo perezoso; pues su pluma, más ejercitada, habría podido producir composiciones de importancia. La desidia de su carácter había llegado a ser proverbial, y él mismo se alababa de ello, diciendo que lo más útil que había que conseguir en este mundo era que dijeran de uno: Cosas de Fulano, como lo decían de él, pues con esa fórmula indulgente todo se le permitía. No sé cuál de sus amigos, que llegó a ser Ministro de Estado, le nombró Oficial de aquella Secretaría; pero a pesar de su gran talento demostró que no servía para covachuelista. Tardaba semanas en despachar cualquier asunto, y encargado una vez de examinar cierto legajo muy voluminoso, jamás le llegó a abrir y le puso en la cubierta este chistoso epitafio:

Aquí yace este expediente
Al que Vega no pudo meter diente.

De muy opuesto carácter era el insigne literato D. Francisco Martínez de la Rosa, cuya actividad fue incesante y se extendió a todos los ramos de la literatura. *El Edipo, La viuda de Padilla* y la comedia intitulada *La niña en casa y la madre en las máscaras* fueron sus principales producciones y en todas ellas obtuvo mucho aplauso. No era, sin embargo, tan romántico como Zorrilla y Rivas. Su tendencia era más bien clásica, y como clásico le consideraban sus contemporáneos. No imitaba mucho a los escritores modernos de Francia; pero tuvo bastante presentes a los antiguos. *El Edipo* contiene reminiscencias de Racine y Voltaire, y también de Virgilio. Una de sus imágenes más bellas, que es la que emplea Edipo al describir la sombra de Layo, diciendo que la veía

Extenderse, crecer, tocar las nubes,
Y en el profundo abismo hundir la planta,

está tomada de aquel tan conocido verso del poeta latino, pintando a la Fama:

Ingrediturque solo et caput inter nubila condit.

Porque Martínez, que había estudiado bien los clásicos, les rindió siempre mucho culto, y si su ensayo de tragedia no fue del todo afortunado, esto se debe a la dificultad, por no decir imposibilidad, de la empresa. Desde luego, el escepticismo de la época y el estado del gusto eran grandes obstáculos para ello. Además, la composición de la tragedia exige un conocimiento del corazón humano y una energía y belleza de estilo que no son nunca comunes. Si Racine se sostiene en la escena francesa es gracias a aquella admirable versificación, que desesperaba al mismo Voltaire; y si Alfieri se ha hecho aplaudir en Italia es por aquella energía, por aquel *furore maniaco,* como él mismo lo llama, con que dictaba sus versos. Martínez, escribía con suma corrección y gusto, conformándose a los preceptos inculcados por Heinecio en su libro de *Stylo cultiori*, que había estudiado de niño; pero le faltaba ese estro divino, que es propio únicamente de los mayores ingenios. Aplaudíase esto no obstante su *Edipo,* y mientras vivió Carlos Latorre, no cesó de formar parte del repertorio. *La viuda de Padilla* despertaba, asimismo, grande interés, y recuerdo haberla visto palmoteada con frenesí hasta en un teatro de pueblo, representada por cómicos de la legua.

Martínez de la Rosa, sin ser precisamente un genio, tuvo la rara fortuna de recoger laureles en casi todas las múltiples manifestaciones de su talento. En las Cortes como orador eminente, en el teatro como poeta, en las Academias, no sólo españolas sino extranjeras, como erudito y elocuente, en fin, en cuantos círculos se presentaba. Escribió obras históricas, una novela y hasta un libro de moral para los niños, y aunque algunos le hallaban superficial, la generalidad admiraba sus escritos. Era alto y delgado y tenía los ojos saltones y las facciones abultadas; pero su frente espaciosa y la expresión de su mirada revelaban su superioridad y le distinguían entre mil. Preciábase también, como Lamartine, de una poblada y undosa cabellera. Muy querido de las mujeres, era estimado y respetado por los hombres, y como gozaba de esa independencia que dan los bienes de fortuna, venía a ser un tipo aparte entre los escritores contemporáneos. Al lado de Zorrilla y Bretón parecía tan aristocrático como el mismo Duque de Rivas. Pero lo que más le distinguía era la afabilidad y bondad de su carácter. Su alma era tan noble, que aunque padeció más que la mayoría de los liberales en tiempo del Rey Fernando y estuvo preso en un castillo de África, fue siempre leal al trono y no se quejó jamás de sus pasados sufrimientos. Su crítica no fue nunca amarga. Para conocer lo inofensivo de sus sátiras basta recordar su *Cementerio de Momo,* donde hay, entre otros, aquel chistoso epitafio que dice:

Aquí yace Sor Belén
Que hizo almíbares muy bien,
Y pasó su vida entera
Vistiendo niños de cera.

Con todo, más adelante hubo una ocasión en que perdió un poco de su calma, y fue cuando el partido que apellidaban neocatólico se mostraba amenazador, y una monja fanática, llamada Sor Patrocinio, llegó a gozar de una lamentable privanza en el Palacio de nuestros Reyes. Entonces supo Martínez de la Rosa acerar su estilo y formuló con su acostumbrada facilidad de expresión lo que muchos pensaban, aunque no sabían cómo enunciarlo, diciendo que lo que aquel partido político pretendía exaltar no era la religión, sino una superstición villana. Algo más tendría que decir sobre este insigne hombre de Estado, pero lo reservo para cuando refiera mi residencia en Roma, donde tuve la honra y la fortuna de ser secretario suyo en aquella Embajada.

XI.
Madrid, de 1841 a 1844.

Mis estudios en Madrid.—Asisto al bufete de Pérez Hernández.—Mi amistad con los Madrazos.—El Ateneo: sus cátedras y su tertulia.—Dotes oratorias de Pacheco y Pidal.—La geografía acusada de alusiones políticas.—Nicasio Gallego adivinador de pensamientos.—Ríos Rosas, Morón, Gallardo, Castro, Cárdenas.—El poeta Pastor Díaz y la poetisa Avellaneda.—Campoamor y sus Doloras.—Mesonero Romanos.—Escritos satíricos de Larra.—Lafuente y su Fray Gerundio.—Los periodistas Sartorius y Coello.

Hasta aquí he referido sólo mis diversiones: hablaré ahora algo de mis estudios. Aunque no está bien que yo mismo me alabe, diré que era siempre un buen estudiante. El único defecto que tenía era cierta falta de constancia, hija, sin duda, de la dificultad de dedicarme al mismo tiempo a las diversas materias que solicitaban mi atención. Ya en el último año de Sevilla había abandonado la música y el dibujo y también el griego, dejando a Héctor y Andrómaca diciéndose muy bellas cosas en las puertas Sceas. En cambio, me dediqué más que antes a la lengua inglesa, y resolví aprender el baile bajo la disciplina de un cierto Rojo, rival de Martín Ligero y defensor, como él, de las excelencias de su arte. Era también este Rojo maestro de mis primas, y las lecciones tenían lugar en la casa misma de mis tíos, lo cual las hacía doblemente agradables. En Madrid no tenía apenas tiempo más que para los estudios universitarios, y si algo me sobraba, lo empleaba en leer buenos libros.

Las materias que cursé en los últimos años de Universidad fueron el Derecho penal, la Economía política y la Práctica forense, agradables el primero y la segunda, bastante fastidiosa la tercera. Con todo, para cumplir mi deber y contentar a mi buen padre, que así lo deseaba, no solamente traté de aprender bien los procedimientos, sino que asistí por una temporada al bufete de Pérez Hernández, que era entonces uno de los Abogados más célebres de Madrid. Don Francisco de Cárdenas, para quien había llevado carta de introducción, me presentó y recomendó a él, y recuerdo que el primer pleito que me dio a estudiar fue uno de los herederos del Príncipe de la Paz, cuya lectura no dejó de interesarme. Pero mucho más me gustaba el estudio del Derecho penal, que nos enseñaba Rodríguez Leal, y el de la Economía, cuyo Catedrático era D. Eusebio del Valle. En la primera de estas clases tuvimos al final del curso disertaciones sobre la pena de muerte, en las cuales tomé parte, y aunque la obra de Rossi suministraba buenas razones en favor de ella, no dejaron de hacerme impresión las que aducían sus contrarios. Los ánimos andaban ya muy divididos en esta materia, y el libro de Víctor Hugo sobre el último día de un condenado a muerte había contribuido mucho a este resultado. En la economía política había asimismo diversidad de pareceres. El mismo Catedrático distaba mucho de seguir opiniones radicales, y en la cuestión de la propiedad no ocultaba cierta afición a las antiguas vinculaciones, como las entendía Jovellanos. Sin embargo, todas las ciencias sociales tenían todavía en aquella época una especie de fijeza, que han perdido después. Entonces Rossi parecía un clásico, un *non plus ultra,* que había dicho la última palabra en legislación penal y en las cuestiones económicas.

Su obra principal era ya conocida de todos, porque la tradujo muy bien un joven distinguido, D. Pedro Madrazo, el cual había regresado por entonces de París, donde había perfeccionado sus estudios. Era hijo de D. José Madrazo, pintor de bastante mérito y Director del Museo del Prado, y tenía dos hermanos, Federico y Luis, que han sido famosos artistas. El hermano menor, Fernando, era mi compañero de Universidad, y a causa de la amistad que nos unía visitaba yo su casa, y tuve el gusto de conocer a la madre, que había nacido en Italia y tenía el carácter suave de aquella nación, y a una hermana llamada Cecilia, la cual era muy linda y parecía una Virgencita de Felipe Lippi. Encantábame aquella familia, porque todo respiraba en su seno el amor de las ciencias y las artes. El talento ha sido en ella hereditario, contra la regla general en este punto, y el hijo de Federico es hoy día uno de nuestros mejores pintores. D. Pedro, el traductor de Rossi, era buen

poeta, y de tan gallarda figura que llamó mucho la atención en el baile de trajes de la Condesa del Montijo, que he referido antes, presentándose vestido como Van-Dyck, a quien en realidad se parecía muchísimo. Escribió asimismo con gran lucimiento sobre legislación y sobre nobles artes, y con el tiempo llegó a ser Académico y Consejero de Estado, y el tipo más perfecto de ambos cargos.

A más de la Universidad busqué también otras fuentes de instrucción, concurriendo al Ateneo, que entonces estaba en una casa modesta de la calle de Carretas, y no tenía tanto lujo ni extensión como ahora; pero donde había ya Cátedras y conferencias de varias ciencias y se reunían por la noche muchos literatos y hombres políticos, cuya conversación era muy interesante. Mi buen amigo D. Francisco de Cárdenas me presentó e hizo admitir en aquella docta sociedad, y aunque al principio la juzgué demasiado seria y no hacía más que leer allí los periódicos, después me aficioné a ella de manera que muchas veces la prefería al teatro. Explicaban en las Cátedras varios hombres notables, entre los cuales sobresalían Pacheco y Pidal por sus grandes dotes oratorias.

D. Joaquín Francisco Pacheco era un abogado andaluz dotado de un talento poco común y de un buen sentido extraordinario. Su fisonomía dulce y risueña le hacía muy simpático y una obesidad prematura le daba cierto aspecto pacífico, que armonizaba bien con la suavidad de su índole. Estuvo casado dos veces y las dos con mujeres hermosas. Era aficionado a los grabados y a los dulces, y con frecuencia se le veía en las confiterías y en las tiendas de estampas. Dio lecciones de Derecho penal en el Ateneo y con ellas contribuyó más que Madrazo a propagar las doctrinas de Rossi. Un libro que escribió más tarde comentando nuestro Código criminal, llegó pronto a ser clásico. Su prosa, clara como un cristal, era también natural y no adolecía de la pesadez que se advierte en Jovellanos, y su palabra fácil y correcta obtuvo mucho éxito, no sólo en la Cátedra, sino también en el Foro y en el Parlamento. Abandonó Pacheco el estilo grandilocuente de los Argüelles y López y fue como el inventor de otra oratoria más modesta, pero esencialmente razonadora y persuasiva. Pronto hizo escuela y tuvo muchos discípulos, siendo los más brillantes Cánovas del Castillo y Alonso Martínez. Otros no rayaron tan alto, y aun hubo algunos que sólo lograron imitar un gesto suyo, que consistía en mover horizontalmente las manos; lo cual no chocaba en él porque era natural, mientras que en los demás parecía ridículo, porque era afectado, y por esta razón los llamaban por burla los nadadores.

En la época de que estoy hablando era Pacheco una de las lumbreras del partido moderado, a cuyas ideas le inclinaba muy naturalmente la templanza de su carácter. Odiaba, esto no obstante, todo lo exagerado y violento, y la frialdad de su ánimo le hacía indiferente a muchas cosas que otros consideraban insufribles. Su talento le sugería explicaciones para todo; pero esto mismo le llevaba a perdonarlo todo. Semejante al amigo de Alcestes, no tenía

ces haines vigoureuses
Que doit donner le vice aux ames vertueuses.

La amable serenidad de su alma no se alteraba jamás. Sin embargo, cuando las agitaciones que precedieron a las revoluciones del año 48 requirieron en todas partes medidas excepcionales, le pareció necesario sostener la legalidad a todo trance, y separándose de los moderados fundó un partido medio que se llamó puritano y que, a vuelta de algunos bienes, produjo bastantes males. Entonces fue Presidente del Consejo, y a causa de su aire prelacial, le apellidaron el Pontífice de su partido.

Todo lo contrario de Pacheco era el no menos célebre D. Pedro Pidal, abogado asturiano de mucho saber y de grandísimo talento, quien más adelante obtuvo el título de Marqués y desempeñó la cartera de Estado, en el Ministerio del General Narváez. Fue el Demóstenes de aquel Foción. Alto, buen mozo, armado de gafas y con la frente algo fruncida, era honrado y franco, pero apasionado y brusco. Veíasele pasar muchos ratos delante de los bancos de librotes viejos que había entonces en varios parajes de Madrid, porque su pasión dominante eran las ediciones raras y antiguas. Propendió desde luego a las ideas más conservadoras y se mostró siempre enemigo implacable de los revolucionarios. A raíz de los sucesos de octubre habíase marchado a París, y a su regreso dio en el Ateneo unas lecciones de historia que fueron muy aplaudidas. En imitación de lo

que había visto hacer a Guizot y Villemain, introdujo en Madrid la costumbre del vaso de agua, la pila de libros y otros adminículos del profesor erudito que tanto han excitado el buen humor de Pailleron en una de sus comedias. Así como Pacheco propagaba las doctrinas de Rossi, hacía Pidal conocer las de Guizot, con quien tenía muchos puntos de contacto. Su elocuencia era noble y menos adornada que vigorosa, por lo cual brillaba más en el Parlamento que en la Cátedra. A veces descuidaba su estilo y no le importaba repetir los mismos conceptos. Solía, por ejemplo, comenzar a menudo sus discursos con esta frase: «Señores, embarazado me siento», o bien: «Siento bastante embarazo», y como estas expresiones recuerdan el estado interesante de las mujeres, no podían oírse sin cierta sonrisa. Mas luego que entraba en materia no había quien le igualase en la impetuosidad de la palabra ni en la lógica del raciocinio. En la réplica, principalmente, era adversario temible. Recuerdo que una vez se hablaba en el Ateneo de un discurso que había pronunciado en el Congreso el día anterior, y el festivo Estévanez Calderón sostuvo que, después de todo, no había sido tan lógico como lo parecía, y que se le podía haber dicho esta cosa y la otra. «Pues, ¿por qué no se lo dijo usted?» le preguntó uno de los oyentes. «¿Yo?» respondió Estévanez. «Que me lo traben».

Pero como no hay nadie perfecto, este atleta del orden y de las ideas conservadoras, este azote de los revolucionarios, tenía algunos defectos. Faltábale universalidad en sus conocimientos: su especialidad era la Historia y conocía también la Literatura; pero de Filosofía no sabía mucho y menos aún de Economía política, de la cual solía hacer poco aprecio, diciendo de ella que era una colección de verdades de Pero Grullo, puestas en forma científica. Otro defecto de Pidal era cierta falta de aplicación a los trabajos de su Secretaría. Sus émulos llegaron a formar con su apellido el verbo «pidalear», usándolo como sinónimo de hacer poco, y los oficiales del Ministerio le acusaban de que, en lugar de despachar los negocios corrientes, se estaba horas enteras encerrado en su despacho con el Subsecretario D. Leopoldo de Cueto, literato como él, y poeta por añadidura, disputando sobre quién era Tomé Burguillos u otra cuestión cualquiera de curiosidad literaria. Por fin, Pidal no ha tenido discípulos, como Pacheco; forma un tipo único y diferente de los demás. Su hijo D. Alejandro le recuerda bastante en la lógica y en la doctrina; pero no tiene su fuerza. Le sucede lo que a Castelar, que el exceso de la galanura le quitaba energía.

Además de estos dos insignes oradores, había otros que daban también lecciones en el Ateneo; pero no hablaré de todos, porque no es mi intento escribir una historia de la literatura española. Haré, con todo, mención de cierto profesor, que explicaba geografía, vulgarizando en España las bellas exposiciones de Malte-Brun y Balbi. He olvidado su nombre; tengo, sin embargo, muy presente un incidente sucedido en su clase, el cual no deja de tener chiste. Trataba su asunto de una manera pintoresca, y una noche que describía la fauna de Europa, ocurriósele decir que los asnos más altos y robustos se hallan en una zona que, partiendo de la Grecia, pasa por el Mediodía de Italia y atraviesa luego nuestra provincia de la Mancha. Como el Regente Espartero era manchego, el auditorio, sobre todo su parte más joven, cogió la alusión al vuelo, y los unos aplaudiendo y los otros silbando, según que se inclinaban a las ideas moderadas o a las progresistas, armaron un alboroto tan grande que con dificultad pudo el profesor continuar su lección; y al día siguiente el Presidente del Ateneo creyó necesario recomendarle que en lo sucesivo cuidase de no decir nada que pudiera recibir interpretaciones desagradables para cualquiera de nuestros partidos políticos.

Tenía también allí ocasión de ir conociendo personalmente a muchos de nuestros más notables diputados, literatos, poetas y periodistas, especialmente moderados, pues aunque concurrían también algunos progresistas, entre ellos Olózaga y Corradi, eran en corto número y no solían entrar en el salón principal, donde había todas las noches una especie de tertulia muy divertida. En ella se discutían las cuestiones políticas del día, a veces con la animación propia de los caracteres meridionales, y cuando nadie tenía ganas de disputar discurríase de todo y de todos, murmurábase del Gobierno y hasta se proponían ingeniosas adivinanzas para pasar el rato. En este género lucía mucho su ingenio el poeta Gallego. Bastábale hacer tres o cuatro preguntas que fijaban y reducían por categorías el enigma, para que enseguida acertase lo que habían pensado los demás. Una noche

le dieron a adivinar la hoja de higuera con que se cubrió nuestra madre Eva, y no sólo lo acertó pronto, sino que dio la solución en verso, diciendo de esta manera:

Y Adán, que la veía blanca y roja
No quitaba los ojos de la hoja.

Numerosa sería la lista de todos los tertulios del Ateneo. Mencionaré rápidamente aquellos de quienes conservo más memoria. Ante todos D. Antonio Ríos Rosas, el cual era émulo de Pacheco y Pidal en elocuencia y saber. Alto, moreno, con ojos grandes y negros, parecía un moro vestido de levita y era también africano en sus pasiones, cuya violencia no siempre supo dominar. Hizo notables servicios a la causa del orden y de la monarquía, pero también le proporcionó serios disgustos, porque su genio díscolo le descontentaba de todo y le hacía pasar a la oposición sin suficientes motivos. Él mismo dijo más adelante en el Congreso, con posterioridad a la revolución del año 54, que, a semejanza de Jacob, después de haber trabajado siete años por Lía, o sea por el triunfo de la Unión liberal, trabajaría otros siete años por Raquel, o sea por una situación diferente. El insigne poeta Núñez de Arce, que le ha inmortalizado con sus versos, ha dicho de él, alabando su energía, que le parecía verle

Erguirse reposado y pensativo,
Y a un tiempo mismo Tácito y Tirteo,
Arrostrar el contrario clamoreo,
Cuanto más acosado más activo.

Pero su energía no fue siempre prudente, y la violencia de su carácter le atrajo muchos sinsabores en la vida pública y también en la privada. En una ocasión ofendió de tal modo al diputado D. Manuel Rancés, que al fin se desafiaron, y Ríos Rosas salió de aquel lance con dos heridas de sable en la cabeza. Poseía, esto no obstante, dos cualidades que le hicieron siempre muy respetable, y eran la honradez más cabal y una noble entereza. Vivió y murió pobre, a pesar de haber desempeñado los más altos cargos, y a la hora de la muerte, cuando la única criada que le servía en su modesta habitación le trajo un sacerdote que le auxiliase en aquel terrible trance, le halló que estaba ya él mismo encomendándose el alma con una serenidad increíble.

D. Fermín Gonzalo Morón era un valenciano lleno de talento, quien semejante al admirable Crichton, lo sabía todo y escribía sobre todo con una pasmosa facilidad. Durante una temporada redactó él solo una Revista que se publicaba cada quince días. Emprendió una *Historia de la civilización de España*, en imitación de Guizot, que algunos prefirieron a la de Tapia, pero que no concluyó porque su genio versátil le hacía empezar mil cosas a la vez y luego le faltaba tiempo para terminarlas. Era disputador acérrimo y desde entonces daba ya señales de extravagancia, las cuales aumentaron después de tal manera que vino a perder el juicio. Dio en la manía del lujo, y compraba alfombras, coches y muebles sin tener necesidad de ellos, ni sitio donde ponerlos, ni dinero para pagarlos. Aquella hermosa inteligencia se eclipsó del modo más triste.

D. Manuel García Gallardo, antiguo Magistrado y hombre de ingenio muy sutil y de erudición nada común, solía divertirse en sostener paradojas que sacaban de sus casillas a D. Pedro Pidal, con el cual armaba las más graciosas disputas. Más tarde fue Senador y Consejero de Estado, y tuvo mucha parte en la redacción de los nuevos Códigos. Castro y Orozco, ilustre Abogado granadino, disputaba también con Gallardo. Tenía ocurrencias felices. En una ocasión le preguntó Olózaga, en son de queja, si era cierto que había sostenido que todos los progresistas eran tontos, a lo cual le respondió que no era verdad y que lo que él había dicho era que todos los tontos eran progresistas, lo cual es muy diferente. Más grave personaje era D. Francisco de Cárdenas, jurisconsulto sevillano, que ya he citado varias veces porque le debí muchos favores. Dotado de solidísima instrucción y de muy buen juicio, escribía entonces en la *Revista de Madrid* y después ha sido Diputado y por último Ministro de Gracia y Justicia y Embajador en Roma.

D. Nicomedes Pastor Díaz, a quien los estudiantes llamaban Pastor Fido, había nacido en Galicia y conservaba mucho de la pronunciación de aquella provincia. Como no tenía salud ni medios de fortuna, adoptó muy naturalmente el tipo del literato sentimental y modesto. Hablaba

poco y despacio, aunque su talento era grande y su imaginación muy lozana. La Naturaleza le había hecho poeta, y compuso muy bellos versos que le merecieron un lugar distinguido en nuestro Parnaso. Andaba siempre enamorado platónicamente de alguna hermosura rebelde, y en aquella época suspiraba en vano por la célebre poetisa Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, a cuya tertulia concurría juntamente con Gallego y otros literatos conocidos. No era aquella Safo muy hermosa, o por lo menos a mí no me lo parecía; pero su languidez habanera, su talento y la amenidad de su trato bastaban para procurarle muchos amigos y admiradores, los cuales le formaban una especie de corte. Compuso muy hermosas odas y también algunas tragedias, entre ellas un *Saul* que tuvo cierta boga, aunque es en realidad una mezcla de las de Soumet y Alfieri, sin aquellas audacias del poeta italiano, que hacen interesante la lucha del Monarca con los sacerdotes y su triste suicidio. Pastor Díaz admiraba mucho cuanto ella escribía, especialmente sus versos líricos, que rivalizaban con los suyos. Al igual de los otros personajes que antes he nombrado, este poeta tomó parte activa en la política y llegó a ser Ministro de Estado y Plenipotenciario en Turín, donde tuve el honor de ser su Secretario.

D. Ramón de Campoamor, quien por desgracia ha fallecido, merece párrafo separado, porque su talento poético es sin duda superior al de casi todos sus contemporáneos, excepción hecha de Espronceda y Zorrilla. Nacido en Asturias, tenía un carácter amable y ligero, un corazón todo sentimiento y una fisonomía tan expresiva y risueña, que su sola presencia bastaba para alegrar a sus amigos. Gustábanle mucho las mujeres, pero sin enamorarse de ellas como Pastor Díaz, ni mostrarse muy constante en sus afecciones mientras permaneció soltero. Era gran lector. Muchas veces nos encontrábamos en la biblioteca del Ateneo, donde, siguiendo cada uno sus gustos, él leía los dramas de Calderón y yo las historias de Heeren, que había traducido Guizot. A veces interrumpíamos la lectura para discurrir de cosas indiferentes, y recuerdo que me hacía reír mucho, refiriéndome las aventuras de un viaje que había hecho poco antes a Lisboa y sus amores con una linda muchacha portuguesa, la cual, cuando él quería propasarse, le decía muy enojada: «nao gosto de brincadeiras». Versificaba sobre todo, y solía tomar sus asuntos de cuentos y canciones populares o de poesías conocidas, dándoles, sin embargo, una forma tan elegante y castiza que parecían originales de puro bellos. La jovialidad de su carácter le destinaba a seguir las huellas del anciano de Teos, del festivo Anacreonte; pero poco a poco se dejó dominar por un espíritu escéptico, imitado de Heine, y adoptó un género de poesías cortas, como las de éste, que con razón intituló «Doloras», porque dejan en el ánimo una impresión algo triste. En una de ellas dice:

¿Qué importa ser hombre o flor?
¡Ay! ¡Si el variar de destino
Sólo es variar de dolor!

lo cual es casi lo mismo que dice el Eclesiastes cuando asegura que todo es vanidad. Esta filosofía inspiraba siempre a Campoamor y hacía que hallase manchas en el espejo más limpio y orugas en la flor más hermosa. Sin embargo, algunas de sus Doloras pintan afectos sinceros, como aquella que se intitula «¡Quién supiera escribir!» y éstas son, en mi sentir, las mejores y las que le colocan al lado de Meléndez y Villegas. Campoamor ha profesado siempre opiniones moderadas; pero su carácter independiente le hacía poco a propósito para la vida política. Como Zorrilla, era esencialmente poeta.

D. Ramón de Mesonero Romanos, escritor castizo y festivo, venía también algunas noches al Ateneo. Su nombre era popular, como el de Bretón, a causa de los cuadros de costumbres que publicaba con el título de *Panorama Matritense*, y que retratando toda clase de personas y caracteres, divertían como una novela. Era éste un género en el cual no necesitábamos imitar a ningún extranjero, pues nuestros antiguos clásicos ofrecen buenos modelos de él y han sido sus inventores, especialmente Guevara, en su famoso *Cojuelo*. Algo, sin embargo, tomó Mesonero del ameno De Jouy, pero permaneciendo siempre muy español y superándole en el fondo y en la forma. Su libro tuvo imitadores, y Larra con mucho talento, y Estévanez con originalidad y gracia le

disputaron la palma en ese género y fueron también muy aplaudidos. Si no me equivoco, estos tres escritores serán leídos siempre con gusto mientras vivan las letras españolas.

Larra, cuyo trágico fin he referido en otro capítulo, fue también periodista, y siguiendo las huellas de Courier y Steele, llamó la atención por la causticidad de su pluma. Imitó asimismo el lenguaje satírico de Junio. Una diatriba que publicó contra el Subsecretario de cierto Ministerio, que había salido a la defensa de su jefe, la cual principia diciendo con viveza de estilo: «¿Con que es usted D. Pedro Pascual Oliver?», recuerda la que escribió Junio contra un defensor de Lord Granby.

Escritor satírico como Larra y mucho más popular y constante, fue el juicioso D. Modesto de Lafuente, cuyo periódico, titulado *Fray Gerundio*, había tenido inmensa boga durante la guerra civil. Después decayó bastante, y la fama de aquel escritor se funda más en una *Historia de España* que publicó algunos años adelante y que es muy estimada y leída.

Pero el decano de nuestros periodistas era D. Andrés Borrego. De él aprendieron cuantos entonces escribían en los diarios de Madrid, cuyo número era ya muy crecido, y entre los cuales ha habido algunos que han subido después a los más altos puestos del Estado. Sartorius, uno de ellos, obtuvo el título de Conde de San Luis, fue Presidente del Consejo y ejerció una funesta influencia en los destinos de nuestro país. Entonces dirigía el *Heraldo*, diario muy bien escrito, que era el adalid más valiente del partido moderado. Las damas mismas se deleitaban con su lectura, y recuerdo que en casa de la señora de Albear, una de sus hijas, llamada Sabina, que tenía muy buena voz, lo leía todas las noches a la tertulia, y como era sumamente discreta, sabía dar realce a los buenos artículos y excitar con ellos nuestro entusiasmo.

D. Diego de Coello y Quesada, retirado hoy en Italia, empezaba también entonces su carrera como periodista, y por medio de la prensa llegó a ser personaje importante; fue también hecho Conde y desempeñó el puesto de Ministro Plenipotenciario en varias Cortes de Europa. Su gloria principal está con todo cifrada en la creación de *La Época*, que es, a mi parecer, el periódico mejor impreso, mejor informado y más ameno de España y el que por su tamaño y esmerada redacción puede compararse más ventajosamente con los principales de otras naciones. Sucesor del *Heraldo*, es también el que más servicios ha hecho y sigue haciendo a la causa de la monarquía y del orden. Escribía Coello con facilidad, método y juicio, y su sólo defecto era un exceso de benevolencia, que casi raya en empalagoso y que por desgracia ha sido imitado por todos los demás redactores de su periódico. Para *La Época*, todas las mujeres son hermosas; todos los Ministros, Senadores y Diputados, inteligentes; todos los militares, bizarros; todos los nombramientos, acertados; todos los errores, disculpables. Si alguna vez critica, es a más no poder, y cuando la falta es ya tan conocida que no hay posibilidad de encubrirla. Pero no es de extrañar que así proceda una hoja, de suyo efímera, cuando otro tanto se nota en muchos libros de Historia publicados en nuestros días en España, especialmente si sus autores pertenecen al partido conservador. Por evitar, sin duda, lo que consideran desprestigio de elevados personajes, adoptan un criterio tan indulgente, que el sesudo Padre Mariana parece al lado de ellos una especie de Tácito. Esta tendencia podrá tener sus ventajas; pero no hay duda de que es contraria a otros fines morales muy importantes, pues, como decía el Duque de Saint Simón, si los contemporáneos ocultan o disfrazan la verdad, resultará que la condición de los malos será mejor que la de los buenos. La Historia, escrita de esa manera, cesaría de ser la Maestra de la vida y se convertiría en una Crónica de fraile.

XII.
Madrid, de 1841 a 1844.

La burguesía española parecía digna de gobernar el Estado y devolverle su perdida grandeza.—Por qué no lo ha conseguido.—Males producidos por la revolución y por el sistema representativo.— Disminución de las rentas causada por la pérdida de las Américas.—Gastos de tres guerras civiles.—Inconvenientes de tres reinados de hembras.—Carácter poco constante de la Reina Dona Isabel.—Inconstancia mayor todavía de los hombres políticos.—Cambios continuos de Ministerios.—Audacia de los pretendientes.—Gobierno desacertado del Regente Espartero.—Mi viaje a Andalucía y primera gran pesadumbre de mi vida.

Larga parecerá quizás a algunos la lista de personas notables contenida en el capítulo que antecede, y sin embargo, todavía podría ampliarla mencionando otras muchas, no tan sólo del partido moderado, como Bravo Murillo, González Bravo y Donoso, sino también del progresista, como Madoz, López y Escosura. Ni han faltado tampoco en las generaciones siguientes quienes hayan recogido la herencia de tanto ingenio y de tanta fama; y para convencerse de ello basta citar los nombres de Cánovas del Castillo, Sagasta, Silvela y Pidal. Y como a excepción de Toreno, Casa Irujo, Miraflores y Molins, la gran mayoría de estos varones ilustres ha salido del estado llano, es imposible negar que la burguesía española ha tenido en este siglo los títulos necesarios para aspirar, con esperanza de buen éxito, a la gobernación del Estado.

¿En qué consistirá, pues, que el resultado no haya sido tan satisfactorio como podía suponerse? La España, nadie puede negarlo, ha hecho en estos últimos años muchos progresos materiales; pero no han sido mayores que los que hizo en el siglo pasado; no han sido mayores que los que han hecho también las demás naciones de Europa, incluso la Turquía; y de todos modos, ¿por qué a pesar de esos progresos no es ya ni aun lo que era en el siglo anterior? ¿Por qué desde el tratado de Versalles hasta nuestros días no ha hecho más que perder en importancia? ¿Por qué después de tantos años de reformas y régimen representativo no somos ni en hacienda, ni en ejército, ni en marina, ni siquiera lo que éramos en los primeros años del débil Carlos IV? ¿Por qué vivimos siempre con el temor de nuevas revoluciones? Si no me equivoco, las causas que han contribuido y siguen contribuyendo a esta situación tan poco halagüeña, son unas generales a la mayor parte de las naciones que han adoptado el sistema representativo, y otras particulares a España.

Entre las primeras, paréceme la más importante de todas la introducción misma de ese sistema por medio de una revolución y con condiciones que lo convierten en verdadero peligro para la estabilidad y poder de los Estados. Creyendo imitar a la Inglaterra, se ha limitado el poder real por medio de las Cámaras; pero al mismo tiempo se le ha aislado completamente con la abolición de los mayorazgos, que priva de independencia a los nobles, y con el despojo de la Iglesia, que reduce a sus miembros a la humilde condición de asalariados. La realeza ha quedado, no limitada, sino destruida, reducida casi a una sombra. El siglo XIX, que ha presenciado tantas reformas y tantas revoluciones; que ha podido contemplar en carne y hueso a César y Pompeyo, a Catilina y Clodio, está viendo también a aquellos reyes llamados perezosos, que se paseaban lentamente por las calles de París en un carro tirado por cuatro hermosos bueyes. Los Childebertos y las Batildes de este siglo se pasean en coches tirados por caballos frisones; pero fuera de esa diferencia, son en todo parecidos a aquéllos. Óigase si no lo que dicen en su elogio sus mayores amigos: «El Rey tal o la Reina cual son modelos de Monarcas constitucionales; a nada se oponen, en nada se meten».

Consecuencia necesaria de este hecho es que el Estado vacila siempre por falta de equilibrio, porque la burguesía no es capaz de limitarse a sí propia; sus clases más bajas empujan siempre a las altas, y todas ellas van corriendo de evolución en evolución hasta parar en la República. La Inglaterra y los pueblos germánicos siguen también ese camino; pero poseen clases aristocráticas, y no es imposible que, merced a tal contrapeso, se detengan en la pendiente. De todos modos, su

desenvolvimiento político es más lento; no se precipitan de cabeza, como los demás pueblos modernos, sino se deslizan.

Naturalmente, hay diferencias de nación a nación, a consecuencia de sus condiciones particulares; pero la más poderosa de las latinas, que es la Francia, ha sido al mismo tiempo la más loca, y liquida un siglo de revoluciones y reacciones, con una República democrática, dos invasiones extranjeras y la pérdida de dos provincias.

Además, el Gobierno representativo no es solamente inestable y débil por su propia naturaleza, sino que también es sumamente costoso, porque los gastos siguen en él una progresión mucho más rápida que la de la riqueza pública. La necesidad de procurarse partidarios y remunerar amigos, hace que el número de empleados sea muy superior a las exigencias del servicio público. Los diputados reclaman también mejoras de toda especie para contentar a sus electores, y sin reparar en los medios de satisfacer tantos nuevos gastos, las Cámaras votan sumas ingentes, con tanta mayor facilidad, cuanto que, donde todos son responsables, no lo es en realidad ninguno. De esta manera los embarazos financieros de un Necker o de un Calonne parecerían niñerías a los hacendistas de este siglo, y jamás hubo Monarca absoluto que se atreviese a hacer la mitad de los gastos que hace hoy día cualquier Gobierno representativo, ni jamás tampoco ha habido pueblos tan pacientes y sufridos. Como son los representantes de la misma burguesía los que votan los gastos, y es sabido que no hay remedio posible contra las Cámaras, todos pagan sin murmurar, aunque el fisco meta a veces tan hondamente la mano en el bolsillo de los particulares, que les tome la mitad de sus beneficios. Los empréstitos son asimismo constantes, aun en medio de la paz más absoluta, y lo que se condenaría como prodigalidad en cualquiera persona privada, es hoy la vida ordinaria de los Gobiernos. Las naciones más ricas resisten como pueden a esta terrible prueba; las pobres caminan, con más o menos celeridad, a una inevitable ruina.

Todo esto es común a las diversas naciones que han copiado la Revolución francesa. Causas particulares del atraso de España son: en primer lugar, la pérdida de las Américas, debida en gran parte a las revoluciones de la metrópoli. Con los caudales que venían de aquellas regiones se sostuvo por tres centurias el edificio de la grandeza española; y en los archivos de nuestras Legaciones del siglo pasado he visto despachos enviados periódicamente a todas ellas, anunciándoles con júbilo la llegada de las flotas con la plata de Méjico y Perú. Gracias a ese recurso pudo todavía Carlos IV disponer de buques numerosos y bellamente construidos, que si no vencieron, pudieron al menos medirse con los de nuestros poderosos rivales. Triunfar de ellos era aun una gloria para la misma Inglaterra, y con el objeto de evitar que se equipasen, cometió en el año de 1804 la inaudita alevosía de apresar, sin previa declaración de guerra, las fragatas que traían la plata de Buenos Aires. La pérdida de las Américas aceleró, pues, la decadencia de España y fue doblemente funesta porque, contando siglo tras siglo con esos recursos, no había entre nosotros una Hacienda tan bien organizada como en los demás países de Europa. A semejanza del mayorazgo que vive de sus rentas sin ejercer mucho su propia actividad, vivía España principalmente del dinero que le mandaban sus colonias, y había adquirido hábitos de pereza e imprevisión que todavía subsisten.

Segunda causa particular de nuestro atraso, ha sido la guerra civil, que estalló, como hemos visto, a la muerte de Fernando VII y que, renovada después otras dos veces, sigue todavía latente y podrá repetirse, si se repitiese también el establecimiento de la República o se atreviese algún Ministerio a herir el sentimiento religioso de nuestro pueblo. En otros países la resistencia a ciertas reformas modernas ha durado menos, porque estaban más preparados para ellas o porque no tienen el tesón de los españoles, ese tesón que explica nuestra larga lucha con los moros y la guerra de la Independencia contra los franceses. En España, la constancia de nuestro carácter no permite que el Gobierno toque impunemente a lo que la mayoría de la nación considera sagrado e inviolable. Mas entre tanto, las tres guerras civiles que ha sostenido el país han contribuido mucho a empobrecernos y han aumentado también nuestros gastos militares, aun en tiempo de paz, porque puede decirse que tenemos la oficialidad de dos naciones reunidas.

Otro resultado deplorable de esas guerras ha sido la preponderancia de los Generales; a quienes ofrecen ocasión de hacerse populares y de influir después en la gobernación del Estado. Como lo he dicho ya antes, en otro capítulo, esa influencia ha tenido a veces un carácter provechoso; nuestra oligarquía militar ha sido en más de una ocasión el sostén del orden y del trono, y unida al temor que inspira el carlismo, está ahora conteniendo y refrenando a la democracia; pero es siempre incompatible con la disciplina y ha sido también, por lo pasado, un origen de inútiles revoluciones y grandes desventuras; y de todos modos, un ejército de pretorianos, por mucho que disimule su ambición, es siempre una vergüenza y un peligro.

La abolición de la ley sálica ha venido a ser igualmente causa de otro notable inconveniente, pues huyendo de Escila hemos dado en Caribdis, y como el reinado de Doña Isabel se ha visto precedido y seguido de dos Regencias de mujeres, el resultado es que España durante este siglo se ha hallado gobernada casi exclusivamente por ellas. Ahora bien, con perdón sea dicho de los que opinan de otra manera, a mí me parece que así como la Monarquía hereditaria fue un progreso sobre la electiva, del mismo modo la exclusión de las hembras fue un progreso sobre la costumbre de admitirlas al trono. Los reinados de las Catalinas e Isabeles han sido sólo excepciones, y en este siglo especialmente, cuando los Reyes van quedando supeditados a los Ministros, como los de Esparta a los Éforos, considero una desgracia para España el haber sido gobernada por tres Reinas, no siempre atinadas, no siempre prudentes. Ni la Alemania misma, a pesar del carácter sesudo de sus pueblos, podría soportar, sin resentirse de ello, una prueba tan difícil.

Ya hemos visto a Doña María Cristina de Borbón perder su popularidad por un matrimonio desigual e inoportuno, y ser luego privada de la Regencia y obligada a salir del Reino cuando quiso sostener sus prerrogativas contra un soldado ambicioso. Su hija Doña Isabel luchó también y luchó más tiempo y a veces con mucha fortuna, como en el año 48; pero al igual de su Augusta Madre, perdió pronto su prestigio y acabó por perder el trono. Casada por razones de Estado con un Príncipe de nobles prendas, pero cuyo carácter no conformaba bien con el suyo, las desavenencias del matrimonio fueron causa o pretexto de suposiciones que le enajenaron el cariño del vulgo. Aquella parte de la burguesía que tan severa había sido con la Reina Cristina, lo fue todavía más con Doña Isabel II, y no sólo severa, sino injusta, porque al mismo tiempo que criticaba acerbamente todos sus actos, no empleaba la misma intolerancia respecto de otras personas, cuyos nombres sonaron en las intrigas de Palacio. No necesito poner aquí esos odiosos nombres, que desgraciadamente son conocidos de todos los españoles; pero es un hecho que alguno de los favoritos de la Corte lo fue después del pueblo de Madrid, y la Historia tiene el deber de condenar severamente esa aberración singular, diciendo de todos ellos, sin excepción alguna, que fueron malos caballeros y malos ciudadanos, para quienes, si Dante escribiera su poema en este siglo, inventaría un suplicio especial en el obscuro reino de las sombras.

Pero el defecto político verdadero de la Reina Isabel, fue, en mi sentir, la poca constancia de su índole, unida a la temeridad más inconcebible. Dotada, como su madre, de grandes cualidades, buena, generosa, benéfica y amante de su patria y de sus pueblos, no mostró mucha firmeza en sus propósitos. La facilidad con que cambiaba sus Ministerios llegó a ser vertiginosa. Gabinete hubo que mereció por su poca duración el título de «Ministerio relámpago». Los hombres más importantes del partido moderado mismo llegaron a cansarse de tantos cambios, y a alguno de ellos le oí jurar en una ocasión, que no volvería a ser Ministro, aunque la Reina le llamara cien veces. Estos propósitos no resistían a la tentación de un nuevo ensayo; pero demuestran a qué punto habían llegado las veleidades de la Soberana. Y por lo que hace a su temeridad, la historia entera de su reinado está ahí para atestiguarla. El hecho de haber prescindido en dos crisis decisivas de los Generales de más prestigio, fiándose de hombres civiles tan desposeídos de verdadera fuerza como el Conde de San Luis y González Bravo, bastan para poner de manifiesto ese rasgo singular de su carácter.

Apresúrome, sin embargo, a añadir que por su parte la burguesía española no se ha mostrado menos voluble que su Soberana, de manera que no siempre tuvo ésta la culpa de tantas y tan

continuas mudanzas. Si los partidos veían con justa aversión las intrigas de la Corte, no habrán faltado tampoco ocasiones en que la Reina se habrá reído interiormente de los extraños maridajes y transformaciones que unían, desunían y volvían a unir a los hombres políticos. Nace esto principalmente de la esencia misma de todo Gobierno popular, y ya observaba Aristóteles que las democracias propenden por celos al cambio continuo de jefes, y menciona ciudades en las cuales se mudaban tan a menudo como la luna. En Roma no duraban los Cónsules más que un año. En las Repúblicas de la Edad Media, en Florencia, por ejemplo, no duraba el Gonfaloniere más de dos meses, y Dante lo moteja con amargura. Hoy día el trasiego de Ministros es general en Francia, Italia, Grecia, Rumanía y Servia. Entre nosotros no sólo ha existido y existe aún ese mal, sino que ha tenido mayor gravedad todavía que en otras partes, a cansa de la índole atrevida y aventurera de los españoles.

A la Reina Doña Isabel le sucedió, después de un período de vergonzosa anarquía, su hijo D. Alfonso XII, Príncipe dotado de las más brillantes cualidades, durante cuyo corto reinado los Ministerios fueron algo más estables; pero la Divina Providencia, que nos reservaba nuevas pruebas, le arrebató en edad temprana. Sucedióle entonces una tercera dama, su Augusta viuda Doña María Cristina de Austria, Regente durante la menor edad de su hijo D. Alfonso XIII, y esta Princesa, adornada de las más amables virtudes y sin otro anhelo en la vida que el de transmitir intacta al Rey niño la corona de San Fernando, no ha mostrado, a la verdad, ninguno de los defectos en que incurrieron las dos Reinas anteriores. Mas a pesar de esto, la debilidad de su Gobierno es tan grande que, por contentar y desarmar a los republicanos, les ha otorgado el sufragio universal, que es la llave del porvenir. Ni ha cesado ahora tampoco el cambio frecuente de Ministros. Los Presidentes del Gabinete duran sin duda más que antes, tanto porque la Reina Regente no gusta de tomar la iniciativa en este punto, como porque en realidad van quedando pocas diferencias esenciales entre los partidos monárquicos. Pero esos Presidentes, durante el período de su gobierno, obran a modo de Reyes, y considerándose casi irresponsables, cambian cada seis meses aquel o aquellos Ministros que cesan de ser aceptos a las Cámaras. De esta ingeniosa manera, el Sr. Sagasta, verbigracia, en los cuatro años que ocupó el poder después de la muerte de D. Alfonso XII, tuvo sucesivamente por Ministros a todos los hombres más importantes de su partido.

Por último, una de las cosas que explican también el poco suceso de la burguesía, es que si bien ha contado en su seno muchos oradores, muchos poetas y hombres de letras, no han abundado en ella los hombres prácticos, los hombres dotados de aquellos conocimientos indispensables para la gobernación del Estado; y cuando ha habido alguno que los tuviese, ha luchado con mil dificultades para aplicarlos. En prueba de ello recordaré las que tuvo que vencer el ilustre D. Alejandro Mon, antes de poder establecer un sistema tributario a la moderna, que fue la primera base de la restauración de la Hacienda española. Fuera de esto, como cada Ministro trata ante todas cosas de proteger a los que le ayudan con sus discursos o votos, es muy frecuente que se encaramen a los más altos puestos hombres de talento natural, pero sin experiencia alguna de los negocios que se les confían. Cual si los hombres políticos poseyesen una ciencia universal e infusa, véseles desempeñar de repente una Embajada y después un Ministerio o la Presidencia de un Tribunal, o la Dirección de un Banco, y tengo para mí que aceptarían algunos la dirección de la orquesta del Teatro Real si su sueldo fuera muy crecido.

Recuerdo a este propósito, que una vez que me hallaba más adelante con licencia en Madrid, nombraron Director de Correos a cierto individuo de tan pocos conocimientos administrativos, que esto dio lugar a una sátira muy natural y muy celebrada de D. Antonio Cánovas del Castillo, la cual consistió en decirles un día por donaire a sus amigos: «Señores, pasmado estoy; Fulano es Director de Correos y todos continuamos recibiendo nuestras cartas».

Según me contaba Pastor Díaz, hubo una ocasión en que un abogado, conocido suyo, fue Ministro por haber roncado; y sucedió de esta manera. Cierto hombre político, encargado de formar un nuevo Gabinete, fue a conferenciar sobre ello con uno de sus futuros colegas, y decíale que aun

le faltaba una persona idónea para no sé cuál cartera. Era en verano, y de repente oyóse un fuerte ronquido en el cuarto contiguo.

—¿Qué es eso? —exclamó el futuro Presidente, ¿no estamos solos?

—No se alarme usted —repuso su amigo—; es Zutano, mi compañero de diputación, que vive conmigo y está durmiendo la siesta.

—¡Ah! sí, le conozco, y por cierto que me parece mozo ilustrado y listo: ¿por qué no le despertamos y le ofrecemos la cartera vacante?

—Por mi parte no veo en ello inconveniente.

Y con efecto, llamáronle, aceptó él con sumo gusto la proposición que le fue hecha, y viose así Ministro cuando menos podía esperarlo.

Naturalmente, si esto acontece con los más altos cargos, imagínese el lector lo que sucederá con los pequeños. El número y la audacia de los pretendientes no tiene límites, y más de una vez tuvo lugar entre nosotros lo que refirió Beaumarchais por donaire en el monólogo de su *Fígaro*. El Marqués de Pidal dijo un día en plena Cámara que el número de solicitantes era tan considerable y le perseguían de tal modo, que ya no podía ni siquiera salir de aquel recinto para satisfacer necesidades corporales, porque había gentes que le aguardaban en los corredores a fin de asaltarle al paso. Y mi amigo Moreno López me refería que, siendo Ministro, se vio una vez tan apurado con un recomendado de sus electores, que recurrió para libertarse de él, al medio dramático de pedir el libro del personal, y dándoselo luego al terrible ambicioso, le dijo: «Ábrale usted mismo por donde guste y dígame a quién he de dejar cesante a fin de colocarle»; ante lo cual retrocedió aquel energúmeno.

Y cuando no bastaban los argumentos *ad hominem*, han solido emplearse con éxito los argumentos *ad mulierem*, porque ha habido y hay siempre algunas que gozan de gran poder. Este mal existía ya de antiguo. En tiempo de Fernando VII se citaba la esposa de uno de los Ministros, llamada María, la cual había logrado disponer de muchos empleos; y cuentan que el Rey llegó a saberlo, y una vez que le presentaron a la firma el nombramiento para Obispo de cierto Canónigo protegido por aquella dama, pero poco acepto al Monarca, puso éste al margen la siguiente nota: «Esta mitra no ha de ser para Fulano, sino para Zutano; y por esta vez que tenga paciencia Doña Mariquita». Pero el Gobierno representativo, en lugar de disminuir este abuso, lo ha aumentado de manera que raro es el Ministerio en que no ha habido alguna señora a quien se atribuyese esa clase de influjo. Precisamente en la época de que estaba hablando, o sea en tiempo de la Regencia de Espartero, tuve una prueba de esas influencias del bello sexo, en el caso de un abogado asturiano, que se alojaba en la misma casa de huéspedes que yo, y solía contarme lo que podríamos llamar sus intrigas para obtener un empleo de su carrera. El pobre hombre era tertuliano de dos de los Ministros de entonces; pero no sacaba fruto alguno de sus asiduidades, hasta que al fin hizo el conocimiento de una bella señora, de la cual estaba perdidamente enamorado el Subsecretario de uno de aquéllos, y por su medio consiguió al cabo indirectamente lo que no había conseguido directamente del Ministro mismo. Recuerdo que para celebrar el fausto suceso comimos mi amigo y yo en la mejor pastelería de Madrid y bebimos a la salud de la bondadosa dama, que tan buen uso hacía del influjo que le proporcionaban sus atractivos.

Pero dejando ya estas digresiones para volver a la relación ordenada de mis recuerdos, referiré que la política absorbía ya nuevamente los ánimos de todos, porque el Regente Espartero, después de haber triunfado completamente de los conspiradores y cuando empezaba a saborear las dulzuras del poder, se halló de repente con una nueva oposición, mucho más formidable, en atención a que era suscitada y dirigida por sus mismos correligionarios. La especie de tregua política que había reinado desde mi llegada a Madrid en el año 1841, se vio al fin interrumpida por los descontentos del partido progresista, para cuyas ambiciones era un obstáculo la especie de camarilla formada en torno del Regente por sus más fieles amigos. Después de haber expulsado una Reina les pareció insoportable que Espartero gobernase a la manera de un Rey, y no pudiendo destronarle, por decirlo así, ellos solos, determinaron unirse a los mismos moderados a quienes había vencido Espartero. De

esta manera, *quod minime veris*, lo que nadie podía imaginarse un año antes, se formó una coalición singular entre progresistas y moderados, para derribar al Regente. Cambios son estos que apenas se conciben, pero que no son raros en la historia de los partidos políticos. Entre nosotros han tenido lugar en varias épocas y son bastante conformes al carácter que la nación ha mostrado en todos tiempos.

En prueba de ello quiero poner aquí lo que dice un Embajador imparcial, el veneciano Vicente Quirini, en su relación al Consejo de aquella República, cuando regresaba de España después de haber presenciado en ella los disturbios sobrevenidos antes de la llegada de Carlos V: «Todos aquellos señores españoles, dice Qnirini, tienen por natural costumbre el estar siempre divididos, y cambian a cada paso de parcialidad; y aunque entre casa y casa existan antiguas enemistades, sucede esto no obstante, que los que eran amigos en tiempo de un Rey se hacen enemigos bajo de otro, y los enemigos se convierten en amigos, si así conviene a sus ambiciones; de modo que, no sólo son de ánimo fácil a cualquiera mudanza, sino que también son sumamente inclinados a fraguar entre sí amistades y enemistades grandes y cruelísimas». Pues lo que sucedía antes de consolidarse la Monarquía, eso mismo sucede ahora después que ésta ha vuelto a debilitarse, y de ello ofrecen ejemplos muy frecuentes nuestros anales de este siglo. La coalición de López y Olózaga con los moderados de que acabo de hablar es uno de ellos, como lo fueron más tarde la unión de O’Donnell con Espartero y la de Prim con Serrano.

El desventurado Espartero trató de hacer frente al peligro, echando mano de todos los recursos permitidos a los Soberanos constitucionales y también de otros que son más bien propios de los absolutos; disolvió Cortes, cambió Ministerios, y por último bombardeó ciudades importantes, desplegando un rigor increíble. Pero todo fue en vano. Quien tal hizo, tal pagaba. También contra él se pronunciaba el ejército, y ya la espada de Serrano estaba pronta para apoyar al Ministerio rebelde de López. A Serrano siguieron otros Generales y todo se remitía al azar de las armas.

Pero antes de seguir adelante en la relación de estos sucesos, debo mencionar otros que me fueron personales y a causa de los cuales tuve que abandonar precipitadamente a Madrid. La Divina Providencia me visitó en aquellos momentos con la primera gran pesadumbre de mi vida. Mi amado padre, a quien había dejado en el verano anterior con la más florida salud y apenas había cumplido cincuenta años, falleció de repente en su casa de recreo de Puerto Real, donde se hallaba de temporada. Lloréle amargamente porque le amaba con ternura y estaba reconocido al esmero con que había dirigido mi educación y mis primeros pasos en el mundo; y a fin de acompañar y consolar a mi amada y buena madre y a mis queridos hermanos, corrí luego a Cádiz, con permiso del Rector de la Universidad, que era entonces el Conde de la Cortina, persona tan amable como docta, y muy amiga de mi familia. En el capítulo siguiente referiré, pues, mi viaje a Andalucía y otros recuerdos de aquella época.

XIII.
Madrid, de 1841 a 1844.

Mi visita a Cádiz.—Situación apurada del Regente.—Su excesiva deferencia a Inglaterra.—Bombardeo de Barcelona y Sevilla.—Descontento de Cataluña.—Victoria del General Narváez en Ardoz.—Fuga de Espartero.—Satisfacción que produce.—La Reina Isabel declarada mayor de edad.—Atentado contra Narváez.—Miras de Olózaga.—Cómo se las desconcierta González Bravo y le sustituye en el Ministerio.—Caracteres de estos tres hombres políticos.—Los moderados ocupan todos los empleos.—Lujo y desmoralización que se notaban en aquella época.—Presentado por mis amigos a González Bravo, fui nombrado agregado diplomático en Lisboa.—Personas que componían aquella Legación.

El viaje de Madrid a Cádiz me era ya familiar, porque lo hacía todos los años, a fin de pasar en mi casa las vacaciones del estío; pero esta vez no iba alegre como otras, sino sumido en la mayor tristeza a causa de la muerte de mi buen padre. Hasta la cara del Sol de Andalucía me pareció pálida y mustia. Para colmo de mi pena, no podía ni siquiera entregarme tranquilamente a ella, pues por todas partes encontrábamos el país levantado y una lucha más o menos ostensible de montescos y capuletos. La Milicia nacional seguía todavía fiel a Espartero, y para darse ánimo sonaba a todas horas trompetas y tambores. El paisanaje andaba dividido; el ejército lo mismo. Por do quiera se oían vivas y mueras, amenazas, estrépito.

Al llegar a Sevilla fue cercada la diligencia por un piquete de soldados, que nos llevó a todos los pasajeros del sexo fuerte a presencia del Capitán General, cuyo nombre no recuerdo, el cual quería interrogarnos por sí mismo. Fuimos introducidos uno a uno en su gabinete, y nos preguntó qué habíamos visto por el camino, cuál era la actitud de los pueblos y qué se decía en ellos sobre la situación del Regente. Por mi parte le respondí con sencillez la verdad; es decir, que los pueblos andaban divididos, que el Ejército se pronunciaba ya en contra del Regente y que la situación de éste me parecía sumamente comprometida. Los hechos debieron probarle pronto que yo no le había mentido, mas por el momento no le agradaron mis informes, y según supe después, le dijo a mi tío, a quien conocía mucho, que yo había andado demasiado diplomático en mis respuestas.

En Cádiz se repitió poco más o menos la misma escena, pero aquella ciudad se pronunció pronto al grito de *viva la Reina*, y desde entonces no hicimos allí más que asistir de lejos al drama que se representaba en toda España. Durante las primeras semanas me ocupé sólo de mi querida madre y hermanos; luego volví poco a poco a mi vida ordinaria y tomaba mucho interés en lo que acontecía en el país. La situación de Espartero era cada día más apurada, porque sus enemigos le acusaban de multitud de delitos, entre ellos de hallarse supeditado al extranjero. Vivía el Regente en Madrid en la calle de Alcalá, en el Palacio llamado de Buenavista, y daba la casualidad que frente por frente había otro Palacio, donde se alojaba el Ministro de Inglaterra. Esto dio ocasión a que una mañana se hallase fijado en la puerta de Espartero un pasquín, que decía:

Aquí vive el Regente;
El que manda vive enfrente.

El pueblo de Madrid era en general muy aficionado a Espartero, por las razones que he explicado en otro capítulo, y conservaba asimismo cierta inclinación hacia la Inglaterra, a consecuencia del auxilio que nos prestó durante la guerra de la Independencia, y que si bien no fue desinteresada, porque los ingleses buscaban en aquella época un campo de batalla para luchar con los franceses, no por eso dejó de sernos muy útil. Recordaban también con gratitud el socorro que nos dieron en la reciente guerra contra D. Carlos. Pero a pesar de estas disposiciones favorables no dejaron los madrileños de dar algún crédito a las acusaciones de que se trata, y mucho mayor se lo dieron en Cataluña, donde la industria de tejidos, que tan decaída yacía antes en España, había vuelto a florecer desde principios del siglo, y temían los catalanes que Espartero concluyese, como

se decía, un Tratado de comercio con Inglaterra, cuyas cláusulas dejasen sin protección las producciones de aquellas provincias.

Para comprender bien este estado de cosas es preciso recordar que Inglaterra y Francia nos habían ayudado mucho durante la guerra civil, conforme ya lo he referido. Semejante socorro es en sí un mal, pero hay ocasiones en que no puede evitarse, y casi no existe Estado alguno que no haya debido a otra nación extranjera, ora su independencia, ora su libertad, ora la defensa de otros grandes intereses. La Francia le debió a España el triunfo definitivo del bando católico durante la guerra de la Liga. La Inglaterra debe la libertad política de que disfruta al ejército de holandeses que acompañaba a Guillermo de Orange. La Alemania, en fin, fue deudora de la libertad religiosa y política a las armas victoriosas de Gustavo Adolfo, a quien, en recompensa de tal servicio, tuvo que dar la Pomerania. En el caso de España, no habiendo sido el auxilio tan importante, no exigió tampoco recompensas materiales; pero en cambio tuvo por consecuencia natural que la Francia y la Inglaterra obtuviesen desde luego cierta influencia en nuestros asuntos interiores y quisieran conservarla después. La Francia seguía en esto su política tradicional, pues nada le importa tanto como tener un aliado o cuando menos un vecino neutral por el lado de los Pirineos; y el Rey Luis Felipe, que se esforzaba por mantener en su país un gobierno muy conservador, deseaba otro tanto en España. De esta manera la Francia vino a ser la aliada y protectora natural de nuestro partido moderado.

La Inglaterra tenía igualmente sumo interés en procurarse amigos en nuestra Península; porque a pesar de nuestra guerra con Napoleón, que había sido un hecho excepcional en la historia de nuestras relaciones extranjeras, el Gabinete de Londres no podía olvidar que, no siglos, sino pocos años antes, había hallado grandísima dificultad para vencer a la España y Francia coaligadas, y que juntas recobraron a Mahón y estuvieron bien cerca de recobrar a Gibraltar poco antes de la malhadada Revolución francesa. Por consiguiente, tenía grandísimo deseo de abatir nuestro poder y fomentar en España los principios revolucionarios, a fin de que la afinidad de instituciones fuese una prenda de amistad entre los dos Gobiernos. Para lograr lo primero procuró Canning que se extendiese más y más la insurrección de nuestras Américas, y apresuróse a reconocer su independencia antes que nadie lo hiciese en Europa. Al mismo tiempo, aprovechándose de nuestra debilidad, extendióse fuera de las fortificaciones de Gibraltar, impidió que se reconstruyese el castillo de San Felipe, que había sido demolido durante la guerra con Francia, y violando escandalosamente la letra y el espíritu del Tratado de Utrech, pretendió ser único juez competente de la cuestión de límites, lo cual, si no me equivoco, sigue aún hoy día en ese mismo tristísimo estado. Y para conseguir lo segundo que deseaba, Inglaterra se declaró amiga y protectora de nuestro partido progresista, llevando de camino otra mira interesada, que era precisamente ese Tratado de comercio tan temido de los catalanes. Porque ha sido siempre una cosa singular, que mientras los moderados se han inclinado mucho a las ideas proteccionistas, los liberales han adoptado, por ciega preocupación, las de un exagerado librecambio, sin cuidarse lo más mínimo de los intereses de Cataluña; y tengo muy presente que en aquella época había un Diputado andaluz, nombrado Sánchez Silva, cuya *delenda Carthago* era el odio de Cataluña, y por ser naturalmente chistoso, le escuchaban con placer los hombres de su partido.

En resolución, Inglaterra quería valerse de la candidez y buena voluntad de Espartero y de los progresistas para convertir a España en un segundo Portugal, ahogando en germen nuestra industria y obligándonos a ser tributarios de la suya. Por eso se sublevó Barcelona y sufrió un cruel bombardeo por parte de Espartero, y allí fue donde se estableció luego un Gobierno provisional que fomentó la sublevación de toda España contra el Regente, el cual, después de acudir inútilmente a varias partes, acabó por presentarse delante de Sevilla, que se había al fin pronunciado, y la bombardeó también. Mas, ínterin se ocupaba de tan fea hazaña, un General moderado, el célebre D. Ramón María Narváez, venció en Ardoz a sus partidarios y se apoderó de Madrid. Sucedía esto en julio, y luego supimos en Cádiz que el Regente, dejando el sitio de Sevilla, venía huyendo en dirección al Puerto de Santa María, a donde con efecto llegó a buen tiempo para embarcarse a bordo

del navío de guerra inglés *Malabar*, que le dio hospitalidad y le condujo a Inglaterra. El General Concha, que le seguía el alcance con sus húsares, llegó al muelle del Puerto pocos minutos después de su partida, de lo cual se alegraron los más humanos; porque si Espartero hubiese caído en poder de los amigos del General León, como lo eran sus perseguidores, es posible que no le hubieran tratado muy benignamente.

El gozo de la Nación al saber la derrota y fuga de Espartero, fue muy grande y general. Representaba aquel hombre todo lo más odioso y antipático de nuestra revolución; los mismos progresistas le aborrecían por el momento. A su huida podían aplicarse aquellos versos de la Basvilliana de Monti:

Gia vinta dell'inferno era la pugna,
E lo spirito di abisso si partía,
I'nota strignendo la terribil ugna.

Respiró entonces España por espacio de diez años, durante los cuales fue casi siempre gobernada por el partido moderado, a quien debió paz y verdaderos adelantos morales y materiales, hasta que otra nueva sublevación militar, la del General O'Donnell en 1854, nos volvió a regalar, ¡quién lo creyera! al mismo Espartero con su Milicia nacional, sus pasiones anárquicas y todas sus absurdas concomitancias. Y esto me obliga a decir que el único inconveniente de la insurrección del año 43 fue que, como hemos visto, se debió principalmente al ejército, repitiéndose así lo sucedido ya en 1820 y en 1839 y convirtiéndolo en costumbre. La mayoría de las personas sensatas y los hombres más notables de todos los partidos liberales contribuyeron mucho al éxito; pero de poco hubiera servido esto y Espartero habría permanecido Regente por lo menos hasta la mayor edad de la Reina Isabel si el ejército no se hubiese pronunciado.

A este mal hubo que añadir otro. Los Generales que tomaron parte en el movimiento fueron muchos, y cada uno de ellos quiso luego ser Presidente del Ministerio, para lo cual se unió con esta o aquella bandería más o menos liberal o reaccionaria, de las que han ido naciendo naturalmente, a consecuencia de la libertad de discusión, a la manera que nacieron y nacen las sectas en los países protestantes. Por el momento obtuvo sin mucha dificultad la primacía el General Narváez; pero al lado suyo figuraban ya O'Donnell, Serrano y otros varios. Ni había tampoco menos celos y ambiciones ocultas entre los personajes civiles. El Ministerio López gozó algún tiempo de cierto prestigio, y aprovechándose de ello, declaró desde luego mayor de edad a la Reina Doña Isabel, lo cual, con ser un mal, fue un mal menor que el de excitar una nueva lucha para elegir otro Regente o restablecer a Doña María Cristina. Las nuevas Cortes se prestaron gustosas a este proyecto, y todo parecía proceder pacíficamente, cuando Don Salustiano de Olózaga, que era Presidente de la Cámara de Diputados, puso en juego una especie de intriga parlamentaria, en virtud de la cual reemplazó en el Ministerio a su correligionario López. Quiso también disolver aquellas Cortes, con el objeto de manipularse otras todavía más devotas a su persona; mas la Reina Doña Isabel, a pesar de ser aún muy niña, mostró repugnancia a esta medida. Olózaga, no sólo insistió en ello, sino que quiso intimidar a la Soberana.

El rumor de estas escenas palaciegas corrió pronto por Madrid; pero aunque muchos demostraban por ello una grande indignación, ninguno se atrevía a denunciar al Ministro. Entonces un joven Diputado de gran talento y de mucha audacia, llamado D. Luis González Bravo, tomó sobre sí el deber de acusarle en las Cortes. Mediaron con este motivo varios elocuentes y violentísimos discursos, que leídos hoy no hacen quizá mucho efecto; pero que oídos entonces tuvieron un eco terrible, y la impresión general fue tan poco favorable para Olózaga, que tuvo que dejar a su vez el Ministerio y marcharse poco después al extranjero. González Bravo, el mismo que le había acusado, fue quien le sucedió en el poder, apoyado por el General Narváez, que era en realidad el alma de todo aquel movimiento político y el dueño verdadero de la situación. Así que, si Olózaga tuvo realmente el designio de romper la coalición en provecho suyo y de los progresistas, el resultado de su intriga fue diametralmente contrario, pues con el Ministerio González Bravo comenzó de nuevo la dominación de los moderados. El ejército apoyaba a Narváez, y Narváez los

apoyaba a aquéllos. La Reina Doña Cristina volvió pronto de su destierro, y todo presagiaba una reacción decidida contra los principios de los progresistas.

Dos meses antes de estos últimos sucesos regresé yo a Madrid, fui admitido a exámenes extraordinarios y me recibí de Licenciado en Leyes. Mi intención era hacer después un viaje a París; pero mis amigos me aconsejaron que lo dilatase un poco, hasta ver qué fin tenían las agitaciones políticas del momento. La ansiedad era general, pues todavía no estaban ciertos los moderados de su triunfo, a causa de la actitud del partido revolucionario. La Milicia nacional, unida a algunas tropas esparteristas, se agitaba aun en varias provincias, y en Madrid mismo hubo conspiradores que atentaron a la vida del General Narváez, blanco principal de sus odios, disparando con arcabuces contra su coche. El General salió ileso; pero su ayudante quedó mortalmente herido, y D. Salvador Bermúdez de Castro, íntimo amigo suyo, que le acompañaba aquel día, lo fue levemente. El desarme de la Milicia nacional y otras medidas enérgicas que tomó después el Ministerio de González Bravo, aseguraron al fin la tranquilidad, y pronto pudo conocerse que una mano vigorosa regía el timón del Estado. Los agentes de que se valía en todas partes eran todos de un carácter enérgico y decidido, y los empleados moderados, a quienes el Gobierno de Espartero había privado injustamente de sus puestos, volvieron luego a ellos, como parecía exigirlo la justicia.

Estas novedades excitaron mucho mi ambición. Veía que los graves personajes a quienes había conocido en el Ateneo, ocupaban ya puestos importantes, y que varios compañeros míos, los cuales tenían relaciones de amistad o parentesco con ellos, esperaban obtener por su medio algún puesto en las carreras del Estado. La juventud dorada que se reunía en los salones de la Condesa del Montijo, anhelaba también lo mismo; y decíase que el Ministerio veía con gusto tales aspiraciones. Natural, pues, era que deseara yo ser uno de tantos. Pero antes de contar mi propia historia debo decir lo que recuerdo sobre los principales actores del drama político de aquel tiempo, especial mente de Olózaga, González Bravo y Narváez.

Olózaga, a quien veía algunas veces en el Ateneo, era lo que decimos un buen mozo, alto y de bella presencia, atildado en su vestir, con patillas a lo Luis Felipe y aire de importancia. Tenía mucho talento y era orador fácil y claro, a la manera de Pacheco, y con la ventaja de pronunciar el castellano del modo más agradable, por haber nacido en Castilla. Sus defectos eran un exceso de liberalismo, que contrastaba con su aspecto aristocrático y sus instintos de hombre de gobierno, y una vanidad que le perdió en su lucha con los moderados. Olózaga no comprendió que después de la caída del Regente, era quimera oponerse al encumbramiento de aquéllos, porque eran los que habían contribuido a ella en primera línea. Además, el país entero estaba muy cansado de la revolución y suspiraba por un cambio total, que le procurase algún tiempo de sosiego. Más tarde, cuando se olvidaron poco a poco los excesos de la época anterior, volvió a brillar la estrella de Olózaga, y reconciliado otra vez con Espartero, ocupó puestos importantes y fue hasta su muerte una de las lumbreras de su partido.

D. Luis González Bravo era también hombre joven y de buena presencia, como Olózaga. De estatura mediana, con ojos expresivos, cara redonda, bigote y pera; tenía el tipo del español, tal cual le vemos en los retratos del siglo XVII. En el Palacio de Hampton Court hay uno de cierto Embajador español del tiempo de Carlos II, al cual se parecía mucho. El destino le formó para rival de Olózaga, porque poseía toda la audacia y toda la elocuencia necesarias para acusarle en medio del Congreso de haber querido intimidar a la Reina niña. Su elevación a la Presidencia del Gabinete en edad todavía muy joven y sin más antecedente que su lucha con aquel hombre político, fue criticada por algunos de su mismo partido; mas si bien se considera, la conducta que observó en aquella crisis, fue de aquellas que merecen recompensas extraordinarias, y además era fácil comprender que el General Narváez necesitaba ponerle en el poder, con el objeto de que le preparase el terreno para su propio Ministerio. El fin de González Bravo no correspondió a estos principios, y la osadía que le sirvió para encumbrarse fue causa más adelante de su triste caída.

D. Ramón María Narváez ha sido una de las figuras más notables de nuestro país en el siglo presente, y entre los Rodriguitos de Vivar y Bonapartes en compendio que han producido nuestras

revueltas, no hay ninguno que pueda compararse con él en amor al trono, fijeza de principios y energía de carácter. Era culto, pero no docto, por manera que tenía aquella ignorancia relativa que tan bien acompaña a los hombres de Estado, porque los libra de dudas científicas. Su estatura era mediana, su rostro expresivo, pero feo, y llevaba un peluquín empinado que aumentaba la dureza de su aspecto. Más adelante, al acercarse a la vejez, dejó de usarlo y ostentaba una calva respetable, lo cual dio lugar a una escena bastante graciosa. Vino a España en 1864 un Enviado de Marruecos, y el General Narváez, a quien hizo una visita, le regaló una fotografía suya, hecha cuando tenía peluquín. Notó Narváez que el moro extrañaba mucho aquella diferencia, y con el donaire que es propio de todo andaluz, porque el General era de Loja, le dijo al intérprete: «Explíquele usted al Embajador que cuando me hice ese retrato llevaba yo turbante».

Como la energía es cualidad que fácilmente se exagera, hubo casos en que Narváez traspasó quizás los límites de lo estrictamente necesario, como lo había hecho el mismo Espartero; mas no me parece que se le pueda tachar de cruel, antes bien no faltaron ocasiones en que mostró la virtud contraria. Así, por ejemplo, fue público entonces que le había perdonado la vida a varios revoltosos de Cataluña, los cuales fueron cogidos con las armas en la mano. Pero los que conspiraban en aquella sazón no le podían perdonar a Narváez el valor indomable con que sabía reprimirlos, y para consolarse de su derrota, empleaban contra él la calumnia.

Alguna más razón tenían, en mi concepto, los que criticaban sus costumbres, pues es un hecho innegable que, aprovechándose del prestigio que le daban entre el bello sexo su valor y sus hazañas militares, y también su posición, se ocupó de galanteos más de lo que convenía a su buen nombre; y no contento con esto, tributaba también público culto a la hermosura, donde quiera que se encontrase. El vulgo veía con extrañeza, entre otras cosas, que por graves que fuesen las circunstancias políticas, no faltaba el General jamás a su palco del teatro del Circo cuando bailaba la Guy Stefan, célebre entonces entre las alumnas de Terpsícore. Eran éstas quizás meras ligerezas, pero ligerezas más propias de un mozalbete que de un Ministro.

Ni era el General Narváez el único que mostraba estas aficiones. La época no era precisamente de ejemplaridad de ningún género. Sucedía entonces en España, en pequeño, lo que en Inglaterra después del protectorado de Cromwell, y en Francia cuando cayó Robespierre. Todos se apresuraban a gozar de la tranquilidad renacida. Aristócratas y banqueros abrían nuevos salones, los cuales hacían concurrencia al de la Condesa del Montijo, y exageróse tanto la manía de divertirse, que hubo quien la considerase excesiva. Recuerdo, por ejemplo, el caso de una joven, bella como un ángel, llamada Leocadia Zamora, la cual dejó de repente a Madrid, donde brillaba por sus gracias, y sin ser culpable como la célebre La Valliére, fue a encerrarse, como ella, en el silencio de un claustro. El lujo acompañó luego a estos excesos, y no bastándoles a muchos las fortunas que poseían, diéronse a jugar a la Bolsa y a especulaciones no siempre honrosas. Robert Macaire había pasado los Pirineos y paseaba su carroza por Madrid. Por fin, la inmoralidad administrativa, notable ya en tiempo de los progresistas, fue después en aumento y llegó a extremos deplorables en varios Ministerios subsiguientes.

Con placer dejo ya este tristísimo tema y vuelvo a mi propia biografía, refiriendo al benévolo lector que una vez constituido el Ministerio de González Bravo, en diciembre del año 1843, conseguí yo también al fin lo que tanto deseaba, pues ingresé en la carrera diplomática. Varios fueron mis padrinos; pero lo debí principalmente a mis buenos amigos D. Salvador Bermúdez de Castro y D. Juan Comyn. El primero era andaluz y de familia gaditana, como la mía, aunque establecida hacía algunos años en Jerez. Después de haber cursado leyes en Sevilla y viajado un poco por el extranjero, vino Bermúdez a Madrid y formó parte de la pléyade de poetas que rodeaban a Zorrilla y Espronceda. Su talento, su buena presencia y sus modales distinguidos, le dieron fácil entrada en la mejor sociedad de Madrid. Narváez le tomó mucha afición, y en su coche le llevaba el día en que atentaron a su vida. González Bravo le nombró Secretario del Consejo de Ministros. En aquella época la estrella de Bermúdez brillaba tanto que, habiendo él publicado poco antes una

biografía de Antonio Pérez, sus amigos le dieron por apodo el nombre de aquel célebre Ministro. Siguió la carrera diplomática y llegó a ser Embajador en París en tiempo de Napoleón III.

D. Juan Comyn era igualmente del Mediodía, puesto que nació en Málaga; pero se había educado en Inglaterra, de donde su familia tenía origen, por cuyo motivo ofrecía el conjunto más agradable de la formalidad británica y de la gracia andaluza. Elegante, hombre de mundo y ligado por relaciones antiguas de familia con la Condesa del Montijo, quien, como ya lo he dicho, había nacido también en Málaga, era Comyn uno de los más íntimos tertulianos de aquella gran casa, donde se reunía entonces lo más brillante de Madrid. Dedicóse, como Bermúdez, a la diplomacia, y González le hizo comenzar su carrera, nombrándole oficial de la Secretaría de Estado. Andando el tiempo fue Ministro en Lisboa y en Londres.

Estos dos amigos, sabiendo cuáles eran mis deseos, tuvieron la bondad de presentarme y recomendarme a González Bravo, el cual me recibió con la más cortés benevolencia y me propuso, desde luego, el puesto de Agregado en Lisboa, que acepté con el mayor placer del mundo. Mi contento fue extremado, pues, como ya se lo he confesado al lector, no le tenía la menor afición al ejercicio de la abogacía, y por otra parte me moría por ver mundo y visitar los países extranjeros. Sin atreverme a decírselo a nadie, hacía tiempo que pensaba en ello, y por si acaso lo lograba, cuando regresasen al poder los moderados, con los cuales me unían vínculos de amistad y simpatía, me había puesto a estudiar en el anterior verano el Derecho internacional, a pesar de que éste no figuraba entonces entre las asignaturas de la carrera de Leyes. Nombrado a principios de enero de 1844, salí pocos días después de Madrid para Lisboa, y desde entonces permanecí siempre en el extranjero, con excepción de algunas cortas visitas que hacía a España, en uso de Real licencia, para ver a mi familia y amigos, hasta que la revolución del año 68 me dejó cesante. Volví al servicio activo luego que fue restaurado el Rey D. Alfonso XII; pero después del fallecimiento de aquel malogrado Monarca, quedé nuevamente sin destino. Mi carrera no ha sido rápida, y he recorrido paso a paso todos sus grados; así que no tengo de qué envanecerme ni tampoco de qué quejarme.

He hecho lo que he podido;
Fortuna lo que ha querido.

Y al volver ahora la cara atrás y recorrer con la memoria tantos años pasados en el servicio de mi país, hallo que mi vida ha sido, con pocas excepciones, la más agradable posible. El solo inconveniente que le he encontrado a la carrera diplomática ha sido que deja poco a poco sin amigos, de tal modo que cuando el que la ha seguido muchos años regresa a su patria, es en ella como un extraño. Hay quien añade que el diplomático pierde también a su vez mucha parte del amor que le debe a su país; pero en esto creo que se equivocan, y por mi parte he experimentado todo lo contrario. Seguramente, el que reside largo tiempo en el extranjero contrae en otras naciones amistades que recuerda siempre con placer, y a su existencia puede aplicarse aquel verso de Luis de Camoens, en que dice, al volver de las Indias, que estaba su vida

pelo mundo en pedazos repartida.

Pero esto no destruye el cariño hacia la patria, porque hay otras circunstancias que contribuyen mucho a conservarlo; y la principal es que el diplomático siente en primer término y con más intensidad que nadie todo aquello que ofende a su nación o que la expone a la crítica de los extraños. Tener que ruborizarse de ciertas cosas delante de éstos, es a veces una pena tan grande, que debe tener quien la sufre un interés excepcional en que se conserve el buen nombre de su patria.

Réstame ahora decir cómo estaba compuesta la misión diplomática de la cual tuve entonces la honra de formar parte. Las Embajadas de España habían sido confiadas, en tiempo de nuestra gran prosperidad, a individuos de la más alta aristocracia, los cuales las desempeñaban con mucho boato, y de ello son buenos testimonios los cuadros que se conservan en todas las casas de nuestros Grandes, representando los diversos festejos con que habían realzado en el extranjero el prestigio de su país. La esplendidez de nuestros Embajadores llegó a ser proverbial; se mantuvo aun después de nuestros reveses, y cuando ya no poseían nuestros nobles la riqueza de otros tiempos, hubo muchos que se cargaron de deudas, para continuar viviendo bajo el mismo pie de lujo que sus predecesores.

En Roma se refiere que después de una magnífica fiesta dada por un Embajador nuestro de la época de decadencia, apareció en su puerta este chistoso y característico pasquín: «Ha hecho todo lo que debía, y debe todo lo que ha hecho».

Pero pasaron aquellos tiempos, como pasó nuestra grandeza, y ni nuestros magnates se sentían ya tan inclinados a gastar su dinero en misiones extranjeras, ni el Rey, que cada día se hacía más absoluto, les daba ya la misma preferencia. Hombres de una clase más modesta entraron poco a poco a desempeñar aquellos cargos, y cuando todo decayó entre nosotros, solían ocuparlos los favoritos del Monarca, los cuales no eran siempre dignos de tanta honra. Habíase formado, esto no obstante, un cuerpo de funcionarios, que constituía lo que se ha llamado la Carrera diplomática, y este estado de cosas ha sobrevivido en parte a nuestras revoluciones y podría, sin duda, asegurarnos una buena representación del país en el extranjero, si por desgracia los llamados hombres políticos no hubieran invadido y ocupado casi exclusivamente los primeros puestos, sin más méritos a veces que los que han contraído en las miserables luchas de partido, y si ciertos Ministros notablemente ligeros, no hubieran dado también en la flor de confiar las Embajadas y Legaciones a deudos y amigos suyos, pertenecientes a la clase noble o a la recientemente ennoblecida; pero desprovistos de las cualidades necesarias para tales destinos y tan escasos de recursos, que en vez de vivir con lujo, como los magnates de antaño, ahorran todo lo que pueden para salir de deudas y apuros.

Jefe nombrado de nuestra Legación era un diplomático de carrera, el conocido D. Mariano Carnerero, que había sido Secretario de D. Pedro Labrador en el Congreso de Viena, y gozaba de mucho crédito entre los de su clase. Pero una enfermedad, de la cual murió pocos meses después, le impidió partir con nosotros a Lisboa, y D. Leopoldo Augusto de Cueto, poeta y literato muy distinguido, que había servido ya en París y Copenhague, fue nombrado primer Secretario y marchó a desempeñar interinamente la misión de Portugal, en lugar de Carnerero, con el carácter de Encargado de Negocios. Agregados también, como yo, eran: el Conde de Cartagena, hijo del General Don Pablo Morillo, que fue uno de nuestros militares que más se distinguieron en la guerra contra los insurrectos de América; D. Francisco Figueras, hijo de un antiguo Magistrado, y D. Isidoro Gil, hermano del autor de *Guzmán el Bueno*, y poeta también, como él, aunque no de tanta fama. Siendo entonces largo e incómodo el viaje por tierra a Portugal, preferimos hacerlo por mar en un vapor inglés que iba en aquel tiempo periódicamente de Cádiz a Southampton, tocando en Lisboa y Vigo, y llegamos a Lisboa al segundo día, después de una navegación muy feliz.

XIV.
Lisboa, en 1844.

Belleza de Lisboa.—Lástima que no sea la capital de toda España.—Historia de Portugal y ventajas que nos ha llevado en muchas cosas.—Causas de su relativa pobreza.—Semejanza de las situaciones interiores de España y Portugal en aquella época.—Olózaga expulsado de Lisboa.—González Bravo nombrado Ministro en aquel Reino.—Muéstrase muy amigo de los portugueses.—Lealtad de la política española en Portugal desde la época de Fernando VII.—Sabios consejos de Pacheco acerca de las utopías unionistas.—Cuerpo diplomático residente en Lisboa.—España no estaba todavía reconocida por varias Potencias europeas.—Afición de nuestros hombres políticos a aquella Legación.

«Quem nao tem visto Lisboa, nao tem visto cosa boa», dicen los portugueses, y por mi parte hallo que no les falta razón. Es aquella capital un verdadero portento, digno de ser comparado con Nápoles y aun con Constantinopla. Lo que esta ciudad es en el Oriente viene a ser Lisboa en el Occidente. Si la una se ufana de ser la llave del mar Negro y la dominadora de los mundos, la otra corona la Europa, como dice Camoens, da frente a la América y parece destinada a mandar en el Océano. El Tajo recuerda el Bósforo; pero su clima es todavía más benigno y se asemeja al de Italia.

Bosques de naranjos embellecen su fértil campiña, y desde Queluz hasta Cintra la Naturaleza repite por do quiera las maravillas de Sorrento.

El interior de Lisboa no es menos hermoso que su aspecto exterior, porque hallándose fundada, como Roma, sobre varias colinas, ofrece a cada paso puntos de vista muy pintorescos. La plaza llamada Forrero do Pazo, así como las calles d'Ouro, de Prata e Augusta, pueden competir con las más bellas de Europa. No posee monumentos tan notables como Sevilla y Toledo; pero los tiene superiores a los de Madrid. El templo y la Torre de Belén son joyas preciosas del arte gótico, y los Palacios Reales de Ayudas y Necesidades, así llamados porque están construidos cerca de dos iglesias con estas invocaciones de la Virgen, son dignos de una gran Metrópoli. Los palacios de la nobleza y el caserío en general son hermosos, y como abunda el terreno, hay muchas habitaciones con extensos jardines. En los alrededores, especialmente hacia Queluz y Casillas, álzanse multitud de casas de campo, que recuerdan las de Italia y forman un conjunto harto más risueño que el de las cercanías de Madrid.

Con embeleso contemplaba yo aquel espectáculo y no podía menos de deplorar que no estuviese allí la capital de toda España, como parece pedirlo su admirable situación y la amenidad de su suelo. Ya que desde los tiempos del Rey D. Enrique II cesó de ser Sevilla la residencia favorita de nuestros Monarcas, es lástima grande que no la pusiese en Lisboa el Rey D. Felipe II, dándonos así una capital digna de nuestra grandeza y haciendo más difícil la sublevación de aquel Reino. Paréceme, siempre que en ello pienso, que de cuantas faltas han cometido nuestros hombres de Estado, ninguna ha sido tan grave como la de preferir la conservación de las posesiones de Italia y Flandes a la del vecino Portugal, prestando más atención a aquellos Estados lejanos que a los que teníamos tan cerca de casa y, por decirlo así, en nuestro seno.

Apresúrome, sin embargo, a decir que si bien me duele, a fuer de español, que aquel Reino no forme parte del nuestro, no por eso dejo de admirar el patriotismo con el cual el pueblo portugués ha sabido en todas las edades defender su independencia. Lo que yo deploro es que en la era del Rey D. Juan I, cuando la unión hubiera sido más fácil, y después en tiempo de Felipe II, cuando todavía no era imposible, no se realizase una amalgama de los dos pueblos, como la que tuvo lugar, casi en el mismo siglo, entre Aragón y Castilla. Por lo demás, claro está que los portugueses han tenido razón en defenderse contra nuestros proyectos de conquista, siguiendo en esto antiguas tradiciones que merecen el aprecio de las almas nobles.

Refiérese que Napoleón I recomendaba el estudio de la historia portuguesa en los Liceos de Francia, porque le parecía que ninguna era más a propósito para enseñar de qué manera un pueblo relativamente pequeño puede alcanzar mucha gloria a fuerza de valor y patriotismo. Y con efecto, Portugal nos ha igualado en varias fases de nuestra común historia, y en algunas de ellas ha sido aun más afortunado que nosotros. Si España se enorgullece con Numancia, la Lusitania ostenta a Viriato, que luchó mucho tiempo contra todo el poder de Roma. En la Edad Media sucumbió después de todos los pueblos de la Península, y cuando nos conquistaron los árabes, los portugueses fueron los primeros en emanciparse; su territorio quedó pronto libre de agarenos, como lo prueba su lengua, exenta de la dura jota, que es entre nosotros la señal de la cadena. Al empezar la Edad Moderna fueron los portugueses los primeros que pusieron el pie en las costas africanas, precediéndonos en el camino de los descubrimientos y conquistas. Portugueses eran Gama y Magallanes; y Cortés, como Pizarro, tuvieron rivales en los conquistadores de la India. Fue tan gloriosa aquella época para los portugueses, que su recuerdo los consuela siempre de las desgracias de tiempos posteriores, como lo ha expresado muy bien el poeta Bocage en estos hermosos versos:

¡Oh seculos de héroes ¡días de gloria!
Varoes excelsos, que apezar da morte,
¡Vivéis na tradizao, vivéis na historia!
Albuquerque terribil, Castro forte,
Menezes éoutros mil, vossa memoria
Vinga as injurias, que nos faz a sorte.

Cuando el joven D. Sebastián, en quien revivía después de algunas generaciones el carácter de Carlos el Temerario, perdió locamente su vida en las arenas de África, Felipe II supo aprovecharse de la debilidad en que había quedado aquel Reino para apoderarse de él, y tuvo así la gloria de realizar nuevamente lo que había realizado diez siglos antes la espada de Leovigildo: la unión de toda la Península. Pero aquel hermoso resultado no duró mucho tiempo, y el Portugal, malcontento y desatendido, aprovechóse a su vez de nuestro decaimiento en el siglo XVII para recobrar su independencia.

Viniendo a los tiempos más modernos, Portugal tuvo la fortuna de libertarse más pronto y mejor que nosotros de la invasión de Bonaparte. Sus Reyes se retiraron con tiempo al Brasil. No tuvo su historia un episodio como aquellas escenas de Bayona, en las cuales no se sabe qué indigna más, si la perfidia del Monarca francés o la pusilanimidad de nuestros Príncipes. Empezada la era de las revoluciones, la suerte no fue menos favorable a los portugueses, porque si bien adoptaron, como nosotros, la herencia de las hembras, tuvo Doña María por principal apoyo a su mismo padre D. Pedro, quien, ayudado de Villa Flor y Saldaña, le aseguró en breve tiempo la posesión de aquel trono: la guerra civil fue corta y no ha vuelto a repetirse. Después han tenido siempre el Gobierno de varones, y aunque ha habido también allí pronunciamientos, no han sido tan frecuentes como entre nosotros, ni han humillado a la Corona con el establecimiento de una República.

En su organización interior ha tenido asimismo el Portugal algunas ventajas, en razón a que sus nobles tomaron una parte más activa que los nuestros en la restauración liberal, y esto les dio por necesidad una posición más preponderante en la política de su país. La Cámara de los Pares ha realizado allí por mucho tiempo el ideal que Martínez de la Rosa deseó en vano para España, al proyectar su Estatuto Real y su Estamento de Próceres. Aquella revolución fue desde el principio más conservadora, más inglesa que la nuestra, entre otras razones, porque, habiendo cesado pronto la guerra civil, no hubo ocasión, como en España, de que los más exaltados extremasen sus ideas para contraponerlas a las de sus adversarios. El carácter de los portugueses ha contribuido también en mucho, si no me equivoco, a este feliz resultado, porque son como una raza aparte en la Península, con menos imaginación, si se quiere, pero con más juicio que las que pueblan otras provincias.

En la época de nuestra llegada reinaba en Portugal la Reina Doña María de la Gloria, señora la más obesa entre los obesos Braganzas, linfática y comilona, a tal punto que hasta en el teatro se retiraba a un saloncito contiguo a su palco, para tomar té y otros alimentos durante los entreactos de la ópera. Su carácter era bondadoso, y vivía muy enamorada de su segundo marido el Príncipe Fernando de Coburgo, joven alto y bien plantado, instruido y amable, de modo que aquella Corte ofrecía el edificante y agradable espectáculo de un matrimonio Real completamente unido y feliz. Las guerras y las revoluciones habían empobrecido mucho a Portugal, ya poco rico de suyo, porque el tratado de Methuen acabó con sus antiguas industrias y le dejó casi reducido a la exportación de sus productos agrícolas. Ya no se hacían allí aquellos muebles de otras épocas, delicias hoy del anticuario, y a excepción de los objetos indispensables para la vida, todo se importaba de Inglaterra, La Corte había quedado llena de deudas, y como muestra de ello referiré que, habiendo reinado una noche un fortísimo viento, que rompió muchos cristales del Palacio Real, hubo grandes dificultades para encontrar un cristalero que quisiera reponerlos, porque, temiendo no ser pagados en mucho tiempo, todos se excusaban de hacerlo. El comercio de Portugal, reanimado pasajeramente por la política ilustrada de Pombal, volvió a decaer a fines del siglo anterior, y había sufrido después mucho por la pérdida del Brasil, como sufrió el nuestro por la de Méjico y Perú. Podíase ya presagiar desde entonces la angustiosa situación financiera que nubla el porvenir de aquel Reino en las postrimerías del siglo XIX.

La semejanza de vicisitudes entre los dos países hacían en aquel momento casi iguales sus situaciones internas, y un Gobierno conservador hallábase allí, como entre nosotros, al frente de los negocios públicos. Costa Cabral, hombre de oscuro linaje, pero de clara inteligencia y enérgico carácter, era entonces primer Ministro de Portugal y hacía en aquella nación una política de

resistencia muy parecida a la que González Bravo estaba practicando en Madrid, circunstancia que facilitó mucho la negociación más urgente que ocupaba a D. Leopoldo de Cueto, la cual estaba encaminada a obtener del Gobierno portugués que expulsara de sus dominios a D. Salustiano Olózaga, refugiado allí desde que fue derribado del poder.

Asomará quizás la sonrisa a los labios de mis lectores al saber que en aquel tiempo se daba tanta importancia a un personaje que ni ceñía espada ni ha pasado después por un conspirador muy temible; pero desgraciadamente la situación de España estaba todavía tan poco segura, era tan reciente la época en que los revolucionarios de todos matices habían cometido allí graves excesos antes y después de la Regencia de Espartero, que con razón se deseaba mantener lejos de nuestro suelo a un hombre como Olózaga, que se hallaba despechado por haberse visto en la precisión de marchar al extranjero, a consecuencia de las intrigas de que había sido acusado en el Congreso. Lisboa era un punto demasiado cercano a nuestra frontera, y Costa Cabral lo reconoció así y acabó por conceder su expulsión, a pesar de que Lord Howard, Ministro de Inglaterra, dispensaba su decidida protección a aquel hombre político, sin más derecho que el interés que tenía su país en favorecer en España y Portugal a todos los revolucionarios. Con rubor menciono tales injerencias de un Gobierno extranjero en nuestros asuntos; pero son noticias conformes a la verdad histórica y es quizás útil que las nuevas generaciones sepan hasta qué punto deseaba un día la Inglaterra que nuestra patria fuese teatro de continuas alteraciones.

Ni era Olózaga el solo revolucionario español que vivía entonces en Portugal; los depósitos de Peniche y Cascaes estaban llenos de ellos; pero eran de mucho menos importancia, aunque siempre la tenían bastante para quitarles el sueño a los Capitanes Generales de Galicia, Extremadura y Andalucía, quienes mantenían con la Legación una correspondencia continua, y veían o soñaban siempre expediciones de refugiados políticos, dirigidas a aquellas provincias. D. Leopoldo Cueto logró que el Gobierno portugués ejerciese sobre ellos la mayor vigilancia, y durante su Encargaduría de Negocios no hubo que deplorar cosa alguna grave en este punto.

Al empezar el verano fue formado al fin en Madrid un Ministerio presidido por el General Narváez, y D. Luis González Bravo vino de Ministro Plenipotenciario a Lisboa, y confirmó más y más el ánimo de Costa Cabral para que siguiera una conducta política enteramente favorable a los intereses de España, los cuales eran en realidad los intereses de Portugal, puesto que teníamos en aquel período histórico los mismos fines y los mismos enemigos. González Bravo se estableció con cierto boato, y como tenía mucho talento, pronto supo adoptar los usos diplomáticos y conformarse a las exigencias de su posición. Estaba casado con Doña Joaquina Romea, hermana del célebre actor de este apellido, mujer bella y graciosa, que le ayudaba mucho a hacer los honores de su posición; y aunque ambos eran de la clase media, no dejaron de ser bien acogidos por la nobleza portuguesa. Su casa fue pronto una de las más agradables de Lisboa.

«Estrechar más y más las cordiales relaciones que unen felizmente a los dos países», es uno de los lugares comunes más frecuentes de las instrucciones que reciben los diplomáticos cuando marchan a su destino. En el caso de Portugal no está de más esa cláusula, porque la vecindad de los dos pueblos exige que esas relaciones sean lo más amistosas posibles; pero sería bueno añadir «que no se omita medio alguno para persuadir a los portugueses de que España no tiene hoy día ni el más remoto deseo de apoderarse de aquel país». Este deseo parece a primera vista muy natural, porque allí desaguan tres de nuestros principales ríos, y Portugal es una parte integrante de la Península española. El Conde de Garden, contando una conversación que tuvo el de Segur con el famoso Aranda, Embajador de España en París, a fines del siglo pasado, refiere que éste le explicaba a aquél toda la política extranjera por medio del sistema entonces tan en boga del redondeamiento, reemplazado después por el de anexiones, que es bastante parecido; y queriendo Segur probarle que le había comprendido bien, díjole con gracia que sin duda a España le convendría redondearse por el lado de Portugal. Y a semejanza de Segur, no hay diplomático extranjero que no nos suponga esas secretas miras, a la manera que suponen en el gabinete ruso la de apoderarse de Constantinopla.

Pero, cualquiera que haya sido la política de nuestros hombres de Estado en épocas anteriores, es un hecho que desde el tiempo de Fernando VII hasta el día nadie ha abrigado entre nosotros tales designios, a excepción de los republicanos, cuya utopía de la unión ibérica vendría a ser una disimulada conquista. Reconócese ciertamente que nos convendría poseer a Portugal; pero, puesto que esa unión no tuvo lugar en tiempos en que era relativamente fácil, nadie quisiera hoy emplear la violencia para conseguirla. Y la verdad es que en la época moderna la tendencia es más bien adversa que favorable a la amalgama de naciones dotadas respectivamente de una vida propia y de lengua o intereses diferentes, pues vemos que la unión de Hungría y Austria, de Noruega y Suecia, y aun de Irlanda e Inglaterra, forman como matrimonios mal avenidos, que a veces producen más males que bienes. Ocasiones ha habido en que el Austria, la Suecia y la Gran Bretaña misma han visto comprometidos sus más caros intereses a causa de la indocilidad de esos incorporados vecinos.

La consecuencia que se deriva de esto es que, si bien la unión con Portugal sería deseable, eso habría de ser únicamente en el caso de que aquella Nación se convenciera algún día de que para salir de la posición relativamente humilde a la cual la condena la pequeñez de su territorio, debería formar parte, como Aragón y Castilla, de la gran de patria española. Es lícito esperar que esto sucederá algún día; mas entre tanto conviene respetar completamente la independencia de los portugueses, persuadiéndoles de que no tienen en Europa mejores amigos que la España y los españoles. D. Joaquín Pacheco, en una serie de artículos que publicó el periódico *La Patria*, resumió bien, en mi sentir, el carácter de esta política, diciendo que el Gabinete español debía adoptar respecto de Portugal una actitud puramente pasiva, limitándose a no hacer nada para impedir que la unión tenga lugar algún día. En el siglo XVIII Portugal faltó de un modo deplorable a la buena armonía que conviene a las dos naciones, tomando gratuitamente las armas contra nosotros durante la guerra de sucesión de Felipe V; y a principios del siglo pasado la violó a su vez España cuando un Monarca alelado y un favorito temerario emprendieron, por complacer a Bonaparte, la insensata campaña, llamada de las naranjas, que abrió las puertas de nuestro país a los ejércitos, franceses, Pero esos tiempos han pasado para no volver jamás, y en varias ocasiones, singularmente cuando el General D. Manuel de la Concha entró en Portugal en 1847 a fin de sofocar la loca insurrección de Oporto, nuestro Gobierno ha mostrado tanto celo para restablecer el orden en aquel país, como esmero en respetar su independencia.

El carácter naturalmente recto y benévolo de González Brayo era muy adecuado para llevar a cabo esa política de leal y sincera amistad. Gustábanle los portugueses, y en muchas ocasiones nos hacía notar las nobles cualidades que los adornan. Si alguno refería uno de esos cuentos que corren en España, inventados sin duda en otros tiempos a fin de poner en ridículo a aquellos buenos vecinos, al instante nos advertía que el mismo cuento existía en Portugal, con la sola diferencia de que el protagonista era un español. Recuerdo, entre otras, una observación suya muy graciosa en defensa de los portugueses. Reíase uno de nosotros de que cuando éstos le dan a alguno, sin querer, una pisada, en lugar de pedirle perdón, le dicen «tinha pazienza»; pero González Bravo le hizo reparar que, si bien se considera, peor es la especie de excusa que damos en España, porque, si pisamos a alguno, solemos decirle únicamente «Usted disimule», lo cual tiene casi visos de impertinencia, siendo imposible disimular una cosa que tanto lastima.

En aquella época, inútil es ocultarlo, no existían simpatías de ninguna clase entre los dos pueblos; subsistían todavía entre ellos los odios causados por las antiguas guerras; y como las comunicaciones entre uno y otro país eran muy difíciles, puédese decir que no se conocían. La construcción de los caminos de hierro va disminuyendo esas añejas prevenciones; pero cuando yo llegué a Lisboa se mantenían sumamente vivas, y por efecto de ellas eran frecuentes las disputas y algaradas en toda la frontera, sobre todo por el lado de Ayamonte. Limitábanse en general a lo que llaman los portugueses *pancadas de paos*; mas no era raro que saliesen a relucir las facas y navajas y corriese la sangre. González Bravo hacía siempre lo posible con objeto de que tales escenas se evitasen, recomendando la prudencia y la vigilancia a las autoridades españolas, pues casi siempre sucedían por culpa de nuestros compatriotas o descuido de nuestros Alcaldes.

La posición del Ministro de España no era entonces muy lisonjera en ninguna parte a causa de la especie de excomunión política en que vivía nuestro país. Más afortunado en esto que nosotros Portugal, había sido ya reconocido por todas las Potencias europeas, de modo que además de los representantes de Inglaterra, Francia y Bélgica, los había en aquella capital de Austria, Prusia, Rusia, Cerdeña y la Santa Sede, ninguna de cuyas Cortes quería tener relaciones oficiales con el Gobierno español. El triunfo de las tropas de la Reina y la fuga de D. Carlos no habían bastado para que se moviesen a reconocernos, porque la Regencia de Espartero les pareció una república disimulada y no se fiaban de nuestras protestas de monarquismo. Fue necesario que la revolución del año 48 les pusiese a muchas de ellas en una posición bastante parecida a la nuestra para que al fin nos mostrasen mayor benevolencia.

Pero si bien no manteníamos relaciones con aquellos países, no dejábamos por eso de tenerlas oficiosas y amistosas con sus diversos Ministros y con sus agregados y Secretarios, entre quienes había algunos de mucho mérito, tales como el Barón de Hubner, hechura de Metternich y Secretario entonces de la Legación de Austria, el cual llegó después a ser Embajador en París y Roma, y escribió libros muy amenos de historia y viajes; y el caballero D'Oubril, Secretario de Rusia, que era hijo de un antiguo Embajador de su país en Madrid, en tiempo de Fernando VII, y ha ocupado después con mucho brillo los más altos puestos de la carrera diplomática. El Nuncio era Monseñor di Pietro, persona docta y hábil, pero algo joven todavía para un cargo tan importante, y prelado de un tipo demasiadamente mundano, que por fortuna va desapareciendo poco a poco, gracias a la mayor circunspección empleada hoy por la Iglesia al elegir sus altos funcionarios. Las desgracias y los ataques de que aquélla es víctima, han impuesto también a éstos mayor dignidad en sus actos.

Siendo Lisboa puerto de mar, venían a menudo buques de guerra de todas las naciones marítimas, y la presencia de sus oficiales daba mucha animación a las reuniones de los diplomáticos y de la sociedad portuguesa. Allí vi por la primera vez el pabellón de guerra de Rusia y aun el de Prusia, cuya nación envió entonces a aquel puerto una pequeña fragata de veinticuatro cañones; y para que se vea cuánto espacio ha corrido en este siglo aquel país, referiré que su llegada llamó extraordinariamente la atención, pues pocos sabían que Prusia tuviese marina de ninguna especie. Y a causa de esto ocurrió una escena curiosa en una de las Legaciones extranjeras. Preguntó cierto Ministro al Comandante del buque prusiano cuál era el objeto de su viaje. Respondióle aquél que en realidad no le tenía y que navegaba sólo para ejercitar a su gente. «Pues en ese caso, continuó diciendo el otro, olvidando sin duda con quién hablaba, puédese decir que usted viaja por el Rey de Prusia»; que es la frase muchas veces empleada en la lengua francesa para indicar que una cosa es inútil. Por fortuna todos lo tomaron bien y se rieron del *lapsus linguae*.

Decía muchas veces el Príncipe de Metternich, que en cuarenta años que había sido Ministro de Negocios Extranjeros, no había conocido ningún diplomático ni Cónsul que estuviese contento con su destino. Cuál se quejaba del clima, cuál del alejamiento, quién de la falta de vida social, quién de la carestía o de la dificultad de los asuntos. El Cuerpo diplomático residente entonces en Lisboa no desmentía esa regla general, porque pocos eran sus individuos que no le hallasen inconvenientes. El atraso del país era lo que más les incomodaba, y por cierto no sin algún motivo, porque en aquella época hallábase todavía Lisboa muy poco adelantada con relación a otras capitales europeas. Recuerdo, verbi gracia, que no toda la ciudad era igualmente limpia: había ciertos barrios donde, al volver a casa de noche, había que apretar el paso para no recibir alguna lluvia parecida a las que se describen en el Gran Tacaño, pues cada vecino echaba por la ventana toda clase de líquidos, sin más precaución que la de gritar «agua va» casi al mismo tiempo que los vertía.

Como muestra de la idea que entonces tenían los diplomáticos de aquella residencia, contaré esta anecdotilla, inventada sin duda por algún descontento. Suponían que cierto Ministro de Negocios Extranjeros del Brasil, quería persuadir a uno de sus amigos políticos de que debía aceptar la misión de Lisboa, y para ello le decía lo siguiente: «Estará usted allí muy bien; el clima es

delicioso, la lengua y las costumbres son las mismas que en el Brasil, los portugueses son afables; en fin, con un poco de imaginación se creerá usted en Europa».

Pero ni entonces ni después han necesitado nuestros hombres políticos que se les prueben las ventajas de aquel país. Todos han aspirado siempre a la Legación de Portugal, y en ella han hecho sus primeras armas muchos de nuestros noveles diplomáticos. La razón de esto ha sido, en primer lugar, que les agrada mucho la proximidad en que se halla de Madrid, y además porque se imaginan que allí podrán hacerse mejor entender hablando la única lengua que poseen, que es la española. Esto ha dado lugar a veces a nombramientos algo cómicos, y referiré, como ejemplo, el de un caballero tan poco acostumbrado a los usos del mundo, que antes de marchar a su destino tuvo la modestia de preguntarle a mi amigo D. Gaspar Muro, antiguo diplomático, si para ejercer sus funciones en Lisboa debería hacerse un frac nuevo; a lo cual le respondió aquél con oportunidad, que para resolver esa grave cuestión era necesario saber en qué estado se hallaba el que poseía. En fin, allí han ido también de preferencia esos hidalgos atrasados, a quienes he aludido en el capítulo anterior, porque, como dijo Bretón en una de sus sátiras,

¿Qué hombre no acepta en sus apuros
Ocho mil, doce mil, veinte mil duros?

XV.
Lisboa, en 1844.

Sociedad de Lisboa.—El Marqués de Fronteira.—El Conde de Farrobo.—Pocas damas portuguesas verdaderamente bellas.—Señoras españolas e inglesas.—Las Cruz y Laura Blanco.—Últimos amores de D. Luis Córdoba.—Poca afición de los portugueses al paseo.—Fealdad del pueblo.—Gallegos.—Amena residencia de Cintra.—Recibimientos de la Corte.—Mafra y Batalha.—Teatros de San Carlos y de la rúa dos Condes.—Lengua portuguesa.—Opiniones que Fernando VII tenía de ella.—Sus cualidades y defectos.—Carácter melancólico de los portugueses.—Su dulzura y lealtad.—Vanidad que se les advierte.

La Legación de España en Lisboa ha tenido siempre bastantes ocupaciones, como todas las que se hallan en países limítrofes del nuestro, y generalmente no terminábamos los trabajos de la Secretaría hasta las cuatro de la tarde; pero siempre me quedaba tiempo sobrado para pasear y divertirme. Las noches las tenía asimismo libres y las pasaba en el teatro o en sociedad, y cuando me faltaban ambos recursos, me dedicaba a mi recreo favorito, que es la lectura, pues los libros han sido siempre para mí como para Don Quijote, «el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida». De esta manera evitaba uno de los inconvenientes de la vida diplomática, que es el aburrimiento, porque no todo es en ella fiestas y regocijos, especialmente durante la estación calurosa, cuando toda la buena sociedad se va al campo o a los baños, mientras que el diplomático tiene siempre negocios corrientes que no le permiten ausentarse por mucho tiempo de la capital en que reside.

Frecuentar la sociedad es una de las obligaciones del diplomático, pues no de otro modo puede conocer bien el país donde reside y las opiniones de las clases dirigentes; y aun hay ocasiones en que sería útil que visitase también las casas de la burguesía, porque a veces sucede que ciertos respetos cierran la boca de la gente más principal, o también que no hay conformidad entre las opiniones de todas las clases, y mal enterado estaría un agente extranjero de las generales de una nación si sólo escuchara, por decirlo así, una sola campana, cuando hay otras muchas discordes. Mas de todas maneras, es evidente que sin frecuentar los salones no es posible desempeñar bien los cargos de esa especie; por cuya razón he considerado siempre que el excesivo rigor empleado hoy en los exámenes no es un medio tan seguro como a muchos les parece de procurarse buenos empleados de la carrera diplomática, en atención a que es muy frecuente que los jóvenes más

instruidos sean al mismo tiempo los menos a propósito para la vida del gran mundo. Pero en esto, como en todo, es muy difícil señalar reglas infalibles.

Como quiera que sea, los jóvenes que componíamos entonces la Legación de Lisboa éramos todos muy aficionados a la buena sociedad y frecuentábamos cuanto podíamos los salones de aquella capital, los cuales desgraciadamente eran a la sazón muy pocos. En primer lugar es preciso decir que los portugueses en general, no son demasiadamente amigos de recibir ni dar fiestas. Además, la Corte se veía obligada a vivir con mucha parsimonia a causa del estado poco brillante del Patrimonio Real y de la escasez de la lista civil. Los Duques de Ferceira y Palmela y otros señores de antigua alcurnia no estaban tampoco muy desahogados. Sólo el Marqués de Fronteira recibía a la sociedad portuguesa y al Cuerpo diplomático en su quinta de Bemfica, cderca de Lisboa. Era el Marqués un tipo perfecto del hidalgo de su nación, serio, sosegado, amable y cordial. Hablaba el inglés mejor que el francés, como les sucede en general a los portugueses, y recibía con una urbanidad exquisita. Mostrábase muy inclinado a los españoles, y esto nos le hacía todavía más simpático. La Marquesa su mujer, y también su hija, eran igualmente modelos de noble cortesía. Sin titubear se las podía comparar con las señoras más señoras de cualquiera otra capital de Europa, íbamos allí casi semanalmente a tomar té, que en Portugal es desde antiguo de un uso tan común como en Inglaterra, pudiendo decirse que el dominio del chocolate acaba en nuestra frontera. Los portugueses, conquistadores del Asia, fueron los primeros que introdujeron en Europa esa hierba aromática, a la cual dan su verdadero nombre chino, llamándola «Cha».

El Conde de Farrobo, noble moderno, el cual debía sus grandes riquezas a los préstamos que había hecho al Rey D. Pedro, daba también algunas fiestas, tanto en la ciudad como en una quinta que tenía, como Fronteira, en las cercanías de la capital, con bellos jardines y un teatro donde se cantaban óperas y se recitaban comedias. Su posición fastuosa recordaba la que han tenido en este siglo otros opulentos banqueros en varias capitales de Europa, tales como Torlonia en Roma, Rotschild en Londres, Aguado en París y Salamanca en Madrid. Sus hijos han heredado su dinero, pero no su capacidad para los negocios.

Las damas que concurrían a aquellas reuniones eran muy elegantes, mas no todas bellas, pues las portuguesas en general no lo son. Sólo recuerdo como excepciones a la Condesa de Villa Real, la de Brancamp y una Condesita de Araujo, la cual casó luego con Forth Rouen, Encargado de Negocios de Francia. El contingente de hermosas señoras lo daban en aquel tiempo las extranjeras, singularmente las españolas. Una Montufar, hermana de la Marquesa Carolina de Bedmar y casada con el Coronel Barreiros, era tan linda como graciosa. Las señoritas de Cruz, dos de las cuales pasaron más tarde a España, casadas con españoles, eran lo que llamamos buenas mozas, en toda la acepción de la palabra, y la casa de su madre vino a ser uno de nuestros mayores recursos, porque recibían casi todas las noches. Por fin, la bella de las bellas, era una Laura Blanco, hija de un rico negociante español allí establecido. Esbelta, elegante, con ojos aterciopelados y una cabellera negra y rizada que llevaba caída por la espalda, según la moda de entonces, fascinaba a cuantos la veían; y si añado que era también instruida y discreta, fácilmente adivinará el lector que no le faltaban adoradores. Uno de ellos, platónico por supuesto, era nuestro jefe D. Leopoldo de Cueto, quien, a fuer de poeta, hallaba en ella otra Laura de carne y hueso, a la cual podía dedicar, cual un nuevo Petrarca, sus más apasionados versos. Su mujer, la amable Amparo, no dejaba de apercibirse de ello; pero lo tomaba con esa magnanimidad, que es tan propia de las señoras de mundo.

De las damas inglesas recuerdo a una Missis Gould sumamente bonita y otra todavía más hermosa, que fue la última pasión de nuestro General D. Luis Fernández de Córdoba, emigrado en Lisboa desde el pronunciamiento de Sevilla y muerto allí poco tiempo después. Según me contaba un cierto D. Carlos de Gand, antiguo Guardia de Corps de Fernando VII, que estaba casado y establecido en Lisboa, y había sido muy amigo de Córdoba, éste la amó bien hasta el último suspiro

y creía que la bella señora no le olvidaría nunca; pero ¡ay! que no sucedió así, por que la historia del billete de la Châtre[3] suele ser muy general en toda clase de amoríos.

Los jóvenes portugueses gustan bastante de la sociedad y en todas partes encontrábamos muchos de ellos y de las primeras familias de aquel Reino, no dejando de ser interesante el ver con frac negro y corbata blanca a los Noroñas, Acuñas, Castros, Meneses, Sampayos y otros muchos, cuyos antepasados figuran con tanto brillo en los anales de su país. Algunos han dicho que los portugueses son apasionados por el juego, y algo observé en Lisboa que me probó la exactitud de ese juicio.

Siendo Portugal un país pobre, era por lo mismo sumamente barato; de manera que con sólo 6.000 pesetas anuales que me mandaban de mi casa, podía vivir bien y tener un caballo de montar como mi más rico compañero Cartagena, con el cual habitaba en una casa muy linda, situada enfrente del teatro de San Carlos. Cueto y Figueras tenían asimismo caballo, y todos juntos solíamos dar buenos paseos, ora a la orilla del Tajo, ora en lo que llaman Campo Grande. Pero en ningún sitio encontrábamos mucha gente, ni tampoco cuando íbamos a los paseos públicos de la ciudad, de los cuales había dos muy amenos, uno en la parte baja y otro en la alta, que llaman San Pedro de Alcántara; de suerte que me atrevo a decir que los portugueses no se pasean nunca ni a pie, ni en coche ni de ninguna manera.

El pueblo bajo portugués es en general feo, sobre todo las mujeres, las cuales van además muy mal vestidas, cubiertas en invierno con una capa parda, como la de los hombres, que las priva de toda gracia, y con un pañuelo blanco sobre la cabeza, que les da a todas ellas el aspecto de viejas. Hay muchos negros en Lisboa venidos del Brasil y del Congo, con cuyos países ha tenido siempre el Portugal continuas relaciones comerciales y políticas, y algunos creen que la mezcla de esa sangre ha perjudicado mucho a la raza portuguesa. Mejor influencia etnológica tienen sin duda nuestros gallegos, de los cuales acuden millares a Lisboa, para ejercer, como en Cádiz y Sevilla, todos los oficios que piden fuerza o confianza, y son también allí, como en todas partes, modelos de honradez y laboriosidad; lo cual, sin embargo, no los salva de las burlas de los portugueses. Camoens mismo los llama «os sordidos gallegos, duro bando»; y toda la poesía portuguesa abunda en expresiones del mismo género. ¿Qué más? Cuando los periódicos de Lisboa anunciaban la llegada del vapor de Vigo, decían siempre que traía tantos pasajeros y tantos gallegos, como si éstos no fueran seres humanos, sino de una especie diferente.

Cuando llegó la estación más calurosa, logré que Cueto me diera permiso para ausentarme algunos días de la Secretaría, y fui a pasarlos en Cintra con mi compañero Cartagena. No fueron más que quince; pero guardo de ellos el recuerdo más placentero, en confirmación de lo que dice de aquella residencia un poeta moderno llamado Almeida Garret, que es el Espronceda portugués, en una linda composición que empieza de esta manera:

Cintra! amena estancia,
Trono da vecejante primaveira,
¿Quem te nao ama?
¿Quem em teu recinto

---

3 «El marqués de La Châtre era el feliz amante de Ninon de Lenclos desde hacía un tiempo cuando recibió la orden de incorporarse al ejército. Una separación, en tal situación, resulta muy cruel. La Châtre sentía gran temor, porque intuía el daño que su ausencia causaría a una belleza acostumbrada a mirar el amor como una sensación y no como un sentimiento. Para tranquilizarse, buscó una garantía contra la inconstancia de su amante. Le exigió que se comprometiera por escrito a permanecerle fiel... Ninon intentó en vano mostrarle lo extravagante de tal propósito; pero se vio obligada a ceder para escapar de sus incesantes importunidades, y le firmó una famosa nota donde hacía de entre todos los juramentos posibles el que menos podía cumplir, el de no amar nunca a nadie más que a él. Pero ella no se creyó ni un solo momento obligada a tan temerario compromiso; y en el mismo momento en que faltó de la manera más mínimamente equívoca a la fe jurada, gritó varias veces: *¡Ah! ¡Qué buen billete tiene La Châtre!* Gracioso comentario que se ha convertido en proverbio, para significar una seguridad endeble en la que no se debe confiar.» (Pierre-Marie Quitard, *Dictionnaire étymologique, historique et anecdotique des proverbes et des locutions proverbiales de la langue française*, Paris 1842).—Nota del editor digital.

Una ora de vida lhe ha colhido
Essa ora esquecerá?

Figúrese el lector los encantos de Aranjuez y La Granja unidos a los de Sevilla, las colinas alternando con los valles, los álamos acompañando a los naranjos; por doquiera hermosas vistas, frondosos árboles, frescas aguas y bellas flores. Para colmo de encanto, la proximidad de un mar azul y dilatado, como en la ribera de Sorrento. En resumen, el sitio más ameno de la Península Ibérica y uno de los más hermosos del mundo. ¡Qué frescura en aquellos paseos, qué abundancia de sitios pintorescos! Por el lado del Océano están las montañas cortadas a pico, de modo que algunos pastorcillos que pacen por allí sus cabras, creen dar muestra de grande habilidad, porque bajan hasta la orilla del mar tocando una rústica flauta. En una de las alturas hay un castillo llamado de la Pena, que estaba entonces restaurándose a expensas del Rey D. Fernando, quien, a fuer de alemán, era muy aficionado a las bellas artes, y no obstante la penuria del Tesoro, había encontrado dinero para aquel gasto. El arquitecto que dirigía las obras era asimismo alemán, e imitaba muy bien en aquel castillo el estilo y la ornamentación árabe de nuestra Alhambra.

De carácter árabe es también el Palacio Real de Cintra, que se cree reedificado sobre las ruinas de un antiguo Alcázar de los Reyes moros de Lisboa. Allí residía la Corte durante el verano y recibía todos los jueves al Cuerpo diplomático y a las familias de la aristocracia que pasaban la estación calurosa en aquellas deliciosas sierras. La Reina y su esposo tenían círculo y hablaban amablemente con todos, siendo notable el porte de Doña María, pues a causa de su gordura no podía permanecer mucho tiempo erguida, y cuando se paraba delante de alguna persona, se sentaba y descansaba, por decirlo así, sobre sí misma, disminuyendo mucho de talla, y cuando concluía de hablar y quería volver a ponerse en movimiento, se la veía alzarse y crecer muchas pulgadas, como si se levantara de una silla.

La cabalgadura general en Cintra era el borrico, en razón a que tiene el pie más seguro que el caballo para subir las montañas, y los hay allí de muy grande talla. Pero ninguno igualaba al de la Reina, que era como un castillo; y bien se necesitaba que lo fuera para soportar tan pesada carga, y llevarla horas enteras por aquellos vericuetos. Gustábale mucho a Doña María ese ejercicio y no había tarde en que no la encontrásemos en alguno de los parajes más románticos y pintorescos, que son siempre visitados por los que allí residen. Hermoso es, sobre manera, el valle llamado de los Amores donde, según la tradición, solía tener sus citas Camoens con Doña Catalina de Ataide, dama de la Corte; y también me agradó mucho la quinta de D. Juan de Castro, aquel Virrey de las Indias, que dio una vez sus barbas como prenda para un dinero que necesitaba. En el parque, que es dilatado, no hay árboles frutales, sino todos forestales y agrestes, conforme lo dispuso el fundador, siempre original en sus acciones.

Desde Cintra fui un día a visitar el cercano Palacio Real de Mafra, que es el Escorial de aquel Reino; pero no conservo más que una impresión muy vaga del efecto que me produjo. Solamente recuerdo que es de noble apariencia y que hay en él una crujía de salones, más larga que cuantas he visto en otros edificios del mismo género. También hubiera querido ver el famoso Convento gótico de Batalha, fundado por D. Juan I de Avis, después de su victoria de Aljubarrota; pero me faltó el tiempo para ello y tal vez me ahorré así un mal rato, porque la vista de aquel monumento debe despertar siempre tristes reflexiones en el ánimo de cualquier español que ame la grandeza de su patria. Aljubarrota fue para nosotros lo que Crecy para los franceses, y la causa de la derrota que allí sufrimos fue también, como la de aquéllos, el inconsiderado arrojo de la joven nobleza. Y aun me atrevo a decir que Aljubarrota ha sido para los españoles mucho más funesta que Crecy o Azincourt para los franceses, porque éstos repararon más tarde su descalabro, mientras que nosotros no hemos vuelto a tener mejor oportunidad que aquélla para reunir a los dos pueblos. Allí perdimos la verdadera grandeza de España, porque la que luego tuvimos, debida a posesiones situadas fuera de la Península, fue una grandeza poco natural y destinada a desaparecer como una sombra.

Dejando ya un argumento tan poco halagüeño hablaré ahora de los teatros de Lisboa, y empezando por el de la Ópera diré que tiene el nombre de San Carlos y es casi tan bello como su

homónimo de Nápoles. De antiguo ha tenido siempre buenas compañías de canto y ha sido frecuentado por la mejor sociedad portuguesa, La Reina y el Rey no faltaban ninguna noche, y casi todos los palcos estaban entonces abonados por la nobleza y los diplomáticos, por lo cual ofrecía la sala un hermoso aspecto. Entre los cantores los había tan célebres como la Rossi Caccia, Bottelli y la Albertini. Esta última, que es inglesa, había modificado su nombre al presentarse en las tablas, dándole una terminación italiana. Su figura era en aquella época muy linda y su voz muy melodiosa, por cuya razón tuvo pronto gran boga y recorrió después con mucho aplauso todos los; principales teatros de Europa, hasta que, llegada a la vejez, se ha retirado a Florencia, donde actualmente reside y donde tengo todavía el gusto de verla alguna vez sentada en una butaca entre los espectadores de la Pérgola. Su vista me recuerda aquellos tiempos en que ambos éramos bien jóvenes y comenzábamos alegremente la vida. Ha sido siempre virtuosa y casó con el tenor Beaucardé, fallecido ha poco tiempo.

El repertorio teatral que hallé en Lisboa era el mismo que conocí ya en Madrid, a saber: Rossini, Bellini y Donizetti; y sólo tenía para mí la novedad de las óperas del francés Auber, compositor fácil y popular, cuyos *Dominó negro* y *Muda de Portici*, me agradaron por extremo. Los portugueses tienen mucha afición a la música, aunque pocos se dedican a su estudio, y el teatro se hallaba siempre lleno. Hasta de los barrios más lejanos acudía la gente a la ópera, y como la ciudad abunda en colinas, cuya subida es fatigosa, era grande el número de personas que venían en carruaje y aun en borrico como en Cintra; lo cual daba lugar a veces a conciertos poco armoniosos, ejecutados al aire libre por aquellos animalitos. Había entonces en Lisboa, además de los coches de lujo, que eran como los de todas partes, un vehículo llamado *sege*, el cual consistía, al igual de la volante de Cuba, en un calesín alto y ligero, tirado por dos caballos, en uno de los cuales iba montado el cochero. Pero el pueblo bajo y los burgueses más despreocupados tenían también, como he dicho, el recurso del asno, y era muy frecuente en aquella época ver de día como de noche a un Abogado, corredor o negociante, caballero en uno de esos humildes cuadrúpedos, con silla y estribos y un paraguas en invierno y una sombrilla en verano, a fin de guarecerse del sol y de la lluvia. Dentro del teatro no había nunca mucha animación. Con todo, aprobaban y desaprobaban a veces con viveza, para lo cual tienen los portugueses sus formas particulares. En las Cámaras o en las Academias usan la palabra *apoyado*, repitiéndola como los ingleses el *hear*. En los teatros gritan *bravo*, como nosotros, si les agrada el espectáculo; pero si no les contenta, en lugar de silbar, dan muchos golpes en el suelo con los pies, a lo cual llaman una *pateada*.

El otro teatro notable de Lisboa era el de la Comedia, situado en la rua dos Condes y muy frecuentado por la burguesía y por el pueblo. Los actores de entonces no tenían mucha reputación, y el repertorio era casi todo de medianas traducciones del francés, por cuyo motivo no ofrecían muchos alicientes. Sin embargo, alguna noche asistí a él, atraído por mi grande afición a ese género de espectáculos y también por el deseo de aprender el portugués; pues desde luego me pareció que no hay escuela mejor para el estudio de cualquier lengua que el oír dramas y comedias representados en ella. Y a la verdad, la naturaleza de las funciones diplomáticas parece exigir de los que las desempeñan cierta universalidad de conocimientos, pudiéndose decir de ellos lo que dice Don Quijote del caballero andante: que han de entender de todo; pero ninguno les es más necesario que el de la lengua del país en que residen. En la historia del virtuoso Amadís se refiere que cuando fue a Alemania con el disfraz de Caballero de la Verde Espada, cuidó de aprender el alemán, y cuando fue a Grecia se hizo enseñar el griego por el maestro Elisabat, el cual, además de médico, era también clérigo. Pues esto mismo debe hacer sin duda el joven diplomático, y persuadido yo de ello, me dediqué, como digo, al estudio del portugués, tarea por lo demás sumamente fácil, porque en realidad es aquel un dialecto del castellano, elevado a la categoría de lengua independiente por el genio de algunos buenos poetas, especialmente Camoens.

La generalidad de los españoles juzga con demasiada severidad el idioma portugués y aun suele reírse de él. Cuéntase a este propósito que en cierta ocasión vino a Madrid un Embajador de aquel país, el cual se imaginaba poseer bien el español, y en esta lengua le habló a Fernando VII;

pero lo hacía con un acento tan portugués y con tanta mezcla de palabras de su idioma, que al fin el Rey, cansado de tal algarabía, le dijo: «Señor Embajador, le ruego a usted que me hable en francés, porque no entiendo el gallego». Y con efecto, el portugués se asemeja mucho al dialecto de aquella provincia, y abunda, como él, en reuniones de vocales y terminaciones nasales que le hacen poco agradable. Los extranjeros, que son en esto los jueces más imparciales, dan todos la preferencia al castellano y tachan en el portugués, no sólo esas terminaciones desagradables, sino también un exceso de dulzura que le priva de energía. Mas a pesar de todo eso, la lengua portuguesa tiene cualidades que la hacen estimada de los doctos. Libre de sonidos guturales, a causa de la temprana emancipación de aquel Reino del yugo de los árabes, es casi la más romana entre las románicas, y comparable en muchas cosas con el italiano y el provenzal. En la poesía, sobre todo, retiene mucho su carácter latino, por cuya razón dijo de ella Camoens:

Na qual guando imagina,
Com pouca corrupzao cree que he latina.

Pocas son las palabras árabes que conserva, tales como *alfandega*, aduana; *alfaiate*, sastre, y *aljibeira*, faltriquera, y en cambio da formas suaves hasta a las más duras de otro origen. Abunda en expresiones tiernas, y esta circunstancia la hace muy a propósito para las composiciones bucólicas y elegíacas, sin quitarle por eso la facultad de elevarse a las mayores alturas de la epopeya, cuando la manejan escritores de genio. Entre las palabras que más me agradaron del portugués, debo citar la de *Saudade*, que algún clásico español ha traducido Soledad, y equivale, aunque no del todo, a la voz francesa *regret*, o sea tristeza por la cosa perdida o por el sujeto ausente. *Saudade* llaman asimismo a la flor miosotis o nomeolvides, y el poeta Borges de Barros compuso sobre ella una letrilla muy expresiva, que empieza de este modo:

Vem ca, minha companheira,
Vem, triste e mimosa flor,
Se tens de saudade o nome,
De saudade eu tenho a dór.

Saudades envían los enamorados a sus queridas, los amigos a sus amigos, y no hay palabra más común que esta en la boca de los portugueses, a lo cual contribuye mucho uno de los rasgos más característicos de su carácter, que es la melancolía. Son los portugueses, sin duda alguna, como lo he dicho ya en otro capítulo, una raza aparte, bastante distinta de las demás de España. Amables y cariñosos cual pocos, pero más serios que los castellanos, más tristes que los gallegos y silenciosos como ningún otro pueblo conocido. Todas estas cualidades o si se quiere defectos, nótanse en sus costumbres y en su literatura; pero resalta también en ella otro rasgo de su carácter, que les honra mucho, cual es el de ser sumamente humanos. Su historia, tomada en conjunto, no ha sido nunca tan trágica como la de otros pueblos. En tiempo de la Inquisición los autos no duraban en Lisboa tanto como en Madrid, según lo atestigua el mismo Felipe II en una carta a su hija Doña Isabel. En nuestros días tienen, como nosotros, corridas de toros; pero les ponen bolas en los cuernos, haciendo así menos sangriento ese bárbaro espectáculo. No ha habido allí escenas revolucionarias como las de Francia y ni aun siquiera como las de España. Existen en Portugal partidos políticos; mas en aquella época al menos no se odiaban como los de otros países. Exaltados y moderados, carlistas y setembristas no mostraban mucho encono recíproco; y en cuanto a los miguelistas y reaccionarios, más bien eran objeto de burla que de aborrecimiento. Llamábanles *os corcovadinhos*, sin duda porque había entre ellos muchos viejecillos agobiados por los años.

Hasta en sus santos se nota algo de particularmente benigno; pues no ha habido en Portugal ninguno que recuerde el celo vehemente de un Domingo de Guzmán, ni la disciplinada virtud de un Ignacio de Loyola, o la exaltación seráfica de una Teresa de Cepeda. El santo predilecto de los portugueses, aquél que representa mejor su carácter nacional, es Antonio de Bullones, cuya pureza y mansedumbre le hicieron digno de recibir en sus brazos al Niño divino, conforme lo representan con la magia de sus colores los pinceles más famosos, especialmente el de Bartolomé Murillo. No

había casa ni tienda en Lisboa ni barco en su bahía donde no se viese su imagen, y todas las artes y oficios formaban cofradías destinadas a su culto. Recuerdo una que era toda de negritos, y negritos eran los muñidores y negritos los músicos de la orquesta, que era bastante buena. Y cuando llegaba el 13 de junio, en que la Iglesia le celebra, disparaban en varios parajes de la ciudad magníficos castillos de fuego, espectáculo al cual son muy aficionados los portugueses.

Generales son también entre ellos dos sentimientos muy nobles: el amor de la patria y la lealtad hacia sus Reyes. Entonces eran conspicuos y hasta hoy no los he visto desmentidos, a pesar de la crisis por la cual ha pasado últimamente aquella nación, a causa de la irritante prepotencia de la Inglaterra. Para la mayoría de los portugueses siguen siendo artículos de fe aquellos versos de la glosa de Bocage:

Defender os patrios lares,
Dar a vida pelo Rey,
E dos lusos valerosos
Character, costante e ley.

Quieren decir los críticos que aquella nación peca de excesivamente vanidosa, y que los portugueses son demasiado finchados en todas sus acciones y palabras, y algo hay de eso sin duda; mas es preciso tener presente que la vanidad nacional es un defecto que se advierte en todas partes. En España lo notan muchos. En Rusia y Dinamarca no se puede criticar ni aun el clima, a pesar de que es detestable. En Alemania no hay General ni Ministro que no se crea un pequeño Fritz, que es el nombre que le dan ellos familiarmente a Federico II; los ingleses abusan bastante del *Rule Britannia*, y en Francia cansan con su continuo *chez nous*. Tienen, pues, alguna disculpa los portugueses, y en todo caso sólo les reprocharemos el exceso de lo que por otra parte puede ser una buena cualidad, es a saber: el patriotismo, ese sentimiento tan necesario a todos los pueblos y principalmente a los que son pequeños. Además, si alguna vez usan de expresiones hiperbólicas al elogiar a su nación, eso mismo hace que sean inofensivas. Recuerdo, verbi gracia, que un Ministro portugués, hablando un día con algunos extranjeros acerca de la importancia de su país, les dijo con el aire más natural y convencido del mundo: «O Reino de Portugal, e muito pequeño, muito pequenino e desprezivel, mas pesa muito na balanza de Europa», lo cual hizo sonreír a muchos, pero no hirió a ninguno.

Ni es extraño que sea tan vanidosa la generalidad de los portugueses cuando sus más grandes ingenios incurren en el mismo defecto. Camoens, por ejemplo, llevó en ocasiones a un extremo excesivo su jactancia poética. Véanse como muestra estos versos de sus *Lusiadas*:

Cesse tudo o qae a musa antigua canta
Que outro valor mais alto se levanta.

Y estos otros en que dice de su nación:

De África tem marítimos assentos;
He na Asia mais que todas soberana;
Na quarta parte nova os campos ara;
E se mais mundo houvera la chegára.

Por fin, hasta los oradores sagrados usan de las mayores exageraciones cuando de su país se trata. Vieira mismo, que es el Bossuet portugués, no se halla exento de esa flaqueza; y el elocuente José de Souza dice, no en verso, sino en prosa, y con mucha seriedad, hablando de los navegantes de su país, «que as mesmas ondas tremiam medrosas do inaudito esforzó dos portugueses».

XVI.
Lisboa y Londres en 1844.

Literatura y artes de Portugal.—Carece de teatro nacional y de composiciones festivas.—No tiene Museos ni Escuela de pintura.—Poca belleza de su música y bailes.—Los portugueses son sólo excelentes en la poesía bucólica y en la épica.—Vida interesante de Camoens.—Su poema equivale a un ejército.—Fin de mi permanencia en Lisboa.—Me envían como Agregado a Méjico.—Viaje a Inglaterra.—Un Cónsul andaluz.—Todo me agrada en Londres menos el clima.—Generosa hospitalidad de los ingleses.—Riqueza de aquel país.—Hago el conocimiento de D. Javier de Istúriz.

El estudio de la lengua de cualquiera país, conduce, como por la mano, al de su literatura; y aunque el poco tiempo que estuve en Lisboa no me permitió más que leer a Camoens, más adelante, en varias ocasiones de mi vida, me he dedicado a leer también los principales clásicos portugueses, tanto prosadores como poetas. Muéveme esto a decir aquí alguna cosa sobre las letras y las artes de aquella nación, tema a la verdad muy poco conocido entre nosotros; y para que se vea mi imparcialidad, notaré primero sus deficiencias y elogiaré después sus primores. Lo primero que se advierte al poner los pies en las cimas del Parnaso lusitano, es la poca importancia de Melpómene y Talía. Son los portugueses demasiado humanos para ser trágicos y demasiado serios para ser cómicos: su literatura retrata su carácter. La Inés de Castro de Ferreira, los Villalpandos de Sá de Miranda y algunas otras tragedias y comedias más o menos imitadas de Séneca y Plauto, de Racine y Moliére, no bastan para constituir un teatro nacional, como lo es, por ejemplo, el nuestro. Gil Vicente fue un fenómeno aislado. Ni antes ni después de él ha habido en Portugal un poeta dramático que pueda llamarse de primer orden y cuyas producciones obtengan aplauso en aquella nación. Es posible que a esto haya contribuido el eclipse que tuvo su independencia durante el siglo XVII, que fue precisamente la época en la cual consiguieron su principal desarrollo los teatros de otras naciones; pero creo que el carácter de los portugueses es la causa principal de este vacío que se nota en sus letras. Ni han procurado llenarlo en épocas más modernas, como los italianos, alemanes y aun dinamarqueses; el Portugal continúa siempre sin dramas ni comedias.

Y que los portugueses no aman la risa, se ve también en sus poesías de todos géneros. Diniz ha emitido en su frío poema del «Hisopo» los chistes que prodigó Boileau en su famoso «Facistol»; pero es preciso aguardar hasta Nicolás Tolentino, en el siglo XVIII, para hallar algo que sea realmente gracioso. Sismondi trata a Tolentino con cierto desdén; por mi parte le tengo por un poeta muy ameno, y por eso y porque es una excepción entre los demás de su país, pondré aquí una pequeña muestra de su estilo. Véanse estos versos sobre las ventajas del dinero, que recuerdan a Quevedo:

Fallo, como experimentado;
Fallo com peito sincero:
Pode urna vara de fita,
Mais que a Iliada de Homero.
No sonoro bandolim
Fortuna as armas te den:
Nao ha dama, que resista
A modo do Melibén.
N’estas cousas e que eu creio;
Poesía è malfadada;
Assenta, amigo Luis,
Que nunca serviu de nada.
Dinheiro, invicto dinheiro,
So em ti è que eu me fundo,

Tens o direito da forza,
Es o tyranno do mundo.

Es también circunstancia singular que habiendo sido escrito en Portugal el primero, y según el cura Pedro Pérez, el mejor de los libros de Caballería, no haya después producido aquel país ningún otro que pueda comparársele. El *Amadís* no es un libro enteramente original, y Vasco de Lobeira debió hallarle en alguna novela de procedencia anglo-normanda. De ello dan testimonio el teatro de los sucesos, que es el país de Gales, la Inglaterra y la Escocia, y los personajes, que no son franceses ni españoles, entonces todavía encerrados en sus casas, sino ingleses o sea normandos, de aquellos locamente atrevidos; de los cuales bastaron doce para conquistar el Ducado de Salerno, y cuyas naves eran el terror de Europa desde la Escocia hasta el Bósforo. Pruébanlo también las costumbres tan groseras y licenciosas que retrata, bien diferentes de las del siglo de Lobeira, pues los tales caballeros andantes, si alguna vez defendían las doncellas, por regla general las desfacían con mucha gracia. Mas como quiera que sea, el *Amadís* del novelista portugués es un libro bien escrito, y los caracteres de sus principales héroes, Florestán, Galaor y Amadís, son tan variados e interesantes, que Alejandro Dumas no se ha desdeñado de imitarlos en los de sus tres mosqueteros, Athos, Porthos y Aramis. Pero precisamente por esta razón admira más que ningún otro escritor de aquella nación haya imitado a Lobeira, y que entre los infinitos libros de la misma clase que se conocen en la Península, haya tan pocos portugueses y esos pocos de un mérito tan escaso.

Es asimismo notable que la novela picaresca, inventada por Mendoza, con recuerdos del *Asno de oro* y otros cuentos antiguos, y perfeccionada por Alemán y Guevara, no haya tenido imitadores en Portugal. Los franceses, no sólo la imitaron, sino que la mejoraron, produciendo el admirable *Gil Blas*. Los ingleses la tomaron por modelo en el *Roderich Random*, y aun en *Tom Jones*, que fue luego como el padre de la novela moderna. En Portugal nadie se movió a seguir ese camino, y el carácter de aquella nación parece evitarlo como indigno quizás de su gravedad e hidalguía.

Y si de las letras pasamos a las artes, no causa menos extrañeza que al mismo tiempo que en España adquirieron tanta perfección todas ellas, y se propagaron hasta el punto de formar cuatro escuelas distintas de pintura en Sevilla, Toledo, Valencia y Madrid, en Portugal no se conozca apenas más pintor que aquel Coello, el cual, al servicio de Felipe II, vino a ser el Montemayor y el Magallanes de la pintura española. Hablan también los portugueses con mucho encomio de un cierto Vasco; pero aunque procuré ver algún cuadro suyo, nunca pude conseguirlo y creo que

Come Varaba Fenice,
Che ci sia ciascun lo dice,
Dove sia, nessun lo sá.

Pero ¿qué raro es que no tengan artistas de gran fama, cuando ni siquiera poseen un Museo? Los hay ya en Dinamarca, en Suecia y hasta en Constantinopla; pero no en Lisboa. Cultívase hoy ya la pintura y la escultura en todas partes, y las Exposiciones europeas contienen cuadros y estatuas de todas las naciones conocidas; de Portugal no se cita nada.

Otro tanto puede decirse de la música. España no ocupa ciertamente en este arte universal y divino el mismo rango elevado que en los demás; pero en el género sagrado tuvo un día a Victoria, émulo de Palestina, a Morales, cuyos motetes gozan de tanta fama, y el erudito Salinas. En la edad presente pugna por adquirir al menos el cuarto lugar entre las naciones que más se distinguen en la música dramática, y ha tenido en Eslava y Arrieta y tiene ahora en Bretón, Caballero y Chapí, maestros que disfrutan de merecido aplauso. Portugal no tiene, por lo menos no se sabe que tenga más música que las llamadas *modiñas*, expresivas ciertamente, pero no comparable siquiera con nuestras playeras y seguidillas.

Por fin, tampoco tienen, ni creo que hayan tenido nunca los portugueses bailes nacionales, como los tienen casi todos los pueblos, empezando por los noruegos, que usan la danza de las espadas, y acabando por los napolitanos, que han inventado la tarantela. En Portugal se contentan con imitar el bolero, el fandango y los demás bailes españoles, y de suyo no poseen más que las monótonas muñeiras o molineras; y aun éstas no las he visto nunca en Lisboa, y las conozco

únicamente porque las bailan también los gallegos de Cádiz, por señas que las acompañan con canto, y recuerdo una de las coplas que dice:

Tanto bailé con la moza del cura,
Tanto bailé que me dio calentura,
Tanto bailé, tanto bailaba,
Tanto bailé, que me enamoraba.

¿En qué consiste esta relativa pobreza de Portugal en tantos géneros diversos de la literatura y de las artes? ¿Será que los portugueses carezcan enteramente de imaginación? La existencia de un sinnúmero de poetas de todos los tiempos probaría lo contrario. A mi ver la causa principal de este hecho está en la raza y el carácter. Otras circunstancias han podido contribuir también mucho a ello. Portugal es pobre; Portugal ha vivido hasta ahora muy apartado de los centros más luminosos de Europa; no ha tenido una Corte voluptuosa, como las de Borgoña y Nápoles; ni Mecenas como los Médicis de Florencia, los Luises de Francia o los Felipes de España; pero nada de esto basta para explicar lo que decimos. Valdría, todo lo más, para excusar su inferioridad en las artes; mas no su deficiencia en el teatro o en la novela. Para eso no hallo más razón que la del carácter. Sensibles y valientes, los portugueses han perfeccionado sólo dos cuerdas de su lira: la lírica y la heroica, y en ambas han alcanzado, si no me equivoco, el extremo de la excelencia.

Las joyas de su prosa son principalmente una novela pastoral, la *Menina y Moza*, de Bernardín Ribeiro, los *Comentarios*, de Albuquerque y las *Decadas*, de Barros. En poesía, las líricas y bucólicas de multitud de poetas, entre los cuales descuellan Ribeiro, Sá de Miranda y Bernardes, y los poemas de Camoens, Cortereal y Lobo. En el siglo pasado los escritores que más se han distinguido en Portugal han sido: un poeta lírico, Almeida Garrett, y un historiador, Herculano. Ya he dicho que su poesía lírica me parece excelente. Su forma es armoniosa y dulce; los sentimientos que la inspiran son tiernos y nobles. A menudo pintan la tristeza de un alma enamorada, como estos versos de Ribeiro:

Sentavame en un penedo
Que no meio d'agua estaba,
Entao allí so e quedo
A minha frauta tocava,
Bem fora de ningún medo:
Muito livre de cautelas,
Os olhos nas mesmas aguas,
E o cuidado longe de ellas,
Choraba allí minhas mágoas,
Folgando muito con ellas.

O bien un ingenuo contento, cual estos de Gonzaga:

Irás a divertirte na floresta,
Sustentada, Marilia, no meu brazo,
Allí descansarei a quente sesta,
Dormindo un leve sonno em ten regazo:
En quanto a lucta jogam os pastores
E emparelhados corren nas campinas,
Toucarei teus cabellos de boninas
Nos troncos gravarei os teus louvores.
Graças, Marilia bella,
Graças a minha estrella.

En cuanto a la poesía épica, basta el poema de Camoens para convencer a cualquiera de que también en ese género les corresponde a los portugueses un puesto muy distinguido, porque si los italianos les llevan alguna ventaja en la invención, en cambio no le superan en la forma, y los tres

episodios de Adamastor, Inés de Castro y la isla de los Amores son comparables con lo mejor de la *Jerusalén* y del *Orlando*. Algunos le critican a Camoens el uso que hace de la mitología, mezclándola con las imágenes cristianas; pero esto era vicio de su época y no es más absurdo que el suponer, como hace en su poema el Milton, que los ángeles peleaban con cañones. Además, el poeta portugués es superior a los italianos en un sentimiento que éstos no podían sospechar siquiera en la pequeña Ferrara, cual es el amor patrio. Los dos Orlandos son obras bellísimas, pero meramente literarias. Las *Lusiadas* son una obra nacional, que respira por todas sus octavas el entusiasmo por Portugal. Es asimismo notable el talento descriptivo de Camoens y sus pinturas de sitios y de personas; es el primer artista de su país. Véase, por ejemplo, este retrato de Vasco de Gama:

Nao menos guarnecido o Lusitano,
Nos seus bateis, da frota se partía
A receber no mar o Melindano,
Com lustrosa, e honrada companhia.
Vestido o Gama vem ao modo Hispano
Mas Francesa era a roupa che vestía,
De setim da Adriatica Veneza,
Carmesí, cor che a gente tanto preza.
. . . .
De botoes d'ouro as mangas vem tomadas
Ond'o sol relucindo a vista cega:
As calzas soldadescas recamadas
Do metal que a Fortuna a tantos nega:
E com pontas do mesmo delicadas
Os golpes do gibao ajunta e achega:
Ao itálico modo a aurea espada;
Pluma na gorra un pouco declinada.

En fin, Camoens mismo es más interesante que ningún otro poeta moderno, porque fue soldado como Cervantes, caballero como Garcilaso y enamorado como Macías. Fue también más desgraciado todavía que el Tasso, porque no acabó como éste en un monasterio, sino en un hospital, y era tanta su miseria, que un esclavo que había traído de la India tenía que pedir limosna por las calles de Lisboa para procurarle algunos recursos. Él mismo compendia su vida y compone su propio epitafio, cuando de sí dice en *Las Lusiadas*:

Aquelle cuya lira sonorosa
Será mais affamada que ditosa.

Los portugueses guardan cariñosamente su memoria y le intitulan con disculpable jactancia, «O Príncipe dos poetas de Hespanha». Hacen bien; porque si la lengua es un grande elemento de nacionalidad, el Camoens ha hecho más que nadie por la de su patria, y su poema equivale, bajo este respecto, a un ejército poderoso.

Pero ya es tiempo de que deje este tema para referir mi salida de Lisboa. Mi buen amigo D. Salvador Bermúdez de Castro fue nombrado a fines del año 1845 Ministro Plenipotenciario en Méjico, y usó la amabilidad de ofrecerme en aquella Legación la plaza de Agregado con sueldo, que acepté de muy buena gana, porque en Lisboa no le tenía, siendo entonces costumbre de comenzar sin él la carrera. Propúsome, pues, al Ministro de Estado, que era Narváez, y éste tuvo la bondad de nombrarme.

Salí con pesar de Portugal, y aunque la casualidad ha hecho que no haya vuelto nunca a visitar aquel país, el cual se halla a un extremo de Europa y no es camino para ningún otro, conservo, esto no obstante, un recuerdo muy grato del corto tiempo que en él residí, y en todas las Cortes donde he habitado después he sentido una simpatía especial por mis colegas portugueses. El Conde de

Lavradio en Londres, el de Migueis en Roma, y el de Valmor en Viena han sido para mí unos amigos seguros, con los cuales he mantenido las más agradables relaciones.

Por mar fui a Cádiz, para despedirme de mi querida familia, y por mar me trasladé después a Inglaterra. Allí me detuve un par de semanas, y por último pasé a París, a donde me había dado cita mi nuevo jefe Bermúdez. Toqué en varios puertos antes de desembarcar en Southampton, y en uno de ellos hice conocimiento con un Cónsul de nuestra nación, que merece noticia aparte, porque era andaluz y del género más gracioso posible. Solía decir el General, Conde de España, que los andaluces no son los mejores soldados de nuestra nación; pero que sin embargo conviene que haya algunos en cada compañía, para que diviertan a los demás. El Cónsul de quien hablo era de esa clase, y la conversación que con él tuve contribuyó mucho a disipar la melancolía que me habían producido las despedidas de Lisboa y de Cádiz. Cierto elevado personaje, que era algo pariente suyo, le había sostenido en su puesto durante los recientes cambios de España; él, sin embargo, quiso hacerme creer que lo debía únicamente a su habilidad consumada. Tenía en su despacho el retrato de Narváez, pero me aseguró que en el otro lado del mismo cuadro tenía el de Espartero, y que solía ostentar el uno o el otro, según eran las visitas que recibía. Decía también que adivinaba las opiniones de cada cual por el aspecto y el vestido: si el que le visitaba lo traía atildado y era como se debe, le calificaba de moderado; si al contrario, era lo que llamamos cursi, le juzgaba progresista; en fin, si tenía mala catadura o venía pobremente vestido, entonces la duda era posible; por regla general debía ser demócrata, pero también podía resultar carlista, en atención a que ambos partidos se recluían entre las clases más bajas de nuestro pueblo. Dile la enhorabuena por su feliz descubrimiento, y salí de su casa de mejor humor que cuando había entrado en ella.

Las costas de Inglaterra forman contraste con las de España y Portugal. Hállanse éstas erizadas de montañas, que de lejos parecen altísimas y forman como un muro tras el cual yace oculto el país por ellas defendido. Las de Inglaterra son al contrario: tan bajas, que apenas se divisan hasta que se llega a poca distancia de ellas. Igual o mayor diversidad se nota al penetrar en el interior de ambos países. El aspecto de España y Portugal es, en general, árido y poco poblado; el de Inglaterra verde y cultivado, lleno de árboles, de pueblos y de casas de todos tamaños y géneros. Admírase allí lo que puede la industria humana ayudada por cuatro siglos de una paz interior casi completa, y cuando digo admírase, callo la mitad de la verdad, pues, con vergüenza lo confieso, no es todo admiración lo que se siente; es también envidia; envidia de tanto orden, de tanta actividad, de tanta riqueza.

Y si esto sucede por el camino, al llegar a Londres la admiración crece de tal modo, que apenas puede uno expresar lo que experimenta. Parecióme que allí estaba el colmo de la civilización, de la riqueza y del poder; que todo allí era bueno: el suelo y los campos, las casas y los muebles, los caballos y los perros, las carnes y las legumbres, las tiendas y los coches, todo, en fin, cuanto es necesario para el sustento y comodidad de la vida. En cuanto a los ingleses mismos, debo decir que, aunque no me gusta su política y los encuentro demasiado serios, esto no obsta para que me parezcan muy estimables como hombres y como amigos. Pero lo que más me agradó entonces en aquel país fueron las mujeres. Viniendo de Portugal, donde generalmente son feas, todas las inglesas, blancas y rubias, me parecieron diosas. Una sola cosa muy mala hay en Inglaterra, y es el clima, frío, lluvioso y desapacible. Las neblinas de Londres son tan grandes que entran en las casas y se huelen y se mascan, y cubren de tal manera el disco del sol, que no parece sol, sino oblea, y puede mirarse de hito en hito impunemente. Por eso, sin duda, el convencional Barrère, irritado por la conducta política de aquella nación, dijo de ella en una de sus famosas invectivas: *«L’Anglaterre, nation boutiquière, que le soleil éclare â regret».*

Por efecto de esas neblinas y también del humo de sus infinitas chimeneas, hállase afeado Londres por una triste negrura, que cubre todos sus edificios y hace casi inútil en aquella capital las galas de la arquitectura. San Pablo, por ejemplo, que ofrece una reducción muy feliz de San Pedro de Roma, hase puesto tan negro, que produce en mitad del día el efecto de una visión nocturna. Todo es allí obscuro, todo cansa la tristeza, que llaman *spleen*, por cuyo motivo hay muchas

personas, especialmente si proceden del Mediodía, que no pueden vivir en aquel país. Cuando el Marqués de Casa Irujo fue a Londres como Embajador, la Marquesa, su mujer, recibió tan mala impresión de la obscuridad y neblinas, que no quiso residir allí y se volvió enseguida a Madrid. Hay, sin embargo, otras que, no sólo se aficionan a Inglaterra, sino que se convierten en decididos anglómanos. Elogian los tales sin medida todo lo inglés, exagerando, si cabe, las costumbres y excentricidades de aquellos insulares, poniéndose siempre una pierna sobre otra, acariciándose las botas y no dirigiendo la palabra a quien no conocen por medio de una presentación en toda forma. Para ser en todo como los ingleses no les faltaba más en aquella época que no fumar, afeitarse el bigote y llamar *french dogs* a los franceses; cosas por lo demás que los ingleses mismos han dejado de hacer después de la guerra de Crimea. Entonces el odio entre franceses e ingleses era muy vivo, a pesar de las entrevistas reales de Windsor y Eu.

Son los ingleses ricos y generosos, y ejercen la hospitalidad como ningún otro pueblo. Apenas llegué a Londres, fui invitado a comer por todas las personas para quienes había llevado cartas de recomendación, y en sus casas admiré mucho la riqueza de las mesas, que entonces se cubrían de objetos de plata, porque todavía no habían inventado los rusos la costumbre más civilizada y elegante de hacer que los criados sirvan los manjares ya cortados, no poniendo sobre los manteles más que frutas y flores. En las casas inglesas de aquel tiempo llenaban las mesas de viandas en proporciones homéricas, y para que no se enfriaran, las servían en recipientes también gigantescos, provistos de calentadores y de grandes tapaderas, todo lo cual era, como digo, de bruñida plata. Este sistema era rico; pero producía el inconveniente de que el amo de la casa tenía que ejercer muchas veces las funciones de oficial trinchante, cosa que hacía interminables aquellos convites. Para colmo de tormento existía asimismo la costumbre de que después de acabada la comida, las señoras se retiraban al salón, mientras que los caballeros se dedicaban a beber vinos que, en general, eran de Portugal y de España, es decir, fuertes y generosos, y más a propósito para engendrar sueño y embriaguez que para alegrar moderadamente los ánimos.

El Ministro de España en aquella época era D. Javier de Istúriz, a quien conocía ya por su fama como hombre político importante. Tenía por Secretario a D. Miguel Tacón, Conde de la Unión de Cuba, cuya mujer era una americana inglesa muy linda, y a D. Victoriano Pedrorena. Este último, que era del género anglomano antes descrito, y muy experto en la vida de Londres, me ayudó a ver y apreciar las cosas más notables de aquella capital. Todas me agradaron mucho, especialmente el teatro de Haymarket, donde oí la *Dama de Lyon*, preciosa pieza de Bulwer, y otras comedias y dramas muy bien representados. En cuanto a la Galería de Pinturas, parecióme bastante pobre en comparación de nuestro Museo del Prado. Llamóme mucho la atención la afición que tenían en aquel tiempo los ingleses al estilo de arquitectura gótico, no sólo para las iglesias, sino también para toda clase de edificios, aun aquellos que más necesidad tienen de buena luz, como por ejemplo, el Palacio del Parlamento. Además, en las mismas casas particulares hacían de estilo gótico salas, comedores y aun bibliotecas, oscureciéndolo todo con ventanas de ojiva y cristales de colores. En los Clubs, sin embargo, han imitado los Palacios de Venecia, y eso les presta un aspecto grandioso y grato. El siglo XIX, en Inglaterra como en todas partes, no ha tenido un estilo de arquitectura propia; se ha contentado con imitar los de todas épocas, según la moda o el capricho.

XVII.
París en 1845.

Llegada a París.—Impresión que me produce.—Sus edificios y teatros.—Gracia de sus mujeres.—Las loretas y los estudiantes.—Españoles allí residentes.—El Marqués de Santiago.—El banquero Aguado.—Tertulia en nuestra Embajada.—Ilusiones sobre el estado de la Francia.—Grandes cualidades de Luis Felipe y de la Reina Amalia.—Clases que odiaban a aquel Rey.—Defectos y cualidades de los franceses.—Todo es extremado en aquel país.—Mi viaje a la Habana.—Madera.—La Barbada y Jamaica.—Naufragio de un buque inglés.—Pasatiempos de la travesía.

De Londres pasé a París, donde encontré a mi jefe Bermúdez de Castro, acompañado ya por el primer Secretario de nuestra Legación, que era D. Ramón Lozano y Armenta, diplomático de carrera y persona bien nacida y culta, con sus ribetes de absolutista, pues había servido al Rey D. Fernando y no estaba muy bien con las novedades de la época. No era ya joven; pero lo disimulaba por medio de cosméticos y tinturas. Era hombre de mundo y estaba tan poseído de su papel, que se le podía aplicar muy bien lo que dice Dumas de cierto personaje de una de sus novelas: que se levantaba Secretario de Embajada, y se acostaba Secretario de Embajada. Estaban los dos ya prontos para marchar a Méjico; mas como quiera que Bermúdez pensaba detenerse algunas semanas en la Habana, aproveché yo esta circunstancia para quedarme algún tiempo en París, yendo luego a reunirme con ellos en la Grande Antilla.

Viniendo de Londres, no me hizo París la impresión que esperaba, aunque me pareció también una ciudad grande y hermosa, y según pronto lo advertí, más divertida aun que aquélla. Desde luego, su clima es mucho más benigno, y esto hace que todo parezca más bello: los paseos, las calles y las casas. Sus edificios también me agradaron más, y el Museo del Louvre me sorprendió deliciosamente. Nôtre Dame, aunque no estaba aun restaurada y concluida, me gustó por extremo, y también en su género, la Magdalena. Pero lo que más cautivó mi atención fueron los teatros, especialmente el de la Comedia francesa, donde oí a Firmin en la *Escuela de los viejos* y a la Du Piessis en varios dramas y comedias, admirando su dulce pronunciación, que convertía el idioma que hablaba en una cosa casi distinta de lo que es en la boca de los demás franceses. En la Puerta de San Martín vi de qué manera admirable representaba Federico Lemaitre los dramas románticos, y quien no le haya conocido no puede tener idea del efecto que producían en aquella época, pues tanto su voz como su gesto daban increíble realce a las escenas más difíciles. En el Vaudeville y en el teatrillo del Palais Royal me reí a más no poder con los chistes de Arnal y otros excelentes actores.

En la Grande Ópera francesa oí al famoso Dupré. *El Charivari* le pintaba ya en caricatura, corriendo tras su do de pecho; pero a mí me pareció todavía excelente. El *Guillermo Tell* era entonces la ópera favorita del público, y los franceses la aplaudían ya con furor, a pesar de que al principio la recibieron con frialdad y llamaron a Rossini el maestro Tapagini. Tan difíciles han sido siempre las innovaciones en materia de música, porque por lo mismo que ésta es un arte meramente expresivo, no tiene límites fijos y varía más que otro alguno. Tenía entonces la ópera italiana un teatro aparte, al cual llamaban la Sala Ventadour, y allí tuve el incomparable placer de oír a la Grisi y a Lablache, dos artistas que no han sido nunca superados, especialmente en la *Norma*, ópera que gozaba entonces de grandísima boga.

A los pocos días de hallarme en París me apercibí también de otra superioridad que tiene sobre Londres, a saber: su exquisita cocina, mérito que, según he visto después en mis sucesivos viajes a aquel país, es extensivo a toda la Francia, pues hasta en los pueblos más pequeños dan de comer de un modo admirable. En uno de los cafés que frecuentaba, hice conocimiento con un compatriota nuestro, el Marqués de Santiago, el cual era famoso gastrónomo, y bajo su dirección aprendí a apreciar los productos del arte culinario francés. Concurría también a aquel establecimiento el que fue más tarde Marqués de Guadalcázar, entonces simplemente D. Fernando de Souza, segundón de su familia y lleno de talento y de deudas. Las disputas que se armaban entre

aquellos dos nobles eran sumamente divertidas, porque ambos tenían mucha gracia, y como no se querían demasiado, aguzaban el ingenio para decirse mutuamente las cosas más mortificantes sin faltar a la cortesía. Una noche acabó Souza por amoscarse y se fue a la calle, diciendo que, así como Montesquieu escribió un libro sobre la decadencia de Roma, iba él a escribir otro sobre la decadencia y ruina de la casa de Santiago.

Mérito igualmente de París son sus amables mujeres, menos bellas que las de Londres, pero más graciosas y vestidas con mayor gusto. Estaba en aquellos tiempos muy de moda la clase de las loretas, así llamadas porque procedían casi todas del barrio de Nuestra Señora de Loreto, y merecían a la verdad los elogios que de ellas hacen, tanto Balzac como Paul de Kock. Jóvenes había que consideraban cual una felicidad suprema el tener relaciones amorosas con una de ellas, y los estudiantes singularmente las escogían por fieles compañeras y les dedicaban todos los ratos que les dejaban libres sus estudios. Y aun sospecho que por esa razón se veían algunos que jamás los concluían, prefiriendo la querida a los libros. Algunos españoles de buenas familias hacían también allí esa vida en el barrio Latino, y citaré dos bien conocidos: el uno era D. Jacobo Bermúdez de Castro, hermano precisamente de mi nuevo jefe y joven muy erudito, que siguió más tarde la Carrera consular, pero volvió siempre a París y murió allí rodeado de sus librotes: el otro era un tal Benjumea, andaluz de pura raza y que no creo que a pesar de vivir entre los estudiantes se dedicase a ciencia alguna. Tenía la lengua muy gorda, y entre otras cosas le oí decir que divertía su tiempo paseando por los *jolivares*, que era como él llamaba a los Bulevares.

Existía también entonces como ahora en París una colonia de españoles de todas las clases sociales, y algunos de ellos muy ricos. El principal era D. Alejandro Aguado, Marqués de las Marismas, de la familia sevillana de ese nombre y pariente de los Marqueses de Alvento, el cual había hecho una inmensa fortuna, contratando varios empréstitos con el Gobierno español en tiempo de Fernando VII. Su palacio de París y su quinta de Petit Bourg eran muy frecuentados por la mejor sociedad de aquella época. Favorecía generosamente a los artistas y había reunido una magnífica galería de cuadros, entre los cuales se admiraban muchos de Murillo, Zurbarán y otros buenos pintores de nuestras varias escuelas antiguas y modernas. Fue el primero que se ocupó de nuestras minas de carbón de piedra, y a él se debe la explotación de una de ellas en las Asturias.

El Embajador de España, que era Martínez de la Rosa, acababa de marcharse a Madrid para desempeñar la cartera de Estado, y la Embajada se hallaba regida a la sazón interinamente por D. Gaspar de Aguilera, Marqués de Benalúa. Era éste un caballero muy cortés y muy amable, pero poco amigo del trabajo. Siempre que fui a la Embajada le hallé calentándose a la chimenea y rodeado de una tertulia de compatriotas, con quienes departía agradablemente, mientras que el segundo Secretario, D. Vicente González Arnao, que era mucho más laborioso, despachaba los asuntos corrientes en un cuarto inmediato. Ayudábanle solamente D. Fernando de Vera y algún otro Agregado, pues aunque había allí muchos, los más eran de puro lujo y preferían formar parte de la tertulia de Aguilera, donde se hablaba de todo, empezando por la política y acabando por la literatura y los teatros.

Recuerdo que un día asistí a una famosa disputa sostenida por dos compatriotas nuestros, aficionados a las letras, acerca del mérito respectivo de Virgilio y Lucano; en la cual se acaloraron mucho los ánimos, y como nuestro carácter propende siempre a la exageración, un tal Arango, que alababa a Lucano, llegó a decir que los amores de Jurno y Lavinia y todos los últimos libros de la divina *Eneida* son la cosa más fría del mundo, y que mucho más interesan la suerte de Catón y Pompeyo y la lucha que sostienen para defender la libertad de Roma. Como entonces no conocía yo todavía bien a Lucano y su *Farsalia*, no comprendí por qué Arango mostraba por él tanto entusiasmo. Después me fue referido que era gran partidario de la oligarquía inglesa, la cual tanto se asemeja a la que defendían Catón y Pompeyo en la antigua Roma, y que no hacía mucha estima de la libertad igualitaria y democrática, como era la que dominaba en Francia, pareciéndole que ésta va siempre a terminar en la anarquía, de la cual no se salva más que entregándose al cesarismo. Por cuyo motivo, decía él, que todos los liberales de Francia y España, por moderados que fuesen, no

eran otra cosa que revolucionarios inconscientes y fautores de la República democrática, con todas sus deplorables consecuencias.

El tiempo ha dado en parte razón a Arango; pero en la época de que estoy hablando, las ideas moderadas, que llamaban doctrinarias, eran las que tenían mayor concepto entre las personas ilustradas de todos los países latinos, y las avaloraba y autorizaba el ejemplo de la Francia, la cual, merced a ellas, disfrutaba de una situación que parecía envidiable. Es cierto que las oposiciones radicales hacían ya una cruda guerra a Luis Felipe y que aquel pobre Rey, amenazado continuamente por viles asesinos, había tenido que renunciar a sus paseos solitarios, a pie, con bastón o paraguas, y vivía encerrado en su Palacio como los aborrecidos tiranos de Tiro o Siracusa; pero el orden y la prosperidad de la Francia eran tan grandes que no se daba a aquellos síntomas alarmantes la importancia que merecían. Todo deslumbraba entonces en aquella Nación, tan bien gobernada en el interior como respetada en el extranjero, y el reinado de Luis Felipe puede ser con razón considerado como uno de los más brillantes de aquel país. La elocuencia política de Guizot, Thiers y Berrier era comparable con la de Burke o Fox. Los sermones de Lacordaire no eran menos bellos que los de Masillon. Los escritos de Guizot, Villemain y Cousin, las poesías de Hugo, Lamartine y Musset, las composiciones dramáticas de Scribe, de la Vigne y Dumas no han sido superadas hasta ahora, y, si no me equivoco, todos esos autores serán un día considerados como los clásicos del siglo XIX. Por fin, los cuadros de Ingres y Delaroche dieron a la Francia ese lugar preeminente en las bellas artes que ha conservado hasta la época actual; y el comercio, la agricultura y la industria recibieron en tiempo de Luis Felipe un impulso tan grande que la Francia, gracias a él, ha podido ponerse al lado de la misma Inglaterra en la carrera de los adelantos materiales. El coloso tenía los pies de barro, pero su aspecto era bellísimo.

Varias eran las circunstancias que ponían en peligro aquella situación al parecer tan admirable. Luis Felipe debía pagar el delito que había cometido, contribuyendo a la caída de Carlos X. Su conducta privada era intachable, y Moreau de Jones pudo una vez decir que en toda la historia de Francia no había habido más que una media docena de Reyes fieles a sus mujeres, entre los cuales eran los más notables San Luis y Luis Felipe. Su carácter era amable, su ilustración grande, su liberalismo indudable. Pero quería poner algunos límites a la revolución, creando una especie de oligarquía burguesa, y esto era imposible. Las clases más bajas empujaban a las altas y no había nada que oponerles. En Francia, como en España, se repetía la fábula del volatín y su maestro: queríase caminar sobre la cuerda floja sin ninguna clase de contrapeso.

La Reina Amalia era por su parte una señora sumamente virtuosa y todavía más estimable que su marido, porque, si había aceptado el trono, de seguro no lo había deseado ni buscado. En todas partes y por todas clases de personas eran cantadas sus alabanzas. Formaba con el Rey un menaje ejemplar, digno de admiración y respeto. Bermúdez de Castro, que fue convidado a comer en las Tullerías, me refería que todo era allí sencillo y modesto: la comida, el servicio y el aparato. Después de concluida aquélla, toda la Familia Real pasaba al salón inmediato al comedor y se sentaban alrededor de una gran mesa redonda, ocupándose la Reina y sus damas en hacer alguna labor, y departiendo todos sin ceremonias, como en casa de cualquier persona privada. Entre las gentecillas del pueblo era muy alabada sobre todo la Reina Amalia, porque sabían que cuando alguno de sus hijos se hallaba enfermo, era ella misma quien le servía de principal enfermera, descendiendo a veces a actos que casi parecían demasiado humildes en una dama de su rango.

Los hijos de Luis Felipe eran asimismo modelos, no solamente de Príncipes, sino de jóvenes bien educados, valientes, instruidos y corteses, dignos en todo del lugar eminente que ocupaban. En fin, no era posible hallar cosa alguna criticable en aquella Augusta familia, fuera del origen de su elevación, la cual era, a la verdad, obra de la misma Francia. Más tarde han tachado a todos los Orleanes de avaricia, y es posible que haya sido con alguna razón; pero entonces no se hablaba todavía de eso, ni entraba para nada ese defecto en la oposición que contra ellos se iba formando.

Había dos clases que odiaban con perfecto odio a Luis Felipe: la antigua aristocracia y el bajo pueblo. Aquélla, porque la revolución de julio la había despojado de los restos de su poder, y éste

porque no le permitía que lo ejerciese a su vez. El Secretario Lozano, que había vivido muchos años en París y frecuentaba algunas casas del barrio de San Germán, me contaba que en aquellos salones, mentar a Luis Felipe era lo mismo que mentar al diablo. El ídolo de ellos era Enrique V, cuyo retrato se veía en todas las casas aristocráticas, y a su lado ¿quién lo creyera? la imagen de Lamartine, tenido entonces por legitimista y adorado por las más nobles damas. En las clases bajas hablábase también muy mal del Rey ciudadano y se le censuraba porque había concentrado el Gobierno en manos de una rica burguesía, a la cual el Ministro Guizot dirigió en cierta ocasión una curiosa arenga, exhortándola a enriquecerse todavía más.

Pero los tertulios de Aguilera y la generalidad de los moderados españoles no veían la fragilidad de aquella situación y calificaban de exagerados los argumentos de Arango y Lozano, el uno de los cuales era liberal a la inglesa y el otro puramente absolutista. Por mi parte estaba también lleno de ilusiones y todo me parecía allí excelente y envidiable; todo me gustaba en París, hasta sus verrugas, como dice Madama de Sevigné. Aunque no estuve en aquella capital más que seis semanas, creo que lo vi bien todo, uniendo lo útil con lo dulce, lo sagrado con lo profano. Seguramente que no encontré allí la seriedad ni la regularidad de Londres, ni tampoco aquel respeto a la ley y aquel espíritu religioso, resto de la dominación puritana, que distingue a la generalidad de los ingleses; pero me pareció que de todo había en París lo bastante para contentar a los más difíciles. En religión, por ejemplo, ¿quién podía dejar de admirar la manera tan decente como se celebraba entonces y se celebra siempre allí el culto divino, no sólo en las iglesias principales, sino hasta en las más pequeñas, y también la belleza de los altares y el aseo y piadoso aspecto de los sacerdotes? Aunque los oficios de Nôtre Dame me parecieron magníficos, llamáronme también mucho la atención los que se celebran en la Magdalena, esa iglesia colocada en el centro mismo de París, de la cual ha dicho con razón Mr. Nicolás, que recuerda y realiza más que ninguna otra una de las profecías del Salvador, cuando dijo, que el nombre de aquella humilde pecadora, a quien está dedicada, sería un día repetido con alabanzas en todo el orbe.

La reacción religiosa, fomentada por *El Genio del Cristianismo*, de Chateaubriand, y por los sermones de Frayssinous y Lacordaire, daba ya ópimos frutos, y una parte de la juventud concurría mucho a las iglesias. En ellas vi también por la primera vez a las Hermanas de la Caridad, que no eran conocidas todavía en España, y de las cuales ha dicho bellamente Víctor Hugo:

Au lit du vieillard solitaire
Elle penche un front gracieux,
Et rien n’est plus beau sur la terre,
Et ríen n’est plus grand sous les cieux.

Por desgracia todo es extremado en aquel país, lo mismo los vicios que las virtudes, y aquellos otros pueblos que lo toman por modelo, suelen copiar sólo los primeros, sin compensación alguna.

Seis semanas pasé en París, que me parecieron seis días, y todo me detenía en aquellos jardines de Armida; pero el 1 de febrero salía de Southampton el vapor que debía llevarme a la Habana, y no tuve más remedio que decidirme a partir. En estos viajes en Inglaterra y Francia hice uso por primera vez del camino de hierro, cuya invención me pareció maravillosa. Ya hoy todos nos hemos acostumbrado a ellos; pero los que conocimos las sillas de correos y las diligencias no podemos menos de bendecir la Providencia, que le dio al hombre genio suficiente para idear y realizar tamaño prodigio.

El vapor en que me embarqué en Southampton pertenecía a la Mala de las Indias occidentales y era un coloso de dos mil toneladas, provisto de todas las comodidades necesarias para una navegación tan larga como la de Inglaterra a Veracruz. Hoy día se hace el pasaje en veinte días; entonces se empleaban treinta y cinco, porque las paradas eran muchas, tocando en Madera, la Barbada, Jamaica y la Habana, y deteniéndose demasiado en cada punto.

Los pasajeros eran numerosos y algunos muy agradables, especialmente el banquero inglés Melvill con su señora, y la familia Dalcour, de la Habana, con quienes hice y conservé después

relaciones de buena amistad. La travesía fue felicísima, así que no tengo ocasión de pintar aquí una tempestad e imitar el «intonuere poli», como lo hacen tantos otros viajeros, en mares menos azarosos que el Océano Atlántico. El tiempo era magnífico, cual suele serlo siempre en el Océano en mitad del invierno, y por eso sin duda el capitán y los oficiales del buque se ocupaban más de beber *grog* y de dormir que de dirigir nuestro rumbo, pudiéndose decir que íbamos a la merced del timonel.

Este descuido imperdonable es bastante común entre los ingleses, y de sus resultas, poco después de mi llegada a Méjico tuvo lugar en aquel golfo el naufragio de uno de los vapores de la misma compañía de las Indias occidentales llamado *Tweed*, con circunstancias bastante vergonzosas para su comandante, puesto que la catástrofe sucedió con mar tranquilo y cielo claro, a las ocho de la mañana, metiéndose el buque miserablemente entre los escollos llamados «alacranes», que están señalados hasta en las cartas de geografía más comunes. Encallado en aquellas rocas y batido por las olas, el casco se partió inmediatamente en dos pedazos, sumergiéndose en el profundo mar toda la parte de popa y ahogándose por consiguiente cuantos estaban todavía en sus camas. Salváronse únicamente todos los pasajeros de proa, así como la marinería; pero estos también hubieran perecido infaliblemente, por falta de provisiones, si una goleta española que venía de Campeche con dirección a la Habana, no los hubiese divisado, volando luego en su socorro, a pesar del riesgo que corría al aproximarse a aquellos arrecifes. Villaverde creo se llamaba el animoso capitán español que ejecutó aquella, que muchos calificaron de heroica hazaña, y que le mereció los elogios y las expresiones de agradecimiento del Gobierno inglés, y el regalo de un magnífico cronómetro de parte de la Reina Victoria. A Méjico vinieron después algunos de los náufragos, y me hizo mucha impresión que dos de ellos; aunque jóvenes todavía, traían las cabezas blancas y decían que sus cabellos habían perdido así su color en los ocho días que estuvieron sobre los escollos con la amenaza de una muerte horrorosa ante sus ojos.

A los pocos días de salir de Inglaterra paramos en la isla de Madera, y habiendo bajado a verla, quedamos prendados de la suavidad de su clima y de la riqueza de su vegetación, que sin ser todavía tropical, es mucho más lozana que la de ningún país europeo. Indudablemente fue aquella isla el modelo que tuvo presente Camoens al describir la de los Amores en su poema de los Lusiadas, y todo lo que dice sobre la frondosidad de sus árboles, la hermosura de sus flores y la serenidad de su cielo, corresponde exactamente a lo que allí vimos. Los habitantes indígenas parecen de una raza especial, que tal vez tenga parentesco con los guanches de Canarias. Tienen aspecto risueño y cubren sus cabezas con un bonetillo original ter minado en una punta tan larga y sutil, que recuerda la cola de los chinos. Durante el invierno acuden allí muchas damas enfermas del pecho, especialmente inglesas, y de ellas encontramos muchas y de muy lindas caras, aunque notablemente extenuadas y pálidas.

La Barbada fue la primera Antilla que visitamos, y ya allí pudimos admirar la vegetación de los trópicos, la cual está en razón del ardor del sol y del calor que produce. El aire parece de fuego, el mar de zafiro, y las plantas de un color más verde y más brillante que la esmeralda. Las palmeras me llamaron mucho la atención por su altura extraordinaria y porque sus troncos reflejan tanto el sol en sus lisas cortezas, que parecen de metal bruñido.

Más rica todavía nos pareció la naturaleza en la grande isla de Jamaica, donde tuvimos tiempo para dar un paseo en carruaje por el interior y ver sus plantíos de café y de caña. Los ingleses que en ella vimos vestían a la europea, es decir, con frac negro y sombrero de copa alta, y bebían tanto té como si estuvieran en la nebulosa Londres. La guarnición de la isla era de escoceses, y sus caras blancas y cabellos rubios formaban contraste con la población negra de la isla. Allí vi por la primera vez lo que se puede llamar un país de negros, porque no sólo en el campo, sino en la ciudad misma de Kingstown, no hay más que negros para todas las artes y oficios, siendo los europeos y criollos una minoría insignificante. Como era la época del Carnaval, había aquella noche precisamente un baile de ellos, al cual fuimos convidados algunos de los pasajeros del buque. La fiesta era muy animada y no dejaron de parecerme curiosas algunas de las danzas; no pude, sin embargo, resistir

mucho tiempo el calor excesivo de la sala y el poco agradable olor que, más aun que las gitanas de Sevilla, despedían aquellas Venus africanas, cuyas formas, en general muy abultadas, cautivaban a mis compañeros de viaje. Toda aquella negrada estaba ya emancipada, de lo cual me alegré mucho, porque desde muchacho me ha parecido odiosa la esclavitud, y aunque los ingleses mismos decían que la libertad recientemente adquirida por los negros los había hecho holgazanes, y temían por esa razón que la isla perdiese poco a poco toda su prosperidad, los hechos han probado después que había demasiada exageración en aquellos juicios.

Estas paradas tenían, sin duda, el inconveniente de prolongar mucho el viaje, mas por otro lado lo hacían más agradable. Ni nos faltaba tampoco entretenimiento durante la navegación, porque, como el mar se mantenía tranquilo, podíamos vivir a bordo cual si estuviéramos en tierra, paseando, jugando y haciendo la corte a las damas. Estas podían también tocar el piano y hacerse la ilusión de que se hallaban en un castillo flotante. Todos teníamos asimismo nuestras horas de lectura, las cuales ocupaba yo con el libro de Prescott sobre la Conquista de Méjico, que me había parecido necesario adquirir antes de ir a aquel país. En mi primera edad había ya leído la Historia de Solís acerca del mismo asunto, la cual es muy célebre entre nosotros, a causa de su bello estilo, y también por la manera pintoresca con que refiere aquellos maravillosos sucesos, y aun debo decir que a pesar de que Prescott me causó mucho placer y me enseñó muchas cosas que no sabía, tanto en lo que respecta a Cortés como al teatro de sus hazañas, esto no ha impedido volver después a leer a Solís con el mismo o mayor gusto que antes. Aseméjase en esto Solís a Quinto Curcio, cuya *Vida de Alejandro* se lee como una novela y es la más agradable de todas las que existen sobre el mismo tema, no obstante que haya otras más exactas.

Pero hétenos ya llegados a la Grande Antilla, a la hermosa Cuba, a la reina de aquellos mares, cuya descripción será objeto del capítulo inmediato.

XVIII.
La Habana y Méjico, en 1845.

Tres gritos famosos que recuerda la Historia.—La lengua española pierde ya terreno en América.—La Habana y el castillo del Morro.—Atractivos de las habaneras.—El Capitán General D. Leopoldo O'Donnell.—El dúo de Los Puritanos *en el teatro de Tacón.—Edad de oro de Cuba.—Diversos enemigos de su prosperidad.—Continuación de mi viaje.—Mi llegada a Veracruz.—Personas que allí conocí.—Vicisitudes de la pierna de Santana.—Viaje a Méjico en compañía de mis jefes.—Hermosura de su valle.—Gloriosos recuerdos que despierta.—Belleza de aquella ciudad.*

El español que llega por primera vez a las costas de América, no puede menos de sentirse conmovido, recordando que aquel inmenso y prodigioso continente fue descubierto, conquistado y civilizado por sus mayores. La imaginación se representa fácilmente todas las escenas de aquella maravillosa epopeya, y principalmente aquel primer viaje de Colón, en que, venciendo todo linaje de obstáculos, aprodó al fin a un mundo, cuya existencia era antes completamente desconocida.

Tres gritos famosos hay en la Historia, que serán siempre recordados con placer por las naciones de Europa. El primero es el de los diez mil griegos que, a despecho de todo el poder de un gran Rey del Asia, se refugiaron, bajo la conducta de Jenofonte, en las montañas de Armenia, y después de un año de esfuerzos increíbles, llegaron a las playas del Euxino y gritaron: «el mar, el mar», cuando le apercibieron desde lejos. El segundo es el de «Jerusalén, Jerusalén», dado por los Cruzados, cuando, después de haber atravesado la Europa y el Asia, abriéndose paso con sus lanzas, divisaron la Ciudad Santa. El tercero es el de Colón y los españoles que le acompañaban, el día en que, a punto casi de renunciar ya a su atrevida empresa, descubrieron el Nuevo Mundo y exclamaron: «tierra, tierra».

Algo de esto recordé ya en la Barbada y en Jamaica; pero la idea de que aquellas islas no son ya de España, enfrió mucho mi entusiasmo. El Duque de Frías, en su bella oda a las Nobles Artes, prorrumpe, a propósito de las conquistas españolas, en estas elocuentes palabras:

Mas ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
¡Verá la cruz del Gólgota plantada,
Y escuchará la lengua de Cervantes!

Esto ¡ay! hace tiempo que no es enteramente verdad, porque en varias Antillas se hablan ya hoy día lenguas que no son la nuestra, y en el continente mismo vase retirando poco a poco el dominio de nuestro idioma, de tal modo que en la mitad del antiguo Reino de Nueva España, perdido por Méjico, cede ya el puesto y desaparece ante la lengua sajona, llevada allí por los invasores del Norte. En Jamaica, conquistada o más bien arrebatada piráticamente sin declaración de guerra por los marinos ingleses, en tiempo de Cromwell, no se habla ya más que el inglés, y otro tanto sucede en la Barbada y las pequeñas Antillas. En la Habana, pues, fue donde al tocar en sus playas oí ya efectivamente con inexplicable alborozo la lengua de Cervantes, hablada con mucha propiedad y también con cierto canto gracioso, que es un efecto del clima.

El puerto de la Habana es grande y pintoresco, y en su entrada se ostenta el famoso castillo del Morro, reconstruido y ampliado en tiempo de Carlos III, después que los ingleses se apoderaron de él y de la ciudad el año 1762, cuya circunstancia recuerda el dicho popular de que se cierra el establo después que se han salido los bueyes. Mas, como quiera, aquel castillo es de imponente aspecto, y cuando se le mira no causa ya sorpresa que costara tal suma de millones que, según dicen, el Rey al examinar las cuentas en Madrid pidió un anteojo y dijo por donaire que iba a mirar con él desde el balcón de Palacio, porque de seguro se debía ver a cualquier distancia un castillo que había costado tanto.

El interior de la población no es tan bello como promete su vista desde el puerto; mas de todos modos la Habana es una ciudad rica y espaciosa, y quizás, después de Nueva York, la primera de América. En los barrios nuevos se han edificado casas y quintas de buen estilo italiano. Algunas son de tan rica arquitectura que merecen el nombre de palacios. El pueblo que bulle en sus calles es bastante cosmopolita, dominando en él la multitud de negros africanos, los cuales ejercen toda clase de oficios y no estaban allí todavía libres, como los de Jamaica, sino esclavos. Las criollas que vi me parecieron dignas de la fama que tienen de agraciadas. La vida sedentaria que llevan, rodeadas las más pudientes de criadas negras, que les sirven como de pies y manos y hasta les recogen el pañuelo si se les cae, las reduce al papel de niñas delicadas cuyo mayor deleite es llevar una vida ociosa y tranquila. Por efecto de esta continua quietud tienen los pies tan pequeños como las chinas y japonesas. Su mirar es lánguido, su voz suave. La generación de aquella época fumaba todavía el cigarrillo. El calor las obliga a vestirse ligeramente, lo cual exageran ellas de buena gana a fin de ostentar sus bellos brazos.

Mi primer cuidado, después de desembarcar, fue buscar a mi jefe Bermúdez de Castro, a quien hallé, lo mismo que al Secretario Lozano, muy contentos de la vida de la Habana, cuyo clima es sumamente agradable durante los meses de invierno. Presentáronme luego al Capitán General, que era el célebre D. Leopoldo O'Donnell. Parecióme de buen aspecto; alto, blanco y rubio, no desmintiendo ni su físico ni su moral el origen irlandés de su familia. Hablaba poco y pausado; era cortés, pero frío. La posición que ocupaba era magnífica; pues en aquella época el Gobierno de la isla de Cuba venía a ser una especie de virreinato. Su señora, conocida después en Madrid con el nombre familiar de Doña Manuela, cuando su marido era jefe del Ministerio, tenía por las noches una tertulia, a la cual concurría todo lo principal de la Habana. Era una dama ya algo jamona, pero con ciertos restos agradables de su pasada belleza. Su hija, llamada Zenobia, la cual casó después en

primeras nupcias con el financiero Mariategui, y luego en segundas con el Marqués de la Vega de Armijo, estaba entonces en el apogeo de su gracia y su hermosura.

En aquella tertulia conocí también al Conde de Villanueva, quien por varias veces fue Intendente de la isla y gozaba de la reputación de un buen hacendista, y a un Conde de O'Reilly, descendiente de aquel que bombardeó con escasa suerte a Argel, cuya familia se hallaba establecida en la Habana. Este amable caballero nos convidó un día a comer, y siendo yo, a fuer de gaditano, sumamente goloso, aprobé mucho una costumbre de aquella casa y según parece de aquel país, la cual consiste en servir primero una comida de viandas, y después de un corto intervalo que se pasa en el salón, otra toda de dulces, de los cuales hay allí abundancia y variedad grandísimas.

Visité también a mis compañeras de viaje, las señoras de Dalcour, quienes me llevaron al teatro llamado de Tacón, porque fue construido durante el mando del General de este nombre, cuya prudente e ilustrada administración ha dejado en Cuba mucha fama. La sala es espléndida y las damas que ocupaban los palcos me parecieron muy lindas. Cantaron aquella noche *Los Puritanos*, de Bellini, y no dejó de hacerme gracia que en el famoso dúo entre Jorge y Ricardo, conformándose los actores a las órdenes de la policía, en vez de gritar *libertad*, según reza el libreto y pide la acción del drama, gritaban *lealtad*, como sucedía también por aquella época en Milán, Nápoles y Roma.

Era la isla de Cuba en la época de que estoy hablando, un modelo de colonias bien administradas, habiendo sido aquella su edad de oro. Su Hacienda se hallaba tan bien arreglada, que no sólo bastaba para todas las exigencias locales, incluso el ejército y la marina, sino que dejaba siempre un sobrante, que servía para atender a ciertos gastos preferentes del presupuesto español. Formaba contraste con la Hacienda de la Metrópoli, la cual no conoció exactitud y seguridad en sus pagos hasta que el ilustre D. Alejandro Mon introdujo un buen sistema de contribuciones cuando fue Ministro de ese ramo en 1846. Había también algunas personas privilegiadas, cuyos sueldos eran satisfechos por la Tesorería de la isla de Cuba, a pesar de que residían en España, y de ellas se burló con mucha gracia cierto diario satírico de aquel tiempo, diciendo que los tales eran monstruos fantásticos, puesto que tenían el cuerpo en Europa y la boca en las cajas de Ultramar. Mas para todo bastaban las rentas de Cuba, cuya prosperidad parecía no tener límites.

Por desgracia aquella situación excepcional y envidiable se hallaba combatida por varios enemigos poderosos. La multitud de los esclavos empezaba ya a ser un peligro constante. En el siglo XIX y cuando, no sólo en Europa, sino también en todo el continente americano dominaban las ideas más liberales, era una flagrante contradicción, una anomalía insostenible la existencia de la esclavitud en aquella isla. Los Estados Unidos la mantenían todavía vergonzosamente en su seno, y aun hubo allí algunos hombres de Estado tan obcecados por el interés, que pretendieron declararla de derecho divino y encontrarle fundamento en no sé cuáles textos de la Biblia, y hasta en la inferioridad moral de la raza negra. Pero ya la habían condenado y abolido tanto Inglaterra como Francia, y todo el mundo comprendía que su abolición en Cuba, como en los mismos Estados Unidos, era sólo cuestión de tiempo. Y ojalá que algún Gobierno moderado hubiera tenido el valor de decretar esa generosa medida antes que la revolución alcanzase la gloria de hacerlo. Pero entonces nadie se atrevía a hablar siquiera de ello y la esclavitud era, como digo, un gran peligro para nuestra Antilla.

Otro no menos grave era la tendencia natural en aquella colonia, como todas las de su especie, a separarse de la Metrópoli. Había allí partidarios, si no de la independencia, porque eso les parecía todavía demasiado difícil, al menos de la unión a la República de los Estados Unidos, donde existía precisamente un partido que deseaba mucho la anexión de aquella Antilla, a fin de aumentar el número de los Estados esclavistas. Los revolucionarios de Cuba refugiados en Nueva York y la Florida, unidos a algunos malos españoles y no pocos aventureros de la América del Norte, habían intentado ya varias veces desembarcar en la isla para promover un movimiento anexionista. Llamáronles con razón filibusteros, y pocos años después, en 1851, organizaron una expedición que logró desembarcar, a cuyo frente se hallaba el antiguo General D. Narciso López, la cual hubiera

podido sernos funesta a no haberla repelido y destruido con notable energía el valiente General Don José de la Concha, que a la sazón era Gobernador de Cuba.

Estos peligros desaparecieron por fortuna después de la emancipación de los esclavos, verificada tanto en aquella isla como en los Estados Unidos; pero quedó todavía el que había nacido al fin, por la naturaleza misma de las cosas, de la tendencia abiertamente separatista, queriendo los criollos de Cuba emanciparse de España para ser independientes, como lo eran ya todas nuestras antiguas colonias de América. Esta tendencia era un efecto natural de la prosperidad misma de Cuba, siendo una profunda observación del historiador Alison, que mientras más se enriquecen los pueblos privados de independencia, mayor se hace en ellos el deseo de conseguirla. Ni era posible imaginar que cuando en España se establecía una libertad que rayaba casi en licencia, fuese posible privar de ella a nuestras posesiones ultramarinas. Semejante anhelo era ya bastante general en la época de que estoy hablando, y de ello tuve yo mismo al instante varias pruebas, a pesar del corto tiempo que permanecí en la isla. Desde luego empecé a notarlo al desembarcar, porque los marineros cubanos que me llevaron a tierra en una lancha tuvieron un altercado con un soldado español, y creyéndome a mí extranjero, se desataron en improperios contra nuestra nación, apenas se alejó aquél. Además, en casa de las señoras de Dalcour, que eran criollas, oí hablar de política a varios caballeros del país, y luego me apercibí que les pesaba ya mucho el yugo de España. Los comerciantes españoles que no eran negreros, contribuían también, sin quererlo, a aumentar el malcontento de los criollos, murmurando mucho del Capitán General y de todos los empleados españoles de la isla, a quienes suponían interesados en la introducción fraudulenta de los esclavos y atentos sólo a enriquecerse.

Cuatro días no más permanecí en la Habana, y continué luego mi viaje en el mismo vapor inglés en que había venido hasta allí. Bermúdez y Lozano hicieron la travesía en un bergantín de guerra ya muy viejo, que antes se llamó el *Realista*, y luego, mudando de nombre, conforme lo exigían los tiempos, se titulaba el *Patriota*. El Gobierno había dispuesto que fueran en él porque le parecía que su nuevo Ministro ganaría en prestigio si se presentaba en las aguas de Méjico conducido por un buque de guerra de su nación. Para mí no había en él comodidad de pasaje, de lo cual no me pesó mucho, pues en sólo cuatro días me encontré en Veracruz, al paso que el *Patriota*, combatido por vientos del Norte, que en aquel golfo son muy frecuentes, tardó cerca de quince días.

A propósito de esto quiero referir aquí, como muestra de lo que pueden ciertas preocupaciones entre los hombres de mar, lo que me sucedió antes de dejar a Cuba con el Comandante del *Patriota*, que era un tal D. Manuel de la Puente, marino antiguo y persona por lo demás culta y sensata. Por encargo de Bermúdez fui a decirle cuál día le convenía señalar para su partida, y dio la casualidad que ese día era un martes. Al oír esto el bueno de la Puente, me respondió con la mayor formalidad, que él estaba pronto a salir cualquier día de la semana, pero que le rogaba a Bermúdez que, a menos de creerlo absolutamente indispensable, señalase otro que no fuera martes, porque tanto él como toda su gente lo consideraban día aciago. Hubo, pues, que dejarlo para el miércoles.

En cuatro días, como ya, he dicho, llegué yo sin novedad en mi vapor al puerto de Veracruz, que forma contraste con la Habana, pues ofrece un espectáculo verdaderamente desolador. La población es pequeña y fea, la playa baja y arenosa y el terreno que le rodea, privado de vegetación, tiene el aspecto de un desierto. Para aumentar la tristeza del cuadro, sus murallas y el famoso castillo de San Juan de Ulúa, que defiende la entrada de la bahía, conservaban aún las huellas del bombardeo que habían sufrido el año 39 por la escuadra de Baudin y Joinville, a causa de los atropellos cometidos en Méjico con algunos súbditos franceses.

El interior de la ciudad no me parecía más alegre que el exterior. Fuera de algunos comerciantes que allí residen para hacer sus negocios, no se veía en sus calles más que perros, y una especie de cuervos, llamados zopilotes, los cuales bajaban a ellas y se encargaban de limpiarlas de sus inmundicias. Encontré, sin embargo, varias personas con quienes pasar agradablemente los días que tardó en llegar el *Patriota*. Desde luego nuestro Cónsul, un tal D. Telesforo Escalante, buena persona, y resignado ya, si no contento, con el puesto que ocupaba; venía después el Vicecónsul

honorario, llamado D. Dionisio Velasco, el cual era un español rico y personaje importante en aquella ciudad. Era de modesta extracción y había reunido allí una hacienda muy considerable, que permitía a su mujer y a sus hijas, las cuales eran lindas, vivir con mucho lujo. Él, sin embargo, conservaba toda su sencillez primitiva, y como prueba de ello contaré que cuando me recibió en su escritorio me dijo por varias veces que me sentara, pero yo no descubrí en toda la estancia silla o banco de ninguna especie, fuera del que él mismo ocupaba, por lo cual acabé por sentarme en una caja de azúcar que allí yacía depositada y que sin duda era el sillón voluptuoso que me ofrecía.

Hice también conocimiento con un cirujano español llamado Mendizábal, gaditano como yo, y sobrino del famoso Ministro del mismo apellido. Era hombre hábil en su profesión y muy popular en el país desde que tuvo la, para él buena fortuna, de cortarle al General Santana la pierna que le destrozó una bala de Joinville y de curarlo perfectamente. Por él supe una anécdota curiosa y característica relacionada con aquella circunstancia, y fue que cuando el General mejicano se sintió restablecido, hizo venir de Inglaterra una pierna de palo, hecha con la mayor perfección, la cual fue enviada a Méjico en la diligencia. Mas como en aquella época pululaban los ladrones en el camino, una partida de ellos asaltó el carruaje y se llevó todo el equipaje que conducía, inclusa la pierna de Santana. Sintiólo mucho éste y estaba ya a punto de encargar otra, cuando un día recibió en su alojamiento una cajita con la pierna y una esquela muy cortés del jefe de los bandoleros, en la cual le decía que tenía el mayor gusto en hacerla llegar sana y salva a sus manos. En cuanto a la pierna de hueso que le había sido cortada por Mendizábal, tuvo asimismo extrañas vicisitudes. Al principio fue puesta en un cajón y enterrada en el cementerio común; después, cuando Santana ocupó la Presidencia en el año 45, la enterraron con mayor aparato en un terreno reservado y le pusieron encima un mármol con una pomposa inscripción. Caído luego del poder y obligado a refugiarse en Cuba, la pierna fue desenterrada, profanada y arrojada no se sabe dónde. Por último, a la vuelta de Santana algunos años después, fue buscada, hallada y sepultada nuevamente con la mayor solemnidad.

Conversando con las personas que he dicho, entretenía yo mis ocios hasta que llegó por fin el bergantín deseado, trayendo a bordo a mis jefes, y dos días después salimos para Méjico en una diligencia bastante cómoda y ocupada sólo por nosotros. El Vicecónsul D. Dionisio Velasco obsequió mucho a Bermúdez y la noche anterior a nuestra marcha le dio un suntuoso banquete, en el cual desplegó nuestro enriquecido compatriota todo el lujo posible. Concurrieron a aquella fiesta las primeras personas de la ciudad y también algunas damas, haciendo la señora y señoritas de Velasco los honores de su casa con mucha gracia y desembarazo. En cuanto a D. Dionisio, hizo también cuanto pudo para desempeñar su papel con mucho brillo; sólo que al final de la noche, siendo ya grande el calor que se sentía en las salas, le pidió permiso a Bermúdez para quitarse el frac y ponerse una chaquetilla ligera, con la cual siguió luego jugando al tresillo con sus amigos.

El viaje de Veracruz a Méjico fue para nosotros una gran distracción, a causa de la novedad y belleza del país que a nuestros ojos se ofrecía. En Jalapa dejamos las arideces de la costa y encontramos ya la brillante vegetación de los trópicos. Las palmeras y otros árboles de vivos colores cubrían los campos y ocultaban a veces las casas con su rico follaje. El aire estaba embalsamado por los más gratos olores y el cielo se mostraba tan azul y tan puro que no nos cansábamos de mirarle. Estábamos ya en la más bella quizás de las partes del mundo, en la virgen América, y en una de sus regiones más hermosas, cual es sin duda la Nueva España, ese país que arrancó para nuestra desgracia tantas alabanzas a Guillermo Humboldt; y digo por nuestra desgracia, porque no hay duda de que contribuyeron a aumentar la envidia que ya tenían los demás Estados europeos a las posesiones de España en el Nuevo Mundo y el deseo de que las perdiese.

Cuando entramos en el valle de Méjico creció todavía más nuestra admiración. Algunos lo han comparado con el de Granada y paréceme que tienen razón. En Méjico la naturaleza es quizás más imponente; pero ambos son extensos, risueños y animados por infinidad de pueblos y caseríos. Si el uno ostenta el Muley Hacen, el otro está dominado por dos grandes volcanes apagados, el

Popocatepetl y el Iztaccihuatl, nombres difíciles de pronunciar, pero que tienen algo de misterioso, que se presta a toda clase de interpretaciones.

Los recuerdos que el valle de Méjico despierta son también comparables con los que suscita la vega de Granada. En un lugar como en el otro se realizaron los dos hechos más notables de nuestra historia, los más heroicos, los que pueden rivalizar con los más célebres de la historia antigua y no tienen iguales en la moderna. Con efecto, si el arrojar por fin a los moros del suelo europeo y completar la integridad de la patria española fue una hazaña gloriosa, igual, si no mayor lo fue, en mi sentir, la de conquistar el lejano Imperio de Méjico, con un puñado de españoles. Fue este un hecho tanto más lisonjero para nosotros cuanto que quienes le realizaron eran todos españoles. En el descubrimiento de la América tenemos que dar la primera palma al gran genovés, que nos guió por el camino de las ondas. A un portugués se debió después el traspasar la Tierra del Fuego. En Méjico fue todo obra de un español, cuyas hazañas me atrevo a comparar con las del grande Alejandro, porque veo una semejanza muy notable entre los caracteres de estos dos héroes, no sólo en sus aciertos, sino hasta en sus errores, pues la expedición de Cortés a Honduras, por ejemplo, recuerda mucho la que hizo Alejandro a la India.

La gloria de Pizarro, Valdivia y los demás conquistadores de América fue también grande; pero en realidad no hicieron más que imitar a Cortés. Cortés es un héroe aparte, uno de esos grandes hombres, cuya existencia tal vez se pondría en duda dentro de algunos siglos, si no fueran tantos los testimonios que quedarán siempre de ella. Y es en verdad mucha lástima que D. Alonso de Ercilla, naciendo algunos años antes, no hubiera formado parte de aquella empresa, empleando luego su hermosa pluma en perpetuar su memoria, Algo más digno asunto de epopeya es aquella conquista que la lucha contra los montañeses araucanos, y más interesantes son Cortés, Alvarado, Sandoval, a quien los indios llamaron el Sol de Anahuac, a causa de su varonil hermosura, y también Olid y Bernal Díaz, que los compañeros de Valdivia. Y si la noble alma de Ercilla supo sentir tantas simpatías por los valientes araucanos, tal vez las habría sentido iguales o mayores por el sin ventura Moctezuma y el todavía más desdichado Guatimocin.

Al penetrar en la ciudad de Méjico nos pareció llegar a una ciudad de las nuestras, pues es singular la habilidad que tuvieron los españoles para crear en aquel descubierto continente una segunda España, con la agradable diferencia de que es más nueva y más bella. Porque si bien las ciudades de América carecen de grandes monumentos, en todo lo demás son más amplias y están mejor edificadas que las de la madre patria. Méjico, La Puebla de los Angeles, Guanajuato, Córdoba, Orizaba y cuantas vi durante mi permanencia en aquel país, son muy superiores a lo que eran a principios del pasado siglo Burgos, Valladolid, Jaén o Zaragoza. A causa de la benignidad del clima las casas de Méjico se parecen mucho a las de Sevilla y Cádiz, con patios y corredores abiertos y azoteas practicables, donde las mejicanas remedan por medio de macetas de flores los pensiles de Babilonia.

La plaza principal, que llaman de San Francisco, es muy extensa y se halla rodeada de portales. En un lado está la Catedral, que es un hermoso templo, rico de mármoles, y al frente el antiguo Palacio de los Virreyes, convertido hoy en residencia del Presidente. Este edificio es grande, pero no tiene mérito alguno arquitectónico. En medio de la plaza había antes una estatua ecuestre de Carlos IV, hecha de bronce con muy buen estilo por un escultor español llamado Tolsa; hoy está en un patio interior. Numerosas son las iglesias, y algunas, como la de San Francisco, notablemente hermosas; las calles son todas anchas y tiradas a cordel; las casas altas y adornadas con grandes balcones. Las tiendas son buenas; pero pertenecen casi todas a mercaderes extranjeros. Abundan mucho los coches, porque las señoras mejicanas, como las habaneras, salen poco a pie. En el patio de las casas más pudientes hay siempre un coche enganchado para que las señoras de ellas puedan salir a cualquier hora. Lo único desagradable en Méjico es el pueblo bajo, compuesto casi todo de indios. No son tan repugnantes como los negros, pero poco menos, y hay que acostumbrarse a ellos. Llámanlos Léperos, y llevan a guisa de toga romana, una sábana, debajo de la cual van casi desnudos. Caminan descalzos y se cubren la cabeza con un sombrerete de paja. Inteligentes, pero

perezosos, a semejanza de los lazarones de Nápoles, es difícil que quieran trabajar después que han ganado para el pan cotidiano. Siéntanse entonces en las aceras de las calles o en los escalones de las iglesias, y allí toman el sol, como los cínicos de la antigua Atenas.

El hotel en que nos alojamos era bastante bueno. Pertenecía, como casi todos los de América, a un propietario anglo-americano, cuya nación hace allí en este punto el mismo oficio que los suizos en Europa. Mi cuarto tenía vistas a la plaza de San Francisco, lo cual le hacía muy alegre. Los muebles eran buenos, y la sirviente era una indita, no mal parecida, que cuidaba de ponerme siempre flores en un vaso de búcaro, tierra allí muy común, cuyo perfume es por sí mismo sumamente agradable.

XIX.
Méjico, de 1845 a 1847.

Clima delicioso de Méjico.—Excelencia de sus producciones.—Susto que nos causó un terremoto.—Paseo de Buccarelli.—Estatua de Guatimocin.—Bosque de Chapultepec.—Salto de Alvarado.—Alamedas de la Viga—Teatros y actores.—Bellezas de aquella época.—Baile dado por Bermúdez de Castro.—Tertulia de la familia Lasquety.—Temporada de Tacubava.—Feria de San Agustín de las Cuevas.—Amigos que tuve en Méjico.—Parientes que allí encontré.

La Legación permaneció poco tiempo en la posada. Bermúdez de Castro encontró pronto una hermosa casa bien amueblada, que pertenecía aun acaudalado caballero del país, a la sazón ausente en Europa, y en ella nos establecimos cómodamente. Estaba situada en la calle de San Francisco, no lejos de la plaza del mismo nombre, que es el centro del barrio más elegante de la ciudad, de modo que nos hallábamos alojados en el mejor sitio de ella. El trabajo no nos faltaba, a causa de sucesos que explicaré en otro capítulo; pero teníamos tiempo para divertirnos; y como los tres éramos jóvenes y amigos, íbamos juntos a todas partes y lo pasábamos muy bien.

Desde luego, la vida es en Méjico sumamente agradable por efecto de su clima, el cual creo sea uno de los más benignos de la tierra. Como la República mejicana es tan extensa, existen en ella todas las temperaturas posibles. En el Norte nieva y ventisca; en el Sur el calor abrasa tanto, que con razón llaman a aquellas regiones Tierra Caliente; en las costas del golfo y del Pacífico, ardientes también, reina además la fiebre amarilla. Pero en la meseta central, donde está situada la ciudad de Méjico, la elevación del terreno hace que no se sienta apenas el calor tropical. Todo el año es allí primavera, y en vez de llover en el invierno, llueve en el verano, y esto sólo por un par de horas después del medio día, y con tal regularidad, que se dan citas para después de la lluvia, como en otras partes para la puesta del sol. Todos los días, casi sin interrupción, podíamos fumar nuestro cigarro después de almorzar, paseando al aire libre con la cabeza descubierta, por los corredores de nuestra casa. Vestíamos siempre ligeramente, y en el invierno usábamos de noche un gabán, que en Europa serviría para el otoño. Las personas que se acostumbran a aquel clima no pueden ya sufrir ni aun los más templados de España, y he conocido varios andaluces, establecidos de antiguo en Méjico, los cuales han querido retirarse en la vejez a Cádiz o Sevilla, y no han podido soportar ni aun el poco frío que allí se siente.

El único inconveniente de Méjico es la sequedad excesiva, producida por la escasez de lluvia. Resiéntense de ello los nervios y hay que hacer uso continuo de baños calientes, a fin de que se dilaten. Esto era ya conocido de los antiguos aztecas, y los españoles encontraron establecida allí la costumbre de los baños, no sólo entre los ricos, sino también entre las gentes más pobres, siendo numerosos, entonces como ahora, los establecimientos públicos destinados a ese objeto tan importante. Hoy día, las personas pudientes tienen baños en casa, y las señoras mejicanas lo toman al levantarse y conservan después toda la mañana y hasta la hora de ir a paseo, el pelo suelto sobre

la espalda, a fin de que se seque mejor. Así reciben las visitas, y es muy agradable el verlas con ese traje de final de ópera, especialmente cuando son guapas.

Obliga también aquel clima a cierta regularidad en las comidas, pues con frecuencia se sufre de disentería, enfermedad que es todavía más peligrosa para los extranjeros que para los del país, como lo indica el adagio mejicano que dice: el español que se destapa, sólo la tierra lo tapa. Pero yo creo que esta dolencia no es tanto resultado del clima como de los excesos que se cometen en la bebida y en el abuso de las frutas, las cuales son riquísimas y variadas, porque Méjico tiene las nuestras y las de América, y sus chirimoyas, piñas y granadillas, rivalizan con las brevas, duraznos y peras. El plátano o banana es tan común y barato que no hay casa rica ni pobre donde no se coma diariamente, ya crudo o ya frito, como las patatas. Acompáñalo el frijolito negro, que es superior al blanco de Europa y puede aspirar a la supremacía entre las legumbres. Y en general, todos los alimentos son excelentes en aquel privilegiado país, de donde nos han venido, con otras cosas buenas, las patatas, el pavo común, que allí llaman guajalote, y el exquisito chocolate, tan alabado por Brillat Savarin.

La mesa de Bermúdez era de las mejores del país, porque tuvo la buena suerte de hallar luego un cocinero francés que le servía a las mil maravillas. Decían las malas lenguas que había llegado a Méjico huyendo de Europa, donde había cometido un asesinato, historia que no le perjudicaba mucho, porque en América perdónase bastante a los que allí emigran. Por lo demás, su conducta en Méjico era irreprensible, y tenía tanto amor propio que Bermúdez no necesitaba excitar nunca su celo, y si alguna vez le recomendaba que se esmerase, le respondía con mucha gravedad: «Señor Ministro, esté usted tranquilo: yo no decaigo nunca.»

Un susto y no muy pequeño vino a turbar nuestra buena andanza a poco de hallarnos establecidos, y fue un terremoto de los mayores que se han sentido en aquel país, el cual está bastante sujeto a ellos, aunque no tanto como Guatemala y otras regiones de América. Sucedió a las diez de la mañana y fue sólo ondulatorio; pero duró muchos segundos y fue acompañado de bramidos subterráneos, crujidos de paredes y otros accidentes que no dejaron de impresionarnos. La idea de que puede durar y crecer hace que este fenómeno natural aterre más que otro alguno. Hallábame yo a la sazón escribiendo en la Cancillería, y aunque me levanté para dirigirme a la puerta, no me fue posible dar un paso; tales eran los vaivenes del piso. Lo mismo le sucedió a Bermúdez y a Lozano: cada cual se quedó en el cuarto donde se hallaba hasta que disminuyeron los temblores y fueron sustituidos por una especie de cernimiento que permitía al fin fijar los pies y moverlos. Varias fueron las casas que cayeron al suelo y más aún las cuarteadas, por lo cual mucha parte de la población permaneció durante algunos días acampada en las afueras, y la bolsa de los ricos tuvo que acudir generosamente en socorro de una multitud de pobres, que habían quedado sin subsistencia y sin techo. Temióse que el terremoto, como suele suceder, repitiera al día siguiente, y así fue, con efecto, aunque no tuvo la misma fuerza. Sin embargo, hallábame yo cuando tuvo lugar en la acera de la plaza de San Francisco y fui echado con violencia fuera de ella. La plaza entera se movía como un barco, y las dos torres de la Catedral se bamboleaban como dos gigantes borrachos. No recuerdo si hubo que deplorar muchas desgracias personales; pero creo que no, porque por fortuna las casas caídas eran de un solo piso y no contenían muchos vecinos.

Sosegados poco a poco los ánimos, volvimos a nuestra vida de costumbre, compuesta del trabajo de la Secretaría, visitas, paseo y teatro. Los paseos de Méjico son muy bonitos, y a diferencia de lo que sucede en Lisboa, hállanse siempre muy concurridos. Dentro de la misma ciudad está la Alameda, cuyos árboles, como todos los de Méjico, no pierden nunca sus hojas. En las afueras se encuentran el paseo llamado de Buccarelli, por haberlo hecho en el siglo XVIII un Virrey de este nombre, el cual, a lo que yo creo, era uno de aquellos italianos que vinieron a España en tiempo del Rey Carlos III. Fue primero Gobernador de Buenos Aires y allí se distinguió mucho, pues según he leído en las cartas de Junius, fue él quien rescató en una ocasión las islas de Falkland, de las cuales se habían apoderado los ingleses, pretextando que estaban abandonadas, poco más o menos como los alemanes de las Carolinas en el siglo pasado. Buccarelli las recobró sin tardanza a

mano armada, y aunque el Gobierno español de la época dio por ello una satisfacción a Inglaterra, Junius fue de parecer que había sido insuficiente. Probablemente Buccarelli sería ascendido al Virreinato de Méjico en recompensa de aquella acción tan atrevida.

Como quiera, el paseo que lleva su nombre es muy bello y allí concurren por las tardes las principales señoras mejicanas, en coches de bastante lujo, los cuales se paran en un redondel central, donde forman lo que llaman el pastel, y a su alrededor desfilan los jóvenes del país, montados en hermosos caballos de raza española y vestidos muchos de ellos con el traje que llaman de *charro*, que no es otro que el que llevaban los conquistadores; pues hay allí dos cosas que han variado poco desde la época de Cortés, a saber: la lengua y el vestido de campo. La lengua es, con pocas variaciones, el español que hablaban nuestros antepasados; las palabras mejicanas, como *petate* por estera, y *zarape* por rebozo, son muy pocas, y en cambio se oyen muchas voces ya anticuadas entre nosotros, pero que son del más genuino castellano. En cuanto al vestido, compuesto de sombrero chambergo, chaquetilla corta, gregüescos holgados, anchas polainas y espuelas enormes, es el que usaban los españoles del siglo XVII.

Según me refieren personas venidas últimamente de aquel país, en este paseo de Buccarelli han colocado ahora los mejicanos una estatua de Guatimocin, que fue el postrero de los Emperadores del antiguo Méjico. No podemos nosotros ser buenos jueces en las cuestiones que tocan exclusivamente a los sentimientos patrióticos de aquella nación; pero a la verdad no se comprende que para ser buen mejicano sea necesario recordar y enaltecer tanto las hazañas o desventuras de los Príncipes aztecas. Probablemente nace esto de dos pasiones que debían estar ya depositadas en el almacén de cosas antiguas: el odio a los españoles y el deseo de adular a los indios. Ambas tuvieron razón de ser a principios del pasado siglo: hoy parecen un anacronismo. Y si los mejicanos quieren algún día ser justos, deben por lo menos alzarle también una estatua al famoso Hernán Cortés, en reconocimiento a la conquista española, porque esa conquista los sacó de las tinieblas de la idolatría, los libertó de los sacrificios humanos y de los vicios más infames, dándoles una religión sublime y unas costumbres más puras. Y si es cierto que los indios de hoy son descendientes de los antiguos, también lo es que todas las familias blancas, cuyo número es muy grande, descienden exclusivamente de los españoles, y aquellas de raza mixta, numerosa asimismo, tienen por lo menos una mitad de sangre española. Concedo que Hernán Cortés hizo mal en consentir que el Monarca fuese tratado con crueldad; pero esta falta fue debida a las exigencias del Tesorero Alderete, y no le quitan a aquel caudillo la gloria de haber sido el instrumento elegido por la divina Providencia para convertir a un pueblo semibárbaro en una nación civilizada y cristiana. Y en todo caso, si la persona de Cortés les es siempre poco grata, ¿por qué no le alzan una estatua al Emperador Carlos V en cuyo reinado fue descubierto Méjico? ¿Por qué no le dan siquiera el lugar que se merece a la del Rey Carlos IV, que hoy yace arrinconada?

Bien pudieran los mejicanos tomar lecciones sobre este punto de esos americanos del Norte, a quienes tanto imitan en otras cosas, muchos de los cuales, a pesar de su espíritu ambicioso, profesan a España una especie de respeto, nacido del reconocimiento que sienten hacia ella, porque descubrió y civilizó aquel Continente. Según ellos, los españoles han hecho en América el papel que hicieron un día los romanos en el mundo antiguo, sometiendo y civilizando a las naciones más o menos bárbaras que le poblaban; por cuya razón sus mayores ingenios, tales como Washington Irving, Prescott y Tichnor, se han dedicado con preferencia al estudio de nuestra historia y de nuestras letras, y en todas ocasiones nos han dado pruebas inequívocas de su aprecio y gratitud.

Más allá del paseo de Buccarelli hállanse la colina y el bosque de Chapultepec, el cual está formado de árboles seculares, a uno de los cuales asegura la tradición que se apoyó Cortés durante la llamada Noche triste, cuando, expulsado de la ciudad de Méjico, vio frustrada su primera tentativa para apoderarse de ella y lloró de pesar y despecho; cuyo recuerdo despertaba siempre en mí un vivo interés cada vez que pasaba por aquel sitio, y estoy seguro de que otro tanto les sucede a todos los españoles que van a visitarlo. Ni es menos interesante otro paraje de Méjico cercano a un acueducto, que llaman Arcos de San Cosme, donde dice también la tradición que el Capitán D.

Pedro de Alvarado dio un famoso salto en aquella misma noche triste, traspasando un canal que corría por aquella parte. La calle edificada hoy día donde estaba el canal conserva el nombre de Salto de Alvarado, y algunos pretenden que la anchura de ella, que es bastante grande, es la misma que la del foso traspasado por aquél; mas me inclino a creer que en esto cometen exageración, porque no hay fuerzas humanas que basten para saltar tanto.

Luego que llega la primavera dejan los mejicanos el paseo de Buccarelli para trasladarse a otro denominado de la Viga, donde hay unas hermosas alamedas situadas a orillas de las lagunas, que todavía rodean a la ciudad por aquel lado. Vense éstas cruzadas por una multitud de lanchitas, llamadas chinambas, dentro de las cuales navegan las indias con provisiones de frutas y flores. Las señoras principales compran muchas de las últimas para sus casas y también para dárselas a las iglesias, cuyos altares adornan con más primor que de costumbre durante los meses de abril y Mayo.

Méjico no estaba muy bien entonces de teatros; no había más que uno, el cual servía para toda clase de espectáculos. Alguna vez han tenido compañía de ópera; en el tiempo que estuve yo allí no hubo más que dramas y comedias y no muy bien dadas, excepto las segundas, porque los actores tenían más disposición para lo jocoso que para lo trágico. Eran casi todos españoles, y sólo recuerdo a un Mata, un Viñola y una dama, llamada la Cañete, que no dejaba de tener gracia.

El repertorio era también casi todo español, piezas de Moratín, Bretón, Rubí, o traducciones hechas en Madrid de Scribe, Damas y demás corifeos de las escuelas clásica y romántica. En cuanto a la concurrencia no podía ser más brillante, porque los mejicanos no tenían entonces casi más diversión que aquella. Todos los palcos estaban abonados por la gente más principal. Veíanse allí como en Buccarelli las damas más celebradas por su belleza y también por su dinero, que es en Méjico la única aristocracia, pues aunque existen aún algunos nobles antiguos, tales como el Conde de Regla, cuyo abuelo le regaló un navío de tres puentes a Carlos IV, los del Jaral y Cortina, y algún otro, son en escaso número, y la generalidad de las familias pertenecen a la clase de propietarios, más o menos modernos, o de banqueros acaudalados.

Las damas que tenían entonces más reputación de hermosura eran la señora de Gordoa, tipo de Juno, con bellísimos ojos y un cuerpo hecho a torno; la de Villanueva, algo sosa, pero muy guapa; la de Errazu, morena graciosa, que más adelante fue muy festejada por la mejor sociedad de París; las señoritas de Echevarría, una de las cuales contrajo matrimonio con mi jefe Lozano; las de Buch, las Lasquety y la Schneider. Pero casi todas las demás merecían la misma calificación, porque en Méjico abundan las mujeres agraciadas, teniendo todas lindo pelo, lindos ojos, un color mate que seduce y manos y pies muy pequeños. Esto último es general en toda América. Santa Rosa de Lima, que también el Nuevo Mundo ha producido sus santos, tenía las manos tan bonitas, que para que cesasen de alabárselas, se las estropeó con quemaduras. Las Panchitas, Guadalupes, Charitos y Reglas, que son allí los nombres más comunes, eran todas monísimas. En cuanto a las dotes del ingenio, me pareció que tenían cuantas bastaban para hacer gratas su conversación y compañía.

Los mejicanos no carecen de chiste y son asimismo algo burlones. Como ejemplo de ello referiré que solían ponerles nombres a todos los palcos, aplicándoles con bastante oportunidad el de alguna pieza dramática conocida. Así, verbi gracia, llamaban *D. Magnífico*, al de Lasquety, que era hombre algo vanidoso; *El Rico hombre de Alcalá*, al del acaudalado español Rubio; *La niña en casa y la madre en las máscaras*, al de la viuda de Agüero, la que fue luego suegra del General Prim; *El perro del hortelano*, al de la bella Gordoa, cuyo marido era ya algo viejo; *Muérete y verás*, al de cierta viudita muy alegre, y así a los demás. Y por de contado había allí sus intrigas de sociedad y sus amoríos más o menos ocultos, como en cualquiera otra ciudad del mundo. Usaban también el pasear la calle a la mujer pretendida, tanto a pie como a caballo, pero no el hablar con ella por la reja, como en nuestra poética Andalucía.

Durante los meses de invierno solía haber algunos bailes, pero casi todos con el carácter de confianza, es decir, que se reunían en cualquiera casa de las principales algunas docenas de parejas,

y al son de una pequeña orquesta de bandurrias, ni más ni menos que en tiempo de Hernán Cortés, bailaban alegremente. Los bailes de gran aparato tenían sólo lugar en las Legaciones extranjeras, las cuales en aquella época eran únicamente tres, la de Francia, la de Inglaterra y la nuestra. Ministro de Francia era el Barón Alley de Ciprey, cuya señora hacía muy bien los honores de su casa; Mr. Bankhead, el de Inglaterra, era un original rematado, que no abría nunca su correspondencia hasta que volvía de paseo, y evitaba todo aquello que podía incomodarle. Su mujer, al contrario, gustaba mucho de divertirse y de divertir a las señoras mejicanas. Bermúdez de Castro dio muchas comidas y por fin un baile, que hizo época en Méjico por lo concurrido y brillante. El aspecto de las salas era deslumbrador, pues las señoras mejicanas de aquel tiempo, no solamente eran bellas, sino que en tales ocasiones ostentaban una cantidad increíble de buenas joyas, capaces de competir con las más ricas que posee la aristocracia de Europa. Porque Méjico como Perú ha sido siempre el depósito de las perlas, esmeraldas, brillantes y otras piedras preciosas, productos las unas de aquellas regiones, traídas las otras en días más felices de las Islas Filipinas, Borneo y la India. Estas ricas alhajas iban cambiando de dueño, según las vicisitudes de las fortunas; pero permanecían todavía en Méjico, donde adornaban mujeres tan hermosas que casi se podía decir que eran éstas las que hacían brillar a aquéllas, como de la bella Elena lo dijo ya Eurípides.

No abundaban en Méjico las reuniones íntimas ni existían allí aquellas visitas de primera noche que tan gratas son en Madrid. Con todo, a fuerza de paciencia fuimos ganando algún terreno en este punto, y en general podíamos estar contentos con la acogida que merecíamos. La cualidad de español fue un tiempo el mejor pasaporte para entrar en la sociedad mejicana, siendo en ella proverbial que el marido y la bretaña han de ser de España. Pero los recuerdos todavía muy vivos de la guerra de la independencia, la desdichada expedición de Barradas y algunas imprudencias recientes de nuestros compatriotas, como por ejemplo el viaje algo burlesco publicado por la mujer de Calderón de la Barca, habían hecho mucho daño a nuestro prestigio en aquel país. Teníamos, pues, que luchar con ciertas dificultades y darnos por satisfechos con lo que poco a poco obteníamos. Una casa española, la de D. Juan Lasquety, fue desde luego nuestro recurso principal para pasar las noches, cuando no íbamos al teatro. Era Lasquety sobrino del penúltimo Virrey Apodaca, y se había quedado en Méjico, después de haberse casado con una señora del país muy agraciada, de la cual tenía varias hijas. La mayor, Carolina, que era muy guapa, casó pocos años después con un pariente suyo, el Capitán de marina Apodaca, y pasada a España, donde enviudó, fue hasta su muerte dama de la Infanta Doña Cristina, viuda de D. Sebastián de Borbón. Concurrían a aquella tertulia otras muchachas mejicanas, entre ellas una prima de las Lasquety llamada Teresa Schneider, en la cual se admiraba ese tipo tan hermoso que produce muy a menudo el cruzamiento de nuestra raza con la alemana o la inglesa.

Cuando llega la estación más calurosa, dispérsanse también allí las familias, como sucede en Europa, para respirar el aire más puro del campo. Tacubaya era entonces el lugar de recreo más a la moda, y en él se reunía lo más selecto de la sociedad mejicana. Nosotros íbamos también allí cuando nos lo permitían nuestros quehaceres oficiales, y asistimos asimismo a la feria de San Agustín de las Cuevas, la cual me pareció, en su género, una de las cosas más curiosas de aquel país. El pueblo por sí ofrece pocos atractivos; pero en cambio existe de antiguo la costumbre de establecer allí casas de juego, por el estilo de las de Hamburgo y Monte Carlo, a las cuales acude toda la gente ociosa de la capital, y lo que es más extraño y característico, los banqueros mismos de Méjico, quienes, por lo visto, no creen incompatible con su buen crédito el exponer en aquel sitio sumas considerables. Antiguamente solía asistir también el mismo Virrey; ahora asiste casi siempre el Presidente de la República. No he visto en mi vida más dinero junto que el que allí había, especialmente onzas de oro españolas, y aunque felizmente no me dejé arrastrar por su tentador aspecto, comprendí muy bien la pasión que despertaba en otros, y no sólo en los hombres, sino también en las mujeres. ¡Y qué extrañas y aun horribles figuras se veían alrededor de aquellas mesas! ¡qué cambio se notaba aun en las fisonomías más hermosas! Breve fue mi permanencia en aquel sitio y no volví más a él en todo el tiempo que estuve en Méjico.

Hacía casi siempre estas excursiones con Bermúdez y Lozano; pero habiendo conocido después a varios jóvenes del país, iba también con ellos a otras partes. Mostráronme muy buen afecto un tal Campero, acaudalado propietario; Somera, rico también, y un D. José Dolores Ulibarri, empleado en el Ministerio del Interior. Pero entre ellos prefería a Ulibarri, a causa de la similitud de nuestros gustos, pues era hombre estudioso y unía a la vida social la lectura de buenos libros. Era aficionadísimo a Tácito, y juntos le leímos con el mayor placer. Yo no conocía ese autor, antes de salir de España; pero cuando marché para Méjico, un amigo de mi padre, el Abogado D. Felipe Villaranda, que me quería mucho, me recomendó que le leyese y releyese, porque, según decía él, el envilecimiento de los caracteres que debía existir en Méjico, a consecuencia de las continuas revoluciones, exigía el antídoto de un libro como el de Tácito, donde con tanta elocuencia se vituperan los vicios y se defiende la dignidad humana contra toda clase de tiranías. Y aunque hubiera podido leerlo solo, me alegré mucho de que una persona tan instruida como Ulibarri me acompañase en aquel estudio, y desde entonces ha sido Tácito uno de mis libros favoritos y le considero como el primer historiador del mundo por la enérgica concisión de su estilo, la viveza de sus pinturas y la valentía de su juicio.

Tenía también en Méjico algunos parientes. Vivía allí una hermana de mi madre, viuda de un caballero llamado Urquiaga, el cual había ido el año 12 a Cádiz como representante de Méjico, y tanto ella como sus hijos, me recibieron con la cordialidad más afectuosa. Había asimismo en Méjico varios Lerdos de Tejada, descendientes de un hermano de mi abuelo materno; pero a éstos los veía poco, porque noté que habían perdido demasiado su afecto a España. Uno de ellos, hombre de mucho talento, llegó a ser más adelante Ministro de Juárez y por último Presidente de aquella República. Finalmente conocí a varios de los muchos españoles que residían en Méjico, y tuve luego buena amistad con tres gaditanos, que eran: D. José Sobrino, médico de mucha reputación, D. Manuel Trueba, Director de un periódico español muy acreditado, que se intitulaba la *España*, y un D. Juan Morphy, pariente del Conde del mismo nombre, Secretario que fue de la Reina, el cual había ido a aquel país, como tantos otros, en busca de una fortuna.

XX.
Méjico, de 1845 a 1847.

Visita que hice a las minas de Real del Monte.—Descripción de ellas.—Sin razón con que se dice que la codicia fue el único móvil de los conquistadores.—Viajes a Cuernavaca y Temisco.—Belleza de la Tierra Caliente.—Su flora y su fauna.—Fisonomía y carácter de los indios.—Quinta de Mr. Laborde.—Cueva de Cacahuamilpas.—Animales venenosos.—La hacienda de Temisco.—Vida agradable que allí llevábamos.—Tragedia que la interrumpe.—Asesinato de seis españoles.—Esfuerzos inútiles de Bermúdez para que se descubriesen sus autores.—Estado anárquico del país.

En el segundo año de mi permanencia en Méjico, realicé con mis amigos españoles Trueba y Morphy, una expedición muy interesante a las célebres minas de plata de Real del Monte, las cuales no están muy lejanas de la capital. El terreno donde se encuentran es muy árido, como suele serlo el de todas; pero el camino para llegar a ellas me pareció sumamente pintoresco. Hallábanse entonces aquellos criaderos en poder de una compañía inglesa, cuyos accionistas residían en Londres, y los tenían confiados a un director inglés, hombre de poca conciencia sin duda, el cual vivía con un lujo tan extravagante, que los gastos de la administración absorbían lo más pingüe de los productos. Según me ha referido últimamente un mejicano, la compañía, cansada al fin de aquel estado de cosas, vendió las minas a un banquero del país llamado Escandón, cuya familia ha residido mucho tiempo en París y es muy conocida en todas las capitales de Europa, y bajo este nuevo dueño han vuelto a producir lo que debían y figuran otra vez entre las mejores de Méjico. Cuando llegamos a ellas fuimos recibidos por el director con la más exquisita cortesía, y lo primero que tuvimos que

admirar fue la mesa de estado que tenía siempre preparada para su propia familia y para sus empleados y huéspedes. El almuerzo era una comida; la comida un banquete de Lúculo, en que los vinos más exquisitos corrían como de una fuente. En las cuadras había más de treinta caballos, de los cuales cada huésped podía escoger el que mejor le parecía para pasear por el campo.

Al día siguiente de nuestra llegada bajamos a las minas, cuya operación no dejó de tener sus molestias. Ante todas cosas nos despojaron de nuestra ropa y nos pusieron un camisón de arpillera, chanclos de madera, y un capacete de lo mismo. Con este singular atavío nos llevaron a un ancho boquerón, por cuyo centro descendían y subían dos sogas inacabables, movidas por la rueda de una noria, a la cual hacían dar vuelta dos mulas. Todo el día están estas sogas en actividad y por ellas bajan y suben los obreros y las cargas de piedra. La manera con que bajan las personas es tan sencilla como peligrosa. Pasáronnos a cada uno una ancha correa por debajo de los muslos, y luego la ataron a la soga descendente, colocándonos en ella a manera de racimo. Impeliéronnos finalmente hacia aquella sima, y después de una breve pero desagradable oscilación, empezamos a bajar, y no por poco rato, pues el pozo era muy profundo. Cuando alzábamos los ojos y mirábamos hacia la entrada, cuyo diámetro es de algunos metros, nos parecía tan estrecha como el cañón de un fusil. Al fin llegó a nuestros oídos el ruido que hacían los mineros con sus picos y un gemido muy triste con que acompañaban cada golpe. Pusimos pie en tierra con el mayor gusto del mundo, y fuimos recibidos por el obrero principal, quien nos puso sobre el casco de madera una vela encendida, a fin de que pudiéramos alumbrar nuestro camino sin llevar luz en las manos, pues ambas tenían bastante que hacer para evitar encontrones con las puntas de los peñascos que forman aquellas oscuras galerías. De esta manera, acompañados por dos obreros, recorrimos un sinnúmero de ellas, que, a decir verdad, me parecieron casi todas iguales y nada interesantes. No se ve allí cosa alguna que se parezca a las descripciones de las Mil y una noches, sino piedras de color de plomo con una que otra vena más luciente, a que llaman filones de plata. Al cabo nos hicieron descansar en una especie de sótano central, iluminado escasamente con lámparas de talco, las cuales servían sólo para hacer visibles las tinieblas, como dice Milton de la dudosa luz de los infiernos; y después de recobrar nuestras fuerzas con carne fiambre y cerveza, nos dieron a escoger entre volver atrás para, salir por el mismo pozo por donde habíamos entrado, o caminar un poco más hasta encontrar la segunda boca de la mina, por la cual se sube, no con sogas, sino con lo que llaman escalas de pájaro.

Preferimos esto último, y con efecto, hicimos nuestra ascensión por las tales escaleras, las cuales consisten en un gran mástil de pino, atravesado por palitroques que sirven de peldaños. Están apoyadas a grandes piedras, que van dando la vuelta al pozo y sirven de descansos. Al principio no nos pareció mal aquella invención; pero como las escaleras eran 55 y cada una tenía por lo menos 20 escalones, el resultado fue que llegamos arriba enteramente rendidos de cansancio y por más de dos días nos dolieron mucho las corvas.

Salidos de la mina, nos llevaron a un cuarto de las oficinas, en el cual había preparados sendos baños muy calientes, donde nos limpiamos con mucho placer de la tizne que llevábamos encima. Allí también nos devolvieron nuestros vestidos, y por aquel día no hicimos más que descansar de nuestro viaje subterráneo; y por mi parte gocé mucho en ver otra vez la cara del sol, y no cesaba de pensar en los pobres indios que había visto allá abajo trabajando medio desnudos en aquellas eternas tinieblas. Su existencia me parecía tanto más digna de compasión, cuanto que entran en la mina antes de amanecer, y salen de ella después de anochecido; de suerte que nunca ven el sol, fuera de los domingos. Sin duda que les parece todavía más hermoso que a los demás mortales, y no es por eso extraño que muchos de ellos lo adorasen antes de conocer la fe cristiana.

Al otro día visitamos las oficinas donde se elabora el mineral. Una enorme rueda de madera, movida por un salto de agua, hace andar muchos molinos, donde la piedra extraída se reduce a tierra muy fina. En otro lugar juntan esta tierra con azogue, y sometida luego a la acción del fuego la amalgama que resulta, evapórase el azogue y queda separada la plata. Fundida ésta en lingotes de pequeñas dimensiones, es finalmente almacenada hasta que se envía a Veracruz para su embarque. El azogue procedía todo de nuestro Almadén, cuyo nombre es árabe y significa «La Mina», como si

dijéramos, la Mina por excelencia; y con efecto, tiene fama de ser el mayor criadero de aquel útil metal que exista en el mundo. Este método de extraer y laborar el mineral es siempre el mismo que se ha era 1 «loado allí desde los tiempos de la conquista.

Estuvimos en el Real del Monte una semana entera y la pasamos muy bien, visitando a caballo las haciendas cercanas y varios sitios pintorescos que se hallan en aquel distrito. La mesa era siempre espléndida, los huéspedes numerosos, y por las noches se jugaba a las cartas o se discurría. Muchas veces recayó la conversación sobre la conquista de Méjico, y hallándonos, por decirlo así, sobre las minas, no faltó, entre los ingleses y mejicanos allí presentes, quienes hicieran alusiones a la codicia de los conquistadores españoles, sustentando que ella sola fue el móvil que los había impelido a arrostrar tantos peligros. Pero nosotros, y especialmente mi amigo Trueba, que tenía una palabra muy persuasiva, les probamos que ese juicio era tan exagerado como injusto. Es cierto que la codicia entró por mucho en aquellas empresas tan atrevidas, y así lo han reconocido nuestros historiadores y también nuestros mejores poetas. Ercilla, por ejemplo, pone varias veces en boca de los araucanos palabras que dan bien a entender lo que él mismo pensaba en este punto. Véanse, entre otras, estas del indio Galvarino, cuando excita al Senado de Arauco para que continúe la guerra contra España:

Volved, volved en vos, no deis oído
A sus embustes, tratos y marañas;
Pues todas se enderezan a un partido
Que viene a deslustrar vuestras hazañas;
Que la ocasión que aquí los ha traído
Por mares y por tierras tan extrañas
Es el oro goloso que se encierra
En las fértiles venas de esta tierra.

Y Lope de Vega, en el *Nuevo Mundo*, hace que la Idolatría diga:

So color de religión,
Van a buscar plata y oro
Del encubierto tesoro.

Pero esto no obsta para que todos también reconozcan que el deseo de propagar la religión cristiana por aquellas apartadas regiones, fue uno de los principales fines de la conquista. Por eso vemos que lo primero que hacían siempre los españoles era abatir los templos y los ídolos, edificando en su lugar magníficas iglesias destinadas al verdadero culto. Al lado del guerrero iba siempre el sacerdote; junto con Cortés caminaba siempre el Padre Olmedo. Además, en el proceso general de aquellas empresas dominan constantemente estas dos preocupaciones: la conservación de la raza india y la predicación de la fe cristiana. Las famosas Leyes de Indias, a vuelta de otros defectos propios de la época en que fueron dictadas, contienen a cada paso las prescripciones más sabias para la consecución de esos dos grandes objetos; y el resultado de ellas ha sido que mientras la raza india ha desaparecido del Norte de América, se conserva siempre numerosa en la parte española y profesa sin excepción alguna la religión de Jesucristo.

Si esos hermosos propósitos anduvieron casi siempre mezclados por la codicia, esto es sólo culpa de la flaqueza humana, la cual en ningún tiempo ni en ninguna parte ha sabido mostrarse exenta de todo vicio. ¿Acaso los Cruzados, que fueron a rescatar a Jerusalén, dejaron de buscar su propio provecho en los países que conquistaron? ¿Acaso no se apoderaron por algún tiempo del Imperio griego, acelerando así su ruina y facilitando las invasiones de los turcos? Y los mismos Templarios, aquellos milites de Cristo, que eran a la vez guerreros y monjes, ¿no se ocuparon igualmente de adquirir riquezas tan inmensas que al fin dieron lugar a su supresión y castigo?

Con mi jefe Bermúdez hice también dos viajes muy agradables en el interior de Méjico: uno a Cuernavaca y otro a la hacienda de Temisco. íbamos siempre a caballo, que era allí entonces la única manera cómoda de viajar; pues sólo había buenos caminos y diligencias entre las grandes poblaciones. Algunas lecciones de equitación que había tomado en el picadero de Cádiz me fueron

entonces de mucha utilidad, además de que ya había tenido ocasión de montar también en Lisboa. Los caballos mejicanos son en general de muy buen paso, y poniéndoles sillas vaqueras, al uso del país, se camina en ellos un día entero sin el menor cansancio. Cuernavaca es una ciudad alegre y limpia, que se halla situada al Sur de Méjico, en lo que llaman Tierra Caliente, y está rodeada de una hermosa campiña, cuya vegetación tiene un carácter verdaderamente americano y tropical. Vense allí cafetales siempre verdes y cañaverales gigantescos, palmas y yucas de mil formas y colores, y una rica variedad de cactus, porque la flora de Méjico es la primera del Nuevo Continente después de la del Brasil. ¡Qué olores tan penetrantes despiden algunas de sus plantas! La dama de noche, por ejemplo, llega a ser molesta por la fuerza de su aroma. La fauna de Méjico es asimismo variada y rica, y quiero mencionar aquí una clase de perros que no son conocidos en Europa. Hállanse en Chihuahua y tienen la particularidad de ser sumamente chicos y de criarse como conejos en madrigueras ocultas entre la maleza. Domestícanse, con todo, fácilmente, aunque conservan siempre cierto coraje silvestre que forma contraste con su pequeña estatura y aumenta mucho su gracia. Bermúdez le envió dos a la Reina Isabel; pero el uno murió en el camino, y el otro a pocos meses de llegar a Madrid. No pueden resistir el clima de Europa.

Pero lo que más llama allí la atención es la variedad y belleza de las aves. Hállanse entre ellas el caluro, de hermoso color verde y tan elegante en sus formas y plumas, que puede competir con el pájaro del Paraíso. Abundan también en el Sur de Méjico los colibrís o pájaros moscas, de los cuales hay un centenar de especies diferentes, y todas ellas con plumas tan brillantes que remedan el rubí, la esmeralda y el topacio. El Estado de Michoacán está lleno de ellos, y aquellos indios, los cuales conservaban tradiciones de un diluvio y de un Noé, a quien llamaban Coxcox, creían que el ave que volvió al arca con un ramito seco en el pico, no fue la paloma, sino el colibrí.

Objeto también de nuestra curiosidad eran las diversas clases de indios que encontrábamos por el camino. Sus dialectos suelen ser diferentes; pero sus fisonomías son sumamente parecidas. Todos tienen el color cobrizo, las mejillas abultadas y el pelo negro y lacio. La falta de barbas es también general y característica. Dicen que de suyo son de índole muy suave; pero que se vengan si se les ofende e irrita. Andan casi tan desnudos como los dóricos cantores; mas no por eso muestran ninguna rudeza, antes bien son notablemente ceremoniosos. Es muy común que cuando dos indios se encuentran en un camino, no sólo se saludan con mucha cortesía, sino que por apresurados que vayan y aun sin pararse ni acercarse uno al otro, se hacen una retahíla de preguntas sobre sus respectivas familias. Viven con sobriedad, alimentándose principalmente de una tortilla de maíz, cuyo sabor es bastante grato, y usando en lugar de vino una bebida espirituosa, sacada del agave o pita del país, a la cual llaman pulpe, y que a ellos les parece sin duda excelente, aunque por mi parte la encontré detestable.

Los mestizos de indio y español hablan todos nuestro idioma. No así los indios puros, especialmente en el Mediodía. Estos usan diferentes dialectos de las lenguas azteca y maya, y apenas hay diez entre ciento que entiendan el castellano. Sin embargo, son todos cristianos, aunque no sé yo si comprenden como es debido las verdades enseñadas por nuestra Iglesia, porque si bien es cierto que viven muy sumisos a sus curas y muestran mucha devoción exterior, sus facultades intelectuales, bastante limitadas, no pueden elevarse a concepciones un poco difíciles. A semejanza de los niños, gozan mucho con la parte material del culto y no sienten devoción interior si no reciben impresiones muy fuertes, transmitidas por los sentidos. Referiré en comprobación de esto, que habiendo entrado un día en una iglesia cercana a Cuernavaca, vi en ella un Cristo de bulto tan sangriento, que parecía desollado vivo, y horrorizado de aquel espectáculo, le manifesté mi extrañeza al cura, que estaba sentado en el pórtico, y pregunté por cuál razón tenían allí aquella imagen. «Señor, me respondió, ya por dos veces se ha querido quitar y reemplazar con otra menos horrible; pero los indios se oponen a ello, porque no les hacen impresión los Cristos si no están muy teñidos de sangre.»

Hay cerca de Cuernavaca muy buenas haciendas y quintas, entre las cuales distinguíase una perteneciente a un francés llamado Laborde. Empezó por hacer en Méjico una buena fortuna; mas

después la perdió y estaba a punto de desesperarse cuando se acordó de que en el tiempo de su prosperidad le había regalado a la Virgen de Guadalupe un manto llovido de perlas y una corona cuajada de diamantes, y le ocurrió pedirle a aquellos frailes que le devolvieran al menos la corona. Hízolo así; consintieron ellos sin mucha dificultad, y Laborde vendió su rica joya, y con el dinero qué por ella obtuvo, logró hacer un segundo caudal, le regaló a la Virgen una nueva corona y edificó una quinta en Cuernavaca para acabar en ella sus días. Era del gusto italiano, adornada con estatuas y fuentes y plantada de arrayanes y flores, realzado todo ello por la hermosura del cielo y por las risueñas colinas que rodean aquel valle.

También existe en aquellas cercanías una gruta de estalactitas, sumamente notable. Llámase la Cueva de Cacahuamilpas y pasa por la mayor del mundo. Fuimos un día a verla en compañía de varias personas de Cuernavaca, y quedamos agradablemente sorprendidos al observar sus proporciones. Pretenden las gentes del país que nadie ha podido todavía llegar a su fin, lo cual tendría quizás su explicación en la falta de aire respirable. Nosotros nos detuvimos allí más de dos horas, y provistos de antorchas visitamos varias de las que llaman salas, cuyas estalactitas, tomando formas singulares, han dado lugar a que el vulgo las intitule a una la catedral, a otra el palacio, a otra la selva. Todas son muy extensas; pero lo que más llamó nuestra atención, fue la altura de algunas de ellas, la cual es tan grande que aunque disparamos muchos cohetes, ninguno de ellos tocó en el techo ni fue interrumpido en su curso. Es, pues, en su género, una gran maravilla.

Al salir de aquel oscuro recinto todo parecía más hermoso, y echándonos luego sobre la hierba, permanecimos allí mucho tiempo contemplando el paisaje que nos rodeaba. Una sola cosa desagradable tiene aquel paraíso, a quien llaman Tierra Caliente, y son los reptiles, principalmente la pequeña sierpe, nombrada coralillo, cuya mordedura es mortífera. Hay la fortuna de que su mismo color la delata; mas esto no obstante, basta el recelo de que ande oculta entre la hierba para ocasionar cierto desasosiego. En las mismas ciudades hay también que precaverse contra los alacranes, y en Cuernavaca abundan tanto que multitud de muchachos tienen por oficio el matarlos y reciben en el Ayuntamiento una peseta por cada ciento. Cuando fuimos a acostarnos la noche de nuestra llegada entró una india en nuestros aposentos y colocó alrededor de cada cama una soga bastante gruesa, diciéndonos que lo mismo hacían allí en todas las casas, porque el alacrán se recela de la aspereza del cáñamo y no lo traspasa nunca.

La expedición de Temisco fue igualmente muy amena. Pertenecía aquella hacienda a D. Felipe Neri del Barrio, caballero mejicano, chapado a la antigua y más que medianamente acaudalado, que gozaba en su país de una grande consideración y tuvo, si no me equivoco, un cargo palaciego en el corto reinado de Maximiliano. Tenía una mujer y tres hijas muy lindas, y había convidado también al mismo tiempo que a nosotros, a otras personas jóvenes y conocidas, de manera que nos hallamos allí en numerosa y alegre compañía. La hacienda nos pareció el modelo de una posesión de campo bien administrada, cuyo propietario sabía conciliar su propia utilidad con el bienestar de los indios que la cultivaban. Su extensión era tal que se podía andar dentro de ella muchas horas. Tenía un hermoso cafetal, que formaba cuadros rodeados de naranjos, y un plantío de cañas tan altas que cubrían un hombre a caballo. Poseía también las oficinas necesarias para extraer y elaborar el azúcar, que eran cosas enteramente nuevas para nosotros y nos parecieron muy interesantes.

La vida que allí llevábamos no podía ser más agradable. Durante las horas de sol nos reuníamos en un jardín situado delante de la quinta, en el cual había muchas hamacas, colocadas a la sombra de árboles frondosos. Unos leían, otros hablaban, otros dormían. Por mi parte, hallándome precisamente en aquella edad en que se cree uno obligado a hacerle la corte a todas las mujeres bonitas, de las cuales había allí varias, escogí esta manera de pasar el tiempo, y me consideraba, cual otro Telémaco, en la isla de Calipso. Por las tardes íbamos a pasear a pie, a caballo o en coche, y por las noches las señoras tocaban el piano o cantaban y los hombres jugaban a las cartas.

Los obreros de la hacienda, que eran de ambos sexos y bastante numerosos, tenían asimismo sus horas de recreo, y los domingos bailaban al son de bandurrias y tamboriles en un prado comprendido en el centro de las oficinas. Asistíamos por curiosidad a aquellas fiestas; mas confieso que no las encontré divertidas. Los indios e indias actuales no se parecen en nada a los que vemos idealizados en ciertos cuadros y tapices. Ni tienen agradables fisonomías ni van adornados de bellas plumas. En general son feos, y los que no andan medio desnudos visten ropas sencillas y poco diferentes de las que usa la gente pobre de Andalucía. Y por lo que hace a sus bailes, no pasan de un continuo saltar monótono y fatigoso. Colócanse en hileras un cierto número de parejas, y teniendo cada indio enfrente una india, hacen siempre el mismo paso, sin tomarse siquiera las manos. Los demás están sentados en el suelo, y cuando los que bailan dan señales de cansancio, levántanse otros y los reemplazan. Todo esto pasa sin que hablen una palabra, ni tampoco se nota conversación alguna entre los que descansan sobre la hierba, ni dan jamás aquellas buenas gentes la más pequeña muestra de alegría.

Hacía sólo tres semanas que nos hallábamos en aquella amena residencia, cuando vino a sacarnos de ella un suceso muy trágico. Había a dos horas de distancia un pueblo de campo, de cuyo nombre no recuerdo, en el cual tenían algunos españoles un gran almacén de paños y lienzos, situado en la plaza principal. Entre el amo y los dependientes eran seis, todos jóvenes, robustos y activos, de modo que el número de éstos y la publicidad del sitio parecían hacer muy difícil cualquier robo violento, de los que eran entonces tan frecuentes en aquella República. Y sin embargo no se libertaron de ello, pues en un día de trabajo y estando la plaza llena de gente, entraron en ella ocho bandidos bien montados, y colocándose enfrente de la tienda hicieron una descarga con sus carabinas, matando o hiriendo a los españoles, y apeándose después con el mayor sosiego y como si ejecutasen una operación permitida, dejaron los caballos a dos de ellos, y entrando los demás en la tienda, armados de unos sables cortos y anchos, que llaman machetes, remataron con ellos a los seis infelices. Forzaron luego la caja, apoderándose de todo el dinero que contenía, y tomaron también cuantas piezas de paño podían llevar sus caballos. Hecho todo esto, volvieron a montar en ellos y saliéronse al campo sin que nadie osase ni pensase siquiera en impedirlo.

Uno de los indios de Temisco, que se hallaba por casualidad en aquel pueblo, vino al instante a darnos noticia de lo sucedido, y apenas lo supo Bermúdez, decidió marchar sin tardanza al sitio del delito, no sólo para informarse de sus circunstancias sino también para ver si le era posible descubrir a sus autores, que era siempre lo más difícil, por no decir imposible, en los casos de aquella especie. Acompañámosle todos los que nos hallábamos con él en Temisco, y llevamos también cuatro rancheros bien armados de carabina y machete. Montados en buenos caballos, llegamos pronto al pueblo, y en seguida vino a nuestro encuentro el Juez, que era un mestizo muy ladino, y con él entramos en el almacén, teatro de la tragedia. Habían limpiado ya la sangre que manchaba el mostrador y la trastienda y los seis asesinados estaban puestos en sus propias camas casi desnudos, porque el Juez había estado haciendo el examen de sus heridas. ¡Qué lastimoso espectáculo ofrecían aquellos infelices! Por mucho tiempo permanecimos mudos de espanto y dolor; pero al fin la indignación nos hizo prorrumpir en quejas violentas y no hallábamos palabras bastante fuertes para calificar un hecho tan horrible. Salidos de nuevo a la plaza, Bermúdez entabló un vivo debate con el Juez y también con el Alcalde, tratando de hacerles comprender la responsabilidad en que iban a incurrir si no descubrían los autores de un crimen como aquél, cometido en un sitio tan público y en la mitad del día. Pero toda la cólera y todos los argumentos de mi jefe se estrellaban en la apatía e impotencia de aquellas pobres autoridades, a las cuales faltaban enteramente los medios necesarios para la represión y castigo de los bandidos.

Entre tanto la plaza se había llenado de indios y mestizos, de suerte que nos hallábamos como aprisionados en medio de aquellas feas cataduras, cuya actitud no inspiraba a la verdad mucha confianza. Para aumento de nuestro recelo, uno de los indios se acercó a mí y me dijo en voz baja: «Señorito, dígale al Sr. Ministro que tenga mucho cuidado, porque es muy posible que entre esta

gente se hallen algunos de los asesinos, y si ven que pide justicia con tanto tesón, serán capaces de matarle también a él aquí mismo. Díjeselo a mi vez a los demás amigos que nos acompañaban, y todos juntos cogimos a Bermúdez y casi por fuerza le sacamos de la plaza y le hicimos regresar con nosotros a Temisco. Pero al día siguiente quiso que nos volviésemos a Méjico, a fin de hablar con el Ministro de Relaciones Exteriores y enviarle después nota tras nota, que era allí la tarea continua de los representantes extranjeros.

Con efecto, reclamar hoy y mañana, reclamar siempre era entonces en Méjico una necesidad imprescindible, porque los Gobiernos todos que allí se sucedían con una rapidez vertiginosa, no tenían ni el tiempo ni la voluntad, ni los medios de asegurar el orden público y la vida de los extranjeros, y para que se movieran a hacer alguna cosa era menester que las Legaciones fuesen incansables en solicitarlo. Con excepción de cortos intervalos vivía Méjico en un estado perpetuo de anarquía, y especialmente cuando mandaban los federalistas, cada Estado, cada ciudad casi quería gobernarse por sí sola, y el pobre Gobierno de la capital no era obedecido en ninguna. Robos, asesinatos, denegaciones de justicia eran cosas diarias. Añadíase a esto la morosidad en el pago de todas las deudas, que el Gobierno contraía principalmente con los comerciantes extranjeros, a los cuales prometía primero grandes intereses, y negaba después el capital mismo. Por eso, sin duda, cuando Bermúdez fue a despedirse en París de Monsieur Guizot, le dijo este célebre hombre de Estado en tono profético: «Sr. Ministro, va usted a un país muy difícil y debe llevar prevenida una gran dosis de paciencia. Todos los agentes que enviamos a las Repúblicas españolas de América pasan el primer año con ciertas ilusiones, las pierden casi completamente al segundo, y acaban de desesperarse en el tercero, no siendo raro que algunos cometan al fin deplorables imprudencias». Bermúdez de Castro no incurrió nunca en ellas; pero después de haber luchado en vano por mucho tiempo, adquirió la convicción de que todos sus esfuerzos eran poco menos que inútiles.

XXI.
Méjico, de 1845 a 1847.

Origen de la anarquía en la América española.—La Revolución francesa de 1789, primera causa de la insurrección.—La revolución española del año 20 impidió que fuese vencida.—Aquellos pueblos no estaban preparados para la independencia.—Proyectos antiguos para establecer allí la Monarquía.—Vana tentativa del General Paredes con el mismo objeto.—Gobierno de Gómez Farias.—El General Santana.—Sus cualidades y defectos.—Anécdotas de aquel tiempo.—Un banquete presidencial.—El Cuerpo diplomático imita el salto de Alvarado.

La inestabilidad y la anarquía que reinaban entonces en la República mejicana, no eran cosas nuevas ni pasajeras. Habían empezado con su existencia y han durado allí, con pocos intervalos de buen gobierno, todo el siglo pasado. Ni eran tampoco un fenómeno aislado: eran la suerte común de todas las Repúblicas fundadas en aquel Continente sobre las ruinas de la dominación española. Para comprender bien esto, es necesario recordar los antecedentes de todas ellas.

Las posesiones de España en ambos mundos llegaron a ser tan dilatadas, que casi superaban a las de la antigua Roma. Sus colonias de América, cuya longitud era igual a la de Europa y África reunidas, formaban un cuerpo tan extenso y contenían países tan bellos y tan ricos, que por necesidad habían de excitar la envidia y la codicia de otros pueblos, especialmente de los que poseían fuerzas marítimas. Empezaron a hostilizarlas los holandeses,

El holandés pirata,
Gato de nuestra plata,

como dice Lope. A éstos siguieron los ingleses. Todos hallaban tarea poco peligrosa el atacarnos, ora aquí, ora allí, como los insectos que incomodan a un elefante. Sorprender los buques que de

América venían a España, asaltar y saquear los puertos mal defendidos, eran operaciones relativamente fáciles y lucrativas. El Gobierno inglés quiso algunas veces oponerse a ello y castigó severamente a Walter Raleigh cuando éste penetró con otros aventureros en la región del Orinoco, buscando el fabuloso Eldorado; pero la codicia de sus súbditos se reía de esos obstáculos. El mismo espíritu de conquista que había animado a los españoles del siglo XVI, animó luego a los holandeses y a los ingleses. Los atrevidos marinos interesados en asaltar nuestro territorio, repetían contra España una especie de *delenda Carthago*. A semejanza de aquel romano, que para excitar a sus compatriotas contra sus rivales de África llevó al Senado algunos higos traídos de Cartago, cuya frescura probaba cuan cercana estaba aquélla de Roma, hubo un miembro del Parlamento inglés que, para excitar a sus conciudadanos contra España, hizo entrar en la Cámara a un marinero de su nación, a quien habían mutilado cruelmente en una colonia nuestra. En la época actual un hecho semejante daría sólo motivo para que fuese destituido nuestro Gobernador y se indemnizase al herido; entonces fue pretexto de una guerra que duró muchos años. Era preciso despojar a España a toda costa de sus inmensas y ricas posesiones.

Mas a pesar de la dificultad que teníamos para acudir a tantas partes, es un hecho lisonjero para nuestro amor propio que aquellos poderosos enemigos sólo nos tomaron algunas Antillas, sin poder nunca sentar permanentemente el pie en el dilatado Continente, cuya posesión nos envidiaban. Méjico, sobre todo, se vio siempre libre de tales asaltos, contribuyendo quizás a ello su falta de buenos puertos y el viento Norte que reina en su golfo y hace peligrosa la permanencia de cualquiera escuadra en aquellas aguas. Escritores enemigos o émulos por lo menos de nuestra grandeza, han pintado con los más negros colores la administración de nuestras colonias; pero es innegable que prosperaron sin cesar y que disfrutaron de una paz octaviana. Si hubo allí algunos gobernantes codiciosos, ninguno de ellos puede compararse con aquel Warren Hastings, contra quien se desató la indignación elocuente de Burke. Ninguno tampoco ha dejado en América la mala reputación que adquirieron un día en Nápoles Osuna y Medina de las Torres. Méjico tuvo casi siempre Virreyes ilustrados y rectos, y uno de ellos, el Conde de Revillagigedo, goza en aquel país de la misma fama que en España el Rey Don Carlos III.

La prosperidad de Méjico era tan grande, que a más de enviar mucha plata a España y proveer a todos sus gastos interiores, todavía le sobraban recursos para ayudar al sostenimiento de Cuba y Filipinas, las cuales no desarrollaron su riqueza hasta fines del siglo XVIII. El orden interior y la seguridad general eran también tales, que las conductas que traían la plata desde las minas a los puertos de Tampico y Veracruz no tenían necesidad de escoltas. Era suficiente que ostentasen una banderita real, puesta sobre las mulas, para que todos las respetasen. Los indios que las veían pasar, se quitaban con reverencia el sombrero.

¿Qué suceso perturbó de repente este feliz estado de cosas? Las ideas de los filósofos franceses del siglo anterior, penetrando primero en España, pasaron también a América y hallaron allí acogida entre las clases más ilustradas. Pero lento y quizás provechoso hubiera sido su influjo, si no hubiese estallado después aquella malhadada Revolución francesa de 1789, la cual, interrumpiendo la marcha natural, aunque más lenta, del progreso humano, quiso realizarlo de repente con la violencia y en provecho exclusivo de las clases medias. Esta fue, a mi parecer, la primera causa de la insurrección de nuestras colonias. Entonces vacilaron los ánimos en todas partes, y divididos los españoles en sus opiniones, cesó aquella unidad de sentimientos que había constituido nuestra fuerza. Sobrevino luego la invasión de Bonaparte, que era precisamente una encarnación del espíritu revolucionario, y ocupados en defendernos contra aquel enemigo tan poderoso, mal podíamos atender a la conservación de nuestras posesiones de América. De estas circunstancias supieron allí aprovecharse algunos espíritus ambiciosos, en quienes se reconcentraban el odio natural que excita siempre una dominación extranjera, por benigna que sea, y el anhelo de adquirir la independencia. A partir del año de 1810, estallaron formidables insurrecciones en Méjico, Perú, La Plata, Tierra Firme, y en fin, en todas nuestras colonias del Nuevo Mundo; y durante algún tiempo pareció que iban a triunfar en aquel primer esfuerzo tan

terrible. No sucedió así sin embargo, porque no bien hubo terminado la guerra que sosteníamos con el funesto Bonaparte y pudo el Gobierno de Fernando VII enviar algunas tropas a América, cuando las armas españolas sometieron sin mucha dificultad a todos los rebeldes. Los títulos de Guaqui, Viluma y Cartagena, que llevan los descendientes de Goyeneche, Pezuela y Morillo, recuerdan otras tantas victorias obtenidas por estos Generales contra los insurrectos del Perú y Tierra Firme.

Hallándose así las cosas, estalló en España la revolución del año 1820, y a ésta toca la responsabilidad de habernos hecho perder nuestras ricas colonias, privando así a España de unos recursos que, como he notado en otro capítulo, eran la base principal de su grandeza. Ella hizo irremediable su empobrecimiento y decadencia. Lucharon todavía por algún tiempo nuestros Virreyes; pero lucharon sin esperanzas de éxito, porque ni había unidad entre los mismos españoles, ni la metrópoli podía enviarles auxilio alguno. Los Virreyes eran desobedecidos y aun depuestos; los oficiales masones peleaban de mala gana contra los criollos insurrectos; todo era desconcierto, debilidad y confusión. La América, pues, no fue perdida en Ayacucho, sino en Madrid y en las Cabezas de San Juan. Más tarde, cuando el Rey recobró parte de su autoridad, fueron hechos otra vez algunos esfuerzos para remediar aquellos males; pero ya la insurrección había tomado demasiada importancia y se habían creado allí intereses que hacían más obstinada la defensa.

Y sin embargo, sería injusto decir que la España dejó de mostrar en aquellas difíciles circunstancias la constancia que la ha caracterizado en todos tiempos. Aunque estaba debilitada y empobrecida por su reciente guerra contra Napoleón, y aunque su Gobierno se veía precisado a defenderse contra los alzamientos que promovían continuamente los liberales dentro de la misma Península, desplegó, esto no obstante, en los campos de América, el mismo o mayor valor que mostraron los ingleses en tiempo de Jorge III para impedir la emancipación de sus colonias. Y las dificultades con que tuvo que luchar España fueron, si cabe, mayores. El territorio en que peleaba era mucho más extenso; y si los colonos ingleses tuvieron jefes tan ilustres como Washington, no fueron de poco mérito los que dirigieron a los colonos españoles; porque si por valor va, ¿quién más valiente que San Martín? Si por constancia va, ¿quién la mostró mayor que Bolívar? Y si combatieron en favor de aquéllos un Lafayette y un Rochambeau, más daño nos hizo a nosotros el almirante Cochrane, que organizó y mandó la escuadrilla de Chile. Por fin, ni nuestra desdicha en Ayacucho fue mayor que la de los ingleses en Saratoga, ni la capitulación del bravo Rodil en el Callao, después de trece meses de sitio, fue menos honrosa que la de Cornwallis en Yorktown.

Como quiera que sea, en Méjico siguieron las cosas el mismo curso que en las demás colonias españolas. Durante el primer período se alzaron Hidalgo y Morelos, y generalizada luego la insurrección, luchó ésta bastante tiempo contra las tropas del Rey; mas al fin fue suprimida, gracias al valor de Calleja. Pero llegado el segundo período, la debilidad de España, unida a la excesiva confianza del Virrey Apodaca y a la traición de Iturbide, fueron causas inmediatas de que se consolidase al fin la independencia de aquel país. Entonces empezó para Méjico, como para toda la América española, esa época de inestabilidad que ha durado ya todo el pasado siglo y que parece destinada a perpetuarse tanto como la que reinó en los pequeños Estados de Italia durante los siglos medios, porque era imposible que unos pueblos que no tenían hábito ninguno de gobernarse por sí propios, sino que vivían sometidos a la tutela de una metrópoli lejana, se hallasen de repente hábiles para constituirse en Estados independientes y mucho menos en Repúblicas. Si hemos visto que la España misma, a pesar de su superior cultura, cayó también en la guerra civil y la anarquía por no hallarse preparada para el régimen constitucional, cuánto más desastrosos no debían ser los efectos de aquella brusca transformación política en unos países donde el poder ejecutivo no tenía apoyo ninguno, porque ni había en ellos una aristocracia independiente, ni una burguesía numerosa, ni apenas lo que se llama pueblo, no mereciendo este nombre los pobres indios que allí forman las clases ínfimas. Aquello era la España con todos sus defectos y vicios, aumentados de una manera increíble.

El *Times* de Londres dijo una vez, en un acceso de mal humor con los americanos, que todo degenera en aquel Continente, porque el elefante se convierte en tapir, el camello en llama, el león

en puma y el hombre en criollo o *yankee*. Pero aunque hay algo de verdad en esto, pues falta allí en muchos países a los hombres la energía y la constancia que distingue generalmente a los de Europa, no me parece admisible que la inferioridad de la raza sea el origen de tantos desórdenes. Su verdadera causa es, debo repetirlo, la falta de preparación y de elementos de gobierno. Lo único que acaso podía convenirles era el establecimiento de Monarquías, más o menos templadas, como la que ha dado casi un siglo de paz al Brasil, sobre todo si esto se hubiera hecho, como allí, antes que comenzara la insurrección. La forma republicana los ha condenado, en vez de eso, a continuas revueltas que nada justifica.

Los pronunciamientos frecuentes de sus Generales han sido también señalados como causa de tanto desgobierno; pero este hecho deplorable no ha sido nunca causa, sino efecto, y existe y ha existido siempre donde quiera que se debilita el poder supremo y hay un ejército algo numeroso, cuyos caudillos pueden aspirar a la dictadura. Es un fenómeno tan antiguo como el mundo. Grecia luchó siempre para libertarse de ese peligro. Luchó Roma, aunque en vano, y el nombre mismo de Emperador, que significa General, prueba que al cabo fue sometida a ese triste sistema. Con efecto, César fue un General pronunciado, y lo mismo puede decirse de la mayor parte de sus sucesores. Los condotieros de Italia en la Edad Media, Walenstein y Cromwell más tarde, y Dumouriez y Bonaparte, en el siglo pasado, pertenecían a la misma familia. Este último, sobre todo, ha sido el modelo favorito de los Generales americanos. El doctor Francia le imitaba hasta en el vestido, llevando siempre un pequeño tricornio y una casaca verde, y Santana se hacía llamar por sus aduladores, antes de San Jacinto, el Napoleón de Occidente. Y no necesito añadir que en España también ha existido ese hecho y por las mismas causas, siendo justo decir que es entre nosotros más vergonzoso que en América, porque nuestros levantamientos no son de igual a igual, sino del inferior al superior, del favorecido al favorecedor.

De todos modos, en Méjico y en las demás Repúblicas de América, ha echado hondas raíces ese deplorable fenómeno histórico del generalato, y si por ventura algunos hombres civiles se han sobrepuesto a los militares y gobernado a despecho de éstos, no lo han conseguido sino con la condición de imitarlos en la manera violenta de enaltecerse. Unos y otros suben y bajan a fuerza de pronunciamientos, y luego siguen la misma conducta. Los que triunfan se ocupan de hacerse ricos; los que sucumben suelen venir a Europa, donde gastan alegremente el dinero que han reunido, hasta que saben que su rival ha empezado a perder su popularidad y que, por consiguiente, es ya fácil derribarle. Cierto escritor francés ha publicado una novela bastante entretenida sobre el tema de *Los Reyes en el destierro*; pero si algún humorista monárquico quisiera escribir otra sobre los Presidentes desterrados, podría también alargar mucho la pluma, con no poca diversión de sus lectores.

La multitud de cambios que han tenido lugar en Méjico desde que consiguió su independencia es un mar inmenso, donde se pierde la memoria más robusta. Basta decir que durante los tres años escasos de mi permanencia en aquel país hubo cuatro pronunciamientos, dos Congresos constituyentes, cuatro constituidos y dos sitios de la capital, uno de los cuales duró treinta días. Para explicar y cohonestar tantos trastornos tienen los ambiciosos, allí como en toda la América española, el recurso de varios partidos políticos, de los cuales los principales son: el centralista, a cuyos secuaces llamaron un día en Buenos Aires salvajes unitarios, y el federalista. En el primero se comprenden los hombres más conservadores, cuyo jefe en Méjico, Bustamante, ayudado del entendido D. Lucas Alamán, dio a aquel país algunos años de paz y buen gobierno. El federalista tiene por compañeros inseparables a los radicales. A poco de nuestra llegada subieron éstos al poder y empezaron, sin tardanza, los trabajos de los centralistas para desposeerlos de él, con cuyo motivo hubo, por parte de los conservadores, un conato de reacción monárquica, que vale la pena de recordarse, a pesar de que sus resultados no correspondieron a las esperanzas que despertó en el principio.

El pensamiento de establecer la Monarquía en Méjico y otros Estados de América, es antiguo y conocido. Felipe V estuvo a punto de retirarse a Méjico. Floridablanca, en tiempo de Carlos III,

abrigó el proyecto de colocar Príncipes españoles allí y en el Perú. Carlos IV pensó en refugiarse también en Nueva España, como Juan VI se refugió en el Brasil. Elío y el Presidente Puyredón proyectaron establecer en el Río de la Plata a un Príncipe Borbón de Luca o la Princesa Carlota del Brasil. Pero lo más notable fue que el mismo Iturbide, al proponer su famoso plan de Iguala, ofrecía el trono de Méjico a un Príncipe español. Por desgracia de España y de Méjico ninguno de esos proyectos llegó nunca a realizarse; pero no hay duda de que eran muy deseables, por cuyo motivo, la idea misma de establecer allí la Monarquía se ha conservado en los ánimos de muchos, aun después que había pasado casi enteramente la oportunidad de llevarla a cabo.

El ensayo de que voy a hablar, porque tuvo lugar en nuestro tiempo, distó mucho de ser afortunado, y a ello contribuyeron varias causas exteriores e interiores. La hostilidad, bien que encubierta, de los Estados Unidos a todo proyecto de Monarquía en Méjico, era un obstáculo grandísimo para que cualquier Gobierno europeo, y menos el español, tan débil entonces, diese francamente su apoyo a los monárquicos de aquel país. Esto obligaba a Bermúdez de Castro a obrar siempre con la mayor circunspección, a fin de evitar un conflicto con el Gobierno de Washington. Algo hizo, esto no obstante, ora estableciendo allí un periódico muy bien redactado, que propagaba las ideas monárquicas y facilitaba así el proyecto de que se trata, ora conferenciando con los hombres de ideas más moderadas de otros partidos y procurando que se adhiriesen a las miras de los realistas. Pero nada de esto era bastante eficaz para producir por sí solo un cambio tan importante.

Otro impedimento no pequeño era la dificultad de ofrecerles desde luego a los mejicanos un Príncipe, que tanto por sus cualidades personales como por su ilustre estirpe les pareciera aceptable. El Infante D. Enrique hubiera reunido tal vez algunas de esas condiciones; mas por desgracia la Reina Cristina, que tenía conocimiento de lo que pasaba en Méjico y cuyo influjo en Madrid era a la sazón preponderante, no sólo no amaba a aquel Príncipe, sino que, cegada por el cariño de madre, habíase dado a esperar que uno de los hijos que tenía ya de Muñoz podría ser el candidato preferido. De lo cual resultó que cuando los mejicanos le preguntaban a Bermúdez cuál sería el Príncipe que España tendría, en un caso dado, la intención de proponerles, sus respuestas no eran nunca decisivas, dando así lugar a sospechas que por necesidad habían de enfriar a nuestros amigos.

El estado interior de Méjico ofrecía asimismo muchos inconvenientes. Asemejábase a un enfermo que no puede sufrir los males que le aquejan ni tampoco sus remedios. La Monarquía hubiera quizás podido curarlos; pero no había allí nadie con voluntad ni fuerza para imponérsela. No existía allí aristocracia ni clase alguna independiente; el clero no se atrevía aún a enemistarse con el partido dominante, a fin de no poner en riesgo la posesión de sus bienes, que con efecto conservó hasta la época del Presidente radical Comonfor; la burguesía era escasa e ignorante, y no estaba toda ella mal avenida con la República, porque ocupaba alternativamente sus más pingües puestos; los indios, en fin, que componían el pueblo, se hallaban de antiguo acostumbrados a obedecer y no podían tener lo que se llama sentimientos monárquicos. Eran, pues, los partidarios del trono una minoría de hombres ricos e ilustrados, los cuales no podían por sí solos dominar a los demás y tenían, por consiguiente, que valerse para realizar sus planes, o bien del auxilio de un Gobierno extranjero, como sucedió algunos años después para el ensayo tan desgraciado de Maximiliano, o de la espada de un General del país.

En la época de que voy hablando, no les fue difícil hallar esto último, porque no faltaban allí ambiciosos que quisiesen labrar su propia fortuna, prometiendo sus servicios a los partidarios de la Monarquía. Llamábase Paredes el General escogido, y tenía fama de buen soldado; mas por desgracia carecía casi completamente del talento y del carácter necesarios para llevar a cabo una empresa tan difícil. Subió fácilmente a la Presidencia con el apoyo de los conservadores; prometió mucho, exigió más, y cumplió una parte del programa convenido, reuniendo, bajo pretexto de reformar la Constitución, un Congreso constituyente, cuya mayoría era indudablemente monárquica. Pero mientras las cosas iban marchando, al parecer, con próspera fortuna, un nuevo y repentino movimiento, promovido por los federalistas, le derribó del poder con la misma o mayor

facilidad que él lo había conseguido. Y el drama acabó en un entremés, porque los insurrectos que le sorprendieron en su palacio, ¡le encontraron borracho!

A Paredes sucedió el radical Gómez Farias, contra quien se levantó pronto la ciudad de Méjico, sufriendo en su consecuencia un sitio que duró un mes entero; después de lo cual tuvimos por algunos días el temor de que las tropas sublevadas, compuestas en su mayor parte de hordas del Sur, saquearan la población o cometiesen otros excesos. Sin embargo, todo se calmó poco a poco, merced, según se dijo, a ciertas influencias pecuniarias, y Gómez Farias fue por algún tiempo Presidente, si tal puede llamarse a quien era siervo de sus mismos partidarios, entre los cuales había algunos de tan mala reputación, que los chuscos de Méjico hicieron correr acerca de ellos una anécdota, que, si no era verdadera, estaba bien inventada. Decían que estando una noche Gómez Farias en su despacho, rodeado de los amigos que componían su tertulia, desapareció de repente un braserillo que se usaba en aquella época para encender los cigarros, y que era de plata, como lo eran los candeleros, el tintero y demás utensilios de su escritorio. Enojóse mucho el Presidente, y a fin de evitar el escándalo que podría resultar de aquel hurto, apagó las luces, diciendo que la persona que hubiera tomado, tal vez por burla, el braserillo, le volviese a poner sobre la mesa mientras estaba el cuarto a obscuras. Pasado cierto tiempo, fue a encender las velas con un fósforo, mas ¡oh sorpresa! no pudo hacerlo, porque habían desaparecido los candeleros.

Después de Farias le tocó su turno a D. Antonio López de Santana, a quien se consideraba siempre como el remedio supremo para restablecer un poco de orden. No era sanguinario, como Rosas, ni tiránico como Francia, y sin embargo, sabía hacerse obedecer. En realidad ha sido el hombre más notable que ha producido Méjico después de su emancipación. Como General no fue siempre afortunado; pero buscó constantemente todas las ocasiones de pelear, ora contra nosotros, ora contra los franceses, ora contra los americanos del Norte. Cambió varias veces de opiniones políticas, empezando por ser federalista, a fin de derribar a Bustamente, y acabando por mostrarse centralista, a fin de conservarse mejor en el poder, y esto más bien se calificaba allí de habilidad que de falta. Su defecto principal era la inmoralidad. Por regla general todos los Presidentes eran poco escrupulosos en materia de dinero; pero Santana mostraba más avaricia y más cinismo que los demás. Gustábale vivir con opulencia y poseía una quinta llamada Manga de Clavo, la cual pasaba por un sitio de delicias. Allí se retiraba en los intervalos de sus frecuentes Presidencias, y cuando sus enemigos le molestaban mucho, solía marcharse a la Habana o Santo Domingo, donde se divertía haciendo reñir gallos. Jamás vino, como otros Presidentes, a Europa.

La corrupción que reinaba durante su mando era tal, que nadie obtenía la resolución de ningún asunto importante sin dar alguna recompensa pecuniaria a los empleados públicos y al mismo Santana. Ni eran tampoco muy honradas las personas que intervenían en estos tratos. Contábase, a este propósito, que cierto banquero fue en una ocasión a proponerle un negocio, por el cual le prometía 40.000 duros. Pero Santana sabía ya por otros conductos que la oferta de los principales interesados era de 60.000, por lo cual, cogiendo por una oreja a su interlocutor, le preguntó, en son de burla, para quién serían los otros 20.000 restantes. A lo cual decían, que le había respondido aquél con el tono más natural del mundo: «Es mucho General., nada se le escapa».

Solía también aquel Gobierno retardar y aun negar el pago de las cosas que adquiría, aunque fueran de un valor relativamente insignificante. Así, por ejemplo, no quiso una vez pagar unas grandes gorras de pelo, que había hecho venir de Inglaterra para cierto batallón de granaderos, llamados de los Supremos Poderes, que eran como una guardia escogida del Presidente, y esto dio lugar un día a una escena muy cómica, porque el banquero que había hecho el encargo, un inglés llamado Mackintosh, enojado por la demora del pago, las había recogido todas y las tenía guardadas en sus almacenes. Pero llegó el día del Corpus y vinieron a rogarle que las prestara al menos para que los soldados Las lucieran en la procesión. Consintió en ello Mackintosh. Fuimos convidados con otras muchas personas para ver pasar aquélla desde los balcones de su casa, la cual estaba situada en la Plaza de San Francisco, cerca de la Catedral; pasa la procesión, que nos pareció muy bella, y todos admiramos también el buen porte de los consabidos granaderos que cerraban la

marcha; cuando de repente, un niño como de cinco años, que tenía Mackinstosh, reconoce las famosas gorras de pelo y comienza a gritar con todas sus fuerzas: «Miren lo que viene allí; las gorras de papá, las gorras de papá».

Gustaba mucho Santana del fausto, y un día de no sé qué fiesta nos convidó a un gran banquete, al cual asistieron además del Cuerpo diplomático extranjero, muchos personajes notables del país. Allí estaba Valencia, más político que militar, en cuya librería brillaban con ricas encuademaciones las obras de Rocquancourt y Jomini; pero de quien decían sus émulos que había llegado a ser General sin haber oído silbar una bala. Allí también el Conde de la Cortina, reliquia respetable de la antigua nobleza española. Allí Bravo, viejo guerrillero y hermoso carácter, de quien se refiere un rasgo tan heroico, que merecería ser eternizado por la pluma de algún Plutarco, y fue que durante la guerra de la independencia, estando al frente de una partida de insurgentes, vinieron a informarle de que su propio padre, guerrillero también, había sido cogido y fusilado por los españoles. Permaneció Bravo sobrecogido por algunos instantes, pero apenas volvió de su primera emoción, dio orden a sus soldados de que soltasen inmediatamente a algunos prisioneros españoles que tenía en su poder, no fuera que en el primer ímpetu de su cólera, los mandase fusilar en represalias. Había también en aquel banquete algunos hombres civiles, entre ellos el suave Cuevas, que había sido varias veces Ministro de Relaciones Exteriores, y tenía suma habilidad para redactar notas evasivas.

El General Santana nos recibió rodeado de sus ayudantes y con un aire muy digno. Era un hombre alto, delgado, de agradable fisonomía, y a pesar de que todos conocíamos sus defectos, su porte marcial y aquella pierna de palo, que recordaba la sangre que había derramado por su patria, le daban cierto prestigio. Hizo muy bien los honores de su casa y nos dio una comida excelente, traída, según supimos después, de cierta fonda perteneciente a un francés llamado Laurent, que era entonces el mejor cocinero de Méjico. Después de comer habló amablemente con todos y nos dio buenos cigarros de la Habana. Sólo faltó el café, por causas que bien pronto descubrimos, pues habiéndonos al fin despedido, después de una hora de conversación, notamos al bajar la escalera del Palacio, que había al pie de ella un pequeño lago de color oscuro. ¿Qué será? ¿Qué no será? No había duda; era el café, que había sido derramado en aquel sitio por el indio que le traía. El lance fue tomado a mucha risa, pero nos obligó a ejercitar toda nuestra ligereza, porque no teniendo ganas de ensuciarnos las botas, »os decidimos a imitar al Capitán Alvarado, dando un salto atrevido por encima de aquel charco.

XXII.
Méjico, de 1845 a 1847.

Guerra entre Méjico y los Estados Unidos.—Derrota de los mejicanos.—Sucesos contemporáneos de España.—Cuestión del casamiento de la Reina Isabel.—Caída de Narváez.—Ministerio de Istúriz.—Exigencias exorbitantes de Francia. La Reina encerrada en dos círculos de Popilio.—Tristes consecuencias de aquellas bodas.—Diversos cambios políticos.—El nuevo Ministro de Estado me hace volver a Europa.—Dificultades de mi viaje a Veracruz.—Encuentro en Puebla al General americano Scott.—Belleza de Orizaba y sus contornos.—Reconozco en Veracruz que puede haber indias muy bonitas.

He dicho antes que las discordias civiles de Méjico habían hecho necesaria la vuelta del General Santana a la Presidencia, y cúmpleme añadir ahora, que esto fue también debido a la guerra que, para colmo de desventuras, estaba sosteniendo aquel país desde hacía bastante tiempo con los Estados Unidos del Norte, y en la cual esperaban los mejicanos que el experimentado caudillo podría tener mejor fortuna que los demás Generales de la República. La causa verdadera de esta guerra era la ambición del Gobierno y del pueblo angloamericano, los cuales buscaban una ocasión

de redondearse y extenderse hasta las orillas del mar Pacífico. Pretexto para ella fue la cuestión de los límites de Tejas, después que Méjico se vio precisado a renunciar a aquel territorio; pues los mejicanos querían fijarlos en el río de las Nueces, y los americanos en el río Bravo del Norte. Los primeros pecaron de altivez e imprudencia; porque ni reconocieron su propia debilidad, ni apreciaron bien las fuerzas del enemigo. Los segundos, dueños de grandes recursos, desplegaron una energía sorprendente. Cincuenta mil voluntarios americanos penetraron a la vez en Méjico por la parte de Occidente, por el centro y por la ribera oriental, siguiendo las orillas del golfo. La infantería, compuesta casi toda de emigrados irlandeses, era muy sólida: la artillería, dirigida por oficiales salidos del colegio de West Point, se mostró siempre excelente. Pero lo que más contribuyó al buen éxito de su campaña, fue la caballería, especialmente los dragones.

Tenían los mejicanos elementos para oponerles otras tropas no menos poderosas; pero la manía de la igualdad y el ridículo sistema del reclutamiento a la europea, producían allí entonces el resultado singular de que todo el mundo montara bien a caballo menos la caballería. En vez de componerla de rancheros, como sucedía durante la guerra de la independencia, empeñábanse en formarla de pobres indios, que no tenían costumbre alguna de montar a caballo, ni llegaban nunca a ser buenos jinetes. Con todo, Kearney por el lado del Pacífico, Taylor y el General en jefe Scott por el centro y el Oriente, penetraron sin dificultad en el país, y derrotaron a los mejicanos en Palo Gordo, Monterrey y el Saltillo. Ajustada una primera tregua y llamado Santana al poder, hubo un intervalo de muchos meses, durante los cuales hubiera sido fácil concluir la paz, haciendo algunos sacrificios; pero Santana no quiso transigir, y renovadas las hostilidades se renovaron también los descalabros de los mejicanos. Scott tomó a Veracruz, batió a Santana en Cerro Gordo y llegó triunfante hasta Puebla. Una segunda tregua permitió respirar otro corto intervalo a los mejicanos, hasta que desechadas por ellos las últimas condiciones de Scott, se renovó por tercera vez la lucha y ésta terminó con la toma de Chapultepec y la entrada de los americanos en la capital.

El Tratado de paz de Guadalupe-Hidalgo, dictado por el victorioso Scott, fue desastroso para aquella República. Más de una tercera parte de su extenso territorio pasó al dominio de los angloamericanos; y para colmo de amargura, pocas semanas después de concluida la guerra fueron descubiertos en California los placeres de oro, cuyo producto ha contribuido tanto a la población y enriquecimiento de aquellos territorios. España estaba vengada, si es que puede llamarse venganza la humillación y ruina de su antigua y rebelada colonia. Pero pocos serán los españoles que de ello se alegren, si consideran que el resultado final de tan triste catástrofe fue un avance de la raza sajona, la cual iba arrojando delante de sí a la española, e influyendo cada día más en el resto de Méjico, se preparaba fatalmente para nuevas invasiones y conquistas.

Por mi parte, lleno de simpatías hacia los pobres mejicanos, quienes al fin hablan nuestra lengua y son hermanos nuestros, condolíame mucho de sus desventuras y alegréme sinceramente de no ser testigo de la derrota final de sus ejércitos ni de la toma de Méjico, saliendo de allí cuando todavía no habían pasado los americanos de la ciudad de Puebla. Debí esta fortuna al cambio sobrevenido en la política de España, donde a Narváez había sustituido Istúriz y a éste mi respetable amigo Pacheco, el cual tuvo la gran bondad de hacerme volver a Europa, dándome un puesto en la Secretaría de Estado. Mas antes de hablar de mi partida de Méjico, es preciso que diga brevemente todo lo principal que recuerdo acerca de los sucesos ocurridos en España durante mi ausencia de ella.

Habíase mantenido el General Narváez bastante tiempo en el poder, dando así a nuestro país un período de paz y de reposo. A su sombra, D. Alejandro Mon, que era su Ministro de Hacienda, dio nueva vida a este ramo importante de la Administración pública, introduciendo el sistema tributario, adoptado y probado ya en Francia, lo cual no dejó de costarle trabajo, porque muchos hombres políticos apegados a la vieja rutina se opusieron a sus proyectos, y el mismo Narváez confesó más tarde que había estado a punto de abandonar en esta empresa a su antiguo compañero. Mas por desgracia, este triunfo de Mon le dio entonces una importancia superior a su mérito verdadero y le inspiró a él mismo tan alta idea de sus talentos, que aspiró a sustituir a Narváez, y,

desde luego, le ocasionó tales disgustos, que llegó a apurar su paciencia, que a la verdad no era mucha.

Un asunto de la mayor gravedad, cual fue el casamiento de la Reina Doña Isabel y de su hermana la Infanta Doña Luisa Fernanda, vino a dividir más y más a estos dos hombres políticos, mostrándose Mon un ciego partidario de la Francia, ora fuese por propio convencimiento, ora por querer secundar en este punto las miras de la Reina Cristina, la cual, como era natural, propendía mucho a casar a sus hijas con Príncipes de la familia de Borbón. Retiróse Narváez, y después de otros varios ensayos, vino el Gobierno a manos del débil y complaciente Istúriz, al cual tocó la suerte de resolver aquel problema.

Conocidas son todas las intrigas y las negociaciones que tuvieron lugar en aquella época, y cualquiera puede leerlas, por ejemplo, en la Historia de Alison, y más extensamente en las Memorias de Mr. Guizot. Este último trata de presentar los hechos de la manera menos ofensiva posible para nuestro amor propio; dice, sin embargo, lo bastante para indignar y ruborizar a cualquier lector español. Pretendió la Francia con inaudito abuso de su fuerza, trazar alrededor de la Reina Isabel un círculo de Popilio, declarando que no podía permitir que se casase con ningún Príncipe que no fuese de la estirpe real de Borbón. Repetíanse, con menos derecho y con menos motivo, las intrigas y pretensiones del tiempo de Carlos II. Luis Felipe quería imitar a Luis XIV, juzgando sin duda que la burguesía española del siglo XIX estaba tan hechizada como la Monarquía del siglo XVII; el Embajador Bresson se creía otro d’Harcourt; y D. Alejandro Mon y los demás amigos de la Reina Cristina aspiraban a su vez al papel de otros tantos Portocarreros.

No paraban en esto las dificultades de la Reina Isabel, porque la Reina Madre y sus amigos del partido moderado le trazaron también, con grande egoísmo, otro círculo de Popilio, exigiendo que el Príncipe que eligiese había de ser moderado y sin la menor sospecha de un liberalismo excesivo; por cuya razón se oponían a las candidaturas del Infante D. Enrique y de un Príncipe de Coburgo, las cuales precisamente eran las más simpáticas para la joven Reina y tenían además el apoyo decidido de Inglaterra, ya sea porque realmente las consideraba más ventajosas o porque se proponía evitar por medio de ellas que la Francia realizase sus designios y adquiriese mayor preponderancia en la Península.

Referíame Istúriz, que antes de tomar una decisión definitiva en este grave negocio, le había preguntado a Lord Palmerston, si en caso de que la Reina se decidiese por un Príncipe de Coburgo, podríamos contar con el auxilio de la Inglaterra, y que aquel Ministro le dio siempre respuestas evasivas. Otro hombre de Estado menos deferente a la Reina Cristina y más atrevido en sus resoluciones, habría arrostrado, a pesar de esto, la enemistad de la Francia, dando la preferencia a Coburgo, joven de *sterling qualities*, como decía Palmerston, y muy a propósito para marido de una joven Reina; pero Istúriz no tenía ninguna de las condiciones requeridas para adoptar una política tan firme. Exagerábase la fuerza de la Francia, la cual no se hallaba ciertamente en el caso de declararnos la guerra porque no escogíamos un Borbón, y temía que el Coburgo fuese demasiado liberal, a pesar de que podía ver en el Rey D. Fernando de Portugal, Coburgo también, un ejemplo de lo contrario. Hubiera podido elegir, como último recurso, la candidatura de D. Enrique; pero además de que la Reina Cristina no amaba a este Príncipe a causa quizás de su carácter independiente, temía también el mismo Istúriz que fuese demasiado liberal, habiendo ya mostrado, en ocasiones recientes, su simpatía por los progresistas; en lo cual había también notable exageración, porque no era imposible que cambiando de posición, cambiase de conducta, como le sucedió a Fernando VII, quien después de haber empezado por conspirar contra su mismo padre, se convirtió más tarde en un Monarca absoluto.

Ninguno de estos partidos indicados quiso o pudo adoptar Istúriz. Olvidó él y olvidaron todos los que intervinieron en este asunto, que, como dice el Cardenal de Retz, no basta el talento para resolver todos los negocios de Estado, sino que es necesario también que hable un poco el corazón. En el caso de que se trata, todo el mundo procedía con el más cruel egoísmo; nadie pensaba lo más mínimo en la felicidad de la Reina Isabel, ni se cuidaba de consultar su inclinación. Y sin embargo,

era notorio que amaba mucho a D. Enrique, y de esto no le pudo quedar duda a Istúriz, porque, habiendo entrado en la Real Cámara la noche antes del matrimonio, se encontró a la desventurada Doña Isabel bañada en lágrimas, y de sus labios supo que se consideraba muy infeliz por tener que renunciar a aquel Príncipe y unirse con D. Francisco. Istúriz le aseguró que se comprometía a suspender las bodas, aunque fuese ya a última hora; pero esta oferta llegaba muy tarde, y aquel Ministro hubiera debido informarse bien antes de los verdaderos deseos de la Reina. Lo cual he creído necesario recordar, porque de ello se deduce que, si Doña Isabel incurrió más adelante en ciertas faltas, que sirvieron de pretexto para nuevas revoluciones, alguna excusa merece por haber sido casada de un modo tan contrario a su voluntad; sólo por no perjudicar a los supuestos intereses de Luis Felipe, María Cristina y los moderados de España.

Y digo que tales intereses eran supuestos, porque la suerte dispuso que todos los cálculos de aquellos personajes quedasen enteramente burlados. Luis Felipe, más débil que antes, a causa de la hostilidad más o menos encubierta de la Inglaterra, cayó al fin pocos años después con circunstancias de mucha ignominia. La Reina Cristina y los moderados españoles tuvieron que deplorar en breve los disgustos sobrevenidos entre Doña Isabel y D. Francisco, el cual, menos débil que Carlos IV, no quiso consentir que el ambicioso General Serrano aspirase al papel de un Godoy liberalesco. Calmáronse luego las desavenencias del matrimonio real, no sin la intervención del Papa; pero renováronse después de algunos años, y separados al cabo los regios cónyuges, después de la revolución del año 68, los partidarios de la Monarquía están viendo con tristeza el caso lamentable de un Rey y una Reina que, residiendo en una misma ciudad, viven en Palacios separados, y sólo se ven, como parientes lejanos, en ciertas grandes solemnidades. En fin, aquel Duque de Montpensier, de quien tanto esperaban, lo mismo María Cristina que Mon y sus amigos, pasó su vida murmurando de todos los Gobiernos moderados, conspiró después contra la Reina Isabel, y acabó por suministrar el dinero necesario para la revolución del año 68. Tan ciegas son a veces las previsiones de los hombres.

Y es asimismo notable que una especie de maldición perseguía a cuantos intervinieron en este asunto. El Conde de Bresson, víctima del exceso de celo con que había hecho ejecutar el matrimonio de la Infanta Doña Fernanda al mismo tiempo que el de la Reina, su hermana, dando así un nuevo motivo de disgusto a la Inglaterra, fue enviado, como en destierro, a la Embajada de Nápoles, y allí se degolló un día con una navaja de afeitar. Bulwer, cuyas continuas intrigas hicieron más daño que provecho a la causa que defendía, fue al fin expulsado de Madrid por el enérgico Marqués de Casa Irujo.

Entre tanto Istúriz cedía pronto su puesto a otros Ministros, la Reina Madre tenía que alejarse por algún tiempo de España, y después de un período de incertidumbres e intrigas, los moderados antiguos, mal vistos por la Reina Isabel, a causa del casamiento que le habían impuesto, perdieron por algún tiempo el favor de que disfrutaban, y se vieron reemplazados por los moderados disidentes, los cuales eran casi progresistas y se apellidaban puritanos, porque decían que era preciso restablecer en toda su pureza el régimen representativo. A su jefe, que era D. Joaquín Pacheco, le llamaban el Pontífice, quizás, como creo haberlo dicho ya en otro capítulo, a causa de su aspecto grave y prelacial, y a este Ministro debí, según queda referido, mi nombramiento para un puesto de la Secretaría de Estado, y por consiguiente mi regreso a Europa.

No era esto, sin embargo, tan fácil como pudiera creerse, pues con motivo de la guerra habían suspendido los coches sus viajes a Veracruz, y era preciso que verificase el mío a caballo y a pequeñas jornadas. Añádase a esto que por todas partes había multitud de guerrillas, y no todas puramente militares, sino también de bandoleros; por cuya razón érame necesario llevar una escolta. Uno de mis amigos mejicanos me aconsejó que me entendiese con un ladrón de profesión, a quien él conocía bien y le ocultaba a veces en sus haciendas, y me le trajo un día para que le viera. Pero aunque su voz era suave y su catadura no del todo siniestra, confieso que me repugnó mucho fiar mi dinero y quizás mi vida a un facineroso tan declarado; y así, después de pensarlo bien, lo que decidí fue, que llamé a dos españoles, antiguos oficiales de caballería de Cabrera, los cuales estaban

empleados allí en una fábrica de chocolate, y les propuse que me acompañaran y dieran escolta, mediante una retribución convenida. Aceptaron gustosos mi propuesta; compré caballos y armas para mí y para ellos, y también para mi criado, que era un indio muy leal y valiente, y una mula destinada a llevar mi equipaje y provisiones.

Llegado el día de mi partida, la verifiqué con los ojos llenos de lágrimas, porque si bien me agradaba mucho regresar a Europa, para volver a ver tantos objetos queridos, me dolía, esto no obstante, abandonar a Méjico, donde había pasado tres años muy felices, y donde dejaba, quizás para siempre, un gran número de buenos amigos y alguna hermosísima cara a quien me había acostumbrado a ver todos los días y cuyo recuerdo me ha perseguido después por muchos años. Y si alguien se extraña de que conserve aún tan vivas estas impresiones del pasado, le recordaré que la memoria es a veces como los ojos de los présbites, que por mucho que se debiliten, ven siempre muy distintamente las cosas que están lejanas. Y por esto, sin duda, dijo Goethe en la introducción del *Fausto*:

Lo que poseo parece que se aleja,
Lo que pasó vuelve a adquirir realidad.

De Méjico a Puebla no nos sucedió nada notable. Estando ya en los días calurosos de julio no caminábamos más que en la madrugada y en la tarde, y nos parábamos para comer y dormir la siesta durante el día. Pocos pasajeros encontramos por el camino. Sólo una vez divisamos siete hombres a caballo y armados, que nos parecieron sospechosos, por cuya razón, mis dos españoles, que eran buenos estratégicos, dispusieron que cogiésemos un altillo inmediato, donde puestos en fila con nuestras carabinas prontas, debíamos presentar un aspecto algo imponente. Los mejicanos requirieron también sus armas, pero pasaron de largo sin decirnos nada, y yo tengo para mí que eran rancheros que iban a sus haciendas, y que si nosotros nos recelábamos de ellos, no se recelaban ellos menos de nosotros.

Parecióme Puebla una ciudad muy linda, un Méjico en pequeño. Allí encontramos ya al ejército anglo-americano y pudimos descansar y comer muy bien en una posada bastante cómoda. En ella se hospedaba también el Plenipotenciario americano que venía con el General Scott, llamado Míster Frist, para quien llevaba yo cartas de Bermúdez de Castro y del Ministro de Inglaterra; y a la mañana siguiente pasé a verle para entregárselas y obtener por su medio que Scott me diera una escolta, a fin de ir acompañado por ella hasta Orizaba, que era la parte del camino más amenazada por bandoleros y guerrillas. Híceme indicar su cuarto; llamé con cierta timidez ala puerta; dijéronme de dentro con voz estentórea: *come in,* o sea, adelante; entré sin más ceremonias y me encontré con un hombre alto, seco, de facciones angulosas y de edad algo madura, el cual se hallaba en mangas de camisa y tenía metida en el brazo izquierdo una bota, que estaba limpiando con mucha cachaza. «Siéntese usted», me dijo, sin cesar en aquella faena. Hícelo así y aguardé a que cepillara también la otra bota, después de lo cual se sentó él también junto a mí y me preguntó lo que se me ofrecía. Díjele quién era; entregúele mis cartas; leyólas muy despacio y me manifestó que se alegraba mucho de conocerme y que me proponía que fuésemos al instante a visitar al General Scott, quien se alegraría también de verme y de seguro me daría una escolta. Preguntóme después si había venido solo hasta Puebla, Respondíle que no; que venía con tres hombres armados y yo mismo traía una buena carabina; de lo cual se rió mucho y me dijo que no le parecía mal mi pasajera transformación en soldado, porque los diplomáticos debían entender de todo; y luego añadió, riéndose más y más y abriendo una boca enorme: «Aquí me tiene usted a mí, que por no haber en esta posada ningún criado primoroso, tengo yo mismo que convertirme en limpiabotas, como usted lo acaba de ver». Vistióse enseguida una chaquetilla ligera, púsose un sombrero de paja, y así a la llana y sin corbata, con un junquillo en la mano, salió conmigo a la calle.

Llegados a la Plaza Mayor, nos dirigimos a la Casa Ayuntamiento, donde se hallaba alojado Scott. El centinela que había a la puerta estaba sentado cómodamente en una silla y tenía el fusil colocado entre las piernas; pero apenas nos divisó púsose en pie, llamó a la guardia, y formada ésta, saludó con los fusiles y batió sus tambores. Mi Plenipotenciario de chaquetilla tomó también

entonces por algunos momentos un aire más importante. En el piso principal hallamos al General en jefe vestido asimismo muy a la llana, con una levitilla abierta, de paño azul, sin chaleco ni corbata; pero su aspecto era imponente, porque no era un hombre como otro cualquiera, sino una especie de gigante, un General simbólico, que representaba el poder colosal de los Estados Unidos en lucha con un pigmeo. Su fisonomía era franca y abierta y me recibió con mucha cordialidad. Cuando llegué estaba escribiendo, y al otro extremo de la sala había dos oficiales, sin duda del Estado Mayor, quienes vestían chaquetilla, como Míster Frist, y estaban echados de bruces y casi acostados sobre un gran mapa de Méjico, que se hallaba extendido sobre una mesa. No se veía por ninguna parte ni espada ni pistolas ni arma de ningún género. Nada indicaba allí que estábamos entre militares.

El General Scott tomó en seguida la palabra y me hizo muchas preguntas tocante a las cosas de Méjico, y principalmente sobre el estado de los ánimos. Respondíle, como era verdad, que los mejicanos no querían todavía darse por vencidos, en atención a que conservaban aún un ejército bastante considerable y esperaban que las lagunas y el terreno pantanoso que rodea a la capital haría difícil la marcha de los invasores. «Lo siento mucho, repuso Scott, porque la continuación de la guerra causará un inútil derramamiento de sangre y los mejicanos verán pronto a expensas suyas que mis dragones pasan por todas partes, y harán resonar en las calles do Méjico las herraduras de sus caballos.» Regalóme después con chocolate, helados y frutas, que en la estación en que estábamos eran muy agradables, y me dio también excelentes cigarros. En fin, díjome cuando me despedí, que al día siguiente a la hora de mi marcha hallaría a la puerta de la posada una escolta de dragones, la cual me acompañaría al menos dos jornadas, porque los alrededores de Puebla eran los más expuestos entonces a las incursiones de las guerrillas. Rendíle gracias por todo con las más corteses expresiones que pude, y él con su mano gigantesca me apretó la mía de tal suerte que creí que me la hacía pedazos.

Empezaba ya a reír el alba cuando me puse otra vez en camino, y conforme me lo había prometido Scott, encontré a la puerta de mi alojamiento treinta dragones americanos, mandados por dos tenientes. Eran los soldados de buena presencia, rubios y robustos, vestidos con uniformes de paño oscuro y gorrillas de lo mismo. Llevaban sables y pistolas y unas carabinas de mucho alcance, que entonces eran un arma nueva y temible, poco conocida entre los mejicanos. Montaban caballos de raza frisona y de mucha alzada. Parecióme desde luego, y los hechos lo confirmaron en toda aquella guerra, que cada uno de aquellos jinetes valía por dos o tres de los pobres indios que componían entonces la caballería mejicana. Los oficiales eran dos jóvenes de buen porte y de modales distinguidos, a pesar de ser *yankees*. Viajé en medio de ellos y nos hicimos muy buenos amigos. Poco antes de llegar a Orizaba les rogué que se volviesen y les di las gracias más sinceras antes de separarnos, gratificando con dinero a los sargentos y soldados; después de lo cual continué mi camino con mis buenos españoles y mi criado, sin haber visto antes ni después rastro alguno de guerrillas ni de ladrones.

Llegué sin novedad a Orizaba, donde hice otro agradable descanso. Es Orizaba como un pueblo de Andalucía puesto en un clima tropical, de manera que a los naranjos y limoneros se añaden los plátanos y palmeras. El cielo es de zafiro; el aire está embalsamado por el olor de las flores. Las casas se parecen también a las de Andalucía, y tienen muy lindos patios. El trayecto de Orizaba a Veracruz fue corto y agradable, por pasar casi todo por bosques que proporcionan sombra y frescura. La luna, que estaba en su plenitud, bañaba todo con una tinta de plata y prestaba un inexplicable encanto a los campos y a los árboles. A menudo me paraba por el camino, y dejando que se adelantasen mis compañeros, me complacía en escuchar el silencio de aquellas soledades, y contemplar la hermosura del cielo. Hícelo así, sobre todo en las cumbres de Aculcingo, y en general, por todo el viaje iba admirando la obra de Dios, que es casi más maravillosa en América que en Europa. Recordando las admirables páginas de Luis de Granada, decía como él: «¿Quién ¡oh Dios! no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces con que la Naturaleza nos predica la grandeza de vuestra gloria? Por cierto, Señor, que el que tales voces no oye, sordo es:

y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es: y el que con tantos testimonios de todas las criaturas no os alaba, loco es.» Quieren algunos decir que los antiguos no sentían las bellezas de la Naturaleza tanto como los modernos, y es posible que así sea; pero en cambio hay muchos modernos que no se elevan de ellas al conocimiento del Ser Supremo, y es singular y casi cómico, que un hombre tan sabio como Humboldt, por ejemplo, describa en sus obras tantos países y tantas bellezas naturales, sin mentar nunca al Criador, a semejanza de aquellos periodistas del *Rabagás* de Sardou, que imponían una multa de cincuenta céntimos a quien pronunciase entre ellos el nombre de Dios.

Cuando salimos del último bosque, salía también el sol, alegrando la tierra, y pronto divisamos a Veracruz y detrás de él una cinta azul, que era el golfo cercano. Algunos caseríos quemados y los cuerpos de muchos caballos muertos, sobre los cuales se cebaba una multitud de cuervos, indicaban ya los estragos de la guerra. Sabía además que el cólera y la fiebre amarilla reinaban en Veracruz, y pareciéndome que no debía exponer a mi criado y a los dos españoles a aquellos aires tan malsanos, les pagué el dinero convenido y les rogué que desde allí se volvieran a Méjico, entrando yo solo en la ciudad, seguido de un indio de aquellos contornos, que llevaba del cabestro la mula de mi equipaje. Pero ¡qué espectáculo tan triste se ofreció luego a mi vista! La mitad de la ciudad yacía en el suelo. La calle principal, que conduce a la plaza Mayor, era toda una ruina. El bombardeo de los americanos no había dejado en ella una casa sana. Veíanse los techos hundidos, los muros horadados, los balcones hechos pedazos, todo abandonado, todo solitario y silencioso. Dice Jomini que la guerra es un drama apasionado: yo añadiré que es un drama trágico, un drama terrible. Es cierto que a consecuencia de aquella lucha la civilización europea, detenida durante tres siglos al pie de las montañas Pedregosas, penetró al fin en los desiertos de Occidente, llegando hasta el Océano Pacífico; pero esta consideración, demasiado filosófica, no disminuía entonces la pena que me causaba la vista de tantos estragos.

Cuando llegué a la posada, el mismo dueño de ella me aconsejó que me fuera desde luego a bordo del vapor de la Mala inglesa que debía llevarme a Europa y se hallaba ya en la bahía, porque si me detenía en la ciudad, era muy de temer que cogiera el cólera o la fiebre. Pero yo tenía entonces veinticuatro años, y a esa edad se cree uno invulnerable.

Así, pues, tomé con tranquilidad un baño, comí bien y dormí después quince horas, y creo que hubiera dormido veinticuatro a no desvelarme el apetito. Fui luego a buscar a mis conocidos; pero no hallé más que al Cónsul Escalante y a un tal Mr. Adoue, hermano del banquero que había tenido en Méjico y banquero también. D. Dionisio Velasco se había ido al campo con su familia, y el médico Mendizábal andaba muy ocupado en los hospitales, cortando brazos y piernas. Era Adoue un francés establecido allí desde hacía muchos años, rico y afable, a quien llamaban todos simplemente D. Guillermo. Aunque frisaba en los cincuenta, estaba muy bien conservado y era muy aficionado a las mujeres, por lo cual me preguntó luego qué tal me habían parecido las de Méjico. Díjele que todas me habían gustado mucho, a excepción de las indias, y que no comprendía cómo Cortés y los otros Capitanes españoles habían podido prendarse de ellas. A lo cual contestó él que eso consistiría sin duda en que las indias de aquella época eran más bonitas, o en que ellos tuvieron la fortuna de encontrar las más bellas, porque solía haber siempre algunas que lo eran tanto como las blancas; y que si deseaba convencerme de ello, fuese a la noche a comer con él y me haría conocer una que no me parecería despreciable. Vi luego al Cónsul Escalante, y contándole todo esto, me dijo que probablemente Adoue pensaba enseñarme una querida suya llamada Charito, quien efectivamente era una india muy guapa, de la cual el buen francés estaba tan enamorado, que le tenía puestos maestros y acabaría probablemente por casarse con ella. Añadióme que Adoue era tan celoso que no la dejaba salir más que a misa, y que si me la enseñaba a mí, sería porque me marchaba al día siguiente y así no la volvería a ver jamás.

Cuando volví a casa de Adoue, estaba ya en la sala Charito, y me la presentó dándole este nombre y diciéndome que era una huérfana a quien había recogido. Mírela luego con atención, y a pesar de ir preparado para ello, quedé absorto a su vista. Tenía el color cobrizo y los cabellos negros

y lacios, como todas las indias; pero esto no quitaba nada a su peregrina hermosura. Sus facciones eran muy finas, sus ojos negros y dulces, su cuerpo esbelto y flexible.

Traía por único adorno un ramo de jazmines en los cabellos y dos aros de oro en las orejas. Un vestido de tela blanca le cubría apenas el seno, dejando adivinar cosas muy bellas. La gracia y amenidad de su trato eran también seductoras. Cuando nos sentamos a la mesa parecía colgada de mis labios, cual otra Desdémona: reíase de todo lo que yo decía para enseñarme sus preciosos dientes, y me dirigía de cuándo en cuándo unas miradas tan piadosas que me robaban el juicio. Fue milagro que en vez de cortar la comida no me cortase los dedos, como las damas de la leyenda a la vista del gentil mancebo. Después de comer fumó un cigarrillo, y como una muchacha que era, se divirtió en ver subir las nubéculas que formaba el humo. Tomó luego una guitarra, y acompañándose con ella, cantó bastante bien unas coplas del país, cuya quejumbrosa melodía contrastaba singularmente con el rostro placentero de aquella linda niña. En fin, yo me quedé prendado de ella, y al marcharme le dije a mi amigo Adoue que le alababa su buen gusto, y que por mi parte pensaba que si Doña Marina se parecía a Charito, había tenido Cortés mucha razón en profesarle tanto cariño.

XXIII.
Roma, de 1847 a 1852.

Viaje de Veracruz a Southampton.—Toco otra vez en la Habana.—Veo al General O'Donnell en la quinta de Los Molinos.—Corta detención en Inglaterra.—Voy a París y encuentro allí a mi familia.—Agitación que reinaba ya en aquella capital.—Sigo mi viaje y hallo en Bayona a Pacheco.—Le acompaño a Roma como segundo Secretario de aquella Embajada.—Paso por Marsella y Génova.—Mi llegada a Roma.—Grandes emociones que la vista de sus monumentos me produce.—Entusiasmo de los romanos por Pío IX.—Continuas demostraciones y fiestas.—Al sommo Pío sia gloria e onor.

El día 2 de agosto zarpó de Veracruz el vapor inglés que me conducía con dirección a Cuba. El mar estaba tranquilo y el viaje fue muy feliz, porque las estaciones extremas de calor y frío, alejadas ambas de los equinoccios, suelen ser las mejores para atravesar el Atlántico. Sufrimos mucho, sin embargo, del excesivo calor, especialmente los tres días que nos detuvimos en la Habana; y verdaderamente no sabría qué escoger, entre los hielos de Moscú y el ardor de las Antillas. Creo que no plegué nunca los ojos en el tiempo que allí me detuve. Pasaba las noches en una butaca puesta en el balcón, y apenas empezaba a amanecer, entraba en un baño de agua fría y me quedaba en él más de una hora, a fin de refrescarme la sangre. Érame casi imposible andar por las calles en mitad del día, y solamente a la caída de la tarde tomaba una volanta y hacía algunas visitas. Fui a ver al General O'Donnell en la quinta que llaman de Los Molinos, la cual está situada en un paraje elevado que llaman El Cerro, y que es algo menos caliente que el centro de la ciudad. Le hallé muy contento, porque al fin había logrado que viniesen a la isla algunos chinos, con los cuales pensaba que sería posible reemplazar poco a poco a los negros. El tiempo ha demostrado que sirven efectivamente para criados, mas no para las faenas del campo.

Vi también al Intendente Villanueva, a O'Reilly y a las señoras de Dalcour, mis compañeras del viaje anterior, y salí luego para Bahama y las Bermudas, que era el rumbo que seguían entonces los vapores ingleses en su regreso a Europa. En el último punto tomamos una carga de tortugas, que se crían muy buenas en las aguas de aquellas islas, y sirven de regalo a los ingleses en general, y muy especialmente al Lord Mayor y los Corregidores de Londres. Pusiéronlas boca arriba para que no se moviesen, apiladas unas sobre otras, y no les daban más alimento que regarlas dos veces al día con cubos de agua del mar.

Los pasajeros eran pocos, y sólo conservo el recuerdo de un joven inglés sumamente agradable, llamado Míster Wilson. Su padre era grande amigo de Cobden y le había ayudado bastante en aquella famosa campaña suya para abolir las leyes sobre cereales, que fue uno de los ejemplos más notables de lo que pueden la perseverancia y el talento de unos cuantos hombres cuando se emplean al servicio de una buena causa, y de la manera con que las afortunadas razas sajonas saben conseguir sin violencias las reformas más importantes. El tiempo era tan hermoso que paseábamos sobre cubierta como en una sala, y no nos cansábamos de contemplar la inmensidad del Océano. Mi amigo Wilson recordaba con este motivo a Lord Byron, que era su poeta favorito, y aquellos versos suyos que empiezan:

Sobre las alegres agitas del mar azul y profundo.

Yo pensaba a mi vez en Chateaubriand, quien ha sido, en mi sentir, el primero que ha hecho comprender bien la poesía de la religión y la poesía de la Naturaleza. Su descripción del Océano me parece la mejor de cuantas se han escrito, y a él le debemos además la pintura más acabada del suelo de América. Parto feliz de su ingenio es también aquella *Atala*, hermana de la Virginia de Saint Pierre y tipos una y otra de candor y belleza, realzados de la manera más interesante por la naturaleza tropical que sirve de escena a sus historias.

El encuentro de muchas velas que navegaban en dirección contraria a la nuestra y también el de algunos pájaros, que venían a descansar sobre las vergas de nuestro buque, nos anunciaron al fin que estábamos cerca de Inglaterra, y no es decible cuánto me agradó el llegar a Europa después de haber estado algún tiempo lejos de ella. Apenas desembarcado en Southampton, corrí a Londres, donde sólo me detuve algunos días, y pasé luego a París. Allí encontré a mi venerada madre y a mi querida hermana Emilia, la cual se casó poco tiempo después con el Conde de Casa Sarria. Era entonces mi hermana sumamente hermosa, y lo digo aquí sin temor de que me desmienta ninguno de los contemporáneos que la hayan conocido, y sobre ser hermosa era inteligente, y con ella vi por segunda vez muchas cosas de aquella capital, especialmente los Museos.

Traía yo sed de ver cuadros y estatuas, porque tanto Lisboa como Méjico carecen de ese género de riquezas, así que me engolfé en el Louvre y en el Luxemburgo y les dedicaba mi entera mañana. Entre las obras antiguas me gustaron más que nada la Virgen de Rafael llamada *La Jardinera*, y *La Gioconda* de Leonardo. Agradáronme mucho también los lienzos de aquel Leopoldo Robert, de corazón tan sensible que se mató por amor, y cuyo colorido tiene una verdad que pasma, y los del suave Greuze, principalmente *La Joven del cántaro roto*, que conmueve aunque no llora. De los autores más modernos admiré a Ary Schefer, restaurador de la pintura religiosa y especie de Chateaubriand de las Bellas Artes, cuyo cuadro de San Agustín y Santa Mónica es con razón muy popular en Francia. Quedé también prendado de Paul de la Roche y de sus *Hijos de Eduardo*, que despiertan tanto interés por la tragedia que a su vista se presiente. Pero el más aplaudido en aquella época, era Ingres, el cual había recogido el cetro del ya difunto David, primer pintor del Imperio, y tenía muchos discípulos e imitadores, entre los cuales se contaba al célebre español Federico Madrazo. Ingres era buen colorista y también buen dibujante, y a él se atribuye el dicho de que el dibujo es la probidad de los pintores, lo cual es, en mi sentir, tan verdad, que esa sola máxima suya, bastaría para que me fuese simpático.

El aspecto de París en el año 47, era cada día más y más el de una ciudad descontenta, aunque en realidad no tenía motivos para ello. Faltábales paciencia a los parisienses de la burguesía para aguardar la extensión del sufragio electoral, como si de esto dependiera la felicidad de Francia. Pesábales sin duda aquel Gobierno de los doctrinarios que les había dado una época de libertad y de paz, cuyo brillo empieza ahora a parecemos tan grande. París era siempre el pueblo amigo de novedades y pronto a someterse al yugo de cualquiera minoría turbulenta; el pueblo que sufrió a Robespierre y llevó luto por Marat, por temor a los jacobinos. En cuanto al pobre Rey Luis Felipe, cada día expiaba más su usurpación, cada día vivía más escondido. Pasaba su existencia en Neuilly, y poco se le veía en París. Una vez sola le vi pasar en su coche y acompañado de buena escolta. Por

cierto que me llamó la atención lo mucho que se parecía en aquella época a los retratos que hay en Versalles de Luis XIV cuando era ya anciano y marido de madama Maintenon.

Después de haber dedicado algunas semanas a París, salí con dirección a Madrid, pero no pasé de Bayona, porque en aquella ciudad encontré a mi amigo D. Joaquín Pacheco, el cual había dejado ya de ser Ministro e iba de Embajador a Roma. No habiendo tenido tiempo los últimos días de mi permanencia en París para leer los periódicos, ignoraba completamente estas novedades, de las cuales me admiré mucho, y mayor todavía fue mi sorpresa cuando Pacheco continuó diciéndome que ya no tenía yo necesidad de seguir mi viaje a Madrid, en atención a que me había hecho nombrar segundo Secretario de su Embajada, y que debía, por lo tanto, acompañarle a Roma. Hícelo así con mucho gusto, si bien me dolía bastante no ver de España más que las crestas de los Pirineos, cubiertas de nieve. Realizamos el viaje, pasando por Tolosa a Marsella y embarcándonos en esta última ciudad en un vapor que iba a Civitavecchia, tocando en Génova y en Liorna.

Agradóme mucho Tolosa, cuyos campos, cubiertos de olivares, se parecen mucho a los de Andalucía. Visité su *Capitúl*, tan lleno de recuerdos de Clemencia Isaura y de aquellos trovadores provenzales, precursores de Petrarca y Dante y primeros maestros de las literaturas romances. La musa de aquellos antiguos poetas ha producido en el siglo pasado esa joya inestimable que se intitula *Mirela*, y que es, como *Atala* y *Virginia*, una bella criatura enamorada y piadosa. En Marsella admiramos su magnífico puerto, fundado por los Foceos, y tan rico y animado en nuestros días como cuando lo sitió Julio César. En Génova la soberbia volví a gozar con la vista de buenos cuadros y también de bellos palacios que publican sus pasadas grandezas. Tiene aquella ciudad mucho atractivo para los españoles, porque de ella nos vino el famoso Colón, y es particularmente interesante para nosotros los gaditanos, porque de allí proceden muchas de las principales familias de nuestra ciudad, como los Fedrianis, Onettos y Feduccis, y a los genoveses se debe, tanto en Cádiz como en Sevilla, el gusto de los mármoles y de la rica arquitectura. Los genoveses, a su vez, no le deben poco a España. Aquella República, dotada de instituciones menos sólidas que su rival Venecia, osciló muchos siglos entre la oligarquía y la democracia, y agitada por facciones rivales, cayó alternativamente bajo el dominio de Milán y Francia, hasta que el Emperador Carlos V le devolvió la independencia a fin de obtener en recompensa de este beneficio inestimable los servicios del famoso Andrés Doria. Este grande hombre, después de haber asegurado la felicidad de su patria, edificó en ella un hermoso palacio, que visitamos con mucho interés, y donde vimos un retrato suyo que le representa ya viejo, con un gran gato a su lado. Probablemente habría ya muerto cuando le pintaron, el perro que le regaló Carlos V.

En Liorna nos detuvimos sólo algunas horas. Es una ciudad limpia y alegre, cuyo comercio tiene bastante importancia. Su nombre se usa en castellano como sinónimo de confusión, y creo que no sin motivo, pues viene a ser el centro y refugio de la marinería más turbulenta del Mediterráneo. De allí han tenido origen cuantas revoluciones han agitado en el pasado siglo a la culta y antes pacífica Toscana. Al día siguiente desembarcamos por fin en Civitavecchia, que es un puerto más tranquilo, pero no tan lindo como Liorna. En seguida tomamos un coche para trasladarnos a la grande y famosa Roma, objeto final de nuestro viaje, a donde llegamos a la caída de la tarde.

Alojámonos primero en el hotel situado en la plaza de Popolo, y pocos días después nos trasladamos al Palacio de España, que se halla en la plaza del mismo nombre. Es éste un caserón destartalado, adquirido hace más de dos siglos por un Conde de Oñate, Embajador nuestro en Roma y después Virrey en Nápoles; pero aunque viejo y de mala arquitectura, tiene cierta apariencia imponente y aquel prestigio que dan los años tanto a las personas como a las cosas, por lo cual me estremezco cada vez que oigo hablar del proyecto de venderlo para comprar otro más moderno. En mi concepto convendría modificarlo el día en que nos sobre dinero para ello; mas entre tanto sería vergonzoso abandonar un edificio que da su nombre a la plaza más bella de Roma, con bastante envidia de las demás Embajadas, y que recuerda tantas personas notables que la han habitado, empezando por Oñate y acabando por Azara y Martínez de la Rosa.

Pacheco empezó por tomar posesión de la Embajada, la cual se hallaba antes regida por D. José del Castillo y Ayensa, literato de alguna reputación y una de las pocas personas que se dedicaban por aquel tiempo en nuestro país al estudio del griego. Había publicado, entre otras cosas, una razonable traducción de Anacreonte, y por esto sólo le tenía yo afición, sin conocerle, llevado de mi entusiasmo por aquella lengua. Cuando le vi por primera vez, estuve a punto de decirle, como Filaminta a Vadius: «Permítame usted que, por amor del griego, le dé un abrazo». Pero si he de decir la verdad, pronto perdí mis ilusiones, porque su aspecto no era muy agradable. Era un hombre pequeño, moreno y flaco, cuya figura y atavío distaban mucho de ser los que convienen a un diplomático. Baste decir, que por estar un poco resfriado, nos recibió vestido de bata y envuelto en un pañolón de su mujer. Era uno de los protegidos de la Reina Cristina, a la cual enviaba siempre copia de los principales despachos y notas que se recibían o salían de la Embajada, porque en aquella época había, por decirlo así, dos Reinas en vez de una. Concluyó al fin un Concordato con la Santa Sede; pero en Madrid fue considerado demasiado favorable a esta última y no quisieron aprobarlo. Hízole muy poca gracia la venida de Pacheco a reemplazarle, pareciéndole que aquella misión era una especie de feudo suyo, y no sólo se quedó en Roma con la esperanza de volver a ser Ministro, sino que solía entrar de cuándo en cuándo en nuestro Palacio y reprendía al portero si no hallaba la entrada y el patio tan limpios como durante el tiempo de su mando.

Otra de las personas que luego conocimos fue el caballero D. Antonio Solá, Director de nuestros pensionados de Bellas Artes. Era un catalán de mediana estatura, gordo y de fisonomía apacible, quien había venido muy joven a Roma y había residido allí casi toda su vida, dedicado al ejercicio de su arte y aventajándose mucho en ella, según lo prueban las obras que ha dejado tanto allí como en España. Citaré, como la mejor, el grupo de *Daoíz y Velarde*, que sobre ser de un estilo muy correcto, tiene una vida y un movimiento raros en la escultura moderna. Mientras más se le mira más agrada. Suyo es asimismo el *Cervantes* que está delante del Palacio del Congreso, y aunque no vale tanto como el grupo anterior, es, eso no obstante, lo mejor que se ha hecho hasta ahora en España para honrar la memoria del inmortal autor de *Don Quijote*, príncipe de las letras castellanas. Ejecutólo por orden del Rey Fernando VII, quien se lo pagó muy generosamente y le dijo que pensaba encargarle otras varias estatuas de nuestros más célebres poetas para colocarlas en las plazas de Madrid; pero muerto el Rey poco después, nadie ha pensado más en tal proyecto. Era Solá sumamente instruido y tenía además un carácter amable y complaciente, por lo cual Pacheco se atrevió a rogarle que nos sirviese de cicerone en la visita que pensábamos hacer a los Monumentos y Museos de Roma. Vino Solá en ello con mucho gusto, y la mujer de Pacheco, «la bellísima Dolores» de Bretón, quiso también unirse a nuestra comitiva, con gran placer de su marido, porque decía él que le gustaba mucho oír lo que el instinto de lo bello inspira naturalmente a las señoras, a la vista de las estatuas y cuadros.

La impresión que nos produjo aquella famosa ciudad fue desde luego muy grande, aunque Roma gana en ser conocida y hay en ella cosas que chocan algo al principio. Así, por ejemplo, se admiran mucho los Palacios de sus Príncipes; pero nótase también que las casas que están junto a ellos son pobres barracas. Falta allí la clase media, cuyas bellas habitaciones dan mayor igualdad a las casas de Milán y Génova. Disgusta asimismo la poca limpieza de las calles y también de la generalidad de los habitantes, los cuales son muy inferiores en este punto a los lombardos y toscanos. Pero todo se olvida luego ante la grandeza y hermosura de sus monumentos antiguos y modernos, y ante los recuerdos que despiertan en el ánimo del filósofo y del cristiano. ¡Qué esfuerzo tuve que hacer para que mi imaginación se acomodase a los objetos que se ofrecían a mi vista! ¡Qué diferencia entre Méjico y Roma! Allí todo, menos los bosques, tenía un aspecto moderno; aquí todo llevaba el sello de lo antiguo. Allá se conservaba la memoria lisonjera, pero relativamente reciente, de la conquista española; acá las huellas imponentes de la dominación romana. La naturaleza es más lozana en Méjico; pero más austera en el Lacio. En América hay un ramo de la religión de Jesucristo; en Roma se venera el trono de su Vicario.

Lo primero que visitamos fue, como es natural, San Pedro, y a pesar de sus defectos, que son notables, especialmente en la fachada, nos causó una impresión indecible. Es el primer templo moderno, y si se exceptúan los del antiguo Egipto y el que erigió Salomón, creo que no ha existido otro mayor en el mundo. Complácese el creyente en ver tan honrado a Dios con aquella suntuosa fábrica, y por mi parte, no sólo entonces, sino también cada vez que he vuelto a Roma y entrado, como de nuevo, en aquel amplio recinto, donde la materia es tan rica y las líneas tan grandiosas y bellas, me he sentido profundamente conmovido. La admiración y el respeto se mezclan allí con ese placer extraordinario que produce la vista de aquellas cosas que, pasando de lo bello, tocan ya en lo sublime.

Fuimos luego a las Galerías y Museos, en los cuales tuve al fin el gusto de encontrar los originales de muchas estatuas y cuadros, que conocía ya por grabados y vaciados y me eran, por decirlo así, familiares desde que estuve en la Academia de Cádiz con mi maestro Roca y viví luego en Sevilla en casa de mi buen tío, que tenía una excelente colección de estampas. Pero qué diferencia entre unas cosas y otras. ¡Qué mármoles tan divinos se ven reunidos en el Vaticano y Capitolio! Aquello es un pueblo de estatuas, y cuando se considera que son sólo los restos que se han salvado de tantas invasiones y ruinas, ya no sorprende leer en Plinio que en la Roma de su tiempo había más estatuas que habitantes. ¡Qué bello es el Laocoonte; qué bello el Apolo; qué bello todo! Y lo mismo digo de los cuadros. No hay copia ni grabado que dé una idea adecuada de la *Escuela de Atenas* o la *Disputa del Sacramento*. Es preciso ver aquellos frescos para apreciar toda su belleza. ¡Y qué diré de las Vírgenes de Rafael, qué de la Capilla Sixtina! La admiración se queda muda al contemplar tantas maravillas.

Recorrimos después de esto los monumentos antiguos. El Coliseo, tan bien conservado todavía y tan lleno de recuerdos paganos y cristianos, puesto que allí sucumbían los gladiadores, después de saludar al tirano, y allí también sacrificaban su vida aquellos primeros cristianos, de quienes dice bellamente un antiguo obispo español, que no sabían disputar, pero sabían morir, *sciebant mori*. El Foro, muy afeado por los escombros, pero bastante descubierto para dar una idea de su extensión y adornos; en fin, las Termas de Caracalla, que aturden por la grandeza de sus salas, donde pueden circular sin confusión muchos millares de personas. Elévase la mente a la vista de unas ruinas, cuya grandiosidad no hay estampa ni descripción que pueda hacer comprensible. Ni tampoco puede nadie entender bien la historia romana si no ha visitado a Roma y visto sus monumentos, como lo han hecho Ampére, Reumont y Gregorovius.

Mas dejemos ya estas cosas, bellas, pero antiguas, para ocuparnos de otras más recientes y no menos interesantes.

Dejemos a los romanos
Aunque oímos y leímos
Sus historias.
No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
Qué fue de ello:
Vengamos a lo de ayer,
Que también es olvidado
Como aquello.

Cuando nosotros llegarnos a Roma estaba el gran Pontífice Pío IX en el apogeo de su popularidad y de su gloria. Ni en los Palacios de los Príncipes, ni en las casas de los particulares, ni en las calles y plazas se oía hablar de otra cosa que de las acciones admirables de aquel Papa. Estaba Roma llena de su nombre, embriagada de júbilo, loca casi de entusiasmo. Era esto en parte un efecto natural de la conducta generosa de Pío IX, y en parte también un medio empleado por la secta llamada la Joven Italia para obtener todavía mayores concesiones de aquel noble jerarca. Se le aplaudía con razón y sin ella, a todas horas y en todas partes. A poco de nuestra llegada tuvimos la fortuna de encontrarle un día en la calle cuando iba a dar un paseo fuera de Puerta Pía. La gente que

rodeaba su coche era tanta, que apenas podían los caballos avanzar al paso. El Papa, asomado a la portezuela, daba la bendición a derecha e izquierda. Tenía el rostro redondo, la fisonomía muy dulce y el color algo pálido. Todos le daban vivas con voces frenéticas; todos le llamaban santo, grande, glorioso. Fue aquella una escena indescriptible que nunca más se ha borrado de mi memoria. Pacheco y yo doblamos, como los demás, las rodillas, recibimos su bendición y le aclamamos con entusiasmo.

Ni fue aquella la única vez que le vimos, pues que no había casi día en que por un motivo o por otro no saliese el Papa a la calle o no se asomase al balcón de su Palacio del Quirinal. Con los más frívolos pretextos y a propósito de las cosas más insignificantes corría el pueblo a la plaza que está delante de aquel edificio y no cesaba de dar vivas y aclamar a Pío IX, hasta que aquel bondadoso señor salía por fin al balcón y les daba su bendición apostólica, acompañándola con algunas buenas palabras. Si íbamos al teatro, allí también encontrábamos un eco de las escenas de las calles. Recuerdo que en aquel tiempo estaba muy en boga la ópera de Verdi, intitulada *Hernani*, sacada del conocido drama de Víctor Hugo del mismo nombre. Pues bien, cuando en la escena final del tercer acto, decía Carlos V: *perdono a tutti*, el público lo aplicaba a la reciente amnistía del Papa y prorrumpía en aplausos; y cuando luego añadía: *A Carlo Magno sia gloria e onor*, los actores y el público cantaban con entusiasmo: *Al sommo Pío sia gloria e onor*. Y las señoras azotaban el aire con sus pañuelos, y la escena terminaba con gritos desaforados de *viva el Papa*, como si se estuviera en una plaza pública.

Mas no es extraño que los romanos se mostraran tan entusiastas cuando eso mismo hacían los extranjeros, y no había casi nadie en Europa ni en América que no admirase las acciones de Pío IX. Hasta los mismos eclesiásticos y teólogos tan renombrados como Ventura, Gioberti y nuestro erudito y sesudo Balmes, unían sus alabanzas a las de los seglares y creían de buena fe que aquel Pontífice estaba destinado a reconciliar el Papado con las ideas modernas de libertad y progreso. Algo, sin embargo, tenían ya de excesivo las demostraciones de los italianos, y tanto el Colegio de Cardenales como los principales Monseñores y los hombres más experimentados en la política, empezaban ya a notar que el Papa se prestaba demasiado a aquellas escenas populares. El mismo Pacheco, con ser, como realmente lo era, un liberal muy sincero, me decía, en confianza, que no preveía nada bueno de aquellos excesos de entusiasmo. Temía que el Papa, embriagado por los aplausos, fuese en sus concesiones algo más allá de lo que aconsejaba la prudencia, y que el día en que le pareciese necesario detenerse en tan peligroso camino, no tuviese ya libertad para hacerlo. Las circunstancias en que se hallaba entonces la Europa hacían también muy peligrosa la posición de Pío IX, porque en todas partes reinaba cierta inquietud precursora de grandes movimientos revolucionarios. Es cierto que todas las grandes Potencias, incluso la Rusia, habían recomendado varias veces a los predecesores de Pío IX que introdujeran serias reformas en el gobierno de sus Estados; pero ni esas reformas comprendían la libertad política, ni era aquel el momento más a propósito para concederlas. Además, una cosa es aconsejar reformas y otra cosa realizarlas. Es como decirle a quien lleva encadenado un león que lo suelte en mitad de las calles. Y por eso vemos que casi en ningún tiempo ni en ninguna nación se ha visto al Soberano introducir grandes novedades políticas por un acto verdaderamente espontáneo. A Inglaterra le han costado sus libertades muchos siglos de combate. En todas partes se establecen a fuerza de luchas y de años.

El predecesor de Pío IX, que se llamaba Gregorio XVI, era un fraile de aspecto ordinario, con unas grandes narices porronas y tabacosas y unos modales muy poco suaves, de quien cuentan que cuando su mayordomo le preguntó después de su elección, qué era lo que quería comer aquel día, le respondió en tono muy brusco: «Dame lo mismo de siempre; ¿acaso crees que por cambiar de posición he cambiado de estómago?» Pero no le faltaba, en medio de su rudeza, la energía necesaria para sostener los derechos de la Santa Sede, y había quedado célebre en Roma su entrevista con el Emperador Nicolás y las vehementes quejas que le dirigió con motivo de su conducta violenta con los católicos de Polonia. Por lo cual no es de extrañar que hiciese poco caso de los consejos de las Potencias, temiendo que las sectas políticas, cuyo objeto era ya nada menos que la secularización

total de los Estados Pontificios y la realización de la independencia y de la unidad de Italia, abusaran de cualquiera concesión que se les hiciese para llevar adelante sus planes.

El ilustre Pío IX era todo lo contrario de Gregorio. Noble de nacimiento, dulce de semblante y de carácter, generoso, confiado y propenso por su educación a las ideas de su siglo, no tenía tanto temor a las reformas. Referían en Roma, que a pesar del saber y virtudes que le adornaban, el Papa Gregorio no quiso por algún tiempo concederle la púrpura, y cuando al fin vino en ello, les dijo a los eminentes personajes que se lo recomendaban: «Bien está; le haré Cardenal, aunque sé perfectamente, que en la casa de los Mastais hasta los gatos son liberales». Así era la verdad, y la prueba de ello es la conducta que adoptó apenas llegó a ser Papa. Amnistía general y completa, Consulta de Estado, Consejos provinciales, concesión sobre concesión; todo casi de un golpe, sin tener en cuenta el estado de Italia ni el de Europa, contentando a muchos, alarmando a algunos, admirando a todos.

XXIV.
Roma, de 1847 a 1852.

Destitución de Pacheco.—Le reemplaza Martínez de la Rosa.—Carácter de este Embajador.—La sociedad de Roma.—Orsini y Colonna, asistentes al Solio.—El descendiente de Andrés Doria casado con una Talbot.—La herencia de Beatriz Cenci en la familia Borghese.—El Príncipe de Piombino engañado por un falso abate.—Una pasión de Chateaubriand.—El Príncipe Lancelotti merece la gratitud de España.—La bella Princesa Massimo.—El Príncipe Rospigliosi comparado con Cincinnato.—Salón de la Duquesa de Zagarolo.—Chistes del Príncipe Gaetani.—La Princesa de Viano fiel a su origen milanos.—Corsini aplaudido en la ópera.

Dejando ahora la política, hablaré en este capítulo de la sociedad de Roma, siguiendo aquel consejo de Boileau, que dice:

Voulez vous du public mériter les amours?
Sans cesse en écrivant variez vos discours.

Pero antes de entrar en nueva materia, debo referir

aquí una novedad ocurrida en la Embajada un mes después de haber nosotros llegado a Roma. Entré una mañana en el despacho de Pacheco, como lo tenía de costumbre, y le hallé leyendo con mucha tranquilidad ese libro delicioso que se llama la *Jerusalén* del Tasso. «Vea usted los despachos que han llegado hoy», me dijo, siempre con la mayor calma. Leílos al instante, y cuál no fue mi sorpresa al ver en ellos que por un nuevo cambio de política ocurrido en España, los moderados habían vuelto al poder y uno de sus primeros actos había sido la destitución de Pacheco. Sincero fue mi pesar, porque perdía en él un jefe que era para mí un verdadero amigo, y así se lo manifesté con las expresiones más cariñosas, desatándome al mismo tiempo en críticas acerbas de los Ministros que trataban con tan pocos miramientos a un hombre de su valer. Y aquel día acabé de comprender que en la clase de gobierno parlamentario introducido entre nosotros, el Monarca era cada día más impotente y los Ministros cada día más despóticos, resultando de una cosa y otra que la situación de los funcionarios públicos sea en España tan precaria como en la Persia o la Turquía.

Díjeselo así a Pacheco y le manifesté también mi admiración de verle, al parecer, tan sosegado, por no decir indiferente; a lo cual me respondió que eso se explicaba por su manera particular de sentir, y también porque estaba convencido de que era inútil enojarse contra lo que, después de todo, no era más que una injuria de la fortuna. «Algo siento, sin embargo, interiormente y a pesar mío —añadió—, y de mí pudiera decirse con el poeta Metastasio:

Se a ciascun l’interno affanno
Si vedesse in fronte scritto,

Quanti mai che invidia fanno
Ci fareblero pietá.»

El Embajador nombrado para sustituir a Pacheco fue el célebre D. Francisco Martínez de la Rosa, persona tan ilustrada y respetable que esta circunstancia sirvió mucho para consolarme de la pérdida de su antecesor. En un capítulo anterior he hablado ya de él, considerándole como literato. Conocíale ya un poco por haberle visto, tanto en el Ateneo como en los salones de Madrid, y sabía cuán grande era su mérito como orador y político, y cuán digno era, por todos conceptos, del puesto eminente que le confiaban; así que me consideré muy afortunado de servir a sus órdenes.

Martínez de la Rosa ganaba mucho en ser conocido. Su aire un tanto desdeñoso y la costumbre que tenía de dedicarse casi exclusivamente a la sociedad de las señoras, no le hacía simpático a la generalidad del sexo fuerte. Pero tratado en la intimidad descubría un fondo de bondad y rectitud que le atraía los corazones. No había sido volteriano ni masón; era un liberal a la inglesa, que respetaba y amaba la religión y el trono. Unía, sin embargo, lo sagrado con lo profano, y aunque no faltaba nunca a la misa que se decía los domingos en la capilla de la Embajada, esto no le impedía tener después citas con mujeres. No le faltaba orgullo, pero desconocía la vanidad. Era tan poco epicúreo y tan indiferente a los placeres de la mesa, que cuando el cocinero le servía un plato nuevo, nos preguntaba a nosotros si tenía buen gusto. Divertíase como un niño, y si hacía mal tiempo los domingos, lo sentía más que nosotros y decía que desde que iba a la escuela había observado que llovía casi siempre en los días festivos. Estaba abonado y concurría alternativamente a la Ópera y a la Comedia, y cuando daban algo nuevo, no nos dejaba acabar tranquilamente la comida para llegar al principio del espectáculo. Habiéndome tomado mucho afecto, me llevaba a menudo a su palco y me daba una agradable lección de literatura dramática, explicándome las bellezas y defectos de la pieza representada. También me prefería para amanuense, porque yo escribía entonces con mucha velocidad, y me dictaba sus despachos, parándose de cuándo en cuándo para que le leyese lo escrito, y preguntándome luego: ¿Suena? ¿suena?; porque su grande empeño era que los períodos fuesen armoniosos.

No era Martínez de la Rosa muy amigo de hacer confidencias, pero algunas veces me hablaba de política y de su vida pasada, y así como Istúriz recordaba siempre con mal disimulado pesar las escenas de la Granja y el matrimonio de la Reina Isabel, tenía Martínez fija en la memoria la deplorable matanza de los frailes. Veíase que aquel triste suceso *manebat alta mente repostum*. Y motejaba con amargura al Ministro de la Guerra, el cual llegó al Consejo de Ministros a hora tarda y echándose en un sofá, como si estuviera muy cansado, exclamó: «Ya he visitado todos los puestos y estoy seguro de que no habrá motín». Pero no había casi acabado de hablar, cuando se oyeron los primeros tiros. «Una sola cosa me faltó entonces y me ha faltado toda mi vida, seguía diciendo Martínez, y es ceñir una espada».

Imitaba Martínez a Lamartine en su vestido y peinado; pero en política fue más consecuente que él y siguió más bien los ejemplos de Chateaubriand. Amaba mucho al gran mundo, y presentado por él penetré desde luego en los salones principales de Roma, cuya sociedad paso a describir.

Reuníase allí entonces una de las más brillantes de Europa, compuesta, no solamente de romanos, sino también de extranjeros de gran distinción. Los Príncipes ocupaban naturalmente el primer lugar. La mayor parte de las casas que llevan ese título, deben su ilustración y sus riquezas a los Papas, de cuyos sobrinos descienden, por lo cual se llaman familias papales, a la manera que decirnos reales a las que provienen de algún Soberano temporal. Hay, con todo, algunas, que tienen ilustración propia y adquirida con la espada, como por ejemplo, los Orsinis y Colonnas. Los primeros han peleado casi siempre en favor del Papa y han dado además Generales a Milán, Venecia y otros Estados de Italia. Los Colonnas han sido más bien contrarios a los Papas, ocasionándoles a veces más sinsabores que Victor Manuel y Garibaldi a Pío IX. Figuraron también con mucho brillo en las guerras de los siglos XV y XVI. Próspero ayudó bastante al Gran Capitán en el Garigliano y Marco Antonio a D. Juan de Austria en Lepanto. El Príncipe Colonna de nuestro tiempo se llamaba Juan, y era muy amable, hablaba muy bien el español y estaba casado con una hija del Marqués de

Villafranca. Cuando iba a su palacio, veía siempre con placer el gran salón que llaman de Lepanto, cuyas dimensiones son inmensas y en cuyo techo hay un fresco que representa aquella batalla naval, la cual es ciertamente una de las más importantes del mundo. En el palacio de los Dux de Venecia hay también un gran cuadro que figura ese mismo combate, en el cual tomaron una parte muy gloriosa las galeras de San Marcos. Sólo en España no hay nada que recuerde nuestro triunfo, fuera de un lienzo de Tiziano, que está en el Museo, entre una multitud de otros cuadros, y no es más que una alegoría bastante obscura de aquella gloriosa hazaña.

Es circunstancia digna de notarse que tanto Orsini como Colonna, tienen el privilegio de colocarse al lado del trono papal cuando Su Santidad celebra alguna gran ceremonia, vestidos de terciopelo negro, con capa corta y gorra con plumas, a la antigua española. Llámanles por esto Príncipes asistentes al solio, y es singular que los descendientes de aquellos turbulentos varones, tantas veces rebeldes a los Papas, se resignen ahora a ese papel de cortesanos, el cual viene a ser una expiación al mismo tiempo que una honra. ¡Tan grande ha sido siempre la fuerza del Papado!

El Príncipe Doria tenía un doble origen, pues los descendientes del famoso Almirante Andrés, están unidos desde hace dos siglos con los de la familia Panfili, sobrinos de Inocencio X. Las riquezas de esta casa proceden en su mayor parte de una célebre Doña Olimpia, cuñada de aquel Papa, la cual vendía capelos y mitras con tanto escándalo de Roma, que el General de los jesuitas se creyó al fin obligado a llamar sobre tales excesos la atención del débil Pontífice. El retrato de Inocencio se conserva en la galería Doria y es un triunfo de su autor, nuestro inmortal Velázquez. Todo en él es rojo: la cara del Papa, cuyo color era muy encendido; sus ropas pontificales; el sillón en que aparece sentado, y hasta las cortinas que forman el fondo; y sin embargo, nada hay allí que desentone, porque Velázquez ha variado de tal modo todos aquellos matices encarnados, que su sabio conjunto ofrece una armonía admirable.

El Príncipe D. Felipe era buen mozo y elegante; pero no muy inteligente. Su casamiento con una hija del Conde de Schrewsbury, que era también rica, había aumentado el esplendor de su familia. Su palacio del Corso y su galería de cuadros son quizás los mejores, de Roma, y sus fiestas eran muy brillantes. Recibía todos los lunes, y tanto él como su esposa, se distinguían por la amabilidad de su trato. Contaban los amigos del Príncipe que el Conde de Schrewsbury, Par católico de Inglaterra, había venido a Roma con sus dos hijas Guendalina y María, las dos piadosas y las dos graciosas y bellas. Doria y Borghese empezaron luego a hacerles la corte, el primero a Guendalina y el segundo a María. Pero sucedió que en aquellos días tuvo lugar un baile de trajes en casa de otro Príncipe, y la María se presentó con el vestido de María Estuardo, sin duda porque esto ora más conforme a su carácter un tanto altivo; mientras que Guendalina prefirió un traje de aldeana de Tívoli. Entonces Borghese sintió que le gustaba ya más ésta, y habiendo dado la casualidad de que Doria a su vez hallase más a su gusto a la otra, cambiaron luego de novia y al fin se casó cada cual con aquella que prefería. En cuanto a las señoritas Talbot, que éste era su nombre de familia, no dice la historia si les costó mucho trabajo acomodarse a este cambio de adoradores. Martínez de la Rosa iba mucho a casa de Doria y le regaló el libro de sus poesías a la Princesa, la cual conocía muy bien el español, porque se lo había enseñado la mujer de uno de nuestros emigrados del año 20, que había sido aya suya.

Los domingos recibía el Príncipe Marco Antonio Borghese. Había ya muerto la Princesa Guendalina, y según dicen, en olor de santidad, porque era en extremo limosnera y piadosa. La segunda mujer del Príncipe era una Larochefoucauld, bella, pero no muy amable. A las recepciones presidía también la madre de ésta, la cual era una señora francesa muy dada a la devoción, cual lo eran en aquella época todas las del barrio de San Germán. Durante la Cuaresma me preguntaba siempre si había oído el sermón en San Luis de los Franceses, que era donde predicaba el abate francés que estaba de moda entre las damas de buen tono; y más de una vez me vi obligado a mentir, diciéndole que sí, porque la buena señora tenía por poco menos que pagano a quien no asistía a aquella iglesia.

Provienen los Borgheses de los sobrinos de Paulo V y Clemente VIII y han sido en todos tiempos muy inclinados a la Francia. A principios de este siglo, el Príncipe Don Camilo contrajo matrimonio con la más linda de las hermanas de Bonaparte, la célebre Paulina, cuya estatua, labrada por Canova, que la representa completamente desnuda, se admira en la Galería del Príncipe. Canova la esculpió con el mayor esmero y aseguraba que en la forma de la cabeza y la elegancia del cuello es comparable a las Dianas y Calipsos del arte griego. El Palacio y la Galería de Borghese compiten con los de Doria, y la Villa Borghe se, mayor que la Panfili, perteneciente a Doria, es hoy día el paseo principal de Roma. Dicen las crónicas que esta Villa, venida por herencia a los Borgheses, formaba un día parte de los bienes de la familia Cenci, que fueron confiscados después del suplicio de aquella hermosa Beatriz, última de su estirpe, e interesante, como la infeliz María Estuardo, a pesar de sus faltas, cuyo retrato, pintado por Guido, es una de las joyas de la Galería Barberini.

El Príncipe de Piombino viene a ser lo que llaman en Alemania un Príncipe mediatizado o ex soberano, en razón a que hasta principios del siglo actual tuvo una posición casi independiente en un rincón de la Toscana. Unida esta familia con las de Buoncompagni, que proviene de Gregorio XIII, el famoso reformador del Calendario, y la de Ludovisi, procedente de Gregorio XV, a quien llamaron sus contemporáneos el Padre de los pobres, el Príncipe de Piombino venía a ser uno de los magnates más opulentos de Roma. D. Antonio, el de entonces, usaba bien de sus riquezas y vivía con esplendidez. Era de carácter escéptico, pero instruido y propenso a las ideas del siglo. Solía burlarse con gracia de las costumbres de sus antepasados, y le oí referir, entre otras cosas, que su padre y su madre ocupaban apartamentos separados en su Palacio, y cuando aquél quería visitar a ésta por la noche, iba acompañado de dos lacayos con antorchas, los cuales se quedaban esperando a la puerta de las habitaciones de la Princesa hasta que el Príncipe se volvía a las suyas. Los revolucionarios, cuya política era, según lo recomendaba Mazzini, comprometer a la aristocracia, embriagándola con aplausos, como a Pío IX, adularon mucho a Piombino y le hicieron Comandante de un batallón de la Guardia cívica. Él por su parte les dio varias veces dinero, aunque no de muy buena gana.

La Princesa de Piombino era una hija del Duque Massimo y se llamaba Guillermina. Aunque pequeña de cuerpo, su belleza era grande y mayor todavía la gracia de su amable sonrisa. Pero el Príncipe, que tenía inclinaciones de Sultán, le hacía frecuentes infidelidades, pensando sin duda que la delicada salud de aquella noble dama era buena disculpa para sus deslices. Por cierto, que por aquel tiempo se contaba que su querida de entonces, una muchacha muy guapa y muy astuta, le hacía creer que un joven de quien estaba enamorada y que iba a menudo a verla, era su hermano. Y para alejar más toda sospecha, vestíase este joven de abate, cual si fuera uno de tantos que en aquella época llenaban las calles de Roma. Todo lo cual lo creía el buen Príncipe, a pesar de que era incrédulo, entre otras cosas. La casa de Piombino fue desde luego para mí un recurso sumamente grato, porque los Príncipes me dispensaron una acogida muy amable. No había allí tanta etiqueta como en las otras casas romanas.

Los Príncipes del Drago son de familia antigua, pero no papal. Él era un viejo muy avaro; ella una hermana del Príncipe Massimo y señora que había tenido fama de hermosa y conservaba todavía muy bellos restos. Su talento no era grande, y tenía el defecto de estar reñida con aquel aforismo de la escuela de Salerno, según el cual: *Si vis esse sanus, saepe lava manus*; pero a pesar de eso contaba entre sus conquistas la del célebre Chateaubriand, quien durante el tiempo de su Embajada en Roma había estado siempre a sus pies. Un hijo de esta Princesa casó después con una hija de la Reina Cristina y de Muñoz. Recibía los jueves, y a su Palacio acudían de preferencia los Cardenales y Prelados, porque el Príncipe era muy reaccionario.

Hermana de la del Drago era la Princesa de Lancelotti, la cual recibía los miércoles. No tenía nada de hermosa, pero era sumamente discreta, de tal suerte, que muchos preferían su conversación a la de otras señoras más bellas, pero de pocas palabras. Su marido era alto, flaco y sumamente feo, por lo cual corría la voz en Roma de que ella había puesto por condición, al casarse, que habían de vivir como hermanos; cosa a la verdad poco probable. La España debe cierto agradecimiento a la

familia de Lancelotti, a causa de que en su Palacio de Velletri fue donde se alojó Carlos III en el tiempo que defendía su recién adquirido Reino de Nápoles, y todavía enseñan allí una chinela que dejó aquél en su dormitorio cuando saltó por la ventana a fin de reunirse con sus soldados, la noche en que le sorprendió Lobkowitz.

El Príncipe Massimo, hermano de las dos Princesas anteriores, se distinguía por la antigüedad, verdadera o supuesta, de su linaje; pues así como en Francia el Duque de Levis pretende descender en línea recta de Leví, hijo de Jacob, así también el Príncipe Massimo pretende provenir de aquel Fabio Máximo, que *cunctando restituit vem*, es decir, que salvó a Roma con su cachaza. Posee en Roma un Palacio pequeño pero muy lindo, obra del famoso arquitecto Peruzzi. Tenía también una mujer muy bella, llamada Jacinta della Porta, cuyo dulce semblante recordaba las Vírgenes de Sassoferrato. Y conservo siempre el más grato recuerdo de las horas que pasé en la sociedad de aquella amable señora. Fue Massimo uno de los pocos nobles que no transigieron ni poco ni mucho con las ideas reformadoras de Pío IX. Era un retrógrado inconvertible.

El Príncipe Rospigliosi, cuya familia, originaria de Pistoca, debe su ilustración al Papa Clemente IX, era un caballero sumamente respetable. Su abuelo fue el protector del Pussino, y en su Palacio pintó Guido su famosa *Aurora*, tan conocida y propagada en todo el orbe por medio de copias y estampas. Es una de las pocas obras puramente mitológicas del arte moderno, que, como el *Parnaso* de Rafael, la *Europa* de Tiziano y la *Diana* de Domenicchino, hacen sentir que los grandes maestros no se hayan dedicado más a ese género de cuadros.

Más bien por complacer al Papa que por propia inclinación, aceptó Rospigliosi el puesto de Comandante general de la Guardia ciudadana, y tengo muy presente que una noche al volver el Príncipe del Quirinal, se presentó en la tertulia de su nuera, la Duquesa de Zagarolo, llevando prendida en el frac una cucarda de los colores italianos, a cuya vista no dejaron de sorprenderse las personas que allí se hallaban; mas el Príncipe les dijo que él, él, el mismo Pío IX era quien se la había dado. Pero poco duró Rospigliosi en aquel difícil cargo, donde ni era siempre obedecido ni podía evitar los desórdenes que cometían a cada paso sus soldados. Tomó al fin la sabia resolución de dimitir y se retiró al campo, en una quinta suya, llamada Macarese, situada en las inmediaciones de Civitavecchia. Pasquino, siempre dispuesto a burlarse de todo, le dedicó en aquella ocasión este gracioso epigrama:

Dopo tante e si gloriose imprese
Ritorna Cincinnato a Macarese.

Su hijo mayor D. Clemente, persona caballerosa e ilustrada, que fue después Príncipe, por muerte de su padre, tenía entonces el título de Duque de Zagarolo, y su mujer, que he mencionado antes, era Tanny Champagny, hija del Duque de Cadore, señora de lindo rostro, espíritu vivo y cultivado y un gusto exquisito para el adorno de su persona. Era un tipo acabado de la gran dama francesa. El Príncipe, su suegro, recibía muy a menudo en sus grandes salones, donde había que admirar, entre otras obras de arte, un piano, único en su género, porque la caja está adornada con graciosas pinturas debidas al pincel del Pussino. Su nuera, la Duquesa, tenía a su vez casi todas las noches una tertulia separada en sus aposentos del segundo piso del Palacio. Era aquél un recinto privilegiado y elegante, donde se reunían muchas personas que gustaban ante todas cosas de la buena conversación y por donde han pasado los nombres más ilustres de Italia y de Europa. Difícil sería mencionarlos a todos. Citaré, sin embargo, a uno de los más notables, al Príncipe D. Miguel Gaetani, porque era entonces el prototipo del hombre de ingenio agudo y ocurrente. Quiso Pío IX que fuera Gobernador de Roma y él le puso por única condición que había de habitar en el piso bajo de la Cancillería. Preguntóle el Papa por qué, y Gaetani le respondió que como probablemente le echarían algún día por la ventana, deseaba que la caída no fuese de muy alto. Más adelante, cuando la revolución iba en aumento, solía anunciarle al Papa que tal día habría un nuevo tumulto en las calles, y si Su Santidad extrañaba que no pudiese impedirlo, el Príncipe le contestaba que en momentos como aquellos la policía era semejante a los barómetros: anuncia la tormenta, pero no puede evitarla.

Enfrente de la iglesia de los jesuitas hay en Roma un Palacio de bastante buen estilo y de proporciones imponentes. Pertenece al Príncipe Altieri, Comandante entonces de la Guardia noble de Su Santidad. Su padre había acompañado en la misma calidad a Pío VII en su viaje a Francia, y aquel alto puesto es casi hereditario en su familia, la cual procede de la del Papa Clemente X. El Príncipe era viudo, pero hacía los honores de su casa la Princesa de Viano, su nuera, que era una Arquinto de Milán, y como buena hija de aquella ciudad, deseaba mucho la expulsión de los austríacos de Lombardía. En sus salones conocí a los Littas, Borromeos, Alas y otras notabilidades de aquel país. El Príncipe de Viano, D. Emilio, que es ahora Príncipe de Altieri, me mostró mucha amistad y solíamos hacer juntos algunas partidas de ajedrez, a cuyo juego éramos ambos muy aficionados. La Princesa, que se llamaba Beatriz, como la amada de Dante, no podía calificarse de hermosa, pero tenía muy bellos ojos y muy buen cuerpo. Ninguna la aventajaba tampoco en elegancia. Su talento era también notable, y recibía con dignidad y gracia.

El Príncipe Corsini pertenecía a una familia ilustre, por contar entre sus miembros un Papa, Clemente XII; un santo, San Andrés Corsino, y muchos Cardenales, Nuncios, Generales y diplomáticos. Tiene Palacio y Galería, tanto en Roma como en Florencia; su origen, sin embargo, es florentino y debe sus riquezas al comercio, habiéndolo ejercido los Corsinis desde los siglos XIII y XIV, y manteniendo para ello casas sucursales en Londres, Lisboa, Sevilla y Génova. El Príncipe de aquel tiempo era un anciano octogenario, a quien Pío IX hizo Senador o sea jefe de la Municipalidad de Roma, y a quien adulaban mucho los sectarios. Recuerdo que una noche le aplaudieron tanto cuando entró en su palco de la Ópera, que el pobre viejo no sabía cómo dar las gracias. Quedóse luego dormido; mas hete aquí que se presenta en las tablas una bailarina favorita del público; empieza éste a dar palmadas; despiértase el Príncipe; cree que le aplauden siempre a él y vuelve a levantarse y a dar gracias. El público no le escasea los aplausos, pero los acompaña con grandes carcajadas.

El lector habrá advertido que casi todos los Papas que he mencionado hasta ahora se llamaban Clementes. Este fue en efecto el nombre que adoptaron con mayor frecuencia en los últimos siglos. Obsérvase también que fue aquella la época en que adquirió más estabilidad e importancia la posición privilegiada de los sobrinos del Papa, la cual era como una consecuencia del poder temporal de éste y se creía tan indispensable para su representación política, que, según lo hace notar Ranke, cuando el Pontífice no los tenía, iban a buscar algún otro pariente por lejano y oscuro que fuese, a fin de darle aquel título y aquella posición en la Corte. Algunos llegaron a ser Soberanos independientes, como los Médicis y los Farnesios; todos lograron enriquecerse. Pero después de las revoluciones que empezaron a fines del siglo XVIII, el nepotismo ha desaparecido, y el siglo XIX, que podría ser llamado el de los Píos, no ofrece ejemplo alguno de ese lamentable abuso. El Papado ha ganado en esto más de lo que ha perdido, porque aparece ahora más desinteresado y más puro.

XXV.
Roma, de 1847 a 1852.

Lujo ostentoso de Torlonia.—Agrado de la Duquesa de Rignano.—Gracia de la Marquesa Capránica.—Una famosa comedianta consigue ser Marquesa romana.—Los Camareros secretos del Papa.—El salón de la Condesa de Menou.—Recuerdo de algunos Cardenales.—Noble carácter de Altieri.—Genio lingüístico de Mezzofante.—Raras cualidades de Antonelli.—Los Embajadores.—Carácter altanero del Conde Rossi.—El Conde de Migueis.—El brasileño Figueiredo.—Los Condes de Spaur merecen el honor y la gloria de salvar a Pío IX.

Voy ahora a hablar del Príncipe de Torlonia, cuya creación es del siglo pasado, pero que no le debe al Papa más que su título; todo el resto se lo debe al comercio. Solá me aseguraba que le había

oído contar a muchos viejos de fines del siglo XVIII, que habían conocido al abuelo de Torlonia ejerciendo el oficio de buhonero en las calles de Roma. Un hijo de aquél fue prestamista y ganó mucho dinero haciendo adelantos a los nobles franceses refugiados en Italia durante la Revolución del 89. El nieto estableció al fin una gran casa de banca, y aumentó pronto su riqueza en una época en que no había en Roma muchos establecimientos de ese género.

Pero si Torlonia no contaba ilustres abuelos, y tenía que decir de sí mismo como el General francés Lefebvre, «yo soy un antepasado», en cambio era digno de figurar entre los más linajudos magnates por la esplendidez con que vivía, por la protección que dispensaba a los artistas y por la generosidad con que socorría a los pobres. A él se le podían aplicar aquellos versos de Guevara:

No es señor quien señor nace,
Sino quien lo sabe ser.

Criticábanle algunos porque daba siempre su dinero con cierta ostentación; pero la verdad es que es muy difícil asignar reglas fijas sobre la manera de hacer limosnas. Algo de vanidad tenían ciertamente los anuncios que hacía poner en los periódicos enumerando sus dádivas; mas por otra parte es un hecho que esto consolaba y contentaba a los pobres y excitaba al mismo tiempo la emulación de otras personas ricas, las cuales no pensaban en abrir su bolsa hasta que sabían que Torlonia había abierto la suya.

Para aumentar el brillo de su casa habíase unido en matrimonio nada menos que con una Princesa Colonna, llamada Doña Teresa, la cual era de una hermosura peregrina y de un carácter angelical. Faltábale sólo un poco de entendimiento, aunque ocultaba su simplicidad con las frases y formas de una educación muy esmerada. La vanidad de su marido la condenaba a veces a una ruda tarea, porque cuando el Príncipe daba grandes bailes, eran tantas las joyas que colgaba a su infeliz esposa, que ésta caminaba materialmente agobiada por su peso. Su martirio era tal, que cuando veía a sus amigos al día siguiente, no se cansaba de decirles: «Qué bien me siento hoy sin perlas ni brillantes». Era también Torlonia muy ostentoso en la construcción de sus habitaciones. Tenía dos palacios en Roma, uno para vivir y otro para dar fiestas; una quinta en los alrededores de la ciudad y otra en Castel Gandolfo; y todos estos edificios estaban fabricados con gran dispendio y amueblados con mucho lujo. Pero no reinaba en ellos el gusto que se admira en los palacios de otros Príncipes más antiguos, especialmente en los de Doria y Borghese.

Torlonia, como todos los nuevos ricos, prefería lo costoso a lo bello. Contaban que en una ocasión recibía la cuenta del arquitecto por ciertas obras que había hecho en una sala, y en lugar de hallarla cara, como en efecto lo era, la consideró demasiado barata, y sin meterse a examinar si su aspecto era bello o no, ordenó que le pusiesen más adornos. Ejercía también la hospitalidad de una manera fastuosa, por lo cual no venía a Roma ninguna persona algo notable que no trajese cartas de crédito para su casa de banca, a fin de ser convidado a sus banquetes y fiestas. Por mi parte le debí muchas atenciones y generalmente comía en su casa una vez por semana.

Como en Roma no había propiamente ni Rey ni Corte, tenía aquella aristocracia una independencia mayor que la de ninguna otra de Europa, y por lo tanto, también un cierto exclusivismo que rayaba casi en altanería. Sin embargo, estaban neutralizados estos defectos por la bondad y naturalidad propias de la raza italiana, la cual, moderada en todo, lo es también en las relaciones sociales, y de mí sé decir que hallé en todas partes la más amable acogida.

Era aquella sociedad, como ya lo he dicho, sumamente numerosa, y si a más de los Príncipes hubiera de enumerar aquí a los otros títulos, tendría que llenar muchas páginas. Limitándome, pues, a los principales, nombraré a la Condesa Cini, célebre por su extraordinaria hermosura, enteramente romana, o si se quiere sabina, como la *Fornarina* de Rafael. Si hubiera tenido tanto ingenio como belleza, no habría conocido rival en aquella época. La Marquesa Marietta Bandini, hoy Princesa Giustiniani, era también sumamente linda y discreta. La Duquesa Massimo Rignano, hermana del Príncipe de Piombino, hacía contraste con las dos anteriores, porque no tenía nada de hermosa, pero poseía en vez de esto mucho talento y mucha gracia. Parecíase bastante al retrato de Madama de Epinay, pintado por Liotard, que se ve en el Museo de Ginebra, y tenía, como aquella amable

francesa, muchos ilustres admiradores, entre ellos el famoso Conde Rossi. Ella fue quien recibió, como el Papa, noticias anónimas del atentado que se preparaba contra aquel Ministro y la que le escribió a última hora un billete para avisárselo, del cual no quiso hacer caso. El Duque, su marido, era asimismo un hombre muy ilustrado y formaba parte del Gabinete presidido por Rossi.

La Marquesa Inés Capránica era una francesa linda y amable, dotada de mucha gracia y tan hábil en la declamación como en el canto. No se daba ningún concierto sin que ella cantara en él cierta aria del *Roberto el Diablo*, de Meyerbeer, que estaba entonces muy de moda, y no se organizaba ninguna comedia de sociedad sin que ella tomase en su ejecución una principalísima parte. Aunque su marido, el Marqués Pío, no era muy rico, recibían a un círculo íntimo de amigos, que eran casi todos sumamente agrada bles. Allí concurría el Marqués Vittelleschi, que hoy día es Senador y concluye con dignidad una existencia brillante. Allí venían también dos Guardias Nobles del Papa, que pasaban por dos pinos de oro entre la sociedad romana. El uno era el Conde Aníbal Moroni, carácter alegre y generoso, con quien me unió desde luego una estrecha amistad, y el otro el Conde José Ferretti, sobrino de Pío IX y caballero profeso de Malta, lo cual no le impedía hacer la corte a las damas.

Tenía el Marqués de Capránica tres hermanos que eran muy distinguidos. El mayor, Mimo, igualaba en sus chistes al mismo Gaetani; Camilo ha escrito novelas que rivalizan con las de Fogazzaro, y Julián, Marqués del Grillo, era uno de los Príncipes de la elegancia. Hacía este último la corte a la celebre actriz Adelaida Ristori, cuyo mérito sobresaliente la coloca en este siglo al lado de la Rachel y la Bernhardt, siendo notable que lo mismo movía al llanto en la *María Estuardo*, de Schiller, que excitaba la risa en *La Locandiera*, de Goldoni, de modo que tenía un talento universal. Ambicionaba mucho que el joven Marqués la tomara por esposa, y sabiendo que el mayor obstáculo para ello eran las preocupaciones naturales de la madre de aquél, nacida en la familia de los Príncipes de Odescalchi y señora de principios muy severos, imaginó hacer también su conquista, dejándose ver de ella en las iglesias y fingiéndose devota, cuyo papel, desempeñado con la mayor perfección, la hizo efectivamente Marquesa del Grillo. Una hermana del Marqués se casó con D. Giovanni Chigi, hijo del Príncipe de este nombre y persona por extremo amena y ocurrente, que era la alegría de los salones de Roma.

La Duquesa de Grazioli, hoy de Magliano, merece asimismo mención por su afabilidad y por unos ojos azules que miraban muy dulcemente. Era de nacimiento, o como se dice ya en todas las lenguas de Europa, nacía Lante, y su madre la Duquesa de este nombre, había tenido fama por su belleza.

La Condesa Alborghetti era también linda y graciosa como la Grazioli, y su marido gozaba de gran prestigio entre las señoras extranjeras, por ser lo que llaman Camarero secreto de Su Santidad, cargo que corresponde al de Gentil hombre o Chambelán de las otras Cortes, y tener con este motivo muchas ocasiones de ser útil a las damas en las ceremonias religiosas de San Pedro, dándoles buenos sitios en las tribunas reservadas. Sólo podía rivalizar con él otro Camarero secreto llamado Egidio Dati, el cual poseía muy bien la lengua inglesa y tenía la especialidad de galantear a todas las bellas Missis que venían a Roma durante el invierno. Y acerca de este caballero Dati debo añadir que era en su género un tipo original, porque llevaba los sentimientos legitimistas hasta un exceso que rayaba en cómico. Así, por ejemplo, cuando estalló la revolución francesa en Febrero de 1848, yo mismo le oí decir que a él personalmente le importaba muy poco la caída de Luis Felipe, porque no le había reconocido nunca.

Podría citar todavía otras muchas damas romanas, como la Salviati, la Barberini, la Aldobrandini, la Odescalchi, la Ruspoli; pero lo omito en gracia de la brevedad y pasaré ya a mencionar algunas extranjeras que venían a vivir en Roma durante el invierno y formaban parte, por decirlo así, de la sociedad romana. Recuerdo entre ellas a Lady Duncan, la cual, sin ser bella, era muy agradable y daba lindos bailes. Madame Oustinoff, nacida Princesa Troubeskoy, que estaba casada con el Secretario de la Embajada de Rusia y era mujer de peregrina belleza, una flor de amor, que inspiró muchas pasiones. Llevaba siempre una especie de toca, a lo María Estuardo, de la

cual colgaba una perla que le adornaba la frente. Hasta la última vejez ha conservado algunos rastros de lo que fue en sus buenos tiempos. Recuerdo también a la Condesa de Menou, una francesa que no era ya joven ni hermosa, pero cuya viveza y talento le granjeaba muchos amigos, los cuales la visitaban a la hora que los franceses llaman del pastor, o sea a la caída de la tarde.

Era aquel un salón del barrio de San Germán, trasladado al Corso de Roma, donde se reunían muchos diplomáticos y extranjeros de distinción para saber noticias y murmurar con mucha gracia de todo el mundo. Dominaba allí el elemento aristocrático y legitimista, pero no faltaba tampoco la gente joven y de ideas más modernas. La Condesa cultivaba con talento la pintura y tenía un álbum donde retrataba a todos sus amigos al lápiz o al pastel, aunque no a todos con el mismo éxito, pues, según notaban los maliciosos, tenía mucha más habilidad para retratar a los hombres que a las mujeres, y a los jóvenes que a los viejos. Decían que había sido muy coqueta en su juventud, y que su marido había sufrido mucho de celos; de lo cual tomaba él en la vejez una cruel y refinada venganza, aparentando opiniones democráticas. Era cómico oírle vituperar la monarquía y decantar las excelencias de la república en aquella sociedad toda realista. Y la Condesa tomaba tan a pecho este escándalo, que no sé cómo no enfermó de la rabia.

Pero digamos ya alguna cosa de los Cardenales, Monseñores y Diplomáticos extranjeros, que adornaban y añadían tanto lustre a la sociedad de aquel tiempo. El principal de los Cardenales de entonces era sin disputa el famoso Lambruschini, que había sido Secretario de Estado de Gregorio XVI. Era alto y de aspecto muy noble; pero llevaba mal la vejez y salía ya poco de su Palacio. Altieri, noble también, no sólo de porte sino de nacimiento, era el modelo del Prelado diplomático. Recién llegado de Viena, donde fue Nuncio, había adquirido en los salones de Metternich y Schwarzenberg el tono más exquisito del gran mundo. Era la flor y nata de la urbanidad,y cuando recibía en su Palacio semejaba una aparición agradable de tiempos más antiguos. Tenía saber y talento, y un corazón correspondiente a su antigua alcurnia, como lo probó con el heroísmo de su muerte, pues cuando el cólera estalló en Albano, que era su diócesis, corrió allá sin tardanza, y se expuso tanto al contagio, organizando hospitales y visitando enfermos, que al fin fue presa de aquel terrible mal y sucumbió a él en edad relativamente temprana y cuando todo le sonreía todavía en este mundo.

Entre los Purpurados que brillaban por su ciencia sobresalía el célebre Mezzofante. No había ninguno más notable por su saber después de la muerte de aquel Angelo Maï, que descubrió el libro de la *República* de Cicerón en un antiguo palimpsesto. Distinguíase extraordinariamente Mezzofante por el conocimiento de multitud de lenguas y dialectos, repitiendo en nuestro siglo las maravillas que se cuentan del famoso Mitrídates, porque hablaba, como aquel Rey del Ponto, todos los idiomas principales del mundo. Presidía el Colegio de Propaganda y tuve el honor de conocerle personalmente en una fiesta que allí se celebra durante la octava de la Pascua de Reyes, en la cual los alumnos de aquel instituto, procedentes de todas las diversas regiones de la tierra a donde llegan los misioneros católicos, recitan cada uno en su propia lengua composiciones poéticas alusivas a la Epifanía, delante de un escogido auditorio. Allí resuenan las bellas voces del sonoro español y del dulcísimo italiano, al lado del martilleo del chino, del ceceo del bengalí y del silbido del malayo. Al cabo me produjo tal confusión aquella diversidad de idiomas, que cuando oí recitar unas poesías catalanas creí que se trataba de algún dialecto exótico y desconocido. Eran, si no me equivoco, treinta y cuatro lenguas, y todas las hablaba o entendía el Cardenal. Conocía además la literatura de aquellas que la tienen. A mí me hablaba siempre en español, pues le gustaba ejercitarse en nuestro idioma, cuyas excelencias exaltaba mucho.

Había también otros Cardenales, que sin ser grandes sabios ni mucho menos, se distinguían por la elegancia de su persona, y citaré como ejemplo a Ugolini. Llevaban entonces todavía los Purpurados el vestido de Corte del siglo XVIII, siendo natural que se muestren siempre poco presurosos en seguir las modas modernas; así que se afeitaban toda la cara y usaban sombrero de candil, chupa y calzón corto, medias de seda, zapato con hebilla y capilla corta, como los abates del tiempo de Luis XV. Ugolini era el más atildado de todos ellos, y como tenía la cabeza muy blanca,

parecía que llevaba también peluca y polvos. Era pequeño de cuerpo, pero muy bien formado, y lucía una pantorrilla labrada a torno. Tomaba rapé en una caja de oro, con una miniatura de Gregorio XVI, adornada de brillantes, y ostentaba también piedras valiosas en sus blanquísimos dedos.

Rivarola era igualmente un Cardenal notable; pero aunque sabía mucha teología, pecaba tanto de ingenuidad, que a veces soltaba especies bastante simples. Contaban, verbi gracia, que habiendo sido objeto de un atentado mientras era Gobernador de Imola, le participó lo acaecido al Papa de la manera siguiente: «Salía a pasear en coche acompañado de mi Secretario, cuando de repente un asesino, que estaba apostado detrás de una esquina, me disparó un pistoletazo. Afortunadamente, el tiro le pegó a mi Secretario».

Bien diverso de éste era el insigne Cardenal Antonelli, Secretario de Estado durante todo el pontificado de Pío IX y que ejerció sobre este Papa un influjo tan grande y exclusivo como el de Richelieu sobre Luis XIII. Era un Prelado político por excelencia. Alto, moreno, de aire señoril, con ojos morenos muy expresivos y labios sensuales; tenía más aspecto de hombre de Estado seglar que eclesiástico, y le hubiera convenido mejor el frac que la sotana. No era entonces sacerdote ni lo fue hasta poco tiempo antes de su muerte. Era simple diácono. La ambición le había hecho abrazar una carrera que no era conforme con sus inclinaciones ni con sus costumbres, según lo que se murmuraba de él en vida y fue confirmado después de su muerte, a consecuencia de un proceso que entablaron sus hermanos contra cierta bella joven, la cual reclamaba su herencia como hija natural suya, habida de una señora polaca. Como no hay mal que por bien no venga, las revoluciones modernas, que han hecho desaparecer el nepotismo y hacen también imposible que se nombren, como antes, Cardenales jóvenes y aun niños, serán igualmente causa de que en adelante ningún Papa se atreva a revestir de la primera dignidad eclesiástica a personajes como Mazzarino y Antonelli. Así veremos evitado el escándalo que de ello ha resultado siempre para la Iglesia y los fieles.

Había nacido Antonelli en Terracina, de una familia modesta, pero acomodada, y su talento natural le había elevado pronto a los más altos puestos del Estado. Ayudábale también su carácter, que aunque enérgico, no dejaba de ser flexible, sus maneras nobles y distinguidas, y cierto aire sosegado y casi hipócrita que le servía para ocultar sus verdaderos sentimientos. Poseía asimismo el arte de persuadir y era maestro en el de hallar expedientes y salidas para los negocios más difíciles. Cuentan del célebre e ilustrado Lambertini, que fue después aquel Papa Benedicto XIV, a quien Voltaire dedicó su tragedia de Mahoma, que cuando llegó a Roma para empezar la carrera eclesiástica, y fue a presentarse a cierto Cardenal, para quien llevaba cartas de recomendación, le recibió éste con mucha frialdad y le dijo que su empresa era difícil, porque para hacer carrera en Roma se necesitaba reunir tres cosas que no son comunes, a saber: *testa, testoni e il diavolo che ti porti*. A lo cual le contestó, sin intimidarse, el joven Lambertini: «cabeza creo tenerla; tostones o sea dineros, me los enviará mi familia, y en cuanto al diablo que se me lleve, lo será Vuestra Eminencia». Cuya respuesta le hizo tanta gracia al Cardenal que desde aquel día se decidió a protegerle. Pues todas esas condiciones las debía de tener, a lo que yo entiendo, el afortunado Antonelli, porque a poco de concluir sus estudios empezó a ocupar puestos de confianza en la Administración pública y al fin recibió el capelo cuando apenas había cumplido cuarenta años.

Adoptó de buena fe las ideas liberales, y así se explica que Pío IX le nombrase su Secretario de Estado y lo prefiriera a los demás Cardenales cuyas opiniones eran en general contrarias a las reformas del nuevo Pontífice. Más adelante, cuando los desengaños demostraron la necesidad de una reacción, fue Antonelli quien tomó la iniciativa de aquel cambio de política, y Pío IX, que temía leer en los ojos de los otros Purpurados la desaprobación de su pasada conducta, siguió dispensando su confianza a Antonelli, el cual se había equivocado como él y no podía echarle en cara cosa alguna. De esta manera erraron juntos, se arrepintieron juntos, y juntos también resistieron después a todos los embates de la revolución y del Piamonte.

Dejando ya a los Eminentísimos Cardenales y viniendo a los Excelentísimos Embajadores y Ministros, le corresponde el primer lugar a nuestro Martínez de la Rosa, del cual he hablado ya antes. Añadiré aquí solamente que brillaba lo mismo en los salones que en las Academias, y que no había ningún otro individuo del Cuerpo diplomático que tuviese un aire más aristocrático, ni existía en toda Roma ningún galancete, por joven que fuese, que paseara entre las damas con más gentiles meneos y una sonrisa más amable.

El Conde Rossi, Embajador de Francia, era igualmente un personaje importante, mas no tenía nada de aristocrático ni de afable. Pertenecía al género de hombres pálidos y pensativos que no le agradaban a Julio César. Su talento era grande y le había elevado por su solo mérito a las más altas jerarquías de la Francia. Siguiendo y perfeccionando los trabajos de Beccaria y Filangieri, y sobre todo los del sagaz Romagnosi, había expuesto las más sensatas doctrinas de todas las ciencias sociales con un estilo elevado y nervioso, que le valió grandes aplausos. Luis Felipe, a quien agradaban y convenían las doctrinas liberales, pero moderadas, de aquel jurisconsulto italiano, le confirió un título de Conde y le nombró Embajador en Roma, donde hizo muchos esfuerzos, primero para obtener la concesión de algunas reformas, y después para impedir que el Papa fuese más allá de lo conveniente en ese peligroso camino. Por desgracia no era tan flexible como Antonelli, y cuando llegó a ser Ministro de Pío IX mostró más energía que prudencia. Su seriedad, su aire altivo y desdeñoso le hacían poco simpático. Una sola excepción tenía su carácter austero: como cualquier otro mortal, rendía culto al más amable de los dioses. En aquel tiempo andaba enamorado de la Duquesa de Rignano, quien, como he dicho antes, era muy agradable sin ser hermosa. Aquel amor era, sin duda, platónico; que, según le dice Bembo a la bella Emilia Tragoso, en un diálogo del *Cortesano*, es el que más les conviene a los viejos; pero estaba tan poseído de él que no faltaba jamás a la tertulia de La Duquesa. Allí le vi yo varias veces, y aunque me cautivaba su talento, me pareció desde luego que no se hacía bien cargo de la situación peligrosa en que nos encontrábamos. Despreciaba demasiado a sus enemigos.

El Conde de Lutzow, Embajador de Austria, Butenieff, de Rusia y Usedom, Ministro de Prusia, eran personas inteligentes y amables. El Conde de Miguéis, Ministro de Portugal, se distinguía por la nobleza de su carácter y por su devoción a la Santa Sede. Descendía de aquel Virrey de Indias del mismo nombre, cuyo retrato puede verse en la Iconoteca de Florencia, al lado de los Noroñas, Acuñas y Albuquerques, todos como él, muy ilustres, pero notablemente feos.

Figueiredo, el Ministro del Brasil, era una excelente persona, sólo que, como casi todos los diplomáticos de su país, no había podido aprender nunca bien el francés y había, sin embargo, olvidado bastante su propio idioma, por lo cual cometía tantos errores que el Conde de Rayneval, cuando le conoció más adelante, decía de él que hablaba una lengua aparte, que se podía llamar el figueiredo, a ejemplo de lo que dice Madama de Sevigné de aquel Conde de Buri, que era también gran prevaricador del lenguaje. Para muestra del que usaba nuestro brasileño contaré que en una ocasión, en vez de decir que había visto al Papa adornado con la tiara, dijo que le había visto llevando su cimitarra.

El Conde de Spaur, Ministro de Baviera, no brillaba por un excesivo talento, pero debió a la lealtad de su carácter el honor y la gloria de salvar a Pío IX. Contribuyó también a ello la escasa importancia relativa de su posición diplomática, porque las miradas de los revolucionarios se fijaban más bien en los Embajadores de las grandes Potencias y no sospechaban que el Ministro de Baviera fuese elegido para llevar a cabo la fuga del Papa. La Condesa de Spaur, señora de mucho mérito, le ayudó eficazmente en aquella difícil empresa. Era hija del conocido Conde Giraud, autor del *Ayo en embarazo* y otras buenas comedias italianas, y tenía el talento de su padre, unido a una discreción poco común. Había sido muy bella, y aunque ya no era joven, conservaba, esto no obstante, ciertos restos de su antigua hermosura que le procuraban aun algunos admiradores. A su presencia de espíritu se debió que no fuese descubierto el Papa cuando cambió de coche cerca de Albano.

XXVI.
Roma, de 1847 a 1852.

Vida agradable que llevaba en Roma.—Mejora que allí se advertía en las costumbres de la nobleza y del clero.—Constancia con que continuaba mis estudios.—Lectura de los clásicos italianos con el profesor Dominicis.—Leía también los autores griegos con un amable pedante.—El escultor Solá me instruía en las Bellas Artes.—Boga del pintor Overbeck, corifeo de los prerrafaelistas.—Solá consigue salvar de su influjo al famoso Gisbert.—Opiniones de un Embajador sobre astronomía.—Un barbero de Roma va a ver lo que pasa en Gibraltar.

Numerosa y brillante era, como se ve, aquella sociedad de Roma antes que las recientes revoluciones ahuyentasen por algún tiempo a los extranjeros y dividiesen la aristocracia en dos campos. Entonces todos vivían unidos y la generalidad no pensaba más que en divertirse. Visitas, paseos en las Villas Borghese y Panfili y en el Monte Pincio, almuerzos a escote en Tívoli y en las Termas de Caracalla, excursiones a caballo a Castel Porziano, que era entonces propiedad de los Duques de Grazioli, modelos ambos de amabilidad y cortesía; comidas, conciertos y comedias de sociedad, saraos y bailes se sucedían sin interrupción en aquella ciudad afortunada, donde esto era una tradición de los siglos anteriores, según puede verse en cuantos libros pintan la vida de Roma en las épocas posteriores a las guerras del siglo XVII.

Si no fuera impropio de un libro de Recuerdos el echar sermones de moral, diría ahora alguna cosa acerca de la futilidad y disipación con que vivíamos allí unas trescientas o cuatrocientas personas privilegiadas, con ocio y dinero, para no hacer apenas otra cosa más que lo que se llama con cruel propiedad matar el tiempo. Pero como el predicar sería, sobre enojoso, inútil, y como yo era uno de los primeros en seguir esta deliciosa corriente, no me meteré en reflexiones de ningún género. Además, lo que entonces sucedía en Roma, sucedía y sigue sucediendo también, poco más o menos, en todas partes, y lo he visto, con pocas variaciones, desde Londres hasta Constantinopla.

Diré más, aunque con ello desagrade a los que sostienen que el siglo XIX ha tenido peores costumbres que los anteriores, y es que por efecto sin duda de las agitaciones modernas que han disminuido el número, ventajas y riquezas de la nobleza, me parece a mí que la alta sociedad actual es menos viciosa y sobre todo menos escandalosa que la del siglo XVIII. Desde luego ya no existe en Italia el *cicisbeo*, ni el *cavalier servente*, ni ninguno de los usos vergonzosos o ridículos que pinta Parini en sus sátiras, y que según me aseguraban los viejos, eran comunes en aquel país antes de las alteraciones que marcaron los principios de este siglo. Los maridos tienen más dignidad y por lo tanto son más celosos y menos sufridos. Las mujeres no están tan abandonadas y cuidan más de su decoro. Seguramente no todos los matrimonios son ejemplares; pero el adulterio es una excepción, y cuando existe, anda envuelto en el misterio y tiene por su duración y fidelidad algo que le asemeja a los lazos legítimos.

Otro tanto debe asegurarse de las costumbres del clero. El proverbio que dice: *Roma veduta, fede perduta*, y que era una triste verdad en tiempo de Bocaccio y aun en los siglos XVII y XVIII, no lo es ya en el XIX. Había en la época de que voy hablando una media docena de eclesiásticos, carirredondos y coloraditos, los cuales no se conformaban estrictamente con lo que les previenen los Concilios sobre la edad de sus amas de llaves; pero la gran mayoría era irreprensible o por lo menos lo parecía.

Como quiera que sea, yo me encontraba muy bien en aquella amena residencia, donde

Bella e di sol vestita
Mi sorridea la vita.

No me dejaba absorber, sin embargo, por las distracciones mundanas de tal suerte que perdiese completamente mis hábitos de estudiante. Siguiendo en esto como en todo el espíritu ecléctico que me había inspirado García Luna, dedicaba mis mañanas al estudio, dejando sólo para

mis placeres las tardes y las noches. Las ocupaciones de la Embajada no eran muchas para mí, porque el primer Secretario, D. Vicente González Arnao, aquel mismo que había conocido en la Embajada de París a mi paso por aquella capital en 1844, era un hombre tan inteligente como laborioso, al cual le gustaba hacerlo todo por sí mismo. Además tenía, a lo que creo, algunos celos de mí, a causa del buen afecto que me demostraba Martínez de la Rosa, y por esa razón no me dejaba muchos negocios que despachar. De esta manera me quedaba bastante tiempo libre para estudiar y leer lo que me parecía,

Desde luego me dediqué seriamente al estudio del idioma italiano, que conocía ya un poco, y para ello tomé por maestro a un cierto Dominicis, el cual poseía bien su lengua y su literatura. Primero aprendí la gramática y me ejercité en hablar y escribir; luego leí con aquel maestro los principales clásicos italianos, empezando por Dante, que estaba entonces muy de moda, después de haber yacido casi en olvido durante los siglos anteriores, a causa de sus formas poco clásicas. Monti contribuyó a rehabilitarlo, imitándole en su *Basvilliana*; pero lo que le ha hecho popular, además de su propio mérito, son dos circunstancias muy notables de su poema. La primera es que los cantos en que pinta el Purgatorio y el Paraíso contienen descripciones y máximas que forman la delicia de los místicos; y la segunda, que hay también en su comedia ciertos célebres tercetos en los cuales desaprueba el poder temporal de los Papas. De esta manera consigue al mismo tiempo los sufragios de los retrógrados y los de los progresistas.

Filicaya ha deplorado con elocuencia los males de Italia en aquel conocido soneto que dice:

Italia, Italia, o tu, cui feo la sorte
Dono infelice di bellezza, ond'hai
Funesta dote d'infiniti guai
Che in fronte scritti per gran doglia porte.

Petrarca también ha gemido sobre esos males, señaladamente en aquella canción dirigida a los Príncipes de Italia, que empieza:

Italia mía, benche l'parlar sia indarno
Alle piaghe mortali,
Che nel bel corpo tuo si spesso veggio.

Pero el Dante, bien lejos de abogar por la libertad e independencia de su país, llama a los alemanes y los excita a entrar en él a mano armada, según puede verse en los tercetos que siguen:

O Alberto tedesco, che abbandoni
Costei ch'e fatta indómita e selvaggia
E douresti inforcar li suoi arcioni.
Giusto giudicio dalle stelle caggia
Sovra il tuo sanguo e sia nuovo ed aperto,
Tal che il tuo successor temenza n'aggia.

Y sin embargo, ningún revolucionario parece curarse mucho de lo que han dicho los otros poetas, y todos ensalzan al gran Gibelino, simplemente porque ha tratado mal a los Papas y dice entre otras cosas:

¡Ahi, Constantin, di quanto mal fù matre
Non la tua conversión, ma quella dote
Che da te prese il primo ricco patre?

Mucho me agradó a mí también este poeta, aunque por diferentes razones. Tiene pasajes oscuros y de mal gusto; abunda en digresiones y disertaciones teológicas y filosóficas, impropias de una obra poética, todo lo cual es motivo para que muchos no tengan paciencia para leerlo entero; pero entre aquella arena fatigosa hay perlas y granos de oro, cuya belleza es incomparable. Los episodios de Francisca de Rímini y el Conde Ugolino, no sólo igualan sino que casi superan a lo más bello de los poetas antiguos. Los clásicos no gustan mucho de Dante, y sin embargo, pocos poetas han estudiado e imitado a Virgilio como el cantor de Beatriz. Le toma por guía en su viaje

subterráneo, y no sólo le imita a menudo, sino que también le traduce, como cuando exclama al encontrar a su amada en el Paraíso:

Conosco i segni dell'antica fiamma,

que es la versión literal del

Agnosco veteris vestigia flammae,

puesto por el poeta Mantuano en boca de la Reina Dido.

Después de Dante emprendimos el Ariosto. Yo conocía ya el Tasso y su *Jerusalén* casi desde mi infancia, porque mi profesor de música, el italiano Bonetti, había llamado mi atención hacia sus bellezas; pero no tenía idea alguna del *Orlando*, y experimenté un placer grandísimo en leerle. El superficial Voltaire, en aquella insulsa y obscena novela, llamada *Cándido*, que compuso para burlarse del generoso optimismo de Leibnitz, tiene el valor de criticar el Ariosto. Pone sus opiniones en boca del Senador veneciano Pococurante, en un capítulo, que es una mala imitación del escrutinio de los libros del Quijote, y dice que sus fábulas e invenciones son capaces de hacer dormir en pie a quien las lea, dando así a conocer su falta de gusto y quizás una oculta envidia del genio tan superior del Ariosto. Por mi parte gocé inmensamente con aquella sucesión de cuadros maravillosos, escritos en octavas espontáneas y sonoras que casi son superiores a las de Policiano y el Tasso. Lástima es solamente que sus pinturas sean a veces licenciosas, a tal punto que no se permite su lectura a la juventud.

Pasando luego a los prosadores leímos el Bocaccio, cuya prosa es la mejor de la literatura italiana, y se parece bastante en gravedad y armonía a la que usó a su vez tres siglos más tarde el divino Cervantes. Por desgracia los cuentos del escritor florentino son muy lindos y muy variados, pero pecan de demasiado licenciosos, dando así motivo para que su libro sea desterrado de las escuelas, como el *Orlando*, y sólo sirva de lectura a los estudiosos y literatos. Y es triste observar que en casi todas las lenguas hay de estos libros muy inmorales, pero muy bien escritos, tales como *Dafnis y Cloe*, *El Arte de amar*, nuestra célebre *Celestina*, los *Cuentos* de Lafontaine, *Tom Jones* y el *Oberon* de Wieland. Sucede esto, sin duda, porque desgraciadamente todos pintan bien aquello que más agrada a nuestra naturaleza corrompida, y no parece sino que en esas obras es el mismo diablo quien lleva la pluma.

Sin necesidad de la guía de un maestro leí más tarde a Guicciardini, Dávila y Bentivoglio. El primero me pareció admirable en su género. Mucho ha sido criticado y tiene ciertamente un estilo cuyos períodos, demasiadamente largos, ejercitan la paciencia del lector; pero el que no se limita a morder en la cascara, como la mona de la fábula, hallará siempre allí un número de cosas sumamente bellas que le recompensarán de cualquier fatiga. ¡Qué pinturas tan vivas; qué retratos tan animados; qué exposiciones tan sagaces de los intereses de cada Gobierno, y qué constante, libre y rara sensatez en sus juicios nos ofrece a cada paso el noble conjunto de su historia! Es el príncipe de los historiadores modernos, y por más que algunos hayan querido denigrarle, sigue siendo el modelo con que se comparan en todas partes los escritores del mismo género. Cuando se quiere alabar a un historiador de nuestros días se dice de él, como el mayor elogio, que es un nuevo Guicciardini.

Después de éste emprendí a aquel Enrique Dávila, que tan excelentemente describe las guerras civiles de Francia, y luego a aquel Bentivoglio, que pintó las nuestras de Flandes. Este último es menos original que Dávila, y ha sembrado su libro de arengas al estilo de Tito Livio ; pero es exacto en sus relaciones y bastante imparcial en sus juicios. Los españoles no podemos leer su descripción del sitio de Amberes sin sentir lisonjeado nuestro amor propio. Florencia posee el retrato de este historiador, obra maestra de Van Dyck, el cual supo trasladar al lienzo la bella y elegante figura de aquel noble Prelado, de quien se dice que, cuando fue Nuncio en París, anduvo en la lista de los íntimos amigos de la Duquesa de Montbazon, célebre en aquella época por su ingenio y hermosura.

Para no ser exclusivo ni dejarme absorber demasiado por los clásicos italianos, alternaba su lectura con los de otras naciones, y este mismo sistema he seguido después toda mi vida,

imponiéndome la regla de empezar por un libro griego y seguir luego leyendo los de los otros idiomas que conozco, en el orden de la generación filológica de éstos, a saber: latín, italiano, español, portugués, francés, inglés y alemán, consiguiendo así conocer bien a todos y no olvidar a ninguno.

Dije ya que al llegar a Madrid había abandonado el griego por no tener tiempo que dedicarle. En Roma lo volví a emprender con un amable pedante llamado Rossi, hombre erudito, paciente y tan exacto, que no parecía sino que se escondía detrás de la puerta de mi cuarto, a fin de entrar cuando tocaban las campanas vecinas la hora de la lección. Recordaba el pájaro de un reloj de cuco. Era un ejemplar curioso del profesor concienzudo: y con ser un pozo de ciencia, tenía la sencillez de un niño y una ignorancia completa de lo que es el mundo. Así, por ejemplo, solía decirme que la fortuna le había sido particularmente adversa, y como prueba de ello me refería que el Cardenal Antonelli, el cual había sido su compañero de estudios en el Colegio Romano, no sabía nunca bien sus lecciones, y había estudiado tan superficialmente la lengua francesa, que cuando tenía que responder en ella a cartas privadas de los Prelados extranjeros, recurría a él para que le hiciese los borradores. Y, sin embargo, añadía, Antonelli ha llegado a ser Cardenal, mientras que yo no he pasado nunca de Profesor de Lenguas. La verdadera explicación de esa diferencia era la que existía entre sus dos caracteres; pero me guardaba yo bien de decírselo al pobre Rossi, para no aumentar su amargura. La idea de que todos nuestros males se deben a esa cosa misteriosa llamada suerte, suele ser el consuelo de muchos.

Volviendo a buscar a Héctor en las Puertas Sceas, leí con mi excelente maestro los dos divinos poemas del más que divino Homero; y tanto los analicé entonces y los he releído después, que debería saberlos de coro, y cada día me gustan más. Los tengo, como dice Gladstone, por la obra maestra del humano ingenio. Y, como Gladstone también, no puedo sufrir que haya quien dude que ha habido un poeta de ese nombre, y mucho menos quien crea que son diferentes los autores de la *Iliada* y de la *Odisea*. Probablemente los que tal dicen no tienen un conocimiento muy profundo de su texto. Dudar que son del mismo poeta, es como dudar de que sea de Cervantes la parte segunda del *Quijote*. Es imposible que haya habido dos Homeros, como no ha podido haber dos Cervantes, ni dos Dantes, ni dos Shakspeares.

Después de Homero le tocó el turno a Jenofonte, y quedé muy complacido de la *Anabasis*, y más aún de la *Ciropedia* o educación del gran Ciro, la cual, sin duda, le inspiró a Fenelon su *Telémaco* y le comunicó aquella armonía y dulzura de estilo que hace su lectura tan grata.

Por fin leímos a Platón, que estaba entonces muy en boga, por haberle traducido en Francia el célebre Cousiny en Italia el napolitano Bonghi, entonces joven de grandes esperanzas y después jefe reconocido de los conservadores de aquella nación. Rossi me hacía comprender y apreciar la prosa armoniosa del Fedón, y no tardé en aficionarme a aquel gran filósofo, aunque en general no le hallo tan sublime en lo que dice como en la manera como lo dice. Su lenguaje es quizás el más bello del mundo, pero sus ideas suelen ser insuficientes y aun equivocadas, lo mismo que las de Sócrates. Débiles son sus argumentos en favor de la inmortalidad del alma, y se muestra tan tolerante con la poligamia y la sodomía, que su libro es una prueba más de la imposibilidad en que se hallaban los sabios de la antigüedad para salir de sus vergonzosas tinieblas sin el socorro de una revelación divina.

Con el tiempo he leído después los principales historiadores griegos Herodoto, Tucídides, Polibio y Plutarco, y todos me han contentado mucho, singularmente el último, a quien ya conocía bastante por la bella traducción de Amyot, que tenía mi padre. Todos describen de un modo admirable, todos se expresan con esa naturalidad y sencillez que es peculiar de las letras griegas, todos juzgan sin afición ni ira; pero el sensato Plutarco entretiene, enseña y deleita más que ninguno. Sólo hay otro historiador que le pongo por encima, y es uno latino, el valiente y enérgico Tácito. La aristocrática Roma tuvo la fortuna de no perderlo todo cuando perdió la libertad, y hubo allí durante el imperio quienes osaran vituperar a los tiranos y llorar a los vencidos. En la Grecia democrática todo acabó en Queronea, y así vemos que, tanto Grote como los demás escritores

modernos que trazan los anales de aquel país, no los continúan más allá de aquella catástrofe. No hubo en Grecia Catones, ni Trajanos, ni Antoninos, y por eso no ha habido allí tampoco Lucanos, ni Juvenales, ni Tácitos.

El amor a lo bello se extiende naturalmente de la literatura a las artes, y yo que había sido siempre aficionado a ellas, les dediqué también algún tiempo en Roma, especialmente durante el verano, cuando las galerías y museos convidan con su frescura a pasar en ellos muchos ratos. Y como nada se fija más en la memoria que lo que entra por los oídos, aprovechaba de la buena voluntad de mi amigo Solá para que me comunicase lo que sabía y me ahorrase la lectura de muchos libros. Gustaba aquel amable anciano de venir conmigo siempre que sus ocupaciones se lo permitían, y me hacía observaciones preciosísimas sobre todo lo que veíamos. Rossi era apasionado de los griegos; Solá lo era todavía más, y con más razón si cabe, porque la escultura de aquel pueblo es el dechado y la desesperación de los artistas modernos. Aquel catalán frío y cachazudo perdía el sentido delante del Fauno o del Meleagro, daba vueltas alrededor de ellos para mirarlos por todos lados y no acababa nunca de tributarles alabanzas.

Algo, sin embargo, tenía que conceder Solá a los romanos cuando se trataba de la arquitectura, porque si bien es verdad que los edificios griegos son sumamente elegantes, no es posible negar que las construcciones de los romanos tenían una magnificencia y una riqueza admirables. Tanto en Egipto como en Asiria hubo edificios mayores que en Roma, pero no por eso eran más bellos, y pecaban a menudo de monstruosos. Los de Grecia eran al contrario, demasiado pequeños. Sólo en Roma se ve una arquitectura que es a la vez grandiosa y bella.

Respecto de la pintura no es casi dado hacer comparaciones, no conservándose apenas otros restos de la antigua que los frescos de Pompeya. Hay que juzgar del mérito de los cuadros griegos y romanos por los elogios que hacen de ellos los escritores clásicos. Solá pensaba que la pintura antigua debió ser muy superior a la moderna; pero por mi parte considero muy difícil que Apeles o Zuxis pintaran mejor que Rafael y Tiziano. Y la razón en que para ello me fundo, es que los antiguos estaban tan enamorados de la forma, que por necesidad habían de descuidar tanto el claro-oscuro como el colorido, y algo de esto se nota en los frescos hallados en las casas de Pompeya y conservados en el Museo de Nápoles.

También solíamos discordar mi amigo Solá y yo tocante al mérito relativo de los pintores modernos. Como buen escultor que era, ponía Solá a Miguel Ángel en un pedestal algo más elevado que el de Rafael, y alababa sin medida todas sus obras, incluso *El Juicio final*, que a mí no ha llegado nunca a agradarme. Muchas veces visitamos juntos la capilla Sixtina, y aunque estábamos siempre de acuerdo en que los Profetas y Sibilas del techo son sublimes, jamás pudo convencerme de que aquel Cristo completamente desnudo, que parece un atleta de circo, fuese una representación adecuada del Redentor de los hombres. Esta opinión la he conservado siempre, y me contenta más *El Juicio final* de Signorelli que he visto en la Catedral de Orvieto y también el del Beato Angélico, que está en Florencia. Pero esto último sobre todo me hubiera guardado bien de confesarlo a Solá, cuyo ánimo estaba entonces muy exasperado con la boga que disfrutaban los pintores llamados prerrafaelistas, imitadores del Angélico y otros primitivos.

Era el principal de aquellos un alemán llamado Overbeck, el cual tenía cara y aspecto de fraile y vestía también de una manera singular, que más recordaba la sotana que la levita. Tenía mucho talento, pero había dado en la manía de imitar a los pintores de los siglos anteriores a Rafael, no sólo en la expresión devota que los distingue, sino hasta en sus defectos. Correspondía aquel movimiento artístico al movimiento literario de los románticos, y también para los prerrafaelistas era la Edad Media, o por lo menos los últimos tiempos de ella, en que empezaron a cultivarse con cierto éxito tanto la escultura como la pintura, la época en la cual buscaban sus modelos. Para ser lógico en todo, empezó Overbeck por hacerse católico y vivía como un asceta, a la manera del beato Angélico y de Lorenzo de Credi. Pero su empeño de imitar también el estilo de estos pintores era casi ridículo. Recordaba el de ciertas señoras ya entradas en años que quieren usar las ingenuidades de las niñas. Sin embargo, su fanatismo le atrajo admiradores, y como lo nuevo siempre place y es

más fácil imitar a los artistas primitivos que a Rafael o Tiziano, eran muchos los jóvenes que seguían sus lecciones, abandonando otros estudios más severos. Nuestros pensionados de aquella época fueron de ese número, y Solá, que deploraba su extravío, no podía sufrir con paciencia que nadie alabase al beato Angélico y mucho menos que lo antepusiese ni aun en broma a Rafael y Miguel Ángel.

No poseía Solá un lenguaje muy elegante; mas tenía algo de ese entusiasmo por el arte que ha hecho de Winckelman un expositor incomparable de la escultura antigua y ha convertido a Vasari en el Plutarco de la pintura, y les predicaba tanto a aquellos jóvenes y les repetía tanto que por aquella senda corrían a la pérdida del buen dibujo y del agradable colorido, que al fin logró convencerlos. Uno de ellos era el después famoso Gisbert, cuyo cuadro del *Suplicio de los Comuneros*, algo tétrico, como casi todos los de nuestra escuela moderna, pero bien compuesto, bien dibujado y de un color excelente, no se parece ciertamente en nada a los que pintaba Overbeck.

A fuer de buen viejo, gustaba también Solá de contar muchas cosas de las cuales había sido testigo o que había oído a personas más ancianas que él. Descartando de ellas las que pertenecían al género favorito de Tallemant des Réaux, referiré aquí dos que quizás no desagraden a mis lectores. Contaba, verbi gracia, que en tiempo de Fernando VII, estuvo de Embajador en Roma un cierto D. Fulano Vargas, muy privado de aquel Monarca, por ser todavía más realista que él, aunque esto parezca imposible, el cual era tan vanidoso que le puso herraduras de plata a los caballos de su coche; pero su ignorancia era mayor aun que su vanidad, y de ello dio una vez la siguiente muestra. Tenía convidados a su mesa al Comandante y Oficiales de uno de nuestros buques de guerra, que había venido a Civitavecchia, y habiendo el primero aludido en el curso de la conversación al movimiento de la tierra, le interrumpió Vargas, diciéndole con una sonrisita burlona:

—¿Con que usted es de los que creen que el sol se está quieto y que la tierra se mueve?

—¿Cómo si lo creo?— le interrumpió el Comandantes—, estoy cierto de ello y hoy día no hay nadie que lo ponga en duda.

Y ya iba a armarse una disputa muy desagradable, si Solá, que asistía también a la comida y conocía el genio de Vargas, no le hubiera tocado con el pie al buen marino por debajo de la mesa, para hacerle comprender la inutilidad y aun el peligro de meterse en discusiones científicas con aquel ignorante megaterio.

Otra historia chistosa en su género es que cuando la España estaba empeñada en el último sitio de Gibraltar, había en Roma, como en toda Europa, quienes tomaban mucho interés en aquella empresa, apreciando diversamente las probabilidades de su éxito. Reuníanse entonces muchas personas principales en una famosa barbería, situada precisamente en la Plaza de España, y allí se hicieron con motivo de aquel sitio muy grandes apuestas, unas por el triunfo de los españoles y otras por el de los ingleses. Depositábanlas todas en poder del barbero, que era muy popular y muy querido de sus parroquianos, y se le llegó a confiar una suma bastante considerable. Esto incitó la codicia del Fígaro romano, y cediendo al fin a la tentación, se marchó con el dinero. Una mañana, cuando menos nadie lo pensaba, apareció la tienda cerrada y en la puerta un letrero que decía:

In tanto che si decide la contesa
Vado a veder se Gibilterra é presa.

XXVII.
Roma, de 1847 a 1852.

Sucesos políticos de Roma.—Influencia de la revolución acaecida en Francia en Febrero del 48.—El Papa otorga al fin una Constitución.—La cuestión de la independencia de Italia complica la situación interior.—Libros de Gioberti y Balbo.—Propaganda de Azeglio.—Mazzini y la Joven Italia.—El Rey de Cerdeña declara la guerra al Austria.—Pío IX se niega a hacer otro tanto.—Tumultos en Roma.—El Papa confía el Gobierno al Conde Rossi.—Vil asesinato de este Ministro.—Motín del 15 de noviembre.—Indecisión del Jete de los Gendarmes.— El Papa concede al fin un Ministerio democrático, pero piensa ya en alejarse de Roma.

Paréceme ya tiempo de que, interrumpiendo las anécdotas jocosas, pase a tratar de un asunto más grave y diga algo, según mis impresiones personales, de los sucesos políticos que tuvieron lugar en Roma durante los cinco años de mi residencia en ella, y de los cuales fui testigo; *quaeque ego miserrima vidi*. Quisiera tener para escribir esto el estilo rápido de Floro y aquella concisión de Justino, tan encomiada por Lord Chesterfield; pero ya que tanto no puedo, trataré al menos de no decir más que lo indispensable, a fin de entretejer en la narración de los hechos mis propios juicios y otros recuerdos de aquel tiempo. Ya he dicho antes cuánta fue la facilidad con que el bondadoso Pío IX concedió a sus Estados toda clase de reformas. El mundo entero manifestaba su sorpresa, y un eminente hombre de Estado, el famoso Príncipe de Metternich, confesó que todo lo había previsto, menos un Papa liberal. Mas por desgracia, el deseo de novedades era insaciable, y el partido avanzado, que ya en el año 21 había sufrido tan notable desengaño, viendo cortadas en flor sus esperanzas por los ejércitos del Austria, no se daba por satisfecho si no conseguía que el Papa otorgase también una Constitución, semejante a las de Francia y España. Parecíale a ese partido que toda la Italia estaba ya madura para disfrutar de las mismas libertades, y desde Turín hasta Nápoles cundía la agitación y se organizaban manifestaciones revolucionarias.

Las de Roma estaban dirigidas por un energúmeno, llamado Sterbini, émulo de los demagogos de Francia, que publicaba un periódico titulado *El Contemporáneo*, en el cual defendía las ideas más avanzadas. Con gracia dice Balleydier en su historia de aquellos sucesos, que la redacción de *El Contemporáneo* era como la sacristía de la revolución, porque allí se organizaban todas las procesiones y mojigangas que con banderas y motes expresivos salían a recorrer las calles de Roma, llevándose tras sí al populacho desocupado y usurpando atrevidamente el papel de la opinión pública. Ayudaba mucho a Sterbini un hombre del pueblo, llamado Cicerovacchio, cuyo oficio era alquilar caballos y carros en Trastevere y que gozaba de mucho prestigio entre la plebe de aquel barrio. Las turbas, capitaneadas por estos dos improvisados tribunos, pedían cualquiera cosa al Papa, y cuando la habían conseguido, regraciaban estrepitosamente a Su Santidad: a los pocos días le pedían otra, y volvían a regraciarle; y así sucesivamente, ni ellos cesaban de pedir, ni el Papa de otorgar. Llegó entre tanto la noticia de la revolución acaecida en París en Febrero del 48, y entonces pidieron y obtuvieron al fin la famosa Constitución tan vivamente deseada Y aunque parezca sueño y mentira, vimos en Roma un Ministerio compuesto casi exclusivamente de seglares y un Parlamento con sus dos Cámaras, ni más ni menos que en París o Madrid.

Difícil es creer que estas novedades, tan poco conformes con el carácter mixto del Gobierno pontificio y tan opuestas también a varios y poderosos intereses políticos y eclesiásticos de aquel Estado, hubieran podido prosperar en él; pero de todas maneras la suerte dispuso que nunca se hiciera esa prueba, porque otros sucesos no menos importantes aceleraron pronto su caída e hicieron que desapareciesen con la misma rapidez con que habían sido planteadas. La causa principal de este malogramiento fue, en mi sentir, que la cuestión de la libertad estaba unida y complicada en Italia con la cuestión de la independencia.

De antiguo deseaban los italianos esta última, y es notorio que habían disfrutado de ella durante algunos siglos, merced principalmente a la debilidad del Imperio germánico. Pero la

ambición del Duque de Milán volvió a llamar a los extranjeros al seno de Italia en el siglo XVI, y desde entonces se había visto esta nación hollada, dividida y dominada por otras varias de Europa, atraídas por sus riquezas y su benigno clima. La invasión del primer Bonaparte la libertó por algún tiempo de los alemanes para someterla a la Francia, mas le dio a la vez una especie de gobierno nacional en Lombardía, que la consolaba de otras desgracias. La caída del Imperio y las restauraciones políticas que realizaron los Tratados del año 15, la volvieron a someter al dominio del Austria. Admira el pensarlo; pero es un hecho que los hombres de Estado de aquella época no titubearon en restablecer la dominación austríaca, no sólo en Lombardía, sino también en Venecia. La Reina del Adriático, aquella nobilísima ciudad que resistió sola a todas las naciones de Europa, ligadas contra ella en Cambray, la patria de Dándolo y Morosini, de Tiziano y Goldoni, fue sometida sin ninguna justicia a un yugo extranjero.

Natural fue que una política tan poco generosa excitase contra sí la opinión pública. Airados los ánimos, empezaron a excogitar los medios más a propósito para libertarse de los austríacos. Formóse luego una asociación muy extensa con el objeto de recobrar la independencia perdida. La masonería y el carbonarismo, que habían servido para acalorar las ideas liberales al principio del siglo, tenían un carácter europeo y general, y por consiguiente no eran suficientes para el nuevo fin que se buscaba. Un genovés, cuyo nombre era Mazzini, dotado de mucho talento, y fanatizado por el amor de su patria, fundó la nueva secta y la intituló «Joven Italia». Su carácter era más democrático que el de las anteriores; su lema, «Dios y el pueblo»; su fin, no sólo la libertad, sino también la independencia y unidad de Italia. Su juramento era característico: «Juro, decían los nuevos adeptos, por el rubor que cubre mi frente delante de los ciudadanos de las otras naciones, por no tener ni el nombre ni el derecho de ciudadano, ni bandera, ni nación, ni patria»; lo cual era verdad respecto del veneciano y del lombardo, mas no del piamontés ni del napolitano.

Contemporáneamente a la creación de esta secta, la cual encontraba prosélitos entre el pueblo, hacíanse también votos por la independencia entre los literatos y los sabios, singularmente en Piamonte. Un abate liberal de mucho ingenio, el célebre Gioberti, escribió un libro intitulado *El Primado de los italianos*, en el cual abogaba abiertamente por esa idea y también por la unidad de la patria italiana bajo la dirección del Romano Pontífice. Otro escritor distinguido y hombre de Corte, el Conde Balbo, publicó en sentido muy semejante otro libro, que llamó *Esperanzas de Italia*, y que era todavía más práctico, porque proponía que el Rey de Cerdeña y los demás Soberanos de Italia, emprendiesen la realización de la independencia, dándole compensaciones al Austria por el lado de Turquía. En lo cual fue Balbo buen profeta, porque después hemos visto que, con efecto, el Austria ha obtenido de la fortuna la Bosnia y la Herzegovina, como si esto fuera en cambio de Lombardía y Venecia. Por último, el Marqués Massimo de Azeglio, también piamontés, como Gioberti y Balbo, hizo en los últimos años del pontificado de Gregorio XVI un viaje de propaganda por Italia, recomendando a la dinastía de Saboya como el verdadero paladín de la independencia de Italia.

Era el Marqués de Azeglio un personaje sumamente notable y simpático. Joven todavía, de costumbres elegantes, de traeres apuestos y cumplidos, como de Palafox dice Toreno, brillaba por un talento universal. Recordaba bastante a nuestro Martínez de la Rosa. Su novela de *Héctor Fieramosca*, es la más linda que se ha publicado en Italia, después de *Los novios*, de Manzoni. Era asimismo pintor, y no simplemente aficionado como nuestro Duque de Rivas, sino un maestro en su género, que era el paisaje. Los cuadros suyos que se ven en el Museo de Turín, pueden compararse con los de Corot o Turner. Tenía gran partido entre las damas, y como frecuentaba siempre la mejor sociedad, su propaganda le granjeaba adherentes entre las clases más elevadas de la península.

Como se ve, eran dos las fuerzas que se mostraban preparadas para la lucha ya inevitable con el Austria: los hombres políticos piamonteses y la Joven Italia. Ejecutores de las ideas de los primeros debían ser Carlos Alberto y Víctor Manuel; corifeo de la segunda fue Garibaldi. Cada una de estas fuerzas tenía su carácter propio; los publicistas emplearon todos aquellos recursos que se aprueban o toleran en los hombres de Estado, incluso el soborno y el engaño, por lo cual no es de extrañar que una de las estatuas del monumento erigido en Turín al Conde de Cavour, represente la

astucia. La Joven Italia fue todavía más allá. Siguiendo las inspiraciones de Mazzini, que era un fanático austero, pero frío y cruel, a la manera de Robespierre, cometió todo linaje de desmanes. Aquel hombre terrible hacía asesinar a las personas que le molestaban, por medio de sicarios que mandaba con ese objeto, como el Viejo de la Montaña. Además no se hacía el menor escrúpulo de lanzar a una muerte segura a sus adeptos, haciéndoles cometer las empresas más descabelladas. Muchos de los atentados que hoy horrorizan cuando son obra de los nihilistas o de los socialistas, tienen antecedentes en otros de un género parecido, ejecutados por orden de Mazzini en los primeros tiempos de la revolución de Italia. Recordaré, como ejemplo, la voladura de un fuerte y de un vapor de guerra en Nápoles.

Estas dos fuerzas no obraban siempre de acuerdo, y ocasiones ha habido en que la una ha perjudicado a la otra y hasta la ha hostilizado abiertamente. Todavía puede observarse ese sordo antagonismo en lo que se llama política irredentista, pues mientras el Gobierno italiano busca su principal apoyo en la alianza alemana y austríaca, los restos de la Joven Italia le crean nuevas dificultades excitando a sus partidarios en Trento y Trieste; por cuyo motivo varios publicistas han llamado a Mazzini y a los mazzinistas, los más terribles enemigos de Italia. Pero de todas maneras, es un hecho que ambas fuerzas, ambos agentes, han tenido su parte en la gran transformación de aquel país. Así, por ejemplo, si Carlos Alberto tuvo el mérito de sacar atrevidamente la espada para socorrer a Milán, no hay duda en que el levantamiento anterior de aquella ciudad, debido a Mazzini, le hizo más fácil su empresa. Si Cavour consiguió al fin que Napoleón III se uniese con Víctor Manuel para arrojar a los austríacos de Lombardía, no es posible negar que el atentado de Orsini, atribuido también a la secta mazzinista, tuvo mucho influjo para acabar con las vacilaciones de aquel antiguo carbonario. Y más evidente fue aun la parte que tuvo la Joven Italia en la anexión de Nápoles, puesto que su condotiero Garibaldi, a quien llamó por esta razón Mr. Thiers, el halcón de Víctor Manuel, fue quien se atrevió a asaltar a aquel Reino, preparando así su ocupación por parte del Rey de Italia.

En la época de que estoy hablando se veía asimismo muy clara la acción de esos dos elementos de la revolución italiana. El bondadoso Pío IX había llegado al extremo de las concesiones; pero la fuerza de las cosas y el deseo natural de la independencia parecían exigir que todos los Príncipes de Italia aprovechasen la ocasión tan favorable que para emanciparse se les presentaba, a causa del estado revuelto de Austria. La misma capital de aquel Imperio se había al fin sublevado, y la Hungría se separaba abiertamente de la dominación de los Habsburgos. Por otra parte Carlos Alberto marchaba en auxilio de los lombardos, y el Rey de Nápoles y el Gran Duque de Toscana se veían obligados a hacer otro tanto. ¿Cómo podía permanecer neutral el Papa, que era al mismo tiempo un potentado italiano?

Se ha dicho muchas veces que fueron los Papas los que llamaron siempre a los extranjeros, y así ha sucedido efectivamente en varias ocasiones memorables; pero es igualmente cierto que no fue un Papa, sino Ludovico el Moro quien llamó a Carlos VIII. De todos modos la historia nos enseña que si algunos Papas han llamado a los extranjeros, otros han hecho todo lo posible para arrojarlos de Italia. El Papa Alejandro III formó la liga contra el Emperador Federico, y Julio II fue el primer Príncipe italiano que dio el grito de «fuera los bárbaros»; por consiguiente, habiendo sido esto posible tantas veces, la mayoría de los italianos se preguntaba por qué razón no había de serlo en tiempo de Pío IX.

Los Cardenales y el partido reaccionario sostenían la doctrina de que el Papa no podía declarar la guerra a una nación católica, y asustaban a Pío IX con la amenaza de que un acto semejante podría ser causa de un cisma en Alemania; todo lo cual eran exageraciones inspiradas por la pasión de partido. Para oponerse a ellas trabajaba de consuno la diplomacia de Carlos Alberto y los secuaces de la Joven Italia. Un antiguo amigo del Pontífice, el Conde Pasolini, que le había conocido íntimamente cuando era Obispo de Imola, le visitaba a menudo en Roma y le exhortaba a que se declarase abiertamente en favor de la independencia. Tocábale fibras muy sensibles, recordándole las nobles aspiraciones que tantas veces le había manifestado en el seno de la amistad,

y le ponía ante los ojos las ventajas morales de una conducta patriótica. Ayudaba a Pasolini el conocido Padre Ventura, famoso predicador y aventajado teólogo de aquella época, quien decía continuamente al Papa que, puesto que era también Soberano temporal, no había inconveniente en que declarase la guerra al Emperador, que tenía oprimida tanta parte de Italia.

Por otro lado la secta de Mazzini empleaba casi diariamente sus medios de persuasión favoritos, que eran las procesiones patrióticas, los gritos y las amenazas. Realizábanse ya las predicciones de Pacheco. Las algaradas callejeras llegaron a ser diarias, y aunque el Papa dijo claramente desde el balcón del Quirinal: «No puedo, no debo, no quiero», no cesaron por eso aquéllas, antes bien fueron adquiriendo de día en día un carácter más marcado de tumulto. Pero la decisión del Soberano Pontífice era irrevocable. El miedo de la revolución democrática, el disgusto que debía causarle la ingratitud del pueblo romano, el temor de enemistarse con el Austria, cuya fuerza era todavía grande, y quizás también ciertos celos de la preponderancia piamontesa, hábilmente fomentados por Antonelli, habían enfriado poco a poco el corazón de Pío IX y le dieron al fin ánimo bastante para perseverar en su negativa, no sólo cuando hablaba a las turbas desde los balcones de su Palacio, sino también en una elocuente Encíclica, dirigida al orbe católico.

¿Fue esto acertado? Por mi parte lo dudo mucho. El bondadoso y tímido Pontífice evitaba seguramente de este modo las complicaciones extranjeras, que hubiera podido atraerle una conducta belicosa; pero los hechos demostraron bien pronto que su actitud producía efectos contrarios en la política interior de sus Estados. Desde luego todo el partido nacional, es decir, no sólo la Joven Italia sino también el Piamonte y la generalidad de los italianos, vieron con la mayor amargura que Pío IX abandonase la causa de su país. La piadosa y anciana Marquesa de Azeglio, escribiendo a uno de sus amigos después de la fuga de aquél, le decía estas palabras: «Es preciso pedir a Dios por el pobre Papa, demasiado castigado ya por su defección de la causa común, de la causa de la patria». Porque es innegable que como defección era considerada por casi todos, sin más excepción que algunos pocos, cuyos intereses personales los obligaban a profesar ideas muy reaccionarias. Y esta mala impresión fue después causa de que el Papa perdiera enteramente todo el prestigio que se había granjeado desde el día de su creación, y de que se volviera a decir, con más o menos fundamento, que el Romano Pontífice era siempre un gran obstáculo para la independencia de Italia.

Otra consecuencia todavía más grave de la determinación del Papa fue que, perdida ya su popularidad y amenazado por la revolución, tuvo que adoptar una política de resistencia y confiar el poder a un hombre enérgico, como parecía serlo el Conde Rossi. A esta medida respondió al instante la Joven Italia con el cobarde asesinato de aquel Ministro y con el motín del 16 de noviembre, y ya entonces no le quedó otro recurso al venerable Pontífice sino alejarse de Roma. Volvió de aquel destierro al cabo de algunos meses, pero volvió precedido de las armas de Francia y vivió luego dependiente de la protección poco segura de esa misma Potencia.

El Conde Rossi empuñó el Gobierno con cierta firmeza; pero ni tenía fuerzas seguras sobre las cuales pudiera apoyarse ni prudencia para evitar los peligros que por todas partes le cercaban. La secta decidió al punto su muerte, y Mazzini fue entonces verdaderamente el enemigo de su país, porque, haciendo asesinar a Rossi, hacía indispensable la fuga del Papa y atraía todo género de calamidades sobre Roma y sobre Italia. Desconociendo Mazzini la situación de la Francia, creía, sin duda, poder contar con su apoyo si proclamaba la República. Rossi, por su parte, desconocía la situación de Roma y despreció demasiado a los sectarios. Era un gran profesor, un publicista eminente; pero le faltaban las dotes más necesarias para un hombre de Estado. En vano fue que la Duquesa de Rignano y el Papa mismo le comunicasen los avisos anónimos que recibían; en vano fue que un sacerdote le dijese que había recibido en el secreto de la confesión la noticia del atentado que se preparaba; de nada quiso hacer caso. Obró como un General que, al comenzar la batalla, se presentase solo y con los brazos cruzados a pocos pasos de las baterías enemigas. Llegó al Palacio de la Cancillería, donde no había más fuerza armada que la Guardia cívica, de la cual no era dado fiarse, y tuvo que atravesar por medio de las turbas para llegar a la escalera. Iba ya a poner el pie en ella cuando recibió un golpe de bastón en el costado derecho. Volvióse para mirar a su agresor, y

aprovechándose de aquel movimiento otro asesino, colocado a la izquierda, le envainó un puñal en la garganta.

Muerto así el desventurado Rossi, fue tal el terror de todos, que los mismos Diputados, que le estaban aguardando en el salón de sesiones, no se atrevieron a hacer mención siquiera de lo que había pasado. El animoso Martínez de la Rosa fue la sola persona que dio muestras de desaprobación y dolor, abandonando con ademán indignado la tribuna diplomática, apenas supo la muerte del Conde.

Siguiéronse a esto varias escenas más propias de caníbales que de un pueblo civilizado. Cantaban las turbas: «bendita sea la mano que a Rossi asesinó», y el semblante de la ciudad se arrugaba de manera que hacía temer algún nuevo atentado en plazo cercano. La secta preparaba una imitación del famoso 15 de agosto de la primera revolución de Francia, Y con efecto, al día siguiente salieron de nuevo las turbas y se dirigieron al Quirinal, con la intención declarada de obtener a toda costa un Ministerio radical. Querían ver en el poder al Conde Mamiani, hombre instruido que había propagado en Italia la filosofía ecléctica de Cousin; pero que propendía demasiado a las soluciones democráticas.

Los Embajadores y Ministros que residían en Roma, corrieron luego al Palacio del Papa, a fin de darle a éste más fuerza moral y compartir sus peligros. Llegaron de los primeros Martínez de la Rosa con Arnao. Yo me quedé en la plaza, acompañado de D. Carlos Moreno, agregado a nuestra Embajada, y del barón Steinberg, Secretario de Hannover. Para estar seguros de la retirada nos colocamos en el portal del Palacio Rospigliosi. Pronto se llenó aquel recinto de la más soez canalla y de guardias nacionales. El mal olor que despedía de sí aquel populacho nos martirizaba terriblemente las narices. Venía la plebe capitaneada por el famoso trasteverino Cicerovacchio, que hacía el papel de tribuno. Acompañaban a éste los verdaderos directores del movimiento, quienes eran, Sterbini, que remedaba a Maillard, y el Príncipe de Canino, que seguía las huellas del Duque de Orleans. Era hijo de Luciano Bonaparte y estaba casado con una hija de José, el intruso Rey de España, llamada Zeneide, Princesa muy estimada de todos por su distinción y virtudes. Habíase dedicado mucho Canino al estudio de las ciencias físicas y dicen que sobresalía en ellas; pero su carácter era ambicioso y cínico, su aspecto poco agradable y su ropaje sucio. Con las barbas aborrascadas y una levita mugrienta, más parecía un tocinero que un Príncipe.

Los guardias nacionales colocaron enfrente del Quirinal un pequeño cañón, que habían sacado del cuartel de artillería con maña o por fuerza, y parecían decididos a hacer uso de él para derribar la puerta principal y penetrar luego en el Palacio. Entre tanto trataba Pío IX de ganar tiempo, y esperaba quizás que el Comandante de la Gendarmería se decidiese a cumplir su deber, haciendo una salida que disipase a los amotinados. Esto no hubiera sido difícil, porque no eran muy numerosos ni tenían buenas armas ni jefes experimentados. Eran gente del pueblo, más fanatizada que belicosa, la cual no habría de seguro resistido a la carga de un escuadrón de Gendarmes bien mandados y bien decididos a hacer uso de sus sables. Pero tanto las excitaciones del Papa como las que le hizo el Cuerpo diplomático, singularmente Martínez de la Rosa, que en todos estos sucesos se distinguió siempre por una grande energía, no lograron vencer la incertidumbre de aquel militar. El desgraciado pedía órdenes terminantes para atacar a los alborotados y nadie quiso ni pudo dárselas.

En una ocasión entonces reciente y parecida, cuando tuvo lugar en Nápoles la insurrección de mayo, hubo también los mismos titubeos por parte del Rey Fernando, y tuvo el General Príncipe de Ischitella que mostrar todo su despecho, arrojando con gesto desesperado su propio sombrero de tres picos a los pies de aquel Monarca, para que éste al fin se decidiese a dar la orden de hacer fuego. Porque el valor moral es todavía más raro que el físico, y pocos son los que corren impávidos los riesgos de una lucha armada cuando se pelea contra los revoltosos por una cuestión política. Al fin cedió o fingió ceder Pío IX, nombrando un Ministerio radical, en el cual figuraban Mamiani y Sterbini; pero es probable que desde aquel momento comenzase a pensar en su fuga. El tumulto

cesó y las turbas se retiraron, cantando un himno compuesto por Sterbini, que fue la *Marsellesa* de aquella revolución.

XXVIII.
Roma, de 1847 a 1852.

Angustiosa situación de Pío IX.—Decide marcharse a Nápoles.—Circunstancias que favorecen su fuga.—El Rey Fernando le recibe con filial reverencia.—Derrota de los ejércitos de Carlos Alberto.—Mazzini pretende continuar la lucha en Roma.—Una Constituyente proclama allí la República.—Tumultos ofensivos al Papa.—Necesidad de una intervención europea.—La España toma la iniciativa en este asunto.—El Papa pide al fin el auxilio de las naciones católicas.—Conferencias de Gaeta.—Falta de acuerdo entre las Potencias.—Cada una de ellas obra separadamente.—Expedición española mandada a Italia.—Ventajas que de ella resultaron.

La noche que siguió a los sucesos referidos en el capítulo anterior pasó tranquilamente. No pude, sin embargo, plegar los ojos, pensando en la situación angustiosa del Papa. Esta situación no era nueva en la historia. Antes de Pío IX había habido muchos Romanos Pontífices insultados y aun maltratados por el populacho o por grandes potentados, algunos de los cuales eran muy católicos, al menos de nombre. Basta recordar a Gregorio VII, perseguido por el Emperador Enrique; Adriano IV, hostilizado por Arnaldo de Brescia y el pueblo de Roma; Bonifacio VIII, maltratado por el francés Nogaret y por el romano Sciarra; Clemente VII, aprisionado en el castillo de San Angelo por las tropas de Carlos V; Pío VI, arrancado de Roma por los republicanos franceses y llevado a morir en Valencia del Deificado; y finalmente, Pío VII, cruelmente vejado por Napoleón I y preso por orden de aquel tirano en el Palacio de Fontainebleau.

De todos estos Pontífices, a quien más se parecía Pío IX era a Adriano IV, víctima, como él, de una sublevación popular. Era Adriano de nación inglés, y el poeta Niccolini, en su tragedia de *Arnaldo*, ha puesto en su boca estos melancólicos versos, que podrían aplicarse muy bien a Pío IX:

O silenzio del chiostro, o della mía
Isola nubi, che del sol modesta
Fate la lace, siccomo era un giorno
La sorte mía; qui fra i tumulti insani
Del'empía Roma, e lo splendor superbo
D'ardente Cielo, io vi ricordo e piango.

También Pío IX recordaba probablemente con gran pena las horas tranquilas de su Obispado de Imola, donde había pasado tantos años felices. Una cosa, sin embargo, hacía sin duda su posición todavía más amarga, y era el pensar que la mayor parte de los jefes de la revolución le debían la libertad o el regreso ala patria. La simple ingratitud es un vicio del corazón, una forma del egoísmo; pero cuando el desagradecido no se limita a olvidar los beneficios, sino que llega a ser enemigo de su bienhechor, entonces la ingratitud se convierte en un delito aborrecible. Ese era precisamente el caso de los sublevados de Roma, y a pesar de la razón serena y de la piedad de Pío IX, es natural que esta circunstancia le causase un pesar mayor todavía que el de verse ultrajado por sus súbditos.

Representábame yo al Papa solo en su enorme Palacio, con el corazón angustiado, con el ánimo lleno de dudas y recelos, sin tener fuerza alguna en qué apoyarse y temiendo quizás nuevos y mayores ultrajes, porque cuando las revoluciones comienzan, no es dado prever los excesos a que se entregarán en lo sucesivo. Ni tenía tampoco el consuelo de verse rodeado por los Cardenales, y sabía muy bien que la mayor parte de ellos le consideraban como el autor, si bien involuntario, de todas sus desgracias, y no le habían perdonado aun la facilidad con que se había prestado a realizar las más inconsideradas reformas. Pocos eran los que le demostraban simpatía, y entre ellos

Antonelli, que supo aprovechar bien aquel aislamiento de Pío IX para hacerse necesario e importante.

No se ha podido nunca saber quién fuese el iniciador de la marcha del Papa; pero probablemente sería también Antonelli el primero que le hablaría de ello, como de una resolución indispensable y urgente, y Pío IX aceptaría gustoso la propuesta, por hallarla conforme a lo que él mismo pensaba y deseaba, después del motín del día 16. La fuga de un Papa no era tampoco un suceso sin antecedentes. Disfrazado de aldeano huyó Juan XXIII del Concilio de Costanza, y con traje de mercader se fugó Clemente VII de Roma, burlando la vigilancia de las tropas españolas. Pío IX pudo verificarlo asimismo con toda felicidad, gracias a varias circunstancias favorables.

En primer lugar prefirió pasar a Nápoles, que era lo más cercano. Así no tuvo que buscar buque en Civitavecchia ni tardó mucho en verse en salvo. Pocas horas de un viaje cómodo le condujeron a un Reino tranquilo y amigo. En segundo lugar el secreto de su resolución no fue confiado a nadie más que a las pocas personas, cuya intervención era indispensable para llevarlo a cabo. El Embajador de Francia, Duque de Harcourt, contribuyó a ello de esta manera. Pidió una audiencia a Su Santidad y permaneció encerrado en el gabinete del Papa, leyendo de cuándo en cuándo en alta voz algunos papeles, para hacer creer a los que estaban en la antecámara que conferenciaba con el Pontífice. Entre tanto Pío IX se vistió de simple clérigo, y acompañado del abate Filippanti, bajó por una escalera interior, salió del Palacio por una puerta excusada, y tomó luego un coche que le estaba esperando en una calle inmediata. En este coche salió al punto de la ciudad y se dirigió a Albano, donde le aguardaba en el suyo el Conde de Spaur, Ministro de Baviera, con la Condesa, su mujer, y sus dos hijos. El Papa subió sin tardanza en el carruaje del Conde, figurando como ayo de los niños; continuó así su viaje; traspuso al amanecer la raya de Nápoles y entró con toda felicidad en aquel Reino. Podríase añadir que Pío IX se cuidó bien de no asomarse nunca a las ventanas del coche, como el cuitado Luis XVI, y permaneció siempre silencioso e inmóvil hasta llegar a Gaeta.

Martínez de la Rosa había sido también informado de todo, como Harcourt, y aun creo que aconsejó mucho aquella fuga. Para no despertar sospechas, salió de Roma en su propia carretela de paseo y fue en ella hasta Civitavecchia, donde se embarcó luego para Nápoles. Arnao, por su parte, se encargó de sacar de Roma a Antonelli, y le llevó en su coche precediendo a cierta distancia al del Conde Spaur. De este modo llegaron todos a Gaeta y allí descansó al cabo Su Santidad y pudo considerarse seguro bajo la custodia del leal y piadoso Rey de Nápoles, quien acudió inmediatamente a recibir al Pontífice fugitivo y ofrecerle la hospitalidad más generosa.

Opinan algunos filósofos que hay en nuestro pecho cierto rincón profundo, donde suelen nacer sentimientos, que no son después acogidos ni aprobados en la parte más noble del alma, y es muy posible que en ese oculto recinto se presentara al Rey Fernando el secreto impulso de alegrarse por ver al Papa Pío IX, que tan malos ratos le había dado con sus ideas liberales, obligado a huir de sus Estados y venir a pedirle auxilio. Pero en todo caso no pasaría esto de una tentación, pues D. Fernando se mostró sinceramente pesaroso de las desventuras del Pontífice y satisfecho únicamente de la honra de aquella inesperada visita y del aumento de prestigio que de ella iba a resultarle, no sólo entre los extraños, sino también entre sus propios súbditos. Acompañado de la Reina y de sus hijos se humilló a los pies del Papa, inclinándole las rodillas con la misma veneración con que el normando Guiscardo se las inclinó a Gregorio VII.

Pero volviendo otra vez a las cosas de Roma, debo ahora referir que Martínez de la Rosa, antes de marcharse a Civitavecchia, me llamó a su gabinete y me preguntó si tenía inconveniente en aceptar el encargo, que entonces parecía peligroso, de quedarme en aquella ciudad para custodiar el Palacio de la Embajada y proteger, en cuanto me fuese posible, a los súbditos españoles; a lo cual le respondí que no sólo no tenía en ello inconveniente, sino que, antes al contrario, aceptaba aquella comisión con mucho gusto. Rogóme entonces que cuidase también de escribir, tanto a D. Pedro Pidal como a él, todo lo más notable que sucediese en Roma durante su ausencia, y así lo hice

constantemente en despachos y cartas que, si los tuviera ahora a la vista, me permitirían referir muchos pormenores que ya con el transcurso de tantos años, se me han caído de la memoria.

Ciñéndome, pues, a mis solos recuerdos diré que el primer suceso notable que tuve que comunicarles a mis dos jefes fue que no había acontecido nada en Roma después de la salida del Papa. Imposible parecerá a mis lectores, pero así fue la verdad, y en esto se engañaron completamente los políticos reunidos en Gaeta, porque, según supe después, contaban mucho con una pronta reacción, producida en el pueblo por el pesar de haber perdido la presencia del Papa, sin la cual Roma debería convertirse pronto en una especie de desierto, y también por los desórdenes que iba a traer probablemente consigo la falta de todo Gobierno. Hubo, efectivamente, un poco de reacción en los ánimos, mas no fue bastante grande para oponerse a la tiranía del Gobierno provisional, establecido enseguida por los revoltosos, cuya autoridad fue ejercitada de tal modo que no permitía que se turbase excesivamente el orden material, mas no ponía coto a ciertos desmanes destinados a infundir terror en sus contrarios.

Veíase ya de mil modos que el Papa había perdido el cariño de la plebe y de la burguesía; a cuyo propósito es necesario tener presente que aunque el Gobierno papal es monárquico, es al mismo tiempo electivo, y tiene, por lo tanto, los inconvenientes de este sistema, en el cual son siempre peligrosos los intervalos de uno a otro Soberano y también el alejamiento de éste, a causa de que no existe una dinastía permanente que ocupe el puesto y defienda la memoria del que fallece o se ausenta. Pío IX dejó confiado el Gobierno a una Comisión, compuesta de Cardenales y Príncipes; pero nadie se curó de ella. Observábase también en aquella ocasión cuan escaso es a veces el respeto que profesa el pueblo romano al Soberano Pontífice en comparación del que le tributan los católicos de países más distantes, en quienes es naturalmente *major e longinquo reverentia*. Hay de ello mil ejemplos en la historia, pues nada ha sido tan frecuente como los insultos de la plebe romana a los Papas muertos o ausentes. Basta recordar que fueron derribadas y rotas las estatuas de Julio II, Sixto V y Paulo IV y que a la muerte de Adriano VI, el antiguo ayo de Carlos V, le dieron los romanos una serenata al médico que le había asistido. En el caso de Pío IX la plebe le denostaba y no faltaban personas importantes que llevasen a mal su fuga y se quejasen de que, después de haber traído sobre Roma tantas desgracias, los abandonaba de aquella manera, dejándolos a la merced de Sterbini y Cicerovacchio.

Como acabo de decirlo, la Comisión nombrada por el Papa no llegó nunca a ser reconocida, y entre tanto la revolución seguía su curso y mostraba cada día más alientos, sobre todo, mentira parece, después que el Mariscal Radetzhy, reforzado por las tropas de Nugent, derrotó completamente a los piamonteses, y dispersó los voluntarios de toda Italia, que formaban parte de los ejércitos de Carlos Alberto. Pero esta anomalía se explica por las ilusiones de Mazzini, quien pensaba que lo que no había podido hacer el Rey de Cerdeña lo haría con más facilidad una República romana, sostenida por los pueblos de toda la península; y tomando en sus manos la causa de la independencia, mandó que todos los voluntarios se retirasen hacia Roma. Allí acudió también él mismo, acompañado de un número considerable de sectarios, que le servían como de coros y comparsas para montar por do quiera las escenas de su triste farsa revolucionaria.

Viose entonces Roma llena de las más extrañas figuras del mundo, con rostros patibularios, barbas sucias, ropaje parecido al de los bandidos de Calabria y un aire de matasietes que imponía mucho temor. Su aspecto alarmaba tanto que causó luego placer la llegada de los voluntarios, porque al menos observaban cierta disciplina y obedecían a jefes de opiniones exaltadas, pero de reconocida probidad, como Manara, Melara y Garibaldi. Ni hay que decir que hubo al instante elecciones, Constituyente, venta de bienes eclesiásticos, impuesto progresivo, creación de papel moneda y todo cuanto constituye la ya conocida receta empleada por los profesores de revoluciones, a fin de civilizar a los pueblos que conceptúan atrasados. Y como todo había de ir acompañado de mojigangas, pusieron músicas en los locales de las elecciones y llevaron luego las urnas al Capitolio con acompañamiento también de música y canto.

El Soberano Pontífice, a pesar de su blandura conocida, creyó al fin necesario lanzar una excomunión contra aquella multitud delirante; mas tampoco de esto hicieron el menor caso, antes bien organizaron luego una manifestación con objeto de mofarse de la bula, llevándola procesionalmente por las calles de Roma y echándola al fin en la cloaca pública con gritos, blasfemias y risotadas. Asustaban al mismo tiempo de mil maneras a los pocos Cardenales y Monseñores que no habían huido todavía de Roma y andaban escondidos en varios Palacios, entre los cuales se hallaba Lambruschini. A éste le odiaban más que a ningún otro, y al fin descubrieron el lugar de su refugio; pero el ilustre Purpurado tuvo la fortuna de escapar a tiempo, disfrazado de oficial de dragones, y los sectarios saciaron el furor que los poseía, acribillando su cama a puñaladas.

La Asamblea Constituyente, apenas llegó a reunirse, se dio prisa a declarar al Papa decaído del Poder temporal y proclamó la República. En seguida fueron quitadas de todas partes las armas y la bandera del Pontífice, sustituyéndolas con el gorro encarnado, y una muchedumbre clamorosa subió en confuso tropel las gradas del Capitolio y colocó también aquel emblema republicano sobre la cabeza de la estatua de Marco Aurelio, que a pesar de ser de bronce, tengo yo para mí que se ruborizó del desacato. Finalmente formaron un triunvirato, compuesto de Mazzini, Saffi y Armellini. Ya sabemos quién fue el primero. El segundo era un abogado de Romaña, que se distinguía por sus ideas exaltadas. Armellini, abogado también, era romano y gozaba de mucha reputación en el foro de aquella ciudad. Tenía su principal clientela entre la nobleza, y causó por eso mucha sorpresa que se declarase repentinamente partidario de la República; pero todo se explica por la ambición. Contaban que cuando se arrellanó en el sillón del Gobierno, les dijo a los que estaban presentes: «Ahora soy yo otro Gonzalyi».

La situación de Roma en aquella época llegó a ser peor aún que la de España e Italia después de las revoluciones del año 20, y como además de ofender los intereses políticos de los otros países, ofendía asimismo los intereses religiosos de las naciones católicas, fue natural que éstas tratasen de repetir también las negociaciones de Verona, a fin de poner coto a las demasías de los revoltosos. El Piamonte mismo, a pesar de su desacuerdo con Pío IX, empezaba ya a alarmarse de los excesos de Mazzini. La España fue la primera que habló de ello, tomando la delantera en este asunto. Una nota de D. Pedro Pidal, a la sazón Ministro de Estado, excitó a las Potencias católicas para que, obrando de común acuerdo, adoptasen las medidas necesarias con objeto de restablecer la autoridad del Sumo Pontífice. Martínez de la Rosa apoyaba por su parte esta iniciativa de nuestro Gobierno y escribía a Madrid, despacho sobre despacho, con el fin de que, sin pérdida de momento, fuese alistado en España un cuerpo de tropas que estuviese pronto a marchar a Italia, apenas lo requiriesen las circunstancias.

Sorprende a primera vista que dos hombres de Estado españoles pertenecientes al partido liberal, si bien moderado, se mostraran en aquella ocasión tan sumamente reaccionarios que no titubeasen en emplear todos los medios posibles para que la España hiciese en Italia lo mismo, poco más o menos, que ellos habían criticado tanto cuando fue hecho por la Francia en España. Pero el espíritu humano incurre a menudo en tales contradicciones, y es un bien que así sea, porque la aplicación estricta de la lógica no siempre sería conveniente en los negocios de Estado. Pidal, aunque liberal moderado, propendía mucho a las soluciones enérgicas, y por lo que hace a Martínez de la Rosa, parecía como que deseaba enmendar en Italia los errores de que había sido involuntario cómplice en España. Además, creo yo que siendo admirador del afamado Chateaubriand, quería tener también su Congreso de Verona.

Por desgracia, ni la nota de Pidal tuvo en todas partes la acogida de que era digna, ni la situación respectiva de las demás Potencias permitía que obrasen de acuerdo en este asunto. Al fin tuvo el Papa que pedir directamente el auxilio de los Gobiernos católicos, y de sus resultas hubo conferencias en Gaeta; pero los Plenipotenciarios, cuyas miras no eran idénticas, se limitaron a reconocer la necesidad de la intervención, sin explicar ni fijar, como se hizo en Verona, y como hubiera sido deseable, la parte que en aquella campaña debía corresponder a cada uno.

Consecuencia de esto fue que cada cual obró por su lado y de la manera que le fue posible. El Austria, victoriosa ya en Lombardía, ocupó la Romaña y se adelantó hasta Perusa. El Rey de Nápoles entró en Velletri; pero atacado por tropas salidas de Roma durante una suspensión de hostilidades, ajustada entre los revolucionarios romanos y la Francia, creyó más prudente volverse a sus Estados, después de haber rechazado a Roselli y Garibaldi. El General Córdova, llegado poco después, ocupó el territorio que acababa de evacuar el Rey de Nápoles, y se extendió por la Umbría hasta Espoleto.

Tanto el Austria como la España hubieran deseado atacar a Roma, solas o en unión de la Francia; pero ésta se había adelantado ya a todos, tomando para sí aquella empresa. Regíase todavía por República, y el Príncipe Napoleón, que ocupaba ya la Presidencia y aspiraba secretamente al Imperio, quería ganar tiempo y contentar a todos: a los reaccionarios, restableciendo la autoridad del Papa; a los liberales, empleando para ello más bien la persuasión que las armas. Esto produjo una situación equívoca que duró hasta que, vencida la revolución en las calles de París, pudo el General Oudinot, Jefe del ejército expedicionario francés, atacar eficazmente a Roma. El sitio de aquella ciudad, de que hablaré en otro capítulo, fue relativamente largo y sangriento, pero al cabo triunfó el valor de los franceses, unido a la superioridad de sus medios y de su disciplina, y Mazzini y Garibaldi tuvieron que abandonar el campo. El Gobierno Pontificio quedó pronto restablecido desde Ferrara a Terracina.

Hase discutido mucho acerca de si la España hizo bien o mal en mandar sus tropas a aquella especie de cruzada. Ofusca a muchos la idea de que nuestro ejército no hubiese podido tomar parte alguna en el sitio de Roma, permaneciendo con el arma al brazo en Velletri, mero espectador de la lucha que tenía ante los ojos. Han criticado otros que nos hubiéramos expuesto al peligro de tener que tomar parte en una guerra europea, si, por desgracia, en vez de triunfar en París Napoleón, hubiese triunfado la República, resultando de ello una guerra entre la Francia y el Austria. El mismo General Córdova no deja de deplorar en sus *Memorias*, que la falta de acuerdo entre las Potencias y la ineficacia de las negociaciones de Gaeta le hubieran colocado en una posición que le parecía desairada, y se lamenta también de que no tuvo ni siquiera la ocasión, como tanto lo deseaba, de medirse con Garibaldi. Finalmente, confieso que yo mismo me inclinaba entonces bastante a desaprobar aquella empresa.

Pero reflexionándolo después mejor, me ha parecido que las ventajas que tuvo superaron con mucho a sus inconvenientes. Martínez de la Rosa, en su *Bosquejo histórico de la política de España*, señala tres de aquéllas, a saber: que la conducta observada por nuestro país no pudo menos de realzar su concepto a la faz de las demás naciones; que desempeñó cumplidamente y con mucha honra suya la parte que le cupo en la intervención; y finalmente, que allanó también el camino para el arreglo definitivo de los asuntos eclesiásticos. A esto creo yo necesario añadir que por medio de aquel alarde de fuerza y de sentimientos conservadores, la España recobró en la opinión de los Gabinetes más monárquicos de Europa, la estimación que había perdido con sus revueltas de medio siglo. La expedición de Portugal, verificada un año antes, le había granjeado ya mucho aplauso; pero la de Roma fue todavía más digna de alabanza. La noble España, la que durante tantos años había ofrecido el vergonzoso espectáculo de sus pronunciamientos militares, alzaba al fin la frente y traía a Italia la bandera de la lealtad y de la monarquía, la bandera de sus antiguas glorias.

Y si a pesar de estas consideraciones duda alguno todavía de que aquella empresa fue i a ventajosa para nuestro buen nombre, no tiene más sino pararse un momento a pensar qué se habría dicho de España si, en lugar de acudir, como la Francia y el Austria, al llamamiento del Santo Padre, se hubiese limitado, como el Portugal, la Baviera y la Bélgica, a hacer votos estériles por su restauración. Es cierto que la Francia desatendió nuestra oferta de cooperar con ella al sitio de Roma; pero lo mismo hizo con el Austria, y la respuesta de Oudinot a Córdova fue igual a la que ya antes había dado al General austríaco, que se adelantó hasta Perusa. Es cierto también que no tuvimos oportunidad de pelear con Garibaldi; pero esto más bien me parece a mí fortuna que desgracia, pues de ese modo nos libertamos de tener que derramar inútilmente sangre italiana y

sangre nuestra en aquel país, donde no hay quizás un monte ni una llanura que no estén empapados de ella. Por primera vez, pudo decirse y yo lo celebro mucho, que veníamos a Italia por una santa causa, sin miras interesadas, sin oprimir a sus pueblos, sin humillar a sus Príncipes. En fin, las temidas complicaciones europeas no llegaron nunca a existir, y si su posibilidad era un peligro, valía la pena de correrlo en cambio de tantas otras ventajas, que eran completamente seguras. Honor, pues, a D. Pedro Pidal y a Martínez de la Rosa, que promovieron aquella nobilísima empresa; honor al General Narváez, que la hizo posible, manteniendo con mano fuerte el orden público en nuestro propio país; y honor, en fin, al General Córdova, que supo llevarla a cabo con dignidad, prudencia y tacto. ¡Ojalá hubieran sido como aquella todas las acciones de su vida!

XXIX.
Roma, de 1847 a 1852.

Sitio de Roma por los franceses en 1849.—Primer ataque frustrado por Garibaldi.—Varias personas comprometidas se refugian en nuestro Palacio.—Napoleón envía a Lesseps para que negocie un arreglo.—Concluyen los franceses un armisticio que permite a los romanos atacar al Rey de Nápoles en Velletri.—El Rey se retira con sus tropas.—Los sitiados se envalentonan.—Asesinato de varios eclesiásticos.—El pueblo saca algunas armas de nuestro Palacio.—Consigo que salgan de Roma muchos españoles.—Desaciertos de Lesseps.—Es despedido del campo francés y comienza el sitio en toda regla.—Retrato de Garibaldi.—Los franceses se apoderan al fin del Janículo y Oudinot verifica su ingreso en Roma el 3 de julio.

Paso ahora a referir el sitio de Roma por los franceses, que duró dos meses y tuvo tres períodos. En el primero creyó la Francia que podría apoderarse fácilmente de ella con un pequeño cuerpo de 10.000 hombres, favorecido por un movimiento político, que prometían realizar dentro de la ciudad los liberales más moderados; pero en esto se llevó el mismo chasco que los Plenipotenciarios de Gaeta, porque nadie se atrevió a moverse. En el segundo período, Lesseps, enviado por Napoleón, entabló negociaciones con los Triunviros, esperando conseguir con maña lo que antes no había conseguido con fuerza. También este recurso resultó completamente vano, y entonces procedieron al fin los franceses a atacar seriamente con fuerzas tres veces mayores que en el primer asalto, y lograron su propósito después de un mes de combate.

En el primer período fue conspicuo el valor de Garibaldi, quien al frente de los voluntarios y ayudado por la artillería, que coronaba los muros, rechazó el 30 de abril el ataque de los franceses y los obligó a retirarse a Palo. Los moderados, que debían verificar un movimiento de reacción, parecido al que se realizó casi contemporáneamente en Toscana, no tuvieron ánimo para hacerlo, esperando, antes de declararse, que los franceses penetraran en Roma. Un coronel francés, cuyo nombre era Le Blanc, y un diplomático del mismo país, llamado el Barón Mercier, que era entonces Secretario de Legación y llegó a ser más adelante Embajador de su nación en Madrid, habían entrado en Roma antes del asalto y se entendían con los jefes reaccionarios, principalmente con los Comandantes de la Guardia nacional, uno de los cuales era el Marqués Pío Capránica, de quien he hecho mención en otro capítulo. A todos los conocía yo muy bien, por lo cual no ignoraba cuáles eran sus proyectos. Tenían buenas intenciones y podían contar con muchos milicianos cansados de la República y deseosos del regreso del Papa; mas les faltó valor en el momento decisivo, y mientras deliberaban ellos, se retiraron los franceses, rechazados por Garibaldi.

Según era de prever, los Triunviros tuvieron pronto noticia de lo que habían maquinado los reaccionarios, y apenas se vieron libres del peligro de los franceses, se volvieron contra aquéllos, prendiendo a algunos e infundiendo terror en todos. El coronel francés Le Blanc fue encerrado en el castillo de San Angelo, y Mercier se refugió en nuestro Palacio. También el Marqués de Capránica me pidió un asilo, que no pude negarle. Acompañóle la Marquesa, su esposa, la cual no quiso

abandonarle en aquel peligro, y de este modo me encontré con tres amables huéspedes, que, aunque algo asustados, me proporcionaban una sociedad muy agradable. Las comidas eran alegres y por la noche se jugaba a las cartas, cual si nos halláramos en alguna casa de campo y no en una ciudad sitiada. Moreno, Steinberg y otros amigos venían a pasar con nosotros la velada.

Pidiéronme asimismo asilo varios clérigos y frailes españoles del convento de Trinitarios de Vía Condotti, de San Carlino y de Montserrat, y aunque muchos de ellos eran rabiosos carlistas, a todos los acogí con la mejor voluntad. Hice colocar colchones en los cuartos del último piso, y allí dormían todos con bastante comodidad. Al amanecer comenzaban sus misas en la capilla del Palacio y las decían todos por turno. De su manutención cuidaba el mayordomo de Martínez de la Rosa, de manera que no carecían de nada.

En el ínterin habíase suspendido el sitio, y Lesseps negociaba con los Triunviros. Luis Napoleón, que era ya Presidente de la República, le había enviado con el objeto de ver si los romanos querían recibir a sus tropas como amigas, a fin de evitar mayores males en el caso de que, después de empeñar una lucha sangrienta, tuviesen que declararse vencidos. Pero no era Mazzini tan cándido que consintiera la entrada de los franceses, siquiera se dijesen amigos, porque no se fiaba de Napoleón y tenía por otra parte la esperanza de que su Gobierno no fuese duradero ni fuerte. Para hacer posibles las negociaciones habían consentido los franceses que se concluyese un armisticio; acción a la verdad poco conforme a la lealtad que debían a las otras Potencias católicas, porque permitía que los romanos emplearan sus armas contra ellas. Y así sucedió bien pronto. Roselli y Garibaldi salieron luego de Roma y atacaron en Velletri al Rey de Nápoles, que se hallaba en aquella ciudad, acompañado de su hermano el Conde de Aquila, de nuestro Infante D. Sebastián y de su Ministro de la Guerra el Príncipe de Ischitella.

El terreno era favorable, pues que Velletri se halla situado en una altura que domina los campos circundantes, y el Rey Carlos III había rechazado allí mismo un siglo antes al General austríaco Lobkovitz, que marchaba a la conquista de Nápoles. En aquella nueva ocasión rechazó también el Rey Fernando a los Generales romanos, y el afamado Garibaldi estuvo a punto de caer prisionero en manos del Mayor Colonna, que mandaba la caballería napolitana. Mas sea que el Rey temiese por la tranquilidad de su Reino o que creyera ofendida su dignidad por el proceder poco leal de la Francia, juzgó al fin oportuno abandonar aquella posición avanzada y retirarse a sus Estados. Este partido pudo parecer prudente; pero la precipitación con que se llevó a cabo quitó bastante crédito a las tropas de aquel Monarca. Los revolucionarios quedaron persuadidos de que D. Fernando había huido por temor de sus armas. Y los franceses pagaron pronto bastante caro sus tergiversaciones, porque los romanos, envalentonados con esta supuesta hazaña de Roselli y Garibaldi, se creyeron invencibles y cerraron más y más los oídos a las reflexiones de Mr. Lesseps. Y soñando siempre con nuevas maquinaciones de los reaccionarios, empezaron otra vez a cometer serios desórdenes a fin de aterrorizarlos. Así como habían imitado el 15 de agosto, quisieron imitar también en pequeño las matanzas de septiembre, empezando por asesinar y arrojar al Tíber a varios campesinos, por la sola sospecha de que fuesen clérigos disfrazados, venidos a Roma para ganar partidarios al Papa. Después de esto decidieron deshacerse de catorce entre clérigos y frailes, los cuales se hallaban presos como conspiradores en el convento de San Calixto, de Trastevere.

Un cierto Cortesi, negociante de granos, que era Comandante de un batallón de milicianos de aquel barrio, vino a decírmelo en gran secreto, porque entre los presos había tres españoles y pensó que tal vez yo podría encontrar un medio de salvarlos. Agradecíle mucho su aviso, y sin pérdida de tiempo fui a ver a un alto empleado de la policía, apellidado Galvagni, a quien había conocido antes en los salones de Roma, pues era persona muy bien nacida, y le referí lo que pasaba. Al principio trató la noticia de absurda y quería que yo me tranquilizara con buenas palabras; pero después que le referí los pormenores que me había comunicado Cortesi, y le supliqué, con todo el ardor de mi alma, que procurara la libertad de aquellos infelices, tuvo al fin la extrema complacencia, por la cual le he quedado toda mi vida reconocido, de prometerme que aquella misma noche los haría trasladar al Palacio de España. Y el medio que para ello empleó fue el siguiente. Mandó a San

Calixto dos gendarmes de su confianza, los cuales entraron allí con aire muy brusco, y fingiendo que debían llevar al castillo de San Angelo a mis tres españoles, preguntaron por ellos y los reclamaron. El sargento de milicianos, comandante de la guardia, que era una buena persona y había sido además advertido de todo por Cortesi, se los entregó sin requerir orden escrita, y de esta manera salieron del convento más muertos que vivos. Pusiéronlos los gendarmes en un carruaje de alquiler, y apenas se alejaron un poco, les dijeron que los conducían a nuestra Embajada. Imagínese el lector cuál sería su contento, y mayor le tuvieron cuando entraron al fin en el Palacio por cierta puerta excusada, que da a la solitaria calle de Mario dei Fiori. A la mañana siguiente, me horroriza recordarlo, supimos que los otros desventurados eclesiásticos presos con ellos en San Calixto, habían sido cobardemente asesinados aquella madrugada por la canalla republicana.

El buen éxito que tuve en este negocio no me hizo olvidar lo expuesto que era tener albergados en mi residencia tanto número de clérigos y frailes, contra los cuales era cada día mayor el encono de los revolucionarios. Hasta entonces nuestro Palacio había sido respetado; pero el portero, que era un suizo muy fiel, me avisaba que grupos de paisanos y también algunos garibaldinos solían pararse delante de la puerta y amenazar con el puño al escudo de nuestras armas. Además, el Palacio Farnese, que pertenecía a Nápoles, había sido ya invadido y saqueado por una turba de revoltosos, y esto hacía temer que el nuestro sufriese a su vez la misma suerte, principalmente después que se supo que el General Córdova había desembarcado en Gaeta. Para aumento de inquietudes, había corrido la voz de que existía en nuestro Palacio una colección numerosa de toda clase de armas; lo cual era una grande exageración, porque lo que había era únicamente un centenar de alabardas y fusiles antiguos, que habían pertenecido a la guardia que teníamos por un inmemorial privilegio, suprimido después de la restauración del Papa, en el año 1815. Pero bastaron aquellos rumores para despertar grandes sospechas; y como además el pueblo necesitaba armas a fin de rechazar a los franceses, decidió venir a tomarlas.

Hallábame yo un día escribiendo tranquilamente en mi despacho, cuando vinieron a avisarme que la plaza se iba llenando de gente y que pedían a gritos las armas. Inmediatamente comprendí de qué se trataba, y temiendo por el Palacio y por las personas en él asiladas, me pareció lo más oportuno salir sin demora a la plaza, dejando entornado el portón. Así que me vieron los que dirigían el tumulto, que eran dos miembros del Círculo popular, se me acercaron con mucho comedimiento y me explicaron cuáles eran las sospechas y los deseos del pueblo. A esto les contesté que el pueblo se engañaba completamente; mas puesto que también ellos dos parecían dispuestos a creer que las armas eran muchas y buenas, les proponía que entrasen en el Palacio con una docena de los amotinados y yo mismo se las haría ver y se las entregaría, si eran de su agrado, a fin de evitar mayores desórdenes. Aceptaron con gusto mi propuesta, y aunque, como digo, las armas eran muy viejas y casi inservibles, a ellos les parecieron excelentes y se las llevaron con mucho contento, sin haber pretendido registrar otros aposentos ni pasar de una galería baja, en la cual las había hecho colocar algunos años antes el Ministro Castillo y Ayensa. Y es probable que algunos de los albañiles que trabajaron en aquella época en las obras del Palacio diera noticia del depósito a los miembros del Círculo, a fin de mostrarse buen patriota.

De todos modos, pasado aquel segundo peligro, me pareció prudente evitar otros mayores, haciendo que saliesen de Roma todos los eclesiásticos que tenía en Palacio. Había para esto la dificultad de que los Triunviros se oponían a que nadie saliese de la ciudad, temiendo sin duda que fuesen a revelar al General francés el secreto de la defensa. Mas sucedió por aquellos días que Lesseps consiguió la libertad y salida del coronel Le Blanc y también la del Barón Mercier, quien, como he dicho, estaba escondido precisamente en nuestro Palacio, y esto me animó a dar un paso, que no era muy regular, pero que estaba justificado por lo extraordinario de las circunstancias, y fue ir a ver a Mazzini.

Dejáronme pasar los ujieres apenas les mostré mi tarjeta. Hiciéronme entrar en una sala, donde hallé a Haffi y Armellini jugando tranquilamente al ajedrez, y al fin fui introducido en el despacho del Triunviro. Estaba éste sentado delante de un bufete lleno de libros y papeles, e

interrumpió lo que escribía para escucharme. Miréle un rato antes de hablar, y me pareció tal cual le representaban sus retratos, de mediana estatura, color moreno, barba larga y negra, y ojos también negros, con la expresión seria, pero dulce. Parecía más bien un pastor metodista, que un tribuno. Nuestra entrevista no duró mucho. Quiso al principio mostrarse difícil, alegando la hostilidad de la España, cuyos soldados habían desembarcado en Nápoles, y marchaban ya hacia Terracina. Pero le hice presente que los particulares no deben sufrir por la conducta de sus Gobiernos, y le recordé, entre otras cosas, que algunos años antes el Piamonte no reconocía a nuestra Reina y tenía hospedado en Génova a D. Carlos, sin que por eso fuese molestado en España ningún súbdito sardo. Entonces se quedó un rato pensativo, y al fin me alargó la mano, diciéndome: «Retírese usted tranquilo, pues voy a dar órdenes para que se permita la salida diaria de una diligencia ocupada por los súbditos españoles que quieran dejar a Roma.» De este resultado no saco ninguna vanagloria, pues es cosa sabida que cuando se trata de las relaciones exteriores, no hay demagogo, por fanático que sea, que no muestre cierta cortesía. Con todo, me alegré mucho de ello y regracié sinceramente al famoso Triunviro.

Inmediatamente después hice un trato con un alquilador de coches, para que me diese cada día una diligencia, la cual debía llevar a Civitavecchia nueve pasajeros; y de esta manera, en una semana hice salir a todos mis clérigos y frailes, y también de contrabando a algunos romanos que se creían poco seguros en la ciudad, cuyos nombres creo inútil recordar ahora. Fuese también de este modo un tal D. Esteban Azpeitia, quien era administrador de los bienes de Montserrat y tenía el carácter de agregado a nuestra Embajada. Era un aragonés, de apariencia ordinaria, pero de mucho talento, que había llegado a Roma en calidad de Secretario del Cardenal Marco, cuando éste fue allí para asistir al Cónclave de León XII, y aunque el Cardenal se marchó después, él se quedó empleado en Montserrat, y poco a poco llegó a ser el factótum de los Embajadores para los asuntos eclesiásticos. Vestía de abate y le llamaban Monseñor. Su carácter era franco y servicial, pero pecaba de avaro, y por este motivo no le querían bien los obreros que empleaba en las casas del hospital, los cuales, apenas se marchó el Papa, comenzaron a darle sustos, tachándole de conspirador. Vivía en el Palacio de España; mas no sé por qué se le antojó que estaría más seguro en una casa, perteneciente a Montserrat, que se halla situada en la Plaza Navona, y se marchó a ella. Pero sus enemigos descubrieron pronto su escondite, y una noche fueron allá y quisieron sorprenderle y quizás maltratarle. Afortunadamente, los sintió él a tiempo y el miedo le dio audacia para pasarse a la casa inmediata, saltando de su balcón al de los vecinos, a pesar de que el piso era un tercero. Restituyóse entonces a nuestro Palacio, y después de dejarse crecer los bigotes y cambiar el vestido eclesiástico por otro de seglar, ocupó un asiento en una de las diligencias y se marchó a Civitavecchia.

Otro español de un tipo todavía más original, se fue también entonces de Roma. Llamábase D. Tal de Heredia, natural de Cabra, y era dueño de algunos bienes de fortuna. Había sido teniente en el ejército de Ricardos, durante la guerra de los Pirineos, en tiempo de la primera Revolución francesa, y se había retirado a Roma después de la paz de Basilea. Todavía se conservaba en aquella época en Montserrat el coche en que había hecho su viaje, que era casi una casa con ruedas. No abandonó nunca la casaca ni el sombrero de tres picos, ni los calzones cortos ni la coleta, yendo siempre vestido como un oficial de principios del siglo; por lo cual, los muchachos de Roma le pusieron el apodo de Capitán de comedia, y a veces se divertían en tirarle lodo y aun piedras. Aseguraban algunos que tenía un solar muy bueno en Cabra y que sus parientes deploraban que viviese de aquella suerte, lejos de su país, y más aun que gastase su patrimonio en promover la beatificación de Carlo-Magno, Cristóbal Colón y otros célebres personajes. Por su voluntad no habría salido nunca de Roma; pero los pilluelos, envalentonados con la licencia reinante, le daban tan malos ratos, que al fin me pidió el favor de salir en una de las diligencias, dirigiéndome con este objeto una súplica, que comenzaba con este texto de Cicerón: *¿in qua urbe vivimus, quam Rempublicam habemus?*; porque era hombre docto y buen latino. Cuando todos estos fugitivos

llegaron a Barcelona, tuvieron la bondad de elogiar mi conducta en los periódicos de aquella ciudad, diciendo que había sido para ellos un segundo padre.

Libre así de pesadas responsabilidades, recobré mi quietud de espíritu y continué mi vida ordinaria, cual si no hubiera republicanos en el mundo. Los amables Marqueses de Capránica eran los solos huéspedes que me quedaban. Leía y escribía durante el día, y por las tardes solía subir a la Trinitá dei Monti para ir a la Villa Ludovisi, que está situada a su espalda y dentro de los muros de Roma. Hallábanse en ella sus dueños, los Príncipes de Piombino, únicos patricios romanos que no habían dejado la ciudad. Era entonces aquella quinta un remedo del Paraíso y a ella podía aplicarse cuanto dice poéticamente Fenelon de la gruta de Calipso. Veíanse allí por todas partes árboles frondosos, alfombras de un césped más verde que la esmeralda, prados esmaltados de flores, y fuentes, cuyas aguas cristalinas corrían con un dulce murmullo. En el Casino central residía la Princesa, la bella y bondadosa Guillermina, con sus dos hijas, que aunque todavía niñas, prometían ser muy lindas. Carolina, la mayor, es ahora la Princesa Pallavicino, dama de la Reina Margarita; la segunda, Julia, casó con el Duque de Fiano, Senador del Reino. Es aquel Casino de una arquitectura muy graciosa, y en el techo de su vestíbulo pintó Guercino al fresco una Aurora, que rivaliza con la del Palacio Rospigliosi, debida al Guido. El Príncipe D. Antonio se alojaba en un pabellón inmediato, y solía divertir sus ocios tocando la flauta, a la cual era muy aficionado, como Nerón y Federico. Cuando yo llegaba, paseábamos todos juntos bajo las amenas bóvedas de los árboles, y como estábamos en el mes de las flores, el perfume de las rosas embalsamaba el aire. ¡Qué bella parecía la Naturaleza en aquel jardín encantador! ¡Qué odiosas las disputas de los hombres!

Pero dejemos ya este idilio y volvamos al drama trágico de Roma. Las negociaciones de Lesseps no lograron vencer la constancia de Mazzini, y aquél tuvo al cabo la increíble flaqueza de suscribir un arreglo, en virtud del cual no sólo reconocía la Francia a la República romana, sino que se obligaba a defenderla de sus enemigos. Los franceses se contentaban con ocupar algunas posiciones fuera de la ciudad. Semejante desacierto colmó al fin la paciencia del General Oudinot, y como al mismo tiempo sabía que las ideas de orden ganaban mucho terreno en París, decidió desaprobar terminantemente aquel Convenio. Quiso Lesseps protestar y oponerse a la voluntad de Oudinot, mas fue despedido del Cuartel general casi con violencia, y una voz común entre los oficiales franceses le calificó de loco. Afortunadamente para él, la gloria que adquirió más adelante con la apertura del istmo de Suez, y que le valió el título de Gran Francés, hizo olvidar enteramente sus errores de Roma.

Denunciado, pues, el armisticio, empezó luego el sitio en toda regla, el cual duró más de un mes. Atronaban el aire los cañonazos y las descargas de fusilería de sitiados y sitiadores, que apenas se interrumpían durante la noche. Los víveres no faltaron, porque el recinto de Roma es tan dilatado que Oudinot no pensó nunca en establecer un completo bloqueo. No circulaban carruajes ni se veían apenas transeúntes. La hierba crecía en la plaza de España, y cuando iba a la Villa Ludovisi no encontraba un alma viviente. Un cierto Cernuschi, Diputado milanés, recorría las calles, llamando al pueblo a la pelea. Era alto y de buena presencia, y llevaba melena larga y chaleco blanco de solapas, para imitar a Saint Just y Camilo Desmoulin. Hacía construir barricadas en todas las calles principales y poner puntas de hierro en las que conducían a las murallas, para impedir el paso de la caballería enemiga. Dirigía la defensa el General Avezzana, genovés y amigo de Mazzini, quien fue muy bien secundado por Garibaldi y los voluntarios de Milán y Bolonia, cuya resuelta actitud obligó a los franceses a abrir paralelas y batir según las reglas del arte las murallas que cercan el Janículo. El General de ingenieros Vaillant dirigía estas operaciones. Primero atacaron los franceses las posiciones avanzadas del Casino de los Cuatro Vientos y de la quinta llamada el Vascello, y tomadas éstas, no sin mucha sangre, pudieron acercarse a los muros y abrir en ellos dos brechas.

Aunque todos hacían lo que podían en aquella lucha, Garibaldi era el héroe de ella, y será por lo tanto preciso que haga aquí su retrato. Era Garibaldi un guerrillero muy parecido a Mina y tantos otros que había producido también en España la guerra de la Independencia contra Napoleón I, con la diferencia, sin embargo, de que no sólo era liberal sino también clerófobo, por la razón conocida

de que en Italia creían las sectas que el Papa y la Iglesia eran uno de los mayores obstáculos para el logro de sus deseos. Garibaldi cayó en esta parte en excesos muy lamentables. Llamaba siempre a los clérigos cuervos, nigromantes y vampiros; hacía también alarde de una religión particular suya, y en algún caso se cubrió de un inmenso ridículo, bautizando y bendiciendo a los niños. Nacido en Niza de una familia de pobres barqueros, no recibió casi educación ninguna y se dedicó también a la marina. Dotado de mucho valor y de un alma muy ardiente, se afilió pronto a la secta más revolucionaria, y habiéndose hecho sospechoso a la policía, tuvo que marchar a Montevideo. Hallóse allí en su elemento, porque eran entonces continuas las guerras entre las Repúblicas españolas. El guerrillero Bento González, medio brasileño, medio español, que dominaba en la provincia de Río Grande, fue su principal maestro. Mandó después la escuadrilla de Montevideo, que combatía contra Rosas, y formó, en fin, parte de la Legión extranjera, compuesta de italianos y franceses, que defendió a aquella ciudad.

Apenas tuvo noticia de la revolución acaecida en Italia en 1848, vino sin tardanza a Europa, y reuniendo alrededor suyo un gran número de voluntarios, asistió con ellos a la campaña de Lombardía y finalmente a la defensa de Roma. Le vi el día de su entrada y también otras varias veces. Era blanco y rubio, llevaba melena y barbas, y su cara recordaba la del león. Su vestido era algo teatral, pero pintoresco; camisa colorada, calzones anchos, botas altas y un sombrero chambergo adornado con plumas. Sus soldados vestían de la misma manera. Acompañábale, como asistente, un negro hispano-portugués, llamado Andrés Aguiar, que era fiel y valiente. Seguíale a todas partes la bella Anita, nacida en Montevideo, con la cual vivía conyugalmente, después de habérsela robado a su marido; acción odiosa, de que se declaró amargamente arrepentido el día en que la vio morir de cansancio en el pinar de Rávena, cuando huía de la persecución de los austríacos después de la rendición de Roma.

Volvió entonces a su primer oficio de marinero y mandó un buque mercante, con el cual hizo el comercio en varios países de América y Asia; y de esta manera pasó algunos años hasta que, habiendo estallado nuevamente la guerra entre la Cerdeña y el Austria, en el año 59, volvió a reunir sus voluntarios y tomó una parte muy activa en la segunda y victoriosa campaña de Lombardía. Más adelante realizó sólo con sus voluntarios la conquista de Sicilia, promovió el levantamiento de Nápoles, e intentó por dos veces la ocupación de Roma. En todas estas empresas fue notable su valor personal y también, preciso es decirlo, la nobleza de su carácter, porque ni la frialdad con que le acogían los Ministros del Rey de Cerdeña, por temor de su popularidad y de sus imprudencias, ni la ingratitud con que le trataba Mazzini, le hicieron nunca abandonar la causa de Italia. Aunque la comparación parezca poco honrosa para la naturaleza humana, no puedo menos de decir que Garibaldi se asemejaba a uno de esos perros generosos, que pelean por salvar a su amo y lamen la mano que los castiga. Era sin duda brutal en su manera de expresarse; pero no dejaba nunca de ser franco; por cuyo motivo solía decir Pío IX que le prefería a Víctor Manuel, como la desventurada María Antonieta prefería Petion a Lafayette. Por fin, Garibaldi no fue nunca sanguinario, y cuando le hicieron Dictador de Nápoles mostró un desinterés muy notable. Su figura y sus hechos herían la imaginación de las turbas,.y su historia ha degenerado en una leyenda, que se transmitirá de los padres a los hijos.

Volviendo otra vez a los sucesos de Roma, debo ya referir que ni los esfuerzos de Garibaldi, ni las barricadas de Cernuschi, ni las medidas que tomaba Avezzana, bastaban ya para impedir el triunfo de los franceses. El sitio tocaba a su término. Una mañana vino a Palacio el Rector de Montserrat y me anunció que los franceses habían al fin entrado por la brecha y estaban haciendo lo que los militares llaman un alojamiento dentro de los muros. Habíalo visto él mismo desde las azoteas del hospital. Era este Rector un aragonés, a quien llamaban en su país Mosen Langa, el cual había servido en su juventud en las filas carlistas, y por esta razón estaba familiarizado con las balas y no había tenido miedo de quedarse en Roma y aun venía a verme muy a menudo, vestido de seglar y armado de un buen garrote. Sus noticias eran exactas. Los franceses ocupaban ya las alturas del Janículo, desde las cuales mandaban la ciudad y podían lograr fácilmente todos sus tiros. Esta

decidida ventaja del enemigo, añadida al terror de algunas bombas que nos envió los tres últimos días el General Guesvillier, establecido ya en los Montes Parioli, por el lado de la Puerta del Popolo, acabó de desanimar a los sitiados. Los Triunviros dieron luego su dimisión, Roma se rindió, y el 3 de julio hizo el General Oudinot su entrada triunfal a la cabeza de sus tropas. Una nueva Municipalidad, presidida por el Príncipe Odescalchi, asumió el gobierno de la ciudad, y el poder temporal del Papa quedó virtualmente restablecido, con no poco júbilo de la inmensa mayoría del público, cansada ya de la tiranía de la República. Nadie hubiera adivinado entonces que lo que no habían podido hacer Mazzini ni Garibaldi, lo haría con la mayor facilidad veinte años después, el General piamontés Cardona, en nombre del Rey de Italia, sin que la Europa, impotente y atónita, le opusiera el menor obstáculo.

XXX.
Roma, de 1847 a 1852.

Napoleón quiere imponerle condiciones al Papa.—Este resiste y vuelve al fin como Soberano absoluto.—Entusiasmo con que fue recibido.—Roma recobra su animación antigua.—Excursiones que emprendo en las cercanías.—Visito a Viterbo y Caprarola.—Paso una temporada en la quinta de Piombino en Albano.—Renuévanse las diversiones del invierno.—Salones del Embajador Rayneval y del General Baraguey d'Hilliers.—El magnetismo y las mesas giratorias.—El Duque de Rivas.—Algunos Monseñores cuelgan los hábitos.—Un Guardia noble llega a ser Cardenal.—Magníficas ceremonias de la Semana Santa.—Crimen cometido en nombre de la música.—Un poeta contribuye a impedirlo.

Luego que los franceses entraron en Roma, la bandera pontificia fue inmediatamente enarbolada en el castillo de San Angelo y en el Capitolio, y una Comisión de Cardenales, nombrada por el Papa, tomó en su nombre el Gobierno de los Estados Pontificios; de suerte que ya no faltaba nada más sino que el Papa mismo, dejando a Portici, donde se hallaba establecido, se volviese a Roma. Mas a pesar de que lo uno parecía a primera vista una consecuencia de lo otro, había varias razones que lo hacían bastante difícil. En primer lugar el Papa deseaba volver a Roma con entera libertad y sin someterse a condiciones de ninguna especie, mientras que Luis Napoleón quería imponérselas, aprovechándose de las desventuras que habían caído sobre la Santa Sede. El Papa quería regresar como Soberano absoluto, anulando cuantas reformas había concedido y restableciendo el estado de cosas que encontró al ascender al Pontificado. Napoleón quería que conservase, por lo menos, algunas de las reformas, cuya necesidad había sido reconocida y recomendada por todas las Potencias antes de las alteraciones del año 48.

La lucha entre estas dos voluntades duró por bastante tiempo; pero finalmente venció la del Papa, tanto por ser más lógica, como porque recibió un auxilio muy eficaz por parte de los mismos franceses. Ni Oudinot ni su sucesor Rostolan se prestaron nunca a ser instrumentos de la política liberal de Bonaparte, y en las mismas Cámaras de Francia se alzó, primero la voz de Falloux, y después la de Montalembert para condenar las exigencias de aquel Gobierno. «Lo que vosotros queréis hacer, les dijo Montalembert a los Ministros de Bonaparte, es transformar a los soldados franceses en opresores y seides; cambiar el papel y la gloria de Carlo-Magno por una lastimosa imitación del revolucionario Garibaldi.»

El Cardenal Antonelli hizo entonces muestra de su carácter firme y animoso, y como tenía en su favor la razón y la fuerza de las cosas, consiguió al fin un triunfo decisivo. La Francia cedió, y Pío IX pudo volver a Roma sin ligarse con promesas de ninguna especie. Y para que el éxito de Antonelli fuese todavía más completo, tuvo también la fortuna de encontrar al instante los millones necesarios para que el Papa pudiera retirar desde luego el papel moneda creado por la República y

comenzar con entero desahogo la gobernación de sus Estados, siendo notable y verdaderamente inesperado, que fuese un israelita, el famoso banquero Rotschild, quien se prestase a facilitarlos.

Regresó, pues, el Papa el 5 de abril de 1850, y no se puede negar que fue acogido con una extrema alegría. Es cierto que muchos extranjeros, especialmente franceses, contribuyeron con sus aclamaciones entusiastas a hacer todavía más notable aquel grandioso espectáculo; pero los romanos mismos se regocijaban muy sinceramente del regreso del Pontífice, porque les prometía el restablecimiento del orden y el renacimiento de la prosperidad perdida. Volvieron también los Cardenales y Prelados ausentes; volvieron los Príncipes y los Embajadores, y un gran número de extranjeros vino, como siempre, a pasar allí los meses del invierno. La ciudad recobró poco a poco su animación de costumbre.

Por mi parte, apenas regresó el primer Secretario Arnao, hice varias excursiones al campo, para cambiar de aire y ver a mis amigos. Empecé por los amables Príncipes de Viano, quienes se hallaban en su quinta de Oriolo, no lejos de Viterbo. Allí pasé algunos días, paseando con ellos por los amenos campos, y haciendo expediciones, ora a Bracciano, ora a Viterbo o Caprarola. Acompañábame en ellas el capellán de los Príncipes, que era un cierto D. Majuolo Cucci, festivo romañolo, que había simpatizado mucho conmigo, a causa principalmente de nuestra común afición a Horacio. Este poeta era para él todo el Parnaso, y le profesaba tanto entusiasmo que hasta le tenía por devoto, aduciendo en prueba de ello que cuando refiere su manera de vivir, nos dice que empezaba el día asistiendo al sacrificio divino: *adsisto divinis*; lo mismo que lo hacían Escipión, Alejandro y otros muchos héroes griegos y romanos, gente toda muy piadosa, según mi amigo D. Majuolo.

En Viterbo admiré algunos buenos cuadros, singularmente un Cristo muerto de Sebastián del Piombo, que produce una impresión terrible y es una de las cosas mejores que de este pintor he visto. Visité asimismo la hermosa quinta de Doria, edificada por la célebre Doña Olimpia Pamfili, y construida de tal modo que se puede subir en coche hasta el primer piso. Era a la sazón Delegado o sea Gobernador pontificio de Viterbo un tal Monseñor Milella, a quien yo había conocido en la tertulia del Conde de Ludolf, Ministro de Nápoles, en el Palacio Farnesio, y me hizo con mucha urbanidad los honores de su residencia. Tenía muy buena mesa y por la noche solía convidar gentes y darles té, lo cual era todavía una gran novedad para aquellos provincianos, y no teníamos Milella y yo poco que reír con los apuros que pasaban algunos de ellos para tomar de pie y sin derramarlo, aquel exótico brebaje. En Viterbo reina Santa Rosa, como en Ávila Santa Teresa. Pero la canonizada viterbense tuvo, al igual de Catalina de Siena, sus puntas de política, y pasa por haber animado mucho a los patriotas del siglo XIII contra el Emperador Federico.

Bracciano, que vimos después, fue antiguamente un feudo de los Orsinis y conserva aún altos torreones y calabozos subterráneos. Mas últimamente ha venido a parar, por enajenaciones sucesivas, a poder de los Odescalchis, y éstos le han remodernado y convertido en una residencia agradable. Pero lo que más admiramos en él fue su nueva dueña, la Princesa de Odescalchi, que era una Condesa Braniska, polaca de nacimiento y hermosa como una Minerva.

De Bracciano pasamos a Caprarola, Palacio perteneciente al Rey de Nápoles por herencia de los Farnesios, para quienes fue edificado en el siglo XVII. Situado muy lejos de toda población y de todo camino real, pocos son los viajeros que lo visitan. Merece, sin embargo, la palma entre las construcciones de su clase. El Vignola lo edificó por orden del Cardenal Alejandro, y los hermanos Zuccari lo adornaron con muy bellos frescos, que representan las cuatro partes del mundo entonces conocidas y las glorias de la familia del fundador. Tempesta pintó también algunas salas, y dicen que el Cardenal tuvo que encerrarle en el Palacio, como refiere Plutarco que hizo Alcibiades con el pintor Agatarco. Pero el travieso italiano intentó un día escaparse, y después que le cogieron se pintó a sí mismo en las paredes de la escalera, huyendo por una ventana. Además del Palacio mismo es muy bello su parque, que se extiende a mucha distancia, y cuyo profundo silencio, interrumpido solamente por el manso ruido de los árboles, recuerda las selvas del Nuevo Mundo. Nadie se hospedaba entonces en aquella espléndida morada, a excepción del Conde de Ludolf, Ministro de

Nápoles, quien iba allí algunas cortas temporadas para divertirse en la caza; de modo que ofrecía el aspecto de un Palacio desierto y encantado.

Después de estas excursiones hice un viaje a España, del cual doy relación en un capítulo aparte. En los otros años acostumbraba a pasar algunas semanas del verano en Albano, donde se respiran muy frescos aires. Tívoli y Frascati estuvieron más de moda en el siglo XVIII, y la Villa Conti, en Frascati, es el ideal de su género; pero poco a poco ha obtenido la preferencia Albano, especialmente desde que fue a residir allí el desventurado Carlos IV. Y todavía se conservaba en aquel pueblo su memoria, mezclada de elogio y de sátira, porque ni olvidaban sus sólidas virtudes ni su increíble apetito, que le permitía devorar a los postres un entero pan de rey, mojado en vino de Jerez.

A la salida de Albano tenía el Príncipe de Piombino una quinta muy espaciosa, donde pasaba los veranos y otoños con su familia, y a ella era yo siempre convidado. Eramos varios los que teníamos la honra de disfrutar de su generosa hospitalidad, y recuerdo a Mimo Capránica, Moroni, Malatesta, Ferretti y otros jóvenes de aquel tiempo. La vida era allí poco más o menos la misma que en Temisco. Por la mañana temprano se hacían alegres borricadas como las de Puerto Real y Cintra, ora a Castel Gandolfo y a los lagos, ora al Monte Cavi, donde estaba, en tiempo de los romanos, el famoso templo dedicado a Júpiter Lacial, y hay ahora un convento de padres pasionistas. La vista que desde allí se disfruta alcanza hasta el vecino Mediterráneo y es de una belleza incomparable. Durante el calor del día se leía o conversaba; por la tarde paseábamos a pie o en coche, y de noche las señoras, que también había algunas convidadas, tocaban el piano, y los demás jugaban al billar o a las cartas.

Había en Albano y sus alrededores muchas otras familias conocidas, como los Altieris, los Graziolis y los Dorias. En la Ariccia la familia Ghigi, que posee allí un Palacio monumental; en Castello los Barberinis y Torlonias, que daban a veces fiestas de campo muy lindas; en Genzano el Príncipe Ruspoli, cuyas hijas eran muy bellas, singularmente Doña Francisca, la cual se casó más adelante con un sobrino de Torlonia. Era graciosa y esbelta, con unos ojos cuya expresión no puede describirse. Toda su persona era un retrato del amor, y me gustaba de tal modo, que muchas veces prolongaba mi paseo hasta Genzano sólo por verla asomada al balcón y contemplar sus amables encantos. En Genzano vivía también D. Camilo Jacobini, rico propietario y hombre ya maduro, pero lleno de viveza y talento, el cual fue el único seglar empleado por Pío IX en el Ministerio que formó después de su restauración, dándole la cartera de Obras públicas. A él se le debe la construcción del hermoso puente de la Ariccia. Venía a menudo a la villa Piombino y amenizaba la tertulia de la noche con las agudezas de su festivo ingenio. Los actuales Cardenales Jacobini son sobrinos suyos y han heredado su clara inteligencia y su noble carácter.

Al llegar el invierno del 1851 abriéronse los Palacios como antes de la marcha del Papa y menudearon las fiestas en los de Doria, Borghese, Rospigliosi y Torlonia, y también en las Embajadas. Al Embajador francés Bar court había sucedido el Conde de Rayneval, Diplomático de carrera y modelo acabado de su profesión. Su aspecto ofrecía algo de extraño, porque carecía completamente de barba, a la manera de los eunucos. Tenía también un carácter tan flemático, que si no hubiese mostrado tanta agudeza en el decir, no se le hubiera creído francés. Su mujer era hija del famoso Mr. Bertin, propietario y director del *Diario de los Debates*, y había heredado tanto las riquezas como el talento de su padre. Era pequeña de cuerpo, pero elegante y agraciada. Sus salones fueron pronto el punto de reunión de la sociedad más escogida, y allí se veía también a los extranjeros de distinción que iban acudiendo a Roma, tanto seglares como eclesiásticos. Allí conocí al amable Monseñor de Segur, apóstol de aquellos tiempos, cuyos libros de doctrina y polémica religiosa hicieron y siguen haciendo mucho provecho a la juventud católica. El Marqués de Custine merece también ser citado, porque entonces gozaba de cierta boga por haber publicado un viaje a Rusia, lleno de evidentes exageraciones, pero con algunas buenas pinturas de la sociedad moscovita de aquellos tiempos. Los rusos no le podían sufrir, y un escritor de aquel país, respondiendo con chiste a su libro, le dijo, entre otras cosas, que si quisieran las otras naciones imitar el desdén con

que trata las reformas y la gloria de Pedro el Grande, y aplicar su criterio histórico a Napoleón, verbi gracia, podrían decir con muchas apariencias de verdad, que no merece el dictado de grande, puesto que de todas sus instituciones y conquistas no le había quedado más a la Francia que los Prefectos y la azúcar de remolacha.

Daba Rayneval comidas y saraos, y tenía además tertulia diaria, de un carácter más íntimo, a la cual concurrían los amigos de aquella conversación urbana y llena de ingenio que ha sido siempre privilegio de la buena sociedad francesa. Y cuando la conversación decaía no faltaban quienes propusiesen ciertos pasatiempos que estaban a la sazón muy a la moda, tales como el magnetismo, las mesas giratorias y los lápices dirigidos por espíritus invisibles. Madama Rayneval se hacía magnetizar tan a menudo, que estuvo a punto de comprometer su salud. Pocas señoras la imitaban en esto. Las mesas giratorias no tenían tantos inconvenientes y ofrecían en cambio ciertas ventajas, pues aunque no se moviesen, proporcionaban siempre la ocasión de un contacto de manos y brazos entre personas de sexo diferente, cuyos efectos eran bastante agradables. Más de una vez me hicieron recordar aquellos versos, creo de Lamartine, que dicen:

¿Un bras nu qui vous coudoie, n'est cepas un mot divin?

En cuanto a las pizarras y lápices mágicos no necesito asegurar que eran el mayor disparate del mundo, y apenas se concibe que damas tan cultas y tan llenas de ingenio como las que allí se reunían, diesen crédito a semejantes patrañas. Pero las rusas principalmente eran muy dadas a ellas y consultaban los supuestos oráculos con una confianza extraordinaria. Ni faltaban hombres que, a pesar de querer pasar por libres pensadores, creían en la intervención de no sé qué espíritus.

Otro salón francés de aquella época era el del General Baraguey d'Hilliers, quien había sustituido a Rostolan en el mando de las tropas de ocupación y era un resto respetable del antiguo ejército napoleónico. Había perdido el brazo izquierdo en Leipzig; pero montaba a caballo y hacía cuanto quería lo mismo que si hubiese conservado los dos. Dio algunos bailes y en ellos mezcló la amabilidad con la rudeza, pues quería que terminasen a media noche, y si los concurrentes tardaban en marcharse, daba orden a sus criados para que apagasen poco a poco las luces. Una hermana suya, viuda de aquel General Conde de Danremont, que murió en el sitio de Constantina, hacía con exquisita urbanidad los honores de su casa y sufría bastante con las excentricidades del viejo soldado; pero los romanos no dejaban de estimarle, porque era hombre franco y amigo de la justicia.

Nuestro célebre Duque de Rivas, que era por aquel tiempo Embajador en Nápoles, vino también entonces a pasar algunas semanas en Roma con su amigo Martínez de la Rosa. Hállele poco cambiado de cuando le había visto en Sevilla, pues aunque sus cabellos blanqueaban y disminuían, no por eso perdía él su buen humor ni tenía más formalidad que antes. Al contrario, su ligereza parecía ir en aumento con los años, y era un viejo verde en toda la extensión de la palabra. Seguía siempre con la manía de dar malos consejos a la juventud y nos recomendaba especialmente que hiciéramos la corte a muchas mujeres a la vez, porque decía que éstas eran como las anguilas, las cuales se escurren de entre las manos y es menester coger un buen número de ellas para que quede al menos una. Acababa entonces de publicar una *Historia de la sublevación de Masaniello,* que mereció muchos aplausos por su bello estilo y por su notable imparcialidad.

Además de los personajes nuevos, vimos también entonces algunos conocidos, que cambiaron de carrera y de traje. Citaré, por ejemplo, a D. Carlos Colonna, hermano del Príncipe de este nombre. A mi llegada a Roma andaba vestido de Monseñor y probablemente hubiera llegado a ser Cardenal; pero después de la revolución renunció a ese porvenir y prefirió casarse con una muchacha muy guapa. El Conde Spada, otro Monseñor, colgó igualmente los hábitos a la vuelta del Papa y se unió en matrimonio con Natalia Comar, joven y rica Condesa polaca, cuya belleza era tan notable, que el pintor Capalti, encargado de ejecutar un cuadro de Santa Rosa para su iglesia de Viterbo, le rogó a la linda Condesa que le sirviese de modelo.

Para consolar sin duda a la Iglesia de estas pérdidas, hubo también algunas conversiones, siendo una de las más ruidosas la de un hermano del Príncipe Chigi, llamado Don Flavio, quien había sido hasta entonces Guardia Noble del Papa y cortejaba sin el menor disimulo a cierta

Condesa romana, con la circunstancia agravante de que ésta era muy fea. Pero al regreso de Pío IX se mostró completamente convertido, y retirándose al Seminario de Tívoli, estuvo allí cuatro años dedicado al estudio de la teología. Volvió luego a Roma, cantó misa y fue hecho Monseñor con bastante apresuramiento, porque la Corte pontificia deseaba mucho que la Prelatura contase algunos miembros de la nobleza. Hanme referido varios amigos que el nuevo Monseñor volvió poco a poco a frecuentar la casa de la Condesa, quien, inútil es decirlo, se había convertido también, y cuando llegó la noche de Navidad fue a pasarla con ella y asistió a la fiesta de la familia, según solía hacerlo antes; y decía con este motivo su propio hermano D. Giovanni, el cual era muy chusco, que todo había pasado como antiguamente, con la sola diferencia de que antes oía allí la misa D. Flavio y después la decía. Y transcurrido un poco más de tiempo le dieron la Nunciatura de Baviera y luego la de París, donde hubo ya Nuncio de su misma familia en tiempo de Luis XIV, y por último, fue también creado Cardenal, y como era de aspecto noble y distinguido, dicen que le caía muy bien la púrpura. Con todo, el público romano en general, no aprobaba enteramente aquel rápido encumbramiento.

No necesito decir que además del pasatiempo de los salones volvimos a tener también el de los teatros. Pero lo que más atraía a los forasteros era el magnífico espectáculo de las funciones religiosas que se celebraban en San Pedro y en la Capilla Sixtina. Ya antes quería hablar de ellas y de buena gana les dedicaría un capítulo entero, porque la impresión deliciosa que me produjeron no se ha borrado ni se borrará nunca de mi mente. Pero además de que ya muchos las han pintado con plumas que con razón exalta la fama, creo que no hay descripción que baste para dar, ni aun aproximadamente, una idea de una cosa tan admirable. Seguramente la Semana Santa de Sevilla es muy bella; pero la de Roma le llevaba muchas ventajas, y digo llevaba, porque desde el año 70 hasta aquí no han vuelto a tener lugar las funciones de San Pedro. En primer lugar el teatro donde se celebraban es más grandioso. San Pedro es, como ya lo dejo dicho, el mayor y más hermoso templo del mundo, y no hay otro que pueda darnos, como él, una idea de lo que sería el de Salomón en los más florecientes años del Reino de Judá. Los personajes de la escena eran también allí más augustos. El Papa, rodeado de los Cardenales y de un numeroso clero, era una imagen viva del Sumo Sacerdote, sucesor de Aarón, acompañado por innumerables Levitas. Todo era grandioso e imponente en aquel espléndido recinto. En ningún otro lugar de la tierra se le tributaba al Ser Supremo un culto más digno de su omnipotencia y de su gloria.

Había sobre todo dos escenas que rayaban en lo sublime: el momento de la elevación en la misa mayor de Pascua y la bendición que daba luego el Papa desde el balcón central de la fachada. En el acto de la elevación el Papa sólo permanecía en pie, y todos los Cardenales y Prelados, el Cuerpo diplomático, los Guardias Nobles, los Príncipes romanos y la masa entera de los fieles, se prosternaba silenciosamente. Cesaba también el órgano y sólo algunas trompas de plata tocaban una suave melodía que conmovía los corazones. La imaginación menos exaltada podía ver en aquel instante los hermosos rostros y las doradas alas de los ángeles al través de las nubes del incienso. La bendición del día de Pascua era asimismo un espectáculo imponente. La plaza de San Pedro es tan extensa que cabía en ella una selva de coches y muchos millares de personas. Al aparecer el Papa en el balcón, todos se descubrían la cabeza, todos caían de rodillas y guardaban un silencio tan profundo, que sólo llegaba a los oídos el apacible murmullo de las fuentes, y si se cerraban los ojos, podía cada cual creer que estaba solo en medio de una plaza desierta. Resonaba luego la voz de Pío IX, que era clara y armoniosa, y daba su bendición a la ciudad y al orbe. Un estremecimiento involuntario corría entonces por aquellos millares de pechos, y por un momento al menos, no había allí ningún incrédulo.

La música sagrada de San Pedro y de la Capilla Sixtina, que según creo, no se ha suspendido como las grandes ceremonias, me parecía asimismo un espectáculo único en su género, un regalo para los inteligentes y también para el vulgo de aficionados que acuden allí de toda Europa, porque Palestrina, Marcello, Allegri y demás célebres autores cuyas peregrinas composiciones ejecuta la Capilla musical del Papa, son como el Rafael, el Leonardo y el Tiziano de la música. Es aquella la

armonía del cielo, y con razón finge Schiller que sus suaves acentos contribuyeron, como las augustas ceremonias del culto, a la conversión del entusiasta Mortimer. En el siglo XVIII había allí, lo mismo que en los principales teatros de Europa, ciertos cantores, a quienes pudiéramos llamar los eunucos del arte, cuyas voces, según Fetis y demás escritores musicales, superaban a todas las otras en expresión y ternura. La Historia ha conservado sus nombres, celebrando especialmente a un Farinelli, que distraía el ánimo melancólico de Felipe V, y un Caffarelli, cuyos acentos patéticos y penetrantes hacían derramar lágrimas a las personas menos sensibles, cuando cantaba arias tan expresivas como la del *Orfeo* de Gluck, *che faro senza Eudirice*. Mas por dicha, aquella bárbara costumbre, digna apenas de los países africanos, aquel crimen que se cometía en nombre de un arte tan divino, fue desapareciendo poco apoco, gracias a la filosofía moderna y también a los versos del poeta Parini, quien apostrofando a los inhumanos padres de aquellas víctimas, les decía:

Ahi! pera lo spietato
Genitor che primiero
Tentó, di ferro armato,
L'esecrabile e fiero
Misfatto, onde si duole
La mutilata prole.

Pero aunque privada de tales voces, es siempre aquella música una cosa bellísima. El único defecto que yo me atrevía a notarle, era que duraba demasiado. San Agustín, que alaba mucho la música religiosa, recomienda, sin embargo, que no sea de tal naturaleza que distraiga a los fieles; y esto es precisamente lo que sucedía en San Pedro y en la Sixtina. Las sabias y hermosas armonías se prolongaban a veces por horas, y de aquí resultaba que los unos atendían únicamente a la música en vez de pensar en los divinos misterios, y los otros se rendían al cansancio. Los Cardenales mismos cerraban involuntariamente los ojos y se entregaban con disimulo en los brazos de Morfeo.

XXXI.
Roma, de 1847 a 1852.

Viaje a España en 1850.—Barcelona y su industria.—Su Catedral afeada por el coro central, como casi todas las de España.—Alegría de Valencia.—Clima benigno de Málaga.—Tristes reflexiones sugeridas por Gibraltar.—Placer con que vuelvo a ver a Cádiz.—Visito a Sevilla, Córdoba y Granada.—Encanto incomparable de la Alhambra.—La Vega de Granada compite en hermosura con el Valle de Méjico.—La Catedral y sus bellas estatuas.—Decadencia de la escultura religiosa.—Costumbre singular de vestir las imágenes.—Sepulcros de los Reyes Católicos.—Gloriosos recuerdos que despiertan.—Viaje de Granada a Madrid.—Oasis de Aranjuez.—Llegada a Madrid.

Los hechos mencionados en este capítulo pasaron todos en España, porque en la primavera del año 1850 obtuve una Real licencia para permanecer allí tres meses, con objeto de ver a mi familia y amigos y visitar de paso varias ciudades importantes de mi país que me avergonzaba de no haber visto, y me propongo decir ahora de ello alguna cosa. Daré, pues, un salto desde Roma a España, no llevado por Asmodeo, como el hidalgo D. Cleofás, sino por un vapor de ruedas, que desde Civitavecchia me condujo a Génova y Barcelona. Y empezando por esta última ciudad diré que me pareció muy hermosa, pero que su aspecto es más bien francés en sus casas y tiendas. Recuerda bastante a Marsella. Su Catedral es gótica y bella. Aféala, sin embargo, el coro, que se halla colocado en mitad de su nave principal, como en casi todas las demás de España

Decía Istúriz que esto era debido a la vanidad de nuestros Prelados y Canónigos, a los cuales agradan mucho los pomposos paseos que dan desde el coro al altar y desde el altar al coro,

precedidos de cruz y cantores. Pero es más probable que esta costumbre haya nacido del deseo de dar más ostentación y publicidad al culto divino, especialmente durante los siglos XVI y XVII, en que todo empezó a resentirse de un gusto exagerado y de las perniciosas exigencias del lujo. El carácter nacional puede asimismo haber contribuido a ello. En la Iglesia griega todo pasa dentro del santuario; en las latinas se ve más la liturgia; en la española especialmente se ha acabado por extender las ceremonias hasta el centro mismo de los templos. Como quiera, es innegable que los tales coros, que son casi todos de una arquitectura bastante mediana, contrastan con la belleza más pura de las iglesias, y forman una especie de pastel, que interrumpe lastimosamente la vista de las naves e impide gozar de su conjunto.

Es notable en Barcelona, igualmente que en toda Cataluña, el espíritu industrial de sus habitantes. En aquella época luchaban todavía desesperadamente para sostener sus fábricas, a despecho de la oposición absurda que les hacían los Diputados de las demás provincias de España, siendo de notar que mientras más liberales eran éstos, más gritaban contra los laboriosos catalanes, a pretexto de defender la ilimitada libertad del comercio. Estaban acometidos de la que llama con razón Carlyle la *eleuteromanía*, o sea la manía de la libertad, aplicándola a todo y sin cuidarse de los intereses de Cataluña, que eran los intereses de España. Por fortuna, Cataluña perseveró, y hoy día es aquella región una pequeña Bélgica, donde vive y prospera una industria muy importante. ¡Y ojalá que toda España fuese en esto Cataluña, o que todos los españoles se pareciesen en esto a los catalanes!

Las mujeres catalanas me parecieron guapas, pero son demasiado altas y tienen en su voz algo de hombruno. Hay alrededor de Barcelona muy bonitas casas de recreo, que llaman torres, porque en España cada provincia les da un nombre diferente. En algunas las dicen castillos, como en Francia, y Cervantes llama así la de los Duques. En Castilla las llaman granjas o quintas; en Toledo cigarrales; en Sevilla huertas, y en Granada cármenes, palabra árabe que significa viña.

Valencia, donde tocó después el vapor, me hizo la impresión de ser una ciudad limpia y de cielo alegre. Aquel país tiene una campiña muy hermosa, que se riega todavía con el sistema dejado por los árabes. En Valencia fue donde permanecieron por más tiempo los griegos, y me parece que los valencianos conservan de ellos la ligereza del carácter y los trajes. Las mujeres son muy bonitas y los hombres todo lo contrario. Las parejas que allí se ven recuerdan la tía Frasquita y el tío Lucas de *El Sombrero de tres picos*, de Alarcón; ella muy hermosa, él más feo que Picio. La Catedral, medio gótica, medio del Renacimiento, es bastante bella y ostenta cuadros y estatuas excelentes. El Museo que han formado, como en Sevilla, con los cuadros de los conventos suprimidos, contiene hermosos lienzos de los Joanes, que recuerdan a los discípulos de Rafael, y de los Ribaltas, que recuerdan a los Caracci, porque todos aquellos pintores fueron a estudiar en Italia cuando florecían estos célebres maestros.

Málaga, linda ciudad, tiene la ventaja de un clima muy benigno y de un campo tan hermoso como rico. Es una pequeña Sevilla a orillas del Mediterráneo. Produce un vino exquisito, que lleva su nombre, y también la patata dulce, las naranjas, las pasas y hasta la sabrosa chirimoya, traída de Méjico, que comí con delicia, porque me recordaba el hermoso país de donde procede. Como todas las ciudades notables de España, menos Madrid, tiene también Málaga una Catedral muy linda, con esculturas de Alonso Cano y sus discípulos. En el siglo pasado ha crecido mucho aquella ciudad y está de enhorabuena, porque en ella nació el insigne estadista D. Antonio Cánovas del Castillo, que tan notable papel ha representado en la política española.

De Málaga fuimos a Gibraltar, que visité con tanta curiosidad como pesadumbre. Vi sus admirables fortificaciones y me asomé a la famosa punta de Europa, puerta traidora de España, por la cual entró Tarik con sus árabes y Brooke con sus ingleses. Diversas y tristes reflexiones se agolparon a mi espíritu al contemplar aquella fortaleza. ¿Cómo fue posible, me decía a mí mismo, que la tuviéramos guarnecida con sólo 150 hombres cuando empezó la guerra de sucesión? ¿Cómo fue posible que al hacerse luego la paz prefiriéramos otras posesiones a aquella ciudad española? ¿Cómo se concibe que habiendo estado más tarde en nuestra mano recobrarla con sólo renunciar a

nuevas conquistas en Italia, cometiéramos la falta de rehusarlo? ¡Pobre España! ¡Pobre patria mía! La herencia de Carlos V te enloqueció míseramente. Atenas fue víctima en su día de lo que llamaron sus historiadores la locura de Sicilia; tú has decaído en la época moderna a causa principalmente de dos locuras no menos insignes: la locura de Flandes y la locura de Italia. Flandes fue para ti el caballo de Troya, la túnica de Neso, el don más funesto que pudo hacerte la fortuna. Por conservar a Flandes perdiste a Portugal y estuviste a punto de perder la Cataluña. Italia te hechizó después de tal manera, que por dar allí un trono a tus Príncipes, te fue indiferente dejar en tu propio seno a los ingleses. ¡Y esta última humillación dura todavía, y hemos decaído tanto, que comemos, bebemos, dormimos y hasta soñamos con ser otra vez una nación de primer orden, teniendo en nuestro seno el oprobio de la ocupación inglesa, que nos hace una excepción en Europa y nos iguala a las Potencias bárbaras del África y del Asia! Nuestros gobernantes dicen, sin duda, como el Moscón de Rojas: «Tiempo hay, yo me correré».

Y así pasan, no los días, sino los siglos, y España, fiada, según parece, en la pueril quimera de que Gibraltar dejará un día de ser estimado por los ingleses, no quiere hacer lo que debería para lavarse de esa mancha, para librarse de esa afrenta. Claro está que no debe pensar en una guerra con Inglaterra, porque ni puede hacerla sola, ni le conviene repetir el pacto de familia o la campaña de las naranjas. Eso sería imitar al ballestero loco, que donde pierde un bodoque allí echa el otro. Pero podría darle en cambio a la Inglaterra sus posesiones de África, podría dejarla dominar en aquella orilla del Mediterráneo y civilizar si quiere y puede a Marruecos. Mas he aquí que ha nacido en el siglo XIX una tercera locura, que se opone a ello. Donoso Cortés, hombre de mucho talento, pero de escasísimo juicio, ha sido el principal inventor de ese nuevo delirio. España no quiere ruborizarse de Gibraltar, pero quiere conquistar a Marruecos. Recuerda en esto al marido que, siéndole infiel su esposa, quiere dárselas de conquistador con la mujer de su vecino, o al paje del cuento, que cuando su amo le daba un puntapié, se vengaba dándole él otro a su perro.

Para colmo de desventuras no faltan sencillos Sanchos que aumenten con su credulidad la demencia de D. Quijote, ni deja de haber ambiciosos que desean conservar en Marruecos un campo donde lucir su valor, un semillero de Catilinas. Hasta hombres que tienen pretensiones de seriedad no se avergüenzan de seguir en este particular las huellas de Donoso, y con la fantástica ambición de poseer nosotros dentro de diez siglos, si antes no se acaba el mundo, las dos orillas del estrecho, seguimos sin poseer ni aun siquiera una de ellas, la nuestra.

Estas reflexiones hacía yo en el año 50; pero ahora, después de la campaña del General O'Donnell en 1860 y de lo sucedido en Melilla en 1894, hemos podido tocar también, por decirlo así, con la mano, que la Inglaterra no nos permitirá nunca extender nuestro territorio en Marruecos, porque de allí saca los víveres indispensables para abastecer a Gibraltar, de lo cual resulta claramente que hasta ese sueño de hacer conquistas en aquellas regiones es, sobre absurdo, imposible.

Soldando ahora el hilo a la narración de mi viaje, diré que en una noche hice la travesía de Gibraltar a Cádiz y tuve allí el inmenso placer de abrazar a mi adorada madre y a mis queridos hermanos. Volví a ver con mucho gozo aquella tacita de plata, aquella reunión de casas blancas y limpias, con balcones pintados de colores vivos, portales de mármol y puertas de caoba barnizada, que el mar rodea con sus aguas, y su linda Catedral y sus alegres paseos, poblados de hermosas mujeres. Abracé a mis amigos, visité a mis amigas, concurrí a la tertulia más de moda en aquella época, que era la de Carmen Berges, en la plaza de San Antonio, en la cual hallé desterrado ya el chocolate por retrógrado y frailuno, y entronizado el perfumado té, que se presentaba como liberal y poco menos que con el gorro frigio. Asistí también a las amenas reuniones de Doña Mercedes Oneto, que era una Rivero, de Jerez, señora pequeña, viva y redicha, de lindo rostro y de trato muy agradable. Un mes permanecí en Cádiz, que me pareció un solo día, y con pena me arranqué de aquel delicioso lugar y de los brazos de mi familia y amigos.

Pasé luego a Sevilla. Tenía curiosidad de ver qué efecto me hacía aquella ciudad después de haber visto tantas otras de Europa, y tuve el placer de que me agradase lo mismo o más que antes.

Es verdad que allí pasé mucha parte de mi juventud y esto hace que esté llena para mí de gratos recuerdos. Mas como quiera, yo me sentía electrizado, viendo aquellos patios tan poéticos, aquellas calles tan misteriosas, aquellos paseos tan risueños. Volví a ver con placer a mis queridas primas las Lerdo de Tejada, y a mis amigas las de Zaldo, las Monteagudo y otras muchas hermosas sevillanas, entre las cuales descollaban en aquel tiempo Dolores Dominé, hija del Marqués de Motilla, y Adela Castilleja, casada con el de Alvento. No necesito decir que corrí a la Catedral para ver aquel hermoso templo y el San Antonio de Murillo, que allí se encuentra y es uno de los primeros cuadros del mundo, y que también pasé muchos ratos en el jardín del Alcázar, cuyo encanto no se describe, y en el Museo de pinturas.

En Córdoba no estuve más que horas, para hacerle una visita a la que fue un día mezquita árabe y hoy es Catedral cristiana, y siempre una cosa bellísima en su género. La afea, más que a ninguna otra iglesia nuestra, su coro postizo, para cuya construcción hubo que derribar una parte considerable de los antiguos arcos. Verdaderamente hay que pedirle perdón a Dios para el Obispo Alfonso Henríquez, autor de tamaña diablura.

De allí pasé a Granada, haciendo siempre el viaje en la antigua y pérfida diligencia, porque todavía no estaban construidos los ferrocarriles. Parecióme aquella célebre ciudad muy linda, y repetí con el famoso poeta Víctor Hugo:

Grenade la belle ville,
Serait une autre Sèville
S'il en pouvait être deux.

Agradóme mucho el Generalife, y más aún la Alhambra, que sobrepujó a cuanto yo me había imaginado. Todos los viajeros de buen gusto la alaban, desde Pedro Mártir de Angheria hasta Edmundo de Amicis. Todos declaran que es una octava maravilla; pero ninguno ha podido darnos ni siquiera una idea aproximada del encanto que causa aquel Palacio, con sus pintorescos patios y jardines. Cuando se penetra en ellos se queda uno maravillado y como confuso al advertir que antes de aquel momento ni siquiera en sueños se le había nunca ocurrido que pudiesen las manos de los hombres ejecutar un edificio tan fuera de lo común y tan lindo. Los brillantes azulejos y mosaicos, las numerosas y ligeras columnas y la filigrana de los adornos, forman un conjunto delicioso. Así debía ser el palacio que construyeron los magos para el enamorado Aladino.

Cuatro días permanecí en Granada, y todas las mañanas las pasaba en la Alhambra. La colina en que se halla edificada está embellecida con frondosas arboledas, las cuales suben con la cuesta, suavizando el camino con su amena sombra. En una casita de las que llaman cármenes había un café donde me servían un buen almuerzo con fresas exquisitas. Entraba después en el Palacio, y tomando una silla que me prestaba el portero, recorría con ella al hombro todas las salas y patios, que no tienen mueble ninguno, parándome y sentándome donde mejor me parecía. Así pasaba del salón de los Abencerrajes al de los Embajadores, del patio de los Leones al de los Arrayanes. Todo me agradaba, todo me sorprendía. A veces para mirar mejor el artesonado de un techo me tendía sobre el suelo. Quien me hubiese visto en aquellos paroxismos de admiración, me habría tomado por loco.

Solía volver también por las tardes para contemplar la dilatada vega que se descubre desde la Torre de la Vela. Su belleza puede sólo compararse con la del Valle de Méjico. Trae a la memoria, como aquél, los hechos más heroicos de nuestra historia y los que pueden rivalizar con los más célebres de griegos y romanos. Allí se peleó por la última vez para expulsar de Europa a los moros; allí se completó al fin la integridad de España. Cuando llegaba la noche agradábame mucho observar como, a la par que empezaban a relucir las estrellas, empezaban también a brillar las mil luces de la ciudad y de las casas del valle. Parecía que la vega era un inmenso lago, donde se reflejaban los astros. Y la poesía de Granada es mayor aún que la de Méjico, porque el lujo y la elegancia de los moros y su carácter altivo y caballeresco hace más interesante su desgracia que la de los incultos aztecas. Por eso, sin duda, acontece que sea tan grande el número de escritores ilustres de todas las literaturas conocidas que han empleado sus plumas en recordar las últimas

luchas de Granada, y que todos ellos entretengan y conmuevan a sus lectores, especialmente Chateaubriand y nuestro elegante Pérez de Hita, cuyo libro es una novela que interesa como una historia y una historia que divierte como una novela.

La Catedral de Granada y la Cartuja, de estilo grecorromano, ofrecen un contraste singular con la arquitectura de la Alhambra; pero por dicha bebí yo cuando muchacho en las fuentes templadas de la filosofía ecléctica, y esto hizo que las impresiones que había recibido en la Alhambra no me impidiesen reconocer que la Catedral sobre todo es también un buen edificio. Y a la verdad, el estilo árabe, rama brillante del bizantino, ha tenido la fortuna de extenderse más que otro ninguno, gracias a las conquistas de los sarracenos, de modo que ostenta sus poéticas huellas desde la sierra de Cintra hasta las orillas del Ganges. Pero aunque es sumamente gracioso y el más a propósito para los alcázares que se levantan entre naranjos y mirtos, no parece muy conveniente para los templos católicos ni para ningún otro edificio de climas nebulosos y fríos. La Catedral, pues, no dejó de parecerme bella, excepción hecha de su trascoro churrigueresco. Posee buenos cuadros y también hermosas estatuas, entre las cuales hay una Virgen, de Cano, por cierto muy notable.

La escultura española no cuenta tantos artistas célebres como la pintura; pero hay un ramo de ella, la escultura religiosa, en el cual fue España un día excelente. Montañés, Becerra, Berruguete y Cano pueden competir en este género con Donatello y Bandinelli, y Enrique de Arfe, autor de diversas custodias de plata, fue nuestro Cellini. Por gran desgracia llegó luego el siglo XVII, el siglo del lujo y del mal gusto, en que hasta los manjares se cubrían de oro, y entonces se introdujo el uso singular de vestir ricamente las imágenes de la Virgen y de los santos, como si fueran muñecas. El trabajo del escultor ha quedado desde entonces reducido a labrar, por ejemplo, la cabeza y las manos de la Virgen, y lo demás es un maniquí, al cual ciertas damas muy piadosas, pero de poco gusto artístico, ponen túnica y manto de terciopelo bordado en oro, collar de gruesas perlas, y hasta un rico pañuelo de encaje en la mano, cual si fuese una Duquesa de antaño. Esta deplorable costumbre contribuyó poderosamente a la corrupción de la escultura religiosa, cuya decadencia ha llegado después a tal extremo, que hoy día apenas se sabe que existan en España buenos tallistas, y cuando hay necesidad de alguna nueva imagen de la Virgen o de cualquier santo, las mandan traer de París o Bruselas, donde las fabrican de pacotilla.

En la Capilla Real de la Catedral están los sepulcros de los Reyes Católicos, y allí también se despiertan recuerdos que deleitan y enajenan el alma. Más admirable que la Alhambra y que todas las maravillas debidas a la mano del hombre, es la maravilla de la inmortal Doña Isabel, creada, sin duda, por el Omnipotente para modelo de mujeres y de Reinas. Con razón ha sido llamada la piedra angular de la grandeza de España, porque a ella se le debió el descubrimiento del Nuevo Mundo y la reconquista de Granada. Su marido, D. Fernando, fue seguramente un buen político para aquellos tiempos, pero muy inferior a su fama, y, bastaría para que dejase de serme simpático, la perfidia con que trató a sus parientes, los Príncipes aragoneses de Nápoles, y el matrimonio que contrajo con Germana de Foix, exponiéndose, como lo observa muy bien Prescott, a separar otra vez el Aragón de la Castilla, si hubiese tenido sucesión de aquel segundo enlace. ¡Tan poco le importaba la unidad de España! Pero Doña Isabel fue en todo sabia, en todo prudente, en todo admirable. Los que imitan las declamaciones de Donoso acerca de nuestro supuesto destino en África, quieren decir que esto se funda en el testamento de aquella gran Reina. Pero además de que los tiempos han cambiado de tal modo que ya nadie puede temer ningún asalto de nuestras costas por parte de los degenerados marroquíes, hay también hoy día una circunstancia muy importante que no existía en los tiempos de Doña Isabel, cual es la ocupación de Gibraltar por los ingleses, y a nadie puede caber duda de que si viviese ahora aquella Augusta Señora, en cuyas venas corrían unidas las sangres altivas de Castilla y de Lancaster, su primero, su único pensamiento, sería recuperar a Gibraltar, realizar otra vez la unidad e integridad de España. Gibraltar, seguro estoy de ello, es lo que estaría grabado en su corazón, como debería estarlo en el de todos los españoles.

Aunque no había estado antes en Granada, tenía allí, sin embargo, algunos conocidos con quienes pasar las noches. La linda y graciosa granadina Doña Dionisia O'Lawlor, viuda entonces de un caballero inglés, la cual casó más adelante con el Duque de Vistahermosa, era amiga mía de Madrid, donde pasaba siempre los inviernos. Don Tomás de Retortillo, Oidor de aquella Cnancillería, era gaditano, como también su mujer Doña Pilar Nandín, que tenía unos ojos muy bonitos, y a ambos los conocía desde mi infancia. Otro gaditano y amigo íntimo mío llamado D. Eusebio Page, estaba también allí empleado como Ingeniero de caminos. Con él paseaba en la Alameda del Genil, donde se reúnen las jóvenes de aquella ciudad, cuya belleza puedo competir con la de las malagueñas y sevillanas. Todas tienen mucho de árabes, todas son hermanas en los ojos, el cabello y el donaire.

Desde Granada volví a Córdoba y de allí fui a Madrid, atravesando los desfiladeros de Sierra Morena y luego la España pétrea y la desierta, hasta llegar a Aranjuez. El inglés míster Ford, que ha publicado un exacto y bien escrito viaje por España, dice, refiriéndose a Evelyn, que los hermosos olmos de aquel verde oasis fueron traídos de Inglaterra, por orden de Felipe II. Si esto es verdad, hizo muy bien aquel Rey, y ojalá le hubieran imitado sus sucesores para poblar de buenos árboles las desnudas Castillas. Precisamente ese Evelyn, citado por Ford, fue quien, en su libro intitulado *Sylva* y también por medio de su propio ejemplo, excitó, en el siglo XVII, a los demás propietarios ingleses para que plantasen y cultivasen árboles, de que también carecía entonces aquel país, y de esa época data la abundancia de ellos que todos envidian ahora a la Inglaterra.

Decía Pacheco que Madrid es una ciudad mocha, porque no tiene torres, ni campanarios, ni grandes cúpulas que interrumpan la monotonía de sus techos. Es preciso estar ya dentro de él y ver sus amplias calles y hermosos paseos, para comprender que es nada menos que la capital de España. Pero lo que más agrada en Madrid es la alegría de su cielo y la amabilidad de sus habitantes. Estando ya el verano algo adelantado, se había marchado mucha gente a los baños de mar o al extranjero. Hallé, sin embargo, todavía algunos amigos, como la familia de Albear, la de Page, los marqueses de Santa Cruz y los Pacheco. En el Ateneo había poca concurrencia, porque, hallándose los moderados en el poder, no tenían mucho tiempo para ir allí de tertulia. En el Casino de la Carrera de San Jerónimo, donde comí algunas veces, tampoco hallé mucha gente.

Mi gran recurso, especialmente por las mañanas, era el Museo del Prado. En la Academia de Bellas Artes hay asimismo muy buenos lienzos, tales como la *Santa Isabel* y los medios puntos de Murillo, que son tres preciosas joyas de la pintura española. Pero nada puede compararse con el Museo. Es aquello un encanto. Hay en él tal abundancia de buenos cuadros, que aunque desaparecieran por un cataclismo todos los demás Museos de Europa, bastaría aquél solo para dar una idea suficiente de todas las escuelas conocidas. Pasaba yo allí horas enteras y me preguntaba muchas veces con qué gozaba más: si con los libros o con los cuadros. Mi maestro García Luna me hubiera respondido que con los unos y con los otros, sólo que los libros encantan sobre todo el espíritu, y los cuadros la imaginación. De todos modos es seguro que yo gozaba más, tanto allí como en los demás Museos de Europa, que ningún Rey o Príncipe, porque jamás se sabe ni se lee en los periódicos que esas excelsas personas, no sólo en España sino en ningún otro país, vayan a pasar en ellos un rato.

Fui también a la Armería Real, que en su género es muy bella, y contiene armaduras de Colman de Augsburgo y Negroli, de Milán, las cuales son por la elegancia de sus formas y la riqueza de sus adornos, verdaderas obras de arte. Las ventanas de aquel edificio daban frente a la puerta lateral de Palacio en la época a que me refiero, y si se encontraba uno allí a la hora en que se relevaba la guardia, podía presenciar un espectáculo que producía desde aquel sitio una emoción muy agradable. Los acentos majestuosos de la Marcha real y el continente marcial de nuestros soldados hacían latir con más viveza que de costumbre el corazón de cualquier español, cuando se veía rodeado por las nobles armaduras de los Carlos y Felipes y los gloriosos trofeos de Granada y de Lepanto.

XXXII.
Roma, de 1847 a 1852.

Madrid en 1850.—El General Narváez en el apogeo de su gloria.—-Émulos que le hostilizan. —Reacción que dominaba en España.—Influencia de Donoso Cortés.—Tendencias exageradas de la Corte.—Recuerdo de una respuesta de Ronquillo.—Ambición de Bravo Murillo.—Aumento de la riqueza pública.—Lujo e inmoralidad que la acompañan.—El banquero Salamanca.—Creación de nuevos títulos.—La política convertida en una carrera.—La literatura se resiente también de la reacción general.—Tragedias y novelas.—Tamayo y Fernán Caballero.—Visito a Zaragoza.—Regreso a Italia.

Según era mi deber, al día siguiente de llegar a Madrid fui a ofrecer mis respetos al Ministro de Estado y al Presidente del Consejo. El Marqués de Pidal se mostró conmigo algo menos brusco que de costumbre y tuvo la bondad de hacerme un cumplido sobre mi conducta durante el sitio de Roma. El General Narváez no me hizo cumplido de ninguna especie; pero en cambio se lo hice yo a él muy sincero y muy merecido por la manera con que había mantenido el orden en España durante las revueltas del año 48.

—En todas partes —le dije— se oyen elogios de usted, y todas las personas sensatas admiran a porfía las cualidades extraordinarias que ha demostrado en estos momentos tan difíciles.

—Pues, amigo mío —me respondió con una amarga sonrisa—, lo que usted dice podrá ser muy cierto, pero ha de saber usted que ya aquí empiezan a decir que he durado demasiado, y hasta entre los que pasan por más moderados tengo ya émulos y enemigos.

—Mi General —le dije entonces—, eso me trae a la memoria el dicho conocido de que pasado el peligro se olvida el santo.

—¡Qué verdad es —me replicó—, qué verdad!

Y con efecto, la situación de Narváez ofrecía un nuevo ejemplo de ese olvido y de esa ingratitud. Su gloria había llegado al apogeo. La España le debía el no haber caído en 1848 en la misma anarquía en que calleron las demás Potencias de Europa. Su mano de hierro había contenido a los revoltosos en Madrid y Cataluña. Impedía y desbarataba las conspiraciones antes casi que empezaran a existir. Parecía que hasta los pájaros del cielo venían a referirle las tramas de sus enemigos, como al Rey de los proverbios; y con razón pudo decir una vez en las Cortes, que si otros habían escrito el arte de conspirar, él se proponía escribir el arte de deshacer conspiraciones. Y no sólo triunfaba así de las dificultades que le suscitaban los revolucionarios españoles, sino también de las que procuraba crearle el célebre Lord Palmerston, político mal intencionado y revoltoso, quien despechado por los matrimonios de la Reina y de la Infanta y celoso de la influencia francesa, usaba toda clase de medios para que cayesen los Borbones de España, como habían caído los de Francia. Su Ministro Bulaver, poco escrupuloso también en los medios que empleaba, llegó a tal extremo en sus intrigas, que el Ministro de Estado, Marqués de Casa Irujo, hombre asimismo de grande energía, le mandó un día sus pasaportes expulsándolo de España, a la manera que Cellamare lo había sido de Francia en el siglo anterior, La Chetardie, de Rusia, y el Nuncio Acciajuoli, de Portugal; y esto había aumentado más y más su animosidad contra España.

Mas a pesar de que estos triunfos y estos servicios eran tan recientes y debían estar todavía muy frescos en la memoria de los españoles, era un hecho que, como me lo había dicho el mismo Narváez, empezaban ya a ser olvidados, y que tanto la Reina como muchos moderados deseaban deshacerse de aquel Ministro. Las causas que contribuían a ello eran unas personales y otras políticas. Narváez, ya lo he dicho en otro capítulo, tenía un carácter altanero y dominante. Había en él algo del Duque de Alba en aquella lealtad, que contrastaba con el alma americana de otros Generales de su época; pero tenía también bastante de un Pipino de Landen, de un Mayordomo de Palacio. «Yo soy quien manda aquí», dijo más de una vez cuando encontró alguna oposición en la Corte, y olvidaba a cada instante que los Borbones no eran todavía Meroveos. Tenía también el

prurito de querer intervenir en cosas que eran de un carácter enteramente privado, y trataba a la Reina como Pedro Recio de Tirteafuera al pobre Sancho, cuando no le permitía comer más que canutillos y carne de membrillo. Esto desagradaba mucho a aquella Soberana, y sabiéndolo los émulos de Narváez, se aprovechaban de ello para minar su poder.

Pero lo que más perjudicaba a Narváez era el espíritu reaccionario que había cundido en España, como en toda Europa, después de la revolución del año 48. La Alemania y el Austria, vencedoras al fin de las rebeliones que habían humillado sus tronos, se entregaban a una reacción muy violenta. La Francia misma, nuestro constante modelo desde principios del siglo XVIII, corría precipitadamente hacia la dictadura. Natural era, pues, que en España sucediese otro tanto, a pesar de que no habiendo triunfado en ella ni por un momento la revolución, gracias a la energía de Narváez, no teníamos tantos motivos de temor. Y como siempre ha de haber un apóstol que propague las doctrinas dominantes, lo fue de éstas en aquellos tiempos el célebre D. Juan Donoso Cortés, natural de Extremadura, a quien su maestro Quintana llamaba su tesoro; profesor de literatura; Secretario después de la Reina; periodista; Diputado a Cortes, y finalmente, Marqués de Valdegamas y Ministro Plenipotenciario en Berlín.

Era pequeño de cuerpo, pero de gentil parecer, con ojos negros muy vivos y una mirada algo inquieta. Dotado de mucho talento y de una grande elocuencia, sus discursos y sus libros formaban las delicias de su partido. Tomó mucho de Bonald y de Maistre, pero los españolizó y exageró a su manera, y no contento con imitar el misticismo de aquellos escritores, se arrogó atrevidamente el papel de profeta, asegurando que si no se volvía a las instituciones de la Edad Media, que eran su ideal, la Europa entera caería en la más espantosa anarquía. Tenía en su modo exagerado de sentir y de hablar mucha semejanza con Castelar, siendo, en verdad, circunstancia muy notable de nuestra Historia contemporánea que los dos hombres que más han influido en ella hayan sido dos fanáticos, por no decir dos locos, uno en sentido reaccionario, que fue Donoso, y otro en el republicano, que fue Castelar. Por lo demás, tanto el uno como el otro, y esto es también característico, lejos de parecerse a Torquemada o a Marat, han tenido alma de niño. Donoso, principalmente, era de una ingenuidad singular y de una ignorancia de las cosas prácticas que rayaba en lo increíble. Contábame, por ejemplo, Eduardo Sancho, el cual había sido su Secretario en Berlín, que una vez que viajaban juntos en ferrocarril, oyó Donoso el silbido de la locomotora, y dijo con el aire más natural del mundo: «¡Qué pulmones tiene ese hombre!», creyendo que quien silbaba era un maquinista. Ocupó, sin embargo, varios destinos y obtuvo al fin, como he dicho, un alto puesto diplomático, en lo cual notaron algunos cierta contradicción con sus teorías políticas, pues si tan funestos le parecían los Gobiernos liberales modernos, no hubiera debido emplearse en su servicio. Por cuya razón corrió entonces por Madrid un epigrama que satirizaba estas anomalías de su conducta y terminaba diciendo:

Y nuestros hijos o nuestros nietos
Leerán en el Calendario:
Día tantos de tal mes,
San Juan Donoso Cortés,
Mártir, Plenipotenciario,
Ex Diputado y Marqués.

Otra causa de la reacción política eran las opiniones de la Corte. Reconciliados ya el Rey y la Reina y asustados por las revoluciones de Europa, creyeron ambos que podrían robustecer el trono, rodeándole de instituciones más conservadoras y devolviéndole a la Iglesia la influencia que había perdido. La Reina, siempre extremada en sus pasiones, se había dado mucho a la devoción, siguiendo en todo los consejos de su confesor, el Padre Claret, y también los de una monja visionaria, llamada Sor Patrocinio; de manera que después de haber estado amenazados de un nuevo Godoy, nos vimos amenazados de un nuevo Nithard. Recordaba aquella situación de las cosas la célebre respuesta del Embajador español Ronquillo a Jacobo II de Inglaterra, cuando excitado éste por su confesor, decidió restablecer por fuerza el catolicismo en su país, a pesar de que el mismo

Papa lo consideraba imprudente. Ronquillo, que también lo creía así, se atrevió un día a decirle que no debía guiarse en las cuestiones políticas por el parecer de su confesor, y como Jacobo le respondiese que extrañaba mucho su lenguaje, porque estaba persuadido de que el Rey de España no hacía nada importante sin consultar al suyo, le replicó con oportunidad Ronquillo: «Así es la verdad, señor; pero precisamente por eso van tan mal nuestros asuntos».

El proyecto de nuestros reaccionarios, a quienes llamaron neo-católicos, o católicos nuevos, era principalmente reformar la Constitución moderada del año 45, haciendo la Cámara alta más aristocrática, y reprimiendo la libertad de las discusiones en la Cámara baja, por medio de un riguroso reglamento. Ni faltaban publicistas tan asustados y arrepentidos que deseasen el establecimiento de aquel absolutismo ilustrado que había intentado realizar Cea Bermúdez al principio del reinado de Isabel II. La idea de aquel Ministro no había sido mala, y ojalá que hubiera podido llevarse a cabo en su día; pero no parecía ya oportuna. Había durado ya mucho el régimen constitucional, creando costumbres que no era fácil cambiar, e intereses que no era prudente ofender. Es cierto que el pueblo español no había sido preparado para el régimen liberal; pero era ya demasiado adulto para darle otra vez nodriza o para mandarle nuevamente a las aulas.

Comprendíalo así más que nadie el General Narváez, quien, no obstante que tenía un carácter muy autoritario, no aprobaba que se intentase restablecer en España el absolutismo y la teocracia, que entre nosotros han vivido casi siempre unidos, y ésta fue la principal y verdadera razón, por la cual dejó de ser bien visto en Palacio. Opinaban también como el General Narváez los hombres más importantes del partido moderado, tales como Pidal, Mon y el mismo Martínez de la Rosa, a pesar de que había sido autor del Estatuto Real de 1834, cuyo carácter era muy aristocrático, y de que acababa de probar en su Embajada de Roma cuan sinceramente deseaba que el Papa fuese independiente y que la Iglesia tuviese en España una saludable influencia.

Hubo, sin embargo, otras personas que pensaban como Donoso y como la Reina, y esto causó una división lamentable en el partido moderado. Un hombre, notable por su talento y saber, un abogado extremeño, como Donoso, llamado Bravo Murillo, que estudió teología en su juventud y se dedicó luego a la jurisprudencia y al ejercicio de la abogacía, se puso al fin a la cabeza de los disidentes y supo dar una dirección práctica a sus aspiraciones. Era grueso y pálido, de aspecto vulgar, pero de fisonomía inteligente. Su espíritu conservó siempre una tendencia mística, pero no era tan casto como Donoso y Castelar, y todos sabían que tenía una intimidad muy tierna con cierta señora de Madrid. Entendía mucho de negocios de dinero y esto le llevó a ocupar en el Ministerio de Narváez la cartera de Hacienda, que desempeñó con mucha reputación. Siguió las huellas de Mon, y así como éste había introducido entre nosotros el sistema tributario francés, del mismo modo hizo él otro tanto con la contabilidad francesa, dando a la gestión de la Hacienda una regularidad que no había tenido nunca. Pero siguiendo también el ejemplo de Mon en su ambiciosa conducta, le pareció que tenía ya bastantes méritos para ser a su vez Presidente del Consejo, y separándose de Narváez, empezó a minar la posición de éste con el objeto de sustituirle. Y con efecto, empeñada poco después la lucha entre la Corona y el General, consiguió lo que tanto deseaba y se dispuso a poner en práctica la política de los neo-católicos.

Entre tanto, y gracias a la completa tranquilidad que Narváez había hecho reinar en España, era notable el aumento de la riqueza pública y el adelanto de Madrid. Acompañaban a este bienestar general la inmoralidad y el lujo; pero así sucede y sucederá siempre en todas partes, sobre todo en aquellos períodos que siguen a las grandes revoluciones políticas. Construíanse nuevas casas y aun nuevos barrios. Veíase hasta en las habitaciones de la burguesía, en vez de esteras, alfombras; en vez de lana, seda; en vez de caoba, palisandro y muebles dorados. La ciudad se llenaba de coches de todas clases, y los había ya de alquiler tan buenos como en cualquiera otra capital de Europa. Recordaba, al verlos, que cuando yo era allí estudiante, tuve una vez necesidad de un carruaje para ir a comer fuera y el criado no pudo encontrarme más que uno de campo con cascabeles y campanillas.

Copiábase también en el lujo las costumbres francesas, y un banquero muy rico, nombrado Salamanca, daba el ejemplo de construir un palacio a la moderna, formar colección de cuadros y estatuas y tener querida con coche, como se ven en París. Era este banquero un malagueño, buen mozo y de mucho ingenio, el cual llegó a Madrid con escasos bienes de fortuna, pero supo enriquecerse en poco tiempo por medio de negocios financieros. Venía a ser en su género un jugador en grande, y dos veces hizo bancarrota y dos veces volvió a verse muy rico. A él se debió la construcción de un nuevo barrio en Madrid que lleva su nombre, y la de varios ferrocarriles de España, en los cuales realizó grandes ganancias. Fue en aquella época el gran corruptor de nuestro país, porque envolvió al mismo Gobierno en el vértigo de sus aventuradas especulaciones e introdujo costumbres enteramente ignoradas hasta entonces de la sencillez castellana. Así, por ejemplo, fue Salamanca el primero que hizo a ciertos hombres políticos Consejeros de Administración, con pingües sueldos, de las grandes empresas industriales, sin que fueran accionistas, con el solo objeto de ganar su protección en el Gobierno y en las Cortes.

Porque, preciso es decirlo, los hombres políticos de la nueva generación no eran ya tan desinteresados como los Galianos y Argüelles; querían vivir bien y rodar en coche. Muchos había que jugaban a la Bolsa como especuladores de oficio, y el público citaba entre ellos al mismo Duque de Riansares, marido de la Reina Cristina, y a los Ministros de la Corona. Ambicionaban también los hombres políticos y los nuevos ricos la adquisición de títulos nobiliarios, y Salamanca fue Marqués, y Sevillano, otro banquero, logró ser Duque; uso o abuso que fue luego aumentando de tal modo, que casi era necesario que algún escritor desocupado compusiese una Mnemotécnica especial para recordar los nombres de los nuevos nobles, como dice Hume que sucedió en Inglaterra en tiempo de Jacobo I. Y era de ver la importancia que algunos se daban, cual si realmente descendiesen del Cid o de Bernardo. A uno encontré un día en la calle que fingió no reconocerme hasta que le llamé Conde, aunque el título se despegaba bastante de su persona. A propósito, referiré una anécdota bastante graciosa que con motivo de tales vanidades contó un día en el Congreso el chistoso diputado andaluz D. José Luis de Albareda.

Llegó a un lugar de Andalucía un caballero de Madrid para visitar a otro de aquel pueblo a quien había conocido en la Corte, llamado D. Pedro Álvarez de Oliva, y habiendo olvidado sus señas, preguntaba por él a todos los que encontraba, sin que nadie conociese ni siquiera de nombre al tal D. Pedro. Estaba ya haciendo la misma pregunta al vigésimo aldeano, cuando de repente le vio venir a lo lejos y exclamó regocijado: «Allí viene el mismo a quien yo busco, allí viene D. Pedro Álvarez de Oliva.» «Acabáramos, dijo a su vez el lugareño; pero es que a ese le llamamos aquí el tío Perico, y nadie le conoce por otro nombre.» Y sin embargo, si bien se considera, no sólo no parece mal que se hayan dado así nuevos títulos, sino que, bajo cierto punto de vista, hay motivos para aprobarlo. La Monarquía no puede existir sin nobles, y puesto que los antiguos han decaído tanto, bueno es que se les sustituya con burgueses ilustrados y ricos, aunque su aspecto no sea muy aristocrático. El tiempo los irá fundiendo con los antiguos, y si el primer ennoblecido hace ahora sonreír, su hijo tendrá ya cierto prestigio. Cada título nuevo, no hay duda en ello, es una rama cortada del árbol de la democracia, y una piedra añadida a los cimientos del trono.

Otra cosa que noté en Madrid en aquella época, fue la multitud de nuevos periodistas, entre los cuales hallé a varios compañeros de Universidad y amigos antiguos. Según me decían ellos, el dedicarse a esa tarea es en los Gobiernos parlamentarios la manera más segura de medrar en poco tiempo y de convertir la política en una carrera como otra cualquiera. Con efecto, nada más común sino que de la redacción de un periódico salga un joven a ser Diputado, por medio de la protección del jefe del partido en que milita. Llámanlos generalmente cuneros, porque, a semejanza de los niños expósitos, no tienen familia ni son casi conocidos en el distrito que los elige; mas esto no impide que en la primera ocasión, y cuando menos lo piensa, se vea cualquiera de ellos Gobernador, o Subsecretario, o Plenipotenciario o Ministro de la Corona; y que aunque no haya desempeñado este cargo más que veinticuatro horas, perciba una cesantía igual a la que tienen aquellos altos empleados que han encanecido en el servicio de su país. Todo lo cual, sobre ser poco justo, tiene el

inconveniente de perjudicar a la paz y buena administración del Estado, porque es claro que los jóvenes que así se encumbran, no pueden tener en general la independencia necesaria para que se les considere como representantes de la opinión pública. Semejante ficción es, en el caso de ellos, poco menos que imposible, y en realidad el Gobierno representativo es, para los mismos, el Gobierno recreativo de que habla Louis Courier. Por cuyo motivo, forman parte, sin poderlo remediar y por la fuerza de las cosas, de esa legión de ambiciosos, que tienen un grandísimo interés en que haya frecuentes revoluciones, o por lo menos frecuentes crisis ministeriales, que dejen vacantes algunas carteras y otros puestos de mucha importancia. Son un elemento más de desorden en una forma de gobierno en que hay ya tantos.

El teatro y la novela, que son las dos representaciones más genuinas del genio literario español, se resentían también en aquella época de la reacción que reinaba en todas las cosas. Ya nadie tributaba culto al romanticismo, y tomando ejemplo de París, donde Ponsard había compuesto con mucho éxito una tragedia clásica, hubo en España quienes quisieron hacer otro tanto. La *Virginia*, de Tamayo, es de aquella época y obtuvo bastante aplauso; otras lo merecieron menos; todas distaban mucho de aquella perfección, sin la cual no pueden sostenerse. Si en Francia gustan siempre las de Racine, es porque su mérito es tal que, según Voltaire, el juicio sobre ellas se reduce a poner al pie de cada página: «bello, magnífico, sublime». Además, allí se conserva la tradición y el tono de la tragedia, mientras que entre nosotros acabaron con Carlos Latorre. Ni Calvo ni Teodora Lamadrid, no obstante ser muy buenos actores, podían pasar fácilmente de la naturalidad de la comedia o del lloriqueo del drama romántico a la noble entonación de la tragedia.

En la novela se verificó también entonces una verdadera innovación o, si se quiere, renovación. Después de haber obtenido nosotros la palma en ese género tan agradable como difícil, habíamos decaído en él de una manera lastimosa, y recuerdo que cuando yo era muchacho no se leían más que novelas traducidas de otras lenguas. Martínez de la Rosa compuso una intitulada *Doña Isabel de Solís*, que está escrita con muy bello estilo, pero que no tiene mucho interés. Al fin una señora fue quien volvió a escribirlas tan buenas que todos las leían con gusto. Llamábase Cecilia Bohl, y era hija de un alemán y de una española. Adoptó el poético pseudónimo de Fernán Caballero, y algunos la calificaron de Walter Scott español, en lo cual había mucha exageración, porque aquel escritor inglés es un genio aparte, es el Shakespeare de la novela. Lo que sí es cierto es que Fernán Caballero logró escribir con excelente estilo, y que en la pintura de caracteres y costumbres y también en la naturalidad del diálogo puede competir con los mejores novelistas de otros países, siendo asimismo notable la tendencia moral que caracteriza todas sus obras. *La Gaviota* especialmente es una excelente novela, que fue pronto traducida en todas las lenguas.

A Femán Caballero siguió Antonio de Trueba, escritor también muy agradable, que tomando por modelo los *Cuentos de la aldea*, del alemán Auerbach, compuso *Cuentos campesinos* y *Cuentos de color de rosa*, con un espíritu muy cristiano y una naturalidad exquisita, Flores, autor del *Ayer, hoy y mañana*, era de la misma escuela que Trueba, pero con más originalidad y un parentesco más inmediato con Mesonero Romanos y Estévanez. Y será honor eterno de la noble dama a quien se debió esta renovación de la novela española que, dotada ella misma de un alma casta y de un gusto delicado, y escribiendo en una época de reacción religiosa, supo dar a ese ramo de nuestra literatura un carácter de noble decencia, que ha sido conservado después por casi todos sus sucesores y que se aparta bastante, tanto de la inmoralidad de los novelistas franceses del día, como de la deplorable licencia de los nuestros de épocas anteriores, con perdón sea dicho del Reverendo Maestro Valdivieso, el cual daba permiso para imprimir las novelas de Doña María de Zayas, diciendo que no contenían nada contra la fe y buenas costumbres. ¡Qué entenderían por malas costumbres en aquellos tiempos!

Pero había terminado ya el período de mi Real licencia y era necesario que volviese a mi residencia de Roma. Hícelo también, tomando la vía de Barcelona, por la cual había ido a España, que era entonces la más corta y la más cómoda entre los dos países; pero antes de dejar el mío, quise detenerme en Zaragoza, ciudad que tampoco conocía. Parecióme digna de su fama. Su

situación es ventajosa y posee buenas casas y notables edificios, con especialidad las dos Catedrales, de las cuales la una, la Seo, es gótica, y la otra, el Pilar, de diversos tiempos y estilos, con algunos pormenores de mal gusto; pero realzada y hermoseada por el piadoso concurso de los fieles, ansiosos de venerar la célebre imagen de su Virgen. Causa tierna emoción ver los rostros devotos de la muchedumbre allí arrodillada, que se compone de personas de todas las clases sociales, hombres y mujeres, ancianos y niños. Todos recurren a ella; todos la imploran. El pueblo aragonés lo espera todo de su Pilarica. Y qué pueblo. ¡Uno de los más nobles y más valientes del mundo, y al mismo tiempo uno de los más alegres! Con efecto, después de la Pilarica aman los aragoneses la jota, que es el primero entre los bailes populares de España, porque sobre ser muy gracioso, es también muy decente, y no tiene nada de la sensualidad del bolero o del fandango. Y es singular que en nuestra Península el buen humor, no sólo aumenta hacia el Sur, sino también hacia el Oriente. El portugués es triste, el castellano serio, el aragonés alegre. Cuando se traspasa la sierra de Molina, parece que se han andado centenares de millas y que se llega a un mundo nuevo.

Zaragoza evoca también, como Granada, recuerdos muy interesantes, aunque de un género diverso. Allí se gozó de cierta libertad política antes que en otros países de Europa; allí hubo en la Edad Media una Constitución aristocrática, que nada tenía que envidiar a la de Inglaterra de aquellos tiempos; allí se desplegó durante la lucha con Bonaparte un valor indomable y un patriotismo desesperado que recordó el de Numancia. Parecíame ver por todas partes al tío Jorge y a sus heroicos compañeros, y también al valiente Palafox, quien, unido con ellos, mostró una vez más cuan provechosa es para el bien de las naciones la alianza sincera entre la nobleza y el pueblo.

XXXIII.
Roma, de 1847 a 1852.

Regreso a Roma.—Voy en el otoño a Arsoli para visitar a los Príncipes Máximo.—Los cambios políticos de España causan la retirada de Martínez de la Rosa.—Le sustituye el Conde de Colombi.—Reacción que se advierte también en Roma.—Influencia de los eclesiásticos extranjeros y de los jesuitas.—El Sílabo y las ochenta herejías del siglo.—Los Prelados romanos adoptan el traje talar.—Las estatuas de Canova cubiertas de metal pintado.—Diversiones del Carnaval.—Los moccoletti.—Las cenas de los Príncipes.—La famosa actriz Rachel en el teatro Valle.—El Marqués de Miranores me nombra Secretario en Florencia.—Pesar con que dejo a Roma.

A mi regreso a Roma tuve bastantes ocupaciones en la Embajada y sólo en el mes de octubre pude hacer una pequeña ausencia para visitar a los Príncipes Máximo en su quinta de Arsoli. Hállase ésta situada en los confines del Reino de Nápoles y la rodea un paisaje bastante árido; pero su jardín es muy lindo. Pertenece al género que perfeccionó Le Notre y que armoniza tan bien con la arquitectura de las quintas italianas y con el cielo de Italia. Además, yo sentía crecer por días la amistad que profesaba a la bella y amable Princesa Jacinta, y bastaba que ella habitase allí para que todo en aquel lugar me pareciese admirable.

Pero pronto me sacaron de aquel sitio encantador las noticias que llegaban de España y que me obligaban a regresar a Roma. La Reina Doña Isabel, no sólo se descomponía con Narváez, sino que, a pretexto de darle una misión diplomática, le enviaba al extranjero. Bravo Murillo triunfaba al fin y se disponía a reformar la Constitución en sentido absolutista. Levantaba asimismo la bandera de las economías, y con color de realizarlas, suprimía la Embajada de Roma y la reducía a una simple Legación, haciendo así necesario el retiro de Martínez de la Rosa; de lo cual recibí muy gran disgusto, porque aquel Embajador había llegado a ser para mí no solamente un jefe, sino también un maestro y un amigo.

Esa bandera de las economías es siempre bien acogida por el vulgo y merecería los aplausos de todos, si los que la llevan estuviesen de buena fe, porque uno de los inconvenientes del sistema

liberal es, como ya lo he indicado, el despilfarro de los gastos, y pocos hay en verdad más inútiles que el de las Embajadas, cuando se trata de naciones de mediana grandeza. Nacen únicamente de un impulso de vanidad, de una sugestión de la megalomanía; pero en realidad, para un país como España, alejado por necesidad y por conveniencia de las complicaciones europeas, el título de Embajador dado a sus diplomáticos, es por regla general como aquel de Mamamuchi que confieren los comparsas turcos al Burgués gentilhombre. Mas lo peor del caso es que esos conatos de economías de Bravo Murillo y de algunos otros Ministros posteriores, ni han podido sostenerse ni han sido en realidad otra cosa que un ardid inventado para engañar al inocente público, puesto que hemos visto que lo que ahorraban por un lado lo gastaban luego alegremente por otro. Es una astucia parecida a la promesa de quitar cierto plato detestable, llamado chanfaina, que solían hacer los frailes más ambiciosos, cuando pretendían ser elegidos guardianes, sin que ninguno se cuidara luego de cumplirla.

El sucesor de Martínez de la Rosa fue el Conde de Colombi, hermano de aquel Ministro Cea Bermúdez, que a la muerte de Fernando VII quiso establecer en España un absolutismo ilustrado. No tenía mucho talento, pero era diplomático de carrera y le servían de recomendación la memoria de su hermano y cierto aire callado y solemne, que imponía a primera vista. Pasaba por hombre de carácter; mas en realidad no era más que porfiado, y de esto daré un chistoso ejemplo. Disputaba un día con el primer Secretario Eduardo Sancho, sucesor de Arnao, sobre la ortografía de una palabra francesa, y habiendo recurrido Sancho a un Diccionario, resultó que éste le daba razón. Entonces el Conde, con aire magistral y sin aducir más razones, puso fin a la controversia con estas precisas palabras: «¿Eso dice el Diccionario? pues el Diccionario se equivoca.» La Condesa, su mujer, era fea, pero amable y hacía muy bien los honores de su casa.

Entre tanto, la reacción que reinaba en Europa y que hemos notado en España, se extendía también a Roma y recibía allí grande incremento merced al influjo creciente del clero extranjero y también de los jesuitas. A la sombra de los estandartes de la Francia venían continuamente a Roma Prelados y sacerdotes insignes de aquel país, cuyas ideas políticas y religiosas pecaban en general de exageradas. Dupanloup, Freppel, Lagrange y algunos otros, eran relativamente moderados; pero no así, por ejemplo, el abate Gaume ni el periodista Veuillot. El primero escribió el libro de *Las tres Romas*, con objeto de realzar el mérito de la presente, y también otro titulado *El gusano roedor*, el cual tendía nada menos que a condenar el estudio de los clásicos griegos y latinos. ¡Sombras venturosas de los Agustinos, Jerónimos y Basilios, que tanto debisteis a esos divinos autores, qué diríais de aquellas extrañas paradojas! Veuillot por su parte era polemista de gran mérito; pero maestro al mismo tiempo de la más furibunda invectiva. En cuanto a los Padres jesuitas, enemigos antiguos de las ideas liberales, natural era que contribuyesen también a reforzar las huestes reaccionarias. Al calor, pues, de tantos hombres convencidos e ilustres, el Santo Padre, que se hallaba naturalmente ansioso de recobrar, como Papa, la aureola que había perdido como Príncipe, se sintió poseído de tal celo, que, recogiendo el guante de todos sus enemigos, condenó a la faz del mundo en varias encíclicas y en un Sílabo publicados desde el año 49 al 56 nada menos que ochenta herejías. ¡Divinos cielos! ¿Cómo escapar al peligro de incurrir en alguna? Porque lo abrazan todo: panteísmo, racionalismo, indiferentismo, la ciencia, el gobierno, las leyes, todo en fin. ¡Si digo, verbi gracia, que el Poder civil tiene derecho a examinar los documentos que proceden de la Curia romana, herejía! ¡Si opino que el Romano Pontífice podría entrar en pactos de conciliación con el liberalismo moderno, herejía! ¡Si sostengo que es necesario adoptar el principio de no intervención, también herejía! Y lo más terrible es que aunque en la práctica se vean triunfantes muchas de ellas, hasta en países católicos, en teoría no está permitido defenderlas; por cuya razón me apresuro a seguir el consejo de Maese Pedro, y dejo este argumento sin meterme en más dibujos.

Precisamente tenía yo en Roma un pariente cercano, primo hermano de mi madre, el cual era jesuita, y por lo tanto no dejaba de contribuir con sus sermoncitos y consejos a mantenerme fiel a la Iglesia. Llamábase el Padre Ignacio Lerdo de Tejada, y era nada menos que uno de los cuatro asistentes de la Orden. Visitábale yo algunas veces, y él me explicó en más de una ocasión la

importancia y transcendencia de las encíclicas, y la necesidad que tiene el Papa de exponer de tiempo en tiempo la buena doctrina en toda clase de materias, a fin de que ni los fieles la olviden ni puedan alegar ignorancia acerca de ella. Y si la práctica es muchas veces contraria a lo que el Romano Pontífice recomienda, todavía es útil recordar a Gobiernos y gobernados cuál es el camino que deberían seguir si quieren evitar nuevas y más terribles revoluciones.

Era un santo varón el tal Padre Ignacio, y además de amonestarme para que, a ejemplo de Santa Teresa, me alegrara sobre todo de ser hijo de la Iglesia, solía entrar también en las cuestiones de moral práctica y me manifestaba su pesar por verme seguir la carrera diplomática, la cual, según él, era más peligrosa que otras, porque trae consigo una vida muy mundana. Parecía que adivinaba las exageraciones evangélicas de Tolstoi. Pero yo le contestaba con chistes que le hacían reír y le desarmaban. Decíale, por ejemplo, que tampoco entre los militares se cuentan muchos confesores, a pesar de que ha habido mártires, ni tampoco hay muchos santos médicos ni comerciantes; y en cuanto a abogados, no se conoce más que uno, que es San Ivo, y ese, según una jocosa leyenda, sólo está en el cielo, porque en todo él no se ha podido encontrar un alguacil para ponerle fuera.

Dominaba, pues, con mucha fuerza en aquellos tiempos el espíritu reaccionario, y los clérigos extranjeros, cuyas ideas eran a veces muy estrechas, querían reformarlo todo. Hallaban mucho que criticar hasta en los mismos Prelados romanos, desaprobando, entre otras cosas, que asistieran -a los saraos y reuniones mundanas, y que llevasen todavía él calzón corto, come los abates del siglo XVIII. Dioles oído Pío IX, muy inclinado de suyo a la austeridad de costumbres, y por su deseo claramente expresado empezaron Cardenales y Monseñores a hacer una vida más retirada. Llevábanlo, sin embargo, muy a mal casi todos, en atención a que, privados de la buena sociedad, no les quedaba más recurso para pasar las noches que jugar a los naipes con sus mayordomos. Y como lo natural vuelve siempre, aun que se eche con cien lanzas, he sabido después que apenas falleció aquel Papa, volvieron poco a poco a dejarse ver en todas partes, de lo cual hay, en mi sentir, que alegrarse, porque la verdad es que los salones de la alta sociedad romana son muy diferentes de los de París o Madrid, y no solamente pueden los Cardenales y Monseñores frecuentarlos y adornarlos con su presencia sin ningún peligro para su reputación y dignidad, sino que adquieren en aquellas serias y aristocráticas reuniones esas nobles maneras y ese conocimiento del mundo que son más necesarios de lo que se cree para unos eclesiásticos, los cuales están destinados, como ellos, a manejar grandes negocios y a elegir o ser elegidos Papas.

La censura del calzón corto era más justificada, por lo cual no ofreció tanta dificultad la adopción del vestido talar, luego que la recomendó Pío IX, si bien no dejarían de sentirlo aquellos Cardenales, como Ugolini, Rivarola y aun el mismo Antonelli, que tenían cierta vanidad en sus buenas piernas. Empezaron a usar el nuevo ropaje los Prelados domésticos, que forman la Corte papal, y poco a poco lo adoptaron todos y desapareció finalmente aquel calzón del siglo XVIII que hace cien años no chocaba a nadie, porque lo llevaba todo el mundo, pero que en mitad del siglo XIX chocaba ya mucho, porque este siglo, sin ser menos vicioso que el anterior, tenía por inmodesta la exhibición de las pantorrillas. La causa remota de esta diferencia es quizás muy honda; pero aquí me contentaré con decir que la inmediata fue esa tirana de usos y costumbres que se llama la moda.

Ni paró en esta reforma el celo de los innovadores, sino que de las personas pasaron a las cosas y hallaron que criticar hasta en los admirables *Genios* de Canova, que adornan los sepulcros de Clemente XIII y los últimos Estuardos en la basílica de San Pedro. Hallábanlos demasiado desnudos, y tanto lo dijeron y repitieron, que al fin el bondadoso Pío IX llegó a creer que tenían razón, y a semejanza del Papa Paulo IV, de devota memoria, que hizo pintar paños sobre las figuras del *Juicio final* de Miguel Ángel, dio también que reír al vulgo malicioso, mandando cubrir aquellas estatuas con metal pintado de color de mármol. ¡Tan grandes son los escrúpulos de los devotos!

Y hubieran querido los buenos franceses y aun algunos fogosos italianos suprimir el mismo Carnaval de Roma, que consideraban más peligroso aún para las buenas costumbres que los calzones cortos o las estatuas; pero semejante empresa era poco menos que imposible. El origen de

esa diversión se pierde realmente en la noche de los tiempos y sube, por lo menos, hasta las Saturnales de la antigua Roma; y está tan arraigada en las costumbres de aquel pueblo, que su abolición hubiera causado un disgusto grandísimo. Además, si un gran número de extranjeros iba a Roma para ver las funciones religiosas de San Pedro, muchos más aún iban para asistir al Carnaval, y como el pueblo romano saca tanta utilidad del concurso de aquéllos, es seguro que no hubiera visto su supresión con indiferencia. En fin, el Carnaval romano no es tan inmoral como creen los que no lo han visto, ni se parece en nada al de París. Es más bullicioso que desordenado, más alegre que sensual. Limitado a la extensión del Corso, redúcese a una guerra de confites y cierta gragea de yeso, que llaman *coriándolos*, desde los balcones a los coches y de unos y otros al pueblo. Tiene por fundamento el buen humor, y produce un regocijo tan contagioso, que he visto a muchas gentes formales empezar por hallarlo absurdo y acabar por tomar parte en él, porque el hombre tiene siempre mucho de niño y es bueno que así sea. Personas de todas edades y condiciones corren allí de un lado a otro, cubiertas con un disfraz, y no era raro, en mi tiempo, que algunos abates de genio jovial se arriesgaran a hacer otro tanto. Cuentan a este propósito una buena chanza usada por el famoso Papa Lambertini, o sea Benito XIV, cuando era simple abate. Dicen, pues, que persuadió una vez a otro eclesiástico amigo suyo, el cual era cura de Santa María del Popolo, a que se pusiera un dominó y le acompañase al Corso en un día del Carnaval. Hízolo así aquél; pero Lambertini le había puesto en la espalda un papel con su nombre, y leyéndolo luego las otras máscaras empezaron todas a decir: Mira, mira, ahí va el cura del Popolo; lo cual fue causa de gran apuro para éste y de no poca risa para su travieso compañero.

Pero lo más notable en aquella diversión es el juego de luces con que concluye todos los días al cerrar de la noche. Cada cual toma en la mano una pequeña vela encendida, que llaman *moccoletto*, y trata por todos los medios posibles de apagar las de los demás y mantener siempre viva la suya. El bullir de las luces en aquella inmensa multitud causa un efecto mágico. Parece un mar agitado, donde se reflejan en mil puntos los rayos brillantes del sol. Asistía yo siempre a aquellas fiestas en un balcón del Palacio de Fiano, al cual me convidaba, como a otros jóvenes, la amable Duquesa, su propietaria. Estaba situado en un entresuelo y en una esquina del Corso, de manera que parecía hecho adrede para el Carnaval. Reuníanse allí varias damas muy elegantes, tales como la Princesa de Viano, la de Piombino, la hermosa Doña Teresa Chigi, casada con un Torlonia, la Grazioli y la Capránica; y todas mostraban la mayor alegría. Era, sin embargo, notable que a, pesar de la libertad que trae consigo la guerra de confites y más aun los *moccoletti* no había allí que notar ni una palabra ni un gesto que no fuese enteramente como se debe. Y otro tanto puede decirse de la lucha entablada en las calles; porque el carácter italiano es de suyo moderado y el pueblo mismo no pasa casi nunca de los términos de un franco y decente regocijo.

Había también durante el Carnaval magníficas cenas dadas por los Príncipes de Doria, Piombino, Torlonia y Borghese. A mí me convidaba siempre el de Piombino. Eran muy divertidas, porque los concurrentes se distribuían en mesitas de pocos cubiertos, en las cuales es más fácil la conversación y más comunicativa la alegría. Después de la cena se bailaba un rato, y en la del martes solían las muchachas atrasar las agujas de todos los relojes de sobremesa, a fin de hacer durar la diversión hasta algo entrado el miércoles de Ceniza.

Debería también decir aquí alguna cosa acerca de los bailes de máscara de Roma, los cuales, durante el siglo pasado, fueron tan célebres como los de la misma Venecia. Pero además de que nunca me han gustado mucho las máscaras, porque siempre temo que detrás de una hermosa careta se oculte alguna coqueta ya vieja, debo también decir que a mediados del siglo pasado se hallaban esos bailes en todas las ciudades de Italia en una considerable decadencia. La revolución causó su ruina. Las clases altas, que en otros tiempos animaban aquellas fiestas con su presencia, huían ya del contacto de las más bajas, por miedo de alguna broma impertinente, y habían perdido el buen humor con las preocupaciones de la política. Bástales ahora el Carnaval al aire abierto; no tienen ya aquella indolente indiferencia de otros tiempos para mezclarse con personas encubiertas y desconocidas en el entarimado de un teatro público. El baile de máscaras no está ya muy de moda.

En el último Carnaval que pasé en Roma tuvimos allí un verdadero regalo con la presencia en el Teatro Valle de la célebre actriz francesa Rachel, la cual tuvo en la primera mitad del siglo pasado la misma fama que antes habían disfrutado sucesivamente en su país la Champmeslé, la Lecouvreur y la Mars. Era una artista inimitable, singularmente en la tragedia. Su cara, sin ser hermosa, era expresiva, su voz armoniosa, su acción siempre apropiada y enérgica. Pasaba con naturalidad y rapidez de la ternura al desdén, de la piedad al furor. Cuando le decía al Príncipe musulmán: *Bajazet, écoutez; je sens que je vous aime*, su acento apasionado movía a compasión. Cuando convencida después de la indiferencia del Príncipe, le despedía con enojo, pronunciando el famoso *sortez*, casi inspiraba miedo. Sucedióme con ella lo que me había sucedido ya con Rubini; la hallé superior a su misma reputación, y aunque después he oído a otras actrices de mucho mérito, ninguna me ha agradado tanto ni me ha hecho tanto efecto.

Pero, ¿qué acento lúgubre llega de repente a mis oídos? ¡Ay! creo que es el cuerno del viejo Silva, que viene a sacarme del paraíso en que vivía. Cumplióse ya el tiempo de mi residencia en Roma, y es necesario que me someta a mi destino, porque los continuos cambios políticos de España no permiten que ningún empleado dure mucho ni aun en posiciones secundarias, como era entonces la mía. Bravo Murillo, que se proponía reformar la Constitución en sentido reaccionario, había dejado el poder en vista de la grande oposición que encontraba aun entre personas muy moderadas y monárquicas; y la Reina Isabel, sin abandonar del todo su propósito, pero aplazándolo por algún tiempo, llamó al Gobierno a otros hombres del partido moderado. Quiso, sin embargo, dispensar nuevos y mayores honores a Bravo Murillo, al despedirse de él, y le ofreció el Toisón de oro; pero el Ministro caído tuvo el buen gusto de rehusar tan elevada distinción, diciéndole a la Reina estas notables palabras: «Señora, agradezco en el alma a Vuestra Majestad la honra singular que quiere dispensarme; pero el Toisón de oro no puede habitar en un piso segundo». Es decir, que, pensando noblemente, prefería el prestigio de aquella Orden a la satisfacción de su propia vanidad.

El Marqués de Miraflores fue el mortal feliz encargado de dirigir el nuevo Gabinete y de calmar la alarma causada en el país por los planes de Bravo Murillo. Era el Marqués una persona muy a propósito para ello, porque todos sabían que, puesto que pecaba de cortesano, era al mismo tiempo muy liberal y muy honrado. Ha habido en la Historia moderna de España, como en casi todas las de las otras naciones, dos clases de hombres públicos: los unos de gran talla, que han dado dirección a los principales sucesos; los otros de segundo orden, destinados únicamente a formar una transacción y una pausa entre los primeros actores. Pertenecían a mediados del siglo pasado a la clase más eminente, Narváez, Martínez de la Rosa, Pacheco y Bravo Murillo. Distinguíanse entre los segundos, Istúriz y Miraflores; aquél representaba la burguesía liberal más adicta al trono; éste la aristocracia más liberal e ilustrada. Al uno o al otro recurría a menudo la Reina Isabel, cuando quería dar una tregua a la animosidad de los partidos.

Era el Marqués un hombrecito pequeño, pero activo, de fisonomía agradable, de modales tranquilos, de carácter bondadoso y afable. Sabía poco de letras humanas, pero mucho de las cosas del mundo. Hablaba y escribía con facilidad y tenía una fe grande en el sistema representativo. Ni le faltaba cierto buen sentido natural, cierta gramática parda con la cual solía despachar burlados a los que querían engañarle. Modelo de padres de familia, no se le conocía más defecto que una grande afición a la buena mesa, hasta tal punto que habiendo ido más adelante como Embajador a Roma, dio pronto su dimisión, porque el clima no le permitía comer todo aquello que era de su gusto. En todo lo demás era intachable, ¡y pluguiese al cielo que hubiéramos tenido muchos nobles tan ilustrados y tan celosos como él en el servicio de su Reina y de su patria! Había tenido yo la honra de conocerle en Madrid en casa del Marqués de Santa Cruz y en la de la Condesa del Montijo y le debí siempre muy buena voluntad; pero en la ocasión a que ahora aludo me hizo cambiar de residencia sin ganar en categoría, Para dorarme la píldora me dijo que gozaría la ventaja de tener una posición independiente y casi igual a la de un Encargado de Negocios, en atención a que mi nuevo jefe, que era D. Gerardo Souza, el cual debía desempeñar las dos Legaciones de Parma y Florencia, estaría generalmente en la primera de estas ciudades, mientras que yo residiría solo en la

segúnda. Pero aunque esto era cierto, vi poco después que el verdadero motivo de mi traslado había sido que el Marqués tenía el compromiso de dar mi puesto en Roma precisamente a aquel D. Esteban Azpeitia, a quien ayudé a salir de aquella ciudad, durante el sitio; lo cual me probó que la estrella de los neocatólicos no se había eclipsado todavía en Madrid, porque Azpeitia, en su calidad de antiguo Secretario del Cardenal Marco y hechura del reaccionario Castillo y Ayensa, era naturalmente persona grata a aquel partido.

Llegó, pues, para mí la hora de dejar a Roma, donde todo me agradaba y convenía, incluso su benigno clima, donde era yo aquello que le parecía tan raro al Príncipe de Metternich, un diplomático enteramente contento con su suerte. Grande fue mi sentimiento, lo confieso. Las bellas damas y los distinguidos caballeros que componían aquella sociedad me habían acogido de una manera tan amable, que no pude despedirme de ellos, y mucho menos de ellas, sin una emoción verdadera. Algún Palacio hubo, de donde salí tan conmovido y tan fuera de mí, que al atravesar sus salas espaciosas me parecía que hasta las estatuas y los cuadros, acostumbrados a verme, comprendían lo que yo sentía y tomaban parte en mi disgusto.

XXXIV.
Florencia, de 1852 a 1854.

Contraste entre Florencia y Roma.—Carácter puramente italiano y medieval de Florencia.—Su historia está en sus monumentos.—El Palacio viejo, el Duomo, el Bargello, el Palacio Pitti.—Fue una democracia pura, que al fin se transformó en monarquía.—Gobierno ilustrado de los Médicis y Lorenas.—Los florentinos fueron menos guerreros que comerciantes.—El clima de Florencia hace ingeniosos a sus habitantes.—Hicieron renacer las letras y las artes y obtuvieron la supremacía en ellas.—Frondosidad de los contornos de aquella ciudad.—Las mujeres florentinas más esbeltas que las romanas.—Florencia es la flor de las ciudades y la ciudad de las flores.

Florencia ofrece un completo contraste con Roma. En ésta llaman principalmente la atención los restos antiguos, y después de ellos las iglesias y edificios modernos. De la Edad Media queda poco y se necesita mucha imaginación para figurársela en aquella época. En Florencia sucede todo lo contrario: del tiempo romano no se conserva más que el anfiteatro de Fiesole, sitio de la ciudad antigua; y aunque lo moderno es muy bello, llama, sobre todo, la atención lo que subsiste aún de los siglos medios. Mucho se ha perdido, ciertamente, en estos últimos años de la Florencia republicana, a causa de la apertura de nuevas calles y del derribo de casas antiguas; mas queda todavía lo bastante para comprender que cada sujeto principal poseía un solar hecho de piedras sillares, a semejanza de un castillo, y una torre muy elevada, desde donde podía hostilizar a sus vecinos. En la calle llamada Por Santa María hay aún dos de ellas que pueden dar una idea suficiente de lo que era en un tiempo aquella ciudad y de la lucha continua que reinaba en sus calles entre blancos y negros, güelfos y gibelinos.

Quedan, sobre todo, varios grandes edificios, en los cuales están como esculpidas las principales vicisitudes de la antigua república. El Palacio viejo, por ejemplo, es en su género un libro abierto, donde se puede leer toda su historia. Su arquitectura es original y bella. Tiene portada y balcón como un palacio, y almenas como una fortaleza. Su torreón central, que se alza por encima de todas las otras torres de la ciudad, es tan sólido como esbelto. El Presidente Debrosges, en un siglo en que existía un criterio muy estrecho para juzgar de lo bello, le llamó *un affreux donjon*, un horrible castillejo; pero hoy día se le considera como una de las joyas del arte en el género pintoresco. La mole de todo el palacio, contemplada en una noche de luna, ofrece un aspecto tan hermoso como poético. Parece que de su portal van a salir armados los arqueros de la señoría. Allí se formaron y deshicieron Gobiernos con una vertiginosa rapidez y después de disputas sangrientas. Allí se abolía hoy lo que se había decretado ayer, según lo refiere Dante con patriótica amargura.

Sólo dos veces hubo en aquel edificio escenas que puedan llamarse nobles y aun heroicas. La una fue cuando los florentinos se libertaron tumultuariamente de la tiranía de Gualterio de Brienne, Duque de Atenas, y la otra cuando Gino Capponi puso coto con su energía a las pretensiones exorbitantes de Carlos VIII.

El Duomo es asimismo notable por su belleza y por los recuerdos que despierta. El exterior todo revestido de mármoles blancos y negros, es como un gran mosaico, que revela el origen bizantino de la arquitectura gótica toscana. El interior, sin mármoles ni adornos, se conforma ya más al gusto del Renacimiento, y es a la par sólido y correcto. Su único defecto consiste en ser desnudo y frío. La nave no tiene altares, y para prosternarse y hacer oración hay que llegar hasta el presbiterio. Ofrece, con todo, bastante interés el cuerpo mismo de la iglesia.

En ella está enterrado el célebre Giotto, que hizo resucitar de sus cenizas la pintura antigua; *per quem pictura extincta revixit*, como dice la inscripción que se lee sobre su tumba. Después se halla un fresco que representa al poeta Dante, paseándose a las puertas de Florencia, con un libro en la mano, que es la *Divina Comedia*. Cuando los muchachos de su tiempo le veían venir con aquel aire tan sombrío, se decían con terror unos a otros: aquél es el hombre que ha estado ya en el Infierno.

El altar mayor trae involuntariamente a la memoria una escena de extraña violencia, que pinta bien las costumbres del siglo XV. Allí fue donde Lorenzo y Juliano de Médicis, estando oyendo misa, se vieron acometidos por los Pazzis, sucumbiendo Julián y salvándose Lorenzo a duras penas, gracias a su buena espada y al salto que dio desde el presbiterio al suelo de la iglesia, refugiándose luego en la sacristía inmediata, cuya puerta cerró por dentro. Un clérigo, tal era la confusión de aquellos tiempos, fue quien había tomado a su cargo el herir mortalmente a Lorenzo, y el Obispo Salviati era como el alma de aquella empresa. Todos los conjurados fueron presos y colgados del balcón del Palacio de la Señoría, sin temor a las iras del Papa, enemigo entonces de los Médicis.

A un lado del Duomo elévase el campanario, dibujado y construido por el famoso Giotto, quien era al mismo tiempo pintor y arquitecto. Está cubierto de mármoles de colores, como la iglesia, y tiene una ligereza y una elegancia incomparables. No le conozco más rival que nuestra Giralda de Sevilla. En el centro del Duomo se levanta la célebre cúpula, que viene a ser el panteón de Roma, alzado y sostenido en el aire por medio de arcos muy atrevidos. Su autor, Brunelleschi, mostró en aquella prodigiosa construcción que tenía, no sólo talento, sino genio, y tuvo la gloria de que Miguel Ángel le imitase en San Pedro de Roma.

Después del Duomo débese citar el Bargello o Palacio del Podestá. Su exterior es sombrío, pero posee un patio de estilo gótico primitivo, que es un dechado de ligereza y primor. En aquel edificio estaban las prisiones de Estado, allí ha corrido a veces como agua la sangre de los más ilustres florentinos, y se han representado tragedias tan crueles como las de cualquier otra odiosa tiranía. Ahora está dedicado a Museo, y la vista de las bellas estatuas del Renacimiento hace olvidar las lúgubres escenas que recuerda aquel antiguo edificio.

El otro monumento, que cuenta, por decirlo así, la historia de Florencia, es el Palacio Pitti. Un particular vanidoso costeó su construcción; pero después lo compró una dama española, Doña Leonor de Toledo, la cual se casó con el Duque Cosme de Médicis. De modo que en aquellos tiempos, la hija de un Virrey español de Nápoles era una alianza adecuada para un Príncipe soberano, y le llevaba en dote un palacio estupendo. A primera vista sólo llama la atención la magnitud y solidez de aquel edificio; nótase después la majestad de su conjunto y la armonía de sus líneas. En aquella noble mansión vivieron primero los Médicis y después los Lorenas, y alojó a la monarquía desde que ésta sustituyó a la república.

Porque la república fue por muchos siglos la forma de gobierno que dominó en Florencia; y aunque lo mismo aconteció en otras ciudades de Italia, en pocas duró tanto ni tuvo un carácter tan democrático. Nacieron aquellos gobiernos populares de la debilidad del Imperio, y lucharon con varia fortuna contra toda clase de enemigos exteriores e interiores. Sismondi ha escrito la historia de todos ellos en un libro muy ameno, que se lee como una novela, y es curioso observar de qué modo

fueron cayendo casi todos en poder de pequeños tiranos, y cómo los que quedaron libres tomaron formas diferentes, dominando en unos la democracia, en otros la aristocracia y en otros un sistema mixto. En uno de los extremos estaba Venecia, la cual fue completamente aristocrática desde que el Dux Gradenigo dio el famoso golpe de Estado, por medio del cual fue limitado para siempre el número de los miembros del Gran Consejo. Florencia se halló en el extremo opuesto, conservando perpetuamente su carácter democrático. Génova osciló entre una y otra forma.

Florencia, defendida por los montes Apeninos, y enriquecida por la agricultura y el comercio, fue poco guerrera, y cuidando de excluir siempre de su seno a los nobles, vivió popularmente. Pero su historia es una prueba notable de que sin nobleza no hay ni estabilidad ni libertad. Dominábanla las facciones y gobernábanla despóticamente. A la existencia de ellas hase querido dar un origen poético, atribuyéndolas al asesinato de un Buondelmonte, por haber desairado a una joven de la familia gibelina de los Amideis; pero la verdad es que fueron un producto natural del gobierno democrático, como lo demuestra el hecho de que esas mismas facciones dominaron con diversos nombres en todas las Repúblicas de Italia. Divididos los florentinos en blancos y negros, se odiaron, se persiguieron, se desterraron, confiscáronse mútuamente los bienes, y en más de una ocasión derramaron los unos la sangre de los otros en las plazas y calles.

El jefe del Gobierno, llamado Gonfaloniero, se mudaba cada dos meses, y reinaba tal desconfianza entre los ciudadanos, que los jueces eran siempre forasteros. El Podestá de Florencia solía ser un paduano, como el de Padua era un florentino. Al leer la historia de aquellos excesos causa mucha admiración que durara tanto tiempo un Gobierno tan malo. A principios del siglo XV, los Albizzis, antigua y rica familia, quisieron poner término a tanta anarquía estableciendo el gobierno de los nobles, mas no pudieron efectuarlo; fue un ensayo prematuro. Al cabo otra familia, de más humilde origen, pero que había adquirido grande prestigio a causa de sus riquezas y de la ilustración de sus miembros, los Médicis, consiguieron hacer con maña lo que los Albizzis no habían logrado realizar con la fuerza. Empezaron por adular al pueblo y acabaron por subyugarle. Tuvo su poder diversas vicisitudes, mas aunque fueron más de una vez expulsados, tuvieron siempre la fortuna de volver, ayudados por las circunstancias, porque Florencia, cansada de la anarquía popular, ansiaba vivir con reposo. Por último, el Emperador Carlos V puso fin a la República y erigió la Toscana en ducado, restableciendo en el poder a los Médicis; conducta claramente egoísta, pues al mismo tiempo que quitaba así la libertad a Florencia para agraciar a Clemente VII, la restablecía en Génova, a fin de ganar a Andrés Doria.

Pero juzgúese como se quiera el proceder de aquel ambicioso Soberano, es innegable que la bella Florencia ganó extremadamente con esta mudanza. Convertida en monarquía, vivió cerca de cuatro siglos en una paz octaviana, bajo dos ilustres dinastías: primero, la de los Médicis, que protegía las Letras y las Artes, y después, la de Lorena, cuyos Príncipes se dedicaron a mejorar sus instituciones. Uno de ellos, Pedro Leopoldo, fue un verdadero revolucionario, y realizó en la Iglesia y el Estado una multitud de atrevidas reformas que le granjearon la admiración de los contemporáneos. Su conducta es una muestra de lo que hubieran podido hacer poco a poco los mismos Príncipes sin necesidad de las inauditas violencias de que dio ejemplo en 1789 la enloquecida burguesía de Francia.

Florencia no había sido nunca conquistadora. Tardó siglos en apoderarse de Pisa, y al fin tuvo también Carlos V que cederle Siena, para que dominase al menos en toda la pequeña Toscana. Dedicados al comercio, los florentinos se distinguieron siempre por un espíritu de sabia economía que les permitió acumular grandes capitales, los cuales prestaban con buen interés a los particulares y también a los Reyes. Una casa florentina, la del banquero Peruzzi, fue quien prestó a Eduardo III de Inglaterra el dinero que necesitaba para hacer la guerra a la Francia. Eran entonces los florentinos activos y vigilantes. En la sala principal de uno de los palacios de Florencia hay una inscripción, que dice: *Per non dormire*, y aseguran que el mercader florentino que allí la puso había hecho una gran venta de sedas, base de su futura riqueza, mientras los demás dormían la siesta en una tarde de verano.

Los florentinos han sido también muy hábiles e ingeniosos en las Ciencias y las Artes, lo cual han heredado de los antiguos etruscos, y es posible que a ello haya contribuido siempre el aire vivo de aquella ciudad. Vasari dice, que ese aire ha sido despertador de grandes ingenios, y esto me recuerda que nuestro Luis de Granada atribuye modestamente la excelencia de su admirable *Guía de Pecadores*, al clima de Badajoz, que fue donde la compuso. Lástima es que a la par que ingeniosos sean también muy curiosos, de manera que es difícil libertarse de sus continuas preguntas. Refería el Conde Giraud, el autor de *El Ayo en embarazo*, que se trasladó una vez a Florencia para activar cierto asunto que tenía pendiente en sus oficinas, y llegó a aburrirse tanto de las preguntas con que le molían los florentinos, que estando una noche cenando en el Café Vital, entonces muy de moda, se subió encima de una mesa y dijo en voz alta de esta manera: «Señores, yo soy el Conde Giraud, que he venido a Florencia para un negocio particular, el cual no tiene relación alguna con la política ni con las letras, y pienso marcharme lo más pronto posible, porque estoy ya cansado de las continuas preguntas que todo el mundo me dirige».

Han criticado algunos la parsimonia de los florentinos, tachándolos de avaricia; pero en este punto hay mucha exageración. Si viven con orden, no por eso dejan de agasajar con generosidad a sus amigos. Lo que sí tienen, para honra y provecho suyo, es el espíritu práctico de la vida. Son siempre algo demócratas, y no se abochornan de conservar por medio del tráfico las riquezas que con él adquirieron sus mayores. Nada más común que ver hasta en los mismos palacios de los nobles una ventanilla para el despacho al pormenor de sus vinos con la inscripción que indica su procedencia, como cantina Ricasoli, cantina Albizzi o Capponi.

Añadiré a las buenas prendas de los florentinos, la de tener un carácter afable y aun dulce, viéndose en esto la influencia benéfica de un Gobierno monárquico y paternal, que en cuatro siglos de dominación ha convertido a los indóciles e inquietos republicanos de la Edad Media en uno de los pueblos más tranquilos y urbanos de Italia. ¿Y no tienen defectos los florentinos? Ya he dicho que son curiosos. A esto añadiré que, si bien son vivos de genio, no poseen la energía y fuerza física de los piamonteses y lombardos: son algo perezosos. Pero el gran defecto de ellos, pena causa decirlo, es ser terriblemente blasfemos. Lo eran de antiguo y hoy día sigue este vicio en aumento, por más que tanto el clero como las personas piadosas hacen todo cuanto pueden para ponerle algún coto.

Pero dejando este tema por otro más interesante, debo ya recordar la supremacía conquistada por Florencia en el cultivo de las Letras y las Artes. En las primeras ha tenido a Dante, carácter eminentemente poético, producido como una planta natural por el conflicto de las terribles facciones que desolaban la República. Tácito fue en Roma una protesta viva contra la tiranía de los Césares. Dante, en Florencia, otra no menos enérgica, contra la tiranía de los güelfos. Más tarde produjo a Maquiavelo, ingenio agudísimo, cuyo libro, más criticado que leído, contiene sabios preceptos para la conducta de un Príncipe prudente. Florencia, pequeña y débil, se defendió con la astucia e inventó la ciencia política.

Su supremacía en las Artes tuvo igualmente causas conocidas. En aquel feliz terreno, donde a la par que en la misma Grecia habían florecido todas ellas; en aquella Etruria, que dio a Roma estatuas y joyas, leyes y ritos, volvieron a renacer fácilmente todas las invenciones de Apolo y Minerva. Contribuyó principalmente a ello la riqueza de los mercaderes florentinos, que servía para atraer y animar a los grandes talentos. La primera manifestación importante del arte moderno tuvo lugar en Asís, porque la piedad de los fieles dio a aquellos monjes los medios necesarios para recompensar con generosidad a arquitectos y pintores. La segunda se verificó en Florencia, donde los acaudalados negociantes edificaban iglesias y palacios y los adornaban con estatuas y cuadros. Contribuyó después a acelerar el progreso de las Artes la conducta ilustrada de los Médicis, quienes reunieron en sus jardines muchas estatuas antiguas, presentándolas como dechados a la juventud estudiosa de su época. Esos ejemplares de la estatuaria antigua dieron un carácter más noble a todas las artes. En fin, Vasari menciona también otra circunstancia que contribuyó mucho a su progreso en Florencia, y fue el carácter libre y aun envidioso de los florentinos, los cuales acostumbraban

criticarse unos a otros sin ningún miramiento, obligando así a todos a estudiar mucho sus obras y no mostrarlas al público hasta que habían hecho todo lo posible para que fuesen excelentes. Del mismo Miguel Ángel se refiere, que tuvo la flaqueza de motejar públicamente los cuadros del Perugino.

La arquitectura, que es la primera de las nobles hermanas, cuyo estudio ocupa a los pueblos, renació asimismo en Florencia, o por lo menos recibió en ella su desarrollo moderno. Allí puede leerse en edificios de un raro mérito la historia de su progreso, desde el Palacio Strozzi, todavía algo gótico y sombrío, hasta el Palacio Ruccellai, más risueño y elegante. Benedetto da Maiano y Juan Bautista Alberti fueron para la arquitectura lo que Giotto y Ghirlandaio para la pintura, y Nicolás de Pisa y Donatello para la escultura. Otros elevaron estas tres artes a su mayor perfección; ellos les dieron el primer ser y la primera hermosura.

De buena gana me extendería bastante más en este gustoso argumento; mas lo dejo para cuando hable de los Museos. Ahora debo terminar mi descripción general de Florencia, diciendo que si su interior contrasta con el de Roma, hay aun mayor diferencia entre los campos que la rodean. Los de Roma parecen un árido desierto, interrumpido solamente por las ruinas de algunos acueductos, los cuales dan todavía testimonio de la grandeza de aquel pueblo. Los de Florencia son un jardín que el Arno riega y que se extiende hasta las faldas del Apenino. Pintorescas colinas, entre las cuales descuella la de Fiesole, ofrecen a la vista un conjunto maravilloso de quintas, jardines y árboles frondosos, que forman una segunda ciudad, asilo de la paz y de la tranquilidad campestre.

Hay además dentro de la población muy hermosos paseos, que pueden competir con las villas más célebres de Roma. Las llamadas Cascine, situadas a orillas del río, son por extremo agradables, especialmente en los meses de invierno. Allí vi por primera vez las bellas florentinas, cuyo tipo es diferente también del de las romanas. Estas propenden a engrosar y tienen las facciones abultadas; aquéllas son delicadas y esbeltas. Y delgadas son sus imágenes de la Virgen y delgadas también las de sus santas, por cuya razón tienen fácilmente el aspecto devoto, aun que los pintores que las hacían no lo eran más que los de Roma o Venecia. Las figuras de Lippí y Botticelli parecen siempre enfermas convalecientes. Ghirlandaio dio mucha mejor salud a sus personajes; pero siempre fueron más esbeltos que los que pintaron Rafael y Miguel Ángel, cuando tuvieron ante los ojos los corpulentos romanos y las trastiberinas robustas.

El idioma corriente en Florencia es asimismo algo diverso del que usan en Roma. Dícese proverbialmente: *Lingua toscana in bocca romana*, porque es un hecho innegable que los romanos pronuncian con gran perfección. Los florentinos les llevan quizá ventaja en la elección de las palabras, usando siempre las más castizas; pero tienen el vicio singular de aspirar la *c* al principio de muchas voces; así dicen, por ejemplo, jasa y jámera, en lugar de casa y camera. Y esto les es tan natural, que no se aperciben de ello, y cuando se les pregunta por qué tienen esa costumbre, aseguran que no es así, y extrañan casi la advertencia.

El temple de Florencia no es tan benigno como el de Roma, y la vecindad de los Apeninos, que a menudo se cubren de nieve, enfría bastante el aire durante los meses de invierno. Llueve también con exceso, y lo primero que noté al llegar fue la gran cantidad de tiendas de paraguas. Paraguas llevan los obreros, los frailes y hasta las gentes más pobres de la ciudad y del campo. De esta continua lluvia nace sin duda la gran frondosidad de sus campos y la abundancia de flores que en aquella ciudad se advierte. Ahora se cultivan y venden por las calles de Nápoles, Génova y Roma; pero en la época de que voy hablando era esto peculiar de Florencia. Notables eran entonces sus *fiorare* o vendedoras de flores, las cuales andaban vestidas de aldeanas con el pintoresco sombrero de paja de grandes alas, como el de la inocente Pamela. Y la reputación que dan a aquella ciudad sus hermosos jardines es una cosa muy antigua, pues sabemos que Federico Barbarroja no vino nunca a ella, porque su astrólogo le había pronosticado que moriría donde las flores cubriesen el suelo. Aquella linda población puede, pues, definirse: la flor de las ciudades y la ciudad de las flores.

XXXV.
Florencia, de 1852 a 1854.

Fiestas de San Juan Bautista.—Soy presentado a los Grandes Duques.—Caracteres de ambos.—Altos cargos de Palacio.—Familias de Ginori, Gherardesca, Martelli y Rucellai.—Suerte adversa de los Strozzi.—Damas de la Gran Duquesa.—Baldasseroni, Casigliano y demás Ministros del Gran Duque.—El verano en Liorna.—Reuniones del Príncipe Poniatowski.—Vida social en Florencia.—Teatros de la Pérgola y el Cocómero.—Recibimientos en el Palacio Pitti.—Bellas señoras de aquel tiempo.—Fiestas del Príncipe Deiuidoff.—La Condesa Orsini da muy buenos conciertos.—Conozco en aquella casa al célebre Rossini.—Carácter de este maestro.

A poco de haber llegado a Florencia tuvieron lugar las fiestas de San Juan Bautista, patrono de aquella ciudad, las cuales eran entonces muy solemnes y duraban tres días. Comprendían un recibimiento de Corte, una carrera de caballos sin jinete, llamados *barberi*, en la calle más larga de la ciudad, que conduce a la Puerta Prato, una corrida de carros a la antigua romana, en la plaza de Santa María Novella, y un castillo de fuego en el puente de la Carraia. El Cuerpo Diplomático veía las dos corridas en una tribuna especial, en compañía de la Corte. Los Grandes Duques asistían también a ellas y eran muy bien recibidos por el público. El castillo de fuego lo veíamos en el Palacio Corsini, que se halla situado precisamente en el muelle del Arno, no lejos del puente.

La familia Corsini, que tenía en Roma su palacio principal, donde habitaba al viejo Príncipe, poseía además otros dos en Florencia: uno, que es este del Arno, en el cual vivía entonces el Duque de Casigliano, primogénito de la casa, y otro cerca de la Puerta Prato, ocupado por el Marqués de Lajatico, que era el segundogénito. Las azoteas y balcones del palacio del Arno, se llenaban en la noche de los fuegos de la sociedad más escogida de Florencia, y allí se podían ver sus más bellas damas con esos vestidos ligeros y elegantes que trae consigo el estío.

En el recibimiento de la Corte tuve la alta honra de ser presentado a los Grandes Duques y las Princesas de su familia por el Ministro de Negocios extranjeros, que era justamente el Duque de Casigliano. El Gran Duque Leopoldo era un hombre ya maduro, de frente espaciosa, cejas pobladas y labios abultados, rasgos distintivos de la fisionomía de los Habsburgos. Hablaba poco, como todos los de su familia, y era tan tímido que en vez de empezar la conversación, se miraba y remiraba las botas. Hacíase preciso faltar a la etiqueta y sugerirle algún tema, después de lo cual, roto ya el hielo, hablaba muy bien y mostraba entendimiento y buen gusto. Además era un Príncipe muy honrado y de muy sano juicio, que eligió con acierto sus Ministros, y en una época muy bonancible hubiera hecho la felicidad de sus pueblos.

La Gran Duquesa Antonieta, su esposa, era una Princesa de Nápoles, hermana de la Reina Cristina de España, a la cual se parecía mucho. No era tan hermosa como ella; pero tenía sus bellos ojos, su buen color, y aquellos hoyuelos en las mejillas que volvían loco a Don Javier de Istúriz y le hacían hacer tantos disparates, según lo confesaba él mismo. A la soberana florentina no la faltaba conversación, como a su augusto esposo, y acogía a los diplomáticos con tanta amabilidad como benevolencia.

La Archiduquesa María Luisa, hermana del Gran Duque, era fea e insignificante. No así la Gran Duquesa María Amalia, viuda del difunto Gran Duque Fernando. Era esta señora una Princesa de Sajonia, fea también y ya entrada en años, pero llena de viveza y de talento, cual lo son, en general, las damas de aquella Real Casa. Sabía muchas cosas, se expresaba con facilidad, y ganaba las voluntades con una afabilidad que no era aprendida, sino nacida de su bondadoso corazón.

Hecho ya el retrato de los Príncipes, será ahora necesario que haga el de los personajes que formaban su alta servidumbre. El Gran Chambelán era un Marqués Ginori. Tiene esta antigua familia dos ramas: la una, más conocida, es la que fundó hace dos siglos y posee siempre la célebre fábrica de cerámica de la Doccia, rival un día de Capo di Monte: la otra es menos rica y menos notable, y a ésta pertenecía precisamente el Gran Chambelán de entonces, a quien por no tener

muchos bienes y ser pequeño de cuerpo, llamaban vulgarmente el Ginorino. Era enfermizo y de huesos tan frágiles, que a cada paso se le rompían las piernas. Recomendábale únicamente su porte de antiguo cortesano y la adhesión que profesaba a los Grandes Duques.

Era Mayordomo mayor de la Gran Duquesa el Conde Guido de la Gherardesca, modelo de urbanidad y cortesanía. Esta familia viene de Pisa y es célebre por el episodio del Conde Ugolino, que es quizás el más bello del poema de Dante Residen de antiguo en Florencia. Fue un día gibelina y guerrera, lo cual la distingue en aquella ciudad, donde casi toda la nobleza procede del comercio. Camarera mayor era la Princesa Conti, la cual nacía Corsini y tenía el talento de esa familia, con el cual suplía a la belleza. Era sustituida algunas veces por la anciana Duquesa Strozzi, que era una Beaufort, prima de nuestro Duque de Osuna. Los Strozzi vienen a ser la familia más ilustre de Florencia. Muchos de ellos sirvieron en naciones extranjeras, como Generales o Almirantes, a ejemplo de los Dorias de Génova, sólo que en vez de inclinarse, como éstos, a la España, prefirieron la causa de Francia y compartieron su adversa fortuna. Uno de ellos fue vencido por el Marqués de Santa Cruz en las Azores; otro fue muerto en Thionville; el más ilustre, Felipe, peleó por la libertad de Florencia, y vencido en Montemurlo, y encerrado en un castillo, se quitó allí la vida, y dejó una carta para Don Juan de Luna, alcaide de su prisión, en la cual le rogaba que mandase a su enemigo el Cardenal Cibo una morcilla hecha con su sangre, a fin de que pudiera saciar la sed que de ella tenía. Los florentinos le consideran el Catón de su patria.

El bailío Martelli desempeñaba el cargo de Caballerizo mayor. Su familia es muy antigua, pero no tiene título, como otras muchas de Florencia. Un Martelli fue el protector de Donatello, quien vivió y murió en su palacio, y ha dejado en él algunas obras excelentes. El bailío era tan cortés como feo.

El Conde de Rucellai, persona bastante ilustrada, era Mayordomo mayor de la Archiduquesa Luisa. Debieron los Rucellais sus riquezas al tráfico de la seda y fueron después notables por su amor a las artes y a las letras, y por sus alianzas de familia con los Médicis. Un Rucellai compuso el lindo poema de las Abejas, que es una joya del género bucólico y un dechado de buen lenguaje. Otro mandó fabricar la fachada de Santa María Novella. El palacio de esta familia, ejecutado por Alberti, forma época en la historia de la arquitectura. El Marqués y la Marquesa Martellini, dos personas tan afables como bien nacidas, eran el Mayordomo y la Camarera mayor de la Gran Duquesa Amalia.

Después de los altos cargos de la Corte convendrá mencionar a los Ministros. Eran todos de un mismo tipo, gordos, calvos y panzudos. A excepción de Casigliano y Bocella, pertenecían todos a la burguesía, la cual era más bien buscada que excluida para el gobierno de la Toscana. Todos eran también de edad madura, leales y de una integridad probadísima. El caballero Giovanni Baldasseroni, Presidente del Gabinete, comenzó por ser un empleado subalterno en el ramo de Aduanas y se había elevado poco a poco y por su solo mérito al más alto puesto de su país. Administró muy bien la Hacienda en tiempos bastante azarosos, y en lugar de déficit dejó un cuantioso sobrante en las arcas del Tesoro. Gobernó con manos tan limpias, que cuando casó más adelante a su hija única, tuvo que pedir dinero prestado para costearle un ajuar. Ha dejado unas Memorias muy bien escritas, en las cuales realza cuanto puede el buen gobierno de Leopoldo y disculpa con cierta habilidad la reacción llevada a cabo durante su largo Ministerio.

El Duque de Casigliano, Ministro de Negocios extranjeros, era, como ya lo he dicho, el primogénito de Corsini, y puede decirse que más bien que hombre político, venía a ser un mero aficionado. Amigo de gastar y cargado de deudas, que ya su padre se rehusaba a pagar, había tomado el puesto de Ministro para percibir un buen sueldo; mas apenas murió el Príncipe, su padre, y heredó el título y los bienes, abandonó el Ministerio y se retiró a su quinta de Castello, donde vivía como un gran señor, recibiendo lo más selecto de la sociedad de Florencia. Poseía mucho talento natural y su conversación era muy divertida. Adolecía, con todo, del defecto bastante común entre las personas graciosas, de reírse él mismo con mucho estrépito de sus buenas ocurrencias, rociando de saliva a los que se encontraban más inmediatos.

El Marqués Bocella era el prototipo del aristócrata reaccionario, elogiador del tiempo pasado y persuadido, como el Conde de Azumar, que hasta los melocotones eran mayores en la época de nuestros abuelos. Exageró tanto su clericalismo en el desempeño de su Ministerio, que era el de Negocios eclesiásticos, que pronto tuvo que dejarle por hallarse en completo desacuerdo con los demás miembros del Gabinete. Decíame Monseñor Massoni, Nuncio del Papa, que sus visitas eran tan frecuentes que casi le comprometían también a él a los ojos del público, pues no parecía sino que tenía necesidad de tomar su consejo diariamente y para toda clase de asuntos. Le reemplazó el caballero Buonarrotti, persona más discreta, aunque adicta igualmente a la Santa Sede. Era el último descendiente del gran Miguel Ángel, y a su muerte se extinguió aquella familia, y la casa que habitaba en la vía Gibelina, que era la misma en que había vivido aquel famoso artista, fue convertida en un Museo, donde se conservan muchas reliquias de él. Es notable, entre otras, el cuarto o más bien camarín, en el cual dicen que se retiraba para meditar y dibujar sus sublimes composiciones de todo género. A lo que parece, en lugar de necesitar una sala espaciosa o un jardín lleno de flores como otros grandes ingenios, buscaba un espacio reducido, donde nada distrajese la atención ni interrumpiese el silencio.

Landucci, Ministro del Interior, y Laini, de la Justicia, eran dos burócratas estimables, y el General Laugier, Ministro de la Guerra, había reorganizado bastante bien el corto ejército toscano. Conocí a todas estas personas en las fiestas de San Juan, que eran las últimas de la estación de primavera. Después se marchaban muchos a los puertos de mar, principalmente a Liorna, invitando bastante a ello el camino de hierro, que acababa de ser construido entre Florencia y aquella ciudad y fue uno de los primeros de toda Italia. Debióse a la inteligente actividad del banquero Fenzi, quien disfrutaba en Florencia de una posición parecida a la de Torlonia en Roma. Recibía mucho durante el invierno y daba también muy bonitas fiestas durante el mes de mayo en su quinta de San Andrea, fuera de la Puerta Romana.

En Liorna, a donde me trasladé yo también por algunos días, encontré, pues, a la mayor parte de mis conocidos de Florencia. Había allí continuas reuniones, siendo las más brillantes las que daba el Príncipe Carlos Poniatowski, en su posesión de Monterotondo. Era hijo este magnate de un sobrino de aquel Rey Estanislao, que sirvió por algún tiempo en el ejército de la Emperatriz Catalina, de quien fue favorito, y a la muerte de esta Soberana se retiró a Italia y murió en Florencia. Tenía el Príncipe Carlos el aire noble y señoril de su ilustre estirpe y la gracia de su madre, que era italiana, y le distinguía su pasión por la música. Tanto él como la Princesa Elisa, su mujer, nacida en Luca, merecían el nombre de verdaderos artistas, y daban en sus palacios de Florencia y Liorna representaciones de aficionados, que podían competir con las de cualquier teatro público de Italia. Recuerdo haberlos oído cantar el *Barbero* y el *Elixir di amor*e con una corrección y un gusto exquisitos. Desgraciadamente, aquella pareja tan inteligente y amable no tenía mucho juicio, y gastando siempre sin límites, llegó a arruinarse por completo.

Cuando me restituí a Florencia hallé todavía medio de divertir el tiempo, porque en aquella época no se había introducido aun la moda de pasar el verano en el extranjero, debida a la facilidad de las comunicaciones y al aumento de la riqueza. Entonces aquellas familias que no gustaban de los baños de mar, se quedaban en la ciudad, donde, a la verdad, no sufrían mucho del calor, a causa de la altura de los techos y del espesor de los muros de sus antiguos palacios. El gran éxodo de la aristocracia y aun de la clase media tenía lugar en otoño. Marchábanse entonces a sus posesiones de campo, a fin de disfrutar en ellas de la agradable temperatura que reina siempre en esa época del año en los países meridionales. Generalmente, hacían también allí la novena de Navidad, que ha tenido siempre mucha importancia entre la población de Toscana. A principios de enero regresaban todos a Florencia, y entonces se abrían los grandes teatros y comenzaban las fiestas de lo que llaman en Italia Carnaval, o sea los meses de invierno, desde Navidad a Cuaresma.

El teatro más notable de Florencia era la Pérgola, que ahora está casi siempre cerrado, porque el Gobierno, agobiado con otros gastos, no puede ya subvencionarlo. Entonces ofrecía un espectáculo tan brillante como la Ópera de París o el Convent Garden de Londres. La aristocracia y

las familias principales tenían la propiedad de los palcos o los tomaban por toda la temporada. Veíanse allí a las más bellas damas, ataviadas con grande elegancia, y los caballeros tenían que presentarse de frac y corbata blanca. Durante los entreactos hacíanse visitas a los palcos y reinaba en toda la sala una animación extraordinaria. Las óperas y los bailes representados, eran los que a la sazón gozaban en Europa de más boga. Verdi disputaba ya la gloria a Bellini y Donizetti, y el *Rigoletto* y *Trovatore*, cuyos libretos están tomados de Víctor Hugo y García Gutiérrez, hacían olvidar por algún tiempo la *Lucía* y la *Norma*. Compartía el favor del público el ya celebérrimo Meyerbeer, cuyos *Hugonotes* son, según el parecer de los mejores jueces, la obra maestra de la música moderna.

Daban también el *Profeta*; mas acerca de éste hubo, desde luego, opiniones diferentes, y disputas muy acaloradas, semejantes a las que ahora suscitan las óperas de Wagner. Dividióse la sociedad en dos campos, y el Duque de Casigliano, grande aficionado a la música, capitaneaba a los partidarios, a todo trance, de Meyerbeer. Aplaudían éstos lo mediano como lo excelente, y querían que todos se entusiasmasen como ellos con los famosos anabaptistas y todas las otras larguras y pesadeces del famoso *Profeta*. El tiempo ha probado, como siempre, que los independientes de entonces llevaban la razón, y que no es todo oro en aquella partitura, por lo demás admirable. Los artistas eran de primer orden, y me acuerdo principalmente del tenor Tamberlick, el bajo Niccolini, la hermosa Frezzolini, cuya voz era muy simpática, y Amalia Ferraris, graciosa bailarina.

El público de Florencia es muy inteligente de música, y en esto tienen también los florentinos cierta superioridad, pues si bien la metrópoli de ese arte hechicero ha sido siempre la poética y voluptuosa Nápoles, patria de Cimarosa y de Paisiello, no es menos cierto que en Florencia fue donde se inventó y representó, por primera vez, un drama lírico con la forma que llamamos ópera. El florentino Bardi, Conde de Vernio, y la llamada Camerata o sociedad de amigos, a quienes reunía en su palacio, fueron los autores de esta invención encantadora.

El principal teatro de prosa tenía el ridículo nombre de Cocómero, que significa sandía, y han hecho bien en cambiárselo, dándole el del gran poeta Niccolini, elegante imitador de Víctor Hugo. En él oíamos a la compañía Domeniconi, la cual recitaba muy bien las tragedias de aquel poeta, las de Alfieri, que son más clásicas que románticas, y los dramas y comedias del florentino Gherardi del Testa, quien pretendía ser enteramente original, aunque dejaba notar bastante la influencia de Scribe. La Ristori dio también allí algunas representaciones y fue sumamente aplaudida, a pesar de que todavía no disfrutaba de la extraordinaria reputación que adquirió durante su permanencia en París, donde los jueces más competentes de Europa pusieron el último sello a su gran fama.

Pasando del teatro a las reuniones del gran mundo, debo mencionar en primer término las fiestas del Palacio Pitti. Los Grandes Duques daban durante el invierno dos grandes bailes y varios saraos y conciertos, y eran todos tan concurridos y elegantes que formaban uno de los mayores atractivos de aquella ciudad, no sólo para los florentinos, sino también para los extranjeros. No existía aun en aquella época entre la gente rica de Europa la costumbre de residir durante el invierno en Niza y las otras ciudades de la llamada Cornisa, y Florencia era, con Roma, el lugar preferido por los viajeros, especialmente los ingleses. Venían en gran número y gustaban mucho de los placeres de Florencia; pero nada les agradaba tanto como las recepciones de la Corte. El pobre Ministro de Inglaterra se veía precisado a molestar de continuo a sus Altezas para obtener los deseados convites, y el abuso llegó a tal punto que en una ocasión eran treinta los que debían ser presentados, y el Ministro, cuyo nombre era míster Scarlet, se contentó con nombrar a los primeros, e incluyó después a todos los restantes en una fórmula general, señalándolos en montón con un gesto comprensivo. Cuyo incidente produjo bastante escándalo y fue causa de que al fin se tomara la sabia resolución de no admitir en la Corte de Toscana sino a aquellos individuos que hubiesen sido ya recibidos en la de su propio país.

Admirábanse en aquellas reuniones las más bellas señoras de Florencia, entre las cuales se distinguían algunas damas de la Gran Duquesa. La Condesa Julia de la Gherardesca, alta y majestuosa, era una de las más notables, y también otra Julia, la Marquesa Gherardi, que tenía un

tipo parecido. La joven Duquesa Antonieta Strozzi. La Marquesa Carolina Covoni y la Condesa Adelasia Rucellai, llamaban la atención por su juventud y belleza; mientras que la Condesa Julia Guicciardini agradaba mucho por la distinción de sus maneras. Entre las otras señoras la Condesa Cárdenas tenía muy hermosos ojos; las Marquesas Manelli y Baldelli, que eran inglesas, poseían gracia e ingenio, y la generalidad de las florentinas ostentaba esa amable viveza, unida a la naturalidad, que es como el distintivo característico de la gran dama italiana.

Los recibimientos de la aristocracia no eran frecuentes en aquella época, porque desabridos los ánimos por las pasadas alteraciones, no gustaban los nobles florentinos de admitir a todos ni querían tampoco hacer exclusiones odiosas. Por fortuna había muchas casas extranjeras que, neutrales en política, no tenían esos escrúpulos. La primera sin disputa en lujo y ostentación era la del Príncipe Demidoff. Era este un caballero ruso, cuyo padre había hecho una fortuna colosal, explotando minas de hierro y elaborando este metal en grandes fábricas. Heredero, pues, de inmensas riquezas y educado con esmero, hizo una brillante figura en la Corte de Francia y casó allí con la Princesa Matilde, hija de Jerónimo Bonaparte. Pero varias circunstancias, y principalmente el carácter impetuoso, por no decir brutal, de Demidoff, no permitieron que aquella unión fuese feliz, y al cabo se separaron, viniéndose el marido a habitar en la quinta de San Donato a dos millas de Florencia, y quedándose la mujer en París, donde se consolaba con la intimidad del Conde de Nieuwerkerke, a quien Napoleón III confió la dirección de los Museos de París, a causa de sus grandes conocimientos en Bellas Artes.

El Príncipe no tardó tampoco en buscar distracción a su desgracia contrayendo una tierna amistad con la Marquesa Virginia Boccella, cuñada del Ministro del mismo nombre, la cual era una hija natural del Príncipe Esterhazy y señora a la verdad de escasa hermosura. Pero su talento era notable, así como la distinción de sus modales, que sin duda había adquirido en la buena sociedad de Hungría. Daba el Príncipe comidas y bailes muy elegantes, y tengo muy presente uno de trajes, que fue magnífico en su género. El lujo de aquella casa recordaba el de Torlonia, y aunque no brillaban en ella los mármoles de Roma, ostentaba, en cambio, en muebles y adornos, la rara y costosa malaquita, venida de las minas de Rusia.

Los Condes de Orsini recibían con frecuencia. Ocupaban la casa en que después se ha establecido el Hotel de la Ville. Él era un noble piamontés, amable y hombre de mundo; ella una dama rusa, hija del Príncipe Orloff. No era nada bella. Tenía el color de los kalmucos y las facciones abultadas; algunos celebraban sus buenos ojos. Pero lo que la hacía notable entre las demás señoras, era su gran talento para la música. Cantaba como un ruiseñor, y con este motivo daba frecuentes conciertos. Tenía también comidas, a las cuales convidaba a la sociedad más selecta, y allí tuve el gusto de conocer y tratar al célebre maestro Rossini, que era muy amigo de la Condesa, y cuya fama no tenía casi rival en aquella época.

Conocidas son las obras deliciosas de este grande ingenio. Si Mozart ha sido llamado el Rafael de la música, a Rossini se le debería llamar el Tiziano de ella, por su facilidad, fecundidad y colorido. Costábale tan poco el componer, que estando un día trabajando en la cama, según su costumbre, se le cayó el papel en que escribía no sé cuál dúo, y prefirió escribir otro en vez de levantarse para recoger el primero. Su fisonomía podía considerarse más bien vulgar; parecía un Notario de pueblo. Pero cuando hablaba y se animaba un poco, advertíase luego la viveza de su espíritu. Pecaba de interesado y solía quejarse del poco precio que había recibido por sus obras, añadiendo que si había hecho al fin un buen caudal, se lo debía a los banqueros de París Aguado y Laffitte, quienes le dieron parte en buenos negocios. Mas olvidaba, al decir esto, que si aquellos habían sido tan buenos amigos suyos, se lo debía precisamente a su talento como compositor. Era muy medroso, y la última vez que fue a París tuvo la cachaza de hacer todo el viaje en silla de posta, por evitar los accidentes del ferrocarril. Tachábanle asimismo de egoísta, y de ello dio con efecto una buena prueba, poniendo casi todo su dinero en vitalicios, y no dejando a su mujer sino una cortísima suma. Mas a pesar de tantos lunares, era Rossini una persona simpática, cuya conversación no carecía de amenidad. Criticaba con gracia a los otros compositores; pero reconocía

su mérito y decía que les envidiaba mucho los libretos de sus óperas, especialmente a Bellini. Añadía que, con pocas excepciones, los suyos eran muy medianos, mientras que aquél había tenido la suerte de que le hiciera los suyos el célebre Felice Romani, cuyos versos son ya por sí mismos una especie de música.

XXXVI.
Florencia, de 1852 a 1854.

Reuniones de madama Mac'Donell y otras Señoras extranjeras.—Salones antagonistas del Príncipe Lichtenstein y del Marqués de Lajatico.—Causa de este desacuerdo.—La Toscana tuvo en 1848 las mismas vicisitudes que Roma y Nápoles.—El Gran Duque huye a Gaeta y regresa con auxilio de los austríacos.—Ocupan éstos la Toscana.—Disgusto del partido liberal.—La sociedad florentina rehúsa recibir en sus salones a los oficiales austríacos.—Difícil posición del Cuerpo diplomático.—Fermentación de los ánimos.—Atentado contra el Ministro Baldasseroni.—Asesinato del Duque de Parma.

El historiador Alison, cuando describe el bombardeo de Argel por Lord Exmouth, en el año 1816, cuenta, entre otros pormenores, que la esposa del Cónsul inglés, míster Mac'Donell, la cual era todavía muy joven, dejó la ciudad disfrazada de guardia marina, porque el Bey no permitía que salieran de ella más que los oficiales extranjeros. Pues aquella señora, entonces tan esbelta, se convirtió luego en una imponente matrona, que, rodeada de una numerosa familia, vivía tranquilamente en Florencia. Habitaba en el palacio llamado Annalena, situado enfrente de los jardines de Bóboli. Era persona muy distinguida y conservaba aun algunos restos de su antigua belleza. Quedó viuda temprano, pero tenia varias hijas, todas muy lindas, que le ayudaban a hacer los honores de su casa. Una de ellas, Emilia, la cual se casó con el hijo mayor de Aguado y fue Marquesa de las Marismas, y dama de la Emperatriz Eugenia, será conocida de cuantos hayan visto el cuadro que pintó el célebre Winterhalter con el retrato de aquella Soberana y de todas las señoras de su séquito. Es la más bella de todas, con ojos azules y cabello rubio, peinado en tirabuzones largos, según la moda de aquel tiempo. Recibía Madama Mac'Donell todas las noches y tenía una vez por semana reuniones más numerosas. No pasaba por Florencia ningún extranjero de distinción, que no fuese presentado en ellas.

Ni era ésta la sola señora que daba todas las noches una taza de té a sus amigos. Entonces eran varias las que lo hacían, y en esto ha perdido bastante Florencia, porque hoy día no hay casi ninguna que siga esa buena costumbre. Mencionaré, entre las de aquel tiempo, a la Condesa Strischoska, polaca de nacimiento. Sus facciones no tenían nada de agradable, y su tocado, compuesto de un turbante a lo Madama Staël, era bastante ridículo; mas, a pesar de esto, no era posible negarle una gran nobleza de modales y mucho conocimiento del mundo. Ni le faltaba talento natural y una instrucción correspondiente a su rango. Gustaba mucho de la buena conversación, y su casa era, como la de la Condesa de Menou en Roma, un gran recurso para los que desean oír hablar con ingenio. Concurrían allí, sin embargo, más caballeros que señoras.

Lady Walpole, después Lady Orford, tenía también un salón, casi exclusivamente de hombres, donde la conversación era a veces algo libre. Era Milady muy hermosa y estaba separada de su marido, a causa de que ni ella ni él podían considerarse como modelos de fidelidad. Decían algunas envidiosas rivales que para conservar la frescura de su cutis dormía con dos costillas de ternera cruda, puestas en las mejillas; mas, en todo caso, esto no impedía que fuese admirada de muchos. Hablaba bastante, y su entretenimiento principal consistía en la chismografía. Con objeto de hallarse informada de todo, mantenía una correspondencia más extensa que la de un Ministro. Si se verificaba un casamiento de gente principal en cualquiera ciudad del mundo, luego sabía ella el cómo y el por qué, y cuál era el caudal del novio y cuánto la dote de la esposa. Si acontecía algún

escándalo, aunque fuese en la Luna, no tardaba tampoco en conocer sus causas y pormenores, lo mismo que si se hubiese hallado presente. Pero había una circunstancia que hacía olvidar mucho sus flaquezas, y era la perseverancia con que se ocupaba de proteger a los animales. Sabido es que esta noble propensión ha sido una de las novedades del siglo, y que tanto en Inglaterra como en otros países, se han fundado sociedades con ese humanísimo objeto, tan propio de las naciones cultas, siendo, en verdad, vergonzoso que los cristianos tengan muchas veces que recibir lecciones, sobre ese particular, de pueblos de otras creencias, con especialidad de los musulmanes, para quienes el caballo es verdaderamente el compañero del hombre y el perro un amigo de la familia. Lady Walpole, ayudada de la Marquesa Baldelli, inglesa también, estableció en Florencia una sociedad para la protección de los animales, la cual no ha dejado de producir buenos resultados, dígase lo que se quiera en contrario.

Llego ahora a hablar de un punto delicado, pues debo hacer mención de dos salones completamente antagonistas. Era el uno el del Príncipe Lichtenstein, comandante del ejército austríaco que ocupaba la Toscana, y el otro el del Marqués de Lajatico, representante declarado del partido monárquico constitucional. El asunto se roza con la política y necesita algunas explicaciones. El Gran Ducado de Toscana había seguido desde el año 48 las mismas vicisitudes que los demás Estados de Italia. Su situación interior era, al parecer, inmejorable antes de aquella época. «He visto con admiración el Gobierno patriarcal de la feliz Toscana», decía Martínez de la Rosa en las Cortes, al regresar de su Embajada en Roma. Y con efecto, patriarcal era su régimen interior y venturoso su pueblo. Buena administración, buenas leyes, gastos muy reducidos, impuestos moderadísimos, daban a aquel país una existencia envidiable. El Soberano era querido del pueblo y solía mezclarse con él, sin guardias ni precauciones de ningún género. La nobleza y los propietarios rurales gozaban también de mucha popularidad, gracias al sistema de aparcería, introducido en el cultivo de los campos en tiempo de la República y conservado por los Grandes Duques. En una palabra, era aquello un ideal de buen gobierno, y parecía imposible que los toscanos pensasen siquiera en cambiarlo.

Pero los hechos probaron bien pronto que nada era capaz de resistir al deseo de libertad e independencia que se había extendido por Italia. La epidemia política general penetró también en la tranquila Toscana, y por una especie de fatalidad inevitable vino ésta a sufrir las mismas alteraciones que Roma, Cerdeña y Nápoles. Introducida la Constitución en Roma por el débil Pío Nono, tuvo el Gran Duque Leopoldo que hacer otro tanto, impulsado por aquellos girondinos, que profesan ideas liberales moderadas y son en todas partes los que abren la puerta para esa clase de reformas. Capponi, Peruzzi, Ricasoli, Lajatico y otros varios personajes, pertenecientes todos a distinguidas familias florentinas, formaron luego un Gobierno liberal que se creía sin duda destinado a aumentar, si era posible, la felicidad del Gran Ducado. Vino luego el período de la guerra con el Austria, y Leopoldo, a pesar de ser un Príncipe de la familia imperial de Habsburgo, no sólo dejó que sus tropas fuesen a Lombardía, sino que, más atrevido que el Papa, él mismo dio la orden de que partiesen.

Todo parecía caminar perfectamente en este primer período. Mas llegó después la hora de los desastres. El Austria, reforzada en el Mincio, batió a los piamonteses y toscanos, y entró triunfante en Milán. Entonces el infortunado Gran Duque se vio expuesto en Florencia a los asaltos del partido revolucionario, sin tener casi tropas para defenderse. Mazzini, empeñado en sustituirse a Carlos Alberto después de la derrota de Novara y realizar la independencia y unidad de Italia, estableciendo la República en todas partes, sublevó el pueblo de Liorna, de suyo revoltoso, y marchó después sobre Florencia, donde ya se agitaban sus partidarios. El Gran Duque, temiendo por su dignidad y por su persona, se retiró, primero a Porto San Stefano y luego a Nápoles, siguiendo el ejemplo de Pío Nono.

Entretanto proclamábase la República en Florencia, y Mazzini se hacía dictador, apoyado por Montanelli y Guerrazzi, dos demagogos furibundos. Guerrazzi es el más conocido de ellos por haber compuesto una novela fastidiosa y poco leída ya hoy día, pero que tuvo mucha boga y mucho

influjo en su tiempo, intitulada *El sitio de Florencia*, en la cual describe la lucha de la República florentina con Carlos V, quien acabó por vencerla, restableciendo después la dominación de los Médicis. Pero poco duró en Florencia como en todas partes la tiranía de los mazzinistas y mientras los franceses los expulsaban de Roma y los piamonteses restablecían el orden en Génova y Turín, los ejércitos austríacos se extendían como una inundación por el centro de Italia, barriendo las turbas revolucionarias y restaurando a los Príncipes desposeídos. Penetraron también en Toscana, y el Gran Duque aceptó su auxilio para domar la sublevación de Liorna y regresar con seguridad a Florencia. Y una vez repuesto en su trono, retiró la Constitución que había dado en el 48 y volvió a gobernar como soberano ilustrado, pero absoluto.

Los partidarios de la República, no necesito decirlo, vieron todo esto con el más vivo disgusto, y también fue llevado muy a mal por los monárquicos constitucionales, los cuales, cuando supieron que era inminente la llegada de los austríacos, hicieron a toda prisa un movimiento de reacción con el objeto de evitar aquella desgracia, llamando espontáneamente al Gran Duque. Era ya, sin embargo, demasiado tarde para que este remedio produjese un buen resultado, y la ocupación austríaca fue llevada a cabo sin tener cuenta de la estratagema de los liberales. Acusaron luego al Gran Duque de espíritu retrógrado y de no haber cumplido la palabra que había dado de mantener la Constitución y no llamar a los austríacos. Pero esto último lo niega terminantemente en sus Memorias el Ministro Baldasseroni, y en cuanto a lo primero, es preciso no olvidar que todos los Soberanos de entonces habían abolido también la Constitución en sus Estados, no sólo en Italia, sino en Austria y Alemania, y que esas instituciones, que aun hoy día dejan tanto que desear en todas partes, no podían parecer en aquella época, ni útiles para los pueblos, ni seguras para los Príncipes. Y por lo que hace a la llamada de los austríacos, conviene asimismo recordar que la reacción de los moderados se había hecho sólo a última hora, que Liorna estaba todavía sublevada, y que las escasas fuerzas de que podía disponer el Gran Duque no eran bastantes para arredrar a los que hostilizaban su Principado.

Mas como quiera que esto fuese, el mal humor de los liberales florentinos de todos matices era muy grande. La presencia de los austríacos en Florencia era como el humo para sus ojos. Mandaba el ejército de ocupación el Príncipe de Lichtenstein. Estaba casado con una antigua cantante alemana, nombrada Löwe, y esta circunstancia no le era muy favorable, no obstante la discreción y afabilidad de aquella señora. Pero él era, no sólo buen mozo, sino amable, franco, conciliador y la persona más a propósito del mundo para ganarse las voluntades. Los oficiales de su ejército eran también muy brillantes: un Príncipe de Windischgratz, primo del primer Ministro del Imperio; el de Metternich, hermano del antiguo Canciller; el de Hohenlohe, que después ha sido Mayordomo Mayor de la Corte; los Condes de Zichy, Festetics, Hoyos, Zapary y otros que sería largo enumerar. Mas ni aun con eso podían vencer la animosidad de los florentinos. El Príncipe Lichtenstein daba continuamente comidas y saraos; no iba a ellos más que el mundo oficial y aquellas damas que se veían obligadas a hacerlo en fuerza de su posición en la Corte. En los salones neutrales eran los austríacos muy bien recibidos; en los de la nobleza del país no tenían casi entrada. Y llegaba a tal extremo la mala voluntad de los jóvenes florentinos, que basta en las fiestas de la Corte evitaban rozarse con aquellos oficiales extranjeros, y cuando llegaba la hora del cotillón, en el cual el contacto era casi inevitable, se abstenían de bailar o se retiraban del baile.

Lo contrario de todo esto sucedía en el salón de los Marqueses de Lajatico. El Marqués era uno de los miembros más distinguidos del partido constitucional moderado. Ella, sin ser hermosa, tenía mucho talento y mucho agrado y hacía alarde, como su marido, de los sentimientos más italianos. No se veía allí nunca un oficial austríaco y abundaban en vez de esto los hombres de ideas liberales. Había también otras dos o tres casas donde sucedía esto mismo; pero ninguna tenía tanta importancia como la del Marqués, hijo segundo, y al fin sucesor del Príncipe Corsini.

Como cualquiera comprenderá, la posición del Cuerpo diplomático era bastante difícil en medio de tales disidencias, pues ni quería desairar a los austríacos, que era lo mismo que desairar al Gran Duque, ni podía abandonar los salones puramente italianos, cuyas pasiones eran, después de

todo, naturales y simpáticas. Ni era tampoco muy fácil cultivar con toda libertad las relaciones sociales con nuestros mismos colegas, pues también ellos estaban poco de acuerdo, y el inglés odiaba al francés, y éste desconfiaba del austríaco, y todos tenían celos unos de otros.

El Ministro de Austria, quien a causa de las victorias de su país y de la presencia de sus tropas, tenía entonces la posición principal en Florencia, era el Barón Hügel, antiguo amigo de Metternich y hombre ya entrado en años, pero que por su talento y cortesanos modales, gozaba todavía del aprecio de las damas. Estaba casado con una inglesa, joven, bella y rica, la cual, por uno de esos caprichos que no son raros en las mujeres, se había enamorado de aquel maduro diplomático, casándose al fin con él, a pesar de la oposición de su padre. Formaban una pareja muy feliz, y su casa era un gran recurso para pasar la noche. Lo mismo sucedía con el Conde de Montessuy, Ministro de Francia, cuya esposa era una señora guapa y amable.

El Ministro inglés era aquél Bulwer, que había sido despedido de España a causa de sus intrigas políticas. Después de haber estado algún tiempo en disponibilidad, le habían dado la Legación de Florencia, puesto muy inferior al que antes tenía, y allí mismo halló manera de hacerse desagradable al Gran Duque, armándole una absurda querella con motivo de la conversión al catolicismo de ciertos jóvenes protestantes, llamados Madiai.

El Nuncio de Su Santidad se llamaba Massoni, y era un Monseñor discreto y simpático, a quien debí muchas obligaciones. El desgraciado fue después al Brasil y murió allí de la fiebre amarilla, muy llorado de todos sus amigos. Representaba a Nápoles el Duque de Santo Paolo, personaje original, aunque amable.

La Prusia tenía por Encargado de Negocios al caballero Reumont, cuyo nombre es conocido de cuantos cultivan las letras, por haber publicado varios libros muy interesantes sobre la historia de Italia. Era sumamente feo, y uno de esos tipos parecidos al mono, que hacen las delicias de los darwinistas. No había, sin embargo, que compadecerle, porque no se creía mal mozo, y era notable que conversaba y bailaba siempre con las señoras que tenían más fama de belleza. Estuvo mucho tiempo como Secretario en Roma y profesaba una admiración platónica por la Princesa Rospigliosi, a la cual dedicó una de sus obras. Pasaba en Alemania por escritor concienzudo y juicioso, y son siempre muy leídos su libro sobre los Caraffas de Maddaloni, del cual hablaré más adelante, y también su biografía de Lorenzo de Mediéis. Dispensábame Reumont mucha amistad; nos veíamos a menudo, y yo hacía con él lo que he hecho siempre con los eruditos: le dirigía muchas preguntas, pues creo que lo que penetra por los oídos se graba más en la memoria que lo que se lee en los libros.

En los salones de todos estos diplomáticos se hablaba mucho de política, porque el estado de Italia distaba bastante de ser tranquilo, no obstante las victorias del Austria. En Florencia mismo, con ser el Gran Duque Leopoldo tan respetado y aun amado de muchos, a pesar de sus supuestas faltas, reinaba, sin embargo, una cierta fermentación de los ánimos. Porque no solamente existían ya allí las intrigas del Piamonte, sino que el partido mazzinista, que era entonces muy parecido a lo que han sido después los fenianos de Irlanda y los nihilistas de Rusia, y a lo que son ahora los anarquistas de toda Europa, trabajaba sin descanso para turbar la paz de Toscana. Sabía que no podía triunfar, pero su objeto inmediato era sembrar la inquietud y mantener vivas las esperanzas de sus partidarios.

De esto tuvimos pronto una triste prueba en la tentativa de asesinato realizada contra el caballero Baldasseroni, Presidente del Ministerio toscano. Tratar como a un tirano a aquel hombre conciliador y probo, que salido casi del pueblo, había subido por sus solos merecimientos a los más altos puestos, y se conducía en ellos con tanta moderación como acierto, era realmente un acto aborrecible. Por fortuna, Baldasseroni salió ileso y Florencia se libró de verse manchada con su sangre. Ni hubo que notar después ningún nuevo rigor de parte del Gobierno, a excepción del restablecimiento de la pena de muerte, la cual estaba abolida desde el tiempo de Pedro Leopoldo. La opinión de la gente honrada, manifestada con la mayor claridad, se lo exigió así al Ministro, a fin de que no se hallase sin defensa contra las asechanzas de los sectarios.

Más trágico desenlace tuvo otro crimen del mismo género, llevado también a cabo por los partidarios de Mazzini en la persona del Duque Carlos III de Parma. Hallábase este Príncipe en lo más florido de su juventud, y su gallarda apostura y maneras señoriles, propias de todo Borbón, le hacían sumamente simpático. Le vi algunas veces en Florencia y me pareció instruido y amable. Pero como la verdad es el alma de la Historia, debo confesar que tenía muchos defectos. En materia de mujeres, sus costumbres eran algo musulmanas. Era disoluto y ligero. Sin consideración a la opinión pública había hecho su Ministro de un inglés, llamado Ward, que había empezado por ser palafrenero en sus caballerizas. Llevaba hasta el extremo su odio a las ideas modernas, y en algunas ocasiones se mostró más severo que prudente. Pero fue una grande exageración y una evidente injusticia el compararle con los tiranos antiguos, y probablemente esto se hizo con el solo objeto de poder equiparar a su asesino con los Harmodios y los Brutos. La Historia no confirmará tales juicios, y no pudiendo admitir más que un peso y una medida, vituperará severamente a los que, por debilidad, sin duda, han levantado o dejado levantar estatuas al verdadero autor de aquellos crímenes, que era el fanático Mazzini. Pero prosigo mi relato. El desdichado Príncipe, acometido por tres asesinos en una calle de Parma, recibió en la ingle una herida mortal, de cuyas resultas falleció al día siguiente. Una carta de mi jefe D. Gerardo Sonsa me informó de todas las circunstancias de su muerte, la cual fue mejor que su vida, de tal modo que de él se puede decir con el poeta portugués:

Ganó un momento lo que perdieron años.

Soportó con cristiana fortaleza su triste destino, dando hasta el último momento las muestras más evidentes de un corazón, extraviado quizás, pero no corrompido. Colmaba de caricias a su mujer y a sus hijos, que lloraban a la cabecera de su cama; respondía con entereza y humildad a las exhortaciones del sacerdote, pedía perdón a sus criados, y cortés hasta el fin; rogaba a D. Gerardo Souza y al Ministro de Austria, allí presentes, que se retirasen a descansar, haciéndoles casi excusas de detenerlos por tanto tiempo.

Grande fue en Florencia y en toda Italia la impresión producida por estos sucesos, que eran como relámpagos cuyo resplandor iluminaba el cielo oscuro de la política.

XXXVII.
Florencia, de 1852 a 1854.

Temores que inspiraba la Francia.—Recelos que causaba también la España.—Explicación de ambas cosas.—Antiguas relaciones de España con Toscana.—Los Monarcas aragoneses desearon apoderarse de ella.—En el siglo XVIII la pretendió España para el Infante D. Carlos.—A principios del siglo XIX se la cedió Napoleón, convertida en Reino de Etruria, para el Infante D. Luis.—El mismo Napoleón suprimió pronto aquel Reino.—Restauración de los Lorenas en 1815.—Genialidades del Ministro Ugarte.—Restablecido el Imperio napoleónico en 1852 se teme algún nuevo atropello.—Viene a Florencia D. Gerardo Souza con objeto de probar la lealtad de España.

La fermentación de los ánimos a que aludía en el capítulo anterior, fue mitigándose poco a poco, merced al buen gobierno de Baldasseroni y al temor que inspiraba a los revoltosos la energía del General austríaco, que ocupaba con sus tropas a Florencia. Mas aunque la Toscana parecía asegurada por el momento contra toda clase de enemigos, no por eso dejaba el Gran Duque de abrigar serios temores para un porvenir más o menos inmediato.

El estado de Francia era siempre muy incierto. Aquella nación incontentable, que, como en castigo de su primera revolución, pasa continuamente de un extremo a otro con una facilidad inconcebible; después de haber destronado al respetable Luis Felipe, bajo pretexto de que su gobierno era despótico, habla establecido una especie de república, presidida por un poeta. Pero

viendo después que ésta degeneraba en anarquía, corría pronto a echarse en brazos de un sobrino de Napoleón I, quien, por sólo el hecho de serlo, le parecía una prenda de tranquilidad y también de nuevas glorias y conquistas. Al primer Napoleón le calificó Madama Staël de tirano extranjero; mas era al menos un gran Capitán; el Napoleón, que llamaron tercero, tenía más bien las apariencias de un aventurero con audacia. No le faltaban, sin embargo, ni talento ni valor. Hízose elegir primero diputado, después presidente, y al fin supo deshacerse de los Generales y representantes liberales por medio de un golpe de Estado, y se ciñó la corona, tomando, como su tío, el título de Emperador.

La Europa vio con placer la desaparición de la República francesa; pero no pudo menos de temer que el nuevo Soberano quisiera repetir las violencias de Napoleón I, manteniendo su popularidad por medio de nuevas guerras, las cuales saciasen la sed de gloria militar que ha aquejado siempre a la nación francesa. El flamante Emperador trató de calmar estos recelos, diciendo en Burdeos que el nuevo Imperio era la paz; mas tan laudables propósitos no tardaron en desvanecerse. Desde luego la Europa no podía darles mucho crédito. Las tres Potencias llamadas del Norte, en las cuales vivía aun muy fresca la memoria de las guerras napoleónicas, le dispensaron una acogida bastante fría. El Emperador de Rusia no quiso darle en su correspondencia el título de hermano, y cuando intentó contraer matrimonio con una Princesa de Wasa, hicieron las tres aliadas todo lo posible para que fracasara su designio.

Napoleón III disimuló su resentimiento, y a fin de hacer ver que no necesitaba una esposa de familia regia, se unió con una señorita do ilustre linaje y dotada en sumo grado de talento, gracia y hermosura; pero de condición privada, cual era nuestra amable compatriota Eugenia del Montijo, Condesa de Teba. Pero, ¿cuáles eran los verdaderos sentimientos de aquel ambicioso Monarca? ¿Qué medios adoptaría para dar otra vez a la Francia alguna parte siquiera de sus perdidas glorias? ¿Se volvería contra los vencedores de Leipzig o contra los de Waterlóo? En Italia, los unos esperaban que vendría a libertarlos de los austríacos, siguiendo el ejemplo de su tío; los otros lo temían. Por entonces pocos, ni aun los piamonteses mismos, pensaban en la unidad de Italia; pero muchos veían la posibilidad de que Napoleón les ayudase a recobrar la independencia. No podían, sin embargo, prever con cuáles condiciones podría suceder esto, y juzgando de lo venidero por lo pasado, creían posible que quisiese para sí alguna parte de Italia. La Toscana principalmente, la cual se sentía más débil que otros Estados, temía, no sin razón, que en caso de renovarse las guerras europeas, volviese ella a ser víctima de la ambición de la Francia. Y recordando también que la España había aceptado a principios del siglo la cesión de la Toscana en cambio de Parma. recelaba que esto mismo llegase a repetirse entonces, a pesar de que no era ya la Corte de Madrid lo mismo que había sido en tiempo de Carlos IV.

Para comprender mejor estos recelos de la Toscana, convendrá recordar rápidamente cuáles han sido de antiguo las relaciones de España con aquel país. Durante la Edad Media, pues es quizás oportuno tomar esta histeria desde lejos, los ciudadanos de ambos Estados usaban visitarse con amistosa frecuencia, a fin de ejercitar el tráfico. En Barcelona, Sevilla y Lisboa había siempre sucursales de los banqueros y mercaderes florentinos, los cuales sacaban de allí los paños y la lana. Los Corsinis, entre otros, tuvieron casa en Sevilla. Por su parte, los españoles venían a Florencia a comprar sedas, que eran muy estimadas en nuestro país. En *Don Quijote* se lee que el Cura apreciaba en mucho para sus sotanas la raja de Florencia. Y eran tantos y tan ricos los tales mercaderes, que hicieron construir a sus expensas una grande y elegante capilla en el claustro de Santa María Novella, que todavía se conserva y lleva el nombre de Capilla de los Españoles. Y referiré de paso que en las paredes hay unos frescos muy curiosos, pintados por Gaddi y Memmi, continuadores de Gioto, representando el triunfo de la Iglesia. Los teólogos dominicos están simbolizados por medio de perros blancos y negros y los herejes por raposas color de canela, a semejanza de las figuras simbólicas de la India. Hay allí también otras pinturas alegóricas, entre las cuales quieren ver algunos los retratos de Laura y Petrarca, de quienes era muy amigo el pintor Memmi; pero los eruditos modernos nos han quitado esa ilusión tan inocente.

Al llegar el siglo XV las relaciones no fueron ya tan amistosas. Los Príncipes aragoneses, apoderados de Nápoles, mostraron también la ambición de enseñorearse de Toscana, y el Duque de Calabria llegó por dos veces hasta Siena y amenazó a la misma Florencia. Mas no lograron nunca su objeto, y al cabo el Rey Don Ferrante tuvo que abandonar sus proyectos, porque mientras él se preparaba a invadir la Toscana, una escuadra turca se apoderaba de Otranto; según unos, por su propio impulso; según otros, porque a ello la había excitado el astuto Lorenzo de Médicis.

En los siglos XVI y XVII, mientras dominábamos en Nápoles y Milán, vivíamos en paz con la Toscana, contentándonos con ocupar en su costa los puertos llamados presidios. Pero al empezar el siglo XVIII, España, poseída más que nunca de lo que podemos llamar la manía de Italia, trató de adquirir la Toscana para dársela al Infante Don Carlos, el mismo que fue después nuestro Rey Carlos III. He sido siempre muy aficionado a leer los archivos de las Legaciones de que he formado parte, y pocas veces he hallado uno que fuese, a mi parecer, más curioso que el de Florencia, porque todavía estaban en él los papeles pertenecientes al siglo anterior, los cuales por incuria u olvido, no habían sido aun enviados a Simancas. En ellos vi que el representante de España a principios del siglo XVIII era un fraile dominico, nombrado el padre Ascanio, quien seguía, sin embargo, viviendo en una hermosa celda del convento de Santa María Novella, y en ella recibía toda clase de visitas, entre otras, la del Príncipe Jacobo Estuardo, pretendiente a la corona de Inglaterra. Y no hay que decir que en su correspondencia le llamaba rey y como tal le trataba, a consecuencia de aquella temeraria resolución de Luis XIV de reconocerlo como Soberano, que fue, si no la principal, una al menos de las más poderosas causas de que Guillermo III declarara la guerra a la Francia, y por consiguiente también a la España.

Es el padre Ascanio un personaje que interesa; su carácter recuerda en pequeño el del famoso Cardenal d'Ossat, príncipe de los negociadores de su tiempo. De todo se ocupa con el mayor celo, y demuestra una pasión sumamente sincera por su país y por los asuntos que le estaban encomendados. De cuándo en cuándo visitaba al Gran Duque Don Gastón y a la hermana de éste, viudadel Elector Palatino, a la cual intitulaban por este motivo la señora Electriz. Veía igualmente a menudo al Infante Don Carlos, a quien llama siempre familiarmente Carlitos, el cual se educaba en el Palacio Pitti, desde que las potencias de la cuádruple alianza convinieron en que sería el sucesor de Don Gastón, que no tenía hijos. No dice nada el padre Ascanio de la manera cómo trataba a Don Carlos aquel Gran Duque, cuyo talento era escaso y el carácter bastante singular. Hay en Florencia la tradición de que no le veía con mucho agrado. De este Soberauo es de quien se cuenta que estando ya para morir, no se mostraba muy resignado con su suerte, por lo cual el sacerdote que le asistía le hizo una pintura poética y halagüeña de las delicias del Paraíso; pero Don Gastón le respondió con voz desfallecida: «Me basta el Palacio Pitti».

Entre tanto los florentinos no se manifestaban muy contentos con la nueva dinastía que se quería imponerles, especialmente después que, a consecuencia de una nueva guerra por la sucesión de Polonia, el Príncipe Don Carlos pasaba a ser Rey de Nápoles. Precisamente el temor de verse incorporado a aquel reino había sido durante siglos la pesadilla de los toscanos, así es que nada les podía ser más desagradable que aquella nueva combinación dinástica. Para evitarla, pues, no perdonaron medio alguno, siendo sobre todo notables, según lo refiere con amargura el mismo padre Ascanio, los esfuerzos que hizo con ese objeto el florentino Rinuccini, Ministro en Viena durante la época de Don Gastón, y el resultado les fue favorable, gracias principalmente al deseo que por su lado tenía la Francia de adquirir para sí la Lorena. Obtúvola en efecto, y como era menester proveer de otro Estado a los Príncipes de aquella casa, a ellos fue a quien se adjudicó la Toscana, dándose por contento Don Carlos con la bella corona de Nápoles, y su hermano Don Felipe con la más modesta de Parma.

Terminó de esta manera el siglo XVIII; mas al empezar el XIX, volvió otra vez a renovarse la manía de Italia, secular ya en España, aunque en este último caso no fue propiamente culpa suya, sino de aquél Napoleón Bonaparte, que parecía destinado a molestar y humillar a todos los Soberanos de Europa. Dueño ya del Milanesado y también de Ferrara y Bolonia, que había quitado

al Papa, le pareció necesario apoderarse también de Parma, a fin de tener una comunicación segura entre estos diferentes Estados. Pero el Duque de Parma era un Borbón de España, que estaba casado con una hija de Carlos IV, y como por el momento no le convenía a Bonaparte descomponerse con nosotros, antes bien andaba buscando nuestra alianza, le ocurrió la desdichada idea de despojar de sus Estados al Duque de Parma, y darle en cambio el Gran Ducado de Toscana, convertido en reino, con el clásico nombre de Etruria.

Urquijo, el prudente Urquijo, que era entonces Ministro de Carlos IV, hizo cuanto pudo para impedirlo; mas todo fue inútil, y al fin tuvo que ceder su puesto a Godoy, después que Napoleón hubo mandado a Madrid al buen mozo General Berthier con regalos de todo género, especialmente trajes y adornos elegantes para la Reina Marín Luisa. En las Memorias de la Duquesa de Abrantes y otras de aquella época pueden verse noticias curiosas sobre todas estas intrigas, cuyo resultado fue que Carlos IV aceptó las proposiciones de Bonaparte y mandó a sus hijos a reinar en Toscana. Y asoma el rubor a las mejillas de todo buen español cuando lee tales cosas, pues si el potentado francés pecaba de violento, los Soberanos de Europa no se conducían, a la verdad, con mucha entereza; y hablo en plural, porque no era sólo el nuestro quien se mostraba pusilánime. Poco antes había aceptado el Austria la cesión de Venecia, cual si se tratase de un terreno conquistado o abandonado, de una cosa *nullius*. El temor les quitaba la vergüenza. Casi todos prevaricaban; casi todos merecen la severidad con que los juzga la Historia.

Entretanto la vida de los desventurados Reyes de Etruria era bastante azarosa. Carlos IV le dio un millón de duros a su hija para que se estableciera con decencia en Tostana; pero las deudas que Don Luis tenía en Parma y que le fue forzoso pagar, consumieron pronto aquella suma. Los apuros de los improvisados Monarcas eran tan grandes, que cuando llegaron a Florencia tuvieron que pedir prestado cubiertos de plata y vajilla a varios señores del país. Don Pedro Labrador, diplomático distinguido, que fue más adelante Plenipotenciario de España en el Congreso de Viena, y la Marquesa de Perijáa, señora llena de tacto y prudencia, formaban su Corte y no dejarían de darles buenos consejos. Todo era en vano sin embargo, en razón a que Napoleón quería convertir al nuevo Rey de Etruria en una especie de prefecto sometido a su voluntad inflexible. El General Clarke guarnecía con tropas francesas a Liorna y pretendía dictar desde allí sus órdenes a los Infantes. Exigía de ellos, siguiendo las instrucciones del primer Cónsul, que declarasen la guerra a Inglaterra y que además prendiesen, contra toda razón y derecho, a todos los ingleses residentes en Toscana y confiscasen sus bienes. Falleció en el ínterin Don Luis, el cual sufría de epilepsia, y la Reina, que asumió la Regencia, hallaba cada día más difícil la tarea de gobernar aquel país con las condiciones que se quería imponerle.

Ha sido acusada aquella Augusta Señora de gazmoña y de partidaria del Austria; mas la verdad es que, a menos de resignarse a un completo anulamiento, era imposible que cediese sin luchar a las exorbitantes pretensiones del primer Cónsul. Un nuevo capricho de éste vino a sacarla de aquella situación insostenible, si bien fue para sumirla en otra, menos humillante quizá, pero más miserable todavía. Napoleón, convertido ya en Emperador, había concebido el proyecto de erigir un Reino de Italia, formado de Lombardía, Parma y Módena, para dárselo a su hijastro Beauharnais, y como para él no tenía la menor importancia el trasplantar los Soberanos y tratarlos como muñecos de trapo, decidió también dar la Toscana a su hermana Elisa, no ya como Reina, sino como simple Duquesa, y despojar de ella a la Infanta y a su hijo, prometiéndoles una compensación *in partibus infidelium*, con las conquistas que soñaba hacer en Portugal, en compañía de la España. A todo lo cual accedía y consentía nuestra Corte, habiendo perdido ya enteramente el respeto de sí misma.

Hubiera sido natural que la Reina de Etruria no sintiese demasiado aquel cambio de fortuna; pero son tan grandes, a lo que parece, las dulzuras del reinar, que partió apresuradamente a París con objeto de hablar a Bonaparte y tratar de que cambiase de proyecto. Mas no solamente la recibió aquél con mucha altanería, sino que, bajo pretexto de que la Infanta intrigaba, la mandó desterrada a Roma y la hizo encerrar allí en un convento. Considere estas acciones quien a las de aquel tirano buscase críticas disculpas.

Pero llegó al cabo el día en que todos recobraron su libertad. El terror que Napoleón había hecho dominar en Europa durante cerca de veinte años, terminó al fin en Waterlóo, y aquel enemigo común fue encerrado como un monstruo dañino en una isla del Océano. Los Soberanos, gozosos y escarmentados, volvían a sus antiguos tronos y reanudaban las relaciones más sinceras de aprecio y amistad.

Apenas restablecido el Gran Duque en sus Estados, apresuróse Fernando VII a mandarle un Ministro Plenipotenciario, a fin de probarle su buen afecto. Llamábase Ugarte, y era uno de aquellos favoritos que formaban su camarilla. Todos le conocían mucho en España, porque había sido mandado a Rusia poco después de la vuelta del Rey, para comprar allí cuatro navíos de guerra, con el objeto de restablecer a toda prisa nuestra destruida marina; y aunque los que adquirió y le cedió la Rusia tenían bastante buena apariencia, resultó poco después que eran viejos, apolillados y casi inservibles. Uno solo de ellos, llamado el *Soberano*, duró algún tiempo más, y fue, durante el reinado de Doña Isabel II, el único buque de su clase que tenía nuestro país.

Mi querido amigo y compañero D. José Curtoys de Anduaga, diplomático tan ilustrado como veraz, el cual fue, al principiar su carrera, agregado de Ugarte en Florencia, me ha contado ciertos rasgos de aquel Ministro, que no puedo menos de referir al lector con la esperanza de que le diviertan. Era Ugarte sumamente vanidoso y original en todas sus cosas. Habíale indicado en una ocasión el Gran Duque que tenía muchos deseos de probar los afamados melones de Valencia; y nuestro hombre, en vez de encargar algunos para regalárselos a Su Alteza, hizo venir un míxtico cargado de ellos; de lo cual resultó que no sólo hubo para el Gran Duque, sino también para otras muchas personas y aun para inundar la ciudad de melones, convirtiendo así en cosa común lo que debería haber sido especial y raro.

Tenía dos sobrinos todavía muy mozos, y los obligaba a que le sirviesen a la mesa, con objeto, según él decía, de que no se criasen con orgullo: en lo cual hacía, a la verdad, lo mismo que el Presidente de los Estados Unidos Jefferson, de quien refiere Misis Trollope, que se hacía servir también por dos mulatitos, hijos suyos, habidos de una esclava negra. El realista imitaba, sin saberlo, al republicano. Por lo demás, cuidaba mucho Ugarte de la educación de aquellos sobrinos, y les puso varios maestros, entre ellos uno de italiano. Mas pronto les suprimió este último, y preguntándole Curtoys la causa, le respondió con aire despreciativo: «Me ha parecido inútil ese estudio, porque el italiano no es lengua; es un guirigay».

Pero el golpe más notable de aquel Ministro fue el que sigue: Falleció por entonces el Papa Pío VII, y hallándose ausente y enfermo nuestro Embajador cerca de la Santa Sede, le mandó el Rey a Ugarte que, sin pérdida de tiempo, se trasladase a Roma, a fin de asistir como Embajador extraordinario al Cónclave. Obedeció sin tardanza y partió de Florencia en un gran coche, acompañado de su esposa, la cual era una señora entrada ya en la edad de la discreción y de aspecto un tantico amondongado. En todo esto no hay nada de extraño; mas lo bueno del caso fue que al llegar a la frontera, juzgó Ugarte indispensable dejar su traje ordinario y vestirse de gala, él de uniforme con veneras y banda, y su mujer de traje de Corto, con descote y ricas joyas. De esta manera atravesaron los Estados Pontificios y llegaron al Palacio de España en Roma, con mucha dignidad, según pensaban ellos, pero cubiertos de ridículo y de polvo.

Estos accidentes risibles no quitaban, sin embargo, que Ugarte fuese una persona grata en Florencia y que estrechara mucho las relaciones que unían a la Toscana con España. Lo mismo aconteció con los otros Ministros sucesores suyos, y así se hallaban las cosas, cuando el Marqués de Miraflores tuvo la poco feliz ocurrencia de suprimir nuestro Ministro en Toscana y enviarlo a Parma, no dejando en Florencia más que un Secretario, a fin de no alterar el plan de economías realizado por Bravo Murillo. En tiempos ordinarios no habría esto llamado mucho la atención; mas en aquella época era bastante ocasionado a interpretaciones desagradables. La revolución europea seguía conmoviendo los tronos. Mazzini por un lado y el Piamonte por otro combatían seriamente al Gobierno del Gran Duque. La Francia, en fin, restablecía el imperialismo bajo un sobrino del primer Napoleón, el cual era por añadidura un antiguo carbonario, que había tomado parte en la revolución

italiana del año 31. ¿Cómo no temer que se renovasen los atropellos de principios del siglo? ¿Cómo no recordar también la política secular de España y el último episodio del Reino de Etruria, recelando, en vista de tales antecedentes, que se prestase otra vez a servir las miras de la Francia con objeto de obtener el engrandecimiento de los Príncipes de Parma?

La verdad es que ni la situación de España en aquella época se parecía a la que tuvo en tiempo del infeliz Carlos IV, como ya lo he indicado antes, ni el Marqués de Miraflores había tenido otro designio que el de dar algún apoyo moral al Duque de Parma, primo de nuestra Reina,, y amenazado tanto o más que los Soberanos de Toscana por las asechanzas revolucionarias. Mas, como quiera que sto fuese, el hecho era que el Gran Duque y su Gobierno se recelaban mucho de nosotros. Ni pudo quedarme de ello la menor duda, pues el mismo Duque de Casigliano, Ministro de Negocios extranjeros, me lo llegó a decir en confianza. Yo, a mi vez, me apresuré a manifestárselo al Marqués y a D. Gerardo de Souza, y éstos consideraron oportuno que D. Gerardo viniese a pasar algunos meses en Florencia, a fin de hacer un poco la Corte al Gran Duque y disipar, si era posible, sus sospechas.

Con este motivo tuve ocasión de conocer mejor a mi jefe inmediato y a su amable y todavía hermosa señora. Era D. Gerardo de Souza un diplomático de carrera, que había empezado por joven de lenguas en Constantinopla y había tenido allí casi todos sus ascensos. No necesito decir que poseía los idiomas más usuales del Oriente, especialmente el turco, y también los principales de Europa. Su inteligencia era grande, su carácter amable, su figura muy española. Alto, enjuto y grave, mostraba todo el sosiego castellano, mezclado con cierta frivolidad mundana, adquirida en el continuo trato de los extranjeros. Aunque el Oriente es, como la América, una peligrosa escuela de diplomacia, a causa de la exageración que allí suele darse a la protección de los propios súbditos, conservó siempre Souza la mesura requerida en este punto. En fin, era, a mi parecer, un excelente diplomático.

XXXVIII.
Florencia, de 1852 a 1854.

*Cambio notable en mi estado personal.—Doy parte de mi casamiento al lector.—Nuevos hábitos que adquiero.—Lecturas de la noche.—Novelas italianas antiguas y modernas.—*Los Novios *de Manzoni y* Hector Fieramosca *de Azeglio.—Religiosidad de los florentinos—Libros religiosos y morales.—El predicador de los príncipes y príncipe de los predicadores.—Empiezo una descripción de los Museos de Florencia.—Maravillas del Palacio Pitti.—La Madona de la Silla.—La Disputa de la Trinidad.—La Bella de Tiziano.—Las Vírgenes de Murillo.—Los retratos de Rubens, Van Dyck y Rembrandt.—La Venus de Canova.*

La permanencia de Souza en Florencia y su lenguaje franco y leal, desimpresionaron pronto al Gran Duque del concepto que tan equivocadamente había formado acerca de los designios de España. Mas a pesar de esto, luego que aquél se volvió a Parma, me pareció necesario suprimir también por mi parte todo aquello que, aun involuntariamente, pudiera renovar las pasadas sospechas, persuadido de que los diplomáticos, cuando de lealtad se trata, deben tomar ejemplo de las mujeres honradas, evitando, no sólo la realidad de las cosas, sino también las apariencias. Así, pues, fuime apartando poco a poco de la Legación de Francia, que antes frecuentaba mucho, y traté de intimar más bien con los austríacos. Veía también a menudo a los Marqueses de Martellini, que formaban parte de la Corte, y cuyas hijas eran graciosas y amables.

Pasaba asimismo las noches en varios salones extranjeros y neutrales, principalmente en el de Madama Mac Donell. Allí me esperaba, sin embargo, una notable sorpresa, pues como aquella señora tenía varias bijas, todas guapas y agradables, mis visitas tuvieron para mí un resultado que no preveía y que vino a cambiar completamente mi estado personal. Enamóreme perdidamente de

una de ellas, llamada Ida, y después de hacerla algunos meses la corte, al fin me decidí a pedir su mano. Muchas cosas me la hacían particularmente grata. Su talento, afabilidad y ameno trato, la gracia de toda su persona, la dulzura de sus ojos azules y sus cabellos tan rubios, que parecían de oro y formaban contraste con el color oscuro de los míos. Tenía además para mí el encanto de ser escocesa, pues desde que leía cuando muchacho las novelas de Walter Scott, me parecía que las mujeres de aquel país eran las más bellas y seductoras del mundo. Encendida mi fantasía con estos poéticos recuerdos, veía en mi futura esposa otra Diana Vernon u otra Flora Mac Ivor.

Hice, pues, mi demanda en toda forma, y aceptada que fue por ella y por su madre, humillé gustosísimo la orgullosa cerviz al blando yugo del matrimonio. Ni ella ni yo teníamos muchos bienes de fortuna, de manera que fue un enlace de pura inclinación. Mi respetable amigo Monseñor Massoni, Nuncio del Papa, quiso darnos la bendición nupcial, y la ceremonia se verificó en la capilla de una quinta que aquél tenía en Quarto, a poca distancia de Florencia. Allí, pues, se encendieron las teas de mi dichoso himeneo: aquel día comenzó para mí una felicidad sólida y verdadera, que no ha tenido la menor alteración durante el curso de mi larga vida.

Este cambio de estado produjo naturalmente otros en mis hábitos. Empecé a salir menos por las noches, y las pasaba en compañía de mi mujer. Tocaba ella el piano con sentimiento y gusto, y esto me entretenía un buen rato. Dedicábase después a cualquier labor, y yo entonces la leía algún libro, que generalmente no era muy serio, sino de pasatiempo. Por lo común preferíamos las novelas, y empezamos desde luego por las italianas. Si se atiende únicamente al número, pocas naciones están en el caso de rivalizar en este género con la Italia; mas por desgracia no son tales que puedan ser leídas por las señoras de nuestro siglo. Boccaccio, padre de la prosa italiana, las ha escrito muy graciosas, pero con una licencia que horripila. Los padres jesuitas han entresacado unas pocas menos escandalosas: las demás no son leíbles. Sacchetti es como una miniatura de Boccaccio, y sus cuentos, aunque son cortos, no son menos verdes. Bandello tiene mucha inventiva y su novela de *Romeo y Julieta* sirvió a Shakespeare de modelo para la tragedia que compuso sobre el mismo asunto; mas tampoco puede ser leída por las damas de nuestros días.

Después de estos autores hubo un período en que no se escribían en Italia muchos libros de entretenimiento, porque ni se admitía ya la antigua licencia, ni se sabía aun tratar asuntos interesantes con una forma decente y pura. Italia no ha tenido ni un Cervantes, ni un Quevedo, ni un Guevara, ni un Lesage. Los solos libros antiguos algo divertidos que pude leer a mi mujer fueron *El Cortesano* de Castiglione y la *Vida de Cellini*. El primero, que Boscán trasladó bellamente a nuestra lengua, es una obra elegante, la cual no tiene mucho interés, pero agrada por la amenidad de los asuntos que trata, y por la justa reputación de los personajes que toman parte en los diálogos de que se compone y dan su parecer sobre las cualidades que debe poseer todo caballero cortesano. Son nada menos que Bembo, Bibbiena, Gonzaga y el famoso Lorenzo de Médicis. Contiene a veces cosas bastante jocosas al lado de las serias, y no es todo en él tan irreprensible como lo quisiera el buen gusto. La vida de Benvenuto Cellini es una especie de Memorias en que el escultor florentino pinta bien los sucesos de su tiempo, y añade a lo verdadero algunas graciosas mentiras. Alábase de haber sido él quien mató de un arcabuzazo al Condestable de Borbón, desde las murallas del castillo de Santángelo, y asegura también con mucha seriedad que vio una noche al diablo en la arena del Coliseo.

Emprendimos después la lectura de las novelas modernas, empezando por *Los novios* de Manzoni, que es la que disfruta de más fama. Hallámosla interesante, pero algo larga. Los caracteres de Don Abbondio, el Innominado y San Carlos Borromeo son excelentes; mas la historia de la peste de Milán, imitada de Tucídides y Boccaccio, no acaba nunca. El asunto del libro es poco más o menos el de Teágenes y Cariclea; dos amantes, Renzo y Lucía, que mil incidentes separan, hasta que por fin logran volverse a ver y se unen en legítimo matrimonio. Manzoni ha sido siempre muy popular, no sólo por esta novela, sino también por su oda al nombre de María, y por otra todavía más bella que compuso a la muerte de Napoleón I y se intitula el *Cinco de mayo*. Cuando yo era estudiante en Madrid la oía alabar mucho y a mí también me agradaba. Después no la he

admirado tanto, porque echo de menos en ella alguna censura, por ligera que fuese, de las violencias de aquel afortunado Capitán.

La *Margarita Pusterla* de Cantú no nos gustó tanto como *Los novios*. Es, a semejanza de *Doña Isabel de Solís*, un libro bien escrito, pero sin interés. Cantú fue grande como historiador, mas no acertó a ser buen novelista. Mucho más mérito tiene el *Héctor Fieramosca* de Azeglio. En mi juicio es la mejor de las novelas italianas modernas, y la prueba de ello la tengo, no sólo en lo que me agrada a mí, sino también en lo que agrada a todos. El carácter de César Borja, a quien hizo Luis XII Duque del Valentino, está muy bien ideado, y mejor aún lo está el de Fieramosca. Con esta novela ha conseguido Azeglio que el desafío de Barletta tenga tanta popularidad en Italia como el combate de los Treinta en Francia, y que el paladín italiano sea ya tan famoso como aquel Beaumanoir, que acosado por la sed, bebió su propia sangre. ¿Qué más? El gobierno italiano mismo, contagiado del entusiasmo popular, ha dado a uno de sus buques de guerra el nombre de *Fieramosca*.

Más adelante se han ido publicando otras novelas, y de ellas hablaré en su lugar. Ahora quiero referir que después de mi casamiento cambié también algo de costumbres en punto a la práctica de mis deberes religiosos, y empecé a ir con más regularidad a las iglesias, a fin de acompañar a mi mujer, y también para dar buen ejemplo. Con cuyo motivo tuve más ocasión que antes de observar la religiosidad del pueblo florentino, con especialidad las mujeres, las cuales, allí como en todas partes, merecen el título de sexo devoto, que les da la misma liturgia. Parecióme además notable la memoria que demuestran, recitando sin auxilio de ningún libro cuantas preces y salmos latinos usa la Iglesia. Estropéanlos prodigiosamente, mas no tanto que dejen de ser muy comprensibles.

En cuanto a los sermones que se predicaban en aquella época, no eran todos muy buenos. En esto ha habido después mucha mejora. Por mi parte prefería entonces leer en casa los que me fueron recomendados como mejores por un cierto abate Vagliani, eclesiástico docto y discreto, a quien conocí en casa de mi suegra y que sin ser precisamente otro Maury, apreciaba bastante bien el mérito de cada escritor. Dediqué a estas lecturas los domingos, y he conservado luego toda mi vida esa costumbre. He estudiado tanto los apologistas como los moralistas. La Iglesia abunda de ellos, antiguos y modernos, de todas naciones y lenguas. La España tiene escritores místicos, no sólo de mérito, sino de genio, tales como Santa Teresa y los dos Luises; pero no ha tenido lo que se llama un perfecto predicador. Italia se ufana con Segneri, el cual es ciertamente un autor que no carece de fuerza ni de elocuencia. Abusa con todo de citas latinas, alusiones mitológicas y otros resabios de mal gusto.

En mi opinión son los franceses los que se llevan la palma en este género, y a sus sermones he dado siempre la preferencia. En la edad de oro de sus letras, vio resplandecer a un Bossuet, y después a un Massillon y un Bourdaloue, llamado con justicia el predicador de los príncipes y el príncipe de los predicadores. Este último, lo confieso, hace siempre mis delicias. Ha tomado mucho del Crisóstomo, y une la sencillez griega al método francés. Es un moralista práctico, y este mismo carácter tienen los demás de su tiempo, cuya voz, como la suya, se dirigía a un auditorio que era vicioso, pero creyente. Mas cuando fue necesario defender la religión contra los ataques de los filósofos, brilló en el púlpito francés otra pléyade de elocuentes sacerdotes, la cual se ha ido luego renovando a medida que lo han exigido las circunstancias.

El lógico y suave Frayssinous predicó con mucho éxito a los jóvenes de la Restauración, hijos de los volterianos, pero preparados ya para oírle por un libro admirable de Chateaubriand, *El Genio del Cristianismo*, en que realza los bellezas de nuestra religión y de nuestro culto. A los románticos del tiempo de Luis Felipe, algo apegados aun a las ideas de los enciclopedistas, les dirigió la palabra el gran Lacordaire, dotado de más imaginación que Frayssinous y considerado por sus coetáneos como el Lamartine de la prosa.

Pero no nos detengamos por más tiempo en un tema que no interesará quizás a todos mis lectores. Se acerca el día de mi partida de Florencia, y es hora ya de que diga algo sobre la multitud de cosas bellas que aquella ciudad encierra en sus Museos e iglesias y hasta en sus calles y plazas.

Harélo brevemente, aunque la materia sea extensa, y no me detendré más que en aquellos objetos que tienen realmente, en mi sentir, una importancia de primer orden.

Empezaré, como es razón, por la famosa galería del Palacio Pitti. Los cuadros que encierra no son excesivamente numerosos, pero tienen todos mucho mérito. Ni hay otros en el mundo que estén mejor alojados que ellos. Cubren las paredes de varios salones suntuosos, cuyos techos, adornados con cariátides y cornisas doradas, están pintados al fresco por el célebre Pietro de Cortona, que es uno de los primeros entre los artistas de segundo orden. Todas aquellas pinturas son notables, con especialidad las que representan los triunfos de Venus y las glorias de Marte. Otra particularidad de aquella galería, es que los marcos corresponden casi siempre por su diseño y riqueza a la época en que vivía el artista que había pintado los cuadros. Los muebles son dorados, y las mesas tienen tableros de mármol embellecidos con ricos mosaicos de Florencia.

Y ahora veamos algunas de tantas maravillas, empezando por las obras de Rafael, de aquel divino maestro, que ocupa entre los modernos el lugar preeminente que ocupó Apeles entre los griegos. Hay de él doce cuadros, no todos igualmente bellos. Los que más llaman la atención son: la *Visión de Ezequiel*, obra de pequeñas dimensiones; la *Madona de la Silla*, y la que llaman del Gran Duque, porque los Grandes Duques de Toscana la llevaban siempre consigo a todas partes; no vivían sin ella. En la *Visión de Ezequiel* se ve al Padre Eterno sostenido en el cielo por cuatro figuras simbólicas, las cuales representan los Evangelistas, y son un ángel, un toro, un león y un águila, todos con alas, como los vio aquel profeta y como pintaban a los seres sobrehumanos los asirios y babilonios. Todo ello tiene un aire de grandeza incomparable. Las dos Madonas son a cuál más bellas, pero con esta diferencia: que la una, la del Gran Duque, fue pintada cuando todavía conservaba Rafael en su imaginación los rostros modestos de las jóvenes de Urbino, y la otra cuando había conocido ya a las buenas mozas de Trastevere. Por esto acontece que los devotos alaben más a la primera, y los demás a la segunda. Viardot, que ha escrito un libro muy bueno sobre los Museos de Europa, dice que al ver por primera vez la *Madona de la Silla*, tanto él como su mujer que le acompañaba, no pudieron contener las lágrimas. Tal impresión les causó la contemplación de tanta hermosura. Es en efecto muy bella, y aunque muchos sostienen que no parece una Virgen y que es imposible rezarla, esta es una cuestión que depende enteramente de la manera de sentir de los diversos espectadores.

De Julio Romano, principal discípulo de Rafael, hay un cuadrito de poco tamaño; pero que es justamente célebre y conocido por copias y grabados. Representa a Apolo con las nueve Musas, que bailan formando un círculo. Tiene fondo dorado y recuerda mucho las figuritas antiguas pintadas en las termas de Tito, cuyo descubrimiento tuvo lugar en aquella época.

Después de estos pintores le toca su turno a Andrea del Sarto, primero porque es florentino y después porque fue uno de los pocos contemporáneos de Rafael, que no recibieron su influjo y emularon con él, siguiendo sólo a la Naturaleza. Admírase ante todo su *Asunción*. La cara de la Virgen es el retrato de su propia mujer, Lucrecia del Fede, porque también en esto se diferencia de Rafael y de tantos otros artistas. En vez de amar a una querida, amaba locamente a su legítima consorte, la cual, por desgracia, no lo merecía. A fin de contentar sus continuos caprichos, disipó y no pudo devolver al Rey de Francia las sumas que le había confiado para comprar estatuas y cuadros, y empañó así su gloria de pintor con una falta de probidad muy reparable. La *Disputa de la Trinidad*, en la cual figuran San Francisco, San Agustín y otros Santos, lo demuestra pintor de primer orden, y tan correcto en el dibujo, que mereció el sobrenombre de *Andrea senza errori*. Nótase, sin embargo, en la anatomía descarnada de las manos, cómo retrataba fielmente, no sólo la naturaleza en general, sino también las peculiaridades de la raza toscana. Su color es hermoso, sus composiciones claras, la expresión de sus personajes adecuada.

Cristofaro Allori es otro pintor toscano, menos conocido que Andrea fuera de su país, aunque tiene asimismo mucho mérito. Escogeré entre sus cuadros la *Judit*, obra asombrosa por la belleza de la heroína y por el vigor del Colorido. ¿De dónde sacaría el artista aquel rostro tan expresivo, aquellos cabellos del color del azabache, aquellos ojos negros también y de una expresión tan

altiva? Quizá encontraría su modelo entre las mujeres de la judería florentina. Es la mejor representación que conozco de la animosa viuda de Betulia.

Leonardo de Vinci, toscano también, no tiene en Pitti más que un cuadro, que llaman *La Monja*, aunque en mi sentir, representa más bien una dama bella y viuda, vestida de negro, con tocas blancas; pero con ojos muy lindos, boca preciosamente modelada y un seno blanquísimo que no mostraría ciertamente si fuese habitadora de un claustro. Fue Leonardo un gran pintor. Faltóle únicamente lo que se llama espíritu de conducta. De todo probó un poco; mas aunque fue excelente en varios ramos, otros le usurparon siempre el primer puesto. Hubiérase dedicado y con perseverancia a la pintura, y quizás hubiese sido igual por lo menos a Rafael. Poseía en sumo grado el don de la gracia, que transmitió a Luini y a la escuela de Lombardía.

Tiziano, el gran Tiziano, tiene en Pitti varias obras. A todas las eclipsa un retrato de mujer, que llaman su bella o su amada. Es una veneciana, hermosa y distinguida, que viste un traje de seda azul y morado con mangas acuchilladas y sembrado de flores de lis doradas. Una cadena de oro le adorna la bellísima garganta, y de oro parecen tambien sus rizados cabellos. No se ponga a su lado mujer ninguna de las de carne y hueso, pues por hermosa que sea, lo parecerá mucho menos. ¡Dichoso pintor que tenía una amada tan bella! Rafael se enamoró de una panadera ordinaria; Miguel Ángel de una ilustre dama que no podía corresponderle; Tiziano fue más afortunado que el uno y más humano que el otro.

Giorgione, alegre y sensual, viene después de Tiziano, y hemos de admirar un lienzo suyo, en que figuran tres personajes: un fraile agustino, que toca el cémbalo, un canónigo que tiene un violín en la mano, y un paje con un airoso sombrero adornado de plumas. Todos parecen tomar parte en un concierto: todos viven y son de seguro retratos de amigos del pintor, quien era sumamente aficionado a la música, como lo fueron muchos de los de aquel tiempo, pues parecía que a los hombres del Renacimiento les rebosaba el arte en todas direcciones. Varios de ellos cultivaron a la par las tres del diseño, y no pocos fueron también cantores y sobre todo laudistas.

A Giorgione sigue el Veronés, y aun debería precederle. pues le supera en muchas cosas, principalmente en la brillantez del colorido. Lástima que en Pitti no esté representado como merece. Sólo es de primer orden su retrato del veneciano Daniel Barbero, de aquel en cuya quinta pintó unos frescos, que son muy celebrados en la historia del arte.

Tintoretto es también de esta bella escuela, nacida del esplendor de la famosa laguna, cual Venus de la espuma del mar. El francés Taine dice, entre otras paradojas, que es el primer pintor de Venecia. No puedo suscribir a esta opinión; pero sí le pondré en tercer lugar, y no me parece poco, después de Tiziano y el Veronés. En Pitti hay de él varios retratos, todos buenos. A este artista le perjudico mucho la prisa con que trabajaba. Fue otro genio malogrado, como Leonardo.y confirma con su ejemplo que en la formación de los grandes hombres entra por mucho el carácter.

Del suave Guido hay allí una Cleopatra, cuyo rostro es bello y expresivo; pero cuyas manos son de cocinera. También este pintor adolecía de premura. Quería vivir como un gran señor, y para producir cuadros a toda prisa, no los concluía con esmero.

Plaza ahora al insigne Salvador Rosa, pendenciero, espadachín y grande enemigo nuestro, pero gloria de Nápoles, como pintor de primer orden y poeta satírico muy notable. La galería Pitti posee varias obras suyas, entre ellas dos marinas de grandes dimensiones. Representan la salida y la puesta del Sol, y es difícil decir a cuál se da la preferencia. En una de ellas hay un grupo de galeras con alcázares dorados y palamenta tendida, que producen un efecto muy pintoresco. Hay asimismo una batalla suya, donde todo es movimiento y vida. Brillan allí las armaduras, ruedan los bonetillos por el suelo, y se dan y se reciben famosas cuchilladas. Parece ver los fogonazos de los arcabuces y oír los gritos del combate.

Apenas me atrevo a nombrar después de este violento matasiete al cuitado Don Carlo Dolce, tipo del más deplorable apocamiento, que empleaba meses y meses en cada cuadro, acabándolos como miniaturas. Son tan dulces como su nombre, y tienen un aspecto tan devoto que forman con

razón las delicias de cuantos prefieren a todo la expresión religiosa. Una Virgen suya en una alcoba del Palacio Pitti, y un San Juan en la Galería pública, son obras excelentes.

Veamos ahora algo de los artistas extranjeros. Nuestro Murillo tiene allí dos Vírgenes con el Niño Jesús, una del estilo que llaman cálido, y otra del frío, ambas bellísimas. En la primera es más notable el Niño, en la segunda la Virgen. Todos las alaban, porque Murillo tiene el privilegio de agradar más que otro pintor alguno, a causa de la armonía de su color y de la belleza oriental de sus Vírgenes, y digo oriental, porque las Marías y Teresas de que son retratos, descienden en línea bastante directa de las Zoraidas y Fátimas.

Atribuyen a Velázquez un Carlos V a caballo, de pequeño tamaño. No creo, sin embargo, que sea suyo. La cabeza del caballo es desproporcionada y fea. Será de algún otro pintor de su escuela.

De Rubens es lo mejor, a mi parecer, un cuadro con cuatro retratos: el suyo, el de su hermano y los de Grocio y Justo Lipsio. El retrato de Lord Buckingbam es asimismo bello e interesante. Prueba que aquél Medoro inglés, merecía la afición que le demostraron tres Reinas. Lástima grande que, cual Belerma, no tuviera corazón, y que por eso sin duda no se condujera bien con ninguna de ellas.

De Van Dyck posee Pitti un retrato del Cardenal Bentivoglio, que pasa por el mejor entre los muchos que pintó aquel elegante y simpático artista. ¡Qué nobleza de actitud, qué fuego en la altiva mirada, qué colorido tan brillante, qué perfección técnica de pintura! Es una maravilla. No faltan tampoco allí los retratos hechos por el mismo autor, de Carlos I de Inglaterra y de su esposa la bella y desventurada Enriqueta de Francia, a quien darán siempre fama los elocuentes elogios de Bossuet, por más que algunos pretendan que no estuvo exenta de faltas.

Van der Werf, el Carlo Dolce de Flandes, cuyos cuadros parecen pintados sobre porcelana, y señalan también, como los de aquél, la decadencia del arte en su país, ha dejado en Pitti un retrato excelente, ¿de quién creerá el lector?, del famoso Lord Marlborough, de aquel mambrú de las coplas, que fue el Wellington del siglo XVIII, y puso límites con sus victorias a la ambición de la Francia. Era, a lo que parece, un hombre gallardo y bien plantado, y admira que a pesar de esto y de su genio militar, viviera siempre dominado por su mujer, como Belisario y Marco Aurelio.

Pero el capítulo se hace demasiado largo y es necesario que abrevie, dejando mucho en el tintero. Un retrato ejecutado por el pintor Lely, alemán que pasó su vida en Inglaterra, nos muestra, con fuerte colorido, a aquel famoso Cromwell, de quien dice Bossuet que no le dejó nada a la fortuna de cuanto pudo quitarle con previsión y consejo. Su fisonomía es vulgar, aunque enérgica, y sus narices gruesas y amoratadas, corresponden al buen bebedor de cerveza. Un retrato de Van de Helst es magnífico, como todos los suyos. Rembrandt, el gran colorista Rembrandt, tiene allí, como en todas partes, el suyo propio, con un birrete de terciopelo morado y una capilla de lo mismo, que medio encubre un peto de bruñido acero. El buen holandés no regala siempre su propia imagen, y se ha retratado un ciento de veces, y todas muy bien. Sus ojos alegres, su nariz respingada y su desaliñada cabellera, forman un conjunto muy pintoresco. Aquel lienzo de poco más de cuatro palmos vale tanto o más que los mayores de otros muchos artistas.

De Ruisdael, que es el Rembrandt de los paisajes, hay uno muy bueno; pero cuya composición es la misma de casi todos los suyos. Un cielo nebuloso, un bosque azotado por el viento, y un torrente que corre entre las peñas. Causa admiración, sin embargo, porque las nubes andan, los árboles se mueven, y el torrente suena y forma espumas, cual si fuese verdadero.

Para acabar añadiré que hay también en Pitti algunas buenas esculturas, sobresaliendo en su número la *Venus* de Canova y el *Caín y Abel* de Dupré. La primera, de una ejecución acabadísima, es más bella y más casta que la de Torwaldsen. No tiene, sin embargo, tanta gracia. Dupré es un escultor moderno, natural de Siena, cuyas obras están casi todas en Toscana. Tenía mucho talento para tratar asuntos religiosos, y el grupo de Pitti le elevó a muy grande altura. Es verdaderamente bello, especialmente el Abel, por cuya razón dicen todos que en aquella ocasión es él quien mata a su hermano.

XXXIX.
Florencia, de 1852 a 1854.

*Comunicación entre Pitti y los Uffizi-Iconoteca.—Retratos de pintores célebres.—Estatuas y bustos romanos.—La Tribuna y sus maravillas.—*Madona del jilguero.*—La* Venus *y la* Flora *de Tiziano.—Vírgenes del Perugino y de Andrea del Sarto.—*Coronación de la Virgen *del Beato Angélico.—Salón de las Niobes.—Academia de Bellas Artes.—El* Juicio final *del Angélico.—* Adoración de los pastores*, de Ghirlandaio y Lorenzo de Credi.—Museo del Bargello.—Esculturas de Lucca della Robbia.—El* Mercurio *de Juan Bolonia y el* Baco *de Sansovino.*

Después de haber visto la Galería Pitti se puede ir al Museo de los Uffizi sin salir a la calle, pues se comunican entre sí por medio de un corredor elevado que pasa sobre las casas vecinas y sobre el Puente Viejo. En este mismo corredor han colocado últimamente la famosa Iconoteca o colección de retratos de personajes célebres, que estaban antes en los frisos del Museo. Data del siglo XVI y la empezó el Duque Cosme I, con copias sacadas de la que reunió en su quinta de Como el famoso Paulo Jovio. Son, pues, en general copias de copias, las cuales tienen poco mérito como obras de arte. Con todo, son bastante buenas para dar una idea de las personas que representan. Pertenecen éstas a todas clases y naciones: Papas, Emperadores, Reyes, Príncipes, Cardenales, guerreros, políticos, eruditos y poetas. No es, sin embargo, una colección completa; baste decir que no están allí ni Cervantes, ni Shakespeare, ni Camöens, ni Racine. Cesa a fines del siglo pasado, y no contiene ningún personaje moderno.

Generalmente se recorre con rapidez. Hay, con todo, muchos retratos que interesan. Allí está Don Juan de Austria, el único hombre verdaderamente hermoso de aquella casa después del marido de Doña Juana. Debió sus bellas facciones a su linda madre la alemana Bárbara Blomberg, célebre cantora de aquel tiempo. Fue un héroe simpático, cuya muerte prematura, privó sin duda a España de muchas glorias. Hállase allí también Cristóbal Colón, con aspecto de fraile y ningún indicio de genio, fuera de su profunda mirada. Dio un nuevo mundo a Castilla y su memoria será eterna. Viene luego Don Fernando de Córdoba, a quien los mismos italianos apellidaron el Gran Capitán. Sigue a éste Cortés, el Alejandro español, émulo del macedonio y modelo de cuantos le siguieron en ambas Américas por el camino de las conquistas. Glorias brillantes, pero no todas útiles, porque nos faltó juicio para limitar nuestra ambición.

Poco después de éstos, se divisan ya dos hombres que señalan nuestro sensible decaimiento: Olivares y Haro. ¡Qué feos son el tío y el sobrino! Pálidos, amarillentos, con bigotes disparatados, que les llegan a las sienes, formando media luna. El prudente Don Luis quiso remediar los desaciertos de dos generaciones; mas era ya tarde. La manía de Flandes nos hizo perder a Portugal, como más tarde la de Italia nos hizo perder a Gibraltar. Prefirióse siempre lo dudoso a lo cierto, lo fantástico a lo natural, la vanidad a la verdadera honra.

La colección de Papas y Cardenales reúne personajes notabilísimos por talento, saber y virtudes. Hay algunas excepciones, pero la masa general es imponente. Forman como la aristocracia del linaje humano, porque debieron principalmente su encumbramiento a la superioridad intelectual de sus almas. Algunos, como los Gregorios, Sixtos, Julios y Paulos, se distinguieron también por grandes caracteres y no temieron desenvainar la espada para libertar a Italia de los bárbaros.

Después de la Iconoteca viene la colección de grabados de todas naciones, menos la nuestra. Hay sólo algunos de Ribera, y quisiera yo que estuviera allí por lo menos la estampa del *Moisés* de Murillo, hecha por Estévez, pues nos daría mucho honor. Soy muy aficionado a grabados, de cualquier género que sean, y admiro tanto la *Lucrecia* de Marco Antonio Raimondi como la *Melancolía* de Alberto Durero. Algunos, como las *Cámaras de Rafael*, por Volpato, me recuerdan los días tranquilos de mi adolescencia, cuando los admiraba por mero instinto en casa de mis tíos en Sevilla. Han sido igualmente favoritos de toda mi vida los grabados de Edelink, singularmente aquel, tomado de Lebrun, que representa la familia de Darío, visitada por Alejandro.

Al entrar ya en el Museo de los Uffizi, así dicho porque en el mismo edificio hay varias oficinas públicas, lo primero que se halla es una nueva colección de retratos, no precisamente de grandes hombres, sino de grandes pintores. Algunos merecían ciertamente aquel nombre, como Miguel Ángel y Rafael; pero en fin, no es costumbre dárselo y me contentaré con llamarlos sólo célebres o notables, aunque a muchos de ellos los prefiera en mi corazón a cuantos han brillado en tronos y batallas. Hay allí un millar de retratos, ejecutados todos por los artistas mismos que representan, y son de todas naciones y escuelas, menos por desgracia, la nuestra. El Museo no los pide, porque las preferencias serían odiosas; mas do hay pintor de fama que no le envíe el suyo. ¿Por qué no hacen esto los nuestros? ¿Será modestia u orgullo?; de todo puede haber. El único que hay es el de Velázquez, porque cuando vino a Florencia para ordenar y vigilar la ejecución de la estatua ecuestre de Felipe IV hecha en bronce por el Tacca, dejó allí dos retratos suyos, uno de los cuales es notable. Represéntale más joven que el que vemos en el cuadro de las Meninas. No tiene, como en aquél, el aspecto de un Sancho Panza, sino de un caballero muy esbelto, que apoya airosamente la mano en el puño de su espada.

Sería largo enumerar todos los retratos notables de aquella interesante colección, única en su género. ¡Qué fisonomía tan distinguida tienen Rafael y Tiziano, Leonardo y Parmigianino; qué gallardos son Rubens y Guido; qué elegantemente visten Largilliére y Mignard! Interesante es el retrato del Perugino, porque tiene en la mano un pergamino con esta inscripción: *Timete Deum*, como si quisiese desmentir con ella a los que le tenían por incrédulo. Sus facciones son comunes, pero simpáticas. Fue un hombre honrado y sencillo, que adoró siempre a su hermosa mujer, complaciéndose en adornarla con sus propias manos. Pero la joya de la colección es el retrato de Madama Vigée Lebrun. Las Memorias que ha dejado hacen conocer su carácter honrado y su condición dulce y amable. Su rostro demuestra además su belleza y su gracia. Viste de negro, con gorguera blanca y un cendal blanco en la cabeza, anudado a guisa de turbante. Asoman por debajo sus cabellos, que empiezan ya a encanecer; pero la viveza de sus ojos y la blancura de sus dientes revelan que no contaba aún muchos años. Es un tipo delicioso de la francesa linda y elegante. Hay allí también todos los modernos franceses, alemanes e ingleses, pues esta colección, comenzada por el Cardenal Julio de Médicis, llega hasta nuestros días. Prerrafaelistas, impresionistas, simbolistas y toda la caterva de recientes innovadores está allí representada. Todos los pintores de alguna fama, antiguos o modernos, se hallan en aquellas salas. Faltan sólo, como he dicho, los españoles. No están allí ni Murillo, ni Cano, ni Goya, ni Madrazo, ni Pradilla, ni Fortuny.

Penetrando ya en el verdadero Museo, se nos ofrecen tres enormes corredores, los cuales forman un paralelogramo abierto hacia la plaza de la Señoría. En ellos han colocado multitud de sarcófagos, estatuas y bustos romanos, procedentes de la colección de ellos que formó Lorenzo el Magnífico en sus famosos jardines, a fin de que sirvieran de modelos a los artistas de su época. Todo es bello, todo notable. Necesitaría muchos capítulos para referir tantas maravillas. Las estatuas enamoran; los bustos atraen la curiosidad e inspiran multitud de reflexiones. ¡Qué contraste se nota generalmente entre la fisonomía y el carácter de cada persona! ¡Qué chasco se llevarían allí los discípulos de Lavater! Trajano, tan victorioso y feliz, tiene el rostro más vulgar del mundo. Nadie diría que Otón, cuya cara es de fraile bernardo, fue capaz de quitarse la vida por no comprometer inútilmente la de sus partidarios. Mesalina no tiene nada de sensual ni en los ojos ni en los labios. Faustina parece incapaz de engañar, no sólo al prudente Marco Aurelio, sino al marido más confiado del inundo.

Hay asimismo en aquel corredor una colección de dibujos al lápiz, puestos en carpetas con cubierta de cristal. Están por orden de escuelas y llegan hasta el siglo pasado. Causa placer observar con qué primor dibujaban sus cuadros los antiguos artistas antes de pintarlos al óleo. ¿Hacen los de ahora lo mismo? Me permito dudarlo. Y mientras más genio tenían más estudiaban y preparaban sus obras. Los dibujos de Rafael, Leonardo y Andrea parecen grabados finísimos. De españoles hay algunos de Ribera y dos jinetes de Velázquez, ejecutados con mucho brío.

Por último, en las paredes de los mismos corredores empieza ya la colección de cuadros, que continúa después en las salas a que dan aquéllos acceso. Nótase allí, desde luego, una cosa, que falta por desgracia en Madrid y en otros muchos Museos: la historia del Arte. Vese primero un cuadro griego de Rico de Candía, luego otros bizantinos con fondo gótico dorado y figuras lamentables; siguen algunos de Cimabue con más color y vida; viene luego Giotto, el cual da expresión a las figuras y las mueve muy bellamente. Con éste desaparece ya el fondo gótico, y de esta manera, de adelanto en adelanto, llegamos a la última perfección en Ghirlandaio y los demás prerrafaelistas.

Pero dirijamos por fin nuestros pasos hacia la famosa Tribuna, que es como el santuario de la pintura y escultura, donde se halla reunido lo mejor de cada artista. En medio están las estatuas y notaremos principalmente la Venus, dicha de Médicis, y el Apolino. Ambas obras son griegas. La primera tiene en el pedestal el nombre de su autor, que fue Cleomenes. La segunda posee la elegancia de Praxiteles y se asemeja, en la gracia, al fauno de aquel famoso escultor, que existe en Roma. La Venus es tan modesta cuanto su desnudez lo permite, y se distingue de la Capitolina en que no tiene, como aquélla, las formas abultadas de la matrona romana, sino las más delicadas de las griegas. Está bien en Florencia, donde las mujeres son también graciosas y esbeltas.

El primer cuadro que se admira en la Tribuna es la *Madona del jilguero*. La Virgen abraza al Niño Jesús, que juega con San Juan Bautista y tiene en la mano el pájaro que da nombre a cuadro tan bello. El grupo es delicado, y la figura de la Virgen viene a ser un término medio entre la de la Silla y la del Gran Duque. Muchos la prefieren a cuantas nos ha dejado Rafael. Yo me contento con darle uno de los primeros lugares, sin olvidar que existen también la de San Sixto, la Perla y la del Pez. El retrato de la *Fornarina* es asimismo muy notable. Es una hermosa mujer, aunque algo colosal y hombruna, cuyos brazos son tan gruesos que pudieran muy bien servir de piernas para cualquiera otra mujer. Rafael, como es sabido, idolatraba en ella. Aquel joven tan bello y de un ingenio tan noble, el autor del *Pasmo de Sicilia* y de la *Escuda de Atenas*, el favorito de los Papas y amigo de Bembo y Castiglioni, no podía vivir sin su panadera, y exigió cuando fue a pintar en la Farnesina que se la permitiera pasar allí con él los días enteros. ¡Misterios del corazón humano! ¡contrastes que humillan al hombre! En cambio el gran Miguel Ángel, de carácter adusto y fisonomía poco grata, profesaba un amor tan puro a la sentimental Victoria Colonna, que ni aun después que estaba muerta, se atrevió a besarla la frente.

Otro magnífico retrato de Rafael, que existe también en la Tribuna, es el de Julio II. En él se nota bien la fisonomía inteligente de aquel viejo enérgico, cuya vocación era más de condotiero que de Pontífice. Brillan sus ojos bajo unas cejas muy pobladas, y es sorprendente la finura característica de sus labios. Su barba, casi blanca, le cae sobre el pecho. Está sentado en un sillón encarnado y viste asimismo de encarnado; pero nada desentona, todo es admirable. En Pitti hay una repetición de este cuadro, que es también excelente.

Una *Venus* de Tiziano compite en la Tribuna con todas sus rivales pintadas o esculpidas: es portentosa de color y de forma. A su lado ostenta el Veronés una *Santa Catalina*, cuyos tonos plateados contrastan con el carmín de Tiziano. Ambos cuadros son conocidos y célebres. Una *Virgen* pequeña de Correggio es sumamente linda.

Vienen después los boloñeses, y Guercino, el mago de la pintura, tiene allí una *Sibila*, que es de grande efecto, a pesar de que no posee el aire noble e inspirado de la de Dominichino de Roma. Es simplemente una bella romanóla, adornada con un turbante. Nuestro Ribera le sigue, y no necesito añadir que su cuadro es un *San Jerónimo*, de muy buen colorido. ¡Cuántos ha pintado! ¡Qué atractivo singular ejercía sobre el gran pintor valenciano la figura descarnada de aquel viejo y fogoso dálmata, quien se da con una piedra golpes terribles en el pecho, a fin de no pensar en las bellas damas de Roma!

Aplaudamos y admiremos asimismo allí al famoso Perugiuo, cuya *Virgen*, rodeada de varios santos, demuestra el extremo de perfección a que llegó el arte antes de recibir en Miguel Ángel y Rafael la influencia de las estatuas antiguas. Es la última y más bella palabra de la escuela umbría.

Dejando ya la Tribuna se pasa a las salas de las diferentes escuelas, y empezando por la toscana, nos detendremos a contemplar la *Virgen* de Andrea del Sarto, dicha de las Arpías, porque el pedestal en que se alza está adornado con dos de esas aves fabulosas. Como siempre, la Virgen es un retrato de su hermosa y egoísta mujer, y los santos que la rodean lo son de modelos florentinos. Es el último grado de excelencia de la escuela naturalista, sin deseo de idealizar ni inspiración alguna de la escultura. El pintor ha sabido, sin embargo, escoger, no lo feo, como Durero, sino lo bello, lo bellísimo. Además, el color de aquel cuadro es magnífico, y los inteligentes admiran mucho el empaste y armonía de sus tintas. Su conservación es prodigiosa: parece pintado ayer.

Bronzino, toscano también, nos ha dejado allí, con otros buenos lienzos, un retrato muy interesante de Lorenzo el Magnífico, en el cual nótase con sorpresa que era muy feo. Los ojos son pequeños, la nariz respingada, la expresión inteligente, pero maligna. Y sin embargo, fue un grande hombre y tuvo cualidades que le hicieron amado y poderoso. «Lo que hacía el encanto de Lorenzo, dice Reumont, es que reunía en sí el príncipe y el burgués, el hombre de Estado y el de letras, y que había en él una mezcla incomparable de seriedad y buen humor, de elevación intelectual e interés en la vida cotidiana, de grandeza principesca y de completa naturalidad en el seno de su familia.»

Veamos ya a Botticelli, famoso en su tiempo, olvidado después, y que ahora ha vuelto a estar de moda, singularmente entre los prerrafaelistas de Inglaterra. Admírase con razón su *Virgen* llamada *de la granada*, porque el Niño Jesús tiene en la mano una de esas frutas. Rodéanla y corónanla varios ángeles, tan bellos y tan puros como ella. Yo no puedo alabar a este artista en todas sus producciones: paréceme amanerado; hallo que sus figuras recuerdan mucho las góticas; la *Venus* y la *Primavera*, son tan estrechas y largas que parecen miradas en el revés de una cuchara. Pero en la *Virgen* de los Uffizi le considero un pintor de primer orden, tan de primer orden que se le puede poner al lado de Rafael.

En las salas venecianas hay un nuevo prodigio de Tiziano, la *Flora*, sin más adorno que su hermosa cabellera y una túnica blanca, que apenas le cubre el pecho. Es la favorita del público; hay que tomar turno para acercarse. Y merece ese favor, porque es realmente de una belleza más que humana, siendo notable la sobriedad de medios con que el pintor ha sabido darle relieve. Aquel rostro amable y divino no tiene más sombras que dos muy pequeñas, una bajo la nariz y otra bajo la barba, y sin embargo parece que se sale del cuadro.

En otra sala hay una *Dolorosa*, pintada por Sassoferrato, artista mediano, pero que en aquel cuadro rayó a grande altura. Está la Virgen divina envuelta en un manto azul obscuro y sólo descubre el rostro y las manos. Pero ¡qué lindas manos! ¡qué bello rostro! ¡qué ojos tan santos! El vigor del colorido, la expresión tierna y dolorosa del nobilísimo semblante, causan una impresión grandísima. Es un joyel en su género. Por eso no hay florentina, por humilde que sea, que no tenga una estampa de ella en su casa.

Recorriendo los infinitos retratos de todas escuelas, nos detendremos en el de *Blanca Capello*, atribuido a Bronzino. La hija de la serenísima República, que llegó a ser esposa del Gran Duque Francisco I, murió, según las crónicas, envenenada con una exquisita torta por disposición de su ambicioso cuñado, que la acusaba de mil intrigas. Pequeña, gordita y linda, no revela en su semblante nada de lo que sobre ella se ha dicho. El retrato del Marqués de Belle Isle, debido al pincel de Champagne, es noble y poético, como su nombre, y más animado, si cabe, que los retratos de Moroni. El de la bella Nell Gwin por Lely, interesa por varias causas. Aquella seductora mujer, pasó de vender naranjas en el teatro de Covent Garden a ser querida de Carlos II y dominó por mucho tiempo a este voluble monarca. El historiador Hallam dice, con razón, que los liberales ingleses le deben estar muy agradecidos, porque su escandaloso encumbramiento aumentó el desprestigio del trono y favoreció la revolución.

Los pequeños flamencos están asimismo allí casi completos, empezando por los Jeniers, que representan gente baja y avinada, siguiendo por Gerardo Dow, que trata ya con criados y burgueses, y acabando por Netcher, amigo de retratar más bien damas ricamente vestidas y caballeros de alto

rango. Todo es verdad en sus cuadros; óyese allí crujir la seda y rechinar los chapines; vense reflejados en los espejos los menores detalles de paredes y muebles.

Estaba a punto de olvidar una de las cosas más notables de los Ufflzi: la *Coronación de la Virgen* del Beato Angélico de Fiésole. En el siglo pasado yacía este pintor tan olvidado como Botticelli. El romanticismo y el renacimiento cristiano de este siglo le han vuelto a dar boga y prestigio. Es, en realidad, como dice Lübke, la última flor de la pintura medioeval y gótica. Su dibujo es débil, sus cabezas casi siempre las mismas, su colorido algo chillón; pero aquellos ángeles suyos con trompetas, panderos y flautas tienen tanta gracia, expresión y pureza, que la crítica pierde con él todos sus derechos y se limita a aplaudirle. ¡Diríase que aquel santo varón los había visto ya en el cielo!

En la última sala del Museo, se hallan las catorce estatuas de la familia de Niobe, debidas, según se cree, al cincel de Scopas, obra grande, maravillosa, y en algunos casos sublime, como por ejemplo, en uno de los mancebos que yacen ya muertos por Las flechas de la vengativa Diana, el cual es un modelo incomparable de morbidez y abandono. El dolor que demuestran los principales personajes no es tan agudo como el que expresa el *Laocoonte* y es comparado por Wiseman al de los buenos Cristos de la escultura moderna. Es más moderado y más análogo al del gladiador combatiente y al que expresa en general toda la escultura antigua. Basta, sin embargo, para causar mucha conmoción en quien lo mira.

En la Academia de Bellas Artes de Florencia hay igualmente una reunión de buenos cuadros; pero son de un carácter más exclusivo. Está limitada a la época antigua, que algunos dicen gótica, y a los prerrafaelistas. El pintor Angélico tiene allí un *Juicio final* de gran belleza. Las figuras ya las conocemos: los ángeles son de todos los colores del arco iris; pero el encanto que produce es grandísimo. Entre otras singularidades que ofrece, he notado esta: que los ángeles, que forman una especie de contradanza principal, están coronados de amaranto y oro, colores que son precisamente los mismos que finge Milton a las flores con que supone coronados a los de su poema. El Homero inglés estuvo mucho tiempo en Florencia, y es posible que haya tomado ese pormenor del inspirado pintor de Fiésole.

El portal de Belén con Reyes o pastores es un asunto tan preferido por los pintores antiguos que hay allí hasta cuatro, hechos como en competencia por los principales prerrafaelistas, Gentile da Fabbriano, el Beato Angélico, Ghirlandaio y Lorenzo de Credi. Los dos primeros son curiosos e ingenuos, los otros dos admirables. ¡Qué color, qué expresión, qué vírgenes tan santas, qué reyes tan pintorescos, qué pastores tan bellos! ¿Cuál será nuestro preferido? Ghirlandaio sin duda alguna. Su color es muy hermoso y sus figuras excelentes. En todos estos cuadros es visible la influencia de la pintura flamenca en la limpieza y brillantez del colorido. Es sólo lástima que con ella se introdujese cierta dureza en los paños, que no tenía Giotto, y que duró hasta la época de Rafael.

Otro Museo notable es el que ha sido formado en el antiguo Bargello o Palacio del Podestá. Hay en él de todo: cerámica de los mejores tiempos, cristales, marfiles, bronces, armas, esmaltes y cuanto constituye en fin el arte pequeño y secundario. Pero lo principal son las estatuas del Renacimiento, las cuales sólo en Florencia existen en tanta copia. Vecchietta, Civitali, Donatello, Ghiberti, della Robbia, Sansovino, Juan de Bolonia y Miguel Ángel tienen allí obras estupendas. Llaman mucho la atención por su novedad los bajos relieves de Lucca de la Robbia, ejecutados en barro vidriado, que parece porcelana. No tiene aquel escultor muchas cuerdas. La Virgen con el Niño Jesús, de color blanco sobre fondo azul, es lo que más ha repetido, y por eso tal vez obtuvo en ese asunto místico y simpático una excelencia muy grande. Tiénesele casi por un pequeño Rafael de la escultura. Fuera de Toscana es poco conocido; allí es siempre uno de los artistas más populares y aplaudidos. Imitáronle sus sobrinos y produjeron entre todos ellos tantas obras, que no hay casi iglesia toscana en que no se encuentre alguna.

Las estatuas de mármol y bronce son todas muy notables, aunque no siempre perfectas, pues cuando de la escultura renacida se trata no todo es oro puro, y es permitida a veces la crítica. El *David* de Donatello, por ejemplo, no me satisface. Bueno está copiar la Naturaleza; pero ¿por qué

buscar en ella modelos tan feos? Más me agrada la *Fe* de Civitali, las *Vírgenes* de Mino y de Mayano, y sobre todo el *Mercurio* de Juan Bolonia y el *Baco* de Bansovino. Aquél parece que se separa del suelo, que se eleva, que vuela. El *Baco* está inspirado en la plástica griega y tan felizmente compuesto, que por cualquier lado que se mire es siempre bello. Muchos le prefieren al de Miguel Ángel. Cuéntase que cuando Praxiteles permitió a Friné que escogiese para sí una de sus estatuas, sin quererle decir cuáles consideraba las mejores, la astuta cortesana empleó para averiguarlo esta sencilla estratagema. Hizo que un esclavo suyo entrase de repente cuando el escultor la hacía una visita y le diese la falsa noticia de que su casa estaba ardiendo. Dióle crédito Praxiteles y gritó despavorido: que salven al menos el *Sátiro* y el *Cupido*. De la misma manera creo yo que si dijeran que se había pegado fuego al Bargello, exclamarían todos los florentinos: que salven al menos el *Mercurio* de Juan Bolonia y el Baco de Sansovino.

XL.
Florencia, de 1852 a 1854.

Estatuas que se encuentran en las calles y plazas de Florencia.—El David *de Miguel Ángel.—El* Perseo *de Cellini.—El* San Jorge *de Donatello.—Las puertas del Bautisterio.—Los Palacios.—Las Iglesias.—Or San Michele.—Santa María Novella.—Santa Croce convertido en Panteón toscano.—San Lorenzo y la Capilla de los Médicis.—Pinturas del Angélico en San Marcos.—Recuerdo de Savonarola.—Frescos de Masaccio en el Carmen.—San Felipe Neri y la música sagrada.—Museo de arqueología.—Museo de Historia natural.—Tribuna de Galileo.*

Después de haber permanecido tanto tiempo encerrados en galerías y museos, será bueno sin duda dar un paseo al aire libre, viendo de camino las bellas estatuas que se encuentran a cada paso en las calles y plazas de Florencia. No es posible hablar aquí de todas ellas. Bastará notar las que gozan de más fama, como hemos hecho con los cuadros. Bajo los mismos Uffizi hay una colección de ellas, que representan los hombres célebres de Toscana, empezando por el pintor Cimabúe en el siglo XIII y llegando hasta el botánico Micheli en el siglo XVIII. Nótase entre ellas la del valiente Ferruccio, el Héctor boscano, que hizo cuanto pudo para libertar a Florencia del sitio que le pusieron las tropas de Carlos V y murió al fin como un héroe en los campos de Gavinana. Son todas muy bellas y merecerían estar menos llenas de polvo. En la antigua Roma y también en Constantinopla había un inspector de las estatuas, que cuidaba de mantenerlas limpias y en buen estado. Mucha falta hace esto mismo en Florencia.

Entrando luego en la Plaza de la Señoría, veíase en aquel tiempo el *David* de Miguel Ángel, que ahora se halla en la Academia de Bellas Artes. Después de haberle dejado tres siglos a la intemperie, los florentinos han comprendido al fin que esto no era muy bueno para el mármol, y todos debemos decir: más vale tarde que nunca. Es una estatua excelente de la primera época del gran escultor, y reúne los sufragios de cuantos la miran. Con todo, voy a atreverme a notar en ella algunas cosas que no me agradan. Es una copia de la naturaleza poco noble. La cabeza tiene mucha expresión; parece, sin embargo, demasiado grande para el cuerpo. Las manos también son disformes. Despreciese cuanto se quiera el canon de Policleto, mas el hecho es que, apenas un pintor o escultor se aparta de sus proporciones, luego al punto nos desagrada. El *David* está enteramente desnudo, y también esto choca, tratándose de un pastor hebreo y no de un héroe griego.

Bajo una galería inmediata al Palacio viejo y edificada con elegante diseño por el célebre Orgagna, a la cual llaman la Loggia dei Lanzi o de los alabarderos, porque en ella se colocaba la guardia de la Señoría, encuéntrase, con otras estatuas, el *Perseo* de Benvenuto Cellini, obra asimismo muy bella y más ideal que el David. No se asemeja con todo a lo griego, sino más bien a lo romano, en la redondez algo afeminada de las formas.

En una de las cuatro fachadas de la iglesia de Or San Michele, llenas igualmente de buenas esculturas, llama luego la atención el *San Jorge* de Donatello, cuya fama es grandísima. Es un mero retrato sin la menor idealización, y no tiene nada de santo; de modo que pudiera representar a cualquier condotiero del siglo XV. Pero está tan bien plantado, tan animado y tan vivo, que excita la admiración de las gentes.

En una de las fachadas del Bautisterio se hallan las famosas puertas de bronce, debidas a Ghiberti y que, según Miguel Ángel, podían servir para el mismo Paraíso. Tienen mucho mérito. Aquel escultor no copiaba simplemente la naturaleza, como los demás de su época, sino que se inspiraba además en los modelos antiguos. Sus bajos relieves tienen casi la importancia de cuadros y expresan bellamente varias escenas del Antiguo Testamento, empezando por la creación del hombre y llegando hasta la visita de la Reina de Saba al poderoso Salomón. Uno de los mejores es el que contiene la bendición de Jacob. Hay en él un grupo de mujeres hebreas que recuerdan las estatuitas de Janagra.

Cuando Pausanias describe la Grecia no se mete casi nunca en notar el mérito o los defectos de cada obra de arte. Confieso que no puedo imitarle en esta especie de indiferencia, y pido se me permita decir siempre mi parecer sobre cada cosa.

Hay también en Florencia algunas estatuas ecuestres, vaciadas en bronce y tienen bastante mérito, particularmente la de Cosme I, de Juan Bolonia. Y es curioso que, según me ha referido el erudito Príncipe Corsini, el bronce empleado en todas ellas procedía de las campanas de los conventos suprimidos en Inglaterra por Enrique VIII, que la casa de banca de los Corsinis, existente entonces en aquel país, compró y envió a Florencia. Y es igualmente singular que con ese mismo bronce fueron fundidas las estatuas ecuestres de Felipe III y- Felipe IV, que Velázquez llevó de Florencia a Madrid. Do modo que ese noble metal, después de haber llamado a los vivos y llorado a los muertos por muchos siglos en la Gran Bretaña, despierta ahora mil recuerdos históricos en Florencia y Madrid bajo la forma de varios príncipes.

Pero veamos ahora algunos de los principales edificios. Roma, Venecia y Florencia son las tres ciudades en que más se realiza la belleza arquitectónica, compensando cada una de ellas aquello que falta en la otra. En Florencia, verbigracia, no hay un templo bizantino como San Marcos ni tampoco un palacio gótico como la Cá d'Oro de Venecia, pero existe en cambio un Palacio Pitti, del renacimiento toscano, que no tiene igual en la unión prodigiosa de la sencillez con la grandeza, y un Palacio Rucellai, que vence a todos los de su época en elegancia y pureza de diseño. Es muy bello también el de Strozzi, y no menos el de Riccardi, que construyó Michelozzi para Lorenzo de Médicis. En este último hay una gran galería pintada al fresco por Lucas Jordán, que es la cosa más perfecta que he visto de aquel imperfecto y apresurado pintor, y una célebre capilla, donde ejecutó Benozzi Gozzoli una procesión de los Reyes Magos, cuyo interés es muy grande, porque son retratos del Duque Lorenzo, del Emperador Juan Paleólogo, que entonces se hallaba en Toscana, y del Patriarca de Constantinopla. Fue Benozzi discípulo del Angélico, y le superó en dibujo y colorido.

Las iglesias son también muy bellas. Nicolás V, que fue quien empezó a renovar y hermosear las de Roma papal, recomendaba mucho que se constriñesen en todas partes con toda la magnificencia posible, en consideración a las masas populares, *turbae populorum*, cuya fe se afirma por medio de las grandezas que contempla. En Florencia las hay, como digo, sumamente hermosas y de todos tiempos y estilos. La de los Santos Apóstoles tiene forma de basílica y data del tiempo de Carlomagno.

El estilo bizantino no pasó de Rávena; pero en Florencia existe como adorno. San Miniato en la colina de este nombre, y el Bautisterio del Duomo son románicos, pero tan bellos que pueden considerarse como un primer renacimiento. En ambas iglesias hay mosaicos bastante bellos empezados por Tafi, discípulo de los griegos, y acabados por Ghirlandaio. En San Miniato merece visitarse el monumento de un Cardenal de la casa real de Avis, obra de Rosellini. Era aquel prelado portugués un dechado de todas las virtudes, y la hermosura de su rostro correspondía a la de su

alma, Todo es bello y elegante en su sepulcro, cuya labor es tan exquisita que parece de marfil más que de mármol.

Santa María Novella es un edificio gótico, noble y sencillo, construido por dos frailes dominicos, Fray Sixto y Fray Ristore, los cuales fueron también los arquitectos de la Minerva de Roma. En la iglesia florentina se hallan varios famosos frescos de Orgagna y de Ghirlandaio. Representan los primeros la gloria del Paraíso, y en ella hay una multitud de santas, las cuales se parecen bastante unas a otras, pero son todas de una belleza divina. Orgagna es un inspirado precursor del Beato Angélico. Los frescos de Ghirlandaio, que ocupan todo el coro, representan las vidas de San Juan Bautista y de la Virgen, y son interesantes por la cantidad de retratos que contienen de damas florentinas y personajes célebres de aquella época. Es creencia general que estas bellas pinturas inspiraron a su discípulo Miguel Ángel las de la Capilla Sixtina.

Or San Michele, gótico florido y radiante, es muy pequeño, pero encierra una joya preciosa, un tabernáculo, tambien gótico, de Orgagna, que cultivó las tres artes del dibujo y fue el Miguel Ángel de su época.

El Duomo o Catedral de que he hablado en otro capítulo, es una obra de transición, un amalgama de varios estilos, empezado por Arnolfo de Cambio y acabado por Brunelleschi. Sus arcos ojivales proceden del gótico; la cúpula y los mármoles de diversos colores son bizantinos; los pilares de las naves románicos. A esto se le ha llamado gótico toscano o italiano, y es peculiar de aquel país, donde el carácter nacional y las tradiciones clásicas han sido siempre un obstáculo a la introducción de formas extranjeras, ora sea en la literatura, ora en las artes.

Santa Croce es igualmente de un gótico modificado grave y sencillo, con techumbre de madera como las antiguas basílicas. Trazólo el mismo arquitecto del Duomo, Arnolfo de Cambio. Las ventanas, de cristales pintados, son muy bellas. El coro y las capillas del crucero contienen frescos de Giotto y sus discípulos, que parecen muy notables si se considera la época en que fueron pintados. El púlpito, que es de Benedetto de Maiano, escultor del Renacimiento, está adornado de bajos relieves bellísimos, representando la vida de San Francisco. Esta iglesia ha sido poco a poco convertida en un panteón de hombres célebres, principalmente toscanos. Allí está el cenotafio de Dante, cuyas cenizas siguen en Rávena, donde murió, a pesar de que los florentinos las reclamaron en el año 48. La inscripción que se lee en el monumento dice solo: *onorate l'altísimo poeta*, que es un verso conocido del mismo Dante, alusivo al sublime Homero.

En un sepulcro inmediato se nota esta otra inscripción: *Tanto nomini nullum par elogium.* Trátase de Maquiavelo. Y allí están también Miguel Ángel, a quien lloran las Artes; Galileo, que fija su vista en el cielo; Alfieri, cuyo monumento, ejecutado por Canova, fue costeado por la Condesa de Albany, viuda del último Estuardo; Cherubini, coronado por la música, y otros que sería largo nombrar.

Llama también la atención el sepulcro de la Condesa Zamoyska, del toscano Bartolini, artista moderno, émulo de Dupré, con quien compartió los estilos y la fama. El uno fue naturalista, el otro idealizó bastante aquello que veía. La Condesa Zamoyska parece más bien dormida que muerta, y tiene tanta realidad, que da ganas de decirle como Romeo a Julieta: *¡ah! se tu dormi svegliati.*

En pleno Renacimiento fueron construidas las dos iglesias de San Lorenzo y Santo Spírito, ambas de estilo corintio y dibujadas por Brunelleschi. La más notable es la primera, cuya nave principal ofrece un modelo perfecto de sencillez y armonía. En Roma mismo no hay iglesia ninguna de un diseño tan puro. A su lado están dos famosas capillas que sirvieron de panteón a las dos dinastías toscanas. En la menor, trazada por Miguel Ángel, se hallan los célebres sepulcros de Julián y Lorenzo de Médicis. La figura pensativa del último, le ha hecho llamar *el Pensieroso*. Es un dechado de naturalidad y belleza, y verdaderamente puede decirse que en aquella prodigiosa estatua el artista ha dado vida al mármol. Son igualmente muy admiradas las figuras casi colosales del Día y de la Noche, el Crepúsculo y la Aurora, que adornan las dos urnas. Mas aunque son muy hermosas, pertenecen ya a aquel tipo exagerado y fuera de lo humano en que se transformó poco a poco la concepción escultórica del gran florentino. En el David copió la naturaleza, agrandándola;

en el Moisés llegó a la perfección, dando vida a un ideal muy grandioso, pero siempre humano; en las estatuas de estos sepulcros a que me refiero, pasa ya de los límites admitidos y crea unos seres que son bellos sin duda, pero que parecen habitantes de otro planeta. Los que después de él quisieron seguirle por ese camino, cayeron en un abismo.

La otra capilla, bastante mayor y nombrada de los Príncipes, es rica de mármoles y jaspes y tiene un conjunto imponente, pero es de una arquitectura menos pura. Con todo, tal como es, no tiene su igual en Europa y podría servir de enterramiento, no ya para los Grandes Duques de Toscana, sino para las dinastías más poderosas de la tierra. Las urnas de las tumbas son de granito; las estatuas de los Príncipes, de bronce.

No lejos de la perfección y belleza corintia de San Lorenzo está el barroco rico, pero de mal gusto, de la Santísima Annunciata, donde la antigua arquitectura ha desaparecido bajo toda clase de remodernamientos y adornos. Tiene, sin embargo, algunos cuadros y esculturas notables y es la iglesia más frecuentada por los florentinos, a causa de una imagen antigua y milagrosa de la Virgen, que en ella se venera. Un crucifijo de Juan Bolonia situado detrás del altar mayor, es excelente. Visto en la penumbra de la tarde causa una impresión conmovedora. Me parece casi tan bello como el de Brunelleschi que está en Santa María Novella.

Cerca de la Annunciata se hallan la iglesia y el convento de San Marcos, donde vivieron un día dos frailes dominicos muy notables: el Beato Angélico, que cubrió de bellos frescos sus corredores y celdas, y el famoso Savonarola, cuya fama, oscurecida durante algún tiempo, ha vuelto a brillar en este siglo hasta el punto de que le consideren algunos como una especie de mártir. Su retrato le representa bastante feo, con ojos saltones y perfil de judío. Compáranle muchos a Lutero; mas lo cierto es que no tenía todas las dotes necesarias para desempeñar un papel tan importante. En primer lugar no supo captarse, como el heresiarca alemán, el apoyo de los Príncipes; antes al contrario, adoptó, respecto de Lorenzo de Médicis, la actitud de un demagogo. Por otra parte no le fue dado agradar por mucho tiempo al pueblo, porque predicaba en la patria de Boccaccio una doctrina muy austera. Algunos le siguieron al principio y no faltaron mujeres que, excitadas por sus sermones, arrojasen al fuego libros, joyas y adornos. Pero este entusiasmo duró poco, y la reacción que sobrevino le dejó abandonado y solo en poder de sus contrarios.

Asemejábase, pues, no tanto a Lutero como a Calvino, y hubiera tenido quizá un éxito mucho mayor entre gentes republicanas y severas como los suizos de Ginebra. Es, sin embargo, una figura histórica simpática, y la razón de esto se halla, a mi parecer, en que el castigo que sufrió fue demasiado cruel y en que las manos que se lo impusieron no eran bastante dignas.

La iglesia del Carmen no merecía apenas mencionarse, si en ella no existiese una capilla, en la cual pintaron varios bellos frescos el insigne Masaccio y Filippino Lippi. Constituyeron en su tiempo un progreso extraordinario del arte y fueron copiados y estudiados por todos los primeros artistas del Renacimiento. Representan varias escenas de la vida de Jesús y de los Apóstoles. Un Adán y Eva que se ven en la entrada sirvieron de modelos al mismo Rafael. La Eva es bellísima.

Detrás del aliar mayor esta el sepulcro de Soderini, último gonfaloniera o presidente de la República florentina, quien, no sé por qué, me recuerda involuntariamente a nuestro famoso Castelar. A su muerte le compusieron los florentinos el siguiente gracioso epigrama:

Oggi e morto il Soderini
Fiorentini, non piangete,
E nel Limbo dei bambini.

En el Carmen se halla asimismo una suntuosa capilla dedicada al santo florentino Andrés Corsini, de la familia de los Príncipes de este nombre, la cual, no sólo ha tenido un Papa y varios Cardenales, sino también un patricio celeste.

Pero el santo florentino más popular y característico es San Felipe Neri, fundador de los Padres del Oratorio, cuya orden ilustre, émula de los jesuitas, ha producido hombres tan eminentes como Massillon y Mascaron, rivales de Bossuet y Bourdaloue, y el filósofo Malebranche, a quien fue dado un día el nombre de Platón cristiano. Felipe era bastante diferente de Ignacio de Loyola.

Su espíritu, genuinamente florentino, se asemejaba más bien al de Francisco de Sales: era tolerante y suave. Amaba mucho la música y a él se debe la creación del drama lírico sagrado, con que esperaba apartar a los jóvenes del drama profano, y al cual fue dado por razón de su origen, el título de Oratorio. Uno de los discípulos del santo, el Padre Animuccia, compuso la primera obra de este género. La iglesia de San Felipe es bastante correcta, a pesar de haber sido hecha en el siglo XVII.

En frente casi de ella está la llamada Abadía, que es uno de los temples más antiguos de la ciudad. Dante dice que de ella se tomaban las horas, antes que existiese el Duomo. Modernas restauraciones le han quitado su carácter. Contiene, esto no obstante, dos primores del arte. El uno es el sepulcro de su fundador el conde Hugo, deudo del Emperador Otón, renovado en el siglo XV por el célebre Mino de Fiésole, el cual fue en escultura lo que el Beato Angélico en pintura, un artista inspirado, que parecía haber estado en el Cielo. El otro es un cuadro representando a San Bernardo, a quien dicta la Virgen lo que escribe, obra deliciosa del ingenuo pintor Filippino Lippi. Los ángeles que rodean a la Virgen son bellísimos. Ella misma es bonita, pero a la verdad tan excesivamente delgada, que deja atrás en esto al ascético San Bernardo.

Para terminar en este capítulo la descripción de la hermosa Florencia, diré dos palabras sobre su Museo arqueológico y sobre el de Historia natural. Encierra el primero una rica colección de tapices de todas clases y procedencias, flamencos, alemanes, italianos y franceses, entre estos algunos magníficos Gobelinos, ejecutados por Audran, los cuales representan la vida de la Reina Ester. Son tan hermosos como hermosas pinturas. Hay también allí una colección de vasos etruscos, con muchos ejemplares de primer orden, y algunas antigüedades egipcias. Pero lo más notable son las estatuas de bronce etruscas encontradas en Chiusi, Cortona y otras localidades de la Toscana. Un atleta y un orador en la actitud de declamar, son excelentes. Creíase hasta hace poco que el arte etrusco procedía del griego, como el romano; mas hoy día es general opinión entre los sabios que no fue hijo, sino hermano de aquél. Ambos, el etrusco y el griego, nacieron del arte egipcio y asirio, a la manera que la pintura italiana y la flamenca salieron, en los siglos medios, del tronco común bizantino.

Quédame sólo hablar del Musco de Historia Natural, el cual es uno de los más completos de Europa y tiene la particularidad de que los animales que encierra están conservados de un modo extraordinario, y parecen vivos e intactos. Según unos, depende esto del clima; según otros, del procedimiento con que los disecan: probablemente de ambas cosas. No sé si todos mis lectores serán de mi parecer. A mí me encanta recorrer de cuándo en cuándo esta clase de Museos, por ver en ellos reunida en un solo punto esa inmensa y variada obra del Creador que yace esparcida por tantas regiones y climas. Su hermosura narra la gloria de Dios con la misma elocuencia que los astros y las plantas. ¡Y cuántas reflexiones sugiere esa maravillosa producción! ¡Cuántas asociaciones de ideas despierta en el ánimo que la contempla! Allí está el águila, símbolo del imperio; el ruiseñor, caro a los poetas; el cuervo, temido por los augures, y el armiño, que sirve de manto a los Reyes.

En aquel mismo edificio hay también una especie de templo, que llaman la Tribuna de Galileo, porque está dedicado a la memoria de este grande hombre. Los frescos que cubren las paredes representan algunos episodios de su vida. Varios escaparates contienen los instrumentos de que se servía para sus observaciones. Galileo es otra de las glorias de Florencia y no falta quien le tenga también, al igual de Savonarola, por una víctima de la superstición de su siglo. Algo hay de verdad en esto. No fue precisamente un mártir, pero sufrió encierro y sinsabores. Los teólogos de aquella época desoyeron al juzgarle la voz del sentido común, y olvidaron que Moisés no escribió un libro científico ni pudo menos de conformarse con el lenguaje común, diciendo, como nosotros decimos todavía, a pesar de los descubrimientos modernos, que los astros suben y bajan y que el Sol sale y se pone. El retrato de Galileo está repetido en ambos Museos y es siempre de Susterman. Represéntale ya anciano con barba blanca; pero antes de que se quedase ciego, como Homero y Milton. Parécese mucho a Sócrates en lo pequeño de la nariz y la vulgaridad del semblante; mas,

como aquél también, tiene una frente muy espaciosa que revela su genio. Diríase que sus labios van a abrirse para murmurar todavía: *e pur si muove.*

XLI.
Florencia, de 1852 a 1854.

Nuevos disturbios acaecidos.en España.—Impopularidad del Conde de San Luis.—Temeridad de la Corte.—El General O'Donnell se subleva.—Muchos ambiciosos le secundan.—Detenido en Vicálvaro, hace alianza con su antiguo antagonista Espartero.—Triunfan juntos y forman un gobierno liberal.—De nuevo Cortes Constituyentes y Milicia nacional.—La historia de España vuelve a ser la de Méjico y Perú.—Lecciones que contienen estos sucesos.—Pena con que los veo.—Ventaja inesperada que de ellos me resulta.—Soy nombrado primer Secretario en Turín.—Mi despedida de los Grandes Duques.—Viaje a Turín.—Monumentos de Pisa.

Temo mucho que el benigno lector, cansado ya de oír hablar de Bellas Artes, encuentre que me he detenido demasiado en la descripción de Florencia. Y tal vez no le falte razón; pero tratándose de una ciudad que es considerada como la Atenas moderna, por encerrar en su seno las obras maestras de las tres nobles hermanas, no me era fácil resistir al deseo natural de enumerar y exaltar tantos tesoros. Ahora dejaré ya este tema exclusivo, y descendiendo, por decirlo así, del cielo a la tierra, volveré a ocuparme en las cosas de la política, especialmente de la de España, donde tuvieron lugar el año 1854 nuevos y graves disturbios, cambiando completamente el estado del país y alterando la paz de que había disfrutado durante diez años. El General Don Leopoldo O'Donnell, el mismo que había contribuido tanto en 1841 a vengar a la Reina Cristina y arrojar de España al Regente Espartero, se sublevó entonces a su vez contra la Reina Isabel y se unió con su antiguo antagonista. Era éste el tercer caso después de principios del siglo, de un General que se levantaba contra el Rey o Reina a quien había jurado fidelidad y a quien debía su rango y honores. Después de Riego, Espartero; después de Espartero, O'Donnell.

¿Cuáles fueron las causas que le llevaron a tamaño desafuero? El estado de España, ya lo he dicho en otro capítulo, no era tal como lo exigían los intereses creados por tantos años de alteraciones y guerras. La influencia de la Francia se sentía, como siempre, en nuestro país. Napoleón III había dado un golpe de Estado con mucho éxito; Doña Isabel II sentía, según parece, grandes deseos de hacer una cosa parecida. Es cierto que la Corona había otorgado una Constitución o Estatuto en 1834; pero la justicia exige recordar que no hubiera sido ella en ese caso la primera en faltar al compromiso recíproco contraído por aquel acto. El primer perjurio, si es lícito emplear aquí esta palabra, había venido ya por parte de la revolución, la cual en 1837 le impuso la Constitución de 1812. Desde entonces pudo decirse que la Realeza sufría violencia. Es verdad que aquella Constitución fue después reemplazada por el Código de 1845, cuyo espíritu era más monárquico; pero no era éste otorgado, como el Estatuto de 1834, sino hecho por Cortes e impuesto a la Reina. Por lo tanto, nada más natural sino que ésta pensase en modificarla en sentido restrictivo, de la misma manera que los revolucionarios quisieron modificarla después en sentido lato.

Extrañar estos hechos y hacer admiraciones por ellos, no me parece justo ni propio de hombres prácticos. En los siglos XIV y XV a nadie se le hubiera ocurrido extrañar que la Corona tratase por todos los medios imaginables de reprimir las pretensiones de los nobles. Ahora la lucha era con la burguesía, y nadie debería admirarse tampoco de que la Corona procurase hacer nuevamente otro tanto. La cuestión está, en mi sentir, en si ha dado o no en esa lucha pruebas de talento y prudencia. El resultado le ha sido adverso. Vencida en 54 y en 68 ha venido al fin a sucumbir, quedando prisionera de la burguesía. Por consiguiente, está claramente demostrado que no ha tenido ninguna de aquellas dos dotes. ¿Será, por ventura, que la empresa era en sí misma

imposible? En ese caso hubiera debido ceder a tiempo, limitándose a disminuir por todos los medios imaginables la influencia de sus contrarios.

Y la verdad es que en el año 53 parecía haber renunciado por completo a todo proyecto de retroceso, en vista de la terrible oposición que encontraba en las clases más influyentes. Bravo Murillo dejó de ser Ministro y con él desapareció el temor de golpes de Estado y de reformas en sentido reaccionario. Habíase confiado el poder al Conde de San Luis, el cual no era neocatólico ni abrigaba de seguro proyecto alguno liberticida. Pero el mal estaba en que estos cambios de personas no satisfacían a todos los que deseaban ser Ministros. El mal estaba en que, a pesar de esos cambios, quedaba siempre viva la sospecha de que la Reina quisiese renovar sus anteriores tentativas apenas volviese a ver una ocasión favorable para hacerlo. El solo medio de desvanecer toda equivocación en este punto hubiera sido llamar al poder a un hombre moderado, pero de la oposición, y no lo era a la verdad el nuevo Ministro.

Don Luis Sartorius, primer Conde de San Luis, según él mismo se intituló en una lápida de mármol colocada sobre la puerta del Teatro Español, que había reconstruido, era un abogado sevillano, quien primero como periodista y después como Diputado y Ministro había dado pruebas de un gran conocimiento de la ciencia de Macarel y Cormenin, y de un talento poco común. Su figura era simpática, su condición amable, su carácter firme. Era de la cantera de donde se sacan los hombres de Estado, y a su actividad e inteligencia fueron debidas la mejora de la administración y muchas reformas importantes. Fue en este departamento lo que Mon y Bravo Murillo habían sido en el de Hacienda. En su tiempo se mejoró el servicio de Correos y se establecieron sillas de posta muy cómodas para el servicio de pasajeros. Imitando la institución admirable del Teatro Francés de París nos dio también un Teatro Español, el cual contribuyó mucho al esplendor y adelanto del arte dramático. Su ilustración y su espíritu de orden se hacían notar en todos los ramos del gobierno, de manera que en otra época más bonancible hubiera sido un buen Ministro.

Pero desgraciadamente, tenía varios defectos que deslucían su mérito y le hacían poco a propósito para calmar los ánimos alterados. Necesitábase entonces un personaje, no sólo liberal, sino también de una gran talla política y de un carácter conciliador. En vez de esto, San Luis era un hombre nuevo cuyo encumbramiento excitaba los celos de sus émulos, y unía una vanidad exagerada a una dureza excesiva. Olvidaba completamente que nuestro país es una mezcla de democracia y militarismo, y que, por consiguiente, cuando las circunstancias son difíciles, no puede un Ministro civil exagerar mucho los resortes del mando.

Otro defecto de aquel hombre público, preciso es decirlo, era su conocida afición a las riquezas y al lujo. Vivía como un gran señor y ofuscaba a todos con su fausto. Tenía, además, en torno suyo una turba de amigos y aduladores, a los cuales fue dado el nombre de polacos, que había sido el de una de las parcialidades que existían antiguamente en los teatros de la Corte; y entre esos polacos del nuevo Ministro había muchos que no tenían fama de ser muy escrupulosos en el manejo de los caudales públicos. Cierta suposición de un servicio de carros de piedras para los caminos reales cuyo valor fue empleado en otros gastos, dio lugar más adelante a una discusión escandalosa en las Cámaras, cuyo eco resonó lamentablemente por todas partes. No era, pues, prudente conservar un Ministro que de esta manera concitaba contra sí la animadversión de las personas más notables y que poco a poco había ido poniéndose en lucha abierta con Generales de mucho crédito y con el Senado mismo.

Pero si la Corte pecó en esto de temeridad, veamos ahora si por parte de la oposición se daban muestras de mayor cordura. En primer lugar, los males de aquella época no eran de ningún modo irreparables. Es muy posible que la Reina misma hubiera cambiado su gabinete antes de mucho tiempo, siguiendo su ya inveterada costumbre, tanto más cuanto que la reacción francesa, origen y modelo de la nuestra, caminaba ya a su ocaso por la fuerza de las cosas, y no estaba lejano el día en que el mismo Napoleón III volviese a adoptar muchas prácticas del reformado constitucionalismo. Además, es bien sabido de todos, y así lo han dicho cuantos han escrito de política desde Aristóteles hasta Rousseau, que cualquiera tiranía, por mala que sea, es preferible a una revolución. Por

consiguiente, los políticos que llevaron a cabo la nuestra del año 54 pecaron, en mi sentir, de impaciencia y falta de patriotismo. Inapreciable y casi divino es el don de la Libertad, y por obtenerlo y conservarlo deben hacer los ciudadanos toda clase de sacrificios. Pero a esa divinidad puede aplicarse lo que Lucrecio ha dicho de la Religión y lo que dijo ya de ella Madama Roland cuando caminaba al patíbulo: «¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Y un crimen y no pequeño era el sumir a España en nuevos disturbios sólo por conseguir sin demora la caída de un Ministro.

No faltarían, sin duda, entre los jefes de aquel movimiento algunos que comprendiesen toda su gravedad y transcendencia; pero cegaba a los más eso que es siempre el compañero inseparable de las humanas empresas, a saber: el interés personal. La libertad tiene sus hipócritas como la religión, y muchos de los que parecían más ansiosos de ella, buscaban ante todo sus propios medros. Los militares ambicionaban nuevos grados; los diputados y periodistas los puestos principales del Estado. Una nueva generación quería reemplazar a la antigua; los jóvenes anhelaban ocupar el puesto de los viejos. Parecíales que el mundo no caminaba si ellos no llegaban a ser pronto Directores, Subsecretarios y Ministros. Impulsados por este móvil poderoso que abultaba a sus ojos los males de la nación, lanzáronse al fin a la lucha, conducidos por el General O’Donnell.

El Conde de San Luis trató de resistir a tan audaces enemigos, cuyas fuerzas no parecían al principio muy temibles; mas de repente otro General llamado Dulce facilitó la empresa de los revoltosos, pasándose al campo de éstos con una numerosa caballería. Era Inspector de este arma, y se sirvió de su alta posición para llevarla al enemigo. Fue nuestro Ganelon del siglo XIX, y el cronista de la *Revista de Ambos Mundos,* Mr. Mazade, pudo decir entonces con razón, que la disciplina había servido para realizar la indisciplina, porque los escuadrones formados a la voz de su jefe, obedecieron las órdenes de éste, marchando a unirse con O’Donnell.

No cedió, sin embargo, el Conde de San Luis. Por sus órdenes el General Blaser, hombre valiente y leal, que era el Ministro de la Guerra, organizó inmediatamente la resistencia, y ayudado de los ilustres y fieles Generales Quesada, Lara y Vistahermosa, contuvo a los sublevados en Vicálvaro. Y allí terminó la primera parte de la revolución, la cual fue, como se ve, no sólo desleal, innecesaria y aturdida, sino también impotente. Tuvo, sin embargo, una segunda parte, porque el General O'Donnell, en lugar de reconocer que se había equivocado y buscar un refugio en Portugal, como hizo más adelante en una ocasión parecida el no menos ambicioso General Prim, no oyó otra voz que la de su propio egoísmo o más bien de su odio a San Luis, y prefirió llamar en su auxilio al General Espartero, a su antiguo y no menos aborrecido antagonista, uniéndose con él para derribar a aquel Ministro. Realizábase otra vez lo que decía el Embajador Quirini en su Relación al Senado de Venecia, citada en otro capítulo: Los enemigos de ayer se convertían en los amigos de hoy.

Siguió a Espartero todo el partido progresista como a O’Donnell todos los moderados descontentos, y aquellas dos almas americanas, aquellos émulos de los Santanas y Prados, entraron triunfantes en Madrid y formaron un nuevo Ministerio, en el cual el primero ocupó, como personaje más importante, la Presidencia del Consejo, y el segundo la cartera de Guerra. La historia de España volvió a ser, como trece años antes, la de Méjico y Perú, aunque con esta diferencia: que en las Repúblicas de America han triunfado siempre completamente los militares por no tener el contrapeso dela Realeza, mientras que en España no ha sucedido nunca lo mismo. Y aquellas revueltas del año 54 contienen acerca de esto varias lecciones, confirmadas después por las del año 68, que quizás den algún día buenos frutos, si todos meditan bien acerca de su sentido.

La Corona ha aprendido que a pesar de la fuerza que todavía conserva, no le es dado acrecentar su poder con el solo apoyo de nuestra decaída nobleza y de la burguesía conservadora, y que en España no es posible en nuestros días el establecimiento de una Monarquía tan vigorosa como las de Austria y Prusia; en su ensayo de 1854 salió a la verdad incólume, pero sufrió muchas humillaciones y se expuso a grandes peligros. Los Generales de más prestigio aprendieron por su parte que no pueden sobreponerse a la Corona, a menos de llamar en su auxilio a la masa ignorante del pueblo, y que aun de esa manera no les será dado fácilmente establecer en España una dictadura

militar como la que han ejercido en Francia los dos Napoleones. Por último, el pueblo ha aprendido a su vez que aunque se una con los Generales no podrá fundar en nuestro país un gobierno puramente democrático: la República, no será probablemente nunca una institución durable en España. De manera que el trono, el ejército y el pueblo pueden ponerse recíprocamente en jaque, pero ninguno de los tres tiene fuerzas bastantes para ejercer entre nosotros una dominación exclusiva.

Entre tanto las consecuencias del movimiento del año 1854 eran verdaderamente desastrosas. Espartero exigió la convocación de Cortes constituyentes y el armamento de la Milicia nacional, con la esperanza de emplear ambas cosas para sobreponerse a O'Donnell. Este a su vez reorganizaba poco a poco el ejército y trabajaba también para deshacerse de su rival. Ambos obraban con disimulada perfidia; todo era sospechas, intranquilidad y zozobra. Y sin embargo, este estado de cosas se mantuvo dos años, durante los cuales la situación de aquellos dos ambiciosos podía compararse con el suplicio de ciertos delincuentes, a quienes algunos tiranos se han complacido en aherrojar juntos, sabiendo que se odiaban de muerte. La España retrogradó de muchos años en la carrera de sus adelantos y no había persona imparcial que no deplorase nuestro estado.

Los moderados, sobre todo, mostrábanse inconsolables. Istúriz, uno de ellos, se dejó poseer de tal encono contra los progresistas, partidarios de Espartero, y más aún contra la famosa Milicia nacional, que volvía a dominar y hacer de las suyas, que por no verla siquiera permaneció encerrado en su casa todo el tiempo que duró aquel odioso instituto. Salvóle sin duda de caer enfermo su buena constitución y también el recreo que le proporcionaba una tertulia perpetua que tenía en sus habitaciones, a la cual acudían todos los descontentos para criticar los actos del Ministerio. Llamábanla por esta razón el Murmuradero, y allí se inventaban mil graciosos epigramas y dichos agudos, que corrían después por la ciudad y le hacían tanto o más daño al Gobierno que los artículos de los periódicos oposicionistas.

Siendo mis sentimientos muy monárquicos, yo también, en mi pequeña esfera, deploraba mucho lo sucedido en España. Sentía a par del alma ver a un General tan ilustre como O'Donnell, a quien había conocido en la Habana rodeado de la estimación y respeto de todos, convertido en un revolucionario vulgar. Dolíame todavía más ver a mi amigo Pacheco, al pontífice de los puritanos, al predicador constante de la legalidad, dando su aprobación a la más escandalosa de las ilegalidades. Perdí entonces muchas ilusiones, y aunque no pensé abandonar por ello mi carrera, a la cual había consagrado ya los mejores años de mi juventud, me sentía triste y corrido. Parecíame leer en los ojos de los extranjeros la lástima o la burla.

Mas como casi nunca vienen los males sin estar acompañados de algunos bienes, aquellas alteraciones que yo juzgaba tan perjudiciales para España, tuvieron para mí un buen resultado, que no aguardaba. Don Joaquín Pacheco, encargado de la cartera de Estado, volvió a pensar en mí, como en el año 47, y me dio un agradable ascenso, nombrándome primer Secretario en Turín. Tenía en esto, según me lo escribió con franqueza él mismo, un segundo fin, de la misma manera que lo había tenido Miraflores al enviarme a Florencia, y fue que, habiendo nombrado Ministro en la Corte piamontesa a Don Nicomedes Pastor Díaz, el cual ignoraba completamente la rutina de los negocios y hablaba poco el francés, quería darle un Secretario de toda su confianza, a fin de que le iniciara en los misterios de la diplomacia. Con cuyo motivo debo referir aquí que éste y otros nombramientos de aquel tiempo llamaron bastante la atención y fueron muy criticados por el público, el cual veía con asombro cómo iban creciendo las ambiciones. Recordaban que cuando Espronceda, príncipe de nuestros poetas líricos, fue hecho en 1838 segundo Secretario en La Haya, había parecido aquello un escándalo, mientras que en 1854 sentaban muchos ambiciosos plaza de Ministros, como si esto fuera la cosa más natural del mundo.

No necesito decir que agradecí infinitamente a Pacheco la confianza que en mí depositaba y que no tardé mucho en trasladarme a mi nuevo puesto. Antes, sin embargo, tuve la honra de despedirme de los Grandes Duques, los cuales nos concedieron para ello a mi mujer y a mí la

audiencia de costumbre. Brillaba el sol en el zénit y hacía un día de los más hermosos de Florencia. El patio del Palacio Pitti, creación pintoresca de Ammanati, rivalizaba en belleza con el jardín que desde él se registra. Los salones, llenos de luz, parecían tan alegres como suntuosos. En uno de ellos encontramos a sus Altezas, que nos acogieron con la más amable benevolencia. Ninguna preocupación se notaba en sus semblantes; mas a pesar de esto, si yo hubiese tenido la ciencia profética de Merlín, hubiera podido decirles que antes de que pasaran cinco años penetraría en aquellas salas el Marqués de Lajatico, jefe del partido liberal florentino, para exponerle al Gran Duque la necesidad de que concediera nuevamente la Constitución y se uniese con el Rey de Cerdeña a fin de hacer la guerra al Austria. Hubiera podido también añadir que su Alteza, demasiadamente unido a la Casa imperial y escarmentado por los sucesos del año 48, no creería conveniente acceder a la proposición de Lajatico, y no siéndole posible por otra parte la resistencia, porque un pronunciamiento militar fomentado y pagado por el Piamonte, le habría dejado sin tropas, tomaría la resolución de abdicar, retirándose luego a Salzburgo. Hubiérame dicho asimismo la ciencia de Merlín que algunos años después de la caída de los Grandes Duques, caería también de su trono la Reina Doña Isabel II, y una comisión de diputados españoles entraría a su vez en aquel Palacio, a fin de ofrecerle a Víctor Manuel, que lo ocuparía ya como Rey de Italia, la Corona de Carlos V para uno de sus hijos. Lo cual, sea dicho de paso, fue la última y más dolorosa consecuencia del pronunciamiento de O'Donnell.

El viaje de Florencia a Turín, que emprendí poco después, se hacía en aquella época en tres días, pasando por Liorna y Génova. Yo tardé algo más, porque me detuve un día en Pisa, para ver sus admirables monumentos, único resto que le queda de su pasada grandeza.

Son cuatro los principales y tienen la ventaja de estar todos reunidos en una gran plaza, donde ofrecen un aspecto tan encantador que parecen cosa de ensueño. A un lado la Catedral o Duomo, edificada en el siglo XI por un cierto Buschetto, que algunos han creído griego, aunque no lo sea su nombre. Es de estilo románico, más pequeña que la de Florencia, pero más graciosa y más rica por dentro. Está toda revestida de mármol y contiene estatuas muy bellas de Juan de Bolonia y Mosca, mosaicos de Ghirlandaio y cuadros de Andrea y Sódoma. Unos ángeles de Ghirlandaio son divinos, y la Santa Inés de Andrea es una de sus producciones más notables. No se parece a su mujer: debe ser el retrato de alguna muchacha pisana.

En otro lado está el gracioso campanario inclinado, obra de Guillermo de Inspruch y Bonano de Pisa, románico también y sumamente elegante; y frente al Duomo se alza el no menos célebre Bautisterio, del arquitecto Diotisalvi, construcción lindísima, en la cual hay ya algunos adornos y remates góticos. Allí está el famoso y admirado púlpito de Nicolás de Pisa, obra prodigiosa para su época y la primera en la cual se ve la influencia de la escultura antigua. Estudió Nicolás los sarcófagos romanos que existían en aquella ciudad, y de ellos sacó su nuevo estilo. Con él principia el renacimiento de la escultura, antes que principiase el de la arquitectura y pintura, y fue en su arte casi lo mismo que Giotto en la suya.

En el fondo de la plaza hállase el Camposanto, célebre también, que trazado en el siglo XIII, es ya todo gótico y de muy elegante estilo. Compónese de un claustro cuadrado, cuyas paredes están pintadas al fresco por los más célebres artistas de los dos siglos posteriores. Admírase sobre todo el *Triunfo de la muerte* por Orgagna, y varias escenas del Antiguo Testamento, ejecutadas por Benozzi Gozzoli, que fue el Rafael de su tiempo.

XLII.
Turín, de 1854 a 1855.

Llegada a Turín.—Su aspecto poco italiano.—Palacio Real y balcón de Pilato.—Armería Real.—Palacio Madama.—Pinacoteca.—Batallas del Príncipe Eugenio.—Retrato de Carlos Alberto.—Paz a su memoria.—Museo egipcio.—Capilla del Santo Sudario.—Panteón Real de la Superga.—La Gran Madre de Dios.—Estatua de Manuel Filiberto.—Paseo del Valentino.—Clima de Turín y carácter de los piamonteses.—El Piamonte es el último Estado de Italia en letras y artes y el primero en política.—Carencia de literatura propia.—Escasez de poetas y artistas.—Ha sabido, sin embargo, realizar la independencia y la unidad de Italia.

En Génova la soberbia nos detuvimos únicamente algunas horas, a fin de volver a visitar sus palacios y galerías que ya conocíamos, y luego nos trasladamos a Turín en el camino de hierro, que acababa de estrenarse y era uno de los primeros construidos en Italia. Y no necesito decir que nos agradó infinito viajar de aquella manera tan cómoda. Las nuevas generaciones toman ya esto como la cosa más natural del mundo; pero a los que conocimos y estábamos acostumbrados a las antiguas diligencias, nos parecía un encanto. Prodigiosas han sido las demás invenciones debidas a ese genio sublime que Dios ha dado a los hombres; pocas, sin embargo, nos producen más ventajas que la de los ferrocarriles. Nuestro insigne poeta Grilo, en mi canción *Al siglo XIX*, dice con elocuencia:

¿No escucháis esa máquina sonora
Que es de fuerza impenetrable escudo?
¡Es la soberbia, audaz locomotora!
¡Es del siglo la voz!.... ¡yo la saludo!

Saludémosla nosotros también, y entonemos un himno de alabanzas a su inventor Stephenson, cuyo nombre ha sido hecho tan popular por la bella biografía de Smiles.

¿Qué diría de estas invenciones Madama Sevigné? ¿Qué diría del compañero del ferrocarril, del telégrafo eléctrico, ella que se extasiaba con las ventajas del correo? ¿Qué diría del teléfono, merced al cual podría hablar continuamente con su idolatrada hija, a pesar de que las separara una gran distancia? Mr. Gladstone, en un momento de desdeñosa indiferencia hacia los descubrimientos modernos, dijo que se había necesitado más talento para idear el violín que para inventar la locomotora; pero aun concediendo que esto sea así, todos deben convenir en que el último descubrimiento ha sido más útil.

La ciudad de Turín me pareció hermosa, pero triste. No se asemeja a ninguna de las demás de Italia, excepto a Milán, que es moderna como ella. Parécese más bien a una ciudad de Francia. Sus calles tiradas a cordel son algo monótonas, y muchas de ellas tienen pórticos, cómodos para la nieve y la lluvia, pero bastante obscuros. Hasta los nombres de las calles, que entonces estaban todavía escritos en francés y decían: *rue du Po, rue d'Angennes*, la daban una fisonomía francesa. Y en la Corte de Turín se hablaba todavía francés, porque la dinastía era saboyana y no había adoptado aun la lengua del nuevo país, al cual había venido a establecerse.

Tiene Turín algunos buenos edificios, mas no ofrecen en su construcción cosa alguna notable. El Palacio Real, por ejemplo, es de una arquitectura mezquina, y no parece digno de su destino si se le compara con los de los otros Príncipes de Italia; sin embargo, si se ha visto el que ocupaban los Duques de Saboya en el pobre y triste Chambery antes de trasladarse al lado acá de los Alpes, parece casi magnífico y desde luego es espacioso y cómodo. En su fachada lateral hay un gran balcón, al cual llaman con chiste los turineses el balcón de Pilato, porque a él se suelen asomar los Reyes cuando el pueblo hace alguna demostración política en la plaza.

Es interesante observar en una pequeña sala, cercana al gran salón del trono, la colección de los Príncipes y Princesas de la Casa Real de Saboya, que han merecido el título de Santos o Beatos. Allí están Humberto, Margarita, Bonifacio, Amadeo y Ludovica, con otros más que cubren

enteramente las paredes de la estancia. No creo que haya otra dinastía capaz de competir en este punto con la de los monarcas saboyanos, y es posible que esta misma piedad viva aun en el fondo de las almas de los Reyes actuales, a pesar de que la ambición política los haya puesto en lucha abierta con el jefe de la Iglesia Católica.

Otro retrato, que aunque no es de santa ofrece igualmente mucho interés, es el de la noble y virtuosa Princesa María Teresa de Saboya Cariñan, la cual, unida en matrimonio con el Príncipe de Lamballe, pasó su juventud en Francia y fue íntima amiga de la desventurada Reina María Antonieta, pereciendo al fin, como tantas otras damas ilustres, en las matanzas de septiembre. ¡Hermosa y desgraciada mujer! ¿Por qué regresastes de Londres, a donde habías ido con un encargo de tu Soberana? ¿Por qué volviste a fiar tu preciosa vida a las hienas de París?

En una de las dependencias del Palacio se halla la Armería Real, que es contada entre las más bellas de Europa. No contiene piezas de tanto valor histórico y artístico como la de Madrid, pero es más numerosa y está arreglada con más gusto. Esta clase de Museos es siempre interesante y aun poética, a causa de la multitud de recuerdos y asociaciones que despierta. En algunos casos completa e ilustra las biografías de grandes personajes. Así, por ejemplo, en la Armería de Viena hay una armadura del Marqués de Pescara, de la cual se infiere que aquel heroico capitán era pequeño y regordete como cualquier prosaico burgués. En la de Turín se ve en cambio la del Marqués de Leganés, que fue virrey de Milán y quizá el último de los españoles de la grande época, y es de tales dimensiones, que de ella colegimos ser su dueño, si no un grande hombre, al menos un hombre muy grande.

En medio de la extensa plaza donde está el Palacio Real hay también otro que intitulan Palacio Madama, a causa de haber sido habitado en el siglo XVIII por la Duquesa de Nemours, mujer de Carlos Manuel II. Presenta un aspecto bastante extraño, en atención a que una mitad de él se compone del antiguo Alcázar de los Condes de Piamonte, con torreones macizos de estilo gótico, mientras que la otra mitad, reedificada en tiempo de la Duquesa por el arquitecto Juvara, es de estilo moderno con columnas y pilastras corintias. Allí estaba antes la Pinacoteca y ahora hay varias oficinas del Estado.

La Pinacoteca o colección de cuadros ha sido trasladada al Palacio de los Príncipes de Cariñan, espacioso también, pero de una arquitectura muy incorrecta. Los cuadros que aquélla contiene son en general de poco mérito. Es la menos notable de toda Italia, aunque sería exagerado decir que sea del todo despreciable. En primer lugar hay en ella algunos lienzos muy bellos de la escuela flamenca, tales como el retrato del Príncipe Tomás de Saboya y el de los hijos de Carlos I por Van Dyck, en los cuales no se sabe qué admirar más, si el color o la verdad, o la nobleza del estilo. Hay además un Ferrari, un Razzi y tres Veroneses, todos de primer orden. Es notable asimismo la colección de batallas. Dos de Wouvermans son excelentes; pero hay también otras que aunque sean de menor mérito artístico, tienen mayor interés para los piamonteses, en razón a que les recuerdan épocas gloriosas para su país o hazañas famosas de sus héroes. Allí está San Quintín, victoria debida muy principalmente al valor del Duque de Saboya Manuel Filiberto, a quien, gracias a ella, fueron restituidos sus Estados. Allí está la batalla de Turín, por medio de la cual libertó el Príncipe Eugenio a aquella capital de la ocupación francesa. En fin, allí se ve a Zenta, Chiari, Hochstell, Belgrado y otros famosos combates, donde aquel gran General, a quien desdeñó y no quiso emplear Luis XIV, venció completamente, ora a los turcos, ora a los mismos franceses.

Antes de salir de la Pinacoteca parémonos un poco a contemplar un magnífico retrato de Carlos Alberto a caballo y en el acto de pasar una revista. Es de Horacio Vernet, cuya habilidad para esta clase de composiciones es bien notoria. El Rey aparece largo y flaco, a la manera de Don Quijote, y tiene la frente cuadrada, los ojos saltones y la boca grande. Su fisonomía, sin embargo, es melancólica y expresiva, y su aire tan noble, que se le reconocería por Príncipe, aunque no se supiese que lo era. Ni es posible mirar su imagen sin pensar al instante en su destino. Costa de Beauregard, que ha escrito su vida, dice que él mismo la consideraba como una novela, y así lo fue efectivamente.

¡Qué pensamientos tan contrarios bullían en aquella cabeza! ¡Qué sentimientos tan opuestos se hacían guerra en aquel pecho! Su alma era naturalmente mística, como la de casi todos los de su raza; pero nacido, al parecer, lejos del trono, fue educado en Suiza y allí bebió sin duda las ideas de Juan Jacobo. Comprometido en los sucesos del año 20, fue desterrado a Florencia, donde su suegro el Gran Duque, le dio por alojamiento su Palacio del Peggio Imperiale. En aquella amena residencia no conservó la debida dignidad, porque a pesar de que estaba ya casado con una princesa toscana, alternaba la devoción con los galanteos, y llevaba a la iglesia los billetes amorosos dentro de su libro de misa.

No teniendo hijos el Rey Carlos Félix, quiso Metternich excluir a Carlos Alberto del trono, a fin de dárselo al Duque de Módena, casado con una Princesa de Saboya; pero la Francia y la Rusia impidieron esta injusticia. Sin, embargo, para dar prendas de su fe absolutista, viose precisado a ir a España el año 23 con el Duque de Angulema y tomar una parte conspicua en la jornada del Trocadero. Tuvo también que pasar por la extraña humillación de obligarse a no desvirtuar jamás las instituciones monárquicas que existían antes en Piamonte; cuyos cambios y contradicciones le adquirieron, aunque injustamente, la opinión de falso.

Reinó luego con moderación y no sin brillo durante algunos años, y cuando estalló la revolución del 48 salió al fin de sus vacilaciones y se declaró decididamente por la causa de la libertad y de la independencia de Italia, siendo característico que una monja saboyana, llamada Sor Teresa, tuviese mucha parte con sus consejos en aquella resolución tan notable. Vencedor en el Mincio, fue luego vencido en Custoza, y queriendo concluir un armisticio con los austríacos, el pueblo de Milán se levantó contra él y amenazó su vida. Encerróse a tiempo en el Palacio Greppi; mas quizás hubiera caído al fin en manos de sus enemigos, si el General Lamármora no hubiese acudido con sus cazadores a sacarle de aquel peligro. Salido de Milán, rodeado de sus leales piamonteses, volvió a probar la fortuna de las armas, hasta que, vencido definitivamente por el Mariscal Radetzky en los campos de Novara, dejó el trono a su hijo Víctor Manuel y corrió a esconderse en el extremo occidental de Europa, en una quinta inmediata a Oporto, deseando vivir como Adamastor,

onde nao visse
Quem de sen pranto e de seu mal se risse.

Allí murió cuatro meses después, de tristeza y dolor. Paz a su memoria. ¡Fue víctima generosa de una causa santa!

Otro Museo de Turín digno de visitarse es el de antigüedades egipcias. Los inteligentes lo consideran uno de los más ricos e importantes de Europa. En su recinto pueden admirarse muchas estatuas notables por su materia y perfección. Representan antiguos Faraones, entre ellos el famoso Ramsés VI, que es el Sesostris de los griegos, y en todos es patente el tipo egipcio, de cara lampiña, menos esbelto que el griego, pero más elegante que el de los corpulentos y barbudos asirios. Singulares asimismo que, a causa probablemente del clima caluroso, casi todas aquellas figuras están medio desnudas, sin más que mi ligero delantal que las cubre desde la cintura basta los muslos. En compensación tienen todas en la cabeza los adornos más extravagantes y voluminosos del mundo, tales como morriones cónicos, llamados *pschent*, cuernos de cabra, discos enormes, o un tocado de anchas vendas laterales, que denominaban *claft*. Recuerdan cierta *Venus* de Cranack de la Galería Borghese, la cual está pintada completamente desnuda, pero tiene en la cabeza un gran sombrero con plumas.

Las iglesias de Turín son a la verdad poco notables. La catedral contiene una capilla dedicada al Santo Sudario, que es sin duda muy bella, a pesar de que su arquitectura no sea enteramente correcta. La preciosa reliquia que en ella se venera fue traída a Chambery en tiempo de las Cruzadas por el caballero francés Godofredo de Charny, y estuvo en aquella ciudad hasta que la corte de Saboya vino a establecerse definitivamente en Turín. La iglesia y el hospicio de catecúmenos del Espíritu Santo son interesantes por el recuerdo de Rousseau, quien fue enviado allí a la edad de dieciséis años por su protectora Madama de Warens, con el objeto de que fuese instruido en la

religión católica. Juan Jacobo abjuró efectivamente el protestantismo, mas su conversión no fue muy firme y de ella le quedó solamente cierto calor de imaginación, que, como observa, muy bien Valery, es poco común entre los demás escritores protestantes.

En una colina inmediata a la ciudad se encuentra la iglesia llamada Superga, cuyo nombre es una abreviación de *super erga montium*, y ha sido trazada, no sin mérito, por un cierto Juvara. Viene a ser el pequeño Escorial de la Casa de Saboya, pues sirve para panteón de sus Príncipes, y fue mandada edificar a principios del siglo XVIII por el afortunado Víctor Amadeo I, en cumplimiento de un voto que hizo antes de atacar, en unión del famoso Príncipe Eugenio, las líneas levantadas por el Duque de Orleans y el General francés Marsins delante de Turín. El ataque fue casi temerario, según lo juzga, entre otros escritores militares, el competente Jomini; pero la suerte favoreció, como siempre, al intrépido Eugenio, quien, a pesar de la inferioridad de sus fuerzas y del valor de Marsins, que murió en la refriega, logró penetrar en las trincheras y las desbarató completamente. Turín quedó libre, merced a esta victoria, y Víctor Amadeo recobró gracias a ella sus posesiones de Italia, a la manera que Manuel Filiberto había recobrado sus Estados de Saboya a consecuencia de la de San Quintín.

Más cerca de la ciudad, aunque también del lado allá del Po, hay otra iglesia notable, dedicada a la Gran Madre de Dios, cuya arquitectura, obra de un tal Bonsignore, es un pequeño remedo del Panteón de Roma. Y debe igualmente su construcción, como la Superga, al deseo de recordar un hecho memorable, que interesa a la Casa Real de Cerdeña, cual fue el regreso del Rey Víctor Manuel I, después de la caída de Napoleón en 1814.

Posee Turín bonitos paseos, siendo el más pintoresco de ellos el parque que rodea al palacio, nombrado el Valentino, antigua construcción de estilo francés, que fue concluido y embellecido por Cristina de Borbón, hija de Enrique IV y mujer del Duque Víctor Amadeo. Es una miniatura de Versalles y no se parece en nada a los sitios reales del resto de Italia. Hoy día está ocupado por un colegio de Ingenieros.

Tiene también Turín muy bellas plazas, y entre ellas la de San Carlos, que es sumamente espaciosa. En su centro se halla la estatua ecuestre de aquel Manuel Filiberto, a quien debió España, como hemos dicho, la victoria de San Quintín. Tanto él como el desdichado Conde de Egmont hicieron allí poco más o menos lo mismo que hizo más tarde Conde en Rocroy, es decir, atacar de flanco con una caballería numerosa y valiente. ¡Y ojalá hubiéramos tenido otros dos héroes como ellos en esta segunda y funesta jornada! La estatua es de bronce y debida al cincel de un moderno escultor de mucho talento, nombrado Marochetti. Su conjunto es pintoresco, su ejecución esmerada.

El clima de Turín es el más frío de Italia; es una continuación del de Suiza; mas con la diferencia de que después de ser aquella ciudad una nevera en invierno, es también un horno en verano, como Nueva York y Madrid. Una sola ventaja tiene, y es que por estar encerrada en un embudo, formado por los montes, no se sienten en ella esos vientos que hacen tan desagradables otras poblaciones de países fríos. Y el clima riguroso hace fuertes a los habitantes, los cuales se distinguen entre todos los de la península por su estatura y aspecto robusto. Forman un contraste singular con los napolitanos, porque son callados y serios, formales y bruscos, y reúnen en su carácter los rasgos que distinguen principalmente a sus tres vecinos, habiendo heredado el valor de los franceses, la lealtad de los suizos y la moderación de los italianos.

La nación piamontesa vivió muchos siglos sin adquirir grande importancia. En la época moderna ha sido la última de Italia en literatura y artes; pero ha acabado por ser la primera en sabiduría política. Abundan en Italia los dialectos, pudiendo decirse que no hay más que la Toscana y el antiguo Patrimonio de San Pedro, donde las nodrizas hablen italiano; pero entre todos ellos ninguno es más feo que el de Piamonte. Es una mezcla durísima de lo peor del francés con lo peor del toscano. El milanés y el veneciano son armoniosos, el romañolo enérgico, el napolitano tiene gracia, el piamontés suena de la manera menos grata. Dicho se está que no ha producido obra alguna notable y que ha sido allí al mismo tiempo una rémora grandísima para el cultivo de las letras.

El Piamonte no ha empezado a tener literatura hasta que se introdujo en él poco a poco el uso de la lengua italiana, y esto es la principal razón por la cual no ofrece todavía escritor alguno que pueda ponerse al lado de los clásicos de la península. Añádase que en realidad, si los piamonteses tienen más cordura que el resto de los italianos, poseen en cambio menos imaginación que ellos. Son, como los portugueses, más a propósito para las armas que para las artes. Sus pintores son tan medianos que no forman propiamente una escuela separada, como en las demás regiones de Italia. Razzi, el mejor de ellos, pertenece de derecho a la lombarda. No conozco tampoco ningún buen compositor de música que sea piamontés. De sus poetas sólo se cita a Alfieri, quien estudió el italiano en edad madura y compuso con ímprobo trabajo y con más talento que genio poético, tragedias imitadas del francés, en las cuales se admiran algunos pasajes llenos de valiente energía, en medio de otros bastante duros. Botta, Balbo, Gioberti y Mamiani brillaron como escritores políticos y filosóficos, pero usaron un lenguaje poco castizo. Mejor que ellos ha escrito el universal Azeglio, el cual pasó mucha parte de su vida en Roma y Toscana. y otro tanto puede decirse de Silvio Pellico, cuyo libro respira la más noble resignación cristiana y es sin dada una obra maestra; pero pertenece propiamente a la escuela de Manzoni y de Monti, a quienes aquél conoció en Milán y de quienes aprendió la bella lengua de Italia.

Pero clara es igualmente la verdad de la segunda parte de mi aserto; es decir, que si el Piamonte ha sido el ultimo en las letras y las artes, en cambio ha venido a ser en este siglo el primero en la política. Con efecto, ha hecho lo que algunos años antes parecía una utopía imposible: ha logrado realizar la independencia y la unidad de Italia. Otros Estados quisieron hacerlo antes que él. Los Lombardos, Venecia, Milán, Nápoles y hasta el Papa mismo aspiraron también a fundar una nación poderosa y a expulsar a los extranjeros de la bella península; pero ninguno pudo conseguirlo. Al fin, le tocó su turno a la Monarquía sarda, la cual no había cesado de aumentar sus pequeños dominios desde el día en que, traspasando los Alpes, se vio dueña del Piamonte. En el siglo XVI se redondeó por la parte de Monferrato; en el XVII luchó con Enrique IV, y es sabido que este rey acabó por ofrecerle la Lombardía, a fin de que se uniese a la liga que andaba formando contra el Austria. En el XVIII tomó su Soberano el título de Rey, y el belicoso Carlos Manuel, cambiando de alianzas al compás de sus intereses, estuvo ya a punto de conquistar esa misma Lombardía, que el monarca francés ofrecía a su abuelo.

En el siglo XIX el Rey de Cerdeña adquirió a Génova por la paz de Viena, y provisto así de una buena marina, concibió mayores proyectos. La Italia, agitada por las ideas modernas, deseaba libertad, unidad e independencia. El Rey Carlos Alberto se puso sin vacilar a la cabeza de sus pueblos con el deseo de realizar tan nobles aspiraciones. Su empresa no tuvo éxito, pero su hijo Víctor Manuel imitó su ejemplo y fue más afortunado que él, pues gracias al auxilio que supo obtener, primero de Francia y después de Alemania, y merced también a las faltas cometidas por los demás gobiernos de Italia, consiguió su propósito de una manera sorprendente. Por medio de la libertad halló la independencia, y buscando la independencia encontró la unidad.

No todos los medios empleados para esta empresa merecen la aprobación del moralista, aun cuando las artes políticas del Piamonte no fueron en verdad más negras que las que adoptó Luis XIV para apoderarse del Franco Condado, o Federico para despojar a María Teresa, o Catalina a fin de repartir la Polonia. En realidad otras muchas naciones habían usado antes recursos análogos y fueron juzgadas con bastante indulgencia por la Historia.

XLIII.
Turín, de 1854 a 1855.

Carácter de mi nuevo jefe Pastor Díaz.—Formaba parte de la oposición contra el Conde de San Luis.—Asistía a las reuniones de Mariquita Buschental.—La Reina se ríe porque aquella oposición no sabía bailar.—Cuando llegó a Turín no hablaba bien el francés.—Muéstrase vacilante entre el liberalismo y la reacción.—Juzga con imparcialidad de las cosas de España y lee con placer El Padre Cobos.—No quiere, sin embargo, comprometerse y trata los negocios en cartas particulares.—Caracteres de los otros jefes de misión.—Activa diplomacia de Gramont y Hudson. —Singularidades de Brassier.—Habilidad de Paar, Canofari y Yonghe.

Quiero hablar ahora ante todas cosas de mi nuevo jefe Don Nicomedes Pastor Díaz, el cual llegó a Turín casi al mismo tiempo que yo. Conocíale ya del Ateneo de Madrid y algo he dicho de él en uno de mis primeros capítulos. Halléle poco cambiado: seguía siendo enfermizo, desmañado y modesto, aunque su modestia era de aquel género que algunos han considerado como un arte de primer orden, especialmente cuando, como en su caso, va acompañada de un gran talento. Con efecto, Pastor Díaz, ocultando su ambición y procurando no molestar ni ofuscar a nadie, había llegado a ser en edad todavía joven, diputado, gobernador de provincia y uno de los íntimos de Pacheco y O'Donnell.

Por aquella época existían en Madrid diversos corros y corrillos políticos, y Pastor Díaz pertenecía a uno de ellos, el cual se reunía en casa de la bella Mariquita Buschental, mujer de bastante disposición para la intriga, cuyo marido, banquero brasileño establecido en España, había servido de agente secreto al famoso Bulwer y fue una vez sorprendido dentro de Palacio, tratando de seducir a una de las azafatas para que entregase a la Reina un libelo escandaloso contra cierto Príncipe que aspiraba entonces a su mano. Continuaba estas tradiciones la hermosa y amable Mariquita, y habíase propuesto ser una nueva Madama Roland para aquellos flamantes girondinos. Convidábalos a comer muy a menudo y les inspiraba una grande animosidad contra el combatido Ministerio de San Luis.

No eran todos aquellos descontentos lo que se llama hombres de mundo, y se contaba que convidados en una ocasión a una fiesta de Corte, e invitados a bailar de parte de la Reina, contestaron que no sabían hacerlo; lo cual causó mucha risa a la Augusta Señora y le hizo decir con donaire: «Buena está la oposición, que ni para bailar sirve». Era la razón de ello que nuestra burguesía de aquel tiempo estaba todavía muy mal educada, y además porque la mayor parte de los tertulianos de la Buschental habían sido románticos en su primera juventud, y es sabido que los románticos aborrecían el baile, como ligereza impropia de sus tristes amores. Y es curioso, a propósito de amores, que la mejor poesía de Pastor Díaz es una oda a la Luna y en ella declara en hermosos versos que está enamorado —no se ría el lector— de aquel astro melancólico y frío.

Tampoco sabían muy bien aquellos caballeros la lengua francesa. Leían, copiaban y traducían los libros de aquella nación, mas no hablaban corrientemente su idioma. Y sin embargo, Pastor Díaz y otros varios de ellos aceptaron destinos en la diplomacia con aquella osadía propia de los hombres políticos, los cuales, como ya lo he dicho, lo mismo desempeñaban una Embajada que un gobierno civil o la dirección de un Banco. Consecuencia de esto fue que cuando llegó Pastor Díaz a Turín hube de desempeñar a su lado, no sólo el papel de Secretario, sirio también el de dragomán pues me llevaba consigo a sus entrevistas con el Ministro de Negocios extranjeros. Abrevió, por fortuna, esta situación un tanto anormal y ridícula la aplicación de Pastor Díaz y la suerte que tuvo de encontrar una escuela práctica de francés en el salón de una señora saboyana, llamada Madama Beauman, quien, aunque vieja, lograba tener una tertulia de gentes formales e instruidas, donde se departía agradablemente de política y de letras. Allí concurría Menabrea, que empezaba entonces su carrera política, escribiendo en un periódico clerical. Allí iba Mr. de Viry, diputado saboyano de ideas muy conservadoras, y otros que no recuerdo. Perdiendo el miedo en una reunión donde no había señoras,

Don Nicomedes llegó pronto a soltarse en la lengua de Thiers y Lamartine, y aunque conservó siempre un terrible acento gallego, supo al fin hacerse entender.

Pero lo más original del caso consistió en que la fuerza de las circunstancias le condujo precisamente a un centro social donde todas las personas que le formaban eran, a fuer de saboyanas, sumamente realistas, y opuestas, por consiguiente, a las ideas que él parecía representar. Afortunadamente semejante contradicción era más aparente que verdadera. En Pastor Díaz había dos hombres. Nacido de una familia modesta y privado de bienes de fortuna, tenía, esto no obstante, conciencia de su mucho valer, y aunque procuraba ocultarlo, abrigaba la noble ambición de llegar a los primeros puestos del Estado. Y como sus amigos eran liberales y el liberalismo le ofrecía a la sazón uno de los caminos más fáciles y seguros para lograr sus fines, había abrazado con entusiasmo las ideas de ese partido. Pero su educación cristiana, sus sentimientos honrados, la lectura de los doctrinarios de Francia y hasta su timidez misma, le inclinaban por otra parte a las ideas más conservadoras, por no decir reaccionarias. Era, pues, liberal por reflexión y realista por carácter.

Pertenecía Don Nicomedes a una especie de segunda generación liberal, la cual era más libre que la primera, porque ni rendía culto a Voltaire ni se hallaba afiliada a ninguna secta. Vacilaba, pues, entre unas y otras ideas, de manera que ni se mostraba decididamente liberal, como Pacheco, ni decididamente reaccionario, como Donoso, siendo el resultado de esto que si bien defendía como necesario el movimiento de O’Donnell, sabía al mismo tiempo conocer todos sus inconvenientes y no era el último en deplorarlos. Leía con gusto los diarios ministeriales; pero también se complacía con las críticas de los oposicionistas, especialmente si estaban escritas con chiste. Deleitábale sobre todo un periódico satírico de aquella época, titulado *El Padre Cobos*, el cual tenía por redactores literatos de tanto ingenio como Ventura de la Vega y Selgas. De memoria aprendimos tanto él como yo y como toda España una graciosa égloga publicada por aquel diario en latín macarrónico, en la cual se hacía con tanto donaire la pintura del estado político de nuestro país, que no puedo menos de copiar aquí algunos de sus versos para regalo de mis lectores.

Eran sus personajes dos pastores: el uno, llamado *Morenus*, representaba a Espartero, cuyo color era muy trigueño, y el otro, por nombre *Bermejus*, al rubio O’Donnell. Empezaba Morenus diciendo que todos los males de España provenían de la presencia de Bermejus, o sea O’Donnell, en el Gobierno: O’Donnell, a su vez, atribuye aquellos males a la afición del pueblo a Espartero.

Te populus amat, amore sed quam deshonesto
Amando Morenum, Hispania flacucha se ponit.

Recuérdale Espartero a O’Donnell que a él le debe su encumbramiento y el entorchado de Capitán general, que se hizo dar después de la revolución, y le dice:

Sed tu bene engordas, qui nomini meo pegatus,
Cuasi lapa, vivis, et tercium in manga casacae
Portas entorchadum, cum multo salero cogidum.

A lo cual responde O’Donnell, echándole en cara que quiso en vano oponerse a su ascenso:

Sed mihi in ascensus volebas patam echare
Valiente escarmientum llevasti, chascumque pesadum.

Finalmente, O’Donnell asegura que el verdadero dueño de la situación es él:

Sum ego, Morene, qui gatum llevat ad aquam.

Y Espartero le amenaza airado, diciéndole que sin necesidad siquiera de ponerse el uniforme, le bastará presentarse en las plazas con su ya histórico gabán, para llevar se tras sí a todo el pueblo.

Volviendo a nuestro Don Nicomedes, añadiré, que con motivo de sus vacilaciones, no estábamos siempre de acuerdo, porque mis opiniones eran más decididas que las suyas y no me era posible aplaudir a la vez a liberales y reaccionarios. Habíame educado mi buen padre en una escuela de liberalismo moderado, y me ejercitaba en el francés, haciendo que le leyese en alta voz el *Diario de los Debates*. Pero mi permanencia en el desordenado Méjico y luego en Roma, en tiempo de

Mazzini, me había desencantado bastante del parlamentarismo y de todo lo que se acerca a la democracia. Ni era tampoco partidario del misticismo. Las instituciones aristocráticas de Inglaterra me parecieron la mejor forma de gobierno posible, y aun en esas mismas quería yo que el Monarca tuviese un gran poder real y efectivo, como sucede en Alemania y en Austria.

Pastor Díaz pretendía, aunque en vano, convertirme, y cuando yo le recomendaba a Montesquieu, me recomendaba él las Memorias del Duque de Saint Simón, a fin de que viese en ellas cuáles eran los desórdenes y abusos de la antigua Monarquía. Leílas para darle gusto, y debo confesar que me hicieron bastante impresión, aunque lo que más me agradó en ellas fue su admirable estilo. Con razón ha sido llamado aquel Duque un Tácito inculto, pues se le asemeja mucho en su odio a la tiranía y en el lenguaje enérgico con que moteja los vicios. Una sola cosa le falta, y es la serena imparcialidad del escritor romano, quien supo escribir su historia sin afición ni ira. Saint Simón abulta, por ejemplo, los defectos de Luis XIV, y disimula cuanto puede los del Regente; cuando habla de la Corte de Madrid colma de elogios a los partidarios de Felipe V, y trata con notoria injusticia a los que seguían al Archiduque.

Era asimismo singular Pastor Díaz en su manera de juzgar los sucesos de Italia y también en la de referirlos al Gobierno. Reconocía interiormente que las aspiraciones de los italianos eran naturales; mas no se atrevía a criticar a los austríacos. Desaprobaba muchas veces los medios empleados por el Piamonte para producir nuevas alteraciones en los demás Estados de la Península; pero no osaba denunciarlos. En vano era que el Gobierno de Parma le refiriera a cada momento las intrigas ejercitadas por los agentes de Cavour, pues le repugnaba dar cuenta de ellas a nuestro Ministro de Estado. Y en todo caso, no lo hacía en despachos, sino en cartas particulares y reservadas.

Esta costumbre de tratar los asuntos más importantes por medio de cartas no ha sido nunca tan general como en el siglo XIX, y debe atribuirse a la publicidad y más aún a la inestabilidad inherente al régimen representativo, porque tanto los Ministros de Estado como los representantes en el extranjero temen por una parte que su correspondencia llegue a ser publicada en algún libro de esos llamados verdes o amarillos, según el color de su forro, y por otra se estremecen de pensar que podrán caer algún día en poder de sus adversarios políticos. Para evitar ambos inconvenientes tratan unos y otros los asuntos con un estilo, por decirlo así, de ceremonia, en despachos que puedan publicarse, y se llevan sin escrúpulo a su casa las cartas que hayan enviado o recibido. La consecuencia de todo lo cual es que en ningún otro siglo habrá habido una contradicción más notable que en el pasado entre los documentos oficiales y la verdad de las cosas, y ninguno hará por esto más difícil la tarea de los venideros historiadores. El futuro investigador de archivos oficiales encontrará que todos los gobiernos han obrado con la mejor buena fe, que a todos ha guiado el amor más puro de la justicia, y si quiere, como Gregorovius, rehabilitar a los más altos personajes, nada le será más fácil que hallar documentos de los cuales se deduzca que todos los Reyes fueron ejemplares y todas las Reinas virtuosísimas.

El excelente Pastor Díaz seguía y aun exageraba, como digo, esa costumbre, y como pecaba de meticuloso, no eran sus cartas tales que pudiesen rivalizar en abandono, exactitud e interés con las de un d’Avaux o un Temple. La verdad es que no tenía las condiciones requeridas para un diplomático: ninguna malicia, ninguna actividad, ningún conocimiento del mundo. No era más que un poeta elegante y un publicista elocuente, a quien la ambición había jugado una mala pieza, sacándole del paseo del Prado y de la tertulia del Ateneo. Había nacido para la vida del profesor, y él mismo decía que no era otra cosa que un buen estudiante. Fue más adelante Ministro de Estado y Plenipotenciario en Lisboa, sin que cambiara por eso su carácter, y falleció al fin en edad relativamente temprana. Su disposición melancólica le hizo decir en una de sus poesías, con la exageración propia de los románticos:

De mi existencia oscura, solitaria,
No quedará ni voz ni sombra leve,

No habrá en mi losa funeral plegaria,
Nadie que un ¡ay! sobre mis restos lleve.

Pero sus amigos no le olvidan, y por mi parte recuerdo siempre con placer las horas agradables que pasamos juntos en Turín.

El Cuerpo diplomático no era entonces muy numeroso en aquella capital, en razón a que el Piamonte estaba casi reñido con Rusia y la Santa Sede, y mantenía relaciones sumamente tibias con algunas otras naciones. Había, con todo, Ministros y Encargados de negocios de varias de ellas. La Francia tenía allí al Duque de Gramont, a quien más tarde tocó la mala suerte de dirigir la política extranjera en las postrimerías del segundo Imperio, y de atraer sobre su país calamidades de toda especie. Era buen mozo, amable y de talento nada común, mas su carácter valía menos; pecaba de presuntuoso y ligero. Casado con una señora inglesa fea, pero rica, vivía con esplendidez y su casa era una de las ruás hospitalarias de Turín. Habiendo resuelto Napoleón III hacer la guerra a la Rusia, en unión de Inglaterra, esforzábase Gramont en ganar el ánimo de Cavour a su partido, y no le fue difícil conseguirlo, pues nada le convenía tanto al Ministro sardo como adquirir la amistad y el reconocimiento de las Potencias occidentales.

Sir James Hudson, Ministro de Inglaterra, tenía también una gallarda presencia y algunos le suponían hijo natural de Jorge III, de lo cual se reía mucho él mismo. Parecíase, sin embargo, bastante a aquél Monarca, cuya apostura y elegancia le hicieron en su tiempo rival del famoso Brummel. Tenía Hudson bastante talento y un carácter afable, aunque acompañado de esa propensión a la extravagancia que procede, en mi sentir, del exceso de individualidad, propio de la raza normanda. Recuerdo, entre otras excentricidades suyas, que cuando se celebraron los funerales de la Reina Adelaida, fallecida en aquel tiempo, se salió a fumar mientras el Arzobispo de Génova pronunciaba el panegírico de aquella excelsa señora. Pero todo se le perdonaba en gracia de su entusiasmo por la causa de Italia.

Seguía Hudson, al mostrar ese entusiasmo, la política iniciada por Palmerston, quien poco después de la elección de Pío Nono, mandó a Lord Minto para que luciese un viaje de propaganda por toda la península, comenzando por Turín y acabando por Nápoles. Aquel diplomático ambulante contribuyó mucho con sus consejos a terminar las vacilaciones de Carlos Alberto, decidiéndole a dar una Constitución, a ejemplo de lo que ya habían hecho el Rey de Nápoles y el Papa, y se mostró tan partidario de la independencia de Italia, que hizo nacer en el ánimo del Rey sardo las más lisonjeras esperanzas de un apoyo moral de la Gran Bretaña. Continuaba Hudson la misma táctica de Minto, y como el gobierno de su país estaba entonces unido al de Francia, empleábase activamente, cual Gramont, para obtener la cooperación de Cerdeña en la guerra que aquellas dos naciones iban a emprender contra la Rusia. Y cuando terminada aquélla, empezó la lucha decisiva entre la Cerdeña y el Austria, Hudson siguió alentando a los piamonteses y los excitó constantemente a no detenerse en su marcha victoriosa hasta no ver realizada al fin la independencia y la unidad de Italia.

Tenía Hudson por Secretario a un tal Mr. Erskine, descendiente del gran jurisconsulto de este nombre, y persona tan amable como entendida. Su mujer, dotada de gracia y talento, disfrutaba de una posición excepcional. Siempre hay en todo Cuerpo diplomático alguna dama que sea su principal adorno y ejerza sobre él una influencia reconocida. Missis Erskine tenía ese privilegio en Turín. A ella le hacían la corte los agregados; a ella le regalaban todos sus colegas por año nuevo cajetas de bombones y flores; todos la aplaudían cuando cantaba, aunque su voz era me-diana, y todos admiraban su belleza, a pesar de que ya empezaba a ser algo madura. Ella a su vez, recibía a menudo y nos daba un excelente té, acompañado de toda clase de golosinas. Allí se departía sin ceremonia y con aquella decente libertad, propia de personas cultas.

Ministro de Prusia era el Conde Brassier de Saint Simón, singular también, aunque de un género eminentemente germánico. No había heredado título alguno nobiliario, pero deseando tenerle, empezó a firmar todas las cartas que dirigió al Rey su Señor de esta curiosa manera: *Brassier de Saint Simón, que debería ser Conde*. Menudeaban bastante las tales cartas, porque el

Rey de Prusia de entonces, que era Federico Guillermo IV, gustaba mucho de corresponder directamente con sus Ministros y aun se permitía bastante familiaridad con ellos. Así, verbi gracia, Brassier me enseñó una vez una carta de aquel Soberano en la cual le decía que esperaba su respuesta con impaciencia antes de ir a los baños, y a fin de demostrárselo mejor le pintaba, a la pluma, una cigüeña con una pata encogida, en el acto de querer tomar su vuelo. Frecuentes, pues, eran las ocasiones que tenía Brassier de poner aquella significativa firma; y tanto hubo de repetirla, que al fin el Rey tomó la resolución de conferirle el ambicionado título.

Otra extravagancia todavía mayor del Conde de Brassier era que se había dado al espiritismo, locura renovada de Svedenborg y bastante común en el siglo XIX, a pesar de la ilustración de que blasonó. Creía poder conversar con las almas del otro mundo, y estaba tan alucinado, que a un amigo suyo, el cual se hallaba a la sazón muy afligido por la pérdida de su hija, le dijo con la mayor formalidad que si tenía deseos de saber de ella, podría ponerle en comunicación con su espíritu. Manía singular, que ha tenido y tiene aun bastantes secuaces, no obstante que está sólo fundada en patrañas y disparates imposibles. Por lo demás, el Conde de Brassier desempeñaba bien su papel diplomático, el cual consistía en apoyar al Austria, pero de tal manera, que esto no disminuyese demasiado la amistad que le convenía conservar con el Piamonte.

El Austria misma no tenía Ministro en Turín, sino un simple Encargado de negocios, que era el amable y caballeroso Conde de Paar, el cual fue después Ministro en varias Cortes y por último Embajador en Roma. Su habilidad y prudencia le hicieron mantener su propia dignidad y la de su gobierno en medio de las circunstancias más difíciles. Su particularidad, porque no hay casi ningún diplomático que no la tenga, era la manía del anticuario. Llenas estaban sus salas de toda clase de cachivaches y había que andar por ellas con cuidado, para no darse un coscorrón con alguna armadura o alguna estatua.

Más difícil todavía era en aquel tiempo la posición del Encargado de negocios de Nápoles, por ser casi públicas las intrigas fomentadas por el Conde de Cavour a fin de agitar aquel reino. Mas por suerte el caballero Canofari poseía todas las condiciones necesarias para disimular bien tales hechos e imponer respeto a sus adversarios. Hombre de salón, astuto y ocurrente, ganaba con facilidad las simpatías de todo el mundo, y no pocas veces suplía con su agudo ingenio a la falta de argumentos y a la debilidad de su posición. Conseguía casi que los piamonteses olvidaran que representaba al Rey más enemigo de la libertad y de las reformas.

El Vizconde de Yonghe representaba la Bélgica en calidad también de Encargado de negocios. Más tarde fue Ministro plenipotenciario en San Petersburgo y Viena, y en todas partes hizo un papel muy distinguido, porque tenía las cualidades de su nación: era formal, inteligente y activo. Lord Chesterfield recomendaba mucho a su hijo que buscase y tratase en todas partes con preferencia a los diplomáticos sardos, los cuales a causa de las miras ambiciosas que ya desde entonces abrigaba aquel pequeño país, eran personas cuidadosamente escogidas y solían tener más empeño y más habilidad que otros para procurarse toda clase de noticias. Pues en el siglo presente puede decirse esto mismo de los diplomáticos belgas, aunque por una razón diferente, la cual es que como aquel Estado no sólo es también pequeño, sino que excita mucho la codicia de sus vecinos, teme sobremanera cualquiera guerra europea que pusiese en peligro su independencia, y procura tener siempre agentes de conocida capacidad para que le pongan al corriente de las intenciones de cada gobierno. Y con efecto, Yonghe era incansable en averiguar novedades y estaba siempre muy bien informado de cuanto sucedía en Turín.

XLIV.
Turín, de 1854 a 1855.

El Rey Víctor Manuel.—Sus cualidades y defectos.—Ha sido uno de los Soberanos más notables de este siglo.—Circunstancias que le favorecieron.—Obstinación del Austria.—Ceguedad de los demás Monarcas de Italia.—Deseo general de independencia.—Espíritu liberal del siglo.-—Talento del Conde de Cavour.—Auxiliares y precursores de éste.—Los publicistas y las sectas.—El fallecimiento de las dos Reinas y del Duque de Génova llena de luto a Turín.—Elogio de ambas Soberanas.—Una carta de la Marquesa de Arvillars, dama de honor de la Reina Adelaida.—Pasión de Carlos Alberto por la Condesa de Robilant.—Visitas en día fijo.

Suenen ahora clarines y tambores, porque voy a hablar del famoso Víctor Manuel, Rey primero de Cerdeña y después de toda Italia. A los pocos días de nuestra llegada a Turín, tuvo Pastor Díaz la honra de presentarle sus cartas credenciales y yo la de acompañar a mi jefe en aquella solemne ceremonia y ser presentado por él al Monarca sardo. Estaba éste a la sazón en la flor de sus años, y su aspecto era ágil y marcial. Con el tiempo fue tomando una obesidad que degeneró en excesiva y casi ridícula. La estatua de bronce que le alzaron los florentinos poco antes de su muerte le representa tan barrigudo que recuerda involuntariamente a Guillermo el Conquistador, de quien decía por burla Felipe de Francia que estaba embarazado y no tardaría en parir algo sorprendente.

Las facciones de Víctor Manuel eran comunes: ojos saltones, nariz respingada y una boca enorme, la cual ocultaba con unos bigotes de desaforadas y nunca vistas dimensiones. Afectaba aires de Rey ciudadano, pero tenía algunos asomos de la tiesura austríaca. Con todo, era amable y aun campechano, a poco que conociese bien a su interlocutor. A nosotros nos recibió con mucho agasajo.

El carácter y los gustos de aquel Monarca eran conformes a su fisonomía: una mezcla singular de grandeza y vulgaridad, de altivez regia y familiaridad de soldado. Mostrábase afable, mas sabía ser Rey cuando era necesario. Y en cuanto a sus gustos, lo mismo le daba comer ajos y pan duro que comer pavos trufados. Era gran cazador, y pasó mucha parte de su vida matando gamos y pájaros. No fue nunca místico como su padre; pero cumplía públicamente sus deberes religiosos. Aunque estuvo casado dos veces, y siempre con mujeres hermosas, no fue nunca un marido fiel ni dejó jamás sus galanteos, mostrando en ellos también aficiones bastante bajas. Decía él mismo que no quería ser como su padre, el cual anduvo siempre enamorado de señoras; y sus amores eran con mujeres de la sociedad equívoca, modistas, bailarinas y mozuelas del pueblo. Puédese, pues, decir que era un hombre disoluto, *un ánima perduta*.

En aquel tiempo tenía ya tratos amorosos con una cierta Rosina, con la cual se casó al fin morganáticamente cuando se vio más adelante atacado de una grave enfermedad, que le puso a las puertas de la muerte, y díjose entonces que a ello le había inducido mucho el General Menabrea, a la sazón Presidente del Ministerio, a fin de que tranquilizase su conciencia. Era la Rosina viuda de un tambor mayor y mujer muy vulgar, de estas que ponen ambos codos sobre la mesa y hacen candelero de una botella. Por lo demás, siendo joven y hermosa, dio al Rey un hijo y una hija, ambos de gallarda presencia. El hijo, a quien hizo Conde de Miraflori, casó con una Condesa Larderel, de Florencia; la hija se unió en matrimonio con un Marqués Spínola, de Génova. Amábalos mucho el Rey y solía decir que eran bastante más bellos que los otros hijos que tenía de su mujer austríaca. En fin, diré para completar este retrato, que Víctor Manuel era sumamente gastador, y como gastador, dadivoso, y que en más de una ocasión pagó las deudas de algunas personas a quienes tenía cariño; pero a su vez se hizo también pagar las suyas por ciertos Ministros complacientes.

Todo esto no hace a la verdad el elogio de la moralidad de aquel Rey, y es bien seguro que, si en lugar de ser constitucional, hubiese imitado en lo reaccionario a Fernando de Nápoles, la prensa liberal le hubiera presentado al mundo como una especie de Sardanápalo. En vez de eso le

denominaron Rey *galantuomo*, olvidándose de sus vicios y no recordando más que la lealtad con que había cumplido sus deberes de Soberano constitucional y libertador de Italia. Tenía además algunas cualidades muy brillantes. Era osado y valiente. Ha habido siempre diversas clases de Reyes. Algunos se han limitado a dirigir los negocios públicos desde el fondo de un gabinete; no pocos se han acercado bastante a los campos de batalla, aunque sin exponer mucho su persona; otros, en fin, han peleado como soldados, sin temor a las espadas ni a las balas. A esta última clase pertenecía Víctor Manuel. Si no era un gran General, cual Gustavo o Federico, era un buen militar, como los Carlos y Guillermos. Tuvo también el gran mérito de comprender el estado de Europa y de Italia y de recoger con mano animosa la bandera que cayó vencida en Novara. Ademas, conociendo que su causa estaba unida a la de la libertad, jamás mostró la menor veleidad de abandonar o modificar el Estatuto otorgado por su padre; jamás dio un paso atrás en la lucha emprendida por aquél a fin de emancipar a Italia. El partido reaccionario no le perdonó ninguna de estas cosas; mas por ventura ¿no confiesa el mismo De Maistre que el diámetro del Piamonte no correspondía al valor y grandeza de la Casa de Saboya? ¿No había tratado ya el Rey Carlos Manuel de conquistar la Lombardía, siendo así precursor de Carlos Alberto y de su hijo? Si esto pareció natural en un Monarca absoluto, ¿por qué tantos aspavientos y hazañerías cuando quiere hacer lo mismo otro que es constitucional? Es claro que esta última circunstancia es la sola causa de la crítica.

Como quiera, el éxito del Monarca sardo ha sido tal que, si no me equivoco, dentro de algún tiempo, cuando se quiera clasificar con justicia a los Soberanos del siglo XIX, la Historia imparcial deberá decir que los dos más notables han sido Guillermo de Prusia y Víctor Manuel de Cerdeña, puesto que el uno ha creado la unidad de Alemania y el otro la de Italia; dos grandes hechos que son a su vez los más notables de esta centuria.

Más de un lector dirá ahora que la tarea de Víctor Manuel fue muy facilitada por las circunstancias. Así ha sido en efecto: yo mismo acabo de indicarlo en un capítulo anterior, y como prueba de imparcialidad quiero ahora rememorarlo más detalladamente. En primer lugar, fue circunstancia muy favorable la alianza con Francia y con Alemania, debida en parte a la fuerza de las cosas y en parte a la habilidad de Cavour y sus sucesores. En segundo lugar, y aunque parezca una paradoja, la conducta obstinada del Austria, porque si esta nación se hubiese contentado el año 15 con establecer uno de sus Archiduques en el trono de Lornbardía, como ya había establecido otros entre Toscana y Módena, de manera que la Italia toda quedase libre de dominación extranjera, es casi seguro que no habría habido nunca una guerra de la independencia, y por consiguiente no habría hallado el Piamonte la oportunidad de engrandecerse, proclamando ese sagrado principio. Hubiera habido a lo más revoluciones interiores y alguna lucha entre los Estados italianos; pero no esa gran guerra que hizo necesarios tan extraordinarios esfuerzos y trajo consigo la unidad de Italia. La obstinación del Austria puede, pues, considerarse como una de las causas principales del triunfo del Monarca sardo.

Vinieron luego a auxiliarle la ceguedad de los demás Soberanos de la península, y sabido es cómo lo hicieron. El Romano Pontífice, cuyos predecesores habían luchado con constancia por tantos siglos para expulsar a los extranjeros, proclama de repente el nuevo principio de que un Papa no puede hacerla guerra a una nación cristiana, y esta teoría no sólo le incapacita para presidir, como algunos querían, una Confederación italiana, sino que vino a constituir una renuncia implícita del poder temporal que había poseído por tantos siglos. El Gran Duque de Toscana y el Rey de Nápoles, enfeudados, el uno al Austria y el otro a la Rusia, y temerosos ambos de una revolución interior, negáronse también a formar parte en la guerra, y enajenándose con ello el ánimo de sus pueblos, hicieron que éstos no opusieran casi resistencia a la invasión del Piamonte.

Hay que añadir también a estas causas el deseo de independencia, natural siempre en el hombre y aumentado en este siglo por el espíritu liberal reinante. En diversas épocas había querido la Italia realizar su emancipación; pero la codicia de naciones más poderosas, tales como Austria, España y Francia, unida a la división del país en pequeños Estados, le habían opuesto para ello un obstáculo insuperable. En el siglo presente, ese mismo deseo de independencia había llegado a ser

general e irresistible, y la desgracia de Austria fue no reconocerlo a tiempo, como lo fue la de España el no reconocer a tiempo un espíritu igual de parte de los holandeses y flamencos. Porque si lo hubiesen reconocido a tiempo, ni la España hubiera perdido a Portugal, ni el Austria se hubiera visto humillada en una guerra desastrosa, obligada a mendigar el auxilio de la Rusia para someter a los húngaros, y desposeída al fin de la hegemonía secular de que disfrutaba en Alemania. ¡Lecciones memorables, que harían bien en meditar los hombres de Estado!

Queda, en fin, por mencionar otra circunstancia sumamente favorable para Víctor Manuel, cual fue la de poder confiar la dirección de su política a un estadista tan notable como el Conde Camilo Cavour. Porque también hay Ministros y Ministros, como hay Reyes y Reyes. Unos son elocuentes doctrinarios, cuyo tipo más acabado fue Guizot; otros son reformistas sensatos a la manera de Russell, y otros bienhechores de la humanidad, cuyo modelo fue Peel. Distínguense Canning y Palmerston por su tendencia a proteger toda clase de revueltas, mientras que Narváez y Schwargenberg fueron enérgicos defensores del orden. Mas a todos vencen en gloria aquellos que, como Bismarck y Cavour, han sido conquistadores y fundadores de la grandeza de su patria. Al día siguiente de nuestra llegada a Turín fui a visitar al célebre Ministro sardo, acompañando a Pastor Díaz, y como éste hablaba entonces poco el francés, tuve yo el honor de mantener la conversación, y recuerdo que no me cansaba de mirarle. Era grueso y pequeño de cuerpo y llevaba siempre espejuelos de oro. Sus maneras eran urbanas; tenía, sin embargo, más aire de abogado que de noble. No había nada exagerado en sus facciones, y su cara redonda me recordaba las de Pacheco y Bravo Murillo. Pero lo que le daba una fisonomía particular eran sus ojos, que tenía siempre algo entornados, con una expresión maliciosa, y su boca, donde se percibía también de continuo una sonrisa irónica. El talento, la sagacidad, la astucia estaban pintadas en aquel semblante. Vile muchas veces durante mi permanencia en Turín, y siempre me hizo una impresión muy notable.

A la rara capacidad de este Ministro, preciso es confesarlo, debió sin duda alguna Víctor Manuel mucha parte de su éxito, porque si bien existían, como acabamos de verlo, muchas circunstancias que le ayudaban, es permitido dudar de que hubieran sido suficientes, sin la habilidad que tuvo Cavour para hacerlas nacer o para aprovecharse de ollas. Digamos, con todo, sin quitarle con ello mérito alguno, que aquel hombre de Estado tuvo a su vez mucho que agradecer a otros hombres políticos de aquella época. Es esta una ley de la Historia. Todo grande estadista necesita precursores y cooperadores que se hallen poseídos de su mismo espíritu, y Cavour los tuvo en todas partes. Balbo, Gioberti y Azeglio le prepararon el terreno con sus escritos. Ricasoli en Toscana, Pasolini en Romana y Minghetti en la Emilia, fueron eminentes auxiliares de su política, mientras que Persano y Villamarina en Nápoles y Boncompagni en Toscana disponían los ánimos con sus intrigas para la anexión de aquellos países al nuevo Reino de Italia. En Piamonte mismo podía contar con los talentos de un Cibrario, un Ratazzi y un Lamármora.

Servía también a sus designios la secta masónica, la cual ha caído últimamente en bastante descrédito y ofrece un lado muy ridículo en sus ceremonias y mojigangas, expuestas ya con tanto chiste por Leo Taxil y otros escritores. Mas a pesar de que todos se burlan del cafetero alquilado para víctima, cuya cabeza parecía cortada en cierto rito de venganza, no es menos cierto que la masonería ha sido y sigue siendo una fuerza no despreciable. Sus títulos de Hermano tres puntos y Caballero Kadosch seducen la vanidad de los jóvenes, y la ayuda que mutuamente se prestan, agrada a la ambición de los viejos. El solo hecho de ser una asociación organizada y dirigida, la hace muy a propósito para influir en las luchas políticas. Ella secundó indudablemente los designios de Cavour, propagando el liberalismo en todas las comarcas de Italia.

Pero la secta política que más influjo ha ejercido en la transformación final de la península ha sido la llamada *Joven Italia*, cuyo fundador y director fue Mazzini y la espada Garibaldi. En uno de mis capítulos relativos a Roma traté ya de exponer su carácter. La masonería como secta política, deriva del filosofismo descreído de los enciclopedistas; la Joven Italia ha nacido del *Contrato social*. Rousseau produjo a Robespierre y Robespierre produjo a Mazzini. Ambos se inspiraron en aquel pequeño libro. Mazzini con su lema de *Dios y Pueblo* era su representante más genuino en

Italia, y aunque los desmanes cometidos por su secta la hacían sumamente odiosa, Cavour tuvo la habilidad de servirse de ella sin dejarse intimidar por las artes ocultas de aquel fanático tribuno, ni por la popularidad de Garibaldi.

Pero volvamos a hablar nuevamente del Rey Víctor Manuel y de la Real familia. ¿Qué tristes gemidos resuenan en el Palacio Real de Turín? ¿Por qué la Corte se ha vestido de luto? Es que tres sucesivas desgracias han visitado cruelmente a la familia Real de Cerdeña. En el espacio de dos meses, la Reina Madre, María Teresa, la Reina Adelaida, esposa del Rey y el hermano de éste, Fernando, Duque de Génova, habían bajado repentinamente al sepulcro. La madre de Víctor Manuel era una Archiduquesa toscana, con quien casó Carlos Alberto poco antes de ser desterrado a Florencia por sus tendencias liberales del año 20, y ya he referido que vivían allí en el Poggio Imperiale y que en aquella amena residencia nació Víctor Manuel.

No consta que la Reina María Teresa fuese bella; pero todos convienen en que era virtuosa, amable y discreta. Imitando, como otras tantas Soberanas, a la admirable y santa Doña Isabel de Portugal, sufrió con ejemplar paciencia las continuas infidelidades de su esposo Carlos Alberto, cuya falta de delicadeza llegó al extremo de tomar por amiga a la misma dama de honor de aquella Augusta Señora. En cuanto a María Adelaida, esposa de Víctor Manuel, todos decían que no sólo era bondadosa, sino también linda y digna de ser amada. Su padre fue aquel Archiduque Raniero, que gobernó por algún tiempo la Lombardía con ánimo ilustrado y supo conquistar el cariño de los italianos y la opinión de Príncipe liberal, que ha transmitido a sus descendientes. Pero la desgraciada Adelaida no pudo fijar tampoco el corazón de Víctor Manuel, y tuvo que sufrir, como su suegra, las infidelidades de un esposo, inclinado a toda clase de amoríos.

Con motivo do la muerte de estas dos Soberanas hubo en la Catedral unas honras muy solemnes, en las cuales ostentó la iglesia un gran lujo de cortinas y arañas, según es costumbre en casi todos los templos católicos, aunque a mi parecer sea todo ello de un gusto muy criticable. Porque en primer lugar las cortinas y pabellones ocultan la hermosa arquitectura de las iglesias, y las afean considerablemente. Quítanles, además, mucha parte de su carácter religioso, y unidas a las arañas, las convierten en salas de baile. Mejor sería tal vez que fuesen adornados solamente los altares, y que las iglesias, libres de colgajos de toda especie, conservasen su solemne carácter y su buen diseño.

En todas estas solemnidades fueron escuchadas muy bellas oraciones fúnebres, entre las cuales se distinguió mucho la de la Reina Adelaida, pronunciada por el Arzobispo de Génova. Las virtudes de aquella excelsa Señora, unidas a su belleza y a su temprana muerte, prestaban mucha materia para el empleo de la elocuencia. Y sin embargo, otro panegírico todavía más hermoso hizo de ella la Marquesa de Arvillars, y fue con este motivo. Deseaba mucho Pastor Díaz enviar a nuestra Corte una noticia detallada y verdadera del carácter y cualidades de aquella Reina, y pareciéndole lo más sencillo pedírsela a una persona que la conociera íntimamente, se dirigió a su dama de honor, que era la Marquesa. La respuesta de esta amable dama fue escrita como sólo saben hacerlo las mujeres, y era tal la naturalidad de su estilo y la belleza de sus conceptos, que entusiasmado con razón Pastor Díaz se limitó a enviar a Madrid una copia de ella, considerándola el documento más apropósito para dar a la Reina y al Gobierno una idea exacta del carácter de la ilustre difunta y de la veneración que había inspirado a los que tuvieron la dicha de verla con más frecuencia.

Además de la Marquesa de Arvillars, dama de honor de la Reina Adelaida, debo mencionar aquí a la Condesa de Robilant, la cual lo era de la Reina Madre. La primera no podía decirse bella, sino inteligente y graciosa. Una hija suya, llamada Inés, que tenía las mismas amables dotes que su madre, fue más adelante conocida en Madrid, a donde pasó acompañando a su marido el Conde Dragonetti, Secretario particular del Príncipe Amadeo. La Condesa de Robilant, nacida de noble estirpe en Baviera, era una hermosura alemana, alta, rubia, fresca y un tanto desdeñosa, sin dejar de ser afable. Había visto a sus pies al voluble Carlos Alberto, y según la crónica mundana, no había éste suspirado en vano. Acreditaba este rumor una circunstancia bastante común en los casos de esta

especie, y era que por obra del diablo, el joven Conde de Robilant, hijo de la Condesa, el mismo que fue luego Embajador y Ministro de Estado, se parecía extraordinariamente a aquel Soberano. Es notable asimismo que Carlos Alberto le manifestó siempre mucho cariño y que otro tanto hicieron sus dos sucesores.

Tanto la Condesa como la Marquesa recibían a sus amigos los domingos por la tarde, y en general casi todas las señoras de Turín tenían también para esto un día fijo. Según algunos autores, semejante costumbre es muy antigua. Otros sostienen, al contrario, que fue establecida en tiempo de la Restauración, y la atribuyen nada menos que a los Reverendos Padres Jesuitas. Cuentan que en aquella época de reacción política y religiosa, hubo más de una señora, entre las más devotas del barrio de San Germán, las cuales se quejaron a sus confesores de que cuando algún caballero libertino las hallaba solas, solían verse muy apuradas para poner coto a sus atrevidas impertinencias. Propusiéronles los buenos Padres que cerrasen la puerta de sus casas a las personas de esa especie; pero el hacerlo no era fácil, ni menos podían tampoco dejar enteramente de recibir visitas. Entonces discurrieron los prudentes confesores y adoptaron las recatadas damas el ingenioso recurso de recibir solamente un día fijo en cada semana, por cuyo medio, siendo muchas las personas que acuden, ni dejan de ver a sus amigos, ni corren el riesgo de hallarse solas con ninguno.

XLV.
Turín, de 1854 a 1855.

Carácter legitimista de la aristocracia de Turín.—Familias de San Marsano, Caraglio y Cisterna.—Salones de la Marquesa Alfieri y de las Condesas de Carpeneto, Mestiatis y Buil.—Tertulia de la Marquesa Doria.-—La bella Condesa Castiglione.—Elegancia del teatro Regio.—Gran boga del Ritgoletto de Verdi.—El teatro Carinan y la Compañía de Gustavo Módena.—Compañía francesa de Meynadier.—Su variado repertorio.—Gran concurrencia en los espectáculos públicos.—Afluencia de forasteros en Turín.—Tranquilidad y buena administración del país.—Ministros que ayudaban a Cavour.—El General Lamármora.—Dabónnida.—Cibrario y Ratazzi.

La aristocracia de Turín es una de las más ilustres de Italia y trae su origen de las armas. En todos tiempos los nobles piamonteses y saboyanos han militado en el ejército, ocupando la mayor parte de sus cargos. Además, cualquiera que haya sido la ambición de la Casa allí reinante, ellos no han cambiado de Rey ni de dinastía; por consiguiente, pueden considerarse como legitimistas. Seguramente hay allí diferencias de opiniones, como en todas partes; mas no la hay de sentimientos monárquicos. Las familias más notables son en general de opiniones liberales y han visto con aprobación la actitud resuelta y patriótica de la Corona; pero de todos modos, tanto las personas de ese color político como los mismos clericales, todos respetaban a Víctor Manuel II y respetan ahora a Víctor Manuel III como a su único y legítimo Soberano, todos están en esto de acuerdo y prestan con ello a la sociedad de Turín un carácter más homogéneo que el que tienen otras ciudades de Italia.

Este privilegio ha sido confirmado después por su misma posición de capital destronada, porque en virtud de ella hase quitado de encima la turba más o menos plebeya que acompañó a Diputados y Senadores, primero a Florencia y después a la misma Roma, refugio hoy de toda clase de descontentos y pretendientes. En Turín, pues, está siempre el corazón del país. Allí está el fuerte núcleo, liberal pero monárquico, que ha servido para formar la Italia y sirve aún para mantenerla, puesto que sostiene a la dinastía. Y como todavía residen en aquella ciudad tanto los Duques de Génova como la Princesa Leticia y los hijos del difunto Amadeo, esta circunstancia le conserva también mucho aspecto de Corte.

Por de contado no existen en aquella pequeña ciudad nobles tan opulentos como los Piombinos, Dorias y Torlonias de Roma; pero no deja de haber allí casas bastante ricas, tales como los Marqueses de San Marsano y Caraglio y los Príncipes de la Cisterna. Esta última familia es de las más antiguas de Italia, y vemos que una dama perteneciente a ella acompañó a la Princesa de Saboya cuando fue a contraer matrimonio con el hermano de Luis XIV. Otra Princesa de la Cisterna casó en nuestro tiempo con el Príncipe Amadeo y fue con él a reinar en España. Su madre era una señora muy extravagante, pero supo darle a su hija una educación esmeradísima.

A causa del luto de la Corte no se celebraron aquel año muchas fiestas en los salones de Turín. Había, esto no obstante, pequeñas reuniones y aun bailes llamados de confianza, porque mientras haya jóvenes encontrarán siempre ocasiones de moverse al compás de una música cualquiera. Recibían, principalmente, una distinguida Marquesa, la de Alfieri, y tres amables Condesas, la de Carpeneto, la Mestiatis y la Buil. La primera era hija de un hermano de Cavour, saboyano de pura sangre, que usaba aún de la lengua francesa para pronunciar sus discursos en la Cámara, cosa que en aquel tiempo estaba todavía permitida. La cara de la Marquesa no era bella. El cuerpo recordaba, por su pequeñez y gracia, las figuritas de Sajonia. Poseía mucho ingenio y se explicaba con originalidad y nobleza, merced a cierto baño de literatura que había recibido de buenos maestros. Sus saraos tenían un tono exclusivo y particularmente elegante. Elegantes asimismo eran sus modales, hasta el punto de pecar por algún exceso. Sus cortesías, sobre todo, eran tan desmedidamente profundas, que cierto joven inexperto, viéndolas por la primera vez, creyó que se caía al suelo y corrió a sostenerla. El Marqués, su marido, era sobrino del célebre poeta de su mismo nombre, del autor del *Oreste*, y nieto de otro Marqués que había sido Embajador de Cerdeña en la Corte de París, donde dejó mucha fama por su trato agradable y por el lujo que ostentó en libreas y banquetes. El joven Alfieri de entonces parecía entrar en la carrera política bajo los mejores auspicios posibles, puesto que reunía talento, instrucción, bienes de fortuna, un ilustre nombre y la alianza con Cavour. Mas eso, no obstante, no logró subir en la escala de los honores tan alto como podía presumirse. Nace esto, probablemente, de que no quiso nunca afiliarse del todo a una bandería política, conservando un criterio muy independiente, mientras que la experiencia enseña que para medrar en los países regidos por el sistema parlamentario es absolutamente preciso pertenecer con el cuerpo y el alma a cualquiera de los partidos que se disputan el mando.

La Condesa de Carpeneto era una de esas buenas mozas, las cuales saben realzar la hermosura de la naturaleza con los adornos del arte. Su *toillet* era siempre muy admirada. La Mestiatis era pequeña y de talle no muy gallardo. En recompensa su cara era linda y poseía toda clase de habilidades, como la Marquesa Capránica de Roma. Cantaba con primor y recitaba con naturalidad y gracia. La Buil empezaba ya a decaer y se sostenía a fuerza de amabilidad y agrado. Poseedora de bastantes bienes de fortuna, los empleaba generosamente en divertir a sus amigos y andaba siempre inventando nuevos pasatiempos. En su casa tenían lugar comedias de sociedad, en las cuales hacía muy lucido papel la graciosa Mestiatis, especialmente en los proverbios de Octavio Feuillet, que entonces tenían mucha aceptación por el análisis tan fino que hace en ellos de las pasiones.

Además de estas reuniones importantes, debo también recordar las tertulias algo más íntimas de la Marquesa Doria, las cuales eran particularmente divertidas, porque reinaba en ellas una notable franqueza. Algunos la criticaban como excesiva; excusábala, sin embargo, el carácter alegre, pero prudente, de aquella fría coqueta. Aunque viuda, era todavía joven y se conservaba de muy buen parecer; era por extremo amable y agasajadora, sin más defecto que cierta vanidad de su posición y persona, que le había merecido el apodo inocente de la *bella pomposa*. Pero aunque muchos la censuraban, todos querían concurrir a sus reuniones, y la verdad es que ella veía su casa tan frecuentada, que había podido tomar por lema, como la bella Julia de Angennes: «Me quieren todos».

Ahora diré también alguna cosa de la célebre Condesa Castiglione, que he dejado para la última porque las eclipsaba a todas. Era hija del Conde Alduini, Diplomático sardo, que fue mucho tiempo Ministro de su país en Lisboa, y de una dama florentina, de la familia Lamporecchio.

Alta, flexible y elegante, podían los poetas compararla con la más esbelta palmera. Su lindo rostro parecía una de esas miniaturas en las cuales se notan casi las caricias de un enamorado pincel. Estaba en la flor de la juventud y podía aspirar en aquella época al premio de la belleza. Por fortuna para la paz de muchos corazones, aquella cabeza tan hermosa tenía poco seso. No diré que fuese tonta, pero sí sosa hasta un extremo increíble. Pasó algunos años después a París, y Madame Carette hace de ella en sus Memorias un retrato bastante parecido, representándola como una bella estatua, de aspecto duro y de corazón altivo y frío. Hubiera podido añadir lo que nadie ignora ya en el mundo entero, y es que el Emperador Napoleón III estuvo durante algún tiempo muy prendado de ella. No contento aquel Soberano con tener por esposa a nuestra amable compatriota, reina de la elegancia y la belleza, quiso imitar los devaneos de Luis XIV y también de su célebre tío Napoleón I, sobre cuyas costumbres nos ha edificado en sus Memorias la Condesa de Remusat, y se puso a hacer también alarde de amores y galanteos. Duró poco, sin embarco, su admiración por la linda Castiglione, y la reemplazó con una pasión más duradera por la Condesa Mariana Valeska, mujer de uno de sus Ministros. Era esta señora una florentina, hija del Príncipe Poniatouski, cuya sangre, mezclada de polaca e italiana, le daba a la par gracia y talento. Pequeña y gordita, como María Padilla y Blanca Capelo, y menos hermosa que la Castiglione, le llevaba, sin embargo, mucha ventaja en la bondad de carácter y en las gracias del ingenio.

La sociedad de Turín no se diferenciaba mucho de las de Roma y Florencia. Los hombres tenían dignidad y las señoras recato. Allí también habían desaparecido el chichisbeo y el *cavalier servente* de antaño, y no quedaba ni aun rastro de las costumbres un tanto ligeras que pintaba un siglo antes el elegante escritor Hamilton en sus Memorias del Conde de Gramont. Habían bastado cien años para cambiar completamente toda la manera de ser de maridos y mujeres. Por lo demás, existían en Turín, lo mismo que en todas partes, excepciones a la regla, y era característico de aquella sociedad la multitud de oficiales vestidos siempre de uniforme que poblaban los salones, de tal modo que cada dama elegante tenía siempre en derredor suyo un Estado Mayor muy lucido. Los modestos fracs necesitaban mucha habilidad para acercarse a aquellas ninfas, defendidas celosamente por la flor del ejército sardo.

Viniendo ahora al teatro, diré que eran tres los que había entonces en Turín. El Regio, el de Carinan y el de la calle de Angennes. Ejecutábanse en el primero óperas y bailes, y estando subvencionado, todo era excelente. A sus funciones concurría la principal nobleza y el Cuerpo diplomático, al cual desde antiguo estaban reservados muy buenos palcos. Cada misión tenía el suyo, y Pastor Díaz se dio prisa a tomar el que le correspondía, a fin de no hacernos perder este agradable privilegio. El repertorio era el mismo que había en aquella época en toda Italia: *Lucia, Lucrecia, Trovatore* y *Rigoletto*. Este último era considerado ya como la obra maestra de su autor en aquella primera parte de su prodigiosa carrera, así como en la segunda lo ha sido *Aida*. La abundancia y belleza de sus producciones le daban ya a Verdi un lugar preeminente entre los maestros contemporáneos. El cuarteto de Rigoletto con aquel contraste original entre las quejas de Gilda y la risa de Magdalena parecía una cosa admirable, y la canción que dice:

La donna e mobile
Qual piuma al vento,

adquirió una boga tal, que a fuerza de ser repetida por organillos y aficionados, llegó a convertirse en una especie de suplicio.

La *Lucrecia* tenía también mucho mérito, y no hay duda que el genio de Donizetti supo encontrar en aquel libreto situaciones sumamente bellas. Está tomado de un drama de Víctor Hugo, el cual fue admirado durante algún tiempo para caer después casi en el olvido, principalmente en Italia, donde desde luego le encontraron exageradísimo. Y con efecto, la pintura que en él hace el autor del carácter de Lucrecia Borgia está singularmente recargada. Aquella Princesa no fue ciertamente un dechado de virtudes; pero como lo ha probado en nuestros días en un buen libro el alemán Gregorovius, no merece tampoco la triste fama que ha querido darle Víctor Hugo. Fue su terrible hermano César y no ella quien mandó asesinar a sus primeros maridos, y después que se

casó con Alfonso de Este observó una conducta bastante honesta para aquella edad descreída y voluptuosa.

El teatro Cariñan estaba destinado a la prosa italiana. Gustavo Módena, el actor más afamado do aquel tiempo, recitaba en él durante el invierno y la primavera. Era un artista de mucho ingenio, dotado de una magnífica voz y de una sensibilidad exquisita. Rodeábanle también varios otros de grandes esperanzas, a quienes iba formando con sus ejemplos y consejos. En primer lugar, la Ristori, actriz eminente, de la cual he hecho ya mención en los capítulos sobre Roma y Florencia. Después de ella Tomás Salvini y Ernesto Rossi, ambos excelentes, aunque el primero ha tenido más ciencia y el segundo más sentimiento. Bellotti, joven también, se encargaba de hacer reír al público con sus gracias. Formaban reunidos un conjunto muy agradable y daban realce a cualquiera producción, por mediana que fuese. El *Kean*, traducido de Alejandro Dumas, drama poco menos exagerado que los de Ducange y Bouchardy, era entonces la pieza de resistencia, el caballo de batalla de todos los comediantes, porque les daba buena ocasión para ostentar su talento y sus pulmones.

El teatro de Alfieri, *Saúl*, *Oreste* y *Felipe*, ofrecían asimismo mucho campo al arte de Módena. El *Felipe* es la tragedia que ha tenido siempre más popularidad en Italia, aunque no me parece libre de defectos. Desde luego, para suprimir los confidentes del teatro clásico francés, ha hecho el autor que Doña Isabel empiece por confesarle ella misma al público, en un soliloquio, su pasión criminal, desde la primera escena, lo cual no deja de parecer extraño. Además, hace al Rey demasiado malo y a Gómez atroz y casi imposible. Sin negar, pues, el gran mérito de Alfieri, encuentro que su tragedia es bastante inferior a la de Schiller sobre el mismo asunto.

En el teatro de la calle de Angennes daba toda clase de piezas francesas una compañía de cómicos de aquella nación, dirigida por un cierto Meynadier, el cual era al mismo tiempo un actor de primer orden. Tenía, además, acierto en la elección de las obras, formando con ellas un repertorio variadísimo. Allí oímos la *Mademoiselle de Belle Isle* de Dumas y la *Mademoiselle de La Segliere*, de Sandeau, ambas interesantes, sobre todo la segunda, que ha sido siempre representada y aplaudida durante medio siglo.

Del teatro clásico daban la *Fedra*, eternamente bella, aun cuando no la recite una Rachel. Era ya una creación sublime en el teatro de Eurípides, con el título de *Hipólito*, de donde la tomó Racine; era una joya, una excepción deliciosa entre la multitud de torpezas y horrores que deslucen la escena griega. Y es por cierto mucha lástima, en mi sentir, que el poeta, francés, con ser cristiano, haya destruido el carácter tan puro del joven griego, mostrándole enamorado de una princesa cualquiera.

Del teatro romántico, que ya iba en decadencia, nos regalaban algunas veces el *Hernani*, célebre drama que, a mi parecer, es muy inferior a su reputación. Sus versos son magníficos, pero el asunto no tiene sentido común; es peor que un desafío a la americana. Silva interesa poco; es un viejo enamorado de su sobrina, una especie de Don Bartolo trágico, un egoísta que habla mucho del punto de honra, pero que trata cruelmente a Doña Sol y a su amante. Carlos V está pintado como un aturdido vulgar. Hernani muestra nobles sentimientos: prefiere, sin embargo, la venganza al amor, y tiene también algo de odioso y egoísta. Por último, no hay más que el carácter de Doña Sol que se sostenga bello hasta el fin.

Para distraernos un poco de tales tristezas daba Meynadier con frecuencia las piezas siempre amenas de Scribe y también las de Labiche, autor muy gracioso cuyas producciones rayan con la farsa pero excitan mucho la risa. *El sombrero de paja de Italia* es la más festiva de todas y una de las que recitaba con más donaire el famoso Ravel del Palais Rojal, a quien imitaba bastante bien cierto actor de Turín.

El concurso de gente a estos espectáculos era siempre grandísimo, en primer lugar porque en realidad tres teatros eran pocos para la población creciente de Turín. Añádase a esto que la ciudad estaba entonces llena de forasteros, a causa de que Cavour, sordo a las quejas del Austria y de algunas otras potencias, había hecho de ella el asilo de todos los revolucionarios de Italia, de

manera que, no sólo los teatros, sino los cafés y los pórticos de la Plaza Mayor y de la calle del Po, hervían siempre de gente venida de todas las regiones de la península. Y no sólo burgueses masones y sectarios, sino que también doctrinarios y constitucionales, algunos de ellos muy aristocráticos. Oíanse al pasar todos los diferentes dialectos italianos, desde el que se habla en Sicilia hasta los que se usan en Venecia y Milán, y no podían menos de notarse entre tales turbas, las alegres pantomimas de los refugiados napolitanos.

Reinaba, sin embargo, un orden perfecto en aquellas aglomeraciones de gente ardiente y desocupada, merced a la buena policía y al espíritu de orden que es natural entre los piamonteses. El carácter italiano, con pocas excepciones, es de suyo moderado. Por mucho que disputen, raras veces se acaloran como los españoles y franceses, y es muy común que uno de los contrincantes diga de repente, basta, y luego al punto cesa la disputa, quedándose cada cual con la opinión que ha sostenido. Además, facilitaban mucho la tarea del Gobierno los hábitos contraídos en Piamonte por cerca de medio siglo de un gobierno absoluto, pero ilustrado. Aquel dichoso país, en lugar de luchar con la revolución, como le sucedió a España en la misma época, había disfrutado desde el año 22 de una paz octaviana, sin pronunciamientos militares, ni guerras civiles, ni gobiernos de damas. Su administración era excelente, su hacienda desahogada, su ejército tan bien organizado que venían oficiales de otras naciones para verlo y estudiarlo. El Conde de Cavour no tenía, pues, que hacer casi más sino continuar estas buenas tradiciones, ayudado en esto también por varios Ministros muy notables, entre los cuales recordaré a Lamármora, Dabórmida, Cibrario y Ratazzi.

Alfonso Lamármora era un tipo de militar, alto y enjuto, que había merecido por ello el apodo de *Lanzarote*, aunque tenía más de político que de caballero andante. Organizó los pintorescos cazadores, llamados *bersaglieri*, en imitación de los tiroleses del Austria y de los de Vincennes, creados poco antes en Francia, y con ellos sacó el año 49 a su Rey del Palacio Greppi, cuando le tenían allí sitiado los demagogos milaneses. A la muerte de Cavour fue su sucesor en el Ministerio y completó su obra, realizando la anexión de Venecia.

Dabórmida, también militar, desempeñaba la cartera de Negocios extranjeros y agradaba mucho por su carácter conciliador y apacibles modales. Cibrario era un sabio de profesión, al cual se debe una historia de su país bien escrita y erudita. En cuanto a Ratazzi, su cara era de sacristán y podría haber servido para cualquier político clerical: pero engañaban las apariencias, pues era el más liberal de todos sus colegas, y Ministro ya con Gioberti, representaba en el gabinete una tinta muy parecida a la de la izquierda. Y también él reemplazó por algún tiempo a Cavour y fue casi su rival en la gobernación del Estado.

XLVI.
Turín, de 1854 a 1855.

Difícil situación de la Cerdeña.—Necesidad que tenia del auxilio de una Nación poderosa.—Estalla la guerra de Crimea.—Temeraria conducta del Emperador Nicolás.—Cómo se vio aislado y acometido por la Inglaterra y la Francia.—La Cerdeña se une luego a estas dos Potencias, a fin de ganar su gratitud.—Expedición mandada por Lamármora.—De qué manera halla recursos Cavour para satisfacer tantos gastos.—Supresión de los conventos.—Don Margotto y la Unidad Católica.—Discurso singular del diputado Brofferio.—Una modificación ministerial ocurrida en España, causa mi traslación a Nápoles.

Aunque el Reino de Cerdeña presentaba por el momento un aspecto tranquilo, no era en el fondo muy risueña ni muy fácil la situación a que lo habían reducido los sucesos del año 48. Batido en Novara y cortadas allí en flor sus más halagüeñas esperanzas, habíase visto obligado a alzar por entonces la mano de toda guerra ofensiva y casi debía considerarse feliz por haber conservado su

integridad y también su independencia. Y sin embargo, ni el Rey ni Cavour ni la nación entera habían renunciado al propósito de una nueva guerra, a fin de arrojar de Italia a los austríacos.

Mostrábalo así de la manera más clara la actitud del Gobierno sardo. Lejos de suprimir el Estatuto de Carlos Alberto, que era un arma de guerra, lo mantenía con lealtad y constancia. En vez de disminuir el ejército, trataba de aumentarlo poco a poco. Sordo a las reclamaciones de varias Potencias, daba asilo, como ya he dicho, en su territorio a todos los conspiradores y descontentos del resto de la Península. Por último, mandaba en todas direcciones agentes, ora públicos, ora secretos, los cuales fomentaban el odio de lo presente y el deseo de la libertad y de la independencia. Era evidente que estaba espiando una ocasión oportuna para volver a lanzarse a la pelea.

Mas salta asimismo a la vista que no podía prometerse un éxito seguro, si no obtenía para ello el auxilio de una Nación poderosa. Procuraba, entre tanto, por todos los medios posibles conseguir al menos el de Nápoles y Toscana; pero ni estos Estados querían salir de su actitud pasiva, ni hubieran bastado tampoco todos unidos para equilibrar las fuerzas imponentes que poseía el Austria en Lombardía.

Tenían las cosas esta difícil postura, cuando de repente estalla una guerra europea con motivo de las pretensiones manifestadas por la Rusia de proteger a sus correligionarios de Turquía. Habíase renovado la cuestión de Oriente. Todo el mundo sabe lo que esta cuestión significa. La ambición de sus Monarcas, y la misma fuerza de las cosas, impelen a la Rusia a apoderarse de Constantinopla. Háblase de un testamento de Pedro el Grande; dícese que Catalina llamaba aquella capital la llave de su casa, y que todos en aquel país tienen los ojos fijos en la ciudad de Constantino. Niéganlo con vehemencia los rusos; mas lo cierto es que siglo tras siglo y paso tras paso las tropas moscovitas vienen acercándose hacia el Mediodía, y después de haber despojado a los turcos de casi todo el litoral del mar Negro, parecen tocar al fin a los jardines del Bósforo, que serían la última meta de su triunfante camino.

Para conseguir este objeto ha echado mano la Rusia do toda clase de medios; las armas, la amenaza y la astucia. Ha pretextado la defensa de los rumanos, búlgaros y servios, la emancipación de los griegos, y por último, la protección de sus correligionarios, los cristianos del culto ortodoxo. Al principio no encontró más obstáculos que los que le oponían solos los turcos, ayudados por la extensión de su territorio y por las defensas naturales que les ofrecen los Balcanes y el Danubio; pero desde los albores del siglo pasado, cuando ya fue evidente el objeto a que aspiraba y se la vio cercana a conseguirlo, despertóse al fin de su letargo el interés de otros países, y se volvió en contra suya.

Ocurrió al pronto la idea de que sería posible hacer un reparto de aquel Imperio como se había hecho de la Polonia. No tardóse, sin embargo, en descubrir que semejante proyecto era de todo punto imposible, a causa de la desigualdad que tendrían necesariamente las porciones destinadas a cada uno, porque la importancia de Constantinopla es tan grande, que aquel que la posea tendrá siempre una posición superior en el mundo. Aseméjase la Turquía a la torta que hacen en muchas casas la noche de Reyes. Córtanla en pedazos iguales; mas uno solo es el que contiene la única haba encerrada en ella, y que hace a su dueño rey de la fiesta.

Para convencerse del gran valor de aquel sitio, basta recordar que mientras el Imperio latino caía después de haber durado sólo cuatro siglos, el griego duró nueve, y el de los turcos lleva ya más de cuatro de existencia y resiste todavía a los asaltos de sus enemigos. Si la Rusia se apoderase al fin de aquella admirable ciudad, pronto vendrían sus numerosas escuadras a dominar en el Mediterráneo, como hacían no hace más que dos siglos las galeras del turco; pronto no habría en Europa más que una nación de primer orden que sería ella, mientras que sus antiguas rivales pasarían a serlo de segundo.

Todas se oponen, pues, más o menos y en la medida de sus fuerzas, a que la Rusia realice sus proyectos. La Inglaterra, porque teme ver comprometida la seguridad del Mediterráneo y de la India; la Francia, porque desea conservar su influencia en Levante; el Austria, por el recelo de que

la Rusia fuese un vecino demasiado incómodo el día en que se apoderara del Danubio; la España y la Italia, en fin, por temor de que surja en el Mediterráneo otra nueva marina poderosa, a más de las que ya le dominan, la cual, si las ayudase por un momento, sería probablemente para humillarlas después, como hizo el hombre de la fábula con el caballo que le pidió su socorro a fin de vengarse del ciervo.

Opinan grandes políticos que semejante resistencia es inútil, en atención a que la marcha de la Rusia hacia el Bósforo es una cosa indicada, un destino manifiesto, un hecho providencial. Pero en materias tan contingentes no es fácil ser buen profeta. Dejando a los romanos, que no pasaron del Rhin y del Eúfrates, y a los mismos turcos, detenidos en Hungría, y viniendo a sucesos más modernos, nada parece más indicado que la unión de España y Portugal, y sin embargo, no ha llegado a realizarse; nada parece también más natural que la extensión de la Francia hasta el Rhin, y tampoco vemos que lo logre. Es verdad que la Rusia tiene una gran pujanza; pero el equilibrio y la libertad de Europa tienen también estrenuos defensores. Y de todos modos la cuestión de Oriente, aislada de otras secundarias que la ocultan y complican, es la que acabo de decir. La Rusia desea apoderarse de Constantinopla, y otras naciones pugnan por impedírselo.

Y ahora veamos cómo fue que esta cuestión volvió a nacer el año 54 después de una pausa de veinte años. Gobernaba la Rusia el Zar Nicolás I, el cual era el tipo más perfecto del déspota moscovita. Todo contribuía a darle prestigio: magnífica presencia, carácter firme y valiente, talento nada común. En él estaba encarnado el principio monárquico de tal manera, que era para los partidarios del absolutismo lo que Canning o Palmerston para los partidarios del liberalismo. Debía de tener mía grande idea de su alta misión y de su propia persona, porque todos los que temían la revolución volvían los ojos a él, todos le pedían socorro, y a todos prestaba grandes servicios. Era el ídolo de las Cortes y Cancillerías de Alemania; el Austria misma, en vez de hacer la paz con Italia, abandonando a Milán, a fin de poder dedicar sus ejércitos a la pacificación de Hungría, había preferido recurrir a su auxilio y no en vano por cierto, porque el Zar envió a Paskievitch con un ejército tan numeroso que, habiendo derrotado a los húngaros en Vilagos, pudo escribirle a su Soberano aquella frase arrogante que tanto mortificó al Emperador de Austria: «Señor, la Hungría está a los pies de vuestra Majestad».

Además, según todas las apariencias, no había en aquella época Estado alguno importante que por un motivo o por otro no desease la paz.

El Austria, ligada por la gratitud a la Rusia y conmovida lo mismo que La Prusia, por la reciente revolución; la Francia, insegura todavía bajo el Gobierno de Napoleón III: Inglaterra, aislada por el momento y poco inclinada a emprender sola una lucha de grandes proporciones. Añádase que en aquel tiempo desempeñaba en este último país la Presidencia del Consejo el anciano Lord Aberdeen, el cual era antiguo amigo del Emperador Nicolás y opuesto por carácter a toda guerra europea, especialmente desde que fue testigo de la mortandad de Waterlóo, cuyos horrores tenía siempre clavados en su mente. Todo, pues, parecía brindar al ambicioso Zar una ocasión sumamente oportuna para realizar el supuesto destino de la Rusia.

Ciertas cuestiones referentes a la protección de los cristianos griegos de Turquía le ofrecían un buen pretexto para empezar la lucha. Antes, sin embargo, quiso probar si le sería posible llevar a cabo su designio sin necesidad casi de sacar la espada. Ocurriósele para ello la más ingenua y peregrina idea que podía caber en mente alguna. Dirigióse un día a Sir Hamilton Seymour, Ministro en su Corte de Inglaterra, es decir, de la nación que más interés ha tenido siempre en la conservación de Turquía, y de buenas a primeras le declaró, como quien dice, su atrevido pensamiento, manifestándole que en su concepto la Turquía era ya como un hombre gravemente enfermo, cuya vida no podía durar mucho; por consiguiente, a fin de evitar complicaciones y guerras, sería quizá lo más sencillo que la Rusia y la Inglaterra, por ser las que más intereses tenían en aquel Imperio, se pusiesen de acuerdo y resolviesen ellas solas la cuestión de Oriente, adquiriendo la Rusia el protectorado de los principados danubianos y también de Bosnia, Bulgaria y Servia, y apoderándose la Inglaterra del Egipto y Candía. Quisiera yo haber visto en aquel momento

la cara de Sir Hamilton Seymour, porque creo que no ha habido jamás diplomático alguno que se haya encontrado en un caso más embarazoso.

Por de contado, diose prisa a poner en conocimiento de su gobierno la propuesta del Zar, la cual fue muy mal recibida, en atención a que el protectorado de los Estados eslavos venía a ser una disimulada conquista, y la adquisición del Egipto habría expuesto a Inglaterra a una guerra con Francia. Y el mismo deplorable efecto produjo también en París y en todas partes a donde poco a poco fue conocida. Mas no por eso cedió Nicolás en su propósito, y como si un genio maléfico le hubiese hablado a los oídos, añadió a la primera falta otra mayor, enviando a Constantinopla al violento Príncipe Menzikoff, quien se presentó en la Sublime Puerta con un gabán, que pronto llegó a ser célebre, y con unas botas de montar llenas de polvo, a la manera de un tártaro que se apea de su caballo para entrar en las tiendas de sus vencidos enemigos. Todo fue en vano, sin embargo. La Turquía, lejos de amilanarse, le rehusó decididamente el derecho de proteger a los cristianos griegos, que era lo que el Príncipe le pedía.

Encendióse al punto la guerra, con poco éxito por la parte del Danubio, puesto que los rusos fueron rechazados en Oltenitza, pero con más fortuna en el mar Negro, donde el Almirante Nachimoff quemó en Sínope la flota turca, como Orloff la había quemado un siglo antes en Tchesmé. Pero esta terrible catástrofe fue más bien perjudicial que favorable a la Rusia, porque, embravecida la opinión en Inglaterra, tuvo Lord Aberdeen que retirarse del ministerio, y su sucesor, que fue Lord Palmerston, se decidió inmediatamente a desenvainar la espada, formando una estrecha alianza con Napoleón, de quien era amigo y quien por su parte deseaba mucho romper los tratados del año 15 y se alegró de encontrar aquella ocasión de hacerlo, entrando en una guerra europea con tan segura y poderosa compañía.

Buscaron todos otras alianzas; hubo conferencias y tratos. No lograron mucho, sin embargo. La Rusia no halló apoyo en ninguna parte. Las Potencias occidentales tampoco. El Austria ocupó al fin los Principados danubianos; pero titubeante entre su gratitud y sus intereses, y ligada siempre por su política italiana, al fin decidió ser neutral. Lo mismo hizo la Prusia. La lucha iba, pues, a ser entre las dos Potencias occidentales, unidas a la Turquía, y la Rusia. Si la España hubiese tenido entonces un gobierno fuerte, hubiera podido quizá tomar parte en aquella contienda, al lado de las Potencias occidentales, no porque tuviera el mismo interés que ellas en impedir el excesivo engrandecimiento de la Rusia, sino para hacer un servicio señalado a la Inglaterra que facilitara después la restitución de Gibraltar. Pero la situación de O'Donnell era todavía tan débil que no pudo soñar siquiera en una empresa de esa especie. El General Prim fue el único representante de España en el campo aliado, y tuvo la buena suerte de asistir al cañoneo de Oltenitza y poner allí la primera piedra al edificio de su fortuna.

En cuanto a la Cerdeña, aunque más pequeña que España y temerosa del Austria, no titubeó un instante en aceptar la invitación de las Potencias occidentales. Tanto el Rey Víctor Manuel como Cavour vieron el cielo abierto luego que estalló la guerra, comprendiendo que era aquella una excelente ocasión para ganar la simpatía y el apoyo de las dos grandes naciones aliadas. No les importaba mucho que la Rusia obtuviera o no una situación preponderante en el Oriente; pero apuntando a la Rusia, esperaban herir al Austria y poder luego tomar asiento en el areópago europeo y pelear contra ella con el auxilio de Francia e Inglaterra.

A fin de conseguirlo mejor, pensó Cavour que no debía admitir en aquella contienda el papel de simple auxiliar, como al principio le ofrecían, sino el de verdadero aliado, que va a pelear a sus propias expensas y a correr todos los riesgos de la lucha. Algunos le criticaron entonces; pero los hechos han probado después que tenía completamente razón. Sin pérdida de tiempo fue firmado, pues, un tratado de alianza entre las tres naciones, y una expedición militar de 15.000 hombres escogidos se embarcó luego en Génova y llegó a tiempo a Crimea para tomar parte en el famoso sitio de Sebastopol, que fue la operación principal y decisiva de aquella campaña. Mandaba las fuerzas sardas el General Alfonso Lamármora, Ministro que era de la Guerra, cuyo valor y pericia

fueron muy apreciados por Canrobert y Lord Raglán, jefes a su vez de las fuerzas de Francia e Inglaterra.

Y no le faltaban tampoco a la Cerdeña los recursos necesarios para hacer frente a una expedición tan costosa. En primer lugar el Conde de Cavour tenía la ventaja, poco común en los Presidentes del Consejo, de ser él mismo un hábil hacendista. Desde joven visitó la Inglaterra y estudió allí la ciencia de Jacob y Ganilh, y cuando llegó a ser Ministro, recordaba siempre la máxima, en aquel país aprendida, de que no puede haber buena política sin buena hacienda. Fue, por lo tanto, su primer cuidado el establecimiento de un orden riguroso, tanto en los gastos como en la percepción de las contribuciones, y existiendo de antiguo en el Piamonte un personal administrativo inteligente y probo, consiguió muy en breve la nivelación de los presupuestos. Crecían, sin embargo, rápidamente los gastos militares y no bastaban para ellos las entradas ordinarias, pero Cavour recurrió entonces a medios extraordinarios y eficaces, aunque no tenían nada de científicos, tales como la supresión de los conventos y la incautación de sus bienes; acto inicuo y revolucionario, que sentó un precedente peligroso en favor de las ideas comunistas, pero que ejecutado y encomiado por los convencionales franceses, había sido ya imitado con tranquilidad de conciencia en España y en casi todas las naciones constitucionales.

Ni tales rapiñas son, por desgracia, cosa nueva en la historia financiera de las naciones. Cuando los antiguos monarcas se veían apurados de dinero, solían alterar su valor, mereciendo por ello el dictado de monederos falsos; otros se echaban sobre los judíos para despojarlos de sus tesoros; otros vendían al mayor postor los cargos públicos. Un Rey hubo en Francia que suprimió airadamente la orden de los Templarios a fin de apoderarse de sus bienes.

Por lo que hace a Cavour, no procedió a la verdad en este punto con tanta violencia como otros Ministros liberales. Hízolo calzándose guantes. Limitóse por entonces a suprimir sólo aquellas Comunidades religiosas que no se ocupaban de la educación de la juventud ni de otro objeto de utilidad pública. Ni dejó de encontrar oposición, tanto por parte del partido católico, compuesto de saboyanos y genoveses, como por parte de los radicales. Y no sólo en las Cámaras sino también en la prensa. Atacaban los primeros al Gobierno en un periódico titulado la *Unidad Católica*, redactado con mucha habilidad por un cierto abate Don Margotto, émulo de Venillot y notable como él por una memoria prodigiosa que le permitía recordar a cada hombre político sus hechos y discursos de otros tiempos. Los periodistas y diputados liberales no mostraban menos animosidad que aquellos. Censuraban los unos al Gobierno por querer suprimir algunos conventos, y los otros porque no los suprimía todos. Asistí yo en la tribuna diplomática a la interesante discusión de aquella ley, y no puedo olvidar un discurso del radical Brofferio, hombre destemplado y extravagante, aunque no escaso de elocuencia, el cual empezó por criticar el proyecto del Gobierno, calificándolo de insuficiente; pero acabó votando en su favor, en consideración a que suprimía al menos algunas Comunidades, y luego añadió para terminar: «Porque si el Gobierno me propone la supresión de un convento, votaré la supresión de un convento; si me propone la supresión de un fraile, votaré la supresión de un fraile». Por lo demás, la mayoría fue suficiente y los conventos quedaron suprimidos, pudiendo con verdad decirse que sus bienes sirvieron muy principalmente para la expedición de Crimea.

Seguía yo con interés todos estos diferentes negocios, de los cuales daba Pastor Díaz debida cuenta a la Corte, cuando de improviso, una crisis ministerial ocurrida en España, vino a sacarme de Turín. Teníamos nuevo Ministro de Estado, el cual era el General Zavala, a quien había yo conocido en Velletri y luego en Madrid. Vino a Italia con el General Córdoba, mandando la caballería del pequeño ejército que enviamos en socorro del Papa, y recuerdo que la primera vez que le vi me llamó la atención por su aire taciturno y grave. Era de los que se mostraban entonces más disgustados por la forzosa inacción en que se hallaban nuestras tropas. Vile después en España y me trató con afecto. Al ocupar el Ministerio en la época de que estoy ahora hablando, tenía, según parece, el deseo de dar un puesto de primer Secretario de Legación a un antiguo amigo suyo, llamado Don Fernando de Souza, hermano del Marqués de Guadalcázar y diplomático antiguo, de

quien he hecho ya mención al hablar de mi primera visita a París, el cual era sumamente instruido e inteligente, mas de manos tan rotas que había dejado deudas en todas las capitales donde le mandaban. Turín era casi la única en la cual era persona nueva, y por eso tenía empeño en ser nombrado para ella. Hízolo así Zavala; pero como me conocía personalmente y no quería cometer una injusticia conmigo, dejándome cesante, decidió trasladarme a Nápoles, donde la plaza de Secretario acababa precisamente de quedar vacante, en virtud de la separación de Don Domingo Ruiz de Arana, sobrino del Duque de Rivas, que era la persona que la desempeñaba.

No me desagradaba, en verdad, este cambio de residencia, a causa sobre todo del clima benigno de Nápoles, que me parecía preferible para la salud de mi familia. Mortificábame mucho, sin embargo, ir a tomar allí el puesto de un compañero conocido y estimable, y me apresuré a hacerlo saber así en Madrid; pero Zavala me hizo contestar confidencialmente que podía aceptar sin el menor escrúpulo, porque de todos modos se veía obligado a separar a Arana, en razón a que la opinión pública le envolvía en el odio de que era objeto su hermano Don José o Pepito Arana, oficial de caballería y uno de los pollos o jóvenes más elegantes de la Corte, a quien habían tenido un día por favorito de la Reina y llamaron por esta razón el Pollo regio. Y había sido tal la ojeriza de los liberales contra aquel aristocrático oficial, que su valimiento y la influencia reaccionaria que le suponían fueron enumerados el año 54 entre los motivos o pretextos del pronunciamiento de O'Donnell.

Salí, pues, de Turín un año después de mi llegada, y no obstante que iba muy contento a Nápoles, sentí dejar aquella residencia, donde tenía un amable jefe y varios buenos amigos. Además, en Turín se vive bien: la sociedad es agradable, los teatros divertidos, la cocina excelente. Hallan los gastrónomos en aquella ciudad ciertas trufas blancas, que sólo son inferiores a las famosas de Perigord. Hacen también allí bombones exquisitos, especialmente los de chocolate. Si los hubiesen conocido Berchoux y Brillat Savarin, no hubieran dejado de alabarlos, el uno en su elegante poema y el otro en su ameno libro.

XLVII.
Nápoles, de 1855 a 1858.

Viaje de Turín a Nápoles.—Estragos que hacía el cólera en Italia.—Visito a Florencia.—Leo allí La Cabaña del Tío Tom.*—Descanso en Siena.—Su catedral admirable.—La Santa Catalina de Razzi.—Detención forzosa en Roma.—Conozco allí al después célebre Don Antonio Cánovas del Castillo.—Cualidades e imperfecciones de este hombre de Estado.—Llegada a Nápoles.—Placer que me causa su vista.—Me presento a mi nuevo jefe Don Salvador Bermúdez de Castro.—Pesar que tuvimos los dos por la muerte de mi predecesor Arana.—Empiezo a describir a Nápoles.*

El viaje que emprendí desde Turín a Nápoles no fue fácil ni tranquilo. En primer lugar no viajaba ya solo. Llevaba conmigo a mi mujer y dos niñas pequeñas que llamaré, usando el lenguaje poético de San Clemente Alejandrino, las primeras flores de mi matrimonio; y por no exponerlas a la incomodidad de un pasaje marítimo en una estación ya avanzada, escogí la vía de tierra. Además, como el ferrocarril terminaba entonces en Génova, tuve que atravesar toda la Italia en una diligencia que ocupaba casi entera con mi familia. En fin, añadióse a esto que el cólera estaba haciendo a la sazón grandes estragos en aquella península, de modo que iba lleno de temor por la salud de tantos seres queridos.

La Europa, visitada por la peste durante la Edad Media, había vivido cerca de dos siglos sin otras enfermedades que las ya bastante numerosas y temibles que afligen al linaje humano desde el principio del mundo, cuando en el primer tercio de la pasada centuria se vio acometida por esta nueva, llamada cólera morbus, la cual, procedente de las regiones malsanas del Asia, ha causado ya por tres veces grandes y temerosas mortandades. Consiste en un cólico muy violento, acompañado

de fuertes calambres y vómitos, que quitan la vida en muy pocos días. En el año 55 hizo multitud de víctimas en el Mediodía de Europa, y en Italia empezó por Nápoles y se extendió después por todas sus diversas regiones. En Florencia, donde me detuve para visitar a mi amable suegra madama Mac Donell, había frecuentes casos de él, y yo mismo tuve que recurrir a ciertas gotas, que creo eran de láudano, porque sentí sus primeros asaltos. Dijéronme también que la distracción era un preservativo excelente, y en su virtud me dediqué a leer novelas, empezando por una que estaba entonces muy de moda y se intitula *La Cabaña del Tío Tom*. Está bellamente escrita por una señora americana, nombrada Misis Beecher Stowe, y tenía por objeto defender la causa de los esclavos de su país, pintando con los más vivos colores los males que padecían en los Estados del Sur, la bárbara indiferencia con que eran vendidos, separando a los maridos de las mujeres y a los hijos de las madres, y la crueldad de los castigos a que los condenaba muchas veces el carácter brutal de algunos amos. Probaba la autora que todos estos sufrimientos son como inherentes a la institución misma de la esclavitud, porque el hombre que se encuentra dueño absoluto de otro, rara vez deja de convertirse en su tirano: verdad tan antigua como el mundo, en cuya confirmación recordaré que, según nos lo refiere Plutarco, el mismo Catón, el hombre más virtuoso de Roma, tenía la crueldad de vender sus esclavos cuando llegaban a la vejez.

La novela de Misis Stowe tuvo un éxito tan extraordinario que no se hablaba por el momento de ninguna otra, y en los Estados Unidos fueron vendidos 200.000 ejemplares de ella, en el espacio de seis meses, y medio millón en Inglaterra. Leíanlo no sólo las señoras, sino también los hombres más serios y ocupados, y a mí me la recomendó nada menos que el Duque de Casigliano, Ministro de Negocios extranjeros del Gran Duque de Toscana. Todos se interesaban en la suerte del virtuoso Tío Tom, víctima de la brutalidad de su amo; todos simpatizaban con la inocente y generosa Evangelina. Y el influjo de aquel libro fue tan universal y tan grande como los discursos de Wilberforce a principios del siglo; no habiendo exageración en asegurar que contribuyó poderosamente a preparar la opinión de los americanos para realizar al fin las doctrinas del Evangelio, aboliendo la esclavitud. La autora pudo jactarse de haber hecho más para ello con su elegante pluma que muchos hombres eminentes con sus artículos y arengas. Honor, pues, a Misis Stowe y viva eternamente su nombre en la memoria de los esclavos redimidos y en la de todos los corazones cristianos y generosos.

De Florencia pasamos a Siena, donde nos detuvimos dos días para ver lo más notable que contiene aquella ciudad, situada pintorescamente en lo alto de los Apeninos, rival de Florencia y agitada, como ella, durante la Edad Media, por facciones de nobles y plebeyos; tomada también por Carlos V, que la poseyó algunos años, y cedida al fin por Felipe II a Cosme de Médicis a cambio de las sumas bastante crecidas que había prestado este Duque a su padre para las guerras de Italia.

La catedral, toda de mármol, es el edificio más notable de aquella ciudad. Hecha en el siglo XIII, es de estilo gótico; pero conserva todavía la cúpula bizantina y se halla adornada de mármoles blancos y negros, que forman alternativamente listas y dan mucha ligereza a sus muros. El piso de mosaicos, ejecutado más adelante por Beccafumi, es asimismo hermoso. La fachada también del siglo XIII, como la iglesia, es muy linda, y sus miembros arquitectónicos tienen tanto relieve, que hacen reinar en ella una vida y movimiento rara vez advertida en las demás de su misma especie. No tiene en este punto más rival que la fachada de la catedral de Orvieto, gótica también y de una peregrina belleza.

En la sacristía, que llaman biblioteca, porque contiene una magnífica colección de libros de coro, adornados de preciosas miniaturas, hay unos frescos, cuya armoniosa composición y hermoso color causan mucho placer. Representan la historia del célebre Papa Eneas Silvio Piccolomini o sea Pío II, su asistencia a un Concilio, sus Embajadas y el viaje que hizo a Ancona para promover una nueva cruzada. Son debidos al pincel de Pinturicchio, condiscípulo de Rafael, quien le suministró sin duda para ello algunos cartones, pues hay diversas figuras que recuerdan mucho el estilo de aquel divino maestro.

Hay también otras cosas muy notables en Siena, tales como el Palacio público, la plaza llamada del Campo, donde se celebran por la Asunción unas famosas corridas de caballos, y el Palacio Buonsignori, de estilo gótico muy puro. Aunque menos famosa, tuvo asimismo aquella ciudad una escuela de pintura y escultura cual Florencia. Guido, dicho el antiguo, imitó bien a los bizantinos, y Duccio logró emanciparse de ellos, como Cimabúe. Simone Memmi fue el Giotto de Siena, y a él debemos el retrato más auténtico de Petrarca, de quien era grande amigo, y también el de la hermosa Laura. Los hermanos Lorenzetti pintaron igualmente con mucho talento en aquella edad primitiva. Por fin, Jacobo de la Quercia fue allí otro Donatello.

Pero la obra de arte que más sorprende en Siena, fuera del Duomo, es un fresco de Bazzi, que se halla en la iglesia de Santo Domingo y representa un arrobamiento o desmayo de la célebre Santa Catalina, la cual nació y vivió en aquella ciudad y fue la Santa Teresa de Italia, con la añadidura de haber tomado mucha parte en la política de su tiempo, sosteniendo al Papa Urbano contra las pretensiones de su competidor Clemente y escribiéndole a su mismo Pontífice preferido ciertas cartas que no dejan de tener sal y pimienta.

Era Bazzi un piamontés, discípulo de Leonardo de Vinci y pintor de suma habilidad, especialmente para retratar la belleza humana, como lo prueban, entre otras producciones suyas, las bodas de Alejandro y Roxana, que están en la Farnesina. En el fresco de Siena ha representado a la Santa en el momento de desmayarse, cual la esposa de los cantares, cuando exclamaba: «sostenerme con flores, porque me muero de amor». A ella la sostienen los brazos de otras dos religiosas, que forman un grupo admirable. Es una de esas pinturas que clavan al espectador delante de ellas, porque siente al contemplarlas un placer que nunca se acaba. Lástima grande que el carácter extravagante de Bazzi desdorase sus buenas cualidades. Baste decir que él mismo se dio el apodo de Sodoma, como para hacer gala de sus infames costumbres. Cuentan de él multitud de anécdotas de todas clases; pero sólo mencionaré, como muestra, una que no deja de tener algún interés para nosotros. Dicen, pues, que en una ocasión fue insultado y maltratado por un soldado español de los que guarnecían a Siena en tiempo de Carlos V, y que ansioso de vengarse, le hizo descubrir y castigar, pintando de memoria su retrato.

Llegados a Roma, vime obligado a detenerme allí más tiempo del que pensaba, porque de repente cogió el cólera la niñera de mis hijas, y después de varios días de enfermedad, tuvimos el sentimiento de perderla. Pasamos asimismo muy malos ratos por el temor del contagio, y aunque procuré distraer a mi mujer, haciéndole ver las maravillas de aquella ciudad, estuve siempre con el recelo de que ella o mis hijas pudiesen caer enfermas. Ni pude visitar tampoco a mis antiguos amigos.

Antes de dejar aquella capital tuve el gusto de conocer en ella al insigne orador y publicista Don Antonio Cánovas del Castillo, entonces todavía joven, el cual me recibió con mucho agasajo. Empezaba en aquel tiempo su carrera; pero si hubiese consultado, como Cicerón, a la Pitonisa, también a él le hubiera dicho, que andando el tiempo desempeñaría los más altos puestos de su patria. Por el momento ejercía el de Encargado de negocios, ocupando en su virtud el Palacio de España. Había sido enviado a Roma para solicitar que la Santa Sede permitiese la venta de todos los bienes que todavía le quedaban a la Iglesia española, porque nuestro gobierno, escaso de recursos y esperando procurárselos por este medio, proclamaba el principio revolucionario de una completa desamortización, a la manera de los jacobinos de Francia, en vez de limitarse a disminuirla, como han hecho los reformadores de Inglaterra y Austria. La negociación era difícil y Don Antonio Cánovas no adelantó mucho en ella, dejando la gloria de terminarla felizmente a su sucesor Don Antonio Ríos Rosas, no por ser más hábil, sino porque la Santa Sede, amenazada por los revolucionarios, creyó al fin conveniente ganar el apoyo y amistad de España.

Entre tanto hacía Don Antonio Cánovas su aprendizaje de diplomático y adquiría conocimientos poco comunes entre nuestros hombres públicos, a los cuales hacen pasar de golpe desde la redacción de un periódico o los escaños del Congreso al desempeño de una Legación o de un Ministerio. Cánovas tuvo la gran ventaja de educarse, por decirlo así, progresiva y

prácticamente. Primero fue periodista bajo la dirección de Pacheco, después diplomático, Gobernador civil y Subsecretario con sucesivos gobiernos; por último, Diputado a Cortes y Ministro de la Corona. En todas partes se distinguió; por doquiera sobresalió y brilló. Su físico no prevenía en su favor: bajo de cuerpo y grueso, con nariz abultada y ojos pequeños, provistos de quevedos, era no sólo feo, sino también de aspecto poco atractivo. Sin embargo, cuando hablaba y se animaba, adquiría su rostro una grande expresión, y si quería hacer uso de su gracia malagueña, se convertía en un hombre muy agradable. El bello sexo, supremo juez en esta materia, le encontraba muy de su gusto, y se casó dos veces, y siempre, como Pacheco, con mujeres bonitas, y no sólo bonitas, sino ricas. En la mocedad y durante la viudez mostróse galanteador y mujeriego; como casado fue un marido ejemplar.

En talento y buen sentido se parecía a Pacheco y aun le superaba. Su extensa memoria, grande erudición y elocuencia persuasiva, le hacían el primer orador de España en el presente período. Era, sobre todo, excelente para descubrir los principios fundamentales de cualquier asunto y exponerlos de una manera clara y precisa. En carácter era asimismo un Pacheco perfeccionado, porque tenía más firmeza que él y un poco más de odio a los desórdenes ajenos. Con todo, muchos hubieran deseado que fuese todavía más severo en la elección de sus asociados y agentes.

Como escritor ocupaba también Cánovas un rango muy elevado. Poseía admirablemente la lengua, y su estilo era elegante y claro. Faltábale solo, en mi sentir, un poco de amenidad, pues si se exceptúa su biografía del *Solitario*, en todas sus demás producciones peca un tanto de seco. Tenía más razón que imaginación, y además creo yo que hacía un estudio particular, lo mismo cuando escribía que cuando hablaba en las Cámaras, de ocultar su gracia andaluza, hasta tal punto que no se comprende cómo un hombre, el cual podía ser tan ocurrente en la conversación particular, era tan árido cuando se dirigía al público. Nunca sacrificó a las gracias. Rara vez usaba de esos símiles e imágenes que hacen tan agradables los libros de Macaulay o Sainte Beuve, y los discursos de Disraeli y Gladstone.

Como Ministro fue Cánovas activo y laborioso, y su vasta mente abrazaba todos los ramos del gobierno, no solamente en su conjunto, sino también en sus menores detalles. Por fin, en la energía recordaba a Narváez, aunque por desgracia tenía también algo de su mal genio y de su espíritu obstinado y soberbio. Pero de todos modos y a pesar de las imperfecciones que en él se advertían, ha sido, en opinión general, uno de los hombres de Estado más notables de Europa y el primero entre cuantos han gobernado a España en el último tercio de este siglo. Más adelante tendré ocasión de mencionar los grandes servicios que prestó a nuestro país como Presidente del Ministerio y jefe del partido conservador.

Tardábase entonces un día para ir de Roma a Nápoles, y llegamos a esta última ciudad en hora tan tarda que no pudimos formar idea de su belleza. Pero a la mañana siguiente, cuando abrimos los balcones que daban al golfo y se ofreció a nuestra vista aquel mar tan azul, aquel cielo tan puro y aquel variado caserío, situado pintorescamente sobre verdes y risueñas colinas, experimentamos una sensación indescriptible. Ver a Nápoles y morir, dice un antiguo adagio: yo digo más bien, ver a Nápoles y volver a verle, y así lo he hecho por tres veces, y la última hace pocos años.

Según lo exigía mi deber, fui luego a presentarme a mi nuevo jefe, el cual era Don Salvador Bermúdez de Castro, el mismo que, según lo he referido en otro capítulo, contribuyó tanto a mi entrada en la carrera, y a cuyas órdenes fui el año 45 como agregado a la Legación de Méjico. Tuve, pues, mucho placer en verle y él también lo mostró en volverme a tener a su lado. Pero nuestra satisfacción no pudo ser completa a causa de un desgraciado suceso acaecido pocos días antes de mi llegada, y que nos ocasionó a los dos una grande pesadumbre. Arana, el Secretario a quien yo iba a reemplazar y que no se había movido aún de Nápoles, acababa de morir allí víctima del cólera. Según me refirió Bermúdez, el ataque fue tan terrible que ni su juventud, ni su robustez, ni los remedios que le prodigaron fueron capaces de salvarle.

Para aumento de nuestra pena hallóse aquella muerte acompañada de circunstancias bastante románticas e interesantes. Contaban los amigos de Arana que éste había retardado su marcha porque

andaba muy enamorado de una actriz del teatro de los Florentinos, la cual era linda y coqueta, y que la casualidad, hábil autora de novelas, había hecho que tuviese por rival a un caballero napolitano, joven también y principal, y que éste ocupase en el teatro una luneta inmediata a la suya. Y no contenta con esto aquella deidad caprichosa, había dispuesto que a poco de morir Arana del cólera, muriese también de la misma enfermedad su desgraciado rival, y, en fin, que ambos fuesen enterrados uno cerca del otro en el cementerio principal de Nápoles, cuya situación a orillas del mar lo hace uno de los más alegres, o mejor dicho, de los menos tristes de Europa. Allí descansan en paz las cenizas de aquellos dos jóvenes, tan cercanos en sus tumbas, que, quien le lleva flores a Arana se las pone también a su rival, y quien reza por el uno, reza después por el otro. La misma tierra los cubre; el mismo sol ilumina sus sepulcros. Quiera Dios que estén ya también gozando juntos de una luz todavía más pura.

Serenados poco a poco nuestros ánimos, pude al fin dedicarme a visitar a Nápoles, tarea bastante larga, en atención a que aquella ciudad es la más extensa y poblada de Italia, contando ya entonces más de seiscientos mil habitantes, y abundando también en ella los monumentos de todas clases. Y mientras más la veía, más hermosa la encontraba. Es como un compendio de lo más bello y más imponente de la creación, puesto que allí se ven campos esmaltados de flores, un cielo sereno y un mar de zafiro, una luna que alumbra como un sol y un sol que mitiga los rigores del invierno, y al lado de todo esto un volcán que después de haber destruido dos antiguas ciudades, pudiera también sepultar un día a Nápoles bajo sus ardientes cenizas. Aseméjase aquella ciudad a la hermosa Andrómeda amenazada por el monstruo, aunque con la diferencia de que ella misma no parece advertirlo ni se preocupa de ello.

Si Lisboa es la señora del Océano y Estambul la dominadora del Bósforo, Nápoles puede llamarse la Reina del Mediterráneo. Desde mi niñez tenía yo la imaginación llena de sus maravillas, porque en mi casa había un hermoso país con una vista de aquella ciudad y del Vesubio; y más tarde me interesaba mucho el acto de la *Fuerza del Sino* que pasa en ella, y la novela de *Estebanillo González* que también la tiene por teatro, y los capítulos de Corina en que se alaba y describe. La *Muta de Portice*, aquella linda ópera del fecundo Auber, que causó una revolución en Bruselas y fue prohibida durante muchos años por todos los gobiernos mal seguros, me inspiró asimismo mucha simpatía por la patria de Masanielo. ¿Y qué español hay que no tenga presentes desde muchacho las hazañas que allí realizaron nuestros héroes de otros tiempos? Apréndenlas los jóvenes y no las olvidan los viejos. Siempre recuerdo que estando yo estudiando en Sevilla, fui un día a visitar a la Marquesa de Castilleja, y habiendo notado que el anciano portero, armado de antiparras, estaba muy absorto en la lectura de un tomo en folio, tuve la curiosidad de averiguar de qué trataba aquel librote y vi que era la *Vida del Gran Capitán*. Porque todavía en aquella época se leían más esta clase de libros que los periódicos y las obras de pasatiempo que ahora son preferidas, y el nombre del Gran Capitán estaba en boca de todos, así como sus famosas cuenta. Mi buena madre solía aludir a ellas cuando al volver a Cádiz, de vacaciones, le presentaba las mías sobre los gastos de Sevilla.

Pero digamos ya algo de las muchas cosas bellas que en Nápoles se admiran. Difícil es escoger, porque sucede allí lo mismo que en Lisboa y Constantinopla, que todo parece incomparable a causa del sitio en que está colocado y del escenario que lo circunda. El aspecto de Nápoles tiene poco de antiguo. La época romana está representada fuera de la ciudad, en las ruinas de Pompeya y en las de Baia y Cuma. Allí iban a solazarse las familias ricas de Roma, como van ahora los franceses a Niza y los rusos e ingleses a las ciudades de la cornisa. Entre Baia y Cuma estaba la quinta suntuosa de Lúculo y la más modesta de Cicerón, y las de Pisón y Sila. Cerca de allí habitó más tarde el desdichado Rómulo Augústulo, último Emperador de Occidente, cuando fue despojado de la corona por el bárbaro Odoacro y se contentó con vivir cerca de Roma, a la manera que el Duque de Aumale, hijo del destronado Luis Felipe, se contentó con vivir en Chantilly, no lejos de París.

De la Edad Media no hay nada comparable con lo que se conserva en Florencia o Venecia. Algunas iglesias, algunos castillos, y el arco de triunfo de Alfonso de Aragón, son los únicos

edificios que datan de aquel tiempo. Lo que más abunda es lo moderno, y la ciudad toda tiene una fisonomía que la distingue de las demás de Italia, y que en vez de ser francesa como la de Turín y Milán, es más bien española. Las calles principales con sus grandes caserones y balconaje de hierro recuerdan mucho las de Valencia y Sevilla. Y no hay en esto nada de extraño, pues que entre todas las dominaciones que ha sufrido Nápoles, ninguna ha durado tanto como la nuestra, que empezó en Sicilia el siglo XIII, en Nápoles el XV, y ha durado, con pocas interrupciones, hasta el reinado independiente de Carlos III, o sea cuatro siglos. Y este último Soberano dejó también allí una huella que perpetúa su ilustre memoria y la de la dinastía a que prestó tanto brillo con su ilustración y noble carácter.

XLVIII.
Nápoles, de 1855 a 1858.

*Palacios Reales de Nápoles.—Arco triunfal de Alfonso V en Castel Nuevo.—Capo di Monte.—Caserta.—Palacios de la Nobleza.—Catedral y Capilla de San Jenaro.—Santa Clara y los Anjous.—Santo Domingo y los aragoneses.—La tumba de Don Pedro de Toledo en Santiago.—Recuerdos que despierta la plaza del Carmen.—*Piedad *de Ribera en la Cartuja.—Museo Borbónico.—El* Toro farnesio.*—El* Mercurio *en reposo.—Vasos campanios y etruscos.—Frescos sacados de Pompeya.—Cuadros modernos.—La* Virgen del Amor divino *de Rafael.—La* Gitanilla *de Correggio.—La* Sublevación de Masanielo*, pintada por Micco Spadaro.*

Numerosos son los Palacios que poseía el Soberano de Nápoles. A la orilla del Mediterráneo el llamado Castel Nuevo, que reemplazó a otro muy viejo y lo es ahora a su vez. Ejecutólo Nicolás de Pisa para Carlos de Anjou, y flanqueado de gruesas torres, tiene el aspecto gótico y sombrío. En su patio principal se eleva el arco de triunfo de Alfonso V de Aragón, trazado por el milanés Pietro de Martino, obra notable del Renacimiento, cuyos bajos relieves representan la guerra que sostuvo el hijo de aquel Rey con los barones rebeldes. En aquel recinto fortificado se refugió y vivió el desgraciado Duque de Arcos los ocho meses que duró la rebelión comenzada por el pescadero Masanielo y continuada por el Duque de Guisa.

Igualmente cerca del mar está el Palacio moderno, construido por Domenico Fontana, cuyas dimensiones no son muy grandes; pero la circunstancia de hallarse rodeado de terrazas adornadas de naranjos, que bajan hasta la orilla del agua, le dan un aspecto muy alegre. Hay en sus salas algunas pinturas, entre otras un hermoso retrato de Alejandro Farnesio, debido al pincel de Tiziano.

En una colina, que domina la ciudad, se halla el sitio Real de Capo di Monte, pequeño y de poco mérito arquitectónico, pero contornado de un bosque muy ameno y disfrutando de vistas sorprendentes.

Al Sur de la ciudad, en Portici, hizo levantar Carlos III otro Palacio, que por estar situado en lo más pintoresco del golfo y arrimado a risueñas colinas, posee grandísimo encanto. Allí residió Pío Nono todo el tiempo que permaneció en Nápoles.

Finalmente, a poca distancia de la ciudad se alza otro en Caserta, que es uno de los mayores y más bellos que existen en Europa. Construyólo, por orden también de Carlos III, el célebre Vanvitelli, hijo del pintor holandés Van Witell; pero nacido en Nápoles y tenido en aquella época por uno de los mejores arquitectos. No es todo excelente en aquel Versalles napolitano; mas la amplitud de sus escaleras, la hermosura de sus numerosas salas, y el pintoresco parque colocado a su espalda, hacen aquel edificio digno de su gran fama. Ha sido la residencia favorita de los Monarcas napolitanos desde su fundador hasta el desventurado Francisco II.

No abundan en Nápoles los buenos Palacios de particulares. Compruébase allí lo que he dicho ya hablando de Madrid, que la Monarquía absoluta no es tan favorable para la arquitectura privada como la oligarquía, observándose que donde no ha habido Reyes, como en Roma, Génova, Venecia

y Florencia, han edificado los nobles muy bellos palacios, mientras que donde los ha habido, escasean o son de poco mérito. Así sucede en Nápoles. Existen allí muchos caserones, a los cuales dan el pomposo nombre de tales; pero no hay más que uno que pueda compararse con los de las otras capitales de Italia, y es el de Gravina, edificado por Gabriel de Agnolo para Fernando Orsini, Duque de aquel nombre, el cual, según la inscripción que se lee sobre la portada, lo elevó «para sí, para los suyos y para todos sus amigos».

Tampoco existen en Nápoles iglesias muy bellas. Son sí numerosas, casi más que las casas de los nobles; pero tienen poco valor artístico. En general han sido reconstruidas en épocas de decadencia, y por sus altares dorados, adornos de mal gusto y santos vestidos como muñecos, recuerdan las más comunes de España. Hay, con todo, algunas excepciones. La Catedral, construida con restos de dos antiguos templos paganos, encierra cosas notables, principalmente el sepulcro de Carlos de Anjou y la Capilla de San Jenaro. El hermano de San Luis, que tan poco se le parecía y que manchó su conquista de Nápoles con el asesinato de Coradino, está bien caracterizado en aquel monumento, que le representa feroz y altivo. La capilla del santo patrono de Nápoles es rica de mármoles y contiene cuadros muy hermosos de Dominiquino, Ribera y aquel Stanzioni, que tan bellamente imitaba a Tiziano.

Santa Clara es elegante. Fue reedificada en la Edad Media por cierto Masuccio, arquitecto napolitano, y cubierta de bellos frescos por el florentino Giotto, que vino a Nápoles, llamado por el Rey Roberto, el cual protegía las ciencias y las artes y se jactaba de preferir el cultivo de las letras a la posesión de su corona. En aquel templo está su enterramiento, labrado por Masuccio, y también el de los demás soberanos de la dinastía de Anjou, incluso Juana I, la María Estuardo del siglo XIV, que se casó con Luis de Tarento, asesino de su primer marido. Santa Clara ha sido asimismo panteón de los Monarcas Borbones, bastante menos sanguinarios que los Anjous, y allí está entre ellos la Reina Cristina de Saboya Cariñan, primera mujer de Fernando II, la cual murió con reputación de santidad y es ya invocada por los menesterosos, que van a deponer sobre su tumba ramos y coronas de flores.

Santo Domingo el Mayor, pintado y restaurado con colores muy chillones, es, esto no obstante, un templo gótico bastante lindo. En su sacristía se hallan depositados los ataúdes de los Reyes aragoneses, colocados en el suelo, como lo están los de la familia de Habsburgo en la cripta de los Capuchinos de Viena; manera de conservar los muertos que no me parece muy respetuosa. Encuéntrase también allí el sepulcro del Marqués de Pescara, vencedor de Pavía y notable, tanto por sus talentos militares como por la fidelidad que guardó a Carlos V, a pesar de haberse visto expuesto a las mayores tentaciones cuando todos los Príncipes de Italia, incluso el Papa, le ofrecían la corona de Nápoles. En el claustro de aquel convento se halla el aula donde el célebre Santo Tomás de Aquino daba lecciones de teología, y no obstante que han transcurrido desde entonces tantos siglos, es imposible penetrar en ella y contemplar su cátedra de madera, vieja ya y carcomida, sin sentirse poseído de un respeto involuntario, como si el mismo venerable doctor estuviese allí presente.

Hay en Nápoles, como en Roma, una iglesia española con la advocación de Santiago, y en ella está enterrado el famoso virrey Don Pedro de Toledo, a quien debió tantos embellecimientos aquella ciudad italiana. El sepulcro que le cubre, obra del napolitano Juan de Nola, es sumamente hermoso y pudiera atribuirse a Donatello o Ghiberti.

El Carmen es un templo de mal gusto, pero que recuerda sucesos muy interesantes. En la plaza a que da frente fue decapitado el joven Coradino, último de los Hohenstaufen, cuyo suplicio, después de un simulacro de enjuiciamiento, tuvo todo el carácter de un asesinato jurídico, y comienza la serie de los más odiosos que han visto sucederse las edades modernas, a pesar de los progresos de la cultura. En el siglo XIII tuvo lugar éste tan horrible de Coradino, en el XIV el de los Templarios, en el XV el de Juana de Arco, en el XVI el de María Estuardo. Sigue en el XVII el de Carlos I de Inglaterra, y en el XVIII el de Luis XVI. En fin, en nuestro siglo mismo han sido asesinados de la misma lamentable manera el Duque de Enghien y el Emperador Maximiliano de Méjico.

En aquella plaza tuvieron también lugar las más sangrientas escenas de la sublevación de Masanielo, y en el claustro de la iglesia murió este notable tribuno a manos de sus mismos compañeros, cansados ya de su orgullosa tiranía. El arcabucero Jenaro Annese, uno de sus sucesores, hizo la última resistencia en un torreón allí cercano.

En un barrio apartado por donde rara vez pasa hoy día la gente de buen tono, pero que en la Edad Media era uno de los puntos mejor habitados de la ciudad, existe otra antigua iglesia, denominada San Juan Carbonara, la cual fue construida por el mismo arquitecto Masuccio, que reedificó a Santa Clara, y merece la pena de visitarse por ver en ella el mausoleo del Rey Ladislao de Durazzo, héroe del siglo XV, quien, aprovechándose del cisma de Occidente, llevó sus armas victoriosas hasta los confines de Lombardía. Su pariente Luis de Anjou, excitado por los florentinos, le detuvo en su carrera de conquistas con ayuda del célebre condotiero Braccio di Montone; pero su memoria vivió mucho tiempo entre los napolitanos. El escultor Ciccione, el más notable de aquella época en Nápoles, dio muestras de grande originalidad en aquella obra, pues no sólo le representó a caballo, sino que le puso en la actitud resuelta y orgullosa que convenía a su carácter y a sus hazañas. Vese que le retrataba poseído de admiración y entusiasmo.

Hay también allí otro sepulcro del mismo Ciccione, que contiene los restos del Conde Caracciolo, favorito de Juana II, la cual no fue menos licenciosa que la primera, y si aquella se parecía a María Estuardo, porque se casó con el asesino de su marido, ella tiene semejanza con Isabel de Inglaterra, puesto que hizo matar a su amante. Porque estos favoritos de reinas suelen tener un fin trágico, los unos por orden de sus mismas Soberanas, como Essex, Caracciolo y Monaldeschi, los otros a manos de sus enemigos, como Struensee y David Riccio.

Quédame aún por mencionar otra iglesia, la cual es la más hermosa de todas. Aludo a la Cartuja de San Martín, situada en un alto cerro desde donde se disfrutan magníficas perspectivas. Todo es allí notable; el templo de estilo corintio, las pinturas y el claustro. Si algo se puede criticar en ella es la excesiva riqueza de mármoles, aunque no es mayor que la que se nota en la Cartuja de Pavía, joya también, como ella, de la religión y del arte. Los frescos de Lanfranco en la cúpula y las capillas colocan a este pintor de segundo orden al lado de los más grandes. Los cuadros de Stanzioni se pueden tomar por obras de Tiziano. Pero la perla de sus perlas es la *Piedad* de Ribera. En aquel admirable lienzo no es este artista el pintor algo monótono de penitentes y descarnados San Jerónimos, sino un nuevo Rafael en la representación patética y sublime del dolor de la Virgen María. No puede decir que conoce todo el mérito de Ribera quien no le haya visto. Muchas veces subía a pie la agria cuesta que allí conduce, sólo por contemplar un buen rato aquella maravilla.

Mucho más notables que los palacios y las iglesias es en Nápoles el Museo, llamado Borbónico, empezado a reunir por Carlos III y continuado por sus sucesores. No debería llamarse el Museo, sino los Museos, porque contiene tres o cuatro de ellos en un solo edificio. Hay allí estatuas antiguas, vasos etruscos y griegos, pinturas antiguas y modernas, y la colección de todos los objetos que han sido hallados en Pompeya. No basta un día ni aun dos para tomar siquiera una idea de tantas cosas admirables. Empecemos por las estatuas, de las cuales hay un pueblo, como en Roma, porque si bien Nápoles mismo no las proporciona, tiene a su lado tres como minas de donde puede sacarlas, que son Herculano, Pompeya y Stabia. Además Carlos III heredó de su madre la magnífica colección farnesia que se hallaba antes en Roma y que hizo transportar a sus Estados. El mérito de aquella reunión de obras maestras es casi igual a las del Vaticano y Capitolio, y si Roma se ufana con el *Lacoonte* y el *Apolo*, Nápoles se enorgullece con el *Toro Farnesio* y la *Venus Calipiga*. Una cosa es peculiar de Nápoles, y es su colección de estatuas ecuestres de primer orden. Son todas de la familia Balbo y muestran aquel tipo del caballo que se considera más perfecto de todos, el que describió Virgilio; el que idealizó Fidias en el friso del Partenón, de pequeña cabeza, pecho muy ancho y piernas sumamente finas. Los del Museo Borbónico, no sólo son bellos, sino que parecen vivos.

El *Toro famesio* es asimismo una novedad que no posee Roma, porque no es una sola estatua, sino un grupo colosal de cinco de ellas, una escena animada, en que se representa la fábula de

Dirce, atada a un toro por los hijos de la vengativa Antiope. Hay además, en Nápoles, una *Venus de Capua*, que es casi tan hermosa como la de Milo, con la ventaja de que no le faltan, como a ésta, los dos brazos, y una *Flora*, que no por ser colosal, es menos graciosa. Tiene también un *Hércules de Glicon*, que a mí no me agrada demasiado, porque la representación de la fuerza material, por perfecta que sea, me parece siempre antipática; pero que indudablemente es una obra magnífica. En fin, las dos ciudades pueden rivalizar en punto a esculturas y las solas estatuas que en todo caso inclinarían la balanza en favor de Roma serían el grupo de *Lacoonte*, honor de la escuela de Rodas, que expresa con patética verdad un dolor inmenso, y el *Apolo de Belvedere*, a quien califica Winckelman del más sublime ideal del arte.

Numerosa, más numerosa también allí que en ninguna otra parte, es la colección de estatuas de bronce, entre las cuales descuellan el *Mercurio* en reposo, imitado por Thorwalsen, y el *Sátiro borracho*. Últimamente se ha descubierto en Pompeya un *Narciso*, también de bronce, con la cabeza inclinada y la mano en la cintura, que puede competir con ellos y cuya posición tiene una elegancia incomparable. Suelen sostener los escultores modernos y yo se lo he oído decir muchas veces, que una de las dificultades con que combaten es que ya los antiguos agotaron todas las actitudes posibles. Pero descúbrese de cuándo en cuándo alguna otra estatua, y se ve en ella, como en esta de Narciso, una cosa enteramente nueva y más graciosa, si es posible, que las hasta aquí conocidas. Y es que las actitudes son inagotables y que lo que les falta a los modernos para poder hallarlas es el sentimiento de la belleza plástica y el calor de la fantasía que tenían los antiguos.

Vence igualmente el Museo de Nápoles a los demás de Europa en el número y calidad de sus ricos vasos etruscos, campanios y griegos. Posee varias salas llenas de ellos y de todas épocas y formas, y adornados con figuras de una hermosura exquisita. No se ve en ellos más que dos colores, que son generalmente el rojo y el negro; no existe allí claro obscuro; triunfa sola la línea; pero esta línea es de una perfección y de una elegancia que pasman.

Los frescos antiguos son también una especialidad de Nápoles. En Roma existen algunos hallados en las Termas de Tito, pero en Nápoles hay más de ciento, arrancados de las paredes de Pompeya, y poseen un interés grandísimo. Su vista completa casi el conocimiento que nos faltaba de la pintura griega y romana. No son más que copias, ejecutadas por artistas de segundo orden para las habitaciones de una pequeña ciudad de provincia; pero bastan para darnos una idea de la manera cómo los antiguos pintaban y componían. Vese muy bien que su pintura estaba inspirada por su escultura, y que triunfa en ella la sabia disposición de las figuras y la belleza del dibujo; mas no tienen la misma perfección en perspectiva, expresión y colorido. Los asuntos que trata son de todos géneros: mitológicos, históricos, domésticos y aun satíricos. La despedida de Aquilos y Briseide es una de las composiciones que más se admiran.

Es también notable la que representa una linda joven, la cual enseña a sus amigas un nido de amorcillos. La hermosura y la gracia de todas las figuras y el ingenuo interés con que contemplan aquellos seres tan amables como peligrosos, suspende a quien lo mira. Algunos modernos han tenido la feliz idea de imitarla, entre ellos el famoso Thorwalsen en uno de sus bajos relieves.

De las pinturas antiguas pasemos a las modernas y hagámoslo sin temor, porque si bien no están tan sabiamente dibujadas, tienen, sin embargo, la ventaja de la expresión y del colorido. Anima también a la mayor parte de ellas un sentimiento religioso, desconocido de los antiguos, los cuales temían y veneraban a los seres superiores, mas no pensaban en amarlos. Séneca dice que a nadie se le puede ocurrir la idea de amar a los dioses. Cuya diferente manera de sentir inflige poderosamente en la manera de concebir y expresar la belleza. Además tienen, a mi parecer, los modernos grande superioridad en el claro oscuro y en la perspectiva, tanto lineal como aérea; al menos en lo que cabe juzgar por las pinturas murales a que me refiero.

La colección de cuadros de Nápoles es excelente. No diré que valga relativamente tanto como la de estatuas, de modo que rivalice también en esto con Roma y Florencia, ni que se la pueda comparar con las de Madrid, París o Dresde; pero viene inmediatamente después de estas, y contiene obras de extraordinario mérito. La Sacra Familia de Rafael, titulada del *Amor divino*, es

quizá la primera entre las innumerables que nos ha dejado aquel sublime artista. No está en ella el santo Niño jugando con jilgueros o flores; hace ya oficios de Dios y da su bendición a un bellísimo Juan Bautista, que la recibe con devota reverencia. La Virgen no asiste impasible a aquella tierna escena, sino que junta las manos en ademán de unir sus oraciones a la bendición del Redentor. Santa Ana, la vieja más hermosa que recuerdo en pintura, sostiene con amoroso respeto el brazo levantado de Jesús.

Julio Romano tiene allí también una Sacra Familia; pero desgraciadamente para él hállase colocada junto a la de su incomparable maestro. Más original, más avasalladora en su concepción y más hechicera es una Virgen con el Niño Jesús, debida al famoso Correggio. Llámanla *La Giternilla*, y es la verdad que no tiene nada de divino; es simplemente una muchacha de diez y ocho años, adornada con un turbante, la cual tiene un niño en su falda. ¡Pero qué lindamente está compuesta! ¡Cómo la hace salir del cuadro un vigoroso claro oscuro! ¡Cuánta gracia se advierte en toda su persona! En fin, Correggio es allí, como casi siempre, otra cosa que Rafael, pero otra cosa sumamente bella.

Hay también una hermosa *Magdalena* de Guercino, una *Santa Familia* de Sebastián del Piombo, que pasa por una de sus mejores producciones, y un *San Francisco* de Murillo, de color muy suave y sumamente expresivo. Ni puedo olvidar un magnífico retrato de *Felipe II*, de Tiziano, y un fraile de Rubens sumamente célebre en la historia del arte, porque todo en él es blanco y sin embargo no le falta relieve. Los pintores sinfonistas del día pueden ver allí que no hay nada nuevo en sus supuestas invenciones, y que los cuadros de un solo color fueron cosa posible y conocida de los maestros de antaño, sólo que no abusaron de ella ni la tuvieron por buena en toda clase de asuntos.

Pudiera aumentar mucho esta enumeración de buenos cuadros; pero basta con notar los principales, uno solo añadiré, sin embargo, a causa del interés de su asunto. Es de Domenico Garginoli, comúnmente dicho Micco Spadaro, y representa la plaza del mercado de Nápoles en tiempo de la sublevación de Masanielo. Está en figuritas pequeñas, como las famosas ferias de Callot; pero muy animadas todas ellas y formando diversos grupos que son otros tantos episodios de aquella revolución memorable. Cada energúmeno de los que allí se notan, está estudiado con esmero y se necesita mucho tiempo para examinarlos en detalle. Notable es también una especie de pirámide de ladrillo, que se ve en medio de la plaza, alrededor de la cual hállanse colocadas varias cabezas humanas, como trofeos de las victorias populares, porque aquel enloquecido pescadero, elevado repentinamente por un capricho de la fortuna a una dictadura incontrastable, derramó la sangre a torrentes, y aunque su reino fue de pocos días, puede compararse en crueldad con el de los más odiosos tiranos.

XLIX.
Nápoles, de 1855 a 1858.

Escuela de pintura napolitana.—Carece de originalidad.—Genio apasionado de algunos pintores napolitanos.—Amores del Zíngaro.—Violencias de Corenzio.—Aventuras del Calabrés.—Desórdenes de Salvador Rosa.—Fin desgraciado de Ribera.—Fecundidad de Jordán y Bernini—Colección de objetos hallados en Pompeya.—Visita a aquella ciudad.—Ilusión que causan sus ruinas—Casas de Diomedes y Salustio.—Excursión a Sorrento.—Belleza de aquel sitio.—Islas de Capri e Ischia.—Paseo al Norte de Nápoles.—La Villa Reale.—La tumba de Virgilio.—El camino de Posílipo.—Noches iluminadas por las estrellas.

No necesito decir que en el Museo Borbónico están representados con buenos ejemplares todos los pintores de la escuela napolitana, entre quienes hay varios de un mérito indisputable. Tienen en general buen color, y ostentan composiciones que revelan una gran fantasía. Fáltales, sin

embargo, originalidad, ora sea porque ya Roma, Florencia, Venecia y Bolonia habían perfeccionado, una el dibujo, otra la expresión, la tercera el colorido, y la cuarta el claro oscuro, de modo que nada le quedaba que añadir a Nápoles, o bien dependa esto de que el carácter perezoso de los napolitanos ha encontrado más fácil la imitación que la invención. El hecho es que, a excepción de Ribera y Salvador Rosa, no poseen un solo artista que pueda llamarse original. Tomás de Stefani y los Doncelis siguieron a Giotto y a los florentinos; Andrea de Salerno no pasó de ser un buen discípulo de Rafael; Stanzioni imitaba a Tiziano, Vaccaro a Guido, Spadaro a Callot, el *Calabrés* a Guercino y Jordán a todos.

Otra cosa que caracteriza también a la mayoría de ellos es un genio aventurero y violento. Dominici es el Vasari de Nápoles, y aunque está a cien leguas de su modelo, tanto en el lenguaje como en la doctrina y la gracia con que pinta a sus personajes y examina sus obras, y aunque es demasiado encomiador, como nuestro buen Palomino, su libro da, sin embargo, pormenores interesantes sobre gran número de ellos. Allí vemos que el Zíngaro, por amor a la hija de Colantonio del Fiore, que no quería dársela a otras condiciones, de gitano y calderero se hizo pintor, como el flamenco Quintín Metzis, por la misma razón, de herrero se convirtió en un Apeles, según dice una inscripción que está al pie de su retrato en la galería de los Uffizi de Florencia.

Belisario Corenzio, nacido en Grecia, fue más envidioso que enamorado, y con terribles amenazas hizo huir de Nápoles al Dominiquino y al Guido, y es fama que arrojó al mar al Cesi desde una galera. Mateo Preti, dicho el *Calabrés*, viajó por Flandes, donde conoció y estudió a Rubens, y vuelto a Italia, se prendó del estilo del Guercino, a la vista de su *Santa Petronila*. Díscolo y pendenciero, como Cellini, tuvo que huir de Roma por haber insultado a un alemán, y al fin se refugió en Malta, donde pintó en varias iglesias y fue hecho comendador de la Orden.

Salvador Rosa fue hábil con el pincel, con la espada y con la pluma. Pintó bien algunos cuadros, imitando a Ribera y a Caravagio, y se mostró original en el paisaje, rivalizando con Claudio de Lorena, aunque con diverso estilo, porque éste escogía de preferencia perspectivas amenas y tranquilas, mientras que él se complacía en el horror de bosques y riscos. Su genio arrebatado le llevó a empuñar las armas contra los españoles durante la sublevación de Masanielo, alistándose en la Compañía llamada de la Muerte, capitaneada por su maestro Anielo Falcone. Ambos fueron dignos de que el poeta latino Nicolás los mencionase en su *Parthenope Furens*. La pluma de Salvador fue también acerada y violenta, sobresaliendo en la composición de sátiras políticas, que le obligaron a refugiarse al fin en Florencia.

Ribera, a quien cuentan los napolitanos por suyo a pesar de haber nacido en Valencia, es mucho más simpático. Imita a veces a Caravagio, pero el empaste y brillantez de su colorido y la energía de su claro oscuro le hacen distinguir entre mil. Ganaba cuanto quería, y se burlaba de los alquimistas, diciéndoles que él hacía oro con sus pinceles sin necesidad de alambiques. Vivió con desahogo y aun con lujo, y hubiera conservado aquella felicidad si su carácter vanidoso no le hubiese inspirado la funesta idea de dar una fiesta en su propia casa al segundo Don Juan de Austria, venido a la sazón a Nápoles para reprimir la rebelión de Masanielo. Era aquel Príncipe de gentil disposición y gallarda presencia; mas había heredado las costumbres licenciosas de su padre Felipe IV, y también las de su madre, la célebre cómica María Calderón, sobre la cual compusieron en aquel tiempo una copla que decía:

Un fraile y una corona,
Un duque y un papelista,
Anduvieron en la lista
De la bella Calderona.

Conoció el Príncipe en aquella fiesta a la hija del pintor, la bella María Rosa, y enamorándose al punto de ella, cometió la mala acción de seducirla y robarla de la casa de sus padres. No pudo resistir el sin ventura Ribera el dolor que le causaba la pérdida de su hija y de su honor, y sin duda debió arrojarse al mar, en un momento de desesperación, porque nadie le volvió a ver en Nápoles ni

se supo después su paradero. Probablemente la corriente del golfo le llevaría al alto mar, donde se sepultarían para siempre su cuerpo y su deshonra.

Muy diferente era la índole de Lucas Jordán, exento de celos y propenso a la alegría y a la risa. Acostumbróle su padre a trabajar con rapidez, diciéndole de continuo: *Luca fá presto*, frase que le quedó de sobrenombre, y aunque estudió después con Ribera y Cortona, no perdió la prontitud que había adquirido de niño. Burlábase, cuando fue a Florencia, del cuitado Carlo Dolce, prediciéndole que se moriría de hambre si tardaba tanto en acabar sus obras. Su facilidad era tal que pintó en dos días un gran cuadro de San Francisco Javier predicando a los indios, que está en el Museo Borbónico. El Marqués del Carpió, a la sazón Virrey de Nápoles, exclamó al ver aquel prodigio: «esto lo ha hecho un ángel o un demonio», y le hizo ir a España, donde pintó cosas muy bellas en el Escorial y en Madrid, perjudicando involuntariamente con su facilidad a nuestro Coello, a pesar de que éste tenía también mucho talento, como lo prueban su cuadro de la *Sacra Forma* y otros igualmente notables. Un proverbio italiano que le recordaba siempre su propio discípulo Solimena, dice: *presto e bene airado conviene*; mas esto no rezaba con Jordán, cuya fecundidad en la pintura fue comparada por Jovellanos con la de Lope en escribir comedias. Sin embargo, una gran diferencia existe entre los dos, y es que Lope alcanzó muchas veces el extremo de la perfección, mientras que Jordán no pasó nunca de una agradable medianía.

29.47%

207 Aunque su padre era florentino, Lorenzo Bernini es también contado entre los artistas de Nápoles por haber nacido en aquella ciudad de madre napolitana. Por su imaginación y fecundidad viene a ser en escultura y arquitectura lo que Jordán en pintura, aunque con más talento que él y merecedor por esa razón de que sus contemporáneos le apellidasen un segundo Miguel Ángel. Fueron sus obras infinitas, y si bien pecó a veces de incorrección y mal gusto, no se le puede negar un extraordinario mérito. Hizo los bustos de Luis XIV, Urbano VIII, Carlos I de Inglaterra y otros Príncipes; esculpió santos, erigió iglesias y palacios, y en fin la columnata de San Pedro, que es en mi opinión su mayor título de gloria, porque con ella aumentó mucho la grandiosidad y hermosura de aquella basílica. Critíquesela cuanto se quiera por inútil y redundante, mas el hecho es que San Pedro sin la columnata, sería menos bello. Aquel pórtico circular es como la guirnalda de flores o el collar de perlas que adornan y realzan el mérito de una mujer hermosa, y si Miguel Ángel hubiese vivido aún, es seguro que le habría envidiado tan feliz pensamiento. El biógrafo de Bernidi nos dice que fue culto, rico y feliz.

Pero volvamos otra vez al inmenso Museo Borbónico y examinemos en él la colección de objetos hallados en Pompeya. Ocupan varias salas y son tan numerosos y diversos, que bastan para hacernos ver que los antiguos romanos estaban casi tan adelantados como nosotros y habían ya inventado hasta las cosas que nos parecen más nuevas. Hay allí alhajas muy ricas de oro y plata con un diseño tan original y elegante, que han dado ocasión a que un platero de Roma, nombrado Castellani, inventase con la imitación de ellas un bello estilo de joyería, al cual llaman pompeyano. Hay muebles de bronce, armas, herramientas y utensilios de todas las artes y oficios, instrumentos de cirujano y de dentista, espejos de metal bruñido, cucharas, vasos y ampollas de cristal y marfil, pinturas, colorete y cuanto en fin puede conservarse cubierto de cenizas, incluso frutas secas, pan, queso, pasteles y aceitunas.

Después de haber visto aquellos objetos tan interesantes, nace el deseo de ir a visitar el lugar mismo donde han sido encontrados, que es la ciudad de Pompeya. El viaje era muy fácil, porque había ya un pequeño ferrocarril, el primero construido en Nápoles, que ponía en comunicación la capital con Portici y Castellamare, quedando en su mitad Pompeya. Conocida es la calamitosa historia de aquella ciudad, así como la de las excavaciones, que por fortuna no empezaron allí hasta la época de Carlos III. Y digo por fortuna, porque si hubiesen sido ejecutadas antes, Dios sabe qué suerte hubieran tenido los objetos, únicos algunos, bellos los más, e interesantes todos, que se han hallado en aquel sitio. Reflexiónese solamente que todavía en el siglo XIII destruyeron los

caballeros latinos las estatuas griegas que existían en Constantinopla, y que en el XVII destrozaron los venecianos el Partenón y se sacaron piedras del Coliseo para edificar los palacios de Roma.

El placer que allí se experimenta es uno de los mayores posibles, porque a excepción de los techos, la ciudad está conservada a tal punto que la ilusión es completa, y cuando se pasea por sus calles y se ve en sus losas hasta la señal de las ruedas de los carros, parece que de cualquiera de aquellas mansiones va a salir algún noble romano envuelto en su toga, o algún esclavo con túnica y gorro. Todo está allí: templos, basílicas, teatros, casas humildes y casas ricas, entre las cuales se distinguen la de Diomedes, que tiene un jardín muy extenso, y las llamadas de Pansa, Salustio y el Fauno, que contenían un gran número de pinturas murales y estatuas. En la del Fauno, no sólo se encontró el rústico dios que le ha dado su nombre, sino también un magnífico mosaico, colocado hoy en el Museo de Nápoles, el cual representa una de las batallas de Alejandro, y tiene tan bellos contornos, tan agradable color y una composición tan animada, que se le puede comparar con un buen cuadro. Para el viajero andaluz poseen, además, aquellas casas un especial atractivo por lo mucho que se parecen a las de nuestra querida provincia en su distribución y carácter. Si a cualquiera habitación de Sevilla se le pusiera en medio del patio un impluvio en vez de la fuente que generalmente tienen, quedaría al punto convertida en una casa pompeyana. Y a fin de que la ilusión sea más completa, es aquel cielo igual al nuestro en color, diafanidad y alegría. La mágica pluma de Bulwer, en su novela titulada *Los últimos días de Pompeya*, ha añadido nuevos encantos a aquellas ruinas, poblándolas con las sombras poéticas de Jone, Glauco y la cieguecita Nidia; y el melodioso Petrella ha hecho luego popular la fábula del escritor inglés, sacando de ella una ópera muy linda.

A Pompeya sigue Castellamare, en cuyas verdes colinas, cercanas al golfo, hay multitud de quintas, donde pasan el verano muchas familias de Nápoles; y después viene el famoso Sorrento, patria del Tasso y trono, como Cintra, de una primavera perpetua. El camino que allí conduce desde Castellamare va siempre rodeando las colinas y tiene el mar a sus pies. Muchas veces iba con mi mujer a pasar el día en aquel ameno recinto, y después de pasear por sus naranjales, entrábamos en un hotel llamado de la Sirena y almorzábamos en su terraza, que avanzando sobre el mar, hace la ilusión de un buque anclado en medio de las aguas. Como García del Castañar, éramos para dos perdices dos; pero añadíamos a ellas los macarrones con tomates; plato peculiar de aquel país y cuyo mérito no es posible conocer, a menos de haberlo comido en él, hecho por un cocinero napolitano.

Allí pasábamos luego mucho rato, contemplando la hermosura del sitio, cuya descripción es del todo imposible. El verdor de las colinas, el azul del cielo y de las tranquilas y transparentes aguas, la vista de Nápoles, el Vesubio, Capri e Ischia, y todo esto contemplado en un completo silencio, que da la ilusión de hallarse a cien leguas del mundo, hacen de aquel delicioso lugar la antesala del Paraíso. Se puede decir que el Bósforo o el Tajo o alguna otra localidad se parecen más o menos a Sorrento, pero éste será siempre el punto de comparación, el *non plus ultra.*

Desde Sorrento se ven bien las dos bellas islas de Capri e Ischia, esmeraldas por la mañana y amatistas a la tarde. Capri tiene el recuerdo funesto de Tiberio, quien pasó allí los últimos años de su vida, encenagado en sus vicios y consultando a su astrólogo, como Walestein. Nerón al menos era artista y gustaba de dejarse ver en publico; pero Tiberio se deleitaba en el retiro, y temiendo de todos, vivía odiado y temido. La Naturaleza ha rodeado aquella isla de una muralla de riscos, poblados un día de multitud de cabras, a las cuales debe su nombre; pero su centro es fértil y risueño, y entre sus peñas mismas ha sido hallada recientemente una hermosa gruta, cuyas aguas siempre azuladas reflejan esta misma tinta en su bóveda y paredes, por lo cual ha recibido, con razón, el nombre de gruta azul. Nadie sospechaba su existencia hasta que la descubrió en 1832, un pintor y poeta alemán, llamado Kopisch.

Ischia, así nombrada de antiguo con vocábulo griego, a causa de sus sabrosos higos, tiene todavía más amenidad y es además famosa por sus bonitas mujeres. Las que se ven en Nápoles no

son hermosas como las de Roma y Florencia; mas es singular que apenas se sale de la ciudad se encuentran muchas bastante agraciadas, especialmente en Sorrento e Ischia.

Y ahora volvamos a Nápoles, a fin de trasladarnos a la bella región, que la rodea también por el Norte. Y como cualquiera otro camino sería mucho más largo, tomemos por la calle de Toledo, que lo atraviesa completamente y es, en su género, muy notable, no sólo por el hermoso caserío que la forma, sino también por el lujo de sus tiendas y la animación que en ella reina. Además de los coches y caballos, circulan por allí vacas de leche con sus terneros, cabras y burros en gran copia, y tanta gente de todas clases, cual si hubiese siempre alguna fiesta.

Pásase luego la Plaza del Palacio y el muelle llamado de Santa Lucía, lleno siempre de pescadores, que venden en multitud de mesillas las pintadas conchas y apetitosos mariscos sacados del mar cercano. Llégase, por fin, a la Villa Reale, que es el paseo público, y allí cambia la escena, pues en lugar de pescadores y gente del pueblo, se encuentra la nata de la sociedad napolitana, sobre todo al caer de la tarde. Tiene aquel sitio la ventaja de estar situado en la ribera que llaman de Chiaia, la cual corre entre la colina del Vómero y las aguas del golfo. En verano lo refresca la brisa, y en invierno lo calienta el sol de tal manera, que en mitad de Enero he tenido a veces que buscar la sombra de sus enramadas de mirtos. Al final de la Villa Reale está la celebre gruta de Posílipo, que pasa por debajo de la colina y conduce a Pozzuoli, y sobre ella, en lo alto del cerro, se halla la tumba de Virgilio, objeto de peregrinación para los poetas, a pesar de que no hay completa seguridad de que sea auténtica. Pero Virgilio ha sido muy feliz en esto. Nadie sabe dónde reposan las cenizas de Homero ni de Horacio, pero todos se empeñan en que aquél está enterrado en Nápoles, y multitud de hombres insignes han visitado y siguen visitando su supuesto sepulcro y poniendo flores sobre él, desde el enamorado Petrarca hasta Casimiro Delavigne y Martínez de la Rosa.

Después de la gruta comienza una calzada, que sin alejarse nunca del mar, conduce también a Posílipo. Este nombre, que es griego y significa Quitapesares, le conviene bien a aquella risueña ribera. En ella tienen sus casas de recreo, como en Castellamare, muchas familias de Nápoles, y allí es el paseo de los coches tanto en verano como en invierno. Su término es el pequeño golfo de Nisida, cerrado por una isla del mismo nombre, célebre en los tiempos modernos por haber servido de retiro a la hermosa y discreta Victoria Colonna, después de la muerte de Pescara. Porque en aquel país encantador, que pudiéramos llamar *o esplendor do mundo* con más razón que los brasileños a su bahía de Río Janeiro, los recuerdos de todas especies aumentan el placer de quien le visita, sobre todo si es aficionado a la lectura de los clásicos, siendo aquellos los lugares donde más gozaron o sufrieron muchos personajes de la antigua Roma. En aquel sitio se comprende cuánto le costaba a Cicerón abandonar su casa de Cuma, para huir de los sicarios de Antonio. Allí se encuentra también muy natural que Lúculo renunciase a sus sueños de gloria por vivir junto al lago Lucrino.

Hermosos son allí los días, hermosas también las tardes, y no menos hermosas las noches, serenas y apacibles. Vega y Arturo brillan como graneles planetas, y las estrellas todas centellean y rutilan, mandando su resplandor ala tierra. Compréndese allí lo que quiso significar el gran pintor Tácito al decir en una de las más bellas descripciones de sus anales, que cuando Nerón mandó ahogar a su propia madre Agripina en aquel golfo, concedieron los dioses una noche alumbrada por estrellas (*noctem si leribus illustrem*) a fin de hacer más patente su delito. Porque suelen ser tan claras en aquel sitio, que nada se esconde a la vista.

En lo alto del Vómero y rodeado de árboles muy frondosos hay un Convento de frailes camaldulos, desde el cual se descubren los dos golfos de Nápoles y Pozzuoli y una extensión de mar que da la idea de lo infinito.

L.
Nápoles, de 1855 a 1858.

Carácter de los napolitanos.—Son los primeros en inteligencia después de los toscanos.—Genio de Santo Tomás.—Talento de Vico.—Poema del Tasso.—Poesías de Leopardi.—Historia de Giannone.—Escritos de Filangieri.—Defectos de que adolece aquel pueblo.—Su increíble pereza—Su propensión al desaliento y al pánico.—Supersticiones que le dominan.—Buenos efectos del milagro de San Jenaro.—La jettatura *y su injusticia.—Volubilidad que se les achaca.—Causas verdaderas de la posición secundaria de Nápoles y de sus cambios de gobierno.—La España se apoderó un día de aquel país y estableció en él un Virreinato.*

Descrita ya la bella tierra de Nápoles, razón es que digamos ahora cuáles son sus habitantes. Al llegar allí del Piamonte, el contraste que ofrecen con los de aquel país en fisonomía, modales y carácter es sumamente grande. Atrévome a decir que hay más diferencia física y moral entre un napolitano y un piamontés que entre un español y un belga. Generalmente tienen los napolitanos más ingenio, más gracia, y los piamonteses más seriedad, más constancia. Así como la Castilla, que es la más seria y perseverante de nuestras provincias, ha dominado a todas las de España, del mismo modo el Piamonte, con cualidades parecidas, ha hecho otro tanto en Italia.

En política, pues, vienen los napolitanos después de aquellos y aun después de casi todos los pueblos de la península. Ocupan, sin embargo, un primer puesto en la inteligencia, siendo sólo inferiores a los toscanos. No hablemos de los grandes ingenios nacidos antiguamente en aquel suelo privilegiado. Callemos de Pitágoras y de Cicerón, Horacio, Ovidio y Stacio, todos napolitanos; callemos de la Escuela de Salerno, célebre desde el siglo VIII; de Flavio Gioja, inventor de la brújula, y de tantos otros que cualquiera puede traer a la memoria. Parémonos en la Edad Media y recordemos que en toda la cultura humana de aquellos tiempos, y entre la turba de doctores irrefragrables, dulcísimos, seráficos y sutiles no hubo ninguno superior a Santo Tomás de Aquino, el doctor angélico, el poeta de la Eucaristía, a quien debemos el *Pange lingua* y el *Lauda Sion*, y cuya *Suma teológica* es una de las obras maestras del ingenio humano. Brilla Tomás en teología cual un Santo Padre; brilla en filosofía casi al lado de Aristóteles, y alcanza en ambas facultades tanta excelencia, que hoy día mismo, a pesar de nuestro adelanto intelectual, sigue siendo el oráculo de las escuelas y el autor preferido por jesuitas y dominicos y hasta por el mismo Santo Padre. En fin, brilla Tomás por su espíritu libre e independiente, llegando a sentar en sus escritos la atrevida y peligrosa doctrina de que cuando no existe recurso alguno contra la tiranía, es digno de alabanza aquel que mata al tirano; *laudatur qui tyrannum occidit.*

En época más moderna produjo Nápoles otro prodigio, otra de esas mentes privilegiadas que vuelan como águilas, y dejan tras de sí un rastro luminoso. Hablo de Vico, poco conocido de sus contemporáneos, enfermizo y apocado, sumido en la estrechez hasta que Carlos III le dio una cátedra, y obligado a vender la única alhaja que poseía su mujer para costear la impresión de su libro; pero célebre después como el autor de la *Ciencia nueva*, de la ciencia que hoy es llamada Filosofía de la Historia. Su estilo es oscuro, sus citas no siempre exactas; mas fue el primero que descubrió la relación que existe entre el desarrollo de cada hombre y el desarrollo de la historia, y por consiguiente la similitud que debe igualmente existir en el desarrollo de las diversas naciones. Y al mismo tiempo que prueba la naturaleza común de todas ellas, hace resaltar también la intervención de la Providencia.

Ha producido también aquel país un sinnúmero de poetas, y le cabe la gloria de haber sido el primero en que se hicieron versos en la lengua moderna, derivada del antiguo latín, a la cual se ha dado el nombre de italiano. Tiraboschi, Ginguené y cuantos sobre esta materia han escrito, todos convienen en que fue el Emperador Federico II, Rey de Nápoles y Sicilia en el siglo XIII y educado en aquel risueño suelo, el primero que compuso poesías en el nuevo idioma y el que lo usó en su

Corte e hizo que fuese usado por los poetas sicilianos, de los cuales pasó luego a los boloñeses y toscanos precursores del divino Dante.

No menos orgullo puede sentir Nápoles por haber dado nacimiento al afamado Tasso, cuyos versos son todo melodía, como la música de su patria, y si no llegan en invención a los de Bayardo y Ariosto, tienen, en cambio, la ventaja de tratar, como los de Camöens, a quien también se parece el Tasso en sus amores y desgracias, un asunto histórico, cuales son las Cruzadas, que interesa a todos los pueblos de Europa y especialmente a los napolitanos, por haber asistido dos Príncipes de su país a la conquista de la Ciudad Santa. Y es este, por cierto, uno de aquellos casos en que el poema hace eternamente famosos a los héroes que canta, pues mientras el nombre del mismo Godofredo, jefe de la Cruzada, yace hoy día casi olvidado hasta en su misma patria, el pueblo napolitano gusta todavía de oír los versos dulcísimos en que su poeta preferido canta las hazañas gloriosas de Tancredo y de Boemondo.

Leopardi, en nuestros días, constituye asimismo una gloria de Nápoles, por ser un poeta superior a casi todos sus contemporáneos de Italia y digno de ser puesto al lado de los clásicos. No es todo original en él; algo ha tomado de Filicaya y de Petrarca, singularmente en sus cantos patrióticos. Acércase también, no al escéptico Heine, como algunos han dicho, sino a Foscolo y a Goethe, aunque permaneciendo siempre personal y subjetivo, y respirando en todos sus versos una sinceridad muy intensa. Leopardi vivió y murió enamorado y es él mismo aquel Consalvo que se despide tan tiernamente de la hermosa Elvira en una de sus canciones.

Pasando luego a las producciones más severas, veremos también a Nápoles tomar la delantera en la composición de las crónicas, siendo la de Matteo Spinelli, nacido en aquel país, la primera que se compuso en lengua italiana. Más tarde adquirieron merecida fama los Maquiavelos, Guicciardinis y Bentivoglios; no ha habido ninguno, sin embargo, que haya escrito con más libertad que el napolitano Giannone, si se exceptúa al veneciano Paulo Sarpi. Pudiera citar asimismo a Coletta, rival del piamontés Botta en la historia moderna; a Filangieri, émulo en sus escritos del milanés Beccaria, y a otros muchos. Pero me detengo aquí: bástame haber demostrado que la nación napolitana no es inferior a ninguna en inteligencia, imaginación y buen gusto.

Y ahora veamos qué razones ha podido haber para que el reino de Nápoles no haya salido nunca de una situación secundaria. Mucho ha contribuido a ello su carácter nacional, producto de la raza y del clima. Descienden aquellos pueblos de una mezcla singular de griegos y árabes, epirotas y albaneses, en la cual brillan, sin duda, algunas cualidades, pero se notan también muchos defectos, por no decir vicios, propios de cada una de esas razas y aumentados considerablemente por el clima ardiente en que habitan. En primer lugar son perezosos, y las pruebas de ello saltan a la vista. Los lazarones de Nápoles están hoy día algo más vestidos que antes; pero a semejanza de los léperos de Méjico detestan el trabajo, y cuando han ganado algunos céntimos para comprar pan y macarrones rehúsan toda ocupación y pasan el resto del día tendidos al sol, como los lagartos, en los malecones del muelle o en las gradas de alguna iglesia. Y no sólo los lazarones sino las personas de la más alta clase dan a menudo pruebas de desidia. Hasta el hablar les parece un gran trabajo y tratan de evitarlo, usando los más curiosos gestos. Recuerdo a este propósito y me río siempre que lo pienso, que una señora extranjera se enojó una vez terriblemente contra cierto caballero napolitano, porque habiéndole ella preguntado en un baile a qué hora tendría lugar la cena, no abrió siquiera la boca, y se contentó con levantar dos dedos, a fin de indicarle que sería a las dos de la mañana. Así son en todo, y el ingenio natural con que han nacido vive y muere inútilmente en la mayoría de sus cerebros.

Son también tachados de pusilánimes o por lo menos de muy propensos al pánico, aunque en esto se notan más que en nada las influencias de sus diversos orígenes. El *abruzés*, descendiente de los valientes Samnitas, y el *calabrés*, nacido en las montañas, conservan el valor de sus antepasados; el *tarentino* y el *capuano* son, en general, muy blandos, de manera que el juicio que sobre los napolitanos se forme no puede ser absoluto. Desde luego es cosa observada que personalmente todos demuestran valor. Sabido es, por ejemplo, que son temibles duelistas, y que de

Nápoles han salido en todas épocas soldados y capitanes excelentes. Napolitanos fueron con Tancredo a las Cruzadas, con Ladislao a Toscana, con el Duque de Calabria a Siena y la Romaña. Los Reyes de España sacaron también de allí buenas tropas, y entre otros casos notables recuerdo que en aquella batalla de Nordlingen, ganada por el Cardenal Infante, el éxito de la jornada fue debido en mucha parte a la caballería, la cual era toda napolitana. Por fin, Napoleón sacó también de aquel país muchos soldados que le fueron bastante útiles en sus campañas de Rusia y de España. Y en cuanto a los buenos Generales, no necesito recordar la multitud de ellos que ha producido aquella nación desde el tiempo de los condotieros hasta el de Carlos V. Por consiguiente, no es posible decir que los naturales de aquel país, tomados en masa, sean menos valientes que los de otro cualquiera. Lo que hay, en mi sentir, es que a causa precisamente de su grande imaginación y del carácter algo muelle de muchos de ellos, son más propensos que otros al desaliento.

Dícese, además, que son muy supersticiosos, pero en esto también hay que hacer distinciones. La superstición, según Santo Tomás, es un exceso de religión, lo cual no siempre produce los malos efectos a que aludía Lucrecio, sino que puede causarlos excelentes. Observa precisamente el profundo Vico, que con el ateísmo no se ha formado sociedad alguna ni se han reformado nunca las costumbres, y con la superstición sí. La mayor que se atribuye a los napolitanos, si superstición puede llamarse, es la creencia en lo que se llama el milagro de la licuación de la sangre de San Jenaro, de lo cual se mofan mucho, no sólo los protestantes, sino también los católicos extranjeros. Pero en primer lugar es imposible atribuirlo a engaño, porque en ese caso el secreto que se había guardado por tantos siglos sobre la manera de verificarlo, sería un prodigio todavía mayor, como lo nota con mucha oportunidad el mismo Alejandro Dumas en su gracioso *Corricolo*; y en segundo lugar, no tiene en sí nada de absurdo; es simplemente un hecho extraordinario e inexplicable, que el pueblo atribuye a milagro. Y en cuanto a su utilidad, es imposible desconocer que sirve poderosamente para conservar y avivar la fe cristiana en un pueblo todavía atrasado y naturalmente propenso a la relajación de costumbres y aun a la idolatría, de quien ha dicho con agudeza Sainte Beuve:

Paganisme immortel, es tu mort ¿on le dit
Mais Pan tout bas s'en moque et la Sirene en rit?

¿Y qué país no ha tenido de esas supersticiones populares y benéficas? Las tuvieron los griegos, que con sus oráculos de Delfos y Dodona evitaron a veces grandes desventuras. No las ignoraba la antigua Roma.

¿Y qué otra cosa que una superstición sumamente útil fue aquella creencia de franceses e ingleses en el poder sobrenatural de Juana de Arco, la cual llenaba de entusiasmo a los primeros y de terror a los segundos? Y en España, ¿no hemos tenido la superstición del Apóstol Santiago, y no solamente en la Edad Media, sino hasta en el siglo XVI y en la batalla de Otumba, donde, a excepción del despreocupado Bernal Díaz, pocos fueron los soldados españoles que no creyeron haberle visto?

Y dígase también en favor de los napolitanos que en ciertas ocasiones han sabido mostrar un espíritu de independencia contrario a otros excesos de religión, especialmente cuando Carlos V quiso establecer la Inquisición en aquel país, siendo notable que el movimiento que estalló en Nápoles no fue meramente popular, como el de Masanielo, sino que la nobleza tomó también parte en él y aseguró su éxito más completo.

Pero lo que más desacredita a los napolitanos, son las extravagancias con que acompañan la realización del mencionado milagro de San Jenaro. Yo tuve la curiosidad de asistir a él y puedo asegurar que todo hubiera pasado como en cualquiera otra ceremonia religiosa, si las mujeres del pueblo no hubiesen hecho gala de su familiaridad con el Santo, dirigiéndole improperios porque tardaba demasiado en verificar la licuación de su sangre. A la verdad, algunos antecedentes tiene también esto, y del ilustrado Octavio se refiere que mandó suprimir en las procesiones la estatua de Neptuno, a fin de castigarle porque el mar había maltratado su escuadra. Pero en el siglo XX no

caben disculpas para tales escándalos y es de desear que nuevas generaciones mejor educadas, se abstengan de una conducta tan completamente contraria al espíritu cristiano.

Esto mismo debe decirse de otras supersticiones, reliquias todavía de los antiguos presagios de augures y arúspices, que no son excesos del temor de Dios, sino del temor del diablo y de otros poderes desconocidos y ocultos, tales como el creer que si se encuentra a un fraile, un cojo, un jorobado o un tuerto esto es señal de desgracia, y que hay días más o menos funestos, y otra infinidad de disparates por este mismo estilo. Los antiguos los creyeron, y en la Edad Media se cita al Emperador Mauricio, que aplazó su campaña contra los Ávaros, porque al salir con su ejército de Constantinopla tuvo el encuentro de un fraile. Hoy día no está aun enteramente libre de tales errores ningún pueblo del mundo. Así vemos que en España nadie quiere casarse ni embarcarse en martes, ni en Francia en viernes, y en Inglaterra creen las muchachas que el día de San Valentín les debe salir un buen novio, y las rusas se imaginan que le ven en un espejo, y en Alemania no hay viejo castillo sin su dama blanca ni se le puede decir a nadie que tiene buena cara sin añadir *unberufen*, a fin sin duda de impedir alguna jugarreta del espíritu maligno; y en fin, en todas partes, desde Cádiz a Pekín, nadie quiere comer donde se sientan trece a la mesa; y esto no sólo entre el vulgo, sino entre los personajes más cultos y encopetados y hasta entre Reyes y Príncipes.

Lo que sí es peculiar de Nápoles es la famosa *jettatura*, o sea la creencia de que determinadas personas tienen la propiedad de hacer daño a sus semejantes como las antiguas magas y brujas, y esto no sólo cuando lo quieren, sino también involuntariamente. Cuya inaudita locura no es ya simplemente absurda y ridícula, como las demás de que hemos hablado hasta ahora, sino que lleva además consigo una grande injusticia, porque la persona calificada de *jettatore* se ve excluida poco a poco de la sociedad, nadie la convida, todos la evitan. Recuerdo entre otras al Conde de Capecelatro, el cual me decía que no se acordaba de haber hecho daño a nadie más que a sí mismo, porque, colocando mal su dinero, había perdido mucha parte de sus bienes. Y sin embargo, la gente le huía como a un apestado y persistían en llamarle *jettatore*, sin más razón que un capricho nacido de las propensiones más malignas del espíritu humano, aumentadas por la imaginación de aquel pueblo. Conoció la ignorante antigüedad algo parecido a la *jettatura* y lo llamaba *fascinum*, y según Labock, no hay pueblo salvaje que no atribuya las enfermedades a algún maleficio; pero es por lo mismo vergonzoso que semejantes delirios existan todavía en un país civilizado y cristiano.

Pero basta ya sobre este asunto. Veamos ahora si además de los defectos que se han mencionado tienen los napolitanos algún otro más importante a que poder achacar sus vicisitudes y desgracias. Los que disculpan a sus opresores los acusan de volubles, y ha llegado alguno a escribir un libro con el título de *Las veintiséis revoluciones del reino de Nápoles*. Nótase, sin embargo, que no es sólo de los napolitanos la culpa de sus frecuentes cambios. Por una causa o por otra llegan a siete las dominaciones que ha habido en aquel país desde el siglo XI, por no hablar de otras más antiguas, a saber: la normanda, la alemana, la anjovina, la aragonesa, la española, la austríaca y por segunda vez la española con dos intermedios franceses, y ninguna de ellas ha sido establecida por la voluntad de los mismos habitantes, sino por la conquista extranjera. Grande injusticia es, pues, llamar voluble a quien desea al menos cambiar de cuándo en cuándo de tiranos.

Pero siendo esto así, y no bastando los defectos de los napolitanos para explicar la situación siempre incierta y secundaria de aquel país, ¿a qué otras causas puede ésta atribuirse? En mi sentir existen dos muy importantes, a saber: la configuración misma de Italia, y su admirable hermosura, ese don infeliz del cielo, como lo llama Filicaya, que ha excitado la ambición de las demás naciones. Aseméjase la figura de Italia a un reloj de arena o más bien a un edificio compuesto de dos grandes pabellones, unidos entre sí por una galería bastante estrecha. Al Norte están Piamonte, Lombardía y el Véneto; al Sur Nápoles y Sicilia; y en el callejón que une aquellas regiones con éstas se encuentran Roma y Toscana. De la Toscana podríase prescindir, pero Roma ha sido siempre un obstáculo insuperable para la unión de toda Italia, tanto por el respeto que merece el Sumo Pontífice, como por la necesidad que había en tiempos relativamente bárbaros de que poseyese un Estado independiente. Si Roma, en vez de estar en ese callejón central se hubiese hallado situada en

un extremo de Italia, como Venecia, Palermo o Génova, la unión de toda la península hubiera seguido las mismas vicisitudes que la de Francia, Inglaterra y España.

Mas no habiéndose formado en Italia ningún reino suficientemente fuerte, ni siendo posible que los pequeños Estados en que se hallaba dividida vivieran sin celos y discordias, natural cosa fue que la hermosura y riqueza de su suelo despertase la codicia de sus vecinos más poderosos. Esta circunstancia, que existía desde el tiempo de Carlo Magno, recibió después un terrible incremento cuando, robustecido en todas partes el poder real, disminuyó notablemente el temor de trastornos interiores, y cada Soberano y cada pueblo fueron acometidos de una como locura de engrandecimiento. Animábalos el espíritu violento que habían heredado de romanos y bárbaros y el desprecio más absoluto de la dignidad y derechos ajenos. La Inglaterra quiso entonces nada menos que conquistar toda la Francia, la Alemania codició la l.ombardía, y Aragón primero y después España las dos Sicilias y también Milán y Flandes, porque la España heredó las ambiciones reunidas de Fernando el Católico y Carlos V, y sabido es que el primero tenía tal pasión por Nápoles que por no perder su dominio puso otra vez en peligro la reciente unidad de Castilla y Aragón, casándose con Germana de Foix, y el segundo dejó crecer el luteranismo en Alemania por no desguarnecer a Milán y Flandes.

Juana de Arco curó de su demencia a la Inglaterra, para bien de aquella nación, que dedicó en adelante toda su actividad a la adquisición de la Escocia. Pero entonces se empeñó a su vez la Francia en conquistar también, como la España, a Nápoles, Milán y Flandes, y esta rivalidad entre Francia y España dio lugar a guerras costosas, prolongadas y sangrientas. Cesaron al fin después de una larga alternativa de triunfos y reveses, mas con gran desventaja de España, porque la Francia perdió sus conquistas lejanas, pero redondeó bellamente su territorio con la Borgoña, el Franco Condado, el Artois y parte de Flandes, mientras que España conservó a Milán y Nápoles, como virreinatos, lo cual fue una ventaja más aparente que real; pero perdió lo que más hubiera debido importarle, que fue la posesión de Portugal.

LI.
Nápoles, de 1855 a 1858.

El Virreinato español no ha dejarlo buenos recuerdos en Nápoles.—-Conducta escandalosa de Osuna.—La guerra de sucesión priva a España de aquel Reino.—Errores en que incurrió España por su anhelo de recobrarlo.—Logra colocar allí un Príncipe español.—Gobierno ilustrado de Carlos III.—Después de la Revolución francesa, sigue Nápoles vicisitudes muy semejantes a las de España.—La Corte se retira a Sicilia.—Influencia de Nelson.—Su pasión por Lady Hamilton.—Restauración en el año 15.—Revolución en el año 20.—La suprimen los austríacos.—Carácter benigno de Francisco I.—Cualidades de Fernando II.—Era irreprensible como hombre.—Pecó de orgullo e imprudencia como Rey.

Entre las diversas dominaciones que ha habido en Nápoles, la aragonesa ha sido la que ha dejado mejores recuerdos. Las Vísperas Sicilianas, más famosas que loables, como dice con razón Mariana, marcaron un período de exasperación contra los anjouvinos, del cual se aprovecharon bien los aragoneses para hacerse amar de aquellos habitantes. Su gobierno fue severo, pero justo, y llegó al apogeo de su gloria cuando el Duque de Calabria ocupó a Siena y Lorenzo el Magnífico iba en persona a Nápoles, a fin de obtener la protección del Rey Fernando. En cambio, no ha quedado muy buena memoria de la dominación española, la cual tomó por necesidad la forma de un Virreinato e hirió por consiguiente el amor propio los napolitanos. Además, esta clase de gobierno es siempre odiosa y lleva inevitablemente consigo abusos e inconvenientes de todo género.

Las descripciones que hacen de aquel régimen, no soló los extranjeros, sino los mismos españoles imparciales, no son muy halagüeñas. El Duque de Rivas, en su exacto y ameno libro

sobre la sublevación de Masanielo, no titubea en decir que el gobierno de los Virreyes fue tan funesto para aquel hermoso país, que aun hoy se recuerda en él con estremecimiento su arbitrariedad y sed insaciable de oro. Como que el Gobierno de Madrid no pensaba más que en sacar de allí dinero y soldados, y los Virreyes enriquecerse.

Hubo algunos bastante buenos, tales como el primer Toledo, que embelleció mucho la capital; el Marqués del Carpio, protector de pintores y poetas; Medinaceli, que edificó la ribera de Chiaia y el paseo llamado Villa Reale, y el Conde de Oñate, a quien se debió la pacificación del país, después de la sublevación de Masanielo y Guisa. Pero la generalidad era mala y se acercaba más o menos al tipo de Medina de las Torres y Osuna, que son los que han dejado peor fama. El último era por sus concusiones un Verres y por su ambición un pequeño Valenstein. Lo que cuentan los historiadores sobre sus extravagancias, injusticias y crueldades, raya en lo increíble. Trató de hacerse Rey independiente, como Braganza, y tanteó con este objeto al Rey Luis XIII de Francia, al Condestable de Lesdiguieres y al Duque de Luynes. Adulaba a la plebe tirándole dinero y suprimiendo impuestos; protegía a las rameras, bravos y bandidos, y andaba siempre imaginando fiestas y diversiones de toda especie. Hacía también públicamente gala de sus amores con la Marquesa de Campolattaro y otras damas de la nobleza y se comportaba en todo como el más licencioso monarca.

Apurada la paciencia de nuestra Corte, fue Osuna destituido al fin, y le reemplazó el Cardenal Borja. Pero puso aquél el sello a sus demencias con su entrada en Madrid, pues, según nos lo refiere en el *Bachiller de Salamanca* el traductor de Lesage, el Duque la hizo con tanto boato, que llevaba delante cuatro clarineros y doce guardias napolitanos y otros tantos sicilianos, seguidos de tres suntuosas carrozas de la Duquesa su esposa, y una numerosa servidumbre, compuesta de mayordomos, alabarderos y pajes, todos a caballo, y por último, venía el Duque en otra carroza de gran lujo, con una escolta de caballeros españoles y treinta coches con sus amigos y parientes. Y no contento con esto, expuso en su casa por espacio de quince días a la curiosidad pública las riquezas que había traído de Italia, fundando un vano placer en enseñárselas a los españoles. Un ruidoso proceso puso término a tan tamaños escándalos, y el Duque fue al cabo preso en su quinta de la Alameda, donde murió en opinión de loco, como probablemente lo estaba.

Y si bien se piensa, el cargo de Virrey en un país tan ameno, tan rico y de costumbres tan fáciles, por no decir corrompidas, era muy a propósito para trastornar la razón de cualquiera. El Conde de Olivares, padre del célebre Ministro, solía decir que lo mejor era no ser nunca Virrey de Nápoles, porque se sentía luego demasiado el dejar de serlo. Y la Condesa d'Aulnoy cuenta en su viaje a España, que una señora española recién llegada de Italia obtuvo una audiencia de Carlos II, y después de haberle hablado de las bellezas de aquella península, le dijo con sobra de ingenuidad o de malicia: «Señor, yo le pido a Dios que os haga la gracia de ser un día Virrey de Nápoles.»

Conviene, sin embargo, decir que no todas las críticas que se han hecho del gobierno de nuestros Virreyes, son igualmente merecidas. Mi buen amigo Reumont, por ejemplo, en su erudito libro sobre las *Carafas*, traza con conciencia alemana los hechos más notables de aquel período histórico; mas, en mi sentir, peca de alguna exageración cuando atribuye a los Virreyes todos los males de Nápoles. Desde luego es notorio que la corrupción de costumbres no era vicio particular de aquel país, sino de toda Italia y también de Francia. Reumont mismo confiesa, que Fra Tommaso Campanella, en sus discursos políticos, explica la duración del dominio español en Italia por el carácter de nuestra nación naturalmente serio y justo. Y la verdad es que aquel régimen dio a Nápoles durante doscientos años lo que no había tenido nunca desde el tiempo de los normandos, a saber: paz y tranquilidad interior, gracias a las cuales su riqueza y población fueron nada menos que cuadruplicadas. Ciertamente, el gobierno de un Virrey, por bueno que sea, no valdrá nunca lo mismo que la independencia; pero Nápoles necesitaba por mucho tiempo una mano de hierro para contener a sus inquietos barones; y la facilidad con que aquel país aceptó después a Carlos III, que era español, y la debilidad mostrada por el régimen austríaco indican también, a mi parecer, que por lo menos no habíamos dejado allí grandes odios.

Una guerra europea, la que estalló con motivo de la sucesión de España, libertó al fin a Nápoles de aquel gobierno, porque si bien se vio sometida por algún tiempo a un Virrey austriaco, esto duró poco, gracias al empeño que conservaba España por recobrar sus posesiones de Italia. La antigua locura sobrevivía a todos nuestros desastres, y con el tesoro exhausto, con las heridas todavía abiertas, y con Gibraltar, o sea nuestra honra en poder de los ingleses, todavía alargábamos la mano a las quimeras de Parma y Nápoles. Ofreciónos la Inglaterra Gibraltar con tal que nos uniéramos a ella, abandonando aquellas pretensiones; mas ¡oh vanidad! ¡oh delirio! preferimos Italia a Gibraltar, mientras que la Francia, más avisada, aseguraba para sí la Lorena, a fin de redondear más y más su territorio. Atribúyese esto principalmente a la ambición de la Reina Isabel Farnesio; pero más tarde se hizo otro tanto, prefiriendo la Florida a Gibraltar; y en este mismo siglo hemos preferido a esa hermosa e importante plaza que está en nuestra casa y forma parte de nuestra costa, la posesión de los inútiles presidios de Marruecos, es decir, la vanidad a la honra, lo precario a lo permanente, lo ajeno a lo propio. Conducta singular y que no puede ciertamente parecer muy sensata.

Che poco saggio si puó dir coluí
Che perde il suo per acquistar l’altrui.

Por el momento no conseguimos más que Parma; pero más adelante, aprovechándonos de la nueva guerra encendida por la sucesión de Austria, logramos al fin volver a poner el pie en el codiciado Nápoles. Sin embargo, no ganamos en ello otra cosa que la satisfacción de amor propio de colocar allí un Príncipe español, y quien realmente ganó fue Nápoles mismo, puesto que volvió a recobrar su independencia como nación y a tener vida propia. Carlos III, animoso, justo e ilustrado, le devolvió parte de su antiguo esplendor, renovando las tradiciones aragonesas.

Es un pensamiento de Platón, que los pueblos serían felices si los reyes fuesen filósofos o los filósofos reyes. Algo de esto sucedía al mediar el siglo pasado, pues José I de Portugal, Carlos III primeramente en Nápoles y luego en España, Luis XV en Francia, José II en Austria y Leopoldo en Toscana, fueron por lo menos ilustrados, y lo mismo y aun más puede decirse de sus Ministros. La necesidad de reformas era evidente, y en España las Cortes del siglo XVII las habían reclamado ya en vano por dos veces. Tanto España como Nápoles, estaban llenas de mayorazgos y eclesiásticos. En la Catedral de Sevilla había hasta cien canónigos, y llegaban a diez mil los clérigos y frailes de aquella sola diócesis. No hay institución humana, por buena y santa que sea, que no degenere y se corrompa, y así como ahora todos blasonan de liberales y desean ser empleados o militares, entonces todos blasonaban de fanáticos y aspiraban a ser capellanes o frailes. Ni es preciso recordar que existía aun en nuestro país el odioso tribunal de la Inquisición, y que entre las propiedades eclesiásticas y los mayorazgos estaba vinculada la mitad del territorio.

Lo mismo, con poca diferencia, sucedía en las demás naciones católicas, y como era en vano recurrir a la Santa Sede para corregir tantos abusos, los gobiernos de aquel tiempo pretendieron hacerlo por sí propios. Los hechos, sin embargo, no correspondieron a tan buenos propósitos, pues la sola cosa notable que realizaron fue la supresión temporal de los jesuitas, y esta misma medida, no habiendo sido seguida de ninguna otra importante, resultó casi inútil, quedando todo poco más o menos cual lo estaba antes del advenimiento de Carlos III. Con todo, tanto en Nápoles como en España hallaron agradecimiento sus buenos deseos, y todavía se le recuerda como un monarca ilustrado, que, si bien amó demasiado la guerra, siguiendo el ejemplo de su bisabuelo Luis XIV, tuvo el mérito de proteger las letras y las artes, y supo resistir con energía a las exageradas pretensiones de Roma. Cuando llegó a la vejez se puso muy feo; mas en su mocedad era guapo y elegante, según puede verse en un retrato suyo, pintado por Ranc, que está en el Museo del Prado y le representa con peluca empolvada y coraza. La dulzura de sus ojos azules publica la bondad de su carácter.

Entre tanto a los Príncipes ilustrados y algo atrevidos sucedieron otros pusilánimes e ignorantes, y tanto por este motivo como por la oposición de las clases interesadas en la perpetuidad de los abusos, nadie volvió a hablar de reformas hasta que la Revolución francesa, causada

precisamente por la resistencia que ofrecía la nobleza a las que proponía Necker, las llevó a cabo de la manera más cruel y violenta, exagerándolas y haciéndolas servir al engrandecimiento exclusivo del tercer estado, o sea la burguesía y clase media.

Aquella revolución, encarnada luego en Bonaparte, dio la vuelta al continente y conmovió todos los tronos. El Reino de Nápoles presentó desde entonces las mismas peripecias que España. Tuvo su Rey alelado, su Reina ligera y su temerario favorito; fue invadido por los franceses, y sus Monarcas tuvieron que abandonar su capital y la mitad de sus dominios. Con todo, hubo entre ambos dramas alguna diferencia. El Rey Fernando de Nápoles no cometió, como Carlos IV, el error que pagamos después tan caro, de unirse con Napoleón para humillar a un Reino vecino, sino que desde luego se retiró a Sicilia, donde podía ser defendido fácilmente por la escuadra de Lord Nelson. La alianza inglesa estaba indicada en Nápoles, lo mismo que en Portugal y Cerdeña, y el favorito Acton, que era de origen irlandés, se inclinaba naturalmente a ella. En cuanto a la Reina Carolina, era mucho más enérgica que María Luisa, y no sólo prefería a los ingleses, sino que abominaba de muerte a Bonaparte. Este odio era recíproco y él la llamaba siempre Fredegunda, mientras que ella, desde el fusilamiento del Duque de Enghien, le llamaba siempre asesino.

Por la fuerza misma de las cosas fue entonces muy grande en Nápoles la influencia de Lord Nelson, y por desgracia el papel que allí representó no fue siempre laudable. Estaba perdidamente enamorado de la célebre Emma Lyons, mujer de Lord Hamilton y amiga íntima de la Reina Carolina, y es notorio que por complacer a entrambas cometió muchas acciones injustas. Con efecto, no sólo ayudó a los Reyes de Nápoles a restablecer por algún tiempo su gobierno en el Continente, sino que castigó sin piedad a los republicanos y rebeldes, entre los cuales había algunos bastante ilustres. Uno de ellos, el Almirante Caracciolo, era muy digno de simpatía por su noble carácter, y su muerte fue acompañada de circunstancias que parecen tomadas de una antigua leyenda y contribuyen a perpetuar su inhumano castigo. Hizo Nelson que le ahorcaran de una entena y le arrojaran al mar, pero las olas le volvieron a la superficie y su trágico aspecto parecía acusar a sus verdugos.

Pero si Nelson servía con tanto celo a la Corte de Nápoles, no omitía ésta, por su parte, cosa alguna para ser agradable a los ingleses. Desde luego es indudable que a su buena voluntad, debieron éstos nada menos que la victoria de Abukir, porque se hallaban detenidos en Sicilia por no tener víveres para abastecer la escuadra, y el Rey de Nápoles fue quien se los suministró al fin, no obstante que, tanto el ganado como el grano, escaseaban mucho en aquella isla. Cuyo suceso fue atribuido también a la influencia de Lady Hamilton, y así lo creía el mismo Nelson, hasta el punto de pedir a su gobierno que le otorgase a la mencionada dama una recompensa especial en reconocimiento de aquel servicio. Porque Nelson aprovechaba todas las ocasiones de elogiar a su adorada Emma, en la cual creía ver una de esas criaturas privilegiadas que nacen para la felicidad de los hombres, y su ceguedad era tal que por ella se separó de su mujer, por ella riñó con su padre, y por ella desafió la opinión pública de su país, que entonces era muy severa en esta clase de deslices. Duróle esta pasión toda su vida, y cuando aceptó por segunda vez el mando de la escuadra del Mediterráneo a fin de emprender aquella memorable campaña que terminó en Trafalgar con su victoria y su muerte, le escribió a Lady Hamilton una carta, en la cual le decía entre otras cosas apasionadas: «¡Emma, Emma! tus palabras me animan a nuevas empresas; si hubiera muchas Emmas, habría muchos Nelson».

Mas sin negar la pasión de éste ni la influencia que sobre él ejercía aquella hermosa mujer, a mí me parece que el espíritu que animaba al héroe inglés y que explica mejor que nada sus acciones, es el mismo que inspiraba entonces a casi todos los hombres más importantes de Inglaterra; el que respira en aquellas cartas de Burke sobre la Paz regicida, que califican a los jacobinos franceses de ateos y asesinos; el que hizo de aquel país el defensor de España y de todas las naciones ultrajadas por Bonaparte; el que, en fin, no halló reposo hasta que venció al tirano de Europa y lo encerró en Santa Elena.

El Rey Fernando I fue restaurado en el año 15 como los demás monarcas desposeídos, desapareciendo como un sueño la dominación efímera de Murat del lado acá del Faro.

Quiso el ambicioso francés recobrar su perdida corona, y conducido por la fatalidad de su destino a las playas de Calabria, pagó allí con su vida las crueldades que había cometido en Madrid en el funesto Dos de mayo.

En el año 20 tuvo Nápoles también su movimiento revolucionario parecido al nuestro, en el cual desempeñó el General Pepe el papel de Mina y los tenientes Morelli y Silvati el de Riego y Quiroga. El Austria fue la encargada de hacer allí el oficio que la Francia había hecho en España, y Frimont encontró en su corta campaña las mismas facilidades que Angulema en la suya. Hubo también en aquel país, como en el nuestro, varias sociedades políticas secretas, siendo la principal la de los carbonarios o carboneros, que equivalían a nuestros masones, y fueron así llamados porque se tiznaban y disfrazaban de tales, en imitación de los antiguos conspiradores güelfos. Mas todas sus tentativas fueron fácilmente reprimidas, y en vez de destrozarse, cual nosotros, en guerras civiles, tuvo aquel reino, para dicha suya, lo mismo que el Piamonte, un largo período de paz interior que le permitió realizar muchos progresos. Sus leyes y su administración, tomadas de Francia, eran excelentes, y su Hacienda tan próspera, que sus fondos públicos se cotizaban sobre la par.

A Fernando siguió su hijo Francisco I, quien, alcanzando tiempos más tranquilos, se mostró justo y benigno. Su alma era bella, su fisonomía no tanto. Estaba dotado de una nariz tan desmesurada, como la que llevaba postiza Tomé Cecial, escudero de Sansón Carrasco, por cuyo motivo el pueblo le llamaba *Nasone*, como en España llamaban a Fernando VII *Narizotas*. El célebre Canova hizo su estatua colosal de mármol, que entonces estaba en un descanso de la escalera del Museo, y dicen que, cuando la hubo concluido, le pareció el Rey tan feo, que se quitó la montera de papel que usan los escultores en el taller para libertarse del polvo, y se la tiró a la cabeza.

Sucesor de Francisco I fue Fernando II y éste era quien reinaba en Nápoles cuando yo llegué a aquel reino. Tardé mucho en conocerle de cerca, porque vivía muy retirado, ora en Caserta, ora en Gaeta, y ni se mostraba en la capital, ni recibía casi nunca al Cuerpo diplomático. Más adelante, habiéndome quedado Encargado de negocios por ausencia temporal de mi jefe, tuve la honra de serle presentado, y pude notar que era grueso, corpulento y de no mal parecer.

Carecía, por fortuna, del rasgo de fisonomía más característico de los Borbones, pues su nariz era más bien roma que aguileña. Sin duda las frecuentes alianzas con Princesas de otros países, especialmente austríacas, han modificado al fin aquella abultada facción, la cual procede nada menos que de Enrique IV. Don Fernando, pues, era algo menos feo que su padre y tenía en su semblante una expresión bondadosa. Como hombre se mostraba irreprensible, formando en esto completo contraste con su rival Víctor Manuel. Lejos de entregarse a sus pasiones, fue siempre un marido ejemplar y un dechado de padres de familia, que vivía rodeado de su mujer y de sus hijos como cualquier honrado burgués. Su mesa era abundante, pero sin lujo.

Fumaba de continuo unas tagarninas del estanco tan malas, que levantaban cualquier estómago no acostumbrado a ellas. Cierto oficial que aceptó una de su regia mano y la fumó por no desairarle, tuvo que retirarse con precipitación a la antecámara porque se sintió muy malo.

Vestía siempre de militar, como los Soberanos de Alemania y del Norte, a quienes imitaba en cuanto podía; pero en realidad era un napolitano neto, que hablaba siempre el dialecto del pueblo y ponía motes a todos, hasta a sus hijos.

Llamaba a los ingleses mercaderes de bacalao y a los franceses peluqueros. Creía en la *jettatura* y tenía por gentes de mal agüero a los frailes y a los calvos, jorobados y tuertos. Decíanle afable y caritativo, y muy indulgente con las faltas de sus servidores. No le faltaba talento y conocía perfectamente las necesidades de su país, deplorando la imposibilidad en que se creía de remediarlas. Ni carecía tampoco de valor personal, como lo probó cuando Agesilao Milano quiso

quitarle la vida. Amaba la caza, pero con más moderación que su abuelo y su padre. Por fin, era laborioso y estudiaba mucho los asuntos antes de tratarlos con sus Ministros.

Tal era el hombre. En cuanto al Rey, no merecía, en mi opinión, los mismos elogios. Fernando II era más napolitano que italiano y no tenía nada de conciliador. En el año 48 su Ministro Troya le indujo a enviar 15.000 hombres a Lombardía a las órdenes del General Pepe; mas los mazzinistas y revolucionarios de Nápoles quisieron proclamar allí una Constituyente, como lo realizaron en Roma y Florencia, y entonces hizo que regresaran sus tropas, y después de haber vencido a los amotinados en las calles de Nápoles, retiró la Constitución que había otorgado. Hizo enseguida bombardear las plazas rebeldes de Sicilia, y por esta razón fue llamado por los revolucionarios *Rey Bomba*, en lo cual había mucha injusticia, puesto que no hubo casi ningún Soberano de aquella época que no tuviese que hacer otro tanto, incluso Víctor Manuel, que bombardeó a Génova. Continuó luego resistiendo a las aspiraciones de sus pueblos y a los consejos de las Potencias occidentales, y aunque sostuvo con éxito esta lucha hasta su muerte, no por eso dejó de merecer la nota de orgulloso e imprudente, según trataré de demostrarlo en el próximo capítulo.

LII.
Nápoles, de 1855 a 1858.

Conducta política del Rey Fernando II.—Precaria situación en que deja a su hijo.—Piedad exagerada de la Reina María Teresa.—Las bailarinas con pantalones verdes.—Un retrato escondido.—Errada educación de los Príncipes.—Los hermanos del Rey.—Mérito de Trápani.—Fiestas de Siracusa.—El Pretendiente Montemolin y el Infante Don Sebastián establecidos en Nápoles.—Deseo que tenía Don Sebastián de reconciliarse con la Reina Isabel.—Altos cargos de Palacio.— De quien descendía el Príncipe de Bisignano.—Ministros del Rey.—El Conde de Ludolf era el verdadero Ministro de Negocios extranjeros.

El Rey Fernando II de Nápoles pudo jactarse, como nuestro Fernando VII, de que mientras él vivió, no pudieron sus enemigos arrancarle concesión alguna. Eran éstos, sin embargo, numerosos y terribles. En primer lugar, la secta revolucionaria de Mazzini, que armó el brazo de Agesilao Milano e hizo volar una fragata de guerra y un fuerte; en segundo, los emigrados napolitanos, que desembarcaron en Sarpi, capitaneados por Pisacane y Nicotera; en tercero, sus súbditos monárquicos, pero liberales, los cuales eran tantos, que el mismo Rey le confesaba a Bermúdez que no tenía de quién echar mano para los puestos de confianza, porque tanto la nobleza como la burguesía estaban más o menos inficionadas de lo que él llamaba enfermedad constitucional. Uníase a éstos el Gobierno sardo, cuyo representante en Nápoles conspiraba secretamente para hacerle perder su prestigio o inclinar los ánimos hacia la unión con Piamonte. Uníanse también clara, oficial y decididamente los dos gabinetes de Londres y París, exigiéndole que concediese algunas reformas, y retirando sus Ministros porque no quiso hacerlo. Uníase, en fin, el furioso y elocuente Mr. Gladstone, quien en su célebre carta a Lord Aberdeen llegó a decir, con su exageración acostumbrada, que el Gobierno del Rey Fernando era una negación de Dios. Pero a todos resistió con notable entereza, y temido, si no amado, como de sí mismo decía Sila, bajó al fin al sepulcro en la plenitud de su poder real y absoluto.

¿Fue esto digno de gloria? A mí no me lo parece. Seguramente no era muy extraño que aquel Rey fuese poco partidario de las instituciones liberales. El ensayo que habían hecho de ellas su padre y su abuelo, y el que tuvo que hacer él mismo en 1848, no había sido muy a propósito para animarle a otro nuevo. Además, ya he dicho en otras ocasiones cómo considero que deba ser mirado este punto. La posición de un Monarca constitucional es tan desairada, que causan maravilla y aun risa los aspavientos que hacen algunos cuando los Príncipes se resisten a aceptarla. Verse reducido a un mero rey de baraja, sin más prerrogativas que las de abrir y cerrar las Cámaras, firmar como en

un barbecho cuantos papeles les presentan los Ministros, y nombrarlos a éstos cada vez que se pelean los antiguos y hay necesidad de otros nuevos, es una humillación que difícilmente puede ser voluntaria. Y la prueba de ello es que, si se exceptúa a los Emperadores de Austria y Alemania, los cuales se han hecho constitucionales con poca violencia y conservan todavía todo su prestigio y muchas de sus antiguas facultades, todos los demás han sido constitucionales, no por inclinación propia, sino porque a ese precio han obtenido la corona.

Pondré algunos ejemplos: Guillermo de Holanda se hizo liberal para usurpar el trono de Inglaterra a su suegro Jacobo; Luis Felipe siguió la misma conducta para destronar al reaccionario Carlos X; Cristina de España y María de Portugal se hicieron liberales para obtener el apoyo de este partido contra las pretensiones de Don Carlos y Don Miguel; los Soberanos de Bélgica y Grecia fueron elevados al trono por los liberales de ambos países con la condición de serlo, y en fin, Víctor Manuel fue constitucional porque ese sistema era un arma excelente para realizar la independencia de Italia; y aunque no se desconozca que le movía un espíritu patriótico, es imposible negar que la ambición de extender su pequeño territorio entró por mucho en sus protestas de liberalismo.

Mas a pesar de que el Rey de Nápoles no tenía ninguno de esos motivos para convertirse en constitucional, hay en su conducta un cierto exceso de orgullo y una gran falta de previsión y prudencia. Muchos lo niegan todavía; mas yo creo que así lo dirá unánimemente una posteridad más remota. Sin hacerse enteramente liberal, pudo llevar a cabo reformas que le conciliasen la amistad y el apoyo de las Potencias occidentales, las cuales le eran hostiles, en parte por resentimiento de que durante la guerra de Crimea se había mostrado partidario secreto de la Rusia, llegando hasta negar la exportación de granos y víveres de que tenían tanta necesidad los dos aliados de Occidente, y en parte, porque sinceramente deseaban, sobre todo la Francia, que el Rey Fernando no le diese pretexto a Víctor Manuel con la exageración de su conducta, para mezclarse en los asuntos de aquel Reino, y extender en él su influencia Alegar que mientras vivió, nadie pudo hacer mella en su poder, no basta para eximirle de culpa, porque todo gobierno, especialmente en tiempos de grandes turbulencias, debe asegurarse aliados importantes, y puesto que D. Fernando veía a la Rusia vencida y al Austria amenazada, debió buscar el apoyo de las potencias occidentales, concediendo a éstas algo de lo que para ello le exigían. Dejar a su hijo un trono amenazado por tantos enemigos y que se sostenía por una especie de milagro, era por lo menos imprudente. Y la demostración más clara de que esto es así está en lo que le sucedió a su hijo y sucesor Francisco II, el cual tuvo que hacer a última hora, y cuando ya era inútil, lo que no quiso ejecutar a tiempo su obstinado padre.

Pero dejemos por ahora este tema y digamos ya cuál era la Reina María Teresa, Archiduquesa de Austria y esposa de aquel monarca. Personalmente tenía pequeña estatura y no podía llamarse bonita ni fea. Su condición parecía afectuosa y dulce, sin sombra siquiera de la altivez austríaca, y si hubiese recibido una educación más conforme al puesto que ocupaba, quizás habría sido una soberana muy simpática. Pero su piedad exagerada tenía oscurecidas sus bellas prendas. Ataviábase tan poco a la moda y tan arrebujada y envuelta, que su marido mismo solía decirle en chanza que era la mujer peor vestida de su Reino. La primera esposa de Don Fernando había vivido y muerto con la reputación de santidad, y yo creo que esto perjudicó mucho a Doña María Teresa, porque es probable que por el empeño de imitarla exagerase poco a poco su piedad natural. Y si se hubiese limitado a ser rezadora y devota, no hubiera habido en ello ningún inconveniente; pero tuvo además la infeliz idea de querer reformar las costumbres y aun los teatros en un país donde el amable Liguori había creído necesario predicar una moral muy indulgente, llegando la excelsa señora hasta exigir que las bailarinas de la Ópera se pusiesen pantalones de tul verde debajo de los toneletes. Reíase el público, reíanse las mismas bailarinas, con ocurrencias y chistes que no aumentaban ciertamente el prestigio de la buena Reina.

En la educación que daba a sus hijos notábanse también los mismos defectos. Los más pequeños, que eran los de mejor presencia, se emanciparon luego bastante; mas el mayor, Don Francisco, que era hijo de la primera Reina, tenía en su figura y sentimientos más de monje que de Príncipe. Bastará un solo rasgo para pintar las costumbres de aquella familia. Concertóse pocos

años después el matrimonio de Don Francisco con la gentil María Sofía de Baviera, y según es costumbre, fue mandado a Nápoles un retrato de esta Princesa, que la representaba en toda la flor de su hermosura. Enseñáronselo a Don Francisco, quien, como es natural, quedó luego prendado de un objeto tan amable y se preparaba a conservarlo en su poder. Mas he aquí que la Reina se opuso a ello y se lo llevó a sus habitaciones diciéndole al timorato Príncipe que así lo exigía el decoro, y al Rey que lo creía necesario para no exponer la virtud de su hijo a la tentación de malos pensamientos.

Llegado en tanto el joven Príncipe a la edad de veintiún años, empezó a asistir al Consejo por disposición de su padre, y pronto se vieron en él los efectos de una educación poco ilustrada. Negociaba en aquella época el Nuncio Ferrieri un importante arreglo eclesiástico, por el cual se suprimía el tribunal llamado la Monarquía, que juzgaba de las causas mayores sin intervención de Roma, y el mismo Nuncio me refirió que, según sus noticias, cuando en la discusión de cualquier artículo andaban tímidos los consejeros por temor de que el Rey desaprobase la supresión de todas sus regalías, el joven Príncipe los animaba con señas muy enérgicas, lo cual le valió pronto el afecto de los clericales y retrógados. No desconocía, sin embargo, enteramente las necesidades de la época, y sobre todo era afable y bondadoso; y por esto y por el recuerdo de su santa madre, el pueblo le amaba y le daba con familiaridad el diminutivo de Franceschello. Sus hermanos eran todavía muy niños para juzgar bien de su carácter: más adelante han mostrado dignidad y decoro. Sus hermanas han sido todas bonitas y tenían la gracia de su tía la Reina Cristina de España, con especialidad María Inmaculada, que casó con el Archiduque Carlos Salvador de Toscana y residía en Viena.

Tenía el Rey Fernando varios hermanos, uno de los cuales era aquél Conde de Trápani, que Narváez quiso dar por esposo a la Reina Doña Isabel; pero cuya candidatura fue combatida con violencia y mala fe por el partido progresista y por Mr. Bulwer, a quien Lord Palmerston dio instrucciones precisas con este objeto, sin más razón que el ciego deseo de servir las pasiones de aquel partido. No fue omitido medio alguno para hacer impopular y ridículo el nombre de aquel Príncipe, hasta el punto de pedir en alta voz en los cafés de Madrid un *trápani* como sinónimo de un helado al uso de Nápoles. Y sin embargo, mucho más valía que los otros candidatos preferidos, y el mismo Palmerston decía más tarde que se arrepentía de haberle combatido sólo por dar gusto a Espartero y sus amigos.

El Conde de Siracusa era el Alcibiades de la familia. Buen mozo, aunque demasiado obeso, y dueño de un pingüe patrimonio, no supo resistir a las tentaciones que el dinero y la ociosidad traen consigo. Estaba casado con una Princesa de Cariñan, señora a la verdad maniática y de carácter muy raro, por lo cual no vivieron mucho tiempo de acuerdo, y a pesar de que ella residía en Nápoles, habitaba en un Palacio distinto. Entre tanto el Conde se distraía con perpetuos galanteos y no limitándose, como Víctor Manuel, a una sola clase de ellos; tan pronto pasaba su tiempo con una bella Condesa, como con una linda aldeana de Sorrento. Daba muchas fiestas en su palacio de Chiaia, en el cual tenía un teatrito donde recitaban los aficionados comedias de sociedad, cuya ejecución era perfecta, porque los napolitanos son comediantes por naturaleza y de ellos se puede decir como se dijo de los griegos: *natio comoeda est.* Siempre han tenido pasión por este arte encantador, y es sabido que en el siglo XVII, en tiempo de nuestros Virreyes, había funciones teatrales hasta en los conventos de monjas.

Quieren algunos decir que desde su juventud tenía Siracusa opiniones liberales; mas el hecho es que por entonces no las manifestaba. Más tarde, a la muerte de su hermano el Rey Fernando, hizo gala de ellas y formó, por decirlo así, la oposición a las ideas de la Reina madre María Teresa, la cual abogaba por el mantenimiento del absolutismo.

Y no contento con esto llegó a ponerse de acuerdo con el Almirante piamontés Persano y tuvo el valor de aconsejarle a su sobrino el Rey Francisco que renunciara a toda resistencia y se sacrificase a la grandeza de Italia, como si la unión de esta pasara entonces de ser un mero proyecto,

que pocos creían realizable. Pero al fin tuvo él mismo que abandonar a Nápoles y murió pronto en Pisa, poco estimado de los mismos que antes le adulaban.

El Conde de Aquila, otro hermano del Rey, hacía hablar poco de sí y merecería los elogios de la posteridad, si al fin de su vida no hubiese también desmentido la fe de su familia y de su causa.

Había entonces también en Nápoles dos Príncipes españoles, algo más notables, el Conde Montemolín y el Infante Don Sebastián. El primero era nada menos que el pretendiente a la corona de España, como nieto de Don Carlos y representante de los supuestos derechos de éste por abdicación de su padre Don Juan. Habíase casado con la Princesa Carolina, hermana del Rey de Nápoles y prima suya, y había fijado su residencia en aquella capital. En realidad no pudo haber en esto inconveniente ni peligro de ninguna especie, antes bien parecía un enlace muy a propósito para tener a aquel Príncipe en una residencia lejana y tranquila, donde podía ser vigilado fácilmente. Pero el Gobierno de entonces le dio a este suceso una importancia extraordinaria, hasta el punto de interrumpir por ello durante algún tiempo las relaciones diplomáticas.

La figura del Conde de Montemolín no era ni bella ni airosa, y su cara tenía un color tan subido, que esto le daba un aspecto algo extraño. Cuando Palmerston le vio en Londres halló que se parecía mucho a Alí Bajá, el cual en aquel tiempo empezaba allí su carrera como Encargado de negocios y era un turco bastante feo. Decían que Montemolín era inteligente; mas no dio pruebas de ello cuando creyó poder obrar con independencia a la muerte del Rey Fernando. Entonces, triste es tener que decirlo, quiso sin duda emular las hazañas de Garibaldi, y casi al mismo tiempo que éste desembarcaba en Marsala, desembarcó él en San Carlos de la Rápita, aprovechando con poco patriotismo la ocasión de que la mayor parte de nuestro ejército se hallaba ausente de España y ocupado en la guerra de África. Acompañábale su hermano y un cierto General Ortega, que ambicioso y desleal, abusó del mando que le había sido confiado en las Baleares para ponerse al servicio de aquel Príncipe en su empresa de renovar la guerra civil. Ortega pagó con su vida tan criminal tentativa, y Montemolín y su hermano debieron la suya a la generosidad de la Reina Isabel, después de haber sufrido el desengaño de que nadie se uniera a ellos y merecido las más severas censuras de todas las personas sensatas, que los acusaban de falta de patriotismo y los comparaban con Riego, que se alzó en las Cabezas de San Juan cuando España se hallaba ocupada en la guerra de América, y con Luis Felipe, que usurpó el trono de Carlos X cuando el ejército francés estaba ocupado en la conquista de Argel.

En cuanto a la mujer de Montemolín, la Princesa Carolina, era simplemente una señora muy gorda, muy buena, pero completamente insignificante. Ambos murieron jóvenes y las pretensiones de Montemolín pasaron a su sobrino Don Carlos por renuncia del padre de éste Don Juan, personaje poco respetable, el cual había abandonado a su mujer Doña Beatriz, Archiduquesa de Módena, y vivía oscuramente en Londres con una joven inglesa, que había sido aya de sus hijos.

Don Sebastián, nieto del Infante Don Gabriel, era un Príncipe más sensato que Montemolín y se había distinguido entre los carlistas por su acierto y valentía. Era bizco y feo; pero la amabilidad de su trato hacía olvidar estos defectos. No ocultaba sus deseos de reconciliarse con la Reina, y ya entonces se seguían con él algunos tratos con este objeto, por cuya razón mi jefe Bermúdez de Castro no tuvo inconveniente en que yo me hiciese presentar a él y fuera algunas veces a su palacio para ofrecerle mis respetos. Era muy aficionado a las Bellas Artes y pintaba cuadros que él creía excelentes, pero que eran bastante medianos. Enviudó poco después, y habiendo reconocido a la Reina, regresó a España y se casó allí en segundas nupcias con una cierta Infanta Doña Cristina, hermana del Rey Francisco. Tanto Montemolín como D. Sebastián frecuentaban la buena sociedad de Nápoles y acompañaba al primero el General Elío, que pasaba por uno de los militares más distinguidos del bando carlista, y al segundo un Gentil hombre llamado Varona, persona muy apreciable.

Los altos cargos de la Corte de Nápoles estaban confiados en aquel tiempo a los representantes de casas sumamente antiguas e ilustres. Era Mayordomo Mayor un Sanseverino, Duque de Bisignano, cuya esposa era la primera dama de la Reina. Antonello Sanseverino,

antepasado de este Príncipe, fue el jefe de la conjuración de los barones, que en tiempo del Rey aragonés Don Fernando se sublevaron con motivo de las continuas guerras y crecidos impuestos que trajo consigo la ambición del Duque de Calabria, heredero del trono; y cuando aquellos fueron vencidos, no quiso nunca volver a Nápoles, a pesar de las seguridades que le daba el monarca, repitiendo siempre Antonello que el pájaro viejo no vuelve a la jaula. El Caballerizo Mayor, Duque de San Cesáreo y el Sumiller, Duque de Ascoli, eran ambos de la familia Marulli, que es asimismo muy antigua, y el Gran Maestro de Ceremonias era el Marqués del Vasto y de Pescara, descendiente de aquel Pescara, digno émulo del Gran Capitán, porque si éste conquistó el reino de Nápoles, aquél supo defenderle contra toda clase de enemigos.

Debo mencionar también al Marqués Imperiale, primero Gentil hombre de la Reina y después Caballerizo, noble y leal servidor, el cual fue el único jefe de Palacio que no abandonó al Rey Francisco en su desventura y le acompañó a Gaeta, permaneciendo allí todo el tiempo del sitio.

Los Ministros del Rey Fernaudo II eran todos estimables, pero medianos, aunque Bianchini, el del Interior, hizo cuanto pudo para mejorar la administración. En Guerra hacía también buena figura el Príncipe de Ischitella, el Narváez napolitano, quien, según la crónica de aquel tiempo, hizo del Rey un héroe por fuerza, cuando al verle atemorizado y vacilante ante el movimiento popular del año 48, le tiró a los pies su sombrero de tres picos, diciéndole que se retiraba inmediatamente a su casa si no le daba la orden de atacar a los revoltosos.

En Estado no había propiamente un Ministro, sino un Director general, que era el caballero Carafa de Traetto, covachuelista de bastante mérito, pero sin significación alguna política. Con él conferenciaban los diplomáticos extranjeros. Mas el verdadero Ministro con quien consultaba el Rey los asuntos más arduos era el Conde de Ludolf, Ministro de Nápoles cerca de la Santa Sede, el cual no había regresado a su puesto y residía siempre en Nápoles desde que entraron en Roma los franceses. Porque el Rey estaba vivamente ofendido por la conducta del General Oudinot, el cual había permitido que durante el armisticio por él concertado con Mazzini, fuesen los garibaldinos a atacar a Velletri, donde el Rey estaba con su ejército, y consideraba que su dignidad exigía aquella demostración de resentimiento. El Conde de Ludolf, pues, colocado, por decirlo así, detrás de la cortina, era quien dirigía la política extranjera, de acuerdo con el Rey, y él fue quien redactó las famosas respuestas que dio Don Fernando a las notas idénticas que le dirigieron los Ministros de Inglaterra y Francia.

Era Ludolf nieto de un diplomático austríaco, que entró al servicio de Fernando I, y existe todavía en Viena una segunda rama de la misma familia, a la cual pertenecía aquel otro Conde del mismo nombre, diplomático también y muy distinguido en su carrera, que llegó a ser Embajador de Austria en Madrid. El Ludolf napolitano, Ministro de Fernando II y su consultor más importante, tenía mucho talento y era un tipo acabado del Embajador del siglo pasado, serio y correcto, hombre de salón y corte, instruido, ocurrente y ameno. Faltábale sólo aquella moderada obesidad que tan bien sienta a los hombres de Estado, pues era alto y enjuto, y si hubiese llevado bigote se le habría podido tomar por un anciano militar. Pero su cara completamente afeitada estaba diciendo que era un representante de la sociedad civil de otros tiempos. Hablaba mucho y con gracia, y tomaba continuamente rapé en una caja de oro, adornada con el retrato de su monarca.

LIII.
Nápoles, de 1855 a 1858.

El Cuerpo diplomático.—Monseñor Ferrieri y su arreglo eclesiástico.—El Barón Brenier y Sir Guillermo Temple, hermano de Lord Palmerston.—Consejos que le dan al Rey Fernando.—Actitud recogida de Mr. Kakoschkine y la sociedad rusa.—El General austríaco De Martini.—Carácter exaltado del Barón de Canitz.—Posición difícil de Bermúdez de Castro.—Buenos consejos que le dio más tarde al Rey Francisco.—Carácter ligero del Vizconde de Alte.—El Ministro americano tenido por mormón.—Intrigas del Conde de Oropelo, Encargado de negocios de Cerdeña.—En su casa se reúnen los Basilios de la Revolución.

El Cuerpo diplomático residente en Nápoles era más numeroso que el de Turín, pues aunque no le servían de mucho al Rey Fernando, tenía, sin embargo, en su Corte a los representantes de todas las grandes Potencias. Había allí, en primer lugar, un Nuncio de Su Santidad, que era Monseñor Ferrieri, Prelado de buena edad y de excelente escuela, quien sin meter mucho ruido ni darse mucha importancia, había ido labrando silenciosamente su colmena, o sea un nuevo arreglo eclesiástico, en virtud del cual se suprimía el tribunal llamado de la Monarquía, y se devolvían las causas mayores a la Corte de Roma. Fui yo en aquella época Encargado interino de negocios, y Ferrieri tuvo la bondad de darme explicaciones muy interesantes sobre aquella negociación y sobre sus principales resultados.

La cuestión de las causas mayores y sobre todo la que se refiere a la anulación del matrimonio, ha sido siempre y con razón, un caballo de batalla muy importante en las relaciones de ambas Potestades. Contra todos ha habido censuras. Unas veces ha pecado Roma misma de rigidez, según lo prueba el Cisma de Inglaterra; otras ha pecado de facilidad, como en el caso de Josefina Beauharnais. En España, nuestro insigne Mariana, hablando de la anulación del matrimonio de Don Pedro, dice con su usual libertad, que los Prelados que la declararon no eran Obispos sino esclavos. En Sicilia eran los Obispos tan indulgentes que anulaban por falta de consentimiento matrimonios que tenían ya seis hijos. El buen sentido dice, pues, que lo más conveniente después de todo, es dejar la decisión de estas cuestiones a la Santa Sede, porque hallándose lejos de las pasiones e intereses de cada país, puede tener más imparcialidad para juzgar; y si aun así se notan abusos, eso demuestra que la perfección en esto, como en todo lo humano, no es una cosa posible. Entre tanto, nadie puede negar que el arreglo de Monseñor Ferrieri fue un progreso en la situación social de la Sicilia, poniendo coto a la facilidad casi ridícula con que anulaba allí los matrimonios el famoso tribunal de la Monarquía por cuestiones de compadrazgo y también por temor a las venganzas de las damas enamoradas y de sus desesperados amadores.

El Barón Brenier, Ministro de Francia, era un antiguo Cónsul y diplomático de edad madura y aspecto poco elegante. Sobrábanle, sin embargo, talento y travesura, y pertenecía al tipo bastante general en nuestra carrera, de un procurador malogrado. Lo que sabía de salidas y entradas y lo que se le ocurrían de expedientes, era increíble. No quedó por él si el Rey de Nápoles no atendió a sus consejos, y creo que obraba de muy buena fe, porque, según me lo dijo varias veces, no le parecía que hubiese otro medio de salvar a Nápoles de la invasión de los mazzinistas y piamonteses, más que la adopción franca y decidida de las reformas políticas que le proponían las Potencias occidentales. Y aunque sea verdad que el Emperador no amaba a Fernando II, no lo es menos que no tenía ningún deseo de que el Piamonte llevase hasta allí sus conquistas.

El Enviado británico era bien diferente de su colega de Francia. Sir Guillermo Temple debía principalmente su carrera a la protección de su hermano Lord Palmerston, quien en consideración a su delicada salud, le había mandado muy temprano al clima benigno de Nápoles, donde fue Ministro más de veinticinco años. Pequeño de cuerpo, pero de agradable presencia, ilustrado, conciliador y cortés, era una persona grata a todos, y creo que a pesar de haber residido allí tanto

tiempo, no tenía un solo enemigo. No estaba casado, pero recibía mucho y daba muy buenas comidas. A él se podían aplicar en parte aquellos versos de Scribe que dicen:

Plus d'un talent qu'on revère
Doit son esprit tout entier,
Le matin à son Secrétaire
Et le soir à son cuisinier.

Digo en parte, porque si su cocinero era bueno, en cambio su Secretario no tenía nada de extraordinario, ni él creo que lo necesitase, pues poseía suficiente talento para el puesto relativamente secundario que desempeñaba. Lord Palmerston le quería con extremo y no le reputaba necio, como lo prueba el hecho de que por ocupado que estuviese, nunca dejaba de escribirle, aun cuando no fuese Ministro, y le tenía al corriente de toda la política de su país, de tal manera, que sus cartas pueden servir hoy como memorias de dos tercios de este siglo. El tono de esta correspondencia es siempre una mezcla de serio y festivo, en que se ve bien el carácter irlandés de Palmerston y su inagotable buen humor. Alababa siempre mucho los despachos que recibía del hermano; mas no dejaba por eso de notar acá y allá algunas cosas dignas de crítica, aunque hacía sus observaciones con las formas más amables, lo cual, debo decirlo de paso, era un rasgo característico en aquel hombre de Estado.

Citaré algunas de sus censuras, como prueba de lo que digo, y también porque contienen buenos consejos para más de un diplomático. «Se han recibido tus últimos despachos, le decía una vez a su hermano, y me han complacido mucho las noticias que me das de ese Rey y toda esa Real Familia; pero no me desagradaría que en adelante me dijeses también de cuándo en cuándo alguna cosa sobre la política y las miras de ese gobierno». Y en otra ocasionen que, según él, no se las había tenido bastante tiesas con el Ministro de Negocios extranjeros, le decía donosamente: «Encárgale a tu lavandera que le ponga más almidón a los cuellos de tus camisas».

No hay que decir que Sir Guillermo, espoleado por su hermano, puso en movimiento todos los resortes posibles, a fin de que el Rey Fernando accediese a los deseos de Inglaterra; mas, como es sabido, todo fue inútil, y al cabo tuvo que retirarse de Nápoles en compañía de Brenier. Volvieron también juntos dos años después, a la muerte de aquel monarca, y sus consejos fueron por fin aceptados y aun exagerados, pero de nada sirvieron entonces; primero, porque la revolución había tomado ya demasiado incremento, y segundo, porque no fueron puestos en práctica por una mano firme, sino por una muy débil y vacilante.

Formaba gran contraste con Brenier y Temple el caballero Kakoschkine, alto, sesudo y compasado diplomático, digno seguramente por su talento e instrucción de representar al Emperador de todas las Rusias. Había empezado su carrera siendo el Comisario ruso que acompañó y vigiló a Napoleón durante su residencia en la isla de Elba, y él mismo se reía de la tal vigilancia, pues, según aseguraba, desde el primer momento estuvieron casi todos persuadidos de que el pájaro no se quedaría mucho tiempo en aquella jaula.

Era Kakoschkine feo y picoso de viruelas, pero gracias a su talento no desagradaba a las señoras. Sin embargo, por mucho tiempo estuvo sin querer casarse, hasta que al fin lo hizo cuando la dama a quien hacía la corte, acometida del cólera, se vio a las puertas de la muerte, y algunos chuscos aseguraban que cuando, por fortuna, pasó la enfermedad y se encontró casado, dijo con su gracejo natural: «Buena pieza me ha jugado el tal cólera morbo».

Era su mujer una linda francesa, hija del barón de Valabregue y de la célebre cantante Catalani, y poseía, como su madre, una voz muy hermosa. Con este motivo había siempre música en la Legación de Rusia, pues el *nunquam desistant* de Horacio se aplica más que a ningún otro cantor a los aficionados que tienen la ventaja de pertenecer al Cuerpo diplomático. Basta que haya uno o una con ese privilegio, para que el concierto europeo y aun americano se realice continuamente en sus salones.

Añádase a esto que en aquella época había en Nápoles más que nunca una colonia de familias rusas que venían allí huyendo del clima de su país y también de las tropas francesas establecidas en

Roma, porque no le perdonaban todavía a aquella nación las derrotas que les había hecho sufrir en Crimea. Había dicho Gortchakofí, usando de una expresión mística, «la Rusia se recoge»; y todos los rusos se creían obligados a hacer por el momento otro tanto, en lo cual, sin embargo, no perdía nada la sociedad, porque si se abstenían de hablar de política, no por eso mostraban menos ganas de divertirse, y todos ellos concurrían, como es natural, a la Legación de su país, dando mayor lucimiento a los saraos de madama Kakoschkine.

Con este motivo tuve entonces una buena oportunidad de observar de cerca a los individuos de aquella nación y también a los polacos, y diré aquí lo que pensé de ellos. Pareciéronme desde luego muy inteligentes, sin mostrar por otra parte mucha profundidad de ideas ni de conocimientos. Sin embargo, aunque carecían de una gran instrucción, estaban, tanto ellos como ellas, muy al corriente de la literatura contemporánea, en especial de la francesa. Es fácil que un ruso no conozca la *Mérope* de Voltaire; pero cualquiera de ellos se tendría por poco menos que perdido de reputación, si no pudiese dar cuenta de la última novela publicada en París. Según ellos mismos refieren, el Zar Nicolás I, no obstante su carácter tan grave, hacía sus delicias de las de Paul de Kock, que entonces se tenían por excesivamente verdes.

Parecióme también notable la propensión que tienen los rusos a aprobar en los otros países las ideas más liberales y progresistas. Sin duda lo hacen para desquitarse de la opresión que éstas sufren en el suyo. Todos aquellos caballeros y bellas damas eran partidarios decididos de la revolución de Italia, a lo cual contribuía también por mucho, en mi sentir, el deseo que tenían de ver bien humillada al Austria, de quien estaban muy quejosos, porque después que la Rusia la había salvado en Vilagos, no le había prestado a ella auxilio alguno durante la guerra de Crimea.

Físicamente considerados, pertenecen, tanto los rusos como los polacos, a una hermosa raza, cual es la eslava. Los hombres son gallardos y las mujeres bellas y graciosas por añadidura, lo cual confirma la idea de que en esto último entra por más la raza que el clima, puesto que en el centro de Europa escasea esa cualidad, mientras que la vemos abundar en España como en Rusia y Polonia, a pesar de ser la una tan ardiente y las otras tan frías. Hablan los rusos y polacos la lengua francesa con mucha propiedad y le dan una cantinela peculiar, llena asimismo de donaire.

El defecto principal, lo mismo de los rusos que de todos los eslavos, es la exageración de ciertas cualidades. Custine ha llamado a los rusos gitanos blancos, y a mi parecer no le falta razón, porque son en general excesivamente zalameros y amables, resultando de esto que no siempre es posible fiarse de lo que dicen. Cuando quieren ganar amigos o pasar por corteses, todo lo encuentran excelente y tienen de continuo en la boca las expresiones más hiperbólicas. Para ellos todo es sublime, encantador, adorable. ¡Y qué lástima que tanto las rusas cismáticas como las mismas polacas católicas, sean tan volubles! ¡Qué lástima -que el Papa se lamente siempre inútilmente de la facilidad con que las segundas se divorcian y pasan a nuevas nupcias!

El General Martini, alto, delgado y viejo, desempeñaba el puesto de Ministro de Austria, y su personalidad era poco notable. El verdadero representante de la elegancia vienesa era su primer Secretario el Conde de Wimpfen, con su uniforme muy ceñido y sus bigotes en punta. Era también muy inteligente y con el tiempo llegó a ser Embajador en París. La situación del Austria era entonces bastante triste, pues comprendía que la amenazaba una gran tempestad y no le era posible ganar amigos. El mismo Rey Fernando, antes de morir, le encargó mucho a su hijo que permaneciese neutral y no se aliase con aquella Potencia, lo cual prueba que después de todo empezaba aquel Soberano a comprender la imposibilidad que existía ya para todos los gobiernos de Italia de mostrarse hostiles a la independencia de ésta. Sobre las instituciones podía haber diversos pareceres; sobre la independencia, no.

Era Ministro de Prusia el Barón de Canitz, a quien había yo conocido ya en Roma, donde desempeñaba el puesto de primer Secretario. Su carácter era exaltado y caballeresco. Por aquella época tuvo un desafío con el coronel francés Bertrand, hijo de aquel General del mismo nombre, que acompañó a Napoleón a Santa Elena; y la causa de ello fue que el coronel se permitió hablar con poco respeto de la animosa Condesa Spaur, la cual tuvo la gloria de sacar de Roma a Pío Nono,

en su propio coche. Era Canitz amigo y admirador de aquella dama, y saliendo al punto a su defensa, desafió al francés y le hirió de sable en el brazo.

Don Salvador Bermúdez de Castro representaba a la España en aquel país, conforme lo he dicho ya en otro capítulo, y aun cuando hablé entonces de él, debo repetir ahora que, como diplomático, formaba un contraste notable con el bueno de Pastor Díaz, mi último jefe en Turín, pues no sólo tenía mucho talento, sino que poseía el exterior noble y elegante y los conocimientos especiales que le faltaban a aquél, y era además hombre de mundo, acostumbrado desde joven a la mejor sociedad. Ocupaba el primer piso del Palacio Graven, en el sitio llamado Chiatanione, cerca de Chiaia, y daba saraos y comidas, en las cuales lucía ese buen gusto en el orden y escenamiento de ellas, que, según nada menos que Jenofonte y Plutarco, tienen en la vida social una grandísima importancia. Una sola dote le faltaba y era la afabilidad. Rara vez mostraba la sonrisa benévola que hacía tan populares a Temple y Brenier, y conservaba siempre una excesiva seriedad que le impidió ganar muchos amigos.

Tenía más bien Bermúdez el porte severo que conviene a los hombres políticos, y la verdad es que todos se admiraban de que no lo fuese, no obstante que se hallaba dotado de tanto talento, tanta iniciativa y tanta energía. Pero le sucedía a él lo mismo que he dicho antes del Marqués Alfieri, sobrino del gran poeta; su carácter era demasiado independiente. Los gobiernos constitucionales son gobiernos de partidos, y aquel que no pertenece en cuerpo y alma a uno de ellos y se somete a su disciplina, no puede nunca hacer carrera. El mismo Lord Brougham, con todo su talento, dejó de figurar en su país como hombre político desde que quiso emanciparse de esa indispensable disciplina.

Pero volviendo a Don Salvador y a sus cualidades de diplomático, conviene recordar aquí la situación tan difícil en la cual se hallaba en Nápoles, pues ni su ilustración personal podía aprobar la conducta política del Rey Fernando, ni las relaciones de parentesco y amistad que mediaban entre las dos Cortes le permitían hacer enteramente causa común con los diplomáticos que le querían imponer reformas. Quizás hubiera sido conveniente que el Gobierno de Madrid le hubiese mandado hacer algo, siquiera fuese de una manera indirecta, en ese sentido; pero en aquel tiempo no se comprendía todavía en España la cuestión de Italia, y se tenían sobre ella ideas muy anticuadas y extrañas. Más adelante, cuando por muerte del Rey Fernando entró a reinar su pobre hijo Francisco y se vio éste atacado por Garibaldi y los piamonteses, pudo ya Bermúdez darle a su vez algunos consejos, no tanto sobre la manera de gobernar, como sobre su actitud ante los reveses de la fortuna, que si no salvaron a aquel joven soberano, le permitieron al menos terminar su breve reinado de un modo muy digno.

Lo mejor hubiera sido que con los treinta mil hombres que aun le restaban, defendiese su reino contra Garibaldi en los pasos de Calabria, según se lo proponía el entendido Pianell, o delante de Salerno, como se lo suplicaba después el fiel Carrascosa, y ¡feliz él tres y cuatro veces si sucumbía allí con la espada en la mano, como Haroldo y Manfredo! Mas ya que no quiso hacer nada de esto, fue digno sin duda de alabanza que en lugar de huir vergonzosamente, ensayase al menos una postrera resistencia dentro de los muros de una fortaleza, y esto fue justamente lo que le aconsejó Bermúdez de Castro. Retirado a Gaeta, allí sucumbió al fin; pero sucumbió rodeado de no pocos soldados y Generales fieles y de los representantes de España y Austria, y dio también tiempo con su larga defensa para que fuese más patente la ambición desapoderada del Piamonte y la impotencia y connivencia de Napoleón III, que escogía aquel momento para hacer una visita a la Argelia y le enviaba al Conde Cavour un telegrama en términos tan ambiguos, que de él se prevalió aquel Ministro para continuar su carrera de conquistas. Las generaciones actuales no pueden apreciar bien aquellos sucesos; pero los que vivíamos entonces sabemos que la resistencia de Gaeta dio una simpática aureola al joven Rey Francisco, la cual fue particularmente grata a los partidarios de la monarquía legítima y del derecho de los tronos. El prestigio de la Casa de Borbón ganó también mucho con aquella defensa, y por este motivo sin duda, tanto el Rey Francisco de Nápoles como la Reina Isabel de España se mostraron particularmente liberales en los honores que

dispensaron a Bermúdez como recompensa de aquel servicio. El Rey le creó Duque de Santa Lucía y la Reina le hizo Marqués de Lema.

El Vizconde de Alte, Ministro de Portugal, era un diplomático tan amable como original, el cual desmentía con su conducta el carácter sesudo de su nación. Estaba casado con una señora inglesa rica, pero vieja; y aunque él mismo no era tampoco bello ni joven, le hacía continuas infidelidades, especialmente con bailarinas y actrices. Súpolo su mujer, y la primera vez que fueron con licencia a Lisboa, le contó sus cuitas al Rey y le rogó que no emplease más a su marido fuera de Portugal, donde no han abundado nunca las mujeres bonitas. Asegúrase que el Rey le hizo separar por complacer a la vizcondesa y que en adelante no pudo nunca conseguir que le volviesen a nombrar Ministro en el extranjero.

Mr. Roberto Owen, Ministro de los Estados Unidos, era, en el concepto del pueblo de Nápoles, un marido más afortunado que Alte. Llegó a aquella residencia acompañado de una señora algo madura, pero simpática, que él decía ser su mujer; mas he aquí que poco después vino de América otra dama algo más joven, la cual, a título de amiga y de huéspeda, vivía con ellos y hacía parte, por decirlo así, de la familia. El público napolitano, de suyo mal pensado, no necesitó más para creer y sostener que Mr. Owen era mormón y la señora recién llegada otra de sus mujeres.

Había asimismo en Nápoles varios Encargados de negocios, todos muy agradables, especialmente el de Toscana, llamado Frescobaldi, cuya mujer era muy distinguida y agraciada. Pero el más importante sin duda era el de Cerdeña. Habíase retirado el Ministro a causa del estado casi de enemistad en que se hallaban las relaciones entre los dos Gobiernos, y manejaba interinamente los asuntos el primer Secretario Conde de Gropello, el cual no le cedía a ningún piamontés en travesura y celo revolucionario. Sus intrigas eran continuas. En su casa se reunían los Basilios de la revolución; de allí salían sin cesar los vientos de la calumnia.

LIV.
Nápoles, de 1855 a 1858.

La sociedad de Nápoles.—Fiestas del Conde de Siracusa.—Recepciones de Madama Craven.—Destino singular de ella y de sus mayores amigas.—La Minutolo.—La Ravasehieri.—La Princesa de Campo Reale.—Salón de la Duquesa de Bivona.—El de la San Arpino.—Los de Torella y Caraeciolo.—Doña Olimpia Colonna tenida por jettatrice.*—Un espejo hecho pedazos.—Un epigrama del Duque de Proto.—Talento del Marqués de Gargallo.—Otra vez las señoras rusas.—Charadas,* rebuses *y* calembures.*—Señoras que fuman.—Otras que cantan.—El* Stabat Mater *de Rossini, ejecutado en el Conservatorio.—Nápoles, patria de la melodía.*

A pesar de que las circunstancias políticas no eran muy halagüeñas, la sociedad de Nápoles se mantenía siempre divertida y animada. Allí, más que en otra parte alguna, se siente la alegría de vivir y la necesidad de asociarse a sus semejantes. Eso de pasar la existencia solo y entre cuatro paredes, es bueno para los pueblos del Norte. Los napolitanos se morirían de fastidio si no pudiesen hablar y oír hablar durante algunas horas del día y mucho más de la noche.

Suspendidas a causa de la malhadada política las fiestas de Palacio, que eran muy brillantes antes del año 18, tenían entonces el primer lugar las del Conde de Siracusa, el cual, no sólo daba bailes y saraos y hacía recitar comedias, como ya lo he dicho, sino que inventaba de continuo diversiones de toda especie. Así, por ejemplo, durante el verano, solía convidar a un número selecto de damas y caballeros, y los llevaba en su lujosa falúa a pasear por el golfo. Una buena música le seguía en otra barca, y multitud de lanchas llenas de toda clase de personas le formaban cortejo y aumentaban la animación de aquella fiesta. Servíase una opípara cena en la falúa del Conde y no era raro que alguno de los convidados cantase bellamente las canciones napolitanas que gozaban por el momento de más favor, tales como *La Bella Nápoli* y *A Santa Lucia*.

Después de Siracusa tenía el cetro de la sociedad una señora francesa, la cual estaba casada con un rico inglés, llamado mister Craven. Paulina Laferronays, que éste era su nombre, era una de esas señoras que, sin ser bonitas, agradan generalmente por su gracia e ingenio. Era irreprensible y aun devota; mas esto no obstante, gustaba mucho de divertirse y sobre todo de recitar comedias, para lo cual tenía mucho talento. Y daba la casualidad de que tanto su marido como su hermano tenían la misma pasión y el mismo genio cómico, y unidos con algunos aficionados napolitanos, tales como la Duquesa de Ravaschieri y el Marqués Marcelo Gallo, formaban una especie de compañía aristocrática, que podía ser comparada con las profesionales de más fama. Recitaban en francés las piezas alegres de Scribe y de Laviche y también los delicados proverbios de Feuillet y Musset. *El Capricho* de este último era un triunfo de Marcelo Gallo y de la bella Ravaschieri.

Además de dar bailes y saraos recibía Madama Craven casi todas las noches; mas estas pequeñas reuniones íntimas eran ya menos divertidas, al menos para mí, que había dejado ya los galanteos. Los concurrentes a ellas estaban casi todos apareados, de modo que para el que no lo estaba, quedaban pocas señoras con quienes hablar. Craven, marido ligero, hacía la corte a la Ravaschieri, que era una hija del General Filangieri, morena graciosa, con los mejores ojos del mundo; Gaetano Filangieri, su hermano, estaba a los pies de la Marquesa Caracciolo Bella, una rusa agraciada y amable; mi jefe Bermúdez de Castro se dedicaba a la Princesa de Campo Reale, nacida Acton, napolitana muy linda y muy picante, que poseía una magnífica voz y cantaba primorosamente, y así había otras varias parejas, las cuales, por casualidad sin duda, venían siempre a sentarse juntas y tenían asuntos interesantísimos que discutir, evitando que fuesen oídos de los demás. El ama de la casa hablaba con los caballeros y con algunas señoras menos brillantes, entre las cuales se distinguían dos hermanas llamadas Adelaida y Clotilde Minutolo, pertenecientes a la antigua familia de este nombre, cuya capilla en la catedral sirve de escena a uno de los cuentos menos licenciosos de Boccacio.

Singular es el destino que han tenido tanto la misma Madama Craven como las varias amigas suyas que acabo de enumerar, y no puedo menos de referirlo, aunque alargue algo mi relato. Andando los años, el caballero Craven tuvo la desgracia de perder toda su fortuna en especulaciones aventuradas, y su virtuosa mujer, viéndose sin recursos, hizo el ensayo de escribir para el público. Empezó por un libro titulado *Relación de una hermana*, el cual, publicado en la *Revista de Ambos Mundos*, tuvo un éxito muy grande. A éste siguió otro sobre Adelaida Minutolo, la misma a que antes he aludido, y en él nos reveló que aquella dama tan agraciada y amable, que ayudada de su hermana Clotilde, recibía con tanta cordialidad a sus amigos en su quinta de Posílipo, había vivido en el mundo sin contagiarse con sus máximas, como la madreperla en el fondo del mar, según la expresión del poético Sales, y estaba adornada de las mayores virtudes. Después publicó otras obras que tuvieron igualmente mucha boga, y consolidada así su fama de buena escritora, consiguió vivir de su pluma. Sus sentimientos son siempre elevados, sus pinturas interesantes, su estilo natural y distinguido.

La Duquesa de Ravaschieri conservó su rico patrimonio y su gran posición social; mas llegada a una edad en que empezaba a declinar su hermosura, supo retirarse a tiempo del torbellino del mundo, y se convirtió en una de las damas más sinceramente devotas y caritativas de la ciudad de Nápoles. Dotada de actividad y de talento, es increíble el bien que ha hecho en aquella ciudad, donde al lado de tantas personas felices existe una multitud que vive en la miseria y sufre a cada momento las tentaciones del vicio.

La Princesa de Campo Reale enviudó siendo todavía joven y se unió en segundas nupcias con el célebre Minghetti, que ha sido uno de los hombres políticos más notables de la moderna Italia. La bella Laura, que éste es su nombre, ha sido muy feliz en este segundo matrimonio, porque a pesar de que Minghetti tenía mucha más edad que ella, sentía por él una estimación que equivalía a un gran afecto. Con el tiempo abrigó también sus ambiciones de mujer política, y sin abandonar la música, a la cual era muy aficionada, tuvo un salón de personas serias, en que se discutían agradablemente las cuestiones del día.

La Marquesa de Caracciolo entró asimismo en la categoría de mujeres sesudas, cuando, establecida la unidad de Italia, su marido fue Diputado y Plenipotenciario en varias Cortes europeas.

Otro salón de Nápoles concurrido en aquel tiempo era el de la Duquesa de Bivona, nacida Bedmar, y española, como su marido, por todos los cuatro costados; pero establecidos ambos en Nápoles desde la muerte de Fernando VII. Era la Duquesa una señora de edad mediana, amable, discreta y simpática. El Duque, algo menos inteligente, pero amable también y aun campechano. Vivía asimismo en Nápoles su hermano el Conde Sclafani y eran gemelos tan parecidos, que cuando se veían separados, costaba casi trabajo distinguirlos. Toledos ambos, tenían cuantiosos bienes en aquel país, donde vivieron y mandaron sus abuelos, y se hallaban en él como en una segunda patria. El salón de la Duquesa era una mezcla singular de cordialidad española y elegancia napolitana. Recibía diariamente, a menos que no fuese al teatro, y desde las nueve de la noche hasta la una de la mañana había gente en sus salas. Reuníanse principalmente las señoras en el salón de la Duquesa, los hombres en el fumadero y el billar; pero había continuos paseos de unos lugares a otros y se parecía mucho aquello a un club elegante, compuesto de una sociedad aristocrática de ambos sexos. Los Condes de Aquila y Siracusa lo frecuentaban mucho, y el Príncipe de Joinville pasaba allí las noches cuando estaba en Nápoles con sus escuadras, según lo refiere él mismo en sus recuerdos de viaje.

Las familias de Bivona y Sclafani fueron al principio carlistas; mas con el tiempo reconocieron a la Reina Isabel, y regresaron a España. El hijo mayor de Bivona, que llevó después el título, se casó en Madrid con una hija del General Don José de la Concha y ha figurado con bastante brillo en el partido liberal o fusionista.

La Duquesa de San Arpino tenía igualmente un salón muy concurrido. Su esposo no había inventado la pólvora; pero contagiado de ideas liberales, preparábase ya para las futuras luchas políticas, leyendo a Bastiat y otros economistas de la misma escuela, que entonces gozaban de gran fama, en lo cual hacía muy bien, sólo que tenía la mala costumbre de cansar de noche a sus amigos, disputando con ellos sobre lo que estudiaba de día. En cuanto a la Duquesa, era una hija de Albión, muy distinguida, pero muy flaca. La cara era bonita; lo demás un palo muy delgado, de esos que suelen servir maravillosamente a las modistas para armar alrededor de ellos los trajes más elegantes del mundo. Vino entonces de París la moda de los guardainfantes o crinolinas, introducida por la Emperatriz Eugenia, y ella fue de las primeras en adoptarla, con tanta exageración, que, según decían los chuscos, cuando iban de noche a sociedad, el pobre Duque tenía que sentarse en el pescante al lado del cochero, porque la elegante Duquesa ocupaba con sus miriñaques todo el ámbito del coche.

Las Duquesas de Torella, Angria y Bovino recibían también mucho. La última, hija de Filangieri, como la Ravaschieri, era muy guapa, y por ella suspiró uno de mis amigos y predecesores, el elegante Don José Curtoys y Anduaga.

Multitud de damas bellas o graciosas concurrían a todas estas casas, y no pudiendo hablar de todas, me contentaré con citar a las dos Policastros, de las cuales la una, Tetina, era Princesa de Gerace, y la otra, Manina, Duquesa de San Giuliano. La primera, más que medianamente hermosa, tenía la majestad de una Juno; la segunda era una Venus pequeñita, cuyo carácter pecaba de romántico. Cuando la conocí la primera vez, que fue en Roma, llevaba siempre un brazalete de oro con una inscripción que decía: *alma non ti lagnar, ma soffri e tace*, que es un verso de Petrarca, con el cual expresaba el estado de su corazón enamorado y descontento, porque sus padres no le permitían casarse con el hombre a quien amaba. Después se casó con San Giuliano, y aunque al principio no le quería, acabó por cobrarle afecto, y con objeto de probármelo, me dijo una vez en confianza que almorzaban juntos en la cama, cosa que a ella le parecía probablemente el extremo de la cordialidad y de la ternura, aunque yo no lo encuentro muy limpio.

A pesar de que era ya una belleza bastante madura, debo mencionar también a Doña Olimpia Colonna, la cual tenía una posición especial en la sociedad de Nápoles, a causa de que las gentes habían dado en creerla *jettatrice*; y aunque algunos la buscaban por su agrado, los más la tenían por

su supuesto mal influjo. Probablemente le sucederían al principio algunos lances desgraciados y a ellos se habían ido añadiendo otros puramente imaginarios. Citaré uno como ejemplo. Compró el Duque de Torella un espejo de grandes dimensiones, y no habiendo el tapicero calculado bien su peso, le colgó de clavos tan pequeños que, por efecto sin duda de la vibración de la sala, se vino al suelo una noche, cuando había más gente en ella, y se hizo pedazos.

Estaba presente, entre otras señoras, la desgraciada Doña Olimpia, e inmediatamente se esparció por la ciudad, no se supo cómo ni por quién, la voz de que el hecho había pasado de esta otra manera. El espejo, decían, acababa de ser colocado, cuando entró en el salón la *jettatrice* Doña Olimpia y se quedó parada delante de él, mirándolo y admirándolo. Mas no había terminado de decir: *¡qué hermoso es!*, cuando se vino abajo con estrépito, haciéndose mil añicos. Y por más que los que estallan presentes lo desmentían, fue esta la versión que prevaleció y que hasta hoy dura en la memoria de los napolitanos.

Gracias a los atractivos que aún conservaba y también a los bienes que poseía, pasó poco después esta señora a segundas nupcias con un oficial de marina de muy buen parecer y bastante más joven que ella, y con este motivo compuso el Duque de Proto un epigrama muy gracioso. Llamábase el oficial Agresti, y jugando con este vocablo decía:

Un nuovo miracolo da veder ci resta
Che l'uva passa rediventi agresta.

Era este Duque uno de los ingenios de aquella corte, que unía a su talento poético un carácter muy original. En el año 48 tomó parte en la revolución; fue diputado e hizo gala de ideas tan avanzadas, que oyéndose llamar Duque por un colega, le dijo en plena Cámara: «Hágame usted el favor de no llamarme Duque; yo soy simplemente el ciudadano Proto». Después calmó mucho sus ardores, como tantos otros, y aunque conservó ideas liberales, no le desagradaba ya que le llamasen por su título, que es uno de los más ilustres de aquel Reino.

Otro ingenio notable, elegante y memorioso, era el Marqués de Gargallo, cuyo padre adquirió mucha fama con sus bellas traducciones de Horacio y Juvenal, clásicas ya en Italia. El hijo cultivaba también con éxito las letras, y en mi tiempo publicó en francés un opúsculo muy bien escrito en defensa del Rey de Nápoles con el epígrafe de *Justitia regnorum fundamentum*, que le valió muchos elogios del partido realista, al cual pertenecía, formando en esto contraste con el Duque de Proto. Había heredado de su padre la afición a los clásicos latinos, y como en esto estábamos muy conformes, trabamos muy buena amistad y a él le debí, no sólo el conocimiento de Juvenal, sino también el de Ovidio, Propercio y los demás líricos latinos.

La mujer de Gargallo era inglesa, de cuya nacionalidad había también en Nápoles durante el invierno una colonia casi tan extensa como la de rusas y polacas. Amigas todas de divertirse, llenaban los salones e imponían en ellas sus gustos, sobre todo las rusas. No satisfechas estas últimas con las representaciones dramáticas, que exigen estudio y talento, introdujeron las charadas, en las cuales podían lucir más fácilmente sus gracias.

Eran también muy aficionadas las señoras rusas de aquel tiempo a dos juegos semiliterarios que a la sazón estaban de moda, pero que hoy ya por fortuna no se estiman, y son los *rebuses* y los *calembures*. Son los primeros una especie de jeroglíficos, y toman su nombre de una publicación satírica que hacían antiguamente los estudiantes de París en tiempo de Carnaval, en la cual discurrían en un lenguaje figurado de las cosas que pasaban; *de rebus quae geruntur.* En el blasón se han usado desde antiguo, y las armas de Sevilla, por ejemplo, son ni más ni menos que un *rebus*, pues consisten en una madeja, precedida de un *no* y seguida de un *do*, de suerte que se lee *no madejado*; y le fueron dadas a aquella ciudad por el desventurado Rey Don Alfonso el Sabio, en memoria de que había sido la única que no le abandonó cuando todas las demás de España abrazaron el partido de su hijo Don Sancho.

En cuanto a los *calembures* o expresiones equívocas son asimismo muy antiguos, sobre todo en las lenguas que abundan en palabras o combinaciones de palabras que tienen varias significaciones con un mismo sonido. En francés son muy fáciles de hacer, y dicen que por la

fecundidad con que los inventaba cierto farmacista de París llamado Calembourg, le pusieron allí ese nombre. En España son menos comunes. Con todo, no dejan de hacerse en el lenguaje familiar, como citando decimos de un hidalgo arruinado que es un Don Juan Pérez Yendo de Lara; y en las comedias del siglo pasado se observa, que a medida que cunde el mal gusto y también la imitación francesa, crecían asimismo los calembures, a los cuales llamaban equívocos, remoquetes o chistes. En el *Dómine Lucas* y en el *Amor al uso* los hay bastante bonitos. No conviene, sin embargo, abusar de ellos, y esto era precisamente lo que hacían entonces los rusos.

Introdujeron también por aquel tiempo las señoras rusas en Italia, la costumbre de fumar cigarretas de papel, siendo singular que ese uso se propagase entre las damas jóvenes de Europa, cuando ya en América, donde nació, no lo conservaban más que las viejas, pertenecientes casi a otro siglo. El hecho en sí no tiene nada de censurable, y siendo una cosa inocente y grata, no hay ninguna razón para prohibírselo a las señoras; mas por otra parte es innegable que, a consecuencia sobre todo de lo que altera la pureza del aliento, no las presta ningún nuevo atractivo y tiene algo de hombruno.

Pero el pasatiempo más favorito de los salones de Nápoles, después de las charadas y comedias, era la música, y había varias señoras, tanto napolitanas como extranjeras, que se distinguían en ese arte divino, del cual dijo Feijóo que es el único hechizo permitido que hay en el mundo. Ya he alabado antes la voz admirable de Madama Kakoschkine, hija de la Catalani. La Marquesa Caracciolo Bella, que era rusa, tocaba el piano casi como un Talberg, y la Princesa de Campo Reale cantaba como un ruiseñor, no sólo las bellas arias italianas y las románticas canciones de Schubert, sino también obras tan clásicas y difíciles como el *Stabat Mater* de Rossini, que se ejecutaba todos los años en el Conservatorio.

Antiguamente eran tres los Conservatorios de música que existían en Nápoles: tal era la afición que había allí a ella; ahora no hay más que uno. Cuenta éste, sin embargo, con muy buenos profesores y forma excelentes discípulos, para lo cual influye mucho la actitud natural de los napolitanos, tanto para la composición como para tocar toda clase de instrumentos y para el canto. En esto último han sido siempre notables. El aire suave que allí se respira, la conformación misma de la garganta, son en extremo favorables a la extensión y modulación de la voz. Aquella es la patria de la dulce melodía, base principal de toda música, si no es la música interna, pues ésta existió ya en la antigüedad sin lo que hoy se llama armonía y contrapunto, contentándose con el canto a la octava y al unísono.

Y es la melodía tan natural en aquel país, que las obras de sus maestros rebosan de ella, y hay tantas en sus antiguas y ya olvidadas óperas, que bastarían las de una sola para componer diez de las que hoy se usan. En Alemania, patria de la armonía, el pueblo, amante también de la música, no canta con gusto sino cuando se reúnen muchas voces, y es raro que cante uno solo. El napolitano prefiere, al contrario, cantar solo, y cada cual se complace en oír su propia voz, como el ruiseñor y el canario. Abundan allí por eso los cantores callejeros, y cerca de mi casa había uno, barbero de profesión y émulo de Diego de la Puente, que en las noches de verano hacía gala de su bella voz y alborotaba con ella a todas las Marcelinas del barrio.

LV.
Nápoles, de 1855 a 1858.

Nápoles fue por mucho tiempo la metrópoli de la música.—En el siglo XVIII produjo grandes compositores.—Pergolese, Paisiello, Cimarosa.—Tuvo también célebres cantores, como Stradella, Caffarelli y Farinelli.—Gran boga de Mercadante.—Teatro de San Carlos.—Afición de los napolitanos al baile.—La Tarantela.—Teatro de los florentinos.—La Ristori en la Medea.—Pulchinela en San Carlino.—Fiestas religiosas.—La Virgen de Pie di Grotta.—Santos más venerados en Nápoles.—Repiques de campanas y castillos de fuego.—Mi casa, mis amigos y mis lecturas.—Berni, Torteguerri.—Sátiras contra España.—Tassoni v Giusti.

La ciudad, de Nápoles fue por mucho tiempo la metrópoli de la música, uniendo a la melodía, tan natural bajo aquel cielo, la armonía introducida en todas partes después del Renacimiento. A semejanza de la pintura y de las otras artes, la música no pereció nunca por completo. Hasta el vándalo Gelimer, en el siglo VI, vencido por el gran Belisario, disipaba sus tristezas pulsando la lira. Dante alaba en su Purgatorio el canto y la voz de aquel Casella, que había puesto en música algunas de sus canciones; y en Francia se conservan todavía las de Raul de Coucy, amante desventurado de la Dama de Fayel, compuestas en el siglo XIII. Eran, sin embargo, obras muy imperfectas que hoy merecerían pocos aplausos.

Al fin vino la música a nueva vida, al pie de los altares, en aquella Flandes que, rica, tranquila y devota, fue la rival de Florencia en el cultivo de todas las artes. Palestrina, discípulo de un maestro flamenco, introdujo después esa música moderna en Roma con su misa del Papa Marcelo, y de Roma pasó a Nápoles, donde ya Juan Tinctor, maestro de capilla del Rey Alfonso y flamenco también probablemente, había establecido un sistema de armonía. El Príncipe de Venosa compuso más tarde *Madrigales*, llenos de buen gusto, que eran cantados por todas las damas de Nápoles y parecieron muy bellos a Juan Jacobo Rousseau.

Durante el siglo XVIII fue aquella ciudad por todos conceptos la primera de Europa para el cultivo de la música, especialmente de la dramática, nacida en Florencia, pero perfeccionada en aquel risueño suelo. Infinitos fueron los compositores que en aquel tiempo produjo. Basta citar a Scarlatti, enemigo de las fugas y contrafugas y tan fecundo en sus obras, que se le considera el Jordán de la música; Durante, jefe reconocido de toda aquella escuela; Pergolese, tan hábil en el género sagrado como en el profano, y cuya *Serva padrona* fue cantada en todos los teatros de Europa. Paisiello, que perfeccionó más y más la ópera, inventando los finales y las grandes piezas concertantes, de las cuales dio ejemplo en su célebre septimino del *Rey Teodoro*, y por último, Cimarosa, felicísimo en el género bufo, cuyo *Matrimonio secreto* forma parte todavía del repertorio clásico.

Tenía asimismo Nápoles en aquel tiempo muy buenos cantores, tales como el tenor Stradella, de quien se refiere que los asesinos enviados contra él por un patricio romano, al cual había robado su querida, la bella Hortensia, no tuvieron corazón para matarlo, después de haberle oído cantar en San Juan Laterano. Y había allí también, como en Roma, muchos de los llamados sopranos, cuyas voces expresivas, pero artificiales, eran resultado de una bárbara costumbre, a que he aludido en otro capítulo. Distinguíanse entre ellos un Caffarelli, tan vano y pretencioso que compró en la vejez un título de Duque, y aquel Farinelli, hijo, como Rembrandt, de un molinero, y muy conocido en España, porque disipaba las melancolías del quinto Felipe con su hermoso canto.

A fines del siglo XVIII pasó el cetro de la música dramática a Viena, merced al genio de Gluck y de Mozart; mas a pesar de eso, todavía conservó Nápoles por mucho tiempo el privilegio de tener buenos compositores y buenos cantores. El célebre maestro Mercadante brilló allí casi sin rival durante muchos años y sus obras eran representadas aun a mitad del pasado siglo, especialmente el *Juramento*, que pasa por la más perfecta. Cuando yo era muchacho daban en Cádiz su ópera de *Elisa y Claudio*, y ¡oh, cuántas lágrimas me hacía derramar en aquella edad temprana su

sentimental argumento! Fue igualmente muy popular la *Caritea*, cuya aria *Vedró quel vago ciglio* era el triunfo de Rubini, y cuyos coros son muy bellos, sobre todo uno que el buen maestro Bonetti nos hacía cantar en el Colegio de Villaverde, en el cual hay una estrofa patriótica, que dice:

Chi per la patria muore
Vissuto è assai;
La fronda dell'onore
Non langue mai.

El Teatro Real de San Carlos es el principal de Nápoles, y aunque algo menos grande que la Scala de Milán, tiene tal vez más elegancia. En los días llamados de gala, porque en ellos se celebraban las fiestas de los Reyes o de los Príncipes, el aspecto de aquella sala iluminada *a giorno* y llena de bellas damas, vistosamente adornadas, y de caballeros casi todos de uniforme, era realmente deslumbrador. En general dábanse allí muy buenas óperas de todos los maestros conocidos: *Guillermo Tell* de Rossini, cuyo terceto entusiasmaba tanto a los napolitanos, que lo hacían repetir hasta tres veces, aun a condición de que los cantantes suprimiesen otros números de aquella partitura; *Don Pascuale*, de Donizetti, agradable igualmente a causa de su mérito como ópera bufa y de sus bellas cantinelas, entre las cuales se distingue mucho la serenata que comienza:

Com e gentil
La notte in mezzo april.

En fin, gustaba también entonces *Crispino y la Comadre*, ópera bufa de los hermanos Ricci, fecundos compositores, que alcanzaron en ella una originalidad y una gracia notables.

Recuerdo entre los cantantes a la Frassini, excelente en el Roberto, la Tedesco y Coletti. La Penco, dotada de muy dulce voz, recibía muchos aplausos en el *Trovatore* de Verdi.

El cuerpo de baile de San Carlos era asimismo excelente, si bien las bailarinas no han sido allí nunca tan bellas como en Milán, donde las mujeres, de raza lombarda, son más altas y mejor hechas. En aquel tiempo brillaba en Nápoles la Tedeschi, artista elegante y graciosa, quien, a pesar de los odiosos pantalones verdes, exigidos por la Reina, hacía bastante muestra de sus lindas formas.

El pueblo de Nápoles es tan amante del baile como de la música, siendo notable que el único baile nacional verdaderamente característico y bello que posee la Italia, es el que existe en aquel país. Llámanle *tarantela*, porque fue inventado en Taranto, donde las mujeres del pueblo, cuando son picadas por una araña venenosa, muy común en aquel país y nombrada por eso tarántula, bailan locamente a fin de traspirar y expeler así su ponzoña. La tarantela, embellecida y perfeccionada después, es una danza comparable por su rapidez y alegría con la *charda* húngara o la *jota* aragonesa.

El teatro de los florentinos estaba dedicado a la prosa, y en él había el mismo repertorio que hemos visto en las otras capitales de Italia. La Ristori, que entonces pertenecía aún a una compañía de las que viajan por las grandes ciudades de aquel país, venía también algunas veces a Nápoles, y por aquel tiempo gustaba mucho su interpretación de la *Medea* de Legouvé, traducida al italiano. Es Medea un personaje extraño y terrible, mezcla de Maga y de Furia, cuyos crímenes inauditos retratan un país y una época llenos de inhumana barbarie; pero que inspira al mismo tiempo grande interés, porque aquella desgraciada mujer fue a su vez cruelmente maltratada por su amante. Sucédele a Medea lo que a Beatriz Cenci: el exceso de sus desventuras hace casi olvidar sus delitos. En la tragedia moderna es todavía más interesante que en la de Eurípides, porque aparece en ella menos bárbara, y la Ristori rayaba en lo sublime cuando expresaba la lucha terrible que reñían las pasiones más opuestas en aquel corazón ardiente y ofendido.

En un pequeño teatro, nombrado *San Carlino*, hacía gala de su ingenio y buen humor el famoso Pulchinela, delicia del pueblo napolitano y también de las clases más cultas, pues no era raro que las señoras de la mejor sociedad se dieran cita allí para reír un rato. El nombre de Pulchinela viene de *pulcino*, que significa polluelo, animal que es tenido por el menos animoso del

mundo, y sin duda ha sido dado a aquel tipo cómico para indicar su poco valor y hacerle así más divertido. Porque de todas las pasiones humanas es el miedo la que más se presta al ridículo, y el cobarde es en todas partes el personaje que más entretiene al público.

Tiene, sin embargo, Pulchinela una antiquísima prosapia, pues si no se engañan los eruditos, es sucesor en línea recta de aquellos cómicos que recitaban en la napolitana Atela las fábulas llamadas por eso atelanas, las cuales fueron las primeras composiciones dramáticas de que hay memoria en Italia; y de Atela pasaron a Roma, donde compitieron con otras farsas venidas de Etruria, durando con mucha boga aun después que floreció allí el teatro más culto de Plauto y Terencio. Y la descendencia de Pulchinela es igualmente notable, porque de él proceden el francés Polichinela y el inglés Punch (contracción de su nombre), personajes bastante populares, a pesar de que viven en angostos cajones y que notablemente degenerados, tienen ambos famosas jorobas, y usan chistes tan vulgares que son únicamente buenos para soldados, criadas y muchachos.

El tipo napolitano recita en un pequeño teatro y se acompaña con otros actores, usando todos del dialecto del país, que es el más pintoresco y gracioso de Italia. Sus parodias y sátiras tienen cierto mérito literario, y bien se puede decir de él lo que el poeta Santeuil dijo de la comedia: *castigat ridendo mores*. En aquel tiempo ridiculizaba con gracia la Medea y excitaba mucho la risa cuando, figurando con dos almohadas los hijos de aquella maga, se ponía de rodillas a los pies de su amante. Burlábase también con donaire de los anglomanos de Nápoles, donde desde la época de la Reina Carolina han sido siempre muy partidarios de las modas británicas. Retrataba Pulchinela a un caballero de aquel país conocido por su exageración de esa manía y por sus enormes y puntiagudos cuellos de camisa, llamados foques, que le llegaban a las orejas. Era el Marqués de Nociglia, y de él se contaba que habiendo hecho un viaje a Londres, se encontró con la novedad de que aquellos insulares no usaban ya pantalones estrechos con trabillas y los mencionados foques, por cuya razón, casi afligido, le escribió a uno de sus amigos que los ingleses no se vestían ya a la inglesa.

El pueblo de Nápoles gusta mucho del teatro y también de toda clase de diversiones. No se exceden en el comer y beber; es muy raro encontrar un borracho en las calles; pero siempre que pueden salen a pasear por ellas. Las fiestas religiosas les prestan buena ocasión para ello, empezando por la famosa de la Virgen de Pie di Grotta, a la cual asistían entonces el Rey y toda la Corte, trasladándose en gran pompa desde el Palacio a la iglesia. Las tropas, vestidas de gala, cubrían la carrera y hacían luego un vistoso desfile que divertía mucho al pueblo. Era notable tambien la fiesta de Santa Lucía, de la cual son muy devotos los napolitanos por considerarla abogada contra los males de ojos, sumamente frecuentes en aquel país, a causa de la reverberación de su sol, que es tan bello como ardiente. San Roque y San Cayetano son asimismo muy festejados, por ser el uno abogado contra la peste y el otro fecundo en milagros, y el primero que estableció la devoción del jubileo de las cuarenta horas. Y entre los nacionales, además de San Jenaro, que es el primero de todos, no olvidan a aquel Francisco de Paula, que habitó en una caverna de la Calabria, y llamado a Francia por Luis XI, ya gravemente enfermo, le ayudó a morir cristianamente después de haber vivido como un Tiberio.

Para aumentar sin duda la alegría de estas fiestas, acostumbran los napolitanos repicar las campanas durante todo el día. Como su nombre lo indica, son éstas originarias de la Campania, y autores hay que atribuyen su invención a San Paulino de Nola. Mas de todos modos, es un hecho que en Nápoles se usa y abusa de ellas de una manera deplorable. Quien viva cerca de algún campanario no me dejará mentir. Pues cuando llega la noche empieza otra clase de estrépito. En la plaza que hay generalmente delante de cada iglesia, se quema un magnífico castillo de fuego, cuyos cohetes, centellas y disparos, llenan de gozo a aquel pueblo infantil y bullicioso.

En cuanto a las funciones religiosas que se celebran en tales circunstancias, no hay duda de que son de gran lujo, con profusión de luces y flores y gran concurso de pueblo. Ni falta nunca el obligado panegírico del Santo, pronunciado en estilo sumamente poético y florido por algún predicador de fama, de los cuales había entonces en Nápoles muchos y de todos géneros, desde el fraile capuchino, a quien llama con razón Lacordaire el Demóstenes del pueblo, hasta el lindo y

erudito abate, que busca los honores de la mitra por el camino de la elocuencia. En nuestra parroquia teníamos un curita, nombrado Marinelli, que alcanzaba gran fama y siempre que predicaba veía un público escogido y numeroso alrededor de su púlpito. Oíale con sumo gusto, y aunque él mismo confesaba que debía mucho a Cornelio a Lapide, rica mina de moral evangélica, poseía infinita gracia para vestir a la moderna las ideas ya un tanto anticuadas de aquel escritor. Y era también notable en su género la actitud del público que le escuchaba. No pueden los napolitanos permanecer quietos y callados, aunque estén en la iglesia, y las mujeres sobre todo suelen añadir comentarios a lo que el orador va diciendo. *¡Qué verdad es!*, decía una; *¡qué razón tiene!*, añadía la otra, y todo esto en una voz que pretende ser baja, pero que era oída de la mayor parte del concurso.

Como se ve, la vida en Nápoles es muy variada y había allí para todos los gustos. Por nuestra parte, tanto mi mujer como yo, pasamos en aquella ciudad una de las temporadas más agradables de nuestra vida. Para colmo de bienestar, teníamos una casa muy cómoda en la calle de Santa Teresella, cerca de la ribera de Chiaia, con un gracioso jardín, que durante la buena estación nos proporcionaba sombra y recreo. Aunque salíamos a menudo de noche, acostumbrábamos también quedarnos en casa y éramos visitados por algunos buenos amigos. Citaré los principales. En primer lugar, el Agregado de nuestra Legación Don Álvaro Ruiz, joven inteligente y distinguido, que disfrutaba de muy buena posición en la sociedad de Nápoles. Su único defecto, si así puede llamarse, era la manía singular de querer conocer a todo el mundo. Cuando entraba en un salón no tenía paz hasta que había sido presentado a cuantas personas hallaba en él, y aun tengo para mí que no se marchaba a su casa sin haber averiguado el nombre de los criados y también el del portero.

El Cónsul de España era asimismo de la tertulia. Nombrábase Don Mariano de la Roca y era pariente del Marqués de Molins. Progresista de buena fe, tenía mucha afición a la política y armaba sobre ella grandes disputas con Ruiz y conmigo. Pertenecía al género de los políticos sagaces y le gustaba explicar los sucesos más notables con anécdotas no sabidas del público. Así, por ejemplo, si Zumalacárregui se hizo carlista, esto fue, según él, porque tenía una querida en Pamplona, de la cual no quería separarse; y si Napoleón III dio el golpe de Estado, esto debe atribuirse a la necesidad en que se hallaba de pagar sus cuantiosas deudas; y otros disparates por este estilo. Por lo demás, era el hombre más honrado y más amable del mundo.

Venían también a visitarnos Mr. Poggenpohl, Secretario de Rusia, persona notable por su saber y juicio, y el caballero Frescobaldi, Encargado de negocios de Toscana y su amable señora, de quienes he hecho ya mención en otro capítulo.

Cuando nadie venía a vernos, teníamos el recurso habitual desde que nos casamos, del piano y la lectura. En la Legación recorría los periódicos del país y *La Época* de Madrid, diario bien informado y sensato, que no he dejado nunca de leer desde su establecimiento hasta el día. En casa teníamos *El Diario de los Debates*, compañero fiel asimismo de toda mi vida, porque si bien ha cambiado mucho de opiniones es siempre moderado y está redactado con excelente estilo, y la *Revista de Ambos Mundos*, algo variable como los *Debates*, pero también muy bien escrita. Por último, leíamos también toda suerte de libros.

Hay en Nápoles mucha afición a la literatura jocosa y a mí se me pegó este gusto. Además de conocer allí muy bien a sus cuatro grandes poetas antiguos y al moderno Leopardi, gustan mucho de las poesías de Berni, Forteguerri, Tassoni y Giusti. Recuerdo que fue el célebre Bonghi el primero que me alabó a Berni cuando le conocí en Roma. Sin embargo, las poesías jocosas de este autor toscano, llamadas de su nombre *bernescas*, no me han parecido nunca dignas de su gran fama, las considero bastante inferiores a las de Quevedo. En general, no sólo son licenciosas, sino también obscenas, y su estilo dista mucho de la corrección, rara vez interrumpida, del Tasso y Ariosto.

Forteguerri, otro toscano, compuso también un poema burlesco, que es una continuación del Ariosto, una segunda parte del *Orlando*, la cual, contra lo que sucede comúnmente con esta clase de obras, resultó bastante buena. Los versos son fáciles y armoniosos. Algunas aventuras ofenden mucho el buen gusto; mas el autor las pinta con viveza y lindo estilo, y aunque sigue la propensión de su época a los cuentos licenciosos, no lo es tanto como el Ariosto. Sus personajes son casi los

mismos de éste y de Bayardo, sin omitir a Ferraguto, a quien pinta convertido y hecho fraile; pero con frecuentes recaídas de incontinencia, que no pueden menos de parecer muy jocosas.

Tassoni es igualmente un autor predilecto de los napolitanos, y su *Cubo robado*, poema heroicómico y satírico, tiene allí mucha aceptación. Voltaire le estimaba poco; mas es innegable que muestra grande imaginación y con tiene buenos chistes. Era este poeta modenés, y por haber sido Secretario del Duque de Saboya, enemigo a la sazón de España, hallábase animado de un odio muy vivo contra ésta. Débese a ello la composición de sus *Filípicas* y de un libelo titulado *Exequias de la Monarquía Española*, que los contemporáneos le atribuyeron, aunque él negó constantemente.

Es en verdad cosa natural e inevitable que las grandes naciones, cuando llegan al apogeo de su poder, exciten entre los demás odio y envidia. Ninguna se ha visto libre de ello, y la literatura europea abunda en sátiras de todas especies contra la dominación de las más fuertes. La España particularmente ha sido blanco muy a menudo de tales animadversiones. Ya Hernando del Pulgar decía que muchos pintaban a los españoles «en la guerra perezosos, en la paz escandalizosos». Más tarde en tiempo de la Liga, el vehemente Leroy escribió la *Sátira Menipea* y el burlesco *Catholicon de España*, denunciando y exagerando las intrigas y proyectos de Felipe II.

Contra la tiranía democrática de Francia escribió asimismo con mucha vehemencia y con rima y estilo dantesco, el poeta Monti, en su poema titulado la *Basvilliana*, y Alfieri compuso contra aquella nación el *Misogallo*, en el cual dice que los franceses *tutto sanno e nulla sanno; tutto fanno e nulla fanno*. Ni necesito recordar cuánto se ha escrito para zaherir y denostar a la pérfida Albión, así en América como en Francia. No es, pues, maravilla, si Tassoni componía contra nosotros las sátiras de que se trata. El carácter de este escritor era muy extravagante. Criticó locamente a Homero y a Petrarca, concitando contra sí las iras de otros literatos. A su muerte dejó un legado de doce ducados de oro al cura de su parroquia, con la condición de que no le hiciese funerales de ninguna especie.

Quédame por hablar de Giusti, poeta florentino que podemos comparar con Beranger en facilidad, buen humor y audacia. Es chistosa su idea de que si se restablecieran en este siglo los gobiernos antiguos, podría el carbón de piedra ser muy útil para las chamusquinas del Santo Oficio. Su *Re Travicello* o sea Rey Zoquete, trae involuntariamente a la memoria el Roi d’Ivetot.

Se levant tard, se couchant tot
Dormant fortbien sans gloire,
Et couronné par Jeanneton
D’un simple bounet de coton.

LVI.
Nápoles, de 1855 a 1858.

Sucesos políticos de Nápoles—Atentado de Milano contra el Rey.—Reacción que produjo.—Iras de Mazzini.—Sus sectarios hacen volar un fuerete y una fragata.—Expedición de Pisacane.—Una profecía como la de Cazotte.—Napoleón se declara en favor de los italianos.—Derrota del Austria.—Levantamiento de la Italia Central.—Fallecimiento del Rey Fernando.—Campaña prodigiosa de Garibaldi.—Víctor Manuel marcha a su socorro.—El Rey Francisco se retira a Gaeta, donde capitula con honra.—Situación también azarosa de los Borbones de España.—O’Donnell se sobrepone a Espartero.—Vuelta de Narváez y tentativas de mayor reacción.—O’Donnell triunfa al fin y forma un nuevo Ministerio.—Organiza asimismo la Unión liberal.—Soy nombrado primer Secretario en Londres.

Mas hora es ya de referir los acontecimientos políticos que presencié durante mi residencia en Nápoles. Fue el principal de ellos la intervención de las grandes potencias occidentales para obtener

que el Rey Fernando siguiese una política más conforme a las ideas liberales adoptadas ya en toda Europa. Como lo he dicho antes, retiraron aquéllos sus Ministros, viendo que el Rey no quería absolutamente introducir cambio alguno en su sistema de gobierno, y a consecuencia de esto quedó el Monarca napolitano en una posición muy peligrosa.

Al primer aspecto nada parecía cambiado; mas bien pronto fue advertido que los partidos extremos cobraban nuevo aliento, al ver al Rey sin más apoyo que el lejano e ineficaz que podían prestarle las potencias del Norte. Mazzini, quien como el Viejo de la Montaña, mandaba en todas direcciones sus fanáticos sectarios, excitó el celo de un cierto Agesilao Milano para que asesinase a Fernando. Era Milano natural de Cosenza, en Calabria, pero nacido de padres albaneses, por manera que unía a la exaltación napolitana la naturaleza medio salvaje de aquel pueblo. Soldado raso en un regimiento de infantería, aprovechó la ocasión de una revista a que asistía el Rey para llevar a cabo su horrible designio. Cuando menos podía temerse, se salió de las filas, y arrojándose contra el Monarca, que estaba a caballo, le asestó con increíble audacia dos bayonetazos. La muerte de Fernando hubiera sido inevitable, si el Coronel Conde de Latour, el cual se hallaba cercano, no hubiese interpuesto su espada. El Rey recibió a pesar de esto una pequeña contusión; pero mostró un valor y una sangre fría dignos de su noble estirpe, y todo pasó con tanta rapidez que la revista no fue interrumpida y pocas fueron las personas que en aquellos primeros momentos se enteraron de lo acaecido.

Esparcida después la noticia de este suceso, causó una impresión grandísima y fue muy favorable al Rey, pues no solamente el pueblo, sino todas las almas nobles, sin distinción de opiniones, vieron con justa indignación aquel criminal atentado. Corrieron todos a Palacio para expresar al Rey el horror que les inspiraba la conducta infame de Milano, y Fernando recibió a todos y acogió con paternal complacencia las muestras de afecto de sus súbditos. Su ánimo generoso sintió también la necesidad de dar una prueba pública de su reconocimiento y de hacer ver que prestaba entero crédito a tales protestas, por lo cual dispuso que se celebrase un gran baile en Palacio, cuyos salones estaban cerrados desde el año 48, y ordenó que fuesen convidadas a él todas las personas que antes solían serlo a tales fiestas, sin excluir a ningún partido. Era general el regocijo. Disponíanse todos a asistir al anunciado baile y parecía que comenzaba para Nápoles una nueva era de paz y concordia. Mas no convenía esto de modo alguno al partido de Mazzini, el cual, airado ya y lleno de despecho por el mal éxito del atentado de Milano y su merecido suplicio, no podía soportar que cesase la agitación de aquel desventurado país, y con el fin de renovarla y aumentarla, decidió cometer nuevos crímenes de una atrocidad inaudita.

Empezó por hacer saltar un almacén de pólvora situado en un fortín cercano al puerto. La explosión fue terrible. Sintióse en toda la ciudad un estremecimiento que duró algunos segundos, y no quedó un cristal entero en ninguna de las casas situadas cerca de la marina. Querían algunos atribuirlo al acaso; negábanlo otros; cuando pasados pocos días, resonó en la ciudad otro nuevo estampido no menos terrible, causado por la voladura de una fragata de guerra tripulada por 200 hombres, que se hallaba en el puerto cargada de municiones y pronta a zarpar para Sicilia. Entonces ya no pudo caber duda alguna de que ambos hechos habían sido intencionales, y todos vieron en ellos la mano de Mazzini, del cual se supo también que había mandado por aquellos días un vaporcillo a la costa de Calabria, a fin de salvar a dos amigos y cómplices de Milano, que andaban por allí fugitivos.

El Rey, desanimado y descontento, abandonó la idea de la fiesta y se retiró nuevamente a Gaeta, en busca de una seguridad que no podía obtener en Nápoles. El mismo partido liberal, avergonzado sin duda de los desmanes cometidos por Mazzini, quiso engañarse a sí propio y engañar a la posteridad, atribuyendo todo lo sucedido, ¿a qué creerá el lector? a la *jettatura*. Pretendía que entre las personas convidadas estaba el Duque de Ventiguano, a quien tenían por *jettatore*, y que el mismo Duque de Ascoli, Sumiller de Corps, le manifestó a Fernando que era peligroso invitarle, pues de seguro sería causa con su triste influencia de que sucediese algo capaz de impedir la celebración de la fiesta. Y añadían que el Rey se burló de ello e insistió en que se

invitase. Pero sucede en este caso como en el que he mencionado antes del espejo roto en casa de Torella, que lo único cierto es que Ventignano fue convidado, y lo demás han sido invenciones de los revolucionarios, creídas luego por aquel público, siempre propenso a prestar fe a esta clase de desatinos. Mas la posteridad dará a cada uno lo suyo y calificará tan duramente como lo merece la conducta del partido republicano y de su jefe Mazzini, que fue en aquella ocasión el único y verdadero *jettatore*.

Tuvieron lugar estos deplorables acontecimientos a principios del año 57, y no había desaparecido enteramente la dolorosa impresión producida por ellos, cuando hubo que lamentar otro nuevo, culpable también, pero algo más noble, porque no se ejecutaba traidoramente, sino de una manera descubierta. Una pequeña expedición de revolucionarios, capitaneada por Pisacane, Nicotera y otros emigrados napolitanos, llegó en junio de aquel mismo año a la rada de Ponza y desembarcó en el puerto de Sarpi. Era su proyecto internarse en el país; mas pronto se vio rodeada de las tropas realistas, y muerto Pisacane, rindieron todos las armas. Sometidos a un proceso, nueve de ellos fueron condenados a muerte. El Rey, sin embargo, usó la clemencia de perdonarles la vida, reduciéndolos sólo a prisión con los demás expedicionarios. Como todo esto empezó y acabó en cortísimo tiempo, no dio lugar a que se sintiese mucha alarma en Nápoles. Preguntábanse todos si la empresa había sido mazziniana o piamontesa, y considerando las circunstancias que la acompañaron, decidieron que tenía algo de entrambas, toda vez que, si Pisacane obraba por impulso de Mazzini, su expedición parecía protegida también por Cavour, quien reclamó al instante, como propiedad piamontesa, la devolución del vapor *Cagliari*, que había conducido a los revoltosos; y no sólo la reclamó, sino que acabó por obtenerla, merced al apoyo de Inglaterra y Francia, faltando así todas estas tres Potencias a las más claras nociones del derecho de gentes. El Rey Fernando cedió en este asiento, pero protestó, diciendo que cedía a la fuerza.

Después de este suceso volvió a reinar cierta paz en Nápoles, y a mi salida de aquella ciudad, que fue a fines del año 57, nadie podía prever que dos años más tarde sería conmovido y alterado aquel país de la manera que lo vimos. Y como este lugar parece oportuno para ello, voy a hacer ahora una rápida reseña de los acontecimientos que sobrevinieron poco después de mi marcha, la cual podrá valer por una profecía parecida a la que pone La Harpe en boca de Cazotte.

Suspensa estaba la Europa, esperando de un momento a otro una nueva guerra de Italia, en la cual habría de tomar parte la Francia, sin poder adivinar cuándo ni cómo tendría lugar, cuando de repente Mazzini tomó la iniciativa de los sucesos de una manera bien trágica. En enero del año 58, uno de sus partidario, llamado Orsini, impulsado sin duda por él, trató de asesinar a Napoleón, haciendo para ello multitud de víctimas inocentes; y aunque no le fue dado realizar su designio inmediato y pagó su crimen en un patíbulo, es imposible negar que obtuvo indirectamente el objeto final que se proponía, puesto que el Emperador, aterrado y desprovisto de la firmeza de alma demostrada en circunstancias parecidas por otros Monarcas de Europa y aun por el mismo Rey Fernando de Nápoles, en vez de despreciar las amenazas de los sectarios, tomó la resolución de darles gusto. El Conde de Cavour fue llamado durante el verano a Plombieres, donde residía Napoleón, y desde aquel momento fue este Soberano un mero instrumento en las manos del astuto saboyardo.

Ofrecióle Cavour la Saboya y Niza, a fin de unir el interés al miedo, y el Emperador le prometió a su vez que marcharía en socorro de Italia. Fuele fácil a Cavour provocar al Austria, y declarada por fin la guerra, acudieron efectivamente los franceses, mandados por el mismo Napoleón y por el hábil cuanto afortunado Mac-Mahón, y unido a los sardos, capitaneados también por su Rey Víctor Manuel, derrotaron a los austríacos en Magenta y Solferino.

Hubiera querido Napoleón limitar las conquistas de su aliada, tanto por temor a una intervención de la Prusia, como por el deseo de hacerse amiga al Austria para sus planes de engrandecimiento por el lado del Rhin, y también porque es interés y tradición de la política francesa que no exista a su lado una Italia demasiado grande y poderosa. Mas su empeño fue inútil. Firmóse una paz en Zurich y se trató asimismo de no sé qué confederación de Príncipes italianos;

pero entre tanto surgían gobiernos provisionales en todas partes, y la Toscana, los Ducados y la Romaña declaraban su deseo de formar parte del Reino de Italia. La teoría de las nacionalidades y de los plebiscitos, proclamada con otros fines por el mismo Napoleón, se volvía contra él, resultando la más a propósito para realizar las aspiraciones de Italia.

Han comparado algunos a Cavour con Cristóbal Colón, porque así como éste, buscando un paso para las Indias orientales, se encontró con la América, del mismo modo Cavour, buscando la independencia de Italia, se encontró con su unidad. Llegado a la mitad de su carrera, probó el Papa a detenerle; pero no fue más afortunado que Napoleón, el cual por su parte guardaba ya una actitud por lo menos indiferente en razón a que no veía con gusto que en Roma se hubiese reunido por el fogoso Monseñor De Merode un pequeño ejército de belgas y franceses, mandados por el General Lamoriciere y otros jefes más o menos legitimistas. El General piamontés Cialdini derrotó fácilmente aquellas tropas en Castelfidardo, y continuó después su marcha victoriosa, acudiendo al socorro de Garibaldi.

La campaña de este condotiero fue uno de los episodios más curiosos de la historia de aquellos tiempos. Cavour le dejó salir de la ribera de Génova. Un almirante inglés, llegado a tiempo a Marsala y sin duda con instrucciones para ello de Lord Palmerston, impidió que los buques de guerra napolitanos hicieran fuego contra él con pretexto de que antes debían reembarcarse algunos marineros ingleses que habían bajado a tierra. Desembarcado así Garibaldi sin hallar el menor obstáculo, recibió voluntarios de toda Sicilia, que estaban esperándole, y con ellos emprendió una marcha que recuerda mucho la que hizo trece siglos antes el famoso Belisario cuando pasó con pocos soldados de África a Sicilia y corrió de allí a Nápoles y Roma para destruir el vacilante Reino ostrogodo. Nadie le opuso tampoco una seria resistencia al caudillo moderno. Ayudáronle otra vez los ingleses a pasar a Calabria, y esparciendo la voz de que la Europa entera deseaba la caída de los Borbones, llegó al fin a la capital, tan poco combatido, que entró en ella solo y como si entrase en sus propios Estados.

La situación de Nápoles era a la verdad deplorable. Acababa de fallecer Fernando II con tanta oportunidad para las miras de los revolucionarios, que no faltó quien lo atribuyese a veneno. Sin embargo, su enfermedad fue larga y conocida. Empeñado en trasladarse por tierra a Bari, afín de recibir en aquel puerto a la joven esposa de su hijo, que venía de Baviera por Trieste, atravesó en mitad del invierno las montañas de los Abruzos, cubiertas de nieve, y cogió allí unas calenturas que le repitieron en Lecce y le produjeron un tumor en el muslo. No quiso o no pudo ser operado a tiempo, y esta tardanza le llevó al sepulcro. Encontróse entonces su desventurado hijo con tres políticas entre las cuales debía escoger: la de resistencia a todo trance, que había sido la de su padre y era recomendada por la Reina viuda María Teresa; la que le proponía el anciano general Filangieri, que consistía en una imitación del régimen francés y una alianza con Napoleón III; y por último, la política de los revolucionarios. No sintiéndose con fuerzas para realizar la primera, y desconfiando demasiado de la Francia para adoptar la segunda, acabó por echarse en brazos de los revolucionarios, que fue lo mismo que echarse en un abismo. Subleváronse los suizos merced a manejos de Cavour en los cantones católicos; ocuparon el Ministerio los amigos secretos del Piamonte; perdió el ejército su espíritu realista, viendo la indecisión del Rey, que no se atrevía a pelear en ninguna parte, y entre tanto Garibaldi llegó sin oposición hasta las puertas de Capua.

Con todo, una sola cosa no había conseguido Cavour, a pesar del oro que esparcía y de las intrigas de Persano, Villamarina y Visconti Venosta, y fue que todo el ejército napolitano se pronunciase en favor de Víctor Manuel, como se había pronunciado el de Toscana. Hubo muchas defecciones; no todos permanecieron fieles; el descontento y el desaliento cundieron mucho entre las filas realistas; mas el Rey conservó hasta el fin un núcleo de soldados suficiente para que Víctor Manuel se viese precisado a arrojar al cabo la máscara, acudiendo con su ejército al socorro de Garibaldi, que estaba detenido delante de Capua. Unidos con éste pudieron los piamonteses tomar aquella plaza, y el ejército del Rey Francisco tuvo que abandonar la línea del Volturno y encerrarse en Gaeta, a donde se había trasladado ya por mar el joven Monarca.

Como lo he dicho en otro capítulo, lo más heroico hubiera sido que Francisco II, puesto al frente de sus tropas, cayese en campo abierto con las armas en la mano como Rodrigo, Haroldo, Manfredo, Constantino Paleólogo y tantos otros Príncipes ilustres. Mas no a todos les es dado morir como quieren, y nuestra época no parece muy a propósito para tan épicos desenlaces. Los dos Borbones de Francia, el legítimo y el usurpador, huyeron sin gran peligro de su vida, ante sus súbditos rebeldes; y los dos Napoleones, el tío y el sobrino, entregaron ellos mismos su espada y quedaron prisioneros de sus orgullosos vencedores. El último Borbón de Nápoles tuvo al menos la gloria de capitular honrosamente con los suyos, retirándose libremente a Roma, después de haber resistido bastante tiempo con sus propias tropas en una fortaleza de su Reino, rodeado de algunos súbditos fieles y de los Ministros de España y Austria, y acompañado de su esposa, la linda Reina María Sofía, la cual era caprichosa y también fantástica, como casi todos los Witelsbach, pero supo mostrar en aquellos supremos momentos un ánimo y una constancia dignos de mejor fortuna.

Triste destino, sin embargo, el de los Borbones. ¡De ellos puede decirse, repitiendo un pensamiento de Bossuet, que la Divina Providencia les ha dado en este siglo grandes y terribles lecciones! Ya sólo quedaba en pie una de sus ramas, que era la de España, y aun ésta se veía agitada y combatida, como añosa palmera que los vientos enfurecidos azotan a porfía. Reseñemos también brevemente nuestra historia de aquella época.

La Reina Doña Isabel II no se hallaba amenazada por ninguna potencia extranjera ni tenía súbditos tan infieles como los Liborios Romanos y Nunciantes; mas estaba rodeada de políticos ambiciosos, quienes con el pretexto de hacer la felicidad del país, se combatían con el mayor encono. La lucha entre Espartero y O'Donnell duraba todavía con varia fortuna, y Olózaga principalmente buscaba todos los medios posibles de derribar al segundo. Por otra parte, las masas revolucionarias incendiaban impunemente los campos de Castilla; Barcelona se agitaba y el Ministro Escosura, que era progresista, no podía o no quería hacer nada para impedirlo. Exigió el general O'Donnell que saliese éste del gobierno, y Espartero sostuvo a su partidario y llegó a hacer dimisión de su alto puesto, creyendo que la Reina formaría un nuevo Ministerio sin O'Donnell. Sin embargo, la Augusta Señora, que ya se había recobrado de los pasados temores, llamó sin vacilar a O'Donnell. Subleváronse las turbas progresistas, sublevóse la Milicia nacional; pero Espartero permaneció en actitud pasiva, y vencidas aquéllas en las calles mismas de Madrid en junio de 1856, O'Donnell se apresuró a disolver la Milicia y las Cortes constituyentes, restableció la Constitución del 45 con un acta adicional, que la hacía menos reaccionaria, y se dispuso a gobernar con energía.

Respiraba un poco el país después de esta peligrosa crisis; mas pronto tuvo que soportar otras nuevas. La situación de O'Donnell era muy débil. Los progresistas no le perdonaban el combate de Madrid y la exclusión de Espartero. Los moderados no le perdonaban el pronunciamiento del año 54. Veíase sin apoyos. La reacción, que él mismo había iniciado, no se contentaba con menos que con volver al estado de cosas anterior a la última revolución. La Reina misma deseaba, por lo menos, impedir que fuese llevada a cabo la ya comenzada desamortización de los bienes del clero, y a esto no quería prestarse O'Donnell. Llegó en aquellos momentos a Madrid el General Narváez de vuelta de su destierro, y habiendo sido convidado a una fiesta de Palacio, la Reina bailó con él y le trató con tanto agasajo, que O'Donnell comprendió sus intenciones y se adelantó a dimitir.

Mas si la situación de O'Donnell había sido precaria, no lo era menos la de Narváez. En primer lugar, no debía su posición a la mayoría de las Cámaras, sino a un acto de la Reina, como O'Donnell. En segundo, el partido llamado neo-católico, cuyo jefe, Nocedal, era tan reaccionario que acabó por hacerse carlista algo más adelanto, deseaba medidas extremas, reforma del Senado, reglamento restrictivo de las Cortes y otras novedades imitadas del régimen que Napoleón había dado a la Francia. Este mismo Nocedal, Ministro bajo Narváez, dio luego una ley de imprenta muy severa, que llevó su nombre y causo grande irritación entre los radicales, y Narváez también hizo algunas concesiones a los reaccionarios, suspendiendo la desamortización y suprimiendo el acta adicional de O'Donnell. Pero ni contentaba a sus amigos ni menos desarmaba a sus enemigos.

Cansado pronto Narváez de aquella lucha continua, cedió ante tantos obstáculos y abandonó a su vez el poder. Probó todavía la Reina a formar otro Ministerio también reaccionario, pero más dócil a su voluntad, y se dirigió primero a Bravo Murillo, el cual, *o si sic omnes*, no quiso aceptar el encargo, por considerar peligrosa toda reacción; y después al General Armero, que duró poco, y en fin, a Istúriz, que duró menos. Los moderados, sin Narváez, eran un cuerpo sin alma y un paladín sin espada.

Pero la Reina no quería vivir bajo la tiranía de aquél ni renunciar tampoco a ninguno de sus caprichos, por cuya razón acabó por volver a llamar a O'Donnell, dejándole las manos libres para que realizase la desamortización, si podía hacerlo con el beneplácito del Papa, y para que gobernase como lo creyese más prudente. Entonces organizó por fin aquel General un nuevo Ministerio, compuesto de sus más íntimos amigos, a quienes llamaban la brigada irlandesa por ser él originario de Irlanda, y apoyado por una coalición de los hombres más moderados de los otros partidos. Diéronle a esta coalición el nombre de Unión liberal, y filosóficamente considerada tenía razón de existir, toda vez que la revolución llevada a cabo por el mismo O'Donnell en el año 54 había dividido al partido moderado y también al progresista. Nada más natural, sino que los políticos más juiciosos de uno y otro bando adoptasen un nuevo término medio, renunciando cada cual a una parte de sus ideales.

Sin embargo, la amalgama de hombres tan alejados antes entre sí, como Martínez de la Rosa y Cortina, Istúriz e Infante, Mon y Luján, y la circunstancia de que unos y otros aceptaban luego cargos importantes del nuevo gobierno, le daban a aquella unión un aspecto bastante interesado. Por cuyo motivo Don Antonio Alcalá Galiano, cuyo ingenio era amargo y cáustico, dijo en plena Cámara que aquello le recordaba lo que llaman en Londres una familia feliz. Aludía, según cuidó de explicarlo, a la invención de ciertos charlatanes, que llevan en un carro una gran jaula dentro de la cual hay varios animales conocidos por el odio que generalmente se profesan, tales como perros, monos y gatos. Viven éstos, no obstante, en completa paz, y el secreto de ello es que a todos les da el charlatán una buena comida. En el frente de la jaula hay un letrero que dice: *Una familia feliz.*

Mas por desdicha no estaban dentro de la jaula todos los partidos enemigos. Quedaban aun fuera de ella otros muy poderosos. Quedaban los carlistas y los neo-católicos; quedaban muchos moderados y la mayoría de los progresistas; quedaba, en fin, un nuevo partido, cuya importancia crecía a toda prisa, que era el democrático, capitaneado entonces por Don Nicolás Rivero, el cual defendía y propagaba sus doctrinas en un periódico bastante bien escrito, titulado *La Discusión*. Porque no es cierto, como decía por aquella época Mr. Mazade en la *Revista de Ambos Mundos*, que la revolución de O'Donnell hubiese sido completamente inútil. Inútil ciertamente y aun perjudicial para la Monarquía; pero útil, utilísima para los revolucionarios, en razón a que había producido dos frutos muy importantes para ellos, a saber: la destrucción del antiguo partido moderado y la formación del democrático. Oyóse entonces por primera vez en España el grito de *viva la República*, y todo lo que perdió la Realeza lo ganaron sus enemigos. Con todo, la justicia obliga a reconocer que por el momento fue aquel un período de tregua entre los partidos, durante el cual tuvo O'Donnell el gran mérito de darle a España seis años de paz interior y algunos días de gloria.

En uno de los gabinetes moderados que mediaron entre los de Narváez y O'Donnell, fue Ministro de Estado mi antiguo jefe y amigo el insigne Don Francisco Martínez de la Rosa, y al punto tuvo la bondad de acordarse de mí para trasladarme como primer Secretario a Londres, donde, si bien no ganaba en categoría, iba a conocer negocios más importantes que los generales de Nápoles. Era Ministro en Londres otro amigo y favorecedor mío, el ilustre Don Luis González Bravo, y como se preparase a pasar con licencia a Madrid, me rogó que fuese allá sin pérdida de tiempo, a fin de encargarme de la Legación. Hícelo así efectivamente, y marché con la mayor precipitación posible, llegando a mi nuevo destino en pocos días. No necesito decir, que tanto mi mujer como yo, sentimos mucho dejar a Nápoles, donde habíamos pasado cerca de tres años felicísimos; mas los diplomáticos somos como los misioneros y los militares: hoy aquí, mañana allí; ahora al Sur, más tarde en las vecindades del Polo, según lo disponen nuestros jefes. Por dicha

llevaba ya a todas partes la amable compañía de mi mujer y de mis hijos, y podía decir con verdad: *omnia mea, mecum porto*.

LVII.
Londres, de 1858 a 1865.

Vuelvo a ver a Don Luis González Bravo.—Hago el conocimiento del Vizconde del Pontón.—Magnificencia de Londres.—La Abadía de Westminster.—Coronación de los Reyes.—Panteón de grandes hombres.—Palacio del Parlamento.—Palacios de Buckingham y de Saint James.—Levees y Drawing Rooms.—Plaza de Trafalgar.—Galería nacional y sus bellos cuadros.—El Museo Británico y las obras de Fidias.—Antigüedades egipcias y asirías.—El Strand.—Palacio de Somerset.—El Temple.—Un brindis de los legistas ingleses.—Catedral de San Pablo.—Bello canto que allí se ejecuta.

Llegué a Londres todavía a tiempo para tener el gusto de encontrar allí a mi querido amigo y favorecedor Don Luis González Bravo, a quien hallé poco diferente tanto en lo físico como en lo moral, de cuando le conocí en Madrid y Lisboa. Era siempre un hombre muy simpático, lleno de inteligencia y vivacidad, pero con más imaginación que juicio, y con cierta propensión ingénita a lo exagerado y extremo. Diome muy buenas instrucciones sobre los asuntos corrientes y se marchó luego a la Corle, a donde le llamaban su ambición y sus intereses. Por mi parte me ocupé al instante de establecerme cómodamente en aquella capital, con cuyo objeto alquilé y amueblé una casa muy bonita en París Street, cerca de la plaza de Grosvenor y del famoso Hyde Park, que vino a ser mi jardín y el de mi familia durante los ocho años de mi permanencia en Londres. Mientras no estaba todo listo, me alojé en la casa de la Legación, que se hallaba cerca de allí en Hereford Street.

Tuve el placer de encontrar en Londres como segundo Secretario a un joven que empezó su carrera en 1852; pero que por la nobleza de su nacimiento y figura y por su grande inteligencia y bello carácter estaba destinado a un brillante porvenir. Era éste Don Emilio Alcalá Galiano, sobrino del insigne orador de este apellido, y Vizconde entonces del Pontón. A la muerte de su madre heredó el título de Conde de Casa-Valencia, y ha sido sucesivamente Diputado a Cortes, Senador del Reino, Subsecretario y Ministro de Estado, Ministro plenipotenciario en Lisboa y Embajador en Londres. Es orador fácil y correcto, de un género sobrio y práctico, poco común entre nosotros, y también escritor elegante y castizo, como lo ha demostrado especialmente en sus *Lecciones sobre la libertad política en Inglaterra*. Un mutuo aprecio y la similitud de opiniones y gustos establecieron pronto entre nosotros fina y durable amistad.

Al referir en el capítulo XVI mi paso por Londres para ir a embarcarme en Southampton con destino a Méjico, dije ya la impresión extraordinaria que me había, causado Inglaterra. Al volver a ella el año 48 no me la produjo menos grande, pues aunque venía de Italia, donde los campos son tan hermosos y los monumentos tan bellos, todavía hallé mucho que admirar en aquella rica, feliz y bien gobernada nación y en su magnífica metrópoli. Por lo demás, pocas novedades encontré en ella fuera de estas dos: la una, que los ingleses ya no detestaban tanto a los franceses, y la otra que no sólo llevaban ya bigote, sino grandes y pobladas barbas. Ambas cosas eran consecuencia de la guerra de Crimea, en la cual habían compartido franceses e ingleses los peligros y la gloria y tomado unos de otros más de una costumbre. Notábase, por otra parte, la influencia de la América y del espíritu democrático de la época en el vestido de los hombres, que era más durable que rico y más cómodo que elegante, porque siempre hay relación entre las ideas y las modas. El Conde de Nociglia hubiera podido con razón decir que los ingleses no se vestían ya a la inglesa, sino a la *yankee*.

Luego que tuve tiempo para ello, me dediqué, acompañado de mi mujer, a ver los monumentos de aquella gran capital, y de ellos haré una rápida reseña. Empezando por la parte

occidental, a la cual llaman «West End» y es hoy día la más elegante y como una ciudad aparte, donde reside la más rica y fasionable aristocracia, hablaré ante todo de la Abadía de Westminster, joya preciosa del arte gótico. Fundóla Eduardo el Confesor, cuyo sepulcro se conserva en ella; mas después ha sido agrandada y embellecida por otros varios Monarcas. Es sobremanera bella la capilla de Enrique VII, gótica también, aunque de un estilo más adornado y florido, que llaman de los Tudores. Forman su techo cien arcos, que cual ramos de altísimas palmeras se cruzan y confunden, ocultando las piedras de la bóveda. En el centro está el mausoleo de aquel Rey, el cual es ya del Renacimiento y se debe al cincel de aquel Torregiani, ilustre escultor que forma el lazo entre Donatello y Miguel Ángel; mas cuyo carácter era tan violento que en una ocasión le aplastó las narices de un puñetazo al divino Buonarroti.

Los monumentos de Isabel Tudor y María Estuardo son también hermosos y de estilo italiano, aunque más modernos. Vese bien en ellos la diversa fisonomía de ambas Reinas. El perfil de Isabel es el de un ave de rapiña; el de María muy correcto. Con todo, no parece allí tan hermosa como en su retrato, hecho al óleo, que se admira en la biblioteca bodleyana de Oxford, porque la escultura es menos aduladora que la pintura y deja notar que la curva de los labios no era enteramente perfecta.

En la Abadía de Westminster tiene lugar la coronación de los Reyes de Inglaterra, con ceremonias parecidas a las que se usaban antiguamente en la de los Monarcas de Francia.

Los ingleses tienen el buen gusto y el gran sentido político de conservarlas, y la más vieja nobleza de aquel Reino juzga una extrema honra el desempeñar en tales solemnidades los diferentes oficios feudales, que fueron siempre privilegio de sus mayores. El pueblo lo aprueba también y todos consideran que con ello se acrecienta el prestigio del trono, sin el cual no es posible conservar esa forma perfecta de las sociedades humanas, que es el gobierno mixto.

Aquella iglesia es también un panteón de grandes hombres. En ella yacen los ilustres guerreros que han dado tanta gloria a Inglaterra, y por eso Nelson, al entrar en combate, gritaba con entusiasmo: *Victoria o la Abadía de Westminster.* Lo cual sin embargo, no se realizó en su caso, pues no fue enterrado allí, sino en San Pablo, donde sin duda había más espacio para su sepulcro.

En una parte de la iglesia, que ha recibido por esto el nombre de Rincón de los poetas, están los grandes vates que ha producido Inglaterra, desde el viejo Chaucer hasta Sheridan. En otra se ven los grandes estadistas, como Pitt, Fox, Grattan y Canning; los sabios eminentes como Newton y Watt; el escultor Flaxman, el pintor Kneller, el compositor Händel, a pesar de que era alemán, y hasta el famoso actor Garrick, a quien fue debida la más hábil interpretación de los dramas de Shakespeare.

Cerca de la Abadía se alza el gran edificio que los ingleses llaman la Casa del Parlamento, pues no dan el nombre de palacio más que a la mansión de los Reyes, y dicen, la Casa de Grosvenor, la de Dorchester, la de Holland,y así de todas las demás habitaciones de su opulenta nobleza. La Casa, pues, del Parlamento es gótica como la Abadía, y se debe al arquitecto Barry. Ya he dicho que uno de los rasgos característicos de este siglo, es que no tiene en las artes un estilo propio, limitándose a adoptar eclécticamente cualquiera de los conocidos. ¿Han acertado en preferir el gótico para su Parlamento? A mí no me lo parece, porque este estilo, llamado con razón perpendicular, exige cierta elevación en las proporciones, y esto, que es natural y fácil en una iglesia, no lo es tanto en un edificio destinado a la celebración de grandes reuniones en salas de buena temperatura y buena acústica. El resultado es que han tenido que limitar la elevación de la fábrica, de manera que exteriormente al menos resulta muy baja, y siendo muy grande, no tiene nada de grandiosa. Aumenta también esta impresión las dimensiones de sus tres torres, las cuales parecen empeñadas en hacer resaltar la poca elevación del monumento que las circunda.

Sin embargo, el interior es muy bello. El salón central llamado de San Esteban, porque allí estaba antiguamente una capilla de este nombre, donde celebraba sus reuniones el Parlamento, es muy hermoso, y desde él se pasa a las salas más principales. A derecha e izquierda, colocadas sobre ricos pedestales de mármol, se hallan las estatuas de los oradores más notables que ha tenido Inglaterra, desde Hamden hasta Burke, maestros todos de una viril elocuencia, émula a veces en la

Edad Moderna de la que resplandeció un día en Atenas y Roma. Las dos grandes aulas de Pares y Comunes ofrecen un aspecto suntuoso. La primera está adornada con las estatuas de los principales Barones, que arrancaron la Magna Carta al desdichado Juan Sin Tierra. Su vista despierta la memoria de aquellas primeras luchas reñidas para obtener la libertad, y parece recordar también a la burguesía y al pueblo que a los nobles es a quienes han debido el gobierno libre que hoy disfrutan. Y es por cierto notable que en el Palacio del Congreso de Madrid hayan colocado precisamente el hermoso cuadro de Gisbert, que representa el suplicio de los Comuneros, y recuerda del mismo modo a aquellas clases que poco valen sus esfuerzos si no son apoyados por los nobles.

Acercándonos al centro de la ciudad encontraremos el Palacio de Buckingham, residencia de la Reina cuando se halla en Londres. Es de arquitectura italiana, pero modificada por el gusto alemán, que era el de los Hanovers. Antes había allí un palacio del Duque de Buckingham, cuyo nombre conserva. Jorge III lo compró y habitó, y Jorge IV lo reedificó y amplió en la forma que hoy lo vemos. Tiene, sin duda, aspecto de gran palacio; mas no llama la atención por la belleza u originalidad de su trazado. En el interior son notables el salón de baile y el del trono, y en sus galerías hay una colección de cuadros, que son todos de primer orden, tales como un paisaje de Rubens, varios retratos de Van Dyck, y la *Adoración de los Magos,* de Rembrandt.

No lejos del Palacio Real de Buckingham se halla el de Saint James, pequeño y mezquino, que fue antiguamente la habitación de los Reyes, y ahora sirve únicamente para aquellas recepciones del Soberano que tienen lugar de día y que dicen: *Leeves* y *Drawing Rooms*. La palabra *Levee* es de origen francés y corrupción de *Lever*. Cuando los Reyes de Francia se levantaban por la mañana, solían entrar en su cámara a fin de darle los buenos días y asistir a su tocador, los principales nobles del Reino, los cuales lo tenían a mucha honra. Luis XIV gustaba mucho de tales visitas y su alcoba se veía siempre llena hasta que iba a oír misa y almorzar. Llamaban a esto el *Lever du Roi*, y de ello viene el *Levee* de los Monarcas ingleses, el cual poco a poco ha quedado reducido a una especie de besamanos, a que concurren sólo caballeros. *Drawing Room* significa propiamente Sala o Estrado, y es otro besamanos como el *Levee*, con la sola diferencia de que a él concurren también señoras.

Más a la derecha de la ciudad se encuentran las grandes calles, que son como las arterias de aquella metrópoli; Piccadilly con sus casas semejantes a palacios, Pall Mall con sus clubs monumentales, la calle del Regente con sus ricas tiendas. Conducen todas a la plaza de Trafalgar, que es casi el centro de Londres, y en ella se eleva una columna, imitada de la Trajana de Roma, sobre la cual han puesto la estatua de Nelson: honor merecido ciertamente por los grandes servicios que aquel célebre marino supo prestar a su patria. Al contemplar aquel monumento recordaba involuntariamente lo que decían los versos de la Sibila antes de Queronea: *el vencido llora y el vencedor ha muerto.*

En aquella misma plaza está la Galería Nacional, o sea el Museo de pinturas; edificio a la verdad bajo y poco notable, que no corresponde a la grandeza de Londres. En cuanto a los cuadros que contiene, en aquella época no eran muy numerosos ni de primer orden. Dignos son con todo de citarse el retrato de Julio II y una *Santa Catalina*, atribuidos a Rafael; la *Venus con Adonis* de Tiziano, cuadro singular, porque el Adonis es el retrato de Felipe II, quien no fue nunca afeminado ni hermoso; la *Resurrección de Lázaro*, célebre composición de Sebastián del Piombo; un *Cristo muerto*, acompañado de dos bellísimos ángeles, obra muy inspirada del devoto Francia; una *Fiesta de Aranjuez,* y un retrato de Fernando de Médicis, atribuido a Velázquez; una *Santa Familia* del suave Murillo, y dos *Bacanales* del clásico Poussin. Del gran Rubens, émulo de Tiziano y de Velázquez, hay un *Sileno* de hermoso color, y de su discípulo Van Dyck el retrato del sabio Gevaers. El del célebre Milton por De Plaas es asimismo muy bello. Mencionaré también algunos buenos cuadros de autores ingleses, tales como el *Matrimonio a la moda* de Hogarth, la *Gallina ciega,* de su discípulo Wilkie, el retrato de Mrs. Siddon, famosa actriz trágica, por Reynolds y el de Kemble, en el vestido de *Hamlet*, por Lawrence.

Después de mi salida de Londres ha recibido aquella galería muchas y muy buenas adiciones, gracias a los medios pecuniarios de que dispone. Un comisionado especial suyo recorre todos los años aquellos países de Europa en que se conservan aun buenas pinturas en poder de particulares, y tienta la avaricia o las necesidades de éstos con las ofertas más generosas. De este modo ha adquirido una *Sacra Familia* de Murillo, que poseía en Cádiz el Marqués de Pedroso; la *Visita de Alejandro a la familia de Darío*, del Veronés, que era del Marqués Pisani, de Venecia; una *Adoración de los pastores*, de Zurbarán, procedente de la Galería de Luis Felipe, y otros de sobresaliente mérito. Y sabe Dios si poco a poco no irán tomando el camino de Inglaterra otras obras maestras. ¡Pobres cuadros, condenados a vivir en las tinieblas de la Gran Bretaña!

Al Norte de la Galería Nacional se halla el Museo Británico, edificio de algo mejor arquitectura que aquélla, y adornado con una grandiosa columnata de orden jónico. Es casi tan extenso como el Borbónico de Nápoles, y reune también riquezas de primer orden. Una posee sobre todo que excita con razón la envidia de las demás naciones, y son los célebres mármoles del Partenon de Atenas, debidos al divino cincel de Fidias, es decir, del Homero de la escultura. Las figuras que representan formaban las unas dos grandes grupos en los frontones de aquel templo, y adornaban las otras las metopas y el friso. Aunque casi todas están mutiladas, conservan todavía mucha parte de sus peregrinas formas, y es lícito asegurar que son los objetos más hermosos que nos ha dejado el arte griego; más hermosos que el Apolo, más que el Fauno, más que todas las estatuas conocidas. Una sola me parece a mí superior, a causa de su admirable expresión, y es el grupo del *Lacoonte*. Delante de ellas me quedaba siempre absorto y sentía que realmente la admiración de lo bello es un placer divino.

Otra cosa notable del Museo de Londres son las antigüedades asirias y egipcias, porque antes de los griegos hubo artes en el mundo y artes bastante bellas. Lo egipcio es todo colosal y grandioso, y aun hay quien lo califica de sublime. Y con efecto, aquellas columnas enormes de Karnak y Denderah, cada una de las cuales puede compararse con la de la plaza de Vendóme de París, no tienen rivales en los templos de ninguna otra nación y hacen parecer meros juguetes las que rodean al Partenon de Atenas; y también aquellas estatuas colosales de personajes graves e inmóviles tienen algo que subyuga. Posee el Museo británico varias de estas.

Las antigüedades asirias excitan igualmente una justa admiración. Aunque Mr. Botta, Cónsul de Francia en Mosul, fue el primero que hizo excavaciones en Nínive, la gloria de haberlas continuado y completado pertenece, sin embargo, a Mr. Layard, quien obtuvo para ello el apoyo del célebre Sir Stratford Canning, Embajador de su país en Constantinopla. Tuvo además el mérito de descifrar la antiquísima escritura cuneiforme, sirviéndose para ello, como Champollion para los jeroglíficos, del descubrimiento de varias inscripciones trilingües, en asirio, persa y tártaro. La importancia de los objetos que envió al Museo es grande en sumo grado. En él están las enormes figuras con alas, que inspiraron quizás a Ezequiel, desterrado en Asiria, sus grandiosas visiones de ángeles y animales también alados. Allí hay figuras de reyes y guerreros, cuya fuerza debía ser muy grande, puesto que algunos de ellos tienen cogido bajo el brazo un formidable león, cual si fuese un perro faldero. En general son de piedra pintada y en todos se nota una constitución y unas formas mucho más robustas que las de sus rivales de Egipto. Están también más y mejor vestidos, sin duda por exigirlo así el clima frío de la Asiria. Son todos corpulentos, repletos y barbudos. Sus cabellos son negros y por Jenofonte sabemos que algunos llevaban peluca, como Luis XIV, y se teñían el pelo y las cejas con la tintura llamada kol. Pocos carecen de barba y éstos eran los eunucos, cuya existencia es muy antigua en Oriente.

Sería tarea demasiado larga el dar cuenta de todo lo demás que contiene aquel Museo: biblioteca pública de grandes dimensiones, antigüedades, medallas, manuscritos, vasos campanios y etruscos, y hasta una vasta colección de animales disecados. Estos últimos han sido al fin quitados de aquel local y puestos con muy buen acuerdo en un Museo aparte, destinado exclusivamente a la Historia Natural, en el barrio de Kensington. Y cerca de él hay otro Museo, que se empezó en mi

tiempo, el cual contiene objetos preciosos de la Edad Media y del Renacimiento y es un rival importante del antiguo ya descrito.

Caminando ahora en dirección al Oriente hallaremos la inmensa calle dicha el Strand o sea la playa, a causa de que antiguamente llegaban hasta allí las aguas del Támesis. Hoy día están éstas encerradas mucho más a la derecha por un magnífico muelle, que se extiende desde el Parlamento hasta San Pablo. Ha sido construido en la segunda mitad de este siglo y ha costado dos millones de libras. Entre el Strand y este muelle se encuentran edificios muy importantes, como, por ejemplo, la casa o palacio de aquel Duque de Somerset, que gobernó el Reino durante la menor edad de Eduardo VI y que, nuevo Timoleón, sacrificó o dejó sacrificar a su propio hermano, muriendo al fin él mismo en un patíbulo, como tantos otros personajes de aquella época sangrienta.

Después de este palacio, que es más notable por su magnitud que por su trazado, hállanse varios edificios, los cuales pertenecieron a la antigua orden del Temple y fueron habitados un día por los compañeros de Reginaldo Front de Boeuf, émulos de los héroes de Homero en engullir grandes tajadas de carne y vaciar profundas copas de vino. Ahora viven en aquel recinto los abogados de Londres, quienes tienen allí sus cátedras, bibliotecas y aposentos, formando un mundo aparte, aislado del tráfico y bullicio de los vecinos barrios. La iglesia de los Templarios se conserva en buen estado y ofrece mucho interés, porque es uno de los más antiguos ejemplares del estilo normando, y contiene los sepulcros del Conde de Pembroke y otros caballeros de la Orden. Notable es asimismo la extensa sala en que se reúnen los legistas y donde celebran todos los años una gran comida al empezar las vacaciones de escuelas y tribunales. Todo el mundo sabe que la Inglaterra no quiso nunca adoptar la legislación romana por desconfiar de su espíritu autocrático, y que la suya es un cúmulo de Estatutos o leyes de todas épocas y a veces contradictorias, como las que había en Roma antes de Justiniano, sin que los comentarios de Coke ni los de Blackstone hayan bastado para enmendarlas. Y es asimismo notorio que si esto proporciona la ventaja de ciertas interpretaciones equitativas como las que emanaban del edicto del Pretor romano, tan admiradas por Mackeldey y Savigny, tiene por otra parte el inconveniente de hacer inseguro el derecho e interminables los pleitos. Por cuya razón, no es extraño que los legistas, interesados naturalmente en este estado de cosas, que si es malo para el público, es bueno para ellos, hagan todos los años en el banquete a que aludo, un brindis entusiasta a la gloriosa incertidumbre de las leyes inglesas: *to the glorious uncertainty of the english laws.*

Saliendo del Temple hallamos luego a San Pablo, catedral ciertamente magnífica y la tercera en longitud después de la de Roma y Milán. Viene a ser una reducción de San Pedro, y si no la ennegreciese y afease el humo de Londres, sería un edificio muy bello. Fue trazado en el siglo XVII por Sir Cristóbal Wren, quien adoptó definitivamente en sus construcciones el estilo del Renacimiento, introducido ya en Inglaterra por Iñigo Jones, que, en el siglo anterior, lo había aprendido en Venecia. Quiso Wren ser enterrado en aquel templo e hizo poner sobre su sepulcro esta inscripción sencilla, pero algo pretenciosa: «si buscas mi monumento, mira alrededor tuyo» (*si monumentum requiris circumspice*).

Las funciones religiosas que se celebran en aquella catedral son bastante notables, por lo numeroso del clero que toma parte en ellas y por la buena música con que se ejecutan. Tienen también cierta pompa, que se acerca mucho a la de nuestras iglesias, porque la religión anglicana es la que menos se aleja en ciertas cosas de la católica, como lo notó muy bien el gran poeta católico Dryden, diciendo que es la menos deformada, porque es la menos reformada.

The least deformed, beca use reformed the least.

En cierto día del mes de junio, tiene allí lugar un canto religioso, que merece la admiración de todos los inteligentes y causa un efecto grandísimo en el ánimo de quienes lo escuchan. Más de cinco mil niños, de los establecimientos de caridad de Londres, cantan al unísono un himno sagrado, lleno de la más tierna melodía. Mr. Fetis asegura que tanto Haydn como otros grandes músicos han confesado que nada de cuanto más bello habían oído antes se acercaba al efecto

prodigioso de aquella reunión de voces infantiles. Personas sensibles hay que cuando las oyen no pueden contener las lágrimas.

LVIII.
Londres, de 1858 a 1865.

La City y sus monumentos.—El Banco y la Bolsa.—Gran salón del Palacio municipal.—La Torre de Londres.—Horribles recuerdos que despierta.—Los Docks y sus riquezas.—El Hospital de Greenwich.—Los peces llamados white baits.*—Alrededores de Londres.—Castillo de Windsor y su salón de retratos.—Recuerdo de Falstaff.—El Palacio de Hampton Court.—Las obras de Holbein y los Cartones de Rafael.—La colina de Richmond y vista que desde ella se disfruta.—Dicho jactancioso de un Embajador de Nápoles.—Palacio de Cristal.—Instructivas reproducciones que encierra.*

La Catedral de San Pablo está ya dentro de lo que llaman la Ciudad, la City, que era el antiguo Londres, y allí tienen hoy día sus escritorios los más ricos negociantes de aquella metrópoli. En la calle nombrada de los Lombardos, porque antiguamente habitaban en ella los banqueros milaneses, están ahora los ingleses, los cuales dan el oro, tomándolo con palas y pesándolo en vez de contarlo: tal es la igualdad de las relucientes libras esterlinas; y en aquellas oficinas se habla de millones como si se tratara de maravedises. En la City están la Bolsa, el Banco, la Casa de Moneda, el Correo central y la *Mansión House* o sea la Mansión del Alcalde y Casa municipal. Todos estos edificios son bastante medianos, y si no lo parecen más es porque los ingleses los cubren con pórticos y columnatas jónicas y corintias, las cuales en algunos casos les sientan tan bien como un collar de finas perlas a la garganta de una Maritornes.

En frente de la Bolsa está la estatua ecuestre de Lord Wellington, que libertó a la Inglaterra y a la Europa de la ambición de Bonaparte. Defendió sobre todo el honor y las riquezas de su país, y con razón han colocado su efigie donde estas últimas se encuentran. Por fin, no lejos de aquel sitio se hallan las oficinas del *Times*, que es, en su género, otro valiente paladín de los intereses de la City, y los representa mejor que ningún otro diario de Londres.

En la Casa o Palacio municipal hay un hermoso salón llamado de los Gremios (Guildhall) cuya extensión es tal, que en él tienen lugar los banquetes de cerca de mil convidados con que celebra cada año su instalación el nuevo Alcalde o Lord mayor. En general estos festines no son considerados muy elegantes y reina en ellos bastante confusión; pero excepcionalmente suelen tener importancia cuando, ora un Ministro inglés, ora un representante extranjero, pronuncia en ellos algún discurso interesante sobre los asuntos políticos del día. El estilo del salón es gótico, y su techo de madera llama la atención por lo atrevido y elegante de su diseño. Las paredes están adornadas con las estatuas de los dos Pitt, Nelson y Wellington, notables todos por la terrible energía con que se opusieron a la ambición de la Francia.

Visitemos ahora la Torre de Londres, la cual ofrece mucho interés, a causa de su construcción; mas despierta terribles recuerdos. Hízola edificar Guillermo el Conquistador, aquel normando a quien, si no me equivoco, es deudora Inglaterra de toda su grandeza, porque antes de él era aquella isla el juguete de la Fortuna, invadida, saqueada y oprimida; después de él no ha vuelto a ser hollada por ningún pie extranjero y no ha hecho más que ganar y crecer hasta llegar al apogeo de poder en que hoy la vemos. La sangre de aquellos atrevidos hombres del Norte, guerreros y piratas, mezclada con la sana, aunque menos enérgica, de los sajones, ha producido el carácter tan terrible como astuto de los modernos ingleses, y gracias a esto ha caminado aquella nación, tanto en el interior como en el exterior, de ventaja en ventaja, de mejora en mejora.

Posee la Torre de Londres dos capillas: una normanda y otra gótica. La primera presenta una solidez casi excesiva, carácter distintivo de aquella arquitectura, la cual es un ramo de la románica,

general entonces en Europa. Normandos son igualmente sus torreones y todo en ella ofrece un aspecto lúgubre y siniestro, y harto se ve que aunque sirvió en ocasiones de vivienda a los Reyes, era más bien destinada para cárcel. ¡Y cuántos personajes ilustres han sido decapitados en aquella funesta fortaleza y yacen en sus capillas! La lista de ellos es larguísima: Glocester, tío de Enrique VI; Clarence, hermano de Eduardo IV, que fue ahogado en un barril de malvasía; los hijos de Eduardo, a quienes ha hecho tan interesantes el pincel y la poesía; el sabio Cardenal Fisher y el virtuoso Tomás Moro, que no quisieron reconocer la supremacía religiosa de Enrique VIII; la hermosa Ana de Bolena, más ligera que culpable; Catalina Howard, a quien fue la vanidad tan funesta; el Duque de Somerset, tío de Eduardo VI; la joven y bella Juana Gray, víctima de la ambición de su marido, y más interesante todavía que María Estuardo, porque era más pura, y en fin, el amante de Isabel, el orgulloso Conde de Essex. Horroriza tanta sangre, y con razón ha dicho Macaulay que le parecía aquel uno de los sitios más tristes de la tierra.

Volviendo ya la espalda al lado terrible de la historia inglesa y a las pasiones de sus Reyes, sigamos visitando lo que nos da pruebas de las grandes cualidades de aquel pueblo en el seno de la paz. Precisamente, no lejos de la sombría Torre, están las dársenas o Docks, que son los monumentos más notables de su genio comercial. Aquella isla a donde sólo iban antiguamente los fenicios para sacar de ella un poco de estaño, es hoy día el primer emporio del mundo. Nada falta en aquellos depósitos de cuanto producen los diversos habitantes de la tierra, desde el ingenioso chino hasta el sesudo portugués. España tiene allí sus frutas y sus vinos, cuya importación en Inglaterra es tan antigua, que se hace ya mención de ella en los convenios celebrados en tiempo de Don Juan II. La India, la Arabia, el Egipto, la Europa entera, la América y las islas del inmenso Océano, ostentan también allí sus productos. Y al contemplar la reunión de tantos y tan variados objetos, procedentes de países tan lejanos, se comprende el triunfo de Cobden y los libre-cambistas, uno de cuyos principales argumentos era la necesidad que tenía la Inglaterra de importarlos, empezando por el coral con que les salen los dientes a los niños, y acabando por el mármol con que se cubren los sepulcros. Aquella nación exporta a su vez los productos de su poderosa industria y paga con ellos los que recibe del extranjero. Así crece de continuo su riqueza y reina también en su seno la abundancia y la baratura.

Después de llenar con sus aguas aquellas dársenas, corre el Támesis al mar, pero baña antes el hospital de Greenwich, asilo de marinos inválidos y escuela también de cadetes. Compónese de dos edificios, separados, pero iguales, ambos de estilo corintio, con pórticos y cúpulas. Empezólos Iñigo Jones; terminólos Cristóbal Wren, y hacen honor a entrambos arquitectos por su elegancia y armonía. El parque que los rodea es asimismo muy hermoso, como lo son en general todos los de Inglaterra, a causa de la frondosidad de sus árboles y de la verdura de su césped. Por lo demás, en aquel país queda ya poco rastro del antiguo estilo de jardines inventado en tiempo de Luis XIV por el famoso Le Nôtre y que correspondía a la magnificencia de aquella Corte, porque hasta en esto se ve el espíritu de cada siglo. Desde principios del décimo octavo los jardineros ingleses Bridgeman y Kent hicieron popular la afición a la naturaleza despojada de todo adorno, introduciendo un género de parques y jardines, en los cuales no reinan las figuras geométricas ni hay árboles recortados, ni alamedas, rectilíneas. Algunos lo critican; a mí, como buen ecléctico, me parece que los dos estilos pueden ser agradables, y que si los jardines modernos de Inglaterra son bellos, no lo son menos los antiguos de Versalles y la Granja, y los de las clásicas quintas de Italia. Los unos tienen más gracia, los otros más grandeza y más relación también con los edificios que circundan.

Dentro del parque de Greenwich se halla el hermoso Observatorio, célebre por la perfección de sus instrumentos y por la exactitud de sus operaciones. Por allí hacen pasar los ingleses el meridiano que sirve de base a todos sus cálculos astronómicos y a la construcción de sus mapas. Y refieren de cierto andaluz despreciativo, que visitando aquel establecimiento, dijo que todo le había gustado mucho, pero que en cuanto al tal meridiano, no lo había visto en ninguna parte.

En el mismo Greenwich y no lejos del Observatorio hay un hotel que tiene la fama de guisar muy bien ciertos pececillos, llamados en España *ciento en boca* y en Inglaterra *white baits,* y es

muy frecuente que los habitantes de Londres vayan allí a comerlos y a disfrutar al mismo tiempo de la amenidad del parque y del aire del mar vecino. Istúriz llevaba allí todos los años a la Legación entera y a algunos compatriotas amigos suyos, y a todos les parecía delicioso aquel clásico plato. Yo, sin embargo, debo decir, con permiso de los anglomanos, que a causa del abuso que hacen siempre de la pimienta en aquella nación, lo encontraba bastante malo. Pero los ingleses y los admiradores de todo lo inglés lo hallan, como digo, exquisito, y los miembros de la Cámara de los Comunes tienen de antiguo la costumbre de celebrar un banquete en aquel hotel para comer los tales peces, después que han ejecutado lo que llaman la Degollación de los inocentes, o sea la supresión o aprobación atropellada de los últimos proyectos de ley, cuya discusión está aun pendiente, terminando de esta manera las sesiones de la Cámara.

Concluido nuestro paseo por Londres, réstame decir algo de sus alrededores y de los monumentos más interesantes que en ellos se encuentran. El primero y principal es el antiguo castillo de Windsor, tan bello en su género como la Abadía de Westminster. Su antigüedad es grande. En tiempo de los Reyes sajones había allí ya uno, edificado por Egberto o Alfredo. En cuanto al que hoy existe, no hay más que ver sus macizos torreones para adivinar que debe su fundación a los conquistadores normandos. Vienen luego las adiciones góticas, y por último, hay en su interior muchas salas y galerías que son de épocas modernas. Aquella ha sido una de las moradas más favoritas de los Soberanos ingleses y sigue siéndolo todavía. Encierra muchas cosas curiosas o notables. La capilla de San Jorge, perteneciente a los caballeros de la *Jarretiera*, es gótica y elegante. Vénse en ella las armas de los caballeros de todos tiempos, desde que instituyó la Orden Eduardo III para conmemorar su victoria de Crecy y dar al mismo tiempo una galante satisfacción, propia de aquella época ruda, pero poética, a la bella Condesa de Salisbury, cuya liga había recogido del suelo.

En los corredores del castillo hay muchos y muy buenos cuadros de Canaletto, pintor veneciano, que residió muchos años en Londres y pintó con exacto y paciente pincel, ayudado de la cámara oscura, muy bellas vistas de sus principales sitios y monumentos. Pero lo más interesante en mi concepto, es el salón, llamado de los Retratos. Son de varias épocas, más principalmente de la moderna, y obras de pintores de primer orden. No falta, como es natural, el de Carlos I por Van Dyck, pues este artista fue para aquel Rey lo que Velázquez para Felipe IV, por manera que no hay Galería de Inglaterra, ni aun de Europa que no contenga algún retrato del desdichado Estuardo, hecho por el gran flamenco. Los que posee la sala de Windsor son muy bellos y realzan admirablemente su fisonomía noble y gallarda. Macaulay, en un paroxismo revolucionario, se la toma casi con Van Dyck porque le ha prestado un aspecto muy simpático; mas la verdad es que realmente lo era, y que ha pasado a la posteridad como un Rey obcecado, si se quiere, pero digno y valiente. Y no hay casi nadie que no vitupere la baja conducta de los soldados que le vendieron, ni que no admire el grande ánimo con que soportó su suplicio.

Entre los retratos modernos parecen los mejores los ejecutados por el inglés Lawrence, cuyo estilo, mitad italiano, mitad flamenco, se presta muy bien a esa clase de obras. Suyos son los de Wellington, Blücher, Metternich y muchos otros insignes personajes de la época ya casi legendaria del año quince; pero los más agradables son los de Walter Scott, Pío VII y el Cardenal Gonsalvi, lo cual no debe extrañarse en razón a que todos tres tenían una fisonomía que se prestaba mucho al embellecimiento. ¿Cómo sacar partido, por ejemplo, de la cara de palo de un Wellington o de las facciones insignificantes de un Blücher? En vez de eso, ¡qué fácil no es idealizar los vivos ojos negros y la grande expresión de un Gonsalvi! Oigamos si no lo que le escribía el mismo Lawrence a su amigo Farington cuando estaba retratando al Cardenal en Roma: «Gonsalvi, dice, es uno de los objetos más hermosos para un cuadro que yo haya visto jamás. Posee un aspecto que indica una poderosa inteligencia y excita al mismo tiempo una gran simpatía. Sus ojos tienen una expresión fija y penetrante; pero la curva de sus labios es graciosa y suave».

La Reina Isabel Tudor gustaba mucho de residir en Windsor, y es fama que era allí donde conversaba más frecuentemente con el gran Shakespeare y donde le manifestó el deseo de que

compusiera una comedia en la cual pintase enamorado al caballero Falstaff, de quien había hecho ya una caricatura tan buena como *miles gloriosus* en el drama de Enrique IV. Por manera que a Isabel fue debida la linda comedia de *Las alegran comadres de Windsor.* Y tal es la magia que ejercen en el ánimo ciertas ficciones felices de los grandes talentos, que cuando se visita a Windsor y al bosque que le rodea, cuesta casi trabajo persuadirse de que no han existido nunca las tales comadres y sobre todo el embustero y vanidoso Falstaff.

Hampton Court es otro sitio real, que un día fue también la residencia preferida de los reyes; pero que ya ha dejado de serlo. Edificólo el orgulloso Wolsey o Bolseo, como le llama Calderón, en la época de su mayor valimiento, y han dejado fama los banquetes y aun los bailes de máscara, con que el enriquecido Cardenal obsequiaba en él a la nobleza de Inglaterra. Mas cuando vio en peligro su privanza, a causa de la pasión de Enrique por la hermosa Ana Bolena, apresuróse a regalárselo a aquél, a fin de conservar su favor, recibiendo en cambio otro más pequeño, situado en Richmond. En Hampton Court habitó después Enrique con sus varias mujeres, y también su hijo Eduardo VI. Allí pasaron más tarde la luna de miel, aunque de miel algo rancia, el joven Felipe II y la ya madura Reina María. Habitaron también en aquel palacio la altiva Reina Isabel, Carlos I Estuardo con la Reina Enriqueta, el odioso protector Cromwell, que tuvo allí el dolor de perder a su hija favorita Isabel Claypole, y por fin el usurpador Guillermo III, que gustaba también mucho de aquel sitio y lo hizo agrandar y embellecer por Cristóbal Wren, adornándolo con bellos jardines del estilo de Le Nôtre, que son casi los únicos de su género que se conservan todavía en Inglaterra. Hoy día sus grandes salones han sido convertidos en Museo y el resto del palacio se halla dividido en pequeñas habitaciones, que el Soberano tiene la generosidad de conceder gratuitamente a las viudas de antiguos empleados de la Corte.

Hampton Court no es un palacio comparable con Versalles o Caserta: parécese más bien a Shönbrun o Aranjuez, y tiene un aspecto muy risueño. Y como en Londres todo está cerrado durante los domingos, va mucha gente allí en esos días, para disfrutar del recreo de sus jardines y también de su Museo. Hacíalo yo así igualmente machas veces cuando el tiempo era bueno, trasladándome a aquel sitio por ferrocarril, con mi mujer y algunos de mis hijos mayores, y pasábamos en él varias horas de una manera muy grata. Los jardines son amenos, y en el Museo hay cuadros bastante interesantes. Desde luego están allí los retratos de muchos Soberanos ingleses, empezando por los de Enrique VIII, debidos a Holbein, que fue el pintor favorito de aquel Rey, como hemos visto que Van Dyck lo fue después de Carlos I. Era aquel artista alemán e hijo de otro Holbein, cuyos cuadros son algo recortados y aun duros, y pecaba mucho él también del mismo defecto en sus primeras obras; mas después mejoró bastante su estilo y adquirió un colorido agradable. Poco pudo idealizar, sin embargo, a su principal modelo, y si bien le representó con cierto aire imponente propio de los Tudores, no consiguió modificar la fisonomía sensual de aquel monarca, que emulando los vicios de Don Pedro de Castilla y de Iván de Moscovia, fue en mitad de la cultura cristiana, tan incontinente como el peor musulmán y tan cruel como el peor pagano.

Debería citar también varios otros cuadros muy buenos de las escuelas de Italia y Flandes; pero me contentaré con hablar de la joya principal contenida en aquel palacio, y trasladada hoy al Museo de Kensington, la cual eran los famosos Cartones, pintados por Rafael, para que por ellos fuesen ejecutados en Flandes los tapices con que están adornadas algunas salas del Vaticano. Considéranse en la pintura lo que las obras de Fidias del Museo Británico en la escultura: unas grandes maravillas. Con todo, no puedo dar enteramente razón a Quatremere de Quincy y otros críticos, que los consideran como la coronación de toda la obra del divino Rafael. Por mi parte creo, como lo creía mi amigo y maestro Solá, que el mejor de sus cuadros es el *Pasmo de Sicilia*, modelo de expresión trágica y sublime, y el mejor de sus frescos la *Escuda de Atenas*, conjunto admirable de todo lo más bello y elegante que cabe en una pintura. Los cartones vienen después.

El sitio de Richmond, con su pequeño palacio, dicho White Lodge o Casa blanca, y su extenso parque, poblado de venados y corzos, es también un lugar de recreo muy frecuentado por los cockneys, que es como llaman a los burgueses de Londres. Antiguamente residía allí la Corte

durante la primavera, y queda una memoria de ello en el nombre de la posada principal, que es *Star and Garter*, es decir, *la Placa y la Jarretiera*. Su cocina es buena y desde su terraza se contempla una vasta y verde llanura, en los días, a la verdad algo raros, en que no hay mucha neblina. Los ingleses se ufanan mucho con aquel espectáculo, y cuentan que hallándose allí una vez el Rey Jorge III, le preguntó al Embajador de Nápoles, qué tal le parecía la vista y el sol de que en aquel sitio se gozaba, a lo cual le respondió con excesiva jactancia el diplomático: «Señor, la vista, cuando se la puede ver, es ciertamente muy linda; pero la luna del Rey, mi amo, alumbra más que el sol de Vuestra Majestad». En las confiterías de Richmond se venden ciertos pastelillos de almendra que me atrevo a recomendar a los gastrónomos. Llámanlos *Maids of honor*, que significa Doncellas de honor, lo cual parece indicar que las que seguían allí un día a la Corte eran de carácter muy dulce.

Cerca también de Londres hállase el famoso Palacio de Cristal, construido con los materiales que sirvieron para el edificio de la primera Exposición universal de Londres, en el año de 1851. Paxton, jardinero del Duque de Devonshire, fue el arquitecto de ambos, y dio en ello muestras de tanta habilidad, que la Reina le hizo Barón. Es una fábrica prodigiosa por sus dimensiones y por su elegancia, y reúne cuanto puedo desearse para la instrucción y el recreo. En su género es el único; es al siglo XX lo que las Termas al mundo antiguo; y ojalá que en cada capital de Europa se elevase un palacio semejante, destinado a divertir y educar al pueblo. De todo hay allí. Los jardines halagan con sus árboles, flores y fuentes, y contienen también pequeños lagos e islas, donde han puesto modelos de las diferentes capas geológicas y de los extraños y gigantescos animales que existieron en los tiempos primitivos, y han ido poco a poco desapareciendo de la faz de la tierra.

Dentro del palacio hay diferentes secciones y departamentos dedicados a las diversas épocas del arte, empezando por la de los asirios y egipcios, y llegando hasta nuestros días, con modelos de arquitectura y escultura sumamente notables. Encuéntranse igualmente en aquel recinto vaciados de todas las principales estatuas conocidas, desde las que representan a Ramsés y Tutmosis hasta el Abel de Dupré. Vense bustos de todos los grandes hombres, guerreros, políticos, filósofos, poetas y artistas, desde Homero hasta Walter Scott, desde Demóstenes hasta O'Connell.

Un salón muy espacioso, que ocupa toda la anchura del edificio, está dedicado a la música, y en uno de sus extremos se alza un órgano gigantesco, cuya armoniosa trompetería llena los ámbitos de aquel recinto. Con razón se ha dicho, que el órgano es el más considerable, el más majestuoso, el más rico en efectos diversos, y el más hermoso de los instrumentos de viento. Bastaría para convencerse de ello, escuchar el de aquel palacio cuando es tocado por un buen artista. Danse allí a menudo conciertos vocales e instrumentales y ejecútase toda clase de música, con especialidad la clásica y grave, a la cual son muy aficionados los ingleses.

Por de contado, no falta allí un excelente restaurant, donde sirven todo género de manjares y bebidas en salas cómodas y aun lujosas y por precios relativamente moderados y al alcance de todos los bolsillos. Ni deja de haber tampoco una sala destinada a escribir, ni cajilla de correo, ni telégrafo, ni cuanto, en fin, es necesario o conveniente para pasar agradablemente todo el día. Prodigios de una civilización que ha llegado a su apogeo y que sabe unir en todas las cosas lo ameno con lo útil.

LIX.
Londres, de 1858 a 1865.

Galerías particulares de Londres.—Aptitud de los ingleses para las artes.—Bellas catedrales góticas.—Edificios notables de estilos más modernos.—Iñigo Jones y Wren.—Renacimiento de la pintura en el siglo XVIII.—Cuadros de Hogarth y Wilkie.—Retratos de Reynolds y Lawrence.—Paisajes de Constable y Turner.—Pintores de este siglo.—Estatuas de Flaxinan y Gibson.—Acuarela y grabado.—Caricaturas de Cruikshank.—Mayor excelencia de los ingleses en las letras y las ciencias.—Enumeración de sus grandes ingenios.—Milton, Shakespeare, Byron, Bacon, Newton, Locke, Reid, Smith.—Influjo que han ejercido en las otras naciones.

Para completar la enumeración de las cosas notables de Londres, debo mencionar también las bellas galerías de cuadros que poseen algunos ricos particulares. El Duque de Westminster, por ejemplo, tiene una sumamente notable, con Tizianos, Andreas, Guidos y hasta un Rafael, pequeño pero muy apreciado, que representa a San Lucas retratando a la Virgen. Contiene también buenos flamencos y holandeses, entre ellos un Ixion abrazando a la nube del ilustre Rubens, y varios asombrosos Rembrandts. Añádese a esto un pequeño cuadro de Velázquez, con el retrato del Infante Don Baltasar, y un San Juan de Murillo, por extremo agradable. Hállase igualmente en aquel palacio el famoso *Niño azul* del inglés Gainsboroagh, nuevo ejemplo de un ropaje unicolor, y nueve países de Claudio, todos helios, todos admirables.

En la del Duque de Sutherland dominan los cuadros españoles, muchos de los cuales fueron tomados en Sevilla por el célebre Mariscal Soult y formaron parte de su colección, que fue vendida a su muerte. *Abraham visitado por los ángeles*, es una página hermosa del suave Murillo, y es muy bella también una *Sacra Familia* de Zurbarán, que es, en mi sentir, el tercero entre nuestros grandes pintores. El Duque de Bridgewater posee una Virgen de Rafael, una *Sacra Familia* de Tiziano y otras obras preciadísimas. En fin, el colegio de Dulwich, situado en las inmediaciones de la capital, contiene una pequeña, pero bella galería, que cierto caballero inglés se divirtió en formar durante su vida y legó luego a aquel instituto, a fin de que no fuese nunca dispersa ni vendida. Recuerdo entre sus buenos cuadros dos de Murillo, que representan pilluelos sevillanos, tan naturales y graciosos como los célebres de la Pinacoteca de Munich.

Ocurre ahora preguntar, en vista de los muchos objetos de indudable mérito, pertenecientes a las tres nobles artes, que se hallan en Inglaterra, si los ingleses tienen realmente aptitud para todas ellas. La respuesta no me parece dudosa, y por mi parte, la doy afirmativa. Cultivólas con éxito aquel país durante la Edad Media, especialmente la arquitectura, según lo prueba la multitud de hermosas catedrales y abadías normandas y góticas que contiene, no habiendo casi una ciudad importante que no se ufane con la suya. Las de Peterborough y Waltham, con sus espesos pilares, son bellos ejemplares del estilo normando. Las de Salisbury, Winchester, Cantorbery, York, Westminster y otras muchas pertenecen a las diversas épocas del gótico, imitado del de Francia pero con algunas variaciones características. Así, por ejemplo, las naves son más largas que altas y muestran un sistema más bien horizontal que vertical, desarrollando sus miembros en pisos sucesivos, sin las atrevidas alturas de otros templos del continente. La de Wells llama la atención por sus numerosas y bellas ventanas, que le han merecido el nombre pintoresco de la Linterna, y en todas abundan los adornos más caprichosos y los más delicados follajes. En tiempo de Enrique VII llegó a su mayor florecimiento este género de arquitectura, en la capilla de Westminster, que sirvió de panteón a aquel Monarca, por cuyo motivo sin duda hase dado al estilo de aquella época el nombre de Tudor.

En el siglo XVI se introdujo en aquella nación el primer Renacimiento y el estilo que nosotros decimos plateresco, y por haber sucedido esto en el reinado de Isabel, llamáronle isabelino. Juan Thorpe fue el mejor arquitecto de aquella edad, y a él se debe la construcción de los bellos palacios de Longford y Woltaton y el todavía más notable de Lord Holland. Es un estilo algo pesado, pero

rico. Vino después de Italia el hábil Iñigo Jones, y comenzó a construir toda clase de edificios, conforme al hermoso estilo del segundo Renacimiento, que había visto y estudiado en Venecia y Vicenza, pudiendo ser considerado como el Juan de Herrera de Inglaterra. Obras suyas son el hospital de Greenwich y el magnífico salón de los banquetes, que es todo lo que se conserva del antiguo Palacio Real de Whitehall. Siguió su ejemplo el todavía más afamado Cristóbal Wren, a quien se debe, como hemos dicho, la Catedral de San Pablo y el grandioso hospital de Chelsea.

En la época moderna han conservado siempre los ingleses el gusto por la bella arquitectura y no han carecido de buenos artistas en este género, tales como Barry, autor del palacio gótico del Parlamento; Scott, quien dejando ese estilo, ha usado el italiano en la construcción de los magníficos Ministerios de Negocios extranjeros y de la India, y Smirke, que ha hecho lo mismo en el nuevo teatro de Coventgarden. Son además muy notables los nuevos Clubs de Londres, cuyo aspecto es casi monumental, y los numerosos palacios de la aristocracia y sus cómodos y elegantes sitios de campo, los cuales pueden rivalizar con los castillos de Francia y las villas de Italia.

La pintura y la escultura fueron también ejercidas allí durante la Edad Media, y algunos rastros quedan de ellas en las hermosas vidrieras de colores de las catedrales y en las estatuas que adornan sus pórticos. Por desgracia, al empezar la reforma religiosa, el martillo de los iconoclastas destruyó o mutiló la mayor parte de las imágenes, y el fanatismo de las sectas fue causa de que la Inglaterra no tomase parte ninguna en el movimiento artístico, iniciado en las devotas Toscana y Flandes, y seguido luego en Alemania y Francia. El espíritu puritano que dominó entonces en aquella nación era enemigo declarado de la pintura y de la escultura, porque sabido es que estas dos artes hermanas nacen siempre a la sombra de los altares y en el recinto de los templos.

Con todo, hay algunos géneros de pintura que pueden ser cultivados en los países protestantes, a saber: los cuadros de género, el retrato y el paisaje; y estos lo fueron también al fin en Inglaterra. Ya desde el siglo XVI fue visitado aquel país por varios grandes artistas, a quienes atraía la munificencia de sus Reyes. Holbein, Rubens y Van Dyck pasaron allí muchos años, pintando admirables cuadros y retratos. Un discípulo del último, Pedro Van der Faes, nacido en Westfalia, a quien los ingleses llaman Lely, y otro alemán, de nombre Kneller, el cual había estudiado con Rembrandt, se fijaron en aquella nación y han dejado en ella muy buenas obras. Introdujeron estos pintores un estilo grandioso y bastante conforme al espíritu de la época. Sus retratos representan a sus personajes un tanto idealizados, en actitudes tales que parecen mirarse en un espejo, y en salones adornados con excesiva esplendidez, por lo cual han sido llamados por burla retratos de columna y cortina; pero están bien pintados y tienen buen colorido.

Al llegar el siglo XVIII imitaron a estos extranjeros algunos pintores ingleses, y aquel país tuvo al fin una escuela propia. Hogarth, quien por lo original y caprichoso de sus invenciones, fue una especie de Goya, pintó cuadros de género, los cuales resultaron graciosas sátiras, llenas de expresión cómica, tales como la *Vida del Libertino*, la de la *Mujer perdida* y el *Matrimonio a la moda*. Reynolds, tan estimable por su talento como por su noble carácter, retrató a la mayor parte de sus contemporáneos y alcanzó casi la perfección en su género. Gozan de merecida fama el de la gran actriz *Mrs. Siddon*, representada como la musa de la tragedia, el de *Felipe Igualdad*, Príncipe de noble aspecto, pero cuyas acciones fueron muy odiosas, cuadro excelente que se halla hoy día en el Palacio de San Telmo de Sevilla, y también los de varios niños. En los retratos de estos últimos han tenido mucho éxito casi todos los artistas ingleses, a causa, sin duda, de la belleza de los modelos, pues a los adolescentes de la raza sajona se puedo aplicar siempre el dicho del Papa San Gregorio, que *non sunt angli sed angeli.*

Gamsborough, de amable carácter y aficionado a la música, como Leopardo y Giorgione, ha hecho asimismo excelentes retratos. Ya he citado su *Niño azul,* de la galería del Duque de Westminster. No menos bellos me parecen los retratos de la Duquesa de Devonshire, con un sombrero airosísimo, y el de la hermosa Mrs. Graham, apoyada al pedestal de una columna. Hizo también muy lindos países, para lo cual muestran igualmente mucha aptitud los ingleses, siendo general en aquel país la afición a la bella naturaleza. Romney, pintor un día a la moda, fue autor de

buenos cuadros. Muy dado a galanteos, se enamoró de la famosa Lady Hamilton y la pintó bajo mil figuras diferentes, como Hebe, como Bacante, como Sibila, y también, ¡idea singular! como Magdalena. Estaba tan ciego por ella como lo había estado Nelson, y cual éste, había abandonado por ella a su propia mujer y a sus hijos.

Mayor mérito tuvo su contemporáneo Lawrence, favorito un día de la Reina Carolina. He citado antes sus hermosos retratos de Pío VII y de Gonsalvi. Parécenme no menos bellos los de la Duquesa de Sutherland, con su hijo en la falda; el de Jorge IV, con el manto de la Jarretiera, y las hijas del caballero Calmady, cuadro conocido con el nombre de *La pelinegra y la rubia*, que es un encanto de belleza, gracia y buen colorido. Lawrence visitó la Italia, donde estudió los buenos maestros, y hubiera sido más perfecto si el deseo de enriquecerse no le hubiese hecho trabajar, como Guido y Jordán, con una rapidez excesiva. Años hubo que ejecutó más de cien retratos.

West, nacido en América, pero educado en Londres, siguió el estilo del francés David, y pintó, como él, grandes cuadros históricos. Tiene reputación su *Muerte de Sócrates* y su *Cromwell disolviendo el Largo Parlamento*, que ha sido grabado por Hall. Landseer pintó animales tan bien como Snyders y Potter. Constable y Turner fueron buenos paisajistas, aunque es mucha lástima que el segundo, cuyas primeras obras le ponen casi al lado de Claudio, cayese después en las más increíbles extravagancias. Wilkie, imitador de Hogarth, brilló mucho en los cuadros de género, y su *Gallina ciega* y sus *Políticos de la aldea* le colocan muy cerca de los buenos flamencos.

En el siglo presente ha tenido también aquel país muy agradables pintores, tales como Millais, que democratizó quizás demasiado los retratos, reemplazando la cortina y columna con fondos unicolores y tristes, pero que dibujaba muy bien; Leighton, que ha merecido ser presidente de la Academia; Rosetti y Burne Jones, los cuales han sido para Inglaterra lo que Overbech para Alemania, es decir, entusiastas admiradores de los pintores prerrafaelistas, especialmente de Botticelli, y por fin, Alma Tadema, Dicksee, Watts y otros varios que viven todavía y obtienen mucho aplauso.

En la escultura cuenta asimismo Inglaterra artistas de mucho mérito. Flaxman, sin ser un genio, se mostró siempre correcto, y ejecutó con general aprobación los sepulcros de Nelson y del poeta Collins. Compañero de estudio de Thorwaldsen, fue el elegante Gibson, que imitó, como él, las estatuas antiguas. Su *Cupido* de Londres y su grupo de *Las tres gracias*, que está en Roma, en el palacio de Torlonia, le acreditan de rara excelencia. Westmacott, discípulo de Canova, fue hábil igualmente en la ejecución de asuntos mitológicos, y finalmente, Chantrey hizo bustos de sus contemporáneos, notables por su naturalidad y parecido, singularmente el del famoso Walter Scott, que está en el Museo de Edimburgo.

Grande es también la disposición que muestran los ingleses para la pintura a la acuarela y para el grabado. En la acuarela han tomado el primer lugar, pues no hay nadie en los otros países que muestre en ella tanto vigor de colorido. Llega esto a tal punto, que rivaliza con el pastel y aun con el óleo. En el grabado son asimismo excelentes. Recordaré en prueba de ello a un Strange, exacto reproductor de los cuadros italianos; un Voollett, cuya estampa de la Muerte del general Wolf, es tan apreciada por los coleccionistas; Smith, que grabó los retratos ejecutados por los principales pintores ingleses; Hogarth, el admirable Hogarth, que grabó sus propios cuadros y de quien dijo Fielding que sus figuras no sólo respiran sino piensan, y finalmente, aquel Gruikshank, príncipe de los caricaturistas, cuyas estampas representando *El hombre de la luna*, *El domingo en Londres, El zapatero político*, y tantas otras, son las delicias de quien las mira.

Y para no olvidar nada de cuanto al arte se refiere, aunque sea arte pequeño, debo recordar aquí la bella cerámica, fabricada en aquel país, desde el reinado de Isabel hasta nuestros días, desde Guillermo Simpson hasta Minton. Algunas porcelanas inglesas, como por ejemplo, las de Chelsea y Derby, pueden ser comparadas con las de Sajonia y Sévres, y las de Wedgwood, que tienen el fondo azul y están adornadas con relieves blancos, dibujados por el célebre Flaxman, son quizás las primeras en su género por su novedad y elegancia.

En vista de tales ejemplos, ¿cómo no reconocer que los ingleses tienen aptitud para las artes? Es cierto que a causa, primero de la guerra de las Dos Rosas, y luego de sus revoluciones religiosas y políticas, tardó aquel país mucho más que otros en dedicarse a ellas; es cierto que por la segunda de estas razones no han cultivado después los ingleses con mucho éxito ni la pintura religiosa ni la histórica; y por último, es notorio que cierta falta de moderación y de gusto, nacida de la misma independencia del carácter inglés, ha sido causa muchas veces de que sus artistas pequen en punto a armonía y buen colorido. Mas no obstante todos estos motivos de inferioridad, es imposible negar que si los ingleses no ocupan en el arte un rango tan elevado como en los otros ramos de la humana cultura, lo tienen, sin embargo, bastante notable, principalmente en el retrato. Y si no son más conocidos en el continente, esto consiste en que tanto los mayorazgos como el espíritu de familia impiden que sus obras sean enajenadas y sacadas de aquel país. En Italia no hay más que algunos retratos de Lely en las Galerías de Florencia. En España no creo que exista más cuadro inglés que el retrato de Felipe de Orleans, hecho por Lawrence, a que antes he aludido.

Pero si los ingleses tienen sólo un puesto secundario en las artes, pueden por otra parte vanagloriarse de ocuparlo muy principal en todas las demás manifestaciones del ingenio humano. Está su raza mezclada de sangre sajona y normanda de tal modo que, en mi sentir, no deberían decirse anglosajones, sino sajones-normandos. De los unos tienen la constancia, de los otros la altivez; de los unos la inteligencia, de los otros la imaginación. Prueba de lo primero es que han brillado en todas las ciencias y que hasta sus poetas tienen algo de filósofos. Prueba de lo segundo que, a pesar de ser aquella nación por extremo razonadora, es al mismo tiempo tan fecunda en poetas como la italiana o la española. Y no sólo ha producido aquel país buenos poetas, sino que muy a menudo presta su genio un colorido poético a las obras de sus prosadores.

No pretenderé hacer aquí un extracto de la literatura de Inglaterra, tan conocida hoy ya en el Continente. Permítaseme, con todo, mencionar sus más célebres ingenios, con el solo objeto de demostrar que, como digo, tienen los ingleses en las letras y las ciencias un lugar muy preeminente. Empezando por la poesía lírica, ¿quién no admira la perfección de Pope, el vuelo pindárico de Dryden y la inspiración romántica de Byron? En la épica, ¿qué otro poema moderno puede compararse con el de Milton, que principia con las luchas sublimes y terribles de los ángeles, y acaba conmoviendo nuestros corazones con la deliciosa pintura de Adán y Eva y su triste salida del Paraíso? En la dramática, ¿cuál otro poema ha llegado a la altura de Shakespeare? ¿Quién ha pintado mejor que él las pasiones humanas, permaneciendo fiel a la verdad histórica?

Pues si de las otras obras de imaginación se trata, principalmente de la novela, ¿dónde se han escrito en mayor número ni mejores que en Inglaterra? Imitaron allí al principio a los autores españoles, por manera que tanto Fielding como Smollet, tomaron mucho de Cervantes y Guevara; mas adquirieron enseguida una originalidad evidente. El número de ellas es infinito; y en vez de decaer, van progresando al compás que progresan los tiempos, de tal modo, que ha producido aquel solo país muchas más que todos los demás reunidos. Y si no todas son excelentes como las de Richardson, Goldsmith, Walter Scott o Thackeray, están todas bien escritas y son casi todas agradables y decentes, mostrando en esta última circunstancia cuan sano está el corazón de aquel pueblo y cuan superior es en realidad su cultura a la superficial y emponzoñada de la Francia.

Igual superioridad observaremos también en las ciencias. Citaré sólo los colosos, los grandes astros. Bacon, fundador, en unión con Descartes, de la filosofía moderna y de la física; Newton, genio sublime, que descubriendo las leyes que rigen el movimiento de los cuerpos celestes, aumentó, si era posible, la admiración de las obras de Dios, que tenían ya los mortales; Locke, incompleto en sus ideas pero creador principal de la moderna metafísica, y el escocés Reid, que combatió los errores de los sensualistas, restableciendo en la ciencia las nociones del sentido común.

Notables son asimismo los historiadores y oradores ingleses y sus escritores de Economía política, entre los cuales brillan un Robertson y un Hume, comparables en bello estilo, sagacidad y juicio, con los Dávilas y Guicciardinis; un Gibbon, de tendencia poco cristiana, pero tan eminente

en su género, que Guizot no se desdeñó de traducirle; un Burke y un Pitt, que renovaron la elocuencia antigua, y en fin, un Adán Smith, que sacando a la Economía política de los entresuelos de Versalles, donde balbuceaba sus primeros acentos, le dio forma de ciencia y la elevó a la altura en que hoy se admira.

Y si no todos convienen en la excelencia de los escritores ingleses, nadie podrá, sin embargo, cerrar los ojos a un hecho asimismo muy notable, cual es la influencia que han tenido en los otros países. Con efecto, Condillac y Rousseau, copiaron a Locke; Voltaire, tomó mucho de Tindal y Bolingbroke; Mignet y Guizot, han imitado a Robertson; Gousin y Jouffroy, propagaron las ideas de Reid y Dugald Stewart, y Say popularizó las teorías de Smith. Podría añadir también, que Klopstock ha imitado a Milton; Víctor Hugo y Schiller a Shakespeare; Mussot, Espronceda y Leopardi a Byron, y que en las novelas de todos países se nota el influjo de las de Scott y Dickens. Admirable literatura, la cual lo sería todavía más si los ingleses hubieran poseído aquella mesura que tanto se admira en griegos y latinos, si su carácter demasiadamente original e independiente no les hubiese hecho a veces ofender el buen gusto, y si por esta misma razón no fuesen a menudo exagerados, en sus ideas y extremados en sus juicios.

Aduciré como prueba de esto último tres o cuatro ejemplos. Milton, el gran Milton, destruye casi el grandioso efecto de la lucha de los ángeles con la ridícula idea de pintarlos provistos de cañones. Nuestra imaginación no se acomoda con tales disparates; bástale ya consentir en que estén armados de espadas y lanzas, cual los pintó con espantable energía el buril de Alberto Durero. Shakespeare, el incomparable Shakespeare, tiene también en ocasiones tan mal gusto, que amontona horrores innecesarios y hace que sus personajes manejen delante del público las cabezas de sus enemigos, cual si fuesen pelotas de goma elástica. Y peor que esto es la increíble y calumniosa parcialidad con que trata en su *Enrique VI* a la heroína de Francia, a la inmortal Juana de Arco.

Y viniendo a autores más modernos y a las lumbreras de la ciencia, ¿qué diré del sabio Darwin, delicia de los materialistas más o menos hipócritas, el cual sostuvo, entre otras paradojas, que la ballena procede de una raza de osos blancos, quienes a fuerza de selecciones se hincharon y agrandaron al punto de transformarse en aquel enorme cetáceo, desatino tan colosal, que él mismo se apresuró a suprimirlo en la segunda edición de su libro, viendo que le cubría de ridículo? Pudiera añadir otras excentricidades del mismo género; pero bastan estas que cito para justificar mi propósito, lamentando la falta de imparcialidad que se observa en los escritores ingleses, por su excesivo amor patrio.

LX.
Londres, de 1858 a 1865.

Superioridad de los ingleses en la política.—Han realizado el gobierno mixto, que parecía una utopía a los antiguos.—Influencia que ha tenido en ello el carácter de su raza.—Condición feroz de los ingleses.—Ejemplos de esto en su historia.—Dureza de sus costumbres.—Vanidad que se les advierte.—Razones en que se funda.—A qué llaman snobismo.*—Originalidad y extravagancia de los ingleses.—Carácter corregible que a pesar de eso les distingue.—Reformas políticas que han llevado a cabo.—Odiosas costumbres que han abolido.*

Dejando ya las letras y las ciencias, más clara y evidente me parece todavía la superioridad de los ingleses cuando se trata de la forma de gobierno y de las instituciones políticas, pues no sólo los constitucionales, sino también los partidarios del régimen monárquico absoluto y los del republicano deben reconocer, al menos en teoría, que ninguno otro ofrece la solidez y seguridad del régimen inglés, ninguno es más conforme a la dignidad de los hombres, ninguno está menos expuesto a los peligros que amenazan a la libertad, ora por parte del pueblo, si el gobierno es

monárquico, ora por parte de los que ejercen el poder, si es popular y democrático. Desde los tiempos más remotos fue reconocida la excelencia y superioridad del gobierno mixto, es decir, de un gobierno en que el Monarca, los próceres y el pueblo tomen parte en la política de tal modo que ninguno de ellos prepondere y que su recíproco influjo se halle equilibrado de una manera completa y permanente. Teníase casi por una utopía. Cicerón lo alaba como un ideal poco menos que imposible. Tácito dice que es más fácil elogiarlo que realizarlo, y que, si por acaso se realiza, no puede durar mucho. Y sin embargo, en Inglaterra lo vemos realizado, perfeccionado, conservado y con apariencias de durar tanto, por lo menos, como cualquiera otro de los gobiernos monárquicos o republicanos del mundo.

¿De qué dimana esto? ¿Por cuál razón subsiste ese gobierno mixto en Inglaterra mientras que en unos países ha vencido la democracia, como en Francia y América, en otros la oligarquía, como en Suecia y Polonia, y en otros la monarquía absoluta, como en Rusia y hasta hace poco en todas las grandes naciones de Europa? ¡Ah! bien afortunado es aquel que de los sucesos humanos conoce todas las causas; *felix qui potuit rerum cognoscere causas*. Muchos eminentes escritores se han dedicado a estudiar los orígenes de la Constitución inglesa y han aducido varias razones de esta singularidad tan notable. Y la verdad es que no sería dado atribuirlo a una sola causa, sino más bien a un conjunto feliz de tres o cuatro, unidas a cierta disposición natural de la raza normando-sajona, la cual ha hecho posible en aquella nación el influjo de ciertos hechos que en muchas han pasado sin dejar en pos de sí rastro alguno.

Pretenden varios autores que las instituciones inglesas arrancan de las antiguas asambleas sajonas, o por lo menos de las que más tarde establecieron los Barones de Juan Sin Tierra; pero iguales o parecidas existieron también en otros países y desaparecieron con el transcurso de los siglos. Dicen otros que por ser la Inglaterra una isla separada del continente, sus Reyes no tuvieron necesidad para defenderse de mantener ejércitos numerosos, con los cuales pudieran luego oprimir a sus súbditos. Mas si bien se considera, esta segunda circunstancia puede muy bien ser efecto y no causa, pues vemos que cuando prevaleció en aquella nación el poder absoluto de los Reyes, tuvo tantos ejércitos como otra cualquiera.

Asegúrase también que las reformas políticas fueron allí una consecuencia natural de las reformas religiosas, y algo hay de verdad en este punto, pues notamos que, tanto en tiempo de Carlos I como en el de Jacobo II, es decir, en las dos mayores crisis de su historia constitucional, fueron en la una los puritanos y en la otra Guillermo III y los luteranos holandeses quienes restablecieron la libertad política, peleando contra ambos Monarcas. Mas al mismo tiempo es notorio que en otros países, tales como la Dinamarca y la Alemania, han tenido también lugar reformas religiosas y no por eso ha habido en ellos revoluciones políticas ni han pensado sus súbditos en levantarse contra sus Príncipes. Por consiguiente, aunque la cuestión religiosa ejerza mucho influjo en la política, esto tiene sus excepciones y no basta por sí solo para explicar lo que en Inglaterra acontece.

Preciso es, pues, que además de estas causas que comúnmente se aducen, haya habido otras más peculiares de aquella nación, las cuales hayan ayudado a las anteriores para producir el singular y extraordinario fenómeno de que se trata. En mi sentir, una muy principal ha sido el clima, el cual, no pecando de ardiente ni tampoco de excesivamente frío, hace a los hombres robustos, activos, graves y moderados, amantes de todo orden y, por lo tanto, religiosos y justos.

Pero es a mi parecer indispensable ahondar todavía más la cuestión, porque salta a la vista que otros pueblos tienen también esas cualidades y no por eso han sido libres. Grave es el español, robusto el alemán, enérgico el francés, moderado el italiano, y muchos hay que aman el orden y son religiosos y justos, y sin embargo, no han conseguido hasta hace poco imitar las instituciones de Inglaterra. Probablemente esta diferencia consiste en que los ingleses poseen algunas de esas cualidades, y principalmente la energía en el más alto grado. ¿Y por qué? Porque en aquella nación la raza germánica se unió en el siglo XI con otra, no solamente enérgica, sino feroz y casi bárbara, cual era la normanda, raza cruel, raza de marineros y piratas. Y con efecto, desde aquel momento la

isla de Bretaña, la isla de los Santos, como era llamada antes, se convierte en la isla de las Furias, y más agitada que el Océano que la rodea, según la elocuente expresión de Bossuet, ofrece el espectáculo de los crímenes más horribles. Lo que en los demás países era una excepción, se hace allí una regla. Feroces son los Reyes, feroces los Príncipes, feroz el pueblo.

El segundo Enrique, hace asesinar al pie mismo del altar, al Arzobispo de Cantorbery, Tomás Becket; Guillermo el Rojo depone a su hermano Roberto; Juan Sin Tierra mata por su propia mano a su sobrino Arturo, heredero legítimo del trono; Edmundo, hermano de Eduardo II, ordena asesinar a éste con circunstancias tan horribles, que su sola idea hace erizar los cabellos; Enrique de Lancáster destrona y mata a su primo Ricardo II; el usurpador Eduardo IV manda quitar la vida a su propio tío el Duque de Clarence, y Ricardo III manda también matar a sus dos sobrinos, hijos de Eduardo IV.

Pudiera aumentar todavía esta lúgubre lista; basta lo que he dicho para inferir, que donde los Reyes y Príncipes eran tan violentos, donde no había más que Pedros Crueles, por necesidad había de acontecer que cada cual tornase sus precauciones para no ser su víctima. Juntáronse, pues, los nobles a fin de poner un freno a la tiranía en la época del Rey Juan, y cuando esto no fue bastante, entonces el terrible Montfort, Conde de Leicester, en tiempo de Enrique III, llamó en su auxilio a los Comunes. De esta manera nobles y plebeyos unidos, opusieron una fuerte barrera al poder del Monarca y de sus favoritos, y mientras en otros países la lenidad de los Príncipes desarmaba unas veces a los nobles, otras a los Comunes, de tal suerte, que se servían de los primeros para dominar a los segundos y de los segundos para contener a los primeros, en Inglaterra, donde todos temían siempre al Rey, permanecieron también siempre unidas estas dos clases, e hicieron difícil la tiranía. Empezaron por obtener que cada cual fuese juzgado por sus iguales, o sea por el jurado, y no por los jueces del Rey. Consiguieron después que no se les exigiesen más impuestos que los que ellos hubiesen consentido y aprobado, y finalmente, intervinieron también en el gobierno. Hubo interrupciones y eclipses en este hecho tan notable; mas volvióse siempre a reproducir, quedando en las costumbres y formando, por decirlo así, el carácter nacional de los ingleses.

Por lo demás, y dejando ya la cuestión de sus instituciones, este carácter violento, egoísta y aun feroz de los ingleses, se ha perpetuado a través de los siglos y asoma toda vía acá y allá en las acciones públicas y privadas de aquel pueblo, a pesar de los progresos de la moderna cultura. Omitiendo ejemplos de épocas más antiguas, ¿quién no re cuerda, para vituperarla, la ocupación de Gibraltar a principios del siglo XVIII, después de haber Inglaterra asegurado que no hacía la guerra a España sino a Don Felipe? ¿Quién no califica severamente el bombardeo de Copenhague en 1807 y la presa de nuestras fragatas en 1804 antes de ninguna declaración de guerra? ¿A quién no parece piratería el acto de haber equipado en un puerto de Inglaterra el corsario *Alabama*, que salió para apresar los buques mercantes de los Estados Unidos durante la guerra de separación? ¿Ni quién podrá tampoco aprobar que un Almirante inglés ayudase descaradamente al desembarco de Garibaldi en Marsala, no existiendo a la sazón guerra alguna entre Inglaterra y Nápoles?

Es asimismo notorio que en muchas ocasiones relativamente recientes ha dado aquella nación muestras de una dureza y crueldad poco comunes. Cuando, por ejemplo, hizo la guerra a la China, en unión con la Francia, no se contentó, como ésta, con vencer e imponer condiciones al vencido, sino que quiso absolutamente incendiar el suntuoso Palacio de Pekín, joya del arte asiático, a fin de imponer más terror a los chinos; acto digno más bien de un Gengis Khan que de una nación culta. Y cuando domó con las armas la insurrección de la India, dio igualmente pruebas de una excesiva ferocidad, inventando un nuevo y horrible género de suplicio, el cual consistía, no en matar, sino más bien en destrozar a los indios rebeldes, poniéndolos a la boca de los cañones. ¡Y un General hubo que no contento con esto proponía que se los desollara vivos! Crueldad inaudita que provocó una noble protesta de parte de Mr. Disraeli, quien, a pesar de ser cristiano nuevo e hijo de un judío convertido, exclamó con indignación: «Deteneos ya en ese camino deplorable, porque de lo contrario, será menester que quitemos de nuestros altares la imagen de Cristo y pongamos la de Moloch».

Esta misma dureza natural de los ingleses la hallamos en toda su historia, la hallamos en su legislación draconiana, en la manera como han tratado a los católicos; con que han tratado a la Irlanda; la hallamos, en fin, en sus costumbres. Véase, si no, cómo se conducen allí los padres con los hijos, los maridos con sus mujeres, y hasta los niños grandes con los pequeños. No hay más que abrir cualquiera de sus novelas y raro será que no encontremos en ella algún padre desnaturalizado que por el error más excusable, deshereda y abandona a sus hijos. En *El molino del río Flox*, *David Copperfield* y *El secreto de Lady Andley* hay ejemplos de ese carácter implacable. Nelson, Byron, Romney, los cuales abandonaron con extraño desamor a sus mujeres, no son meras excepciones, sino ejemplos harto comunes en aquel país. Lo que llaman *fagging*, o sea el hecho de que los colegiales más pequeños se hallen sometidos a la tiranía de los mayores hasta el extremo de limpiarles los vestidos y las botas y llevarles los libros, sirviéndoles como esclavos, es un abuso general hasta en los colegios más aristocráticos. Un biógrafo de Lord Palmerston lo elogia mucho, de que cuando estaba en el colegio de Harrow trataba con excepcional benignidad al pobre chiquitín que vivía sujeto a su tiranía. De lo cual se deduce que la regla general era todo lo contrario.

Son igualmente acusados los ingleses de un gran exceso de vanidad, y no un extranjero, sino un inglés, el célebre pintor Hoghart, le escribía una vez a Lord Bute: «La pasión dominante de los holandeses es el egoísmo; los ingleses añaden a este mismo defecto una gran vanidad, y por eso sucede que el único género de pintura que en Inglaterra se estima es el retrato». Este sentimiento es natural en el hombre, y ya noté a propósito de los portugueses, a quienes también se atribuye, que no hay casi nación alguna que no lo tenga, especialmente cuando se trata, no ya de los individuos mismos, sino del país a que pertenecen y del gobierno que los rige. Y si tal cosa sucede donde tienen que contentarse con antiguas glorias, no es extraño que se observe donde, como en Inglaterra, existen cada día nuevos motivos de satisfacción y ufanía.

La grandeza y prosperidad de la nación inglesa son cosas que saltan a la vista. Nada es, pues, más natural sino que los ingleses sientan vanidad por ello. Halágales sobre todo la idea de que son la primera potencia marítima del mundo, por cuya razón uno de sus mejores poetas, Thompson, el elegante autor de *Las Estaciones*, interpretó bien ese sentimiento en un himno que ha quedado como el más genuinamente nacional de cuantos tienen, en el cual dice que cuando la Inglaterra salió, por orden de Dios, del seno azul de las ondas, sus ángeles custodios publicaron su destino, cantando replicadamente:

Reina Bretaña,
Reina en el mar,
Nunca los bretones
Esclavos serán.

El *Rule Britania*, que es como llaman este himno, es cantado en todas partes y electriza siempre a los ingleses, lo mismo a los nobles que a los plebeyos, a los hombres que a las mujeres, a los viejos que a los jóvenes.

Sienten también vanidad por sus Monarcas, y tampoco en esto dejan de tener razón, pues aunque la Inglaterra no cuente en realidad una serie de ellos que valgan mucho más que los nuestros o los franceses, ha tenido la fortuna de que bajo el gobierno de esos Monarcas, especialmente los últimos, no haya hecho más que crecer y prosperar sin el menor síntoma de decadencia. Por consiguiente, natural es que sientan amor hacia ellos y orgullo de haberlos tenido.

Otro tanto debe decirse de sus dos Cámaras, especialmente de la hereditaria. Si el inglés siente vanidad de poseerla, sus motivos tiene para ello. La aristocracia que la compone no es un castillo cerrado, cual lo fueron las de Venecia, Polonia y Suecia, sino un recinto abierto, donde tienen entrada franca todas las eminencias de la nación. Y esos nobles fueron los que arrancaron al Rey Juan la Gran Carta, los que llamaron luego a los Comunes, los que hicieron las dos revoluciones que han dado el gobierno mixto a la Inglaterra, y esos son también ahora los que después de haber puesto un freno a la tiranía de los Reyes, se oponen con energía a las innovaciones peligrosas intentadas por los Comunes. Por eso no sucede allí, como en Francia, que la pasión dominante sea

la igualdad o más bien la envidia de toda encumbración ajena, y lejos de pensar nadie seriamente en destruir los Lores, lo que cada cual desea es llegar a serlo.

Tan general es esta manera de sentir, que ha producido allí una exageración bastante cómica, a la cual dan el nombre de *snobismo*. Consiste precisamente en admirar de tal modo la aristocracia y todo lo que con ella se relaciona, que se desdeña toda otra compañía. Es un deseo de parecer lo que no se es, y una vulgaridad ridícula semejante a la del *Burgués Hidalgo*, de Molière. El *snob* no es feliz si no trata con Lores y Ladyes, aunque sean quizás orgullosos o estrambóticos, y es capaz de mil bajezas para ser convidado a sus fiestas. Imita la manera de vestir de este o aquel personaje, y no tiene en artes ni en literatura ni en materia algunas otras opiniones que las que oye sostener a los grandes señores.

Cuentan algunos entre los defectos de los ingleses cierta originalidad y extravagancia que advierten en sus acciones y que probablemente es hija del ocio y del dinero y también del carácter independiente y enemigo de toda clase de trabas, que es propio de aquel pueblo. Nótase esto con mucha frecuencia en sus disposiciones testamentarias, siendo común que leguen sumas considerables para mantener caballos o perros, o para cosas raras y ridículas. Y es singular igualmente el desprecio que a veces demuestran del qué dirán y de la crítica ajena; como, por ejemplo, un cierto Lord Standish, quien, llegado a Sevilla, daba allí grandes comidas, y no teniendo a la mano refrescadores de plata para el champaña, usaba en su lugar y ponía en el aparador ciertas vasijas de barro vidriado que, con destino muy diferente, se fabrican en las alfarerías de Triana.

Para completar este bosquejo del carácter inglés hablaré ahora de una cosa que no es defecto sino antes bien cualidad, y cualidad que redime muchas faltas, a saber: que son un pueblo eminentemente corregible. Aduciré en prueba de ello las muchas reformas políticas que han efectuado en el presente siglo, sin necesidad de motines ni revoluciones, tales como la abolición de la esclavitud, en cuyo fomento fueron un día los mayores culpables; la emancipación de los católicos, a quienes trataron tan duramente por espacio de dos siglos; la reforma de la Iglesia protestante de Irlanda, que ha eximido a los católicos de la injusta obligación de sostenerla; la supresión de las leyes de cereales, tan odiosas como absurdas, y las reformas electorales, especialmente las primeras, que han dado al fin a las clases medias la debida influencia en el gobierno.

Extiéndese también este espíritu corregible a la conducta misma del gobierno y a los usos y costumbres de la nación. Así vemos que aprovechando las lecciones recibidas en la desastrosa guerra que sostuvo Jorge III con los Estados Unidos, no han vuelto a mostrar casi nunca la misma obstinación con ninguna otra colonia, sino que antes bien se han apresurado a conceder una autonomía más o menos completa a cuantas han llegado ya a ese período de desarrollo, en que no pueden soportar el gobierno directo de la metrópoli.

Notable es igualmente que la Inglaterra sea la primera nación y ¡ay! la única hasta ahora que haya logrado suprimir la funesta costumbre del desafío, ese resto de la barbarie medioeval, que con pretexto de un falso punto de honra, se mantiene todavía en la cristiana y culta Europa, a pesar de que la religión y la filosofía la condenan de consuno como injusta, cruel, absurda en todos casos y aun vil y cobarde en algunos, porque el más hábil en el manejo de las armas ofende y mata impunemente al que es menos diestro en ellas. No eran los ingleses antes de ahora menos duelistas que los otros pueblos, sino que por el contrario se mostraban muy inclinados a ello por su genio altivo y violento; y llenas están sus historias, llenas están sus novelas, espejos siempre de las costumbres, de desafíos de todo género, gozando muchos ingleses de una terrible reputación como afortunados espadachines. ¿Quién no recuerda aquel capitán de esa nación que mató en desafío al Conde de Rantzan, para vengar las desgracias de la Reina Matilde de Dinamarca? ¿Quién no recuerda que a principios del pasado siglo el piadoso O'Connell, el elocuente paladín de la católica Irlanda, mato en desafío a su antagonista D'Esterre? Mas a pesar de esto, apenas se convencieron de que semejante costumbre era, sobre bárbara, absurda, la abandonaron de común acuerdo, y no han vuelto más a incurrir en ella. La costumbre contraria es la que prevalece, y hoy día sería

considerado allí tan ridículo un lance de esa especie entre personas bien educadas, como si en España saliesen dos sujetos cualesquiera a reñir en campo abierto, con armas y caballos, como Don Quijote de la Mancha y el Caballero de la Blanca Luna.

Han abolido asimismo otra costumbre odiosa en sumo grado e indigna de un pueblo culto, cual era el asistir, cual a una fiesta, a las ejecuciones capitales. Una decisión del Parlamento ha puesto fin a tan lamentable desorden, disponiendo que esas ejecuciones cesen de ser públicas y tengan lugar en el interior de las cárceles y a presencia solamente de un juez y de un reducido número de testigos. Medida, en mi sentir, humana y admirable que ha sido ya imitada en España y debería serlo en todas partes, siendo ya evidente que los que asisten a tales espectáculos no reciben por ellos ninguna impresión ejemplar que sea capaz de justificar su presencia.

Según afirman los periódicos de aquel país, han suprimido ya también las repugnantes riñas de pugilato, llamadas *boxing*, que en mi tiempo duraban todavía, si bien se verificaban de una manera clandestina y vergonzante. De aplaudir sería que así fuese, y que hayan sido abolidas del todo y para siempre, pues aunque no tan sangrientas como las corridas de toros, son igualmente un espectáculo indigno por todos conceptos de una nación civilizada y cristiana.

LXI.
Londres, de 1858 a 1865.

Soy presentado a la Reina Victoria.—Descripción de los Besamanos, bailes y conciertos.—Trajes que en ellos se usan.—Cómo son armados los caballeros.—Impresión que me causa la Reina.—Grandes cualidades que la adornaban.—Exageraban, sin embargo, su mérito.—Motivos que hay para esto.—Contraste que formaba con sus predecesores.—Su ejemplar conducta privada.—Su completa pasividad política.—Resistía, esto no obstante, a algunas pretensiones de sin Ministros.— Obtuvo una absoluta libertad para ausentarse de Londres y aun de sus mismos Estados.—Acierto con que eligió marido.

Según es costumbre en Inglaterra, tuve el honor de ser presentado a la Reina Victoria en uno de los Besamanos, que llaman *Levees*, y parecióme de un aspecto agradable, aunque no muy distinguida. Las ocasiones de verla eran entonces frecuentes, no sólo en los Besamanos, sino también en los bailes y conciertos de Palacio. A los conciertos no asisten más que los jefes de misión; pero como yo lo era entonces interinamente, recibí convite para ellos. Según lo he dicho antes, los *Levees* son exclusivamente para Caballeros. Colocábase la Reina en pie debajo del dosel del trono, rodeada de su alta servidumbre y teniendo a un lado a su marido y al otro al Duque de Cambridge, su primo, y todos los asistentes desfilaban delante de ella. Marchaba a la cabeza el Cuerpo diplomático y cada jefe hacía las debidas presentaciones. Yo, en ausencia del mío, fui presentado por Lord Palmerston, y mi mujer lo fue en un *Drawing Room* por la decana del Cuerpo diplomático, que era la Condesa de Apponi. Dignábase la Reina dar la mano y dirigir a cada uno algunas palabras, y el Príncipe Alberto, a quien también eran todos presentados, hacía lo mismo, pero de un modo mucho más expresivo.

Si algún súbdito británico ha recibido cualquier condecoración civil o militar, la Reina misma le hace allí caballero con ceremonias parecidas a la que usó el ventero con Don Quijote de la Mancha, pues el agraciado hinca respetuosamente una rodilla y la Augusta Soberana, tomando una espada que le presenta el Mayordomo mayor, le da con ella un gentil espaldarazo. El nuevo caballero le besa luego la mano y alzándose con el posible donaire, vuelve a incorporarse al desfile, que ha quedado interrumpido por aquel acto. Durante el Besamanos procuran algunos gentiles hombres que todos los concurrentes guarden el debido silencio, cuya costumbre es antiquísima en el mundo, pues sabemos que ya en Bizancio había con este mismo objeto unos empleados de Palacio, a quienes por eso sin duda daban el título de *Silenciarios*.

Poco más o menos que en el *Levee* suceden las cosas en el *Drawing Room*, sólo que éste es siempre mucho más numeroso, por asistir también a él las señoras. El desfile de éstas es algo complicado, en atención a que todas llevan cola y la etiqueta exige que pasen con ella arrastrando delante de la Reina y den luego la vuelta y completen el círculo sin volver la espalda, para lo cual es necesario que despidan antes con gracia la cola en dirección contraria por medio de un puntapié muy disimulado; pantomima algo difícil, que ensaya bien cada señora en su casa, delante de un espejo de cuerpo entero. Allí presentan las madres a sus hijas solteras y es costumbre que la Reina las bese en la mejilla con muestras de cariño, y cuando hay Rey, no omite él tampoco hacer otro tanto, y lo mismo hace el Virrey de Irlanda en los Besamanos, que también celebra en ciertos días solemnes del año. En cuanto al Príncipe Alberto no le eran permitidas tales niñerías, que de seguro habrían parecido muy mal a su enamorada y celosa consorte.

Todos los hombres asisten a estas ceremonias de uniforme, y el que no lo tiene de su clase o carrera, viste uno de Corte, con casaca y espadín, que es bastante parecido al que se usaba hace un siglo. En los *Levees* se llevan pantalones; mas en los *Drawings Rooms* y en los bailes y conciertos, calzón corto, media de seda y zapato con hebilla. Por lo que hace a las señoras, van todas descotadas y con joyas, poniendo a dura prueba la frescura de su tez en los *Drawings Rooms*, porque tienen lugar a las dos de la tarde y con luz casi meridiana. Pero la generalidad de las inglesas son tan hermosas que no temen ser vistas en tal traje y a tales horas. En los bailes y conciertos visten las señoras de etiqueta, pero sin cola. Los caballeros llevan en los conciertos frac, calzón corto y media de seda negros, parte por ser más de etiqueta y parte también porque así pueden ponerse y lucir su jarretiera los caballeros de esta Orden. Palmerston, Derby y Charendon estaban muy elegantes con ella, Otros no tanto, y la generalidad de los convidados no ostentaban muy buenas piernas. Recurrían algunos al ardid de ponerse pantorrillas postizas; mas no les salía siempre bien, y en una ocasión tuvimos mucho que reír con uno de nuestros colegas, el cual se vio obligado a retirarse más que de prisa de un baile de Palacio, porque la pantorrilla con que se pavoneaba, se le había colocado por delante y encima de la misma espinilla.

El espectáculo que ofrecen los bailes es particularmente magnífico, a causa de que no sólo ocupa la Reina el trono, sino que hay a su derecha e izquierda dos grandes tribunas, una para el Cuerpo diplomático, en general muy numeroso y brillante, y otra para las Paresas o mujeres de los Pares, las cuales hacen gala en estas ocasiones de tantas o más joyas que las que encierra el tesoro de Golconda. Eran también muchas de aquellas damas de una peregrina hermosura, y no pudiendo citarlas a todas, haré una excepción para la Duquesa de Wellington y para la de Manchester, en quienes no habría podido la más severa crítica descubrir defecto alguno ni en sus adornos ni en sus gentiles personas. Entre las señoras del Cuerpo diplomático brillaban la Condesa de Apponi por su elegancia y la de Persigny por su lindura. El concurso era inmenso, y cuando llegaba la hora del té íbamos los diplomáticos y las Paresas y también la misma Reina, escoltados y como presos por los guardias de Palacio, al salón donde se servía, y cuyas puertas permanecían luego cerradas hasta que la Reina había concluido de tomar algún refresco, siendo aquel el momento en que conversaba más con las señoras del Cuerpo diplomático y otras notables del país.

Como se ve tuve muchas ocasiones de observar de cerca a la Reina Victoria antes que su viudez, en el año 62, la alejara de todas las fiestas de la Corte, y mi impresión fue siempre de que, como ya lo he dicho, era una señora inteligente, amable, bondadosa y de aspecto a veces imponente, mas no muy distinguido. En cuanto a bonita, no lo fue más que en sus quince Abriles, cuando no hay casi ninguna muchacha inglesa que no lo parezca. A los cuarenta, que contaba entonces, no tenía ya nada de linda, aunque tampoco era precisamente fea. Enamorada de su marido, el Príncipe Alberto, fue siempre una esposa modelo, si bien, como no hay cosa buena que no sea capaz de exagerarse, el exceso de cariño la hizo a veces celosa, a pesar de que no tenía razón ninguna para ello, y por este motivo solía turbar la paz doméstica con quejas y altercados que daban bastante pábulo a las murmuraciones de los palaciegos. Y lo peor era que se veía siempre obligada a pedir perdón a su amable consorte, cuya dignidad no se desmentía nunca, Referían, entre otras cosas

curiosas, que en una ocasión el Príncipe, algo ofendido por una escena de celos que le había hecho la Reina, se retiró a su aposento y se encerró por dentro. Vuelta de su arrebato, quiso ella reconciliarse con él, y llegando a la puerta de su cuarto, llamó con cierto imperio, diciendo: «Abre, que soy la Reina». Mas el Príncipe no la respondió una palabra y permaneció en silencio tanto tiempo, que al fin, vencida ella, volvió a llamar sin tanto ruido y le dijo con voz sumisa: «Abre, que soy tu mujer». Entonces la dejó entrar e hicieron pronto las paces.

Aunque el aspecto de la Reina era bastante seco, no dejaba a veces de mostrarse afectuosa, y eran varias las personas a quienes manifestaba una verdadera amistad. Entre las damas de su corte, la blanca y rubia Marquesa de Ely era la que parecía su preferida, y entre las del Cuerpo diplomático, Madama de Van de Weyer, cuyo marido, el Ministro de Bélgica, tenía asimismo una posición excepcional en Palacio. Ambos eran convidados a las reuniones más íntimas de la Corte, lo cual se explica también por el respeto y cariño que la Reina profesaba a su tío el Rey de los belgas. Tachaban a la Reina de avara, pero este defecto no se le notaba entonces y fue sólo descubierto poco a poco y a medida que aumentó mucho la Real Familia y tuvo la Augusta Señora que pensar en hacer economías para establecer y proveer a todos sus hijos.

Es cosa tan notoria como innegable que la Reina gozaba en su país y fuera de él de una reputación tal, que no hay otra persona de su rango que pueda serle comparada en este punto. ¿Es esto justo? ¿No hay exageración ninguna en los elogios que le prodigan? A mí me parece que sí. Convengo, sin la menor dificultad, en que poseía, como mujer, las más sólidas virtudes; mas al mismo tiempo me parece injusto hablar de esta circunstancia de tal modo que no parece sino que es ella la sola Reina virtuosa que ha habido y hay en el mundo. Por dicha, si en el siglo XIX los Reyes han dado lugar a censuras, en cambio las Reinas, con raras excepciones, han sido ejemplares en sus costumbres. Baste citar a la patriarcal Luisa, la noble Baucis del anciano Filemón de Dinamarca, a la venerable Emperatriz Augusta, a la bella María Dagmar, zarina de Rusia, y sobre todo a nuestra actual Reina Regente, la segunda Cristina, viuda también como la Reina Victoria, y cuyas virtudes son tan conocidas. Así, pues, hay bastante exageración en calificar de raras las virtudes de aquella Soberana y de coronarla por ello a esa sola, como a la Rosera de Nanterre.

Alábanla asimismo sin medida por su conducta política, y ciertamente que su largo y feliz reinado será una de las páginas más brillantes de la historia de la Gran Bretaña. Mas no fue todo mérito suyo, sino de los hombres de Estado que gobernaron en su nombre. En cuanto a ella, su papel fue enteramente pasivo, no recordándose apenas una sola ocasión en que tomase la más ligera iniciativa ni en que se opusiese a las medidas de sus Ministros, por peligrosas que fuesen, inclusos los disparates de Gladstone. Además, si la Inglaterra fue grande y gloriosa en el final del siglo, no lo es más ni quizás tanto como lo fue en su principio. Ocupaba ella entonces la primera posición en el mundo, después de haber libertado a España y Portugal del yugo de Bonaparte y de haber vencido a este tirano en Waterlóo, llevándole luego prisionero a Santa Elena. Entonces podía ufanarse de haber destruido enteramente las escuadras de todos los Estados marítimos de Europa y de haber desposeído a éstos de sus más ricas colonias; entonces era ella la sola que inundaba con los productos de su industria todos los mercados del Continente. El poderío de que hoy disfruta es menos exclusivo y avasallador. Otras naciones comparten con ella la grandeza. Hay una Rusia, que con instituciones, por cierto, no sólo diferentes, sino opuestas, domina desde el Báltico hasta el estrecho de Behring y va acercándose a Constantinopla. Hay una Alemania, la cual, unida al fin y fuertemente gobernada, ha podido hacer sin auxilio de nadie lo que sólo pudieron realizar reunidas en el año 15 las demás Potencias de Europa. Ni es hoy día la Inglaterra la única que tiene marina y bellas colonias; ni son ya sólo los productos ingleses los que abastecen a las demás naciones.

¿Por cuál razón, pues, es objeto la Reina Victoria de tan hiperbólicos encomios? Si no me equivoco, la respuesta es muy obvia. Prescindiendo del orgullo nacional, que en Inglaterra, como en todas partes, se inclina a ensalzar todo aquello que al propio país se refiere, existen dos causas principales de tan evidentes exageraciones. En primer lugar, es preciso tener presento que la Reina Victoria, educada con mucho esmero por su madre la Duquesa de Kent en el pequeño Palacio de

Kensington, lejos de una corte licenciosa y corrompida, formaba en su carácter y costumbres un notable contraste con los Reyes que la habían precedido, excepción hecha de Jorge III, el cual fue, entre los Soberanos de aquel país, lo que Carlos III entre los nuestros. Las Remas también no merecen todas muchas alabanzas, pues aunque hubo algunas virtuosas, otras dieron bastante ocasión a las hablillas del vulgo.

Para ver lo que eran los Reyes, no hay más que hojear el libro de Thackeray, sobre los cuatro Jorges. Allí veremos que Jorge I, después de haber hecho matar al amante de su mujer y de encerrar a ésta en Aniden, tuvo públicamente varias queridas, dos de las cuales fueron ridículamente célebres, pues a la una, por ser muy alta y flaca, la llamaban la *Cucaña*, y a la otra, por ser muy gorda, el *Elefante*. Jorge II fue siempre infiel a su mujer, y cuando ésta enfermó y ya moribunda le decía que pronto se volvería a casar, le respondió lloriqueando: «¡Oh! no lo creas, no tendré más que queridas». Y con efecto, las tuvo, y la principal de ellas, que fue Lady Jarmouth, vendía hasta los Obispados, como Doña Olimpia Pamphili. Jorge III fue, como he dicho, una excepción; pero Jorge IV se casó primero con una señora católica, y después la abandonó. Sedujo y abandonó también a algunas otras, y se mostró muy egoísta. Bebía y juraba como un carretero. Su mujer, Catalina de Brunswick, dio también mucho escándalo, y aunque los whigs la defendieron por espíritu de partido, murió al fin lejos del tálamo y del trono.

Nada dice Thackeray de Guillermo IV, pero en las Memorias de aquel tiempo se refiere que eran tales sus costumbres, que una vez que la Reina, su mujer, quiso hacer un viaje a Alemania para visitar a sus parientes, sus mismas hijas le rogaron que no lo hiciese, por temor de que el Rey se aprovechase de su ausencia para perseguir a las Doncellas de honor. Viniendo, pues, después de tan disolutos Monarcas, la gentil y virtuosa Victoria, debió parecerles a los ingleses una cosa rara, un ángel descendido del cielo. Con ella recobró la Corte la austeridad y el decoro de que carecía, y la Inglaterra vio sobre el trono un dechado de esposas y de Reinas.

La segunda circunstancia que explica las exageraciones de los ingleses y aun de los extranjeros, con especialidad de los liberales de todos países, es que la Reina Victoria inauguró también en Inglaterra una nueva política. Como dice con mal disimulado júbilo el liberal Mac Carthy al empezar su *Historia Moderna de Inglaterra*, con la muerte de Guillermo IV terminó en aquel país el gobierno personal del Rey y comenzó por lo tanto lo que se llama propiamente gobierno parlamentario; es decir, un gobierno en que, de un modo o de otro, quien gobierna no es el Rey, sino el Parlamento. Los Hanover, conociendo que ellos por ser protestantes, eran necesarios a la Inglaterra, quisieron y supieron mantener bastante alta la autoridad de la Corona durante el siglo XVIII. Al principio se apoyaron en los whigs, porque temían al partido de los Estuardos; mas luego que éste fue definitivamente vencido, protegieron descaradamente a los torys y aun se puede decir que los sostuvieron hasta que el fogoso Castlereagh, el Metternich inglés, se quitó la vida en el año 22 y fue sustituido por Canning. El gobierno mixto, bosquejado desde el siglo XIV y perfeccionado después paulatinamente con el concurso de las circunstancias que he mencionado antes, se convertía, pues, en gobierno parlamentario y llegaba a su perfección o quizás a su decadencia durante el reinado de una Princesa, dotada de poca energía y propensa, por la educación que había recibido de su madre y por los consejos que le prodigaba su tío el Rey de los belgas, a una política muy liberal.

Esa Augusta Señora ha sido en el trono una figura sin valor, una especie de Dogaresa de la Gran República británica, y ofrece sin duda alguna el tipo más perfecto del Monarca constitucional, tal como lo desearon siempre los liberales de todas clases. Para colmo de ventura, era ella en Inglaterra algo parecido a lo que fue la niña Doña Isabel II en España, porque así como ésta libertó a los españoles de Don Carlos, del mismo modo ella libertó a los ingleses del Duque de Cumberland, hermano del Rey difunto, que era el ídolo de los reaccionarios de su país, y que con pretexto de presidir a los llamados Orangistas de Irlanda, se había formado un partido muy temible. He aquí explicada la principal razón de los elogios que le prodigan los liberales de Inglaterra y también los del Continente, de todos los cuales me atrevo a decir que, si en su mano estuviera,

habían de añadir un nuevo artículo a todas las Constituciones conocidas, en el cual se dispusiese que el Soberano no ha de ser nunca Rey sino Reina, en imitación de lo que practican las solícitas abejas.

Y sin embargo, todavía les parece por lo visto a muchos ingleses que tiene la suya demasiadas atribuciones, y no han dejado de hacer algunas tentativas para cercenarlas. Al principio casi de su reinado los torys, mentira parecería si no lo explicase el interés de partido, llegaron a alarmarse porque entre las damas de la Corte había una, la Marquesa de Normanby, de carácter intrigante, y cuyo marido era whig, y temerosos de su influjo, se atrevieron a sostener que, al entrar ellos en el Ministerio, debía la Reina cambiar, no sólo la Camarera Mayor, según era antes costumbre, sino todas las damas de su servidumbre. Mas aunque Victoria era todavía muy joven, tuvo bastante entereza para rechazar tan exorbitante pretensión e impedir que se introdujese la menor novedad en un punto que interesaba directamente a su dignidad e independencia.

Un poco más tarde, estando ya casada, empezaron a desentenderse de ella para algunos asuntos, y Lord Palmerston, cuyo temperamento era esencialmente revolucionario, tuvo la osadía de comunicar al Embajador de Francia su aprobación del golpe de estado de Napoleón III antes de consultarlo con la Reina, de lo cual se ofendieron, no solamente ella, sino también los demás Ministros, especialmente Lord Russell, a quien no pareció prudente ni oportuno demostrar tanta facilidad y tanto apresuramiento en un asunto de tal gravedad sin aguardar la resolución de otras Potencias. Por consejo, pues, del mismo Russell redactó entonces el Príncipe Alberto un sensato Memorándum, dirigido a Palmerston, en el cual se consignaba que los Ministros no deberían tomar en adelante resolución alguna sin dar antes cuenta de ella a la Reina. Y con efecto, así han acostumbrado a hacerlo desde aquella época, y a más de las comunicaciones verbales a cada momento le dirigen pequeños billetes, escritos en forma impersonal, poniéndola al corriente de todo cuanto ocurre y resuelven, y añadiendo a veces una exposición de motivos para su más completo informe.

Por último, hubo también en los comienzos de su reinado algunas dificultades, con motivo de los viajes que gustaba de hacer la Reina en el Continente, a la manera que los habían hecho sus predecesores, porque pretendían algunos que debía solicitar antes el permiso del Parlamento y dejar nombrada una Regencia, de lo cual había un ejemplo del tiempo de Jorge II, y opinaban otros lo contrario, fundándose igualmente en varios ejemplos antiguos. Mas por fortuna avino que el Regente que debía ser nombrado era el Duque de Cambridge, y como los whigs principalmente no gustan de habérselas con un varón, aunque sea por poco tiempo, acabaron todos por dejar a la Reina una entera independencia en esta materia; y desde entonces sucedió que iba y venía a donde quería, con la misma libertad que el Emperador de todas las Rusias. Últimamente estuvo varias veces tan lejos como Florencia y sin más acompañamiento que su fiel Secretario particular el General Ponsonby y alguna dama de corte. Un correo de gabinete le llevaba de cuándo en cuándo los informes de los Ministros y los papeles que debía firmar, y si ocurría algún negocio grave o que requería comunicaciones verbales, iba uno de aquéllos al lugar en que se hallaba, aunque tuviera que hacer con este objeto un viaje muy largo.

Y si era tan libre cuando de viajes lejanos se trataba, mucho más aun lo era para ausentarse de Londres y moverse dentro de su propio reino. Años hubo en que no permaneció en la capital más de una semana, y generalmente repartía su tiempo, según las estaciones, entre Balmoral, que está en la fresca Escocia y es muy a propósito para el verano, Osborne en la isla de Wight, sitio muy templado para el invierno, y Windsor, bueno para todas épocas y más que ningún otro agradable por su amplitud y comodidades. Allí recibía la Reina a los diplomáticos; allí los convidaba a pasar con ella dos o tres días, y allí solía tener como huéspedes, a algunos Príncipes de su familia. Y en verdad que no creo haya habido en Europa otro Soberano que fuese más independiente en este punto, formando su manera de vivir un contraste notable con la de muchos de ellos, principalmente con la de los Reyes de España, quienes pudiendo pasar el invierno deliciosamente en Sevilla, Barcelona o

Valencia, viven casi todo el año encerrados en el frío Madrid y en el Palacio de Oriente, en perpetua contemplación del monótono Guadarrama.

Libre fue también la Reina Victoria en otra cosa mucho más importante, cual es la elección de esposo. No hubo para ella gabinetes egoístas y partidos sin entrañas que la obligaran, como a Isabel II, a unirse con un Príncipe, cuyo carácter no era conforme con el suyo. La joven Victoria tuvo en este punto entera libertad, e hizo uso de ella con mucho acierto, dando su mano al Príncipe Alberto de Coburgo, su primo, de quien estaba enamoradísima, y cuyas dotes físicas y morales le hacían digno de tal dicha. Porque es difícil hallar un joven más bello, más apuesto y distinguido. Las mujeres inglesas, acostumbradas a ver tipos acabados de belleza varonil entre sus propios compatriotas, confesaban sin dificultad que ninguno de ellos llegaba a su noble gallardía. Un retrato de él que le representa con el vestido de Eduardo III, que llevó a un baile de trajes, poco después de su matrimonio, puede dar una idea de lo que era su persona. Mas a esto hay que añadir la gracia y dignidad de su porte y la dulzura y amenidad de su carácter. Sin ser un erudito, brillaba asimismo por su sólida instrucción y por la elegancia de sus gustos. Cultivaba con pasión la música, y en Florencia, donde estuvo durante un viaje de instrucción que hizo antes de casarse, recuerdan aun que solía pasar horas enteras en la iglesia llamada la Abadía, cercana a su hospedaje, tocando en el órgano, a puerta cerrada, piezas de música sagrada, a la cual era aficionadísimo. Por último, y no lo menos importante, distinguíase también por sus sentimientos religiosos y por sus ejemplares costumbres.

Con un esposo dotado de tales prendas la Reina Victoria gozó durante más de veinte años de una felicidad sólo ininterrumpida por algunos celos infundados, y aquella unión fue bendecida con un gran número de hijos, que colmaron su ventura. No faltaron, sin embargo, quienes se atrevieran a sentirlo, por la mezquina razón de los gastos que acarreaba al Erario el establecimiento de tantos Príncipes, y cual si esto pudiese imputársele al Príncipe Alberto como una falta, hubo también quien quiso ponerlo en ridículo. Referiré, como prueba de ello, que en tiempo de la Exposición universal del año 51, el *Punch*, periódico satírico muy conocido, publicó una caricatura, en la cual se veía a aquél rodeado de varias macetas, las cuales contenían en vez de flores las cabecitas de los regios vástagos, y la leyenda decía: «El Príncipe Alberto exponiendo los productos de su industria».

LXII.
Londres, de 1858 a 1865.

Influencia provechosa del Príncipe consorte.—Suprime el desafío.—Idea la primera Exposición universal.—Da buenos consejos a la Reina.—Pesar que causa su muerte.—Retiro de la Reina y exageraciones en que incurre.—Curiosas revelaciones de sus Memorias.—Deja que el Príncipe de Gales la reemplace en las ceremonias de la Corte.—Defectos y cualidades de este Príncipe.—Mérito de la Princesa de Gales.—Casamiento de la Princesa Victoria con el Príncipe Federico de Prusia.—Bello carácter de éste y de su padre el futuro Emperador Guillermo.—El Duque de Cambridge y su hermana.—Altos cargos de la Corte.—Recuerdo del Duque de Wellington.

Aunque el Príncipe consorte era perfecto en su género y aunque todos le apreciaban y respetaban, no logró nunca ser popular en Inglaterra, por la sencilla razón de que no tenía ninguno de los defectos de los ingleses. No sólo no participaba de las aficiones un tanto groseras todavía del pueblo, sino que tampoco se mostraba inclinado a las que eran aún permitidas a las clases elevadas. No bebía con exceso, no jugaba, no mostraba pasión desmedida por las carreras de caballos ni por las apuestas, no empleaba, en fin, para hacerse grato aquella adulación refinada que consiste en imitar los defectos ajenos, sino que antes bien parecía reprenderlos con su conducta siempre

ejemplar y distinguida. Cansaba ya a muchos tanta virtud, como cansó a los atenienses la que mostraba Arístides.

Tratáronle desde el principio con marcada desconfianza, no queriendo darle el título de Rey, y privándole completamente de toda intervención en el gobierno del Estado. Pero a todo se conformó con su dignidad de costumbre, y lejos de demostrar el menor despecho, supo hacer uso de los pocos medios de influjo que aun le quedaban para procurar reformas y mejoras que han hecho inolvidable su nombre. Al Príncipe se debe, por ejemplo, la supresión del desafío, porque, haciendo que fuese prohibido severamente en el ejército, llamó la atención general sobre su injusticia. Ayudóle luego la opinión, y gracias a esto ha sucedido que la Inglaterra sea, como ya lo he dicho, la sola nación de Europa que, obrando lógicamente, ha abandonado, no sólo el espadín de nuestros abuelos, sino también sus riñas locas y sangrientas. Inició igualmente el Príncipe la idea de la Exposición universal, y a él se debió la de 1851, que fue la primera de su género, y también la de 1863, aunque no tuvo la satisfacción de verla, porque murió antes de que se abriera.

Consejero natural de su Augusta esposa, fue el Príncipe quien, como queda dicho, redactó el Memorándum por el cual fue puesto un límite a las impertinencias de Palmerston y quedó establecido como regla que no puedan los Ministros tomar resolución alguna sin consultarla antes con la Reina, ni introducir tampoco novedad alguna en aquello que se haya resuelto. Conocía el Príncipe muy bien la lengua inglesa: no era como los dos primeros Jorges, que nunca la aprendieron, ni como Francisco de Lorena, que a pesar de haberse casado con María Teresa, no pudo nunca usar en la Corte de Viena otra más que la francesa. Alberto hablaba el inglés con facilidad y perfección, y en ese idioma pronunció muchos discursos, que son modelos de sensatez y buen decir. Uno de ellos fue sobremanera notable, porque contribuyó a calmar los ánimos alterados con motivo de los defectos advertidos en la Administración militar durante la guerra de Crimea. Pronuncióle en un banquete público que tuvo lugar en Trinity House, y en él apeló a la concordia, vituperando los ataques exagerados y poco patrióticos de la oposición en momentos tan críticos para el país, y haciendo notar que el Gobierno constitucional estaba pasando por una dura prueba, a causa del contraste que ofrecía con el Gobierno despótico de la Rusia, en la manera de soportar los inconvenientes que aquella guerra traía consigo.

Pero tan bello carácter estaba destinado a desaparecer pronto de la escena, y no había pasado apenas el Príncipe de los cuarenta años cuando unas calenturas contraídas en un viaje que hizo a Cambridge en estación algo avanzada, le arrebataron al cariño de su esposa y de sus hijos y a la afección de Inglaterra. El pesar causado por este triste suceso fue universal en la nación, y del Príncipe puede decirse que fue más sentido en muerte que apreciado en vida. Comprendíase sobre todo que el dolor de la Reina sería sin límites, y todos simpatizaban con ella. Nadie preveía, sin embargo, a qué extremos llegaría la aflicción de aquella Augusta Señora ni las demostraciones que haría a todas horas de su profundo desconsuelo. Desde luego desahogó su dolor, cual otra Artemisa, haciendo edificar dos sepulcros a su llorado Alberto, uno de honor en Windsor y otro verdadero en Frogmore, pequeño sitio real, próximo a aquel castillo. Llaman al primero *Albert Memorial* o el Recuerdo de Alberto, y consiste en una Capilla, que ya antes existía, pero que ha sido restaurada y embellecida por el arquitecto Scott. El segundo y verdadero sepulcro de Frogmore es todavía más suntuoso. Su estilo es italiano y ofrece un conjunto noble, rico y lleno de armonía. Pilastras corintias sostienen el friso, y mármoles exquisitos revisten la bóveda y los muros. En el centro hay dos sarcófagos de granito gris, el uno ocupado por los restos mortales del Príncipe, el otro destinado a la Reina. Sobre el primero hay una hermosa estatua yacente de aquél, obra del italiano Marochetti. Sobre el segundo se pondrá la de la Reina. Cuatro ángeles de bronce, labrados por el mismo escultor, ocupan los cuatro ángulos de los sepulcros, y colocados de rodillas y con las manos cruzadas, parece que elevan sus plegarias al Cielo por el descanso eterno de ambos difuntos.

Entre tanto la Reina se alejaba cada día más del mundo. No abría nunca en persona el Parlamento; no celebraba besamanos; no daba fiestas de ninguna especie ni se la veía en parte alguna. Y esto no por dos o tres años, sino por muchos; de tal modo que con verdad puede decirse

que no la veían más que sus Ministros y que para el resto de sus súbditos era un mito. Absorbida del todo por su pena, no hablaba casi de otra cosa y dio a veces muestras de un estado de ánimo poco común en personas de buen juicio. Así, verbi gracia, cuando falleció el Duque de Newcastle, a quien había profesado el Príncipe mucha amistad, fue la Reina a visitarle en su lecho de muerte, y le dijo con el aire más natural del mundo: «Verá Vd. pronto a mi querido Alberto; hágame el favor de decirle de mi parte las cosas más afectuosas posibles». ¡Gran extravagancia! dijeron los más. ¡Gran fe! pensaron algunos.

Vida tan retraída ofrecía pocas ocasiones de gastos, y unido esto a la necesidad que sentía la Reina de proveer a su numerosa familia, hizo que se desarrollara paulatinamente en ella un sentimiento muy parecido a la avaricia. Poco cambiaba sus trajes; no gastaba más que lo absolutamente preciso; ni regalaba como antes a las personas que tenían oportunidad de hacerla algún favor o servicio. Llegó a ser casi un objeto de risa la frecuencia con que daba su fotografía en lugar de regalo, o a lo más algún chal de la India, de los muchos que la regalaban a ella los potentados de aquel país.

Había entre sus criados uno, nombrado Brown, de buen aspecto, y según decían, bastante parecido al Príncipe, el cual tenía asimismo un carácter muy leal y se desvivía por su servicio. Esto bastó para que le tratase con una bondad particular y le tuviese a su lado con más frecuencia quizás de lo que convenía, tratándose de un sirviente. El hecho llegó a ser tan notorio que excitó pronto la malicia del vulgo, y aunque nadie osaba dudar de la virtud de la Reina, todos lo calificaron de rareza. En los muros exteriores del castillo de Windsor y aun en las calles de aquel pueblo, se leía escrito con tiza: *¿Quién es Brown? ¿Dónde está Brown?* Murió éste a los pocos años, y la Reina misma nos dice en sus Memorias el gran pesar que su pérdida le produjo.

Sentía la Reina, a lo que parece, mucha afición a manejar la pluma, y su primer ensayo en esto, fue una traducción de las *Horas de devoción* (*Stunden der Andacht*), libro místico, compuesto en alemán por aquel mismo Zschokke, que fue sobre todo escritor de agradables novelas, las cuales le valieron el nombre de Walter Scott de Alemania. Compuso después la Reina un libro enteramente original; el cual viene a ser unas Memorias con el título de *Diario de una vida en las montañas de Escocia*, y siguió en esto una propensión muy común en su país, donde son infinitos los que han escrito y escriben sus recuerdos, de modo que dejando los de otros siglos, tenemos en el presente. Diarios, no sólo de Wilberforce, Palmerston, Shaftersburg, Malmesbury y Forster, sino de otras personas casi insignificantes. El Diario de la Reina Victoria es respecto de su política tan insignificante como su vida misma, pero se lee con placer y simpatía, porque hace conocer bien, si no a la Soberana, por lo menos a la mujer. Vese en él cuánto amaba las apacibles soledades de la Naturaleza, y cómo se complacía en el ejercicio de modestas y amables virtudes. Ni deja detener pasajes de algún interés. Es notable precisamente lo que escribe sobre el ya citado Brown, al referir su temprana muerte: «El fiel criado, dice, tantas veces mencionado en estas páginas, no está ya con aquella a quien sirvió con tanta lealtad y celo. En el colmo de su salud y robustez fue arrebatado a su útil empleo, después de una enfermedad de sólo tres días. Su pérdida, en una época en que me hallaba yo delicada de salud, fue para mí irreparable, porque merecía con razón mi entera confianza; y si digo que le echo menos cada día y aun cada hora, no es esto más que una débil expresión de la verdad, pues había sabido ganar mi eterna gratitud por sus esmeradas atenciones y continuos desvelos».

Viviendo de esta manera fue la respetable Señora entrando en años y le costaba mucho volver a la vida mundana, cuyo gusto había perdido enteramente, a pesar de que el tiempo había calmado bastante su pesadumbre. Por fortuna, hallábase ya rodeada de una numerosa familia, en la cual no faltaban Príncipes y Princesas, llenos de juventud y deseosos de gozar de los placeres naturales en su estado. El Príncipe de Gales principalmente, casado ya y llegado a la mayor edad, nada anhelaba tanto como representar un lucido papel, y a él dio la Reina el encargo de reemplazarla en todo lo que se refiere a fiestas y ceremonias; siendo común opinión de las personas más imparciales, que es imposible hacerlo con más cortesía, dignidad y elegancia. Sin embargo, no era todo oro lo que en su

persona relucía, y sus costumbres privadas no correspondían en manera alguna a la nobleza y aun hermosura de su semblante. El Príncipe, triste es deber decirlo, seguía en esto las huellas de la mayor parte de sus predecesores, siendo cosa conocida que desde los tiempos de Enrique IV los herederos del trono de Inglaterra han sido casi siempre desordenados. Imitábalos el actual Príncipe sin la menor cautela, siendo lo más censurable en su conducta, que no contento con ser infiel a su mujer, hacía públicamente alarde de sus extravíos. Rodeado de amigos, tan poco escrupulosos como él, no hay capital de Europa donde no haya dejado el recuerdo de sus excesos.

Por fortuna ha habido siempre en todas partes mucha indulgencia para juzgar los deslices de los Príncipes. Recuérdase que les rodean grandes tentaciones y que son muchas las mujeres hermosas que, movidas de la vanidad, se arrojan, por decirlo así, en sus brazos. Además, en el caso del Príncipe inglés, muchos aducían, como circunstancia atenuante de sus faltas, la vida ociosa que se veía obligado a llevar a causa del largo reinado de su madre. Díjose varias veces que ésta quería abdicar; pero nunca se realizó. Las dulzuras del trono son siempre muy grandes, y el abdicar es sólo propio de ánimos pusilánimes, como el quinto Felipe, o de grandes caracteres, como Diocleciano y Carlos V. Únase a esto que la Reina Victoria debía encontrar que su tarea no podía ser más fácil. Diversas veces atentaron a su vida, pero resultó siempre que los que tal hacían eran imbéciles o dementes. Ninguna dificultad seria interrumpió jamás la constante tranquilidad de su reinado. ¿Por qué, pues, había de abdicar? Ni sus súbditos tampoco lo desearon nunca, porque si bien es cierto que su hijo tenía fama de moderado, les debía siempre parecer mejor una dama, acostumbrada ya de antiguo al papel de Dogaresa. El Príncipe por su parte dio siempre pruebas de que si su carácter era ligero, era también poco ambicioso y discreto.

Cualidades mucho más raras y que no deslucía ningún defecto poseía la Princesa de Gales. Su prudencia era notable, pues a pesar de que debía saber perfectamente los galanteos de su marido, se conducía siempre como si los ignorase. Nacida en Dinamarca de padres conocidos por sus patriarcales costumbres, ha ostentado en Inglaterra la sencillez y bondad de ellos aprendidas y ha vivido muchos años en las gradas del trono sin hacerse un enemigo. Hallábame yo todavía en aquel país cuando se efectuó su casamiento, y tuve el placer de asistir a su entrada en Londres, que fue uno de los espectáculos más lucidos que puedan imaginarse. Cúpome más tarde el honor de volverla a ver en su propio país, cuando fui allí Ministro, y habiéndola tratado entonces más de cerca, puedo dar testimonio de su carácter noble, amable y sencillo. Es quizás algo más delgada de lo justo y se ha quedado un poco coja de resultas de una flebite; pero esto último lo disimula muy bien, y tiene tan bellos ojos y tan buen talle, que sin pecar de adulador se la puede llamar hermosa. Talento no tiene mucho; pero no le falta aquel que es necesario para conducirse con exquisito tacto en la posición tan difícil en que le ha colocado la fortuna.

Formaba en esto contraste con su cuñada la Emperatriz Victoria, hija mayor de la Reina, a cuyo casamiento con el que era entonces el Príncipe Federico de Prusia, tuve asimismo la honra de asistir, como Encargado de negocios. Esta Princesa, de la cual se ha ocupado también mucho el público de Europa, no era en verdad muy hermosa; pero su noble porte, su talento nada común y su conducta irreprensible la hacían digna de admiración y aprecio. Por desgracia sus ideas y sentimientos no eran tan simpáticos como su persona. Trasplantada a Alemania en edad todavía temprana y en una época en que tenían allí mucha aceptación los escritos de Hegel y de Strauss, se dio, según se dice, a filosofar más de lo que conviene a una mujer cualquiera, y mucho menos a una Princesa ¡Infortunada Señora! El destino le tenía reservada una desventura que no podía prever entonces la imaginación más pesimista. Su esposo el Príncipe Federico, guerrero siempre feliz, tan instruido como valiente, debía sucumbir a una enfermedad cruel en la fuerza de su edad y cuando empezase a gozar de las dulzuras de un trono, a cuyo establecimiento había contribuido tanto con su propio heroísmo. Tuve el placer de conocer a este Príncipe en la época de su casamiento y también a su ilustre padre el futuro Rey Guillermo de Prusia y después primer Emperador de Alemania, y quedé prendado de uno y otro, pues acostumbrado a tratar hasta entonces con Príncipes que

hablaban lo menos posible y siempre con palabras muy medidas, fue para mí una agradable sorpresa la manera franca, natural y afable con que fui acogido por entrambos.

Los demás hijos de la Reina Victoria eran todavía muy niños y no aparecían aun en las fiestas de la Corte. En cambio veíanse en ella a sus dos primos el Duque de Cambridge y su hermana. El primero era un Príncipe gallardo y agradable, a quien su conducta en Crimea le había granjeado la reputación de soldado inteligente y valeroso. Ocupaba el puesto de Comandante en Jefe del ejército y tenía con este motivo una grande influencia en todo el personal de él, pudiendo decirse que desempeñaba las funciones más esenciales de un Ministro en este ramo. Y era por lo mismo lástima que su posición social no fuese igualmente brillante, en razón a que, habiendo contraído un matrimonio muy desigual con una linda actriz, a quien la Reina no quiso nunca admitir en la Corte ni las grandes Damas en sus salones, esto le obligaba a llevar una existencia retraída y a no asistir más que a las reuniones oficiales. En cuanto a su hermana, la Duquesa María, no había fiesta grande o chica a que no concurriese, siendo muy aficionada a bailar y divertirse. Su cara era hermosa, mas propendía, como todos los Hanovers, a engrosar con exceso, y por este motivo no tenía muchos admiradores. Más adelante se casó esta Princesa con el Duque de Teck, en matrimonio desigual, porque éste era hijo morganático del Duque de Wurtemberg; mas como tenía muy bella presencia y muy buen carácter, han formado una pareja sumamente feliz.

Tócame ahora hablar de los grandes cargos de la Corte; diré, sin embargo, poco de ellos, porque en general no tienen en Inglaterra la misma importancia que en otras partes. Donde los Reyes son absolutos o poco menos, hacen mucho papel sus Mayordomos y Chambelanes; donde el poder reside verdaderamente en los Ministros, son éstos los que lo absorben todo. Además, en aquel país la manera de vivir adoptada por la Reina, quitaba todavía más prestigio a sus personales servidores. No iban de continuo como pegados a ella, a la manera que lo vemos, por ejemplo, en España. Al contrario, nada era más frecuente como que la Reina viajase y residiese acá o acullá, sin más compañía que una Dama y un Gentilhombre. A los otros no los ocupaba ni los llamaba cerca de sí, más que en las grandes ocasiones. Añádase que no son allí permanentes como en otras Cortes, sino que cambian con el Ministerio, viniendo a ser unos Ministros de segundo rango.

Mudándose, pues, a la par que los gobiernos, muchos fueron los personajes que tuve ocasión de conocer en aquellos puestos, tales como el Marqués de Breadalbane y el Vizconde de Sydney, que fueron sucesivamente Grandes Chambelanes; el Duque de Norfolk, que fue gran Mariscal; el hijo de Wellington, Caballerizo Mayor; el Vizconde de Castlerose, irlandés y católico, Vicegran Chambelán, y el Conde de San Germans, Lord Steward o sea Mayordomo Mayor, y otros que sería largo enumerar. Todos eran cumplidos y amables caballeros, estrellas brillantes de la aristocracia británica, y parecíame singularmente digno de estima el Conde de San Germans, porque fue quien, con el nombre de Elliot, fue enviado a España al principio del reinado de Doña Isabel II, y tuvo la satisfacción de obtener que isabelinos y cristinos hiciesen bajo sus auspicios un convenio, para darse mutuamente cuartel en aquella lucha fratricida, según lo he referido en otro lugar.

La Camarera Mayor de la Reina es llamada *Mistress of the Robes*, o sea Encargada de los vestidos, porque antiguamente tenía bajo su dirección todo lo relativo a la ropa y tocado de la Soberana; y de Lady Marlborough se cuenta que cuando la acusaban, después de su caída, de haberse enriquecido con sus cuentas galanas, respondió indignada, que ninguna otra Camarera Mayor le había hecho gastar menos a la Reina en trajes y adornos. Hoy es un cargo de puro honor. Tres bellas y amables Duquesas ocuparon aquel puesto durante mi permanencia en Londres: la de Sutherland, cuyo marido era tory, y las de Manchester y Wellington, amigas de los whigs. Brillaba la primera por su gracia señoril; la segunda, nacida en Alemania, por su hermosura escultural; la tercera, de pelo negro y ojos garzos y piadosos, por su belleza y cortesía. El nombre que llevaba esta última, la hacía asimismo muy simpática a los ojos de los españoles, pues el recuerdo de Wellington despierta siempre en nuestros pechos sentimientos de gratitud.

Seguramente aquel insigne General buscaba ante todas cosas la utilidad de su país, y se alegraría mucho de hallar en España un campo muy adecuado para combatir a su enemigo; mas esto

no impide que España, como Portugal y como Europa toda, le sean en gran parte deudores de su independencia. Y aunque no convendría quizás poner aquí juntas, cosas de muy diversa importancia, no puedo menos de añadir que los que amamos las bellas artes y la gloria que procuran al país que las cultiva, tenemos el deber de estar también agradecidos del Duque, porque él fue quien hizo en Viena la propuesta de exigir de la Francia, como se le exigió efectivamente, la devolución de todos los cuadros célebres, arrebatados por Napoleón I a las principales galerías de Europa.

Los retratos que quedan de este famoso personaje, le representan con una fisonomía muy dura, y los ingleses mismos le llamaron el Duque de hierro; pero en realidad, poseía un corazón accesible a los más nobles sentimientos. Ni dejaba de tener a veces muy buenas ocurrencias, como lo prueba su respuesta a los denuestos del populacho, cuando votó el divorcio de la Reina Carolina. Las turbas, excitadas por los whigs, le rodearon al salir de la Cámara y querían obligarle a gritar: *Viva la Reina Carolina*. Entonces el Duque, volviéndose a aquellos energúmenos, les dijo con mucha sangre fría: «Sí, Viva la Reina Carolina y que Dios le dé a cada uno de ustedes una mujer tan buena como ella». Después de lo cual, le dio de espuelas a su caballo y se fue a pasear al Parque.

LXIII.
Londres, de 1858 a 1865.

Los Ministros son unos verdaderos Reyes.—Influencia de las revoluciones de Francia.—Puja entre los partidos para extender el sufragio.—Notable democratización del país.—La Inglaterra procura mantener el equilibrio de Europa.—Ministerio de Lord Palmerston.—Carácter y política de este Ministro.—Éxito que tuvo en la cuestión de Bélgica y en la de Mehemet-Alí.—Se equivoca en la de los matrimonios españoles.—Tiene la manía de fomentar las ideas liberales.—Únese, sin embargo, con Napoleón III.—Su excesivo temor de disgustar a éste, es causa de su caída.—Se retira a Brocket House.—Vida que allí se lleva.

Tratemos ahora de los Ministros, los cuales, a ejemplo de los Éforos de Esparta, son, durante el tiempo de su mando, unos verdaderos Reyes. A mitad del siglo pasado, que es la época en que llegué a Londres, había ya casi desaparecido la generación de grandes estadistas que brillaron al principio de él. Había muerto Wellington, paladín ilustre del orden y de la realeza; habían muerto Grey y Canning, quienes después de la trágica muerte de Castlereagh, habían dirigido en sentido más liberal la política de su patria; y no existía ya Roberto Peel, a quien bendecirán eternamente los que ganan su sustento con el sudor de su rostro. Dejaban escritas estos Ministros páginas memorables en la historia de su país, tales como la emancipación de los esclavos, la emancipación de los católicos y la abolición de las leyes de cereales. Guillermo IV había tenido la gloria de llevar a cabo las primeras, como también la reforma electoral, fomentada por Lord Russell.

La Revolución de Francia de 1793 había hallado eco en Inglaterra, lo mismo que en el resto de Europa, sólo que esto pasó casi desapercibido durante la lucha de aquella nación contra Bonaparte, porque las cuestiones exteriores absorbían entonces toda la actividad del país. Mas hecha al fin la paz y vueltas las cosas a su estado normal, luego al punto se notó que una nueva tendencia animaba a las clases medias. La revolución francesa del año 30 las agitó también profundamente, y al cabo el sentido práctico de los ingleses resumió sus aspiraciones en una que las comprendía todas, y fue la reforma electoral. Lord John Russell se hizo el campeón de esta idea, y aboliendo los llamados burgos podridos, y otorgando el derecho electoral a las ciudades comerciantes o manufactureras que no le tenían, dio bastante satisfacción a los legítimos deseos de los burgueses.

Sucedía esto en tiempo de Guillermo IV; pero muerto éste y entrada a reinar su joven sobrina Victoria, no tardó en advertirse que el trono estaba casi vacante y que excitadas más y más las

clases medias por la nueva revolución francesa del año 48, habían dado forma a sus ambiciones, fundando el cartismo, o sea un partido que quería una especie de constitucionalismo, parecido al que reinaba ya en el Continente. Por otra parte, los bandos políticos antiguos, ansiosos del poder, y no contando ya, como en tiempo de los Jorges, con el apoyo de la corona, establecieron una especie de subasta para granjearse el favor público, ofreciéndole cada cual nuevas y más amplias concesiones. «Los partidos, dice en su Diario Lord Shaftersbury, se asemejan ahora a dos tigres hambrientos que se disputan un cadáver». Lord Russell creyó contentar a la burguesía extendiendo algo más el sufragio; pero los torys, ¡quién pudiera creerlo! llegaron al extremo de conceder el voto electoral, no sólo a los burgueses, sino a los simples obreros que pagasen un pequeño alquiler. El mismo Lord Derby exclamó entonces: «Hemos dado un salto en las tinieblas», pues salto y salto casi mortal era otorgar así tanta influencia a las clases bajas y poco educadas.

Por el pronto no se han notado todas las consecuencias naturales de una innovación tan temeraria. Con todo, bien se advierte ya que el país se democratiza mucho y que la Cámara de los Comunes empieza ya a sufrir con pena la rémora de los Lores, y quisiera hacer con ellos lo que ha hecho ya con la realeza. Al decir Tácito que el establecimiento de un gobierno mixto de Monarca, próceres y pueblo es siempre difícil, añade enseguida que, si por ventura llega a realizarse, no puede durar mucho (*vel si evenit, haud diuturna esse potest*). Sensible, pues, sería que los ingleses, después de haber al fin conseguido esa admirable forma de gobierno, no pudiesen mantenerla. Seguramente la transformación se va efectuando allí con más lentitud que en otras partes; pero de lo que no cabe duda, es de que se efecúa. Ha habido ya hasta quien, en vista sin duda del papel tan pasivo que hace la Corona, haya dicho que sería más económico establecer de una vez la República; y aunque el elocuente Disraeli ha probado con cifras que la Monarquía inglesa es más barata que la República de los Estados Unidos, donde cuestan tanto los Congresos de cada Estado, este argumento no puede hacer mucha mella en los ambiciosos: primero, porque no es aplicable a una República unitaria como la de Francia, y segundo, porque de todos modos han de preferir aquéllos que sea distribuido entre muchas personas lo que ahora se le da a una sola.

En la política colonial hanse adoptado igualmente nuevas máximas. En la India, donde acababa de reprimirse con bastante trabajo una insurrección formidable, se abolía la antigua compañía y se adoptaba el sabio partido de que fuese gobernada directamente por la metrópoli, dando así cada día más importancia a unas posesiones que, según todas las probabilidades, están destinadas a desempeñar un papel decisivo en las luchas del porvenir. En los demás dominios lejanos, adoptábase poco a poco el nuevo sistema de concederles una especie de autonomía, reconociendo, sin duda, que cuando las colonias alcanzan cierto grado de prosperidad y cultura, es natural que anhelen ser independientes o por lo menos gobernarse por sí mismas.

En la política extranjera creen también algunos advertir nuevos principios; pero es esto más aparente que real, porque, si bien los medios que emplea son a veces diferentes, el resultado que busca es el mismo. Sabido es que la política de Inglaterra tiene esto de particular: que casi desde el siglo XV ha renunciado a toda posesión algo extensa en el Continente, limitándose a mantener el equilibrio de Europa, impidiendo que ninguna de las otras naciones adquiera una preponderancia exclusiva. A primera vista parece esto una mera consecuencia de su configuración insular; mas puede afirmarse sin hipérbole ni paradoja que se lo debe principalmente a la célebre Juana de Arco, merced a cuyas victorias tuvo la Inglaterra que suspender sus proyectos de conquistas. La guerra de las Dos Rosas no le permitió luego renovarlas, y al fin vino a encerrarse en sí misma, abandonando toda veleidad de engrandecimiento. Buscó entonces una expansión colonial, y para asegurarla y asegurar también su propio poderío, fue llevada por instinto a impedir que ninguna otra nación llegase a ser dominante en Europa.

Esta es la base de su política, esto es lo que procura, ya sea con un método, ya con otro, ora con las armas, ora con la política y la intriga. Hase notado sobre todo esta resolución en la guerra que le hizo a la Francia en tiempo de Luis XIV, en la que le movió a Napoleón a principios del siglo anterior, y en la que le ha suscitado y sigue suscitando a la Rusia siempre que ésta descubre su

proyecto de acercarse a Constantinopla. En el siglo XIX, cuando las circunstancias así lo exigían, ha echado mano de la guerra y de las alianzas, y cuando esto no era posible, ha hecho uso de otras artes, protegiendo y alentando a los revoltosos. Canning fue el inventor de esta última política, que consiste en hostilizar a los gobiernos extranjeros por todos los medios posibles sin llegar a la guerra. Política poco leal, pero sumamente cómoda, la cual, imitada después por Palmerston, ha sido llamada una política extranjera animosa, *spirited foreign policy.*

En la época de mi llegada era justamente el Vizconde de Palmerston Presidente del Gobierno, y el Conde de Clarendon, Ministro de Negocios extranjeros. Este último, que había tenido reputación de buen mozo, era todavía de muy agradable aspecto, y desempeñaba su cargo con afabilidad y cortesía. Por desgracia, continuaba imbuido respecto de España de las ideas progresistas que adquirió cuando fue allí Embajador, y cuando, siendo rival de Toreno en galanteos, pues ambos estaban muy enamorados de la hermosa Marquesa de Villagarcía, fue también su adversario en política y contribuyó mucho a crear el antagonismo con La Francia, que después tuvo resultados tan funestos. El odio de estos dos personajes recordaba el de Buckingham y Olivares.

En cuanto a Palmerston o Pam, como le llamaban familiarmente, hallábase igualmente en edad algo avanzada y, mártir de la gota, andaba ya con zapatones de paño. Sólo en sus ojos vivos y en su cabeza erguida se notaba que había sido, como Clarendon, un hombre gallardo y elegante, que mereció en sus verdes años el apodo de Cupido, y fue luego el favorito de las damas, por lo cual dijo de él Disraeli en una famosa sátira:

De los tocadores de Londres
Lleva consigo el perfume.

Aunque nacido en Inglaterra, el origen de su familia era irlandés, y bien se le conocía en la viveza y gracia de su ingenio, porque los irlandeses son los andaluces de aquellas islas. Descendía de un hermano de aquel caballero Temple, negociador en el siglo XVIII de la Triple Alianza, cuya fama de hábil diplomático dura todavía en Inglaterra, y había heredado su talento y travesura. No pertenecía propiamente a las grandes familias whigs, que han monopolizado el Gobierno desde los tiempos de Carlos I; pero vivía con ellas y tenía un temperamento, no sólo liberal, sino revolucionario. Frecuentó desde la salida de la Universidad la tertulia de Lord Grey, jefe de los whigs, e hizo luego la corte a Lady Cowper, hermana de Lord Melbourne, miembro del mismo partido, con la cual se casó apenas quedó viuda. Gustábanle mucho las hijas de Eva; mas la política le absorbía enteramente y fue laborioso hasta su última vejez, a tal punto que, según me decía la misma Lady Palmerston, lamentándose de ello, hacía la vida de un galeote y los negocios no le dejaban tiempo ni aun para dormir. Donde echaba sus mejores sueños era en la Cámara de los Comunes, con los brazos cruzados y el sombrero encasquetado hasta las cejas.

Era orador fácil y brillaba por la claridad de sus conceptos y también por cierto gracejo que hacía de él un verdadero *facetus Consul*. Su especialidad era la política extranjera, y en realidad le interesaban poco la reforma electoral y todo lo demás que apasionaba tanto a sus compañeros. Divertía mucho a la Cámara, para la cual eran sus discursos un descanso, después de las frases graves de Gladstone y de las antítesis de Disraeli. Tomábalo todo con cierta ligereza, y había ocasiones en que no sólo se burlaba finamente de los torys, sino también de sus amigos los whigs. Aunque de trato cortés, sufría mucho de antipatías y solía calificar a los demás con notable injusticia. A Cea le llamaba posma, a Miraflores ingenio, a Kosrew Bajá, bárbaro iliterato. Trató con sobrada altanería a Talleyrand y también a Guizot. Obstinábase en sus opiniones, aunque nadie más que él las sostuviese, cuyo defecto le hizo incurrir en equivocaciones muy notables, tales como la de haber atribuido demasiada importancia a los matrimonios españoles, y la de no dispensar buena acogida al proyecto de Lesseps para abrir el istmo de Suez.

Cuando le asistía la razón y empleaba medios adecuados a sus fines, lograba un éxito completo. Hase alabado mucho su triunfo en la cuestión de Don Pacífico, aquel judío de Gibraltar establecido en el Pireo, cuya casa fue saqueada por el populacho griego, porque se había opuesto a que quemaran el *Judas* en la Semana Santa, y dícese que el discurso que pronunció en aquella

cuestión y que duró cinco horas, debe ser considerado como su obra maestra. Mas aunque el famoso *civis romanus sum*, que es su idea culminante, halagó mucho el amor propio de los ingleses, todavía no resulta claro que en el caso concreto de aquel ciudadano inglés tuviese enteramente razón. Mucho más notable fue su éxito en la cuestión de Bélgica, logrando contener la ambición de Francia y también la de Prusia, la cual no hubiera desdeñado algún engrandecimiento por el lado del Luxemburgo. Hablando de la primera decía Palmerston: «Si Luis Felipe se empeña en la candidatura de Nemours y quiere continuar así la política de Bonaparte, eso probará que la ambición de la Francia es como la peste pegada a las paredes del edificio, de modo que inficiona a todos los que lo habitan». Y oponiéndose asimismo a las veleidades de la Prusia, le escribía a Lord Grandville, Embajador en París: «Si esas grandes potencias empiezan a gustar la sangre, pronto no se contentarán con un solo bocado, sino que devorarán toda la víctima».

Obtuvo igualmente un resultado muy lisonjero en la cuestión de Oriente cuando la Francia quiso proteger las usurpaciones de Mehemet-Alí. Entonces tuvo la gloria de salvar la integridad de la Turquía y de colocar aquel Imperio en una posición relativamente digna y segura, pues en vez de ser un vasallo de la Rusia, cual lo era desde el Tratado de Unkiar Skelesi, se encontró bajo la protección de las principales potencias de Europa. Loco de contento por las victorias de Napier, dijo Palmerston en las Cámaras que los ejércitos tan alabados de Mehemet-Alí habían resultado manadas de carneros, como los que alanceó Don Quijote en las llanuras de la Mancha.

En cambio fue víctima de erradísimos conceptos y de preocupaciones de otros tiempos en la cuestión de los matrimonios españoles. Es cierto que la Inglaterra tuvo un día razón para temer la unión de España con Francia y sus pactos de familia; pero ¿qué paridad había entre la débil Isabel II y el poderoso Carlos III? Harto hacía la España de este siglo con sostener el trono de su joven Reina contra las asechanzas de revolucionarios y carlistas. Y si es cierto que la pretensión de Luis Felipe de que la Reina se casase con un Borbón merecía el calificativo de monstruosa que le daba Palmerston, y si era también monstruosa la pretensión de los moderados de que se había de unir con un Príncipe de sus ideas políticas, según lo he explicado en otro capítulo, no lo era menos la de Inglaterra al querer imponernos a Don Enrique, sólo porque era el candidato predilecto de Olózaga y los progresistas; ni fue tampoco menos monstruoso que cuando Istúriz y la Reina Cristina de Borbón se decidieron a elegir un Coburgo, con tal de que la Inglaterra los apoyase, no sólo se negó a ello el Gabinete británico, sino que denunció los proyectos de Cristina al mismo Luis Felipe. Una especie de vértigo ofuscaba sin duda la mente del famoso Ministro en aquella desgraciada cuestión y le hacía caer de error en error, al extremo de que ni aun después de realizados los matrimonios regios abandonaba sus intrigas, encargándole a Bulwer que no cesase de minar la tranquilidad del país, repitiéndole en sus cartas: «Agite usted, agite usted» (*agitate*, *agitate*, *agitate*). Al cabo el exceso mismo de su furia le atrajo una lección memorable, porque convencido el gobierno español de que la presencia de Bulwer en España era peligrosa para el orden público le mandó sus pasaportes, como el Regente Orleans a Cellamare. Enfurecióse Palmerston y amenazó con bombardear nuestros puertos: mas tuvo al fin que devorar en silencio su despecho, porque sus mismos colegas de ministerio no quisieron seguirle en tal Camino, ni la opinión pública se manifestó dispuesta a apoyarle. La revolución acaecida en Francia el año 48 había cambiado mucho las ideas de las altas clases, las cuales preferían un Narváez a un Luis Blanc y a un Ledru Rollin, cuyas doctrinas demasiado radicales iban ya haciendo prosélitos en la misma Gran Bretaña.

Contribuía por otra parte a extraviar a Palmerston en la cuestión de España la especie de manía de que se hallaba poseído, a ejemplo igualmente de Canning, de proteger en todas partes las ideas liberales, creyéndolo el mejor medio de contrarrestar el influjo de la Santa Alianza. Esta eleuteromanía o manía de la libertad era a veces tan poco racional que degeneraba en ridicula; por cuya razón otro hombre de Estado inglés, el célebre Disraeli, le dijo un día en la Cámara que no parecía sino que el gobierno de la Gran Bretaña era una especie de granja modelo, que todos los demás países tenían obligación de imitar. Y el Príncipe de Petrulla, diplomático napolitano, que conocía íntimamente a Palmerston, por haberse educado con él en el colegio de Harrow, le dijo a su

vez con mayor acrimonia, que era un *grandissimo imbroglione* y que se parecía a ciertas personas mal intencionadas, que cuando cogen alguna enfermedad vergonzosa, quisieran dársela a todos.

Mas como quiera que esto fuese, es un hecho curioso que mientras Palmerston andaba así procurando la propagación del liberalismo, el Príncipe Napoleón establecía en París un régimen completamente contrario, y el liberal Palmerston, que necesitaba de un aliado en el Continente, se apresuró a aprobarle y hacer una alianza con él, a fin de oponerse a las miras ambiciosas de la Rusia. Y a decir la verdad, en aquellas circunstancias vio coronados sus esfuerzos de un modo tan satisfactorio, que por algún tiempo abandonó sus continuas aprensiones. Sólo que, extremoso en todo, llevó su deseo de agradar a Napoleón a tal exceso, que por un momento olvidó, para mal suyo, las reglas de la prudencia. El atentado de Orsini había sido fraguado en Londres y las bombas que causaron tantas muertes en la calle Lepelletier, habían sido fabricadas en Birminghan, por lo cual le sobraba razón a Napoleón y a su Ministro Waleski para quejarse de ello al gabinete de In glaterra, y Palmerston estaba justificado en atender aquellas quejas y presentar al Parlamento una nueva ley sobre conspiraciones con objeto de impedir que los revolucionarios emigrados en Inglaterra, abusasen de la hospitalidad que en aquel país recibían para atentar a la vida de los Soberanos extranjeros. En nada de esto había motivo de censurar a Palmerston; mas sucedió que al mismo tiempo fueron conocidos tanto el despacho de Waleski, harto resentido y exigente, como las exposiciones sobrado altaneras y ofensivas a la Inglaterra, que algunos Coroneles franceses habían dirigido al Emperador, y como Palmerston no se apresurase a responder a la Francia, cual lo exigía el buen nombre y la dignidad de la nación inglesa, de aquí tomó pretexto el partido tory para atacar al gobierno.

La discusión a que dio lugar este asunto fue por extremo agitada y tuve la curiosidad de asistir a ella. En general no iba mucho a las Cámaras, no sólo porque no tengo paciencia para escuchar discursos muy largos, sino porque todo lo más interesante sucede allí a horas muy avanzadas de la noche. Nada más común como que las sesiones se prolonguen hasta el día, y los anales parlamentarios están llenos de casos en que han durado hasta las cuatro y las cinco de la mañana, especialmente en tiempo de Walpole y de Pitt, lo cual dio lugar a un dicho sarcástico del viejo Huskisson, cuando preguntado por qué razón no iba ya a la Cámara, respondió que no le gustaban las malas compañías ni las horas tardas. En la cuestión de que estoy hablando duró la sesión hasta las dos de la mañana, después de un largo y vehemente discurso de Lord Derby, con el cual dejó muy malparados a sus contrarios. El espectáculo que presentaba la Cámara era en verdad interesante. Hacían los torys coro a su jefe con altas voces y furiosos ademanes. Casi todos tenían los sombreros puestos y se levantaban en pie para gritar mejor y gesticular más libremente. Callaban los whigs y bien se veía que se consideraban vencidos. Al fin Derby tremoló en el aire a guisa de bandera, un papelote, que era una copia del despacho de Waleski, y entonces fue aquello el fin de Troya con sus dárdanos defensores. Imposible me es pintar la alegría de los torys y la ufanía con que, ciertos ya del triunfo, corrían de un lado al otro del salón, dándose mutuas enhorabuenas. Todo eran risas, aplausos y aun abrazos.

Por otra parte, el viejo Palmerston, con la cabeza caída sobre el pecho, parecía la imagen de la tristeza, y todos sus amigos, cuál más, cuál menos, mostraban el mayor abatimiento. Cayó el Ministerio, después de una votación que le fue muy desfavorable, y al día siguiente tuvimos otro nuevo y flamante presidido por Lord Derby y compuesto de Disraeli, Malmesbury y otros torys de gran talla. Recibía Palmerston regularmente todas las semanas en una casa muy hermosa que ocupaba en Piccadilly, y que sin duda por haber pertenecido al Duque de Cambridge se llama Cambridge House, y pronto se notó en la escasez de la concurrencia, que su dueño no era ya Presidente del Ministerio. Corrían más bien todos a la residencia de Derby, quien, orgulloso de su triunfo, repartía sonrisas y apretones de manos a cuantos iban a visitarle. Fue notable el mal efecto que le produjo a Palmerston esta repentina caída, cuando más contaba con su permanencia en el poder, a fin de realizar sus planes ulteriores, especialmente en Italia. Lady Palmerston, señora de edad ya algo madura pero de mucho agrado y de mucha discreción, tomó el partido de llevárselo a

Brocket House, propiedad de ella, heredada de su hermano Lord Melbourne, la cual está situada en el campo, a poca distancia de Londres, y allí pasaron los días, por decirlo así, de primer luto después de su ruidosa derrota. Muchos diplomáticos fueron convidados sucesivamente a aquella residencia, y yo, entre otros, tuve esa honra y vi así lo que es en Inglaterra la vida del campo.

Brocket House no es una mansión muy grande; mas hállase colocada en un terreno pintoresco y rodeada de jardines y arboledas muy a propósito para el esparcimiento del ánimo. Por lo demás, todo pasaba allí poco más o menos como en la hacienda de Neri del Barrio en Temisco y en la quinta de Piombino en Albano. Muchas horas de mesa, muchas de conversación, paseos a pie y a caballo o en coche, música, juego de cartas o billar, y algunas vueltas de vals cuando abundaba la gente joven. Lo más característico de la vida de campo inglesa es el continuo cambio de vestido y los innumerables lavatorios. Dice Liebig en sus cartas sobre la química, que se puede juzgar de la prosperidad y cultura de un Estado por la cantidad de jabón que consume, y siguiendo este criterio, debe ponerse la Inglaterra a la cabeza de la lista.

En Londres es indispensable lavarse a todas horas, a causa del humo de las chimeneas y de las neblinas del Támesis.

LXIV.
Londres, de 1858 a 1865.

Carácter aristocrático de Lord Derby.—Cualidades de Lord Malmesbury.—Antecedentes de Disraeli.—Brillante porvenir que le aguardaba.—Llegó a ser Conde de Beaconsfield y jefe de los torys.—Le reciben en triunfo al volver del Congreso de Berlín y realizó así el ideal de sus novelas.—Caída del Ministerio Derby en 1859.—Vuelta de Palmerston con Russell y Gladstone.—Probado liberalismo de Russell.—Figura notable de Gladstone.—Circunstancias que le hicieron liberal.—Exageraciones en que incurre.—Le llaman el Gran Anciano, pero se muestra más filósofo que hombre de Estado.

La persona y el carácter de Lord Derby eran la imagen genuina de un aristócrata de puro origen. Alto, de noble porte, y vestido siempre con esa severidad elegante que, según la frase de un novelista inglés, aumenta la autoridad, obliga a la discreción y aleja las familiaridades del vulgo, bastaba verle entrar en un salón para adivinar que era un gran señor y un hombre de mucha importancia. Era como una reliquia de aquellos antiguos torys, que seguían a Bute y a North, y a quienes sentaban tan bien la chupa y el espadín. Mostrábase a ratos amable y aun chancero; pero su genio altivo y dominante le hacía poco a propósito para ganar amigos. Dícese que por no someterse a Peel, el cual salía de la clase media, se opuso en el año 46 a la abolición de las leyes de cereales y fue causa de la caída, si bien pasajera, de aquel Ministro. Tenía mucho talento, y educado con esmero en la Universidad de Oxford, publicó al salir de ella varias traducciones de Homero y Virgilio, que le valieron la reputación de un distinguido humanista. Hablaba con facilidad y se moría por las luchas parlamentarias, a causa de las victorias que en ellas solía alcanzar de sus más notables adversarios, y que según aseguraban sus íntimos amigos, le eran tan agradables como las que obtenía en las carreras de caballos. Era, en fin, uno de esos grandes señores nacidos para dominar y brillar, los cuales quieren tener siempre el primer lugar y ser en todo notables.

Sin embargo, en la época a que me refiero puede decirse que debía su triunfo, más que a su gran capacidad, al abuso que había hecho de un falso patriotismo, excitando contra Palmerston las pasiones del vulgo. Y es que, como ya lo he dicho, los torys, privados del apoyo del trono desde el advenimiento de Victoria, tienen que recurrir ahora a toda clase de concesiones y aun adulaciones, a fin de conseguir el favor del público. Hoy día son más dados a buscar la popularidad que los mismos liberales. Como quiera, por el momento gozaban de gran boga y ya he referido cuan concurridas se vieron las primeras recepciones de Lord Derby. Aunque su casa era grande, no

cabían en ella las gentes que se agolpaban para saludarle. Era Lady Derby una señora ni fea ni bonita, pero sumamente bondadosa, y es increíble lo apurada que se encontraba entonces para dispensar a sus huéspedes el debido agasajo. Recuerdo que una noche había allí tal concurso, que cuando al fin llegué a la sala donde se hallaba la Condesa, estaba ésta estrechada de tal modo por una multitud de damas y caballeros, que materialmente no podía revolverse y tuvimos que saludarnos en un espejo de grandes dimensiones, en el cual se retrataban nuestros semblantes. Estas reuniones así concurridas, a que llaman *routs*, gustan mucho a los ingleses y dicen luego para elogiarlas: ¡Había tal gentío! (*such a crowd*).

El Ministro de Negocios extranjeros, Lord Malmesbury, era asimismo un tory de antigua raza y no menos docto que Derby. A él se le debe la publicación de las Memorias de su abuelo, que fue Embajador en Berlín y pintó con exactitud y gracia el estado de la Europa y en particular de la Corte de Prusia en tiempo de la Revolución francesa. El nieto era inteligente y amable.

Pero el miembro más notable de aquel nuevo Gabinete era el célebre Benjamín Disraeli, Canciller del Exchequer, es decir, Ministro de Hacienda. No han sido nunca raros en aquel país los hombres que, nacidos en la clase media y desprovistos del prestigio de la cuna y del rango, han llegado por su solo mérito a los más altos puestos del Estado, y en esto consiste precisamente la bondad de sus instituciones, que no le cierran a nadie la entrada de la aristocracia, como sucedía en Venecia y Suecia. Notables ejemplos de ello fueron Walpole, Pitt y Burke en el siglo XVIII y Peel y Broughan en el pasado. Pero en el caso de Disraeli fue esto todavía más notable, porque tenía en contra suya la circunstancia de ser hijo de un judío convertido. Además, es singular que, no sólo llegó a una grande altura, sino que se propuso y esperó llegar a ella desde su primera juventud, al punto de haber brazado anticipadamente su misma historia en los héroes de dos novelas que escribió al empezar la vida, tituladas *Vivian Grey* y *Conningsby*.

Fueron sus antepasados judíos expulsados de España en el siglo XVII y refugiados en Venecia, donde cambiaron su nombre español por el dle D'Israeli, y pasados luego a Inglaterra, adquirieron allí algunos bienes. El padre de Benjamín cultivó con éxito las letras y publicó un libro interesante sobre las *Curiosidades de la literatura*. Hízose al fin cristiano y dio cristiana educación a su hijo, el cual modificó de nuevo su apellido, escribiéndolo Disraeli. Una grande aplicación y la lectura de los libros que poseía su padre desarrollaron su inteligencia en edad relativamente temprana. Mandóle aquél a Londres con buenas recomendaciones y no tardó en frecuentar la sociedad y hacer relaciones con personas importantes. Era de bella presencia, pálido, romántico, con buenos ojos negros y cabellos negros también y algo rizados, todo lo cual formaba un tipo que agradaba mucho a las inglesas por el contraste que ofrece con el de los hombres rubios, que son allí tan comunes.

Presentado a la Condesa de Blessington, viuda ligera, quien, según la crónica escandalosa, vivía maritalmente con el Conde de Orsay, príncipe de la elegancia en aquel tiempo, trabó amistad con éste y también con los poetas Rogers y Moore y con el célebre Lord Lyndhurst, gente toda algo equívoca, pero que le podía ser muy útil. No le faltaba dinero, porque su padre cuidaba de mandárselo, y gastaba mucho en adornarse, aunque no siempre con buen gusto, pues queda memoria jocosa de sus corbatas de todos colores, de sus chalecos de terciopelo, y de sus cadenas y dijes de tamaño extravagante. Viajó luego por Oriente y por Italia y compuso varias novelas, cuyo estilo peca de florido, pero cuya lectura interesa, porque sus héroes son el retrato de su autor. Uno de ellos, Vivian Grey, dice que el mundo es una ostra, que él se proponía abrir con su espada. Conningsby llega a ser Ministro y asiste a los Congresos en que se decide la suerte de Europa, de la misma manera que lo hizo al fin el mismo Disraeli.

Quiso entrar pronto en la carrera política y empezó diciéndose liberal y aceptando el apoyo del radical Hume y del famoso O'Connell. Llega al lugar donde se hacían las elecciones en un coche abierto, echándole besos a las señoras, como el charlatán Dulcamara, y pronuncia después un discurso popular, jactándose de ser nacido del pueblo y de no tener ni una gota de sangre Plantagenet o Tudor en sus venas. Mas a pesar de tantas adulaciones no le eligieron. Tales fueron

los principios de Disraeli, a quien llamaban entonces familiarmente *Dizzy*. Más adelante prueba otras dos veces ser elegido, y tampoco lo logra. Al fin lo fue por Maidstone, gracias al apoyo de los torys, cuyas ideas había adoptado poco a poco, exagerándolas después, hasta el punto de formar el partido dicho de la Joven Inglaterra. Unióse para esto con Lord Manners, que era el Chateaubriand y el Donoso de aquel país, y cuyas opiniones eran ritualistas en religión, a la manera de Pusey, y tan excesivamente reaccionarias y aristocráticas en política, que en un poemita que publicó, pues era poeta, dijo, entre otras cosas, ésta que parece un solemne dislate:

Perezcan nuestras leyes
Y nuestra gran riqueza;
Perezcan el comercio,
Las artes y las letras;
Pero viva eternamente
Nuestra antigua nobleza.

Casó luego Disraeli con una viuda rica, de más edad que él, y se hizo hombre grave, morigerado, tranquilo y muy buen cristiano. Los puritanos le alababan mucho por que los domingos no usaba el coche, a fin de que no trabajasen el cochero y el lacayo. Más de una vez tuve ocasión de hablarle y quedé prendado de la distinción de sus maneras y de su pintoresco lenguaje. Veíase que se hallaba en posesión de la felicidad, y parecía como nacido para el puesto que ocupaba. Preguntéle un día cuál vida le había parecido más agradable, la de escritor o la de hombre político, y me contestó que la segunda, porque cuando componía libros la ansiedad de concluirlos hacía que los días le pareciesen muy cortos. Su talento, su elocuencia, las prendas que había dado de su torismo, y la amistad de Lord Bentinck, le facilitaron al fin el camino de los honores. Modificaba sus ideas según las circunstancias; fue unas veces proteccionista, otras librecambista; unas veces amigo de las reformas, otras su mayor enemigo. Unióse con Lord Bentinck para hacer la oposición a los peelistas, y a la muerte de aquél quedó siendo jefe de los torys en la Cámara de los Comunes. Criticó entonces la política embrollona de Palmerston y llamó asesino a Mazzini y bandolero a Víctor Manuel.

Entre tanto sube Derbv al poder y le nombra Canciller del Exchequer, y caminando así viento en popa, cae y sube con aquel ilustre Lord, y cuando la muerte le arrebata, como a Bentinck, asume la dirección del partido. Apropiase entonces la política interior de Russell y se hace más reformador que él, y cuando muere también Palmerston, le toma su política extranjera, no la embrollona, sino la patriótica, y lucha con éxito contra la Rusia. Logra detener a ésta en San Estéfano; asiste, como su héroe Conningsby, al Congreso en que se decide la suerte de Europa, y a su vuelta de Berlín en 1879, es acogido en triunfo por las más nobles damas de Inglaterra, que le aguardan en la estación del ferrocarril para ofrecerle ramos de flores. Recibió de la Reina el título de Conde de Beaconsfield, tomó asiento entre los Pares, y apenas falleció, le erigieron sus admiradores una estatua de bronce en la plaza del Parlamento, en la cual el hijo del judío Disraeli aparece vestido con el manto de la Jarretiera y adornado con los mismos armiños que heredan de sus antepasados los Howards, los Talbots, los Churchills y los Russells.

Mas a pesar del talento de este Ministro y de sus demás colegas, el Gabinete del año 59 tuvo corta duración. Las circunstancias de Europa requerían imperiosamente la vuelta de Palmerston, que era quien, por el momento, poseía el prestigio y los medios necesarios para realizar una política revolucionaria y favorecer moral y aun materialmente a la Italia, en la lucha que había emprendido para obtener al fin su independencia. La caída del Vizconde en aquella coyuntura, había sido sólo una especie de castigo que le impusieron los whigs, por haberse demostrado harto deferente con Napoleón III en la cuestión del asilo, que entonces apasionaba mucho a los ingleses. Hoy día las conspiraciones anárquicas, que los amenazan ya a ellos mismos, los han hecho más circunspectos en este punto; pero en aquella época tenían una especie de fruición en molestar a las demás naciones, dando alojamiento en Leicester Square y sus alrededores a todos los demagogos de

Europa. Así, pues, satisfechos ya con la lección dada a Palmerston, no tardaron en derribar a Derby, quien les dio ocasión para ello con cierto proyecto insuficiente de reforma.

Volvió, pues, el Vizconde de Palmerston, y esta satisfacción de amor propio le rejuveneció de una manera visible. Parecía que con el contacto de la tierra había recobrado, cual Anteo, nuevo brío y nuevas fuerzas para dirigir la política de su patria. Aquella vez no tomó a Clarendon para los Negocios extranjeros, sino al célebre Lord John Russell, cuyo conocimiento tuve mucho gusto en hacer, porque era a la sazón uno de los hombres más notables de la Gran Bretaña. Tratéle bastante, a causa de que por aquel tiempo fui Encargado de negocios interino por ausencia de Istúriz. Era Lord John un whig de los más netos y calificados, una personalidad de mucho prestigio, tanto por la gloria heredada de sus abuelos, uno de los cuales fue mártir en un cadalso de su amor a la libertad, como por la sinceridad y constancia con que él mismo había profesado toda su vida las mismas ideas y logrado a fuerza de talento y de constancia que fuese al fin reformada la ley electoral, y abolidos los grandes abusos que de antiguo reinaban en esta materia. Era sietemesino, y por eso sin duda tenía una estatura demasiado diminuta para un inglés. Sus facciones eran duras; sus ojos expresivos pero pequeños; sus labios abultados; su aspecto común. Llamábanle por mofa Juanillo (*little John*). Vestía de un modo algo estrafalario, con un sombrero de alas grandes y un levitón largo, a la manera de los cuáqueros, y era bastante descuidado en su persona. Pero su mucho ingenio y carácter franco, leal y seguro, le hacían muy estimable. Pocos Ministros he conocido con quienes fuese tan agradable tratar de toda clase de asuntos.

Era hombre instruido y conocía tan bien el español, que recitaba con facilidad frases enteras del *Quijote*. Nuestras conferencias eran siempre interesantes, sólo que casi nunca estábamos solos, pues venía a pie al Ministerio, y como en Londres llueve tan a menudo, tenía que cambiar de botas y ponía a secar las sucias delante de la chimenea, donde parecían estar escuchando todo lo que se hablaba. Realizábase entonces la expedición de Francia, Inglaterra y España a Méjico, y sobre ella discurrimos muchas veces, y cuando le manifestaba alguna inquietud tocante a su resultado, me decía, reclinándose en su sillón: «Pues por mi parte no me preocupo, en atención a que nuestros agentes tienen órdenes terminantes de retirarse apenas adviertan que la Francia quiere imponer allí por la fuerza alguna clase de gobierno, que no sea conforme a la voluntad general de los mejicanos». Cuya manera de ser correspondía bien al mote de sus armas, que dice: *Che sarà sarà*. Y tenía asimismo bastante de lo que los ingleses llaman *humour*, que es una gracia sin hiel, acompañada de cierta seriedad. Así, por ejemplo, solía decir que el partido moderado español, llevaba ese nombre porque carecía enteramente de moderación, y el progresista había obtenido el suyo porque no hacía progresos de ninguna especie.

Más notable todavía que Lord Russell era el nuevo Canciller del Exchequer, Míster Gladstone, cuya reputación iba entonces creciendo rápidamente. Conocíle a poco de llegar a Londres, porque en el primer concierto de Palacio a que fui convidado, la casualidad hizo que me sentase al lado suyo, y pronto encontré quien me presentase a él. Hízome impresión su aspecto serio, su fisonomía regular, sus modales reposados y su afición a la música. Aunque delante de la Reina no se aplaude, apenas podía contener el placer que le causaban las piezas escogidas que iban tocando los concertistas, y no cesaba de repetir en voz baja: «*Bello, bellísimo, bravo*». Pero digamos algo de su historia.

Pertenecía Gladstone, como su antagonista Disraeli, al estado llano, puesto que tuvo por padre a un negociante escocés, establecido en Liverpool, el cual traficaba en las colonias y poseyó un día en Demerara un buen número de esclavos. Educóse el joven Gladstone, como rico, en el famoso Colegio de Eton, cantado por la musa elegante de Gray, y tenía tan lindas facciones que le llamaban el niño bonito (*the pretty boy*). Decíanle también bueno, religioso y casto, dotado de mucho talento y de una memoria prodigiosa. Hizo allí amistad con Hallam, y habiendo pasado luego a Oxford, conoció en aquella Universidad al también célebre Manning. No bebía vino, asistía mucho a la iglesia y oía muchos sermones, y hubiérase dedicado a la carrera eclesiástica a no impedírselo su padre. Pero conservó siempre un aire algo místico, y Malmesbury dice de él en su Diario, que

parecía un cura católico. Viajó por Italia, y establecido al fin en Londres, hacía allí una vida elegante, montando a caballo en el parque, cultivando la música y cantando de tenor en los salones. Estudiaba mucho sin embargo, y se dedicaba con pasión a la literatura clásica, especialmente al divino Homero, sobre el cual publicó después un libro tan original como interesante. Al igual de Disraeli, entró pronto en la vida pública; mas con esta diferenciar que en vez de empezar como liberal, se alistó al punto entre los torys; y debió su elección al Duque de Newcastle, de cuyo hijo, Lord Lincoln, era compañero de colegio y amigo. Y al contrario también de Disraeli, que de liberal se hizo reaccionario, Gladstone dejó poco a poco de ser tory para convertirse en liberal y aun revolucionario, lo cual es por lo común mucho más raro. ¿Cómo se verificó esta transformación?

En primer lugar la índole de su ingenio le llevaba desde su primera juventud a defender las causas justas y generosas, así es que en la cuestión del judío Don Pacífico se atrevió a criticar la conducta de Palmerston. Su austera moralidad quería siempre lo justo, y al *civis romanus sum* oponía los derechos de todo país civilizado. Era místico y tory por temperamento, pero tenía mucho de liberal por generosidad de carácter y por reflexión, a la manera de Talloux y Montalembert. En segundo lugar, su amor propio ofendido le llevó a extremar estas opiniones, porque habiéndose apercibido los torys de sus tendencias poco ortodoxas, empezaron a tratarle con desvío, y cuando fue encargado Lord Derby de formar el Ministerio en el año 58, en vez de elegirle a él para Canciller del Exchequer, prefirió a Disraeli. *Inde irae*. El cambiar de opiniones según los intereses y las pasiones personales, es cosa natural en el hombre, por lo cual vemos que quien se casa o quien recibe una herencia, fácilmente se hace conservador, y al contrario, el empleado conservador a quien su partido posterga, suele encontrarse de repente y sin saber cómo, con un criterio liberal. Como quiera, Gladstone, en lugar de dar un paso atrás, dio varios hacia adelante, y su rivalidad con Disraeli data de aquella época.

Para colmo de resentimientos aconteció también que la Universidad de Oxford, noble alcázar del torismo más puro, dejó de elegir a Gladstone su representante. Había tratado Palmerston de impedirlo, diciéndoles a los electores que era un hombre muy peligroso, y que si le quitaban la mordaza que le imponía aquella representación, haría locuras y disparates. Pero la Universidad persistió en excluirle, y aunque él debía esperarlo, a causa de los opúsculos que había publicado sobre la Iglesia anglicana, se irritó más y más con este nuevo desaire. Su mayor defecto era el orgullo, que, unido a la ambición, le ha hecho cometer grandes faltas.

Entre tanto Palmerston, que conocía muy bien todo su mérito, le hizo por fin Canciller del Exchequer, y desde entonces perteneció abiertamente al partido whig y aun le dejó atrás en liberalismo. Su saber, su elocuencia, la habilidad con que administraba la hacienda, contribuyendo así poderosamente a la duración de los gobiernos, y por último su carácter honrado y firme, le han dado una gran fama que la voz pública confirma, apellidándole el Gran Anciano. Su conducta, sin embargo, ofrece un conjunto de acciones de varios géneros, que no es posible calificar de una misma manera. Nadie habrá, por ejemplo, que no apruebe su proceder cuando enviado como Comisario regio a las islas Jónicas, procuró la anexión de éstas a la Grecia. Nadie dejará tampoco de aplaudirle cuando propugna la libertad de Italia y de otras naciones oprimidas, ni cuando suprime la Iglesia protestante de Irlanda y mejora al cabo de una manera positiva la condición de los arrendatarios de aquella isla. Mas por otra parte, ¿quién hallará bueno que, dando oídos a las calumnias de los emigrados napolitanos, insultase al Rey Fernando a la faz de toda Europa? ¿Quién podrá aprobar que insultase también al gobierno de Austria, viéndose más tarde en la humillante situación de tener que dar satisfacciones por ello antes de entrar de nuevo en el Ministerio? ¿Ni a quién le parecerá bien que hiciese después cuanto de él dependía para romper los lazos que unen a la Irlanda con la Inglaterra, yendo en la cuestión llamada del Home Rule más allá todavía que Bright, Chamberlain y los demás radicales? Aflige en verdad que un hombre de tanto talento incurriera en tales errores, y sea cualquiera el juicio que sobre él forme la posteridad, es lícito decir desde ahora que Gladstone ha sido más revolucionario que liberal y más filósofo que hombre de Estado.

LXV.
Londres, de 1858 a 1865.

Numeroso Cuerpo diplomático.—Por qué no penetra fácilmente en la alta sociedad.—Talento de Persigny.—Excentricidades de su consorte.—Formas soldadescas de Malakoff.—Anécdotas del Barón Gros—Cortesía del Conde Apponi.—Genio alegre de la Condesa Bernsdorf.—Poca sinceridad de Brünnow.—Carácter original de Istúriz.—Su reconciliación con el Cardenal Wiseman.—Ingenuidades de Don Antonio González.—Bellas prendas de Comyn y su señora.—El Conde de Lauradio y los demás plenipotenciarios.—Futuro destino de muchos Secretarios.

Cuando yo era estudiante en Madrid había allí un antiguo diplomático, el cual llamaba mucho la atención, porque era ya la única persona, fuera de los cocheros, que llevaba todavía un capote, dicho *carrik*, con una multitud de esclavinas. Alto, delgado y viejo, recordaba mucho a Don Quijote. Por lo demás, a nadie causaba molestia. Llamábase Alvarado, y había sido durante muchos años Ministro de España en Estocolmo, donde le apreciaban generalmente. Con todo, tenía un carácter bastante raro y contaban de él cosas muy curiosas, y entre ellas ésta: que ni cuando llegó a su destino ni después, en todo el tiempo que permaneció en él, quiso nunca conocer ni tener relaciones personales con el Ministro de Portugal, alegando para ello que consideraba a su Rey como un vasallo rebelde. Pues más de una vez recordé esta anécdota en Londres cuando miraba reunido todo el Cuerpo diplomático. Pensaba yo cuán apurado se hubiera visto Alvarado, si hubiese sido nuestro Ministro en aquella Corte, en atención a que si consideraba rebelde al Rey de Portugal, no habría considerado de otro modo a los de Bélgica y Holanda, y a los Presidentes de Méjico, Perú, Chile y todos los demás Estados de América, que allí tenían representantes. Y en verdad, que es asunto digno de meditación el considerar cuántas naciones han salido del seno de España, cuántos edificios se han formado con sus ruinas. No creo, sin embargo, que debamos afligirnos mucho por ello, porque una vez que desearon su independencia, no valía ya la pena de poseerlos. A los americanos principalmente les hemos dado religión, lengua y cultura. Bástenos esta gloria.

Es aquel Cuerpo diplomático sumamente numeroso, y esta circunstancia explica que sus individuos no puedan tener allí la misma fácil entrada en la alta sociedad que tienen en otras partes. Entre jefes, secretarios, agregados y las señoras de los que estaban casados, que no eran pocos, formábamos un total de más de cien personas. Claro está que se necesitaba un salón para solo nosotros, y por consiguiente, ninguna Lady, que daba una taza de té a un pequeño círculo de amigos, pensaba nunca en invitar a todos. Sólo algunos pocos tenían ese raro privilegio; los demás eran considerados lo que llaman allí *outsiders*, o gente fuera del círculo escogido, y no eran convidados más que en las grandes recepciones. Otra causa de exclusión era que por regla general todo aquel tropel de diplomáticos cambiaba con mucha frecuencia, pues aunque no tanto como en España, hay también ahora en las otras naciones una gran inestabilidad en nuestra carrera, y la Francia misma, cuyo Emperador se permitió una vez echarnos en cara este defecto, tuvo cinco Embajadores en los ocho años que yo estuve en aquel país; es decir, que cada uno duró poco más de año y medio. Ahora bien, en un círculo tan extenso como la aristocracia inglesa, no basta ese corto tiempo para ser conocido y apreciado. Decía con gracia el Conde Apponi: «El primer año somos presentados, pero nadie nos conoce; en el segundo saben ya nuestro nombre; en el tercero se empieza al fin a hacer amistades». Por eso sucedía que el Ministro de Portugal, el de Bélgica, el de Piamonte, y algún otro que llevaban muchos años en Inglaterra, gozaban de mejor posición social que los mismos Embajadores.

Y no necesito decir el nocivo influjo que esto tiene en el éxito de ciertas negociaciones que exigen tiempo y prestigio. El jefe de misión recién llegado puede decirse que por mucho tiempo no conoce más que al Ministro de Negocios extranjeros y a sus colegas.

Una buena manera de acortar el noviciado sería dar muchos banquetes y bailes; mas esto tampoco es allí fácil a causa de la carestía del país. Pocos son los jefes de misión cuyos sueldos son

bastante crecidos para que puedan dar a menudo grandes fiestas. La mayor parte de ellos apenas le tienen para vivir con decoro, y los que lo reciben más cuantioso piensan más en ahorrar que en dar lustre a su país y a su persona. Pasó ya el tiempo de los Embajadores suntuosos, que gastaban su propio patrimonio para brillar en las Cortes extranjeras, y si alguno hace un esfuerzo el primer año, cambia luego de paso, como la mula de alquiler. Además, la aristocracia inglesa es tan numerosa, tan rica y tan amiga del lujo, que no hay ningún diplomático que pueda competir con ella. Todos son pobres al lado de tales potentados, algunos de los cuales, como el Duque de Westminster, tienen una renta de mil libras esterlinas diarias, por cuya razón nos miran casi con lástima y califican de mendigos (*beggars*) a todos los extranjeros.

Pero digamos ya alguna cosa de los principales diplomáticos que residían allí en aquel tiempo, empezando por los de Francia, que eran los más notables. A mi llegada era Embajador de aquel país el conocido Conde de Persigny, inteligente y travieso aventurero, como su augusto amo, a quien había acompañado en Estrasburgo y Bolonia, y a cuyo golpe de Estado había contribuido mucho. Era pequeño de cuerpo, con ojos vivos e inquietos. Hablaba siempre de política y bien se le conocía que había empezado por conspirador y periodista. Sin embargo, servía bien a su país y era uno de los bonapartistas más sinceros y prudentes, siendo notable que la estrella de Napoleón III se fue eclipsando a medida que disminuía la influencia de aquel antiguo servidor y crecía la de la Emperatriz y otros Ministros.

La Condesa de Persigny era nieta del Mariscal Ney, Príncipe de la Moskova, y no cabe exagerar su belleza; mas al propio tiempo era una niña mimada, con rasgos de extravagancia capaces de maravillar a los mismos ingleses. Citaré aquí dos de ellos. Convidada por Lady Malmesbury a pasar unos días en su casa de campo, se puso a llorar amargamente, porque no le habían puesto más que dos velas en el tocador, en vez de cuatro, que, según ella, necesitaba. Un día que había gran comida en la Corte, volvió a su casa tan tarde del paseo, que el Conde su marido se presentó solo en Palacio y trató de excusarla. Mas como en aquella época la Inglaterra tenía interés en demostrar mucha amistad a la Francia, la Reina tuvo la paciencia de aguardar más de media hora. Al fin llegó la Condesa, y todas las excusas que dio fueron estas: «Perdone Vuestra Majestad que no haya sido más exacta, pero hoy es el día de la semana en que dan de comer a las serpientes boas en el Jardín zoológico, y tenía tanta curiosidad de verlo, que se me pasó la hora.»

Retirado Persigny después del incidente de los Coroneles, envió el Emperador al célebre Mariscal Pelissier, Duque de Malakoff, esperando que sería bien recibido. Fuelo en efecto, pues estaba aún muy reciente el recuerdo de la guerra de Crimea y de los servicios prestados por aquel General a la causa común. Era un hombre pequeño y gordo, con el pelo ya blanco, pero con facciones muy enérgicas. Hizo cuanto pudo por mostrarse amable; mas no dejó de descubrir de cuándo en cuándo su piel de viejo soldado.

Desde luego empezó mal, porque el día en que entregó sus credenciales a la Reina, le preguntó ésta noticias de la salud del General Canrobert, a quien había conocido en su viaje a Francia, y Pelissier le dio esta respuesta: «¿Cómo quiere Vuestra Majestad que esté un hombre como él, que ya no es joven y va echando barriga, y a pesar de eso no hace más que correr tras de las mozuelas de los bulevares?» Cualquiera que se represente el carácter pudibundo de la Reina Victoria, adivinará el efecto que le produjo tal lenguaje. Mas, como digo, en aquella época todo se le perdonaba a los franceses.

Estaba casado Pelissier con una compatriota nuestra, la bella y amable Sofía Paniega, que era mucho más joven que él. Tenía aquella dama grande amistad y algún parentesco con la Emperatriz Eugenia, y fue ésta quien hizo su matrimonio, tanto porque de suyo era muy casamentera, como también por el deseo de unir al Duque con la familia imperial por medio de tan dulces lazos. Lo que no sé yo es si la linda Duquesa fue siempre feliz con aquel oso mal domesticado.

El tercer Embajador de Francia fue el viejo Conde de Flahaut, amante público que había sido de la Reina Hortensia y notable solamente por su exquisita cortesía. El cuarto se llamaba el Barón Gros, y era hombre de larga carrera. Había nacido en Barcelona, donde su padre era Cónsul de

Francia, y hablaba el español como uno de nosotros. Estuvo él mismo de Cónsul general de su país en Cádiz y conoció allí mucho a mi padre, por lo cual fuimos pronto buenos amigos. Gustaba, como todos los viejos diplomáticos, de contar antiguas anécdotas, y diré aquí una de ellas que me pareció muy curiosa. Había estado el Barón durante algún tiempo en la Comisión de límites con Francia, y refería que una vez el Plenipotenciario español, creyendo sin duda que con ello daría más fuerza a sus argumentos, tuvo la ocurrencia de enviarle de regalo al Plenipotenciario francés un enorme esturión, dentro del cual había, no el anillo de Polícrates, sino un centenar de peluconas de oro. Añadía el Barón, como es natural, que esto los había hecho más amigos, pero no había cambiado en nada el estado de las negociaciones. Por fin, el Conde de Latour d'Auvergne, hombre también de carrera y a quien yo conocía mucho por haber sido mi colega en Roma, fue el quinto Embajador. Era uno de los diplomáticos más distinguidos del segundo imperio y desplegó en su Embajada cierto boato aristocrático.

Pasando de Francia a Austria, diré que el Conde de Apponi era el Embajador más cortés que había entonces en Londres. Decían todos los jóvenes diplomáticos que su acogida más fría era mucho más cordial que la de ningún otro jefe de misión. La Condesa, su esposa, tenía también el mismo mérito. Además era muy elegante y sus facciones, sin ser perfectas, formaban un conjunto embelesador. Había inspirado más de una pasión, y en aquel tiempo era muy admirada por el caballero Falbe, Secretario de Dinamarca. Su casa era nuestro gran recurso en la estación muerta, cuando se hallan cerrados casi todos los salones de Londres por residir sus dueños en el campo.

El Conde de Bernsdorf, Embajador de Prusia y la Condesa, su mujer, poseían asimismo una cordialidad rara. El carácter de él era sumamente franco, sin nada del mutismo y tiesura de otros diplomáticos; y en cuanto a ella, confirmaba el dicho vulgar de que no hay mujer festiva que parezca fea. Alegre como unas castañuelas, no perdía ninguna ocasión de reírse, y de mostrar al mismo tiempo unos dientes muy lindos. En aquel tiempo empezaron a usarse los retratos en fotografía, y se vendían en las tiendas de Londres, y la Condesa se regocijaba mucho, porque según la habían asegurado, era el suyo uno de los que tenían más despacho.

Del Barón Brünnow, Embajador de Rusia, diré solamente que era un tipo del antiguo elegante con corbatín enorme y picos de camisa formidables. Era casado y viejo; mas eso no obstante, tenía una querida joven, a la cual, según se supo, le enviaba diariamente el cocinero de la Embajada una excelente comida. Había estado mucho tiempo en Londres, con el solo intervalo de la guerra de Crimea, y pasaba por un buen diplomático. Faltábale con todo sinceridad, como lo prueba este hecho. Cuando se retiró de su puesto, al estallar la guerra, fue a despedirse de sus colegas, y le dijo al Embajador de Prusia: «Vengo de despedirme de ese cochino de Waleski», y añadió luego otras lindezas por el mismo estilo sobre su colega de Francia. Mas el prusiano supo después con admiración, que no sólo se había despedido muy cordialmente de aquél, sino que al separarse en la antecámara le había dado un estrecho abrazo.

Musurus Bey, el Embajador de Turquía, era un griego muy fino y muy ladino, que había hecho su carrera gracias a su gran talento y a su matrimonio con una Princesa Vogorides, tan rica y linajuda como gorda. Era, sin embargo, bastante modesto, y cuando llegó el Mariscal Pelissier, le preocupó mucho la idea de tener que tomarle el paso, como más antiguo, en las ceremonias de la Corte. Tuvo la ocurrencia de ofrecerle por ello excusas; pero el Mariscal le respondió con mucha agudeza: «Vaya usted delante, amigo mío, que yo iré detrás para sostenerle».

Mas vengamos ya a los Plenipotenciarios, de los cuales el más notable por sus antecedentes era mi nuevo jefe Don Javier de Istúriz, nombrado en lugar de González Bravo. Ya he dicho bastante sobre él en otros capítulos. Aquí añadiré que empezaba ya a decaer, porque se acercaba a los ochenta y no tenía, a la verdad, la actividad que se necesita para un puesto como el de Londres. Además, no fue nunca la diplomacia su grande afición: era ante todo un hombre político. Dejaba para mí el trabajo de la Legación, como hacía Pastor Díaz, y pasaba su tiempo leyendo periódicos y escribiendo a sus amigos de Madrid, a fin de que le tuviesen al corriente de lo que allí sucedía. Conocía muy bien el francés, y leía corrientemente el inglés, pero no hablaba este idioma como

aquél, y manifestándole yo un día mi extrañeza por ello, en atención a que había estado emigrado en aquel país cerca de diez años, me contestó una cosa muy filosófica y muy notable: «Querido mío, me dijo, es un error pensar que yo estuve aquí emigrado diez años; la verdad es que no lo estuve más que ocho días, porque cada semana esperaba una revolución en Madrid, y vivía, por decirlo así, con la maleta hecha para marcharme a España».

Otra grande afición suya era la comida y la bebida, y aunque tenía en casa buen cocinero, solía comer en el Club de los extranjeros (*Traveller's Club*), donde tenían entrada libre los diplomáticos, y cuyo químico, como él decía, era de primer orden. Convidábame algunas veces y me dejaba escoger los platos, encargándome, sin embargo, que no hubiese muchas aves, de modo que saliésemos volando, sino cosas más sólidas. No comía pan, y decía que ésto era un alimento muy indigesto, inventado por los tiranos para llenarle la barriga a la plebe. Salía poco de casa, y los domingos por la tarde recibía a la colonia española, de la cual era muy respetado y querido, como también de la sociedad inglesa.

La única persona notable con quien no corría bien, era el famoso Cardenal Wiseman, a causa de que éste no quería devolvernos sin condiciones el patronato que de antiguo poseíamos en la iglesia de Santiago de aquella capital, y que habíamos perdido durante la época revolucionaria por no haber pagado la asignación que también de antiguo daba España a aquella iglesia. Pretendía el Cardenal, no sin apariencias de razón, que volviéramos a darla, e Istúriz se empeñaba en no hacerlo, sosteniendo que no existía relación alguna entre ambas cosas. Entre tanto era de muy mal efecto y casi escandaloso para los católicos, que el Cardenal y el Ministro de España no se conocieran ni visitasen; por lo cual, hice yo todo lo posible a fin de reconciliarlos y establecer entre ellos un *modus vivendi* decoroso, y al cabo lo conseguí, no sin sufrir antes muchos bufidos y negativas de Istúriz. Acompañéle a la primera visita que le hizo al Cardenal, y me causó mucha risa que cuando vio, al subir la escalera, que estaba puesta la mesa en el comedor del piso bajo, recitó estos versos del *Facistol* de Boileau:

La discorde en entrant qui voit la table mise,
Admire un si bel ordre et reconnai l'Eglise.

Después de aquel día hubo entre ambos personajes, si no una amistad verdadera, al menos unas apariencias muy satisfactorias. Porque Istúriz era escéptico, inclinado a las dudas de la segunda academia; pero no impío ni cleròfobo, y anticipando algo los hechos, diré que al fin tuvo la fortuna de morir como buen cristiano, pues cuando se agravó en su última enfermedad, un caballero amigo suyo, de nombre Barrio Ayuso, le preguntó si no deseaba recibir los Santos Sacramentos: «Dejémoslo para mañana», dijo Istúriz. «*Si mane me quaesieris, non suhsistam*», le respondió Ayuso. «Pues hágase cuando usted quiera», replicó el enfermo. Hízose al instante, y fue tan a tiempo, que aquella misma noche entregó su alma al Creador.

Nombrado Istúriz Presidente del Consejo de Estado, vino a reemplazarle Don Antonio González, quien ya había desempeñado aquel puesto en tiempo de Espartero, lo cual quiere decir que era un progresista de antiguo cuño, aunque por entonces formaba parte, como Istúriz, de la Unión liberal. Y no podían darse dos personas de aspectos y caracteres más contrarios. Istúriz, una flor de pulcritud, de distinción y cortesanía; González, una imagen viva de nuestro burgués poco educado y liberal. Istúriz decía de él que no era más que un mísero leguleyo. Sabía, con todo, bastantes leyes para ser un buen abogado en España, y mucho más en el Perú, donde pasó los años de la emigración. Volvió de allí con dinero y con ideas muy liberales, aprendidas en aquella república, y ayudado de cierto aire misterioso e importante, obtuvo al instante un buen lugar entre los progresistas, ansiosos de contar en sus filas hombres ricos e independientes. Desempeñó carteras y ocupó puestos elevados durante la regencia de Espartero, y entonces le enviaba O'Donnell a Londres para premiar la cooperación que prestaba a su partido. Era de genio bondadoso y modesto, por lo cual daba más pena el verle cometer a cada paso ingenuidades de toda especie, no por falta de talento, sino porque no era hombre de mundo ni estaba acostumbrado a la vida del extranjero. Al

igual de Vargas, Ugarte, Castillo, el mismo Mon y tantos otros del antiguo y nuevo régimen, era un pez fuera del agua, un *sutor ultra crepidam.*

De él se podía decir lo que decía Madama Montespan del Marqués de Dangeau: que era imposible no quererle, e imposible también no reírse de sus cosas. A poco de llegar dio un banquete diplomático y no hubo forma de que se vistiese de frac hasta que, viendo que todos sus convidados lo traían, fue de prisa a ponérselo. Con todo, conservó encasquetado todo el tiempo de la comida un gorro griego de terciopelo colorado, con borla de oro, que no se quitaba nunca por temor de resfriarse, y a los postres tuvo la ocurrencia de hacer venir a un criado español, para que vociferase algunas canciones andaluzas muy ordinarias al sonsón de una guitarra, que no era la cítara de Orfeo. Una noche que comía en el Club con el Secretario Sorela, le hizo notar éste que en una mesa inmediata había comido Lord Clarendon. «Por vida del chápiro, exclamó González, ¿por qué no me lo ha dicho Vd. antes, y hubiera pagado por él?» «Señor Don Antonio, le respondió Sorela, Clarendon lo hubiera llevado muy a mal, porque aquí no existe esa costumbre.» «Vamos, vamos, le replicó él; desengáñese Vd., que a nadie le disgusta que le paguen la comida.»

No duró mucho aquel Ministro en su destino, y fue sustituido por Don Juan Comyn, persona digna por todos estilos de ocuparle, pues a más de ser diplomático de carrera, había estado antes en Inglaterra como Secretario, y era allí muy estimado. Ya he dicho en otra ocasión que éramos amigos desde la primera juventud y que a él le debí en parte mi entrada en la carrera. Su señora, una Crook de Málaga, era muy bella y muy graciosa, y ambos tuvieron una acogida excelente en la sociedad de Londres.

De España pasemos a Portugal. El Conde de Lauradio, su Ministro, era un viejecito muy inteligente y muy amable, con quien manteníamos todos los españoles las relaciones más íntimas posibles; de tal suerte, que se le trataba como si fuese un compatriota. Me parece que le estoy viendo delante de mí con su fisonomía llena de viveza y sus modales de cortesano. Sufría mucho del frío y había contraído por ello la costumbre de restregarse siempre las manos, aun en mitad del verano. La Condesa, su mujer, era fea, pero bondadosa, y tenía mucha entrada con las grandes damas del país, las cuales la apreciaban por noble y por portuguesa, siendo cosa sabida que han tenido allí siempre preferencias por los diplomáticos de aquella nación.

El Marqués de Azeglio, Ministro del Piamonte, era un gallardo hombre, algo afeminado, pero distinguido y agradable. Sobrino del célebre literato y estadista del mismo nombre, llevaba este peso sin desaliento ni orgullo, y aunque tenía pocas letras, sabía muy bien su oficio y gozaba de una posición social envidiable. A pesar de que ya no era joven, hacía todavía la corte a las damas. El de Bélgica, Van de Weyer, tenía también una posición excepcional, en atención a que la Reina le distinguía por ser el representante de su Augusto tío el Rey Leopoldo. El Conde Witzthum, Ministro de Sajonia, era buen mozo y entendido y hubiera sido más apreciado, si no fuese porque hacía tantas preguntas. Clarendon, a quien perseguía con ellas, le llamaba el tirabuzón. El americano Adams pasaba por muy hábil, y en fin, casi todos eran personas de distinción y talento.

Los Secretarios de Legación eran asimismo jóvenes de muchas esperanzas y formaban un lucido plantel de futuros personajes; y con efecto, muchos de ellos han ascendido a Ministros Plenipotenciarios, tales como Chotek, Falbe, Solvyns, Paumgarten, y yo mismo; otros han llegado a ser Embajadores, como el Conde de Corti, el de Casa-Valencia, Merry del Val, Karoli y Kalnoky, y en fin, algunos han sido nada menos que Ministros de Negocios extranjeros, como el mismo Casa-Valencia, Kalnoky y Tricoupi. Todos ellos demostraron sus privilegiadas dotes para el ejercicio de la carrera diplomática.

LXVI.
Londres, de 1858 a 1865.

La alta sociedad de Londres.—Numerosa aristocracia.—Puede ser comparada con la antigua de Roma.—Paseo en los parques.—El té de las cinco.—Recepciones oficiales y privadas.—Bailes de la Duquesa de Inverness.—Reuniones de caballeros.—Fiestas del Barón Rotschild.—Bailes nacionales.—Comidas de la Duquesa de Soroerset.—Lady Clementina Villiers y otras lindas damas.—La Belleza de la Estación.—Buen influjo del ejemplo de la Reina en las costumbres de aquella época.—La sociedad católica.—Lord y Lady Petre.—Familias españolas.—Carácter del Cardenal Wiseman.—Tuvo la gloria de dejar firmemente restablecida la Iglesia católica de Inglaterra.

La alta sociedad de Londres sería la primera de Europa por su buen tono y por sus hermosas mujeres, si las casas no fuesen tan pequeñas y la concurrencia tan grande. Compónela casi exclusivamente la clase noble y la alta burguesía, que llaman *gentri*; pero ambas son tan numerosas y sobre todo tan ricas y tan amigas de recreos, que todo lo invaden, todo lo llenan, convirtiendo en tropeles las más elegantes reuniones. Llegan del campo, cansados de la vida tranquila que allí llevan y del círculo estrecho de amigos y vecinos, y traen hambre de divertirse, no cesando en tan fútil tarea desde por la mañana hasta la noche. La familia Benoiton, tal como la pinta Sardou en su chistosa comedia, es en punto al bullebulle el retrato de casi todas las de Inglaterra durante lo que llaman la estación (*season*), o sea los meses del año que suelen pasar en Londres.

Pretenden algunos que aquella aristocracia es en realidad inferior a otras muchas del Continente; mas en esto hay, a mi ver, grande exageración. Es posible que no haya allí linajes de tanta antigüedad como los de Levis y Rohan en Francia, Máximos y Colonnas en Italia, Salm y Erbach en Alemania, Albas y Osunas en España; pero me parece que la de los Howard, Chanclos, Talbots y Gordons es bastante respetable. Además, si de méritos militares se trata, pocos nobles los tienen mayores que los ingleses, vencedores por mar y por tierra en tantas y tan decisivas batallas. En fin, es muy notable en ella un carácter eminentemente político, que la asemeja, cual otra ninguna, a la nobleza de la antigua Roma. Los Señores ingleses no han cifrado su principal orgullo en servir en la Corte, como los de Alemania y España y también los de Francia, algunos de los cuales tenían a grande honra el asistir al tocador del Monarca, sino que han influido activamente en la política de su país, limitando el poder de los Reyes.

Cuando aquella turba rica y desocupada llega a Londres en mitad del invierno, no piensa, como digo, en otra cosa que en inventar pasatiempos. Empiezan por ir todas las mañanas a los Parques, principalmente al más magnífico de ellos, llamado Hyde Park, unos en coche, otros a caballo, otros a pie. La cantidad y elegancia de los carruajes, de sus tiros y libreas, es sorprendente, pues en este punto merecen los ingleses la palma. El número de amazonas es también muy grande, y los caballos que montan son en general de la más pura raza. Van acompañadas de muchos caballeros y llevan ellas y ellos caballerizos con su librea, los cuales los siguen cual si fueran sus rabos, según lo dice Sancho de los que había visto hacer lo mismo en Madrid.

Hay muchas casas donde tienen convidados para el segundo almuerzo (*luncheon*), el cual es, en realidad, una comida, y en otras se da el té a las cinco y se reúne con este motivo una sociedad escogida, principalmente de señoras, que consumen además del té, muchas tortas y tostadas. Llega luego la comida, que es a las ocho, y admira el apetito con que aquellas damas devoran de todos los platos a pesar de haberse llenado ya antes por dos veces de varias clases de manjares. Por último, después de comer vienen el teatro y las sociedades. Del teatro hablaré en otro capítulo; de las sociedades diré aquí que se dividen, como es natural, en oficiales y privadas. Contaré algo de unas y otras.

La Duquesa de Inverness, viuda del Duque de Sussex, hermano del último Rey, daba muy buenos bailes en su palacio de Kensington, rivalizando casi con los de la Corte. El matrimonio de

esta señora no había sido nunca reconocido oficialmente; pero como ella era muy amable y sus fiestas muy brillantes, no faltaba gente en sus salones. Lady Palmerston recibía semanalmente y le ayudaba a hacer los honores la bella Lady Shaftesbury, hija de su primer matrimonio, la cual se conservaba aun de muy buen parecer, aunque empezaba a ser jamona. Era entonces su principal admirador el apuesto Marqués de Azeglio. Su marido, Lord Shaftesbury, mezcla singular de misticismo y espíritu moderno, gastaba mucho en promover las misiones protestantes y también en propagar la afición a la música clásica y sagrada. Un rasgo suyo me lo hacía singularmente simpático, y era que a su iniciativa fue debida una ley, en virtud de la cual quedó prohibido el trabajo en las minas a las mujeres y niños, los cuales eran tratados antes en ellas como verdaderos esclavos.

Lady Derby, Lady Stanley de Alderley, Lady Salisbury y otras esposas de Ministros presentes o pasados, recibían también con frecuencia. Lady Salisbury era muy agraciada y tenía un trato muy llano. Su casa era una de las más espaciosas de Londres y recordaba los palacios de Italia. A veces sucedía que había tres o cuatro grandes *routs* en la misma noche y era difícil cumplir con tantos compromisos. Mas el Conde Corti, viejo ya en aquella capital, me enseñó la manera de verificarlo, la cual consistía simplemente en hacerse bien notar en la entrada por un empleado del *Morning Post*, que conocía a todo el mundo, y situado al pie de la escalera apuntaba en su cartera a cuantos llegaban; asomarse luego a los salones y saludar, si era posible, a la señora de la casa, y volverse a salir a los pocos instantes para repetir lo mismo en otras hasta llegar a la que más agradaba. Haciendo esto era seguro que al día siguiente los dueños de cada una de ellas leerían en el mencionado periódico fasionable el nombre de mi mujer y el mío, lo cual era lo bastante, pues apenas podían hacer memoria de toda la gente que salía y entraba en sus salas.

A más de las recepciones de damas y caballeros, había otra de éstos solos. El Ministro de la Guerra y el de Marina, por ejemplo, recibían de cuándo en cuándo a los oficiales de su dependencia y también a los Ministros extranjeros y a muchos miembros de las Cámaras, costumbre que creen muy a propósito para que se conozcan todos y hagan relaciones personales. Por regla general, los ingleses odian las visitas durante el día y no tienen tiempo para ellas; son las señoras quienes llevan y distribuyen las tarjetas de los maridos cuando salen a pasear en coche. Pero de noche salen también los hombres con mucho gusto, y aunque vayan antes al Club, suelen vestirse de sociedad allí mismo, donde hay para ello baños y toda clase de comodidades. Visten muy atildados, y aunque no tienen tanta afición como los franceses a veneras y cintas, no dejan de lucirlas en las grandes ocasiones. La primera condecoración inglesa es, como se sabe, la Jarretiera, y después de esta aprecian mucho la del Baño, nombre asimismo singular, pero que recuerda bien su origen. Instituyóla el ambicioso y astuto Enrique IV para afirmar su usurpación, y la dio a aquellos caballeros que le demostraban más amistad y que, conforme a la usanza feudal y caballeresca, habían tomado un baño al mismo tiempo que él, después de haber pasado en vela toda la noche que precedió a su coronación.

Entre los particulares que daban bellas fiestas debo citar a los Barones de Rotschild, personas tan opulentas como afables, cuya casa era una de las más concurridas, pues entonces no existía aún ninguna preocupación antisemítica. Esta especie de manía es cosa muy moderna, y en mi sentir, procede del odio al capital, fomentado por los socialistas, siendo por eso deplorable que muchos cristianos los imiten, creyendo que el sentimiento religioso entra por algo en ese delirio. Como quiera, en aquel tiempo los judíos eran, no sólo estimados, sino casi personas de moda, gracias a la novela de Disraeli, titulada *Coningsby*, en la cual trata de probar la excelencia de esa raza, enumerando multitud de personajes hábiles e ilustres pertenecientes a ella, no sólo en los siglos pasados, sino también en la Edad Moderna, talos como Soul y Massena en Francia, Mendizábal en España, Meyerbeer y Mendelsohn en Alemania, Rossini y la Grisi en Italia.

Tienen los ingleses mucha afición al baile y poseen algunos nacionales, que no dejan de ser graciosos. Desde luego pretenden haber sido los inventores de la contradanza (*country dance*), pero es más genuino inglés uno a que han dado el nombre de *Sir Roger de Coverley*, que es el tipo de un

Barón campesino, creado a principios del siglo XVIII por Steele, en su célebre *Espectador*. No acaba ningún baile en Inglaterra sin que tenga lugar éste, que es siempre nuevo, siempre agradable para aquellos buenos insulares, apegados por carácter a todo lo que es nacional y antiguo. Pero todavía más arcaico y singular es otro al cual llaman *reel* o *ril*, y que se usa más particularmente en Escocia, aunque también lo conocen en Inglaterra e Irlanda y aun en Dinamarca, cuyos pueblos sin duda le aprendieron durante sus invasiones en la Gran Bretaña. Su antigüedad es grande y probablemente será de origen celta. Los caballeros escoceses le tienen tanta afición que lo bailan hasta en las fiestas de la Corte, y he visto muchas veces a los Campbells, Douglas y Hamilton bailarlo delante de la Reina, dando saltos y volteretas, a pesar de hallarse vestidos con el uniforme de su rango. Viene esto a ser como si los Ayerbes, Villahermosas y Fuentes, vestidos de uniforme, bailaran la jota aragonesa delante del Rey de España.

Pero digamos ya algo de las comidas. En primer lugar son tan numerosas que es preciso evitar muchas de ellas, especialmente si son de personas que poco se conocen, usando la fórmula consagrada que es alegar un convite anterior (*previous engagement*). Eran excelentes las de los varios Embajadores, en especial los de Francia y Austria. En cuanto a las inglesas, ya he referido en otro capítulo cómo eran en la época de mi primera visita a aquel país. En mi segunda y más larga permanencia noté que había en esto mucho progreso, habiéndose introducido paulatinamente el modo de servir ruso y la cocina francesa. Rotschild precisamente las daba muy buenas, y también Palmerston y Derby. La Duquesa de Somerset, señora ya de cierta edad, pero muy amiga de ver gente, las tenía también espléndidas. Era grande amiga de Istúriz y no menos de Van Dockum, Ministro de Dinamarca, y llevaba su amabilidad con ellos hasta el extremo de cambiar en honor suyo los nombres de los platos, de suerte que cuando convidaba por ejemplo al primero teníamos en el menú costillas a la Istúriz y chícharos a la andaluza, y cuando convidaba al segundo se llamaban aquéllas a la Van Dockum y éstos a la dinamarquesa. Y es notable en los banquetes ingleses el brillante escenamiento, el lujo de los accesorios, los ricos recipientes de plata y los criados altos y elegantes, *grandia vasa, grandes servos*, como en la antigua Roma. Bebían los ingleses siempre copiosamente, mas no tanto como veinte años antes, ni era ya tan largo el tiempo que se quedaban solos después que se retiraban las damas. También en esto se han corregido de una manera notable.

He ponderado ya, a propósito de las fiestas de Palacio, la hermosura de las señoras de Londres, citando algunas de ellas. Ahora añadiré los nombres de otras, empezando por Lady Clementina Villiers, cuya madre, la Conxdesa de Jersey, era una de las señoras que más recibían. A aquella casa íbamos siempre todos con gran gusto, sólo por ver de cerca a tan interesante joven, la cual, sobre ser bonita como una miniatura, era también muy discreta. El Duque Don Mariano de Osuna, hermano y heredero de aquel bello Don Pedro, a quien conocí en Madrid, pretendió hacerla su esposa; pero olla no le quiso, alegando que era muy pesado; y no la faltaba razón, pues le hacía visitas de dos y tres horas sin decir nada divertido. Al fin se casó aquel Duque con una Princesa de Salm y fue Embajador en San Petersburgo, donde tanto él como su mujer se dieron tan buena maña que en poco tiempo disiparon todo su caudal, que era uno de los mayores de Europa, e hicieron que aquella casa fuese de las que terminan en punta, según la expresión de Don Quijote. Otras señoras muy bellas eran Lady Duncan, a quien había conocido en Italia, y Lady Jocelyn, dama de la Reina. La Condesa de Clarendon, aunque fría como una estatua de mármol, era buena moza. Y en fin, cada año venía a la capital algún nuevo astro, alguna nueva señora o señorita, digna del premio de la hermosura, el cual consistía en ser declarada por todos la Belleza de la Estación. En mi tiempo lo fueron la elegante Lady María Craven, la linda Marquesita de Chanclos, la graciosa Lady Cecilia Molyneux, cuya rubia cabellera podía ser comparada con la misma de Berenice, y otras varias que no recuerdo.

Dice en sus Crónicas el francés Froissard que *les anglais s'amusent moult tristement*. Sin embargo, en sus bailes y saraos reina tanta alegría, si no más que en los del resto de Europa, y lo mismo se observa en las reuniones del pueblo. Lo que sí había en aquel tiempo era mucha moralidad, al menos aparente, en los altos círculos sociales, ya sea por una reacción natural contra

los excesos del siglo anterior, como sucedía también en Italia, o ya naciese esto del buen ejemplo dado por la Reina y su esposo, pues, como dice bien el poeta Claudiano, el mundo se conduce a ejemplo de los Reyes: *componitur orbis Regis ad exemplum.* Por lo demás, había allí, más o menos encubierto, lo que no falta nunca en las grandes sociedades: hombres amartelados y mujeres sensibles. Y bien nos lo hubiera podido decir una cierta Lady Mary Ailesbury, señora fea pero inteligente y amable, la cual se hallaba en todas partes y tenía una habilidad particular para saber las vidas ajenas. Mas sin necesidad de su auxilio cualquiera podía notar que la Duquesa de Manchester, por ejemplo, no era indiferente a los obsequios de sus adoradores, principalmente del futuro Duque de Devonshire, con quien al fin se casó a la muerte de su primer marido. Y lo hacía con tanto arte y tanta suerte que nadie murmuraba de ella como de otras, y la Reina misma, tan severa con esta clase de deslices, cerraba mucho los ojos cuando se trataba de ella, primero porque era Duquesa, y después porque era alemana, pues la Augusta Señora no olvidaba nunca el origen de su familia y tenía una simpatía manifiesta hacia las personas y cosas de aquella nación.

Es tal la magnitud de Londres que toda esta sociedad, con ser tan numerosa, cabe en la parte occidental (West End); pero existen además otras varias que viven al Norte de Oxford Street, y en los alrededores de Russell Square, compuestas principalmente de banqueros, negociantes, abogados y artistas. Sólo por excepción penetré alguna vez en aquellos círculos, porque los del West End no dejan tiempo para otros. A donde sí íbamos mucho, principalmente los diplomáticos españoles, era a otra sociedad, que se podía llamar católica y apostólica, en razón de que se componía casi exclusivamente de familias de esa creencia. El Duque de Norfok, el Conde de Schrewsburv y Lord Kenmare eran los principales señores católicos; pero éstos vivían en los centros de la Corte y del West End y pocas veces eran vistos fuera de ellos. En la sociedad de que estoy hablando ocupaba el primer puesto Lord Petre, perteneciente a una familia católica, cuyo nombre está unido en la historia literaria de aquel país con el del célebre poeta Pope, que compuso su delicioso poemita del *Rizo robado* fundándolo en el hecho verdadero de que un Petre, enamorado de Arabela Fernior, le cortó y robó uno de sus bellos rizos. Lady Petre era una dama tan agraciada como piadosa. Venía luego el Almirante Manners, hombre de varia instrucción, cuya mujer era una Condesa de Noé, de nación francesa. Mistress Washington Hibbert, dama rica y devota, cuyas hijas eran muy bonitas, pertenecía asimismo a tan noble compañía. Era algo extravagante y rivalizaba con Lady Ailesbury en los enormes tirabuzones y en el continuo bullebulle. Lady Georgina Fullerton era todavía más notable, a causa de su gran talento. Escribía esta señora con mucha gracia y ha publicado varias novelas por extremo interesantes.

Uníanse también a estas familias inglesas algunas españolas. Mencionaré las más conspicuas. Don Pedro Zulueta, Conde de Torre Díaz, rico gaditano, establecido allí de antiguo, y casado con una señora inglesa bella y amable, tenía casa abierta y ejercía la hospitalidad del modo más espléndido. Sus hijas eran muy lindas. Era grande amigo de Istúriz y nos dispensaba a todos los españoles una acogida cordialísima, de suerte que era aquella casa uno de los mayores recursos de nuestra Legación en Londres, como la de Bivona en Nápoles y la de Lasquetty en Méjico.

Mariquita Mora, hermana del opulento propietario Don José Moreno de Mora, de Cádiz, tenía todos los domingos una comida de españoles, convidando por turno a toda la colonia. Su marido, Mr. Gassiot, era inglés, pero educado en España y amigo de nuestras costumbres, franco, amable y generoso. Don Guillermo Balleras, representante del famoso banquero Salamanca, tenía asimismo los domingos mesa de españoles. Estaba casado con una sevillana, prima hermana mía, la bella Paca Lerdo de Tejada. Don Cristóbal de Murrieta era también uno de nuestros ricos hombres. Añadiré a Goyeneche, otro banquero muy respetable, y Castañeda, fiel tertuliano de Istúriz, antiguo emigrado del año 20, que había vivido siempre en Londres con varias comisiones del Ministerio de Hacienda.

Ídolo de casi todas estas excelentes personas, era en aquella época el célebre Cardenal Wiseman, sobre el cual debo detenerme un poco. Era este prelado una persona notable por todos conceptos, y parecía formarlo adrede por la Providencia para desempeñar el alto puesto que ocupaba en Londres. Su padre era inglés, su madre irlandesa, de manera que representaba bien a los

dos pueblos, de razas y creencias tan diferentes. Conocía perfectamente las preocupaciones del uno y las necesidades del otro, y les inspiraba a entrambos tanta estimación como confianza. Nació en España y tomó allí algo de nuestra constancia; educóse en Roma y en ella recibió el molde intelectual indispensable para ser el apóstol de la Santa Sede, el depositario de sus deseos y de sus máximas.

Su ingenio era grande, su erudición poco común. Buen teólogo, buen lingüista y orador fácil y elocuente, tenía aptitudes para toda clase de estudios. Compuso de todo. Una *Historia de los cuatro últimos Papas*, juiciosa y exacta. Unas *Lecciones sobre la conexión que existe entre la ciencia moderna y la religión revelada*, en las cuales demuestra el origen común de las lenguas y de las razas, y el desarrollo progresivo de los reinos vegetal y animal. Una novela titulada *Fabiola*, donde hay bastantes recuerdos del *Último día de Pompeya* de Bulwer, mas cuya lectura es tan amena y edificante, que hoy día es el primer libro de su clase que pone en mano de sus hijas una madre cristiana. Y un *Estudio acerca de las ceremonias religiosas de la Semana Santa en Roma y de la músico sagrada*, que es asimismo muy bello. Tanto talento y tanto saber le granjeaba el aprecio de los mismos protestantes, mientras que su celo y su piedad le atraían la admiración y el cariño de los católicos.

Su aspecto no era precisamente el de un santo. Alto, grueso, con cara muy redonda y muy colorada, amigo de la sociedad, como buen prelado romano, aficionado a comer y beber, como buen inglés, apacible, si no jovial, nada había en su persona que le hiciese temible por lo austero ni criticable por lo mundano. Sus costumbres eran irreprensibles, su piedad exenta de exageraciones. En la iglesia era un gran misionero, en los salones un conversador muy agradable. Adorábanle las señoras y algunas lo demostraban con exceso, tratándole como a un pequeño Papa. Iba mucho a casa de Lady Petre y del Conde de Torre Díaz, y era de ver cuando allí entraba, ¡cómo se conmovían las damas presentes, qué reverencias tan profundas le hacían, cuánto besuqueaban su anillo! Poco más hubieran hecho por el mismo Santo Padre. Acompañábale siempre su fiel e inteligente Secretario, Monseñor Searle, regordete, regocijado y hombre de mucho mundo, el cual, a pesar de ser muy buen eclesiástico, pasaba parte de su tiempo leyendo novelas, con pretexto de que debía dar conocimiento de ellas a Su Eminencia.

Murió Wiseman en edad relativamente temprana; mas tuvo la gloria de dejar firmemente restablecida la Iglesia católica de Inglaterra, y de verla aumentada con millares de conversiones de personas de todas clases. En su tiempo fue edificada la bella Catedral gótica de San Jorge, obra del arquitecto Pugin, y situada a la derecha del Támesis, en la parte meridional de Londres, y varias grandes y hermosas iglesias en los mejores barrios de aquella capital, tales como el Oratorio de Brompton, de arquitectura italiana y adornada de ricos mármoles, y la de los jesuitas de Farm Street, de estilo gótico florido, en el centro de Mayfair, a las cuales concurrían las señoras más elegantes de la comunión católica. Asistí con verdadera pesadumbre a sus exequias en la Catedral de San Jorge, y conocí aquel día por primera vez al ya célebre también Monseñor Manning, que pronunció la oración fúnebre, y fue al fin su sucesor como Cardenal Arzobispo de Westminster. Era también hombre sabio y elocuente, pero de otro aspecto y de otro carácter que Wisemam. Místico, frío y retraído, inspiraba más respeto que cariño, y era tan demacrado y macilento, que parecía alimentado de cigarrones, cual otro San Juan Bautista.

LXVII.
Londres, de 1858 a 1865.

Fiestas de jardín.—Carreras de caballos.—Juego inmoral que ocasionan.—Vida de los ingleses en el campo.—Yo también hacía algunas veces como ellos.—Buen influjo que tiene esta costumbre en la cultura del país.—Gran consumo de novelas y su mérito.—El invierno en Londres.—Los teatros de prosa.—Drury Lane y la Princesa.—Entusiasmo duradero por el gran Shakespeare.—Aptitud de los ingleses para la tragedia.—La comedia en Hay Market.—Inferioridad de los ingleses en este género.—Pantomimas en Navidad.—La ópera en el teatro de S. M. y en Covent Garden.—Poco mérito de la música inglesa.—Causas a que puede atribuirse.

Apenas se acercaba el verano, empezaba en Londres un nuevo recreo, que consistía en las llamadas fiestas de jardín (*garden parties*), interrumpidas muchas veces por algún aguacero o por los vientos de primavera, allí muy frecuentes; pero tan concurridas como los *routs*. Y si lindas estaban las inglesas con el vestido de sociedad, no lo parecían menos con los ligeros trajes de paseo. El jardín de Lord Dudley, situado cerca de Hyde Park, era uno de los más a propósito para esta clase de reuniones, que entonces eran peculiares de Londres, pero que después se han introducido en todas las grandes capitales. Comenzaban igualmente con el tiempo templado las famosas carreras de caballos, imitadas también hoy día en todo el Continente y hasta en Los Estados Unidos, Méjico y Buenos Aires. Mas en ninguna otra parte tienen ni tendrán probablemente jamás el carácter nacional y popular de las inglesas, por ser una costumbre tan antigua en aquel país que, según algunos, existía ya en tiempo de los sajones, y es cosa cierta que el mismo Cromwell, a pesar de ser puritano, tenía caballos de carrera, uno de los cuales, llamado el *Turco blanco*, era célebre por sus triunfos en el hipódromo. Además todo el mundo toma interés en ellas, no sólo por la afición a los caballos, tan general allí como entre nosotros la de los toros, sino porque han degenerado en una especie de juego de azar tan inmoral y tan malo como el de la lotería o el de Monte Carlo, pero que agrada mucho al pueblo. Referiré, como prueba de ello, que no sólo el mayordomo y el portero de la Legación, sino hasta los criados de librea (*flunkeys*), tenían su libro de apuestas.

Como quiera, las carreras inglesas presentan un espectáculo sorprendente por el número y hermosura de los caballos, por la multitud de los espectadores y por la animación que en ellas reina. La emoción que se experimenta cuando los caballos vencedores llegan con la diferencia de sólo media cabeza en sus relativas distancias, es grande y agradable, principalmente para los que ganan. Todo Londres asiste a ellas, y la ciudad se queda silenciosa y vacía. La más aristocrática y lujosa es la de *Ascott*, a la cual entonces asistía la Reina, y hacía una impresión magnífica el verla llegar del cercano castillo de Windsor, en una carroza tirada por seis caballos ricamente enjaezados y seguida de otras en que venía toda su corte. Las *tualets* de las damas eran también espléndidas, y como los ingleses no pueden estar mucho tiempo sin comer ni beber, cada carruaje se convertía pronto en una mesa abierta donde menudeaban los tapones del Champaña.

La llamada *Derby*, que tiene lugar en junio, es más popular y hay en ella mucha mezcla de burguesía y pueblo. Froissard mismo, si la viera, tendría que modificar sus opiniones sobre el carácter de los ingleses, pues la abundancia de las libaciones, en especial de cerveza, no sólo alegra sino emborracha y enloquece al populacho, de tal suerte que cuando se vuelve a Londres a la caída de la tarde, hay que tener mucho cuidado para no recibir en la cabeza algún naranjazo u otra caricia todavía más ofensiva.

Luego que aumenta el calor, aunque nunca es muy grande, abandonan Londres todas las familias pudientes y vuelven a dispersarse, llegando algunas hasta la última Tule y las apartadas montañas de Escocia. Antiguamente iba también mucha gente a Bath, donde lucieron sus elegantes personas el bello Nash, el fatuo Brummel y otros petimetres de la pasada centuria. Ahora es Hamburgo, en Alemania, el lugar de recreo más fasionable durante el verano, y Brighton, en Inglaterra, durante el invierno, como también la isla de Wight, a la cual ha puesto de moda la

presencia en Osborne de la Reina Victoria. Pero la gran mayoría no abandona los verdes y amenos campos de la feliz Inglaterra, de los cuales dijo Washington Irving que nada hay más bello en su género, pues no sólo son dignas de admiración las suntuosas moradas y los frondosos parques de los nobles, sino que las casas modestas de los burgueses y hasta las habitaciones más humildes y rodeadas sólo de un diminuto jardín, se convierten, en las manos de un inglés de buen gusto, en un pequeño paraíso. Añádase a esto que el aspecto de aquellas pintorescas mansiones está asociado a las ideas de orden, de tranquilidad y de antiguas y venerandas costumbres.

Imitando a los demás y deseando que mi familia cambiase de aires, tomaba yo también todos los años una casita de campo fuera del recinto de Londres, en un sitio llamado *Child's Hill*, el cual tenía la ventaja de hallarse cercano a la colina de Hampstead, que es uno de los puntos más lindos de aquella campiña. El segundo Secretario, Conde de Casa-Valencia, había dejado ya la Legación con objeto de dedicarse a la vida política como Diputado a Cortes, para lo cual tenía todas las condiciones necesarias; pero su sucesor Merry del Val era también un joven inteligente y laborioso, a quien podía fiar los quehaceres de la Secretaría durante mi ausencia, permitiéndolo así nuestro jefe común, y de esta manera pude pasar en mi retiro campestre temporadas de felicidad doméstica, cuyo recuerdo me es todavía muy grato. Mi mujer amaba mucho el campo y mis hijos no cabían en sí de contento cuando corrían por aquellos amenos prados sobre unas borriquillas de alquiler muy vivarachas, una de las cuales se llamaba *Norma* y la otra *Jenny Lind*.

La costumbre que tienen los ingleses de vivir muchos meses del año en el campo, produce indudablemente grandes ventajas. Desde luego es buena para la salud, por el cambio de aire y por el ejercicio que allí se hace de continuo. Los hombres van a la caza, los unos con escopeta, en busca sobre todo, de ciertas gallinetas que dicen *grouses*; los otros con caballos y perros, en persecución de las zorras, y es muy pintoresco ver cómo atraviesa el campo un tropel de cazadores, cuyas casacas coloradas resaltan sobre el verdor de los llanos. Y mientras que los hombres cazan, las señoras pasean mucho a pie, y están tan acostumbradas al mal clima, que lo hacen hasta cuando llueve, armándose de chanclos y paraguas. Dedícanse también al crochet (*lawn tennis*) y otros juegos violentos que las mantienen sanas y robustas.

Es buena asimismo esta residencia en el campo para la cultura y mejor gobierno del país, porque la presencia de los propietarios aumenta su prestigio, hace más cordiales sus relaciones con los cultivadores, mejora las ideas y hasta las costumbres de los campesinos y contribuye poderosamente al progreso de la agricultura. Y por fin, tiene esa costumbre otro excelente resultado, si bien indirecto, que es el fomento de las buenas letras. No siempre es posible cazar, ni jugar; los días son cortos, las noches largas, las visitas entre vecinos no son siempre posibles ni divertidas; preciso es, pues, que aquella multitud de gente ociosa y culta dedique muchas horas a la lectura, y no sólo las semi-literatas, llamadas *medias azules*, porque este nombre fue dado a su primer modelo Miss Stillingfleet, la cual las usaba siempre de ese color, sino también todas las señoras y señoritas de Inglaterra. Y verificándose también en esto la ley económica del aumento de la oferta en proporción de la demanda, la consecuencia es que se publican una infinidad de libros de todas clases, unos serios, que sirven de alimento a los hombres, otros de pasatiempo, como viajes, poesías, y sobre todo novelas, muy a propósito para las damas.

Para convencerse de ello no hay más que echar una ojeada al catálogo de la edición de Tauchnitz y se verá que suben ya a miles las que han visto la luz en nuestro siglo, ora históricas, como *Rienzi* y *Richelieu*, ora políticas, como *Vivian Grey*; unas satíricas, como la *Feria de Vanidad*, otras con pinturas de costumbres, como *Madres e Hijas*, o de intriga y sensación, cuales *La mujer vestida de blanco* y *El secreto de Lady Audley*, o en fin, puramente humorísticas, como *Los papeles del Club de Pickwick*. Escríbenlas grandes ingenios, escríbenlas medianos y hasta señoras y señoritas, y no tres o cuatro de éstas, como en otros países, sino más de treinta, entre quienes se cuentan una Mariana Evans (Jorge Eliot); una Ouida y una Miss Braddon, cuyas elegantes plumas compiten con las de los escritores más ilustres, y dando el ejemplo de la moralidad y del buen gusto, contribuyen a que los hombres hagan lo mismo, y que así como en Francia la regla general es que

las novelas sean poco decentes, al punto de que hoy día en las casas donde hay señoritas jóvenes no puede dejarse sobre las mesas ni aun la *Revista de Ambos Mundos*, en Inglaterra la regla general es que sean decentes y honestas, según lo he indicado ya en otro capítulo.

Seguía mi mujer en esto la costumbre de todas las demás señoras, y aunque yo me dedicaba también a otras lecturas más serias, encontraba siempre tiempo para leerle bastantes novelas, como lo había hecho en Turín y Nápoles, especialmente en las largas noches de invierno, cuando las distancias y el clima no permiten muchas visitas. Presentes están en mi memoria las horas tranquilas que ocupábamos de esa manera, al amor de la chimenea, y a la luz de una lámpara, cuya pantalla color de rosa daba esta poética tinta a toda nuestra salita.

Pero mis vacaciones del campo terminaban siempre en octubre y volvíamos luego a la vida de Londres, a sus lúgubres neblinas y a sus tristes días y a sus todavía más tristes noches. Teníamos, sin embargo, en aquella temporada otra gran distracción además de las lecturas y de los saraos del Conde Apponi, únicos, como ya he dicho, que había en invierno, y eran los teatros, a los cuales íbamos tan a menudo como nuestros medios nos lo permitían. El principal de todos para la prosa era siempre *Drury Laney* donde de antiguo se ha representado con gran esmero, donde brillaron los talentos de Garrick, Kembel y Kean. Entonces era Mac Cready el actor de más fama, y no me pareció inferior a ella. Pero casi tanto como él me agradaba el joven Kean, sobrino del gran trágico de este nombre, el cual recitaba en un pequeño teatro llamado de la *Princesa*. Ayudábanle su mujer y otros buenos actores, y a fuerza de repetir casi siempre las mismas obras, habían conseguido todos una gran perfección en ellas.

Tienen los ingleses mucha aptitud para representar, con especialidad los dos extremos de la tragedia y de la farsa, y sólo puede tachárseles de cierta exageración, porque en la tragedia singularmente, gritan y se agitan como energúmenos. Mas, a pesar de esto, el efecto que producen es a veces muy notable. Cuando Kean, en el papel de Macbeto, volvía después de haber asesinado a Duncan, se sentía no sólo emoción, sino terror; y cuando, haciendo de Rey Ricardo, pedía a gritos un caballo para salvarse, se habría querido tener allí uno para dárselo.

Shakespeare continúa reinando sin rival en la escena de Inglaterra, y el entusiasmo que excita es real y duradero. Aquel poeta es allí lo que Cervantes en España, lo que Dante en Italia. Hállanse en él lecciones y textos para todo; todos lo leen y lo saben de memoria. Tienen, sin embargo, que suprimir algunos pormenores casi bárbaros, como la escena en que le sacan los ojos al Rey Lear, y no es posible tampoco aceptar todas las hipérboles de sus encomiadores. Buckle, por ejemplo, llega a decir que es el mayor ingenio conocido, de lo cual hay que rebajar bastante, pues en primer lugar, por lo que hace a la invención, la hay harto mayor en Dante, Boyardo, Ariosto, y sobre todo en Cervantes. Shakespeare ha tomado casi todos los asuntos de sus dramas y comedias de la historia de su patria, de Plutarco o de novelas italianas, y su mérito consiste en haber sacado partido de ellas, idealizándolas de una manera admirable. Esto le coloca ciertamente a la cabeza de los autores dramáticos, como sostiene Schlegel, mas no a la de toda la literatura, cual lo pretende Buckle.

Como quiera, de ese talento moralizador está lleno su teatro y pondré aquí dos ejemplos de ello muy notables. El asunto de *Julieta y Romeo* está sacado de una novela de Bandello; mas éste cuenta que el matrimonio de los dos amantes llegó a consumarse, mientras que Shakespeare en su drama no lo dice claramente; lo cual, si es menos humano, es mucho más poético. La fábula de *Otelo* está tomada del *Ecatonmiti* de Giraldi, pero con esta diferencia: que según el autor italiano, quien mató a Desdémona fue el Alférez (Yago) por orden del moro, en vez de que el poeta inglés hace que le mate el mismo moro; cuya acción es así más noble, más terrible y más dramática.

Otra superioridad de Shakespeare consiste en su elocuencia, no existiendo otro autor dramático que la posea en tan alto grado. La arenga de Antonio en los funerales de César, las quejas del judío Sylock, los lamentos de la Princesa Constanza por la muerte de su hijo Arturo, y el monólogo de Hamlet, pueden compararse con los trozos más bellos de Cicerón y Demóstenes. Schlegel los admira y Taine dice que su estilo es un compuesto de expresiones tan vehementes, que no parece que habla sino que grita. Y en fin, es Shakespeare, cuando es necesario, tan gracioso

como Plauto o Moliere, y de ello puede convencerse quien lea sus *Comadres de Windsor, Mucho ruido para nada,* o cualquiera otra de sus comedias.

Para éstas en general y para los dramas burgueses, había el antiguo teatro de Hay Market, en el cual recitaban actores tan excelentes como Matews y Buckstone. Este último era de aquel género adorado del público, cuyo gracejo era tal, que bastaba que se presentase en las tablas para que todos se rieran, como sucedía con Guzmán y Cuba en la época de mi residencia en Madrid. Por desgracia, el repertorio moderno no era ni muy abundante ni muy divertido, y a menudo degeneraba en farsa, pues en punto a comedias y dramas no tienen ahora los ingleses la misma aptitud ni la misma fecundidad que muestran, por ejemplo, en las novelas, y son en ese género inferiores a los franceses. Probablemente nace esto de que las fábulas pintadas en las novelas están destinadas para un público escogido, al paso que las comedias se escriben también para el pueblo, que es allí muy aficionado a lo grotesco. Otra causa de ello puede ser que la moralidad exigida hoy por el público inglés no permite las piezas fundadas en la seducción o el adulterio, que es el recurso principal de los dramaturgos de Francia. En fin, tienen los ingleses cierta gracia llamada *humour*, mas no la sal ática de Aristófanes y Plauto, ni el chiste fino de los escritores franceses, ni tampoco la habilidad que poseen éstos para enredar y desenredar la trama. Shakespeare entre los antiguos y Sheridan entro los modernos, brillan como únicos en su clase y no han tenido imitadores.

Cuando llegaban las Navidades, cesaban todas las representaciones dramáticas y en su lugar había pantomimas en todos los teatros de Londres. Las mejores eran las de Drury Lane; pero también las demás eran buenas. Aunque no a todos agrada esta clase de espectáculo, no hay duda que tiene bastante atractivo. Su antigüedad es muy grande. En Grecia tuvo al principio tanta sencillez, que las ejecutaban dos solos actores acompañados de otro que les marcaba el ritmo con la flauta. Crecieron después en importancia y al fin en Roma rivalizaron con las tragedias y comedias. Batilo, favorito de Mecenas, y Pilades, rival suyo, han dejado fama como consumados en este arte. En Italia le tienen mucha afición, y en todos los bailes teatrales ocupa la pantomima muchas escenas. Las de Londres son de dos clases: representan las unas algún cuento de hadas, los cuales gustan en Inglaterra casi tanto como en España las leyendas de moros y cristianos, según lo prueba el hecho de que el mejor poema que poseen después del *Paraíso perdido* es la *Reina de las hadas*, de Spencer; y Shakespeare pone hadas, duendes y espíritus aéreos en muchas de sus obras. Las otras son revistas de sucesos actuales y caricaturas políticas, género también muy favorito de los ingleses. Había actores que remedaban a Gladstone, Disraeli y Palmerston, de un modo sorprendente. En todas era el escenamiento magnífico, los trajes suntuosos e innumerable la cantidad de mujeres bonitas que figuraban como mimas y comparsas.

El solo defecto de estas pantomimas es que duran demasiado, pues no cesan de darlas hasta la mitad de enero. Mas reanúdanse después los espectáculos de siempre, y cuando se abre el Parlamento y empieza a volver del campo la gente elegante, se abren los teatros de música y acude a ellos la flor de la nobleza y de la *gentry*. Eran entonces dos, el de Su Majestad y Covent Garden, y ambos muy buenos. Desde principios del siglo anterior se introdujo en ellos la ópera italiana y han rivalizado después con los mejores de Italia y Erancia. Allí cantaron un día la Pasta y la Malibran, la Alboni y Jenny Lind, Rubini y Tamburini, y allí cantaban entonces la Grisi, que acababa su brillante carrera, siendo siempre una *Norma* inimitable y la Patti, que empezaba la suya con el Fausto. Los cantores eran asimismo de primer orden, y los ingleses preferían sobre todos a Mario, Marqués de Candía, pues aunque había perdido mucha parte de su voz, era hombre tan arrogante y se veía tan bien en toda su persona que era bien nacido, fino y elegante, que esto bastaba para encantar al público de Inglaterra. Además Mario reemplazaba con su buen gusto la falta de otros medios. Daban entonces el *Fausto*, en cuya ópera se mostró el francés Gounod a la altura de los grandes maestros y rivalizó con Berlioz, Donizetti y Verdi en la expresión apasionada y en la bella melodía, y Mario interpretaba muy bien su difícil parte.

El público que acudía a estos teatros era muy numeroso, porque los ingleses tienen grande afición a la música, y no sólo a la dramática sino a la instrumental y sinfónica, y también a la que es

de un carácter religioso, y hay allí varios salones, llamados *Halls*, adornados con mucha riqueza, en los cuales se dan buenos conciertos y se ejecutan la *Creación* y *Las Estaciones* de Haydn, el *Mesías* y el *Judas Macabeo* de Handel, y otros célebres Oratorios. Ni carecen tampoco de gusto para las melodías nacionales, especialmente en Irlanda, siendo notorio que durante algún tiempo tuvo en toda Inglaterra mucha fama el poeta Moore, quien compuso la letra para muchas de días y las cantaba al piano en las principales casas de Londres. Una de esas melodías, titulada *La última rosa verano*, ha servido a Flotow para el aria más bella de su *Marta*.

Y sin embarco, no parece que posean en realidad grandes aptitudes para ese arte divino, especialmente para el canto. Desde luego es notable que no hayan tenido grandes compositores. Citan a un Purcell, que escribió la música para *La Tempestad* y otros dramas de Shakespeare, mas no ha obtenido mucho renombre. Handel, único gran maestro de que se ufanan, era alemán. Después no han descollado otros más que Balfe y Sullivan, cuyas óperas, aplaudidas en Inglaterrra, no han logrado mucho éxito fuera de aquel país. Además llama la atención la mala cualidad de la música popular y callejera. Diríase que la raza inglesa carece por completo de oído, según lo que desentonan las personas que no han recibido alguna educación musical. En fin, otro obstáculo para el canto es la lengua inglesa misma, cuya pronunciación exige precisamente que se cierre la boca y aun los dientes, de suerte que el inglés que canta hace un esfuerzo doble del que emplea un español o un italiano.

Pero lo más curioso es cuando cantan piezas españolas, a las cuales son aficionadísimos, y no faltan allí quienes se las acompañen con la guitarra. El oírles las seguidillas y otras canciones nuestras, y ver cómo tratan de imitar la sal andaluza, es cosa en su género muy divertida. Y no lo es menos escuchar una pieza bufa italiana traducida al inglés. Recuerdo haber oído en un concierto de aficionados a cierto caballero de aquel país, que con bastante mediana voz cantaba el aria de *Fígaro* y decía con gran desparpajo y aire picaresco:

Fígaro here, Fígaro there,
What a funny fellow Yam.

LXVIII.
Londres, de 1858 a 1865.

Tres grandes plagas de la Inglaterra.—La embriaguez, la pobreza y la prostitución.—Cómo las combaten.—Medios materiales.—Medios morales.—Espíritu religioso de los ingleses.—Exacta observación del domingo.—Devoción de los fieles.—Afición a los sermones y a la lectura de la Biblia.—Por qué la Inglaterra se hizo protestante.—Pasiones de Enrique VIII.—Avaricia de los nobles.—Orgullo de los ingleses.—Por qué persiguieron tanto a los católicos.—Parte que en ello tuvo la hostilidad de otros países.—Causa de la tolerancia moderna.—Espíritu filosófico.—Talento de O'Connell.—Prudencia de Peel y de Wellington.—Cordura de Wiseman.—Numerosas conversiones al catolicismo.—Límites que han tenido.

Brillante sobre toda ponderación es sin duda alguna el espectáculo que ofrece la capital de Inglaterra cuando acude a ella toda la nobleza y hace muestras de sus riquezas en fiestas, teatros y paseos. Ocurre, sin embargo, involuntariamente al pensamiento, que al lado de aquella extrema esplendidez hay un vicio extremado y una extremada miseria. La Roma moderna tiene también su suburra, como la antigua, y si no hay en ella esclavos, hay sí millares de seres, cuya existencia es peor aun que la de los que conoció el paganismo. La Inglaterra puede ser comparada a una de esas bellas medallas griegas, en cuyo anverso se ve una hermosa Minerva y en su reverso una serpiente.

Tres son las principales plagas con las cuales se halla afligida y afeada aquella nación altanera: la embriaguez, la pobreza y la prostitución. Prodúcenlas, entre otras causas, el clima, la carestía y las crisis industriales, y auméntalas en muchos casos la dureza de los caracteres. Aunque

la generosidad es mucha, la caridad es poca: el que cae no se levanta; al que peca, difícilmente se le perdona. Además, todas tres son a la vez causa y efecto. La embriaguez produce la pobreza y la prostitución, y éstas traen luego consigo la embriaguez y la pobreza.

Es la embriaguez un vicio general entre los pueblos del Norte, a causa del frío que en ellos reina. Rara vez se halla un borracho en Italia o en España, mientras que en Inglaterra son vistos a cada paso; y no sólo hombres sino también mujeres, lo cual es mucho más repugnante. Ni parece que esto cause allí la misma repulsión que entre nosotros, antes bien excita la envidia, como lo decía muy bien una vez el *Punch*, en una chistosa caricatura.

La pobreza es también muy grande, y si no se nota más es porque vive encerrada en ciertos barrios apartados. Los ingleses que van a España y a Italia suelen extrañar, con razón, el gran número de pobres que, con libertad allí secular, invaden las calles principales y hasta las mismas iglesias. Pero ¡ay! que si en Londres no estuviera prohibido el mendigar, no sería materialmente posible moverse. Y el aspecto de los pocos que allí se ven, cuando pueden burlar la vigilancia de la policía, es mucho más lastimoso que el de los que existen en los países del Mediodía. Sus cuerpos demacrados, sus rostros cadavéricos y los harapos que los cubren forman un contraste tan grande con el lujo y lozanía de los demás ingleses, que esto dobla la compasión de quien los mira.

La prostitución es asimismo grande y lastimosa. Existe ciertamente en otros países, mas no tanta ni tan desvergonzada como la que se nota en Inglaterra. Unida a la embriaguez causa una verdadera repugnancia, y siempre recuerdo con horror que, al salir una noche del Club con el Secretario de Holanda, tuvimos que defendernos con los paraguas de dos modernas bacantes, que querían llevarnos por fuerza a su casa. Hay algunas, sin embargo, con una fisonomía tan candorosa, que parecen ángeles caídos, y en lugar de excitar temor o malos deseos, causan una compasión infinita.

Apresúrome a decir que tanto el gobierno como los particulares hacen los mayores esfuerzos para corregir estas plagas tan horribles. Emplean para ello toda suerte de medios materiales. Casas de trabajo, que dicen *Working houses*, asilos, hospitales; los unos costeados con la contribución de pobres, los otros con suscripciones voluntarias; de todo hay allí con profusión, porque la generosidad de los ingleses es inagotable. Sólo faltan hospitales de expósitos, contra los cuales tienen ciertas preocupaciones nacidas del odio a todo aquello que ha sido instituido por la Iglesia católica. Pero hacen mal en esto, como lo prueba la cantidad increíble de infanticidios que allí se cometen y el número de criaturas recién nacidas que se encuentran a cada momento tiradas en las plazas públicas, como si fueran pequeños gatos.

Usan también medios morales, y la misma Duquesa de Sutherland, que es una de las damas más ricas y encopetadas de aquel país, se ha puesto a la cabeza de una sociedad destinada a propagar la templanza y el uso del té, en vez de licores, a cuyos adeptos llaman por eso *teatotalers*. El clero ayuda igualmente a ello con sus continuas exhortaciones, y hay multitud de señoras que contribuyen al mismo efecto por medio de conferencias y colectas. Lo único que no hacen las damas inglesas, tanto las protestantes como las católicas, es visitar a los pobres. Contábame la Condesa de Lauradio, cuya principal ocupación eran las obras de misericordia, que cuando se trataba de dinero no había ninguna que lo rehusase y aun se mostraban en general por extremo dadivosas, dando, no pocos chelines, sino muchas libras esterlinas. Mas eran sumamente pocas las que querían entrar en las habitaciones de los pobres y poner sus pulcros vestidos en contacto con los harapos.

Tantos y tan laudables esfuerzos no son sin duda inútiles, mas no han bastado hasta ahora para disminuir de un modo apreciable tales desgracias. La humanidad sufre de verlas y son particularmente sensibles al espíritu cristiano de los mismos ingleses, porque el carácter de éstos,, justo es decirlo, es generalmente muy religioso, según lo prueba su respeto del día festivo y la devoción que los fieles demuestran durante el culto divino. La manera como observan el domingo llama sobre todo la atención de los extranjeros, no existiendo una cosa igual en ningún otro país del mundo. Y es que el inglés, igual en todo, no admite en este punto término medio, sino que cumple

lo que cree su deber de la manera más estricta. Cesa allí en aquel día todo trabajo y toda diversión, y hasta los niños que van a pasear a los parques se abstienen de llevar sus juguetes de costumbre. Cesa el correo, redúcense los trenes del ferrocarril a lo estrictamente necesario, y el cierre delas tiendas es tan completo, que la ciudad parece abandonada y resuena en las calles el ruido de los pasos.

En esto más que en otra cosa alguna se advierte la influencia puritana y el espíritu, no tanto de Lutero como de Calvino, transmitido a Escocia y después a Inglaterra por los discípulos de aquel austero heresiarca. Esa severidad ha llegado a formar parte del carácter nacional y es notada a cada paso en la historia política de aquella nación y aun en la artística y literaria. El célebre Doctor Johnson, por ejemplo, con todo de ser un escritor tan despreocupado, le decía al morir a su íntimo amigo el pintor Reynolds: «Dos cosas solas te recomiendo: que leas más a menudo la Biblia y que no cojas los pinceles el domingo». Critican algunos extranjeros esta buena costumbre, por exagerada y por nociva, Mas, si ha de haber exageración, mejor es que la haya en este sentido que en el contrario, como sucede en tantas ciudades del Continente. Algunas hay donde, según la sabia observación de Lacordaire, se cubre con el manto dorado de la libertad de conciencia una verdadera tiranía. La observancia del domingo es la emancipación del obrero, y si alguien quisiere sostener que puede ser perjudicial para el desarrollo de la riqueza pública, sírvale de respuesta el ejemplo de Inglaterra, a la cual no impide esa observancia que sea la primera nación del mundo en el comercio y la industria.

Notable es igualmente la concurrencia a las iglesias de un público muy numeroso, y la devoción con que el clero celebra los oficios divinos y asisten a ellos los fieles. Quien no lo haya visto no puede apenas creerlo. En las iglesias católicas usan, como en el Continente, luces y flores, y todas las de ambos cultos se embellecen en la Pascua de Navidad con guirnaldas del clásico *holyhock*, especie de laurel rizado, cuyas hojas lustrosas y frutas de un rojo muy vivo alegran mucho la vista. Y no sólo las iglesias sino también las casas particulares hacen uso de ese adorno, uniéndolo a veces con otro que consiste en una planta de flores y frutillos blancos llamada *mistletoe*, la cual crece en el tronco de las encinas y se cree es el *gui*, que cortaban los druidas en el solsticio de invierno, de donde viene nuestro vocablo aguinaldo. En cuanto al árbol de Navidad, aunque es asimismo de origen celta y escandinavo, puede ser considerado allí cual un símbolo religioso, toda vez que se asocia a los recuerdos de aquella Pascua. Y cuando llega esta fiesta popular no hay casa, por modesta que sea, donde no se coma para celebrarla el clásico *plumpudding*.

Son los ingleses muy aficionados a los sermones, y del Rey Jacobo I se cuenta que preguntado qué le gustaba más, el sermón o las preces, respondió que el primero, porque cuando rezaba era él quien hablaba a Dios, en vez de que en el sermón era Dios quien le hablaba a él. A los clérigos que no predican les llaman los protestantes perros mudos (*dumb dogs*) y no conciben función alguna religiosa sin ese requisito. No han tenido ningún predicador tan eminente como Bossuet o Bourdaloue, mas no carecen de algunos buenos, así antiguos como modernos. Fillotson, uno de ellos, es alabado por el mismo abate Andrés, y también merecen elogios Brown, Blair y Pusey. En las iglesias católicas sucede otro tanto que en las protestantes y hay siempre plática o sermón en la misa mayor y en las vísperas. En la de Santiago, donde oíamos a menudo la misa mayor, se distinguía el cura Hunt, y en la de los Jesuitas predicaban con mucha unción los Padres Galway y Eyre. Y en las católicas se ha adoptado además una costumbre que me parece excelente y quisiera ver imitada en todas partes, la cual consiste en que el sacerdote que celebra, además de leer el Evangelio en latín, lo lee también vuelto al público, en inglés, o sea en lengua vulgar, en todas las misas rezadas del domingo.

Buena y aun magnífica a veces es la música que se ejecuta en todos los templos. Ya he mencionado los estupendos coros de niños de San Pablo. Bellos son también los cantos corales de otras iglesias anglicanas y sobre todo los órganos. En las católicas hay igualmente buenas capillas, distinguiéndose entre otras las de Baviera, el Oratorio y los Jesuitas. En esta última había un cierto

Padre Mayer, que tenía mucha habilidad y mucho gusto para elegir y dirigir la música sagrada. Íbamos también mucho mi mujer y yo a esta iglesia, y recuerdo el placer que experimentaba oyendo las misas del repertorio clásico y también algunos himnos famosos, como, por ejemplo, el *Lauda Sion* de Mendelsohn, que es una joya en su género, por la admirable conformidad del canto con las palabras. Un solo defecto le hallo yo en general a estas por lo demás admirables composiciones, y es que son demasiado largas, como ya lo he observado hablando del canto de la Sixtina. Atiéndese más en ellas a las notas que al texto.

Sabido es que los protestantes son grandes lectores de la Biblia, y no sólo del Nuevo Testamento, sino también del Antiguo, de lo cual no puede criticárseles. Los Vedas contienen algunas cosas bellas, pero mezcladas con muchas extravagantes; el Alcorán es, según la frase de un gran predicador, un plagio de nuestras Sagradas Escrituras hecho por un buen escolar de la Meca: sólo la Biblia es bella por el fondo y por la forma, por su origen y por su doctrina, y como dice con razón Herder, dejando aparte su carácter inspirado, es el primer libro religioso del mundo a causa de su elevación y dignidad, y también de la adoración, sumisión y gratitud que respiran en todas sus páginas. Es, sin embargo, reparable que la dejen leer a todos sin distinción de edad ni de sexo. San Jerónimo dice en una de sus cartas que los mismos hebreos no lo permitían sino observando ciertos grados, de manera que nadie la podía leer entera antes de haber cumplido treinta años.

Por último, poseen también los protestantes algunos libros místicos y de mera devoción, que hacen las delicias de las personas piadosas, que las hay por fortuna entre ellos; mas no admiten esas obras comparación con Granada y Santa Teresa, ni mucho menos con la *Imitación* o la *Filotea*. Con todo, la *Santa vida y santa muerte* de Taylor tiene bastante mérito, y el *Viaje del Peregrino*, escrito por el metodista Bunyan, es original y ameno. Consiste en una historia alegórica, que imita los romances de caballería, con sus castillos, gigantes, leones y hasta doncellas que sirven a los caminantes, y figuran en ella personificados el espíritu mundano, la obstinación, la paciencia y varios vicios y virtudes.

Después de enumerar todas estas cosas, que prueban el carácter religioso de los ingleses, ocurre preguntar: ¿cómo fue que, dejando de ser católicos, se hicieron protestantes? ¿Cómo fue que aquella isla donde florecieron un San Eduardo, comparable con los Fernandos y Luises, un venerable Beda, que fue por su piedad y erudición otro San Isidoro de Sevilla, un Columba, fundador de la abadía de Jona y apóstol de la Escocia, y tantos otros santos, cómo fue, digo, que vino a hacerse protestante? Y ¿cómo fue que se hizo además tan cruel y perseguidora?; y ¿por qué, en fin, sucede que cuando ha dejado ahora de serlo se advierte todavía que las conversiones al catolicismo no pasan de un cierto límite?

El cambio de religión de Inglaterra es atribuido en general a las pasiones de Enrique VIII, y ciertamente que mucho contribuyeron a ello, como contribuyeron al mismo resultado en Alemania las de Felipe de Hesse, que no titubeó en hacerse bígamo, y las del mismo Lutero, el cual se casó sacrílegamente con la monja Catalina Bora, haciendo decir al agudo Erasmo que el protestantismo había acabado, como las comedias, en casamiento.

Mas como quiera que esto sea, las pasiones de Enrique ayudaron al establecimiento del protestantismo, pero no fueron su causa principal. Hubo varias otras además de esta. Desde luego entró en ello por mucho la excesiva riqueza de la Iglesia católica, que excitó la avaricia de los nobles.

Esta misma tendencia acabamos de verla hasta en los países católicos, donde la revolución se ha apresurado a protestantizarse en este punto, despojando al clero y a los frailes y poniendo en venta sus bienes. Los reformadores del siglo decimosexto hicieron esto en otra forma, tanto en Alemania como en Inglaterra. Los soberanos mismos se apoderaron de una parte de sus propiedades y repartieron las demás entre sus partidarios, y hasta los nombres de ciertas posesiones de los nobles ingleses recuerdan todavía este hecho histórico tan importante. Un sitio de campo del Duque de Cleveland se llama siempre *Battle Abbey; Bolton Abbey* es una quinta del Duque de Devonshire; *Ranton Abbey* es del Conde de Liechfield, y pudiera citar muchas otras.

Pero las causas más principales de aquella revolución fueron dos: el orgullo nacional y el orgullo filosófico. El amor propio nacional inglés se sometía con repugnancia a una autoridad que consideraba como extranjera, y no gustaba tampoco de una liturgia en lengua latina, que aquel pueblo no la entiende como la entiende el nuestro, y aprovechó con apresuramiento la ocasión de emanciparse. Ni este hecho ha sido exclusivo de Inglaterra; ha sido casi general en Europa, y por eso vemos que el Cristianismo ha quedado al fin poco a poco dividido en tantas Iglesias diferentes como las nacionalidades y lenguas. Una latina, que es la sola verdadera, por estar sometida al Santo Pontífice de Roma, sucesor de San Pedro; dos griegas, que obedecen a sus respectivos Patriarcas; una eslava, cuyo Papa es el Emperador de Rusia; la alemana y la escandinava, del todo independientes, y la anglicana, cuyo Papa es el Rey de Inglaterra. El Austria y algunos otros países de diversas lenguas han continuado siendo católicos, a causa de su proximidad a Italia y de antiguas tradiciones, tanto religiosas como políticas.

Unióse con este orgullo nacional el orgullo filosófico, porque la propagación de los clásicos antiguos y el renacimiento de las letras trajo consigo el espíritu de libre examen, y ya antes de Calvino y Lutero había habido heresiarcas que pretendían interpretar a su manera las Sagradas Escrituras y no querían obedecer al Papa, tales como Occam y Wiclef en Inglaterra y Juan Huss en Alemania. Los ingleses, a quienes conviene enteramente el retrato que hace Milton en su poema de los ángeles rebeldes, adoptaron pronto estas nuevas doctrinas, y aunque lo absurdo de ellas era evidente, su deseo de independencia no les permitió advertirlo.

Una vez establecida la Iglesia anglicana, hubo varios hechos que la hicieron fanática y perseguidora. Lutero, el cual fue favorecido por los Príncipes alemanes, profesó en política opiniones moderadas; pero Calvino, perseguido por los Reyes de Francia y refugiado en la libre Ginebra, adoptó las republicanas, y de Calvino las tomaron los puritanos de Escocia y de Inglaterra. Por otro lado, los Reyes de estos dos países quisieron poner límites a la Reforma; y, lo que es más importante, tanto la España como la Francia se empeñaron, cada uno a su vez, en oponerse al protestantismo y proteger allí a los Monarcas católicos. Felipe II provocó las iras de Isabel, y Luis XIV las de Guillermo. Para comprender toda la temeridad de semejante política basta figurarse lo que hubiera acontecido si, por el contrario, la Inglaterra o cualquiera otra nación se hubiera empeñado en introducir en España el protestantismo.

Para colmo de desventura, la época era sangrienta, por que la Europa salía apenas de la barbarie de la Edad Media. Católicos y protestantes, y aun los protestantes entre sí, como Calvino y Serveto, se mataban y quemaban cual si fueran animales dañinos. De la historia de aquellos tiempos se puede decir, como se ha dicho de los revolucionarios franceses, que no es la historia de hombres, sino de demonios. La Irlanda especialmente era tratada con una tiranía inaudita, y de buena gana hubieran los ingleses expulsado de ella a todos los católicos, como hizo Felipe III con los judíos y moriscos, y Luis XIV con los hugonotes, a no habérselo impedido su gran número. Oprimiéronlos, sin embargo, en todo el reino con confiscaciones, despojos, prisiones y multas, y exigiéndoles un absurdo juramento, les privaron de los derechos civiles y políticos.

Y era tan grande el odio producido por aquellas luchas, que aun después que estuvo al fin asegurada en Inglaterra la dinastía protestante y el Gobierno quiso favorecer un poco a los católicos en tiempo de Jorge III, el populacho de Londres se amotinó locamente gritando «fuera el papismo» (*no Popery*), y capitaneado por un cierto Lord Gordon, fue durante algunos días el dueño absoluto de aquella capital, quemando y saqueando a su placer, hasta que al fin el Rey mismo tuvo que tomar sobre sí la responsabilidad de permitir a las tropas que hiciesen fuego sobre los revoltosos. Mas vinieron luego los escritos de los filósofos franceses; vino la revolución del año 89, que a vuelta de otras cosas malas propagaba el sabio principio de la tolerancia religiosa, y los ingleses comenzaron a mostrarse más humanos con los católicos. Resistíanse, con todo, a concederles una emancipación política completa; mas la fuerza de la opinión pública, las agitaciones perpetuas de Irlanda y la elocuencia de O'Connell, la hicieron indispensable. El célebre Roberto Peel y el Duque de Wellington, tan esforzado en la guerra como prudente en la paz, realizaron al cabo esa gran medida.

Respiraron por fin los católicos y aumentaron pronto de tal modo, que el Papa Pío IX creyó conveniente restablecer allí la jerarquía eclesiástica, nombrando un cierto número de Obispos, a cuya cabeza colocó al Cardenal Wiseman. Quisieron oponerse a ello algunos fanáticos, pero cedieron después gracias a la cordura de aquel ilustre prelado y de los mismos católicos, y ya hoy día no hay nadie que piense en cambiar el nuevo estado de cosas. Ni hay tampoco ningún anglicano que de buena fe se alarme por sus resultados; porque si bien es verdad que las conversiones al catolicismo son numerosas, no lo son tanto que con ellas corra peligro la Iglesia anglicana. Su base es absurda, como lo demuestra el número de sectas en que el protestantismo se subdivide; para convencerse de sus errores no hay necesidad de recurrir a Bossuet, ni a Perronne, ni a Hurter; basta consultar los escritos más sencillos de Franco y Segur o el libro casi familiar de Mary Monica, titulado *Conversaciones de la cabaña* (*Cottage conversations*) que ha convertido a tantos; basta casi el simple sentido común. Mas no hay peor ciego que el que no quiere ver, ni peor sordo que el que no quiere oír, y aquella Iglesia está tan identificada con las instituciones políticas de los ingleses y conviene tanto a su carácter independiente, que esto basta para que se sostenga. El orgullo la fundó: el orgullo la mantiene.

LXIX.
Londres, de 1858 a 1865.

Sucesos de España.—El carácter batallador de los españoles sobrevive a sus desgracias.—O'Donnell en menos de cinco años emprende cinco guerras inútiles.—Cuestión de Marruecos.—Entusiasmo de la nación.—Éxito feliz de la campaña.—La Inglaterra, temiendo por la seguridad de Gibraltar, se opuso a la ocupación de Tánger.—O'Donnell tuvo la cordura de detenerse y de concluir la paz.—Porqué no debemos sentir aquella oposición.—Dificultades de la conquista de Marruecos.—Dudas que esto sugiere sobre la utilidad de nuestros presidios.—Cuan conveniente sería cambiarlos por Gibraltar.—Anexión de Santo Domingo.—Guerra que de ella resulta.—Abandono final de aquella isla.

Demos ahora un salto de la religión a la política y de Inglaterra a España. Veamos qué sucede en este último país después que el General O'Donnell ha conseguido organizar un gobierno algo estable con el apoyo de la llamada Unión liberal. Es, por desgracia, una regla sin excepción que las naciones, lo mismo que los individuos, no mudan de carácter. La historia de España en aquel tiempo es una nueva prueba de ello. Cualquiera pensaría que una nación tan combatida por continuas revoluciones, tan atrasada y empobrecida como ella, aprovecharía el respiro que le proporcionaba el gobierno ilustrado y conciliador de O'Donnell para restañar sus heridas y dedicarse a la amortización de su deuda, a la construcción de caminos y canales y al desarrollo de su riqueza. Parecía también natural que un país que había sufrido tanto por las continuas guerras emprendidas con poca cordura por sus antiguos Reyes absolutos, se apresuraría a cambiar de sistema cuando era al fin dueño de sus destinos. Sucedió, sin embargo, todo lo contrario. El carácter español sobrevivía a todas nuestras desgracias.

Como si cada cual no tuviese más empeño que emular las imprudencias de los Carlos, las locuras de los Felipes y los desaciertos de los Olivares y Arandas, empujaron todos al General O'Donnell para que saliese sin demora a campaña. Hízolo así éste de muy buena gana, porque si bien de origen irlandés, era tan pendenciero y batallador como la mayoría de los españoles, y para acallar mejor la voz de su conciencia, pretendió que era necesario calmar los ánimos alterados, dándoles la distracción de la guerra y de la gloria, como lo hacía Napoleón en Francia. Abrigó, además, la idea muy acariciada también por Don Alejandro Mon y otros megalómanos de aquella época, de hacer que España fuese declarada Potencia de primer orden; ocurrencia singular, que equivale, en mi concepto, a pretender que un pobre sea declarado rico, o que un chico de cuerpo sea

declarado gigante. Por último, animaba mucho a O'Donnell para tales proyectos la circunstancia de hallarse por el momento abundante de recursos con el producto de la última desamortización eclesiástica, que fue para la Unión liberal una verdadera gallina de los huevos de oro.

Para realizar luego tan bellos planes, el General O'Donnell echó mano de cuantas ocasiones de pendencia se le presentaron, y se dio tan buena maña, que en menos de cinco años acometió cinco guerras, una a la verdad bastante gloriosa; pero todas inútiles, costosas y por lo tanto, deplorables. La primera cuestión fue con Marruecos, donde, según se imaginaban muchos, dando crédito a las excentricidades de Donoso Cortés, estaba el porvenir de España, y ofrecían ocasión de guerra algunas tropelías cometidas contra nuestros presidios por los moros de la frontera. El caso no era nuevo, y el arreglo de la contienda era posible sin necesidad de recurrir a las armas. Además, tanto la Inglaterra como la Francia, nos ofrecieron su mediación para orillarla. Mas no sólo no quiso nuestro gobierno admitir esto, sino que, según lo observan acertadamente tanto Mr. Mazade como los continuadores de la *Historia de España* de Lafuente, a medida que los marroquíes cedían a las exigencias de nuestro gobierno, inventaba éste otras nuevas, que envenenaban y prolongaban el conflicto.

Al fin se decidió la guerra, y es necesario reconocer que fue popular, enérgica y gloriosa. Es el odio una pasión que sobrevive al miedo, y el que profesan los españoles contra los moros no ha terminado con la expulsión de éstos de nuestro territorio. Ni es extraño que así sea, pues los cristianos todos participan todavía más o menos de este mismo sentimiento. En España todos, desde la Reina hasta el último labriego, se sentían poseídos del más ardiente entusiasmo nacional y religioso, y cada cual en su esfera se prestó a toda clase de sacrificios. Por otra parte, creo yo que todo nuestro ejército, y principalmente sus Generales, se alegraron mucho de tener al fin una ocasión de batirse sin derramar, como en nuestras guerras civiles, la sangre de sus hermanos.

Batiéronse, pues, con mucho denuedo, y las operaciones de la campaña fueron dirigidas con una habilidad notable. O'Donnell, Prim, Zavala y Ros de Olano, rivalizaron en valor y pericia, y no hubo que deplorar la más pequeña falta. Precisamente era entonces Pelissier, Duque de Malakoff, el Embajador de Francia en Londres, y no cesaba de felicitar a Istúriz por la manera tan prudente y entendida con que O'Donnell conducía aquella campaña, y le decía siempre que le escribiese de su parte a nuestro General que caminara con pies de plomo y no se fiase nunca de los moros. Pero lejos de dejarse engañar o sorprender, el valiente General español tuvo la gloria de tomar la ciudad de Tetuán y de batir repetidas veces a los moros, principalmente en el campo de Wad-Ras, donde habían juntado un ejército numeroso, establecido en fuertes posiciones y mandado por Muley Abbas, hermano de su Emperador. Y preparábase ya O'Donnell a marchar sobre Tánger, objetivo principal de la campaña, cuando una nota muy enérgica del Gabinete británico le obligó a detenerse.

Considera la Inglaterra que su posesión de Gibraltar sería insostenible desde el momento en que otra potencia europea, ocupando el litoral de Marruecos, situado en frente de aquella plaza, pudiese impedir a su arbitrio que recibiera de allí sus medios de subsistencia. Por lo cual trató de buena fe de arreglar las diferencias sobrevenidas entre España y Marruecos, y viendo que no admitíamos su mediación ni tampoco la de Francia, recurrió a un medio indirecto de detenernos o por lo menos embarazarnos, recordándonos una deuda antigua, el pago de cuarenta y nueve millones de reales, que era el importe de los suministros que nos había hecho durante la guerra civil. Semejante deuda, preciso es decirlo, debía ser sagrada para los liberales, porque todos los objetos que la motivaban habían sido necesitados para combatir a Don Carlos y asegurar el trono constitucional de Isabel II. Bien enterado estaba yo de esto, pues el gobierno, antes de pagar, encargó a nuestra Legación que buscase en su archivo los recibos de todos aquellos suministros, de modo que tuve así oportunidad de convencerme de su importancia, y que no sólo se trataba de fusiles y cañones, sino de toda clase de pertrechos, desde un pequeño vapor hasta las monturas y las pistolas para la caballería; de todo lo cual no había entonces repuesto alguno en España. Y sin embargo, el Gobierno y la opinión pública tomaron muy a mal que la Inglaterra nos reclamase en aquel momento semejante deuda, y como el Marqués de la comedia, la acusaron por ello de

mezquina y malévola, sin pensar ni lo más mínimo que lo mejor hubiera sido satisfacerla espontáneamente.

Mas no bastó esto tampoco para cortarle las alas a O'Donnell, porque teniendo, como ya he dicho, el dinero fresco de la desamortización eclesiástica, pagó sin dificultad al Gobierno británico y persistió en llevar adelante su empresa. Entonces fue cuando la Inglaterra, arrostrando todos los inconvenientes que para ello se le ofrecían, le dirigió a nuestro Gobierno la nota a que me refiero. Algunos políticos de entonces proponían que no se hiciese caso de ella, y sostenían que debíamos continuar nuestra marcha sobre Tánger, en atención a que era casi seguro que, en caso de un conflicto, no nos faltaría el apoyo decidido de la Francia. Pero el General O'Donnell, que tenía la responsabilidad de lo que sucediese, era demasiado cuerdo para empeñarse en una dificultad tan grave, sin otro dato que una simple opinión o una vaga promesa. ¿Llegó Napoleón a asegurarnos que sacaría la espada en nuestra defensa? Nadie se atreverá a sostenerlo. Lo que tal vez quería era empeñarnos en la lucha para sacar ventaja de ella, si la Inglaterra cedía a causa de su apoyo moral, y en caso contrario, restablecer luego la paz, ligándonos por medio del reconocimiento. Mas como quiera que esto fuese, el General español tuvo por más prudente suspender la campaña y escuchar las proposiciones de arreglo que por dos veces le habían hecho ya los marroquíes. Concluyóse, pues, la paz, obteniendo una indemnización bastante considerable, pero pagada en plazos tan dilatados, que amenguaban mucho su eficacia. Aumentóse también nuestro prestigio entre los moros, mas no ha cesado por eso la malevolencia de las kábilas: escasas fueron, pues, las ventajas, en cambio de tantos sacrificios.

Episodio contemporáneo de aquella campaña fue la odiosa intentona carlista de San Carlos de la Rápita, que he referido ya en otro capítulo, la cual terminó con la trágica muerte del General Ortega y con la prisión del pretendiente y de su hermano, a quienes perdonó generosamente la siempre generosa Doña Isabel II. El Marqués de Miraflores hizo con razón el elogio de esta Augusta Señora en un opúsculo que los chuscos de aquel tiempo llamaron el folleto de Lucrecia Borgia; porque decía que nuestra Reina no se deleitaba, como la famosa Duquesa de Ferrara, con la muerte de sus enemigos. Y una vez hecha la paz, volvió el ejército a España, y fue recibido en triunfo en todas las ciudades que atravesaba, porque si bien la nación esperó al principio otros resultados más brillantes, le bastaba al menos aquella gallarda y gloriosa muestra de su renaciente poderío. Los Generales todos recibieron grandes premios, viéndose de la noche a la mañana con títulos de Marqueses y Condes, y O'Donnell fue creado Duque de Tetuán y se halló al fin al igual de Espartero y Narváez, sin tener nada que envidiar a nadie en su patria, al menos en los honores.

Antes de pasar adelante, conviene preguntarse si la oposición que hizo Inglaterra a nuestras conquistas en Marruecos debe deplorarse como una desgracia. Muchos lo creyeron así, principalmente Don Alejandro Mon, según me dijo él mismo cuando le vi poco después en París. Estaba tan irritado con la conducta de O'Donnell, que la calificaba de pusilánime y repetía con el fabulista:

Reveses de fortuna
Llamáis a las miserias,
¿Por qué, si son efectos
De la conducta necia?

Otros, sin embargo, lo tenían por una ventura Entre ellos me cuento yo, y he aquí las razones en que me fundo. Cuando, realizada la unidad de España, sintió ésta, como otras grandes naciones de Europa, la tendencia natural de extender sus dominios, eran dos los territorios que parecían indicados para ello, a saber: Portugal y Marruecos. Portugal fue incorporado por algún tiempo; pero no se trasladó a Lisboa la Corte como debía haberse hecho, siguiendo en materia de conquistas los preceptos de Maquiavelo, y como hicieron sabiamente en un caso igual el ruso Pedro el Grande, que dejó a Moscú por San Petersburgo, y el turco Mahomet, que cambió a Andrinópolis por Constantinopla; y distraída luego España en otras empresas, que no vacilo en calificar de locuras, perdimos miserablemente aquel reino. En Marruecos no hicimos más que asomarnos, y no siempre

con éxito ni con un proyecto serio de conquista. Aunque el deseo del desquite y el interés de la religión debían impelirnos a ello, preferimos esgrimir las armas en Italia, Flandes y Alemania. La musa patriótica del Ariosto nos reprochaba entonces esta conducta en aquellos versos de su *Orlando*, que dicen con noble amargura:

Non hai tu, Spagna, l'Africa vicina
Che t'ha piu di questa Italia offesa!
Eppur per dar travaglio alla meschina,
Lasci la prima tua si bella impresa.

Mas la verdad es que, además de las guerras a que nos arrastraba la pesada y a mi parecer funesta herencia de Carlos V, había otra causa más grave todavía y más permanente que nos impedía pensar en Marruecos, y era la gran dificultad de conquistar aquel país. Es preciso tener presente que entre los Estados musulmanes no hay ninguno quizás que ofrezca la resistencia que aquél. En vez de estar abierto, como el Egipto, hallábase entonces resguardado por dos regencias ricas y belicosas, contra las cuales fue vano todo el poder del gran Emperador. De sus puertos, decía por donaire Andrés Doria, que no tenía más que dos buenos, que eran julio y agosto. En su constitución física tiene bastante semejanza con España; es todo montes. El Atlas, elevándose desde Túnez en escalones sucesivos, aumenta allí su grandeza, y con razón fingía la fábula que era un desmesurado gigante, condenado a sostener el Cielo sobre sus hombros. Añádase que por todas partes le rodean playas inhospitalarias, áridas sierras, y detrás de éstas el aire abrasador del desierto. Su carácter moral es también muy extraño. Después de la misma Arabia no hay país más supersticioso ni más fanático que aquél. Allí nacieron mil sectas que han producido luego grandes trastornos; allí no se da un paso sin encontrar la *Kaba* o sepulcro de algún santón islamita; de allí salieron las terribles dinastías de los almorávides, almohades y merinitas, que asolaron y señorearon el Mediodía de España. En el siglo XVI extendíase su dominación por un lado hasta Tremecén y por el otro hasta Tombuctú, y cultivábanse allí las letras y las artes, como en los países más cultos de aquella época.

Razón, pues, tuvieron nuestros Monarcas en no pensar en su conquista, especialmente después de la derrota del temerario Don Sebastián en los campos de Alcázar Kebir. Dirase quizás que todo esto es historia antigua; que el Marruecos de hoy no es el mismo de Muley Moluk o de Muley Ismael, y que todo anuncia su decadencia, cual lo prueban las relaciones de todos los viajeros modernos, desde Alí Bey o sea el español Badía, hasta el italiano De Amicis, llegando a decir uno de ellos, el francés Campou, que es aquel un imperio que se derrumba. Pero aun concediendo que esto sea verdad, todavía ofrece la conquista de aquel país dificultades y peligros. En la parte más abierta y menos montuosa de lo que llama el geógrafo Ritter el África menor, que es la Argelia, ha hallado la Francia obstáculos tan grandes, que ha necesitado emplear muchos años y muchos millones para hacerse al fin dueña de ella. Por dos veces estuvo a punto de abandonar la empresa, y si al fin la continuó, esto se debe a la tenacidad del Rey Luis Felipe, de quien dijo con disimulado mal humor el Conde de Mole, que era Argel su gran distracción, su palco en la ópera. Y si eso ha sucedido en aquella región relativamente fácil de dominar, ¿qué no sucedería en el montañoso e inhospitalario Marruecos, donde a pesar de su decadencia se conserva aun tanto fanatismo y tanta fuerza defensiva? Posible es que al cabo se conquistase; pero ¡cuánta sangre, cuántos tesoros y cuánto tiempo no se necesitarían para ello! Probablemente costaría mucho más de lo que luego podría valer para nosotros, y como no sería posible extirpar tantos millones de aquellas hordas tan poco cultas, a quienes conviene perfectamente el dictado romano de *barbari barbarorum*, pronto se renovarían las rebeliones y sería aquello para España un semillero de guerras y de gastos.

Por fortuna, pues, en mi sentir, no permitió Inglaterra que comenzásemos allí una guerra de conquistas, y por fortuna también ha sucedido después que la dificultad de la empresa por una parte y los mutuos celos de todas las Potencias vecinas por otra, han aconsejado a todos que hagan allí, como dice también Campou, el papel del perro del hortelano; es decir, que ninguna permite que las otras extiendan sus dominios en aquel imperio. Proclaman en vez de esto la integridad de

Marruecos, a la manera que se proclama la de Turquía, y limitan al menos por ahora sus aspiraciones a hacer que se reforme y civilice. Humano y sensato proyecto, más conforme con el espíritu liberal de nuestro siglo que las anticuadas ideas de opresión y conquista.

Pero siendo este el estado de las cosas, ocurre naturalmente otra pregunta. Desde, el momento en que no debemos pensar en la conquista de aquel país, ¿qué utilidad nos proporciona la posesión de los famosos presidios, tan estrechados por el lado de la tierra, tan poco aptos para estaciones marítimas y tan expuestos a los insultos de los marroquíes? Esto podrá ser muy cómodo para Inglaterra, porque así impedimos que los posean los franceses; lo podrá ser también para la Francia, porque con ello estorbamos que los ocupen los ingleses; pero ¿qué recibimos en cambio? La ilusión de poseer cierta influencia en aquel Imperio; lo cual quiere decir que hacemos sin apercibirnos de ello lo que se llama un *métier de dupe,* o sea un papel de simples.

De tal modo salta esto a la vista, que el mismo General O'Donnell no dejó de advertirlo a poco de haber concluido la paz con Marruecos, y tuvo la feliz idea de ensayar si era posible que la Inglaterra quisiese aceptar algunos de aquellos presidios en cambio de Gibraltar, dándole el encargo a Don Antonio González de tantear el terreno en ese sentido de una manera muy reservada. Hízolo, sin embargo, en unos términos que no podían obtener buen resultado. O'Donnell, temeroso del clamor de la opinión de España, donde duraban aún por desgracia las quimeras inspiradas por Donoso Cortés y otros políticos de gran imaginación, pero de escaso sentido práctico, no ofreció más que Ceuta, la cual no puede ser puesta en la balanza como equivalente a Gibraltar. Según lo indicó, a lo que parece, el Gobierno inglés de aquel tiempo, la Inglaterra hubiera necesitado adquirir, no uno solo, sino todos nuestros presidios, inclusas las Chafarinas, que pueden dar una posición defensiva hacia el río Maluía, frontera oriental del imperio, a fin de justificar a los ojos de la opinión de su país la cesión de la célebre fortaleza. O'Donnell, tímido, obcecado y vacilante, quiso hacer las cosas a medias y no se atrevió a abandonar del todo la fantasmagoría de Marruecos. La negociación no pudo, pues, pasar más adelante.

Y van siete, dirá algún día la Historia, cuando se ocupe de nuestra política respecto a Gibraltar. En tiempo de Felipe V no quisimos por tres veces recobrarlo pacíficamente en cambio de nuestras pretensiones en Italia; en tiempos de Carlos IV no lo quisimos igualmente en cambio, primero, de la Florida, y después de Santo Domingo y Puerto Rico, y en tiempo de Isabel II no lo hemos querido tampoco en cambio de nuestras posesiones en África. Ya en el capítulo XXXI de estos RECUERDOS he expuesto a propósito de mi visita a Gibraltar, las tristes reflexiones que este estado de cosas tan deplorable me sugiere. No las repetiré ahora. Limitaréme a decir que si se quisiera buscar una explicación de ello, sería quizás fácil hallarla en el carácter de los españoles, el cual ha sido siempre más ambicioso que activo, más propenso a la vanidad que al orgullo. Por vanidad estiman más lo que brilla, lo que ofusca, lo que halaga. No sienten como deberían lo largo y lo ancho, lo profundo y lo triste, lo peligroso y lo humillante de tener a los ingleses en una plaza nuestra, como los tienen las Potencias bárbaras de África y de Asia. No sienten como deberían que los ingleses falten al Tratado de Utrecht, extendiéndose por la parte de tierra y estableciendo allí hipódromos y cuarteles, y que no nos permitan la reconstrucción del castillo de San Felipe, y que, en fin, cuando reclamamos contra todo esto nos respondan con insolencia que ya Canning fijó, por su propia autoridad, los límites actuales y no hay que volver a hablar más sobre ello. ¡Divinos Cielos! ¿Cómo puede haber un español que por libertarse de tanta ignominia vacile en darles en cambio no sólo todos los presidios de África sino también Fernando Póo por añadidura? ¡Nos repugna tenerlos en la costa de enfrente y no nos repugna tenerlos en la nuestra! ¡Soñamos con ser dueños del litoral africano y no lo somos ni aun siquiera del nuestro!

Pero dejemos ya este tristísimo tema y veamos qué otras guerras emprendió luego el General O'Donnell, de quien decía con oportunidad Istúriz que después de su campaña de África se parecía a Don Quijote de la Mancha después de su batalla con el vizcaíno: a todo se atrevía; nada le parecía difícil. Empezó por reincorporar a España la parte española de la isla de Santo Domingo, donde cansados por el momento sus habitantes de sus continuas luchas civiles, pensaron en volver al

dominio de la antigua metrópoli. Parece imposible que un hombre como él, que había residido tanto tiempo en América, con el alto cargo de Capitán General de Cuba, no conociese el carácter ligero y mudable de aquellos insulares, sus costumbres corrompidas, su odio a los españoles. Todos, sin embargo, lo sabían y no hubo Gabinete que no extrañase la conducta del nuestro. Y cuando Istúriz habló de ello con Lord John Russell, le dijo éste con gracia que se admiraba mucho de la determinación de O'Donnell, y que en su lugar, le hubiera respondido a los dominicanos lo que le respondió Luis Onceno a los genoveses una vez que quisieron pasar al dominio de aquel Rey por libertarse del Duque de Milán: «¿Queréis daros a mí?, pues yo os doy al diablo».

Pero la vanidad de nuestro gobierno le hizo desoír todos los consejos de la prudencia, y no sólo abrigó en su seno a aquellos antiguos colonos, que fue lo mismo que abrigar a una serpiente, sino que habiéndose rebelado bien pronto mucha parte de ellos, gastó mucha sangre y mucho dinero para someterlos, hasta que al fin el General Narváez, que era más hombre de Estado que O'Donnell, pensó en poner término a semejante desacierto, apenas subió otra vez al poder, tomando la sabia providencia de hacer anular por las Cortes el decreto de incorporación de aquella isla. Retiráronse nuestras tropas, y los inquietos dominicanos quedaron de nuevo abandonados a su triste destino. El error de adoptarlos había sido grande, pero Narváez pensó, sin duda, que en materia de locuras son las mejores las más cortas, y con gran prudencia, siguió el consejo de Juvenal: *si tu sanaris, brevis esto.*

LXX.
Londres, de 1858 a 1865.

Guerra con el Perú.—Empréndese sin prudencia y se termina con poca gloria.—Guerra en Cochinchina para complacer a la Francia.—Concluye pronto sin mucha ventaja.—Expedición de España, Francia e Inglaterra a Méjico a fin de reclamar por deudas y agravios.—Proyecto francés de establecer allí un imperio para el Archiduque Maximiliano, a pesar de la doctrina de Monroe.—Relación de sus motivos.—Proyecto semejante de España.—Disidencia entre los Plenipotenciarios de las tres naciones aliadas.—Los ingleses se retiran.—El General Prim hace lo mismo.—La Reina y la opinión le aplauden.—Pasa por Londres a su regreso.—Su fisonomía y carácter.

La tercera guerra emprendida por O'Donnell fue con la República del Perú en 1863. Causa o pretexto para ella fueron los atropellos de que habían sido víctimas algunos súbditos españoles en el pueblo de Talambo. Como esta clase de agravios era entonces muy común en aquellos países, cuya situación interior se hallaba aun tan insegura y precaria, todo el mundo se maravilló de que el gobierno español hiciese a causa de ello los gastos de una expedición marítima, exponiéndose con poca prudencia a los riesgos de una campaña tan lejana. Istúriz, sin embargo, lo había predicho desde que empezaron a construirse en Inglaterra algunos buques para nuestra marina de guerra, y le decía a sus íntimos amigos: «Ya verán ustedes como apenas estén concluidos, los emplearemos en alguna locura.» Contrastaba nuestra conducta con la de otras naciones más poderosas, y era tan desproporcionada a nuestras quejas, que la opinión general, especialmente en América, creyó descubrir bajo aquellas apariencias algún proyecto de reconquista.

Aumentó esta sospecha el lenguaje y la actitud del Almirante y del Plenipotenciario españoles, los cuales parecían escogidos adrede para inspirar a los peruanos el recelo y la desconfianza. Era Pinzón un buen oficial de marina, pero desvergonzado y pendenciero; y en cuanto a Salazar, todos le tenían por un hombre sumamente ligero. Apenas llegados tomaron un aire amenazador, y Salazar usó en mal hora en una de sus comunicaciones de la palabra reivindicación. Viéndose poco atendidos, se apoderaron de las islas Chinchas, de las cuales saca aquel país su mejor renta y que estaban ya pignoradas para el pago de su deuda extranjera, y consiguieron por este medio que el Presidente Pezet les diera cierta satisfacción. Pero habiendo querido exigir lo mismo

de Chile, nación pequeña, pero más belicosa que el Perú, de cuya conducta estábamos también quejosos, cundió luego la irritación por todo aquel Continente, cayó el moderado Pezet, reemplazándole Prado, grande enemigo de España, y nos encontramos en guerra con tres de aquellas repúblicas. Entre tanto no teníamos allí ni base de operaciones ni puertos amigos, y para mantener nuestra escuadra era necesario que le fuesen enviados los víveres desde España o Inglaterra.

Méndez Núñez, quien había sucedido en el mando a Pinzón, tuvo al fin que dar por terminada aquella empresa, contentándose con ejecutar la heroica temeridad de bombardear con sus buques de madera las baterías blindadas del Callao. Temeridad que no pudo halagar mucho nuestro amor propio, porque al fin tuvimos que retirarnos de aquel puerto con poca gloria, puesto que no obtuvimos satisfacción de ninguna especie por los agravios recibidos. Añádase que, contra nuestros intereses verdaderos y permanentes, nos enajenamos por mucho tiempo los ánimos de aquellos hijos nuestros, con quienes hubiéramos debido mostrarnos más tolerantes, y que se han necesitado más de veinte años para que nuestras relaciones con ellos hayan recobrado la cordialidad deseable. Una sola persona ganó con esta guerra tan inútil, y fue el contratista que enviaba los víveres desde Londres. Disimulóse este fracaso cuanto fue posible; pero no dejó de ser notado fuera de España, y estoy seguro de que cada cual tenía ganas de decirnos, como el personaje de Moliere: «¿Qué habéis ido a hacer en esa galera?»

Otra guerra, que era la cuarta de aquel tiempo, fue hecha en Cochinchina, con objeto de tomar satisfacción de la muerte dada por aquellos pueblos semibárbaros a algunos misioneros católicos. Y aquella vez no lo hicimos solos, sino en compañía de la Francia. La campaña fue fácil, nuestro papel bastante lucido; pero las verdaderas ventajas fueron para nuestro aliado, el cual echó allí entonces los primeros cimientos de una hermosa colonia, que se extiende hoy día hasta las puertas de la China. En cuanto a nuestro gobierno, su sueño era, como he dicho, conseguir que la Francia nos hiciese declarar Potencia de primer orden, y a esta, que bien se puede llamar niñería, sacrificaba las demás consideraciones. De esta manera, después de haber criticado con razón a los Ministros de Carlos IV por haber enviado tropas españolas a Toscana y a Dinamarca, para agradar al primer Napoleón, hacían en lo posible otro tanto los Ministros de Isabel II para agradar al tercero, dejándose también atar al carro de la Francia. Y no advertían que era una contradicción palmaria el querer ser considerados como Potencia de primer orden, cuando huían al mismo tiempo y no sin motivo de tomar parte en las grandes cuestiones europeas, limitándose a tomarla en estas pequeñas. Ni reflexionaban que precisamente por ser la Francia quien nos apadrinaba y recomendaba, esta circunstancia nos enajenaba el favor de las otras potencias, porque les debía parecer muy probable que si llegábamos a tomar asiento en el concierto europeo con ayuda de aquella nación, esto sería para hacer el papel de un auxiliar suyo y reforzar su voto con el nuestro.

Por fin, la quinta guerra emprendida en tiempo de O'Donnell, si guerra puede llamarse una contienda en que nuestros soldados no llegaron a disparar un tiro, fue la expedición enviada a Méjico en compañía de la Francia y la Inglaterra, con el objeto de vengar diversos agravios. Su historia podría ser motivo de mucha risa si no hubiese acabado al fin trágicamente con la muerte del infeliz Maximiliano, porque no se ha visto jamás una en que las naciones que la emprendían luchasen más que en aquella para engañarse mutuamente, quedando al cabo todas completamente burladas. Su objeto principal y ostensible era vengar las ofensas que Méjico había inferido a las tres Potencias, insultando a sus agentes, vejando y maltratando a sus súbditos, y negándose a pagar las deudas contraídas con ellos.

Los acreedores de Méjico eran, no sólo numerosos, sino importantes. El banquero suizo Yecker, por ejemplo, que había concluido con aquel gobierno un gran empréstito oneroso y usurario, había tenido la fortuna de interesar en favor suyo nada menos que al célebre Duque de Morny, Ministro favorito del Emperador Napoleón y persona de mucha influencia por ser hijo de la Reina Hortensia y del Conde de Flahaut, y por lo tanto hermano adulterino de aquel Monarca, al cual ayudó muy eficazmente para llevar a cabo el famoso golpe de Estado que le dio la corona. El

novelista Daudet le ha retratado bien en su *Nabab*, bajo el nombre de Duque de Mora, y su carácter, que era una mezcla de elegancia y de corrupción, propia de aquellos tiempos, hace muy creíble la intervención que Delord y otros historiadores le atribuyen en este asunto.

Estas reclamaciones pecuniarias, juntas a las satisfacciones e indemnizaciones necesitadas por varios asesinados y atropellos de súbditos franceses y de otras naciones fueron, como digo, las solas causas que se adujeron para emprender aquella expedición. Había, sin embargo, otro objeto del cual no se decía nada oficialmente, pero se hablaba mucho en público, de manera que venía a ser un secreto a voces. Aludo al proyecto de aprovechar la ocasión de aquella guerra para establecer una Monarquía en Méjico. La Francia fue la primera en concebirlo; la España se apresuró a imitarla. Sólo la Inglaterra se abstuvo de tales quimeras y no parecía tener otro fin que el de reclamar de Méjico las reparaciones necesarias, y mandó sus tropas con el firme propósito, según me lo dijo más de una vez Lord John Russell, de retirarlas inmediatamente, si las otras Potencias se mezclaban lo más mínimo en los asuntos interiores de aquella República.

La idea de establecer una Monarquía en Méjico, era muy antigua, conforme lo he explicado en el capítulo XXI, y parecía al principio tan natural como deseable. Mas por una razón o por otra no se realizó en la época en que hubiera sido más oportuna, y transcurridos luego los años y crea dos en aquel país intereses y opiniones muy contrarias a ella, se fue haciendo más difícil. Y desde luego era indispensable que en el caso de realizarse, se hiciera por el voto mismo de la mayoría de los mejicanos libremente expresado, y no por imposición y con la presencia de un ejército extranjero. Pensándolo así el prudente Bermúdez de Castro trabajó en su tiempo, como lo he referido, a fin de que se reuniese en Méjico con entera libertad una asamblea constituyente para tal objeto; mas aunque mucho consiguió en este sentido, no fue tanto como hubiera sido deseable, y al fin, derribado Paredes, que fue quien se atrevió a tomar la iniciativa en aquella empresa, recobraron las cosas el estado que antes tenían y nadie volvió a hablar más del asunto.

¿Qué razón hubo, pues, para que se suscitase de nuevo la misma idea en el año 60? En mi sentir hubo varias. Primero, la muerte de Santana, que dejando al clero y al partido reaccionario sin el único hombre que, a pesar de sus defectos, servía para poner coto a las exageraciones de los radicales, les hizo desear a aquéllos un auxilio cualquiera, aunque viniese del extranjero. La iniciativa procedía del clero, porque la desamortización eclesiástica llevada ya a cabo por Comonfor, requería con urgencia un remedio. El Arzobispo de Méjico, Labastida, fue el alma de aquel movimiento. Ayudábanle varios Obispos y un Padre Miranda y después un Padre Fischer, que fue el agente más activo del partido clerical cerca del Emperador Maximiliano. Varios propietarios de mucho arraigo en el país intrigaban asimismo en Europa. Pero ninguno tanto como un tal Gutiérrez de Estrada, hombre de talento, acaudalado y docto, quien desde muchos años se hallaba establecido en Italia y hacía frecuentes viajes por Alemania y Francia, escribiendo folletos y haciendo la propaganda monárquica.

Conocíle mucho en Roma. Era un personaje original y casi cómico por su verbosidad y por la exageración de su carácter. Adoraba al Austria, en cuyo imperio veía cifrado antes del año 48 el ideal de una Monarquía cristiana. Tertuliano y comensal del Conde Lutzow, Embajador de aquella Potencia, se casó con una hija de éste, poco bonita, pero preciosa para él, puesto que le proporcionaba la dicha de ser yerno de un austríaco. Padecía Gutiérrez del hígado, como se advertía en el color verdoso de su rostro, y con objeto de restablecerse, iba todos los años a Carlsbad, y a la vuelta se detenía en Viena para visitar al famoso Príncipe de Metternich, que entonces era el ídolo de los retrógrados. Con su corbata blanca de un palmo de altura y una placa muy visible en el lado izquierdo del frac, formaba Gutiérrez el verdadero tipo de lo que se llamaba entonces salón Metternich, y hubiera dado la mitad de sus posesiones de Méjico por una sonrisa de aquel Ministro. En Roma era ya tan conocido como el capitán Comedias, de quien he hablado en otro capítulo, por la costumbre que tenía de pasear muy deprisa por el Pincio, leyendo siempre periódicos, de los cuales llevaba llena la levita, a guisa de un gabinete de lectura ambulante. Cuando encontraba a algún amigo, luego le proponía cualquier discusión política, y era chistoso ver cómo reforzaba sus

argumentos, sacando primero del bolsillo del pecho el *Univers*, y luego del bolsillo de un faldón la *Unidad Católica*, y del mismo modo otros y otros papelotes.

El General Almonte, Ministro de Méjico en París, le ayudaba en su propaganda, aunque por otros medios. Era un indio muy fino, hijo de aquel cura Morelos que fue uno de los primeros adalides de la independencia; y cuentan que cuando venía a las manos con las tropas españolas, ponía al hijo en salvo, diciéndole a sus partidarios: «El niño al monte»; de lo cual tomó su nombre. No poseía la exaltación de Gutiérrez de Estrada. Su carácter era dulce y más bien insinuante que discutidor. Uniéronse a estos otros muchos caballeros mejicanos, tales como el opulento Sánchez Navarro, el adamado Arroyo, el simpático Hidalgo, a quien también había yo conocido mucho en Roma, como Secretario de la Legación de su país, y que, amigo de la Condesa del Montijo y de la misma Emperatriz, fue uno de los diplomáticos más activos de Maximiliano. Había, en fin, varias señoras ricas y retrógradas que, establecidas en París por huir de los desórdenes de Méjico, conspiraban también a su manera. Recuerdo a la bella Errazu, muy admirada por el Emperador, la Guibacoa, la Uribarren, y otras de quienes dice un cronista de aquella época que iluminaban los salones del Elíseo con el brillo de sus ojos y el resplandor de sus joyas.

La segunda causa de que se adoptase aquel proyecto fueron las ventajas que de su realización esperaba Napoleón. Desde luego es vicio inherente a la dictadura la necesidad de mantener su prestigio por medio de acciones aparatosas, a semejanza de los empresarios de teatro, que tienen que inventar de continuo espectáculos de grande efecto. Proponíase además aquel Soberano varias cosas muy importantes, a saber: fundar un Imperio americano, el cual fuese como feudatario de la Francia; reorganizar y dirigir la raza latina en aquel Continente; detener la marcha de los Estados Unidos y oponerse a su influencia avasalladora; y por último, conseguir para sus proyectos sobre el Rhin la amistad del Austria, dando a uno de sus Archiduques un trono que compensase la pérdida de la Lombardía. En este proyecto le animaba mucho la Emperatriz Eugenia, novelesca como mujer, vanidosa y amiga del clero, como española, y propensa por los sucesos extraordinarios que habían dado el trono a su marido y a ella misma, a lo violento, a lo autoritario y a lo maravilloso. Sonreía mucho a aquella Augusta dama conferir un trono a un Príncipe austríaco y a una Princesa belga, restaurar en Méjico la autoridad y el orden y dar a su clero y a sus clases elevadas el prestigio que tienen en Europa.

Todos estos motivos militaban también por parte de la España, porque el General O’Donnell hacía igualmente a su manera el papel de un dictador, como Napoleón, y deseaba realizar cosas ruidosas; y según se dijo entonces, tenía asimismo su protegido español para aquel trono. Pero nunca llegó a saberse quién era, por lo cual sospecho yo que se hallaba en una posición parecida a la de Bermúdez en el año 46; es decir, que no se atrevía a confesar su candidato por temor de que no fuese acepto a los mejicanos, sobre todo en comparación del ilustrado y brillante Maximiliano. Y aun pudiera ser que en realidad no tuviese O’Donnell candidato ninguno, sino que fingiese tenerlo a fin de que no se creyese que caminaba a remolque de la Francia para poner a un Príncipe extranjero en el trono de una tierra española. Hablaron algunos de Montpensier, otros de Don Juan de Borbón, que había reconocido a la Reina, ambos poco probables, reinando un Bonaparte en Francia. De Don Enrique nadie hizo mención, sin duda por ser progresista.

Pero falta todavía referir una cuarta y no poco notable circunstancia que contribuyó mucho a la realización de aquella empresa, la cual fue la guerra que había estallado entonces entre los Estados americanos del Sur y los del Norte, a causa de la abolición de la esclavitud. Creyó la Francia y creyó en verdad casi toda Europa que aquella lucha duraría muchos años y terminaría con la división de la gran República en dos naciones diferentes y separadas, y le parecía aquella ocasión muy oportuna para mezclarse en los negocios de Méjico, sin que lo estorbase el gabinete de Washington, invocando la doctrina de Monroe. Realizábase la fábula conocida del gato dormido y los ratones. Y ya que he mentado esa famosa doctrina, debo decir mi opinión acerca de ella. En general, suelen exagerarla los políticos de aquel país; pero circunscrita a ciertos límites, me parece bastante fundada. No puede ser agradable para los americanos ni les puede tampoco parecer

compatible con sus intereses ni con su decoro que vaya ningún gobierno europeo a prestar su auxilio a los monárquicos de América. Para ver esto más claro no hay más sino invertir los términos de la cuestión y pensar lo que harían las Monarquías de Europa si los Estados Unidos se mezclasen en los asuntos de nuestro Continente. Nadie creerá, por ejemplo, que la Alemania podría consentir que desembarcasen tropas americanas en Holanda o Dinamarca para fundar allí una república. Ni España tampoco miraría impasible que viniesen a hacer lo mismo en el vecino Portugal. Concedo que la doctrina de Monroe tiene en sí algo de arrogante y ofensivo; mas si bien se considera, no es después de todo tan ambiciosa como la que invoca la Rusia para proteger a los cristianos de Oriente y acercarse por este medio a Constantinopla. Ni es tan insolente como la pretensión francesa de que la España no ha de ser libre en la elección de sus Reyes. Ni es, en fin, tan egoísta como la pretensión inglesa de que nadie debe ocupar a Tánger porque esto le impediría sacar de allí libremente los víveres que necesita para la plaza de Gibraltar.

Mas volviendo a la cuestión de Méjico, veamos ya cuáles fueron sus progresos. Lo primero de todo fue concluir un convenio, de cuya redacción se encargó Lord Russell, y que debía ser firmado en Londres. Fundábase únicamente en la necesidad de obtener satisfacción por los intolerables agravios y repetidas transgresiones del derecho de gentes, cometidas por el gobierno mejicano, y exigir el pago de las deudas que éste había contraído con los súbditos de las tres naciones. Excluía por completo toda intervención en los negocios interiores de Méjico; pero esta cláusula fue luego suprimida a petición de nuestro Ministro de Estado, Calderón Collantes, el cual, creyendo, sin duda, obrar con mucha travesura, facilitaba así, sin quererlo, los planes de la Francia.

Contrarió mucho a Istúriz la conclusión de aquel convenio y mostró tan mala voluntad para terminarlo, que tuvieron necesidad de mandarle a última hora un recado del Ministerio de Negocios extranjeros, avisándole que Lord Russell y el Conde de Flahaut le esperaban ya para firmar. Marchó al fin Istúriz; pero al despedirse de mí, calzándose ya los guantes, me habló de esta manera: «Amigo mío, no puede usted figurarse con qué repugnancia voy a firmar este papelote. Mi situación se parece a la de cierto Virrey de Méjico, a quien nuestro gobierno mandó una vez que hiciese una cosa que a él le parecía un gran disparate. Decidióse con todo a cumplirlo; pero puso al margen de la Real orden este chistoso decreto: Puesto que el diablo lo quiere, Dios lo permite, y el Rey lo manda, que se haga».

Y no tardó mucho en notarse que en efecto era el diablo quien había inspirado aquel convenio, pues a poco de llegar a Méjico las tropas de las tres naciones se convirtió su reunión en un pequeño campo de Agramante. Lo mismo Prim que Sir Charles Wike, Ministro de Inglaterra, se apresuraron a reconocer a Juárez como Presidente de Méjico y a tratar con él en la Soledad y en Orizaba; pero el francés Lóréncez, aconsejado por Almonte, el cual llegó a la sazón de París con las últimas instrucciones del Emperador, pensaba de diferente manera y quería que ante todas cosas se juntase un Congreso nacional, es decir, que fuese abierto allí un período constituyente a la sombra de las bayonetas extranjeras. Opúsose a ello Wike y otro tanto hizo Prim, cuyos celos supo excitar el astuto Doblado, pariente de su mujer, que era Ministro de Relaciones exteriores de Juárez, haciéndole ver ya claro el designio de la Francia y el papel deslucido que iban a desempeñar tanto él como la España. Adoptó Wike la resolución de marcharse con las tropas de su país, y Prim tomó sobre sí la de ejecutar lo mismo sin consultar al gobierno ni aguardar nuevas instrucciones. Quedó sola la Francia, la cual se apresuró a mandar grandes refuerzos, y después de vencer alguna resistencia, especialmente en Puebla, llegó triunfante a Méjico y convocó allí una Junta de Notables, que opinaron por el establecimiento de la monarquía y ofrecieron la corona a Maximiliano. Aceptóla luego éste, y por algún tiempo todo parecía sonreír a aquel improvisado Imperio; mas no apenas cesó la guerra civil en los Estados Unidos y volvieron éstos de su letargo, protestaron contra la intervención de la Francia, y el Emperador Napoleón, abandonado por la opinión de su país, que no aprobaba aquella empresa, y temeroso también de nuevas complicaciones en Europa, se apresuró a retirar sus tropas, cayendo acto continuo aquel efímero edificio, como un castillo de naipes.

A su tiempo referiré el fin de aquella aventura y la muerte lamentable del desdichado Maximiliano, víctima de su propia ambición y del egoísmo de la Francia. Ahora debo decir cuál fue la impresión causada en España por la conducta de Prim. Aquellos que habían aprobado la expedición pusieron el grito en el cielo, acusándole de haber faltado a la disciplina, y O'Donnell mismo se disponía quizás a castigarle. Pero la actitud de la Reina Isabel le hizo cambiar de designio. Díjose entonces que aquella Augusta Señora, con el instinto propio de su estirpe y de su rango, no veía con gusto que hubiéramos ido a Méjico para poner allí a un Príncipe que no fuese español; por lo cual no desaprobaba la resolución de Prim, y cuando O'Donnell entró a hablarle después de haber recibido la noticia de aquel suceso, la Reina fue luego a su encuentro y sin dejarle abrir la boca le dijo: «¡Ay, cuánto me alegro de lo que ha hecho Prim! ¡cuánto me alegro de que no se haya dejado engañar por los franceses!» Y la opinión de la Reina fue pronto la de las personas más sensatas, de tal suerte que O'Donnell no tuvo valor para desaprobar oficialmente los actos de su subordinado.

Ni necesito decir cuánto se alegró también de lo ocurrido mi jefe Istúriz. Apenas podía contener su gozo, y con placer exclamaba: «¡*Félix culpa*! ¡culpa feliz!» Precisamente a las pocas semanas llegó a Londres el mismo Prim de paso para Madrid, y de su boca supimos todos los pormenores de lo acaecido. Debo decir, sin embargo, que no me hizo su persona una impresión muy favorable. Era un hombre pequeño y de fisonomía inteligente, pero común. No tenía el aire marcial de Narváez y Espartero, ni la distinción de O'Donnell y Serrano. Parecía un médico de regimiento o un abogado de pueblo. El pintor Regnault le ha retratado en un magnífico cuadro, colocado hoy en el Louvre, y ha querido darle en aquella pintura un exterior imponente; mas a pesar de sus deseos, lo único que allí parece grande es el caballo. Con todo, aquel aspecto era engañador, pues desgraciadamente tenía cualidades y defectos que le hicieron muy temible.

Era Prim un valiente y atrevido militar, que sabía hacerse amar de sus soldados, y a quien sus antecedentes democráticos hacían también el ídolo del pueblo. Considerábase ya como un sucesor de Espartero. Mezclado en la política desde su primera juventud, tenía en ella muchos amigos y partidarios, que le ayudaban a elevarse. Su ambición era inmensa, y aunque había obtenido ya mucho, no se hallaba todavía satisfecho. Estaba casado con una mejicana muy fea pero muy rica, lo cual le daba independencia. En cuanto a sus convicciones, aunque casi siempre liberales, variaron a veces al compás de su interés. Cuando se cubrió como Grande de España pronunció un discurso en el cual hacía ostentación casi hiperbólica, de su fe monárquica, y pocos años después sacó la espada contra su Reina. Acusáronle los franceses de haber aspirado él mismo al trono de Méjico, mas por mi parte no puedo creerlo, porque las opiniones radicales de Prim no podían ser muy agradables al clero ni a las clases elevadas de Méjico. En cambio, es innegable que el General Prim fue el alma de la revolución de 1868, que arrancó de las sienes de Doña Isabel II, la diadema real de España.

LXXI.
Londres, de 1858 a 1865.

Venida a Londres de los Duques de Montpcnsier.—Voy a recibirlos en Plymouth.—Contraste de la Duquesa con la Reina su hermana.—Carácter del Duque.—Suplicio de Tántalo que sufrió toda su vida.—Viene también a Londres la Reina Cristina de Borbón.—Encanto de su trato.—Mis visitas a Claremont.—Juicio sobre la familia de Orleans.—Viaje que emprendo por Inglaterra e Irlanda, acompañando a Istúriz.—El Castillo de Warwick.—Palacio de Blenheim y sus cuadros de Rubens.—Oxford y sus Colegios.—Sensatez de los ingleses.—Espíritu conservador de aquella Universidad.

Después de la visita del General Prim, tuvimos otras de personajes todavía más ilustres, cuales fueron la Reina Cristina de Borbón y los Duques de Montpensier. Como en aquella época no

podía la primera ir a España, porque el General O'Donnell temía su influencia, ni podían tampoco los Duques ir a visitarla en París, donde residía, porque imperaba allí un Bonaparte, diéronse cita en Londres. Llegaron primero los Duques y fui yo, por encargo de Istúriz, a recibirlos en Plymouth, que fue el puerto a donde los trajo un buque de guerra español. Encontréme allí dos días antes; mas pasé muy bien el tiempo viendo la ciudad y sus lindos alrededores. Es aquella la costa más occidental de la Gran Bretaña y la primera que encuentran las naves procedentes del Océano; por lo cual fue a donde divisaron antes que en otra alguna los ciento treinta buques de la famosa armada *Invencible* de Felipe II, quedando todavía entre aquellos habitantes la tradición de la alarma que produjo su número al parecer inacabable, cuando en el horizonte fueron vistos. Mas por fortuna para los ingleses no aprodaron allí como lo proponía el bravo Recalde, y pronto tuvieron que alejarse para buscar un refugio en las costas de Francia.

El capitán Fernández Duro, en un libro que ha sido dado a conocer en Europa por el inglés Froude, y cuya lectura entristece a todo buen español, ha referido con mucha exactitud la historia de aquella expedición y las causas de su fracaso; no sabiendo el lector qué admirar más, si la locura del Rey Felipe II al proponerse derribar con ella a la Reina Isabel, o la poca previsión que demostró en prepararla, dándole su mando a un hombre como el Duque de Medina Sidonia, que reconocía él mismo su absoluta incapacidad para una empresa marítima, y desoyendo los consejos del Duque de Parma, que le recomendaba la necesidad de asegurarse ante todas cosas un puerto de refugio y una base de operaciones en la costa de Flandes.

Pero volviendo a los Duques diré que, llegados al fin a Plymouth, tuve el honor de ofrecerles mis respetos y de acompañarlos en su viaje a Londres, donde gocé después por algunas semanas del placer de su trato. Parecióme la Duquesa una señora bella, aunque tal vez algo demasiado morena para mi gusto, de carácter muy dulce y de una discreción notable. Formaba un completo contraste con su hermana la Reina Isabel, la cual es todo fuego, todo viveza, todo audacia. La Infanta parecía más bien tímida, reservada y tranquila. Era además sinceramente pía y modelo de madres y esposas. Soportaba con mucha paciencia los defectos de su ilustre marido, el cual pecaba de tiranuelo doméstico por lo exacto, metódico y pedante. Mostraba entonces la Duquesa los sentimientos más leales hacia su hermana; pero, según nos lo asegura el General Córdoba en sus Memorias, no dejó de prestarse en el año 68 a las intrigas del Duque. Con pesar me he enterado de ello y lo atribuiría exclusivamente a la mala influencia de aquél, si la experiencia no me hubiera enseñado que la ambición sabe penetrar lo mismo en el pecho de los Príncipes que en el de cualquiera plebeyo, lo mismo en el alma de los devotos que en la de los descreídos.

El Duque tenía también muy buena presencia y se parecía mucho a su padre el Rey Luis Felipe, y, como él, estaba asimismo dotado de bastante talento. Era gran lector, y apenas desembarcado, quiso comprar los libros que estaban a la sazón de moda, como *La mujer del vestido blanco* de Wilkie Collins, y *El origen de las especies* de Darwin. Hablaba corrientemente el español, sin más defecto que la pronunciación de las erres. Su amabilidad era grande y hacía cuanto le era posible para ganar voluntades; mas no podía conseguirlo, y en general fue siempre desgraciado. Desde muchacho era tan gastador, que su padre le llamaba *Mon dépensier*, en vez de Montpensier, y sin embargo, cobro fama de avaro, porque le gustaba tener arreglo en su casa y saber, como Carlomagno, cuántos huevos ponían sus gallinas. Era naturalmente valiente, según lo probó en la guerra de Argel y en su desafío con Don Enrique, y a pesar de eso nadie creía que lo fuese, sólo porque la desgracia quiso que se viese separado de su esposa el día de la revolución de París del año 48, y que la Infanta fuese salvada por personas extrañas.

Era de opiniones liberales, pero moderadas, lo cual, en una época en que todo se exageraba, le hacía poco acepto a tirios y troyanos. Padeció toda su vida el suplicio de Tántalo. Casóse con la Infanta a la par que el Infante D. Francisco con la Reina, y tenía cierta esperanza de que su mujer llegaría a subir al trono, si su hermana no tenía sucesión. Y no era esto enteramente una idea vana, puesto que por temor de que así sucediese, había la Inglaterra exigido de Luis Felipe que el matrimonio del Duque no se verificase hasta que la Reina tuviera algún hijo, y se enojó vivamente

cuando aquel Rey faltó después a su promesa con los más ligeros pretextos. Mas de todas maneras, la Reina tuvo hijos y las esperanzas de Montpensier no llegaron a realizarse.

Privado de esta perspectiva, púsose a conspirar encubiertamente y con la excusa, porque siempre la ambición encuentra alguna, de que si la Reina perdía el trono por sus errores, no era justo que lo perdiesen también la Infanta y sus hijos. Cuando progresistas y unionistas decidieron destronar a la Reina en el año 68 fue Montpensier quien facilitó el dinero para aquel movimiento revolucionario, y si en vez de ser moderado hubiese sido progresista, es muy probable que le hubieran hecho Rey. Pero Prim se opuso a ello terminantemente y Serrano no se atrevió a contradecirle. Reconciliado luego con la Reina Isabel durante el destierro de ambos, tuvo la fortuna de que el Rey Don Alfonso se enamorara perdidamente de su linda hija Mercedes y que se casara con ella apenas recobró el trono. Mas tampoco le duró mucho esta dicha, que por lo menos podía dar la Corona a su descendencia, porque aquella desventurada Princesa, cuya salud era muy delicada, falleció poco después, sin dejar hijo alguno. Perdió también casi todas sus demás hijas, a excepción de dos, la Infanta Isabel, que casó con su primo el Conde de París, y el Infante Don Antonio. La primera se parece mucho a su abuela la Reina Amalia en su físico, pero no en su carácter, porque tiene toda la inquietud y el bullebulle del Duque: el segundo es de agradable presencia, pero no ha heredado más que los defectos de su familia.

La Reina Cristina vino de París por Calais y fue a recibirla en Dover el mismo Istúriz, el cual le profesaba una especie de culto. Y no era él solo en esto, pues fue peculiar de aquella Augusta Señora, y hace el elogio de su carácter, que tuvo y conservó siempre muy buenos amigos. Istúriz, pues, salió a su encuentro y la alojó en su misma casa de Heresford Street, obsequiándola con esplendidez. Venía acompañada del Duque de Rianzares, su marido, quien conservaba todavía una arrogante figura, y traía además consigo una dama, la Condesa de Quinto, un Secretario, de nombre Rubio, un Médico y un Capellán. Convidado casi siempre a la mesa de Istúriz, tuve ocasión de ver a menudo a aquella ilustre Soberana, y aunque era ya de edad algo madura, pude todavía notar que había sido muy hermosa, y más que hermosa agraciada, como la retrató el pintor López. Tenía además muy claro talento y un carácter encantador, de tal suerte que era imposible tratarla sin cobrarle cariño.

Durante mi larga permanencia en Londres tuve nuevamente ocasión de ver a los Duques de Montpeusier, porque volvieron el año 64 para el matrimonio de su hija con el Conde de París, a que tuve el honor de asistir. Éramos también convidados con frecuencia mi mujer y yo al palacio de Claremont, situado a dos horas de Londres, donde vivía la Reina Amalia, y a Orleans House, residencia del Duque de Aumale, y conocimos muy bien a toda aquella ilustre familia. La gloria de ella era sin duda la Reina Amalia, viuda de Luis Felipe, señora en quien reunió el Cielo las cualidades más distinguidas. Alta, delgada, de noble y señoril aspecto, era tan Reina en el destierro como en el trono. Su piedad sincera, su caridad con los pobres, el silencio y resignación con que sobrellevaba sus desgracias, la amabilidad y benevolencia de su trato la hacían amada y respetada de cuantos tenían la fortuna de conocerla. Rodeábala siempre su numerosa familia y era notable el cariño y respeto que inspiraba a toda ella. Allí estaba Nemours, el mejor mozo de sus hijos y muy parecido a Enrique IV en su fisonomía, aunque no en el carácter, pues era más bien frío y reservado; estaba Aumale, pequeño y algo cojo, pero de grande ingenio y discípulo brillante de Cuvillier Fleury, del cual se ha dicho que su obra mejor era aquel Duque; estaba Joinville, alto, flaco, de genio alegre y franco, como buen marino, pero sordo como una tapia, lo cual acostumbraba a todos a gritar de continuo, a pesar de que la Reina repetía de cuándo en cuándo: «Por Dios, no me griten así, que yo no soy sorda». Nemours era viudo, pero Aumale y Joinville estaban casados, el uno con una Princesa de Nápoles y el otro con una del Brasil, ambas bastante feas, pero muy amables.

Mirando aquella familia tan noble, tan patriarcal, y aquellos Príncipes tan ilustrados y distinguidos, preguntábame yo muchas veces por qué, contra el dicho de Tácito, han sido tan poco populares, a pesar de que siempre han temido y adulado al pueblo. Nace esto, probablemente, de varias causas. En primer lugar del carácter voluble de los franceses, que de todo se cansan y son hoy

día en Europa lo que ha sido siempre Nápoles entre los Estados de Italia. Buscan un ideal imposible, cual es un gobierno muy democrático en el interior, el cual sea al mismo tiempo muy temido en el extranjero, y no advierten que lo uno es casi incompatible con lo otro, sobre todo hallándose la Francia rodeada de grandes naciones militares. En segundo lugar nace este desprestigio de los Orleans de sus propios antecedentes. El Regente fue impío, Felipe Igualdad regicida, su hijo Luis Felipe usurpador. El clero y la nobleza no le pueden perdonar tales faltas. Perjudícales también la manera con que se han conducido en sus empresas ambiciosas, porque no las han llevado a cabo con la espada en mano, como tantos otros conspiradores, empezando por Hugo Capeto y acabando por Guillermo de Orange, sino por medio de revoluciones, en las cuales no han tomado ellos parte activa ni han expuesto su persona. Felipe Igualdad se limitó a excitar y pagar a las turbas que sitiaron al Rey en París y Versalles; Luis Felipe aguardó en su Palacio que otros le ganaran la corona en las barricadas; Montpensier esperó en el extranjero que Serrano y Topete destronaran a la Reina. Por último, aumenta su descrédito la impotencia en que todos estos antecedentes los colocan para reprimir a su vez nuevas revoluciones. Y el resultado de todo esto es que se han enajenado las simpatías de los buenos sin poder conservar las de los malos, y que de nadie son apreciados. Las antiguas dinastías los miran con recelo, las clases altas no los aman y el pueblo no se fía de ellos.

A poco de marcharse la Reina Cristina y los Duques quiso Istúriz realizar el proyecto que tenía de antiguo, de visitar el centro de Inglaterra y la Irlanda, y me rogó le acompañara. Haré, pues, brevemente una relación de nuestro viaje. Fuimos primero al castillo de Warwick, que está cerca de Londres, y nos agradó mucho por su buena arquitectura y por una colección que contiene de retratos de Van Dyck, todos de primer orden. Nótase en una de sus salas la armadura del famoso Conde de Warwick, la cual es casi tan grande como la de nuestro Marqués de Leganés, conservada en la Armería de Turín, de que he hecho mención en otro capítulo. Fue aquel Conde el representante más genuino de los señores feudales de Inglaterra durante la guerra civil de las Dos Rosas, y semejante al bárbaro Ricimer, hacía y deshacía Monarcas, elevándolos y destronándolos, conforme convenía a sus intereses, por lo cual le ha quedado el nombre de Hacedor de Reyes (*Kings maker*).

Vimos luego el Palacio de Blenheim, edificado en el siglo XVIII por orden del Parlamento, para el célebre Duque de Marlborough, después que hubo ganado la batalla de aquel nombre. Este Duque fue asimismo otro personaje por el estilo de Warwick, terrible para los Reyes. En varios sitios del Palacio se ven sus armas con una divisa, en español por cierto, que dice: *fiel pero desdichado*, lo cual, en verdad, no le convenía mucho al famoso Marlborough, pues no fue nunca ni una cosa ni otra, al menos en política. Es aquel edificio de estilo italiano y fue construido por un hombre de un talento universal, llamado Vambrugh y originario de Gante, el cual era a la vez artista y poeta, y tan pronto erigía bellos monumentos como componía comedias licenciosas, cual todas las de aquella época. Hay en aquel palacio una hermosa colección de cuadros, no sólo de Van Dyck, como en Warwick, sino de varias escuelas, además de la flamenca. No puedo recordar ahora todos, pero tengo sí muy bien presente una Virgen de Rafael y un cuadro bellísimo de Rubens, que es un retrato suyo con su segunda mujer Elena Fourment y un niño de pocos meses.

Después de Blenheim quiso Istúriz ver a Oxford, a donde llegamos de noche y fuimos agradablemente sorprendidos a la mañana siguiente, viendo salir de la oscuridad, no una ciudad como otra cualquiera, sino una amalgama de Colegios, a cuál más lindo, a cuál más pintoresco. Allí se ve bien qué grande es la sensatez de los ingleses. Sus pensadores escriben muchas cosas exageradas, singularmente sobre filosofía y economía política, pero todas son, por decirlo así, sólo para uso externo, como los ungüentos venenosos. Ellos han criticado mucho, verbi gracia, toda clase de amortización, y sin embargo, se guardan bien de suprimirla en su país. Todos aquellos Colegios conservan sus posesiones y sus rentas, y en el de Cristo, donde está la Universidad, la *alma Mater*, se ven aún en todas partes las armas y el capelo de su fundador, el Cardenal Bolseo, y también en la vajilla de porcelana, usada por maestros y escolares, que renuevan siempre con el mismo dibujo.

La mayor parte de los colegios son de estilo gótico o isabelino, a excepción de la Universidad, que es del Renacimiento. Todos tienen capillas, bibliotecas y también jardines y parques. Como es natural, no se encuentran por las calles de Oxford casi más que profesores y estudiantes de todas edades y tamaños, vestidos todos con una beca negra y con una gorra muy original, cuya forma es parecida al morrión de los lanceros polacos. Llevaba Istúriz una carta para un *fellow* del Colegio de la Magdalena, y éste nos hizo los honores de la ciudad, llevándonos a los principales colegios y a la librería Bodleyana, fundada por el diplomático y erudito Bodley, en la cual vimos muy bellas ediciones antiguas y modernas. Hay también en ella un retrato de María Estuardo, que es quizás el más auténtico que existe de aquella desgraciada Reina, y la representa muy hermosa.

Asistimos una noche a una velada musical en uno de los colegios, y oímos cantar por los estudiantes la famosa oda de Dryden, titulada la *Fiesta de Alejandro*, puesta en música por Handel. Toda ella es de mucho efecto, con especialidad el coro que dice:

Sólo el valiente,
Sólo el valiente,
Sólo el valiente la hermosa merece.

Acabó la función con el inevitable himno *Dios salve a la Reina*, a que tienen tanta afición los leales ingleses y cuya música, según ellos, es asimismo de Handel; mas, según otros, se debe al florentino Lulli, que la compuso en honor de los Soberanos de Inglaterra cuando estaban desterrados en Saint Germain. Como quiera, aquel himno es muy bello y ha sido el modelo que han imitado después, en su noble y solemne estilo, todos los que han compuesto himnos y marchas reales en los demás Estados de Europa. Representan también algunas veces los estudiantes comedias latinas de Plauto y Terencio, pero dudo bastante que pudiéramos nosotros entenderlas bien, ni gustar mucho de ellas, a causa sobre todo de la manera como pronuncian aquel idioma los ingleses.

Los recuerdos históricos de Oxford son todos muy monárquicos. Allí hizo su más larga resistencia el infortunado Carlos I; allí ha reinado siempre el torysmo y el espíritu conservador más puros. No gustan en aquella noble academia las novedades de ningún género, ora se trate de las absurdas paradojas de Darwin o de las impías conjeturas de Renan, o de las tristes dudas de Colenso. La escuela positivista y los que se intitulan puros psicológicos, tampoco tienen allí muchos adeptos. A pesar del talento de un Mill, de un Bain y de un Spencer, no agrada en Oxford una filosofía que tiene más orgullo que mérito, y que, diciendo que no es materialista, conduce por necesidad a ese desacreditado sistema.

En religión es Oxford grandemente anglicana, y aunque allí escribió y enseñó Pusey y de allí partió el movimiento que ha favorecido la propaganda del catolicismo y la secta ritualista, aquel centro de enseñanza ha seguido siendo lo que era de muy antiguo. Contradicción singular, porque si bien es verdad que la Iglesia anglicana es, según la expresión de Drydeu, la menos deformada entre las protestantes, por ser la menos reformada, todavía salta a los ojos que carece de todos los ideales que forman la perfección y la belleza de la católica. La secta llamada *High Church* ha tomado algunos de ellos; mas le falta lo principal, que es la sumisión al Vicario de Jesucristo.

LXXII.
Londres, de 1858 a 1865.

Llegada a Dublín.—Sus bellos edificios.—La Catedral de San Patricio.—El Virrey y el Capitán General nos convidan a su mesa.—Lago de Kilarny.—Limerick y Gallway.—Verdor de la Irlanda.—Miseria de sus habitantes.—Son, sin embargo, robustos, inteligentes y alegres.—Su firme adhesión al catolicismo.—Defectos que se les observan.—Manera cruel con que los han tratado los ingleses.—Tardía justicia que al fin les hacen.—Nuestro regreso a Inglaterra y marcha de Istúriz.—Le reemplaza Don Antonio González.—Exposición universal de 1862.—Carácter democrático de la industria moderna.—Canción de la Camisa.

El vapor que conduce de Inglaterra a Irlanda sale diariamente de un puerto de la isla de Anglesey, nombrado Holy Head, en el cual pasamos la noche, y antes de embarcarnos al día siguiente fuimos a ver el puente tubular de hierro, llamado de Maina (Menai), que une aquella isla con el país de Gales y es una de las maravillas del mundo, tanto por su longitud como por su altura. Buques de alto bordo pasan por debajo de él sin calar sus mástiles, y apenas se comprende cómo se sostiene ni cómo sufre el peso de los trenes que pasan por encima de él, cual si fuera de sólidas piedras. El siglo XIX no ha levantado grandes catedrales ni suntuosos palacios como los siglos anteriores de fe reli giosa y monárquica; pero en cambio ha edificado muchas obras públicas como este puente de Maina, cuya grandeza y utilidad merecen la admiración de los contemporáneos y darán eterna fama a la edad que ha sabido realizarlas.

Cuatro horas no más se tarda en llegar a Dublín, atravesando el canal de San Jorge, y como los vapores son grandes, no se sufre tanto en ellos del mareo como en los más pequeños que van de Calais a Douvres. Parecióme Dublín una ciudad bastante hermosa, cuya parte moderna puede competir con cualquiera otra de Inglaterra en la amplitud de sus calles y plazas y en la grandeza de sus edificios. El Palacio del Virrey, la Aduana y la Universidad son de bella construcción, y la Catedral, dedicada a San Patricio, es digna de visitarse. Edificóla Juan Comyn, primer Arzobispo de aquella ciudad, y es de un estilo mezclado de normando y gótico. En ella está el sepulcro del famoso Dean Swift, de chistosa memoria, y también el de la bella Stella, cuya hermosura alabó aquél tanto en sus versos. Fue San Patricio un fraile de la Bretaña francesa, quien, enviado para predicar la fe cristiana en Irlanda, logró convertir y civilizar a los irlandeses, fundó allí iglesias y monasterios, y es considerado por esta razón como el apóstol de aquella isla. En el patio de la Catedral hay un pozo o fuente que dicen fue hecha brotar por el Santo, y es notable que cuantas personas pasan por aquel sitio mojan en ella el bastón o el paraguas, y aunque no sean católicos, besan luego el agua con respeto y como si fuese cosa santa.

Era entonces Lord Lugarteniente o Virrey de la isla el ilustrado Conde de Carlisle. Fuimos luego a ofrecerle nuestros respetos y nos convidó al punto a comer en su quinta de Phoenix Park. Era un caballero sumamente cortés, y que por ser alto y delgado y tener ojos saltones me recordaba mucho a Martínez de la Rosa. Su corte era, en etiqueta y lujo, un remedo de la de Londres, y todo pasaba en ella con mucha cordialidad, mas no sin cierta ceremonia. La quinta es muy linda, y en ella reside el Virrey la mayor parte del año, no yendo al Palacio de Dublín más que en los meses de invierno, para dar algunas recepciones y aun bailes, en los cuales se hacen presentaciones del mismo modo que en las fiestas de la Reina. El Parque, llamado del Fénix, es muy hermoso y ha adquirido últimamente una triste celebridad después que en él fue asesinado en 1882 Lord Federico Cavendish, primer Secretario de Irlanda, y su Subsecretario Mr. Burke, víctimas ambos de los fanáticos parnelistas.

Fuimos también a visitar al Comandante en jefe o Capitán General, que era a la sazón Sir Jorge Brown, militar muy conocido desde la guerra de Crimea, donde se distinguió por su valor y pericia. Lady Brown, su esposa, nacida Macdonell, era hermana de padre de la mía; por lo cual recibimos de entrambos la acogida más halagüeña. Convidáronnos también a comer, como el

Virrey, y en su casa tuvo lugar una escena que prueba el prestigio adquirido por O'Donnell en la guerra de África y el carácter entusiasta de los irlandeses. Supieron los criados que quien iba a comer allí aquel día era el Ministro de España en Londres, y de ellos pasó la noticia al Hospital de Inválidos que está inmediato a la Capitanía General. Alborotáronse luego los viejos soldados y decidieron esperarnos a la entrada. Y con efecto, nos aguardaron a la misma puerta, y atronaron luego el aire con hurras y vivas a España y al bravo O'Donnell, honor de Irlanda. Confieso que tanto Istúriz como yo nos sentimos muy conmovidos por aquella demostración de afecto, tan sincera como espontánea.

Tiene Dublín, como he dicho, muy hermosas calles, especialmente la que llaman de Sackville, y también plazas grandiosas y adornadas con estatuas de Guillermo III, Jorge III, Wellington y Nelson. La Bolsa, de estilo corintio, es el mejor edificio de todos, y en ella admiramos una buena estatua del célebre orador Enrique Grattan, en cuyo pedestal se lee esta noble inscripción: *Filio optimo carissimo patria non ingrata*. Son asimismo notables los teatros y algunas iglesias. El cielo de Dublín es alegre y no hay en aquella ciudad nada que revele la miseria general de Irlanda.

De Dublín fuimos a Kilarny, célebre por el lago del mismo nombre, a cuya orilla se encuentra. Es con razón uno de los más famosos de Europa, por el bello color de sus aguas y por el aspecto encantador de las colinas que lo circundan. Aunque Istúriz no era muy aficionado al campo y decía que los árboles no le decían nada, no dejó de disfrutar mucho, recorriendo aquel lago en una barquilla y visitando las ruinas del castillo de Ross, la cascada de Tore y otros sitios pintorescos de que abundan sus orillas. Aguó, sin embargo, nuestro contento el pueblo mismo de Kilarny, donde vimos ya de cerca la miseria de los habitantes, de los pobres *Paddys,* como allí les llaman. Nada más sucio ni más asqueroso que las casucas en que moran, y Istúriz, que había visitado pocos años antes la Polonia, al ir a la Embajada de Rusia, me aseguró que no hay nada en aquel también desventurado país que sea peor que lo que allí presenciábamos. Hombres, mujeres y niños viven y duermen juntos, con patos, gallinas, perros y cerdos, y el hedor que aquellas habitaciones despiden es casi insoportable.

De Kilarny nos trasladamos a Limerick, ciudad importante, situada a orillas del río Shanon, célebre por sus buenas truchas y por sus claras aguas. Hay allí un castillo normando construido por Juan Sin Tierra, cuyas macizas torres cubiertas de hiedra muy verde son por extremo pintorescas. Y todo es verde en la verde Erin; tan verde que, cuando se vuelve a Inglaterra, parece ésta amarilla. Y no proviene esto sólo de la abundante grama, sino también de una planta de tres hojas llamada trébol (*Shamrock*), de la cual están cubiertos todos sus campos. Aquel pueblo la ha escogido por símbolo, y el poeta Moore, al celebrar, a principios del siglo pasado, la alianza de Irlanda con nuestro país, compara siempre este trébol con la clásica oliva de España.

The Shamrock of Erin
And the Olive of Spain.

Después de ver a Limerick quiso Istúriz visitar a Gallway, porque tenía la idea de que en aquella ciudad, la cual un día mantuvo un comercio muy activo con España, especialmente con Galicia, se conservaban aún casas que recordaban las nuestras y algunos usos españoles. Mas la verdad es que sólo vimos dos de ellas que tuvieran patios abiertos, y algunas pocas mujeres con zagalejos colorados, los cuales le parecieron a Istúriz de origen gallego, guardándome yo bien de contradecirle, por no quitarle una ilusión tan grata, Lo que sí es indudable es que aquella costa fue siempre muy visitada por los españoles.

Desde Gallway nos volvimos a Dublín para regresar a Inglaterra. Por todas partes habíamos encontrado excelentes hoteles y buenos ferrocarriles; mas las interminables llanuras que atravesábamos parecían casi desiertas. Las ciudades eran limpias, pero los pueblecillos parecían de otro país mucho más atrasado, como Kilarny. Sus casas son inmundas, y la apariencia de los payos que las habitan es tan miserable como curiosa. Todos van descalzos, y casi ninguno usa nunca vestido nuevo, sino casacas muy usadas. El frac o levita que desechan los caballeros ingleses y que del criado pasa a un ropavejero, es al fin llevado a Irlanda, donde aquella pobre gente lo compra por

poco precio. Lo mismo sucede con los sombreros, que son de copa alta, pero raídos, abollados y apenas reconocibles. Con esta ridícula vestimenta atienden a las faenas del campo, y cuando van de camino suelen llevar en brazos un lechoncito, y si alguno se ríe de esto, le dicen ellos con buen humor, que aquel animalito merece mucha consideración, porque es el caballero que les paga luego el impuesto.

Llueve mucho en Irlanda. De los quince días que pasamos allí nos llovió la mitad, y todos nos decían que habíamos tenido fortuna. Esto produce un clima relativamente templado y explica el verdor de los campos y también la robustez que, no obstante su miseria, tienen los habitantes. Las mujeres, hermosas por lo común, tienen todas una tez muy fresca y no están tan expuestas a la tisis como las de la Gran Bretaña, porque la Irlanda se halla más resguardada que aquélla del viento del Este. A causa de esta robustez son siempre escogidas en Inglaterra las irlandesas para nodrizas y los irlandeses para los trabajos más duros. De raza inteligente y fuerte, son también buenos soldados y excelentes capitanes; y bien lo sabe España, donde no se olvida que en Velletri, por ejemplo, fue debido el éxito de la batalla a la brigada irlandesa. Y muchos soldados de aquel país tenía también Wellington en Ciudad Rodrigo y en Waterlóo; e irlandés era él mismo, e irlandeses eran los O'Neil, O'Reilly, O'Farril y otros buenos Generales que ha tenido nuestro país, y de irlandeses descendían Mac-Mahón, en Francia, y O'Donnell, en España.

Son sobre todo los irlandeses más vivos y alegres que los ingleses. Su raza es pura céltica y se parece mucho a las meridionales. En los mismos colegios de Inglaterra es muy común que los muchachos irlandeses se lleven los primeros premios, y tienen pintados en la cara el buen humor y la alegría. Muestran aptitud y han sobresalido en todos los ramos del saber humano, con excepción de la filosofía. En la elocuencia son los primeros, como lo atestiguan los nombres de Burke, Sheridan, Grattan y el gran O'Connell, el Demóstenes moderno, el Mirabeau de una causa santa. Son maestros en la sátira, según lo prueban Swift, autor de *Gulliver*, Steele y su *Espectador*, Sterne y su admirable *Viaje sentimental*. En la novela han tenido a Goldsmith, autor del delicioso *Vicario de Wakefield*, y en la lírica a Moore, émulo de Byron. Y casi todos sus escritores tienen algo de original que inspira mucha simpatía. El tipo de ellos es Goldsmith, que recorre a pie la Europa sin más capital que su flauta; es Steele, que acaba una vida desordenada, haciéndose mantener por sus acreedores; es Moore, que compone versos dulcísimos y los canta él mismo en los salones de Londres, acompañándose al piano.

Pero lo que más distingue al irlandés es su firme, su romántica adhesión a la religión y a la Iglesia católicas. Decía Tertuliano que todo hombre era naturalmente cristiano, y del mismo modo se puede decir también que todo irlandés es naturalmente católico. Sabido es el número de santos que ha producido aquel país, y que al lado de San Patricio está Santa Brígida, a quien apellidaron sus contemporáneos *Altera María*; está San Columban, apóstol de la Escocia. Vense por doquiera en Irlanda cruces de piedra de forma muy original, con un Circulo en el centro, y raro es que no se encuentre algún devoto o devota que reza al pie de ellas. Las iglesias están siempre llenas y resuenan y tiemblan materialmente cuando el pueblo responde a las letanías. El respeto que muestran a sus clérigos es casi supersticioso, reverenciándolos poco menos que Abraham a los ángeles, y no creo que haya otro país donde tengan los curas más influencia. En fin, la fe de los irlandeses es verdaderamente admirable. Resignados con su pobreza, no se quejan nunca de su suerte, y según Maguire, es común oír aun a los más desvalidos y miserables, dar gracias a Dios a la hora de su muerte, de no haberles abandonado nunca. Por mi parte estoy persuadido de que, si por un imposible desapareciera el catolicismo del resto de la Europa, todavía se le hallaría en las pobres cabañas de Irlanda.

Es común, sin embargo, burlarse de aquellas buenas gentes, echándoles en cara sus defectos, principalmente su ligereza y su falta de sinceridad, y repitiendo sobre ellos muchas historias de mentiras y engaños parecidos a los de aquel gitano andaluz, el cual confesaba solamente que había robado una cuerda, y luego resultaba que a la cuerda venía atado un asno y sobre el asno dos sacos de harina. Pero no es justo generalizar demasiado estos hechos ni tampoco dar crédito a ciertas

descripciones de costumbres y caracteres irlandeses, trazadas por Lever en su *Familia Dodd,* o por Trollop en su *Fineas Finn,* las cuales son verdaderas caricaturas.

Irlanda hizo del catolicismo la condición de su nacionalidad y el símbolo de su independencia. Apegados a él no quisieron después seguir a la Inglaterra en su rebelión contra Roma, y aquella nación los trató entonces con una crueldad inaudita.

Han llamado los protestantes a Felipe II el *Demonio del Mediodía*; pero con más razón pudieran los católicos llamar a Cromwell el *Demonio del Norte*. Más de tres siglos ha durado ese estado de cosas, y sólo en el pasado ha comenzado la Inglaterra a hacerles una tardía justicia. Y no es extraño que, como celtas de pura raza, sean ligeros e ingobernables, y como pueblo oprimido traten de sustraerse al yugo, ora emigrando al Nuevo Mundo, ora empleando la violencia. No es tampoco extraño que se muestren disimulados, desconfiados, descontentos y turbulentos. Lo natural es que así sea, y se han de necesitar quizás otros dos siglos de buen trato por parte de Inglaterra para que responda a la sinceridad con la sinceridad y al afecto con el afecto.

A poco de haber regresado a Londres, fue nombrado Istúriz Presidente del Consejo de Estado, y tuvo que marcharse a Madrid. Retirábanle de aquel puesto para dárselo a Don Antonio González, y Istúriz comprendió muy bien que aunque salía de allí por la puerta dorada del Consejo, en realidad hacían con él lo que llaman con gracia los ingleses echar a uno por las escaleras arriba. Sintiólo mucho el amable anciano, y también lo sentí yo porque le respetaba como a un padre y le quería como a un amigo. De González he hablado ya en otro lugar. Tratóme siempre con bondad y nuestras relaciones fueron cordiales; pero no teníamos las mismas opiniones ni los mismos gustos. Con todo, la Legación se animó bastante en su tiempo con motivo de la Exposición Universal del año 62, no sólo por ella misma, sino por el número considerable de españoles que vinieron a visitarla y a los cuales obsequió González con varias comidas.

En general, vino más gente docta o rica que linajuda. Nuestra aristocracia no viaja en general más que para ir a París o Biarrtitz, y ya es esto mucho en comparación de lo que sucedía antiguamente, pues todas sus expediciones eran, como las que atribuía por burla D. Carlos a su padre Felipe II, de Madrid a Aranjuez y del Escorial a Madrid. Y, sin embargo, valía entonces la pena de llegar hasta Londres para ver las maravillas acumuladas en el Palacio de la Exposición. La imaginación más apática se sentía dispuesta a prorrumpir en hiperbólicos ditirambos ante la contemplación de tantos prodigios, de tantos adelantos, de tantas cosas bellas, admirables o útiles. Convengo en que hay exageración en decir que el siglo XIX ha eclipsado en esto a todos los anteriores, porque la verdad es que hay muchas industrias en las cuales es inferior a ellos. Así, por ejemplo, en los muebles de lujo no llegan los modernos a la belleza y elegancia de los de otros tiempos; en punto a telas, no consiguen hacerlas tan hermosas como las que se conservan en los Museos y en algunas casas antiguas. Ni los tapices de ahora son mejores que los de antaño, ni la porcelana y el cristal son de tanto gusto como los productos antiguos de Dresde y Capodimonte, de Praga y Murano. Ni hay actualmente quien haga un violín tan armonioso como los de Stradivario, ni una espada tan bella como las de Andrea Ferrara.

Mas prescindiendo de esta inferioridad relativa, preciso es reconocer por otra parte que el pasado siglo aventaja mucho a los anteriores en la comodidad, baratura y utilidad de toda clase de manufacturas. La democracia, que domina ya en casi todas las naciones, ha traído consigo una industria democrática, es decir, al alcance de todas las fortunas. Así sucede, que ni Nerón con todo su lujo, ni Pericles, ni Sardanápalo, tuvieron jamás muebles tan cómodos y tan baratos como los puede tener hoy día cualquier caballero de Europa. Débese sin duda este resultado a los adelantos de la mecánica y de la química y a la aplicación del vapor a la maquinaria; pero no ha contribuido poco a ello la formación de una rica burguesía, la cual ha multiplicado en todas partes el número de consumidores, pudiéndose decir con verdad, que si lo primero ha causado lo segundo, lo segundo a su vez ha influido bastante en lo primero.

El economista Sismondi, fijándose sólo en un lado de la cuestión, no parece aprobar el prodigioso desarrollo de las máquinas, y tal vez no le falte razón bajo cierto punto de vista, porque

éstas destruyen las industrias domésticas y traen consigo el aumento a veces excesivo de la clase obrera; mas en cambio de esto, producen un bienestar tan general y tan manifiesto, que no hay ánimo imparcial que pueda deplorarlo. Y la verdad es que en este caso los males superan a los bienes, y que gracias a las máquinas, no sólo han ganado mucho los consumidores a causa de la baratura de los productos, sino que se ha aliviado también en muchos casos la suerte de los mismos trabajadores, los cuales, como lo observa muy bien el sensato Blanqui en su *Historia de la Economía Política*, tiene ahora comodidades y goces en que no podían soñar hace pocos años, y se ven además libres de las penalidades anejas a muchos oficios. Pudiera aducir de ello varios ejemplos; pero limitándome a uno solo, citaré la máquina de coser, inventada por el americano Singer, y que, en mi concepto, fue una de las glorias de la Exposición de que estoy hablando. Para hacerse una idea de sus ventajas y de los males que suprime, basta recordar cuál era la condición de las infelices costureras do Londres y otras grandes poblaciones antes de su invención; basta recordar la famosa *Canción de la Camisa*, del poeta Hood, de la cual, para que se vea que no exagero, copiaré aquí traducidas las primeras estrofas:

Cose, cose, cose, cose,
Desde que canta el gallo
Hasta que brillan los astros;
Vale más ser sierva mora
Y exponer quizás su alma
Que costurera cristiana.

Hombres que tenéis esposas
Y también madres y hermanas,
La ropa que lleváis puesta
Es sangre de las esclavas,
Que cuando las camisas cosen,
Cosen también su mortaja.

LXXIII.
Londres, de 1858 a 1865.

Voy a España en 1863.—Visito en París al Embajador Mon.—Veo en la Ópera a los Emperadores, que estaban en el apogeo de su grandeza.—Me paro en Burgos.—Hermosura de su catedral.—Novedades de Madrid.—Situación embarazosa de O'Donnell.—Mis amigos se dedican mucho a la política.—Yo no siento vocación a ella.—Calderón Collantes y sus errores en francés.—Cambio que observo en Istúriz.—Encuentro ciega a la Condesa del Montijo.—Olózaga con sombrero redondo.—Santana y La Correspondencia.—El tanto por ciento de Ayala.—Novelas de Fernández y González.—La Guardia civil.—Corta visita a Sevilla.—Larga permanencia en Cádiz.—Señoras y Canónigos que juegan a la Bolsa.—Buenos sermones de Herreros.

En el año 63 obtuve una licencia para ir a España, a donde no había estado desde el año 50. Fui solo, porque mi familia era ya demasiado numerosa para llevarla conmigo, y mi mujer no quería alejarse de nuestros hijos. Ni me detuve fuera de Londres más de tres meses. Paréme primero en París, donde visité al instante a nuestro Embajador, que era Don Alejandro Mon, persona inteligente, pero que a pesar de haber sido un Ministro de Hacienda muy notable, no parecía del todo a propósito para los puestos diplomáticos, porque le faltaban las buenas formas, en ellos tan requeridas. Por lo demás, era un caballero amable y campechano, y por mi parte le merecí una excelente acogida, no obstante que sabía que mis opiniones no eran conformes a las suyas, ni en la cuestión de Marruecos ni en la de Méjico. Él era todo francés. Convidóme a comer y después me

llevó a un nuevo teatro, cuyo nombre era *Los Bufos*, en el cual se cantaban las llamadas operetas, que son a las óperas cómicas lo que las piezas de Labiche a las comedias de Scribe. Eran un género nuevo y alegre, cuya creación confirmaba la decadencia del romanticismo. El público no quería ya llorar, sino reírse. Y estaban destinadas a un gran porvenir, porque son más fáciles de componer y representar que las óperas serias y ofrecen más ocasiones de poner en escena toda clase de divertidos disparates. No exigen por otra parte tantos gastos y se contentan con actrices medianas, siempre que sean bonitas. Meilhac y Halevy fueron los poetas que las compusieron más chistosas, y Offenbach les puso una música muy linda. Poco a poco fue adoptada esta novedad en todos los teatros de Europa.

Fui otra noche al de la Ópera, y allí tuve el gusto de ver en su palco a los Emperadores. Hallé a la entonces afortunada Eugenia cada día más hermosa, advirtiéndose en toda su persona una gracia, una distinción y una majestad extraordinarias. Mucho brillaban sus joyas, pero más brillaban sus bellos ojos y sus cabellos de oro. Parecía una nueva Ester; no me cansaba de mirarla. En cuanto al Emperador, me pareció de fisonomía inteligente y distinguida, mas sin rasgo alguno que recordase a los Bonapartes, como los tenían su tío Jerónimo y sus sobrinos. Según voz general, su verdadero padre había sido el General Conde de Flahaut, amante conocido de su madre la Reina Hortensia, y su cara confirmaba mucho estas sospechas. Estaba a la sazón en el apogeo de su grandeza, conservándose aún la supremacía que había dado a la Francia la guerra de Crimea y la campaña de Italia.

Sin embargo, las personas bien enteradas del estado de la política, notaban ya algunos síntomas de decadencia. Y desde luego la guerra de Italia le había hecho perder el apoyo del clero, a quien disgustaba por extremo que Napoleón no se hubiera opuesto al despojo de los Estados del Papa, realizado por el Piamonte, aumentándose después este desabrimiento cuando fue prohibida en Francia la publicación del famoso *Syllabus*, a que he hecho alusión en otro capítulo. El resultado de todo esto fue que el Emperador tuvo que hacer algunas concesiones al partido liberal, a fin de obtener su apoyo, modificando con ellas el sistema autoritario que había sostenido hasta entonces. Su último acto más notable había sido el Tratado de Comercio con la Inglaterra, en el cual fueron adoptadas por primera vez las doctrinas del libre cambio, propagadas por Cobden en su país y por Bastiat y Chevalier en Francia. Algunos lo tacharon de prematuro y excesivo, y es indudable que dio pronto lugar a una reacción también excesiva por parte del partido proteccionista. Queda, esto no obstante, como precedente memorable, y algunas de sus concesiones liberales subsisten todavía, a pesar del egoísmo de los productores.

Fui también al Palais Royal para reírme con sus chistosas piececitas, y a los otros teatros de prosa, especialmente al Francés. Oí las nuevas producciones del día, que eran la *Dama de las Camelias*, de Dumas, *La Gabriela* y *El Yerno de Mr. Poirier*, de Angier. En la primera, que es una Marión de Lorme prosaica, su veía una deplorable tendencia a disculpar el vicio, haciendo interesantes a las pecadoras. Las segundas, más morales, me parecieron una buena continuación de la comedia de costumbres y de intriga, en que fue maestro Scribe. Todas estaban representadas de un modo admirable. ¡Qué actores los de París, qué naturalidad, qué distinción!; ¡y qué actrices tan lindas! Y dicho se está que di asimismo una recorrida al Museo del Louvre, donde volví a contemplar mis cuadros favoritos con el mismo placer con que se vuelve a ver a una antigua amiga, y una amiga que no se pone nunca vieja ni toma arrugas.

Antes de continuar mi viaje fui a visitar a mi amable cuñada la Marquesa de las Marismas, que estaba en el campo, y pasé con ella dos días muy agradables. Allí vi por primera vez un nuevo juego de cartas, que después se ha extendido por todas partes. Llámase *besigue*, y según dicen fue inventado en el Poitou. Adoptado en París, hase extendido por toda Europa y todos lo juegan ya con furor, abandonando por él el *ecarté* y otros más antiguos.

Siguiendo mi viaje tomé el ferrocarril, que ya entonces existía en todas direcciones, y sin detenerme en parte alguna, llegué a Burgos, cuya Catedral deseaba visitar. Conocíala ya por las hermosas estampas de las obras de Villaamil y de Street; pero hallé el original muy superior a las

copias. Según mi costumbre, cuando de iglesias se trata, la vi varias veces y a varias horas, oí en ella una misa cantada y unas vísperas, la contemplé llena de gente y también solitaria y silenciosa, y siempre me pareció hermosísima. Fáltale sólo tener el bello recinto de que disfruta la de Sevilla. Empezóla San Fernando, y por influencia de los monjes de Cluny y Citeaux, fue empleado en ella el nuevo estilo de arquitectura nacido entonces, y que si bien recibió el nombre de gótico para contraponerlo al románico antes reinante, era en realidad francés y producto de la exaltación religiosa que dominaba en aquella edad en todas partes, y muy principalmente en la patria de San Luis. En Burgos ostentó ya sus maravillas aquel nuevo estilo, eclipsando los templos románicos de Santiago, León y otras ciudades de Castilla.

Llegado a Madrid admiré, como siempre, su cielo alegre y la cortesía de sus moradores. Así como en Berlín o Bruselas choca la rudeza de sus habitantes, así en Madrid llama la atención su cultura. Son tan amables que, si les preguntaba por alguna calle para mí desconocida, no sólo me la indicaban, sino que a veces me acompañaban hasta ella. Encontré la ciudad más y más agrandada, con otro barrio nuevo, llamado de Argüelles, y varios Palacios de buen aspecto, los cuales le iban dando la apariencia de una hermosa capital. No pude ver al General O'Donnell, a causa de sus muchas ocupaciones; pero supe que tenía siempre su tertulia, como en la Habana, y que en ella presidía la amable Doña Manuela, la cual compartía con él la popularidad y el prestigio. Según me fue contado, el General se recogía muy temprano porque le gustaba madrugar; mas ella se quedaba reinando en la sala hasta la media noche. Su hija, la linda Zenobia, se había casado en segundas nupcias con el entonces joven y brillante Marqués de la Vega de Armijo.

La estrella de O'Donnell brillaba todavía bastante; mas no tanto como solía. Sus costosas e inútiles expediciones habían absorbido casi por completo los productos de la desamortización, y a pesar del talento del Ministro de Hacienda, se sentía ya ese malestar que trae consigo la exageración de les gastos. Íbase al mismo tiempo olvidando la gloriosa campaña de Marruecos, sin que hubiera otras nuevas que halagasen al público. En fin, el partido democrático arreciaba en sus ataques, y el radical Rivero, secundado ya por Castelar, excitaba la opinión contra la Reina y contra O'Donnell y predicaba sin rebozo la república en un periódico intitulado *La Discusión*. La situación de O'Donnell comenzaba ya a semejarse a la que había tenido antiguamente Narváez. Por fortuna las Cortes estaban cerradas, lo cual en los países constitucionales concede una especie de tregua a las pasiones políticas, pudiendo aplicarse a aquéllas lo que le decía la gallina a la zorra de la fábula:

Muy mal me va, señora, en este instante
Muy bien si usted se quita de delante.

Mas no cesaba por eso enteramente cierta alteración de los ánimos. En el Ateneo, donde pasaba algunas veces la prima noche; en el Casino, donde comía a menudo, y en todos los sitios en que hallaba a Roberts, Casal, Moreno y otros amigos diputados o periodistas, noté siempre una grande agitación. ¡Qué disputas tan acaloradas; qué pronósticos tan graves! Y con todo, parecían gozar mucho con aquella existencia tan inquieta, A mí, sin embargo, no me inspiraba ninguna envidia. Reconozco que es necesario que haya personas que se dediquen a la política, como lo es que haya quienes se dediquen a la milicia, a la iglesia y al foro; mas por mi parte, no he sentido nunca la menor afición a ella.

En primer lugar, no he tenido nunca opiniones exclusivas, y unas veces apruebo lo que hacen los moderados y otras lo que hacen los progresistas. Decir a todo amén, como lo exige la disciplina de un partido, me sería muy difícil. En segundo lugar, no tengo la paciencia ni las posaderas de bronce necesarias para permanecer sentado horas y horas en los escaños del Congreso, oyendo discursos elocuentes, si se quiere, pero de dimensiones inverosímiles. Y por último, no es para mi genio el estar hecho un corresponsal y mandatario de los electores, para obtenerles cruces, empleos, favores de toda especie y hasta, si es menester, mandarles de la Corte una aya o un cocinero.

Era a la sazón Ministro de Estado Don Saturnino Calderón Collantes, personaje hinchado y vanidoso, quien me recibió con urbanidad, pero con una prosopopeya algo ridícula. Era un hombre honrado, inteligente, instruido y laborioso, que no dejaba de brillar en los debates parlamentarios.

Abusaba, sin embargo, de las metonimias, llamando siempre a Cervantes el manco de Lepanto, y a Voltaire el filósofo de Ferney, y posponía de continuo los pronombres, a la manera portuguesa y gallega, lo cual hace la prosa pesadísima. Escogía también vocablos poco familiares, diciendo, por ejemplo, duelo en vez de desafío; sonriente en vez de risueño, e indumentaria en lugar de ropaje. Y con esto y con recalcar mucho algunas palabras, se creía otro Demóstenes. Pero su principal defecto para el puesto que ocupaba era que no sabía bien el francés, lo cual dio origen una vez a una seria dificultad diplomática con el Embajador de Francia, porque, en lugar de decirle que no podía contestar sobre cierta cuestión, le dijo: *je ne conteste pas*, lo cual fue interpretado por el francés como si asintiese a lo que él sostenía. Hubiera hecho un excelente Ministro de la Gobernación o de la Justicia, pero estaba en Estado como fuera de su elemento.

Por de contado visité luego a mi respetable amigo Istúriz, a quien hallé más y más cambiado. No era ya su tertulia el murmuradero de otros tiempos, y él mismo hablaba poco de política, con especialidad de la del día. Contábanse entonces mil historias exageradas sobre el carácter incomprensible de la Reina, mezcla singular de devoción y galanteos, y quise que me dijese su parecer. Pero fiel siempre a la dinastía y monárquico a toda prueba, me rogó que no le tocara este punto, asegurándome que él mismo no quería saber nada sobre él y repitiéndome con el poeta Gray:

Donde el ignorar es ventura,
El saber es gran locura.

He referido anticipadamente en otro capítulo cuan cristiana fue su muerte, acaecida pocos años después, y ya entonces se notaba que habían cesado de satisfacerle las audacias del escepticismo. Viendo sobre su mesa la *Vida de Jesús*, por Renan, le pregunté qué pensaba sobre ella. «Me la ha prestado un amigo, me respondió; pero la he dejado a las pocas páginas y no pienso continuarla: no me gustan las novelas.»

Duraba siempre en Madrid la tertulia de la Condesa del Montijo, y fui también a ella. Mas aunque me agradó mucho volver a ver a aquella distinguida señora, recibí una impresión muy triste al notar que se había quedado enteramente ciega. Conocía a todos por la voz, como la Marquesa du Deffant, y conservaba su viveza y ameno trato; mas era imposible no condolerse al pensar que la madre de una Emperatriz, la dama que por tantos años había sido una de las estrellas del gran mundo de París y Madrid, no podía ver ya, ni a su propia hija, ni el esplendor en que vivía. ¡Tan varia y caprichosa es la fortuna en las vicisitudes que reserva a cada uno!

Además de la Montijo había por aquel tiempo otras damas que recibían mucho en Madrid, tales como la joven Duquesa de Medinaceli, tan hermosa como discreta; la de Híjar, elegante y graciosa; la de Alba, hermana de la Emperatriz, que era una Venus pequeñita, a quien hacía mucho la corte el joven Marqués de Alcañices, y la de Fernán Núñez, fea, pero amable. Recibían asimismo la respetable Marquesa de Santa Cruz y mis antiguas amigas las señoras de Albear, en cuya casa hallé muchas noches al después célebre D. Antonio Cánovas del Castillo, al cual había conocido en Roma. Era entonces Subsecretario de Gobernación y tenía delante de sí un brillante porvenir.

Alojábame en un hotel, que tenía el pomposo nombre de los Embajadores, pero cuyas comodidades no correspondían a las pretensiones del título. Según mi costumbre, siempre que he ido a Madrid, empezaba mi día oyendo misa en las Calatravas, donde tenía una prima monja, de apellido Santa María. Había sido aquella iglesia muy bien restaurada a expensas del Rey Don Francisco, y hay en ella sillas a la francesa y un servicio divino muy puntual y decoroso. Allí tenía el placer de ver a mis devotas españolas, con la mantilla que tanto realza sus atractivos, en vez del sombrerito traído de París. Iba después al Museo del Prado o a la Academia de Nobles Artes, para extasiarme delante de las maravillas que encierran; almorzaba y hacía visitas. Por la tarde al Prado o a la Castellana, que entonces estaba de moda. Cuando no estaba convidado comía en el Restaurant de Lhardy o en el Casino, y en fin, hacía de nuevo visitas o iba a algún teatro. Terminaba la noche tomando chocolate en un establecimiento especial llamado de Doña Mariquita, por ser éste el nombre de su fundadora. E] chocolate es exquisito, y lo sirven con ciertos bizcochos, que llaman mojicones, precisamente porque son muy delicados y suaves.

Acompañábanme casi siempre al paseo mis amigos Madrazo y Paje, y me ponían al corriente de quiénes eran las nuevas bellezas de la Corte y de las intriguillas amorosas de aquel tiempo. Veíamos también allí a algunos hombres notables en las Letras o en la Política, como Ayala, Tamayo, Alarcón, Navarrete y Olózaga. Este último fue el primero que empezó a usar el sombrero redondo moderno, que con audacia democrática quería ya supeditar al antiguo de copa alta, pero que no lo ha conseguido aún del todo, a pesar de cuarenta años de lucha. Porque el sombrero es la parte del vestido que más resiste a las veleidades de la moda; dígalo si no el de tres picos, que sirve todavía para el uniforme de todos los empleados y para gendarmes y cocheros. Contaban entonces que la Reina Isabel, cuyo genio era muy chusco, se rió mucho cuando vio a Olózaga en paseo con aquel curioso sombrero, y dijo graciosamente, que con él y con su levitón largo se parecía mucho al Noé de los juguetes.

Andaba también por el paseo un tal Santana, antiguo condiscípulo nuestro, cuya historia es interesante, porque tuvo la feliz idea de fundar un periódico muy barato, intitulado *La Correspondencia*, compuesto exclusivamente de noticias, y logró hacer con él una considerable fortuna. Conocía bien la vanidad y curiosidad del público, y tenía tan buena traza para averiguar lo que hacía todo el mundo, las idas y venidas, los nombramientos seguros o probables, las esperanzas y vicisitudes, y mil sucesos de todos géneros, que poco a poco se hizo su periódico poco menos que indispensable, y el gobierno mismo acabó por confiarle ciertas noticias políticas que le convenía hacer públicas por aquel oficioso conducto. La redacción dejaba que desear, mas esto no obstante creció su boga de tal modo que vino a ser el gorro de dormir de todos los españoles, y nadie se acostaba entonces ni se acuesta ahora en Madrid y en todas las provincias sin haberlo leído.

En los teatros hallé poco más o menos el mismo repertorio que en el año 50. Las obras de Bretón, Zorrilla, Rubí, Tamayo y Ventura de la Vega, unidas a muchas traducciones francesas. Era con todo original y muy buena *El tanto por ciento*, de Ayala, en la cual criticaba la sed de dinero y la pasión de los negocios que, a imitación de lo que sucedía en Francia, se había apoderado de todos en nuestro país.

Si ya no jugaban a la Bolsa los Ministros, jugaban de seguro toda clase de personas y andaban ocupados en especulaciones e intrigas. Una expresión del protagonista de Ayala, *negocio redondo*, era la divisa de aquel tiempo. *Negocio redondo*, decía el que se casaba con una mujer rica; *negocio redondo*, exclamaba el que obtenía una exagerada indemnización por un terreno expropiado; y así en otros parecidos casos.

En la novela había Escrich, quien continuaba con talento la obra de Fernán Caballero y de Trueba, y un cierto Fernández y González, el cual, si hubiese escrito con más cuidado y no de prisa y *de pane lucrando* en el folletín de un periódico, habría sido el primer novelista de su época en España. Su producción más notable fue, en mi sentir, *El Cocinero de Su Majestad*, pues aunque en ella hay mucho tomado de Víctor Hugo, Dumas, Lesage y Walter Scott, forma todo ello un conjunto muy divertido y agradable.

En punto a óperas daban igualmente las mismas que en Londres y París, siendo novedades el *Fausto* de Gounod y la *Africana* de Meyerbeer. Faltaba aun la opereta; mas no tardó mucho en traspasar los Pirineos, traída por un cómico, de nombre Arderlos, quien aplicándoles el título español de zarzuelas, las dio con mucho aplauso en un pequeño teatro de Madrid, al cual llamó de los Bufos, como el de París. Los festivos poetas Blasco y Carrión compusieron los primeros libretos, y el maestro Arrieta les puso una alegre música.

Antes de continuar el relato de mi viaje debo hacer mención de una gran novedad que hallé aquella vez en Madrid y en toda España, y fue la Guardia civil, imitada de la Gendarmería francesa y tan útil como ella. Organizóla admirablemente el General Marqués de Ahumada, y en mi concepto es un instituto cuyos beneficios son comparables con los que produjo en su tiempo la famosa Santa Hermandad, establecida por los Reyes Católicos. Gracias a ella hay ya más seguridad en los caminos y calles, y tiene también el gobierno a su disposición una fuerza pública que se distingue

por su valor, lealtad y disciplina. Menos expuesta que el ejército al influjo de nuestros Marios y Catilinas, ha sido en muchos casos el más firme baluarte del trono y del orden público.

De Madrid pasé a Sevilla, donde permanecí sólo el tiempo necesario para visitar a mi familia y amigos, y echar una mirada a las iglesias y museos y al incomparable alcázar, de cuyos amenos jardines no podía arrancarme, al punto que un guarda tuvo que recordarme por dos veces que iban a cerrar sus puertas. ¡Qué impresión tan deliciosa hacen en el ánimo los recuerdos que despierta aquel encantado recinto! ¡Qué suavidad hay en aquel aire! ¡Cuánta poesía allí como en todo Sevilla!

Llegado por fin a Cádiz y a mi casa, me quedé en ella cuanto tiempo pude, gozando de la amable compañía de mi familia y amigos. Encontré allí pocos cambios y me pareció aquella ciudad, en ciertas cosas, un pequeño Madrid. Las mismas óperas, las mismas comedias, las mismas modas.

Y también se buscaba allí el *negocio redondo* y se jugaba a la Bolsa. Hacíanlo hasta las mujeres, como en París y Madrid, y hasta los clérigos. Una noche que paseaba en la plaza de San Antonio con un amigo mío, que era corredor, se alejó éste de mí para hablar con una señora muy tapada. Creí que se tratase de algún galanteo; pero él me contó después que la dama misteriosa había venido simplemente a encargarle la compra de algunos títulos, y que no era ella la sola que especulaba. Y por lo que hace a los clérigos, fuéme referido que algunos individuos del Cabildo catedral habían comprado juntos un millón de fondos públicos y jugaban a la alza y a la baja con este capital común. Los hombres de negocios lo llamaban sin rebozo el millón de los canónigos.

Pero fuera de esta excepción, el clero de Cádiz era siempre un modelo de buenas costumbres y también de talento y saber. Precisamente por aquel tiempo brillaba allí en el púlpito otro de mis condiscípulos, el distinguido oratoriano Don Sebastián Herreros, que ocupa en la actualidad la ilustre Silla arzobispal de Valencia. Había sido gran estudiante y más que mediano poeta, y según las comadres de aquella época, fueron unos amores contrariados la causa por que se hizo clérigo. Como quiera, era un sacerdote piadoso y ejemplar, a quien la Naturaleza había dado todo lo necesario para ser elocuente.

Para terminar esto capítulo con un tema menos austero, diré que la tertulia más concurrida de Cádiz, era siempre la de la amable Carmen Verges, y que allí y en los paseos pude admirar las nuevas beldades de aquel tiempo, entre las cuales se distinguían por lo graciosas Matilde Guilloto y Rosa Barthout, y por lo buenas mozas Mariquita Hore, mi cuñada Dolores Caballero, y dos hermanas de mi amigo Juan Aramburu, casadas, la una, Micaela, con el opulento y benéfico Don José de Mora, y la otra, María, con el simpático Pepe Gómez. Porque siempre ha habido en aquel dichoso país abundancia de mujeres bonitas.

LXXIV.
Londres, de 1858 a 1865.

Regreso a Londres.—Cuatro cuestiones que preocupaban entonces los ánimos.—Guerra de Secesión en los Estados Unidos a causa de la esclavitud.—Varios Gobiernos de Europa simpatizan con el Sur.—Vencedor al fin el Norte, da la libertad a los esclavos y se venga de Francia e Inglaterra.—Guerra y anexiones en Italia.—La Francia se opone a la ocupación de Roma.—Venida de Garibaldi a Londres para obtener el apoyo de Inglaterra.—Le despiden como a Don Basilio.—Insurrección de Polonia.—La Francia no se atreve a socorrerla.—La Rusia somete a los rebeldes.—Cuestión de los Ducados alemanes de Dinamarca.—La Prusia y el Austria se apoderan de ellos.—Primera revelación del genio político de Bismarck.

Al restituirme a Londres no me detuve en ninguna parte y llegué con la rapidez de una carta. Tardábame volver a ver a mi familia de allí después de haberme separado de la de Cádiz. Y es esta una de las espinas de nuestra carrera, la de vivir siempre con el corazón repartido y con una sorda nostalgia. Engolféme luego en los negocios corrientes y en la lectura de todos los despachos

atrasados en el libro donde se copian en todas las Legaciones desde que así lo dispuso con muy buen acuerdo mi primer jefe González Bravo, cuando fue Ministro de Estado.

Y no faltaban en aquel tiempo cuestiones graves e interesantes, de cuyo estado quería ponerme al corriente. Cuatro eran por lo menos las que preocupaban los ánimos en Inglaterra y también con más o menos intensidad en las demás naciones de Europa. Era la primera la guerra de Secesión de los Estados Unidos, prevista hacía bastante tiempo y nacida de la fuerza moral y material que habían adquirido los Estados del Norte, merced a la emigración europea, y del deseo que ya tenían de poner término a la preponderancia exclusiva que habían ejercido hasta entonces los Estados del Sur, a causa de su riqueza. Formaban éstos una especie de aristocracia, que algún escritor ha comparado con la romana, pero que por su desgracia se fundaba como aquélla en un hecho, que no podía ya subsistir en el seno de un pueblo cristiano, el cual era la esclavitud. El librito de Rousseau, el evangelio político del mundo moderno, estaba contra ella. Elegido al fin Presidente un hombre del Norte, cual era Abraham Lincoln, y habiendo manifestado éste su resolución de abolir la esclavitud, subleváronse los Estados del Sud, eligiendo su propio Presidente para formar una nación separada, y estalló luego entre unos y otros una guerra civil larga y sangrienta.

Mejor preparados los del Sur, obtuvieron al principio grandes ventajas, y esto dio lugar a que varios Estados de Europa dejasen ver sus simpatías hacia ellos, y que creyendo ya muerto el moro se atreviesen a darle algunas lanzadas. La Francia concibió y llevó a cabo la expedición de Méjico, a pesar de ser contraria a la doctrina de Monroe; la Inglaterra favoreció cuanto pudo a los insurrectos, permitiendo que en sus puertos fuesen alistados el *Alabama* y otros buques corsarios, que causaron mucho daño al comercio de los Estados del Norte, y España, en fin, llevó a cabo la reincorporación de Santo Domingo. Y si no hubo quien declarase abiertamente la guerra al Norte ni auxiliara más directamente al Sur, esto fue simplemente porque la opinión pública de todos los países no compartía las pasiones de los Gobiernos y antes bien sentía más simpatía hacia la causa del Norte, por ser éste el paladín declarado de la abolición de la esclavitud.

Istúriz, quien a pesar de su moderno moderantismo era en esto fiel a sus antiguas ideas filosóficas, se admiraba mucho de ver que hombres tan ilustrados y liberales como Palmerston y Gladstone, mostrasen una notoria inclinación hacia los esclavistas del Sur, y me repetía siempre esta frase expresiva y enérgica de cierto convencional francés: «El defensor de la esclavitud no merece más que el desprecio por parte del filósofo y una puñalada por parte del esclavo». Pero muy pocos había que opinasen como él, y era tan común entre los hombres políticos de Europa el odio a los Estados del Norte, que los más prudentes y sagaces se engañaron de todo en todo en sus pronósticos.

Entre tanto la guerra separatista, que había durado por espacio de cuatro años con terribles alternativas, se declaró al fin en favor del Norte. Sus Generales Grant y Sherman consiguieron una serie de victorias decisivas que ocasionaron la sumisión de los rebeldes, y la entrada de los ejércitos del Norte en Richmond, que era la capital del Sur, señaló el término de aquella lucha fratricida. Y fue verdaderamente epigramática y graciosa la manera con que un periódico de Richmond anunció este suceso tan importante. En la parte destinada a las noticias del *Mundo Elegante*, decía con grandes letras en un parrafito aparte: «Llegadas fasionables: el General Grant y el ejército del Potomac.» Acto seguido, el Presidente Lincoln llevó a cabo la abolición de la esclavitud, y aunque perdió luego la vida asesinado por un fanático del Sur, su gloria no fue por eso menos grande y su memoria será eternamente bendecida por los descendientes de los esclavos y por todas las almas nobles.

Fenecida así la guerra y vueltos los americanos de aquel pasajero desmayo, no tardaron en notarse las consecuencias de su restablecido poderío. El Emperador Napoleón recibió pronto de ellos una especie de conminación contra la ocupación de Méjico, tan cortés en la forma como terminante en el sentido, y no hallándose aquel Soberano apoyado por la opinión ni contando con fuerzas suficientes para atender al mismo tiempo a América y a Europa, donde también se preparaban asuntos importantes, tomó el prudente partido de retirar de Méjico sus tropas, sin

cuidarse del desventurado Maximiliano. Abandonado éste por su egoísta protector, probó a sostenerse aún con sus propias fuerzas; pero no tardó en sucumbir, cuando el antiguo Presidente de la República, Juárez, reforzado con muchos oficiales y soldados americanos, volvió de nuevo a la lucha. Para Napoleón significó aquel retiro el principio de su decadencia; para Maximiliano fue una sentencia de muerte.

Volviéronse luego los Estados Unidos contra Inglaterra, y recordándole la mala fe con que había procedido en el caso del *Alabama*, permitiendo su alistamiento a pesar de las reclamaciones de Mr. Adams, que era el Plenipotenciario norteamericano en Londres, le pidieron una indemnización de más de tres millones de libras esterlinas. Recordaban muchos entonces el dicho de Talleyrand, quien cuando Napoleón I se quejaba una vez de la conducta de los norteamericanos y los llamaba cerdos, le dijo con mucho chiste: «*Qui sire, les americains sont de fiers cochons; mais des cochons fiers*». E insistieron de tal modo en sus exigencias y tenían tanta razón y tanta fuerza, que la Inglaterra reconoció al fin la deuda y la pagó sin más tardanza.

En cuanto a España, no sólo tuvo que renunciar a Santo Domingo, porque los americanos alentaban a los rebeldes de aquella isla, sino que vio también agitada la misma Cuba, cuya posesión deseaban cada día con más ardor los hombres políticos de América. Porque tranquilos ya los Estados Unidos en su interior y recibiendo de continuo una numerosa inmigración europea, crecían y crecían visiblemente y querían extender su dominio a semejanza de un río caudaloso, que recibe las aguas de muchos afluentes y no cabiendo en su lecho, tiende a inundar cuantos terrenos le circundan. Aumentaba también allí la riqueza privada, y muchos especuladores activos, inteligentes y poco escrupulosos en los medios de acrecentar su fortuna, acumulaban ya capitales tan cuantiosos como los más celebrados de Europa. Los depósitos de oro y de petróleo, la construcción de caminos de hierro y mil industrias fomentadas por la misma guerra separatista, enriquecían a una multitud de personas. Atónita la Europa vio entonces llegar a sus puertos una nueva clase de viajeros, que eran los ricos americanos, los cuales rivalizaban en sus gastos con los más opulentos rusos e ingleses. Algunos se prestaban al epigrama, y ya se contaba que viajando dos de ellos en un mismo vagón, se reconocieron por la traza vulgar y por la pronunciación, gangosa, y el más atrevido le preguntó al otro: «¿Uniformes?» A lo cual contestó el interpelado: «No, carne salada». «Pues yo petróleo», dijo entonces el primero, y se hicieron muy amigos! Pero ya dijo Juvenal que el dinero no tiene olor, por lo cual los tales americanos han obtenido en nuestro Continente la más lisonjera acogida, y muchos de ellos han logrado colocar a sus hijas en las familias más ilustres del Viejo Mundo. Aquellos rabiosos republicanos no desprecian los títulos y pergaminos, y los altivos nobles de Europa no se desdeñan tampoco de beneficiar sus tierras con el dinero democrático, tanto más cuanto que las mujeres norteamericanas son generalmente muy bellas y muy superiores a sus padres y hermanos en educación, maneras y gustos. Son numerosos los casos de tales alianzas y vienen a mi memoria entre otros, los de Ruspoli y Lante en Roma, Gherardesca en Florencia, Talleyrand y Castellane en Francia, y el Duque de Marlborough en Inglaterra.

Después de la cuestión de América seguía en importancia la de Italia. Cavour continuaba allí su política de conquistas, y el Emperador Napoleón, a quien compararon con Pilato, no hacía grandes esfuerzos para impedírselo, aceptando a su vez la anexión de Saboya y Niza a la Francia como compensación de sus sacrificios por la causa de Italia. Causó este último hecho una alarma general en Europa, y la Inglaterra misma no se creyó enteramente segura, temiendo se renovasen los días del primer imperio; por cuya razón fue luego organizado en todo aquel reino un numeroso ejército de voluntarios, compuesto en su mayor parte, de la rica burguesía. Mas por lo que hace al Piamonte, su carrera prodigiosa tuvo al fin un límite, que fue la ocupación de Roma, a la cual opuso su veto más terminante el mismo Emperador Napoleón, precisado a ello por la necesidad que tenía de no descontentar más aún de lo que ya lo estaba al partido católico francés, que era uno de sus principales apoyos.

Los revolucionarios italianos realizaron entonces esfuerzos increíbles para obligar al Rey Víctor Manuel a seguir adelante, a pesar de esta oposición de la Francia, y el atrevido Garibaldi

tentó el vado a la dificultad en el año de 1862, acercándose a Roma con sus voluntarios. Pero fue batido y aun herido en Aspromonte por las tropas del Rey, y tuvo que renunciar a su proyecto. No se dio con todo por vencido, y repuesto de su herida, cometió dos años después la insensatez de emprender una visita a Londres con la quimérica esperanza de inducir a los ingleses a prestar un apoyo directo a la Italia, a fin de que ésta pudiera apoderarse de Roma. La idea no fue tanto suya como de Mazzini, quien engañado sobre el carácter de los ingleses, se imaginó que sus medios de seducción y agitación tendrían en aquel país la misma fuerza que en Italia.

La acogida qué hicieron a Garibaldi fue sin duda magnífica y más entusiasta aun que las que habían hecho en su día a Espartero y a Kossuth, y acababan de hacer a las tropas que volvían de Crimea y a la misma Princesa de Gales. Fue alojado en el Palacio de la Duquesa de Sutherland, y contaban que pasaba allí muchos ratos sentado en un sofá, teniendo a un lado a aquella noble dama y al otro a su amiga la Duquesa de Manchester, las cuales parecían adorarle, como las doncellas de antaño a los caballeros andantes. Convidáronle a comer los Ministros y los Clubs; visitóle el Príncipe de Gales; hiciéronle ovaciones en el Teatro de la Ópera, y la Municipalidad misma le envió un mensaje muy expresivo. Pero bien pronto empezaron todos a notar que el entusiasmo que causaba iba tomando un carácter demasiado democrático. Disgustó su visita a Mazzini y los discursos en ella pronunciados, mezclando la cuestión de Polonia con la de Italia; disgustaron los *meetings* populares en que se aclamaba a la revolución en toda Europa, y fue visto por fin claramente que lo que el condotiero italiano buscaba, era excitarla opinión del pueblo bajo de Londres en favor de sus planes.

Semejante conducta le hizo pronto un huésped muy enojoso para la mayoría sensata de los ingleses y para el mismo gobierno, el cual se holgaba mucho de que la Italia hubiese adquirido su unidad y su independencia, y había contribuido a ello en cuanto le había sido posible, mas no quería exponerse a un conflicto con la Francia para ayudarle a ocupar a Roma. La política animosa de Palmerston consistía precisamente en emplear todos los medios imaginables para revolucionar el Continente, con exclusión de la guerra. Por consiguiente, apenas comprendieron que Garibaldi tiraba a comprometerlos, se dieron prisa a deshacerse de él de la manera más donosa del mundo. Todos, y hasta el mismo Gladstone, que era su mayor amigo, le aconsejaron que se marchase. Buen pretexto para ello fueron unos diviesos que le salieron al héroe italiano y que el doctor Fergusson, médico de la Reina, declaró peligrosos, recomendándole dieta y descanso. Hiciéronle, pues, la despedida de Don Basilio, diciéndole cortésmente:

Che brutta cera;
Presto, presto andate al letto,
Presto andate a riposar.

Y así acabó este cómico incidente, en el cual mostraron los ingleses que cuando el caso lo requiere, saben ser buenos diplomáticos y burladores de primer orden. En cuanto al gobierno italiano, probablemente hubiera aplaudido y apoyado a Garibaldi, en caso de buen suceso; pero viendo que fracasaba, le desaprobó enfáticamente y concluyó poco después una Convención con la Francia, en virtud de la cual fue trasladada la capital de Italia de Turín a Florencia y el gobierno italiano se obligó a impedir que los revolucionarios atacasen a Roma, obteniendo en cambio de todo esto que el Emperador Napoleón retirase de allí sus tropas.

La tercera cuestión de aquel tiempo era la insurrección de Polonia, la cual tuvo en realidad poca importancia, porque esta infeliz Nación no contaba con ningún poderoso protector ni tenía ella misma las condiciones necesarias para libertarse del yugo a que un triste destino la ha sometido. Es aquel país una Irlanda del Continente, sin montes también, sin fortalezas, sin nada que temple el carácter de sus moradores, sármatas de origen y tan exclusivamente aristocráticos y privados de sensatez, que con razón ha dicho Broglie, en su *Historia de María Teresa*, que la constitución política de aquel Reino, con un Rey electivo y una Cámara de Magnates, en que se exigía siempre la unanimidad de votos, parecía una verdadera apuesta contra el sentido común. Tuvieron con todo algunos días de gloria en su lucha contra rusos y turcos, y no sólo el Imperio austríaco sino la

civilización misma de Europa les debe eterno reconocimiento porque, capitaneados por su heroico Rey Sobieski, detuvieron a los turcos a las puertas de Viena.

Mas por desgracia este esplendor duró poco y no supieron nunca organizar un gobierno estable. Además, estrechados en un círculo de hierro por tres grandes naciones, cuyas armas y cuyas intrigas minaban de continuo su existencia, fueron víctimas al cabo de un odioso reparto. Han conservado, sin embargo, como los irlandeses, un apego admirable a su religión, que es la católica, y también a su lengua, la cual es quizás la mas armoniosa de las eslavas, y han hecho de cuándo en cuándo algunos esfuerzos para recobrar su libertad, no queriendo considerarse como definitivamente vencidos. El último fue justamente en 1861, siendo inducidos a realizarlo por el buen éxito de la revolución de Italia, y por la esperanza de que Napoleón III los socorrería también a ellos como a los italianos, sin advertir que ni el Príncipe Zartorisky, a quien pensaban proclamar Rey, era otro Víctor Manuel, ni tenía la Polonia provincias que ofrecer a la Francia en cambio de su socorro. Y fue tal la infatuación de los polacos, que en lugar de aceptar las reformas que les ofrecía la Rusia, no quisieron contentarse con menos que con la completa independencia.

Pero sus cálculos quedaron tan burlados aquella vez como las anteriores. Francia, Inglaterra y Austria, se limitaron a dirigirle a la Rusia comunicaciones diplomáticas en favor de aquel desgraciado país, las cuales no produjeron efecto alguno. Hubiera deseado la Francia hacer algo más; pero no podía obrar sola, y la Inglaterra no quiso secundarla, primero porque la Prusia se había unido en aquella cuestión con la Rusia y esto les daba a entrambas mucha fuerza, y segundo, porque temía, y no sin razón, que el Monarca francés se aprovechase de aquella guerra para redondearse por el lado del Rhin a expensas de la Prusia y de la Bélgica.

Abandonada así la Polonia, apresuróse la Rusia a sofocar su rebelión con una mano de hierro, y en Lituania sobre todo, queda y quedará eternamente memoria del terrible General ruso Muravief, cuyas inauditas violencias dejaron atrás las de Cromwell en Irlanda y Alba en los Países Bajos. Volvió a caer sobre el sepulcro de aquella infeliz nación la losa que lo cubría, y yace al fin olvidada de todos, hasta de la misma Francia, la cual, vencida a su vez por la Alemania, ha acabado por contraer una estrecha alianza con el mayor verdugo de la Polonia.

Queda en fin la cuestión de los Ducados alemanes de Dinamarca, la cual era tan complicada que, según decían los diplomáticos, no había más que uno de ellos que la conociese completamente y era cierto Mr. Dotezac, que había sido durante más de veinte años Ministro de Francia en Copenhague. Trataré, esto no obstante, de dar una idea de ella en pocas palabras. Sabido es que la Alemania, si bien confederada, no tenía antes de ahora aquella fuerza que le correspondía por su extensión, por su riqueza y por las grandes cualidades de sus habitantes. Sus divisiones la enflaquecían. Y no era esto un vicio moderno: ya en tiempo de Tácito se hallaba dividida en cuarenta y dos pueblos diferentes. Anhelo y necesidad de las modernas generaciones, en vista sobre todo del engrandecimiento de la Francia y de la Rusia, era, pues, conseguir una fuerte unión de todos ellos. Carecía igualmente la Alemania de costas a propósito para la creación de una marina de guerra, y por este motivo codiciaba también extender su dominación en los Ducados alemanes de Schlesvig y Holstein, situados sobre el río Elba, y dotados del magnífico puerto de Kiel y otros no menos importantes. Eran estos Ducados alemanes, pero no dependían de la Alemania, sino que se hallaban de antiguo en poder de la Dinamarca, la cual los había adquirido en el siglo decimoquinto por voluntad de los mismos habitantes, cuando quedó extinguida allí la antigua familia de los Schauenburgos.

Dispuso, sin embargo, el destino que a mitad del pasado siglo el Rey Federico VII de Dinamarca se hallase sin sucesión masculina, lo cual no cambiaba nada en la Dinamarca propia, por ser en ella admitida la femenina; pero daba lugar a grandes controversias en los dos Ducados, porque en ellos era esta excluida, y le correspondía de derecho al Príncipe alemán Cristian de Augustenburgo. Exaltáronse con este motivo los ánimos de los alemanes, a los cuales parecía aquella circunstancia en sumo grado propicia para realizar sus designios. Encontrábase justamente la Alemania de aquel tiempo en una fermentación extraordinaria a consecuencia de la revolución

francesa del año 48 y de las otras que la siguieron en Berlín y Viena; y el Parlamento, reunido en Francfort, quiso al instante resolver por su propia autoridad la cuestión de aquellos Ducados, arrancándoselos por la fuerza a Dinamarca, sin aguardar la muerte de Federico.

Mas no era tan fácil como parecía el llevar a cabo este despojo, porque aquel Reino, si bien muy pequeño, no dejaba de tener ese legítimo orgullo, propio de las naciones cuyo pasado es glorioso. De allí salieron un día los terribles piratas que asolaron la Inglaterra, y establecieron en ella una dinastía. Allí fundó después Margarita de Valdemar, llamada la Semíramis del Norte, un glorioso Estado, que comprendía también la Noruega y la Suecia. El valor de los Vasas le privó pronto de esta última; pero conservó la primera por espacio de cinco siglos, hasta que al fin le fue injustamente quitada por el Congreso de Viena, que quiso premiar la deserción del francés Bernadotte, dando a su Reino la Noruega, y castigar con ello al Rey de Dinamarca, que había sido fiel a la alianza francesa. Y siempre y en todas circunstancias había dado pruebas aquel Reino de un valor indomable, y acababa de darlas en este siglo, cuando resistió heroicamente a la escuadra de Nelson. Homero le hubiera comparado con la abeja, que a pesar de ser tan pequeña, se revuelve contra quién la toca y le clava su aguijón, aunque le cueste la vida.

Hallaron, pues, los alemanes una gran resistencia por parte de aquel valeroso país, y habiéndose interpuesto al fin la Inglaterra, la Francia y la Rusia, que deseaban mantener la integridad de Dinamarca, fue suspendida la guerra, y las Potencias interesadas concluyeron en Londres el año 52, un famoso protocolo, por el cual se disponía que al fallecimiento de Federico, pasaría la sucesión tanto de Dinamarca como de los Ducados al Duque Cristian de Glücksburgo, marido de una sobrina de aquel Monarca y nieta de Cristian VIII.

Encontrábanse así las cosas, cuando murió inopinadamente el Rey Federico en 1868, y llegó el caso de poner en práctica el citado protocolo; en cuya virtud subió al trono el Duque de Glücksburgo, tomando el título de Cristian IX. Al principio todo parecía caminar tranquilamente. No tardó, sin embargo, en turbarse la paz, porque el partido liberal de Copenhague cometió la grave falta de aprovecharse de la débil situación del nuevo Soberano para exigir de él que otorgase una nueva Constitución política, que fuese común a la Dinamarca y al Ducado de Schlesvig, lo cual era contrario al protocolo de Londres, cuyo tenor exigía que tanto el Schlesvig como el Holstein, debían conservar sus Asambleas provinciales y un régimen separado. Cedió al fin el Rey, temeroso de perder su popularidad, y esto fue la causa de su ruina. *Inde irae*. No se necesitaba más para volver a encender la guerra.

El desgraciado Rey de Dinamarca había cedido a las turbas de su capital, y el Rey de Prusia y el Emperador de Austria, tuvieron que ceder al sentimiento unánime de Alemania. Este sentimiento era menos intenso en Austria que en Prusia; pero la primera no juzgó prudente dejar sola a la segunda, tratándose de un asunto en que era apoyada por la opinión pública y que podía darle ocasión de un exclusivo engrandecimiento. Ni tenían ambas nada que temer de la Rusia, porque ésta se hallaba agradecida a la Prusia, a causa de su actitud tan benévola durante la insurrección de Polonia, y no veía aun bien asegurada la paz en sus propios dominios; y por lo que hace a Inglaterra y a la Francia, sus intereses no estaban de acuerdo. La Inglaterra deseaba sinceramente la integridad de la Monarquía danesa, a cuya dinastía acababa de ligarse la suya por el matrimonio del Príncipe de Gales con una hija del nuevo Rey Cristian IX, la linda Princesa Alejandra, y hubo momentos en que parecía tan inminente su intervención, que fueron dadas las órdenes necesarias a la Guardia Real para que estuviese pronta a partir. Pero la Francia no tenía los mismos deseos; antes bien hallaba su conveniencia en mostrarse neutral. Ni le desagradaba a Napoleón hacerle ver a Inglaterra que estaba muy resentido porque ésta no había querido apoyarle en la cuestión de Polonia, y que poco podía ella sin la Francia.

Declarada al fin la guerra, no desmayaron los dinamarqueses por verse tan solos y se defendieron con el valor propio de aquel pueblo. Todo, sin embargo, fue inútil. Atacados por fuerzas muy superiores, perdieron pronto las líneas de Düppel y vieron todo su territorio invadido por las tropas enemigas, sin más excepción que la pequeña isla de Seelandia, donde está la capital.

Diéronse, pues, por vencidos y concluyeron en Viena una paz honrosa, pero que los privaba para siempre de los Ducados alemanes, los cuales quedaron por el momento administrados en común por la Prusia y el Austria, y fueron manzana de discordia entre estas dos Potencias, que dio lugar poco después a una nueva guerra.

Esta cuestión de los Ducados fue la primera ocasión en que se reveló al mundo el genio político del Barón Otón de Bismarck, el cual llegó después a ser Conde, Príncipe, Canciller del Imperio alemán, y uno de los hombres políticos más famosos del siglo fenecido.

LXXV.
Londres, de 1858 a 1865.

Vuelta de Narváez al poder.—Me nombran Ministro Residente en Copenhague.—Hago antes una excursión a Escocia.—Los poetas laguistas.—Recuerdos de Ossian y de Macbeto.—Situación pintoresca de Edimburgo.—Palacio de Holy Rood.—Recuerdo de María Estuardo.—Causas de sus desventuras.—Su carácter ligero.—Ferocidad de los escoceses.—Su fanatismo calvinista.—Han mostrado con todo en ocasiones un espíritu caballeresco.—Han tenido también grandes escritores.—Regreso a Londres.—Emprendo mi viaje a Dinamarca.—Simpatía que me inspiran los belgas y holandeses.—Colonia y su Catedral.—Cuestión del Rhin.—Fisonomía de los alemanes.—Llegada a Copenhague.

La cuestión de Dinamarca, sobre la cual acabo de hablar, tuvo pronto para mí un interés especial, a causa de que fui enviado a aquel país con el carácter de Ministro Residente. Debióse esto a un nuevo cambio de política acaecido por aquella época en España. El General O'Donnell había hecho todo lo posible para establecer un gobierno durable, ya contentando a la Reina en todos sus deseos, hasta el punto de que algunos le censurasen por haber dado dinero a la célebre Sor Patrocinio para fundar nuevos conventos, ya complaciendo a los radicales por medio de una gran libertad de propaganda. Mas todo esto había sido en vano. La marea revolucionaria subía en toda Europa, y el partido progresista español deseaba el poder a fin de realizar su programa.

El reconocimiento del nuevo Reino de Italia era uno de sus temas favoritos, porque implicaba el reconocimiento del derecho moderno, del derecho revolucionario. Pero la Reina Isabel sentía, como era natural, una extrema repugnancia a dar este paso, que, si ahora nos parece lógico y natural, era considerado entonces por los amantes del altar y del trono como un verdadero escándalo. Ni es de maravillar que así pensase la Reina, pues lo mismo le sucedía a otros eminentes personajes, y entre ellos a la noble Emperatriz de los franceses, a fuer de española y de católica, como lo prueba lo que de ella refiere Mr. Fhouvenel, en su *Secreto del Emperador*. Asegura este escritor, que cuando se decidió al fin en un Consejo de Ministros de Francia, a que asistían mucho los Soberanos, el reconocimiento del Reino de Italia, aquella Augusta Señora se levantó en ademán indignado y se retiró a sus aposentos con los ojos bañados en lágrimas.

Cansado, pues, O'Donnell de aquella lucha, decidió retirarse del gobierno y, según entonces se dijo, le aconsejó él mismo a la Reina que llamase a los moderados. Hízolo así Doña Isabel, pero no nombró desde luego al General Narváez, sino al más complaciente de ellos, que era el Marqués de Miraflores, y después a otros, hasta que al cabo, temerosa de la revolución, tuvo que sucumbir y recurrió a aquel hombre político, odioso para ella, porque traía consigo la vuelta de la Reina Cristina y una disminución de su libertad. Era uno de los Ministros de aquel nuevo gabinete, mi antiguo amigo el ilustre Alcalá Galiano, y por medio de él me fue fácil obtener el puesto de Ministro Residente en Copenhague, que estaba vacante por dimisión de su titular, mi colega Gutiérrez de Terán, a cuya complexión no convenía el temple de aquel país. Y era para mí un ascenso natural después de veinte años de carrera y de haber sido varias veces Encargado interino de negocios, tanto en Nápoles como en Londres.

Dispuesto yo a partir, me vino un gran deseo de hacer antes una excursión a Escocia, a cuyo país me sentía naturalmente atraído por mil recuerdos históricos y literarios y también por mi casamiento con una escocesa. Hice, pues, aquel viaje, y tomé para ello el camino de Poniente, atravesando el Ducado de Cumberland y viendo sus fértiles colinas y risueños lagos, en cuyas orillas vivieron un día Coleridge, Southey y el amable Wordsworth, a quienes llaman por eso poetas laguistas, y cuyas armoniosas baladas recuerdan mucho las de Schiller, Uhland y otros famosos alemanes. A principios del siglo tuvieron gran boga Byron, Moore y Shelly. Después les disputaron la palma estos laguistas y la habían conservado hasta que al fin empezó a ser aplaudido el fecundo y pintoresco Tennyson, poeta laureado, cuyos *Idilios del Rey*, llenos de originalidad y melodía, eran por aquel tiempo la lectura favorita de la Reina, y de todas las Damas de Inglaterra.

Penetrando luego en Escocia, quiso mi escasa suerte que el tiempo se pusiese detestable. Es frecuente la lluvia en aquellos parajes; pero entonces lo fue como nunca, por lo cual vi con el paraguas abierto y con fatídica luz el lago de Lomond, los Trosacks y las montañas que los circundan; país bastante pintoresco, pero muy a propósito, a causa de sus frecuentes neblinas, para que la imaginación los pueble de hadas, fantasmas y brujas. Allí se comprenden las invenciones de Ossian y las leyendas de Macbeto; allí se comprende que los escoceses sean supersticiosos, tristes y rudos.

Respiré con más placer cuando, llegado a Edimburgo, vislumbré un poco de sol y me hallé en una ciudad culta. Su situación es en extremo pintoresca. Edificada sobre tres colinas, en una de las cuales se alza un viejo castillo, señorea la campiña y también el mar cercano. La parte más alta y más antigua, donde hay casas que tienen diez pisos, es estrecha y poco limpia, y al lado de la calle principal, dicha High Street, hay otras tan miserables como las que había visto en algunos pueblos de Irlanda.

En el castillo hallé a los famosos soldados escoceses, vestidos con nagüetas del clásico tartán, o sea una tela de varios colores, formando cuadros, cuya invención es peculiar de aquel país. Cada clan o familia tiene el suyo, y aunque son muy numerosos, no hay ninguno feo. En otro tiempo era de uso general, ahora va desapareciendo poco a poco, como tantos otros trajes populares de Europa; en todo Edimburgo no lo vi más que en aquellos soldados del castillo.

La parte baja y nueva de la ciudad es muy espaciosa y semeja un pequeño Londres, y a su extremo meridional se encuentra el Palacio de la Santa Cruz (*Holy Rood*), que es de estilo del Renacimiento, y las ruinas de su capilla, que era gótica. En una de las cámaras de aquella regia mansión tuvo lugar el asesinato del italiano David Rizzio, Secretario y cantor de María Estuardo. Cenaba allí esta Reina en compañía de él y de algunas damas, cuando su marido Darnley, que estaba celoso de Rizzio, a pesar de que era feo, entró con la espada desnuda y sin decir casi una palabra, la envainó en el pecho del infeliz italiano. El aposento es tan pequeño que no se concibe cómo cabían en él tantas personas, y la imaginación se pinta luego con horror la escena espantosa que debió tener lugar en aquel reducido recinto, donde ni Rizzio podía huir ni la Reina y sus damas apartarse; de modo que aquel desgraciado debió caer muerto a los pies mismos de María y salpicarla con su sangre.

La desventurada Soberana estaba destinada a presenciar y ser al fin víctima de muchas violencias de la misma especie, propias del país y de la época en que vivía. Y presaga de ellas se despidió con lágrimas de la Francia y no deseó nunca reinar sobre los sombríos escoceses, como lo expresa muy bien el gran lírico Beranger, en una bella canción que compuso sobre este interesante asunto y que empieza:

Adieu, charmant pays de France
Que je dois tant cherir!
Berceau de mon heureuse enfance,
Adieu! te quitter c'est mourir.

¿De dónde tanta ira de los hombres? ¿De dónde tantas desventuras? En primer lugar, del carácter de la Reina; en segundo, de su rara hermosura. Educada en una corte elegante y voluptuosa,

había contraído hábitos de ligereza que la exponía a grandes tentaciones. Admirada y cortejada por los hombres, no sabía resistir a sus halagos. Por otra parte, los cortesanos que la rodeaban eran rudos y feroces, porque los escoceses lo son tanto o más que los ingleses, como lo probaré citando los rasgos principales de su historia.

Fue aquel país habitado, como la Irlanda, por un pueblo primitivo y tan salvaje, que una parte de él andaba desnuda y pintada como los indios de América, y por esto los llamaron *Pictos*. Con todo, tenían Lo que no tiene la Irlanda: montes elevados y fragosos, gracias a los cuales no sólo gozaron los escoceses de su independencia, sino que se hicieron temibles a los mismos romanos, hasta el punto de que éstos tuvieron que construir dos murallas para libertarse de sus excursiones, como los chinos de las de los tártaros. Llegada la época de la invasión de los bárbaros, conservaron también su libertad y atravesaron los siglos medios casi puros de todo elemento extranjero. Tuvieron asimismo la fortuna de gobernarse mejor que los irlandeses, porque establecieron una unidad nacional bajo un solo Rey hereditario y una aristocracia muy fuerte.

Por desgracia, no supieron, como los ingleses, juntar al pueblo con la nobleza, realizando el gobierno mixto, por cuya razón fue allí más sangrienta la lucha entre el Rey y los próceres. Hemos visto que en Inglaterra perecieron cinco Reyes de muerte violenta; en Escocia fueron siete. Y eran unos y otros tan atroces, que Jacobo II mató por su propia mano al Conde de Douglas, llamándole con engaño a su Palacio y dándole de puñaladas. La Inglaterra quiso varias veces conquistarlos y casi lo consiguió en tiempo del primer Eduardo; pero el valor de los escoceses y la constancia de Roberto Bruce aseguraron nuevamente su independencia. Al fin fueron unidos a la Inglaterra; mas esto fue cuando faltó en esta última la dinastía de Tudor y fue llamada legítimamente a suceder la de los Estuardos, descendientes de una hija de Enrique VII, que se había casado con Jacobo IV; de modo que vino a ser la Escocia la que se anexionó a la Inglaterra, dándole su dinastía. Y es bastante curioso que esa dinastía de los Estuardos procedía de aquel Banquo, asesinado por Macbeto, y a quien, según la leyenda y las viejas crónicas, predijeron las brujas que sus descendientes serían Reyes.

Y no sólo han sido los escoceses feroces, sino también supersticiosos, y la suerte quiso que cuando abandonaron el catolicismo por las mismas causas que los ingleses, el fanático que introdujo en aquel país la reforma fuese un cierto Knox, discípulo de Calvino, con quien había vivido en Ginebra, el cual propagó en Escocia, no el protestantismo monárquico de Lutero, sino el presbiteriano y republicano de aquel otro heresiarca. Educada María Estuardo en la más ferviente fe católica, como sobrina de los Guisas, no quiso renunciar a ella, y esto fue lo que más contribuyó a todas sus desdichas. Si ella se hubiese hecho protestante, como su prima Isabel, es bien seguro que la hubieran soportado y aun ensalzado, aunque hubiera tenido más amantes que Catalina de Rusia. Pero sus súbditos calvinistas la odiaban de muerte porque era católica, y el feroz Knox la trató peor que Nathan a David y que los Patriarcas bizantinos a Eudoxia, Teofano o Zoé. Escribió ya contra su predecesora la Reina Regente un violento opúsculo intitulado: *Primer toque de trompeta contra el gobierno monstruoso de las hembras*, y cuando entró a reinar María, penetró una vez en su aposento y le reprochó sus ligerezas y sus amores con tanta insolencia, que la ultrajada Soberana estuvo a punto de desmayarse. Ella por su parte, preciso es confesarlo, daba lugar con su conducta a la animadversión de los nobles y del clero, y cuando al fin cometió la inconcebible locura de unirse en matrimonio con Boswell, el asesino mismo de su segundo marido Darnley, su propio hermano natural, el Conde de Murray, se levantó para disputarle el trono. Huyó entonces María; pero huyó tarde, y fue a entregarse aturdidamente a Isabel de Inglaterra, que era su mayor enemiga.

Pero dejemos ya esta triste historia y digamos algo más sobre el carácter de los escoceses. Son éstos acusados de codicia, y se dice que por ella entregaron al Rey Carlos I, pero en cambio han sido después notables por su romántica y caballeresca adhesión a la causa de los Estuardos, en defensa de la cual han derramado varias veces su sangre. Son también acusados de astutos y pendencieros, y es fama que tienen tanta afición a los pleitos, que hay más abogados en Edimburgo que en ninguna otra ciudad de Europa. Mas por otra parte ¿quién puede negar la agudeza e

inteligencia de aquel pueblo? Tienen, sin duda, menos imaginación que los irlandeses, pero son más profundos. Allí nacieron Roberston y Hume, quienes a principios de este siglo no tenían rivales entre los historiadores. Escocés era Blair, cuya retórica fue por mucho tiempo el texto preferido de nuestras escuelas; escocés Adán Smith, maestro de cuantos estudian la Economía política; y Walter Scott, que dio a la novela el interés de la historia, y Reid y Dugald Stewart, martillos del sensualismo, a cuyos golpes cayó Locke, cayó el abate Condillac con toda la caterva de sus exagerados imitadores. Por fin, allí se publica una Revista que es para las ideas liberales lo que la *Quarterly* de Londres para las conservadoras, y cuyos redactores, unidos a los escritores ya mencionados, justifican la fama que goza Edimburgo de ser una Atenas moderna.

Pocos días pude detenerme en ella, mas vi lo bastante para confirmar mi opinión favorable a aquel país, a pesar de sus defectos. Visité sus edificios y su pequeño Museo, compuesto casi exclusivamente de cuadros modernos. Vi en sus calles y paseos mujeres muy lindas y más graciosas que las inglesas, y noté que tanto entre ellas como entre los hombres hay muchos tipos de cabello oscuro y aun negro, lo cual hace evidente el parentesco que tienen con los celtas. Las costumbres son parecidas a las inglesas, sólo que el puritanismo es allí todavía mayor. En la posada en que me alojé, que era una de las mejores, había en cada cuarto y sobre cada mesa un ejemplar de la Biblia, y cuando llegó el domingo no podía pasear cinco minutos sin que se me acercase un celoso protestante y me diese gratis uno de esos cortos opúsculos, llamados *tracts*, que llevan por título: «¿Quieres salvarte?» «Piensa en la muerte», y otros no menos espeluznantes. Para huir de ellos tuve que subir a la colina nombrada Arthur Seat, desde la cual se divisa el mar y donde han levantado un precioso monumento al poeta Burns, poco conocido en el extranjero a causa quizás de que usa demasiado del dialecto escocés, pero muy popular en su país por su ternura, elegancia y sencillez. Es muy bonita la canción en que se despide de su amada y que principia:

Dame, niña, un tierno beso
Que para siempre me alejo.

Y para siempre también me marché yo pronto de aquel romántico país, muy contento de haberlo visitado. De regreso a Londres hallé mis muebles vendidos y a mi mujer pronta para partir; y, después de despedirnos de mis amables jefes los Comyn y de nuestros buenos amigos, emprendimos luego nuestro viaje, dejando aquella capital con bastante pesar, porque allí habíamos pasado siete años muy felices. Con todo, teníamos para consolarnos la esperanza de ver más a menudo el sol en Copenhague y el placer que naturalmente produce el llegar al fin a ser jefe de misión de una corte agradable.

Aconsejábanme algunos que hiciese el viaje por mar. Preferí, sin embargo, trasladarme a Calais y atravesar luego la Bélgica y la Alemania para embarcarme en Lubeck. De esta manera pude ver algo de Bruselas y Amberes y también de la famosa Colonia. La Flandes y su vecina la Holanda son países muy interesantes, en especial para los españoles, porque allí recogieron nuestros antepasados muchos laureles y derramaron mucha sangre. ¡Lástima es solo que no los dejásemos a tiempo, cuando no era ya necesaria en ellos nuestra presencia para proteger a los católicos y corría peligro nuestra posesión de Portugal! Como quiera, ellos supieron hacerse libres y grandes, sobre todo la Holanda, la cual llegó a verse temida, tanto por la Inglaterra, como por la Francia. Conservaron al mismo tiempo sus antiguas libertades, sin dejar por eso de ser monárquicos, pues aunque la Holanda adoptó la Reforma luterana y se constituyó durante algún tiempo en República, volvió luego a dar el Principado a los Oranges, cuando sintió la necesidad de tener un gobierno fuerte para hacer frente a sus enemigos. Y no sólo supo procurarse para sí un buen gobierno monárquico y liberal, sino que contribuyó poderosamente a asegurárselo a la Inglaterra, donde el Rey Jacobo II quería establecer una autoridad arbitraria. Con soldados holandeses restableció allí la libertad el ambicioso Guillermo y se apoderó de aquel trono.

¡Qué simpatía se siente por aquellos dos países, por aquellas dos viñas de Naboth, codiciadas por los Acabs de Oriente y de Poniente! Quisiera disponer de más espacio para enumerar los títulos que tienen a la estimación de los hombres. Flandes, sometida a la influencia intelectual de la

Francia, no ha tenido literatura propia, mas en cambio ha producido una infinidad de artistas eminentes, empezando por Van Eych y Memling, y acabando por Van Dyck y Rubens. La Holanda, más independiente en su lengua, ha producido poetas tan enérgicos como Vondel, eruditos tan elegantes como Erasmo y pensadores tan profundos como Grocio, el cual fue el creador del Derecho de gentes y el maestro de Vattel, Martens, Garden y cuantos han escrito después sobre la misma materia. Y aunque por ser su religión protestante no ha llegado aquel país en la pintura religiosa a la altura de Flandes, ha cultivado con mucho éxito el retrato y el paisaje, produciendo los genios admirables de Rembrandt y Ruysdael. La Flandes es hoy día uno de los baluartes más decididos del catolicismo liberal; la Holanda es siempre protestante, pero se distingue por una tolerancia ilustrada.

Llegamos luego a Colonia, la gran Colonia, patria del alquimista Agripa, quien, al contrario de Knox, escribió un libro sobre la nobleza y excelencia del sexo femenino, y asilo de Alberto el Grande, maestro de Santo Tomás, y el primero quizás de los filósofos escolásticos. Allí admiramos la Catedral, que nos pareció muy hermosa, aunque no tan elegante como la de París ni tan original y grandiosa como la de Sevilla. Domina Colonia el Rhin, y asomado yo al balcón del hotel, veía correr sus azuladas aguas, y recordaba las dos famosas canciones que sobre la posesión de aquel río se han compuesto, la una por el alemán Becker, en que dice:

No tendrán, no,
El libre Rhin alemán,
Aunque cual cuervos rapaces,
Griten por él sin cesar.

Y la otra por el francés Alfredo Musset, en que le contesta indignado:

Nous l'avons en votre Rhin allemand,
Il a tenu dans notre verre,
Un couplet qu'on s'en va chantant
Efface-t-il la trace altière,
Du pied de nous chevaux, marqué dans vótre sang.

¿Quién vencerá al cabo en esta porfía? Por el pronto, la dueña del Rhin es la Alemania, y hay en su favor la circunstancia de que todas las principales ciudades bañadas por aquel río, Basilea, Estrasburgo, Spira, Worms, Maguncia, Colonia, son alemanas, y alemanes son sus monumentos y alemanas su lengua y sus tradiciones. Desde Colonia empecé a notar la nueva fisonomía del pueblo que visitaba. Pareciéronme los alemanes mucho más altos y robustos que los franceses y belgas, pero también algo más rudos. La amabilidad va decreciendo desde París hasta Rusia. Los belgas son ya menos afables que los franceses; los prusianos no lo son nada. Los rusos vuelven a serlo, porque la raza eslava es naturalmente cortés y zalamera. Con todo, tienen los alemanes, a pesar de su rudeza, un aspecto bondadoso. Heine, que era más francés que alemán, dice de ellos por burla:

De la invención de la pólvora
Se jacta nuestra nación;
Mas ningún alemán tiene cara
De haber sido el inventor.

Pero a mí me parece que se equivoca. Si les falta el aire alegre y la viveza de los franceses, tienen en cambio una fisonomía inteligente. Nótaseles sólo algunas particularidades que son pasajeras y no nacen del carácter. El uso de los lentes, por ejemplo, les da a muchos un aire pedante. Dicen que esto es una consecuencia del exceso de estudio y de la letra gótica y pequeña, y puede ser que así sea; mas el hecho es que abundan ya en aquel país los hombres de vista corta, y que al paso que esto lleva, al cabo de otro siglo, serán una nación de miopes. Otra cosa que me pareció, no sólo extraña sino ridícula, es la cantidad de jóvenes que llevan en la cara cicatrices de sable, recibidas en desafío. Dijéronme que eran estudiantes y que lo tienen a gala. A mí, sin embargo, me parece que semejante costumbre es un resto de barbarie medieval, como los toros de España y el pugilato de

Inglaterra, y demuestra que aquel país, a pesar de sus progresos en todo género, tiene también todavía una cultura imperfecta.

Las mujeres alemanas son blancas y rubias, como las inglesas; mas no tienen tanta distinción. El pueblo bajo es más bien feo, y de ello se resienten las vírgenes de Durero y Kranac. Las mujeres más agraciadas pertenecen al tipo de la criada bonita. En general, son sentimentales, mas esto no les impide recibir en casa a sus amantes, como la Margarita de Goethe. En el vestir usan de colores vivos, y no muestran tanto gusto como las francesas y rusas. Hallé siempre buenas posadas, pero la cocina me pareció bastante inferior, no sólo a la francesa, sino a la inglesa. El pueblo, que tiene muy buen apetito, prefiere la cantidad a la calidad, y se alimenta principalmente de salchichas y cerveza. Fuman los hombres a todas horas y en todas partes, más aun que los españoles, y no sólo cigarros, sino pipas. Hácenlo hasta en las mesas de los hoteles, sin aguardar a que termine la comida; de lo cual resulta que las señoras mismas tienen siempre cierto olor a tabaco.

La travesía de Lubeck a Korsor, en la isla de Seelandia, se verifica en una noche, de modo que nos dormimos en el puerto alemán y nos despertamos en Dinamarca. Un ferrocarril une a Korsor con Copenhague, a donde llegamos con toda felicidad al anochecer de un hermoso día de mayo, iniciándose una nueva época de mi vida.

LXXVI.
Copenhague, de 1865 a 1869.

Feliz situación de Copenhague.—Grandeza de la tierra.—Estados escandinavos.—Su antigua ferocidad.—Su presente cultura.—Honradez de los dinamarqueses.—Palacio colosal de Cristianborg.—Amalienborg, más pequeño, es la residencia actual de la Corte.—Arquitectura danesa.—Estilo de Cristian IV.—Iglesia de Nuestra Señora.—Cómo se introdujo el luteranismo en Dinamarca.—Moderna tolerancia.—La Plaza Real.—La Plaza de Santa Ana.—Estatua de Oehlenschlager.—Mérito de este poeta.—Numerosos Museos.—Fama de Thorwaldsen.—Antigüedades escandinavas.—Palacio y Museo de Rosenberg.—Recuerdo de la Reina Matilde.—Biblioteca pública.—Un epigrama de Rebolledo.

Hétenos ya en Dinamarca o «Dannemark», que significa país bajo, y en la ciudad de Copenhague o «Kiobenhaven», que quiere decir puerto comercial, la cual, aunque pequeña, es considerada como una de las más bellas de Europa por su feliz situación a la entrada del Báltico y por la regularidad de sus edificios. Pero antes de dar de ella alguna noticia, quiero recordar aquí la impresión que me causó el aspecto de aquel nuevo pueblo, después de haber visitado tantos otros de América y del Occidente de Europa. Devánanse los sesos los escépticos con la supuesta pequeñez de la tierra y del hombre, y no pueden persuadirse de que Dios haya creado tantas maravillas y poblado el cielo de tantos millones de astros sólo para que sean admirados por una criatura a su parecer tan despreciable. No advierten estos tales que por grande que fuese la tierra siempre nos parecería lo mismo, porque todo lo demás sería infinito. Por mi parte, me río de semejantes dificultades, y dejando a la hormiga que les diga a los incrédulos cuan grande le parece el hombre visto desde el polvo donde ella habita, creo lo que me dicen mis propios ojos sobre la magnitud y variedad de nuestro planeta.

¿Cómo, me decía yo a mí mismo, acabas de visitar los montes de la Escocia; has visto antes tantas ciudades populosas en España, Portugal, México, Italia, Inglaterra y otros países de Europa y América; has llegado ahora hasta las playas del Báltico, y cuando te era lícito creer que tocabas a los términos habitados por aquella parte, descubres que no tienes más que navegar algunas horas para encontrarte en otra nación civilizada y rica, llena de un pueblo inteligente y belicoso, sembrada de bellas ciudades y ocupada en un comercio muy activo? ¿Es posible que existan allí historia, lengua, leyendas y hasta una antigua mitología, diferentes, no sólo de las que tienen las otras partes

del mundo, sino de las del resto de Europa? Verdaderamente que la tierra es grande, grandísima, y que cuando se viaja mucho espanta casi el número y variedad de los pueblos que la habitan. Y no acaba todo en Dinamarca, sino que detrás de ella está la Noruega, y más allá la Suecia, formando estos tres Estados una nacionalidad particular que ha recibido el nombre de Escandinavia, y que tiene sus caracteres propios, aunque a veces se confunda con la germánica.

La lengua, que es el pergamino más seguro para tales alcurnias, revela, sin duda, en esa Escandinavia, el elemento teutónico en palabras, ora del alemán, ora del sajón, inglés antiguo; pero añade también otras que no se parecen a ninguna de las de esos idiomas y provienen de una lengua separada a que dan el nombre de *norska* o del Norte, y tienen sus letras antiguas particulares que dicen *runas*, y sus antiguos poemas llamados Eddas, que contienen las Sagas o leyendas históricas, y una mitología singular en que andan mezcladas las invenciones de la India y las de Grecia, con un Odin, padre de los dioses; un Thor, dios de la guerra, y una Freya, que es una especie de Venus; y multitud de otras ficciones menos risueñas, a la verdad, que las que inventaban los poéticos helenos, pero que corresponden muy bien al carácter feroz de aquellos pueblos. Así, por ejemplo, en su Paraíso, que dicen Valhála, pasaban los héroes el tiempo en una sucesión, para ellos deliciosa, de desafíos y comilonas. Servíanles el vino las hermosas Valkirias y no conservaban señal alguna de las heridas que recibían.

De aquel país salieron los Godos, y era tal su multitud, que un escritor llama a la Escandinavia la fábrica de las naciones (*gentium officina*). De allí salieron aquellos terribles guerreros daneses que invadieron en el siglo X la Inglaterra y establecieron en ella una dinastía. De allí, los que con el nombre de normandos se apoderaron de una provincia de la Francia y conquistaron luego la Inglaterra y Nápoles. Pero véase qué gran transformación causan algunos siglos de orden y cultura. El duro noruego se ocupa ahora casi exclusivamente en cortar los árboles de sus bosques y sacar el hierro de sus minas para cambiarlos por mercancías extranjeras, y noruegos y daneses van ahora a pescar bacalao en los bancos de Terranova, con objeto de venderlo luego en España e Italia. Estas son sus expediciones marítimas, éstas sus conquistas.

Hemos visto que el pueblo florentino, tan turbulento durante la Edad Media, se convirtió en el más afable y tranquilo de Italia bajo el gobierno paternal de los Médicis.

Así los escandinavos han depuesto la antigua ferocidad, gracias a la cultura moderna. Los suecos pasan por los más vivos e inteligentes, y de ellos se ha dicho que son los franceses del Norte; los noruegos tienen el aire franco de los montañeses; los dinamarqueses, más pesados, se parecen mucho a los alemanes. Con todo, poco a poco se advierte entre unos y otros cierta diferencia. Los daneses tienen la fisonomía expresiva y el aspecto libre de los pueblos marítimos; sus mujeres son de un rubio más pálido que las alemanas, y en vez de tirar a hombrunas y macizas como éstas, propenden a ser muy delgadas.

La honradez es la prenda más notable del carácter dinamarqués, y según algunos, puede contribuir mucho a ello la frialdad del clima. En cinco años que estuve en aquel país no hubo más crimen ruidoso que un parricidio. No riñen allí las gentes como en los pueblos meridionales; los perros mismos ladran raras veces. Lo primero que me llamó la atención fue que las ventanas de las tiendas quedan toda la noche sin más resguardo que los cristales, como durante el día, y no se oye nunca que abusen de esta confianza los ladrones. Son de religión protestante, mas sin puritanismo ni fanatismo de ninguna especie; y tocante a las costumbres, siguen la regla de todos los pueblos del Norte; es decir, que comen y beben con exceso y no tienen nada de castos. Copenhague, es en punto a nacimientos ilegítimos tan escandaloso como París o Berlín. Hay, esto no obstante, más recato. Nación de poca industria, no tiene, como la Inglaterra, la plaga de la pobreza, ni la de una vergonzosa prostitución. Todo es allí tranquilo, moderado y tolerable.

Pero habiendo visto ya cuáles son los habitantes, digamos también algo sobre las cosas notables de su capital. El edificio más importante de ella es el Palacio de Cristianborg, construido por el pacífico Cristian VI. Su diseño es sencillo, pero sus dimensiones colosales. La Corte ha dejado de habitarlo, prefiriendo el más pequeño de Amalienborg, y sólo lo usa hoy día para las

grandes fiestas, singularmente para el suntuoso baile que suele dar en los primeros días del año. Hay en él una galería de pinturas que vale la pena de visitarse, aunque no es más que de tercer orden y no guarda muchos cuadros de extraordinario mérito: son sólo agradables. Llevan algunos los nombres ilustres de Rubens, Rembrandt, Ruysdael, Salvator Rosa y Van-Dyck, mas no sé si son auténticos. Además, el clima los ha deteriorado bastante, ennegreciendo sus colores. Interesante es un retrato, debido al holandés Bol, discípulo e imitador de Rembrandt, que representa a aquel famoso almirante Ruyter, gloria de Holanda, que venció muchas veces a los franceses e ingleses, y fue al fin vencido por Duquesne en las aguas de Sicilia; y es curioso observar que el ilustre marino era bastante obeso y tenía cara de fraile.

Amalienborg es un palacio, o más bien una reunión de palacios pequeños y de modesta apariencia, donde reside ahora toda la Real familia. Su interior, bien alhajado, es digno de su destino, y posee muchas y buenas salas para las recepciones ordinarias, que son allí muy frecuentes. Los cuatro edificios de que consta forman una hermosa plaza, en cuyo centro campea la estatua ecuestre de Federico V, obra excelente ejecutada en bronce por el escultor francés Saly, fundador, en tiempo de aquel Rey, de la Escuela de Bellas Artes de Copenhague. Federico, honor del siglo XVIII, fue pacífico como su padre Cristian IV; protegió las ciencias y las artes, y preparó la emancipación de los labradores. Digno es, pues, de tener estatua, ya que la tienen otros monarcas que sólo se han ocupado en guerras y galanteos.

La ciudad de Copenhague es moderna como Corte. La capital estaba antiguamente en Roskilde, cuyo nombre significa la Fuente de las Rosas; por lo cual, el famoso luterano Peter Lile o el pequeño, que había nacido en ella, tomó en latín el poético nombre de *Rosae fontanus*. Allí, pues, y en otras ciudades también antiguas, están los monumentos más notables del país. Del estilo románico hay en Roskilde la Catedral, que es bonita, y en Lund una iglesia que recuerda la de los Apóstoles, de Colonia. Del estilo gótico se conservan las iglesias de Viborg y Aarhus, en Jutlandia. En Copenhague, todo es posterior a la época gótica, y sus edificios más importantes pertenecen a la arquitectura dicha de Cristian IV, porque fue inventada en el siglo XVII, en tiempo de este Monarca, el cual tenía una verdadera pasión por las construcciones de toda clase. Y lo mismo ha sucedido en casi todos los países. Siempre vemos que ha habido en ellos un Rey apasionado por ese arte. En España, Carlos III; en Francia, Luis XIV; en Portugal, José I; en Inglaterra, Isabel. Sintióse primero en Dinamarca la influencia alemana y después la inglesa. El estilo de Cristian IV, con sus frontones muy elevados, sus gabinetes salientes y el uso de las pilastras en vez de columnas, recuerda mucho el inglés isabelino. El Palacio de Frederiksborg, el de Rosenberg, la Bolsa y otros varios, son de ese período.

En otro lugar hablaré de algunos de ellos. Ahora diré que en punto a iglesias no hay en aquella capital más que una notable, que es la de Nuestra Señora (*Frue kirke*), la cual es elegante, pero sencilla. Lo que más llama la atención en ella son las hermosas estatuas de Thorwaldsen, que representan el Salvador y los Apóstoles. El Salvador tiene mucha majestad; los Apóstoles están, bien caracterizados. Sin embargo, no poseía el artista danés tanta aptitud para los asuntos religiosos, como para los mitológicos y profanos. En los días de entre semana concurre a aquel templo muy poca gente; en los domingos no falta, aunque no hay tanta como en las iglesias de Inglaterra.

Han adoptado los dinamarqueses la reforma de Lutero, la cual es monárquica en política y poco rígida en moral. Suprimen o se desentienden de la epístola de Santiago, y dicen que basta la fe sin las obras; opinión disparatada, pero cómoda, que ha contribuido mucho a la propagación del luteranismo. Tienen sus exaltados y pietistas, si bien en menor número que en Prusia; mas la generalidad es indiferente. Las personas que van a la iglesia una vez al mes pasan por devotas. Introdújose allí esta reforma en tiempo de Cristian II, en el siglo XVI, y al principio se limitó al canto de los salmos en dinamarqués; es decir, a la cuestión de la lengua. Admitióse después el matrimonio de los clérigos, y así paulatinamente se hallaron protestantes.

Hicieron los Obispos bastante oposición a estas novedades; mas la caída del tiránico Cristian II, trajo consigo la usurpación de su tío Federico I, el cual era favorable a la reforma; primero,

porque había sido educado en Alemania y se había contagiado allí de las nuevas ideas, y segundo, porque tuvo que buscar para sus ambiciosos proyectos la alianza de Gustavo Wasa, que era ya protestante, y de las ciudades hanseáticas, que también lo eran. Favoreció, pues, al punto las nuevas opiniones, y apoyándose en los nobles, los cuales le preferían al cruel Cristiano, persiguió y maltrató al alto clero. De él fue dicho que había pasado su juventud cazando liebres y su edad madura cazando Obispos.

Durante algún tiempo los Monarcas de aquella nación molestaron bastante a los católicos, aunque sin recurrir a grandes violencias, con la sola excepción de la Islandia, donde se puede decir que fue introducido el protestantismo a sangre y fuego. Ahora se muestran más tolerantes, profesan la libertad de cultos y permiten que tengamos allí algunas iglesias. La de Copenhague es muy linda y está dedicada a San Ascario, que fue el primer apóstol de Dinamarca, habiendo predicado allí el cristianismo en tiempo de Carlomagno. Los clérigos que la sirven son, por lo general, alemanes, y el superior de ellos, llamado el Padre Grüder, era un modelo de sacerdotes, con quien me unió desde luego una cordial amistad.

Tiene Copenhague muy buenas calles, siendo las principales la llamada Ancha o «Bredgade» y la Occidental u «Oestergade». La primera, en la cual vivía yo, corre desde la Plaza del Rey a la marina, y es la más aristocrática, por hallarse en ella los palacios de Moltke, Schimelman, Friis, Scavenius y otras familias ilustres. La segunda atraviesa también la ciudad, aunque en sentido contrario, y está llena de hermosas tiendas. La Plaza del Rey o «Kongensnytor» es el centro de la población y en ella se encuentra el teatro de la Ópera, que entonces era muy mediano, pero que ha sido después reconstruido con muy bella arquitectura y mayores dimensiones. A su frente se alza una estatua ecuestre de plomo y de escaso mérito, de Cristian V, Monarca notable por el buen código de leyes que dio a sus pueblos en el siglo XVII.

La plaza de Santa Ana es también espaciosa y abunda en buenos edificios. Últimamente han pretendido adornarla con la estatua en mármol del poeta Oehlenschlager, la cual, en mi opinión, no merece mucha alabanza. El personaje está sentado, y aunque esto era de uso común entre griegos y romanos para los patricios togados, no creo que sea conveniente, tratándose de un inspirado vate. A los daneses, sin embargo, les parece excelente, quizás porque retrata muy al vivo las nobles facciones de aquel escritor, que es el ídolo de ellos, casi tanto como Schiller y Goethe de los alemanes, y Oehlenschlager es a la par dinamarqués y alemán, en atención a que él mismo tradujo a este segundo idioma todas sus obras. La principal de ellas es el drama de *Correggio*, en el cual dio muestras de tanta imaginación como elegancia. Sus otros dramas son algo fríos; pero sus baladas, cuyos asuntos están tomados de historias y leyendas del Norte, tienen mucha armonía. Ha dejado asimismo una autobiografía, que contiene anécdotas muy interesantes.

Copenhague es rica en bibliotecas y museos de todas clases; de pintura, escultura, grabados, antigüedades, etnografía e historia natural. El más notable de todos es el llamado de Thorwaldsen, por contener vaciados de las obras de este renombrado escultor. Cobre ánimo Portugal, que si han pasado tantos siglos sin que produzca ningún genio sobresaliente en las nobles artes, lo mismo le aconteció a la Dinamarca, y cuando menos lo pensaba, ha visto brotar de su seno una pléyade de pintores y escultores de primer orden. Melby, por ejemplo, ha sido en las marinas un verdadero maestro; Skongaard y Kildrup son excelentes paisajistas, y Blok ha ejecutado con verdadero talento cuadros de historia y retratos. En cuanto a Thorwaldsen, baste decir que los mejores críticos de Europa le proclaman el primero de los escultores que vivieron en los comienzos de la pasada centuria. Estudió e imitó con fruto a Canova, genio sublime, cuya influencia se hizo sentir en el arte plástico por más de cincuenta años, mas supo ser original y variado. No tuvo tal vez tanta gracia como Pradier, ni tanta energía como la que mostró nuestro Solá en el hermoso grupo de Daoiz y Velarde; pero fue más elegante y más fecundo.

Admira el número de estatuas y bajos relieves que llegó a producir y la perfección de todos ellos. Tenía aquel hombre del Norte un alma griega y una imaginación del Mediodía. Su *Venus* es graciosa, aunque peca de gordita. Su *Mercurio* sentado, que adormece a Argos, parece una obra

antigua, lo mismo que el *Marte* y el *Ganímedes*. Entre sus bajos relieves tiene mucha elegancia el de la *Aurora*. En fin, su cincel es siempre expresivo, correcto y bello. Horroriza casi el pensar que aquel gran genio estuvo a punto de pasar ignorado, como tantos otros poco favorecidos de la fortuna. Según me contaba mi amigo Solá, que estudió a la par que él en Roma, hubo un momento en que el joven danés, no ganando bastante para mantenerse, quería ya abandonar aquella ciudad y volver a enterrarse en Copenhague, donde su padre esculpía las figuras de madera con que adornan allí la proa de los barcos, cuando de repente vio entrar un día en su taller a un caballero inglés, el cual, hombre de buen gusto, se prendó al instante del modelo de su *Marte*, y le encargó que lo ejecutase en mármol. Esta estatua, no sólo le procuró buenas libras esterlinas, sino que fue el cimiento de su fama, y desde aquel día llovieron sobre él las comisiones y las alabanzas.

Entre los Museos de objetos antiguos merece especial mención el etnológico, cuyo Director era el erudito Vorsóo. Hállanse en él muy bien clasificados los diversos pueblos de la tierra, según su estado de adelanto material e intelectual, empezando por los que ni saben trabajar los metales ni tienen conocimiento de las letras.

Es notable igualmente la colección de objetos hallados en recientes excavaciones verificadas en aquel país, los cuales pertenecen a las tres edades de la piedra, el bronce y el hierro, en que la ciencia divide ahora las distintas civilizaciones que se han sucedido en el mundo, aunque en realidad no puedan considerarse como enteramente separadas, puesto que muchas veces las armas y los utensilios de piedra han sido conservados al lado de los de metal, y vemos, por ejemplo, que los hebreos empleaban siempre los cuchillos de sílice para ciertos ritos y que los héroes de Homero usaban en una edad relativamente moderna, armas de bronce, y los soldados de Darío chuzos de madera aguzados al fuego. Los anticuarios modernos, materialistas en su mayor parte, han querido hacer una ensalada de todo esto, con el piadoso designio de probar que el hombre es mucho más antiguo de lo que supone la Biblia. Mas hasta ahora no han conseguido su objeto.

Hay también en el Museo de Copenhague ejemplares de lo que llaman restos de cocina (Kokenmodings) o sean depósitos de conchas y huesos de animales que sirvieron de alimento a los primitivos habitantes de la Escandinavia. Y también sobre estos restos han querido los naturalistas y antropologistas fundar multitud de suposiciones, de las cuales ha dicho con razón el ilustrado Mantegazza que merecen todas ir seguidas de muchos puntos interrogativos. Y el descreído Lubbock opina también que nuestros conocimientos geológicos son aun muy imperfectos, y que sobre muchos puntos será sin duda necesario cambiar de opinión en lo sucesivo.

El pequeño Palacio de Rosenberg, con sus fachadas de ladrillo rojo, sus adornos de piedra blanca y sus esbeltas torres, es por sí mismo un objeto de arte muy precioso. Edificólo Cristian IV para habitación de los Príncipes: ahora está dedicado a Museo y contiene una colección de monedas, muebles, armas, vestidos y retratos de los cuatro últimos siglos, que ofrecen mucho interés. Entre los retratos hay algunos muy bellos, aunque ninguno tanto como el del Príncipe Federico, hijo, según creo, de Cristian IV, que se halla en la Galería Pitti de Florencia, y es obra del holandés Susterman. Interesa allí mucho a los extranjeros todo lo que se refiere a la desgraciada Reina Matilde, de la cual quieren hacer una segunda María Estuardo, a pesar de que no acabó, como ella, en el cadalso.

Matilde, esposa de Cristian VII en el siglo XVIII, era hermana de Jorge III de Inglaterra, e hija de aquella Princesa de Gales, bastante ligera, que tuvo por favorito a Lord Bute. El Rey, su marido, no tenía a la verdad ninguna de las dotes necesarias para hacerse amar de una Princesa como ella, joven y bonita. Era un hombre dado a la crápula y usado por los vicios, cuyo cerebro estaba algo reblandecido. Aprovechóse de estas circunstancias un médico alemán, de nombre Struensée, el cual tuvo oportunidad de ejercer su profesión en aquella Corte, y después de haber seducido a Matilde, hizo que ésta le elevase al más alto puesto del Estado, con menosprecio de la nobleza y del ilustre Conde de Bernstorf, que era el Floridablanca de Dinamarca. Mantúvose Struensée por algún tiempo, y aun dio pruebas de talento en la administración de los negocios públicos; mas no sólo la nobleza, sino el pueblo todo se sintió pronto humillado por aquella

escandalosa privanza, y no faltó quien se encargara de derrocarla. El Conde de Rantzau, hombre de gran energía, entró una noche en el aposento del Rey Cristian, y obligó a este desdichado Monarca a firmar una orden de arresto contra Struensée y contra Matilde misma. Sometido el favorito a un tribunal, compuesto de sus mayores enemigos, confesó su adulterio y fue condenado al patíbulo. La Reina, recluida un momento en el castillo de Cronenborg, fue luego desterrada a Hannover, donde el dolor y la vergüenza acabaron pronto sus días.

El caso no es nuevo. Hallámosle ya entre los griegos en la historia de Egisto y Clitemnestra, y por cierto es muy notable que al referirla Homero, dice que lo primero que hizo Egisto fue alejar de Argos a cierto poeta (*aoidon*) que Agamenón había dejado al lado de la Reina su esposa para que, a guisa de confesor y capellán, la mantuviese en la senda de la virtud. Murió Egisto, como es sabido, a manos de Orestes, y un fin no menos trágico han tenido después varios seductores y favoritos de Reinas, entre los cuales recuerdo a Rizzio, muerto por Darnley; Concini, asesinado por Vitry, y Godoy, que estuvo a punto de perecer a manos del pueblo de Aranjuez, excitado por el Conde de Montijo. Pero la opinión pública de Inglaterra llevó muy a mal que los dinamarqueses hubieran desterrado a la Reina Matilde, y pocos años después un caballero de aquella nación, deseoso de vengarla, y dándola de Quijote, provocó en desafío al Conde de Rantzau, y le mató de una estocada.

Quédame por hablar de la colección de grabados y de la biblioteca pública. La primera es muy rica y hay allí grandes facilidades para examinarla hasta el punto de que confían al que lo pide, grandes carteras con las obras completas de cada autor. Imagínese el lector aficionado a estampas, las horas deliciosas que pasaría en aquella amena ocupación. Es el grabado invención muy moderna, de que no tuvieron idea los antiguos. Conocida primero para los naipes y otros usos vulgares, fue aplicada a objetos más nobles por el florentino Finiguerra y perfeccionada después en Alemania y Holanda, rivalizó casi con la pintura. En la actualidad no se cultiva tanto, a causa sobre todo de la concurrencia que le hacen por su baratura las buenas fotografías. Pero en otros tiempos disfrutaban de grande estima las estampas, y no sólo reproducían las obras ajenas, sino que eran a veces del todo originales y valían tanto como cuadros. Los de Rembrandt y Durero pertenecen a este elevado género, y es innegable, por ejemplo, que el grabado del primero representando al burgomaestre Six tiene el mérito de una pintura, y algunos de Durero son de tan buena invención, que de uno de ellos sacó el divino Rafael las ideas principales de su *Pasmo de Sicilia*.

En la biblioteca, también muy rica, hay la misma o mayor facilidad para tomar libros y aun permiten que se lleven a domicilio por algunos días, dando el competente recibo. Allí sacié por entonces la curiosidad que tenía de conocer u hojear al menos algunos libros curiosos y antiguos, pues los había en gran número, incluso muchos españoles, entre los cuales no faltaban ciertamente las poesías de aquel Conde de Rebolledo, que me honro de contar entre mis predecesores, puesto que fue, como yo, Ministro de España en Copenhague. Sucedió esto en el siglo XVII, y todavía se conserva allí memoria suya entre los literatos y aficionados a libros. Escribió Rebolledo en una época de decadencia, mas a pesar de eso, no deja de tener cierto mérito, y Tiknor cita un epigrama suyo, que considera no sólo bueno, sino de un carácter muy español. Está dirigido a una dama, y dice así:

Pues el rosario tomáis,
No dudo que le recéis
Por mí que muerto me habéis,
O por vos, que me matáis.

LXXVII.
Copenhague, de 1865 a 1869.

Sistema político del Norte.—Tiranía de Cristian II.—Reino brillante de Cristian IV.—Es eclipsado por Gustavo Adolfo, protector de los protestantes.—Ambición desapoderada de la Suecia.—Guerras de Carlos Gustavo.—Sitio de Copenhague.—Revolución de Dinamarca en 166l. —Ley Regia.— Guerras de Carlos XII.—Es al fin vencido por Pedro el Grande.—Paz en el siglo XVIII.—Napoleón renueva las locuras de Carlos XII.—La Dinamarca paga cara su adhesión a la Francia.— Los dos bombardeos de Copenhague.—Pérdida de la Noruega en 1814.—Ha perdido ahora los Ducados del Elba.—Triste situación de Cristian IX.—Sus bellas dotes privadas.—Formaba con la Reina Luisa una familia patriarcal.—Brillante destino de sus hijos.—Su yerno Alejandro III.—Fiestas palaciegas.

Cuando llegué yo a Dinamarca en la primavera de 1865, estaba muy reciente la guerra que había sostenido aquella nación contra la Prusia y el Austria para defender los Ducados del Elba, de la cual he hablado en otro capítulo; y como siempre sucede después de tales luchas, el vencido no podía consolarse de su pérdida, ni sufrir en ninguna parte la presencia del vencedor. Veíanse muchas familias enlutadas, porque las últimas refriegas en Düppel y Alsen habían sido muy sangrientas, y todos hablaban aún de ellas y no ocultaban su odio a los invasores, principalmente a los prusianos. Érales sobremanera odioso el idioma alemán, y aunque casi todos los tenderos de Copenhague lo sabían, porque hasta aquel momento la mitad del país era alemana, fingían ignorarlo de todo punto, y no respondían cuando en él se les decía alguna cosa. Ni se hablaba ya como antes en la Corte, ni lo empleaba la burguesía ni la nobleza. «Sucio alemán», «bárbaro alemán»; eran los dicterios más moderados que usaban siempre que tenían que aludir a ellos. Recordábame esto lo que sucedía a mi llegada a Italia, en el año 48, cuando todos detestaban allí el *tedesco*.

Y en verdad, la situación de Dinamarca era por todos modos deplorable. Privada ya de la Noruega en 1814, veíase entonces despojada de los Ducados del Elba y reducida a la Jutlandia y las islas, con una población menor que la de algunas capitales de Europa. Entre los Estados decaídos ninguno lo es tanto como aquél. Quédale sólo la independencia, que defienden los mismos celos de las grandes Potencias vecinas. Conserva siempre las llaves del Báltico y un espíritu altivo que la hace superior a sus desgracias; es, en fin, como la Holanda y la Bélgica, una villa de Naboth, protegida por la justicia divina y por el interés de varios Gobiernos.

La historia de tales vicisitudes ofrece bastante interés y contiene serias lecciones. La trazaré brevemente. Los Estados que rodean el Báltico han formado de antiguo un grupo separado y distinto del que constituyen los Estados del Mediterráneo. A veces se han unido éstos con aquéllos, como la España y la Suecia en tiempo de Alberoni; mas por regla general, han tenido una historia diferente. A principios del siglo XVI, los tres Reinos escandinavos se hallaban todavía reunidos, como en tiempo de Margarita de Valdemar, y obedecían al Rey de Dinamarca, que se llamaba Cristian II. Estaba éste casado con Isabel de Castilla, hermana de Carlos V, y era, al parecer, uno de los Monarcas más poderosos de Europa. Pero existía allí entonces la lucha de la Corona con la aristocracia, y los nobles suecos, temerosos de aquel Rey, decidieron devolver la independencia a su país, proclamando a Gustavo Wasa.

Cristian, cuya condición era todavía más cruel que la de Enrique VIII de Inglaterra o Pedro el Cruel de Castilla, extremó la resistencia. Tenía aquel Soberano por querida a una hermosa joven llamada Dyveke o la Palomita, la cual era hija de cierta posadera holandesa que, dotada de notable talento, había logrado bastante influjo en la Corte. Según algunas crónicas, los nobles exasperaron el ánimo del Rey, matando a Dyveke con veneno. Como quiera, Cristian, fuera de sí y uniendo el engaño a la crueldad, logró reunir en Estocolmo a muchos obispos y próceres y les mandó cortar la cabeza. Llaman este hecho tan atroz la matanza de Estocolmo, y es allí recordado con el mismo horror que la noche de San Bartolomé entre el pueblo de Francia.

Mas Cristian fue vencido, a pesar de esto, por el valiente Gustavo Wasa, y no sólo perdió así la Suecia, sino que vio pronto sublevada la misma Dinamarca, donde los nobles habían proclamado a su tío Federico de Oldenburgo. Vencióle también éste, ayudado por Wasa y por las ciudades hanseáticas, que en aquellas regiones hacían entonces un papel parecido al de la Holanda en Occidente, y el orgulloso Cristian fue al fin preso y encerrado en el castillo de Sonderburgo, en la isla de Alsen, donde permaneció hasta su muerte, acaecida doce años después. Algunos viajeros tienen la curiosidad de visitar aquella prisión, y cuentan que todavía se conserva en los ladrillos el surco que hizo en ellos el mísero Rey, dando vueltas como una fiera alrededor de una mesa. Compadeciéronle al fin muchos de sus súbditos, pero los nobles de los tres Reinos le habían hecho jurar al nuevo Rey Federico I, que jamás le pondría en libertad.

Fue, pues, completo por el momento el triunfo de la nobleza, hasta el extremo de que el Reino de Dinamarca vino a ser casi electivo, puesto que cada nuevo Soberano necesitaba ser confirmado por un Senado compuesto exclusivamente de los grandes señores del país. Veremos, sin embargo, que el carácter exclusivo de este triunfo fue causa de que no durara mucho, confirmando este ejemplo la regla general de que es indispensable el equilibrio de los tres elementos, de Rey, próceres y pueblo, para que el Gobierno sea estable, además de justo.

Desde la época de esta usurpación de Federico, ha sida costumbre de aquella nación que cada Rey reciba alternativamente ora este nombre, ora el de Cristian, tocándoles a los Federicos el más pequeño guarismo. Reinaron, pues, consecutivamente un Cristian III y un Federico II, que abrazaron el protestantismo; y vino luego Cristian IV, el cual fue muy notable por su bello carácter y por sus nobles aficiones, que le inclinaron a proteger las ciencias y las artes. Fue sobre todo muy dado a la arquitectura, según lo he indicado ya en otro capítulo, y no sólo hizo edificar palacios, fortalezas e iglesias, sino también ciudades enteras, como Cristianía y Cristiansand. Ambicionó, asimismo, la gloria de las armas, y al empezar la guerra de *Treinta años* salió a campaña en defensa de los protestantes, consiguiendo al principio algunas ventajas. Pronto, sin embargo, pudo conocer que no poseía las dotes necesarias para lucirse en aquella empresa, y batido por Filly, se apresuró a renunciar a ella, ajustando la paz de Lubeck.

Había sido Cristian IV un Monarca magnífico y brillante, a la manera de Luis XIV, y cual Luis XIV también, de costumbres harto orientales. Tuvo varias queridas que alojaba en el palacio de Rosenberg, siendo las principales de ellas Cristina Munck, de buen linaje, con quien se casó al cabo morganáticamente, y la sensual Wibecque, que algunos comparan a Madama Montespán. De todas tuvo prole, y las hijas de Cristina se unieron en matrimonio con varios señores del país, los cuales, a su muerte, quisieron excluir del trono a Federico, que era hijo de su primera esposa Ana de Brandeburgo, y proclamar a uno de ellos. No consiguieron su intento; mas tanto el mismo Federico, que fue el tercer Rey de su nombre, como el pueblo dinamarqués, quedaron altamente ofendidos de tales pretensiones.

Creció luego esta indignación cuando la Dinamarca se vio amenazada por la Suecia, a quien alentaba la actitud de los nobles. Porque el genio batallador de la raza escandinava había pasado de aquella nación a ésta, después de la paz de Lubeck.

Túvolo primero el animoso Gustavo Adolfo, quien eclipsó por completo la gloria de Cristian IV, porque tomando en su mano la defensa de los protestantes, venció al temible Walenstein y dictó su voluntad al Imperio. Fue entonces la Suecia cual una España del Norte, y así como la una derramaba su sangre en defensa del catolicismo en los campos de Alemania y de Flandes, así la otra agotaba sus recursos en favor de la causa protestante en Alemania; y ambas acabaron también de una manera parecida, es decir, despobladas, empobrecidas y perdiendo sus antiguas posesiones por el deseo de adquirir otras nuevas. Duró con todo mucho tiempo la locura sueca, y no ya sólo para sostener el protestantismo, sino también para satisfacer la desapoderada ambición que inspiraron a aquel país las victorias de Gustavo Adolfo. Creíase capaz de conquistar toda Europa.

Carlos Gustavo, sucesor de Adolfo, no contento con las empresas de Alemania, acometió también la de sojuzgar a Dinamarca, sin más razón que su capricho, y creyendo tal vez que la

reciente hostilidad de los nobles dinamarqueses había dejado poco firme el trono de Federico III. Su campaña fue verdaderamente extraordinaria. Aprovechándose de un invierno excepcionalmente riguroso, que había helado los dos Belts, pasó de Jutlandia a Fionia y de allí a Seelandia, marchando siempre sobre el hielo con cañones, carros y caballos, y llegó improvisamente a las puertas de Copenhague. El sitio que sufrió entonces esta ciudad tuvo también algo de fantástico y legendario. En el primer momento no contaba más que con tres mil soldados; pero el clero y el pueblo, poseídos de ardiente entusiasmo, organizaron luego una resistencia que dio tiempo a la Holanda, interesada en que la Suecia no se apoderara de la entrada del Báltico, para mandar allí sus escuadras y hacer vanos los asaltos de Carlos Gustavo.

Retiróse éste al fin bastante escarmentado, y viose libre la Dinamarca de tan terrible adversario. Pero aumentó mucho aquel sitio la indignación de la burguesía contra los nobles, porque no demostraron durante él la previsión y energía necesarias. Por cuyo motivo ofreció entonces aquel país el espectáculo singular de un pueblo que en lugar de hacer una revolución para asegurar sus libertades, la hace para convertir al Rey en Monarca absoluto, otorgándole una Constitución *sui géneris*. Tal era el odio que le inspiraban los nobles. Fue redactada en 1661 por una especie de dieta, presidida por Ivane, obispo de Seelandia, y Nanser, presidente del tercer Estado, y se llamó Ley Regia. Tiene 40 artículos, pero a excepción del primero, que se refiere a la religión, son todos corolarios del segundo, que dice de esta manera: «Los Reyes de Dinamarca y Noruega serán en realidad y deberán ser considerados por sus súbditos, como los solos jefes supremos que tienen sobre la tierra. Serán superiores a todas las leyes humanas y no reconocerán en los negocios eclesiásticos y civiles otro juez superior más que Dios solo».

Como se ve, pasóse de un extremo a otro: de la omnipotencia de los nobles a la de los Reyes. Sin embargo, no abusaron éstos de su poder, y la Dinamarca gozó de bastante quietud después de esta revolución al revés. Mas no sucedía lo mismo en la vecina Suecia. Salió de allí entonces otro Rey belicoso, el famoso Carlos XII, el cual quiso también conquistar, como sus predecesores, todo lo que se hallaba a su alcance. ¡Infeliz Europa! ¿Qué hubiera sido de ella en esta y otras ocasiones semejantes si la divina Providencia no le hubiera concedido una configuración física que favorece la formación de Estados separados, y un clima que da a sus habitantes un carácter enérgico e independiente? Logró al principio Carlos XII vencer a los polacos, batir a los rusos y revolver completamente las naciones de Oriente; mas sucumbió al fin en las llanuras de la Rusia, siendo vencido en Pultava por Pedro el Grande. Monarca digno de su título, porque fue a la par un gran capitán y un reformador perseverante.

Vencida la Suecia y despojada de todas sus conquistas, empezó también para ella la era de las convulsiones interiores, sólo que siendo allí los Reyes los que habían arruinado el país, les tocó a ellos el ser humillados por los nobles, al contrario de lo que acontecía en Copenhague. Cesó desde entonces de mover guerras y dejó en paz a Dinamarca, la cual aprovechó aquel período tranquilo para realizar varias mejoras interiores, descollando entre ellas la emancipación de los labradores, siervos todavía del terruño; medida indicada desde que el pueblo contribuyó tanto a la defensa de Copenhague y a la revolución de 1661. Fue inspirador de esta importante reforma el ilustrado Conde de Bernsdorf, quien merece un lugar preeminente entre los grandes Ministros de aquel siglo. Y venturosa habría sido por mucho tiempo la suerte de aquel Reino, si no hubiese estallado al fin la funesta revolución de Francia, que convirtió la ilustración en jacobinismo.

Durante todo el siglo XVIII había sufrido bastante la Europa por la ambición de la Prusia, nueva nación que parecía desde luego destinada a realizar la unidad de los Estados alemanes del Norte, harto divididos hasta aquel tiempo. Pero no fueron aquellas guerras comparables con las que la esperaban al despuntar el siglo actual. Despertóse entonces en Francia más fuerte que nunca el espíritu dominador, y belicoso, propio siempre de aquel pueblo, y conducida por Bonaparte, que tenía más ambición todavía que Luis XIV y contaba con el apoyo moral de las ideas revolucionarias, paseó por toda Europa sus banderas. Renovó aquel capitán las locuras de Carlos

XII y no tuvo tampoco reposo hasta que fue a sucumbir en Moscú, no lejos de Pultava, fascinado y atraído por las llanuras de la Rusia, como la nave por el vórtice o el insecto por la luz.

Lamentable es la historia de las diversas vicisitudes que sufrieron entonces los Monarcas de Europa. El de Portugal se refugió en el Brasil, el de Nápoles en Sicilia, el de Piamonte en Cerdeña, el de España, engañado por el tirano, fue llevado a Francia y encerrado allí en la quinta de Valençay, mientras que el de Suecia era destronado por sus propios súbditos y el de Rusia perdía la vida a manos de algunos nobles, porque querían uno y otro hacerle la guerra a Bonaparte. Y por lo que hace a los de Prusia y Austria, ambos vieron sus territorios invadidos, y el segundo, para colmo de ignominia, tuvo que dar una hija suya por esposa a su afortunado vencedor. El Papa mismo se vio preso y privado de sus dominios por aquel insolente soldado. Parecía que el Rey de Dinamarca podría permanecer libre de tales peligros en atención a que se inclinó desde luego a una neutralidad que debía ser agradable a la Francia, mas vio pronto a su costa que en épocas de tan terribles trastornos es más difícil ser neutral que amigo o enemigo declarado.

La Inglaterra, la cual había emprendido una lucha a muerte con Napoleón I, pensó que la actitud de Federico VI era sospechosa, y por dos veces mandó sus escuadras a bombardear a Copenhague, la primera en 1801, al mando de Parker y Nelson, con pretexto de impedir que la Dinamarca se uniese con la Suecia y la Rusia para sostener los derechos de los neutrales; y la segunda a las órdenes de Gambier, en 1807, para evitar que la escuadra danesa cayese en poder de Francia; acto este último, que ha sido calificado con razón de verdadera piratería, como el asalto de nuestras fragatas que venían con caudales de América, pero que aprobó la mayoría de los políticos ingleses, a quienes parecía sin duda permitido todo lo que era útil. Despechado el Monarca dinamarqués, acabó por contraer alianza declarada con Napoleón, y esta conducta, que era contraria a los intereses generales de Europa, le costó sumamente caro, porque le atrajo la animadversión de los demás Soberanos y fue causa de que a la caída del efímero Imperio francés, le quitaran la Noruega para dársela a la Suecia, la cual se había unido con tiempo al campo de las Potencias aliadas, cometiendo así éstas un despojo que no pareció tampoco muy de acuerdo con los principios de derecho de gentes proclamados por ellas mismas, y que tuvo indudablemente el aspecto de una venganza.

Compendiando cuanto antecede, resulta que la desgraciada Dinamarca no hizo más que decaer desde el siglo XVI hasta el XIX, primero porque era demasiado pequeña para sostener el peso de las tres coronas del Norte, segundo porque el carácter ambicioso de sus nobles la hacía todavía más débil, y en fin, porque tenía que combatir con naciones mucho más poderosas. Quedábanle al menos los Ducados del Elba; mas ya hemos visto de qué manera el espíritu que impelía a los alemanes a realizar la unidad de su país y hacerse potencia marítima, fue causa de que la Prusia y el Austria la despojaran también de ellos, uniendo con este objeto sus armas.

El Rey Cristian IX ha sido el heredero de esta Monarquía tan desventurada y reducida. Su posición era al principio por todo extremo desairada. Como el Ricardo de Shakespeare, le podía decir a los que se descubrían en su presencia: «Me hallo sin poder y sin súbditos y todavía me llamáis Rey.» Pero poco a poco fue adquiriendo con su conducta una grande estimación de propios y de extraños. De bella presencia, lo cual es siempre una recomendación para todos, digno, afable, modesto, laborioso, no muy inteligente, pero dotado al menos de un gran sentido común, era imposible no apreciarle. Su predecesor Federico VII no había sido muy severo en sus costumbres, y murió casado morganáticamente con una de sus antiguas queridas que había sido modista, y a la cual había dado el título de Condesa Danner. Cristian IX, casado con la bella, inteligente y virtuosa Reina Luisa de Hesse, fue un esposo modelo, y ambos formaron un matrimonio tan digno de respeto como el del Príncipe Alberto y la Reina Victoria de Inglaterra.

Llegados a los límites de la juventud, haciendo una vida casi privada, y disponiendo de pocos recursos, habían contraído hábitos de orden y economía que conservaron luego en el trono, cuando fueron llamados de repente a él por la muerte del Príncipe heredero Federico y las decisiones del tratado de Londres. Sus hijos también habían recibido una educación muy modesta, como en la

generalidad de las familias alemanas y danesas, y se contaba que las princesas se cosían ellas mismas sus vestidos, como cualquiera joven burguesa. Pero siendo muy bellas y muy distinguidas era un encanto el verlas reunidas alrededor de sus excelsos padres. Y la divina Providencia premió pronto a aquella patriarcal familia, escogiendo a todos sus príncipes y princesas, para los más altos destinos. El hijo mayor, Federico, obtuvo la mano de la Princesa Real de Suecia; su hermano Jorge fue elegido Rey por los Helenos y no ha dejado de conducir bien su barca en el mar proceloso de la política griega; la hija mayor, la dulce Alejandra, fue esposa del Príncipe de Gales y es ahora Reina de Inglaterra; la segunda Dagmar de ojos hermosos y facciones, si no más lindas, más expresivas, llegó a ser Emperatriz de Rusia; otra, Thyra, algo menos bella que sus hermanas, se unió en matrimonio con el último Rey de Hannover, y el Príncipe Valdemar, Benjamín de la familia, es marido feliz de una Princesa de Orleans. Y todos vivieron tan unidos como antes de que sus padres fuesen Reyes, y es bien seguro que éstos han preciado siempre más la corona que les formaban sus hijos, que la que debían a la voluntad de Europa. Es este un caso notable en que las virtudes domésticas hacen parecer más grande un trono y más brillante una diadema.

Casi todos los años recibían los Reyes la visita de sus hijas y de sus yernos, y era tal la influencia de aquel hogar respetable, que hasta el Príncipe de Gales, tan ligero en otras ciudades, se conducía allí con el mayor decoro. En cuanto al Emperador Alejandro III, esto le era más fácil, porque tenía inclinaciones naturalmente honestas. Tuve la honra de conocerle desde que vino a Copenhague, a poco de mi llegada, siendo prometido de la Princesa Dagmar, y quedé prendado de su aire franco, natural y bondadoso. Era, asimismo, muy sencillo en todas sus acciones, y como prueba, referiré que para divertir a su cuñado Valdemar, el cual era aún pequeño, le paseaba por el jardín de Bernsdorf, donde se alojaba, poniéndole en una carretilla del jardinero, de la cual tiraba él mismo. Las cosas que se contaban del interior de aquella familia eran una especie de idilio. Y desde aquel tiempo hasta su prematura muerte no cesó Alejandro de ir a Copenhague todos los años para descansar de las tareas del trono al lado de sus suegros.

Su padre Alejandro II, fue, sin duda, muy notable por haber dado la libertad a los siervos de Rusia, y merece por ello los elogios de la Historia. Pero su hijo Alejandro III no ha sido menos digno de alabanza, como Emperador, porque firme en sus propósitos, cual el varón constante de Horacio, mantuvo intactas las antiguas instituciones del Imperio, sin hacer caso de las amenazas de los nihilistas que habían asesinado a su padre. Y fue superior a éste como hombre, porque Alejandro II escandalizó mucho a la Rusia a causa de sus amores con la Princesa Dolgorouki, de la cual dejó varios hijos, mientras que Alejandro III dio siempre a sus pueblos el buen ejemplo de sus virtudes domésticas.

Aunque la lista civil de Cristian IX era muy corta, de modo que venía a tener menos renta que muchos particulares de Europa, era tal el orden de aquella Real casa, que hacía tan buena figura como cualquiera otra más rica. A más del gran baile que celebraba la Corte en el palacio de Cristianborg a principios del año, daba asimismo muy a menudo otros más pequeños, comidas, conciertos o saraos en el de Amalienborg, y siempre reinaba en ellos mucha elegancia, si no lujo. Conserva aún aquella Corte unos criados llamados corredores (*löfers*), destinados a correr al lado de la carroza real en los días de gran gala, y empleados también en el servicio interior, especialmente para los banquetes. Su librea es airosa, y llevan una especie de mitra con plumas de colores que les da un aspecto pintoresco.

La cocina real era bastante buena, y en los banquetes se servían ricos vinos. Había entre éstos uno muy añejo del Rhin que contaba un par de siglos, y cuya conservación se debe a que cada año reemplazan con vino nuevo lo que han sacado del viejo. Los extranjeros lo hallábamos algo agrio, mas nos guardábamos bien de decirlo. En cuanto a los daneses, lo proclamaban exquisito; pero el hecho es que cuando lo servían daban también azúcar para que cada cual lo endulzara a su gusto. Los toneles en que lo conservan son sólidos y de gran tamaño, de manera que aquel preciado licor durará tanto, probablemente, como la Dinamarca misma.

La Reina amaba el baile con moderación; el Rey con entusiasmo, como todos los hombres del Norte. Aunque pasaba ya de los cuarenta, no perdía danza ninguna ni dejaba de bailar el cotillón con alguna linda pareja. En las comidas y saraos gustaba de conversar con las señoras y también con los caballeros, especialmente los diplomáticos, y no sólo de cosas indiferentes, sino también de política. Recuerdo que más de una vez le oí lamentarse de que el anciano Rey Guillermo de Prusia le hubiera despojado hasta del pequeño Ducado de Lauenburgo, no obstante que estaba ya con un pie en el sepulcro. El buen Rey Cristian se consolaría quizá más adelante, viendo que el mismo Rey, siempre con un pie en el sepulcro, le quitaría también dos provincias a la Francia, y llegando con sus tropas victoriosas hasta París, se haría coronar Emperador de Alemania en el mismo palacio de Versalles. La ambición es de todas edades.

LXXVIII.
Copenhague, de 1865 a 1869.

Bello carácter de la Reina Amalia.—La Princesa Carolina.—Un hermano del Rey.—El padre de la Reina.—Altos cargos de Palacio.—El General Oxholm, Gran Mariscal.—Órdenes del Elefante y del Danebrog.—El Conde Danneskiold, Caballerizo Mayor.—La Condesa de Reventlow, dama de la Reina.—El Cuerpo diplomático.—Originalidad del Ministro francés Dotezac.—Talento del ruso Mohrenheim.—Heydebrand, buen jugador de ajedrez.—El Conde de Vachtmeister y la Unión escandinava.—Tres Ministros de Inglaterra.—Sir Charles Wike, defensor de Prim.—Un Secretario español que se hizo jesuita.—Éxito y chasco del Ministro norteamericano.—Unión que reinaba entre los diplomáticos.

Después de los Monarcas reinantes ocupaba el primer lugar en aquella Corte la Reina Amalia, viuda de Cristian VIII. Pertenecía a la familia de los Augustenburgos, la cual ha sido célebre en Europa por la hermosura de sus príncipes. Uno de ellos, hermano de la Reina Amalia, rivalizó en elegancia y gallardía con el famoso Jorge IV de Inglaterra. La Soberana danesa era alta, de noble aspecto y de facciones tan finas que, a pesar de sus años y de sus cabellos blancos, podía competir con otras mucho más jóvenes. Era majestuoso su porte y hasta en sus menores movimientos se veía que era Reina. No tenía grande ingenio; pero poseía discreción natural y una bondad que la hacía por extremo agradable. Mostrábase amiga de obsequiar a todos y daba durante el invierno comidas y conciertos, y cuando llegaba la buena estación, se trasladaba a una quinta que tenía a poca distancia de Copenhague, llamada Sorgenfri, que es traducción del «Sans Souci», del gran Federico y, allí recibía al Cuerpo diplomático y a las personas más distinguidas del país.

Con esa amable sencillez, que es propia de las Princesas alemanas, nos servía ella misma el café después de comer, y cuando íbamos a su quinta cuidaba mucho de que todos comiésemos las fresas de su jardín, que eran exquisitas.

Dice el poeta Heine que en Alemania no hay más fruta madura que las manzanas cocidas, y esto puede aplicarse también a Dinamarca. Con todo, las fresas forman una excepción, pues son allí muy hermosas y duran casi hasta septiembre. La linda Baronesa de Rosen, que era la dama principal de aquella Reina, le ayudaba a hacer los honores con mucha distinción.

Venía después de la Reina Amalia la Princesa Carolina, viuda también, y señora tan inteligente como afable, pero cuyo físico formaba con el de aquélla el más penoso contraste. Era fea, era contrahecha, y para colmo de desdichas se había quemado en un incendio del Palacio de Cristianborg, donde habitaba en su juventud, y conservaba de ello visibles cicatrices. Su difunto marido, el Príncipe hereditario Federico, que era algo burlón, solía decirle en broma que había tenido que asegurarla de incendios. Recibía visitas del Cuerpo diplomático y de personas notables del país, pero en general vivía muy retirada, por lo cual hallaba dificultad para conservar sus damas de honor, y estando yo allí sucedió que una Baronesa Moltke, la cual lo era en aquel tiempo,

deseosa de dejarla y no pudiendo conseguir que la Princesa admitiese su renuncia, tomó el partido de escaparse una noche del Palacio y no paró hasta Hamburgo, desde donde le escribió, haciéndole las debidas excusas.

El Príncipe Juan de Glucksburgo, hermano del Rey, era asimismo un personaje notable. De mediana capacidad, pero de linda figura y carácter afable, no le costó mucho ser el favorito de las damas. Queríanse mucho los dos hermanos, y el Rey, cuando el tiempo era bueno, acababa generalmente el día dando un paseo con él entre once y doce de la noche, fumando ambos buenos cigarros. Por lo común iban a la orilla del mar, que no está lejos del Palacio, y el público suponía que el Rey le confiaba sus secretos y le pedía su parecer sobre los asuntos que le preocupaban. Decían esto algunos en son de burla, porque el Príncipe Juan no pasaba por un águila, mas olvidaban que tenía bastante buen sentido, y sobre todo que veía más gente que el Rey y podía así conocer mejor la opinión pública e informar de ella a su hermano.

De edad ya proyecta y de aspecto muy diverso era el Landgrave Guillermo de Hesse Cassel, padre de la Reina. En todo absolutamente tenía el tipo del Príncipe alemán, instruido, amable y bondadoso. Daba buenas comidas y gustaba de convidar a ellas a los diplomáticos. Su palacio, pequeño, pero bien alhajado, contenía dos cosas interesantes: una rica biblioteca y una curiosa colección de cajas de tabaco. Esta última era verdaderamente notable, y hacía honor a su buen gusto. Las había de todas épocas y de todas materias y hechuras. A mí me llamaban sobre todo la atención las que contenían figuras de relieve o miniaturas, entre las cuales sobresalían las pintadas en el siglo XVIII por el famoso Marcolini. La biblioteca era igualmente muy buena y el Landgrave leía con constancia sus libros. Mas tenía una manía muy extraña, y era que los tomaba siguiendo el orden en que estaban colocados. Confesaba muchas veces que el que traía entre manos era poco divertido; pero aunque su secretario y otras personas le aconsejaban que escogiese otro a su gusto, no había forma de que variara el método singular que se había impuesto desde el principio.

A pesar de que todo se hacía allí con mucha sencillez, no faltaban, sin embargo, en Palacio algunos altos cargos desempeñados por individuos de la nobleza. Era Mayordomo mayor un General Oxholm, alto, bien plantado y de modales palaciegos, el cual dirigía muy bien todo el servicio de la Real Casa. No había allí grande etiqueta; mas con todo, existía, como en Rusia, un *Tching*, o sea un registro en que todas las personas convidables a la Corte o *hoffahig*, como dicen en Viena, se hallaban inscritas según su rango. Y era cuidado de Oxholm que no se faltase a esta regla. Precisamente en aquel tiempo andaban las grandes damas muy fastidiadas, porque el primer puesto en los círculos de la Corte le tocaba a una cierta Baronesa Thyle, vieja, gorda y fea. Pero no tenían más remedio que conformarse, en razón a que el marido de esta señora era antiguo Consejero de Estado y el primero en la orden del Elefante.

Porque el Elefante es en aquella nación lo que el Toisón en España y Austria. Es el Espíritu Santo de los dinamarqueses, según lo dijo una vez cierto chusco francés, aludiendo a la orden de este nombre, que era la principal de Francia antes de la Revolución. Consta que esta orden del Elefante fue renovada y confirmada por Cristian V en el siglo XVII; mas hay quien sostiene que era ya muy antigua y que fue instituida por primera vez en el siglo XII por Canuto IV, para perpetuar la memoria del valor demostrado por un Cruzado dinamarqués, el cual había matado uno de esos animales en una batalla contra los sarracenos. En su origen fue puesta bajo la protección de la Virgen, y lleva esta noble divisa: *Magnanimi pretium.*

Inmediatamente después del Elefante viene el Danebrog, cuya orden se dice fundada en el siglo XIII por el Rey Valdemar II, en memoria de una batalla ganada contra los paganos de Livonia, en que se le apareció, como a Constantino, un lábaro maravilloso, al cual dieron aquel nombre, que significa «el estandarte danés». Fue renovada, como el Elefante, en época más reciente, y lleva este lema, caro a los monárquicos: «Dios y el Rey».

Continuando lo que decía del General Oxholm, debo añadir que los individuos del Cuerpo diplomático le estaban muy reconocidos por la cortesía que siempre usaba con ellos. Recuerdo, entre otras, una ocasión en que nos abrevió bastante un gran fastidio. Falleció el Landgrave de

Hesse, padre de la Reina, y fuimos invitados a los funerales, en los cuales, según la costumbre de aquel país, se debía pronunciar el elogio fúnebre del finado. Encargóse de ello el Obispo de Copenhague y tomó su asunto con tanta prolijidad, que tenía trazas de durar un año. Y como hablaba en un idioma poco conocido de nosotros, el aburrimiento era doble. Mas he aquí que de repente se paró un poco el orador para sonarse las narices, y el amable Oxholm finge creer que ha concluido y hace la señal convenida a un oficial que estaba a la puerta. Comunícala éste a los artilleros situados en la playa; disparan ellos sus cañones, llénase el aire de estrépito y el buen Obispo tiene que suprimir el resto de su discurso, dando por terminada la ceremonia.

El Caballerizo Mayor, Conde de Danneskiold, ofrecía el tipo del gran señor. Desciende esta familia de un hijo natural de Cristian V y de la bella Sofía Moth, hija de su médico. Pero ha sido siempre tan grande el prestigio de la Monarquía, que lo tienen a mucha honra, cual en su día los Fitz James de Inglaterra, los Vendóme de Francia y los dos Juanes de Austria. El Danneskiold de entonces era un caballero entrado ya en años, pero que conservaba todavía noble presencia. Estaba casado con una señora bella y amable, poseía muchos bienes y recibía muy a menudo. Bailaba aun, a pesar de acercarse a los sesenta, y mi mujer, que era a veces su pareja, me aseguraba que tenía la agilidad de un joven, y que pocos le llevaban ventaja en la difícil mazurka, que entonces estaba todavía de moda en el Norte.

Era Danneskiold gran favorito de las damas, principalmente porque conservaba esa exquisita cortesía de siglos pasados, de que van quedando pocos adeptos. Su gran pasión era la cerámica, de la cual tenía ya tal colección, que no sólo llenaba con ella los armarios y las mesas, sino hasta los mismos sillones, de tal suerte que en algunas salas no había casi donde sentarse. Estaban allí confundidos los platos y vasijas de Gubbio, Wedgwood y Sévres; las frutas de Delft, y las figuras de Capo di Monte, Buen Retiro y Sajonia. Y no faltaba el sastre caballero en una cabra, ni el concierto de monos, ni los pecados y virtudes y otras obras maestras de aquel arte pequeño, pero lindo. Llevaba su mujer muy a mal tan costosa manía, y sin duda para desquitarse, gastaba ella otro tanto en flores, moños y trapos.

La casa de la Reina Luisa constaba de un Chambelán, el amable Conde de Löwenskiold, una Camarera Mayor, la anciana Condesa de Bille Brahe, y una Dama, la Condesa Hilda Reventlow. Esta última era joven, agraciada, inteligente y amable, y cuando no acompañaba a la Reina frecuentaba mucho la sociedad, donde era un gran recurso a causa de su fácil palabra. Parecía una señora francesa de aquellas que poseen en el grado más eminente el talento de la conversación.

Pero recordemos ya el Cuerpo diplomático. No obstante el empequeñecimiento de la Dinamarca, era éste todavía numeroso, porque todas las naciones tenían más o menos interés en su conservación y querían estar bien al corriente de sus negocios. El Ministro Plenipotenciario más notable era el de Francia, llamado Mr. Dotezac. Nacido en Burdeos, unía la gracia de los meridionales al talento y al tacto. Su memoria rayaba en prodigiosa. A mí me recitó en una ocasión todo un despacho que le había leído una vez sola el Ministro de Negocios Extranjeros. Fuera de un poco de latín, no conocía más lengua que la suya; pero esa la sabía con rara perfección y podía recitar páginas enteras de sus clásicos. Escribíala muy bien, y el *Monitor* de aquella época publicaba a menudo sus despachos, como correspondencias políticas, que llamaban la atención por su buen estilo. Llegado a Copenhague antes del año 48, estuvo allí veinticinco años, por lo cual se decía que era el diplomático que conocía mejor la intrincada cuestión de los Ducados del Elba. Tenía tanta experiencia y un carácter tan leal y tan seguro, que a él recurrían muchos de sus colegas en busca de buenos consejos.

No recibía Dotezac por las noches, pero daba buenas comidas y frecuentaba mucho los salones. Su conversación era divertidísima, por lo cual le acogían bien las señoras a pesar de que no era joven, ni elegante y ¡ay! ni siquiera limpio, pues con razón podía acusársele de hacer siempre una *toalet* muy compendiosa. A él le hubieran venido bien los consejos que le dio Don Quijote a Sancho, cuando fue a gobernar la ínsula. Escupía en todas partes y se permitía cosas que sólo pasaban por ser él quien las hacía. Contaban, por ejemplo, que convidado un día a comer por

Federico VII en cierta intimidad, la Condesa Danner, esposa morganática de este Rey, que asistía a la comida, notó que Dotezac se estaba cortando las uñas con un cuchilla de mesa, y queriendo darle en broma una lección, mandó a un criado que tomase de su tocador un par de tijeras y se las llevase de su parte. Pero Dotezac las recibió sin ruborizarse, y haciéndole una inclinación de cabeza a la Condesa, le dijo: «Señora mía, le doy a usted mil gracias por tan lindo regalo, y lo conservaré siempre como un grato recuerdo de su amabilidad exquisita».

Por regla general, cada diplomático importante tiene su propia tesis. La de Dotezac era hacerle creer a los dinamarqueses que no tenían mejor amigo que la Francia, lo cual era quizás creído por algunos hombres políticos a quienes había sorbido los sesos, mas no así por los demás. Como quiera, la ilusión de que fuese cierto pudo sólo durar hasta la guerra del 66, después de la cual se completó la incorporación de los Ducados del Elba a la Prusia, a ciencia y paciencia de todas las naciones.

El Barón Nicolaï era Ministro de Rusia, mas duró poco tiempo, porque no le convino el clima de Dinamarca, y tuvo que retirarse. Sentílo mucho, primero por él y después por su señora, la cual, bella, discreta y amable, había contraída grande amistad con la mía. Nos veíamos muy a menudo, y más adelante un sobrino suyo, Mr. de Southoff, católico aunque ruso, contrajo matrimonio con una de mis hijas, de modo que a más de la antigua amistad tuvimos alianza de familia. Fue su sucesor un personaje entonces poco conocido, pero que después llegó a representar un papel importante, el Barón de Mohrenheim. De origen modesto, de religión católica, no parecía destinado a hacer una gran carrera en la ortodoxa Rusia. Añádase que era bastante feo. Pero su talento, su travesura y la casualidad que le trajo a una corte cual Copenhague, donde tenía todos los años la ocasión de ver de cerca a su Emperador, le llevaron como por la mano al apogeo de la fortuna.

Era Mohrenheim más gascón que el mismo Dotezac y más exagerador que ningún bulevardero parisiense. Pretendía saberlo todo y haber leído más que Pedro Comestor, y una vez que se hablaba de las nuevas óperas de Wagner, no representadas aún en Copenhague, le oí decir con el mayor aplomo que él las conocía perfectamente, porque no necesitaba oirlas, sino que leía sus partituras como cualquier otro libro. Puso su casa con gran lujo, pero lujo de Dulcamara. Así, por ejemplo, cubrió su sala de cuadros de cuarto orden, y para engañar a los bobos les puso a todos muy ricos marcos dorados y los nombres de grandes pintores.

Gastaba sin tino y no pagaba con exactitud. Dio un año un espléndido baile en honor del Príncipe de Gales, y usó para ello de graciosa treta. Encargóle la cena a su colega de París, que se la mandó por ferrocarril; las bujías al de Munich, y así a otros varias cosas, de modo que pudo dar la fiesta sin desembolsar un franco. Pero como tenía gracia y suerte, consiguió después que el Emperador le pagase todas sus deudas.

Y obtuvo, por último, mucho más, puesto que fue nombrado Embajador de Rusia en París. Y una vez allí, desplegó más cada día su genio inventivo. No contento con frecuentar la sociedad, asistía también a las más soporíferas sesiones de las Academias para pasar por literato. Escuchaba siempre con la cabeza inclinada y la mano puesta en el seno del chaleco; hablaba poco y despacio. Lisonjeaba de continuo la vanidad de los franceses y calmaba por otra parte los escrúpulos de los rusos; y de este modo, ayudado también por la fuerza de las cosas, que impelía a las dos naciones a contraer una alianza que contrabalancease la famosa Triple, tuvo al cabo la satisfacción de ver coronados sus esfuerzos de la manera más cumplida; pues si no fue él el único autor de esa alianza, es imposible negar que contribuyó muchísimo a ella. Estimado y aun respetado de todos, supo llegar en aquella Embajada al extremo de la vejez, y creo que a no ser por lo avanzado de su edad, hubiera reemplazado a Labanof en el alto puesto de Canciller.

Heydebrand de la Lasa, Ministro de Prusia, no tenía una tarea muy fácil, pues viniendo después de una guerra en que su país había hecho tanto daño a la Dinamarca, su presencia no era allí muy grata, y al principio, sobre todo, tuvo que emplear mucha paciencia y mucho tacto. Era, sin embargo, una persona sumamente a propósito para vencer prevenciones, a causa de su talento y agrado. Por otra parte, su consorte, hábil y agraciada, le ayudaba mucho a hacerse buen lugar entre

la aristocracia. Tenía Heydebrand un mérito que le daba cierto prestigio: pasaba por el primer jugador de ajedrez de toda Alemania. Y bien lo experimentaron a su costa varios aficionados a este noble juego, entre ellos el Ministro de Inglaterra, Murray. Aunque les cedía varias piezas, no tardaba mucho en darles jaque. Convidaba con frecuencia a comer, y aunque al principio le rehusaron muchos dinamarqueses, cedieron luego poco a poco en este quijotismo, tanto más fácilmente, cuanto que su químico (que es como llamaba Istúriz al cocinero), era excelente.

No menos embarazosa fue también por algún tiempo la posición de Haymerle y Paar, que representaron sucesivamente el Austria. Era el primero un hombre chiquitito y vivo, de mucha capacidad y de grande ambición, quien al empezar la vida estuvo a punto de ser fusilado el año 48 con otros estudiantes de Viena por haber tomado parte en los tumultos de aquella ciudad, y tuvo después la fortuna de entrar en la carrera diplomática. Recorrióla con bastante rapidez, y al cabo llegó a ser Ministro de Negocios Extranjeros a la caída del Conde de Andrassy, según lo referiré en su lugar. El Conde Paar, de quien he hecho ya mención en mis reminiscencias de Turín, donde fuimos también compañeros, era, como dije entonces, la nata de la cortesía. Tipo del diplomático de salón, tocaba divinamente el piano, era correcto en todo y vivía con cierto boato. No carecía de talento e instrucción.

Más delicada aun, si cabe, que la de estos Ministros, venía a ser la situación del Conde Wachtmeister, Plenipotenciario de Suecia. A consecuencia de la decadencia de las tres Naciones del Norte, había nacido en ellas un partido que echaba de menos su antigua unión en los tiempos de Margarita de Valdemar, y deseaba restablecerla. Llamóse Unión escandinava, a la manera del partido, que por el mismo motivo se formó también a mediados de este siglo en España y Portugal con el nombre de Unión ibérica. Y ambos tenían el mismo defecto; que no eran realizables. Porque lo que cada país quería era dominar al otro. Los suecos se proponían hacer la reunión con una dinastía sueca y con la capital en Estocolmo; y los dinamarqueses la ambicionaban con una dinastía danesa y con la Corte en Copenhague. Y aun en caso de realizarse de cualquiera de estos dos modos, hubiera sido todavía menos feliz que la unión de la sola Noruega con la Suecia, la cual lo es tan poco, que sin hipérbole puede decirse que viven como perros y gatos. Olvidóse, pues, pronto tan imposible quimera, y hoy día son ya pocos sus secuaces. Mas como entonces gozaba de mucha boga el Gobierno danés, que era el más débil, temía siempre que el Ministro de Suecia prestase su apoyo a las intrigas de aquel partido, a pesar de que él se manifestaba en todas ocasiones muy contrario a ellas.

La Inglaterra tuvo, en mi tiempo, tres Ministros: Paget, Murray y Wike. Sir Augustus Paget era un caballero de fina estirpe, sobrino de Lady Yersey, y hombre inteligente, cortés y amable cual pocos. En cuanto a Lady Paget era hermosa mujer, mas tenía el defecto de ser prusiana, y, por lo tanto, poco simpática para los daneses. Ni poseía el arte de Madama Heydebrand para hacerse querer de ellos. Sir Charles Murray era un antiguo buen mozo, casado con una señora irlandesa, joven, bella y afable. No creo que la Legación inglesa tuviera entonces muchos asuntos difíciles entre manos. De todos modos, la principal ocupación de los Murrays parecía ser la de divertir a la alta sociedad con comedias de aficionados, para las cuales hallaban buenos elementos en las damas y caballeros del Cuerpo diplomático y del país. Por cierto que una vez ocurrió, que los actores quisieron cambiar la música a las coplas de cierto *vaudeville* y no sabían a quién recurrir para ello; mas no duró mucho su embarazo, pues un joven Secretario español, que conocía muy bien el contrapunto, los sacó del apuro, componiéndoles una nueva y preciosa melodía.

¿Y quién creerá el lector que era ese Secretario? Pues nada menos que el Reverendo Padre Mendía, tan conocido hoy en Madrid por su talento y virtudes. Nada hacía presagiar entonces que su existencia tomaría este nuevo rumbo. De figura simpática, fino, elegante, instruido, parecía hecho a propósito para la carrera diplomática. Sólo se le notaba de particular, cierta tendencia al misticismo y un carácter melancólico. Por lo demás, hacía la misma vida que todo el mundo. Pero vino luego la revolución del año 68, y entonces el espectáculo de la Corona de San Fernando rodando por el suelo y reemplazada con una ignominiosa república, le impresionó vivamente.

Creyó, como tantos otros, que había llegado el *finis Hispaniae,* y desalentado y afligido, tomó la resolución de dejar el mundo, y entró en la Compañía de Jesús, en la cual su talento y sus bellas prendas, le dieron pronto un lugar muy distinguido. Su vida pasada le da experiencia y prestigio; el público acude numeroso a oír sus bellos sermones, y hoy día es el confesor preferido de las devotas del gran mundo. A pesar de la diferencia de nuestras opiniones y carreras, nos ha unido siempre una excelente amistad.

El tercer Ministro de Inglaterra, Sir Charles Wike, será citado en la Historia, porque fue quien, siguiendo las instrucciones de su Gobierno, hizo que las tropas inglesas se retiraran de Méjico, en vista de la actitud de la Francia en favor de Maximiliano; y arrastró con su ejemplo al General Prim para que se retirase también con las suyas. De lo cual me habló muchas veces, defendiendo a Prim a capa y espada, pues al defenderle a él, se defendía a sí propio. Era Wike un hombre de corta estatura, pero vivo, de buen seso y liberal de buen origen.

El Ministro norteamericano, Mistar Yeaman, era de lo mejor que he visto en su género, y tuvo allí un éxito diplomático, que no dejó de hacerle honor, no obstante que fue seguido de un chasco. El éxito fue que obtuvo del Gobierno dinamarqués, necesitado a la sazón de recursos, que le cediera a los Estados Unidos la isla de San Thomas, en cambio de una suma considerable; y el chasco consistió en que después de estar todo ello arreglado, cambió su propio Gobierno de parecer y renunció a la anexión de la isla, sacando a España y a otras naciones de un buen susto.

Había también en aquella Corte, Ministros de Bélgica, Italia y Portugal, de los cuales no recuerdo nada más, sino que eran personas muy apreciables. Había asimismo muchos Secretarios de porvenir, entre quienes debo citar, por lo menos, al Conde de Essen, de Suecia, el cual fue más adelante mi colega en Viena, y era un tipo perfecto de los nobles de su país, y su mujer un modelo de las bellezas del Norte; el amable caballero Ozerot, que llegó a ser Ministro de Rusia en Munich; y mi propio cuñado, Sir Hugo Macdonell, el cual es ahora Ministro de Inglaterra en Lisboa, donde ha contribuido mucho a renovar la secular amistad del Portugal con la Monarquía inglesa, como lo prueba su actitud favorable en la guerra del Transvaal.

Como sucede generalmente en las pequeñas Cortes, vivíamos todos allí muy unidos, y no había casi día de la semana en que no recibiera algún Ministro o Secretario, pasando ratos muy agradables.

LXXIX.
Copenhague, de 1865 a 1869.

Los Ministros del país.—El Conde de Friis, amigo de los campesinos.—Origen y significación de este partido.—Exageraciones en que al fin incurre.—Constancia con que las combate el Ministro conservador Estrup.—Vida social en Copenhague.—Lujo del Conde de Friis.—Recepciones de la aristocracia.—Belleza de las dinamarquesas.—Afición de los daneses al baile.—Su notable apetito.—Su sed todavía más notable.—Los famosos Skols.—Teatros de Copenhague.—Dureza del idioma.—Las operetas.—Las comedias de Holberg.—La Sociedad de Conciertos.—Los Jardines de Tivoli.—Recuerdo de los bombardeos de Copenhague.

Cuando llegué a Copenhague ocupaba el Ministerio de Negocios Extranjeros cierto Conde de Moltke, anciano respetable, cuyas palabras y modales estaban publicando que pertenecía a una generación ya pasada, y que había sido llamado a aquel puesto únicamente para dar tiempo a que se calmaran las pasiones suscitadas por la última guerra y pudiera reanudarse la vida política del país. Con efecto, no tardó en retirarse y fue sustituido por el Conde de Friis Friisenborg, jefe del partido que allí llaman «los amigos de los campesinos o labradores», en danés *Bondevenner*, palabra compuesta de otras dos: *bonde*, siervo, que es anglosajona y se halla en el *bondaje* inglés, y *ven*, la cual es nórdica y vale tanto como amigo. Siervos dicen aun a los labradores, no obstante que están

emancipados desde el siglo anterior. Era este Conde Friis el propietario más rico de Jutlandia, y porque sus intereses estaban unidos con los de la clase agrícola, de aquí nacía que figurase como protector de ella y defendiese calurosamente sus aspiraciones. Pero antes de pasar adelante convendrá que explique en pocas palabras en qué consisten y cuál es la significación de ese partido.

Por regla general, siempre que una nación sucumbe en la guerra y mira su poder menguado, fórmanse luego en ella dos tendencias contrarias. Los unos piensan que en vista de que la lucha ha sido imposible cuando la nación era mayor, lo ha de ser mucho más cuando es menor y se halla más escasa de recursos; y de esto deducen que es inútil seguir haciendo gastos para mantener un ejército numeroso y una marina importante, y que lo que conviene es limitar éstos a lo estrictamente indispensable para asegurar el orden público. Sostienen otros, al contrario, que por pequeño que sea un Estado, debe siempre mantener cuantas fuerzas militares le sea posible, aun a costa de grandes sacrificios, a fin de contar con medios suficientes para defender su independencia, y evitar cualquier golpe de mano por parte de sus enemigos. Las tres naciones escandinavas se hallaban precisamente en este caso desde que la Suecia tuvo que ceder a la Rusia y a la Alemania sus posesiones del Báltico, y la Dinamarca se vio privada de los Ducados del Elba; de modo que, no sólo hay en ellas, como en los demás países constitucionales, las luchas políticas inherentes a este sistema, sino que todo está allí subordinado a la cuestión de los gastos. Los unos quieren hacer armamentos, los otros se oponen a ellos. A los primeros se les considera conservadores; a los segundos demócratas. Y es peculiar también de aquellos países que ese partido generoso y conservador se encuentra entre los habitantes de las ciudades, mientras que el tacaño y democrático se halla entre los campesinos, los cuales en otras naciones son más bien reaccionarios.

La fuerza de ese partido de los labradores no era igual en los tres Estados, sino que era mayor o menor, según también era mayor o menor la resistencia de la aristocracia y de la burguesía urbana. En Suecia fue menor que en Dinamarca, y en ésta menor que en Noruega, donde los campesinos dominaban casi por entero, a causa de que no había allí muchos nobles, pues una parte de ellos se retiró a Dinamarca después que la Noruega fue unida a la Suecia, y los restantes fueron reducidos a la nulidad por medio de la abolición de los mayorazgos y aun de los títulos. Dicen que hoy día el bando de los campesinos está allí organizado de tal suerte, que su jefe lo maneja en la asamblea popular o Storthing por medio de un martillo. En los casos de más apuro no tiene más que dar con él un golpe sobre la baranda de su pupitre, y todos sus partidarios se alzan, gritan y votan como un solo hombre.

En Dinamarca no tuvo tanta pujanza. Allí la nobleza, el ejército y la burguesía de las ciudades principales, le opusieron mucha resistencia. Al principio, sin embargo, fue grande el poder del Conde de Friis, y durante su mando, no sólo no se hizo ningún gasto militar fuera de los indispensables, sino que por prurito de economías fue suprimida hasta una pequeña guardia de Corps, que tenía de antiguo el Soberano y que no era muy costosa. A cuyo golpe fue muy sensible Cristian IX, ante todo por el prestigio de la corona, entonces más necesario que nunca, y después porque precisamente él mismo había sido en su juventud Comandante de aquel cuerpo escogido. Pero sucedió lo que es natural en tales casos; el exceso de cicatería acabó por disgustar a todo el mundo, y un joven diputado, noble y rico también, como Friis, pero menos inclinado a las ideas de los labradores, que era el caballero Estrup, se hizo el representante de la tendencia contraria. Habíale escogido el mismo Friis para Ministro del Interior a causa de su talento, y porque no se había manifestado todayía tan partidario de los gastos militares; mas se desunieron poco a poco y al fin vino a sustituirle.

Causa inmediata de este cambió fue, como digo, la excesiva ruindad de los labradores, los cuales decidieron oponerse nada menos que a la fortificación de Copenhague, lo cual era cuestión de vida o muerte para Dinamarca, porque si no se llevaba a cabo, quedaba aquella capital enteramente expuesta a un golpe de mano por parte de la Alemania, cuya escuadra estuvo estacionada en el vecino puerto de Kiel. La necesidad misma de las cosas unió entonces al Rey con Estrup, y este hombre público, encargado de formar un nuevo Ministerio a consecuencia de la

dimisión de Friis, desplegó entonces una energía y una fuerza de voluntad de que nadie le creía capaz.

Sucedió esto algo después de mi salida de aquel Reino; mas descorriendo un poco el velo que cubría entonces el porvenir, diré que la lucha de Estrup con los labradores fue harto larga, puesto que duró cerca de quince años; pero que este Ministro quedó al fin vencedor, haciendo con ello un gran servicio a su país. En realidad, su conducta fue una feliz imitación de la que había seguido, también con mucho éxito, el Príncipe de Bismarck, en Prusia, exigiendo tenazmente los medios necesarios para el aumento del Ejército, a pesar de la oposición de la Cámara popular.

Estrup, contando con el apoyo del Rey y del Landthing o Cámara alta, mantuvo año tras año la cifra de su presupuesto sin el consentimiento del Folkething o Cámara baja, fundándose en un artículo de la Constitución, el cual dice que el Rey puede hacerlo así en caso de urgencia. El partido democrático no mostró menos obstinación que el Ministro, y desechó también año tras año el capítulo de los gastos militares; mas con el tiempo empezó a dividirse, especialmente después de la muerte de Berg, que era su principal corifeo, y al fin triunfó el animoso Estrup, mereciendo la aprobación de los prudentes. Y es inútil añadir que entretanto fue fortificado Copenhague, y que probablemente los mismos demócratas y campesinos se alegraron de ello.

Habiendo explicado ya la significación política del Conde Friis y de su sucesor Estrup, diré ahora algo más sobre sus personas y sobre la sociedad de Copenhague. Estrup, delgado y pequeño, era todo espíritu y vida. Había viajado mucho, visitando, entre otros países, la España, de la cual era apasionadísimo, y tenía instrucción muy vasta, especialmente en materias económicas. Friis sabía menos y brillaba sólo por su buen sentido. Extraño al pormenor de los negocios, dejaba todo lo rutinario en manos de cierto caballero Wedel, el cual, admírese el lector, ha ocupado allí el puesto de Subsecretario por cerca de cuarenta años, sin que nadie haya pensado en destituirle ni él haya ambicionado un cargo más importante. Con su auxilio, pues, no era difícil ser Ministro.

Admiraban las señoras la gallardía de Friis, y los hombres decían que la Condesa, su mujer, era una real moza. Pasaba él por un Creso y vivía con mucho lujo, siendo singular que el jefe de los avaros labradores fuese la persona que más recibía en Copenhague. Sus bailes eran suntuosos, y aunque el Conde de Moltke, el Barón Scavenius y otros individuos de la nobleza los daban muy buenos, ninguno llegaba a los suyos.

Tienen los dinamarqueses grande afición al baile, y como en los países luteranos no se hace caso de la Cuaresma, se baila desde el primero del año hasta pasada la Pascua. Primero se celebra el árbol de Navidad, el cual, como ya he dicho, es precisamente de origen escandinavo. Esta fiesta, llamada *Yule* en lengua nórdica, fue instituida en tiempos muy remotos, para celebrar el solsticio de invierno, y hase conservado después para festejar el Nacimiento del Redentor. No hay casa, por modesta que sea, donde no pongan su árbol, grande o pequeño, y los poetas del Norte no tienen tema más conmovedor que el de la familia del pobre, cuyos niños se contentan con mirar al través de las ventanas el árbol de algún rico vecino. Y no sólo cuelgan de él juguetes para la gente menuda, sino toda clase de objetos para los parientes y amigos. Siguen luego los bailes, y señoras y caballeros se entregan con pasión a este ejercicio.

Son las dinamarquesas muy graciosas y ofrecen un tipo medio entre las inglesas y las alemanas, siendo en general más finas que éstas y un poco menos que aquéllas. En mi tiempo tenían la palma de la hermosura las Condesas de Friis y de Moltke, las hijas del General Oxholm, las Haffner, y la joven Condesa Vanda Danneskiold, sobrina del Caballerizo Mayor. Esta última poseía una fisonomía singular y unos ojos entre azules y garzos, que no se parecían a ningunos otros; pero aunque tenían algo de raro, aumentaban su gracia y eran el lunar del refrán.

El clima frío hace a los dinamarqueses todavía más comilones que los ingleses. No sólo en los grandes bailes, sino en los pequeños y hasta en los saraos y conciertos, hay siempre cena y todos devoran a porfía. Nadie se preocupa de las indigestiones. Recuerdo que una vez, al ver que cierto Almirante Bille, que cenaba a mi lado, engullía a dos carrillos, a pesar de que acabábamos casi de comer en otra casa, no pude menos de preguntarle si no temía que le hiciese daño. A lo cual me

contestó con mucho sosiego: «Amigo mío, no se apure usted por eso; al estómago hay que asombrarlo de cuándo en cuándo». Sin embargo, el resultado de estos asombros es que casi todos los daneses de cierta edad tienen que ir todos los veranos a Carlsbald para dar algún alivio a su máquina.

Respecto a la bebida, son también tan largos como los ingleses y quizás más, aunque con esta diferencia: que resisten mejor al vino y rara vez se ven borrachos por las calles. Las señoras mismas suelen también beber bastante, especialmente Champaña. He visto a algunas muy finas y bonitas apoyar en los dientes una copa de este vino y echarse todo el contenido por la garganta abajo de un solo golpe y casi sin respirar, como si lo echasen en un caño. Y en cuanto a los hombres, no sólo beben cuando les place, sino que están obligados a hacerlo cada vez que el dueño de la casa o un amigo los invita a lo que llaman un *skol*, es decir, a beber una copa entera, y ponerla después boca abajo para mostrar que ha quedado vacía. En Harlem hay un magnífico cuadro de Hals, representando un banquete de oficiales, y en él se ve a uno de ellos haciendo esto, lo cual prueba que también era uso de Holanda.

Y en general, en todo el Norte se ha bebido siempre con exceso. Conocida es la anécdota de aquel caballero francés que acompañó al Príncipe de Conti en su viaje a Polonia y no podía beber a causa de su mala salud. En vano fue que el Príncipe mismo quisiese excusarlo; los nobles polacos le obligaron a ello y le gritaron en latín, que era entonces la lengua común de aquella aristocracia: «*et bibat et moriatur*», que beba y se muera. De Federico VII, inmediato predecesor de Cristian IX, se cuenta que cuando recibía las visitas de su excelso vecino el Rey Carlos XV de Suecia, tenía gusto en embriagarle, en la comida, de modo que salían siempre del comedor moros van, moros vienen, y más de una vez se cayeron bajo la mesa y tuvieron los criados que llevárselos en brazos a la cama. Cristian IX no era así, y me refirió él mismo que cuando daba grandes banquetes, singularmente a los militares, se hacía poner a su lado una botella de cierto jarabe, de color rojo, con el cual llenaba su copa para hacer los famosos *skols*. Yo mismo tuve que recurrir a la estratagema de echar con disimulo un poco de agua en la mía para que no me hiciesen daño aquellas inevitables libaciones.

Antes de pasar a otro tema, debo referir que a más de los saraos y de los tés, hay también en Copenhague reuniones íntimas de señoras durante la tarde. Generalmente acuden a ellas las vecinas y comadres, y no de las más jóvenes. Primero se atracan de café y pastelillos, que en aquel país son exquisitos, porque tienen, como en Holanda, excelente manteca para hacerlos; y después, hablan mucho de todo y principalmente del prójimo, lo cual, como se sabe; es la pasión más viva de las mujeres. Semejante costumbre es general en el Norte y también en Alemania, donde existe de muy antiguo, y a ella se refiere, sin duda, un viejo epigrama latino que allí corre, y que en castellano viene a decir:

Cuando para hablar se juntan
Marta con María y Estrella,
Dicen cosas peregrinas
De éste, de aquél y de aquélla.

Viniendo ahora a los teatros, diré que Copenhague tenía entonces pocos, pero buenos. El de la Ópera era asaz viejo, aunque había sido reconstruido con gran lujo. Allí daban las obras todas del repertorio de aquel tiempo, mas no en italiano, sino en danés, lo cual les hacía perder bastante de su encanto, porque este idioma no es, a la verdad, muy armonioso. Es duro, gutural y abundante de terminaciones oscuras. El sueco es más claro. Como muestra de la diferencia, diré que la palabra teatro es en danés *teatre*, con una final muda, y en sueco *teatra*, cuya final es abierta. Lo mismo sucede en casi todas las voces más usuales. Acontece en el danés lo que con el portugués: a los extranjeros no les agrada. Y aun para los mismos dinamarqueses creo que tiene algo de oscuro, según lo prueba el hecho de que cuando hablan entre ellos se les oye decir a cada momento: *¿va·bah?* que significa ¿qué dice usted? Y nos hacía reír mucho que al *Elixir de amor*, por ejemplo, le dicen *Elfsdrike*, y a las *Bodas de Fígaro*, *Fígaros Brülup*. A ellos, sin embargo, les parece dulcísimo, y cierto filólogo danés, citado por Müller, pretende que Dios le habló a Adán en sueco y

Adán le contestó en danés. Añade con todo, que por lo que hace al diablo, es cosa indudable que le habló a Eva en francés, lo cual no deja de tener gracia.

Volviendo a las óperas, diré que había en aquel tiempo algunos buenos cantantes. Schram, era un bajo excelente que ejecutaba bien todas las grandes composiciones de Meyerbeer, la *Judía* de Halevy y el *Fausto* de Gounod. La Gerbet poseía muy buena voz. En otro teatro más pequeño daban las operetas, que entonces empezaban a conocerse en toda Europa. *La bella Elena* y *Orfeo en los Infiernos* eran interpretadas con suma gracia por una actriz muy bonita, de nombre Holst, la cual tenía enloquecidos a los rancios pecadores de Copenhague y a no pocos mozalbetes. La parte más joven y más amiga de divertirse del Cuerpo diplomático solía concurrir a aquel espectáculo, aunque lo hacía casi de contrabando, y como sosteniéndose unos a otros, porque el público, como se debe, no estaba aún acostumbrado a las temeridades del teatro moderno. Nosotros éramos de los tales, y también el Conde de Ratti, Ministro de Italia, y su mujer, que era una holandesa muy guapa; los Condes de Essen, de Suecia; los Heydebrand y los Condes de Danneskiold.

Íbamos también a menudo a la *Musikverein*, o Sociedad de música, que existe allí a ejemplo de Berlín y Viena, y donde señoreaba cierto compositor nombrado Gade, que es en Copenhague lo que Fetis en Bruselas: el rey de los Conciertos. Tienen los daneses afición a la música y mucha disposición para ella, al igual de los alemanes, aunque también a la manera de éstos, no suelen cantar solos, como los italianos y españoles, sino en coro. La Noruega ha producido un gran compositor, que es Grieg, cuya música original y aun extraña, recuerda las montañas y torrentes de aquel áspero país. La Dinamarca ha producido a Gade, el cual es más apacible y se diferencia poco de la generalidad de los alemanes y belgas.

El público que asistía a aquellos conciertos era muy escogido, pero en su mayor parte señoras y gente seria. Los jóvenes no solían ir hasta que, cansados de correr su caballo, se proponían hacer vida nueva. Cuando uno de ellos se abonaba a aquella sociedad, esto era interpretado como señal de que tenía ya proyectos de casamiento. Los Reyes asistían muchas veces, pues la Reina sobre todo era aficionadísima a la música y tocaba primorosamente el piano. El amigo Dotezac solía ir de vez en cuando, mas siempre hallaba algo que criticar. Decía, por ejemplo, que la música falta muy a menudo a su propio genio, invadiendo el dominio de la poesía y la pintura, por la manía de parecer descriptiva. No respetaba en este caso ni la misma sinfonía pastoral del gran Beethoven, en que pretende imitar la salida del sol y el canto de las aves. Reparaba, asimismo, la multitud de veces que repiten algunos autores el mismo motivo melódico. Por mi parte, no dejaba de pensar que llevaba la razón, aunque no me atrevía a decirlo delante de nuestras damas, las cuales eran fanáticas de la música sabia. Limitábame a sustentar que sin duda por no tener la música instrumental un lenguaje determinado, los señores compositores suelen abusar de la paciencia del público, haciendo interminables sus obras. Son como ciertos pájaros, que nunca acaban de cantar.

El teatro nacional de prosa no se llevaba mucho nuestra atención, a causa del idioma. Por lo que a mí toca, no sabiendo si permanecería allí mucho tiempo, no hice de él un estudio muy profundo, contentándome con aprender lo bastante para traducir los telegramas y los artículos de los periódicos. Y no dejé algunas veces de sentirlo, porque los actores tenían fama de excelentes, y aunque la mayor parte del repertorio constaba de piezas traducidas del francés, daban también de cuándo en cuándo las buenas tragedias de Ochlenschlager y las comedias de Holsberg, y me habría gustado oírlas en su lengua. Holsberg pasa por el Molière de Dinamarca, y algunas obras suyas que he leído en traducciones me han parecido muy lindas. El *Estañero político*, por ejemplo, tiene bastante gracia y goza de mucha boga en la misma Alemania. En el repertorio moderno no estaban todavía las obras inmorales y extravagantes del noruego Ibsen; mas me dicen que ahora son allí harto aplaudidas, ayudando a ello la circunstancia de que no necesitan traducirlas, porque el noruego y el danés son casi un mismo idioma.

Duraban estas varias diversiones todos los meses de invierno; pero en el verano teníamos las que proporcionaban ciertos jardines llamados de Tívoli, situados en un extremo de la población, y que lejos de parecerse al tranquilo Tibur de Horacio, se veían siempre llenos de una muchedumbre

alegre y bulliciosa. Había allí de todo: sala de conciertos, volatines, montañas rusas, tiro de pichón, café y hasta un pequeño teatro en el cual representaba un excelente pulchinela. Sobre este último corría una curiosa historia. Decían que cierto médico de Copenhague recibió una vez la visita de un sujeto bien portado, pero de aspecto algo triste, quien le consultó sobre una enfermedad del hígado que padecía y le tenía de continuo melancólico. Recetóle el médico varios remedios y concluyó diciéndole que debía sobretodo distraerse. «Vaya Vd. a Tívoli, añadió, y allí se reirá aunque no quiera, con las bufonadas del pulchinela.» A lo cual le contestó el enfermo: «Señor Doctor, ese último remedio no sirve para mí, porque precisamente el pulchinela de Tívoli soy yo mismo.» En todo caso el pobre hombre nos hacía reír y atraía siempre a un público numerosísimo.

En general la concurrencia se componía de la burguesía, pues la nobleza no pasa el verano en la ciudad. Mas no faltaba de cuándo en cuándo algún conocido, y los Reyes mismos acudían allí a veces desde Bernstorff para divertir a sus ilustres huéspedes. Paseábanse entre el pueblo como los Grandes Duques de Toscana en los buenos tiempos de Florencia, y con ellos vi muchas veces a los Príncipes de Gales, al futuro Emperador de Rusia con su bella consorte, y aun al Rey Jorge de Grecia, cuya esposa, la Reina Olga, era entonces una de las mujeres más bonitas de Europa.

Durante el invierno era difícil concurrir a los paseos públicos a cansa del mal tiempo, pues el temple de Copenhague es uno de los más rigurosos de Europa. Hace, sin duda, más frío en otras ciudades, pero en pocas está acompañado de más humedad y de más viento. Decía Dotezac, que éste es allí redondo, porque sopla a la par en todas direcciones y no hay medio de libertarse de él. Mas no se lo digamos a los buenos dinamarqueses, los cuales no admiten que esto sea cierto, y sucede con ellos lo que cuenta Custine que sucede con los rusos, que no puede dirigírseles adulación más delicada que la de no quejarse del clima. Por todo recurso teníamos en invierno la Plaza del Rey, donde a veces luce algún sol, y un sendero llamado *Petite ligne*, que corre por el interior de la antigua ciudadela y está resguardado del aire.

Cuando llegaba el verano entonces sí teníamos donde escoger: los jardines de Rosenberg, donde se daban cita todos los niños de Copenhague; el parque de Frederiksberg, en el cual hallaba yo mi mayor recreo, y la llamada *Longite ligne*, que sigue la orilla del mar y goza de vistas bellísimas. Divísase a lo lejos la costa de Suecia: más cerca el famoso castillo de las tres Coronas, que parece nacido en el mar, y a su derecha el puerto, lleno de buques de todas las naciones. Vienen allí involuntariamente a la memoria las escenas terribles que señalaron los varios bombardeos de aquella ciudad y la batalla naval ganada por los ingleses el año primero del pasado siglo, gracias a la tenacidad de Nelson, que fingió no ver las señales puestas por Parker para que cesase el fuego. Valientes se mostraron allí todos, pues según Alison, fueron reemplazados hasta tres veces los artilleros dinamarqueses, y el mismo Nelson quedó admirado de su denuedo. Llamóle sobre todo la atención la hazaña de un simple guardia-marina, muchacho de diecisiete años, llamado Villemoes. El cual viendo muertos a sus jefes, se hizo cargo sin vacilar del mando de un pontón y dirigió sus fuegos contra el navío inglés *Elefante*. Dicen que cuando Nelson fue recibido en Palacio después de ajustada la paz, le dijo al Regente que debía nombrar Almirante a aquel valeroso joven, que había dado pruebas inequívocas de entusiasmo y patriotismo.

LXXX.
Copenhague, de 1865 a 1869.

Hermoso parque de Frederiksberg.—Belleza de los árboles.—Klampenborg y el bosque de Dyrehaven.—Aspecto pintoresco del Sund.—Elsinor y su castillo.—Recuerdo de Hamlet.—El astrónomo Ticho Brahe.—Visita a Roskilde.—Su bella catedral.—Palacio de Frederiksborg.—Voy con Dotezac al castillo de Bille Brahe en Fionia.—Chasco que nos da la Dama blanca.—Visita al barón de Holstein.—Razón con que éste critica a los campesinos.—Recuerdo de la expedición de La Romana.—Congreso de anticuarios en Copenhague.—Noble carácter de Quatrefages.—Cómo refutaba a Darwin.—Otros viajeros notables.

La ciudad de Copenhague se hallaba antes rodeada, como la antigua Viena, de una ancha muralla con bastiones salientes, en los cuales había molinos de viento, que Don Quijote hubiera tomado fácilmente por otros tantos gigantes. Estaba esta muralla adornada con árboles, y formaba un paseo muy agradable. Pero posteriormente a mi salida, han hecho allí lo mismo que en Viena, han allanado aquellas fortificaciones y las han convertido en un espacioso bulevar, que une a la vieja población con sus modernos arrabales, haciendo de todo ello una sola ciudad mucho mayor y más bella.

Fuera ya de su recinto, encuéntrase el Palacio de Frederiksberg, antes citado, cuyo hermoso parque es el paseo favorito de los dinamarqueses, con especialidad los domingos. El Palacio está ahora destinado a Colegio militar. Federico VI lo habitó casi siempre, y tenía en él sus delicias, para lo cual no le faltaba razón, porque no es fácil hallar árboles más frondosos ni más pintorescos que los que allí existen. Y en general, creo que la Dinamarca puede jactarse de ser el país de Europa en que adquieren éstos mayor altura y formas más bellas. En Inglaterra son asimismo muy hermosos, pero tienen los perfiles más redondos y un color casi metálico. Probablemente, el viento que los agita de continuo en Dinamarca, les da una especie de vida que produce más variedad en sus ramas. Son notables las hayas, de las cuales hay varias clases, unas de un verde claro, y otras tirando a rojo, por lo cual las llaman sangrientas. Encinas, álamos y fresnos compiten en elevación y unen allí sus ruidos. El suelo, siempre verde y florido, despide de sí un tesoro de olor. Durante los meses más calurosos, solían mi mujer y mis hijos tomar los baños de mar en el mismo Copenhague, donde hay mucha comodidad para ello, y yo hacía mi casa de campo de este parque de Frederiksberg. Allí me hacía llevar en coche, y pasaba luego algunas horas sentado bajo un árbol, cerca del gran estanque, y ocupado en la lectura de un libro agradable, prefiriendo los poetas, y entre ellos Ovidio, Metastasio, Casti, Quevedo, Beranger y otros igualmente fáciles y amables.

Siguiendo las orillas del Sund, se llega a Klampenborg, lindo lugar de baños, y al antiguo y frondoso bosque de Dyrehaven, que la imaginación del vulgo puebla de enanos y duendes. Viene luego Elsinor con su castillo. No siendo entonces todavía tan común como ahora el uso de los vapores, cruzaban aquellas aguas muchos buques de vela, y como el viento contrario los detenía a veces algunos días, formaban después una inmensa nota, la cual, con bella pompa, entraba o salía reunida por la boca del Báltico. El vapor ha destruido ahora toda la poesía de las naves.

Elsinor, unido a Copenhague por ferrocarril, es un puerto de alguna importancia, y su castillo, llamado Cronenborg, ofrece mucho interés. Su posición es admirable, pues domina el Sund y se halla rodeado por sus aguas. En un tiempo fue el terror de la liga hanseática. Allí se detenían antes los buques de todas naciones; allí pagaban un tributo al Tesoro danés, que no ha sido suprimido hasta el siglo pasado. Su arquitectura es notable. Reedificóle Cristian IV con su estilo particular, que conserva restos del gótico, y le adornó con ocho torres, cuyo perfil es muy elegante. Pero lo que más encanta allí es el recuerdo de *Hamlet*, tal como nos lo pinta Shakespeare. Es un privilegio de los grandes ingenios el hacer que sus creaciones se confundan con la realidad. En el caso de *Hamlet* es esto más fácil que en otros, porque no es un personaje del todo inventado, como *Don Quijote, Robinsón* o *Gil Blas*, sino que tiene algo de verdad. Hubo antiguamente en Dinamarca un Príncipe

de ese nombre, cuyo padre fue asesinado por su propio hermano, el cual usurpó después su trono y se casó con su viuda. Sólo que precisamente la escena no pasó en Elsinor, sino en Jutlandia. Y sin embargo, basta que el dramático inglés la haya puesto allí para que la fantasía la vea en aquel sitio.

El lector se reirá quizá, si le cuento que una vez me quedé a pasar la noche en Elsinor sólo para contemplar el castillo y sus alrededores iluminados por la luna y ver con la imaginación la aparición del espectro y las demás escenas del drama. Por lo demás, Shakespeare hizo con esta historia lo que con las de *Otelo*, *Romeo* y tantas otras; la idealizó, y le dio más poesía y más belleza. El autor de donde está sacada, es un dinamarqués, llamado Saxo Gramático, el cual en el siglo XIII publicó una historia de su país en lengua latina, que ha merecido los elogios de Erasmo, y en la cual hay más cuentos que en el *Gesta Romanorum*. Uno de ellos es este de *Hamlet*, que por cierto está allí escrito sin la hache que le añadieron los traductores. Shakespeare no lo conoció por el texto original, sino por una versión inglesa de otra francesa, hecha en el siglo XVI por un tal Belleforest. Y es curioso ver los cambios que, como digo, hizo en la fábula. En el original, la escena pasa en Jutlandia; Hamlet se finge enteramente loco, y Ofelia es una muchacha vulgar, mandada para que le seduzca y averigüe lo que piensa. El autor inglés traslada la escena a la orilla del Sund y a los poéticos alrededores de Elsinor y su castillo; hace a Hamlet loco a medias, como Don Quijote, y convierte a Ofelia en una joven bella y pura, la cual se quita la vida por ver despreciado su amor. Tales transformaciones sabe hacer el genio.

Un poco antes de Elsinor hay una pequeña isla, la cual fue residencia en el siglo XVII del famoso astrónomo Ticho Brahe, honor de Dinamarca, a quien, como es sabido, se debieron notables descubrimientos tocante, a los cometas y la luna. No fue, sin embargo, tan feliz en su empeño de conciliar a Copérnico con Ptolomeo. Según él, todos los planetas menos la tierra giran en torno al Sol; pero éste gira a su vez con todos ellos en torno a la tierra, la cual permanece inmóvil en el centro del Universo. Mas semejante hipótesis no es admisible, porque basta el sentido común para comprender que un astro tan grande como el Sol no podría dar en 24 horas una vuelta tan inmensa. Nacían todos estos errores del deseo que tenían los sabios de aquella época de conciliar la ciencia con ciertas palabras de la Biblia, cual si ésta fuese un tratado de astronomía, o como si ahora mismo, tanto los eruditos como los ignorantes, no se conformasen con las apariencias, diciendo que el Sol sale y se pone. En cuanto a Ticho Brahe, evitó con sus términos medios los sinsabores de Galileo, mas los tuvo de otro género, a causa de sus opiniones políticas, porque siendo individuo de la nobleza, se comprometió bastante en las luchas de aquel tiempo y tuvo al fin que retirarse a Praga, donde el Emperador Rodolfo II, que era muy aficionado a las ciencias, le dispensó una generosa acogida.

No menos interesante que Elsinor es la antigua capital de Dinamarca, Roskilde, situada asimismo en Seelandia, y fui a visitarla con mi mujer, quedando ambos muy complacidos de su bella catedral, que es de estilo románico, y del sepulcro de Federico II, en ella erigido, obra italiana de muy buen gusto. Vimos igualmente Frederiksborg, palacio real que no debe confundirse con Frederiksberg, pues *borg* significa castillo y *berg* colina. A pesar de haber sufrido mucho de resultas de un incendio, es siempre notable aquella residencia por su hermosa arquitectura del estilo de Cristian IV, o sea del primer renacimiento.

En el año 66 hice también una expedición algo más lejana, yendo convidado al castillo de Bille Brahe, en la isla de Fionia. Pero no fui entonces con mi señora, a causa de la distancia, sino con mi amigo Dotezac, que lo era mucho, como yo, de la Baronesa de aquel nombre, y fue invitado a la par mía. Son numerosos los sitios de campo, castillos o quintas que posee la nobleza de aquel país, llegando a doscientos, cantidad casi increíble tratándose de un territorio tan pequeño. Tienen más fama los de los Condes de Ahlefeld, Knuth, Moltke, Danneskiold y Friis; pero oí hablar de muchos otros, de cuyos nombres no me acuerdo. El de los barones de Bille Brahe es seguramente muy hermoso y su aspecto antiguo indica la nobleza de sus dueños. Hállase rodeado de un ancho foso, o más bien de un pequeño lago, lo cual es casi general en todos ellos, por la simple razón de

que, siendo el terreno muy llano, no podían sus fundadores buscar seguridad en ninguna altura, y los defendían por medio del agua.

Y apéndice y adorno indispensable del pequeño lago son los cisnes, blancos y elegantes, que cuando los ilumina el Sol parecen de plata. Creo que es aquel el país en que más abundan. El mar inmediato estaba antes poblado de ellos, y de los antiguos piratas daneses se dijo que seguían el camino de esas poéticas aves, las cuales suelen deslizarse a lo largo de las costas en dirección de Occidente. Y los barcos mismos de aquellos aventureros tenían la proa en forma de cisne, según se puede ver en tapices y miniaturas antiguas.

La Baronesa de Bille Brahe era una dama que todavía no era vieja, pero que ya no era joven. No tenía malas facciones, mas había engordado con exceso. Necesitaba para sí sola un sofá, donde pudiese extender los tesoros de su persona. Por lo demás, le sobraba discreción, amabilidad y gracia. El Barón era un señor feudal, alegre, amigo de la caza, y muy aficionado a caballos y perros. Era además poco devoto de Minerva y un tipo opuesto al del Príncipe de Hesse.

Había en la quinta una magnífica biblioteca, que ocupaba varias salas del segundo piso. Hícele mi cumplido sobre ella; mas él me contestó con aire muy natural, que no era mérito suyo. «Esos libros, añadió, los reunió un tío mío, y a su muerte nadie los quería por no tener local para tantos. Propusiéronme mis hermanos que me los trajese a esta quinta, y yo les respondí, que con tal que no los leyera, podían enviarme cuantos quisiesen.»

Eran los dos esposos por extremo gastrónomos y tenían siempre muy buena mesa, para lo cual hay en aquel país toda clase de elementos. El mar cercano proporciona peces exquisitos, y los ricos pastos de Jutlandia y de las islas crían animales suculentos. En punto a caza tienen en el Norte una especialidad, que es un género de perdiz de color claro, a la cual los franceses llaman *gelinotte* y nosotros *ortega*, cuya carne es muy sabrosa. Hay también un dulce especial, dicho *roegro*, muy agradable en verano. Compónese de jalea de grosella y crema, y no sólo recrea el paladar, sino que refresca.

Tenían los Barones un solo hijo, el cual se hallaba ausente, siguiendo la carrera diplomática, de modo que aquél caserón estaba casi vacío. Esta circunstancia daba mucho alimento a la idea vulgar de que en aquel castillo, como en otros de la nobleza, había apariciones de la llamada Dama blanca, la cual suele visitarlos después de media noche, especialmente cuando luce la luna. Es esta una superstición muy común en el Norte, y tanto nos hablaron de ella, que al cabo mi amigo Dotezac me propuso que nos quedáramos una noche en vela, para ver qué fundamento podía tener aquel disparate. Vine gustoso en ello y bebiendo tazas de té, que nos mandó la Baronesa, y fumando y departiendo agradablemente, aguardamos la hora de la fantasma. Mas no necesito decir que no vino nunca, a pesar de que nuestros cuartos estaban bien aislados de los demás por medio de un salón de aspecto siniestro y muy a propósito para brujas, pues se hallaba adornado con grandes retratos de los antepasados del Barón, cuyas cataduras no eran muy amables. Acercábamonos a veces a las ventanas, exponiéndonos a que, si nos veía algún campesino desvelado, nos tomase por espectros, como le sucede al mayordomo en *Las campanas de Corneville*. Pero nadie se presentó ni por fuera ni por dentro, y al fin nos fuimos a la cama casi avergonzados de nuestra curiosidad. A la mañana siguiente, cuando vino a traerme el café una de las criadas, que era guapa y festiva, mostró mucha admiración de nuestro chasco y me dijo con aire burlón, que sin duda la *Dama Blanca* no había venido, porque no le gustaba aparecerse a dos, sino a uno solo.

Según la costumbre del país, hicimos también visita a algunos vecinos, y guardo grata memoria de la que le dedicamos al Barón de Holstein, anciano rico y afable, padre de la mujer del Ministro Estrup. Pasamos un día en su castillo y comimos en él, con varias señoras y señoritas, a quienes había convidado para obsequiarnos. Y por cierto que había entre ellas algunas muy guapas y muy coquetas, en la inocente acepción de esta palabra. Según Dotezac, este defecto o cualidad es general entre las danesas y proviene, también según él, de que por ser los hombres de un temperamento muy frío, son ellas las que tienen que tomar siempre la iniciativa, pues de lo contrario no habría allí ni casamientos ni galanteos.

Dimos después de comer un paseo por el parque y por el jardín, cuyas lindas flores y regaladas plantas adulaban los sentidos y recreaban el espíritu. Llegados luego a la orilla del mar, porque el castillo no estaba lejos de ella, nos llevó el viejo Holstein a un sitio desde donde se veía la isla de Alsen, perteneciente ya a la Alemania, la cual está tan cerca que se distinguía sin necesidad de anteojo la tinta amarilla del lúpulo, en aquella estación florido. El noble Barón, quien a pesar de vivir en el campo no pertenecía al partido de los *Bondevenner* o amigos de los campesinos, nos dijo entonces con patriótica amargura: «Ya ven ustedes cuan inmediatas a nuestro país están ahora las costas de Alemania, y díganme si no se necesita que nuestros campesinos estén locos para oponerse, como lo hacen, a las fortificaciones de Copenhague».

Mostróme asimismo el buen Barón una cosa muy curiosa e interesante para mí: algunos caballos de buena estampa y de raza andaluza, los cuales, según tradición corriente, son nietos de los que dejaron allí al principio del siglo las tropas españolas de la expedición de la Romana. Decían que los buques ingleses, venidos a sacarlos de aquella isla, no tenían capacidad para transportar más que los soldados y dejaron aquellos animales abandonados en la playa, donde fueron luego tomados por los campesinos cercanos. Hablando después de esto mismo con la Baronesa de Bille Brahe, me dio ésta a leer el teatro de Clara Gazul, escrito por el francés Merimée, cuyo libro fue como la última y más disparatada palabra del romanticismo, y donde hay precisamente una comedia titulada *Los españoles en Dinamarca*, en la cual figuran el Marqués de la Romana y también el famoso Porlier, víctima después de sus ideas liberales. La composición vale poco, pero hace reflexionar sobre aquella absurda expedición, que fue debida tanto a la perfidia de Bonaparte, como a la comezón que siempre han tenido nuestros gobernantes de lucir nuestros soldados fuera de España, aunque sea para hacer el oso. Y quiera Dios no se repitan en lo futuro errores tan caros como peligrosos y ridículos.

La guerra que estalló aquel año entre la Prusia y el Austria nos obligó a volver a Copenhague antes de lo que pensábamos, pues Dotezac especialmente tenía mucho interés en seguir la marcha de aquellos graves sucesos desde un centro oficial. De ellos hablaré en el capítulo siguiente, y entretanto terminaré este refiriendo que en el año 67 tuvimos en Copenhague un Congreso de anticuarios, que fue por extremo interesante. Tratábase de examinar principalmente los ya citados restos de cocina (*Kokenmodings*), encontrados en Dinamarca, para compararlos con los terramares de Italia y las palafitas y habitaciones lacustres de Suiza, y deducir de ellos nuevas hipótesis. Con tal motivo conocimos allí a muchas personalidades notables, pues todas las naciones de Europa cuidaron de mandar a aquella reunión la flor de sus arqueólogos y naturalistas. La España misma envió a un tal Tubino, muy conocido por sus trabajos científicos, y un cierto Villanueva, que me gustaba más aun porque unía la erudición a la modestia.

Pero el sabio más distinguido de todos era, según la opinión general, el francés Quatrefages, cuyo noble carácter daba mayor realce a los conocimientos que poseía. Comí varias veces con él en la Legación de Francia y le obsequié también en mi casa, en unión con mis sabios españoles, de modo que nos hicimos buenos amigos. De aspecto agradable y distinguido, de maneras suaves, tan modesto coma docto, era un hombre muy simpático. Aunque de religión protestante, sabía unir la fe con la ciencia, y era enemiga declarado de los materialistas del siglo XIX. Muchos católicos hubieran podido aprender de él en punto a solidez de principios. Rodeábamosle algunos colegas después de comer y le inducíamos a explayar sus ideas, especialmente en lo que se refiere a las teorías de Darwin, que entonces estaban muy de moda, como hace cien años la generación espontánea y otras paradojas del mismo género.

Los libros de este autor, nos decía, contienen hechos curiosos; mas los exagera y deduce de ellos muchas conclusiones que no tienen sólido fundamento. Su fin secreto es destruir la idea de un sabio Creador, y explicarlo todo por el efecto del tiempo y del acaso. Si él mismo no es materialista, sus teorías conducen al materialismo y han sido acogidas con entusiasmo por esa desdichada secta. Sus hipótesis tienen además algo de ridículo, como cuando dice que el oso blanco ha podido convertirse en ballena, o que los cuadrúpedos que habitan los países cubiertos de nieve han sido

cambiados en blancos para protegerlos de sus enemigos. Sobre lo cual ocurre preguntarle: ¿quién los ha puesto de ese color? ¿Acaso la famosa selección? Mas su error principal estriba en que confunde la variabilidad con la mutabilidad. No ha comprendido bien el sentido de la palabra «especie», y desconoce el hecho fisiológico innegable que se ostenta por todas partes, a saber: el aislamiento de los grupos específicos que se remonta a las primeras edades del mundo. De que sea posible hacer variar el color de los pichones, quiere deducir que se pueda mudar la especie misma. Pero no conseguirá nunca hacer de un pichón una perdiz, ni mucho menos de un mono otro animal que no sea mono. Y la verdad es que la fijeza de las especies y la infecundidad de sus cruzamientos es una ley tan notable del mundo orgánico, que se la puede comparar con la ley de la atracción en el mundo sideral. Suprímase con el pensamiento, y al punto se verá qué confusión reina sobre la tierra.

Defendía asimismo Quatrefages el principio de la unidad de la especie humana, sobre el cual escribió después un libro muy estimable. Probaba que la variedad de las razas ha nacido de la variedad de los climas. Precisamente en el Norte es sumamente notable ese influjo del aire ambiente y de la temperatura. Allí los osos son blancos y también muchos cuadrúpedos y pájaros. El cerdo mismo, tan negro en el Mediodía, es allí de un rubio rojizo. Y si esto hace el clima frío, natural es que el ardiente produzca un efecto contrario. De todos modos, la unidad de origen es mucho más natural que no la suposición de que hayan aparecido sobre la tierra tantas parejas primitivas cuantas son las diversas razas que la pueblan. He leído más adelante los libros de Bree, Flourens y otros autores, y ninguno me ha dicho nada más agradable y persuasivo contra las paradojas de Darwin que lo que había oído a Quatrefages.

Venían también a Copenhague en la estación calurosa muchos viajeros distinguidos, los unos en busca del fresco, los otros de tránsito para Suecia y el cabo Norte. Sabido es que a medida que se sube hacia el Polo aumenta en el verano la duración de los días, de manera que en Copenhague mismo teníamos claridad del crepúsculo hasta más de las diez, y eran muchas las familias de la burguesía que se iban a la cama sin encender luz. En el cabo Norte esta claridad de la noche se une con la del nuevo día, y muchos van a contemplar en aquel sitio un grandioso espectáculo. Al llegar la media noche vese allí el carro del Sol, que baja majestuosamente hasta el mar, y en lugar de bañarse en sus aguas, se aparta de ellas poco a poco, y sube otra vez al firmamento. Es un fenómeno tan sorprendente como hermoso, y produce grata impresión en quien le mira.

LXXXI.
Copenhague, de 1865 a 1869.

Historia de tres grandes catástrofes.—Guerra entre Prusia y Austria.—Capacidad extraordinaria de Bismarck.—La Prusia victoriosa adquiere el Norte de Alemania y excluye al Austria de la Confederación.—Guerra civil en México.— Maximiliano intenta sostenerse sin el auxilio de Francia.—El traidor López le vende.—El fanático Juárez le fusila.—Nueva revolución en España.—Muerte de Narváez y de O'Donnell.—La Reina llama a González Bravo.—Conspiración para destronarla.—Montpensier la fomenta.—Serrano, Topete y Prim la realizan.—Levantamiento en Andalucía.—Victoria de Serrano en Alcolea.—Establece un Gobierno provisional.—La Reina se retira a Francia.

Los años 66, 67 y 68 fueron señalados sucesivamente por tres catástrofes que causaron grande impresión. Fueron éstas: la derrota del Austria en Sadowa, la trágica muerte de Maximiliano en México y el destronamiento de la Reina Isabel. Han dicho algunos que el siglo XIX se distinguió de los anteriores por sus continuos cataclismos y revoluciones. En cuanto a estas últimas no hay duda de que en pocos ha habido tantas; en cuanto a aquéllos, allá se van todos, y aun hay algunos que le sacan al citado mucha ventaja. Dejando a un lado la sucesiva caída de los grandes Imperios, tan hermosamente pintada por Bossuet, y las no menos notables que siguieron a la de Roma; omitiendo

también las tragedias de la Edad Media, entre las cuales no fue la menor la conquista de España por los árabes; viniendo a sucesos más recientes y limitándonos a los cuatro últimos siglos, no es posible comparar ninguno de los disturbios del XIX con la caída del Imperio griego en el XV, ni con la rebelión protestante del XVI, ni con el reparto de la Polonia en el XVIII. Lo que más bien caracteriza al pasado son, como digo, las grandes y continuas revoluciones interiores, aunque también en este punto no hizo más que imitar a los precedentes, pues ya en el XVI se levantó la Suecia contra Cristian II, en el XVII la Inglaterra contra los Estuardos y en el XVIII la Francia contra Luis XVI. De todos modos, en cada uno de los trastornos que voy a recordar, aparece con evidencia la acción de las tres causas que influyen más principalmente en el desarrollo de los sucesos históricos, a saber: el espíritu del siglo, las pasiones humanas y los designios de la Providencia.

El primero fue efecto, como he dicho, de la guerra encendida entre la Prusia y el Austria con motivo de los Ducados del Elba, cuya posesión disfrutaban en común después de haber despojado de ellos a la Dinamarca. Los vencedores se disputaron la presa. ¿Para quién debían ser aquellos Ducados? Ya he dicho que la Prusia los quería para sí, o por lo menos pretendía le fuese dada en ellos la dirección de todo lo referente a la guerra y la marina. El Austria no podía pretender esto mismo, porque se hallaba separada de ellos por la Sajonia y la Prusia; pero temerosa del engrandecimiento de esta última, propuso que fuesen adjudicados al Duque de Augustenburgo, el cual tenía bastante derecho a poseerlos. Y para dar más fuerza a su parecer, obtuvo que los demás Estados de Alemania diesen un voto igual al suyo en este asunto.

Si las fuerzas de la Prusia no hubiesen sido mayores que las de veinte años antes, es posible que no habría intentado luchar contra el Austria y la Alemania así reunidas; pero hacía ya mucho tiempo que empleaba todos sus esfuerzos para hacerse formidable. El espíritu que había animado a la Alemania desde el año 48, se hallaba encarnado entonces en dos hombres sumamente notables: el Rey Guillermo I de Prusia y su Ministro Bismarck; y éstos no tuvieron descanso hasta que duplicaron los ejércitos de su país, elevándolos a más de 400.000 hombres, sin contar la reserva o Landwehr. Cuidaron, además, de darles nuevos y perfeccionados fusiles, llamados de aguja, cuyo alcance era muy grande y el tiro muy rápido. La Cámara de Diputados quiso oponerse a los grandes gastos que esto traía consigo, pero el Rey mantuvo año tras año el presupuesto que necesitaba, sosteniendo que el Poder no residía en la Cámara, sino en la Corona. Porque no era el Rey Guillermo uno de esos Soberanos que viven sometidos a las asambleas populares y parecen figuras pintadas. Su carácter era muy enérgico, y cuando se coronó en Koenigsberg, convocó ciertamente a los Diputados, pero les dirigió estas notables palabras: «Me complazco en hallarme rodeado de instituciones modernas; mas no olvido que los Reyes de Prusia reciben su corona de Dios, por lo cual la tomaré yo mismo del altar y la colocaré sobre mis sienes».

El Ministro que escogió era también del mismo temple. Físicamente parecía un hombre ordinario. Vile en Viena algunos años después, y hallé que tenía facciones de perro dogo y modales de soldado. Pero debajo de aquellas apariencias se ocultaba un talento fuera de lo común y un alma muy grande. Pertenecía a esa clase intermedia entre la alta nobleza y la burguesía, que en Alemania llaman *junkers*, y que son allí uno de los apoyos más firmes de la Realeza. Corresponde a la de nuestros antiguos hidalgos, en la cual buscó Cervantes su héroe principal y de cuyo seno salieron Cortés, Padilla, Ensenada y Jovellanos. Había servido en el ejército y después en diversas Embajadas como Secretario y como Jefe, por cuya razón era a la par diplomático y militar. Hombre de genio muy violento, tenía las pasiones de otros tiempos y también las modernas. Deseaba la unidad germánica, pero la quería bajo la dirección de la Prusia; comprendía el espíritu del siglo, pero detestaba el sistema parlamentario. Recordando que la Francia había humillado tantas veces a la Alemania, odiaba de muerte a aquel país. Ni amaba mucho tampoco al Austria, por considerarla un estorbo para sus planes.

Tales eran los dos primeros actores del drama. Según fue visto poco después, eran ambos muy capaces de vencer los obstáculos que hallaban en el interior, y no les faltaba tampoco fuerza para

triunfar de los exteriores. Contaba el Austria con los Estados de la Confederación; la Prusia con el auxilio de Italia, la cual deseaba completar su unidad con la posesión de Venecia. A última hora quiso el Austria quitarle esta ventaja, ofreciéndole el Véneto a Napoleón, para que a su vez se lo diese a la Italia; mas ésta había ya formado una alianza con la Prusia, y no podía faltar a sus compromisos. De la Rusia, no tenía la Prusia nada que temer, porque se hallaba muy reconocida al apoyo que le había prestado durante la reciente insurrección de Polonia; y la Inglaterra permanecía neutral, por temor de que la Francia tomase ocasión de una guerra para conquistar la Bélgica o extenderse por las márgenes del Rhin.

Quedaba sólo el peligro de la Francia, la cual deseaba efectivamente añadir nuevas adquisiciones a las que acababa de hacer en Saboya y Niza. Mas en primer lugar la expedición enviada a México había desorganizado de tal manera el ejército francés que, según confesaba el mismo Ministro de la Guerra, no tenía más que 40.000 hombres disponibles para empezar una guerra ofensiva. Por otra parte, el hábil Bismarck había ido por dos veces a visitar al Emperador en Biarritz, y sin hacerle promesa alguna formal, le había dejado esperar que no se opondría a un engrandecimiento de la Francia. Pretendía Napoleón ser él también muy astuto, mas esto no impidió que se dejase engañar por el Ministro prusiano. Añádase que en el concepto de Napoleón, la lucha entre la Prusia y el Austria iba a durar mucho tiempo, y esto le hacía esperar que cuando ambas naciones se hubiesen debilitado, sacaría él provecho de su común postración sin necesidad de desenvainar la espada. Inútil fue que la Emperatriz Eugenia, muy inclinada a favorecer al Austria por católica y por ambiciosa, le instase para que entrara al punto en campaña. Inútil que el Ministro Drouyn de Lhuys le diese los mismos consejos. El antiguo conspirador, más propenso a los medios indirectos que a los violentos, no quiso darles oído y mantuvo una estricta neutralidad.

El rompimiento definitivo tuvo lugar de esta suerte. Quejóse la Prusia de la actitud hostil que el Austria mantenía en los Ducados y también de la que observaba la Confederación germánica, y envió a Francfort un proyecto de reforma por medio del cual hubiera quedado asegurada en ella para lo sucesivo la influencia prusiana. Las respuestas que recibió fueron, como era de suponer, poco satisfactorias; y acto continuo, porque la Prusia estaba preparada para todo, hizo avanzar cuatro ejércitos, los cuales entraron en campaña con una celeridad que llenó de asombro a sus contrarios. Sorprender y expulsar de sus Estados al Rey de Hannover y a los Duques de Hesse y Nassau, ahuyentar de su reino al Sajón, y penetrar luego en Bohemia por tres caminos diferentes, fue obra de pocos días. En vano acudieron a la defensa los austríacos con fuerzas imponentes, y mandados por el general Benedeck, que gozaba de cierta reputación militar; los prusianos, dirigidos a su vez por el experimentado general Moltke, lograron efectuar su reunión en Sadowa y obtuvieron allí una completa victoria. El Príncipe heredero Federico llegó al campo de batalla cuando menos lo esperaban los austríacos, y éstos, atacados así por fuerzas superiores, tuvieron que abandonar el terreno después de una valerosa resistencia.

Por el lado de Italia habían obtenido los austríacos grandes ventajas. El Archiduque Alberto, dando pruebas de hábil capitán, batió en Custoza al general Lamármora, mientras que el intrépido Tegethof derrotaba en las aguas de Lissa la escuadra del almirante Persano. Pero nada de esto mejoró su posición en Bohemia, y el Emperador Francisco José, viendo amenazada la misma Viena, tuvo al fin que declararse vencido y solicitar luego la paz. Obtúvola sin dificultad, pero con condiciones muy duras. El Austria reconoció que la Confederación estaba disuelta y dio su asentimiento a una nueva organización de la Alemania, de la cual quedaba ella misma excluida. Renunció por otra parte al Véneto, el cual pasó a poder de la Italia. En cuanto a la Prusia, las ventajas que obtuvo fueron grandísimas. Adquirió los famosos Ducados, origen de la contienda: adquirió el Hannover, Hesse y Nassau, es decir, toda la Alemania del Norte; de manera que su territorio no tenía ya interrupciones de ninguna especie, y su población se elevaba a 25.000.000 de almas. Además, un tratado concluido con los demás Estados de Alemania le aseguraba en ellos una preponderancia decisiva. Resultados portentosos que llenaron de estupor a las Potencias de Europa.

Pero lo que causó por el momento mayor impresión fue el ver privada así al Austria de su antigua posición en la Confederación germánica. El Norte se sobreponía en esta última al Mediodía; un Estado protestante sustituía a uno católico; una dinastía moderna a otra que es quizá la más antigua de Europa. ¡Qué alarma para los conservadores! ¡qué amenaza para los católicos! ¡qué pena para los románticos y tradicionalistas!

La segunda catástrofe de aquella época fue la trágica muerte del Emperador Maximiliano de México, acaecida en el año 67. Ya hemos dicho cómo le abandonó el Emperador Napoleón a consecuencia de las representaciones de los Estados Unidos y también por la necesidad que tenía de sus tropas para hacer frente a los sucesos que se preparaban en Alemania. El primer impulso de Maximiliano fue abandonar él también a México y retirarse a Europa, como se lo aconsejaban Robles, Pezuelo y otros mexicanos del partido monárquico liberal, en vista del mal estado de su causa. Porque el antiguo Presidente Juárez había vuelto de los Estados Unidos y se veía ya rodeado de un ejército numeroso, a cuyas filas acudían también muchos oficiales y soldados de la América del Norte. Además, el partido clerical, que era precisamente quien había traído a Maximiliano, se hallaba disgustado porque éste no había devuelto sus bienes a la Iglesia, y le negaba ya todo auxilio. En fin, carecía por completo de recursos pecuniarios en razón a que las aduanas estaban aun en poder de los franceses, y la mayor parte del país se rehusaba a pagar contribuciones.

Y sin embargo, el desventurado Príncipe tomó al fin la resolución de quedarse, dando oídos a los Generales Miramón y Márquez, que acababan de regresar de Europa, donde habían sido Ministros Plenipotenciarios, y no podían conocer el verdadero estado de México. Según unos, obró por mera ambición; según otros, por un sentimiento de honor que no le permitía abandonar a sus partidarios. De todos modos, es imposible negar que fue culpable, por lo menos, de una imprudencia temeraria.

La campaña fue corta. Acompañado de los Generales Miramón y Mejía, adelantóse hasta Querétaro con sólo siete mil hombres. Escobedo y Riva Palacios, Generales de Juárez, reunieron por su parte cuarenta mil hombres y le sitiaron en aquella ciudad. El resultado no era dudoso. Para que lo fuese menos, un Coronel, de nombre López, le vendió vilmente a los sitiadores. Cayó, pues, Maximiliano en poder de Juárez, que se había establecido en la vecina ciudad de San Luis de Potosí, y estaba decidido a quitarle la vida. Sometiéronle a un consejo de guerra, el cual quiso hacerle responsable de los fusilamientos de republicanos ejecutados por el General Bazaine, y le condenó a muerte, contra toda razón y derecho. Fue aquél un odioso asesinato jurídico, como lo fueron en su día los de Conradino, los Templarios, Juana de Arco, María Estuardo, Carlos I y tantos otros que registra la Historia.

Dieron los Diplomáticos extranjeros todos los pasos posibles a fin de obtener su perdón. Magnus, Ministro de Prusia, Hoorick, de Bélgica, el austríaco Lago, el italiano Curtopassi y hasta el Plenipotenciario americano trataron de conmover a Juárez. No consta que hiciera nada nuestro Ministro el Marqués de Rivera, y de esto no le alabo. Una mujer, la Princesa de Salm, nacida en el Canadá y casada con un oficial austríaco, que había servido en el ejército de Maximiliano, realizó por dos veces el viaje de Querétaro a San Luis de Potosí, y logró hablar con el Presidente. Todo en vano. Tanto Juárez como su Ministro, Lerdo de Tejada, poseídos de ese cruel rencor, propio de los fanáticos, y ansiosos de afrentar a las monarquías europeas en la persona de aquel Príncipe, desoyeron todas las súplicas. Maximiliano fue al fin fusilado, y no necesito decir que murió como un héroe. Dirigiéndose al Doctor Basch, su médico austríaco, le dijo, al marchar a la muerte, estas nobles palabras: «Decidle a mi madre que he cumplido mi deber como soldado y muero como buen cristiano». Los Generales Miramón y Mejía, condenados con él, murieron también con entereza. El cuerpo de Maximiliano fue traído a Europa en una fragata austríaca.

Para hacer esta tragedia todavía más lastimosa, la noble esposa de Maximiliano, la Emperatriz Carlota, que había venido a Europa algunos meses antes con objeto de impedir que Napoleón retirase sus tropas, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, perdió de repente el juicio. Hija esta ilustre señora del Rey de Bélgica, y reuniendo en sus venas las sangres ambiciosas de los Orleanes y

Coburgos, había contribuido mucho a que su augusto esposo se decidiese a abrazar aquella empresa, y por esta razón debía sentir doblemente su fracaso. En una entrevista que tuvo al llegar a París con Napoleón y Eugenia, dejó ya ver el triste estado de su mente, prorrumpiendo en los más terribles denuestos contra aquél y contra todos los Bonapartes. Pasó luego a Roma con la esperanza de que el Santo Padre apoyase sus pretensiones. Sorprendió a Pío Nono en él momento del desayuno, y cediendo, sin duda, al hambre que la acosaba, porque no tomaba casi ningún alimento, imaginándose la querían envenenar sus enemigos, arrebató de manos del Pontífice una jícara de chocolate y la bebió con avidez. Quiso después quedarse en el Vaticano, por creer que la perseguían, y costó mucho trabajo sacarla de allí y llevarla, por fin, al lado de sus augustos padres. Así acabó aquella triste aventura, de la cual puede decirse que no quedó más que un ataúd en los Capuchinos de Viena y una Princesa loca en un Palacio de Bélgica. Aseguran que nunca supo ella la triste muerte de su infeliz marido, y que siempre se creyó famosa Emperatriz, haciendo cortesías y hablando como si estuviera aun rodeada de damas y caballeros.

Fue coincidencia muy singular que la primera noticia de la muerte de Maximiliano la recibieron los Emperadores de Francia en el momento de asistir con ostentosa pompa a la apertura de la Exposición universal, que tuvo lugar en París aquel mismo año. Leyó primero el parte el Emperador, y sin decir palabra se lo pasó a la Emperatriz. Esta, a su vez, permaneció también silenciosa, procurando ambos ocultar la terrible emoción que los embargaba. Fue aquél como un *Mane, Thecel, Phares*, que anunciaba otras desgracias, aunque por el momento no era la Francia sino la España, la nación que se hallaba amenazada. Con efecto, el único trono de los Borbones, que se conservaba todavía en pie, iba también a sucumbir como los de Francia, Nápoles y Parma. La obra entera de Luis XIV estaba a punto de derrumbarse.

La historia de este tercer cataclismo, aunque no tan trágica como la anterior, es asimismo muy lamentable. Pugnaban los progresistas españoles por llegar al poder, y Prim, el ambicioso y atrevido Prim, anhelaba tomar el lugar de Espartero, mientras que un ingeniero de talento y travesura, de nombre Sagasta, quería reemplazar a Olózaga. Si la Reina Isabel hubiera llamado entonces a aquellos dos conspiradores, confiándoles el gobierno, es muy probable que estuviese todavía sobre el trono. Pero se obstinaba en excluirlos, y todo lo que pudo conseguir de ella su propia madre la Reina Cristina, la cual empezaba a ver más claro en política, fue que llamase al fin otra vez a O'Donnell, consintiendo en reconocer el reino de Italia, que era lo que hasta entonces le había parecido más odioso.

Apresuróse O'Donnell a dar este paso y lo acompañó con el destierro de la célebre monja Patrocinio y del no menos célebre Padre Claret.

En la noche de San Daniel (10 de abril de 1865), por tercera vez hubo asonada de estudiantes a consecuencia de la actitud de Castelar, Catedrático de Historia, y del Rector de la Universidad, Don Juan Manuel Montalbán, a quienes venía el Ministerio formando expediente de resultas del artículo *El Rasgo*, diatriba odiosa del tribuno Castelar. El Gobierno, después de haber procedido con poca energía, de pronto tomó otra actitud, y sin bando ni toques de atención mandó a la Guardia civil que hiciera fuego, causándose desgracias que fueron muy lamentadas.

Así las cosas y cambiado el Gobierno, sustituyendo O'Donnell a Narváez, se sublevó el 3 de enero de 1866 el General Prim, a quien nada satisfacía fuera del Ministerio. El bravo General Zavala se le opuso, pero no pudo alcanzarle y el General sublevado entró sin tirar un tiro en Portugal.

Poco después, el 22 de junio de aquel mismo año, se sublevaron los artilleros del cuartel de San Gil. Incitados por los autores del movimiento, los mismos sargentos asesinaron a sus oficiales, quienes jugaban a las cartas en una sala del cuartel, acción desleal cuyo recuerdo estremece. Reprimieron tan horrenda sublevación O'Donnell, que después de dejarse sorprender, acudió con presteza; Serrano, que desempeñó brillante papel presentándose briosamente en los cuarteles del Retiro y de la Montaña; los Generales Concha, Zavala, Echagüe, Novaliches, Quesada y otros muchos, que echaron a los insurrectos del Norte al Suroeste de la población; pero la Reina, cada día

más asustada, llamó nuevamente a Narváez, el cual era siempre el último recurso cuando los demás no lograban mantener el orden. Sucedía esto, como queda dicho, el año 1866, y al siguiente hizo otra tentativa Prim por medio de Pierrad. Crecía al mismo tiempo el espíritu revolucionario y se extendía por todas partes. La prensa difamaba a la Reina en España y en el extranjero. Y aunque no todos conspiraban, eran muchos los que miraban las conspiraciones con indiferencia. En el mismo Ateneo, donde ha reinado siempre una decorosa cortesanía, se leían en voz alta los versos de cierto poeta, en que se zahería la conducta privada de la Reina. Los mismos moderados andaban divididos, no pudiendo aprobar todas las flaquezas de aquella Soberana.

Entre tanto muere O'Donnell, que se había retirado a Francia, y a poco, fallece también Narváez. La Providencia misma parecía indicar la necesidad de emprender nuevos rumbos. Pero sucedía como el año 54. Los liberales pecaban de impaciencia, porque la próxima caída de Napoleón y la fuerza misma de las cosas hubieran hecho que la España adoptase pronto ideas más modernas sin necesidad de nuevas revoluciones, y la Reina pecaba a su vez de obstinación e imprudencia temeraria, porque se exponía a un gran peligro, sin fuerzas suficientes para defenderse. Con efecto; ni aun entonces quiso tampoco ceder, sino que antes bien confió el timón de la Monarquía a Don Luis González Bravo, hombre de gran carácter y de gran talento, el primero entre los personajes civiles, pero odioso a los progresistas por sus opiniones moderadas, e inhábil para resistir por sí solo a unos adversarios que contaban con la mayor parte del ejército y con el apoyo de la burguesía y del pueblo. Resultado de esto fue que aquellos ambiciosos, en vista de la terquedad de la Reina, decidieron privarla del trono.

El movimiento no era ya simplemente progresista; a Prim se unían por una parte los demócratas y por otra muchos odonelistas. Conspiraba Serrano, conspiraba Topete, conspiraba ¡oh escándalo! el mismo Duque de Montpensier, que suministraba el dinero necesario. A lo que parece, sentían todos ellos tanto amor a la libertad, que nada le importaba a Prim deber todos sus honores a la Reina, nada a Serrano su valimiento de otros tiempos, nada a Montpensier el haber sido escogido por la Reina Cristina y los moderados como un dechado de Príncipes. En cuanto a Topete, era hombre más nuevo; era uno de los marinos que se había hecho conocer en la inútil campaña del Pacífico, la cual tuvo el inconveniente, como otras de su especie, de ser para España un semillero de Catilinas (*Seminarium Catilinarum*), porque los jefes de ella, abultando las ventajas del cañoneo del Callao, se daban aires de héroes. Por lo demás, era de poco entendimiento, y toda su importancia nacía de tener a su devoción algunos buques y de ser el partidario más activo de Montpensier en sus pretensiones al trono. Pero aunque no todos opinaban como él ni estaban de acuerdo sobre lo que convendría hacer después de la victoria, todos cooperaban por el pronto al destronamiento de la Reina. Y hallábanse tan obcecados, que mientras decían en sus manifiestos que querían una España con honra, ninguno advertía que eran ellos quienes la deshonraban con su conducta. No parecían españoles, no parecían caballeros.

¿Con qué medios contaba González Bravo para hacer frente a tantos enemigos? La verdad es que no faltaban alrededor suyo Generales de nombradía; lo que sí faltaba era uno que tuviese la importancia y el prestigio de Narváez o de O'Donnell. Eran personajes aislados, muy buenos para obedecer, no para sobreponerse a los demás y conducirlos a la pelea. El Conde de Cheste, carácter caballeresco, poeta y soldado, como Garcilaso, mantenía el orden en Cataluña; Blaser, enérgico y leal, mandaba en el Norte; el Marqués de Novaliches, honrado y valiente, en Castilla. Mas la revolución estalló en el Mediodía y adquirió allí mucha pujanza. Topete levantó la escuadra en Cádiz, Serrano sublevó las tropas de Sevilla, Prim propagó el movimiento por las ciudades marítimas. Quiso Novaliches impedirles que pasasen el Guadalquivir y les dio batalla en Alcolea; pero tuvo tan poca suerte, que cayó gravemente herido al comenzar la refriega, y esto hizo muy fácil la victoria de los rebeldes. Serrano cogió allí nuevos laureles con la mano de la Fortuna y marchó triunfante a Madrid.

Retirado ya del Gobierno el desgraciado González Bravo, la Reina lo había confiado al General Don José de la Concha, dando el mando de las tropas a su hermano Don Manuel, ambos

brillantes, ambos simpáticos, ambos leales, pero fríos y egoístas; los cuales, después de la derrota de Novaliches, no quisieron continuar una lucha que probablemente les parecía ya inútil. La Reina, que había pasado el verano en Lequeitio, regresaba por San Sebastián a Madrid cuando le sorprendió la noticia de la insurrección y en seguida la noticia de la batalla de Alcolea; quiso volver a Madrid, pero sus nuevos Ministros dijéronle que no eran de parecer volviese con algún personaje de su Corte, porque la opinión pública era irritadísima contra éste. Cuando llegó allí Serrano con su ejército le cedieron el puesto, y establecido luego el gobierno provisional bajo la presidencia de Serrano, cesó toda resistencia, y la Reina Isabel, viendo tan mal parada su causa, se marchó con todos los personajes de su Corte a Pau y más tarde a París.

LXXXII.
Copenhague, de 1865 a 1869.

Embarazo en que me ponen los sucesos de España.—El Gobierno provisional suprime la Legación en Copenhague.—Decido retirarme a Florencia.—Asisto antes a las bodas del Príncipe Federico.—Mi viaje a través de la Alemania.—Belleza de Hamburgo.—La Corte de Meiningen.—Matrimonio de aquel Duque con una comedianta.—Munich y sus Museos.—La locura en la Casa Real de Wittelsbach.—El Rey Luis I y Lola Montes.—El Rey Luis II y el compositor Wagner.—Suicidio de aquel Monarca.—Carácter sufrido de los Bávaros.—Curioso error de Madama Staël.—Gusto con que vuelvo a ver la Italia.—Bolonia y sus pintores eclécticos.—El Colegio de Albornoz. —Llegada a Florencia.

En todas las grandes catástrofes descritas en el capítulo anterior fueron visibles, como al principio lo dije, así la acción de las opiniones, como la de los hombres. Menos clara aparece en ellos algunas veces la que corresponde a la Providencia. Mas acerca de este punto hay que advertir dos cosas: la primera es, que cuando Dios da sus terribles lecciones a los Reyes, no siempre castiga los errores de aquellos que actualmente viven, sino que hace expiar a éstos los cometidos por sus mayores.

La segunda es que en muchas ocasiones al castigar a los Reyes castiga Dios asimismo a los pueblos, porque éstos también lo merecen. En el caso de España, por ejemplo, vimos ciertamente una Reina privada de su trono; pero no fue menos triste la suerte de la nación entera, sobre la cual cayó un cúmulo de desgracias que la hizo retroceder muchos años en el camino de la cultura y del progreso. Al principio, sin embargo, hubo un período de engañosa tranquilidad, porque la Reina Isabel abdicó sus derechos en favor de su hijo Don Alfonso y esto hizo esperar a muchos que sería posible una próxima restauración de la dinastía. Y ojalá se hubiera realizado al punto este proyecto, pues así nos hubiéramos ahorrado las desventuras de un largo interregno.

Entre tanto la incertidumbre de aquella situación influía poderosamente en mi ánimo y me mantenía muy perplejo. Mi conciencia me decía que desde el momento en que la Reina había sido destronada, no debía titubear en presentar mi dimisión. Mas por otra parte parecíame que no debía hacerlo mientras que existiese la esperanza a que aludo. Añádase que mi familia y mis amigos de España me aconsejaban que no lo hiciera, calificándolo de quijotismo y vaticinándome que no sólo no me lo agradecería persona alguna, sino que el día de la Restauración, que no podría menos de llegar más adelante, tendría el desengaño, como en efecto lo tuve, de ver que eran mejor tratados que yo los mismos que habían destronado a la Reina.

La Corte de Dinamarca, es decir, el Rey y la Reina, los cuales me habían mostrado siempre la mayor benevolencia, se dignaron asimismo aconsejarme que no me apresurase a dejar mi puesto hasta ver qué rumbo definitivo tomaban nuestros asuntos. Con este motivo recordaban allí muchos lo sucedido al Conde de Yoldi, un predecesor mío en aquella Corte en tiempo de la invasión de España por Napoleón. El Rey de Dinamarca Federico VI quien, como lo he dicho, fue siempre muy

partidario de aquel Emperador, le aconsejó entonces al Conde que reconociese como Rey al intruso José Bonaparte. Tuvo Yoldi la debilidad de hacerlo, y según era natural, quedó sin destino y casi sin patria a la vuelta del legítimo soberano Fernando VII. Mas el Rey de Dinamarca, comprendiendo la culpa que le cabía en aquella desgracia, y deseando en lo posible repararla, usó la generosidad de nombrarle Mayordomo Mayor de su Corte, a pesar de su cualidad de extranjero. Era con todo muy poca la analogía que hubiera habido entre los dos casos, porque el Rey que reconoció el Conde de Yoldi no había sido impuesto por ningún movimiento popular, sino por las bayonetas extranjeras.

Como quiera, el mismo Gobierno provisional de España vino a sacarme de mis vacilaciones, suprimiendo por razón de economía la Legación de Copenhague en el primer presupuesto que se presentó a las Cortes. Quiso, sin embargo, que me quedara allí todavía algún tiempo, a fin de que asistiese a las fiestas con que aquellos Reyes celebraron las bodas del Príncipe hereditario Federico con la Princesa Real de Suecia, las cuales fueron por extremo magníficas, especialmente el gran baile celebrado en el Palacio de Cristianborg. Y debo hacer notar de paso que aquel casamiento constituyó una nueva prueba de que el partido escandinavo, el cual desea la unión de los tres Reinos, había perdido mucha fuerza, puesto que las dos familias reales de Suecia y Dinamarca no repugnaban ya a unirse en matrimonio, como lo repugnaban antes, y como lo repugnan todavía las de Portugal y España, especialmente la primera.

Concluidas las fiestas me despedí de aquella Corte y me marché a Florencia, donde decidí establecerme mientras no volviesen mejores tiempos, porque allí tenía mi mujer una casa de su propiedad y allí residía mi madre política. Añádase que aquella ciudad era aun relativamente muy barata. La vida en ella era tan fácil como agradable.

Dejamos a Copenhague con pesar, a causa principalmente de los amigos que allí teníamos. Estábamos muy unidos con casi todos los diplomáticos, y especialmente con los Essen y Dotezac, y en la sociedad teníamos íntimas relaciones con los Danneskiold, los Friis y otras familias del país. Había también allí algunos parientes de mi señora, cuya madre, de nombre Ubrich, era dinamarquesa, tales como los hermanos Carstensens, de los cuales el uno, Guillermo, era un distinguido oficial de Marina, y su hermana Emilia Marcussen, señora tan inteligente como amable, que nos fue muy útil en aquella residencia. Todos se manifestaron muy pesarosos de nuestra marcha, y el Rey se dignó mostrarme también su alto aprecio, pues aprovechando la circunstancia de que mi Gobierno me había enviado una Plenipotencia especial para representarle en las bodas del Príncipe, tuvo la bondad de conferirme la Gran Cruz del Danebrog, que, en realidad, no me correspondía como Ministro residente; por lo cual le quedé muy reconocido.

Emprendimos nuestro viaje apenas cesaron los calores de agosto, y lo hicimos a través de la Alemania y deteniéndonos varias veces. La caravana era numerosa: nueve hijos, algunos de ellos de muy poca edad, y los criados correspondientes. Antes de llegar a cada parte, tenía que telegrafiar para que me guardaran cuartos que estuviesen juntos. Parámonos primero en Hamburgo, hermosa ciudad y la más importante un día de la Liga hanseática. Carece propiamente de monumentos, o sea de edificios que se distingan por su antigüedad y belleza; pero tiene algunos modernos bastante buenos y un tráfico de mucha importancia. Lo que más nos llamó la atención, fue su Jardín zoológico. El primero de Europa es sin disputa el de Londres, donde he solido pasar muy amenos ratos; luego vienen el de París y éste de Hamburgo. Ha sido siempre para mí un gran placer el contemplar reunida en tales sitios toda la creación, desde el elefante a la musaraña, desde el águila hasta el colibrí. Digo como el poeta Coppée, que cuando paseo en uno de estos jardines, pienso involuntariamente en el Paraíso terrestre.

De Hamburgo pasamos a Meiningen, ciudad sajona, algo desviada de nuestro camino, pero donde debíamos visitar a una hermana de mi mujer, la cual está casada con el barón de Stein, Mayordomo mayor de la pequeña Corte de aquel Duque, y flor de los palaciegos. La población es muy reducida; mas posee bonitos palacios, bellos jardines públicos y todo lo necesario para pasarlo gustosamente. El Duque Jorge II, hombre todavía de buena edad, venía a ser el tipo del pequeño soberano alemán, amante de las letras y las artes, buen militar, gran cazador y el padre de sus

súbditos, en el buen sentido de la palabra, y no en el que suele usarla Heine. Tratónos con exquisita cortesía, y he conservado muy buen recuerdo de aquella residencia, la cual no dejaba de tener algo que la distinguía de las demás. Pues en aquel extenso país, su división en pequeños Estados ha producido una gran descentralización en la cultura, y ésta ha traído a su vez una división de aficiones, que contribuye en sumo grado a perfeccionar los diversos estudios. Meiningen, por ejemplo, tiene una especialidad, y es el teatro nacional. Buenos son los actores de Viena y otras grandes ciudades; mas en pocas hay una compañía tan igual y bien ejercitada, como la de Meiningen. Suele hacer viajes en ciertas épocas del año, y cuando venía a Viena, donde la oí varias veces, lograba un éxito extraordinario, sobre todo en las interpretaciones de Schiller, Goethe y algunas traducciones de Schakespeare. Una de las primeras actrices, Elena Frantz, era tan linda e inteligente, que habiendo enviudado el Duque Jorge, no titubeó en unirse con ella en morganático matrimonio, sin que esto causara allí mucho escándalo.

Desde Meiningen nos trasladamos a Munich, ciudad grande y rica, notable por los bellos edificios con que la han adornado varios soberanos, y especialmente el Rey Maximiliano I, de amable memoria. Si se ha de decir la verdad, los arquitectos empleados por aquel Monarca no se calentaron mucho la cabeza para sus invenciones. El Palacio Real es una imitación del famoso de Pitti; en otro lugar han copiado la Logia dei Lanzi; una iglesia es bizantina, otra románica, otra gótica; en fin, vese allí más claro que en ninguna otra parte, que el siglo XIX no tuvo un estilo propio y se limitó a imitar los anteriores de todos tiempos. Sin embargo, el conjunto de tantos lindos edificios es muy noble y agradable.

Bella es, asimismo, la galería de cuadros, que llaman Pinacoteca antigua. La primera de Alemania es la de Dresde, que visité más adelante, en la cual se admiran la bellísima *Madonna de San Sixto*, de Rafael, la muy bella también de Holbein, dicha del burgomaestre Meyer, y el delicioso *Nacimiento*, llamado *La Noche de Correggio*. Pero después de Dresde viene Munich. Abundan allí, como en Madrid, los buenos cuadros de todas las escuelas, desde Stefano de Colonia hasta Mengs. Gustáronme mucho *La Virgen*, de Rafael, dicha de la *Cortina*; tan angelical como expresiva; *Unos pilluelos*, de Murillo, que por su naturalidad y buen color rivalizan con los de Dulwich; el magnífico retrato de Rubens con su primera mujer, a que he aludido en otro capítulo; una *Sacra Familia,* de Andrea, más agradable que cuantas custodia la Italia; *Los Célebres Apóstoles*, de Durero, llamados los cuatro temperamentos, los cuales parece que respiran; las *Santas Bárbara e Isabel*, del pintoresco Holbein; diversos Rembrandt, con color y claro oscuro tan convencionales, que justifican la leyenda según la cual aquel pintor, nacido y criado en el molino de su padre, se acostumbró a ver la luz introducida por una claraboya, pero cuyo efecto es siempre grandísimo; y en fin, varios excelentes países de Ruysdael y otros maestros holandeses.

Notable me pareció, igualmente, la Glyptoteca o galería de esculturas, en la cual se hallan las famosas estatuas de Egina, que son probablemente las más antiguas del arte griego.

En la Pinacoteca o galería moderna, han reunido los cuadros de los pintores de este siglo, entre los cuales hay algunos españoles. Nótase allí la abundancia y buena calidad de los artistas alemanes de sus varias escuelas, con especialidad de las dos principales que son: la de Dusseldorf y la del mismo Munich, donde Cornelius y Kaialbach han brillado tanto en la pintura, como Schwandthaler y Zumbusch en la escultura.

Ya he dicho que casi cada ciudad de Alemania tiene sus estudios y su gloria especial. Así, Koenigsberg ha cultivado siempre la filosofía, Berlín las ciencias y las letras. Halle la jurisprudencia, Stuttgard la historia y Dusseldorf la pintura. En Weimar resonaron a un tiempo las liras armoniosas de Schiller, Goethe y Wieland, y en Munich sienten todos gran pasión por las artes y la música. Los mismos Reyes de Baviera han tenido siempre mucho de poetas, y también ¡ay! de locos, para quee el proverbio no mienta, ofreciendo por desgracia la Casa real de Wittelsbach muchos ejemplos de extravagancia y aun de verdadera insania.

El Rey Luis I, verbi gracia, tan ilustrado, Mecenas de músicos y pintores, tan instruido y afable, cayó en la aberración de imitar en sus costumbres a Luis XV, y sus escandalosos amores con

una bailarina española, nombrada Lola Montes, tan bella como intrigante, dieron lugar en 1848 a un motín, que desautorizó la persona de aquel Monarca, y le obligó a abdicar su corona. Luis II, que era en la época de que estoy hablando, el Soberano reinante, incurrió en otra clase de extravagancias. Sus retratos, que era lo único que de él se veía, le mostraban un lindo mozo, bastante parecido a mi amigo el Marqués de Casa Laiglesia; pero no tenía nada de joven ni casi de hombre. Hipólito moderno, ni quiso casarse nunca ni sentía inclinación hacia las mujeres, viviendo muy aislado y ocupado exclusivamente de las artes. Su primera pasión era la arquitectura y gastó sumas inmensas en construir en el campo un palacio, del cual decían maravillas, aunque pocos lo habían visto, porque él no lo permitía. La Princesa de Metternich quiso visitarlo a toda costa y lo solicitó por escrito. Concedióle licencia el Rey; mas la Princesa no encontró allí mas que un gentilhombre, el cual le abrió las puertas y la dejó luego sola, lo mismo en el palacio que en su bello y extenso jardín. Regresó al cabo la noble dama sin haber encontrado a nadie, y el gentilhombre, que la aguardaba en el vestíbulo, le hizo una profunda cortesía y volvió a cerrar las puertas.

Otra de sus grandes pasiones era la música, y cuando el famoso Wagner empezó a componer sus óperas, sintióse aquel Rey tan atraído hacia él, que parecía enteramente hechizado. El mérito de aquel compositor, es sin duda muy grande. A la vez poeta y músico, inventor de un nuevo estilo y de una armonía muy vigorosa, parece a los ojos de los alemanes un genio de primer orden. Añádase que aquella nación, entrada en la liza literaria y artística después de las demás, y cuando es ya difícil superar a Bossuet, Cervantes, Dante, Shakespeare, Miguel Ángel y tantos otros sublimes ingenios, quisiera consolarse de esto, obteniendo la preeminencia en otros géneros, y principalmente en la música, la cual, a su parecer, no había llegado antes de ahora a su completa perfección. Y aunque la Alemania poseía ya los grandes genios de Beethoven y Meyerbeer, le ha agradado mucho tener uno, cual Wagner, que marca una nueva era y parece alzarse sobre todos sus rivales, como el cedro sobre las demás plantas.

Este sentimiento, que era entonces general en aquel país, llegó a su exceso en el desventurado Rey Luis, y acabó de destemplarle el cerebro. No contento con oír las composiciones de tan grande artista en los teatros públicos, las hacía ejecutar en uno que tenía en su palacio, y no permitía que nadie más asistiese a ellas. ¡Caso singular el de un teatro de ópera, cuyo auditorio se componía de una sola persona! Siguieron a éstas otras extravagancias todavía más notables; los Ministros mismos no lograban ser admitidos a su presencia; una negra melancolía le hacía huir todo humano consorcio, y al fin, la familia Real, alarmada, le puso bajo la vigilancia de un médico. La precaución era necesaria, mas no fue llevada muy a bien por el augusto enfermo, el cual, paseándose un día a orillas del lago de Sternberg con aquel desgraciado, cuyo nombre era Van Gudden, se precipitó en el agua. Arrojóse también el doctor con objeto de salvarle, pero no pudo conseguirlo y ambos se ahogaron miserablemente.

Es fortuna de la Baviera que el carácter de su pueblo sea muy pacífico y sufrido, pues en pocas partes se hubiera tolerado tanto tiempo un Monarca tan demente. E hicieron bien en tener paciencia, porque el tiempo lo remedió todo; y aunque el sucesor de Luis era también loco, gobierna allí ahora como Regente su tío Luitpoldo, príncipe ilustrado y discreto. Y si se ha de juzgar por las apariencias, es aquél uno de los países más venturosos de la tierra, y sus habitantes, de ordinario contentos, no piensan más que en comer bien y beber buena cerveza, haciendo esto último con tanto exceso, que todos los hombres de más de cuarenta años tienen el estómago saliente.

Esta costumbre es tan general allí y en toda Alemania, que el francés Caro, hablando de las grandes paradojas en que han incurrido Schopenhaüer y otros filósofos modernos de aquella nación, los atribuye al abuso de esa bebida, y dice con gracia, que nunca podrán ser adoptadas en los países donde se bebe el buen vino de Burdeos. Mas sobre esto, como sobre todo lo que se refiere al carácter de los pueblos, es preciso siempre guardarse de generalidades, porque lo que es verdad hoy, fácilmente deja de serlo mañana. Hay de ello mil ejemplos. Véase este: Madama Staël, en su ameno y elegante libro sobre Alemania, decía que los alemanes, vencidos entonces por Napoleón, no sabían ser dominadores, y habían perdido el espíritu militar, a causa de sus hábitos de reflexión y su

apego a las virtudes domésticas. Pero, si viviese en nuestro tiempo vería que saben muy bien dominar cuando las circunstancias les son propicias para ello. Añadiré otro: La Baviera es un país por extremo católico. Próximo al Tirol, participa de la fe de sus vecinos, y hay en él, como en Bélgica, un partido católico, que alterna con el llamado liberal nacional, y ejerce mucho influjo en la política. Y sin embargo, fue un profesor de Munich, el canónigo Dollinger, quien más se declaró contra el dogma de la infalibilidad del Papa, y dio lugar a la formación del bando que se llamó de los Nuevos Católicos. No hay, pues, regla sin excepción, y es fácil tomar por permanente lo que es sólo pasajero.

Acabada nuestra visita a Munich, pasamos los Alpes y entramos en Italia, cuyo hermoso cielo, dulce clima y amenos campos nos causaron el más vivo placer, no obstante que la Alemania es también muy agradable. Hay algo en el aire de Italia que da más actividad a la sangre y acalora la imaginación de una manera extraordinaria. Siento siempre al llegar allí lo que siento al llegar a Sevilla: más vida interior y más capacidad de sentir. Por lo que hace a mis hijos, la Italia fue para ellos una Tierra prometida, donde hallaron por todas partes en grande abundancia las frutas más exquisitas, especialmente las uvas.

Parámonos en Padua para venerar el cuerpo de San Antonio, y en Bolonia para hacer lo mismo con el de Santo Domingo y ver las iglesias y capillas que les están dedicadas y cuya hermosura es tan grande, que consuela a españoles y portugueses de que las cenizas de ambos Santos reposen allí y no en sus respectivas patrias. En Padua vimos también con placer y admiración los frescos de Giotto en Santa María de la Arena y los de Mantegna en la iglesia de los Ermitaños. En Bolonia visitamos la galería de pinturas, que llaman como en Munich, Pinacoteca, palabra griega, cuyo significado es el mismo. Su joya principal es la *Santa Cecilia*, de Rafael. Contiene, además, un *Calvario*, de Guido, la *Santa Inés*, del Dominiquino, y otros cuadros muy bellos de la Escuela de aquella ciudad, que dicen boloñesa, la cual posee mucho interés para nosotros porque ejerció grande influencia en la nuestra del siglo XVII.

Tuvo Bolonia primero un pintor de nombre Francia, quien sin haber conocido al Perugino, pintaba como él, con un espíritu muy devoto, a lo cual añadía un color más rico y un dibujo más firme, debidos a su conocimiento de las Escuelas veneciana y lombarda. Más tarde, cuando después de la desaparición de los grandes pintores del siglo XVI, empezó a reinar en todas partes un frío manerismo, los boloñeses Carraccis tomaron a su cargo la regeneración de la pintura, uniendo el estudio de la naturaleza al de los modelos antiguos, por cuya razón fueron llamados eclécticos. Siguiéronles en este camino sus discípulos e imitadores, el correcto Dominiquino, el dulce Guido, Albano, que cultivó mucho el paisaje y fue apellidado el Anacreonte de la pintura; Guercino, que dio mucho vigor al claro-oscuro, y Caravaggio, que lo exageró de una manera excesiva.

Representaron los artistas boloñeses aquella segunda época de devoción, que siguió al paganismo del Renacimiento y al protestantismo del siglo XVI y que fue muy fomentada por los jesuitas. Edificáronse entonces en todas partes nuevas y suntuosas iglesias, cuyos altares dorados o cubiertos de ricos mármoles y jaspes ostentaban magníficos cuadros con las imágenes de los más célebres Santos, y casi todos eran debidos al valiente pincel de los boloñeses y sus imitadores de otras naciones, no habiendo casi ninguna que se viese libre de su influjo. En España, especialmente, era esto muy notable, como ya lo he dicho poco antes, y es fácil advertir, por ejemplo, el efecto de Guido en el suave Murillo, y todavía más el de Guercino en el vigoroso Zurbarán. Ribera se resentía del contagio de Caravaggio, y lo mismo le sucedía a Valentín en Francia y a Honthorst en Holanda. Y según vemos en el *Viaje de Pons*, en las galerías particulares que existían el siglo XVIII en Sevilla y Cádiz, había muchos cuadros de los Carraccis, Guido, Albano y Guercino, y todavía se conservaban algunos en las colecciones que al principio del pasado poseían el Marqués de Motilla, el canónigo Cepero, mi tío Lerdo de Tejada y otros aficionados de Sevilla.

Bolonia fue célebre antiguamente por el estudio de la jurisprudencia, como Padua por el de la medicina. El alemán Savigny, en su *Historia del Derecho romano en la Edad Media*, cuya lectura interesa como una novela, hace el mayor elogio del famoso Irnerio, jurisconsulto de aquella ciudad,

el cual fue el primero que comentó en su Universidad el Derecho civil de Roma, esparciendo sobre sus preceptos una luz que llegó después desde Salamanca y Oxford, hasta Upsal y Varsovia. Acursio, todavía más notable que Irnerio, fue uno de sus discípulos y explicó también allí su admirable glosa.

Tiene España en aquella ciudad un Colegio, fundado en el siglo XIV por el gran Cardenal Albornoz, y que ha sido reorganizado últimamente por el celoso y entendido Conde de Coello, cuando fue Ministro de España en Roma. Y espero que la disciplina escolástica ahora establecida en aquel Instituto será mejor que la antigua, pues sus colegiales estudiaban tan poco, que en España se llama comúnmente bolonio al que peca de ignorante o necio.

Bolonia tiene para nosotros un recuerdo interesante. Allí fue donde se selló la reconciliación entre Carlos V y Clemente VII, después que el primero había tratado al segundo con sobrada dureza. Allí recibió Carlos la Corona de Emperador de Romanos del Pontífice Clemente en la grandiosa Catedral de San Petronio. Y hay en los Uffizi de Florencia un antiguo grabado de grandes dimensiones que representa su entrada solemne en aquella ciudad. Camina el Emperador a caballo. Siguen detrás las tropas españolas, italianas y tudescas, con banderas, clarines y tambores, y va entre ellas el renombrado Antonio Leiva, a quien llevan en una silla de manos, porque era mártir dela gota.

Satisfecha nuestra curiosidad en Bolonia, nos trasladamos en pocas horas a Florencia.

LXXXIII.
Florencia, de 1869 a 1875.

Florencia, capital provisional de Italia.—Mejoras que en ella noto.—Bellos barrios nuevos.—Paseo de las Colinas.—Cuerpo diplomático venido de Turín.—El Barón de Malaret y Sir Augusto Paget.—El Rey Víctor Manuel en el apogeo de su gloria.—Conserva, sin embargo, sus malas costumbres.—Grandes cualidades de su Ministro Menabrea.—Piamonteses y napolitanos venidos a Florencia.—Salones de aquel tiempo.—Las Princesas de Corsini y de Strozzi.—Nuevos teatros y actores.—La Máscara de Stenterello.—Restos de las antiguas divisiones.—Una manifestación reaccionaria abortada.—La Cofradía de la Misericordia.—Descontento ocasionado por las excesivas contribuciones.

Restituido a Florencia después de doce años de vivir ausente de ella, no dejé de notar en su situación novedades de todo género. Desde luego, no era ya capital del pequeño Estado de Toscana, sino de toda Italia. Como ya lo he explicado, fue esto una exigencia de Napoleón III en cambio de haber retirado sus tropas de Roma, a fin de no herir con su presencia el amor propio de los italianos. Pero había esto de notable: que mientras aquel Soberano pretendía y creía que esta situación de cosas sería permanente, los liberales la consideraban transitoria y abrigaban la esperanza de que tarde o temprano se libertarían de la tutela que la Francia ejercía aún sobre ellos, y podrían, al fin, apoderarse de Roma, la cual les parecía la capital natural de su país y la sola que podría acallar los celos de las demás grandes naciones, singularmente Milán y Nápoles, a quienes su población y riqueza dan una superioridad notoria.

Entre tanto, y en la duda de cuánto tiempo duraría, aquel estado provisional, habíanse animado los florentinos a ejecutar mejoras de varias clases, a fin de que su linda ciudad pudiese alojar más fácilmente la numerosa población oficial que había acudido a ella, y ser en todo digna del rango excepcional a que por el momento se hallaba elevada. Había ya el Gran Duque Leopoldo II comenzado un gran muelle que desde el puente de la Carraia debía llegar hasta el paseo llamado Le Cascine, y el nuevo gobierno se apresuró a terminarlo y a edificar a lo largo de él un barrio, que por su amplitud y elegancia es quizás el más bello de Florencia. Procedió luego a ensanchar la ciudad demoliendo para ello sus antiguos muros, sin dejar más que algunos cubos y torres de trecho

en trecho, a fin de perpetuar el recuerdo del antiguo recinto. Edificó, asimismo, otro barrio espacioso en la parte que mira a la colina de Fiesole, con una plaza plantada de árboles, a ejemplo de las de Londres, a la cual dio el nombre del famoso Ministro y escritor Azeglio.

Pero la obra más importante de aquel tiempo, debida a la iniciativa del famoso alcalde Peruzzi, que había sido uno de los principales promovedores del movimiento anexionista, fue el paseo llamado de las Colinas, porque está situado en la cima de las que rodean a Florencia por la parte izquierda del Arno, desde la Puerta Romana hasta la de San Nicolás. En ellas se encuentra la bella iglesia románica de San Miniato, que es una de las más antiguas de la ciudad, y otra de capuchinos, obra del arquitecto Simón Pollaiolo, dicho por burla el Crónaca, porque de regreso de un viaje a Roma, contaba, como si leyera un libro, las cosas que allí había visto; la cual iglesia es tan linda y al mismo tiempo tan sencilla, que el gran Miguel Ángel la llamaba la hermosa labradora. En las mismas colinas acampó un día Filiberto de Chalons, Príncipe de Orange, cuando sitiaba la ciudad por orden de Carlos V.

Costaron estas obras un buen número de millones, cuyo gasto causó una crisis económica en el Municipio y en el Banco llamado del pueblo; pero Florencia posee desde entonces uno de los paseos más hermosos de Europa, no sólo por la variedad y amenidad de su sitio, sino también por la vista que desde él se disfruta. Lástima es sólo que los florentinos, apegados a la costumbre de pasear en Le Cascine, no lo frecuentan como merece. Hállase con todo bastante animado, a causa del considerable número de quintas que se han edificado en aquellas alturas y que están habitadas por muchos forasteros, especialmente ingleses.

Convertida así la Florencia en capital del nuevo Reino, todos los diplomáticos que se hallaban antes en Turín tuvieron que venir a residir en ella, y había muchos que yo conocía de antiguo. El Ministro de Francia, por ejemplo, era el Barón de Malaret, que ocupaba el puesto de Secretario de la Embajada de su nación en Roma cuando yo residía allí. Su misión era delicada, pues debía vigilar los movimientos del partido radical, que quería ocupar la ciudad santa por un golpe de mano: peligro que no era ilusorio desde que en el año 67 se atrevió Garibaldi a amenazarla con sus voluntarios, contando, sin duda, con la connivencia del Ministro Ratazzi, que era una mala copia de Cavour, y tuvo Napoleón que enviar deprisa al General Tailly con un par de brigadas, las cuales le batieron completamente en Mentana. Y era Malaret en extremo a propósito para este encargo de vigilancia, porque tenía un carácter muy activo y conocía perfectamente a todos los hombres notables de Italia, habiendo residido en ella muchos años.

El Barón de Kübeck, Ministro de Austria, había sido el Plenipotenciario de aquel Imperio en la Dieta de Francfort antes de la guerra del 66, y pertenecía, por lo tanto, a la buena escuela de Metternich. Representaba bien, sin embargo, a la moderna Austria, resignada con la pérdida de sus posesiones de Italia, y preparada ya quizá para entenderse con ésta, con objeto de restablecer el equilibrio europeo.

Sir Augusto Paget, el Ministro de Inglaterra, era mi reciente colega de Copenhague. Venido para reemplazar a Hudson, que se había retirado a causa de su mucha edad, seguía la misma política que él, la cual consistía en ganar las simpatías de Italia, sosteniendo todas sus aspiraciones.

El Ministro de Prusia era mi antiguo conocido de Turín el Conde Brassier de Saint Simón, sobre cuyas excentricidades he dicho ya lo bastante en otro lugar. Estos cuatro eran los principales diplomáticos y los que más agasajaban a la sociedad florentina. Lady Paget y las Baronesas de Malaret y Kübeck tenían salones muy concurridos. Citaré también a Rustem Bey, Enviado turco, el cual se ha distinguido después entre los de su país por un talento poco común y un carácter insinuante y conciliador. Era cristiano, nacido en Venecia, de la familia de los Condes de Marini, y tenía toda la sutileza de su nación. Emigraron sus padres a Turquía, no sé si por causas políticas o por intereses de otro género, y el joven Marini fue educado en Constantinopla y logró entrar al servicio de la Puerta en el Ministerio de Negocios extranjeros. Subió allí con rapidez de grado en grado, gracias a su mucha capacidad, y fue luego Ministro en Italia y en Rusia, Gobernador del Líbano, con el título de Bajá y por fin Embajador en Londres, donde murió de puro viejo,

convertido en una momia, pero momia muy útil para su Gobierno, el cual tuvo mucha dificultad para encontrarle un buen sucesor.

Aunque Rustem había adoptado el aire grave de los musulmanes, no dejaba de mostrarse amable con las damas y de hacer el galanteador con ellas. Tenía mucho amor propio, y este defecto estuvo a punto de costarle la vida, porque cuando fue a San Petersburgo quiso él también matar un oso en la caza, como suelen hacerlo casi todos los diplomáticos que allí llegan; mas tuvo la desgracia de errar el tiro, y el terrible animal se le echó encima, le cortó dos dedos de la mano izquierda y le hubiera matado de seguro, a no haber acudido en su socorro otros cazadores. Fuimos siempre buenos amigos y le apreciaba sinceramente.

El Ministro de Holanda, Heldevier, había sido mi colega en Londres y nos profesábamos mutuo afecto. Tenía mucha instrucción de las cosas de nuestro oficio, con especialidad de las cuestiones comerciales. Ni le faltaba sagacidad para descubrir los propósitos de sus compañeros. El de Bélgica, Solvyns, era otro camarada mío de Inglaterra, y no hay que decir que se desvivía para adquirir noticias a fin de transmitírselas a su Gobierno, el cual, temeroso siempre de guerras europeas, en las que pudiera ser víctima aquel pequeño Estado, tiene sumo interés en verlas venir con toda la anticipación posible.

Ministro de Rusia era el Consejero Kiseleff, diplomático muy fino, pero que representaba bien el estado expectante en que estaba aun su Gobierno. Casado con una hermosa dama romana, mucho más joven que él, la Princesa Francisca Ruspoli, viuda de un Torlonia, parecía enteramente dedicado a hacerle agradable la vida. Daba buenas comidas y recibía algunas veces.

El Gobierno provisional de España tenía también su Ministro, el cual era un cierto Montemar, periodista y diputado madrileño, de bastante talento y de carácter franco y afable. Tenía un aspecto simpático; pero su voz áspera y ronca le hacía parecer ordinario. El fue quien obtuvo algún tiempo después del Rey y del Gobierno italiano que acogiesen favorablemente la candidatura del Duque de Aosta para ocupar el trono de España, después que no habían tenido éxito diversas otras ensayadas por nuestros revolucionarios. Y no creo le costara mucho trabajo conseguirlo, porque la Francia, vencida ya por la Alemania, no estaba en estado de oponerse, como se había opuesto a las otras candidaturas; y a la Italia le lisonjeaba y convenía tener un príncipe suyo en España a fin de contrarrestar allí los esfuerzos del partido católico.

Entre los Secretarios he de citar por lo menos al de Austria, el Conde de Salm, porque era particularmente simpático y se hallaba casado con una española, la linda María Alvarez de Toledo, hija del Conde de Sclafani, cuyo talento y viveza la hacían muy seductora.

Pero hablemos también del Rey mismo cerca del cual se hallaban acreditados estos Ministros, del famoso Víctor Manuel, que estaba entonces en el apogeo de su gloria, después que había conseguido dominar en toda Italia y se encontraba en vísperas de ocupar también la misma Roma. Parecióme bastante cambiado físicamente de cuando le conocí en Turín. Su propensión a engruesar había ido en aumento, y se puede decir que era ya monstruoso. Añádase que sus bigotes, todavía más desaforados que antes, le daban un aire cómico y común. En cuanto a sus costumbres, era lo que había sido toda su vida. Casado morganáticamente, como ya lo he referido, con la viuda de un tambor mayor, la bella Rosina, de quien tenía dos hijos adulterinos, no le guardaba a ella más fidelidad que se la había guardado a su primera mujer, la Reina Adelaida. Y no era esto lo peor, sino que no se recataba de ello.

Yo convengo en que no es justo mostrar demasiada severidad con los Reyes y Príncipes, porque éstos están expuestos, no ya a las mismas, sino a mayores tentaciones que cualquiera de nosotros; pero me parece, sin embargo, que se les puede razonablemente pedir que por lo menos guarden las apariencias y no causen escándalo. A ningún particular, por ilustre que sea, se le sufre que haga alarde público de su inmoralidad, y si por ventura lo hace, todos le desestiman y critican. ¿Por qué, pues, ha de pasar sin censura la conducta de los Príncipes que obran de esa misma manera, cuando tienen precisamente más obligación de dar buenos ejemplos? Y la lista de ellos es bastante larga. Dígalo el penúltimo Emperador de Rusia, Alejandro II, que vivió amancebado

públicamente con una Princesa Dolgoruki; dígalo el Rey de Bélgica, a cuya querida llaman en Bruselas la Reina del Congo; dígalo el Príncipe de Orange, a quien llamaron por mofa el Príncipe Limón; díganlo otros que cualquiera puede recordar.

En cuanto a Víctor Manuel, bastará referir acerca de él estas dos anécdotas auténticas. Una señora conocida mía le pidió al Conde de Menabrea, Ministro a la sazón, un permiso para pasear en los jardines del Palacio Real de Pitti. «Nada sería más fácil, le respondió el Conde; mas le advierto a Vd. que nuestro buen Rey tiene tan mala fama en materia de mujeres, que ninguna que sea guapa puede dejarse ver sola en sus jardines, sin que al instante pierda la suya.» Estaba el Rey una vez en el teatro, en un palco bajo del proscenio, y durante la representación se puso a hablar con una de las bailarinas en voz tan alta, que el público florentino, de suyo poco sufrido, le obligó a callar siseándole. Mas, inútil es decirlo, todos sus defectos estaban cubiertos por sus opiniones liberales. Los revolucionarios le perdonaban todo con tal que obedeciese a sus exigencias y sirviese bien a sus planes. Residía poco en Florencia, prefiriendo los aires más vivos de su patria, Piamonte, y daba pocas fiestas en Pitti.

De los Ministros que tenía entonces no hago mucha memoria. Sólo recuerdo bien al principal de ellos, que era el General Conde de Menabrea, porque le había conocido en Turín y porque le veía a menudo en la tertulia de mi suegra. Era un hombre de estado notable por todos estilos, de aspecto simpático, de opiniones moderadas, serio, a fuer de piamontés, y afable, como un francés, servicial, ameno, y en la apariencia muy franco. Tenía, además, todas las cualidades necesarias para el cargo que desempeñaba. Sin obtener en nada el primer rango, de suerte que no podía ser comparado a Cavour como estadista ni a Lamármora como soldado, era en todo notable. Feliz siempre en sus empresas militares, orador fácil en la Cámara, persuasivo y prudente en el Consejo, aplicado y laborioso en sus diversos cargos, dotado, en fin, de cierta intuición que le hacía conocer hasta dónde podía llegar en sus propósitos, caminó siempre de éxito en éxito, y habiendo empezado por ser un oscuro oficial de ingenieros y un periodista reaccionario, se vio al fin Conde, Teniente General, Presidente del Consejo y Embajador en París, donde permaneció casi hasta su muerte, lleno de años y de honores.

En general, no tenía enemigos, porque su carácter era conciliador y su carrera había sido lenta y motivada. Sin embargo, el partido clerical no le quería bien y le tachaba de renegado y aun de hipócrita, porque empezó escribiendo en un periódico de ese color, y después se pasó a los liberales, y al mismo tiempo que contribuía a desposeer a los Príncipes de Italia y al Papa mismo, tenía siempre en la boca palabras de respeto y consideración para todos ellos, como si realmente sintiese verse obligado a despojarlos.

Consecuencia forzosa de la traslación de la capital a Florencia había sido la venida a ella de una gran parte de la buena sociedad de Turín y de las otras grandes ciudades. No todos los Senadores y Diputados se establecieron definitivamente en Florencia; pero casi todos pasaban allí los inviernos, y no eran pocas las damas piamontesas y napolitanas que recibían y tenían casa abierta. Citaré la Marquesa Alfieri, las Condesas de Lamármora y Menabrea, la Minghetti y la Marliani. Recibían asimismo varias florentinas, siendo tres los principales salones de entonces: el de la Princesa Corsini, el de la Marquesa Piccolellis y el de la Baronesa d'Hoogworst. Era la primera aquella Doña Leonor, de quien he hablado en otro capítulo, en cuyo salón se reunían en tiempo del gran Duque todos los partidarios de la independencia y de la libertad de Italia. Entonces se llamaba la Marquesa de Lajatico, por vivir aun el viejo Príncipe, su suegro. Era una señora ni fea ni bonita, distinguida, afable y tan discreta como llana. Nadie la llamaba nunca Princesa, sino simplemente Doña Leonor.

La Piccolellis nació Poniatowski, y a pesar de sus años conservaba el encanto de esta ilustre familia. Piccolellis era su tercer marido, y como éste tenía muchos medios de fortuna, recibía todos los miércoles y daba exquisitas comidas. A esta dama la conocían todos por la Marquesa Isabel, y era muy querida porque poseía la rara cualidad de no hablar nunca mal del prójimo. Mundana hasta el fin, murió ya vieja, en su carruaje, un día que iba haciendo visitas.

La Baronesa de Hoogworst tuvo igualmente tres maridos. Entonces estaba en el segundo, a cuyo fallecimiento se casó con el Marqués de Malespina. Pero nunca la llamaron de otro modo que por su nombre de bautismo, que era Aurora. Pertenecía por su nacimiento a la antigua familia florentina de Guadagni, lo cual aumentaba su prestigio. Recibía todas las noches y daba también el té a las cinco, y como vivía en el muelle del Arno, que conduce a Le Cascine, era muy cómodo poder subir a su casa a la vuelta del paseo, en la seguridad de hallar en ella una docena de damas y caballeros muy agradables. Aurora Guadagni había sido guapa, y aunque iba ya cuesta abajo, conservaba muy buenos ojos y mucha gracia. Rival de Lady Orford en esto de saber vidas ajenas, gustábale bastante referirlas y también embellecerlas Con toques de su feliz inventiva, por lo cual era a veces temida y muchos y muchas le hacían la corte para evitar la severidad de sus juicios.

La Princesa Strozzi no recibía muy a menudo, pero daba de cuándo en cuándo hermosos bailes, que le merecían siempre el primer lugar entre la nobleza florentina. Conservábase todavía bastante guapa, así como las otras señoras, cuya hermosura he alabado en anteriores capítulos; pero al lado de ellas había entrado entonces una nueva generación de mujeres más jóvenes y no menos bonitas. Las más notables, en mi concepto, eran la Condesa Alessandri y la Guicciardini. La primera, nacida Giuntini, era hermana menor de la Condesa de la Gherardesca. Pálida, pero hermosa, parecía modelada en cera. Usaban entonces las señoras llevar a los bailes los brazos desnudos, y los suyos igualaban a los de una bella estatua. Magdalena Guicciardini, hija del Marqués Niccolini, era tan graciosa como linda, y la finura de su tez, que parecía un raso, recordaba que su madre era inglesa.

Entre los salones de las damas extranjeras debo citar el de mi amable suegra, la cual no llevaba ya el nombre de Madama Macdonell, sino el de Duquesa de Talleyrand, por haberse casado en segundas nupcias con el Duque de este título, viudo como ella, y establecido de antiguo en Florencia. Recibía mucha gente los sábados en su antiguo Palacio llamado Casa Annalena, pero tenía además tertulia diaria, en la cual se veía a muchos personajes importantes de aquel tiempo, tales como Menabrea, Alfieri, Bonghi, Lamármora, Maurigi, Digny y también el erudito clerical Alberi, pues aquel salón constituía un terreno neutral, donde eran bien acogidas todas las opiniones. La Duquesa, tan discreta como amable, tenía el don de hacer que todos se tratasen allí como amigos.

Acerca de los teatros, hallábase todo como lo dejé el año 54. Sin embargo, habían construido dos nuevos; uno llamado del Príncipe Humberto, en el Barrio de Azeglio, y otro en el de Le Cascine, dicho Politeama, porque en él se daban toda suerte de espectáculos, inclusos los que son propios de los circos ecuestres. Estaba asimismo floreciente, el teatrillo de Borgo Ognisanti, en que representaba el célebre actor Corsini, a cuyo cargo se hallaba el papel del popular Stenterello, que viene a ser el pulchinela toscano. Probablemente trae esta máscara su origen de los antiguos actores etruscos, maestros de los romanos, y de los cuales viene el vocablo mismo de histrión. Pero ahora no viste con túnica y gorro, sino con coleta y calzón corto, y tiene la particularidad de tartamudear, que es de lo que toma su actual nombre. Y en cuanto a su carácter, no sólo es alegre y burlón, sino también cobarde, que es lo que más divierte al vulgo. Es buena la respuesta que daba en el *Cervecero de Prestón*, cuando preguntado en un lance peligroso si tenía miedo, dice: «¿Miedo yo? ¡miedo no, terror!»

El repertorio de los grandes teatros, era asimismo poco diferente del que había en el 54. A más de las traducciones francesas, daban las tragedias de Alfieri y Niccolini, y las comedias de Goldoni, Ferrari y Gherardo del Testa. Entre los actores se distinguían la Marini, la Marchi, los dos Rossi, Salvini y cierto Bellotti, cómico excelente, quien, cuando interpretaba *El Improvisador* o *El Gastrónomo sin dinero*, era capaz de hacer reír a la misma Medusa de Cellini. De las óperas teníamos también las de diez años antes, con la adición del *Fausto*. Bellini, Donizetti y Verdi reinaban casi sin contraste, y de Meyerbeer daban sólo *Roberto* y *Los Hugonotes*, en los cuales la cantante Duraud hacía una Valentina admirable. Brillaba también en aquella época la Piccolomini, cuya vida fue muy corta, por desgracia del arte. Beaucardé y Moriani eran buenos cantores. El

segundo fue apellidado el tenor *della bella morte*, a causa de la perfección con que cantaba el aria final de la *Lucía*.

Naturalmente, el tiempo y el cambio completo de las circunstancias, habían hecho desaparecer la enemistad que antes existía entre liberales y coletas (*codini*), blancos y negros. Quedaba, esto no obstante, algún resto de ella. La nueva generación no se cuidaba ya del Gran Duque ni del antiguo régimen: mas entre la antigua, había aun algunos que los echaban de menos y les conservaban un culto romancesco. El Duque de Brindisi, el Marqués de Gerini, los Condes de Ruccellai y Guicciardini, Martelli, Frescobaldi, Covoni y algún otro, evitaban el contacto con la nueva sociedad y con la nueva Corte. En cuanto al clero, no necesito decir que consideraba al Rey Víctor Manuel y a todos los liberales como étnicos y republicanos. Una tentativa de manifestación reaccionaria, hecha poco después de la caída del Gran Duque, había contribuido mucho a exasperar los ánimos de ese partido. Quiso servirse con poca prudencia de la solemne procesión del Corpus, para hacer ver cuan grande era su número, y esto produjo una indecorosa y sacrílega contrademostración por parte de los liberales, de resultas de lo cual, el Gobierno prohibió para siempre aquella hermosa y edificante fiesta, y todas las que se hacían fuera de las iglesias. Además, los masones especialmente, declararon desde entonces una guerra a muerte a todo lo que se relacionaba con el culto divino, y cuando no podían hacerlo directamente, lo hacían por cuantos medios indirectos se hallaban a su alcance.

Por fortuna, dejaron subsistir una institución, pública también, y cuya utilidad es muy grande, cual es la Archicofradía de la Misericordia. Fundada en los siglos medios, tiene el carácter de aquella edad religiosa y devota. Pertenecen sus miembros a todas las clases sociales, y para conservar entre ellos la igualdad y también la humildad, ejercen sus funciones cubiertos con un sayo negro y un capuz del mismo color, provisto de dos agujeros para los ojos. Los mismos Grandes Duques solían formar parte de esta piadosa compañía, y por esta razón, sin duda, había la costumbre, que se conserva todavía, de descubrirse a su paso. Su objeto es llevar los muertos a su última morada, y los enfermos al hospital. Si suena de repente la campana de su capilla, que está cercana a la catedral, esto quiere decir que ha venido aviso de haberse ahogado algún imprudente en el Arno, o de haberse caído algún pobre albañil, o de que un infeliz ha sido herido por cualquier accidente, y luego, al punto, corren a su capilla los hermanos que están de turno, se cubren con su negro vestido, y tomando unas angarillas, van a buscar al muerto o al enfermo y le llevan a donde pueda ser depositado o socorrido. El grupo que forman es por extremo pintoresco, y el público, que admira su caridad, les da siempre pruebas de respeto y cariño.

Por lo demás, también entre las clases bajas había aún sus diferencias de opiniones. No todos se hallaban bien con el nuevo régimen, especialmente aquellos que estaban sujetos al pago de contribuciones. Por un lado, la necesidad de premiar y contentar a todos los que habían tomado parte en el movimiento revolucionario, y por otro la de mantener un numeroso ejército y llevar a cabo toda clase de obras públicas, habían aumentado extraordinariamente la cifra de los gastos, y era imposible hacer frente a ellos sin quintuplicar los impuestos. Vivía aún el caballero Baldasseroni, último Ministro que había sido del Gran Duque. Fui a hacerle una visita, pues habíamos sido buenos amigos, y le pregunté su opinión sobre el nuevo gobierno. «Si he de ser imparcial, me respondió, reconozco que no deja de tener sus ventajas. Con todo, sus gastos son excesivos, hasta el punto de que importan más que lo que sumaban los de todos los siete diferentes Estados que había antes en Italia. La consecuencia de esto, ha sido un aumento intolerable en las contribuciones.» Como muestra me refirió esta anecdotilla. Había en la entrada del puente viejo un zapatero, el cual cada vez que por allí pasaba le decía: «Señor Excelentísimo 50 y 400.» Al principio no le hizo caso. Al fin, se paró un día y le preguntó qué quería significar con esas dos cifras. Y el buen hombre le contestó: «¡Que cuando Vuecencia era Ministro no pagaba yo más que cincuenta liras de contribución industrial y ahora pago cuatrocientas!»

LXXXIV.
Florencia, de 1869 a 1875.

Nuevas tragedias europeas.—Cómo justifico mis digresiones.—Guerra entre Alemania y Francia.—Su causa, la ambición de la última.—Su pretexto, la elección del Príncipe Hohenzollern para Rey de España.—Victorias de los alemanes.—Napoleón vencido y prisionero en Sedán.—Establécese en Francia una tercera República.—Inútiles esfuerzos de Thiers y Gambetta para prolongar la lucha.—Sitio de París.—La Francia hace al fin la paz, perdiendo la Alsacia y la Lorena.—Efecto que esto produce en otros países.—El Rey de Italia entra en Roma a cañonazos y la declara su capital.—La España elige por Rey al Duque de Aosta.—Una Comisión de las Cortes viene a buscarle a Florencia.

No habían transcurrido más de cuatro años desde la derrota del Austria en Sadowa, cuando una nueva tragedia militar y política vino a asombrar a la Europa. Mas antes de proseguir, quiero justificarme de una tacha que quizá merezca a primera vista. El severo censor podrá decirme que hago con harta frecuencia toda clase de digresiones, ora históricas, ora descriptivas, las cuales no tienen mucho que ver con el objeto principal de mi libro, de tal suerte que más parece éste un *Manual de Historia* o una *Guía del viajero* que no una relación de recuerdos. Yo, sin embargo, creo poder justificar esta, que parece falta, haciendo advertir que mal podrían comprenderse las cosas que de cada país voy refiriendo, si no las acompañase de aquellos antecedentes que las explican y de aquellas descripciones que les dan un color local, no de otra suerte que el novelista las introduce a cada paso en sus ficciones a fin de comunicar más vida a los personajes que pinta.

Y ofrecida esta disculpa, prosigo la relación de la nueva catástrofe a que aludo, la cual fue una guerra sangrienta entre la Alemania y la Francia, terminada por la derrota de ésta y la constitución del Imperio germánico bajo la hegemonía de la Prusia. La Francia no podía consolarse de los recientes triunfos de su rival y del aumento de gloria y prestigio que con ellas había conseguido. No satisfecha con la adquisición de Saboya y Niza, que le había cedido la Italia como recompensa del auxilio que le había prestado en su lucha con el Austria, parecíale que debía obtener también otro engrandecimiento por el lado del Rhin o de la Bélgica, a fin de equilibrar las ventajas reportadas por la Prusia en Alemania. Había Napoleón negociado para ello con el Príncipe de Bismarck; mas el astuto prusiano, evitando siempre darle promesas terminantes en cambio de la actitud neutral de la Francia en las cuestiones de la Prusia con el Austria, supo entretenerle de manera que conservó sus ilusiones hasta el último momento.

Codició primero Napoleón las provincias alemanas colocadas a la izquierda del Rhin; pero no pudo obtener para esto el consentimiento de aquel Ministro. Pensó luego en la anexión de la Bélgica, lo cual era aún más difícil, porque interesaba, no sólo a la Alemania, sino a la Inglaterra, y se vio también frustrado en este proyecto. Tuvo, en fin, la idea de adquirir el Luxemburgo por medio de un arreglo con el Rey de Holanda, a quien pertenecía; mas aunque este Monarca parecía inclinado a consentirlo, supo Bismarck amedrentarle de tal modo, que al fin se negó a ello. Convencido así el Soberano francés de que no le era posible obtener cosa alguna por los medios pacíficos, pensó en recurrir a las armas. Había esperado ser el arbitro de Europa después que la Prusia y el Austria usasen mutuamente sus fuerzas; pero las rápidas victorias de aquella Potencia se lo habían hecho imposible. Era necesario que luchase con ella sin que hubiese perdido nada de su pujanza.

Con este objeto, retiró primero sus tropas de México, abandonando al desgraciado Maximiliano, y trató de reorganizar su ejército dotándole de nuevos fusiles de tiro rápido. Viendo que el partido clerical no se hallaba tan dispuesto como antes a sostenerle, a causa de las complacencias que había usado con Italia, y que le valieron el apodo de Poncio Pilato, buscó poco a poco el apoyo de los liberales, dando a Olivier la preferencia sobre Rouer, e introduciendo reformas en la Constitución, que eran favorables a aquel bando político. Solicitó también aliados, y no dejó

de hallar buena acogida por parte del Austria y de Dinamarca, las cuales se hallaban deseosas de vengarse de la Prusia, y también por parte de la misma Italia. El Archiduque Alberto hizo expresamente un viaje a París a fin de combinar con Napoleón la campaña que deberían hacer juntas las dos naciones para vencer al enemigo común. El Rey de Dinamarca mandó a París a su Ministro de la Guerra con una misión parecida, pues se trataba de que un ejército de 20.000 dinamarqueses atacase a la Prusia por el Norte y la obligase a distraer allí parte de sus fuerzas. En cuanto a la Italia, su respuesta fue asimismo favorable, sólo que exigía para unirse a la Francia que ésta le permitiese ocupar a Roma.

Halló, además, el Emperador un decidido apoyo moral por parte del Papa y del partido católico de toda Europa, los cuales le hubieran perdonado todas sus faltas anteriores, con tal de que se opusiese con buen éxito al engrandecimiento de la Prusia protestante. La Emperatriz Eugenia, cuyas opiniones habían sido siempre muy reaccionarias y cuyo carácter novelesco la llevaba a apasionarse por las empresas generosas, impelía al Emperador a aquella guerra, pareciéndole, sin duda, que estaba destinado a restablecer en Alemania un Imperio católico presidido por el Austria, en lugar del Imperio protestante dirigido por la Prusia. «Esta es mi guerra», dijo aquella ilustre dama cuando al fin llegó a declararse. Por último, el Conde de Beust en Viena, y el Duque de Gramont en París, movidos del más vivo odio contra Bismarck, hacían cuanto les era posible para que el conflicto fuese inevitable. Quiso el partido constitucional francés oponerse a esta corriente, pero se vio arrastrado por la opinión pública, porque todo el resto de la nación se hallaba animado de un aborrecimiento implacable contra la Prusia, y desconocía de tal modo su inferioridad militar en aquellos momentos, que creía seguro el triunfo.

Faltaba sólo un motivo plausible para empezar las hostilidades, y la casualidad hizo que fuese precisamente España quien, sin quererlo, lo suministrase. Después del destronamiento de la Reina Isabel II, andaban ocupados los revolucionarios en buscar un nuevo Monarca. Lo más natural y lo más conveniente hubiera sido dar el trono al Príncipe Don Alfonso, con una Regencia; pero Prim, sobre todo, se oponía a los Borbones. Por otra parte, Serrano y Topete no querían república, y el mismo Prim, a pesar de haberse servido de los demócratas para llevar a cabo la sublevación de varias provincias, parecía desear de buena fe que se conservase la Monarquía. Andaban, pues, pidiendo rey como las ranas de la fábula.

Serrano y Topete deseaban dar el trono a Montpensier, con quien tenían contraídos serios compromisos; pero Prim le puso también su veto. Además, este candidato era poco popular, a causa de ser un Orleans, de cuya familia no se fiaban los liberales; a lo cual se añadía que habiendo reñido en desafío con el Infante Don Enrique, tuvo la desgracia de matarle. Don Enrique había tenido la mayor culpa por haber provocado a Montpensier con un lenguaje insolente, pero al cabo era español y gozaba de las simpatías de los progresistas. Como quiera, la bala que le quitó la vida hizo al mismo tiempo pedazos las esperanzas de Montpensier. Pensaron entonces en ofrecerle la Corona al Rey viudo de Portugal, al Duque de Génova y a otros varios Príncipes, todos los cuales tuvieron el buen sentido de rehusarla, y al fin, tuvieron la idea de brindársela a un príncipe de Hohenzollern, pariente del Rey de Prusia, pero católico e independiente, y después de varias idas y venidas y de dos o tres repulsas, consiguieron que aceptase. Y he aquí encontrado el *casus belli*.

Como si Napoleón fuera otro Luis XIV y la España del pasado siglo la misma de los tiempos de Carlos II, y como si nuestro país no fuese dueño de darse el Rey que más le pluguiese, tuvo el Soberano francés la impertinencia de oponerse a aquella elección y de exigir que el Príncipe de Hohenzollern renunciase a su propósito. Dirigióse para ello al Rey de Prusia, como jefe de la familia, y aunque éste llevó muy a mal semejante exigencia, hallóse un medio de evitar la dificultad, haciendo que el mismo candidato retirase su consentimiento. Mas no convenía esto al Monarca francés, ni sobre todo a sus Ministros Gramont y Ollivier, ansiosos de empezar la guerra; por lo cual, inventaron una nueva impertinencia, todavía mayor, exigiendo que el Rey de Prusia se obligase a no consentir en ningún tiempo que Hohenzollern aceptase el trono de España. Era ya demasiado. Dicen que el Rey estaba dispuesto a ceder y que Bismarck alteró el texto de un

telegrama para que se negase a toda ulterior concesión; mas de todos modos, a mí me parece que no se necesita nada de eso para explicar la repulsa de aquel Monarca y la explosión de furor que estalló en toda Alemania, indignada ya de las arrogancias de la Francia.

La guerra, pues, fue luego un hecho, y no permaneció mucho tiempo dudosa entre las dos naciones la balanza de la fortuna, porque los alemanes, atacando con fuerzas muy superiores y conducidos por un gran General, cual lo era el Conde de Moltke, obtuvieron desde luego las más decisivas victorias. El Emperador mismo se vio pronto circundado en Sedán, donde capituló con todo su ejército. Nadie vino en su auxilio. Así como el Héctor de la *Iliada* buscaba en vano a su hermano Deifobo en el momento del peligro, del mismo modo buscaba Napoleón en vano al Austria y a otras naciones, en cuya cooperación había fundado tantas esperanzas. Y como Héctor, también podía exclamar en su angustia: «Los Dioses me abandonan y ya está cercana mi muerte».

Habían esperado sus supuestos aliados que la Francia obtendría algunas ventajas, al menos al principio, y se sintieron sobrecogidos y amilanados cuando la vieron vencida tan fácilmente. Y era que no sólo la Prusia, sino la Alemania entera había entrado con sus armas en el seno de aquella nación. Los Estados del Sur habían vacilado un poco; pero Bismarck les había comunicado los despachos mismos en que Napoleón le pedía las provincias de la izquierda del Rhin, y esto había abierto sus ojos y despertado sus iras. Según lo decía con razón Bismarck, era aquella la duodécima vez que la Francia le hacía la guerra a la Alemania; mas existía entonces esta diferencia: que en todas las anteriores la Francia había sido la invasora y había hecho la guerra dentro de la Alemania, aprovechándose de sus divisiones y armando unos contra otros a sus diversos Príncipes, mientras que en aquella ocasión marchaban todos unidos bajo un solo jefe y eran ellos los invasores.

Vencido Napoleón en Sedán, su fin fue tan prosaico como el de su mismo tío y el de otros tantos Soberanos desgraciados, pues como lo he dicho ya a propósito del Rey de Nápoles, no se muere cuando se quiere, ni a todos les es dado caer con la espada en la mano. Prisionero de la Prusia, fue puesto después en libertad, y al fin se retiró a vivir en Inglaterra, donde murió a los pocos años de una enfermedad crónica que padecía. Y no sólo sufrió con entereza su adversa fortuna, sino que en ocasiones exageró su indiferencia. En una carta que le dirigió a su antiguo amigo el Conde Arese de Milán, en los primeros días de su desgracia, le decía, casi con cinismo: «Después de todo, he vuelto a ser lo que era antes del año 50; de modo que ni pierdo ni gano». Dudo, sin embargo, que no le fuese sensible la ingratitud de los franceses, a quienes había dado antes algunos años de gloria, y el odio que le mostraban los partidos extremos, porque para los unos había sido demasiado clerical, y para. los otros demasiado jacobino. Detestábale el clero, no obstante que le había incitado tanto a la guerra, y recuerdo haber oído poco después de su muerte un sermón de cierto elocuente jesuita, en el cual le aplicó muchas frases tomadas del libro de Lactancio sobre la muerte de los perseguidores, y concluyó diciendo: «Ese hombre funesto, es quien más ha contribuido a las presentes tribulaciones de la Iglesia, y, sin embargo, a ella le debió en parte su encumbramiento, y si ahora no se maldice su memoria, se lo debe a esa cruz que la Iglesia también ha colocado sobre su sepulcro».

Compañera de sus desventuras fue la ilustre Emperatriz Eugenia, la cual quiso en vano asumir la regencia durante la menor edad de su hijo. La Cámara de Diputados se opuso, como en el año 48, a la continuación de la Monarquía, y proclamó en el acto la tercera República, creando un Gobierno provisional, que llamaron de la Defensa Nacional. Dirigían el movimiento dos hombres de ideas radicales, Julio Favre y Gambetta, a cuyos ánimos exaltados parecía cosa fácil renovar los tiempos de la Convención y rechazar a los alemanes. Llenos de generosas ilusiones, creyeron que ellos podrían hacer lo que no había podido hacer el Emperador; es decir, encontrar aliados e improvisar nuevos ejércitos. De lo primero se encargó el célebre Thiers; de lo segundo Gambetta. Mas ni el uno ni el otro pudieron conseguir su designio.

Precisamente no era Thiers la persona más a propósito para inspirar simpatías a la Europa. Vile en los paseos de Florencia, siendo fácil reconocerle por su pequeña estatura, sus expresivas facciones y sus prosaicos espejuelos, que le daban un aire de procurador astuto; y aunque he sentido

siempre una gran simpatía por la Francia, confieso que no podía ver con buenos ojos a aquel famoso publicista. Recordaba que había glorificado los triunfos de la Revolución del año 89, y que había escrito también una historia del primer imperio, en la cual no tiene casi una palabra de interés para los Príncipes y los pueblos vencidos, ni tampoco censura con energía las injusticias y atropellos cometidos por su héroe. Recordaba también que cuando fue Ministro en el año 41 estuvo a punto de apoderarse de las Baleares sin declaración de guerra, sólo para vengarse de su mal suceso en la cuestión de Oriente, según lo dijo en las Cámaras Mr. Joubert, uno de sus colegas de Ministerio, sin que él lo contradijese.

Además, la causa misma de Francia no era, en general, muy simpática. Ningún Gobierno se sentía inclinado a exponerse a la enemistad de la Prusia para sostener los intereses de aquel país. Y si fuera lícito usar de chistes en un asunto tan serio, diría que los sentimientos de casi toda Europa se parecían entonces mucho a los de aquella viuda que no quería rezar por su marido difunto, y preguntada por qué, respondía que si estaba en el infierno no podía sacarle de él, y si se hallaba en el purgatorio, era bueno que se quedase allí algún tiempo, a fin de que pagara lo que le había hecho sufrir durante su vida.

La misión de Thiers fracasó, pues, completamente, a pesar de su gran talento, y por otra parte, la que había tomado sobre sí Gambetta no tuvo tampoco buen éxito, porque los ejércitos improvisados no podían medirse con los soldados aguerridos de Alemania, y vencidos en varios combates, tuvieron los unos que refugiarse en Suiza y los otros que rendirse prisioneros. Entre tanto, el Rey Guillermo con numerosas huestes tenía cercado París, y para mayor mortificación de la Francia, los Reyes y Príncipes alemanes le proclamaron su Emperador en el gran salón de los espejos del mismo Palacio de Versalles, lleno todavía de la sombra gloriosa de Luis XIV. Fue, pues, preciso entrar en negociaciones. Pedían los alemanes la cesión de la Alsacia y la Lorena. Pretendían los franceses que no era justo quitarles ni una pulgada de su territorio; ellos que si hubiesen vencido habrían tomado la orilla izquierda del Rhin y quizás también el Luxemburgo; pero viendo que toda resistencia era inútil, hicieron al cabo la paz, cediendo parte de la Lorena y toda aquella Alsacia que había tomado Richelieu dos siglos antes, uniéndose con los protestantes y aprovechándose de las discordias de la Alemania.

Acompañó a estas desventuras una nueva revolución excitada por los socialistas, los cuales establecieron en París un Gobierno de furiosos, llamado la *Commune*, el cual añadió al espectáculo de la derrota el de una tragedia doméstica digna de los peores días de la primera República. Mr. Thiers, el más hábil panegirista de las modernas revueltas, fue al fin nombrado Presidente del Poder ejecutivo, y tomó a su cargo el comprimir la de aquella época. Y más feliz en esta tarea que en su viaje diplomático por Europa, restableció con mano firme el orden interior, reorganizó el ejército y pagó a los alemanes los millares que habían exigido.

No había terminado aun esta notable catástrofe, cuando la Europa tuvo que presenciar otra todavía mayor, que fue su natural consecuencia: la ocupación de Roma por los italianos y la caída del poder temporal del Papa. Sucedió esto en el mismo año 70, a poco de comenzar la guerra entre Francia y Alemania, pues apenas supieron los italianos que aquélla había sido vencida y retirado sus tropas de Roma, no hubo manera de contener el deseo que sintieron de hacerse dueños de ésta. El Rey Víctor Manuel, a pesar de sus ideas ambiciosas, no parecía tener la misma impaciencia, y más tarde se dijo que cuando sobrevenían dificultades a consecuencia de este suceso, les recordaba siempre a sus Ministros que ellos eran los que le habían obligado a realizarlo. Mas sea de esto lo que fuere, el hecho es que no puso obstáculo alguno a su cumplimiento, sino que cedió inmediatamente a la voluntad de su pueblo, la cual, preciso es decirlo, fue manifestada de la manera más explícita.

Antes del desastre de la Francia era sólo la izquierda de la Cámara la que pedía Roma, mientras que todos los Ministros, especialmente el de Negocios extranjeros, Visconti Venosta, se mostraban decididos a impedirlo. Mas apenas lo vieron posible, todos cambiaron de parecer. Sucedió lo que era natural: si en España, por ejemplo, se supiese algún día que la Inglaterra había

sido invadida, todos los españoles gritarían que era preciso atacar la plaza de Gibraltar. Pues eso mismo sucedió en Italia; todos querían ocupar a Roma. En los clubs, en los cafés, en los corrillos que se formaban en las calles de Florencia, no se oía hablar de otra cosa, y todos decían: «ahora o nunca». Hasta personas muy moderadas y graves reconocían que era difícil resistir a un impulso tan general y tan fuerte.

Y con efecto, nadie se resistió a él, ni dentro ni fuera de Italia, pues el partido clerical no disponía de ninguna fuerza, y no había en Europa nación alguna católica, que quisiera o pudiera impedir aquel atropello. La España, debilitada y entregada a los partidos revolucionarios, mal podía acudir en socorro del Papa. El Austria, débil también y paralizada ella misma por las agitaciones que trajeron consigo una nueva Constitución liberal y una política contraria a la del antiguo Concordato, no se hallaba tampoco dispuesta a emprender una guerra en favor del Santo Padre. Además, ¿cómo era posible que el Emperador Francisco José volviese a mandar sus ejércitos a Italia, cuando estaba aun tan reciente su expulsión de aquel Reino? Probó Pío Nono a excitar su celo católico, y envió a Viena al hábil Monseñor Nardi con una misión secreta; mas aunque según me lo refirió él mismo a su regreso, rogó, suplicó y hasta lloró y se arrojó a los pies del Emperador, no logró más que afligirle, sin poder conseguir que cambiase de política.

Entre tanto el Rey Víctor Manuel enviaba a Roma al Conde Ponza de San Martino, con una carta autógrafa dirigida al Papa, en la cual le rogaba hipócritamente, que por el bien común del Papado y de la Italia, le permitiese ocupar aquella ciudad. Y no habiendo obtenido una respuesta favorable, mandó al General Cadorna con un ejército numeroso. Ensayó también éste al principio los medios de conciliación, pero el Papa se obstinó en resistir, sin duda para que constase para siempre la violencia que con él se cometía, y entonces procedió Cadorna a un sitio en toda forma, y abrió una brecha en el muro cerca de Puerta Pía. Los defensores de Roma, entre los cuales había, además de los soldados del Papa, muchos jóvenes italianos, belgas y franceses de buenas familias, y animados del más vivo celo católico, querían resistir a todo trance; mas el bondadoso Pontífice, considerando que bastaba lo hecho para probar la violencia de que era víctima, y deseando evitar que se derramase ya inútilmente una sangre tan generosa, mandó cesar la defensa. Entraron en seguida los italianos y ocuparon poco a poco la ciudad entera, pues aunque al principio se habían abstenido de penetrar en el barrio de Trastevere, en que se halla el Vaticano, el Papa mismo les pidió que así lo hiciesen. La Princesa Rospigliosi me ha referido que el Conde de Arnim, Embajador de Alemania y mediador en aquellos tratos, le enseñó una carta del Cardenal Antonelli, en la cual le pedía con urgencia que las tropas italianas entrasen luego en aquel recinto, porque había ya señales inequívocas de que sus habitantes se proponían alterar el orden.

De esta manera consiguió Víctor Manuel lo que no habían logrado ni Mazzini ni Garibaldi, sin protesta de nadie y con el tácito asentimiento de toda Europa, atónita de tanta audacia, pero descreída, revuelta e impotente. Así acabó el poder temporal del Papa; así cayó, después de haber durado quince siglos, el edificio fundado por Constantino y aumentado por Carlomaguo y por Matilde.

Otra consecuencia, menos trágica, pero notable también del desastre de la Francia fue el lamentable episodio del reinado de D. Amadeo de Saboya en España. Ya he dicho cómo andaban nuestros revolucionarios en busca de un nuevo Rey. Cuando Napoleón puso su veto al Príncipe de Hohenzollern, sufrieron aquella humillación sin la menor protesta, y durante la guerra franco alemana, no se atrevieron a tomar parte en ella, como parecía exigirlo nuestro honor ofendido. Mas continuaron entre tanto sus gestiones para encontrar otro Príncipe de buena voluntad; y apenas supieron la derrota de Napoleón, se animaron a ofrecerle la corona al Duque de Aosta, hijo segundo del Rey de Italia. Parecióles sin duda que un Soberano, el cual no había titubeado en despojar de sus dominios a sus más cercanos parientes, y acababa de entrar en Roma por una brecha, era el más apropósito para recoger aquel cetro, que andaba casi tirado por el suelo.

Ni les costó mucho trabajo conseguirlo, pues no sólo no tenían los italianos escrúpulos de ninguna clase en tales materias, sino que les parecía muy conveniente que reinase en España un

príncipe suyo, a fin de impedir las maquinaciones de nuestros carlistas y clericales contra el nuevo Reino de Italia. Si el Rey Víctor Manuel titubeó un poco al principio, cedió pronto a los consejos de Menabrea, Minghetti, Cialdini y otros hombres políticos importantes, y en cuanto al Duque de Aosta, sin ser tan ambicioso como Maximiliano, no le disgustaba ir a ocupar con su esposa la princesa María Victoria de la Cisterna, el solio de Carlos V. Y adulaba, sin duda, a toda la familia de Saboya, que uno de sus miembros fuese a sustituir a los descendientes de aquel orgulloso Felipe V, que no quiso hacer sentar al Duque Víctor Amadeo, cuando le visitó en Turín.

Conseguida, pues, la aceptación, fue de España una Comisión de las Cortes, a fin de hacer la oferta solemne de la corona, y el Rey Víctor Manuel la recibió en Florencia, porque no se había trasladado aun la capital a Roma. Vila pasar a la entrada del puente de Santa Trinita, cuando se dirigía al palacio Pitti. Era a principios de diciembre y caía bastante nieve, cosa rara en Florencia; mas a pesar de esto, iban todos los comisionados en carretelas abiertas. Recibidos por el Rey en el gran salón de Pitti, uno de ellos, Ruiz Zorrilla, que más adelante se hizo republicano, y dio mucho que hacer a todos nuestros gobernantes como conspirador perpetuo, le dirigió un discurso pomposo, en el cual tuvo el valor de ensalzar la lealtad de los españoles hacia sus Reyes, lenguaje que en boca de aquel revoltoso, parecía una ironía de mal gusto.

Nuestro Ministro Montemar los obsequió después con un banquete, al cual asistieron además varios Diputados y periodistas del país, y también allí tomó la palabra Zorrilla y les espetó una larga arenga en español, sin duda por que no poseía bien el italiano ni el francés. Los diarios de Florencia hicieron, sin embargo, grandes elogios de su discurso, aunque no faltó alguno que confesara francamente no haberle entendido, añadiendo en son de burla, que sólo había notado que repetía a cada momento con mucho énfasis: «nosotros, vosotros, esos otros y aquellos otros».

El General Menabrea dio también un sarao en honor de ellos, al cual fueron convidadas muchas personas de distinción. Quería el General que yo asistiera; pero me excusé cortésmente. La Condesa María de Salm, que los vio aquella noche, me dijo que no creía que hubiesen hecho buena impresión; pocos hablaban francés, y si se exceptuaba a tres o cuatro, los demás eran, según ella, tan feos como cursis. Al fin se marcharon, llevándose a su Rey, y me ha sido referido que durante la navegación de Génova a Cartagena, hubo algunos que dejaron ver su falta de educación, fumando en su presencia sin pedirle permiso, y tratándole con muy pocas ceremonias.

LXXXV.
España, en 1871.

Voy a España en 1871.—Visito en París a la Reina Isabel.—Emoción que experimento al verla.—Novedades de París.—Literatura realista.—Poesías de Coppée.—Cuadros de Meissonier.—Sigo a Madrid.—Difícil situación del Rey Amadeo.—La muerte de Prim perjudicó mucho a su causa.—-División de sus partidarios.—Los republicanos atentan contra su vida.—Hostilidad del clero y la nobleza.—Novedades de Madrid.—Novelas de Alarcón.—Cuadros de Fortuny.—Visita al Escorial.—Cuadro de la Sacra Forma.—Recuerdos de Felipe II y de la famosa Armada.—Paso una larga temporada en Cádiz.—Placer con que acompaño a mi anciana madre.—Regreso de nuevo a Italia.

Hacía ya bastante tiempo que Don Amadeo se hallaba sentado en su nuevo trono, cuando sentí el deseo de hacer una visita a mi país, en el cual no había estado desde hacía algunos años. Verifiqué el viaje por París, y tuve allí el triste espectáculo de los estragos causados por la reciente revolución interior, porque sin necesidad de que vengan de fuera nuevos bárbaros, los hay ya en el seno mismo de cada nación. Humeaban aun las cenizas de muchos edificios incendiados, no por los soldados alemanes, sino por el mismo pueblo francés. Y sospecho que el cochero de mi fiacre era comunardo, pues al llevarme a la posada, hizo de manera que pasásemos delante de todas las ruinas.

Todo me afligía, pero nada tanto como la destrucción de las Tullerías, a causa de su belleza y de los recuerdos que las hacían tan interesantes. Hubiera querido ser por algún tiempo Rey de Francia sólo para mandar reconstruir aquel palacio como lo edificó Delorme.

Empecé luego a visitar a mis parientes y amigos. Mas antes de todo quise presentar mis respetuosos homenajes a la Reina Doña Isabel, la cual se hallaba allí alojada en el palacio Basilewski, cerca de los Campos Elíseos. Recibióme la augusta señora con su amabilidad característica; pero tardamos en empezar a hablar, tanto ella como yo; tal era la turbación de que nos hallábamos poseídos. Por mi parte confieso que en los primeros momentos me sentí muy emocionado al contemplar a la Reina de España, a la excelsa dama a quien aclamaban un día con tanto entusiasmo casi todos los españoles, y a quien debían tantos de ellos su encumbramiento, empezando por Prim y Serrano, reducida a vivir como una persona particular en una casa alquilada. Ella también se mostró conmovida adivinando lo que yo pensaba; mas sin aguardar a que le expresase mi sentimiento por hallarla en aquel estado, se adelantó a manifestarme el suyo por ver que tanto yo como otros compañeros míos habíamos visto interrumpida nuestra carrera, a consecuencia de su propia desventura. Porque la noble señora no fue nunca egoísta y ha poseído siempre esa bondad natural, que es la más amable de las virtudes y la que más redime otras faltas. Hablamos después de las cosas de aquel tiempo y la encontré poco esperanzada de que tomasen por entonces mejor rumbo loa asuntos de España, a pesar de la abdicación que había hecho en favor de su hijo D. Alfonso.

Cumplido el deber de esta visita y de otras de amigos y deudos, dediquéme luego a los teatros. El hijo del célebre Dumas, hombre de tanto talento como su padre, había dado un nuevo rumbo a la escena, introduciendo en ella novedades propias de aquellos tiempos. La burguesía había gustado de personajes decentes: la democracia ponía en el teatro y exaltaba con ingenio las heroínas del vicio. Después de *La dama de las camelias* que ya daban en el año 63, había compuesto el mismo Dumas otra pieza titula *La Semisociedad*, en la cual figuraban toda especie de aventureras. Adulterios, hijos naturales y situaciones equívocas y aun repugnantes estaban a la orden del día. La música misma tomaba estos argumentos, y Verdi lograba muchos aplausos con su ópera *La Traviata*, que no era otra cosa que *La dama de las camelias*. El público experimentaba un placer singular en ver cómo moría cantando una linda pecadora.

Notábase la misma tendencia en la novela, desde que Flaubert había escrito *Madama Bovary*, e introducido lo que fue llamado el realismo, como reacción contra el ya anticuado romanticismo. Pero la lástima era que, como si no hubiera nada real más que lo inmoral y lo feo, ya no hubo más asunto que el adulterio, y todo el esfuerzo de los autores se redujo a cubrir la monotonía de la invención con los primores del estilo y la belleza de las descripciones. Mostráronse los unos hábiles tapiceros en la pintura de casas y muebles, los otros buenos sastres y modistas en la de trajes y atavíos, no pocos hicieron gala de conocimientos botánicos, geológicos y hasta terapéuticos. Goncourt, por ejemplo, describe una sala de hospital, como el más afamado médico, y es tan exacto que no olvida ni aun el mal olor de las cataplasmas. En fin, otros como Daudet y Bourget blasonan de psicólogos, y dejando atrás a Tácito, Saint Simón y La Rochefoucauld en el análisis de las pasiones, nos dicen los motivos más recónditos que animan a los personajes de sus fábulas. Todos tienen talento, todos escriben con galanura; pero todos también pintan las mismas aventuras y adolecen de una inmoralidad que corresponde bien a la situación actual de la Francia. Hasta los más correctos ponen siempre en sus novelas alguna página obscena.

La poesía lírica se ha conservado más pura, pero no tiene tanto mérito como la de Hugo y Lamartine. En general, los poetas franceses de la segunda mitad del siglo cuidan más de la forma que del fondo, lo mismo que los prosadores, y algunos han merecido por la perfección de sus versos el nombre de parnasistas. Pero abusan igualmente de las descripciones, como Leconte de Lisle, o bien del análisis psicológico, como Sully Prudhomme. Más agradablemente que éstos me parece Coppée, porque pinta escenas interesantes de la vida común con un estilo muy sencillo. Su musa, sin dejar de ser elegante, es popular y fácil.

Vi también con placer los nuevos cuadros, especialmente los de Meissonier, que me parecieron llenos de verdad y casi comparables con los antiguos flamencos. Admiré los retratos de Carolus Durán, y las obras de Geróme y Cabanel, aunque las hallé demasiado realistas, pues también en las artes del diseño se ha introducido ese estilo, y las del joven Bouguereau, cuyo color es excelente. Y, en fin, me causaron mucho placer los frescos de Baudry en el nuevo teatro de la Ópera, debido al arquitecto Garnier. Hízome también este edificio muy agradable impresión, y era cosa nueva para mí, así como la parte moderna del Louvre. Ambos monumentos hacen honor al segundo Imperio. Había, además, otros muchos artistas de mérito, y algunos ganaban cuanto querían y vivían como ricos señores, pues el arte estaba cada día más de moda, hasta tal punto que la suprema elegancia en los salones de París y de toda Europa en aquel tiempo era que imitasen los talleres de los pintores. Veíase en ellos gran variedad de muebles, y usábase para adornar las paredes, no sólo cuadros, sino telas de diversos colores, armas, guitarras, panderetas y cachivaches de toda especie.

Continuando luego mi viaje, fui sin detenerme a Madrid, donde tenía curiosidad de ver al flamante Rey en el ejercicio de sus funciones. Encontréle pronto en la calle, solo, como un particular, sin acompañamiento de ninguna clase.

Hallé también a la Reina, a punto que subía a su coche después de haber hecho compras en una tienda, y me pareció linda y distinguida. Habíase agolpado a esperarla un gran número de curiosos, los cuales la saludaron después con mucha cortesía. A él me pareció que le respetaban menos. La vida de entrambos no era, a lo que creo, muy agradable.

Era Amadeo el contraste de Maximiliano. A éste le eligieron el clero y los ricos propietarios; a él le había elegido la burguesía. Pero el resultado era el mismo; es decir, que a ambos les faltaba base bastante ancha para sostenerse. La primera y mayor desgracia de Amadeo fue la muerte de Prim, asesinado poco antes de que él llegara a España. Si aquel General hubiese vivido, es muy posible que hubiera contenido a los demócratas y republicanos. Así lo temían ellos y por eso le odiaban de muerte. Añádase que querían vengarse de él, porque se había servido de ellos para encaramarse al lugar que ocupaba, y les daba en vez de República, una nueva Monarquía. Como quiera, el ambicioso Prim, que había pasado su vida conspirando, la perdió miserablemente a manos de oscuros conspiradores, y la opinión general atribuyó este delito a los partidarios de la República.

Supo Amadeo esta triste noticia al desembarcar en Cartagena, y lo mejor que hubiera podido hacer habría sido volverse otra vez a Italia. Mas esperó, sin duda, que los demás Generales, algunos de los cuales salieron a recibirle a aquél puerto, podrían reemplazar al difunto caudillo.

Pronto, sin embargo, pudo convencerse de que su posición era muy difícil. Privada la burguesía progresista del contrapeso de otras clases, empezó enseguida a dividirse. Los unos deseaban más libertad, los otros menos. Hubo progresistas netos y progresistas democráticos, que querían transigir con la internacional y con los bandos extremos. Zorrilla derribaba a Serrano y Sagasta a Zorrilla. Mudábanse los Ministerios con la misma rapidez que en tiempo de Isabel II. Agitábanse por otra parte los carlistas y los republicanos. El jefe de los primeros, Nocedal, hacía mucho ruido en las Cortes y parecía haberse propuesto que no fuera posible gobierno alguno; partidas armadas de aquellos fanáticos recorrían ya algunas provincias. Y en cuanto a los republicanos, su violencia era aún mayor, y no contentos con la muerte de Prim, pusieron asechanzas a la vida del mismo Amadeo.

Hacía poco que había este último ocupado el trono, cuando, yendo un día de paseo por el Retiro con la Reina, su consorte, fueron ambos objeto de un atentado criminal que puso en peligro su existencia. Y puede decirse que los preservó la divina Providencia, pues el gobierno de entonces estaba tan neciamente infatuado con lo que creía condiciones de la libertad, que se jactaba de no prevenir ningún delito, siguiendo sólo una política represiva. Absurdo sistema que ya criticaba con buen sentido cierto Gobernador de Lope, en estos notables versos:

Y así vemos que se engañan
Los que gobiernan, si piensan

Que sólo el castigo basta.
Prevenir que no sucedan
Delitos, con que no haya
Quien los haga, en quien gobierna
Es la prudencia más alta.

Y por si la confusión no era bastante grande, una insurrección estallada en Cuba poco tiempo antes, tomaba las más alarmantes proporciones merced al desorden que reinaba en España y al auxilio que los Estados Unidos prestaban a los revoltosos. El General Prim, que conocía bien el estado de aquella colonia, el odio que nos profesaban los criollos, su propensión natural a los Estados Unidos, los cuales están mucho más cerca de ellos que España, el deseo que tenían de imitar a los otros países de la América española y la ley fatal de expansión que impelía a los americanos del Norte a apoderarse de aquella isla, para lo cual contaban con toda clase de medios, tuvo la sagacidad de prever que al cabo tendríamos que perderla y se mostró muy inclinado a cedérsela a aquéllos, recibiendo en cambio una compensación pecuniaria. ¡Y ojalá que todos los españoles hubieran pensado entonces de la misma manera, pues así nos hubiésemos ahorrado otras insurrecciones y otras guerras que al cabo nos han privado, no sólo de Cuba, sino también de Puerto Rico y Filipinas! Decían que era vergonzoso venderla; mas podía habérsele dado la independencia o, al menos, la autonomía.

A todas estas dificultades, nacidas de la actitud de sus mismos parciales y de los carlistas y republicanos, uníase para Amadeo las que le ocasionaba la oposición del clero y la nobleza. El clero temía que la nueva monarquía democrática trajese consigo la libertad de cultos y una disminución de su influencia en la educación de la juventud, como sucedió efectivamente, y por este motivo se mostró enemigo del nuevo Rey y partidario más o menos declarado de D. Carlos. La nobleza, especialmente en Madrid, movida en parte por sus sentimientos religiosos y en parte por su fidelidad a la dinastía caída, se manifestó asimismo hostil al nuevo Soberano, que era el elegido de la democracia. Las señoras, sobre todo, mostraron un alejamiento sistemático a la nueva Reina, que rayó a veces en descortesía. Quien quiera conocer bien esa conducta de nuestras grandes damas, debe leer una novela del Padre Coloma, titulada *Pequeñeces*, en que el agudo jesuita la pinta con muy vivos colores. Algunos partidarios de Amadeo calificaron esa actitud de las damas de grosera e injusta; mas, si bien se considera, no les faltaba alguna excusa. Amadeo vino a España sabiendo perfectamente que quien le llamaba era exclusivamente la burguesía, y no toda ella, sino la menos elevada y rica; por consiguiente, no tenía derecho a exigir que las señoras de la aristocracia tratasen a su consorte como una Reina legítima. Por lo demás, no creo que ni ellas ni nadie en España dejase de reconocer su mérito, porque oí antes elogios en boca de muchos, y me atrevo a decir que lo único que ha quedado en nuestro país de aquel efímero reinado, es el recuerdo de las virtudes y nobles prendas de la Reina María Victoria.

Quise conocer también la manera de pensar de los liberales conservadores, y con este objeto visité, no sólo al ilustre Cánovas, que era ya su jefe reconocido, sino a mi antiguo amigo y favorecedor Miraflores y al venerable Barzanallana, anciano ya y casi ciego. Hallábanse, a lo que comprendí, bastante divididos, formando bando aparte, si bien pequeño, los que no querían transigir con ninguna de las ideas defendidas por los progresistas. En cuanto a Cánovas y Miraflores, parecióme que tenían miras menos estrechas, y aun, si no me equivoco, su posición era en aquel momento más bien expectante que enemiga. Ninguno de ellos me lo dijo expresamente, pero si es posible juzgar por indicaciones y medias palabras, creo yo que no hubieran rehusado su concurso al nuevo Monarca, si éste se lo hubiera pedido. El mal estuvo, primero, en que su reinado duró muy poco, y segundo, en que Amadeo quería ser fiel a los que le habían traído, y adoptó, como su padre, una actitud pasiva. Convencidos de esto los moderados, natural es que ellos también se manifestasen siempre fieles a la dinastía antigua.

Hice luego mis visitas a los demás amigos y conocidos, y fui también a los teatros, donde hallé siempre en boga, como en el año 63, las piezas de Tamayo, Vega y Zorrilla, al lado de las

traducciones francesas. Bretón andaba ya muy olvidado, porque la sociedad de que él se burló con tanta gracia, era la que estaba triunfante. De Zorrilla representaban el *Don Juan Tenorio*, drama singular, que tiene el privilegio de agradar siempre al público de Madrid. Débese esto, en primer lugar, a la galanura de sus versos y a la buena ejecución de los actores. Entonces lo interpretaban muy bien uno llamado Calvo y una joven, Mendoza, que empezaba su carrera con mucho aplauso. Es asimismo indudable que el carácter del protagonista, con ser vicioso, posee cierto interés, gracias, sobre todo, a las modificaciones que en él han introducido los modernos, pues el inventado por el fraile Téllez, no podía ser más odioso. El *Don Juan* de Zorrilla como el de Molière y como el de todos los dramaturgos posteriores a Tirso, engañan ciertamente a las mujeres; pero lo hacen fingiendo amor; mientras que el de Tirso es un bandido que goza de ellas, tomando con violencia o engaño el lugar de sus maridos o amantes. Los Don Juanes modernos son seductores sin corazón, pero algo excusables, porque dan con mujeres que se dejan fácilmente seducir, como las de la lista de Leporelo, imitada de Anacreonte. El *Don Juan* de Tirso era un salteador de mujeres; y admira, en verdad, que en una época que se decía caballeresca, existiese o se inventase un personaje tan villano.

En punto a novelas, noté las de Alarcón, que habían seguido a las de Fernández y González, y entre las cuales doy la preferencia al *Sombrero de tres picos*. Una señora, Doña Pilar Sinués, continuaba, por su parte, con mucho talento la obra de Fernán Caballero, o sea Cecilia Bohl, y su novela titulada *Isabel primera* me proporcionó grata lectura.

En artes hallé, asimismo, bastante que admirar. Fortuny, el malogrado Fortuny, me pareció el primer pintor español entre los de aquel tiempo. Rompiendo del todo con las tendencias de la primera mitad del siglo, habíase dedicado con sumo éxito a un género muy parecido al de los pequeños flamencos y al del francés Meissonier, y había adquirido en él tanta perfección, que llegó a tener muchos imitadores y a formar una especie de escuela. Su cuadro de *La Vicaría* goza de una reputación europea. Un sobrino de Madrazo hacía también retratos tan buenos como los de su ilustre tío; Zamacois pintaba muy lindos cuadros, y en el Museo del Prado vi la *Muerte de Isabel la Católica*, del gran Rosales, que me pareció excelente. Descontentabme sólo que todos estos pintores, como los antiguos, sin más excepción casi que Murillo, parecían como reñidos con la belleza de ambos sexos. Dícense realistas; mas a mí me parece que se puede ser tal sin necesidad de copiar siempre lo común y lo feo, y sospecho que esto nace de falta de dibujo y de pereza, en atención a que la representación de la belleza es más difícil. Y ya dijo un gracioso de Rojas que cierto pintor dio en retratarle por fuerza:

Pues por extraña y ajena
Pintó mi cara endiablada.
Que es mejor para pintada
La mala, que no la buena.

Fiel a mi plan de ir viendo en mis viajes sucesivos todo lo más notable de España, pasé a visitar el Escorial antes de marchar a Andalucía. Aunque en Madrid reinaba aun una agradable temperatura de otoño, hallé en aquel Real Sitio frío y nieve, lo cual aumentaba su aspecto solitario y austero. El edificio es enorme, pero de proporciones muy armoniosas y de un dibujo muy bello. Empezóle Juan de Toledo y le terminó Juan de Herrera, en una época en que por fortuna, reinaba ya el estilo clásico, cultivado en Italia por Paladio y Bramante. Los frescos de Tibaldi y Zuccaro, que adornan la escalera y las salas del palacio, me parecieron muy buenos, y admiré en la iglesia los cuadros del Mudo. Quisiera decir lo mismo de algunos del Greco; mas no puedo aprobar sus tintas cenicientas, que nada tienen de verdadero ni de bello. Pero lo que más me gustó fue el magnífico cuadro, llamado de la *Sacra Forma*, debido al pincel de Claudio Coello, que se encuentra en la sacristía. Pasé más de media hora contemplándole y me pareció que se le puede poner al lado de los mejores de Murillo y Velázquez.

Interesóme luego mucho la célebre biblioteca, y causóme grande impresión el cuarto de Felipe II y las estatuas de Carlos V, del mismo Felipe y sus tres mujeres, que están a los dos lados

del Altar mayor. Todo habla allí de aquel gran Rey, y la admiración que por él se siente sería mucho mayor, si ciertos importunos recuerdos no vinieran a mezclarse con el de sus glorias. Tuvo grandes cualidades; pero también grandes defectos. Su amor a la Inquisición y el rigor que empleó en Flandes le hacen odioso. Su conducta en la expedición de la Armada le hacen casi aborrecible. ¡Qué obstinación en dar el mando de ella al pobre Duque de Medina Sidonia, a pesar de que lo rehusaba de buena fe, sintiéndose inferior a tal encargo! ¡Qué indiferencia después de la catástrofe! Cuando Augusto supo el triunfo de Arminio, pasó muchas noches sin plegar los ojos, y levantando las manos al cielo exclamaba de continuo: «Varo, Varo, devuélveme mis legiones». Y cuando Germánico perdió toda su escuadra en las costas de Holanda, tuvieron sus capitanes que sujetarle para que no se arrojara al mar. En el caso de la Armada, Recalde, uno de nuestros capitanes, murió de dolor al llegar a la Coruña, y otro de ellos, Oquendo, cuyos consejos no quiso seguir Medina Sidonia, cayó también enfermo en San Sebastián, y volviendo la cara hacia la pared, se dejó morir de pena. Y Felipe se contentó con decir que no había mandado su escuadra a combatir contra los vientos. ¡Rara y poco natural impasibilidad, que por mi parte no admiro!

Pero lo peor para la memoria de aquel Rey es, en mi sentir, que su rigor y terquedad excitan la admiración de ciertos escritores modernos, los cuales, por no caer en las críticas exageradas de los enciclopedistas y protestantes, dan en otro exceso casi mayor, hallando buenas todas sus acciones. Por efecto de esto, su conducta política ha llegado a formar escuela entre nosotros, de tal suerte que ha habido no pocos Generales y Ministros que han querido ser otros tantos Felipitos segundos, imitando sólo sus errores.

Terminada mi visita al Escorial, me trasladé sin demora a Andalucía, y después de pasar un día en Córdoba y tres en Seyilla para volver a ver sus bellezas y visitar a mis amigos, llegué al fin a Cádiz, donde permanecí aquella vez una larga temporada al lado de mi venerada madre, la cual se hallaba a la sazón sin más compañía que mi hermana con sus lindas hijas y mi cuñada. Mis dos hermanos habían ido a la Habana, por exigirlo así sus intereses. Mi cuñado el Conde de Casa Sarriá estaba de Cónsul en Jerusalén.

Hallé a Cádiz apenas repuesto de los desastres que le había causado el levantamiento del año 68, el cual había comenzado precisamente en aquella bahía, con la sublevación de los barcos de Topete. Hubo después allí mismo una nueva revolución excitada por los republicanos, a cuya cabeza se hallaba un tal Salvochea, hombre descreído y violento, que ejercitó su grande ánimo en el derribo de dos conventos. Y si aquellos amargos días duraron menos de lo que él deseaba, fue debido a la habilidad y energía de otro gaditano, mi amigo Don Manuel Rancés, Marqués de Casa Laiglesia, quien se puso al frente de los hombres honrados y contuvo a los revoltosos, hasta que al fin entró en la ciudad el General Caballero de Rodas con sus tropas y aseguró el triunfo del orden.

Y con delicia traigo ahora a la memoria los días que pasé allí al lado de mi ya anciana madre. Veía también a mis camaradas Guillote, Aramburu y Balleras; pero a ella le dedicaba lo mejor del día. Y cuánto gozaba en acompañarla a la misa todas las mañana y llevarla después a dar un paseo por la Alameda, donde admirábamos juntos aquel mar tan azul, que sólo tiene su igual en Sorento, y sentados en un banco charlábamos de lo pasado y lo presente, mezclando ella con su lenguaje andaluz refranes y sentencias castellanas, que había aprendido de su madre Doña Casilda. Por la noche se rezaba el rosario en familia y había después una pequeña tertulia de viejos y viejas, que duraba hasta cerca de las diez. Estaban ya próximas las Navidades, y me divertía sobremanera el ruido de trompetas y zambombas y el paseo de la Feria, donde al ver los mismos Nacimientos y los mismos juguetes que había en mi niñez, me acordaba con deleite de aquella edad ya tan lejana, en que me parecía el colmo de la dicha comprar aquellas baratijas.

Mas fuéme al fin necesario arrancarme a aquellos placeres para volver al seno de mi familia de Florencia, y después de haber comido el pavo y el turrón con mi madre y mi hermana, volví a desandar lo andado, tomando el camino de la Cornisa.

LXXXVI.
Florencia, de 1869 a 1875.

Restituido a Florencia me ocupo de la educación de mis hijos.—Nuevos libros de enseñanza.—Efecto que han tenido en los estudios las victorias de Alemania.—Excursiones que hago por Italia.—Estado del país después de la ocupación de Roma.—El Papa se considera prisionero y se esfuerza por recobrar el poder temporal.—Publica el Syllabus.—*Un Concilio celebrado en el Vaticano había declarado su infalibilidad.—El clero y el partido católico se mezclan en la política. Dan lugar en Alemania al* Kultur-Kampf.—*Favorecen en Francia los planes legitimistas.—Ayudan en España a D. Carlos.—Excusa que tiene esta conducta.—Mal éxito que obtuvo en todas partes.*

Luego que me restituí a Italia sin esperanzas de que mejorase por mucho tiempo el estado de España, me dediqué a la educación de mis hijos, y además de vigilar los estudios de todos, les enseñaba también yo mismo algunas cosas, principalmente el español. Dirigía igualmente sus lecturas, conformándome al gusto del tiempo, pues no deja de haber sus modas en esto como en las otras cosas. Así, por ejemplo, en aquella segunda mitad del siglo no se ponían ya en manos de la juventud *Las Veladas de la Quinta*, ni las obras de Berquín, de las cuales se burlaban en la misma Francia, llamándolas, en son de desprecio, «berquinadas», a pesar de que, en mi concepto, son siempre muy a propósito para formar el corazón de los niños. Usábase en vez de esto *El Viaje a la Luna* y otros libros de Julio Verne, los cuales son a la verdad muy divertidos, pero mezclan lo verdadero con lo imposible de tal suerte, que llenan la cabeza de los jóvenes de más disparates e ideas falsas que los antiguos cuentos de brujas. Para las niñas había al menos las novelitas de Madama Bourdon y Madama de Segur, que han reemplazado a las de Madama Cottin y la Condesa de Genlis, y tienen, como las de éstas, un estilo elegante y una moral muy sana.

En punto a Historia había también novedades, Álvarez Levi, cuyo método es tan admirable para colocar cronológicamente los sucesos en la memoria de los niños, no gozaba ya de mucha boga. En cambio gustaban sobremanera los libritos de Lamé Fleury, útiles también, porque son un extracto de los grandes historiadores de todas épocas, pero que no deberían excluir los de Levi, en atención a que los unos son como complemento de los otros. Algunos hallan que Lamé Fleury descubre demasiado las faltas de loa grandes potentados; mas por mi parte no creo que esto sea malo, pues así se ahorrarán los jóvenes más tarde desengaños y sorpresas poco agradables. Si la Historia ha de ser la maestra de la vida, es menester que diga la verdad, sin el menor disimulo. Los Compendios del antiguo Ministro Duruy son también muy apreciables.

Pero la gran novedad introducida ahora en los estudios, ha sido el multiplicarlos y extenderlos de un modo inaudito. Ha nacido esto ¿quién lo dijera? de la última guerra de la Alemania con la Francia, porque los franceses, inquiriendo la causa de su derrota, no han querido verla en la inferioridad de su ejército, ni en la de sus Generales y ni aun siquiera en la ligereza de su carácter, que les hizo proclamar la república cuando más necesidad tenían de un Gobierno fuerte; y la han visto en lugar de esto en la inferioridad de instrucción de sus oficiales, y de todos los franceses en general, en comparación de los alemanes.Olvidaban que sin mayor instrucción habían vencido ellos en Crimea y en Italia. Olvidaban que los franceses del tiempo de Luis XIV y de Napoleón I, no eran más instruidos que los otros pueblos a quienes vencían. No recordaban tampoco que los españoles del siglo XVI y los turcos del XVII no sabían más que sus enemigos, y sin embargo triunfaban de ellos en todas partes. En fin, no reflexionaban que la cuestión de la superioridad militar es por extremo compleja, y que influye mucho en ella el espíritu que anima a cada pueblo. Mas de todas maneras, el hecho es que los franceses han cometido el sofisma que se llama *post hoc, ergo propter hoc*, y a fin de recobrar su perdida supremacía militar, han decidido condenar a la juventud a una serie de estudios que abruma sus facultades intelectuales, y es un obstáculo al desarrollo de las físicas. Y de los franceses va pasando este error a las demás naciones, exigiéndose en todas, de los

jóvenes, un trabajo excesivo. La Inglaterra es hasta ahora, la sola que para su bien no ha dado en éste que a mí me parece un delirio.

Fuera de las horas que dedicaba a la tarea de pedagogo, hacía en Florencia mi vida de costumbre: lecturas, paseos, visitas, asistencia al té de las cinco, general ya en toda Europa, y algunas salidas de noche con mi señora, para ir a tertulias y también al teatro, a fin de esparcir el ánimo y estar al corriente de las producciones modernas de todo género. Y cuando llegaba la buena estación, no permitiéndome mis medios viajes más largos, tomaba el ferrocarril con una maletilla, y a guisa de estudiante hacía pequeñas excursiones a varias ciudades de Italia, que no conocía aun. Fui de este modo a Asís, asilo predilecto de la piedad cristiana, que fue para las artes durante la Edad Media, lo que más tarde la capilla Sixtina. En las tres iglesias de San Francisco, trabajaron aquellos pintores que dieron al fin perfección a las figuras bizantinas, y en ellas ha dejado Giotto frescos admirables, que representan las virtudes monásticas, condenadas por desgracia a degenerar en muy breve tiempo. Fui luego a Perugia, patria del Perugino, de quien se conservan allí bellos cuadros y frescos. Estuve en Orvieto, cuya Catedral es la más linda de las pocas de Italia que pertenecen al estilo francés o gótico, y contiene entre otras cosas hermosas, un *Juicio final* de Signorelli, comparable al de Miguel Ángel, de quien fue precursor; y aun me atrevo a decir que aunque Miguel Ángel es más grandioso, no mostró en aquel asunto tanto sentimiento cristiano. El grupo de las almas bienaventuradas, acompañadas por los ángeles en la obra de Signorelli, raya en lo sublime.

Visité en otra ocasión a Parma y quedé prendado de las obras del suave Correggio, Príncipe del claro-obscuro, de quien hay allí grandes frescos, ya hoy muy desvanecidos, y la Virgen dicha de San Jerónimo, no menos hermosa que la *Noche de Dresde*. En la iglesia de Santa María vi el sepulcro de Alejandro Farnesio, bien modesto, bien mezquino e indigno por todos conceptos del héroe que encierra, del que venció a Enrique IV y defendió los Países Bajos. Contiene una sala del Palacio ducal los retratos de todos los Farnesios, empezando por aquel Cardenal, que al fin llegó a ser Papa, pero que debió su primera carrera a la influencia que tenía en Roma su hermana, la bella Julia. Y caso singular: ella sola fue hermosa en aquella ilustre familia, y todos los demás tienen cara de mona.

Vi en otras excursiones a Milán y Venecia, cuyas historias son tan interesantes. Parecióme el primero un pequeño París, en lo bueno como en lo malo, pues ha sido en todas épocas muy turbulento. Aquella ciudad es la capital moral de la península, y ha dado ella sola más voluntarios y dinero para la guerra de la Independencia, que todas las demás reunidas. Gustóme sobre manera su gran Catedral gótica y todavía más el cuadro de *Los desposorios de la Virgen*, de Rafael, que está en la galería Brera, y los lienzos de Ferrari y Luini. En estos últimos, luce mucho la gracia peculiar de la escuela lombarda.

Venecia, poética y pintoresca, realizó la idea, o mejor dicho, el sueño, que tenía de ella. ¡Qué encanto es navegar en góndola por el canal grande, que corre entre Palacios de todos los estilos posibles, desde el gótico hasta el plateresco! ¡Qué hermoso es San Marcos, imitación de Santa Sofía, pero imitación felicísima! ¡Qué bello es el Palacio de los Dux! Sucede en él lo mismo que en Pompeya: está tan bien conservado, que cree uno a veces que va a encontrar por aquellas salas algún senador del tiempo de Gradenigo o de Dándolo. Pero lo más notable es la hermosa luz que baña allí todos los objetos, dándoles un colorido delicioso. Después que se ve aquella ciudad no extraña ya que se haya formado en ella esa gran escuela de pintura que cuenta entre sus corifeos un Tiziano, un Veronés, un Tintoretto y otros grandes coloristas, como por la misma razón se formó en Sevilla un Murillo.

Por último, la maravilla mayor de Venecia es, en mi opinión, *La Asunción*, de Tiziano, que se encuentra en la Academia de Bellas Artes. Aquella Virgen no está parada en el aire, como tantas otras, sino que, gracias a un escorzo atrevido y a la posición de su bella cabeza, parece que sube y sube, llevada por los ángeles. Es una obra pasmosa, delante de la cual la admiración no encuentra palabras. Es un cuadro tan divino que sólo por verle se puede hacer un viaje. Yo le comparo con el

San Antonio, de Murillo, en Sevilla; con *Las Lanzas*, de Velázquez; la *Virgen de San Sixto*, de Rafael; *El Descendimiento,* de Rubens, y *La Ronda,* de Rembrandt. Contemplando tales prodigios me he confirmado en la persuasión, ya antes expresada, de que si los estatuarios antiguos valían más que los modernos, en cambio no es posible que sus pintores fueran también más excelentes.

Podría mencionar otros viajes de aquella época, pero sería incurrir en prolijo. Y pensar que aunque he visto así muchas ciudades notables de Italia, todavía no las conozco todas. ¡Dichosa nación, en la cual un nuevo Pausanias podría describir casi tantos objetos de arte como los que contenía la Grecia antigua! Pero veamos ya cómo se hallaba tan hermoso país después que su Gobierno había ocupado a Roma y realizado su completa unidad.

Al parecer, todo caminaba perfectamente. Florencia se había resignado por fuerza a su estado de ciudad de provincia, y el Gobierno italiano se ocupaba en hacer de Roma una capital adecuada a sus nuevos destinos. El Papa seguía habitando el magnífico Palacio del Vaticano, rodeado de su Guardia noble y de sus suizos, y todas las oficinas pontificias continuaban en sus antiguos locales. El Rey, por su parte, se había instalado en el Palacio del Quirinal, alojándose allí como en su propia casa. Contábame algunos años después la Reina Luisa de Dinamarca, a quien vi en Viena de vuelta de un viaje a Italia, que convidada a comer por el Rey Humberto, hijo y sucesor de Víctor Manuel, y admirando los ricos muebles que adornaban los salones de aquella residencia, le preguntó si los había hecho traer de Turín. «Nada de eso, le contestó el Rey; todo pertenecía al Papa, pues habiendo tomado el palacio, natural era que tomásemos también lo que contenía.» Cinismo que escandalizó bastante a aquella honrada Soberana.

Por parte de Italia parecía todo aquello definitivo, o al menos estaba resuelta a trabajar para que lo fuese. Por parte del Papa era una usurpación pasajera, un hecho violento que tendría su correctivo en época quizá no lejana. Y, con efecto, posible es que alguna nueva guerra europea obligue al Rey de Italia a soltar otra vez aquella presa. Es, sin embargo, poco probable, y si sucediese algún día, no creo que duraría mucho. Porque la ocupación de Roma y la abolición del poder temporal del Pontífice no han nacido sólo, en mi sentir, de la ambición de los italianos, sino que deben también su origen a otras causas más hondas. Son el complemento de toda la revolución moderna, anhelado con siniestros fines por los masones y librepensadores, deseado también por los protestantes y revolucionarios, y consentido por muchos liberales católicos, los cuales se lisonjean, con más o menos sinceridad, de que el Papa podrá ser ahora tan independiente como antes, y ganará, tal vez, en fuerza moral lo que ha perdido en la material. Por consiguiente, no parece probable que cese este estado de cosas mientras que la revolución moderna siga su marcha triunfante.

Mas como quiera que esto sea, tanto el Papa como el partido católico tenían y siguen teniendo la convicción de que el despojo consumado es, no sólo perjudicial e inicuo, sino también pasajero, y trabajan de consuno para remediarlo. Un sólo sacerdote, el Padre Curci, se atrevió en aquel tiempo a dar públicamente a la Santa Sede el consejo prematuro de conformarse con los hechos consumados, diciéndole, como el Filinto de Molière:

Il faut fléchir aux temps, sans obstination.

Pero a pesar de que era un teólogo de mucho talento y benemérito de la Iglesia por su ruidosa polémica con Gioberti en defensa de la Sociedad de Jesús, a que pertenecía, y por unos Comentarios de los Evangelios, en los cuales agotó tan importante materia, fue expulsado de la Compañía y se vio tratado con un rigor tan excesivo, que terminó tristemente sus días en Florencia sin predicar ni ejercer ningún ministerio, y alojado por favor en la casa de su amigo personal el Cura de Santa Felicita. *¡Fantoene animis coelestibus irae!* Pero fuera de este caso todos los clérigos italianos eran del mismo parecer, y unidos con los de los demás países, entablaron una lucha desesperada para restaurar el dominio pontificio.

En vano fue que el Gobierno italiano diese al Papa las garantías necesarias por medio de una ley especial. Pío Nono se declaró prisionero, y prisionero sigue considerándose su venerable sucesor. Añadíanse a las antiguas Encíclicas otras nuevas, vituperando los principios

revolucionarios, y ya en el año 64, en vista de la invasión de los Estados pontificios por el ejército italiano, publicó Pío IX un Sílabo o Catálogo de todas las herejías condenadas durante su largo Pontificado, las cuales comprendían todos los principios que constituyen, por decirlo así, las sociedades modernas, tales como la libertad de cultos, de enseñanza y de imprenta, el matrimonio civil, la absoluta tolerancia y en algunos casos la completa indiferencia del Estado en materias religiosas. Todo esto lo condenaba Pío Nono, declarando en cierto modo la guerra a las nuevas máximas de la sociedad civil; y para coronar su obra convocó en el año 69 un Concilio general en el Vaticano, en el cual fue proclamada, como dogma, la infalibilidad del Papa, que antes había sido siempre objeto de controversias entre los teólogos de varias escuelas, con especialidad entre jesuitas y dominicanos. Sucedía esto la víspera de la entrada de los italianos en Roma; por manera que no parecía sino que el Papa anhelaba llegar al extremo de su poder espiritual en el momento mismo en que perdía el temporal.

Unióse luego a esta declaración de principios una polémica muy ardiente sostenida por los periódicos católicos, sobre todo la *Civiltá Cattolica*, órgano de los jesuitas, que eran quienes representaban el papel principal en esta guerra del Papado contra todas las innovaciones revolucionarias. Menudearon, asimismo, las procesiones y los peregrinajes, ora al Santuario de Paray le Monial, en honor del Sagrado Corazón de Jesús, ora al todavía más célebre de Lourdes, para implorar el auxilio de la Virgen. Y cuando esta agitación trajo consigo la resistencia de los Gobiernos, incluso el de Viena, alarmados por la declaración de la infalibilidad y por la actitud de algunos Obispos, los cuales querían castigar a los clérigos que se oponían a ese dogma y se intitulaban católicos viejos, dio lugar a nuevas luchas, en las cuales el partido católico hizo liga con las oposiciones parlamentarias y se mezcló ostensiblemente en la política.

En Alemania se unió a los reaccionarios, que se oponían a la política de Bismarck, y formó con ellos un Centro católico tan numeroso como influyente, capitaneado por el insigne Diputado Windhorst, hombre muy notable por su talento y elocuencia. En Francia se unieron los católicos con todos los partidos monárquicos, los cuales habían triunfado en las elecciones, aprovechándose de la reacción producida en los ánimos, especialmente entre los campesinos, por los desastres de la guerra con Alemania. Lograron primero despojar del poder a Mr. Thiers, y reemplazándole con Mac-Mahón, realizaron luego una fusión entre los orleanistas y los legitimistas, enemistados y desunidos desde la Revolución del año 30. El Conde de París, nieto de Luis Felipe, fue en persona al castillo de Frohsdorf, en Stiria, residencia del Conde de Chambord, nieto de Carlos X, e hizo allí su entera sumisión al jefe de los Borbones. Todo lo cual parecía hacer ya fácil la deseada restauración, y tan seguros se creían ya de ella los monárquicos, que habían preparado hasta los coches y libreas necesarias para la entrada de Enrique V en París.

En España sucedía también una cosa parecida. Amadeo duró poco en el trono. Ensayó varias veces reunir a sus partidarios, y al fin adquirió la convicción de que esto no era posible. Ofrecióle Serrano formar un Gobierno fuerte con la condición de asumir una especie de dictadura; mas semejante recurso repugnaba mucho al Príncipe italiano, al hijo de un Rey, como Víctor Manuel, que había gobernado siempre dentro de la legalidad más estricta, y prefirió renunciar al trono en febrero del año 73. La discordia que reinaba entre los que le habían llevado a España era ya tan grande, que el sensato Príncipe pudo decir en su mensaje de despedida a las Cortes: «Conozco que me engañó mi buen deseo, y tengo la convicción de que serían ya estériles mis esfuerzos e irrealizables mis propósitos». Dejó enseguida Madrid y fue a embarcarse en Lisboa. ¿Influyó para algo en esta conducta de Amadeo el recuerdo de lo sucedido en México a Maximiliano? Posible es que así fuese. Ni me extrañaría que esto influyera también en el ánimo de su mujer, la Reina María Victoria, cuyo carácter, lejos de parecerse al de la Emperatriz Carlota, recordaba más bien al de la Condesa de Chambord.

Vacante otra vez el trono de España, fue proclamada al instante la República; es decir, que la revolución llegó a sus últimas consecuencias, aumentando a la par, como protesta, las maquinaciones de los carlistas; y entonces el Papa, siguiendo en todas partes la misma conducta, se

empeñó en favorecer este bando político por todos los medios posibles. Todo el partido católico de Europa creyó también hacer obra meritoria enviando dinero al campo carlista; hasta los ricos armenios de Constantinopla se dieron prisa a imitarlos. Tronaban al mismo tiempo los diarios de ese color contra la descreída y perseguidora República española, y ensalzaban los méritos de D. Carlos y de su hermano D. Alfonso, educados por los jesuitas. Los Padres Franco y Ballerini escribían sus elogios en la *Civiltá Cattolica*, y veían ya establecido en España, como en Francia, un Gobierno por excelencia católico y legitimista.

Ocurre aquí preguntar si hacía bien la Santa Sede en mezclarse tan abiertamente en todas estas luchas, comprometiéndose en ellas. Por mi parte considero que tenía alguna excusa. Claro está que el bello ideal en esta materia, sería que los sacerdotes no se mezclasen nunca en la política, según se lo recomiendan tanto el Evangelio como San Pablo; y es muy probable que, andando el tiempo, la historia de estos sucesos cause tanta maravilla como la que nos causa ya leer que los obispos peleaban en las Cruzadas, y que había en Alemania prelados con jurisdicción y fuerza armada, y en España Arzobispos de Toledo que hacían la guerra a sus Reyes. El mismo poder temporal del Romano Pontífice, excusable y quizás necesario en la Edad Media, es posible que dentro de un siglo parezca una cosa extraña e inútil. Mas por ahora no creo deba sorprender que así el Papa como una gran parte de los católicos de Italia y de Europa, persuadidos aun de que ese poder es necesario para la independencia y decoro del Papado, se consideren obligados a procurar que se restaure.

Transformaciones tan transcendentales no se verifican en dos ni tres generaciones. Vemos ya cuántas se han necesitado para que haya al cabo Soberanos que se resignen a ser constitucionales sin soñar en golpes de Estado: natural será, pues, que el mundo tenga que aguardar todavía mucho antes de que ciña la tiara un Pontífice tan ilustrado que acepte la modesta posición en que le han colocado las circunstancias, sin soñar tampoco en nuevas reivindicaciones.

Mas de todas maneras, lo que más acelerará la llegada de ese nuevo período, será, sin duda alguna, el mal éxito que, como vemos, han tenido en todas partes esos esfuerzos del bando católico. Con efecto, si de Alemania se trata, su resultado fue que Bismarck aceptó pronto el reto, y ayudado del Ministro de Cultos, Falk, sostuvo una guerra, a que se llamó *Kultur-Kampf*, o sea la lucha por la Cultura, declarando que no iría nunca a Canossa; es decir, que no se humillaría como el Emperador Enrique IV ante las exigencias del Papa; y para contrabalancear las fuerzas de los reaccionarios, recurrió al auxilio de los liberales, estableciendo el sufragio universal. Andando el tiempo, cesó por fin esa lucha y fueron abolidas las llamadas leyes de mayo, mas sin mejorar sensiblemente la situación del Papa.

Si de Alemania pasamos a Francia, observaremos con sorpresa que una cuestión que muchos consideraban secundaria, vino a destruir los bellos planes de ambos partidos monárquicos. Parece un cuento de hadas. El Conde de Chambord exigió que la bandera tricolor, símbolo de la revolución del año 89, fuese reemplazada por la blanca, por la antigua y tradicional de la Casa de Borbón: los orleanistas no quisieron concedérselo, alegando que representaba las glorias mayores y más recientes de la Francia; aunque la verdad es que recuerda también muchas derrotas y muchas humillaciones, y que su principal mérito a los ojos de los liberales consiste, como ya lo he dicho, en que es la bandera de la revolución. Así lo comprendió Chambord, y pareciéndole que si los liberales no querían renunciar a ella, esto significaba que no querían tampoco renunciar a sus principios favoritos, sino que deseaban hacer de él un Rey de bálago, como Carlos X y Luis Felipe, y expulsarle también en su día, como lo habían hecho con aquéllos, declaró que no aceptaba el trono con tales condiciones. Añadióse a esto que la Condesa de Chambord, la Archiduquesa María Teresa de Módena, sinceramente afeccionada a su augusto esposo, y libre además de las ambiciones de otras Princesas, temía por su parte que peligrase, no sólo la tranquilidad, sino la vida, misma del Conde en el mar proceloso de la política francesa; por cuyo motivo le alentó cuanto pudo a perseverar en su negativa. Y a consecuencia de todo esto, la restauración no tuvo lugar, renació peor que antes la división de los monárquicos, y cayó el Presidente Mac-Mahón, dejando el campo libre

a la República, con la cual ha tenido al fin que reconciliarse el prudente León XIII, sucesor de Pío IX.

Y si de Francia nos trasladamos a España, allí también veremos que si el desengaño no fue tan rápido, no dejó tampoco de sobrevenir al cabo, merced a las torpezas del mismo pretendiente y a la actitud de las clases ilustradas. Don Carlos no pudo vencer a los liberales, y al fin era restaurado Don Alfonso sin suprimir la tolerancia religiosa, a que tanto se había opuesto la Santa Sede, y para terminar, en la misma Italia ha continuado siempre la tranquilidad interior, y la mayoría del país no piensa ya en la restauración del poder temporal del Papa.

Y es por cierto notable que, si se exceptúan algunas personas ilusas, cuyo número no es muy grande, el resto del país ha aprobado tácitamente aquel grave acontecimiento, dándole, al parecer, poca importancia. Porque, en primer lugar, están persuadidos de que el Gobierno Papal era ya imposible en el pasado siglo; en segundo, creen que Roma es la sola capital que puede acallar los celos de las otras ciudades importantes, especialmente Milán y Nápoles; y en tercero, no atribuyen la resistencia del Papa al Papa mismo, sino a las personas que le rodean. Y es también curioso observar que el conflicto sobrevenido entre los italianos y la Santa Sede no tiene nada de protestante ni de herético, ni ha llegado, por decirlo así, a la conciencia del pueblo, no sólo cuando se trata de los hombres, sino de las mujeres; y no sólo de la generalidad de éstas, sino de las mismas esposas de los Ministros, Diputados o Senadores. Todas siguen practicando sus deberes religiosos, como si tales cuestiones no existiesen, y cuando se les pregunta si no les hacen impresión las protestas del Santo Padre, responden las unas que son exageraciones, y las otras que no es el Papa quien así piensa, sino que los jesuitas y los Cardenales intransigentes le obligan a usar ese lenguaje. Y aun añaden algunas repitiendo lo que oyen a sus maridos, que poco a poco se convencerá el mismo Papa de que puede vivir muy bien como ahora se encuentra, y que quizás no ha sido nunca más independiente ni más respetado que desde que no tiene Estados que gobernar.

LXXXVII.
España, en 1874.

Anuncios de una restauración Alfonsina en España.—Desórdenes producidos por la República.—Castelar quiere en vano remediarlos.—El carlismo vuelve a levantar su bandera.—Causas que se oponen a su triunfo.—Insurrecciones de Cuba y Filipinas.—Triste situación del país.—Hago un nuevo viaje a España en el año 74.—Los carlistas pintados por un caballero vizcaíno.—Estado de Madrid.—El General Serrano quería mantenerse en el poder.—Otros Generales y D. Antonio Cánovas trabajan para proclamar a D. Alfonso.—Auxilio que les prestaban las señoras de Madrid.—La Mano Negra en Andalucía.—Regreso a Italia por Marsella.—Veo el escándalo del juego en Monte Carlo.

He dicho en el capítulo anterior que en España parecía próxima la restauración de D. Alfonso XII. Así me lo indicaban el estado de las cosas y las cartas de mis amigos. La República, establecida por sorpresa, había visto su poder ejecutivo pasar con mucha rapidez de mano en mano, cual una antorcha incendiaria, que se disputaban los hombres más violentos de aquel partido. Figueras, que fue su primer jefe, viéndose acosado por otros más audaces, recurrió al poco heroico recurso de la fuga; se fue, se salió, se escapó, como dice Cicerón de Catilina. A Figueras siguió Pi y Margall; a éste Salmerón, y a Salmerón, Castelar. En vez de abogados, teníamos en el mando profesores, los cuales querían aplicar a la pobre España cuantos disparates habían leído en ciertos libros extranjeros. Alabábanse de elocuentes, cual si la elocuencia fuera una cosa rara en España, o como si bastara por sí sola para gobernar a los pueblos.

Querían los unos república unitaria, los otros federal, como en México y Buenos Aires. Los más exaltados proponían lo que llamaron el Cantón, o el gobierno por ciudades, y lo establecieron

en Cataluña y Andalucía, y también en la plaza de Cartagena, donde un tal Contreras, militar de escasa reputación pero de mucha audacia, resistió luego mucho tiempo a las fuerzas que el Gobierno central tuvo que mandar para someterle. Sublevóse también la escuadra que se hallaba en aquel puerto, y el Gobierno se vio obligado a declarar piratas los buques que habían iniciado en Cádiz la revolución del año 68.

El antiguo tribuno Castelar, más inteligente que sus predecesores, vino al fin a poner algún remedio a tales desórdenes. Era Castelar un hombrecito pequeño y regordete, con voz atiplada y aspecto común, pero dotado de mucho talento y de mucha elocuencia. Su lenguaje pecaba de florido y abundaba de adjetivos más propios de la poesía que de la prosa. Blasonaba también de cultiparla, como Calderón Collantes, y daba tormento a la Historia para acomodarla a sus fines de demagogo. Tachábanle de vanidoso, y las gentes de buen humor decían de él, que si asistía a una boda, habría querido ser la novia; si a un entierro, el cadáver. Mas a pesar de estos defectos, su saber era grande y fascinadora su palabra.

Tenía, sobre todo en aquella época, la gran ventaja de poseer un poco más de sentido común que los demás republicanos, por lo cual pudo al fin asumir una especie de dictadura, y desmintiendo en ella sus opiniones anteriores, empezó a reorganizar la Hacienda y el ejército conforme a los principios conservadores. Mostróse asimismo arrepentido de sus pasadas faltas, y en una sesión memorable de la Cámara, dijo que le pedía perdón a Dios y olvido a la Historia. Mas no convenía esto de modo alguno a muchos de sus correligionarios, los cuales no habían derribado a Isabel II para darle una especie de trono a aquel tribuno; y ya se preparaban a privarle del poder que ejercía, según ellos, con demasiada moderación, y establecer quizás una República roja, cuando felizmente el General Pavía, a quien el mismo Castelar había dado el encargo de mantener el orden en Madrid, tuvo la oportuna idea de entrar con algunos soldados en el palacio del Congreso y, cual otro Cromwell, puso a los Diputados en la calle. Y fue coincidencia singular que un General Pavía fue quien perdió la causa de la Monarquía en Alcolea, y otro del mismo nombre, aunque de diferente familia, quien dio el primer paso para que su restauración se verificase.

He dicho ya varias veces, que la Nación española es una democracia templada por el ejército y por el carlismo. No causará, pues, extrañeza que los desórdenes de la República, con especialidad la guerra que hacía a la religión, llegando en algunas partes hasta querer impedir el ejercicio del Culto, trajese consigo un nuevo levantamiento de aquel partido. D. Carlos y su hermano D. Alfonso, vinieron luego a ponerse al frente de sus parciales, y ayudados por la anarquía reinante, no sólo consiguieron reunir numerosas huestes, sino que conquistaron la adhesión de muchos liberales, quienes asustados y arrepentidos, creían llegado el *Finis Hispaniae*.

Fue notable en aquella época la confusión que reinaba en las opiniones. Así, verbi gracia, un hombre de tanto ingenio como Nocedal, que había hecho su carrera en las luchas parlamentarias, como Ministro de la Reina Isabel, se pasó al bando carlista y llegó a ser su jefe en el Congreso. Por otra parte, un caudillo carlista tan célebre como Cabrera, el cual debía todo a la causa y a la familia de Don Carlos, y tenía manchadas sus manos con la sangre de los isabelinos, *perfusus sanguine fratrum*, abandonó de repente su partido, y acabó por reconocer como Monarca legítimo, al joven Rey D. Alfonso. ¿Qué más? El General Córdova, aquel mismo que mandó la expedición enviada en socorro del Papa en el año 49, y cuya familia había sido tan favorecida por nuestros Monarcas, se hizo a su vez republicano, y ofendió mortalmente a los oficiales del ilustre cuerpo de artillería, imponiéndoles como jefe a un General comprometido en los tristes sucesos del año 1866.

Y como estos, pudiera citar infinidad de otros casos, pues era grande el número de los que, perdida, por decirlo así, la brújula en aquella tormenta política, obraban de este modo, por interés, por venganza o por despecho. Confirmaban lo que he referido ya que decía el veneciano Quirini sobre la facilidad que han mostrado siempre los españoles para cambiar de partido.

Pasáronse los más al campo carlista, y tanto por esta como por la desorganización que los republicanos habían introducido en su propio ejército, las tropas del Pretendiente aumentaban de día en día; y mandadas por jefes tan entendidos como el anciano Elio, Dorregaray y Lizárraga, llegaban

por un lado hasta las puertas de Bilbao, y por otro hasta las de Valencia; penetraban por el centro en la ciudad de Cuenca, y se apoderaban, en fin, de la fuerte posición de Estella. Los Generales Moriones, Pavía, Martínez Campos, Zavala, Concha y el mismo Serrano, salían sucesivamente a combatirlos, mas no todos tuvieron mucha fortuna. Consiguieron los dos últimos libertar a Bilbao, pero al querer luego recobrar Estella, el valiente Don Manuel de la Concha cayó herido de muerte, y sus soldados tuvieron que retirar a toda prisa su cadáver del campo de batalla, atravesado en una acémila. ¡Lástima que no muriera defendiendo el año 68 a la Reina Isabel!

Por fortuna, la causa de Don Carlos no era simpática a la mayoría de los españoles. Sus ideas absolutistas y su excesiva sumisión al clero, le hacían temible para los liberales y para los detentores de los bienes de la Iglesia. Sus concesiones de fueros particulares, no sólo a los vascos, sino a los aragoneses y catalanes, destruían la unidad de España, que había sido durante tantos siglos la obra mejor de nuestros Reyes, y le enajenaban los ánimos de los demás españoles. Añádase que no todos sus Generales eran dignos de mandar en un país civilizado. Algunos había que más bien que jefes militares parecían bandoleros escapados de algún presidio. Por fin, no era posible que tres o cuatro provincias, por fanáticas y belicosas que fuesen, triunfaran de toda España. Lo que sí lograban era poner en el más terrible aprieto a la desventurada República.

Otra causa de debilidad y de grandes apuros para el Gobierno republicano era la insurrección de la isla de Cuba, estallada algunos años antes, según lo he referido en otro capítulo. No sólo continuaba en el mismo estado, sino que se había extendido a las islas Filipinas, donde existía también un partido considerable que deseaba la independencia. Y aunque no tenían entonces, como Cuba, el apoyo de los Estados Unidos, su clima abrasador y la distancia a que se encuentran de la Metrópoli hacían muy difícil y costosa la tarea de someterlas otra vez a nuestro dominio. El Gobierno central practicaba esfuerzos inauditos para mandar nuevos ejércitos a una y otra región; mas por el momento todo era poco menos que inútil. Las dos bellas colonias no podían llevar ya con paciencia el yugo de la Metrópoli, y pugnaban por sacudirlo.

Si el Gobierno de Madrid hubiera tenido previsión, habríase apresurado a concederles a aquellas islas, por lo menos, una especie de autonomía. Pero los liberales españoles se mostraron en este asunto tan egoístas e intransigentes como el antiguo Gobierno absolutista, como el mismo Fernando VII. La libertad que tanto querían para sí, no la querían para sus colonos; y olvidando que la España misma no estaba madura para ella, pretextaban que no lo estaban los cubanos y filipinos. Por cuya razón la guerra duró cerca de diez años, costándonos 100.000 hombres y muchos millones de pesetas; y hubo al fin que concluir con ellos mediante un Convenio, que no les satisfizo más que a medias, y no fue, en realidad, más que una tregua, según se ha visto, por desgracia, en estos últimos años.

Era, pues, completa la desventura de la República, la desventura de España. Nuestra democracia se mostraba más incapaz y más hechizada que el mismo Carlos II. Insurrección cantonal, guerra carlista, sublevación de las colonias, la escuadra en manos de los extranjeros, nuestros Generales rechazados, el primero de nuestros tribunos convertido en dictador, los representantes del pueblo expulsados del Congreso por un General cualquiera, y nuestra Hacienda tan apurada, que los fondos públicos llegaron a comprarse a ínfimos precios, y decían de ellos por burla, que estaban al alcance de todas las fortunas. Tal era el cuadro que ofrecía nuestra nación después de seis años de trastornos. La Reina Isabel estaba bien vengada. Los ambiciosos que la privaron del trono estaban bien castigados. A la República española, podía, con verdad, aplicarse lo que dice Dante de la República florentina de su tiempo; no era ya señora de provincias, sino burdel,

Non donna di provincie, ma bordello.

Entre tanto el General Pavía no imitaba a Cromwell más que a medias, porque después de haber disuelto el Congreso, lejos de tomar el poder para sí, se limitó a reunir una junta de notables, la cual se lo dio al siempre afortunado General Serrano. Con todo, era ya bien claro que, no habiendo podido durar la Monarquía de D. Amadeo ni mucho menos la República, y no siendo tampoco afecta a las clases ilustradas la Monarquía de D. Carlos, no había más medio de salud para

España que la restauración de la dinastía caída, dando el trono al joven Príncipe D. Alfonso, a quien la mano de Dios, protectora de nuestro país, había salvado de tantas ruinas. La Reina Isabel había abdicado ya en él, y nadie podía hacerle responsable de los errores de su Augusta Madre.

El momento, pues, no podía ser más interesante, y para juzgar de todo más de cerca, decidí hacer otro viaje a España en la primavera del año 74. No pude, sin embargo, verificarlo aquella vez por tierra, en atención a que los carlistas infestaban las provincias del Norte, y era necesario atravesar a caballo los Pirineos con mucha incomodidad, y con riesgo de caer después en manos de aquellos facinerosos. Embarquéme por lo tanto en Marsella en un vapor francés, que dos veces por semana hacía la travesía de aquel puerto al de Orán, tocando en Cartagena, donde desembarqué y donde pude observar ya los estragos causados por la reciente revolución, y por el sitio que había sostenido aquella plaza. ¡Causaba honda pena ver hasta qué punto habían despedazado a España sus propios hijos!

Tomando luego el ferrocarril, me encaminé sin tardanza a Madrid, y fui todo el viaje muy entretenido con la conversación de cierto caballero vizcaíno, el cual, aunque por excepción no era carlista, como la generalidad de sus paisanos, conocía muy bien a todos los hombres más notables de este partido, y contaba sobre ellos muchas graciosas anécdotas. Decía bastante mal de D. Carlos, pintándole como un Príncipe a la vez supersticioso y disoluto, que no carecía de valor personal, pero que escandalizaba a sus propios partidarios, dejándose ver en las calles enamorando a las mozuelas del pueblo. Alababa las cualidades de Dorregaray y Lizárraga; mas contaba horrores de Perula, Cucala y, sobre todo, del Cura de Santa Cruz, a quien los mismos carlistas consideraban como una deshonra de su bandera.

Refería también cosas chistosas sobre las ambiciones de los carlistas, los cuales no eran en esto diferentes de los liberales y demócratas. Baste decir que habían nombrado ya hasta un Gobernador de Cádiz *in partibus infidelium*. Y es igualmente muy donosa la anécdota siguiente: Paseábase mi vizcaíno un día en París, de donde venía, con un personaje carlista, y llegando a pasar por delante de la Embajada de España, la cual se hallaba entonces en el Quai d'Orsay y estaba ocupada por Olózaga, el carlista se paró y señalando a aquel edificio, le dijo: «Dentro de poco tiempo seré yo quien habite ese Palacio en lugar de Olózaga». «¿Cómo es eso?» le preguntó el vizcaíno. Y el carlista le respondió con aire importante: «Porque D. Carlos me ha prometido que me hará Embajador aquí apenas ocupe el trono». ¿Quién no se había de reír de tales simplezas?

Llegado, al fin, a Madrid, me alojé en un nuevo hotel que habían establecido en la Puerta del Sol y que era, a la verdad, cómodo y limpio, y fui luego a ver a mis amigos. Hallé las cosas tales cuales me las habían pintado en sus cartas. No obstante los esfuerzos que hacía el General Serrano, Duque de la Torre, para combatir a los carlistas y restablecer el orden, era general el descrédito de la República y la convicción de que el solo medio de devolver la paz al país sería la proclamación del Príncipe D. Alfonso, dotado, según testimonio general, de las más bellas prendas, y educado en las ideas de nuestro siglo. Mas aquel General, deseoso principalmente de prolongar su agradable posición, no veía las cosas de la misma manera, y probablemente pensaba que entre todas las dinastías no había ninguna tan buena para España como la dinastía de los Serranos. La Duquesa, su mujer, la cual era tan ambiciosa como bella, le confirmaba en esta opinión, y ambos hacían de muy buena gana el papel de pequeños reyes. Gozaban, sin embargo, de poco prestigio, porque el Duque no era popular ni estimado, a causa de sus antecedentes de favorito y de sus cambios de partido, y la Duquesa era insoportable para las otras señoras de Madrid, quienes, si no habían sufrido la superioridad de la Reina María Victoria, mucho menos querían sufrir la de una particular encumbrada.

En general, todas las señoras principales de Madrid eran alfonsinas, en parte porque deseaban que se suprimiese la tolerancia de cultos, establecida por la República; en parte por sincera lealtad a la dinastía caída. Alfonsinas eran las Duquesas de Gor, Villahermosa, Osuna y Bailen; las Marquesas de Santa Cruz, Miraflores, Bedmar y Molins; las Condesas de Sástago, Pinohermoso y las Almenas, y en fin, toda nuestra nobleza, todo nuestro Almanaque de Gotha. Los salones de la

Marquesa de Bedmar eran el centro principal de sus reuniones, y tuve el gusto de asistir a algunas de ellas, porque conocía a la Marquesa desde que era estudiante en Madrid y vecino suyo en la Carrera de San Jerónimo, y después la había visto mucho en París en casa de mi cuñada la Marquesa Emilia de las Marismas, de quien era muy amiga. Era hija la Bedmar de aquella hermosa Marquesa de Montufar, de la cual anduvo siempre enamorado el célebre Martínez de la Rosa, y aunque no tan bella como su madre, tenía también mucho agrado. Avanzando en edad, se había puesto demasiado gruesa; pero conservaba siempre mucha viveza, mucha gracia y mucho ingenio. Amiga de sus amigos, inspiraba a todos confianza y parecía como nacida para las intrigas políticas.

El Marqués, su marido, era descendiente de aquel Embajador del mismo nombre que fraguó en Venecia una famosa conjuración en tiempo de Felipe IV, y también de otro que mandaba en Flandes durante la Guerra de Sucesión y mereció los más desmedidos elogios del Duque de Saint-Simon. Su cuerpo era pequeñito; mas su travesura era grande y también su actividad y diligencia. Trabajaba mucho, por su parte, para la restauración de D. Alfonso, costeando un periódico y acalorando por todos los medios posibles el entusiasmo de sus parciales, lo cual le valió en su día para ser Embajador en Rusia y Consejero de Estado.

Pero los agentes principales de la conspiración alfonsina, eran algunos Generales ilustres y el insigne orador Don Antonio Cánovas del Castillo, a quien el joven D. Alfonso había dado sus plenos poderes, de suerte que era el jefe reconocido de su partido. A fin de facilitar la restauración que meditaba, había organizado Cánovas una multitud de comités en todas las provincias, los cuales hacían la propaganda de palabra y por escrito, y preparaban la opinión pública para el movimiento proyectado. Tenía, según él mismo me dijo, el buen deseo de que éste fuese realizado por la fuerza de la opinión y no como tantos otros anteriores, por la intervención exclusiva de los militares. Y con efecto, lo más bello hubiera sido que así aconteciese; mas por otra parte era muy de temer que, si se dilataba mucho, el Duque de la Torre consolidase entre tanto su posición y crease intereses que hiciesen luego por extremo difícil una transformación pacífica, que es lo que ha sucedido en Francia.

Mas por fortuna para nosotros, los demás Generales de nuestro ejército no podían ver sin celos el encumbramiento de uno de ellos, siquiera fuese tan ilustre como Serrano. Los que habían derribado a la Reina Isabel de Borbón no querían someterse después a un hombre que era igual a ellos. Porque ha sido dicha de España, en medio de sus desgracias, que no haya podido formarse en ella una dinastía militar, como se ha formado en Francia. Y una vez que se deseaba la monarquía, no había más que dos soluciones: Don Carlos o Don Alfonso. El primero era odioso a la nobleza ilustrada, a la burguesía y al pueblo: no había, pues, otro Rey posible que el segundo. Y ya uno de los más notables Generales, el Conde de Balmaseda, había proyectado proclamarlo en Cádiz, y sólo desistió de ello, porque se lo impidió el mismo Cánovas. Pero todo se hallaba pronto para un pronunciamiento militar, que al fin fue verificado por el ilustre General Martínez Campos antes de que acabara el año, según lo referiré en el siguiente capítulo.

Mientras esto no tenía lugar, fui a ver a mi familia en Andalucía, y me restituí luego a Florencia por el mismo camino que había traído; es decir, por Cartagena y Marsella. Hallé a Sevilla muy asustada con motivo de una sociedad secreta, llamada *La Mano Negra*, compuesta de campesinos, que deseaban la división de las tierras, y sacaban así las últimas consecuencias de la reciente revolución. Mataban, saqueaban, a la manera de los fenianos de Irlanda, ahuyentando de sus posesiones a los propietarios de Andalucía. Se necesitó luego que el Gobierno tomara las medidas más severas y encargara su ejecución a los Magistrados más enérgicos, a fin de extirpar aquella plaga.

Tales calamidades producían allí un espíritu contrario a la democracia y favorable a la restauración. Y es inútil decir que todas las damas principales eran alfonsinas, como las de Madrid. Con todo, no faltaban algunas que se habían vuelto carlistas; entre ellas una antigua amiga mía, Marquesa de ilustre título, quien, dada por completo a la devoción, era lo que Madama de Sevigné llama por donaire, una madre de la iglesia. Dominada por clérigos y frailes, creía a pie juntillo que

tanto Don Alfonso como todos los liberales estaban excomulgados. Y lo más gracioso fue que quiso ganarme para su bando, y tuve que explicarle, en primer lugar, que el Rey es como la patria y como los padres, que no es lícito cambiarlo, cual un vestido, mucho más habiendo recibido de su madre empleos y favores, que era el caso mío. Díjele también que, en mi concepto, el ideal de Gobierno es el que se llama mixto, donde Rey, próceres y pueblo tienen cada uno su respectiva parte de influencia; y que en el carlismo quien predomina es el Monarca, como en el republicanismo la plebe; por consiguiente, ni el uno ni el otro ofrecen tipo perfecto. El Gobierno parlamentario, que prometía Don Alfonso, no estaría tampoco exento de defectos; pero se acercaría más que los otros dos a la excelencia deseada. Mas todo era predicar en desierto con aquella rabiosa absolutista.

En Cádiz, donde tuve el placer de encontrar ya de regreso de América a mi querido hermano José, me detuve bastantes días. Sufría allí mucho el comercio por la insurrección de las colonias, y no veían el momento de que fuese proclamado Don Alfonso. Y creían, como yo, que no era bastante para esto la acción de los comités organizados por Cánovas, sino que era necesario que los Generales se pronunciasen. Viajé luego rápidamente sin descansar más que en Mónaco, a fin de visitar a mis tres hijos varones en un Colegio de jesuitas que se había establecido allí a causa del buen clima. Habíalos puesto en él porque, sea cual fuere la opinión que se tenga sobre la conducta política de la Compañía, es imposible negar que sus individuos poseen mucha aptitud para la enseñanza, tanto religiosa como literaria.

Fui también al vecino Monte Carlo, donde, no obstante lo adelantado de la estación, había aun algunos aficionados al juego, que es a lo que está principalmente dedicado su famoso Casino. A principios del siglo XIX no había en aquel paraje más que algunas casas de campo; pero después que los Soberanos de Alemania prohibieron en sus Estados el juego de la ruleta, el Príncipe de Mónaco, que tenía pocos recursos y era menos escrupuloso sobre la manera de procurárselos, autorizó a un especulador para que allí lo estableciese, mediante el pago de una compensación muy crecida. Y a poco se levantó en aquel lugar delicioso un verdadero palacio, obra del mismo arquitecto Garnier, que edificó el nuevo teatro de la Ópera en París, y fue adornado con jardines muy bellos, que baña un mar azulado y casi siempre tranquilo. Una sociedad equívoca, compuesta de la gente más desocupada y viciosa de Europa, acude allí durante el invierno y se establece en una multitud de grandes hoteles que han sido construidos a lo largo de la marina. Los más morigerados se limitan a oír la buena música que en el Casino se ejecuta; pero la mayoría se esparce por las salas de juego y se entrega con exceso a esa pasión terrible. Piérdense en aquel sitio fortunas inmensas, y no es raro que los que se ven del todo arruinados se suiciden luego, ¡oh dolor! a la vista de aquel cielo tan hermoso y entre las flores y los mirtos. Hace ya muchos años que dura este escándalo; mas como el Príncipe, lo mismo que sus súbditos, viven de él, no se curan de la opinión pública, y si alguno les echa en cara su feo proceder, se disculpan con este epigrama:

Son Monaco sullo scoglio,
Non semino, non coglio,
E pur devo mangiar.

LXXXVIII.
España, en 1875.

Tengo el dolor de perder una hija.—Proclamación de Alfonso XII en Sagunto.—Me traslado sin demora a Madrid.—Entusiasmo que excita el nuevo Rey.—Cualidades que le adornan.—Usos que suprime.—Muéstrase un modelo de Soberano constitucional.—Posición envidiable de Cánovas.—Grandes dotes de este Ministro.—Enemigos que le hostilizan.—Chasco que se llevan las señoras de Madrid.—Pretensiones de Sagasta.—Cuestión de los empleos.—Dificultades que hallo para volver a la carrera.—Soy al fin nombrado Ministro Plenipotenciario en Constantinopla.—Salones y literatura de aquel tiempo.—Una novela de Valera.—Dramas de Echegaray.—Poesías de Bécquer, Grilo y Núñez de Arce.

De regreso a mi casa de Florencia quiso el Cielo probar mi fe y mi constancia con una gran pesadumbre. Mi hija Luisa, bella niña de catorce años, que había gozado hasta entonces de muy buena salud, cayó enferma de repente con una calentura tifoidea, y a pesar de los esfuerzos de los médicos y de los ruegos que dirigíamos a Dios para que se dignase conservárnosla, fue arrebatada al fin a nuestro cariño. Su viva inteligencia y dulce carácter la hacían particularmente amable a nuestros ojos, y era también simpática a cuantos la conocían. Su muerte fue tan santa como lo había sido su vida; mas a pesar de creer que vive ya entre los ángeles, no hemos podido nunca consolarnos de su pérdida, y el recuerdo de su belleza y virtudes se conserva siempre tan vivo entre nosotros, que nos parece que forma parte todavía de nuestra corona de hijos.

Mi ánimo no estaba todavía enteramente repuesto del grave pesar que había sentido, cuando llegó la noticia ya esperada de que el día 31 de diciembre del fenecido año 74 el joven Don Alfonso había sido proclamado Rey en Sagunto por el ejército del General Martínez Campos. A lo cual siguió su proclamación por el de Jovellar, situado en el centro. El Ministerio republicano quiso en vano oponerse, y llegó a detener preso a Don Antonio Cánovas; pero cedió bien pronto en su resistencia, en vista de que el movimiento se propagó por toda España como un reguero de pólvora. Y en cuanto al General Serrano, herido por los mismos filos que él había usado contra la Reina Isabel, renunció desde luego a la lucha y traspuso a su vez la frontera. Veíase con la mayor evidencia que el Gobierno monárquico es el más conforme a la naturaleza de los españoles, y que la nación entera, vuelta de sus pasajeros errores, anhelaba ya su restablecimiento.

D’une si longue erreur pleinement affranchie
Elle n'avait plus des voeux que pour la monarchie.

Mi interés me llamaba otra vez a Madrid. Llegué a la Corte casi a la par que el mismo Rey Don Alfonso, el cual supo la noticia de su proclamación estando en un palco de la Ópera en París, y había corrido luego a Barcelona y Valencia, pasando desde allí a la capital. El entusiasmo que excitaba en todas partes rayaba en lo increíble. Yo fui testigo del de Madrid, y no tendría palabras para describirlo. Con todo, debo decir que el pueblo bajo no demostraba tanta alegría como las clases medias y la aristocracia. Don Alfonso, especialmente después del manifiesto que había dado pocas semanas antes, datado en Sandhurst, no era el Rey del clero, ni tampoco de la democracia; era el Rey de las clases más ilustradas; de las que en la experiencia de nuestras revueltas habían aprendido bastante para comprender que era preciso plantar la bandera de la Monarquía en un término medio más liberal que el anterior, adoptando en religión y en política ideas más modernas que las de los antiguos moderados.

Tuve pronto ocasión de ver al nuevo Rey y de saber muchas cosas interesantes sobre sus cualidades y carácter, y me pareció que realizaba en lo posible el ideal anhelado por España. Joven de diecisiete años, tenía toda la gracia y lozanía de esa edad temprana. Si hubiera sido un poco más alto de cuerpo, se le habría calificado de buen mozo; mas, aunque pequeño, gustaba mucho a las damas por la dulzura de sus ojos y la expresión inteligente de sus facciones. Había recibido una

educación muy esmerada, primero en el Teresiano de Viena, y luego en el Colegio de Sandhurst, en Inglaterra. Era discreto y circunspecto. Hablaba con una elocuencia natural, que no era la que se aprende en las escuelas y puede ir unida con la escasez de talento, como en el caso tan conocido del Emperador Claudio, sino la que nace espontáneamente de la intensidad del sentimiento y de la viveza del espíritu. Era, además, bondadoso, ocurrente y amable, sin el menor orgullo, sin pretensiones de ninguna especie.¡Hubiérase querido por algunos que mostrase más apego a ciertas particularidades nacionales tocante a las cuestiones religiosas; pero los que procuraron preservarle de que fuese fanático le expusieron, sin quererlo, a que fuese en este punto más europeo que español. ¡Tan difícil es hallar en estas materias un término medio que agrade a todos!

De su conducta privada no se dijo nada en aquellos primeros tiempos. Su deseo entonces era conquistar la estimación general y ofrecer en todo un completo contraste con su criticada madre. Además, que muy pronto se enamoró de su linda prima la Infanta Doña Mercedes, hija del Duque de Montpensier, con la cual se casó al fin, y esta casta y tierna pasión purificaba sus costumbres.

La conducta del joven Rey era por entonces ejemplar. Prestaba mucha atención a los negocios del Estado, y cuando no iba al teatro, pasaba sus noches en Palacio, al lado de su hermana mayor la Infanta Doña Isabel, Princesa de Asturias y viuda del Conde de Girgenti, señora de mucho talento y de raras virtudes, que hacía entonces con él las veces de madre.

Contábanse ya sobre el joven Monarca muchas anécdotas que le pintaban como un hombre moderno, llano, despreocupado y afable. Durante su viaje de Valencia a Madrid se detuvo en un pequeño pueblo, cuyo Alcalde quiso dirigirle una arenga; mas en mitad de ella se turbó y tuvo que pararse. Viéndole el Rey en aquel apuro, le dio una palmadita en el hombro y le dijo sonriendo: «Señor Alcalde, no se aflija usted por no poder seguir adelante: se ve que usted y yo somos nuevos en nuestro oficio.»

Halló todavía en Palacio la antigua costumbre de conducir los platos de la comida Real desde la cocina al comedor, escoltados por un oficial y cuatro soldados, introducida en tiempos en que, según parece, no estaba muy segura la vida de los Monarcas, y no sólo se burló de tan ridícula precaución, sino que se apresuró a quitarla. Y abolió también otra costumbre muy singular, que consistía en disponer que cuando el Rey iba al teatro, fuese seguido su coche de otro muy cerrado, el cual contenía un sillón misterioso para usos reservados del Soberano. Cosas todas introducidas en tiempos de costumbres poco refinadas.

Más importancia tuvo la supresión de ciertos usos de nuestra antigua monarquía, especialmente dos: el de tutear el Rey a todo el mundo, y el de exigir que le besaran la mano. El primero era, en mi sentir, no sólo inocente, sino grato. Tenía algo de paternal aquel lenguaje tan amigable, peculiar de nuestros Reyes, y confieso que por mi parte me he sentido lisonjeado y conmovido siempre que las dos Reinas Cristina e Isabel me han dirigido así la palabra. Mas el orgullo democrático se rebelaba ya contra esa usanza, que le parecía ofensiva a la dignidad del ciudadano. D. Alfonso, que sabía esto, se dio priesa a cambiarlo, hablando de usted a todas las personas con quienes conversaba.

Más razón tuvo, a mi parecer, en la abolición del uso de besar la mano del Monarca. Antiguamente se hacía así en todas partes, y en la misma Inglaterra, no sólo existía esa costumbre, sino que hasta la época de Jorge III los Ministros hincaban una rodilla cuando hablaban al Soberano. Pero el tiempo y las revoluciones, que han gastado el prestigio de los Reyes, han hecho también que esas muestras de respeto se consideren excesivas y por lo tanto se supriman. A la llegada de Don Alfonso se supo que no quería que nadie le besase la mano, y casi todos se conformaron con ello de buena gana. Hubo, sin embargo, algunos pocos, entre ellos el Conde de Cheste, que quisieron absolutamente besársela: pero el Rey no lo consintió, retirándola con apresuramiento.

Como digo, fue general la aprobación que mereció esta conducta; mas es ahora una contradicción singular que mientras se ha abolido el acto material de besar la mano del Rey, se conserve por otra parte la fórmula de ese mismo acto en todos los escritos oficiales, y también en la

correspondencia de las personas privadas. Si no es conforme con la dignidad del ciudadano el besarle la mano al Monarca, no lo es menos el besársela a los demás, siquiera sea sólo por escrito. En mi opinión, debería abolirse semejante antigualla y conservar sólo el uso de suscribirse seguro servidor, que es ya bastante humilde y deferente.

Además de las bellas prendas que adornaban a Don Alfonso tenía también el valor propio de su raza, y era además atrevido y casi temerario, como lo probó más adelante en su viaje a Aranjuez durante el cólera, y en otras muchas ocasiones; por lo cual no es extraño que quisiera ir al instante a mostrarse al ejército y tomar parte en sus peligros. Mas no fue muy afortunado en su primera salida porque no había aun suficientes fuerzas reunidas para batir totalmente a los carlistas y hubo que aguardar un año más antes de que vencidos y desalentados, se dispersaran o huyeran a Francia.

Entre tanto creían algunos y creía el mismo Cánovas que Don Alfonso, desplegando talentos militares, adquiriría en nuestro ejército aquel prestigio que tienen, por ejemplo, en el suyo los Soberanos de Austria y Alemania: de modo que sin dejar de ser Rey constitucional, tomaría en las cosas de la guerra una autoridad más dominante. Mas confieso que por mi parte lo dudé siempre mucho y el tiempo me fue dando razón. Había para tales esperanzas varios obstáculos difíciles de superar. Hacía siglos que nuestros Reyes no mostraban propensión al ejercicio de las armas. Felipe V y Carlos III asistieron por excepción a algunas batallas, mas no perseveraron en esa conducta. Por consiguiente, no tenía Don Alfonso de quien heredar esa afición ni podía tampoco ostentar de repente las dotes de un buen caudillo. No había nacido con el genio militar de un Carlos V o de un Carlos XII. Era un león, pero un león criado en jaula. No le faltaba enteramente la afición a las armas; pero la tenía más a la política y a las letras. Además no era fácil que nuestros viejos Generales, acostumbrados a dominar sin contraste, se prestasen de repente a obedecer a un joven Príncipe, que no había visto hasta entonces los campos de batalla.

Para que esto suceda algún día será menester que nuestros Reyes reciban otra clase de educación y nazcan con otros gustos. Se necesita sobre todo que nuestros militares no tengan nuevas ocasiones de adquirir y conservar grandes prestigios, de que luego abusan en política. La pérdida de nuestras colonias, a vuelta de tantos males, podrá traernos el bien de que no se les ofrezcan ya tantas como antes. La cesación de las guerras carlistas producirá también este buen resultado, y llegará quizá el día en que nuestro ejército no tenga ya Capitanes generales, como acontece en Italia y en Austria, y que el Rey sea el solo revestido de esa alta dignidad, como ha sido el solo Maestre de las Ordenes militares desde el tiempo de Fernando V. Entonces será más fácil que asuma en la milicia el rango que naturalmente le corresponde y de que le han privado nuestras discordias civiles; entonces podrá tener en su ejército la superior posición que tienen en el suyo los Monarcas de otros países. Limitóse, pues, el joven Don Alfonso a sus funciones de Soberano constitucional, y en ellas se mostró perfecto. Fidelidad a sus Ministros, deferencia a las Cámaras, respeto a la opinión pública; ninguna veleidad de reacciones ni golpes de Estado. Había confiado de antemano la Presidencia del Ministerio al célebre D. Antonio Cánovas, jefe del partido más juicioso, que intituló, no como antes, moderado, sino liberal conservador, y este hombre político, de acuerdo con D. Alfonso, se rodeó de otros de varias procedencias, inclusos algunos amadeístas, probando así que el nuevo Rey no venía a vengar los agravios hechos a su madre, sino a procurar la felicidad de España con el auxilio de todos los españoles. Eran todos los nuevos Ministros estadistas de mucho mérito, y su nombramiento fue muy bien recibido por la opinión pública.

La posición de Cánovas era envidiable. La Restauración, si bien hecha por los Generales, se debía principalmente a sus esfuerzos y a su buen sentido. Suya era la gloria de haber acertado con el nuevo credo, con el nuevo término medio que convenía a la nación, y debía ser aceptable para todos los liberales de buena fe. Su único rival en aquellas circunstancias, el General Martínez Campos, no poseía ni la ambición ni el talento político de O'Donnell y Narváez. Militar entendido y valiente, estaba dotado sobre todo de muy buen sentido y comprendía que Cánovas era más a propósito que él para dirigir en aquellos momentos tan difíciles la gobernación del Estado. Tenía más de un Monk que de un Washington. Dejóle, pues, a Cánovas la dirección de la política, y pasó a gobernar la isla

de Cuba, donde gracias a sus ideas liberales y a su carácter justo y conciliador, consiguió restablecer la paz por medio de un Convenio con los insurrectos, que igualaba aquella posesión lejana con una provincia española. Los rebeldes hubieran querido más; pero no era poco lo que obtenían, y quizá habría bastado para conservar allí nuestra soberanía, si hubiera sido seguido en plazo cercano de otras reformas más importantes.

La posición de Cánovas fue, pues, desde aquella época, enteramente excepcional, y tomó puesto desde luego en nuestra Historia moderna, al lado de Toreno, Martínez de la Rosa, Pacheco y Bravo Murillo, como estadista eminente, orador insigne y escritor de primer orden. Fue a la vez liberal y monárquico, enérgico y conciliador, práctico, prudente, previsor, laborioso e incansable. Mostróse algunas veces demasiado indulgente con los defectos de sus partidarios; pecó otras de exceso de orgullo; mas estos lunares no disminuyen su justa fama. Tenía ya, sin embargo, quien le hostilizase, como lo han tenido y lo tendrán siempre todos los grandes Ministros. Aunque el país estaba casi pacificado, no faltaban en él, partidos enemigos y clases descontentas. Desde luego, los carlistas iban deponiendo las armas, pero no dejaban de abominar al Gobierno que los había vencido. Entre los republicanos hubo algunos, como Moret y Canalejas, que abjurando sus errores, reconocieron al nuevo Monarca; mas quedaban todavía muchos que soñaban con nuevas revoluciones. Era el principal de ellos, un tal Zorrilla, hombre díscolo y violento, quien ya durante la época de D. Amadeo había fundado un partido llamado progresista-revolucionario, que era un republicanismo disfrazado. Retirado al extranjero, no cesaba de conspirar contra la Monarquía de Alfonso XII.

Dicho se está que el clero todo, así como los más intransigentes del antiguo partido moderado, y también las señoras de Madrid, veían con desagrado que la Restauración no restableciese la unidad católica y se limitase a abolir la libertad de cultos establecida por la Revolución, sustituyéndola con la tolerancia religiosa. Las damas de nuestro libro de oro, decían con amargura que se habían llevado chasco en ese punto; mas a poco que se reflexione, no será difícil disculpar la conducta del Rey y de sus Ministros. Al estado a que habían llegado la cultura y las recíprocas relaciones de los pueblos, no era posible ya obstinarse en la antigua intolerancia. El Papa mismo, desde el regreso de Pío VII, permitía en Roma dos capillas del culto protestante, para uso de los extranjeros que visitan y enriquecen la ciudad eterna. Por consiguiente, España no podía continuar siendo una excepción de lo que era ya una regla tan general como conveniente. El joven Rey, educado en el extranjero, se hallaba penetrado de esta necesidad, y cuando al llegar a España fue interpelado sobre esto por un insigne Prelado, se limitó a decirle, con oportunidad, que en los colegios en que se había educado, tanto en Austria como en Inglaterra, había visto que los escolares de varias creencias vivían allí en perfecta paz, siguiendo cada uno la suya, y no comprendía por qué no había de suceder lo mismo en nuestro país.

Mucho más grave disgusto que este del clero, los moderados y las damas, sentía por otros motivos el antiguo partido progresista, cuyo jefe reconocido era ya el famoso revolucionario Sagasta, antiguo Comandante de la milicia nacional y conspirador incansable, quien al fin había recogido el manto de Olózaga, y reuniendo en torno suyo a los odonelistas más liberales y a los demócratas de más juicio, había dado a sus secuaces el nombre de fusionistas y aspiraba a su vez a la dirección del Estado. Era buen orador y mostró siempre mucha habilidad para contentar a sus partidarios, gracias a poseer precisamente lo que le faltaba a Cánovas, es decir, un carácter bondadoso y amable. Fuerte ya en la adhesión de tantos amigos, creía Sagasta tener derecho a turnar en el poder con su rival conservador, y obtuvo que el mismo Cánovas lo reconociese así y contribuyese a establecer entre ellos una perfecta alternativa, en virtud de la cual subían y bajaban sucesivamente del poder, como Cástor y Pólux subían y bajaban alternativamente desde las alturas del Olimpo a las riberas del Aqueronte. El mismo Rey Alfonso comprendía muy bien que el error principal de su Augusta madre había sido la exclusión sistemática de ese partido; por cuya razón se prestó de muy buen grado al propósito de Cánovas y confió el Gobierno a Sagasta en la primera crisis ministerial, que ocurrió en el año 81.

Por último, había también otros descontentos, a consecuencia de la distribución de puestos y recompensas, porque, en primer lugar, era difícil atender por igual a todos, y urgía también desarmar a ciertos enemigos. Por regla general, los nuevos Monarcas procuran más bien ganar a éstos a fuerza de dádivas que recompensar a los amigos, de cuya fidelidad viven seguros. Así acontecía con el nuevo Rey, y ya decían algunos «que el vencedor podía estar celoso de la felicidad del vencido». Yo mismo tuve ocasión de experimentarlo, pues a pesar de mis servicios y de la lealtad con que me había conducido, no sirviendo ni solicitando nada de D. Amadeo ni de la República, hallé mucha dificultad para ingresar de nuevo en la carrera diplomática, mientras que lo conseguían desde luego varios amadeístas y también otros muchos que no habían mostrado mayor constancia que la mía.

Afortunadamente era yo muy conocido del mismo Cánovas y del Ministro de Estado, D. Alejandro Castro, quienes tuvieron la bondad de mostrarse favorables a mi pretensión. Pero lo que más contribuyó a que me colocaran fue el empeño que tomaron en ello otros amigos y amigas, cuya influencia era muy grande en aquellos días. Nombráronme pues, al fin, Ministro Plenipotenciario de segunda clase en Constantinopla, cargo mal retribuido, pero que era para mí un ascenso, puesto que no había sido antes más que Ministro Residente, por cuya razón lo acepté con mucho gusto.

Antes de partir de Madrid tuve la alta honra de ser recibido por el joven Rey, a quien ofrecí mis respetos y di las más sinceras gracias por el puesto que se había dignado confiarme. Y debo decir que quedé encantado de su linda figura, finos modales, despejo, viveza y memoria. Hablóme largo rato de los asuntos de Oriente, y lo hizo con una copia de noticias, que me dejó maravillado, pues aunque es posible que, cual suelen hacerlo en casos semejantes los grandes personajes, se hubiese preparado a mi audiencia con alguna lectura, era siempre notable que en medio de sus ocupaciones de entonces tuviese tiempo para hacerlo.

Para terminar este capítulo, diré también alguna cosa sobre la sociedad y la literatura de aquella época. Madrid ardía en fiestas para celebrar la vuelta del nuevo Rey. Aunque las damas principales estaban disgustadas con motivo de la tolerancia religiosa, sentían por otra parte una viva satisfacción al verse libres de Reyes intrusos y dictadores militares, y poseer, al fin, la Monarquía de Don Alfonso XII, por quien tanto habían trabajado. Recibían muchas de ellas, y principalmente la Duquesa de Bailen, cuyo Palacio, adornado con bellas pinturas de Gonzalo, Domingo y otros buenos artistas de aquel tiempo, es uno de los más bellos de la Corte; la Marquesa de Molins, cuyo marido era uno de los hombres más importantes del partido conservador, y la Marquesa de la Puente y Sotomayor, cuyas dos lindas hijas se casaron después, la una con el Conde de Casa-Valencia y la otra con Cánovas del Castillo. Pero el salón más político y donde más se reunían los amigos del nuevo Ministro era siempre el de la Marquesa de Bedmar.

Acerca de la literatura, diré que en la novela había una novedad. D. Juan Valera, Diplomático, Diputado y escritor de mucho mérito, acababa de componer una, titulada *Pepita Jiménez*, en la cual pintaba con mucha gracia, a la manera de Fernán Caballero, las costumbres de Andalucía y refería los amores de una linda viuda con cierto joven seminarista, cuyo carácter recuerda el Hipólito del teatro griego. El estilo de Valera es muy castizo; únicamente es lástima que imitase en aquella obra, no sólo el lenguaje de nuestros clásicos, sino también su licencia.

En el teatro había, asimismo, algo nuevo. Los dramas de Echegaray, ingeniero y poeta, habían reemplazado los de Tamayo. No tuve entonces el gusto de oírlos, porque el luto que llevaba aun por mi querida hija me impedía ir a los teatros; pero los he conocido después, y hallo que revelan un gran talento dramático. Sin embargo, no todos tienen el mismo mérito. *O locura o santidad* y *El Gran Galeoto*, son los más bellos. En los demás hay mucho de poco natural, de inverosímil y aun de extravagante. El autor olvida con frecuencia estos versos de Boileau:

Una merveille absurde est pour moi sans appas
L’esprit n’est point ému de ce qu’il ne croit pas.

De poetas líricos había siempre gran copia. Si Campoamor había hecho olvidar bastante a Zorrilla, a su vez tenía él ya rivales en Bécquer, Grilo y Núñez de Arce, los cuales estaban todos

dotados de genio poético y también de esa sensibilidad y de esa fe que raramente se hallan en el autor de las *Doloras*. Bécquer es, como Musset, el poeta del amor y de la juventud; Grilo es tierno y armonioso, y Núñez de Arce tiene un atrevido vuelo. Su carácter apasionado y activo le hizo tomar parte en la revolución y sentir luego con mucha fuerza sus desastrosos resultados. Es, pues, el vate de la reacción, el cantor del arrepentimiento y del desengaño. Deplora la caída de los tronos, se mofa de la República y odia la mentida libertad que había dado a España la ambiciosa democracia. Véase como ejemplo de su manera de sentir y decir esta enérgica estrofa:

No eres la vaga aparición que sigo
Con hondo afán desde mi edad primera,
Sin alcanzarla nunca... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera,
Licencia desgreñada, vil ramera
Del motín, ¡te conozco y te maldigo!

LXXXIX.
La Grecia, en 1875.

Voy a embarcarme en Brindisi.—El Santuario de Loreto.—Recuerdos históricos y literarios.—Llegada a Corfú.—Interés que me inspira la Grecia.—El ermitaño del Cabo Matapán.—Llegada al Pireo y a Atenas.—Bellas ruinas del Partenón.—Placer que me causa cuanto observo.—Injusticia con que se juzga a los griegos.—Divídanse sus desventuras y su heroísmo.—Olvídase que eran antes un puñado de esclavos.—Han crecido, sin embargo, en población y riqueza.—Han creado una capital y una lengua.—Egoísmo con que son tratados por las grandes Potencias.—Sigo mi viaje por el Archipiélago.—Entrada en el Helesponto.—Un telón que se descorre.—Vista sorprendente de Constantinopla.

Después de despedirme de mi madre y hermanos en Cádiz, volví otra vez a Italia a fin de hacer otro tanto con mi mujer y mis hijos, a quienes, por el momento, no podía llevar conmigo a tierra tan lejana, y fui a embarcarme en el puerto de Brindisi. De esta manera tuve ocasión de ver las costas del Adriático, que no conocía, y que me parecieron bastante inferiores a las del Tirreno. El mar es quizá más azul, pero la tierra es más llana y aun a trozos estéril. Después del famoso pinar de Rávena, donde cayó Gastón de Foix, es raro ver bellos árboles, y todo aquel terreno se asemeja bastante a nuestras Castillas: campos de trigo, buenos pastos y un horizonte cerrado por montañas, casi siempre coronadas de nieve.

Las ciudades que se ven al pasar, no son tampoco comparables con las de la otra orilla. Ancona no vale como Pisa ni Liorna, y creo que pocos irían a visitarla si no fuera porque tiene enfrente el célebre Santuario de Loreto, que entonces vi sólo de lejos, pero que visité algunos años después, por ser aquel uno de los lugares donde la Madre de Dios recibe con más benignidad las oraciones de sus devotos.

Las llanuras de la Puglia me recordaron la batalla de Cannas y el triunfo de Aníbal, debido en mucha parte al valor de los soldados iberos. Brindisi trajo a mi memoria el viaje descrito por Horacio con tanta gracia, aunque gracia poco decente, y también las idas y venidas de Pompeyo y César en los días de Farsalia. Y pensando en todo esto quedábame a veces como absorto, y en lugar de ver el mar azulado y las blancas casas de Brindisi, veía los patricios romanos que se disputaban el mando, y al gran Cicerón que exponía su propia vida por defender la libertad de su patria.

La travesía de Brindisi a Corfú dura sólo una noche, de suerte que al amanecer nos hallamos en aquella isla y bajamos a tierra. Pisé, pues, allí por primera vez el suelo de Grecia, y la consideración de que el país que visitaba era el mismo en que habían vivido tantos héroes, cuyas

historias me eran familiares, me conmovió involuntariamente. Siendo niño, aún me deleitaba en tomar de la librería de mi padre el *Viaje de Anacarsis,* y leer algo en él o mirar las láminas del Atlas que le acompaña. Después, he leído lo más notable que se ha escrito sobre aquel hermoso país, cuna de las ciencias y las artes, patria de tantos grandes patricios, de tantos filósofos, historiadores y poetas; de manera que, así como Don Quijote tenía la cabeza llena de los libros de caballería, así tenía yo llena la mía de las historias y leyendas de Grecia.

Y no me hallaba menos enterado de la historia moderna de aquel pueblo y del heroísmo que demostró en el año 21 para reconquistar su independencia. Para todos los que hemos nacido en la primera mitad del siglo XIX, es un grato recuerdo de infancia aquella lucha terrible, que inspiró tan bellos versos a los principales poetas de Europa. Una de las primeras novelas que yo leí de muchacho fue una intitulada el *Sitio de Misolongi,* escrita no sé por quién y desprovista de gran mérito, pero que refería con mucho interés varias páginas de aquel episodio glorioso en que tomó parte Lord Byron.

Todo, pues, me interesaba en la Grecia; el cielo, la tierra, las mujeres, aunque en general son feas, y los hombres, a pesar de que no visten ya la túnica clásica, sino la pesada nagüeta o fustanela. Y no digo nada del idioma. Seriamente aseguro que me deleitaba el oirlo en boca de todo el mundo y prestaba un atento oído a cuanto se decía al lado mío, pareciéndome muy musical el saludo que se hacen, según las horas, diciendo: *cali imera, cali espera,* y *cali nicta*. Y notaba con placer que su pronunciación no es como la de Erasmo, ni como la de los jesuitas, sino mucho más suave, con pocos sonidos guturales y sin ningún diptongo. Aunque estaba muy lejos de comprenderlo todo, me sonaba tan dulce y claro como el italiano, y no veía la hora de dedicarme a su estudio, para lo cual me ayudó lo que sabía de griego antiguo.

El clima de Corfú es tan benigno como el de Nápoles, y la larga temporada que ha pasado aquella isla en poder de los ingleses, le ha dado una cultura superior a la de las demás de Grecia. Aunque estábamos todavía en invierno, hubo algunos compañeros míos de viaje que se bañaron en aquel mar sin sentir un frío excesivo.

El vapor del Lloyd Austríaco, en el cual navegábamos, va de allí al Pireo, costeando el Peloponeso; por cuya razón vimos bien la famosa Itaca y el salto de Leucate. La primera trajo a mi memoria al elocuente, al astuto, al prudente Ulises, a cuyo carácter ha prestado el divino Homero tantos atractivos, que se le perdonan hasta sus continuos embustes, efectos muchas veces de la misma prudencia, según lo vemos en el ejemplo de Sancho, que los usaba en ocasiones con mucha gracia. El salto de Leucate despierta el recuerdo de la enamorada Safo, quien lo ejecutó con poca fortuna, puesto que en vez de curar de su pasión, como dicen que curaban tantos, pereció miserablemente sumergida por las aguas.

Al llegar al cabo Matapán fuimos cortésmente saludados por un ermitaño, que tenía allí su pobre morada, y gustaba mucho de ver pasar los vapores y desearles a los pasajeros, con expresivos gestos, un venturoso viaje. Los orientales han sido siempre muy inclinados a la vida solitaria, no sólo en la edad más moderna, sino también en la que precedió al cristianismo, y es bien conocida la historia del filósofo Epiménides, que pasó más de cincuenta años en una caverna. El ermitaño de que hablo, permaneció en la punta de Matapán hasta su muerte, que acaeció, según referencias, mucho después de mi viaje.

Y hétenos ya en el Pireo, que el mono de la fábula tomó por una persona. Entramos en su pequeña aduana para la visita del equipaje, y nos hicieron aguardar bastante, porque el empleado estaba almorzando. Tuve curiosidad de ver lo que comía, y me asomé con disimulo al aposento a que se había retirado. ¡Pobre compatriota de Pericles!; su desayuno era más frugal que el de Diógenes, puesto, que se contentaba con un pan harto negro y un puñado de aceitunas. Fui después a la Estación (*Statmon*) y tomé un billete (*grammation*) en el ferrocarril (*siderodromon*) que va a Atenas. La distancia es corta, y no se ve por el camino más que un bosque de olivos, como los de nuestra hermosa Andalucía.

Llegado a la famosa ciudad, entré en un coche de alquiler, que me condujo a una posada (*xenodojion*) bastante limpia; mas sin poner casi atención en ella, dejé allí mi equipaje, y me encaminé luego a la colina del Acrópolis para ver las ruinas del Partenón. Al pie de ella está el templo de Teseo, muy lindo, pero muy pequeño; tan pequeño, que parece cosa de juguete. Los egipcios, que vivían en medio de llanuras inmensas, tenían necesidad de dar a sus edificios dimensiones colosales. Los griegos, que se hallaban estrechados entre el mar y pequeñas colinas, tenían que contentarse con monumentos más chicos y reemplazar la grandeza con la hermosura de las formas.

Con todo, el Partenón no es pequeño. Ciertamente, sus columnas no admiten comparación con las de Karnak o Luxor; pero son mucho mayores que las de ningún otro edificio europeo. Añádase a esto que sus bellas proporciones les dan una gracia y una elegancia insuperables. Lo mismo digo de las del Erecteo y los otros templos, cuyas ruinas cubren de tal suerte toda la colina que, sin hipérbole, es dado decir que forman una montaña de mármol. ¡Y qué mármol!, el mármol de Paros, cuya blancura, alabada con razón por Anacreonte, resiste a la acción del tiempo y es siempre rival de la nieve.

Para gozar algo de aquel interesante país, me quedé en él tres días, dejando el vapor del Lloyd y tomando luego el de las Mensajerías francesas, que toca también en el Pireo y va a Constantinopla. Visité, pues, sin excesivo apresuramiento, la ciudad de Atenas. Vi a los Reyes en el paseo público, bastante cambiados de cuando los había conocido en Copenhague, la Reina más gruesa, el Rey tan tostado por el clima meridional, que no tenía ya casi nada de dinamarqués, y ni aun rubio parecía. En la época presente es Atenas una población bastante linda; entonces estaba todavía en formación, y contenía más jardines que casas, y muy pocos edificios públicos. Sonreíame al leer los nombres pomposos de algunas calles y plazas no muy dignas de ellos. Entré en las confiterías (*sajaroplastia*) por el gusto de comer dulces griegos, y con sorpresa vi en ellas los mismos que hay en toda Europa, pues en esta materia, como en todas, unas naciones han enseñado a las otras: el español ha tomado sus golosinas del romano y del árabe, éstos del griego, y el griego del egipcio o del asirio. De esta manera, es muy posible que los dulces que hoy se venden en las confiterías de Madrid sean iguales a los que se vendían hace cincuenta siglos en las de Menfis y Babilonia.

Visité igualmente las librerías (*bibliopolia*), y noté, con admiración, que los griegos modernos se han dado grandísima prisa a traducir a su renovada lengua toda la literatura europea, como el medio más adecuado de formar ellos paulatinamente una propia. Allí estaba la *Imitación de Cristo* (*Mimiseos tu Jesú Cristú*) al lado de la *Corina* y de *Pablo y Virginia*; los *Misterios de París* con la *Historia de la Revolución* y *Los tres mosqueteros*. De todo había, en fin; historias, novelas, viajes y también libros científicos.

Entré luego en las iglesias, y me sentí conmovido al oír que los pobres que estaban a la puerta me decían en su dulce idioma: *Kirie eleison*, como nosotros le decimos a Dios en las letanías. Algunos de aquellos templos son bastante bellos, y en ellos se observan varias cosas notables. En primer lugar, toda la parte principal de los divinos misterios pasa fuera de la vista de los fieles y detrás de lo que llaman la *iconostasis* o separación, adornada con pinturas de santos. En segundo, los sexos están separados, colocándose los hombres en la parte baja y las mujeres en ciertas galerías elevadas, como las que se observan en muchas iglesias románicas. En tercero, no existe en los templos griegos imagen alguna de bulto. La guerra que declararon los musulmanes a todas las estatuas por horror a la antigua idolatría, y el espíritu iconoclasta de algunos Emperadores, animados del mismo odio, han dejado allí sus huellas, a pesar de los esfuerzos que hizo después para borrarlas la Santa Emperatriz Irene. Es tal la aversión de los griegos a las imágenes, que en una vida de Tiziano he leído que, habiéndole encargado ciertos monjes de aquella nación un cuadro con varios Santos, no quisieron recibirlos porque hallaban que les había dado tanto relieve, que parecían casi de bulto.

Otra circunstancia característica de las iglesias griegas es la abundancia de reliquias, no habiendo casi altar que no contenga el cuerpo entero de un Santo Mártir. Y ya nuestro Clavijo refería en su viaje que el Emperador Juan Paleólogo las tenía en tanto aprecio, que ni aun cuando iba a la caza se separaba de la llave con que cerraba su depósito.

Noté, asimismo, mucha devoción en los que asisten a las iglesias, y supe que su religión es en ciertas cosas todavía más severa que la católica. Así, por ejemplo, tienen, no sólo una Cuaresma antes de Pascua, sino otra antes de la Asunción de la Virgen y otra antes de Navidad. Son sumamente devotos de María, a quien llaman con ternura La Toda Santa (*La Panaguía*), y es en verdad muy dulce en aquel idioma la salutación angélica, la cual dice en su segunda parte: «*Aguia Maria, mitéra tu Teú, paracáli dia más tus amartolús, tóra ke is tin óran tu tanátu más. Amin*.»

Dos solas cuestiones separan a la religión griega ortodoxa de la católica: la del Papa y la procesión o procedencia del Espíritu Santo. Según los griegos, no procede más que del Padre; según los católicos, del Padre y también del Hijo (*filioque*). En lo demás son casi completamente iguales. Tienen todos nuestros Sacramentos, y además la transubstanciación, el purgatorio y las preces por los difuntos, la confesión, el culto de la Virgen y los Santos, la veneración de las reliquias, los ayunos y abstinencias; son, en fin, tan parecidas en su liturgia, que muchos católicos cederían a la tentación de oír misa en las iglesias griegas como cosa indiferente, especialmente cuando está lejos la suya, si el Papa no hubiese declarado que quien tal hace comete un pecado grave.

Dicho se está que asistí una noche al teatro, donde vi representar *La dama de las camelias* (*Y kiria tis camelias*), la cual había llegado ya hasta Atenas; y no puedo ponderar cuánto me interesaba oír los conceptos apasionados de Dumas en la lengua mesurada de Eurípides. Los actores no eran malos, e imitaban más bien la escuela dramática alemana, que tienen cerca, que no la francesa. Las actrices me parecieron agradables; pero ni en la escena (*skini*), ni en los palcos (*teoria*), ni en el patio (*konistra*), vi mujer alguna que pudiera recordarme la hermosura de una Elena o de una Aspasia.

Estuve también en una reunión (*sintrofia*) en casa de una señora Lombardos, con cuyo hijo había hecho conocimiento durante la travesía de Corfú a Atenas. Hallé en ella todo como en cualquier sarao de Europa, y hubo un poco de baile (*joros*) con contradanzas (*antijoros*) y vals, a que llaman *strobilos* o torbellino, pues la lengua griega tiene voces para todo, y como es rica de raíces y apta para las amalgamas, halla en sí misma lo necesario para nombrar los objetos de nueva invención. Y no sólo hace esto para su uso particular, sino que presta sus vocablos a las demás de Europa, según lo estamos viendo en telégrafo, teléfono, fonógrafo, fotógrafo y un centenar de voces de uso corriente en nuestros tiempos.

Había ya en Atenas coches de alquiler (*amaxa*) y ómnibus (*pandoforia*), y no faltaban por las calles muchachos que vendiesen los periódicos (*efemérides*), gritando: *Astis, Akrópolis, Neo Cronos* y los demás que había ya en aquel país. En los cuales vi que al Rey le llaman *Vasilefs*, a los Ministros *Ipurgui* y al Congreso *Bule*. Todo lo cual venía a ser interesantísimo para cualquier fileleno.

En resumen, a mí me pareció que si bien aquel país está aun bastante atrasado, no hay razón para deducir de ahí que los griegos tengan poca capacidad para la vida moderna. Y en mi sentir se les juzga con harta injusticia. Olvídase la historia de aquel pueblo. Olvídase que el destino se ensañó particularmente con él y que su territorio fue invadido por varias naciones, las cuales le asolaron a porfía, pudiéndose decir que lo redujeron a polvo y ceniza. Galos, romanos, eslavos, árabes, cruzados latinos, aventureros catalanes, turcos, venecianos y otra vez turcos y egipcios; y siempre tratados con crueldad, despojados, burlados, oprimidos.

No se recuerda tampoco que a pesar de todo esto conservaron siempre, como la infeliz Polonia, su religión y su idioma, dividido en dialectos, adulterado, afeado; pero bastante vivo todavía para que renazca fácilmente de sus cenizas. No se recuerda, por último, que cuando se sublevaron contra los turcos el año 21, lucharon con tanto denuedo bajo las banderas de Canaris y Colocotroni, que esto obligó a la Inglaterra, la Francia y la Rusia a acudir en su auxilio, destruyendo

la escuadra turca en Navarino. Y aunque entonces no eran en realidad otra cosa que un puñado de esclavos, un compuesto de montañeses (*Mainotas*), de milicias (*palicari*) y de bandidos (*clepti*), han fundado paulatinamente una nación, han creado sobre las ruinas de la antigua una nueva Atenas, que puede ya ser comparada con cualquiera ciudad rica de Europa, y han formado una nueva lengua, fundiendo los dialectos derivados de la antigua y purgándolos de voces eslavas y turcas. Y trabajan, asimismo, para crear una nuera literatura nacional, no sólo por medio de buenas traducciones, sino también con obras originales como las de Rangabé. Rhigas y otros aventajados escritores.

Hay más. La población ha aumentado, ha triplicado en pocos años. Empezaron siendo sólo setecientos mil, y cuentan ahora dos millones y medio. Crece también su tráfico, y hay ya en Atenas banqueros y comerciantes que hacen buenos negocios. Fáltales el espíritu de empresa; viven demasiado de la política, y en vez de dedicarse al comercio y a la industria, se disputan con animosidad los cargos públicos, no obstante que están muy mal retribuidos. Pero esto no es de extrañar en una nación que hace menos de un siglo vivía aun bajo el yugo de los turcos.

Y no sólo se les juzga, en mi sentir, con injusticia, sino que se les trata con el mayor egoísmo. Sus mismos libertadores, antes muestran interés en conservar la integridad del carcomido Imperio turco, que en favorecer las legítimas aspiraciones de los griegos. Los rusos, sobre todo, sienten ya verdaderos celos de ellos, porque en realidad, si los turcos fuesen expulsados de Constantinopla, a ninguna nación debería pertenecer ésta con más derecho que a la Grecia, que la poseyó por tantos siglos, y tiene todavía 8.000.000 de su misma raza, esparcidos por aquel Imperio. Mas como esto contraría los proyectos moscovitas y el supuesto testamento de Catalina, de ahí viene que pongan siempre obstáculos al engrandecimiento de aquel país, reservando sus favores para los servios, búlgaros y demás pueblos eslavos, de quienes no temen lo mismo.

Satisfecha ya mi curiosidad, me despedí de aquella nación pequeña, pero interesante, deseándole mayor fortuna en lo sucesivo, y volví a embarcarme en el Pireo, a bordo de un vapor francés, que me condujo a Constantinopla. Salimos de noche, pero la Luna lo iluminaba todo, y al doblar el cabo Sunium, nos permitió ver muy bien las ruinas del templo de Minerva, cuyas columnas, unidas aun por el friso, forman a manera de un gran peine clavado sobre la cabeza de un gigante. Por aquel templo empieza Pausanias su descripción de la Grecia.

A la mañana siguiente nos hallamos ya en medio de las islas del Archipiélago, que brillaban al sol como otras tantas amatistas engarzadas en un mar de zafiro. Cada una de ellas tiene su propia fábula. En una nació Venus, en otra Apolo y Diana, en otra Cástor y Pólux. En todas hubo héroes y poetas. Ahora sirven de morada a pocos comerciantes y marineros, y con razón dice Byron:

Las islas de Grecia, las islas de Grecia,
Donde la ardiente Safo amó y cantó.
Donde brillaron las artes de la guerra y la paz;
¡Un eterno verano las dora todavía,
Pero todo ha acabado, excepto su Sol.

Venía, entre mis compañeros de viaje, el entonces joven Melchor de Vogüé, sobrino del Conde del mismo nombre, Embajador de Francia en Costantinopla. Volvía a su puesto de Secretario de aquella Embajada, después de una corta licencia, y tuve mucho gusto en hacer su conocimiento. Más tarde fue Secretario en San Petersburgo, y casado allí con una señorita rusa, se aficionó mucho a aquel país, y estudió su lengua y literatura de tal modo, que pudo luego darla a conocer en Francia y en toda Europa. Gracias a él, se buscan y se leen ahora con placer las novelas de Gogol y Turguenef, y también las de Tolstoi, algo largas, especialmente la titulada *Guerra y paz*, pero dignas todas de este gran escritor, representante genuino de la sociedad eslava, mezcla de místico y comunista, de cuáquero y ortodoxo, siempre sincero y nunca licencioso ni libre.

Pasadas las islas, nos fuimos acercando al continente, y vimos o creímos ver a lo lejos las ruinas de Troya, *campos ubi Troia fuit*, que poco antes habían sido descubiertas y descritas por un erudito anticuario alemán, llamado Schlieman, el mismo que descubrió también en Micenas el

sepulcro de Agamenón. Según él, no sólo es visible el lugar donde estuvo aquella célebre ciudad, cuyo sitio duró diez años, sino que es posible ver debajo de sus vestigios otros de una Troya más antigua, que fue reedificada por Laomedonte. He oído decir, sin embargo, que no todas las noticias de este escritor alemán merecen entero crédito, pues aunque era en extremo docto, pecaba de excesivo entusiasmo por las cosas griegas, y esto le hacía ver a veces lo que fingía su buen deseo. Cuentan en prueba de su exagerado filelenismo varias anécdotas chistosas y quiero referir una, la cual prueba también cómo las invenciones de Cervantes pueden repetirse en la realidad y ser cosas muy verdaderas. Dicen, pues, que cuando Schlieman se dispuso para pasar a Grecia y Turquía, se hallaba en Inglaterra, y antes de ponerse en viaje con su familia, llamó a dos criadas inglesas que tenía su mujer, las cuales se llamaban Kity y Moly, y les dijo que no las llevaría consigo, si no consentían en mudarse sus nombres y llamarse, la una Aglae y la otra Ifigenia. Consintieron ellas sin dificultad, y Schlieman quedó tan contento, como el caballero de la Mancha cuando cambió los nombres de las dos mozas de la venta.

Entramos luego en el Helesponto y luego en el Mar de Mármara, y después en el Bósforo, donde ancló por fin el vapor, y no puedo decir lo que gozaba al navegar por aquellos mares, ni la multitud de recuerdos, ya mitológicos, ya históricos, ya sagrados, que se agolpaban a mi imaginación, y me tenían como embelesado. En aquellas aguas cayó Hele y les dio nombre, y en ellas pereció el enamorado Leandro. Por allí pasó Jerjes con sus persas, y después Alejandro con sus macedonios, y más tarde los árabes, que retrocedieron ante el fuego griego, y enseguida Pedro el Ermitaño con sus turbas entusiastas y Godofredo con sus cruzados, y después los ambiciosos francos, y por último Mahomet con sus huestes, no menos fanáticas que las de Pedro. Allí cerca está Nicea, donde se reunieron muchos Obispos sufrieron el martirio, antes de la conversión de Constantino, quedando cuál lisiado y cuál ciego, y condenaron al orgulloso Arrio con aplauso de un inmenso pueblo.

Mas aunque estábamos ya delante de Constantinopla, no podíamos verla aun, a causa de una niebla muy espesa que la ocultaba a nuestros ojos. Eran las ocho de la mañana, y el Sol no tenía todavía mucha fuerza. Al fin rompió el velo que le cubría, y que descorriéndose como el telón de un teatro, nos dejó ver el espectáculo más bello del mundo; la ciudad de Constantino, que situada sobre tres colinas, separadas por el Cuerno de Oro y el Bósforo, es un conjunto de casas de todos colores, y de palacios, iglesias, mezquitas, jardines, cúpulas, alminares y cipreses, que parecen tocar al Cielo con sus puntas.

XC.
Constantinopla, de 1875 a 1878.

Constantinopla es más bella por fuera que por dentro.—Mal estado del Palacio de España.—Visito a Estambul.—Restos de la época griega.—Santa Sofía y el Hipódromo.—Arquitectura bizantina.—Sus cúpulas y mosaicos.—Exageración con que se critica el imperio griego.—Servicios que prestó a la legislación y al cristianismo.—Mérito de algunos Emperadores.—Heroico fin del último.—Causas de su gobierno despótico.—Los turcos gobiernan como ellos.—Imitan también su arquitectura.—Mezquitas Solimanié y Osmanié.—Bella invención de los alminares.—Ricos mausoleos.—El viejo Serrallo y sus memorias de sangre.—El Bazar de Estambul.—El puente de Kadikoi.—Gálata y su torre.—Aspecto europeo de Pera.

La ciudad de Constantinopla es mucho más hermosa por fuera que por dentro, y ha habido viajero inglés tan original que, contento con verla desde su yate, no ha querido desembarcar nunca por no perder las ilusiones que le causaba su vista. Por mi parte, confieso que cuando me encontré en el muelle de Gálata y empecé a subir la cuesta que conduce a Pera, no pude menos de hallar muy malo todo cuanto veía, a pesar de que el Secretario y el Dragomán, que habían salido a recibirme,

trataban de darme ánimo. Calles estrechas y mal empedradas, casas pobres y sucias, multitud de perros, que devoraban las inmundicias arrojadas al arroyo; tal fue el espectáculo que se ofreció a mis ojos al entrar en la famosa Constantinopla.

Llegados al barrio europeo y a su calle principal, que llaman enfáticamente la *grande rue de Pera*, hallé, a la verdad, alguna mejora, porque había aceras a trozos y se veían casas más decentes. Mas no cesaba el mal piso ni tampoco las manadas de perros. En fin, colocado en un coche, llegué a la posada, nombrada *Hotel de Inglaterra*, y me pareció bastante limpia. Gozan sus ventanas de vistas muy hermosas, porque la colina de Pera domina el puerto, lleno de buques, y la costa opuesta de Asia, que está toda sembrada de quintas y jardines.

Fui luego al llamado Palacio de España, que era una casa harto mala, comprada ya vieja a principios del pasado siglo y no reparada desde entonces, a causa de nuestras continuas guerras y de la parsimonia de nuestro Gobierno. En ella visité a mi predecesor, un cierto Sr. Crespo, a quien habían separado por sus ideas republicanas, por lo cual no tardó en renunciar a ellas, como tantos otros de su mismo color político, y logró volver a ser enviado más tarde a aquella misma Legación.

Marchóse pronto a Madrid, mas no por eso me di yo prisa a ocupar el Palacio, a causa de su mal estado, y continué en el Hotel de Inglaterra, hasta que al cabo de bastante tiempo de continuas e inútiles quejas y reclamaciones a la Corte, me decidí a reparar un poco a mi costa aquel desvencijado edificio y pasé a habitarlo.

Mi primera ocupación fue, como es natural, la de entregar mis credenciales al Sultán y visitar a mis colegas del Cuerpo diplomático. Mas de esto hablaré en otro capítulo; ahora debo decir alguna cosa sobre aquella célebre ciudad. Su situación me pareció única y asombrosa. Con razón dijo el oráculo de Delfos a los griegos que buscaban por allí un lugar donde establecer una nueva colonia: «Colocaos enfrente de los ciegos». Porque ciegos debieron ser los habitantes de Calcedonia, al preferir el lado asiático del Mar de Mármara. La orilla europea es más bella, y la ciudad, asentada en las alturas que se avanzan hacia la entrada del Bósforo, parece destinada por la Providencia para ser la capital del antiguo Continente. Allí hacen su unión la Europa y el Asia, y desde allí es fácil invadir la una como la otra, pasar luego al Mar Negro para dominar en las regiones que le rodean, y salir al Mediterráneo a fin de amenazar a todos los Estados que baña.

Dase ahora el nombre de Constantinopla a la reunión de tres poblaciones, a saber: primera, la antigua Bizancio, que los turcos dicen Estambul, del griego *Is tin polin*, o la ciudad por excelencia; segunda, la de Gálata, y tercera, la de Pera. La segunda población está separada de la primera por un brazo de mar, llamado el «Cuerno de Oro» (*Crisokeros*); la tercera, situada en una grande altura, es continuación de la segunda.

Estambul es la más antigua; es la que habitaron Constantino y Justiniano. Gálata fue edificada por los genoveses, que la ocuparon en la Edad Media. Pera ha sido construida en época más moderna, y su nombre significa *allende*; es decir, más allá de Gálata. Sólo a Estambul dan el nombre de ciudad, y consideran las otras dos como simples barrios de ella. En Estambul viven sólo los turcos, con excepción de un pequeño barrio, dicho El Fanar, al cual se retiraron los griegos después de la toma de Constantinopla por Mahomet II. Gálata contiene una población mixta de turcos, griegos, armenios y judíos, y es donde viven los principales comerciantes. Pera es casi toda europea, y en ella residen los Embajadores y Ministros extranjeros.

Mi primera visita fue a la famosa ciudad, a la antigua Bizancio, a la que recibió un día nuevo nombre de Constantino el Grande, que estableció en ella la capital de su imperio; y la primera cosa que busqué en su extenso recinto fueron los restos de la época de aquel Emperador y de su sucesor Justiniano. Quedan, por desgracia, bien pocos. La civilización antigua fue, no sólo destruida, sino pulverizada por los diversos bárbaros que han recorrido el mundo; y si se conservan las ruinas de Roma, eso se debe a la feliz circunstancia de haberse establecido allí el Vicario de Jesucristo. De todas las otras grandes ciudades de aquel tiempo, no se conserva casi resto alguno. De Alejandría, que era en suntuosidad y grandeza una segunda Roma, no queda más que la columna de Pompeyo; de Atenas, el Partenón; de Verona, el anfiteatro; de Constantinopla, Santa Sofía y el Hipódromo.

Son estos, sin embargo, dos monumentos muy interesantes, especialmente el primero. La iglesia de Santa Sofía o de la Santa Sabiduría es una de las maravillas del mundo, y aunque la han despojado de los adornos que la embellecían cuándo la describió en su bello poema Pablo el Silenciario, es todavía tan hermosa que se la ve con el mismo placer que la basílica de San Pedro en Roma. Edificóla por orden de Justiniano el arquitecto Antemio, y en ella completó y perfeccionó con verdadero genio el tipo de un nuevo estilo de arquitectura religiosa, que fue luego imitado en Rávena, Venecia y muchas otras ciudades y ha recibido el nombre de Bizantino.

Caracterízalo principalmente el uso de la cúpula, que antes sólo se empleaba en capillas y sepulcros. Prestándole una importancia dominante, desenvuelve toda la planta en una dirección central, y en forma de círculo, excluyendo por consiguiente las naves y las altas columnas. Acepta en vez de esto adiciones laterales cubiertas también con cúpulas o medias cúpulas, las cuales se unen por medio de grandes pilones a la construcción principal. Las columnas, reducidas a proporciones más pequeñas que en las basílicas del período anterior, sirven únicamente para sostener unas galerías altas destinadas al público, y tienen capiteles menos elegantes que los antiguos, porque las hojas de acanto que los adornan toman forma de dado o de huevo en vez de abrirse como cáliz. Reina en las iglesias bizantinas gran lujo de mármoles, y es característico en ellas el uso de los grandes mosaicos, cuyas figuras, no siempre bien dibujadas, tienen, esto no obstante, un aspecto grandioso y noble.

Muchas veces estuve en Santa Sofía y nunca me cansaba de mirarla, y pensaba cuánta lástima es que se halle dedicada a un culto tan falso y extraño. Hay una leyenda griega, según la cual el día que entraron los turcos en Constantinopla, el sacerdote que estaba diciendo la misa se retiró a la sacristía por una puerta, que después ha desaparecido; y ese mismo sacerdote volverá, como los siete durmientes, a continuar y acabar aquella misa el día en que recobren la ciudad los cristianos. Difícil me parece por ahora que esa segunda parte se realice; mas de todos modos, lo más probable es que el clérigo que en tal caso apareciese, no sería griego, sino ruso.

El Hipódromo está todavía más alterado que Santa Sofía. Es simplemente un campo, rodeado de viejos caserones turcos, en medio del cual hay dos pequeños obeliscos y una columna de bronce, compuesta de tres sierpes enlazadas. Pero la imaginación lo reconstruye y lo puebla de patricios y plebeyos, soldados y marineros; y ve a Justiniano y a Teodora en un suntuoso palco, y a los cocheros de varios colores que conducían los carros alrededor de su recinto. Espectáculo no muy digno de un gran pueblo, pero bastante más culto y humano que las luchas de gladiadores y de fieras, que gracias al Cielo no eran ya usadas en aquella ciudad eminentemente cristiana, aunque no costó menos su abolición que costaría hoy la de las corridas de toros. Condenáronlas primero Constantino y Teodosio, y renovó su prohibición Honorio, después que el monje Telémaco tuvo un día el heroico valor de arrojarse a la arena y separar a los combatientes en nombre del Dios de misericordia.

Un acueducto del Emperador Valente y una cisterna, llamada de las mil y una columnas, la cual está ahora seca y sirve para hilandería de seda, son asimismo restos del tiempo bizantino. A esto se puede añadir los muros que ciñen la ciudad desde la punta del Serrallo hasta la mezquita de Eyub, pues si bien hay trozos reconstruidos por los turcos, en general son antiguos. Interesante es sobre todo la puerta de San Romano, porque en ella pereció combatiendo el último de los Emperadores griegos, el valiente Constantino Dracosés, de la familia de los Paleólogos.

Es una opinión muy general que aquel Imperio mereció su triste suerte y que era inferior a las demás naciones de Europa por la crueldad de sus príncipes y por el espíritu fútil de su pueblo. Mas por mi parte hallo harto exagerado ese juicio y lo atribuyo a las animosidades religiosas y políticas, producidas por el cisma de Cerulario y por la derrota de los ambiciosos francos.

Seguramente perdieron mucho tiempo los sutiles griegos en cuestiones tan ociosas, como la de saber en cuál idioma le habló Dios a Adán o qué traje vestía el Arcángel Gabriel, en lo cual fueron imitados después por los escolásticos de Occidente; mas por otra parte, es fuerza reconocer que a ellos se debe en primer lugar la revisión y compilación de las leyes romanas, y en segundo, el

majestuoso edificio del dogma cristiano. Porque en aquellos tiempos primitivos todo estaba en litigio, sobre todo nacían dudas y disputas, no sólo entre los griegos, sino entre los cristianos de todo el orbe; y quién negaba la divinidad de Jesucristo, quién le daba al contrario la sola naturaleza divina; cuál reconocía en él dos voluntades, cuál una sola; y fueron los padres reunidos, ora en Nicea, ora en Calcedonia o en la misma Constantinopla, quienes condenaron a Arrio, Teodoro, Eutiques y Nestorio. Ellos fijaron al fin esa admirable teología cristiana que los mismos protestantes conservan siempre y respetan. Ni hay en toda la historia de la Iglesia nombres más ilustres que los de Antonio, Atanasio, Crisóstomo, Basilio y Gregorio. Y aunque la separación de la Iglesia griega fue un suceso en alto grado deplorable, ya he explicado en otro lugar cuáles fueron sus verdaderas causas y cuánta parte tuvo en ello esa ley de la historia que modifica las doctrinas religiosas por efecto de los intereses políticos.

Censúrase con severidad el carácter de los Príncipes bizantinos, y no falta motivo para ello en algunos casos. No sabría, sin embargo, decidir cuáles otros tendrían derecho a tirarles la primera piedra. No los de Inglaterra, cuya crueldad es tan conocida; no Don Pedro el Cruel de España, no un Wenceslao el Beodo de Alemania, ni Carlos IX de Francia, ni los innumerables tiranos que ha producido la Italia. Y si de las Princesas se trata, no creo tampoco que las Teodoras, Eudoxias y Zoés fueran peores que Margarita de Borgoña, Lucrecia Borgia o Bárbara de Cilley. Como quiera, el Imperio griego pudo jactarse de haber durado más que los de Asiria, Persia y Macedonia y de contar entre sus Soberanos un Constantino, un Teodosio y un Justiniano, alabados por el mismo Gibbon, y a quienes debemos tan sabios Códigos; un Heraclio, vencedor de los persas; un Alexis Commeno, a quien su hija Ana vengó en su bella historia de los ultrajes de los latinos; un Miguel Paleólogo, que arrojó a éstos de Constantinopla, y por fin, un Constantino Dracosés, que fue el último de sus Emperadores y no sucumbió sin pelear, como tantos otros Soberanos antiguos y modernos, sino con la espada, y defendiendo heroicamente una puerta de Constantinopla por donde querían penetrar los turcos.

Ni es tampoco muy extraño que todos aquellos Monarcas fueran más o menos despóticos. La libertad política es planta europea. Floreció en Grecia y en Roma, y también en los bosques de la Germania, de donde volvió a retoñar en Occidente; pero en Asia no prosperó nunca. El carácter fanático de sus pueblos, el clima que los enerva, su geografía misma que facilita la formación de grandes naciones, han favorecido siempre allí el establecimiento de gobiernos patriarcales, pero despóticos. Y no fue culpa, sino desgracia de los Príncipes griegos que, estando colocados a la puerta de aquel Continente, se hallasen expuestos desde luego a su maléfico influjo. Habíalo sentido ya el grande Alejandro, cuando apenas venció a los Persas se apresuró a adoptar las ropas talares y todos los usos de sus Reyes. Sintiólo Constantino, vistiéndose a su vez con manto y peluca, y gobernando a su albedrío. Sintiéronlo, en fin, Justiniano mismo y todos sus sucesores, y Constantinopla se pareció pronto a Persépolis y Babilonia, con sus innumerables oficiales palaciegos, sus eunucos y sus máximas de despotismo.

Pero la prueba mayor de esa funesta influencia está en lo que avino a los turcos. Ellos también, aunque nacidos en las llanuras del Turquestán y sin más cultura que la de los pueblos guerreros y pastores, adoptaron sin tardanza las ideas y costumbres de las naciones que conquistaban, y fueron una brillante imitación de los Medos y Persas. Pero dejemos ya estas digresiones y veamos lo que han hecho de la antigua Bizancio.

La fisonomía interior de la actual Estambul es más pintoresca que bella. Su arquitectura civil es mezquina. Lo que distingue a aquella ciudad es la multitud de sus jardines; mas esto mismo, unido a la continuación de muros sin ventanas y a las series de celosías pertenecientes a los harenes, dan a las habitaciones particulares el aspecto de grandes conventos y una triste monotonía. Hay, con todo, algunos edificios notables, y lo son, desde luego, las grandes mezquitas.

Tomaron los turcos su arquitectura de los árabes, los cuales, a su vez, la habían tomado de los bizantinos, introduciendo en ella algunas novedades características, tales como el arco agudo, que después fue adoptado por la arquitectura gótica, y el arco en forma de herradura. Bella invención de

los árabes fue también igualmente la de labrar los techos en forma de estalactitas y el introducir en el adorno de las paredes los dibujos de los tapices y las inscripciones de letras cúficas. No permitiendo el *Alcorán* la representación de figuras humanas, recurrieron a ese sistema y obtuvieron en él un resultado muy elegante, aunque menos noble que los bajorrelieves del arte griego o los mosaicos del bizantino.

Deseando mucho espacio para su culto, edificaron las primeras mezquitas con amplios techos, sostenidos por un bosque de columnas, según lo vemos en Córdoba, El Cairo y Damasco. Otro tanto hicieron al principio los turcos; mas luego que entraron en Constantinopla y vieron Santa Sofía, adoptaron la cúpula bizantina y con ella construyeron las grandes mezquitas, llamadas Solimanié y Osmanié, del nombre de sus fundadores; la de Bayaceto, conocida por la mezquita de los pichones, a causa del gran número de ellos que se anidan en sus paredes, y muchas otras muy bellas. Los primeros arquitectos empleados por los árabes eran bizantinos, y de Bizancio fueron llamados algunos por los Ommiadas de Córdoba. Lo mismo hicieron los turcos. Cristodulos, un griego, fue el arquitecto de la mezquita de Mahamud II, y Sinan, de origen italiano, edificó la Solimanié y también los mausoleos de Solimán II y de Mahamud.

Tanto las mezquitas como los mausoleos y también algunas fuentes adornadas de pórticos, son obras hermosas y comparables con lo mejor del arte bizantino. La Solimanié, sobre todo, con sus grandes cúpulas, ricos mármoles e infinitas lámparas de plata suspendidas del techo, hace casi tanta impresión como la misma Santa Sofía. Lo único que le falta a todos los monumentos árabes y turcos es una bella fachada. Su exterior no corresponde al interior. Con todo, una cosa hay que da mucho realce al aspecto delas mezquitas, y es el alminar de dos o tres pisos, inventado también por los árabes. Generalmente cada una tiene cuatro y aun seis, como la de Achmed. Y alábense cuanto se quiera las célebres torres, que han alzado, así el arte románico como el gótico para contener las campanas, las personas de buen gusto hallarán también bellas esas otras más elevadas aun y más ligeras, que semejan agujas u obeliscos. A sus pequeños balcones sube por estrecha escalera de caracol el almuecín o sacristán, que convoca a los fieles en las horas de oración; y si conmueve mucho el sonido de las campanas, no produce menos efecto la voz humana, cuando, modulada en tono menor, clama desde aquellas alturas.

De todos modos, la abundancia de esos elegantes alminares presta mucha belleza al exterior de las mezquitas y hace por extremo animado y pintoresco el perfil de las ciudades musulmanas. Cuando de Oriente se vuelve a Europa parecen las nuestras muy aplastadas y mochas.

Es, asimismo, muy hermoso en su género el viejo Serrallo, situado en el antiguo Acrópolis de Bizancio. Allí estuvo un día el Palacio de los Emperadores griegos, del cual no queda ningún vestigio, y allí se levantó después el de los Sultanes turcos. Su exterior no puede ser más sencillo; pero apenas se pasa la Puerta Sublime y Augusta, cuyo nombre suele darse al Palacio mismo, hállase una sucesión de patios y salones sumamente magníficos. Las pinturas que quedan en Venecia de cierto Gentile Bellini, pintor que fue de varios Sultanes, dan alguna idea de ellos. Recuerdan sus pormenores las construcciones árabes de Damasco, Granada y Sevilla; hermosos jardines rodean el edificio por la parte del mar, y un cielo muy azul le presta una luz bellísima. Pero lo más hermoso en aquel alcázar imperial es su asiento, que, como ya lo he dicho, es sobre la colina llamada un día el Acrópolis y ahora la Punta del Serrallo, la cual se adelanta hacia el mar y tiene a sus pies la Europa y el Asia. Desde allí pudiera el diablo ofrecerle a cualquier mortal el dominio del mundo.

Durante más de tres siglos fue aquel Serrallo habitado por los Sultanes, y allí se mecieron las cunas de los Mahometos, Solimanes, Selines, Mustafás y Amurates, glorias de la media luna y terror del Occidente. Llegada al fin la época de la decadencia, después de las derrotas de Lepanto y de Viena, fue teatro aquel mismo recinto de las escenas más horribles. Morían allí a manos de los eunucos los Príncipes de quienes se recelaban los Sultanes, y el pueblo hacía somera justicia de algunos odiosos favoritos. La imaginación se figura ver sobre las losas la sangre de aquellas víctimas, y cree oír por todas partes sus tristes gemidos.

Por esta razón, sin duda, los Sultanes modernos comenzaron por cobrarle aborrecimiento a aquel antiguo Serrallo, y al fin el bondadoso Abdul Medjid se decidió a abandonarle, y trasladó su Corte al Bósforo. Primero edificó allí un hermoso Palacio, que llamó Dolma Bagtché o el jardín de Dolma; después, pareciéndole demasiado estrecho, empezó a construir otro a corta distancia y le puso el nombre de Tcheragan o de las Antorchas; pero no lo concluyó él, sino su sucesor Abdul Azis, que gastó en su adorno interior, parte del dinero que le habían prestado los ingleses. Ambos son muy bellos, y en el primero tienen lugar las recepciones más solemnes. Desde entonces el viejo Serrallo de Estambul sirve sólo para ciertas fiestas de islamismo, y sus ricas habitaciones forman una especie de Museo, como sucede en Versalles y en Hampton Court.

En Estambul, como en todas las ciudades musulmanas, no hay abundancia de tiendas; pero en cambio existen en ellas varios y buenos mercados, que llaman bazares. El mayor de Constantinopla goza de mucha celebridad y es visitado con interés por todos los extranjeros. Fórmalo un laberinto de galerías cubiertas y abovedadas, donde hay tiendas espaciosas, las cuales reciben luz por grandes ventanas abiertas en el techo, y contienen todo cuanto produce la humana industria, especialmente telas de seda y brocado, joyas, muebles, chales, alfombras, y también espadas, puñales y esos alfanjes turcos, de los cuales dice De Amicis, que parece que se encorvan para buscar el corazón de un enemigo. Llaman allí la atención los mercaderes turcos, por la gravedad, no exenta de astucia, con que tratan a sus parroquianos, los judíos por su inquieta servilidad, los cristianos por su ruidosa charla. Las buenas tiendas que se han establecido últimamente en Gálata y Pera, han perjudicado mucho a aquel mercado, pero conserva aun su especialidad para los productos de la industria turca.

A la salida de Estambul, se halla un puente de barcas que atraviesa el Cuerno de Oro y conduce a Gálata. Le llaman el puente de Kadikói y es muy largo y muy ancho. En él se disfruta a todas horas un espectáculo muy interesante.

El viajero De Amicis le compara con gracia, a la salida de un baile de máscaras. Y con efecto, basta detenerse allí un rato, para ver pasar todas las razas que pueblan aquel dilatado Imperio, y cada una con un vestido diferente: el tostado africano y el árabe amarillento con albornoces blancos, el turco de Anatolia con barbas y turbante, que recuerda al Abraham de nuestros cuadros, el griego y el albanés con sus graciosas chaquetillas, el montenegrino y el croata, armados de tantas armas que se les tomaría por bandidos, el ulema de largo ropaje, y el derviche con su ridículo cucurucho. Pasan también las mujeres turcas con sus ferrayés o vestidos de varios colores; pasan circasios, kurdos, armenios, turcos modernos con levita negra y fez encarnado, y europeos de todas naciones. Lástima es sólo que entre aquella turba pintoresca se encuentre asimismo una multitud de mendigos, quienes para excitar la compasión pública, hacen lastimosa muestra de las llagas más horribles.

El paseante que se detiene en la mitad del puente y dirige su vista a la derecha, disfruta de un panorama delicioso, porque al otro lado del Bósforo se ve la ciudad de Escutari, la cual es una pequeña Estambul, con sus mezquitas, alminares y jardines. Hállase situada en la falda de una elevada colina, en cuya cima se divisa un famoso cementerio turco, rodeado de un bosque de cipreses, cuyo sombrío follaje contrasta bellamente con el claro azul del cielo.

Después de este puente se halla el barrio de Gálata, situado en un terreno muy llano, a lo largo del Cuerno de Oro, y allí se ven ya muchas casas y tiendas de estilo europeo, mezcladas con otras musulmanas. Su edificio más notable es una torre muy elevada y sólida que servía antiguamente de fortaleza y ahora para vigía y señales del puerto.

Viene luego Pera, que está edificada en una colina muy alta, que mira al Bósforo, y a la cual se llegaba antes por una subida empinada y molesta. Ahora han construido un pequeño ferrocarril subterráneo, que en poco tiempo y por ínfimo precio conduce de un barrio al otro, pudiéndose decir que en cinco minutos se pasa de la Turquía a un pueblo europeo, pues de tal debe calificarse aquel barrio de Constantinopla, en atención a que la inmensa mayoría de sus habitantes pertenecen a lo que llaman francos, o sea cristianos y europeos. Sus casas con ventanas, balcones y tiendas, sus lindas iglesias, con campanarios y cruces, y los palacios de las Embajadas y Legaciones extranjeras,

dan igualmente la ilusión de ser aquello por lo menos una ciudad de segundo orden de Italia o España. Confirma esta impresión la gente de levita y sombrero alto que circula por las calles, y el encuentro frecuente de clérigos, frailes y hermanas de la caridad. La sola cosa que recuerda el Oriente es el mal empedrado y la multitud increíble de perros.

Colocada Pera en una colina, como Lisboa y Edimburgo, hay que subir y bajar cuestas apenas se sale de su gran calle central, y no es posible llegar en coche a todas partes, por lo cual casi todas las visitas se hacen en silla de manos, como las hacía en tiempo de Luis XIV el Marqués de Mascarilla.

XCI.
Constantinopla, de 1875 a 1878.

Fisonomía y carácter de los turcos.—Su gravedad, honradez y valor.—Pereza y ferocidad de que se les tacha.—Son, sin embargo, muy religiosos.—Rigor con que guardan el ayuno del Ramadán.—Sus otras devociones.—Lectores del Alcorán.—Carácter de este libro.—Fanatismo de Mahoma.—Astucia que también demuestra.—Su pintura del paraíso.—Circunstancias que han contribuido a su éxito.—Fue quizás suscitado por Dios para destruir la idolatría.—Sectas musulmanas.—Derviches de varias clases.—Los giradores causan una impresión agradable.—Los aulladores son horribles.—Fanáticos persas y sus sangrientas penitencias.—Santones y curas milagrosas que se les atribuyen.—Carácter flemático de los turcos.

Visitada ya Constantinopla, digamos algo de los turcos. Son éstos de tres clases: unos poco o nada civilizados, que visten todavía con turbante, y son iguales en todo a los que se ven en el teatro y en los cuadros; otros algo más cultos, vestidos también a la antigua, pero con un fez o gorro de lana encarnada en vez de turbante; y otros, en fin, ya bastante civilizados, los cuales usan, por lo general, una levita cerrada de paño oscuro y un fez también colorado. Por broma dicen de ellos que parecen una botella de Burdeos, provista de su lacre. Van siendo estos últimos cada día más numerosos, y según me dijo el Ministro de Negocios Extranjeros Safvet Bajá, el día primero en que me presenté a él, su aumento marca la extensión de la cultura en aquella nación, porque los que conservan el antiguo ropaje, conservan también las antiguas preocupaciones de todo género.

Teniendo todos nariz larga, barba y cabello negro, ojos oscuros y un aire serio y solemne, seméjanse mucho unos a otros, y diríanse hechos en el mismo molde, como los soldados de plomo. Poco a poco se les va distinguiendo; pero es siempre muy notable lo iguales que son física y moralmente. Su gravedad es proverbial, y esto les da un aire noble y distinguido, no sólo a los caballeros (*chelebí*), sino a cualquier hombre del pueblo; en lo cual, según algunos viajeros, se parecen mucho a los españoles.

Son también robustos, sobrios, sufridos y valientes, cuyas cualidades los hacen muy buenos soldados, que es para lo que parecen nacidos. Los turcomanes, de quienes descienden, eran más bien feos; pero habiendo buscado sus mujeres entre las circasianas, georgianas y otras razas muy bellas del Cáucaso, se han modificado paulatinamente, de manera que hoy día ofrecen, en su generalidad, un tipo bastante bello. Sus guerras, sus conquistas, su historia toda les ha dado un aire señoril y dominante, que agrada mucho al bello sexo. Son también benéficos y generosos, amigos de tratarse bien y de gastar cuanto poseen. El pueblo tiene fama de honrado, y es raro que en Constantinopla se oiga hablar de robos cometidos por los turcos, como tampoco que riñan entre sí y vengan a las manos.

Por regla general, siempre que sucede algún robo o riña sangrienta, resulta que ha sido obra de montenegrinos, croatas o griegos. Ni tampoco se sorprende a los turcos en faltas de probidad. Los cavases o guardas de las Embajadas, Legaciones y Consulados, que son todos turcos, manejan a

veces grandes sumas y van a cobrar dinero a Gálata o a pagar cuentas, y no hay ejemplo de que se queden con un céntimo: son en esto tan fieles como nuestros asturianos y gallegos.

Refiérome en todo esto al pueblo, a las clases más bajas; en cuanto a las más elevadas, hay que cambiar de lenguaje. Claro es, que no todos los turcos, de cierto rango, están corrompidos; pero sí muchos de ellos. Y la prueba es que allí, como en México, y también por desgracia en algunas otras naciones cristianas, el mayor elogio que se puede hacer de cualquiera persona y aun de cualquier Ministro, es que no ha robado, que es hombre de bien, que es pobre. Mucha culpa de esto lo tienen la forma despótica del Gobierno, la escasez de los estipendios y la inseguridad de los empleos; mas no hay duda en que el hecho existe, hasta tal punto que no se cree posible obtener cosa alguna de ningún funcionario turco sin ofrecerle un *bakchich* o propina. Dicen que lo mismo acontece en Rusia; pero de seguro no será con tanto descaro.

Son tachados los turcos de perezosos, como todos los meridionales, y de que son más aficionados a la guerra que a las faenas del campo o de la industria; y creo que, en efecto, es así. No sólo tienen su fiesta de los viernes, que equivale a nuestro domingo, sino que a cada momento inventan otras con los más ligeros pretextos. El que emplea para cualquier cosa obreros turcos, sabe bien que, cuando menos se espera, piden *rajat*, o sea descanso. Tienen, como nosotros, su siesta en los días calurosos del verano, y los más pudientes le añaden otro reposo, a que dan el nombre de *kief*, el cual consiste en estarse mano sobre mano, fumando la pipa y mirando el techo sin hacer nada.

Otro defecto mucho mayor de los turcos, es su carácter feroz y sanguinario. Aquellos hombres que parecen tan tranquilos y sumisos, que usan siempre tantas cortesías y zalamelés, lo mismo entre sí que con cualquier europeo, pierden luego los estribos si se les ofende o insulta. Abundan los ejemplos de esta propensión, no sólo en su historia antigua, sino en la de nuestros días, según lo referiré cuando me ocupe de la insurrección de Armenia y la Herzegovina. El turco enfurecido es una especie de fiera, que ningún sentimiento humano calma ni enfrena.

Para explicar esta terrible propensión, es preciso recordar que aquel pueblo procede de un país casi bárbaro, cual era antiguamente el Turquestán, y que no hace más que seis siglos que se halla en contacto con otros más cultos. Con respecto al imperio de la razón sobre las pasiones, hállanse poco más o menos como los franceses del siglo XI, cuando saquearon a Jerusalén y pasaron a cuchillo sus moradores, a pesar de los esfuerzos de Godofredo para impedirlo, o cuando, un siglo después, tomaron a Constantinopla y llenaron aquella ciudad, entonces todavía cristiana, de sangre y ruinas. Por consiguiente, no es posible exigir de los turcos una cultura y suavidad de costumbres igual a la de los demás pueblos de Europa, tanto más cuanto que el islamismo no es tan a propósito como la religión cristiana para dulcificar los ánimos.

Por lo demás, esta ferocidad relativa no impide que el pueblo turco sea siempre religioso a su manera. Esto es muy notable, por ejemplo, durante el mes de Ramadán, que es como su Cuaresma. El ayuno es entonces tan estricto, que empieza con el día y no termina hasta que anochece, «hasta que no se distingue un hilo blanco de uno negro». Antes de que amanezca sale de cada mezquita un Almuecín o sacristán, y va gritando por las calles: alzaos y comed (*nudú, colú*). Y, con efecto, todo el mundo se levanta y almuerza opíparamente, porque luego que sale el sol disparan un cañonazo que resuena en toda Estambul, y ya no se puede ni beber, ni comer, ni aun fumar. Las personas enfermas o delicadas y los espíritus fuertes, que también los hay entre los turcos, no observan esto con mucho rigor. Con todo, nadie se atrevería a sentarse a la mesa en el comedor; comen, como a escondidas, en su alcoba o gabinete. Y fuera de estos que digo, todos los demás lo cumplen con mucha exactitud, y es edificante el ver a aquellos pobres hombres que trabajen desde por la mañana hasta la noche sin meter nada en su estómago.

Cuando empieza a obscurecer, todos preparan la comida, y se observan a la puerta de los zapateros, carpinteros y otros artesanos, grandes cacerolas colocadas sobre hornillos, que despiden un olor muy agradable. Y luego que el sol se pone disparan otro cañonazo, y entonces se arrojan todos a la comida para reparar sus perdidas fuerzas. Vese, por ejemplo, a los marineros de los

caiques y góndolas del Bósforo, que han bogado todo el día, soltar al punto los remos y encender un cigarrillo. Todo lo cual tiene más mérito precisamente, porque se trata de gente de suyo tan perezosa.

Había oído decir que por la noche se desquitaban del ayuno del día, entregándose a grandes francachelas y comilonas; mas no recuerdo haber visto nada de eso, al menos entre el pueblo. Hay allí, como en todas partes, hosterías y bodegones, donde se mete bastante ruido durante la noche; pero la masa del pueblo se conduce de un modo tranquilo y digno. Y desde luego, como no beben vino, mal pueden degenerar en orgías aquellas reuniones nocturnas; y el hecho es que en cerca de cuatro años que he vivido en Constantinopla no he visto nunca un turco borracho.

Mándales Mahoma que hagan cinco oraciones al día, y son en esto tan exactos, que donde quiera que se encuentran no lo omiten. En los mismos Ministerios hay pequeñas capillas, y he visto más de una vez que al sonar el medio día todos los que paseaban por los corredores esperando audiencia, entraban en ellas y hacían sus preces. Son éstas de tres clases. Primero oran en pie con los brazos extendidos y los ojos alzados al cielo; después, se arrodillan, y por último, adoran; es decir, se postran en el suelo y le besan. Repiten siempre el nombre de Dios en una especie de letanía, llamándole grande, bueno, clemente, sabio, misericordioso, sutil, benéfico y hasta noventa y nueve calificaciones más; y lo mismo hacen después con el nombre de su profeta Mahoma, añadiéndole infinitos epítetos.

Para poder practicar esto mismo en todas partes, usan los mahometanos una especie de pequeño rosario, que dicen *tespí*, y que llevan siempre en la muñeca, a guisa de pulsera, tomándolo a menudo en la mano y pasando sus cuentas por devoción, y también por mera costumbre, sin rezar cosa alguna. Los orientales todos y los mismos cristianos griegos y armenios han imitado este uso, que despues de todo reemplaza al que tienen tantas personas de acariciar la cadena del reloj o atusarse los bigotes, porque el hombre es de naturaleza tan doble, que aunque ocupe mucho su espíritu, necesita siempre que su cuerpo haga alguna cosa.

Solía ir de tiempo en tiempo a las mezquitas, a pesar de que es molesto tener que quitarse las botas y ponerse babuchas, pero me gustaba observar allí a los turcos. Lo primero que hacen es acercarse a las fuentes que hay en los atrios de todas, y lavarse en ellas la cara, los brazos hasta el codo y las piernas hasta la rodilla; por lo cual, cuando se ve por la calle un hombre del pueblo con los pies limpios, no puede caber duda de que es turco. El croata, el griego y el armenio van, al contrario, muy sucios.

Dentro de la mezquita se encuentran muchos hombres orando, y tienen también, como nosotros, pláticas y sermones, siendo frecuente ver un imán que predica en cualquier parte del templo, rodeado de una multitud de hombres, mujeres y niños, sentados en el suelo y formando grupos tan pintorescos, que si un pintor los viera podría sacar de ellos buenas ideas para cuadros que representaran escenas del Antiguo y Nuevo Testamento.

Vense, asimismo, algunos *molás, cheikes* o *hadchís* de turbante verde, que han estado en la Meca, y devotos especiales, quienes, colocados en un rincón, se dedican a la lectura del *Alcorán*. Estos deben de ser todos personas de cierta cultura, porque ese libro no se lee más que en árabe, cuya lectura es tan difícil para los turcos como para nosotros la del latín. Quien desea leerlo en la mezquita pide un ejemplar en la sacristía y también un atril pequeño y bajo, delante del cual va a sentarse con las piernas cruzadas sobre una pequeña alfombra. Engolfado en su lectura, no hace caso alguno de los que pasan a su lado, y murmura los versículos meciendo el cuerpo continuamente a un compás que no varía. Como era natural, tuve también la curiosidad de leer yo mismo ese famoso *Alcorán*, nombre que, como es sabido, significa el Libro, lo mismo que nuestra Biblia. Según Herder, es una mezcla singular de poesía, elocuencia, prudencia, presunción e ignorancia; según el Padre Lacordaire, un plagio de la Biblia hecho por un estudiante de la Meca. Sus capítulos tienen títulos no menos extravagantes que las comedias de Aristófanes, como, verbi gracia: *La Vaca*, *La Abeja*, *El Trueno*, *La Caverna*, *Los Poetas*, *La Hormiga* y *La Luna*. Hay en él

trozos que parecen salmos y trozos que parecen consejas, cosas casi sublimes y cosas sucias o chabacanas. Cansa su lectura y hay que hacerla con pausas.

Mahoma ha tomado bastante del Nuevo Testamento, pero más aun del Antiguo. Es un continuador de Abraham y de Moisés, y trae a cuento todas las historias del Libro sagrado, desde Adán hasta Salomón. Con todo, varía algunas y les conserva el colorido oriental y el carácter árabe que habían adquirido al pasar de la Palestina al Yemen. Pondré, por ejemplo, lo que añade a la historia de José. Desde luego le pone un nombre árabe a la mujer de Putifar y la llama Zuléica. Cuenta después, que habiendo sabido ésta que sus amigas y vecinas la censuraban mucho porque estaba enamorada de su esclavo José, las convida a comer, en ausencia de su marido, y cuando sirven los postres, le ordena a su mayordomo que traiga aquél a su presencia. Entra José, y al verle tan joven y tan hermoso, todas las comadres se alborotan y pierden la cabeza a tal punto, que no pueden quitarle los ojos de encima, y en vez de cortar las frutas se cortan los dedos.

Pudiera citar otras varias anécdotas por el mismo estilo a propósito de Noé, Abraham, David y Salomón, y también de *Los siete durmientes*, del sabio Lokman, y otra& enteramente fabulosas. El poeta Parnell sacó del *Alcorán* su bello cuento del *Ermitaño*, que es una joya de la literatura inglesa.

¿Estaba Mahoma de buena fe? ¿Engañábase a sí propio al mismo tiempo que engañaba a los demás? En mi opinión, había mucho de ambas cosas. No era un mero filósofo, como Epicteto o Confucio, ni un fanático tan completo como el indio Sakia Muni. Tenía algo de uno y otro. Creíase destinado por la Providencia para destruir la idolatría y dar una religión a los árabes; mas esto no le impedía emplear para ese objeto mucha habilidad y mucho arte. Decíase profeta del Altísimo y aseguraba que el ángel Gabriel le dictaba su libro. Enseñaba la unidad de Dios, la inmortalidad del alma y una vida futura con premios y castigos; prescribía la circuncisión, la oración, la limosna, las abluciones y el ayuno. Mas al mismo tiempo consentía que cada musulmán tuviese cuatro mujeres legítimas y varias concubinas, y él mismo no se contentaba con tres, como Buda, sino que tuvo hasta nueve, sin contar las esclavas.

Pero lo que más le diferencia del fanático indio, y hace ver su genio político y su astucia, es que predica el fatalismo y promete el paraíso a los que mueren en defensa de su doctrina. Y este paraíso, que promete asimismo a todos los buenos musulmanes, no es el Nirvana de Buda, o sea la absorción en la esencia divina, sino un jardín delicioso, donde tendrán satisfacción los gustos más sensuales de sus adeptos. Según el *Alcorán*, hay en él prados floridos, fuentes cristalinas y huríes o doncellas de dulces ojos y pechos hermosísimos. Cada hombre justo tendrá en su compañía hasta setenta y dos de ellas, de modo que vivirá rodeado de perpetuas delicias. No dice nada de las que aguardan a las mujeres, sin duda, según un comentador del *Alcorán*, para no alarmar a los maridos.

Con semejantes promesas claro está que no le habían de faltar partidarios, y esto explica la facilidad con que se propagó su nueva religión por el mundo. En lugar de condenar y reprimir las pasiones, como lo hacía Jesucristo, las autoriza de la manera más cumplida. Hubo, sin embargo, otras causas menos materiales que contribuyeron a su buen suceso, y la principal de ellas fue que predicaba e imponía ante todas cosas, la creencia en la unidad de Dios y el aborrecimiento a la idolatría. No habiendo bastado para destruir ésta, la acción de los cristianos afeminados y divididos, diríase que Dios mismo suscitó a Mahoma para que lo hiciese por sí o por sus sucesores. Y con efecto, desde la Arabia hasta el Ganges, desde las costas de Mozambique hasta las islas de la Polinesia, los Califas musulmanes destruyeron para siempre esa, que es la mayor de las herejías. Mahoma rompió con su propia mano los ídolos que contenía la Caba, y Mahamud el Gaznevida destrozó con su maza de hierro el que se adoraba en la pagoda de Sumnat, en la India, y era servido por 2.000 brahmanes y 500 bailarinas.

Con el transcurso del tiempo, la religión de Mahoma se dividió en dos sectas principales, los sunnitas, que reconocen sólo por legítimos Califas a los sucesores de Omar, y los chiitas, que a su vez no reconocen por tales más que a los descendientes de Alí, yerno del Profeta. Los turcos son sunnitas, los persas chiitas. La diferencia entre unos y otros es pequeña. Con todo, nótase entre los

segundos menos severidad en las prácticas religiosas, y más amenidad en la literatura y las artes. Los persas son más libres y sensuales, y tienen más imaginación que los turcos.

Con el contacto del Oriente, sufrió también el islamismo modificaciones y adiciones de alguna importancia. La India le dio los Fakires o pobres, especie de fanáticos, que viven solitarios y se someten a increíbles austeridades. La Persia le mandó los Derviches o religiosos, que viven en conventos (*tekés*), como nuestros frailes, y llevan una vida más recogida y devota que los demás sacerdotes musulmanes. Los hay de muchas clases; mas los principales son dos: los Derviches giradores y los aulladores.

Los primeros son seres humildes y contemplativos. Al lado de mi habitación, en Pera, había uno de sus *tekés*, y como la entrada no es difícil, mediante una limosna, iba muchas veces a verlos, pareciéndome sus ceremonias, no sólo curiosas, sino bellas. Sobre un suelo de madera bien encerada, y al son de una música monótona, pero dulce, de chirimías y bandurrias, unos veinte de aquellos religiosos daban vueltas con un ritmo lento y solemne. No sólo giran de derecha a izquierda, como nosotros cuando valsamos, sino también de izquierda a derecha, a fin de fatigar menos el corazón. Muévense con los brazos abiertos y tendidos, la cabeza un poco inclinada hacia atrás y los ojos alzados al cielo. El aire llena sus largos vestidos, que tienen forma de enaguas, y los hace girar a la par del cuerpo. Forma todo ello un conjunto algo extraño, mas no exento de belleza, a pesar del ridículo cucurucho con que se cubren. Parecen estar muy en lo que hacen y hallarse poseídos de una devoción sincera. Y después de todo, bailó David delante del arca, bailaban en Roma los sacerdotes Salios y bailan también nuestros seises en Sevilla. El baile ha nacido quizás al pie de los altares, como las demás artes, y es tan natural en el regocijo espiritual como en las alegrías mundanas.

Los Derviches aulladores son menos interesantes, y en vez de bellos, parecen más bien horribles. Apoyados a la pared de sus capillas, repiten todos los nombres de Alá, dando grandes gritos, y formados en hilera, sin cambiar de lugar, mueven cabeza, brazos y piernas de tal suerte, que se les tomaría por locos. Ninguna música les marca el ritmo, y sus contorsiones se aceleran poco a poco, acabando en convulsión, así como sus gritos terminan en aullidos. Sudan, arrojan espumarajos por la boca, y al fin, rendidos de cansancio, dan con su cuerpo en el suelo, quedando algunos sin sentido. No es posible presenciar una escena más repugnante; no parecen hombres, sino brutos.

Y tienen, a pesar de esto, sus hermanos laicos y aficionados, los cuales toman voluntariamente parte en sus ejercicios. Vi una vez un oficial de *zapties* o gendarmes, que dejando a un lado la espada, se puso en la fila de aquellos fanáticos y chilló y se agitó hasta caer a su vez aturdido. Quiso mi mujer verlos cuando vino a visitarme a Constantinopla; mas no pudo resistir hasta el fin aquel espectáculo tan horrible, y tuvo que asomarse a una ventana del coro o tribuna pública, que daba a la calle, a fin de volver de su sobrecogimiento, respirando el aire libre.

Y sin embargo, ofrecen todavía las sectas musulmanas escenas más repugnantes, aunque no de parte de los turcos, sino de los persas. En cierta época del año, que les recuerda la muerte de Alí, añaden algunos a sus penitencias ordinarias ésta que voy a referir. Hácenla públicamente, y el mismo Embajador de Persia, el amable Mohsin Kan, fue quien me convidó una vez a que la presenciara, como cosa muy curiosa. En un bazar de su nación, cuyo atrio tiene corredores cubiertos, reúnense en aquel día ciertos persas fanáticos, y formados procesionalmente, corren de prisa por ellos. El público se coloca en las tiendas que dan a los pórticos y que están adornadas con tapices. Van los penitentes desnudos de la cintura para arriba y danse golpes frecuentes con un pequeño alfanje muy afilado. Según parece, tienen la habilidad de hacerse solo heridas superficiales, que desaparecen a los pocos días; mas por el pronto manan tanta sangre, que todo el busto se tiñe de ella, causando mucho horror a quien los mira. Extenuados también, cual los Derviches aulladores, caen por fin al suelo uno tras otro, y el pueblo los levanta con compasión y respeto. Bárbara devoción, que recuerda bastante la de aquellos disciplinantes que había todavía en España en el siglo XVII, de los cuales dice Cervantes que se abrían las carnes con sus azotes.

Mas como quiera, es un hecho que los turcos los admiran, y algunos de ellos tienen la reputación de Santones y son creídos capaces de operar curas milagrosas. En un *teké* de Derviches aulladores tuve un día ocasión de ver uno de ellos, que era un imán de turbante negro y ropón muy largo, alto, macilento, con ojos expresivos, nariz aguileña y barba casi blanca, que le llegaba a la cintura. Colocado en un ángulo de la capilla hallábase como asaltado por hombres, mujeres y niños, quienes le suplicaban que les tocase la parte del cuerpo que tenían enferma o dolorida, o bien se tendían en el suelo y le rogaban que les pusiese los pies encima, lo cual ejecutaba él con mucha habilidad, haciéndose sostener por dos acólitos y poniendo un pie sobre la tabla del pecho del paciente y el otro sobre uno de sus muslos. Alzaba al mismo tiempo los ojos y murmuraba algunas oraciones. Superstición que trae a la memoria la creencia que tuvieron durante tantos siglos tanto franceses como ingleses, de que sus Reyes curaban las escrófulas con sólo tocarlas.

Para completar este retrato de los turcos, debo añadir que a más de serios son también muy flemáticos. Nunca muestran apresuramiento, y son capaces de permanecer inmóviles horas enteras en un café, colocados con las piernas cruzadas en un diván o sobre una esterilla. Sucedióme más de una vez observar, al salir de mi casa, un turco sentado de esa manera, y volverlo a encontrar dos horas después, a mi vuelta del paseo, en el mismo sitio y en la misma postura. Algo semejante he observado entre los bebedores de cerveza de Munich; mas no llegan a tanto. Además los turcos no tienen el pasatiempo de beber ni tomar otra cosa que una taza de café. Por excepción, hacen una partida de chaquete o de damas, sin desplegar los labios. Lo que sí hacen es fumar, ora el cigarrillo de papel, ora el *chibuquí* de tubo largo, hecho con vara de rosal o de cerezo, y también el *narguilé*, que es una pipa fijada en un recipiente de cristal, lleno de agua, el cual está colocado en el suelo o sobre una mesa. El humo aspirado con fuerza, atraviesa el líquido y llega muy fresco a la boca.

Y no sólo el pueblo, sino las personas más elevadas tienen la misma cachaza. Así, por ejemplo, cuando iba a visitar al Ministro de Negocios Extranjeros, jamás noté en él la menor señal de impaciencia, aunque antes hubiera conferenciado largamente con otras personas. Fuera la hora que fuese, hallábale siempre con la misma calma y la misma sonrisa benévola, y no había forma de que empezase a hablar de negocios antes de haberme alargado un cigarrillo de papel, tomando él otro, y de que hubiéramos departido un poco sobre cosas indiferentes, ni más ni menos que si fuera mi visita la primera que hubiese recibido aquel día.

XCII.
Constantinopla, de 1875 a 1878.

Otros pueblos que habitan la Turquía.—Los judíos de Constantinopla y Salónica.—Constancia con que conservan la lengua española.—Modificaciones que han sufrido sus costumbres.—Cismáticos de todas clases.—Atraso y ferocidad de montenegrinos y croatas.—Hecho atroz que uno de éstos me propone.—Mayor cultura de servios y búlgaros.—Los griegos del Tanar y de Pera.—Talento que han mostrado en todos tiempos.—Servicios que han prestado a la Turquía.—Defectos de su plebe.—Aptitudes comerciales de los armenios.—Católicos y protestantes.—Libertad religiosa de que todos gozan.—Lindas iglesias de todas naciones.—Bellos hospitales y colegios.—Por qué no se convierten los cismáticos.—Por qué no se convierten los turcos.

El Imperio turco es tan dilatado, y habitan en su seno tantos pueblos diferentes, en religión, raza y costumbres, que sin la menor violencia se podría hacer de ellos una enumeración todavía más larga, con ser verdadera, que la fabulosa hecha por Don Quijote de los que componían los ejércitos de Alifanfarón de Trapobana y Pentapolín del Arremangado brazo. Allí viven montenegrinos, croatas, servios y búlgaros; allí griegos, armenios y maronitas; allí kurdos, circasianos y georgianos; y los que navegan el azulado Danubio o beben las aguas del Eufrates o cultivan las rosas en las laderas de los Balcanes; y los beduinos, más ladrones que valientes, y los drusos, tan crueles como

bárbaros. A los cuales habría que añadir los católicos de todas nacionalidades, y no pocos judíos y protestantes. Con sólo los nombres de todos ellos, podríase llenar más de una página. Bastará, sin embargo, que diga aquí sólo alguna cosa acerca de los principales, limitándome a los que habitan en Constantinopla.

Los que más se asemejan a los musulmanes son los judíos, por lo cual empezaré por ellos. Descienden, como los árabes, de Abraham, y tienen con ellos de común la circuncisión, el dogma de la unidad de Dios y el odio a la idolatría. Son muchos los que viven en Turquía, y especialmente en Palestina, Constantinopla y Salónica. Los de estas dos últimas ciudades son particularmente interesantes para nosotros, por la razón de que provienen de los expulsados de España en varios tiempos, y con especialidad en el de Felipe III, y conservan nuestros apellidos y nuestro idioma. Conmueve el ánimo pensar lo que sufrirían aquellos infelices desterrados, teniendo que abandonar para siempre el hermoso país en que habían nacido para buscar un asilo en otro tan lejano. Probablemente muchos de ellos vivirían siempre con la esperanza de volver a su antigua patria, deseando, como la esclava de Moratín,

Que los cielos vencidos
De su ruego y aflicción
Trajesen a sus oídos
Las campanas de León.

Y a pesar de los siglos que desde entonces han transcurrido, sus descendientes se acuerdan todavía de España, conservan su lengua y llevan con orgullo sus nombres. Es curioso que casi todos son blancos y rubios, y tienen una fisonomía agradable. Usan el fez colorado, como todos los súbditos turcos, y visten, los pobres como el pueblo, los ricos como los caballeros de aquella nación.

En general, no aman las ocupaciones fatigosas, no cultivan el campo ni ejercen oficios manuales; prefieren ser mercaderes, comerciantes, corredores, usureros y también ¡ay! zurcidores de gustos, que asaltan a los extranjeros que llegan a Pera para ofrecerles su vil mercancía. Los hay, con todo, muy principales y ricos, y algunos, como los Fernández de Galata, tienen buena casa y reciben con lujo a sus amigos.

Pasan por ser muy apegados a su religión y costumbres. Con todo, ambas cosas han sufrido algunas modificaciones con el transcurso de los siglos, a causa de su contacto con los cristianos y del deseo de no parecer menos morales que éstos. Así, por ejemplo, han abolido la bigamia, que era permitida antiguamente, y han adoptado en sus catecismos, con más claridad que antes, los dogmas relativos a la resurrección de los muertos y a la vida futura. Celebran con pompa la Pascua, y conservan las poéticas conmemoraciones de la Reina Esther y de la salida de Egipto, que llaman la fiesta de las cabañas, por las que realmente construían antes, en recuerdo de su viaje por el desierto. Tienen en sus habitaciones el *mezuza* o pergamino con versos del Pentateuco, como nosotros tenemos las imágenes de los santos, y usan siempre durante sus oraciones los filaterios o pergaminos con inscripciones bíblicas, que se atan en torno del brazo.

Como lo he dicho ya, los de Constantinopla y Salónica conservan el idioma castellano, y es muy curioso el oírlos, porque hablan como hablaba probablemente el vulgo español en tiempo de los Felipes. Y es asimismo peculiar el acento o sonsonete con que se expresan. Pero lo más singular es, que habiendo conservado la lengua, no conserven también la escritura, sino que empleen las letras hebraicas, de modo que fue grande mi sorpresa cuando quise leer un periódico que publican en Salónica y que se halla redactado efectivamente en español, y me encontré que estaba impreso con aquellos caracteres para mí ininteligibles.

Después de los judíos, son igualmente muy numerosos los cristianos eslavos cismáticos, de los cuales los montenegrinos y croatas son los menos civilizados, y los servios y búlgaros los más cultos. En los primeros se ve bien patente la ventaja de las montañas, que sin duda creó Dios, entre otros fines, para que fuesen baluarte de la libertad de los pueblos. Mientras que todos los demás cristianos, ora griegos, ora eslavos y aun los mismos albaneses, tan temibles cuando los guiaba

Escanderberg, caían uno tras otro bajo el yugo de la media luna, Montenegro defendía su independencia con tanto éxito, que nunca pudieron los otomanos dominarlos completamente.

Fueron aquellas montañas las Asturias de esa península greco-eslava, que se extiende desde el Danubio al mar Negro y al Archipiélago. Mas en cambio de tan preciosa ventaja, tuvo aquel pueblo la desgracia de permanecer hasta nuestros días en un estado de atraso deplorable, porque encerrados en sus montes por no exponerse a la invasión de sus ambiciosos vecinos, han vivido sin contacto de ninguna clase con la cultura europea y no son más que un conjunto de soldados y bandidos. Las mujeres cultivan la tierra y gimen a veces bajo las más pesadas cargas, mientras que los hombres se dedican a la caza, a la cría de ganados y al manejo de las armas.

Vienen muchos de ellos a Constantinopla y ejercen allí varios oficios, especialmente aquellos que exigen fidelidad y vigilancia, como guardas campestres y porteros. Hablan la lengua servia y profesan la religión griega ortodoxa, de la cual tienen en su capital, Cetinge, un Obispo, a quien llaman Uladica, y que ejerció también un día el Poder temporal. Ahora son gobernados por príncipes belicosos que descienden de los antiguos uladicas. Visten con nagüetas y chaquetilla, a la albanesa, y andan siempre armados de tal manera, que parecen forajidos.

Son pendencieros y vengativos, y arman con frecuencia terribles reyertas, en las cuales hieren y aun matan con la mayor facilidad del mundo. Gozan fama de fieles, mas es peligroso deshacerse de ellos. En mi tiempo, sucedió que cierto caballero levantino, el cual poseía una casa de campo en el Bósforo, despidió por borracho a uno de esa nación que le servía de portero, y el rencoroso montenegrino le mató poco después alevosamente, ayudado de otro facineroso amigo suyo.

Los croatas, vecinos de los montenegrinos, habitan el país de los antiguos ilíricos, mas son también de origen eslavo y se parecen bastante a aquéllos en aspecto y costumbres. Fueron, sin embargo, conquistados y sometidos, mitad por el Austria, mitad por la Turquía, por cuya razón los unos son católicos y los otros griegos cismáticos, como los demás eslavos vecinos. En su país disfrutan fama de valientes y fieles, y el Austria los ha empleado como soldados desde los tiempos de Maximiliano hasta nuestros días. En Italia los tienen por crueles y sucios.

Hacen en Constantinopla los mismos oficios que los montenegrinos. Así, por ejemplo, el portero de nuestra Legación era croata, y de nombre Costí, que es un diminutivo de Constantino; y por cierto que me sucedió con él una cosa que da idea del carácter feroz de aquella raza. El pretendiente Don Carlos, vencido y fugitivo de España, había asistido como voluntario a la guerra turco-rusa, y suspendidas al fin las hostilidades, vino a pasar algunas semanas en Constantinopla. Pues cuál no sería mi sorpresa cuando un día se me presenta el tal Costí, y me dice con el tono más natural del mundo: «Señor Ministro, yo tendría una cosa muy buena que proponerle a usted. Don Carlos está ahora aquí, ¿quiere usted que dos amigos míos le maten cuando sale de noche? El golpe costaría poco dinero y no hay miedo de que la policía turca averigüe nunca sus autores». Dejo adivinar al lector cuál sería mi horror y mi indignación al oír una propuesta tan atroz, y cómo despedí de mi presencia a aquel bárbaro ignorante, diciéndole que si no le privaba en el acto de su empleo era por compasión hacia su mujer y sus hijos. Él, sin embargo, se mostró muy admirado de mi enojo, y me dijo, para disculparse, que no le había parecido criminal el libertar a España de un hombre que le había hecho tanto daño y podía hacérselo todavía en lo futuro.

Los herzegovinos, bosniacos, servios y búlgaros, pertenecen también, como los montenegrinos y croatas, a la raza que dicen yugo-eslava, o eslavos del Sur. En su origen fueron el azote del Imperio griego, en el cual cometieron las mayores crueldades. Sometidos por algún tiempo, pero libres al cabo, formaron Estados independientes, los cuales adquirieron cierta importancia, especialmente los servios en tiempo de su Rey Esteban Ducán, y los búlgaros, bajo el suyo, Calopietro, hasta que fueron conquistados, como los demás pueblos de Oriente, por la vencedora cimitarra de Mahometo.

Sus dialectos tienen algunas diferencias, siendo considerado como el más dulce el de los servios, el cual posee también poesías líricas muy estimadas por los filólogos. En costumbres tienen, asimismo, ciertas diversidades. Así por ejemplo los servios, cuyo país abunda en pastos y

encinas, se dedican principalmente a la cría de ganados, con especialidad de cerda, de suerte que la misma familia de los Obrenovich, ahora reinante, debe sus riquezas a ese tráfico, y fue a veces llamada por menosprecio, criadora de puercos.

Los búlgaros, en vez de eso, dedícanse a la agricultura, y colocados en mayor contacto con nasos y austríacos, han dulcificado más sus costumbres. Tuvieron también en estos últimos tiempos la fortuna de que el ilustrado Midhat Bajá los gobernase por algunos años, estableciendo allí escuelas que propagaron cierta cultura, y abriendo caminos, que llevaron a todas partes el comercio y la riqueza. Desempeñan en Constantinopla varios oficios, entre otros el de peluquero, y el mío precisamente lo era, y charlaba como todos los de su profesión, por lo cual cada vez que venía a cortarme el pelo me contaba mil cosas interesantes sobre el estado agitado de su país y las esperanzas que ya habían concebido de recobrar su antigua independencia.

Mayor importancia aún tiene siempre en Turquía el pueblo numeroso de los griegos, pues no solamente en el barrio del Tanar, sino también en Gálata y Pera, ocupan un lugar preeminente.

Poseyendo aptitudes universales, ejercen toda clase de oficios y funciones, desde camareros y cocineros hasta banqueros, abogados, médicos, subsecretarios de Estado, Embajadores y Príncipes. Llámase Tanar la parte de la antigua Bizancio donde se hallaba el Palacio del Patriarca, la iglesia titulada Madre de Dios (*Aguia Teotokos*), y probablemente un fanal que le ha dado su nombre: éste ha desaparecido, pero quedan el palacio y la iglesia. Después de la toma de Constantinopla por los turcos, fue allí donde hallaron refugio los pocos griegos que quedaron con vida, y donde gozaron de cierta paz en virtud de su entera sumisión a los vencedores. Allí han tenido sus casas los Cantacucenos, Maurocordatos, Ipsilantis, Calimakis y otras familias ilustres.

Ocupáronse al principio los fanariotas en el comercio de joyas y sedas; fueron después empleados por los turcos en varias oficinas públicas, y al fin, su superioridad intelectual y el conocimiento que tenían de varias lenguas, los hicieron necesarios a sus mismos vencedores. Más instruidos y más fieles que los judíos y cristianos renegados de otras naciones, a ellos recurrieron los turcos para traductores, secretarios, que llamaban *gramatiki*, y dragomanes o intérpretes. Uno de éstos, de nombre Panajoti, obtuvo el favor del famoso Visir Kupruli y le acompañó en sus expediciones militares, obteniendo, a la vuelta, el puesto de *Diván Terjumani* o Gran Intérprete del Diván. A éste le sucedió Maurocordato, que había estudiado en Padua y Bolonia y cuya capacidad era tal, que la Puerta le nombró su representante diplomático en las negociaciones de Carlowitz.

Otros griegos del Fanar fueron luego destinados a muchas Embajadas y Consulados, formando casi un Cuerpo separado en el Estado, y pusieron el colmo a su fortuna, consiguiendo ser nombrados Hospodares o Gobernadores de los Principados de Valaquia y Moldavia. La Revolución griega del año 21 les hizo perder mucha parte de su prestigio; mas, esto no obstante, vemos hoy mismo figurar en la diplomacia turca un Carateodori, un Musurus y tantos otros de la misma nación, mientras que un Aristarki ocupa el Principado de Samos.

Pasan las damas del Fanar por hablar el griego moderno con más pureza que las nacidas en Atenas, y tiene todo aquel barrio no sé cuál misterioso encanto que agrada de un modo particular a la imaginación de los filelenos. Sus casas son bastante parecidas a las de las viejas ciudades de Europa, y no es raro ver en sus balcones, cerrados con cristales, alguna griega de buenos ojos que trae a la memoria las Ifigenias y Elenas. En Galata y Pera hay también familias griegas muy distinguidas, las cuales deben su riqueza al comercio. En mi época Zarifi era el banquero del Sultán, y Negroponte, griego como aquél, poseía grandes bienes.

Es lástima solamente que el carácter de los griegos, especialmente su plebe, no corresponda a su privilegiada inteligencia. No son tan honrados como los armenios ni tan fieles como los croatas. Háblase a menudo en Pera de robos y asesinatos cometidos por ellos, y el Cónsul de su nación tiene de continuo las manos llenas con los procesos que su mala conducta acarrea.

Pecan también de supersticiosos, y citaré de ello algunos ejemplos. Cuando se encienden las luces el Sábado Santo, es tal el desorden que ocasionan para tomar fuego del Santuario, que tienen que pasar por la vergüenza de que la policía turca los apacigüe. Y en el día de la Epifanía, en que la

Iglesia recuerda también el bautismo de Jesucristo, dan muestra de otra superstición no menos singular y bárbara. Van a la orilla del mar o de un río y arrojan a él una cruz de madera, y acto continuo, a riesgo de coger una pulmonía en una estación tan fría como lo es en todas partes el mes de enero, se echan muchos de ellos al agua y se pelean por quién pesca y trae a tierra la cruz, considerándolo un acto muy glorioso y devoto.

Los armenios son la única gran comunidad cristiana establecida en Asia, y ofrecen en su fisonomía y carácter una mezcla muy notable. En calidad de asiáticos, son casi tan serios y compasados como los turcos, y por otra parte su profesión del cristianismo los hace más humanos y cultos. Según la tradición, fue en el Ararat, monte de Armenia, donde se paró después del Diluvio el Arca de Noé, y no hay duda de que, si bien no poseen una historia tan brillante como la de los griegos, son mucho más antiguos. Con efecto, existían ya como nación cuando empezó a brillar el Imperio de los asirlos. Lucharon con éstos y con los macedonios, romanos y persas, vencedores unas veces, vencidos otras, y formaron en la Edad Media un Estado independiente, que duró hasta que al fin fueron sometidos, primero por los bizantinos y luego por los turcos. Su última dinastía nacional fue la de los Pagratidas, en el siglo XIII, de los cuales son descendientes los Príncipes de Bagration, establecidos hoy día en Georgia y San Petersburgo.

Actualmente la Armenia está dividida entre la Turquía y la Rusia, y su suerte es muy interesante, porque son los solos pueblos cristianos que no han conseguido todavía sacudir el yugo de la Turquía. Su lengua es ariana, y aunque modificada por la acción de los siglos, se conserva, esto no obstante, rica y expresiva. Han tenido grandes escritores, especialmente poetas e historiadores, entre los cuales descuella el famoso Moisés de Khorene, que es su Herodoto. Convirtiólos al cristianismo San Gregorio el Iluminador, Obispo católico de Cesárea; pero muchos de ellos son cismáticos y aun eutiquianos y monofisitas. Los católicos mismos conservan un rito particular y el uso de su idioma en la liturgia.

Tienen los armenios, al igual de los griegos, aptitudes muy generales, de suerte que se les halla ejerciendo toda clase de ocupaciones. Los más pobres se dedican al oficio de *hamal* o ajamel, que significa cargador, pues siendo robustos y fieles, todos se sirven de ellos para llevar pesos. Sus fuerzas son notables. Tenía mi mujer compasión de dos sirvientes de ese país que la llevaban en silla de manos; mas pronto se convenció de que eso era para ellos como llevar una pluma, cuando vio que subía a veces un solo armenio la cuesta de Gálata, sosteniendo en las espaldas una enorme caja de mercancías o un piano de cola.

Dedícanse los más instruidos al comercio, y no sólo hay casas de ellos muy acaudaladas en los puertos de Turquía, sino hasta en Bombay y Calcuta. Y es tal la disposición que tienen para los negocios, que por proverbio se dice que se necesitan dos cristianos para igualar a un judío, y dos judíos para igualar a un armenio. Por fin, hacen asimismo buenas carreras como empleados, dragomanes y aun Cónsules y Diplomáticos, ahora, sobre todo, que el Diván no se fía tanto como antes de los griegos. Son ricos propietarios y comerciantes Nazarian, Nadian y Alá-Verdí, y sirven con brillo al Imperio Artin, Ohannes, Missak y Narsés.

Viniendo, por último, a los habitantes de Turquía, que no son ni griegos ni eslavos y tienen un origen europeo, haré mención de los llamados levantinos o francos, cuyas familias proceden de Italia, Francia o Alemania, pero que están establecidos de antiguo en aquel país, siendo la mayor parte súbditos protegidos de alguna nación extranjera. Los italianos son los más numerosos y su lengua es hablada en todo el Oriente, donde desde el tiempo de las Cruzadas ejercieron solos el comercio, teniendo allí sus Indias. Los franceses vienen en segundo lugar, y su idioma es también de uso común en los puertos. Los austríacos y alemanes son los menos numerosos, y su lengua es poco conocida.

Tienen todos estos levantinos gran disposición para el comercio y para la intriga, hablan y escriben con perfección el italiano y el francés, ejercen la abogacía y la medicina, y no es raro que se eleven también, como los griegos y armenios, a empleos de cierta confianza. Muchos dragomanes de las Embajadas son de origen italiano, como Franchini, Pisani y Timoni, y el

Embajador Rusteni Bajá era un Conde Marini, de Venecia. La inmensa mayoría de ellos es católica, y la minoría protestante se compone de alemanes, ingleses y norteamericanos, que se ocupan en el comercio y las fábricas y no son propiamente súbditos de la Puerta, sino extranjeros transeúntes.

Notable es en verdad la libertad de que disfrutan allí todos estos diversos pueblos por lo que respecta a su religión y culto. No la tienen mayor ni aun igual en Rusia, Austria y España. Todos poseen sus iglesias o capillas con bellas fachadas y ¡ay! altos campanarios con numerosas y ruidosas campanas, siendo entre las católicas las más bellas Santa María, perteneciente al Austria, Tierra Santa, perteneciente a España, San Luis, que es de Francia, y San Antonio, de Italia. San Gregorio de los armenios es asimismo muy linda. Los griegos poseen la de la Madre de Dios en el Fanar y otras varias tan hermosas como antiguas. Y todas estas diferentes comunidades religiosas tienen su Patriarca o Exarca o Presidente, que los gobierna civilmente, y los judíos un gran Rabino. Hay además hospicios y colegios de todas creencias y naciones. Las hermanas de la caridad, cuyo establecimiento es muy vasto, circulan libremente por las calles de Gálata y Pera, y causa verdadero placer el ver sus pintorescas tocas. El Colegio de las Damas de Sión, situado en el barrio del Taxim, es también magnífico, y los Padres jesuitas y los Hermanos de la Doctrina los tienen a su vez en el centro de la ciudad de Pera.

Y es bella la variedad que se nota en el vestido de los sacerdotes de tantas naciones diversas, distinguiéndose los griegos y los demás orientales por cierta magnificencia en sus ropajes y sus mitras, porque aquellos pueblos gustan mucho de lo que impone y autoriza. De ellos han tenido que tomar todos los católicos, inclusos los jesuitas, el uso de llevar largas barbas, que les dan cierto aspecto de patriarcas. Y es esto allí tan necesario que algunos la llevan postiza, como lo descubrí una vez que entré sin ceremonias en la celda de un fraile conocido mío y me lo encontré sin ella. Fue mi sorpresa tan grande como la que tuvo Sancho cuando vio al barbero sin la suya. Pero el buen fraile me explicó que no teniéndola natural, la llevaba siempre fingida, en atención a que los orientales juzgan afeminados y no respetan a los sacerdotes que no la usan.

Todas estas comunidades cristianas viven en paz, sin que se oiga jamás que tengan cuestiones entre sí o con los turcos. La única excepción a esta regla es la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, en la cual suele haber disputas entre griegos y latinos acerca del turno que les corresponde para celebrar la misa. En mi tiempo ocurrió que un fogoso fraile irlandés, armado de un grueso cirio del altar, le abrió la cabeza a un monje griego, que no le quería ceder el paso. Mas en el pecado llevan la penitencia, porque sufren luego la mortificación de que los soldados turcos acudan a separarlos y mantengan el orden en aquel santo recinto.

Nace naturalmente la curiosidad de saber si no son posibles las conversiones al catolicismo de parte de los cismáticos y turcos. La verdad es que no se verifican nunca, fuera de algún caso muy excepcional, en que interviene el interés o el dios Cupido. Son obstáculos a la conversión de los cismáticos, no sólo el orgullo teológico, sino también el político y la diversidad de raza y de lengua, según he explicado ya. en otro capítulo. Los dos imperios de Oriente y Occidente conservaron alguna amistad en los primeros tiempos, y Justiniano hablaba todavía los dos idiomas. Más tarde cesaron los Emperadores de Oriente de usar el latín, y convertidos en puramente griegos, no veían ya con buenos ojos al Pontífice de Occidente, que buscaba entonces su apoyo en los sucesores de Carlomagno. Separáronse, pues, en religión como en política, y aunque a veces los Príncipes bizantinos mostraron intenciones conciliadoras, el pueblo griego se opuso siempre a toda unión, porque odiaba a los latinos y no quería someterse a ellos. Y ese mismo sentimiento sigue oponiéndose ahora a que se conviertan.

La conversión de los turcos es igualmente difícil, aunque por otras razones. El cristianismo contraría mucho las violentas pasiones de aquel pueblo, el cual se halla demasiado bien avenido con la poligamia y con la vida sensual que su religión le permite, para que renuncie fácilmente a ellas. Añádase que el fatalismo favorece también su espíritu de conquista, y por último, que las delicias materiales que Mahoma les promete en la vida futura son mejor apreciadas por aquellas gentes groseras, que las puramente espirituales con que les brinda el cristianismo.

Hay también, por desgracia, otro motivo que contribuye a alejarlos de la religión cristiana, y es, preciso es confesarlo, la mala conducta de los que la profesan. El Padre Enrique, guardián de nuestro Convento de Tierra Santa, me decía un día hablando de esto: «El obstáculo mayor para la conversión de los turcos son los cristianos mismos. Los turcos tienen sin duda vicios secretos; mas como nadie los ve, no escandalizan. En cambio, los cristianos hacen alarde de sus desórdenes de todo género. Y si no, ¿dónde se ven estampas obscenas? En las librerías de Gálata y Pera. ¿Dónde están las malas mujeres, que provocan desde sus ventanas a los transeúntes? En los barrios cristianos. ¿Quiénes se embriagan y hacen ruido por las noches en las tabernas? Los cristianos de todas confesiones. Y siendo esto así ¿qué extraño es que no se conviertan los turcos?»

XCIII.
Constantinopla, de 1875 a 1878.

Presento mis credenciales al Sultán.—Palacio de Dolma Bagtcbé.—Lujo de alfombras y muebles.—Ausencia de cuadros y estatuas.—Fisonomía y carácter de Abdul Aziz.—Su parecido con el Rey de Nápoles.—Su afición a la música.—Ceremonia del Selamlik.—Las fiestas de Bairám o Pascua turca.—El harén de Abdul Aziz.—Celos de una Sultana.—La poligamia en Turquía.—Cómo la justifican los turcos.—Cuáles son sus inconvenientes.—Degradación de las mujeres.—Institución de los eunucos.—Tragedias domésticas en la Casa Otomana.—Despotismo de los Sultanes.—Posibilidad de que todo esto se modifique con el progreso de la cultura.

Hagamos ahora algún conocimiento con el Soberano, que es dueño absoluto de todos los pueblos antes descritos y cuyos Estados se extienden desde el Danubio hasta el Eufrates. Moría yo de curiosidad por verle de cerca, y fue para mí una verdadera fiesta el día en que fui llamado al Palacio de Dolma Bagtché para presentarle mis cartas credenciales. Según la costumbre, iba acompañado de todo el personal de la Legación, y antes de subir al piso principal nos introdujeron en una sala baja donde nos sirvieron café, hecho a la turca; es decir, hervido, y nos ofrecieron para fumar pipas de mucho lujo, con boquillas de ámbar y anillos de diamantes.

Hecho todo esto con la formalidad y sosiego propios de aquel país, subimos las escaleras, que nos parecieron magníficas, y después de atravesar algunas salas, también muy hermosas, precedidos siempre por el Maestro de ceremonias, llegamos al salón del trono. Todo nos pareció suntuoso y de bastante buen gusto, aunque poco original, pues la arquitectura de aquel palacio, lo mismo que la del inmediato del Tcheragán, no es otra cosa que un centón de ideas tomadas de las antiguas fábricas árabes o turcas de Granada, Damasco y el antiguo Serrallo, con la sola novedad de añadir al mármol y al jaspe el empleo del cristal, al cual son muy aficionados los turcos, sin duda porque el *Alcorán* lo introduce en sus pinturas del paraíso y también los poetas orientales en sus cuentos y poemas. De cristal, pues, es el piso de la escalera, de cristal la baranda y hasta las columnas que la adornan. Pero el lujo principal de todas las salas, después del mármol y el cristal, consiste en la riqueza de las sedas empleadas en paredes, cortinas y divanes, y en la variedad y hermosura de las alfombras. Son, asimismo, notables los espejos y las arañas, y abundan sobre las mesas relojes y candelabros de oro y plata.

El dragomán que me acompañaba me hizo reparar que había ya en todas partes sillas y sillones de forma europea, lo cual era una novedad, porque hasta pocos años antes no se veían allí más que divanes y almohadas. Y había costado bastante que los turcos se acostumbraran a otra clase de muebles, pues no sólo ellos, sino los árabes y todos los orientales han preferido siempre los cojines a los sitiales, y así como el romano tenía sus sillas curules, así el oriental ha tenido sus divanes. En España misma duró esa costumbre, tomada de los árabes, hasta fines del siglo XVII, como lo vemos por las descripciones de la Condesa de D'Aulnoy, y lo denotan aún ciertas frases

usuales, tales como la de *tomar la almohada*, para indicar que una señora, Grande de España, ha tomado posesión de su privilegio de sentarse delante de su Soberana.

Falta sólo una cosa entre las suntuosidades de aquél Palacio, y son las Bellas Artes, pues en ningún lado se divisa ni una estatua ni un cuadro. Débese esto a las creencias religiosas de los musulmanes que les prohíben, como idolátrica, toda representación de la figura humana; notable exageración que probablemente irá desapareciendo, como tantas otras, con el progreso de las luces, puesto que nada tienen que ver las artes en sí mismas con la idolatría. Esto es, sobre todo, verdad, por lo que hace a la pintura, con especialidad la de género y el paisaje. Y ya descubrimos alguna muestra de mayor tolerancia en este punto precisamente, en la conducta de Abdul Aziz, quien fundó en Estambul un Museo de escultura, con las provenientes de excavaciones modernas, y mostró tanta afición a los cuadros de batallas, singularmente cuando representan victorias de los turcos, que se hizo pintar algunos por un mediano artista, y los conservaba en un salón interior de su Serrallo.

Pero dejemos ya esta descripción del Palacio y digamos cómo era el Gran Señor que lo habitaba. Hállele puesto de pie delante del trono, y teniendo a su lado al Ministro de Negocios Extranjeros, Safvet Bajá, y algunos altos empleados y chambelanes. Era alto, grueso, con buenos ojos y agradables facciones, aunque de ceño severo. No sé por qué le encontré muy parecido al Rey Fernando II de Nápoles, déspota como él, y hombre de estatura aventajada. Natural es en quien se acerca por primera vez a un Sultán de Turquía, el esperar que esté vestido como los que vemos en el teatro y en los antiguos cuadros y también en un Museo muy curioso que han formado en Estambul, en el cual están representadas de bulto las figuras de los Soberanos y funcionarios de todas épocas con sus respectivos ropajes. Pero nada hay menos semejante que el traje moderno al antiguo, viéndose así claramente que existe en esta materia entre los pueblos de Europa la misma uniformidad que en las demás cosas. Solimán, por ejemplo, imitaba la magnificencia de Carlos V, y más tarde, a medida que Luis XIV aumentaba las dimensiones de su peluca, aumentaban los Sultanes las de su turbante, hasta el punto de que la cabeza aparecía en mitad de la persona, y como agobiada por un adorno tan absurdo. Después le dieron más elegancia para corresponder al sombrero de candil, usado en toda Europa, y, por fin, en el siglo pasado han adoptado los Sultanes, como el resto de los turcos civilizados, la levita cerrada y los pantalones, en vez de la ropa talar. Llevan, sin embargo, el fez, pero esto es porque su religión no les permite tener la cabeza desnuda.

Estaba, pues, Abdul Aziz vestido como un General turco cualquiera, con la sola diferencia de que su levita era más rica de bordados de oro, y que sus veneras eran todas de brillantes, y el sable que ceñía estaba también cuajado de ricas piedras. Conocía Abdul Aziz el idioma francés, mas lo hablaba con dificultad, por lo cual se limitó a responder en pocas palabras al discurso, también corto, que yo tuve el honor de dirigirle, según es costumbre en tales casos. Preséntele después las personas que me acompañaban; pero se contentó con hacer una inclinación de cabeza a cada una de ellas, sin decirles nada. Todos, sin embargo, le hicimos las más profundas reverencias, a la llegada y a la despedida, porque esto es allí más necesario aun que en las otras Cortes, en atención a que los turcos y todos los orientales las usan de un género tan exagerado, que cualesquiera otras parecen insignificantes. En primer lugar doblan el cuerpo, cayendo casi de rodillas al acercarse al Sultán, y llevan luego con rapidez la mano de la frente a la boca y de la boca al pecho, a fin de indicar que le veneran con el pensamiento, la boca y el alma; gesto antiguo en Oriente y del cual viene sin duda la palabra adorar (*ad orare*).

Al igual también del Rey Fernando de Nápoles, veíanse reunidos en Abdul Aziz los defectos con las cualidades. Era buen padre, como lo prueba su proyecto de transmitir el trono a su hijo mayor Izzedin, cambiando para ello la ley fundamental de Turquía, que, como es sabido, llama al trono al hermano mayor, a fin de evitar las minorías y los reinados de Sultanes jóvenes. Era asimismo buen marido, según las ideas musulmanas, dando mucho lugar a una Sultana, que era la primera de sus cuatro *cadinas* o mujeres legítimas. Tenía un barniz de cultura bastante aumentado con su viaje a París, y aunque se dejó dominar demasiado por su pasión hacia la arquitectura, gastando sumas inmensas en la construcción del Palacio de Tcheragán, empleó también mucho

dinero en comprar fusiles y cañones, e hizo construir ocho fragatas acorazadas, que formaban una respetable escuadra para aquel tiempo. Era muy aficionado a la música, y protegió y tuvo casi siempre a su lado al maestro italiano Donizetti, hermano del inspirado autor de la *Lucía* y compositor de mucho talento, a quien se debe la actual marcha turca. Este era quien dirigía los conciertos privados del harén, en los cuales tomaban parte más de cien esclavas, notables como cantoras y bailarinas.

Ha sido acusado Abdul Aziz de un genio despótico y enemigo de todo progreso, mas en esto hubo siempre visible exageración, como sucedía con su contemporáneo el Rey de Nápoles. Abdul Aziz no era un Nerón ni un Sardanápalo, y probó en varias ocasiones que deseaba continuar la obra de Mahamud, suprimiendo muchos abusos. Lo que le faltaba era un espíritu bastante liberal para hacer las reformas un tanto radicales que la Europa le demandaba, y que a él le parecían incompatibles con la unidad e independencia de sus Estados. Fue en esto lo mismo que tantos otros Soberanos de aquel tiempo, a quienes parecía insoportable la pérdida de sus privilegios y prerrogativas.

No frecuentando el Sultán los paseos ni los teatros de Pera, hay pocas ocasiones de verle. Con todo, existe una muy segura en cada viernes del año, pues en su calidad de sucesor del Profeta, es de antiguo costumbre que vaya en ese día festivo para los musulmanes, a una mezquita cualquiera para practicar en ella sus oraciones, y recibir después los homenajes de los altos funcionarios del Estado, que es lo que llaman *selamlik* o besamanos. En la galería de los Uffizi de Florencia, se conserva un antiguo grabado del siglo XVI, que representa al Sultán Solimán cuando iba así a la mezquita, rodeado de su guardia y de su Corte, y lo mismo enteramente acontece ahora, con la sola diferencia de que los vestidos son modernos, y en vez de genízaros y espahis van hoy delante y detrás los soldados de la guardia imperial, uniformados a la moderna, con chaqueta corta y fez colorado. En cuanto al Sultán, va como antes, montado en un hermoso caballo blanco, de sangre árabe, y marchan a pie al lado suyo sus numerosos chambelanes y pajes. Cuando el tiempo lo permite y la mezquita a que se traslada está a orillas del Bósforo, suele ir en una hermosa falúa, tan rica y dorada como el Bucentauro de Venecia, cuyos remeros son albaneses y usan el traje pintoresco de aquel país.

Con pompa parecida va también el Sultán al antiguo Serrallo, luego que termina el Ramadán, a fin de celebrar la Pascua turca, que llaman *Curbán Bairan* o fiesta de la Víctima; y en su calidad de Califa, es él mismo quien sacrifica, según el rito mahometano, un carnero, que es luego servido en la mesa imperial. Los dignatarios que le acompañan, y todos los Bajás y personas pudientes, comen también aquel día carnero y distribuyen muchos de esos animales a los pobres de su barrio.

En todas estas solemnidades el público no ve nunca a las mujeres del harén. Pero las esposas de los Embajadores y Ministros, gozan el privilegio de entrar en el Serrallo, y por ellas supe que aunque Abdul Aziz tenía a más de las cuatro cadinas, un gran número de odaliscas y esclavas, sólo figuraban a los ojos de las señoras extranjeras su madre, a quien llaman la Sultana Validé, y su cadina o Sultana preferida, la cual era entonces una circasiana hermosa y altiva, y muy celosa por añadidura. De cuyo defecto dio buena muestra cuando la Emperatriz Eugenia, que había ido a Egipto, el año 1869, para asistir en representación del Emperador, a la inauguración del canal de Suez, fue después a hacer una visita a la Corte de Constantinopla. Contábame la misma Augusta Señora, a quien vi en Florencia en 1877, que la bella Sultana, poco acostumbrada a dominar sus pasiones, llevó tan a mal los obsequios que el Sultán la dispensaba, y el placer que parecía causarle su presencia, que aprovechando un momento en que las dejó a las dos solas, le dio una bofetada a la Soberana francesa, la cual, en vez de enfadarse, lo tomó a mucha risa.

Decíase en Constantinopla que aquella hermosa Sultana tenía bastante imperio sobre su marido, lo cual no es del todo raro en Oriente, a pesar de la humillante posición a que la poligamia reduce a la generalidad de las mujeres, y no faltan en las historias de Persia, Mongolia y Turquía, ejemplos del predominio de algunas favoritas. En Turquía, por ejemplo, han sido notables una Roxelana, que de esclava rusa pasó al harén de Solimán II, y ayudada del ambicioso Visir Rustan,

procuró el trono a su propio hijo, haciendo que el engañado Sultán mandase quitar la vida a su primogénito, el Príncipe Mustafá, nacido de otra Sultana. Fueron igualmente célebres un día la veneciana Saffié, la bella Rebín Gulnez y otra de tan dulce carácter que mereció el sobrenombre de Seckerbuli, o sea turrón de azúcar, y fue la favorita de íbrahim. En Mongolia hubo también una Nur Dihan, que llegó a tener mucho poder, y a la cual, por cierto, se atribuye la invención de la esencia de rosas.

Para alojar todas las mujeres y las odaliscas del Sultán y también las viudas de sus predecesores, que no pasen a segundas nupcias, según es costumbre, con oficiales o empleados de la Corte, no basta el Palacio de Tcheragán y ha habido que edificar otro más sencillo, pero de grandes dimensiones, que se extiende, asimismo, a orillas del Bósforo. Hablando de todo esto con los turcos, tuve muchas veces ocasión de oír cómo justifican esa institución de la poligamia, la cual se aparta tanto de las costumbres europeas y es en realidad una de las causas del atraso en que se encuentra aquel país. Mis buenos amigos Galib, Kiamil y Kalil procuraban defenderla con especiosas razones. Recordábanme que la pluralidad de mujeres no es invención peculiar de Mahoma, sino una costumbre tan antigua como el mundo, no sólo en Asia, sino también en una parte de Europa, puesto que en Grecia misma vemos que Teseo tuvo varias y también Alejandro y Demetrio y el mismo Sócrates, a pesar de ser tan gran filósofo. En Asia, Príamo dejó cincuenta hijos de diversas mujeres y concubinas; los Patriarcas y el mismo David no fueron muy continentes; y de Salomón se sabe que tenía un harén tan poblado como el del Sultán Abdul Aziz. Añadían mis amigos que, si bien es cierto que el cristianismo prohíbe la poligamia, esto no implica para que los cristianos obren como si fuese permitida, siendo notorios en este punto los excesos de un Luis XIV, de quien se dijo en una ocasión que tenía tres Reinas, y los de tantos otros Soberanos antiguos y modernos. Y si de los particulares se trata, nadie ignora que los maridos cristianos, no sólo de la nobleza, sino de la burguesía, no se hacen el menor escrúpulo de mantener varias queridas, y aun tienen vanidad en ello.

A lo cual les respondía yo que por desgracia todo eso era muy cierto; pero que los excesos antiguos deben ser atribuidos al atraso de las costumbres y a la dureza del corazón de los hombres, y los modernos a la imperfección inevitable de todas las instituciones humanas. Además, no es exacto que la lucha del cristianismo con las violentas pasiones de los hombres sea del todo estéril, y una prueba de ello la tenemos en el grandísimo número de familias cristianas que ofrecen el consolador espectáculo de una admirable fidelidad conyugal, siendo natural que haya menos incontinencia donde ésta se halla prohibida que donde la ley la permite; de la misma manera que hay menos robos y asesinatos en un país donde los Tribunales los castigan que en otro donde no se reprimen.

Es preciso también reflexionar que si la poligamia es cómoda para los hombres, porque les permite satisfacer todos sus caprichos sin remordimientos de conciencia, sus efectos son degradantes, tanto para las mujeres como para ellos mismos. Por lo que respecta a las primeras, no puede haber posición más humillante que la que tienen en los harenes. Si la Historia registra, según hemos visto, los nombres de algunas pocas que han obtenido cierta influencia, su inmensa mayoría tiene una posición degradante y una felicidad pasajera. Y por lo que hace a los hombres, no sólo carecen de esos goces de familia, que puede tener cualquier cristiano hasta en medio de sus extravíos, sino que se ven obligados a encerrar y guardar a su rebaño de esclavas por temor de que le sean infieles.

Claro es que el turco que no cuenta con ciertos recursos no se permite el lujo de tener muchas mujeres u odaliscas. Pregúntele yo una vez a mi guardia personal o cavás Alí, que era un turco joven y gallardo, cuántas tenía, y me contestó sin vacilar: «una, señor, y me basta». Mas a medida que se sube en la escala social aumentan también los harenes, y con excepción de tres o cuatro bajás, como Safvet, Kiamil y Raschid, todos los demás poseían un buen número de compañeras, y por lo que hace al Sultán, las cuenta por centenares, siendo tal allí todavía la perversión de las ideas en esta materia, que su misma madre, la Sultana Validé, le regalaba todos los años una nueva

esclava en la fiesta del Profeta. Tienen, pues, necesidad de custodiar y vigilar a una cantidad tan considerable de mujeres, quienes, en general, son hermosas, no sólo para impedir que tengan relaciones con ningún otro hombre, sino también para que vivan en paz entre sí, no siendo raro que riñan por celos y por los odios que naturalmente existen entre las cadinas y las odaliscas.

De esto ha nacido, asimismo, otra institución no menos vergonzosa, cual es la de los eunucos, blancos o negros, de los cuales hay muchos en todas las casas musulmanas, y con especialidad en la del Gran Señor. Son por necesidad tan antiguos como la poligamia misma, y de los harenes pasaron luego a los palacios, no habiendo casi ningún Estado asiático antiguo ni moderno que no haya visto algunos de esos seres desgraciados convertidos en favoritos de los Príncipes. En el Serrallo imperial de Constantinopla son tan numerosos, que su jefe, llamado el Kislar Agasí, o sea el custodio de las mujeres, es la primera persona de la alta servidumbre después del Mayordomo mayor, y figura como tal en el Almanaque de Gotha.

Otro inconveniente deplorable de la poligamia es que trae, naturalmente, consigo una política de desconfianza respecto de los sucesores al trono. El Sultán no se fía de sus hijos y mucho menos de sus hermanos. Mahometo III hizo matar los diez y nueve que tenía y arrojar al mar a diez mujeres de éstos, las cuales se hallaban encinta. La ley llama a la sucesión al hermano mayor con preferencia a los hijos menores; pero esto no hace más que aumentar los temores del desdichado Monarca; y la historia de la Casa Otomana ofrece ella sola más tragedias domésticas de ese género que todas las de Europa reunidas.

En fin, otra triste consecuencia de la poligamia es el carácter despótico del gobierno turco. Donde el hombre desempeña en su casa el papel de tirano, preciso es que sufra a su vez un yugo muy duro. La degradación a que está reducida la mujer produce siempre, como justo castigo, la degradación del marido. De manera que la primera cosa que deberán hacer los turcos para obtener un gobierno más liberal, será serlo ellos mismos con sus mujeres, cesando de tratarlas como meros objetos de placer y de lujo.

¿Sucederá esto algún día? Tan difícil me lo parece como que se conviertan al cristianismo. Con todo, no sería imposible que por lo menos se modificase de un modo sensible, porque puede mucho el ejemplo de otros pueblos, puede mucho la cultura. Ya el Japón y la China publican en el *Almanaque de Gotha* el nombre de la esposa de su Monarca, para indicar que han renunciado a la poligamia; y el mismo Jetife de Egipto, a pesar de ser musulmán, se atreve también a hacer lo mismo. ¿Por qué no ha de llegar el día en que turcos y persas le sigan en ese buen camino?

Y de todos modos, lo que es todavía muy difícil para el Sultán, lo es mucho menos para los Bajás y los demás particulares. El ejemplo que dan ya algunos más ilustrados, no podrá menos de hallar eco entre las personas de su misma clase. La necesidad de tener esposas bien educadas a fin de tener hijos que sean dignos de figurar al lado de los demás europeos, es ya sentida por muchos. No hay allí, en verdad, lo que pudiera propiamente llamarse una aristocracia hereditaria; pero hay sí una oligarquía política y militar, en la cual se perpetúan de padres a hijos los cargos del Estado y de la milicia. Su origen es democrático, y el Sultán conserva siempre, como Soberano despótico, el derecho de hacer General o Ministro al esclavo que le limpia las pipas; mas el uso de ese derecho es cada día más raro, siendo, por el contrario bastante común que el hijo alcance la misma posición que el padre, y que muchos beys y bajás puedan ya contar entre sus abuelos Generales y Embajadores. Y siguiendo la tendencia natural de todas las oligarquías, propenden ya a perfeccionarse, perfeccionando la educación de sus hijos. Los varones asisten a los buenos colegios de Pera y Estambul, y algunos van también a estudiar a París o Berlín; y en cuanto a las hembras, es ya muy general que tengan institutrices extranjeras.

Madama D'Ehrenhof, esposa del Ministro de Suecia, era la señora del Cuerpo diplomático que más visitaba a las damas turcas, porque nacida en Tánger, donde su padre era Cónsul de su nación, hablaba con facilidad el árabe y el turco. Pues esta señora me refería que las hijas de Raschid Bajá, por ejemplo, tenían un aya inglesa que les había enseñado su lengua y la francesa y a tocar muy bien el piano. Lo mismo acontecía con otras varias familias turcas conocidas, por manera

que el nivel de la ilustración va subiendo allí insensiblemente, a pesar de los obstáculos que le oponen la religión y las viejas costumbres.

En casa de esa misma Madama D'Ehrenhof tuve un día la fortuna de conocer a una princesa egipcia, de nombre Elide y sobrina del Jetife, la cual permitió que yo le fuese presentado, y me habló en correcto francés. No obstante el velo que la cubría, pude ver que era muy agraciada, y su conversación me probó que conocía perfectamente la literatura francesa contemporánea y las principales novelas inglesas. Pero lo que más me llamó la atención fue que confesaba ingenuamente que su mayor deseo, y también el de todas sus amigas de Egipto y Turquía, era imitar a las señoras de Europa. Añadióme que esa emulación va siendo, asimismo, general, hasta entre las mujeres de la clase que pudiéramos llamar burguesía, y si no les es dado igualarlas en todo, hacen lo posible por copiar al menos su tocado y sus trajes, en cuanto se los permite el uso nacional del *yasmak* y el *ferrayé*. Ahora bien: siendo esto así, natural es esperar que los turcos más principales vayan dando poco a poco el ejemplo de una disminución de la poligamia, por la sencilla razón de que a ellos mismos les ha de repugnar, a medida que sean más ilustrados, y porque siéndolo también las damas turcas, no querrán ya sufrir que se les den otras compañeras y se las trate como esclavas. Y cesando la multitud de las mujeres, cesaría igualmente el uso de ponerles guardianes; porque el progreso de las luces trae naturalmente consigo tales reformas. En España mismo se ha visto que, gracias a la mayor cultura, han desaparecido de nuestras costumbres el escudero y la dueña, que eran, en su género, casi tan odiosos y ridículos como los eunucos de Turquía.

XCIV.
Constantinopla, de 1875 a 1878.

Los representantes extranjeros en Turquía.—Antes solían ser encerrados en las Siete Torres. — Ahora viven como Príncipes.—Sus palacios en Pera y en el Bósforo.—Sus banquetes y fiestas.—Dragomanes, Cavases y Protegidos.—El General Ignatief gran enemigo de los turcos.—Facilidad con que los calumniaba.—Sir Enrique Elliot, no menos enemigo de los rusos.—Los representantes de Austria, Alemania, Italia, Grecia y Francia seguían el ejemplo de Ignatief.—Los demás opinábamos como Elliot.—Razón de esta diferencia.—No podíamos aprobar que las Grandes Potencias tratasen con tanta insolencia a la Turquía.—Instrucciones que yo recibía.—Personal de mi Legación.—Los frailes españoles.—Recuerdo del Padre Enrique.

El Cuerpo diplomático extranjero residente en Turquía es uno de los más numerosos que he conocido, y sus miembros gozan allí de un prestigio y de unas ventajas que no tienen sus iguales en ningún otro país. Antiguamente no era así, puesto que se hallaban sujetos a las más desagradables alternativas, reinando en aquel Imperio la bárbara costumbre de que, cuando se declaraba la guerra a cualquiera otra Nación, eran los representantes de ésta encerrados en un castillo, que existía ya en tiempo de los Emperadores griegos, y era llamado entonces Pentapirgos o de las Cinco Torres, y tomó después el nombre de las Siete Torres, porque los turcos lo reedificaron y le añadieron dos. En varios de sus aposentos se pueden todavía leer, escritos en la pared, los nombres de multitud de personajes, que pasaron largas temporadas en ellos. El último diplomático allí encerrado, fue cierto Mr. Ruffin, Encargado de Negocios de Francia al estallar la guerra del año 1798, que dio lugar a la ocupación del Egipto por Bonaparte.

Hubo también en aquella fortaleza otros prisioneros de mayor importancia, entre los cuales fue notable aquel Príncipe Constantino Bassaraba de Brancovan, estrangulado al fin por orden del Sultán en 1714, porque engañaba sucesivamente a turcos y austriacos, y aspiraba a emancipar y constituir en provecho suyo el Principado de Valaquia.

Pero estas y otras semejantes tragedias no han vuelto a repetirse, al menos en aquel sitio, y el castillo de que se trata está hoy vacío y es visitado por mera curiosidad, como la Torre de Londres y el no menos famoso de Elsinor.

Ni temen ya cosa alguna los representantes extranjeros, los cuales, como digo, tienen allí ahora una posición por todos conceptos privilegiada y agradable, pudiendo decirse que los Embajadores, principalmente, viven como verdaderos Príncipes. Desde luego, poseen todos en Pera y también a orillas del Bósforo, casas que merecen el nombre de palacios. No todas son modernas ni bellas; pero casi todas son espaciosas y tienen la ventaja de hallarse situadas de manera que disfrutan de un panorama delicioso. Las de Francia, Rusia, Austria, Holanda y Suecia, son las que poseen mejores vistas; las de Inglaterra y Alemania han sido reedificadas en este siglo y son las de mejor aspecto arquitectónico.

Como los Embajadores están muy bien retribuidos, reciben a menudo y dan muchos banquetes y fiestas. Sus bailes son para la sociedad de Pera como otros tantos recibimientos de Corte, y en ellos se ve la flor y nata de las damas del país y de las europeas que en él residen. Y como hoy día las modas son cosmopolitas, el que asiste a ellos puede creer que no se halla en Turquía, sino en París o Viena. La presencia de los bajás, beys y efendis (caballeros) con sus levitas largas y el fez colorado, es lo único que los diferencia de las fiestas de otras naciones.

Generalmente, el personal de las Embajadas y Legaciones es numeroso, pues a los Secretarios y agregados se unen allí los intérpretes o dragomanes, quienes son siempre necesarios, a causa de la dificultad de la lengua. El nombre de dragomán es árabe y su uso es común en todo el Oriente. En lo antiguo tenían una posición todavía más importante que ahora, en razón de que casi ningún turco hablaba ni entendía las lenguas europeas, y de esto nacía que los intérpretes fuesen en realidad los verdaderos negociadores. Por lo cual, no había nación que no empleara para esos puestos personas de cierto mérito, y sobre todo, muy prácticas en los asuntos de Oriente.

Nada se podía hacer sin ellos, y ha quedado fama de algunos que fueron por mucho tiempo los verdadero» Embajadores y Ministros. Hoy día no son tan indispensables en las negociaciones diplomáticas, porque los nuevos bajás hablan ya bien el francés, y lo mismo sucede con los altos empleados de los Ministerios. Son, sin embargo, necesarios todavía para tratar los negocios corrientes en las oficinas públicas, y para ayudar a los súbditos y protegidos, que son reos o actores en los tribunales mixtos. Y también se llevan aun a ciertas audiencias y ceremonias, a fin de dar más autoridad y brillo a los jefes de las misiones.

Como los cargos que desempeñan los intérpretes les dan muchas ocasiones de proteger los intereses de su país y de sus nacionales a expensas de los turcos, suelen éstos quererlos mal y considerarlos poco más o menos como nosotros consideramos a los Abogados y Procuradores embrollones. Y como prueba de ello, contaré una curiosa superstición a que ha dado lugar esa aversión del público. Hay comúnmente en el Bósforo una multitud de pájaros de la familia de las gaviotas, los cuales tienen la particularidad de vivir en continuo movimiento, y ora barren el agua con sus alas, ora siguen la orilla, ora se arremolinan o suben a los árboles, dando gritos agudos. Pues bien: el vulgo de Constantinopla pretende que esos pájaros son las almas de los difuntos dragomanes, que andan así errando por el Bósforo en pena de sus fechorías.

Otro privilegio de los jefes de misión y también de los Cónsules, son los soldados llamados cavases, que les sirven de guardia personal. En general, son antiguos gendarmes y gente muy escogida, de cuya honradez he dado ya testimonio en otro capítulo. Su utilidad es siempre grande, pues a pesar de que la policía ha mejorado mucho en Turquía, no reina allí aun tanta seguridad en las calles, para que las señoras principalmente, puedan circular por todas partes sin la compañía de uno de esos fieles servidores. Ninguna esposa de diplomático o Cónsul va a las tiendas o al paseo sin llevar delante su cavas, armado de sable, pistolas y un bastón con el cual aparta los importunos y los perros. A la puerta de las oficinas diplomáticas y consulares, sirven también para que sean éstas más respetadas por el público, y por fin, es uso común que vayan delante de los representantes extranjeros, siempre que éstos hacen sus visitas.

Al principio me fastidiaba mucho esta costumbre, pero poco a poco me hice a ella, tanto más cuanto que mi mismo cavas me suplicó que no dejase de llevarle siempre conmigo, especialmente de noche, porqué se aburría solo en la Legación y deseaba tener él también oportunidad de conversar con otros compañeros suyos en las casas a donde yo iba.

Por último, dan cierto prestigio a los Embajadores y Ministros el número considerable de sus protegidos, entre quienes suele haber algunos muy distinguidos por su posición y riquezas. Es este un hecho muy antiguo, sobre todo respecto de la Francia, que desde el siglo XVI ha tenido buenas relaciones y aun alianzas con el Turco, al punto de que Francisco I la ajustó muy estrecha a fin de contrarrestar el poder marítimo de Carlos V. Obtuvo también entonces ese país lo que se llaman Capitulaciones, o sea un convenio en virtud del cual gozan allí sus súbditos ciertos privilegios, especialmente en materias comerciales, y se reconoce a sus Ministros y Cónsules el derecho de amparar, no sólo a sus propios nacionales, sino también a muchos otros cristianos que allí residen y que se acogen a la protección de la Francia. Decaído después el poder de la Turquía y obligada ésta a moderar su política belicosa, fue ajustando paces con las demás naciones de Europa y concediendo a cada una de ellas las mismas capitulaciones que había concedido a la Francia.

Pero como las cosas más útiles están expuestas al abuso, sucedió que el número de protegidos fue cada día en aumento, con notable menoscabo de los derechos y del decoro mismo de la Turquía, la cual se cansó al cabo de sufrirlo, y con una ley titulada del mes Cheval, dada en la mitad del pasado siglo, decidió que de allí en adelante ningún Gobierno extranjero pudiese ya aumentar el número de sus protegidos. Y si he de juzgar por mi propia experiencia, debo decir que la Turquía tuvo cien veces razón y nos hizo también un favor, porque a vuelta de algunos, que como ya he dicho, son muy bien vistos, los demás no son siempre dignos del privilegio que se les otorga, y más de una vez se ven los representantes extranjeros obligados a apoyarlos en reclamaciones y pleitos que son descabellados e injustos. Los embarazos que ocasionan no están compensados por las ventajas.

El Embajador que en aquella época tenía una posición más importante a los ojos de turcos y cristianos, era el famoso general Ignatief, representante de la Rusia. Joven todavía, de agradable presencia, aunque de tipo muy eslavo, inteligente, activo, amable y casi campechano, llano y generoso, era una de las personas más simpáticas posibles. Conocerle y cobrarle afecto y buscar su compañía era todo uno. Por mi parte desde el primer día que le vi me sentí muy atraído hacia él, y continué siendo siempre su amigo, a pesar de tener opiniones diferentes y de descubrir en su carácter varios defectos muy notables.

Porque en primer lugar su franqueza era sólo aparente y le servía para ocultar mejor sus verdaderas intenciones. Exageraba con la mayor facilidad del mundo, cuando así convenía a su propósito, y no tenía en esto más límites que la credulidad de la persona con quien discurría. Más de una vez observé que, habiéndome sostenido alguna especie demasiado gorda y leyendo en mi semblante que yo no le creía, soltó él mismo involuntariamente la risa y cambió luego de asunto. Inventar historias de todas clases para desacreditar a los turcos, era para él la cosa más sencilla del mundo; por lo cual le aborrecían mortalmente.

En realidad había en Ignatief como dos personas. La una era el Embajador del Zar, el representante de la política secular de su país, que le impele a minar ocultamente el Imperio otomano a fin de preparar poco a poco su ruina. La otra era el representante del paneslavismo, de esa secta medio pública, medio secreta, que quiere hacer eso mismo sin tardanza, comenzando por emancipar a todos los pueblos cristianos que se hallan desde el siglo XVI bajo el yugo de la Turquía. A la manera que Cavour y sus colaboradores secundaban sin el menor escrúpulo los manejos de los mazzinistas, así secundaba Ignatief los planes de los paneslavistas. Y el servidor de un Soberano despótico venía a adoptar en muchas ocasiones la conducta de un conspirador de oficio.

Para que su influencia fuese aun más eficaz habíale dado el destino una mujer tan bella y honesta como astuta, la cual le ayudaba y completaba maravillosamente. Mientras que él dominaba

a los unos con su talento, subyugaba ella a los otros con su gracia. En tiempo de la Conferencia el Conde de Zichy, Embajador de Austria, el italiano Corti y el francés Chaudordy estaban a sus pies, cautivados por su belleza. Lord Salisbury no se le rindió tanto; pero su mujer Lady Salisbury no pudo resistir a los hechizos de aquella sirena y creía cual artículos de fe todos los horrores que Madama Ignatief le contaba de los turcos. Había entonces en Pera una compañía de operetas francesas, a las cuales concurría todo lo mejor de la ciudad, y Madama Ignatief iba siempre a su palco lindamente adornada con el bonetillo y chaquetillo bordados que llevan las mujeres griegas, a fin de captarse el favor de los espectadores de aquella nación. No dejaba escapar oportunidad ninguna de hacer ver a los malcontentos que la Rusia estaba con ellos.

Los secretarios de Ignatief eran también muy hábiles. Nelidoff, que después ha llegado él mismo a ser Embajador, parecía más moderado que su jefe, pero en el fondo era lo mismo, y Onoú, el primer dragomán, pasaba por inteligente y travieso.

Rival declarado de Ignatief era Sir Enrique Elliot, Embajador de Inglaterra, y es imposible hallar dos hombres que menos se pareciesen y que tuviesen opiniones y actitudes más opuestas, Elliot detestaba a los rusos, creyendo que no tenían más objeto que apoderarse ya de Constantinopla, y amaba y alababa a los turcos, porque tenía interés en que no perdiesen aquella ciudad y quería conservarles su prestigio. A fuerza de conformar su opinión a sus deseos, tenía fe en ellos, cerraba los ojos para no ver sus defectos, no daba crédito a la relación de sus crueldades y estaba persuadido de que eran tan capaces de progreso como cualquier otro pueblo europeo. Esta pasión suya por los turcos llegaba casi al ridículo. Recuerdo que una vez me quejaba yo delante de él del estrépito que hacían de noche los perros en las calles de Pera, y me aseguró con la mayor formalidad que por su parte no los oía y que con el tiempo me acostumbraría yo también a sus ladridos.

Por lo demás, era Sir Enrique un caballero amable, inteligente, honrado y todo lo contrario de Ignatief en su modo de hablar y proceder. Su esposa, Lady Elliot, tenía mucha distinción y hacía olvidar sus años con la amenidad de su trato; y su hija, la sentimental Lady Gertrudis, no carecía de atractivos. Su casa era una de las más agradables de Pera en aquella época.

Eran Ignatief y Elliot como dos adalides enemigos o como dos jefes de partido, en torno a los cuales se agrupaban los demás miembros del Cuerpo diplomático; mas con esta diferencia: que los más importantes seguían al primero y los menos al segundo. El Conde de Zichy, Embajador de Austria, veía por los ojos de Ignatief y hablaba por sus labios. Era entonces interés de su Gobierno el secundar las intenciones de la Rusia, porque el Austria tiene un sus fronteras unas provincias eslavas, las cuales anhelaban favorecer a las poblaciones de su misma raza de la Bosnia y Herzegovina. El General Rodich, que mandaba en Croacia, era connivente con los rebeldes, y el Gabinete de Viena, lejos de desaprobar su conducta, mostraba, como siempre, una tendencia natural a acercarse insensiblemente al Oriente.

Pero el Conde de Zichy se hallaba tan fascinado por la habilidad de su colega, que sin necesidad de esos motivos hubiera sido uno de sus principales fautores. Desde por la mañana muy temprano corría desalado a la Embajada rusa, y encerrado con Ignatief, leían juntos los despachos, examinaban los planos y comentaban los sucesos en el sentido que convenía a la Rusia. No era Zichy hombre de una grande inteligencia, y esto hacía que fuese con más facilidad presa de su astuto amigo. Era simplemente un magnate húngaro, rico y desocupado, a quien la ambición había llevado en edad ya madura a la carrera diplomática, en la cual brillaba por su lujosa hospitalidad y por la cortesanía de su trato. Era lástima solamente que su talla fuese tan pequeña. Cuando se vestía con la capita corta del traje magiar, recordaba involuntariamente un limpia plumas. Daba festines y bailes y tenía una gran posición como representante de un Imperio limítrofe, el cual ha vencido tantas veces a la Turquía y es quien más la ha despojado después de la Rusia.

Tiene Austria bajo su amparo un gran número de húngaros, croatas y dálmatas allí establecidos, y protege también varias iglesias, que no son de Tierra Santa y que ha hecho edificar en época moderna, por cuyo motivo no están, como las nuestras, bajo el patronato de la Francia.

Santa María, en el barrio de Pera, es bastante bonita, y estando servida por frailes italianos, hace la ilusión de una iglesia de Nápoles o Florencia.

El Barón de Werther, Embajador de Alemania, era un Diplomático de carrera, conocido por haberse hallado en París cuando estalló la guerra del año 70. Serio y reservado, costaba trabajo saber a punto fijo lo que pensaba; mas no hay duda ninguna de que tenía también instrucciones para apoyar a Ignatief y que lo hacía de la mejor gana del mundo. Su noble consorte era no menos flaca y espetada que él, por manera que ambos no parecían de carne y hueso, sino figuras de madera.

El Conde Corti, Ministro entonces de Italia y después Embajador, era un piamontés de bastante talento. Ya he tenido ocasión de hablar de él en un capítulo sobre Londres. Era feo y tenía la nariz achatada, como Miguel Ángel, por haberse caído cuando niño por una escalera; mas esto no le impedía hacer la corte a las señoras y esperar ser correspondido por ellas. Veíanse en su salón los retratos de las damas más hermosas que había conocido en sus viajes, y las prefería a todas las producciones del arte. No le faltaba sagacidad, y como prueba de ello diré que había sido Ministro en Madrid durante el efímero reinado de Amadeo, y aunque interesado, a fuer de italiano, en aquella empresa de un Príncipe de su país, comprendió desde luego que no lograría sostenerse y así se lo manifestó con franqueza a su Gobierno. En Constantinopla seguía las huellas de Ignatief, porque la Italia no podía menos de aprobar en las poblaciones cristianas sometidas a la Turquía el espíritu de independencia, que había sido y seguía siendo la bandera tremolada por el Piamonte.

El Caballero Conduriotis, Ministro de Grecia, se contaba también, como era natural, entre los discípulos del Embajador moscovita. Los intereses de su país estaban, por necesidad, enlazados con los de Rusia y con los de los pueblos eslavos de Turquía, y aunque la Grecia sentía algunos celos del favor que se dispensaba a los búlgaros y servios, todo cedía entonces al objeto principal de la política de todos aquellos pueblos cristianos, que era derribar o por lo menos desmembrar a la Turquía.

Los Embajadores franceses que se sucedieron allí entonces con bastante rapidez, Vogüé, culto y elegante; Bourgoing, sincero y católico, y Chaudordy, hombre de mundo, mostraron al principio alguna incertidumbre, luchando entre las tradiciones que había dejado a Francia la guerra de Crimea y el proyecto que ya se hacía notar en su política extranjera de buscar un apoyo en la Rusia contra el aislamiento a que la había reducido la guerra del año 70. Mas al cabo pudo ver la Turquía con toda claridad que se colocaban decididamente al lado de sus enemigos. El Conde de Moüy, encargado interino de Negocios, fue el solo que se mostró algo más imparcial.

Fuera de esta masa compacta de Diplomáticos importantes, más o menos contrarios a la Turquía, quedaban sólo los Ministros Plenipotenciarios de las Potencias de segundo orden. El de Persia, Mohsin Khan, que después fue hecho Embajador, era muy agradable. ¿Cómo es posible ser persa? decía Madama de Sevigné la primera vez que vio en Versalles un Embajador de esa nación. Pues Mohsin no sólo era persa, sino tan festivo y agudo como cualquier francés, y con buenas ocurrencias que hacían poca gracia a Ignatief, pero mucha a los turcos. Su país, cuya suerte, después de las victorias de Paskevich, es bastante parecida a la de Turquía, tiene mucho interés en que ésta no pierda su posición en Constantinopla; por cuyo motivo el astuto Mohsin veía con gusto la actitud de Elliot.

Heldevier, Ministro de Holanda, a quien yo había conocido ya en Londres y Florencia, el de Suecia, Ehrenhof, el americano Meynarg, el belga Grimberghe y mi humilde persona, sin seguir precisamente las huellas de Elliot, nos inclinábamos también a sus ideas. Dijo algún Embajador a propósito de esto, que lo hacíamos por despecho de no asistir a las Conferencias y desempeñar un papel secundario; mas eran otras las causas. Que la Turquía gobernaba mal a sus súbditos cristianos y que era deseable que éstos adquiriesen por lo menos una cierta autonomía, son cosas que no podía negar ninguna persona liberal e ilustrada. Podía ser también un deseo natural de todo pecho cristiano que Constantinopla cesase un día de hallarse ocupada por los turcos, y que la cruz volviese a ser adorada bajo las bóvedas de Santa Sofía; mas esto no bastaba para que viésemos con aprobación y ni aun con indiferencia la manera con que tantas grandes Potencias, y principalmente

la Rusia, trataban a la Turquía, mezclándose en sus asuntos interiores, alentando a sus súbditos rebeldes y exigiéndole con amenazas que les hiciesen concesiones tan exorbitantes, que equivalían a una negación de su soberanía. Y esta era la verdadera razón de que sintiésemos más simpatías por las opiniones de Elliot que por las de Ignatief. Por lo mismo que éramos representantes de naciones pequeñas o débiles, teníamos interés en que no fuese aceptado como cosa natural y corriente un abuso de la fuerza, del cual alguna de ellas, la España, por ejemplo, ha sido al fin ella misma víctima, viéndose a su vez insultada, combatida y despojada por los Estados Unidos.

Por lo demás, estas simpatías en favor de los turcos no tuvieron nunca ocasión de manifestarse oficialmente, manteniendo todos la actitud más reservada en conformidad a las instrucciones de nuestros respectivos Gobiernos. Las que yo recibía del mío no podían ser más explícitas sobre este punto. Cánovas era decidido partidario de la neutralidad de España y exageraba casi el temor de que nos comprometiésemos en favor del uno o del otro de los contendientes. Consecuencia todo de nuestra debilidad interior y del apocamiento a que nos ha reducido. Limitábame, pues, a observar los sucesos e informar de ellos al Gobierno.

El personal de mi Legación era muy distinguido. Los primeros Secretarios Ruata y Gil de Ulibarri, instruidos e inteligentes, estaban destinados a hacer lucidas carreras, y los dragomanes Marinich y Timoni, eran honrados y hábiles. Ya he referido cómo era el viejo palacio, a donde al fin tuve que alojarme, reparándolo a mi costa. Añadiré que teníamos también una iglesia española, la cual, aunque vieja, se hallaba en buen estado. Por desgracia, pertenecía a los frailes franciscanos de Tierra Santa, que de antiguo se encuentran bajo el protectorado de la Francia, por ser esta nación quien los defendía cuando las demás no tenían casi relaciones con la Turquía, ni fuerza para hacer respetar a sus súbditos. Sin embargo, este patronato extranjero no excluía que los buenos frailes se considerasen dependientes de la Legación de España y recurriesen a ella de continuo.

Por de contado eran carlistas, como la generalidad de nuestros religiosos, y de ello dieron buena muestra cuando llegó el Pretendiente a Constantinopla de regreso del campo ruso. Por cierto que ocurrió entonces una escena muy cómica, de que tuve luego noticia. Fueron a ver a Don Carlos, quien los recibió con la mayor benevolencia, y animado por ella uno de los frailes, se levantó y le pidió la promesa de que apenas fuese Rey les devolvería cierta convento de su Orden, situado en la provincia de Murcia y ocupado ahora por el Gobierno liberal; y Don Carlos le respondió con mucha prosopopeya: «Concedido». Saltó luego otro fraile y le pidió otro convento, y Don Carlos le contestó: «Cuente usted con ello». Y de esta manera fueron solicitando ellos otras cosas y otorgándolas él con rostro benigno. De lo cual no hice más que reírme, pues hubiera sido tan sandio como los mismos frailes y su supuesto Monarca, si me hubiese dado por ofendido.

Mis relaciones con ellos fueron siempre muy cordiales, especialmente con el prior, llamado el Padre Enrique, que era un santo varón, pío, prudente, sobrio, casto y humilde. Mostrábame mucho afecto y a veces demasiado, obligándome a comer de cuándo en cuándo en el convento y a tragar los bodrios del lego cocinero. Y lo peor del caso era que, concluida la comida, le hacía venir a nuestra presencia con objeto de alabarle, y bastaba su vista para alterar el estómago más robusto, por lo repulsivo de su aspecto.

XCV.
Constantinopla, de 1875 a 1878.

*La Sociedad de Constantinopla.—La oligarquía turca.—Sus banquetes y reuniones.—Dónde se ve a las señoras turcas.—Los baños públicos.—El paseo de las Aguas dulces.—Supuestas intrigas amorosas entre cristianos y turcas.—Poca afición de los turcos a divertirse.—El pulchinela Karagós.—Lengua y literatura turcas.—Grupo que forman con la árabe y persa.—*Las Mil y una noches*.—El poema de Ferdusi.—*El Gulistán *de Saadi.—La Sociedad griega y armenia.—La bella Madama Alá Verdi.—Señoras levantinas.—La piadosa Madama Sneider.—Teatros de Pera.—Comedias griegas.—El Casino.—El veraneo en el Bósforo.—Terapia y Buyukderé.—El árbol de Godofredo.*

Digamos en este capítulo alguna cosa de la Sociedad de Constantinopla. Hará sonreír a muchos la idea de que exista allí una, como en las demás capitales europeas; mas con todo, es así. En primer lugar hay los banquetes, bailes y saraos del Cuerpo diplomático, de que he hablado antes. Vienen después las comidas de los bajás y funcionarios turcos. Siguen las recepciones de las familias griegas y armenias y también levantinas y francesas; y, por último, hay algunos teatros de poca importancia, a la verdad, pero donde se reúne toda la gente ociosa y amiga de divertirse. Conocemos ya el Cuerpo diplomático. Veamos ahora cómo era la oligarquía turca.

Lo más particular de sus reuniones es que se componen exclusivamente de hombres. Ningún bajá, por ilustrado que sea, deja que los extranjeros vean a su mujer o mujeres. Esto es sólo permitido a las señoras del Cuerpo diplomático, de cuyas visitas hablaré después. Antes diré de qué modo reciben los hombres. Como ya lo he indicado, suelen ocupar buenas habitaciones, llamadas *conak* en Estambul y *yali*, o casa de campo, en el Bósforo, donde por lo general no residen en la orilla europea, sino en la asiática, no sólo por evitar a los *giaurs* o infieles, sino también porque tienen la idea de que se halla más resguardada del viento Sur, y es, por lo tanto, menos húmeda.

He ponderado antes cuan aficionados son al esplendor; pero lo que más les agrada, no son los objetos de arte, sino cortinas, tapices, divanes, espejos y arañas de cristal, provistas de guardabrisas. Tienen algunos turcos buenas bibliotecas, mas forman una excepción. Sus comedores son amplios y sus festines abundantes. El oriental gusta de la buena mesa y en todos sus cuentos entran por mucho los banquetes de gran lujo. La servidumbre es numerosa y bien vestida. Los platos, poco más o menos, como en Europa.

Sabido es que de todo hay en Oriente y que de allí se ha traído todo a Europa, que fue un día la más atrasada de las tres partes de la tierra conocida. «El Asia es la cuna del mundo». De allí le ha venido todo a la Europa, empezando por la religión y acabando por las cerezas. Y como la tierra es muy feraz y la humedad y el sol la fertilizan a porfía, todos sus productos son grandes, enormes, exquisitos. La uva, llamada *chauch*, es de dimensiones tales que hace más creíble lo que refiere el *Pentateuco* sobre el racimo que trajeron los israelitas de la Tierra Prometida. Las berenjenas, a que, según Cervantes, son muy aficionados los turcos, tienen el tamaño de melones, y los melones de botijos.

Todos los víveres son allí buenos y abundantes. El pescado es tierno y de buen gusto, y hay ciertos peces, llamados *palamites*, que cuestan pocos sueldos y bastan para alimentar una familia. El carnero de los Balcanes es tan perfumado y tierno como el de Inglaterra, y está también, por su precio, al alcance de todo el mundo. Pero el puchero de los turcos es el *pilaf*, o sea un guisado de arroz muy nutritivo, y que si se mezcla, por ejemplo, con codornices, puede figurar en las mesas de los ricos.

Con tan buenos elementos, dicho se está que esas mesas son tan buenas como las europeas. Edhem, Safvet, Raschid, Reuf y otros bajás, daban excelentes convites. La sola cosa que puede criticárseles es que sus cocineros abusan de la grasa de carnero, cuyo sabor no es de los más gratos al paladar europeo. Hacen mucho uso del tomate y también de otra legumbre muy agradable de la

misma familia, que no ha venido aún por Europa, a la cual llaman los orientales *bamia*, y los europeos clavo griego.

En materia de dulces y turrones tienen casi los mismos que nosotros, con la añadidura de las flores en confite, especialmente rosas y violetas. El *rajat lakun*, o «reposo de la garganta», hecho con almidón y miel, es, asimismo, notable por su suavidad y frescura.

Mahoma prohíbe el vino a sus adeptos, al igual de los juegos de azar y la idolatría, y, en general, todos ellos se abstienen de beberlo. Recuerdo que cuando me hallaba en Londres vinieron allí 800 marineros turcos con objeto de tripular dos fragatas de guerra en el Támesis para la marina de aquel Imperio, y todos se admiraron mucho de que durante los tres meses que allí estuvieron no hubo entre ellos ni uno solo que probara el vino. Hay, con todo, excepciones a esta regla. La gente rica inventa sus distingos y sus sofismas para excusar su desobediencia. Dicen, por ejemplo, que el *Alcorán* habla sólo del vino y no dice nada del Champaña ni de la cerveza, ni tampoco del aguardiente, que llaman *rakí*, y que algunos turcos beben con tanto placer como los cristianos de Pera.

He referido ya que las señoras del Cuerpo diplomático suelen visitar a las damas turcas. Según ellas me lo contaban, todo es en sus habitaciones, parecido a la de los hombres. Muchas sedas, alfombras, cristales y bronces. A cualquier hora del día hacen servir café y dulces de flores, y las más pudientes tienen esclavas lindas y bien adornadas que saben cantar con primor, acompañándose con una especie de vihuela. Pero lo que más lisonjea el amor propio de las damas turcas es enseñarle a las europeas sus ricas y hermosas alhajas, de las cuales hay cantidades fabulosas en los harenes de Estambul. Ocurre preguntar de qué manera viviendo tan separados los dos sexos, logran los turcos conocer a sus mujeres antes de casarse o tener amores con ellas. A esto se responde que no obstante las precauciones de padres y maridos y también de los severos eunucos, tienen varias ocasiones de verse. Desde luego todos los viernes van las mujeres a las mezquitas o asisten a la procesión del Sultán, llamada Selamlik. Por toda la carrera que recorre se ven mujeres que coronan las alturas y llenan el campo, luciendo sus *ferrayés* de diversos colores. Es verdad que llevan un velo; pero es a veces tan sutil, que deja notar bien las facciones, sobre todo, los ojos. «Comedia, comedia», decía a propósito de esto el viejo Kiamil Bey, Introductor de Embajadores.

Los baños públicos (*haman*) ofrecen también una buena ocasión de verlas, pues aunque tienen sus departamentos separados, es fácil que se encuentren a la entrada o a la salida. El baño caliente es tan antiguo como el mundo. Los españoles lo hallaron muy usado en México, y Homero nos cuenta que el valiente Diomedes, después de haberse bañado en el río Escamandro, corrió a su tienda para bañarse otra vez en agua caliente. Pasó este uso de Oriente a Roma, donde llegó a su apogeo en las famosas termas, y de los griegos y romanos lo han tomado otra vez los orientales. Con todo, el que ahora tienen los turcos es, en realidad, un baño de vapor más bien que de agua caliente.

Y son tan aficionados a él que lo consideran casi una institución religiosa, fundándose en que Mahoma manda la purificación frecuente por medio de abluciones, y siendo tal en esto su rigor, que les ordena frotarse, por lo menos, las manos con arena, antes de comenzar la oración, si van de viaje o no encuentran agua. Los musulmanes tienen, pues, por indispensable el baño, y no sé en qué libro he leído que una de las cosas que más sintieron los moriscos de España fue que les prohibiesen esa costumbre, porque a los cristianos les parecía supersticiosa.

Otro lugar donde se ven muchas mujeres turcas, sobre todo del *high life* de Estambul, son las llamadas Aguas dulces. Hay dos paseos de ese nombre: uno en Europa y otro en Asia. El segundo, más propio del verano, es poco frecuentado por los europeos. Al primero van mucho. Situado en un valle muy ameno, regado por un cristalino río, que los griegos llamaban Barbizés, tiene alamedas de cipreses, sicómoros, fresnos y olmos muy frondosos; y en su centro edificó el Sultán Achmed, en el siglo XVIII, un Sitio de recreo con jardines plantados de hermosas flores y poblados de pavos reales y otras aves de bellos colores. Acuden allí las señoras turcas en coches a la europea, y es fácil verlas

al pasar y notar la hermosura de algunas, si bien disgusta en todas la pintura con que se agrandan los ojos y añaden carmín a los labios.

Óyese hablar algunas veces de aventuras amorosas entre los europeos y las turcas; mas las tengo por cosas fantásticas. La empresa tiene demasiados riesgos, y no es fácil que nadie se enamore de ellas al punto de exponer la vida. No niego, sin embargo, que haya de esto algunos casos; pero suelen ser seguidos de serias desventuras. En mi tiempo se contó de un caballero inglés, que habiendo querido hablar con una señora turca, recibió un sablazo del eunuco que estaba a caballo detrás del coche. Díjose también que un joven griego muy gallardo había sido sorprendido en un harén y arrojado al Bósforo por orden de un celoso marido. Por lo demás, fuera de los baños y los paseos, puede decirse que los turcos no tienen diversiones de ninguna especie. Odian el movimiento y les fatiga por pequeño que sea. No bailan, ni corren, ni juegan a juego ninguno un poco violento. La humanidad hacia los animales, que les inculca su religión, no les permite tampoco hacer uso de ellos para divertirse. Su literatura, rica de historiadores y poetas, carece por completo de teatro, por la sencilla razón de que no puede haberlo donde la mujer vive encerrada y esclava. Existirán entre ellos algunas intrigas amorosas; mas a ningún turco le agradaría que fuesen representadas en público.

Últimamente han dado en Pera algunas operetas turcas, imitadas de las europeas; pero ni los autores ni los actores eran turcos, sino armenios cristianos, que poseen muy bien aquella lengua; y yo creo que pasarán, quizá, dos siglos antes de que las mujeres turcas asistan a ningún teatro, y todavía más tiempo antes de que una verdadera musulmana pise las tablas como comedianta.

El único pasatiempo del género cómico que conocen, no las mujeres, sino los hombres, es el de una especie de sombras chinescas, cuyo personaje principal es un títere grotesco, llamado, tanto en turco como en árabe, *Karagós* o el Negro Gós, de cuyo nombre procede una interjección española, que nos han dejado los árabes como señal de la cadena. Es un pariente del Pulchinela europeo, aunque con la enorme diferencia de que se entrega a la vista del público a las acciones más deshonestas. Y por efecto, sin duda, del contraste, aquel pueblo tan serio se divierte mucho con esa sucia farsa; y nada prueba más el gusto grosero y el atraso moral de las clases bajas musulmanas como la circunstancia de que suelen llevar los niños a ese obsceno espectáculo.

Aman bastante la música, a pesar de que la que poseen es muy imperfecta y no podrá mejorar mucho hasta que no sea generalmente adoptada la gama de Europa. La suya, así cómo la persa y la árabe, tiene la singularidad de que en vez de tonos y medios tonos, usa tercios de tonos, lo cual la hace insufrible para un oído europeo. Exista o no una gama modelo, que se halle conforme con las leyes de la Naturaleza, el hecho es que la de los musulmanes no corresponde a nuestro modo de sentir. Y la prueba de que la nuestra es más perfecta, es la tendencia que ya entre ellos se advierte a preferir nuestras melodías a las suyas. Ni en los conciertos que da el Sultán en su Palacio ni en la música que tocan al piano las señoritas turcas educadas por ayas europeas, se conserva ya el menor rastro de esa antigua gama, y probablemente con el tiempo será la europea la más general, con notable ventaja de ese arte divino.

La lengua turca tiene, como el árabe, muchos sonidos guturales; mas no carece en ocasiones de cierta dulzura. Pronuncian la u como los franceses, y es agradable oírles decir, por ejemplo, *güzel hanum*, que significa mujer hermosa, y *gül*, rosa, y *bülbül*, ruiseñor. *Alá*, que es la palabra con que nombran a Dios, es más solemne y sonora que la que usan las lenguas europeas. El filólogo Müller admira mucho la variedad de sus conjugaciones, que superan a la de las demás lenguas uralo-altáicas; y cita como ejemplo el verbo amar (*sevmek*), del cual hacen *sev-isch-mek* o amarse uno a otro; *sev-isch-dir-mek*, hacerse amarse uno a otro, y otra multitud de modificaciones.

Muchas veces tuve ganas de emprender su estudio; pero me arredró la dificultad del alfabeto, que es una especie de taquigrafía tan complicada, que se necesitan seis meses de buena aplicación para soltarse en la lectura. Reuf Bajá propuso que se adoptase el alfabeto armenio, el cual es más sencillo y contiene sin embargo todos los sonidos del turco; mas encontró para ello grande oposición, singularmente por parte de los ulemas. Un solo diplomático extranjero hablaba en mi

tiempo el turco, y era el Vizconde de Grimberghe, Ministro de Bélgica, a quien se lo enseñó una armenia que tomó por querida, la cual lo sabía perfectamente.

La literatura turca no carece tampoco de atractivo. Aunque muy diferente de la nuestra, es, esto no obstante, la que más se acerca a las europeas entre las principales de Asia. Son célebres sus historiadores Naimán y Vasif; el poeta lírico Bakí, amigo y favorito de Solimán; Fazil, autor del *Libro de las mujeres*, en que describe las de treinta y cinco naciones diversas, y la poetisa Hibertulia, hermana de Mahometo II. Pero el estudio de estos autores trae consigo inevitablemente el de los árabes y persas, por la razón de que, si bien sus idiomas tienen diferentes orígenes, siendo el turco turaniano, el persa aryano y el árabe semita, la convivencia y la similitud de religión las han unido de tal suerte y han tomado tanto los unos de los otros, que forman un grupo de los tres y no es fácil conocer bien uno si no se conocen los demás. Desde luego no hay turco bien educado que no sepa el árabe siquiera lo bastante para poder leer el *Alcorán*, siendo lícito decir que es para todos los tres pueblos lo que el latín para los europeos.

Lo mismo sucede con las tres literaturas. El cuento es su forma más general y más feliz, y no hay musulmán que no conozca, por ejemplo, la Novela de Antar, aquel poeta árabe que pasó por tantas vicisitudes, y sobre todo *Las mil y una noches*, de autor desconocido, pero encantadoras y obra maestra, no sólo de las letras árabes, sino del ingenio humano. En cuanto a la literatura persa, todos convienen en que hace en aquel grupo literario, un papel parecido al de la italiana en Europa. Su lengua es la más a propósito para la poesía; la más dulce, suave y armoniosa. Hafiz, autor de bellas gacelas y *cassides*, ha sido apellidado el Anacreonte de la Persia, y Ferdusi compuso el poema titulado el *Schah Nameh*, mezcla curiosa de historias y fábulas, cuyo héroe principal, Rustam, es el Cid de los orientales, celebrado a porfía por persas, árabes y turcos.

Pero la gloria de los Persas y de toda la literatura musulmana es el poeta Saadi, autor del *Gulistán* o *Jardín de rosas*, que algunos comparan con Horacio, a causa de la sensatez que resplandece en sus obras. Citaré, como muestra, dos pensamientos suyos que me parecen muy bellos. «La resignación, dice, es el solo escudo que conviene al débil mortal contra los golpes de la fortuna.» Y en otro lugar: «Si tienes la dicha de estrechar contra tu pecho una esposa, con quien vives en unión inalterable, puedes hacer sonar los timbales delante de tu casa tres veces al día, como los Soberanos de Oriente.»

Leí algunos de estos libros en traducciones y quedé muy complacido de ellos, aunque confieso que por mi parte no hallo que puedan compararse con los que poseemos en las lenguas europeas. Tienen grandes bellezas y pensamientos tiernos y elevados. La invención de los genios, magos y hadas, que han transmitido a la literatura occidental, recuerda mucho a las antiguas fábulas mitológicas. Pero choca en ellos la licencia de sus pinturas, la extravagancia de las imágenes, el abuso de los conceptos, y la repetición de ciertos temas, como por ejemplo, los amores del ruiseñor y la rosa. A ellos les parecen tímidos nuestros poetas; a nosotros nos parecen los suyos exagerados y sensuales.

Pero volvamos ya a la sociedad de Constantinopla, pues me queda aun por decir cómo era la de los griegos, armenios y levantinos. Zarifi, banquero del Sultán, era el personaje griego de más importancia, y en su casa hallaban muy buena acogida los diplomáticos extranjeros. Sus hijas eran muy agradables. Pero el honor de la colonia helénica era Madama Negroponte, belleza escultural, que no necesitaba de ningún adorno; antes bien, mientras más sencillo era su tocado, más hermosa parecía. La hija del Ministro de Grecia, Conduriotis y Madama Kalergi, mujer de su Secretario, eran muy agraciadas.

La señora más bella de la colonia armenia, era Madama Alá-Verdí. El nombre de esta familia es turco. Significa Dios me lo ha dado, y su origen es el siguiente. Uno de sus antepasados era banquero del famoso Sultán Mahamud, el primer reformador de la Turquía, y sucedió que hablando un día familiarmente con él, le preguntó el Sultán cómo había hecho para ganar tanto dinero como era fama que poseía. A lo cual le respondió el armenio: Dios me lo ha dado (*Alá-Verdí*). Agradóle

mucho esta respuesta a Mahamud y le mandó que dejase su antiguo nombre y se llamase así en adelante.

Eran gentes muy ricas y vivían con cierto lujo. El marido poseía las cualidades de todos los de su raza: inteligencia, perseverancia y astucia. Ella era tan bella como graciosa y tan discreta e instruida como bella. Además de las lenguas orientales, poseía las principales europeas y estaba al corriente de nuestras literaturas modernas. Era, en fin, una de esas damas cristianas, incomprensibles para los turcos, que son fieles a un marido y tienen al mismo tiempo muchos amigos respetuosos, a quienes reciben en su casa y con quienes discurren de cuanto interesa en la vida.

Hasta la época de Mahamud II los *rayas* o súbditos cristianos del Sultán, vivían casi como los musulmanes. Las señoras armenias, sobre todo, andaban cubiertas con un velo y sus costumbres eran muy semejantes a las de las turcas. Pero en aquella época lograron emanciparse y ser como las griegas y las demás cristianas. Algunas viejas de Pera me contaban la curiosidad con que eran miradas al principio, y la boga que obtuvieron algunas.

De la colonia levantina recuerdo a las señoras de Durand, Flori, Caro, Timoni y algunas otras. Había también entre ellas una Madama Souza, viuda de un antiguo dragomán nuestro, hermano del conocido Ministro de ese nombre, con la cual pasaba muy amenos ratos, porque ofrecía el tipo de la dama ya algo madura, pero inteligente, amable y distinguida. Su nombre de soltera era Standahl y su familia procedía de Alemania.

En la misma categoría debo colocar a Madama Sneider, viuda de un Secretario de Austria y perteneciente por su nacimiento a una cierta familia Franchini, originaria de Florencia, pero establecida de antiguo en Turquía, donde habían sido sus antepasados dragomanes de la Rusia. Era una señora todavía de buen parecer, cuya conversación tenía mucho agrado, no obstante que se hallaba toda dedicada a obras de piedad y era una de las columnas de la Iglesia católica de Pera. En su casa veía algunas veces a Monseñor Graselli, Prelado inteligente, pulcro y ceremonioso, que era entonces el Vicario Apostólico, y a la angelical Sor Amalia, superiora de las Hermanas de la Caridad. Septimio Franchini, hermano de Madama Steiner, era excelente persona y amable conversador.

Hállase Constantinopla sumamente expuesta a los incendios, por estar sus casas construidas con más madera que ladrillo, y a cada momento resuena el grito terrible de *yanguin var* o fuego hay. Poco antes de mi llegada había habido uno muy extenso que destruyó el gran teatro de Pera. Quedaban, sin embargo, otros dos teatros, en los cuales teníamos alternativamente, óperas, operetas y comedias, ejecutadas por compañías europeas. Todo era de tercer orden; pero servía para pasar el rato y tenernos al corriente del repertorio más reciente. Venía también de cuándo en cuándo una compañía griega, dirigida por un cierto Tabularis, que era bastante buen actor, y sus espectáculos variados comprendían, además de las traducciones de piezas extranjeras, algunas de la cosecha nacional, tales como *Soldados y bandoleros* (*Palikari ke klepti*), donde había pinturas interesantes de la historia moderna de Grecia. Iba yo a menudo a aquel teatro por el solo placer de regalar mis oídos con las dulces sonoridades del idioma helénico.

No faltaba tampoco en Pera un Casino, donde se comía muy bien y había juego y tertulia por las noches, y allí conocí a varias personas agradables, principalmente una que no olvidaré jamás, y fue un caballero francés, llamado Camille Collas, antiguo diputado bonapartista, que había construido a sus expensas los faros de Turquía, y poseía con grandes beneficios la dirección de ellos. Era un hombre tan amable como instruido, cuya sociedad fue uno de mis recursos principales durante mi permanencia en aquel Imperio. Retirado más tarde a París, fue allí Collas hasta su muerte uno de los directores del *Diario de los Debates*, y ha dejado una *Historia de Turquía*, tan exacta como bien escrita.

La sociedad de Constantinopla tiene su veraneo a las orillas del Bósforo y también en las del Mar de Mármara. Los griegos prefieren las islas llamadas de los Príncipes situadas en el último. Los turcos tienen sus *yalís* o quintas, como ya lo he dicho, en la costa de Asia, desde Scutari hasta

Beicos; los armenios y europeos en la de Europa. Yenikoi es el sitio favorito de los primeros. En Terapia que significa Remedio, nombre bien merecido por la salubridad de sus aires, tienen sus quintas los Embajadores de Francia, Inglaterra e Italia. En Buyukderé, situado ya cerca del Mar Negro, poseen las suyas los de Rusia, Grecia, Alemania y España. La nuestra fue un día muy linda; mas se hallaba en tan mal estado como el palacio de Pera, por lo cual no me decidí nunca a habitarla. La habitaba nuestro Cónsul Rojas con su mujer y sus lindas hijas.

Para viajar por el Bosforo hay aun el antiguo *caique*, tan poético como la góndola de Venecia; pero la mayoría del público prefiere los vaporcitos que salen cada dos horas del puente de Kadikói, en el Cuerno de Oro, y van hasta Buyukderé. Y la hermosura de aquel brazo de mar es en realidad incomparable, pudiendo asegurarse que sus orillas son todavía más variadas y pintorescas que las del lago de Como o del golfo de Nápoles.

Buyukderé es quizá el punto más elegante del Bósforo. Su nombre significa *Gran bosque*, y le viene de uno que se halla a su espalda, llamado la Foresta de Belgrado. En sus frondosas alamedas admiran los viajeros un árbol secular, bajo el cual dicen que descansó un día el gran Godofredo de Bouillon cuando iba a Palestina, y a su vista vienen a la memoria los portentosos hechos de los cruzados, y también las quejas que éstos han aducido contra los griegos; porque desconfiando de ellos, no los acogían muy amistosamente. Pero la verdad es que los resultados dieron la razón a los griegos; pues aquellos guerreros ambiciosos, no pudiendo conservar a Palestina, acabaron por volverse contra ellos, acelerando así la ruina de su Imperio. Y, por regla general, no es prudente permitir que tropas de otra nación pasen por el propio territorio. El Príncipe de la Paz cometió la locura de permitírselo a los franceses, y España tuvo que llorarlo después con lágrimas de sangre.

XCVI.
Constantinopla, de 1875 a 1878.

Situación política de Turquía.—Su presente decadencia.—Necesidad de reformas.—Las empieza el Sultán Mahamud.—Las continúan Tuad y Alí.—Obstáculos que encuentran.—Las provincias cristianas desean ya su independencia.—Apoyo que les presta la Rusia.—Insurrecciones de Herzegovina, Bosnia y Montenegro.—Nota de Andrassy, aconsejando grandes concesiones.—Matanzas en Bulgaria.—La Servia se une a los rebeldes.—La joven Turquía promueve tumultos contra el Visir Mahamud.—Cede el Sultán y nombra Visir a Midhat.—Apresúrase éste a deponerle.—Muere a poco el Sultán y hacen creer en su suicidio.—Descúbrese más tarde que había sido asesinado por orden de Midhat y sus amigos.

Después de haber visto en Dinamarca una Monarquía privada de sus mejores provincias por dos grandes naciones europeas, quiso la suerte que fuese también testigo en Turquía de un despojo semejante, hecho igualmente por dos naciones muy poderosas. En ambos casos no les faltaron pretextos a los agresores. Invocábanse contra Dinamarca los intereses de la Alemania, unidos a los de las codiciadas provincias; invocábase el principio de la independencia de los pueblos y la necesidad de libertar a los alemanes de los Ducados de la opresión que sufrían. De las provincias de Turquía se decía esto mismo, y alegábase además el deber de proteger a los cristianos contra la tiranía de los turcos.

Si la Turquía se hubiese hallado todavía tan pujante como dos siglos antes, es probable que semejantes pretensiones no habrían jamás entrado en la cabeza de sus enemigos. Su respuesta hubiera sido como la de Rusia cuando le reprocharon su tiranía con la infeliz Polonia. Pero aquel extenso y mal gobernado Imperio caminaba ya desde mucho tiempo a una irremediable decadencia. Los vicios de sul gobierno y el carácter apático de sus pueblos, le condenaban a un deplorable atraso. Su misma grandeza era ocasión de su ruina.

Su historia ofrece muchos puntos de semejanza con la de España, y ya dijo Montesquieu, que era fortuna para la Europa que tanto los turcos como los españoles fuesen los hombres más a propósito del mundo para poseer inútilmente un vasto territorio. A lo cual se puede añadir que fue destino de unos y otros que sus posesiones fuesen tan heterogéneas que no era posible mantenerlas en la obediencia si no conservaba la Metrópoli una preponderancia decisiva entre las demás naciones de Europa.

Como quiera, es curioso observar que al glorioso reinado de Carlos V corresponde en Turquía el de Solimán el Grande, de quien ha dicho Robertson que no le faltó más que ser cristiano para ocupar el primer lugar entre los Monarcas de su tiempo. Después de él, Selim II se parece mucho a Felipe II. El uno sufrió la derrota de Lepanto, el otro la de la Gran Armada. Mahomet IV tiene bastante de Felipe IV, y la batalla de San Gotardo, ganada por Montecuculli, fue su Rocroy. Perdió la Morea y varias islas. A Carlos II le vemos en Mustafá II, quien batido por el Príncipe Eugenio, tuvo que firmar la paz de Carlovitz. Subleváronse sus tropas en 1703 y pusieron en el trono a Achmed III, especie de Carlos III, que venció a los rusos, quitándoles Azof, y rechazó a los venecianos, recobrando la Morea.

La Rusia empezaba ya a hacer con la Turquía lo que la Francia y la Inglaterra con la España. Quitábale primero la Crimea, y fomentaba después la emancipación de Moldavia, Valaquia, la Grecia y el Egipto. Abdul Hamid, que recuerda a Carlos IV, se vio obligado a firmar con aquel Imperio, en 1774, el Tratado de Kainardji, que equivalía a la capitulación de Turquía.

Llega después la era de las revoluciones, y mientras en España la hace el pueblo, cansado de sufrir los males del despotismo, en Turquía la lleva a cabo un Sultán, el famoso Mahamud II, que fue en su género uno de los mayores reformadores de su siglo. Mejoró la administración y emprendió la reorganización del Ejército. Quisieron oponerse los genízaros, y entonces hizo de ellos una matanza que quedará tan célebre en la Historia, como la de los temidos Strelitz, hecha por Pedro el Grande.

Conservábase aún vivo en Constantinopla el recuerdo de aquella catástrofe, y una vieja señora armenia, madre de nuestro dragomán, me contó más de una vez las terribles escenas que había presenciado en aquellos días. Desde por la mañana del primero empezaron a resonar los cañonazos con que se destruía el cuartel principal de los genízaros, y al siguiente fueron oídas las descargas de fusilería y los tiros aislados con que las tropas de nueva creación cazaban materialmente a los rebeldes. Corrió la sangre a torrentes, y el vecindario de Estambul y más aún el de Pera, compuesto casi todo de cristianos que no tenían ningún odio particular a los genízaros, movido de compasión a la vista de aquel estrago, salvó a cuantos pudo, escondiéndolos en las habitaciones interiores y hasta en las cisternas medio vacías. Sacióse, al fin, la ira del Sultán, y muchos de aquellos infelices pudieron salir poco a poco de la ciudad y fueron a esconderse en las más lejanas provincias.

Así acabó aquella milicia tan célebre y tan temida en otro tiempo cual los antiguos tercios españoles, y Mahamud completó la reforma militar que había emprendido. Dedicóse luego a la de la hacienda y la justicia; pero en esto tuvo que luchar con enemigos más poderosos que los genízaros. En primer lugar, la indiferencia del público, pues en Turquía no hay propiamente una aristocracia amiga del progreso, sino una oligarquía, que lejos de sufrir de los abusos, vive de ellos. Ni hay una burguesía que anhele reformas y apoye al que las realiza. Y en cuanto a la masa del pueblo, no tiene tampoco muchas aspiraciones; atribuye todos sus males al destino (*kismet*), y se contenta con repetir la palabra *bakalum*, que significa paciencia.

Pero el mayor obstáculo para cualquier reforma política, son el clero y los doctores musulmanes, o sean los molás y ulemas, cuyo carácter religioso, a la par que jurídico, les hace mirar con horror toda idea de igualar a los cristianos con los turcos ante la ley y los tribunales, o de tocar a los *vacufs* o bienes de las mezquitas, para aliviar la Hacienda pública. Contra estas dificultades, unidas a la insurrección de Grecia, no pudo nada Mahamud, y al fin murió sin haber ejecutado cambio alguno importante en la Administración del Imperio.

Apremiaba, sin embargo, la necesidad de detener de algún modo su ruina, en vista, principalmente, de la ambición de Mehemet Alí, virrey de Egipto, y del apoyo que recibían las poblaciones cristianas por parte de agitadores extranjeros; y a su vez Abdul Medjid, sucesor de Mahamud, aconsejado por su hábil Ministro Reschid, quiso dar una satisfacción a sus pueblos y también a la Europa, otorgando algunas reformas por medio de un *Hatti Sheríf* (decreto o escrito noble) que fue llamado de *Gül Hané* o del patio de las rosas, porque su proclamación tuvo lugar en los jardines del viejo palacio de *Top Kapú.*

Levantaron allí varios pabellones de ricas telas de seda, y en el principal de ellos Reschid bajá, Ministro de Negocios extranjeros, subido en un estrado, lo leyó a una numerosa asamblea, compuesta de los altos funcionarios del Imperio, el Cuerpo diplomático extranjero, los patriarcas y exarcas de las comunidades cristianas, el gran rabino, y una diputación de los principales banqueros de Constantinopla.

El Príncipe de Joinville, hijo del Rey Luis Felipe, que se hallaba en aquella capital de regreso de un viaje a Oriente, asistió también a la ceremonia invitado por el Sultán, y un público escogido, que llenaba el jardín y sus alrededores, unió sus aplausos a los de aquella ilustre asamblea.

El tenor del decreto imperial no podía ser más satisfactorio. Igualdad de derechos para musulmanes y *rayas*, o sea súbditos cristianos; abolición de confiscaciones y monopolios; reforma de los impuestos y de la administración de justicia. Y según la costumbre musulmana, antes de fijar el día de su publicación, había sido consultado un astrólogo, que señaló el que le parecía más propicio. Pero desgraciadamente los resultados no correspondieron a las esperanzas que suscitaba, y aquella concesión fue poco menos que inútil, porque los obstáculos que encontró antes Mahamud, no desaparecieron por virtud de Abdul Medjid y de sus Ministros. Los cristianos mismos no mostraron el menor empeño en servir en el ejército turco, y preferían ser gobernados por sus patriarcas a someterse a las autoridades otomanas. Lo que ellos querían ya, era la autonomía, la libertad, la independencia.

Después de la guerra de Crimea quedó la Turquía bajo la tutela de las grandes naciones, y para ganar el favor de éstas, volvió el Sultán a prometer reformas en el *Hatti Humayún*, o rescripto universal del año 56. Había entonces en Turquía dos Ministros muy ilustrados, Fuad y Alí. El primero era hijo del poeta Izzet Moláh y sobrino de la poetisa Leilá Katún, y él mismo publicó versos tan armoniosos, que le han merecido el nombre del Lamartine de Turquía. Había desempeñado varias Embajadas, entre ellas una a España y Portugal, a fin de saludar de parte del Sultán a las jóvenes Reinas liberales Doña Isabel y Doña María. Era, no sólo inteligente e instruido, sino también culto, liberal, activo, laborioso, de carácter afable, de maneras insinuantes y de trato amenísimo. Don Gerardo de Souza, que lo había conocido mucho, me hacía siempre de él los mayores elogios y le consideraba como uno de los estadistas más notables de su tiempo. Alí, educado en las oficinas de la Puerta, poseía igualmente grandes dotes, y era mirado como el discípulo y continuador de Reschid.

Mas aunque estos dos hombres tan notables hicieron cuanto estuvo de su parte para que los famosos *Hattis* fuesen algo más que letra muerta, el hecho es que los años pasaban y el estado del Imperio era siempre poco más o menos el mismo. Los ulemas resistían, los gobernadores o *caimacanes* no cambiaban de conducta, las vejaciones y exacciones eran continuas, y creciendo así el descontento, no pasaba ya año sin que estallasen insurrecciones, ora en Creta, ora en la Herzegovina. La Rumanía y la Servia, que habían logrado ya una media independencia, pugnaban por obtenerla completa; Montenegro quería salir de sus ásperas montañas y extenderse por la llanura; la Bulgaria, la Bosnia y Armenia soñaban con ser libres.

Todo esto era muy natural. En las mutuas invasiones que se han hecho los pueblos de las tres partes del antiguo Continente, hay dos cosas notables. La una es que esas invasiones no han cesado casi nunca, y la otra que al fin se retiran. Los macedonios no pasaron de la Persia; los romanos del Eufrates. Las conquistas de los cruzados fueron efímeras. Los árabes destruyeron la dominación griega en el Asia, y atravesando el mar se enseñorearon de España. No pasaron, sin embargo, de los

Pirineos, y los españoles recobraron paulatinamente todo su antiguo territorio. Vino después la invasión de los turcos, y Mahomet II se apoderó de Constantinopla. Y cayeron bajo el yugo musulmán todas las naciones que componían la península de los Balcanes; los griegos sucumbieron en Bizancio y en Morea, y los servios y búlgaros tuvieron su Guadalete en Casovia. Y seis siglos, casi tanto como estuvieron algunas comarcas de España bajo los árabes, han estado aquellos desventurados países bajo los turcos, conservando sólo su religión y su lengua. Tiempo era ya de que reconquistaran su independencia y volvieran a respirar como naciones libres. Este era el hecho principal; esto era lo que no podían impedir ni los celos de las Potencias ni las reformas de la Turquía. Hubiera podido ésta emanciparlas a tiempo, mas se resistía a darles ni aun siquiera la autonomía.

Pero larga, muy larga habría sido la lucha, si la ambición de la Rusia, unida a las simpatías de su pueblo por las razas eslavas cristianas, no hubieran venido en su auxilio. A la reacción liberal producida en aquella nación por la derrota de Crimea, había sucedido otra reacción del elemento nacional poco favorable a las reformas políticas, y un movimiento pesimista y socialista que trajo como consecuencia los terrores del nihilismo. Mas la generalidad del país conservaba los sentimientos generosos que la han impelido siempre a simpatizar con los eslavos cristianos de Turquía. Formóse pronto un partido llamado paneslavista, cuyo objeto era la emancipación y la unión de todos los pueblos de su misma raza. La novela de Tolstoi, titulada *Ana Karenine*, da una idea del entusiasmo de la Rusia por la causa de esos pueblos, no sólo por parte del clero y las clases bajas, sino por la de la más alta nobleza y los salones de San Petersburgo. Y ansiosos de promover una nueva y más general insurrección, formaron luego comités paneslavistas, los cuales, según fue comprobado después, se hallaban en relaciones continuas con los Cónsules de Rusia en Turquía, y probablemente con el mismo Ignatief.

Además, la ocasión no podía ser más propicia para una intervención de la Rusia en los asuntos de aquel Imperio. La Francia, vencida por la Alemania, no pensaba ciertamente en renovar su política del año 54. La Alemania estaba agradecida a la Rusia por la neutralidad que había guardado durante aquella guerra. El Austria, vencida también, como la Francia, tenía, quizás, ella misma el secreto deseo de hallar en las provincias de Turquía alguna compensación para sus pérdidas en Italia. Por último, en Inglaterra había muerto ya Lord Palmerston, y aunque Disraeli quería imitarle en su política extranjera, hallábase muy contenido por la oposición generosa y liberal de Gladstone, enemigo acérrimo de los turcos.

Teniendo presentes todas estas circunstancias, es sumamente fácil comprender los sucesos que tuvieron lugar en Turquía en la época de que hablo. A poco de haber llegado yo a Constantinopla, estalló en el verano del año 75 una nueva insurrección en Herzegovina, a la cual se unió al instante una invasión por parte del Montenegro, que deseaba anexionarse aquella provincia y contaba para ello con el apoyo de la Rusia. Casi al mismo tiempo el Austria y la Rusia presentaron a la Turquía una nota, a que se llamó la *Nota de Andrassy*, por haber sido su redactor este Ministro, en la cual se le pedían, no sólo reformas, sino garantías para su exacto cumplimiento. Y fundaban ambas Potencias su intervención en el derecho que le daba la protección que dispensaban a la Turquía y el interés general de Europa.

Respondió el Gobierno turco, haciendo nuevas promesas; mas he aquí que la Bosnia, impelida, como las demás provincias eslavas, por los comités paneslavistas de Moscú, se unió también a la Herzegovina, lo cual acrecentaba los embarazos de la Turquía. Aumentó ésta su ejército y consiguió algunas ventajas; y entonces entran los búlgaros en escena, a fin de correr en auxilio de su vecino eslavo. Manda el Sultán a aquella provincia un cuerpo de cierta milicia irregular, a que dan el nombre de *bashi buzúks*, o «cabezas locas», y alguna caballería de circasianos, pueblos mahometanos del Cáucaso, indisciplinados también y turbulentos, que se habían refugiado en Turquía, huyendo de los ejércitos rusos, y esta soldadesca desenfrenada hizo allí una matanza de muchos millares de cristianos. Alegaban las autoridades turcas que éstos los habían provocado, lo cual era poco probable. Negaban también que las víctimas fuesen tan

numerosas; pero una averiguación hecha por delegados de las Embajadas probó que no bajaban de doce mil, entre hombres, mujeres y niños, número, en verdad, desproporcionado a cualquier provocación que hubieran intentado los búlgaros.

Un grito de indignación y de horror se levantó al instante en toda Europa contra lo que llamó Gladstone *las atrocidades de Bulgaria*, y como si esto no fuera bastante, sucedía casi al mismo tiempo que los Cónsules de Francia y Alemania eran asesinados por el populacho de Salónica, sólo porque habían querido libertar a una muchacha cristiana, que, según los turcos, se había hecho voluntariamente musulmana, y según los cristianos, lo había realizado por fuerza.

Semejantes excesos añadían nuevo alimento al furor de que ya antes se hallaban poseídos los eslavos, y en su consecuencia, la Servia se puso luego en campaña, recibiendo voluntarios rusos y organizando un ejército cuyo mando fue confiado, precisamente, a un oficial de esa nación, llamado Tchernaief, el cual merecía toda la confianza de los paneslavistas. El Príncipe Milán declaró luego la guerra a la Turquía y creyó, sin duda, que estaba llamado a hacer en Oriente lo que el Rey Víctor Manuel había hecho en Italia. La Turquía, por su parte, no rehuía la lucha, y dejando de pagar su deuda extranjera, lo cual equivalía a una bancarrota y le enajenó las simpatías de los especuladores de toda Europa, dedicó todos sus recursos a la creación de nuevas tropas.

Volvieron a aconsejarle las Potencias que calmase a los insurrectos, haciéndoles mayores concesiones, y los Embajadores reunidos en Berlín, aprobaron lo que se llamó el *Memorandum ruso,* por haberle redactado el Canciller Gortschakoff, en el cual se pedían a la Turquía todo género de reformas, y principalmente la creación de una Comisión europea para asegurar la ejecución de ellas, que es lo que más desagradó al Gobierno turco. Pero no quiso firmar este nuevo apremio la vacilante Inglaterra, y esto le dio algunas esperanzas a la Turquía de que podría dividir a sus enemigos.

Con todo, los hombres de mayor sensatez empezaron a temer por la existencia del Imperio y a buscar el medio de salvarlo. Dos eran los bandos que se habían ido formando allí por la fuerza de las cosas. Los viejos turcos, enemigos de toda reforma, pero persuadidos de que la salud del Imperio dependía de una ciega sumisión a la voluntad de la Rusia. Su jefe era el antiguo Visir Mahamud, a quien por sus opiniones rusófilas llamaban vulgarmente Mahmudof. La Sultana madre o Validé le prestaba en Palacio un decidido apoyo.

Componíase el otro partido de todos los que deseaban reformas, no sólo para los *rayas* o súbditos cristianos, sino para los mismos turcos. Llamábase la Joven Turquía y volvía los ojos hacia la Inglaterra. Su jefe militar era Hussein Avní, a quien llamaron por lo liberal y ambicioso el Prim de Turquía. Su alma era Midhat, hombre ilustrado, a cuya sabia administración, cuando fue Gobernador de Bulgaria, debía aquella provincia una cultura superior a las demás del Imperio. Su aspecto no era noble y el color de su nariz estaba indicando que no se conformaba exactamente con los preceptos del Corán tocante al zumo de la uva; mas rescataba ésta y otras faltas con su talento, audacia y travesura.

Otro miembro importante de ese partido era el erudito Achmed Vefik, persona de vasta cultura y muy versada en la ciencia y literatura occidentales. Vivía en Beicos, en el lado europeo del Bósforo, y era tan aficionado a los libros, que en su casa se veían hasta sobre los divanes y las sillas, de modo que no había apenas donde sentarse. Era más literato que estadista, y cuando fue elegido en su día Presidente de la Cámara de Diputados, no mostró mucha aptitud para las luchas parlamentarias.

Seguían a estos tres varios otros más o menos notables, como Raschid, Ruschdí, Galib y también muchos profesores y *softas,* o sea estudiantes. Estos últimos fueron los que empezaron la revolución, paseando tumultuosamente por las calles y pidiendo a gritos la caída del Visir Mahamud. Y como los ánimos estaban ya muy alterados con las noticias de la insurrección de tantas comarcas y se temían graves desórdenes en la capital misma, el Sultán, deseoso de impedirlos, decidió destituir a aquél y nombrar en su lugar al mismo Midhat, que tanto prestigio gozaba entre los Gobiernos de Europa.

Viose, pues, al fin este hombre político encumbrado al poder, como tanto lo deseaba, y empleóse sin tardanza en preparar el terreno para sus planes, los cuales consistían nada menos que en obtener que el Sultán diese a sus súbditos una Constitución liberal, como la de los demás Estados modernos. Con esto creía él, no sólo curar los males del Imperio, sino hacer vanas las exigencias de las grandes Potencias, puesto que éstas no podían proponer reforma alguna interior que fuera más general ni más extensa que aquella.

El obstáculo para realizarlo era el Sultán mismo, porque su carácter orgulloso y autoritario no se había de plegar nunca a una concesión tan enorme. Si esto ha sido tan difícil en países ya muy civilizados y tratándose de príncipes más o menos resignados a la rémora de ciertas Corporaciones y de ciertas clases, ¿qué no sería cuando se trataba de un Soberano altivo y despótico, acostumbrado a no hallar la menor contradicción a sus más absurdos caprichos? Pensaron, pues, Midhat y sus amigos que era preciso deponerle del trono, como habían sido depuestos tantos otros Sultanes y también muchos Monarcas despóticos de Roma, Persia y la misma Rusia, siendo este un hecho casi inherente a la institución del despotismo, por la simple razón de que no hay otro medio de poner coto a sus delirios.

Y acto continuo reunió Midhat en el *Seraskierato* o Ministerio de la Guerra, el Consejo de Ministros, compuesto de Hussein, Ruschdí, Raschid y también el nuevo Cheik el Islam, hechura suya y personaje de mucha importancia, porque sus prerrogativas judiciales y religiosas le asemejan bastante al antiguo Justicia de Aragón, y todos juntos decidieron deponer a Abdul Aziz. Encerraron a éste en el Serrallo, y sacando de él a su sobrino Murad, le llevaron a caballo al *Seraskierato*, y allí le proclamaron Sultán. El pueblo, amigo siempre de novedades y persuadido también de que por este medio cesarían las exigencias de los extranjeros, le aclamó con entusiasmo.

Hay, como he dicho, muchos casos de Sultanes depuestos y relegados por el resto de sus días en el interior del Serrallo, y citaré entre ellos a Mahometo IV, Mustafá II y el último Selim. Pero ha sido lo más frecuente que su muerte no se dilate. En el caso de Abdul era esto casi indispensable en el concepto de los rebeldes, en atención a que su carácter altanero y violento y el apoyo que podía suministrarle el partido de los viejos turcos, le hacían todavía muy temible. Decidieron, pues, darle muerte. Un crimen traía consigo otro crimen.

Temieron, sin embargo, la opinión pública y la venganza de los partidarios de Abdul, y procedieron de modo que todos creyesen que había cometido un suicidio. Repugnaba mucho esto a las ideas musulmanas, pero citaban casos de otros déspotas que habían atentado a sus días, sobre todo el famoso del Rey Saúl. Además, una Comisión de médicos turcos y europeos, entre los cuales estaban los de las Embajadas de Inglaterra, Francia y Alemania, pasó a examinar el cadáver, y declaró por convicción o por prudencia que, según todos los indicios, se había dado él mismo la muerte, cortándose las venas de los brazos con unas tijeras que se hallaron a su lado y que, según aseguraban algunos sirvientes del Palacio, le había pedido a la Sultana Validé para cortarse las barbas.

Muchos había, a la verdad, que no prestaban crédito a esta historia y sospechaban que había sido víctima de un asesinato palaciego; mas no se atrevían a decirlo, de modo que la versión oficial transmitida a todo el orbe, fue que se había dado voluntariamente la muerte, por poner así un término a su infausto destino. Pero acaeció cinco años después que la conducta de cierto guarda campestre, de nombre Mustafá, llamó la atención por su manera de existir e hizo averiguar que recibía una pensión de Palacio, a la cual no tenía derecho alguno. Sometido Mustafá a un interrogatorio, confesó desde luego que había matado a Abdul Aziz, echando la culpa principal de ello a cierto atleta, nombrado asimismo Mustafá, el cual, a su vez, se la echó al eunuco Mehemed y a los chambelanes Fakri y Nedjibbeis. Por último, confesaron éstos todo, declarando que habían recibido órdenes de quitar la vida al Sultán, emanadas de Mahamud, Damat, Mariscal de la Corte, Midhat y Nuri bajá, quienes componían una comisión encargada de examinar las cuentas de la Casa imperial y se reunían con frecuencia en Palacio.

Apenas supo esto el nuevo Sultán Abdul Hamid, los hizo prender y juzgar por un tribunal mixto de turcos y cristianos, cuyos debates fueron públicos. Y probada completamente la culpabilidad de todos ellos, fueron condenados a la última pena. Pero los Gobiernos extranjeros, sobre todo el de Inglaterra, por medio de su Embajador Dufferin, mostraron tanto interés por la suerte de Midhat y de los principales culpables, sin duda porque eran liberales y amigos de aquella nación, que el Sultán vino al fin en conmutarles la pena en destierro perpetuo en una ciudad de Arabia, donde han ido muriendo uno tras otro, odiados por los viejos turcos y olvidados por sus mismos amigos.

XCVII.
Constantinopla, de 1875 a 1878.

El circasiano Hassán asesina a varios Ministros.—El nuevo Sultán Murad pierde el juicio.—Proclaman a Abdul Hamid.—Pompa con que se ciñe el sable de Othman.—Los Servios, batidos por Abdul-Kerim, piden socorro al Zar.—Impone éste un armisticio y logra la reunión de una Conferencia en Constantinopla.—Llegada de Lord Salisbury y otros segundos Embajadores.—Todos piden la autonomía de los eslavos.—El Sultán lo rehúsa y otorga una Constitución.—Retíranse los Embajadores y la Rusia se prepara a la guerra.—Mientras ésta no comienza hago una visita a mi familia en Florencia.—Encuentro allí a la Emperatriz Eugenia con su hijo.—Regreso a Turquía por el Danubio y el Mar Negro.

El fin trágico del Sultán Abdul Aziz no es el solo hecho de este género que consignan los anales de Europa. Dejando otros más antiguos, recordaré en los últimos siglos a Carlos I Estuardo y Luis XVI de Francia, ejecutados en un patíbulo; Gustavo III de Suecia y Pablo I de Rusia, víctimas de una conspiración de sus nobles; Murat fusilado en Nápoles y Maximiliano en México. Mas aunque todos estos crímenes se asemejan, encuentro que ninguno de ellos ofrece circunstancias más atroces que las del asesinato de Abdul. Terrible debió ser para todos los otros príncipes el morir, ya en un cadalso, ya a manos de ambiciosos señores; mas nada es comparable con la humillación y el dolor que debió sentir aquel altivo Sultán, al verse condenado por sus antiguos Ministros, vendido por sus chambelanes, y cruelmente martirizado por uno de sus eunucos y dos viles asesinos. ¡Estremece el pensar cuánto debió padecer física y moralmente antes de rendir la vida!

El hecho era tan horroroso que, pasados los primeros momentos de terror, empezaron algunos a manifestar su indignación a pesar de los esfuerzos que hacía el Gobierno para calmar los ánimos, sosteniendo la verdad del suicidio. Y como es natural en tales casos, estos sentimiento serán más vivos en el Palacio mismo, y entre los parientes y antiguos servidores del Monarca difunto. Uno de ellos, el circasiano Hassán, oficial del ejército, a quien sin duda no se había ocultado aquel obscuro drama, porque vivía en Palacio como edecán de Izedin Efendi, hijo mayor de Abdul Aziz, y porque era hermano de una de las mujeres de este Sultán, concibió tal furor contra los Ministros y tal deseo de vengar a su señor, que tomó la resolución de asesinarlos a todos. Tenía sólo veinticinco años, y unía a las pasiones de su edad, un carácter feroz, turbulento y disoluto.

Celebraba consejo Midhat a las diez de la noche en su *conak* de Estambul, con Hussein Avní, Mehemed Ruschdí, Raschid y los demás Ministros, cuando Hassán, armado de dos revólveres, yatagán y cuchillo, se presentó de repente a la puerta, quitó la vida a los guardias, subió rápidamente la escalera y entrando en la sala del consejo, asesinó de un tiro a Avni, corrió tras de Midhat, que se salvó huyendo y encerrándose en las habitaciones interiores, volvió luego sobre sus pasos, mató al desventurado Raschid, a quien el terror había clavado en un sillón, y hubiera cometido aun otros crímenes, si los gendarmes acudidos a los gritos de la servidumbre no le hubiesen detenido y atado, a pesar de su ferocidad y de sus fuerzas hercúleas.

Por lo demás, Hassán cometió su delito, seguro de que perdería la vida. Sin cómplices ni partido que le siguiera, y cogido in fraganti, fue juzgado con la mayor rapidez y condenado a la última pena. En otros tiempos le habrían empalado; pero este horrible suplicio está ya abolido en Turquía. Ahorcáronle de un árbol en la plaza de Seraskierato, y todo Constantinopla desfiló delante de su cadáver y contempló horrorizado su fisonomía desesperada y salvaje.

Íbanse calmando los ánimos después de esta horrorosa escena, cuando empezó a correr la voz de que el nuevo Sultán había perdido el juicio. Explicaban el hecho diciendo que su constitución delicada no había podido resistir alas emociones de aquellos días, y que sacado casi contra su voluntad de la oscuridad del Serrallo, a la vista del público y a los peligros que acompañaron su inesperada elevación, sus nervios habían padecido mucho. Vinieron luego los nuevos terrores causados por el fin trágico de Abdul Aziz y el asesinato de los Ministros, y de allí a poco empezaron todos a notar que Murad daba señales de locura.

Fueron primero consultados los médicos de Constantinopla y después un especialista alemán, que hicieron venir los Ministros, y todos declararon que la enfermedad era incurable. Lejos de mejorar con los remedios que le aplicaban, iba empeorando por días. Y no era la suya una demencia melancólica y tranquila, como la de la Emperatriz Carlota de México, sino violenta y agresiva. Por lo cual, pasados más de tres meses en aquel angustioso estado, y considerando que el país no podía ser gobernado por un Sultán que no era dueño de su juicio, tomó Midhat la resolución de desposeer a Murad, como había desposeído a su tío Abdul Aziz. Reuniéronse otra vez los Ministros en sesión solemne en el *Seraskierato*, y con aprobación también del Cheik el Islam, le declararon incapaz para reinar y proclamaron a su hermano Abdul Hamid, a quien, según la ley otomana, correspondía la sucesión al trono.

Tenía ya Abdul Hamid treinta y cuatro años de edad, y era al parecer inteligente y sano. Educado en el Serrallo, conocía poco los negocios del Estado; mas no le faltaba cierta instrucción general y un noble deseo de hacer la felicidad de sus pueblos. Agradaba sobre todo su carácter serio y benévolo, y sus gustos, menos dispendiosos que los de su tío Abdul Aziz. Saliendo sin demora de Palacio, fue a caballo a visitar a Santa Sofía, rodeado de muchos ulemas. De allí pasó al viejo Serrallo, donde sentado en el trono, recibió los homenajes de todos los altos funcionarios del Imperio; y por último regresó al Palacio de Dolma Batché en el caique de gala, conducido por remeros albaneses.

Sucedía esto el 31 de agosto, y el 7 de septiembre tuvo ya lugar la ceremonia de ceñirse el nuevo Gran Señor el sable de Othmán, que equivale entre los turcos a lo que era antes entre los franceses, la consagración de sus Reyes en la catedral de Reims. Celebróse la función en la mezquita dedicada a Eyub, portaestandarte de Mahoma, la cual se encuentra en el fondo del Cuerno de Oro, en un arrabal de Constantinopla. Según la tradición, Eyub pereció allí durante el inútil sitio que los árabes pusieron a aquella ciudad poco después de la muerte del Profeta; y cuando siete siglos más tarde se apoderó de ella el Sultán Mahometo II, edificó aquella mezquita sobre su sepulcro. Ignorábase el lugar de éste; pero un devoto cheik pretendió que le había sido revelado por medio de un sueño misterioso. Este mismo cheik le ciñó luego a Mahometo en aquella mezquita el sable del famoso Othman, fundador de la dinastía otomana; y desde entonces todos los nuevos Sultanes van a ceñírselo allí y tienen esa ceremonia por una consagración de su poder.

Vino el Sultán en su caique dorado desde su Palacio al Cuerno de Oro, donde desembarcó. Subió después en un caballo blanco, y seguido de su Corte se dirigió a la mezquita de Eyub. Verificóse allí la ceremonia de ceñirle el sable, a la cual no asiste ningún extranjero, y se trasladó en seguida a Estambul, a fin de visitar la mezquita y el mausoleo de Mahometo II y el de su propio padre Abdul Medjid, tomando, con todo su séquito, el camino que pasa al pie de los antiguos muros, una multitud de pueblo se apiñaba para verle, y las personas invitadas por la Corte ocupaban tiendas de campaña levantadas a ambos lados del camino. La destinada al Cuerpo diplomático era de ricas telas, como aquellas tan lujosas que usaban los Sultanes en sus campamentos cuando salían a la guerra en los tiempos gloriosos del Imperio.

Caminaba Abdul Hamid delante de todos y enteramente solo. Era de mediana estatura, de color pálido y de aspecto melancólico. Mas a pesar de esto y de las dimensiones de su nariz, terriblemente turca, parecía noble y distinguido. Sus ojos eran grandes y expresivos; su semblante sereno y benigno. Llevaba fez y levita bordada, y tanto en sus veneras como en su sable, brillaban hermosos diamantes. Conducía con facilidad y gracia su gallardo corcel árabe. Pocos días después tuve la honra de entregarle mis nuevas credenciales, y su vista de cerca me confirmó la buena impresión que me había hecho de lejos. Su sonrisa le iluminaba el semblante, y tenía una voz simpática. Noté, asimismo, que sus manos y sus pies eran pequeños y de forma aristocrática. Hablaba el francés con dificultad, como su tío Abdul Aziz.

Venían detrás de Abdul Hamid los diferentes ulemas, con turbantes azules, grises y verdes; los patriarcas y exarcas cristianos, con sus venerables barbas; el Gran Rabino; los bajás y beys; los oficiales superiores, y finalmente el Cuerpo de alabarderos rojos, cuyo uniforme es muy pintoresco. Y todos iban a caballo, aunque algunos, como por ejemplo, mi amigo Safvet Bajá, Ministro de Negocios extranjeros, no parecían muy seguros, a pesar de que llevaban a su lado, como los demás, un par de palafraneros. Toda la cabalgata era de mucho lucimiento y hubiera podido servir a cualquier pintor para imaginar las pompas de Salomón o el triunfo de Mardoqueo.

A juzgar por la actitud del pueblo y por las conversaciones que se oían por todas partes, el nuevo Sultán inspiraba bastante interés. Era sabido de todos que no había tenido la menor parte en la deposición de Abdul Aziz y que se había mostrado buen hermano, retardando su propia elevación mientras hubo esperanzas de que curase Murad. Manifestábase más afligido de las desgracias de su familia que contento de ocupar el trono. Y no dejó de recibir en los primeros días de su reinado algunas sonrisas de la fortuna. Sus tropas, mandadas por Abdul Kerim, batieron a los servios en Djunis y se apoderaron de Alexinats, que es la llave de aquel país, de cuyas resultas, aterrado el Rey Milán, telegrafió al Emperador Alejandro, implorando su socorro.

Y estaba cierto de ser oído, porque el partido paneslavista y el Gobierno ruso, que le apoyaba, no podían consentir que la Turquía triunfase así de sus correligionarios y los conservase bajo su yugo. Ignatief, alma de toda aquella política, marchó en seguida a San Petersburgo, a fin de incitar al Zar a la guerra, pintándosela muy fácil, y visitó a los Gobiernos de Berlín y París en busca de su ayuda. El Emperador Alejandro, por su parte, veía al Embajador inglés Loftus, en Livadia, y trataba de probarle el desinterés de la Rusia y la necesidad de exigir más amplias reformas al nuevo Sultán Hamid.

Restituido Ignatief a su puesto, exigió, pues, imperiosamente la conclusión de un armisticio con los rebeldes, el *statu quo* en Servia y Montenegro, la autonomía de las otras dos provincias eslavas, Bosnia y Herzegovina, y grandes reformas en Bulgaria, Obtenía al mismo tiempo la Rusia que la Inglaterra misma, donde gobernaba ya Lord Beaconsfield, propusiese la celebración de una Conferencia de las seis grandes Potencias en Constantinopla, a fin de discutir todas aquellas cuestiones e imponer sus decisiones a la Turquía.

Tuvimos, pues, allí un gran drama diplomático, cuyos personajes eran ilustres y numerosos, en atención a que casi todas las seis naciones creyeron conveniente enviar segundos Embajadores de cierto prestigio. La Inglaterra mandó a Lord Salisbury, que ocupaba en su país el Ministerio de las Colonias; la Francia al hábil Chaudordy, el Austria al Barón Cálice, Ministro en Bucharest, la Alemania un Príncipe de Reuss.

Era Salisbury un hombre de mucho talento y de mucho saber, destinado a ser el jefe de su partido a la muerte de Beaconsfield. Sin embargo, su exterior pecaba de extraño. Con barba larga y poblada, poco atildado en el vestir y nada ceremonioso, tenía más de filósofo que de Diplomático. Su mujer, Lady Salisbury, pasaba por señora de mucho ingenio, aunque su aspecto era, asimismo, poco elegante. Apoderóse luego de ella Madama Ignatief y le llenó la cabeza de todas las historias posibles e imposibles que se han inventado sobre los turcos.

Pertenecía Chaudordy a la diplomacia de carrera y brillaba por su buen sentido. Joven aun, siguió el ejemplo del Conde Corti y no tardó en rendir, culto, como él, a la belleza de Madama

Ignatief y al talento de su marido. Calice, de origen italiano, tenía una bella presencia y conocía muy bien los negocios de Oriente; mas como buen austríaco, no amaba mucho a los turcos.

Reuss era un digno representante de la más distinguida nobleza alemana, afable, pero digno; poco práctico, pero discreto. Había sido Secretario de Embajada en París, en tiempo del segundo Imperio, y fue uno de los bailarines preferidos de la brillante Emperatriz Eugenia. Era su mujer una Princesa de Sajonia Weimar, ni bonita ni fea, pero con un cuerpo hecho a torno y un talento original. Cultivaba con éxito la pintura, admiraba mucho a Heine, y propendía, como la Emperatriz viuda de Federico, de quien era muy amiga, a la filosofía escéptica, que estaba a la sazón de moda en su país. Sospecho que sentía alguna simpatía por los turcos, mas no se atrevía a mostrarla. La política de los alemanes era entonces la indiferencia, y el Príncipe de Bismarck repetía siempre que la integridad de la Turquía no valía los huesos de un solo granadero de la Pomerania. En suma, los nuevos diplomáticos traían poco más o menos las mismas opiniones que los antiguos.

Representaban a la Turquía el amable Safvet Bajá, ilustrado, laborioso y benévolo, y el enérgico Edhem, cuya historia es bastante curiosa, pues era griego de nacimiento, natural de Chío, y siendo todavía muy niño, cuando los turcos pasaron a cuchillo a miles de habitantes de aquella isla, en pena de su rebelión, un viejo bajá le halló solo y abandonado en el campo, y condolido de su suerte le tomó como hijo adoptivo, le hizo educar con esmero en Constantinopla y le colocó en la carrera diplomática. Y bien revelaba su origen en el fuego de su mirada y en la viveza de su carácter.

Hubo primero una Conferencia preliminar, presidida por Ignatief, que era, como ya he dicho, el alma de toda aquella invención, en la cual, y sin asistencia de los turcos, fueron fijadas las bases en que se debían fundar las decisiones de las Potencias, principalmente dos, a saber: gobernadores cristianos para las provincias sublevadas, y una Comisión internacional que vigilara la exacta ejecución de las reformas. Puestos de acuerdo sobre esto, llamaron a los plenipotenciarios turcos y les pidieron su aceptación. Repugnaban ellos a darla, porque juzgaban que equivalía a aceptar el desmembramiento de la Turquía. Y érales particularmente desagradable la exigencia relativa a la fiscalización internacional, porque venía a ser una negación de la soberanía del Sultán. Decidió entonces Abdul Hamid someter la cuestión a una Junta compuesta de todos los altos funcionarios turcos, los patriarcas cristianos y algunos ricos propietarios y banqueros, los cuales opinaron por unanimidad que las exigencias de las Potencias eran incompatibles con la seguridad y el honor de la Turquía, y que debían, por lo tanto, desecharse.

En mi sentir, las Potencias obraron en este caso con poca prudencia. Una vez que todas ellas creían necesaria procurar la autonomía de las provincias eslavas, el problema consistía en hacer esto sin permitir que la Rusia tomase de ello ocasión para acercarse a Constantinopla y asegurar su influencia preponderante en aquellas regiones. Y el sentido común dice que no había más que un medio de conseguirlo: unirse las Potencias para hacer todas juntas lo que la Rusia estaba ya decidida a hacer ella sola. De esta manera la Turquía no hubiera sentido tanta humillación en ceder a seis, como lo sentía en ceder a una, y la influencia que de ello resultase no habría sido de la sola Rusia, sino que se hubiera repartido entre todas. En vez de esto, ni juzgaron oportuno oponerse a la Rusia, ni se decidieron a amenazar, como ella, a la Turquía. Limitáronse a retirar sus Embajadores, no en son de guerra, como la Rusia, sino en son de amigo disgustado, que no rompe de una manera definitiva. La Rusia se retiró, bajando el escudo de sus armas. Las otras dejaron sus escudos y también un Encargado de negocios.

Esta marcha de todos los Embajadores estaba destinada a causar una gran sensación en Constantinopla, aunque no tanta como habían esperado ellos, y entre tanto un nuevo suceso, bastante extraordinario, vino a distraer los ánimos. Casi al mismo tiempo que se reunía la Conferencia, el desventurado Sultán, amenazado por los de dentro y los de fuera, por las grandes Potencias y por la Joven Turquía, tomó al cabo el partido de ceder a los ruegos de Midhat, dando a sus pueblos una Constitución liberal, a la moda de Europa, con sus dos Cámaras, sus Ministros responsables y todos sus demás requisitos. Una salva de diez cañonazos anunció su proclamación, y

Midhat se apresuró a manifestar a los Embajadores, reunidos todavía en Conferencia, que esta grande reforma las comprendía todas y hacía ya superfluas las que pedía la Europa.

Pero los Embajadores no hicieron el menor caso de aquella extraña novedad; antes bien, se rieron mucho de ella y de las bromas que se le ocurrieron a Ignatief sobre el anunciado Parlamento turco. Díjose que Salisbury y Elliot habían hecho en aquella ocasión muchos esfuerzos para impedir la ruptura y la guerra, que parecían ya inevitables; mas, por desgracia, la actitud de Gladstone, contraria siempre a la Turquía, fue causa de que la Rusia no tuviese temor alguno de una seria oposición por parte de la Inglaterra.

La guerra era, pues, inevitable. Así lo creían todas las personas bien informadas. Con todo, no parecía probable que empezara antes de la primavera, tanto por el mal estado de los caminos, como porque la Rusia necesitaba tiempo para movilizar un ejército tan numeroso como se requería para asegurar el éxito de la guerra. En virtud de lo cual resolví yo aprovechar aquella especie de tregua para pedir una licencia temporal y visitar a mi familia en Florencia.

Tomando luego un vapor del Lloyd austríaco, me trasladé a Corfú, pasando otra vez por los clásicos lugares que había visto a mi venida; la antigua Itaca, Cefalonia, el golfo de Accio, que trae a la memoria la victoria de Octavio sobre Antonio, y el de Lepanto, que recuerda la de Don Juan de Austria sobre la escuadra otomana. Pasé en una noche a Brindisi, y de allí fui a Roma, donde visité a algunos amigos, entre otros a mi antiguo jefe Bermúdez de Castro, Marqués de Lema, a quien hallé establecido en el palacio llamado «La Farnesina», que le había cedido en enfiteusis el Rey Francisco II de Nápoles, y que él había salvado de una inminente ruina, salvando al mismo tiempo la divina *Roxana,* de Sodoma y la todavía más divina *Galatea*, de Rafael, que con otros bellísimos frescos la adornan y avaloran.

Llegado a Florencia, pasé allí una deliciosa temporada al lado de mi esposa y de mis hijos, y frecuenté también la buena sociedad de aquella ciudad, siempre animada, siempre agradable. Tuve, asimismo, el gusto de volver a ver en ella a la amable y desgraciada Emperatriz Eugenia, la cual pasaba allí el invierno con su hijo el Príncipe Luis Napoleón, en la quinta del rico banquero Oppenheim, situada fuera de la puerta Romana. La Augusta Señora recibía algunas noches, e invitado por ella, era para mí un gran placer el tratar otra vez de cerca a aquella ilustre Soberana, que había conocido en mi primera juventud, cuando no era más que Condesa de Teba, pero a quien apenas había visto durante su brillante reinado. Parecióme bastante cambiada en el semblante, mas no en el talento, la gracia y la dignidad que realzaban su noble persona. Aunque la pérdida de su trono y de su Augusto esposo la habían afligido por extremo, tenía todavía la dicha de poseer un hijo, en quien se cifraban sus esperanzas y también las del partido bonapartista, y esto la consolaba en su desgracia. Nadie podía prever entonces que aquel joven tan apuesto, inteligente y simpático perdería de allí a poco la vida, de la manera más lastimosa, combatiendo bajo una bandera extranjera, y a manos de los bárbaros zulús.

Para restituirme a mi puesto escogí entonces la vía de tierra, pasando por Viena, que visité por primera vez, quedando prendado de ella, y embarcándome en Pesth en uno de los vapores que recorren el Danubio y que me condujo a Rutschuk. Allí tomé el ferrocarril que va a Varna, y en Varna el vapor que en una noche lleva a Constantinopla. La navegación del Danubio es sobremanera agradable. No se ven en sus orillas viñedos ni ruinas de castillos feudales, como en la de su rival el Rhin, mas en cambio tienen bosques muy frondosos y llanuras de grandes líneas. Las llamadas Puertas de Hierro, donde peñascos enormes dejan poco espacio para el paso de los buques, me parecieron imponentes y pintorescas. En algunos parajes de aquel azulado y caudaloso río, no parece estar en Europa, sino en las majestuosas soledades del Nuevo Mundo.

Después que se deja atrás la Servia, comienzan a verse en una orilla los pueblos búlgaros, y en la otra los valacos o rumanos. Los campesinos de ambos países andan todavía vestidos de pieles, como los Dacios que esculpió Apolodoro en la columna de Trajano. Sin embargo, los rumanos pasan por descendientes de las legiones de este Emperador, las cuales probablemente eran en parte españolas, y el hecho es que tanto sus costumbres como su idioma revelan su origen latino. Citaré

una de aquellas bien característica. Cuando un valaco contrae matrimonio, la desposada llega con mucha comitiva a la casa del marido, y antes de entrar unta con miel el dintel de la puerta, para indicar que trae consigo la dulzura y la dicha. Pues según el gramático Servio, esto mismo se hacía antiguamente en Roma; de lo cual vino el llamar a la mujer *uxor*, o como si dijéramos, untadora.

Su lengua contiene algunas voces eslavas y turcas como *Bog*, Dios, *nebo*, cielo, *calul*, caballo, y *sabaca*, perro; mas la generalidad de ellas parecen italianas o españolas, como *òuna siera*, *a revedere*, *dam painé*, *dam carné* y muchas otras. Y tienen también la *olla pútrida*, que es nuestra olla podrida. Y si no se les entiende al principio, esto proviene de la pronunciación y del acento.

Como quiera, su origen es latino, y todos los latinos debemos sentir un particular interés por aquel generoso pueblo, que, oprimido durante tantos siglos y sometido alternativamente a la rapacidad de hospodares, húngaros, rusos o fanariotas, ha renacido al fin a nueva vida en nuestros días. En aquella época había conseguido ya su unidad política, formando la Valaquia y la Moldavia un solo Estado, bajo el Príncipe Carlos de Hohenzollern, mas era aun tributario de la Turquía. La guerra que iba a empezar y en la cual tomó una parte tan gloriosa al lado de los rusos, debía darles al fin una completa independencia.

Al llegar a Rutschuk vi un nuevo pueblo, los búlgaros, y oí una nueva lengua, la eslavo-búlgara; pudiendo decir, como el Eclesiástico, *multa vidi errando, et plurimas verborum consuetudines*. El Mar Negro trajo a mi memoria multitud de recuerdos históricos, y ya cerca de Constantinopla vi la torre que llaman de Ovidio, porque se cree sea reliquia de la casa donde vivió desterrado este insigne poeta. Y al contemplar la furia de aquel mar y la soledad del sitio, me parecía que no le había faltado razón para lamentarse de su destino.

La entrada del Bósforo por el Mar Negro es todavía más bella que por los Dardanelos. Por la una se llega a la fachada principal de Constantinopla; por la otra a sus jardines. En mitad del puerto se alza una antigua vigía, a la cual llaman la Torre de Leandro, como si señalase el sitio donde pereció aquel enamorado griego. Pero esta ficción, inventada por el vulgo, no tiene fundamento alguno. El mar que atravesaba a nado Leandro era el estrecho canal de Helesponto, hoy Dardanelos, pasando de Abidos a Sexto. Así lo dice Museo en su elegante poema, y lo repiten todos los poetas, que han tratado este patético asunto.

XCVIII.
Constantinopla, de 1875 a 1878.

Apertura del Parlamento otomano.—Cómo terminó aquel ensayo de constitucionalismo.—Ultimatum de Gortschakof.—La Turquía lo desoye.—Los rusos pasan el Danubio.—Bella resistencia de Plevna.— Otras ventajas de los turcos.—Vuelta de los Embajadores.—Layard reemplaza a Elliot.—La Rusia, detenida, hace alianza con Rumanía y Servia.—Osmán y Suleymán capitulan.—Los rusos llegan hasta las puertas de Constantinopla.—Terror del Sultán.—Tratado de San Estéfano.—La Inglaterra no lo aprueba.—La Rusia se irrita, pero cede.—El Congreso de Berlín limita sus pretensiones.—Quédale la gloria de haber devuelto su libertad a los cristianos de Oriente.

A mi regreso a Constantinopla hallé que los ánimos estaban cada día más alterados, por la amenaza de la guerra. Muchos temían que hubiese tumultos en la población, y casi todos los representantes extranjeros habían solicitado de sus Gobiernos, que mandasen buques de guerra para la protección de sus nacionales. La España también, a petición del Secretario Encargado de Negocios, Gil de Ulibarri, envió la corbeta *Doña María de Molina*, que permaneció algunas semanas en la capital y fue luego a recorrer los puertos de Levante.

Pero la gravedad misma de la situación, fue causa de que los turcos pensasen más bien en conjurar el peligro exterior, que en promover alteraciones interiores. Además el astuto Midhat

llevaba adelante su plan de gobierno constitucional, procurando persuadir a todos, que con él se remediarían los males del Imperio, y quizás se evitaría la guerra. Algunos diplomáticos que vieron por aquellos días al Sultán, oyeron de sus mismos labios que él también estaba convencido de que aquella sería una especie de panacea, cuyos resultados no tardarían en sentirse.

No se prestaba con todo de muy buena gana a deshacerse por completo de su autoridad, por lo cual antes aun de que terminaran las elecciones y se reuniesen las Cámaras retiró su confianza a Midhat, mandándole desterrado a Italia y nombró Gran Visir al enérgico Edhem Bajá. Dio el Sultán por excusa las dificultades que aquél hallaba para concluir la paz con Servia y Montenegro, mientras no estallaba todavía la nueva guerra con Rusia. Pero la verdad era que no podía soportar el tono dominante que iba tomando en toda clase de asuntos.

Entre tanto llegó el día señalado para la apertura del flamante Parlamento turco, que fue el 25 de marzo del año 77, y tuve el gusto de asistir a ella, porque había vuelto a mi destino a tiempo para hacerlo. Verificóse la ceremonia, no en el local destinado provisionalmente para la reunión de las Cámaras, sino en el gran salón del trono del Palacio de Dolma Bagtché, que por sus dimensiones y adornos, puede ser considerado como uno de los más magníficos de Europa.

Colocados en largas filas, hallábanse a derecha e izquierda del trono todos los altos funcionarios del Imperio, Bajás, *Cazaskiers* o supremos magistrados, el Cheik el Islam con los ulemas y derviches, el Cheik de la Meca, Patriarcas y Exarcas, el Gran Rabino, y en lugar preferente el Cuerpo diplomático extranjero, que se componía de los Ministros de las Potencias de segundo orden y los encargados de Negocios, que habían quedado de las mayores. El amable Kiamil Bei, Maestro de ceremonias, nos recibió y acompañó a nuestros sitios.

Llegado el Sultán, seguido de su Corte, se colocó en pie delante del trono, y detrás de él sus dos hermanos menores. El Gran Visir Edhem puso en sus manos el discurso de apertura, y un Secretario lo leyó por orden suya con voz clara y sonora. Estaba, como es natural, escrito en turco, y por el momento no supimos su contenido. Después se publicó una traducción francesa de él, que nos fue comunicada oficialmente, y por ella vimos que se gloriaba de introducir en sus Estados el régimen liberal, adoptado ya en toda Europa, y que esperaba mucho de la libertad que concedía a todos sus pueblos, sin distinción de religiones ni de lenguas. Gritaron vivas los turcos; despidióse luego el Sultán, saludando a derecha e izquierda; repitiéronse las aclamaciones cuando salió del salón y quedó así terminado aquel acto, que parecía un sueño a todo el mundo.

Empezó después de esto la nueva vida parlamentaria. El conocido Ahmed Vefik, uno de los corifeos más notables de la Joven Turquía, fue elegido Presidente de la Cámara de Diputados. Hallóse que las provincias habían enviado un número no pequeño de hombres instruidos e ilustrados, y que algunos se expresaban con facilidad y elocuencia.

Formáronse partidos y aun grupos, y todos rivalizaban en actividad y celo, tanto en las sesiones de la Cámara como en el seno de las comisiones. Un italiano, de nombre Bondini, amigo mío por cierto y persona de buena familia y de mucha instrucción y capacidad, aunque escaso entonces de recursos, organizó el servicio de taquígrafos,. enseñando este arte a los turcos; de modo que pronto pudieron los periódicos darnos un extracto bien hecho de cuanto ocurría en ambas Cámaras.

Había antes pocos periódicos y todos más o menos oficiales. Entonces comenzaron a publicarse en todas las lenguas y de todos los colores políticos posibles. *El Tiempo* (*Vakit*) y el *Estambul* eran los más notables entre los turcos. Los armenios tenían el *Ararat* y el *Hairénik*; los griegos el *Neólogos* o *Pensamiento moderno*; los franceses *La Turquie* y el *Phare de Bosphore*; los ingleses el *Levant Herald*, y hasta los judíos publicaron uno en español, pero con letras hebraicas. La caricatura, cuyo lenguaje es tan propia para mover al pueblo a causa de su claridad y rudeza, tuvo también su periódico. Pasaron al fin de veinte, y cuando mandé un paquete de todos a nuestro Ministro de Estado, se admiró mucho de ello.

Por desgracia había en todo esto más celo que experiencia. Faltaba un idioma general para que tantas nacionalidades pudieran entenderse. Los Jóvenes turcos empezaron a dividirse y muchos

hostilizaban ya al Gobierno, no obstante que era liberal. Tevfikbei, joven y ambicioso, dirigía aquella poco cuerda oposición. Mahamud Damas, cuñado del Sultán, Said Bajá y Redif Bei no ocultaban tampoco su animosidad contra el Ministerio. Por otra parte, el carácter impetuoso de Edhem Bajá era poco a propósito para soportar las censuras que le dirigían a cada momento. Era casi imposible que un Visir turco gobernase como un Ministro constitucional europeo, tanto más cuanto que, según aquella Constitución, el Visir era irresponsable como el Sultán. Edhem decía de la Cámara: «o ella se calla o nosotros tendremos que cerrar nuestros Ministerios.»

Pero lo que más perjudicó a aquel ensayo parlamentario fue que bien pronto pudo advertirse que ni lograba impedir la guerra ni era adecuado para mantener la concordia necesaria en aquellas graves circunstancias, sino que antes bien exacerbaba más los ánimos. Si en la culta Europa vemos que la apertura de las Cámaras es siempre seguida de agitación y desasosiego, ¿qué no había de acontecer en una nación tan atrasada como Turquía? El resultado fue que así que llegó la hora de los desastres, temeroso el Sultán de las censuras de aquéllas, se apresuró a prorrogar sus sesiones, y después de una segunda y corta reunión no volvió a convocarlas. Abdul Hamid recobró después paulatinamente su gobierno personal, y no quedó de aquel desgraciado ensayo otra cosa más que un recuerdo desagradable.

Referían los viejos turcos que cuando el Sultán Mahamud II se hallaba más engolfado en sus planes de reforma y anhelaba mostrarse ilustrado, tuvo un día la idea de hacer descubrir los antiguos mosaicos de Santa Sofía, y mandó que fuese quitada la capa de pintura que los ocultaba desde el tiempo de la conquista. Llegóse a descubrir el que ocupa el centro del ábside y representa al Salvador del mundo sentado, en un trono; mas fue tal el disgusto que esto causó entre los ulemas y el pueblo, que Mahamud dio al punto orden de que se volviese a cubrir, exclamando con tristeza: «Todavía es demasiado pronto; déjese esto para otro Sultán y para otro siglo». Pues esto mismo, poco más o menos, dijo, sin duda, Abdul Hamid al suprimir la nueva Constitución: «Quédese para otro Sultán y para otros tiempos».

En el ínterin la guerra estaba ya próxima. Había hecho el Príncipe Gortchakof una última tentativa, proponiéndole un mínimum de concesiones a la Turquía; pero obcecada ésta por su orgullo y por la esperanza, que nunca abandonaba, de que algunas Potencias vendrían en su auxilio, como en el año 54, no titubeó en desecharlas. La Rusia no pensó entonces más que en reunir sus ejércitos, tanto en las orillas del Pruth como en las fronteras de Armenia, y la Turquía hizo, por su parte, otro tanto.

Tenía este último país un buen núcleo de soldados veteranos, organizados a la europea, que es lo que llaman *nizam*, y unió a ellos millares de hombres de la reserva o *redif*, procedentes principalmente del Asia, y gente robusta, sobria y belicosa. Poseía, asimismo, un sinnúmero de voluntarios que dicen *bazi bujuks* o cabezas locas, y no pocos circasianos, armados de lanza y alfanje, cada uno de los cuales me recordaba el famoso Sacripante del Ariosto. La artillería era buena y tenía cañones y fusiles de los modelos más estimados en aquella época. Faltaban sólo buenos Generales. No había, como antiguamente, militares europeos que quisiesen servir en aquel ejército. Sólo puedo citar al almirante Hobbart, que era inglés, y algunos oficiales alemanes o belgas, que servían de instructores. No existían ya en Turquía los Barbarrojas y Koprolis de antaño ni los Bonneval y Fott de épocas más recientes, y ni aun siquiera aventureros del tipo de aquel Watteville, que al fin vendió a los turcos y obtuvo en Francia un beneficio eclesiástico y el apodo del abate Codillo, a causa de su habilidad en el juego del hombre.

Atravesaron los rusos el Pruth en fines de abril y en junio el Danubio. La primera parte de la guerra no les fue muy favorable. El Gran Duque Nicolás, hijo mayor del Emperador, que mandaba el cuerpo principal, se extendió, a la verdad, por la Bulgaria y llegó hasta la Albania. Gurko ocupó también el paso de Chipka en los Balcanes; y en Asia el Gran Duque Miguel, hermano del Zar, y Loris Melikof penetraron en Armenia. Mas el turco Osman, pasando con rapidez de Widin a Pledna, formó allí un campo atrincherado a la espalda de los rusos y les obligó a detenerse. Suleymán Bajá hizo otro tanto en Kazanlik, y aquel risueño valle, donde se cultivan los rosales con que se hace el

perfume llamado *oto de rosas*, se vio manchado con la sangre de musulmanes y cristianos. Por fin Muktar Bajá batió a Melikof en Zewin.

Entusiasmáronse sin medida los turcos con este buen resultado de los primeros combates, y en toda Europa se empezó a temer o esperar que los rusos se verían precisados a repasar el Danubio. Volvieron otra vez los Embajadores de todas las Potencias, Reuss, Zichy, Corti, Fournier, que reemplazó a Bourgoing, y Layard, que sustituyó a Elliot. Conocía a Fournier por haberle visto cuando éramos él Ministro en Estocolmo y yo en Copenhague, y me pareció siempre persona de mucha capacidad. A Layard también le había conocido en Londres, cuando era Subsecretario de Estado, y después le volví a ver en Madrid el año 75, en los primeros días de la Restauración.

Tenía este Diplomático un aspecto común, pero estaba dotado de mucho ingenio y debía principalmente su carrera al talento que mostró, descubriendo y dirigiendo las excavaciones de la antigua ciudad de Nínive, sobre cuyos resultados publicó después un libro sobremanera interesante. Mezclóse luego en política, profesando ideas muy liberales, y logró entrar en el Parlamento y ser nombrado Subsecretario de Estado y más tarde Ministro en Madrid. Palmerston le protegía mucho; pero Lady Palmerston no lo podía ver a causa de sus opiniones casi revolucionarias, y dijo una vez con gracia que no podía perdonarle a Nínive el haber descubierto a Layard. En España siguió también sus instintos radicales, y engañado por ellos, se equivocó completamente acerca de la posibilidad de una Restauración inmediata. Y como esto era sabido en Madrid, su posición fue muy difícil a la llegada de D. Alfonso. Recuerdo que una noche, en casa de la Marquesa de Bedmar, tuvo esta amable señora que rogarme que fuera a hablar con él, porque nadie le dirigía la palabra. Mandado luego a Constantinopla, cuando la Inglaterra tenía tanto que temer de la ambición de la Rusia, desplegó en el servicio de su país mucha habilidad y celo.

Vino también entonces a Constantinopla una nube de corresponsales de la prensa, cuyas cartas pintaban los sucesos según el color político de cada uno. Esta costumbre de enviar agentes de los periódicos existía ya de antiguo; pero la guerra de Crimea le dio aun más importancia. Un inglés, Mr. Kinglake, corresponsal de el *Times*, escribió durante aquella guerra unas cartas muy notables, y después un buen libro, lleno de exactitud e interés. En mi época, el corresponsal de el *Times* era un cierto Gallenga, piamontés de nacimiento, comprometido en las primeras conjuraciones del tiempo de Carlos Alberto, y emigrado después en Londres, donde aprendió con perfección la lengua inglesa. Feo y de aspecto poco simpático, compensaba estos defectos con un talento nada común, y sus cartas, lo mismo que un libro que publicó después sobre aquellos sucesos, serían obras perfectas si no dejase ver en ellas un odio demasiado grande hacia los turcos. Le faltaba imparcialidad.

Mr. Gay, del *Daily Telegraph*, tenía igualmente mucho ingenio, pero formaba contraste con Gallenga, porque se inclinaba más bien a los turcos. Su actividad rayaba en extraordinaria. Periodista de primer orden, no daba sosiego ni a diplomáticos ni a bajás, y era al mismo tiempo un informador infatigable. No contento con las noticias que se recibían de Plevna, fue él mismo a caballo a visitarla, y entró y salió de ella corriendo grandes riesgos. Su buena presencia y su genio jovial y franco le ganaban muchos amigos.

Otro corresponsal privado, pero notable por sus bellas prendas, era un cierto Olinski, de nación polaco y establecido en Londres, al servicio de los Rotschilds, quienes le enviaban a todas partes para recibir por su medio noticias más fidedignas que las que publican generalmente los periódicos. Sospecho que en su juventud se había comprometido en la insurrección de Polonia, porque desapareció de Constantinopla apenas se acercaron a ella los rusos, como si temiera su encuentro; por entonces no era más que el corresponsal bien retribuido de aquellos opulentos banqueros. Aunque de edad ya madura, su ameno trato y sus modales distinguidos le procuraron pronto muy buena posición en la sociedad de Pera. Era hombre de inmensa lectura, y habiendo hecho su conocimiento le debí mis primeras noticias sobre la literatura sánscrita, a la cual era muy aficionado.

Había, además, otros corresponsales de cuyos nombres no me acuerdo, y a ninguno le debía faltar ocupación en aquellos momentos, porque las noticias de la guerra eran variadas e interesantes.

Las que nos había traído Mr. Gay no tenían un carácter muy halagüeño para los turcos, y la Sublime Puerta no ocultaba que en la segunda parte de la campaña la fortuna les sonreía mucho menos que en la primera.

Con efecto, viendo los rusos que no podían vencer con sus solas fuerzas la obstinada resistencia de Plevna, habían al fin llamado en su auxilio a los rumanos, contrayendo una alianza formal con ellos. La bandera tricolor de Rumanía ondeó unida a las águilas moscovitas, y juntas dieron un nuevo asalto a aquella plaza. Mas tampoco así pudieron penetrar en ella. Entonces fue llamada al campo la Guardia Imperial rusa, y se aceptó también la cooperación de la Servia, la cual volvió a empezar la guerra, a pesar de que acababa de firmar una paz con los turcos. Entre todos debían ascender a más de 200.000 hombres. Añádase, y esto fue quizás lo más importante, que la dirección del sitio fue confiada al ilustre Totleben, que tanto se había distinguido defendiendo a Sebastopol en la guerra de Crimea. Este hábil General cambió luego el plan de ataque, reduciéndolo a un bloqueo en toda regla, y Osmán Bajá, viendo agotados sus recursos, se rindió al fin con todo su ejército, después de seis meses de asedio.

Corrieron luego los rusos hacia el Sud, y a pesar de que el invierno avanzaba y el termómetro marcaba 22 grados bajo cero en lo alto de los Balcanes, no titubearon en pasarlos inmediatamente. Allí rodearon con fuerzas superiores al valiente Suleymán, y le obligaron también a capitular con todas sus tropas. Las avanzadas rusas llegaban ya a Andrinopla, y no había a la mano ningún nuevo ejército para impedir que se acercasen a la capital.

Por la parte de Asia acontecía poco más o menos lo mismo. Reforzado Loris Melikof, batió a Muktar delante de Kars, se apoderó en seguida de aquella importante fortaleza y ocupó Erzerúm, que es la capital de la Armenia. Orgullosos los rusos con tan repetidas victorias creían ya poder arrojar de Europa a los turcos, como si sus ciudades fuesen pobres chozas de pastores; *quasi tabernacula pastorum.*

Los restos de los ejércitos turcos, batidos y dispersos en los dos teatros de la guerra, empezaron a llegar a Constantinopla, primero a la desbandada, después con cierto orden y al sonido de sus tambores, instrumento turco por excelencia, pues así como los antiguos griegos iban a la guerra al son de las flautas, y los romanos al de las trompas, los tártaros y turcos adoptaron el tambor, cuyo nombre mismo está diciendo su origen. Usan también músicas militares, como los ejércitos europeos; pero las melodías que tocan tienen siempre ese carácter extraño que les viene del Oriente, y que imitó tan bien el divino Mozart, en la marcha turca del *Rapto del Serrallo*.

El aspecto de aquellos soldados, descalzos, harapientos y enfermos, no hizo más que aumentar el desaliento de los turcos. Atacados muchos de ellos del tifus y de calenturas contagiosas, las propagaron en la ciudad. Causó mucha impresión en el público la muerte de varias personas conocidas, especialmente la de una de las damas más inteligentes y agradables del Cuerpo diplomático, esposa del Ministro de Suecia, Ehrenhof, de la cual he hablado en otro capítulo. Llevada de su ardiente caridad, había asistido solícita con otras señoras a los enfermos que llenaban los hospitales, y cogiendo allí las calenturas, murió víctima de su celo.

El terror producido en Constantinopla por este cúmulo de desventuras fue tan grande, que el Sultán estuvo a punto de abandonarla para buscar refugio en sus provincias de Asia. Pero desechó pronto este funesto proyecto, después de haberlo consultado con varios altos personajes de su Imperio en una reunión íntima, a la cual asistió también el Embajador de Persia Mosin Khan, interesado, tanto como los turcos, en que la Media luna no desapareciese del Bósforo. Sabido es que Justiniano, aterrado por los tumultos populares, quiso una vez abandonar a Bizancio, y debió a la presencia de ánimo de Teodora el haber permanecido en ella. Heraclio también pensó en huir de aquella ciudad, temeroso de los persas, y fue detenido por el animoso Patriarca, que le hizo jurar sobre los Santos Evangelios que no saldría de su recinto. En el año 1878, la entereza de algunos viejos turcos libertó a Abdul Hamid de incurrir en esa vergüenza.

Hubo, además, otras causas que contribuyeron a ello, y en primer lugar la esperanza, siempre viva en los turcos, de que la Inglaterra no podría ver con indiferencia la ruina de la Turquía. Diole

entonces mayor fuerza la propuesta que le hizo aquel Gabinete de ocupar con sus tropas la península de Galípoli, a espaldas de los rusos, y el envío de sus escuadras a la bahía de Besika, cercana a los Dardanelos.

Sin embargo, como los rusos avanzaban siempre, y los turcos se retiraban con precipitación a la capital, el Sultán se apresuró a mandar a los Bajás Server y Namik, primero a Andrinopla y después a San Estéfano, para que concluyeran la paz con los invasores. Ignatief, el terrible Ignatief, estaba allí al lado del Gran Duque Nicolás, esperando a su víctima, y gozoso de poder pronunciar el *¡vae victis!* imponiéndole las más duras condiciones. Sólo que, por fortuna para la Turquía, no se condujo en aquel caso como un negociador discreto, sino como un ardiente paneslavista; y exigiendo demasiado, provocó al fin la oposición de otras Potencias. Pidió, naturalmente, la restitución de la Besarabia para borrar hasta la última huella del tratado de París, en lo cual no podía criticársele, pero añadió a esto la formación de un gran Principado de Bulgaria, que debía comprender ambas Rumelias y extenderse desde el Mar Negro hasta el Archipiélago. Como Layar se lo telegrafió a Lord Beaconsfield, la Rusia quería colocarse a las puertas mismas de Constantinopla.

Llegó, pues, el momento de que la Inglaterra se viera precisada a pronunciar su imperioso: *Quos ego*. Aquel Gobierno había declarado siempre que intervendría en la cuestión el día en que creyese amenazados sus intereses, y no podían serlo más que con el tratado de San Estéfano, en atención a que implicaba la aproximación de los rusos al Mediterráneo. En su consecuencia, puesta antes de acuerdo con el Sultán, dispuso que su escuadra entrase en los Dardanelos, y anunció que las tropas que llevaba a bordo y otras que vendrían de la India, desembarcarían en Constantinopla apenas los rusos amenazasen entrar en ella.

Difícil sería pintar la indignación de la Rusia al conocer este veto de la Inglaterra. Ufana con sus triunfos, que recordaban los de los alemanes en Francia, quería ella también dictar las condiciones de la paz, sin intervención de ningún otro Gobierno. Su orgullo le hacía olvidar que no era lo mismo conquistar dos provincias del Rhin que apoderarse de la península de los Balkanes y amenazar a la misma Constantinopla. Mas a pesar de su amargo despecho, no tuvo más remedio que ceder. La Turquía iba reuniendo dentro de los muros de la capital un buen número de soldados, y la Inglaterra podía sostenerlos con su escuadra y con sus tropas. El Austria no veía tampoco con indiferencia que se formase a su lado una Potencia eslava tan extensa; y el mismo Bismarck, que ya entonces deseaba recobrar la amistad de aquella nación, se sentía inclinado a apoyar sus intereses. Y no sólo el Austria, sino todas las demás naciones de primer orden comprendían que el día en que la Rusia se apoderase de Constantinopla, sería ella sola gran Potencia y las otras descenderían *ipso facto*, a un rango secundario. Por fin, la Rusia misma, a pesar de sus victorias, no se hallaba por el momento en estado de empezar una nueva guerra.

Mas aunque la Rusia cedió al fin, lo resistió cuanto pudo y pensó ya en el modo de vengarse, y quizá data de aquel día el hecho importante de la división de Europa en dos campos y en dos alianzas, la una doble y la otra triple. Como quiera, el tratado de San Estéfano fue sometido a la revisión de un Congreso de las grandes Potencias, celebrado en Berlín, donde Bismarck hizo, según él mismo decía, el papel de un desinteresado corredor, y Lord Beaconsfield el de un negociador muy enérgico, que defendió los intereses de su país, mereciendo por ello el ser recibido en triunfo a su regreso a Londres.

Respetó aquel Congreso la parte concerniente a la Besarabia y la independencia de Servia y Rumanía, pero disminuyó el territorio asignado a Bulgaria, organizando separadamente la Rumelia oriental, y dio al Austria la Bosnia y la Herzegovina. Montenegro vio aumentado su territorio, y lo mismo le sucedió poco después a la Grecia, a fin de evitar nuevas alteraciones en ambos países. En cuanto a la vencida Turquía, quedáronle todavía la mitad de la Rumelia, la Albania y la Macedonia, en las cuales domina la población turca; quedóle la codiciada Constantinopla, la más bella y mejor situada de las capitales europeas; quedóle el Bósforo y los Dardanelos, donde están las llaves del Archipiélago y del Mar Negro.

Así lo exigían por el momento la fuerza de las cosas y el equilibrio de las naciones. Así lo disponía la Providencia, en cuyos designios no entra sin duda que ejerza un dominio avasallador ninguna Potencia europea. Quedó subsistente la amenazada Turquía, como subsisten también Holanda y Dinamarca, Portugal y Bélgica. Y tal vez sea interés de todos y aun de la misma Rusia, que exista y se consagre de este modo el derecho de todas las naciones, por débiles que sean, a que las demás respeten su independencia.

Extrañan los rusos que no todos los cristianos tengan, como ellos, el deseo de ver alzada otra vez la Cruz en la iglesia de Santa Sofía. Pero la razón de esto consiste en que ese bello triunfo costaría muy caro, si se comprase con la ocupación de Constantinopla por una nación tan excesivamente poderosa como la Rusia. Otra cosa sería si la ocupasen, por ejemplo, los griegos, cuya fuerza es menor y el derecho más claro y más antiguo.

Y, de todas maneras, a mí me parece que la Rusia tuvo todavía muchos motivos para alegrarse del resultado de aquella campaña. Con ella aplacó la sombra de Nicolás I, irritada por los reveses de Crimea. Con ella recobró la Besarabia y adquirió Kars y Batun. Con ella tuvo la gloria de devolver a los cristianos de Oriente la libertad que habían perdido hacía cuatro siglos. La Servia, la Rumanía y la Bulgaria, le deben su nueva existencia, y quizá no esté lejos el día en que sean también comprendidas en esta lista la Armenia, la Creta y otros territorios.

XCIX.
Constantinopla, de 1875 a 1878.

Constantinopla después de la guerra.—Carácter estoico de los turcos.—Cualidades y defectos de los rusos.—El General Skobelef.—El Embajador Labanof.—Tristes noticias de España.—Muerte de la Reina Doña Mercedes.—Me llaman a Madrid.—Visito otra vez a Atenas.—Atravieso la Italia y la Francia.—Llego a Barcelona y Madrid.—El Rey Don Alfonso piensa ya en contraer segundas nupcias.—Encargo que sobre ello me confía.—Soy nombrado Ministro en Viena.—Instrucciones que recibo de los Ministros.—Ideas del mismo Rey.—Deseos de las señoras de Madrid.—Hago un viaje a Toledo.—Su hermosa Catedral.—Palacio de Carlos V.—Recuerdos de este Emperador y de Padilla.—Voy también a Andalucía.—Parto al fin para Viena.

Ajustada por fin tan desventajosa paz, Constantinopla fue recobrando poco a poco su antiguo aspecto, siendo notable el estoicismo con que todos los turcos sobrellevaron aquella gran desventura. En las visitas que hacía a la Puerta no hallaba señal alguna de tristeza ni de desaliento. Llaman los turcos la Puerta, por excelencia, a la que da entrada al antiguo Serrallo, y también al Serrallo mismo, y al Ministerio de Negocios Extranjeros. Cuya costumbre fue tomada, según dicen, de la Persia, la cual la tomó a su vez de la Asiria. Por cierto que no iba nunca al Ministerio sin acordarme de la ocurrencia de Manolito Gázquez, quien preguntado para dónde eran unos grandes clavos que estaba elaborando, respondió que para la Puerta otomana.

La fisonomía de mi amigo Safvet Bajá, parecía inalterable. Recibíame con el mismo sosiego de otros tiempos, con el mismo aire noble y tranquilo que es peculiar de su raza. Notábase lo mismo en el gran Visir Edhem, a pesar de que su genio era más vivo. En su palacio era el silencio todavía más completo, pues, como es sabido, los porteros del Visiriato son mudos, a fin de que no revelen ningún secreto. Exprésanse sólo por señas, y para que se vea de qué especie son éstas, referiré aquí un ejemplo: Llegué al Visiriato un día que Edhem se hallaba conferenciando con el Ministro de Rumanía, que era un Príncipe Ghika, pequeño de cuerpo, pero marcial y bien plantado. Preguntéle a uno de los mudos quién estaba con el Visir, y me lo explicó de esta manera. Puso la mano cerca del suelo para hacerme comprender que era un sujeto pequeñito; hizo después el acto de tirarse de unos grandes bigotes, y por último echó la cabeza hacia atrás y dio una gran patada en el suelo. No había duda; era el Príncipe Ghika.

Los soldados se mostraban también resignados con su suerte. Vivían de arroz y agua fresca, y hacía muchos meses que no recibían paga alguna. Mas, a pesar de esto, guardaban un orden perfecto, y sólo algunos más atrevidos pedían cigarrillos a los transeúntes. No hubo que lamentar robos, ni tampoco riñas con los soldados rusos, que venían a visitar la ciudad desde el campo de San Estéfano. Poco a poco fueron recibiendo nuevos uniformes y recobraron su aspecto marcial de costumbre.

En cuanto a los rusos, formaban un gran contraste con ellos. Había consentido el Gobierno turco que los que estaban en San Estéfano viniesen sin armas a la ciudad, y lo hacían en gran número. Y todos parecían joviales y amables, ofreciendo muchos de ellos el tipo de aquel Platón Karataief, valiente, ingenuo y bondadoso, que pinta Tolstoi en su novela de *La Guerra y la Paz*. Su único defecto era la embriaguez, defecto nacional, pues no sólo ellos, sino los Oficiales y Generales adolecían de él en un grado inaudito. Los soldados beben el aguardiente llamado vodka y los Oficiales Champaña. Baste decir que el dueño del Hotel de Inglaterra, donde los más de los últimos se alojaban, tuvo que dar órdenes a sus sirvientes para que nunca les diesen vino antes del primer almuerzo, porque de lo contrario la mona de la mañana se unía con la de la noche y estaban siempre moros van y moros vienen. Por fortuna tienen el vino alegre y aun tierno, siendo frecuente el ver a los borrachos darse besos y abrazos como si fueran hermanos.

Ni quitaba este vicio nacional que los soldados fuesen valientes y la Plana mayor muy escogida. Radetzky, Gurko y Skobelef, llamaron justamente la atención por su aire militar y elegante. El último, sobre todo, ha dejado una fama casi legendaria por su temido sable, como Pappenheim en Alemania, Murat en Francia y Diego León en España.

Y fue lástima que más tarde se mezclase demasiado en política y pronunciase tales discursos *inter sciphos*, que dieron lugar a que el Gobierno ruso prohibiese semejantes desahogos a todos sus Oficiales.

Hubiera querido el famoso Ignatief volver otra vez a Constantinopla para continuar siendo el tormento de los turcos, pero su Gobierno pensó, sin duda, que eso hubiera sido una falta de tacto. Además, le tenían cierto rencor por haber exagerado la decadencia de los turcos, y porque sus excesivas exigencias habían sido causa de la humillación de Berlín. Sucedíale a Ignatief lo mismo que a tantos otros grandes políticos, lo mismo que a Felipe II, Luis XIV, Bismarck y el propio Bonaparte. Perdió gran parte de su prestigio por haber traspasado los límites de lo práctico y de lo justo.

Vino en lugar suyo el Príncipe Labanof, que había sido años antes Secretario de aquella Embajada y había tenido que dejar su puesto porque enamoróse de una bella dama levantina, y correspondido por ella, dio lugar a que se separase de su marido y fuese a vivir con él en la risueña Niza, que ha sido siempre el refugio de tales pecadores. Por fortuna para la ambición de Labanof, el cólera morbo le arrebató aquella hechicera amante, y libre otra vez, consiguió sin dificultad que el Gobierno ruso le perdonase sus extravíos, restituyéndole a la carrera diplomática.

Era hombre de buena edad y de agradable presencia, perezoso para el trabajo de escritorio, pero afable, bondadoso y hábil para negociar y ganar amigos. Amaba mucho los libros, de los cuales tenía una gran colección que llevaba consigo a todas partes, y conocía perfectamente la Historia moderna, con especialidad la de la Revolución francesa, conforme lo demuestra en una biografía de la célebre Marquesa de Coigny, dama de María Antonieta, que publicó por aquella época. Sin embargo, Layard, que no le podía ver, le consideraba poco menos que como un *erudito a la violeta*. Como quiera, sus cortesanos modales y su carácter amable le dieron luego muy buen lugar en aquel Cuerpo diplomático. Las damas del país le agradecieron mucho que, cuando llegó el verano y la temporada de Buyukderé, hiciese venir de San Estéfano la música de un regimiento ruso, para que animara el paseo del muelle, donde la buena sociedad se reunía por las tardes.

Allí venían también a menudo los colegas de Terapiar y de Pera; y se hablaba mucho de política, pues a pesar de que la guerra había concluido, no faltaban todavía temas muy interesantes, como por ejemplo, la compra que había hecho Lord Beaconsfield de las acciones del canal de Suez,

y el convenio en virtud del cual adquirió Inglaterra la posesión de la isla de Chipre, en cambio de una protección poco definida de las provincias turcas de Asia. Cayó esta última noticia como una bomba en los círculos de Terapia y Buyukderé, y el Embajador francés Fournier, quien quizá por ser chico de cuerpo era vivo y colérico, puso el grito en el cielo. Labanof pareció sentirlo menos, y Conduriotis, Ministro de Grecia, se alegró casi de ello, porque pensaba, y tal vez no le faltaba razón, que andando el tiempo, la Inglaterra le daría aquella isla a su país, como le había ya dado Corfú y las otras llamadas Jónicas.

Pasaba yo así mi tiempo agradablemente con mis colegas y amigos, cuando llegaron noticias muy tristes de nuestro propio país. La bella Reina Doña Mercedes, cuya unión con el joven Rey D. Alfonso parecía prometer dilatados años de ventura a la familia real y a la nación española, fue arrebatada al cariño de todos por unas calenturas malignas. Según me informaban de Madrid, causó allí esta pérdida una aflicción general, no sólo por sí misma, sino también porque volvía a abrir el problema difícil de encontrar una digna compañera para el joven Rey, su viudo. Cánovas, sobre todo, que a la sazón era Presidente del Consejo, mostraba la mayor impaciencia por resolverlo de la manera más conveniente, y a fin de preparar el terreno en varias Cortes, pensó en dar cuanto antes un titular a la Legación de Viena, la cual estaba vacante por renuncia del Duque de Tetuán, que la había desempeñado por algún tiempo. Y fue fortuna mía que tanto el mismo Cánovas como el Ministro de Estado D. Manuel Silvela, juzgaron que yo podía ser un buen candidato para aquel puesto. No me lo manifestaron así desde luego, quizás porque querían que el Rey hablase conmigo antes de decidir mi nombramiento; pero me llamaron a Madrid *ad audiendum verbum*.

Dispúseme, pues, a partir, y no dejó de causarme cierta pena, primero porque no podía ya realizar el proyecto que tenía desde mi llegada y había ido aplazando a causa de la guerra, de visitar el Egipto y la Palestina, y además porque sentía ya afecto a los turcos. Porque me ha sucedido siempre en este punto lo mismo que al viajero de Montesquieu: le he cobrado cariño a cada país que he visitado, e interesándome en sus destinos, le he deseado prosperidad y ventura.

No pude despedirme del Sultán, porque no sabía yo si mi ausencia sería definitiva; mas luego que fui nombrado para Viena, tuvo aquel Soberano la bondad de mandarme el Gran Cordón del Medjidié, a cuya honra quedé muy agradecido. El Patriarca de Jerusalén se dignó también agraciarme con la Gran Cruz del Santo Sepulcro, aunque no nos conocíamos más que por cartas.

Hice mi viaje en un vapor de las mensajerías francesas, y toqué en el Pireo, teniendo tiempo para subir a Atenas y dar un nuevo y rápido vistazo al Partenón y despedirme del simpático pueblo griego, que llenaba aquel día las calles por ser la fiesta de uno de sus mártires. Porque los griegos veneran mucho a sus Santos y aun se jactan de que son los más notables del Calendario, según me lo refirió cierto caballero, de nombre Nikopulos, que era uno de mis compañeros de viaje.

Sostenía este buen patriota que aunque el Occidente posee muy grandes Santos de todas especies, ninguno de ellos es superior, en elocuencia, a los Crisóstomos, Basilios y Gregorios, en la austeridad a los Pablos y Antonios, en devoción a la Iglesia a las Elenas, Irenes y Pulquerías. Recordaba también con complacencia las vidas extraordinarias y casi novelescas de un San Atanasio, terror de los secuaces de Arrio, que vivió disfrazado y escondido hasta que murió aquel heresiarca; una Catalina de Alejandría, que tuvo cátedra de filosofía y mereció la triple corona de mártir, virgen y sabia; una María Egipcíaca, cuya vida fue el asunto de uno de los primeros poemas castellanos; y también Santa Pelagia, quien de célebre cómica pasó a ser célebre penitente; y el ermitaño Abraham, que se vistió de galán para sacar a su extraviada sobrina de un lupanar de Antioquía, de lo cual tomó argumento para una de sus comedias la famosa monja Rosvita, y otros y otras que sería muy largo referir.

Continuando mi viaje desembarqué en Nápoles, que viniendo de Constantinopla no me pareció ya la primera ciudad del mundo en punto a belleza pintoresca, sino la segunda. Atravesé luego la Italia para despedirme de mi esposa y familia en Florencia, y fui por mar de Marsella a Barcelona, donde tuve el placer de pisar otra vez el suelo de la patria después de cerca de cuatro años de ausencia.

Aunque Barcelona me agrada mucho, no pude entonces detenerme en ella y pasé luego a Madrid, al alegre Madrid, cuyo cielo es tan risueño y los habitantes tan amables. Presentóme luego al Ministro de Estado, D. Manuel Silvela, célebre abogado y hombre político de tanta instrucción como talento, que parecía nacido para el puesto que ocupaba. Hablaba el francés con rara perfección, porque su madre era francesa y había pasado en aquel país su primera juventud. Tenía muy buena presencia y aun decían que abusaba de ella, galanteando a las buenas mozas, a pesar de ser casado. Su mujer era muy rica, y esto le permitía hacer como pocos el papel de Ministro de Estado, recibiendo por las noches y dando buenas comidas a los Diplomáticos extranjeros.

Luego que me vio tomó sin demora la palabra y me manifestó en pocas, cuál era el motivo que había tenido el Gobierno para llamarme a Madrid. «La muerte de la Reina Doña Mercedes, me dijo, ha dejado al Rey sumido en una grave pesadumbre, porque se amaban tanto como Flor y Blancaflor, o más bien como Julieta y Romeo, habiéndose unido también en ellos los bandos hostiles de isabelinos y montpensieristas. Prolongar esta situación no sería cuerdo. Urge consolar en lo posible al Rey, dándole una compañera que llene otra vez su corazón. Urge, asimismo, que la Casa Real, donde no hay casi ningún varón, posea cuanto antes una descendencia masculina, que asegure la sucesión de la Corona. Para conseguir todo esto, es necesario que el Rey contraiga lo más pronto posible un segunda matrimonio. Pero el mal está en que no hay por el momento en ninguna Casa católica reinante, una Princesa adecuada para ello. No existe en Sajonia, no en Baviera, no en Bélgica ni en otras naciones. Las unas pecan de maduras, las otras de niñas. Dicen que hay en Viena una Archiduquesa Cristina, hija de la Archiduquesa Isabel y sobrina del ilustre Archiduque Alberto, la cual pudiera convenirnos. Mas sería necesario conocerla y estudiar su carácter antes de decidirse por ella, y la misión que a usted se le confía, consiste precisamente en que vaya como Ministro Plenipotenciario a Viena, y sin decir nada al principio de las miras del Rey, antes bien, asegurando que no pensará en contraer segundas nupcias antes de que termine el año de su luto, estudiar con sagacidad las cualidades y el carácter de la Archiduquesa Cristina. Vea usted hoy mismo a Don Antonio Cánovas, nuestro Presidente, y mañana probablemente será usted recibido por el Rey, después de lo cual se procederá a su nombramiento.»

Pasé de allí a ver a Cánovas en la Presidencia, por cierto que se celebraba Consejo de Ministros, y tuve la rara honra de asistir a él sin serlo. Concluidas las conferencias, quedé sólo con Cánovas, a quien conocía desde hacía muchos años, y tomando él a su vez la palabra, como había hecho Silvela, vino a decirme poco más o menos lo mismo. Añadióme con todo una cosa que ya había yo sospechado. «El Gobierno, me dijo, ha escogido a usted porque teme que, si le confiara tal encargo a un hombre político, éste no tendría la imparcialidad necesaria para juzgar de los méritos de la Archiduquesa. Usted es un diplomático de carrera, que no se halla afiliado a ninguno de nuestros bandos, y eso nos hace esperar que formará sus apreciaciones sin tener en cuenta para nada los intereses particulares de ningún partido. Vaya usted mañana a ver al Rey y en seguida será extendido su nombramiento, si, como no lo dudo, obtiene la aprobación del Monarca.»

Con efecto, al día siguiente tuve la alta honra de ver a Don Alfonso. Recibióme en su gabinete particular, y sentándose y haciéndome sentar, me manifestó en primer lugar que se alegraba mucho de conocerme de nuevo, pues aunque me había visto en el año 75 cuando partí para Constantinopla, no se acordaba bien de mí y celebraba que yo no fuera un viejo adusto, como él temía, sino un hombre todavía de buena edad y capaz de juzgar sobre la delicada materia que debía serme encomendada. Con una emoción mal reprimida, me contó después sus amores con su prima la Infanta Mercedes, a quien daba billetes en Sevilla, a escondidas de sus padres. Ponderóme luego la felicidad que había gozado con ella, y el dolor que había sentido cuando le fue arrebatada por un destino inexorable. «Con todo, añadió, ahora es preciso que piense en un nuevo matrimonio, puesto que así lo exige el bien de mi país. Pocas son hoy día las Princesas disponibles. Entre ellas está la Archiduquesa Cristina de Austria. Vaya usted a ver cómo es. No pretendo que posea una extraordinaria hermosura. Bástame que sea agradable y de noble aspecto. Pero lo que sobre todo deseo es que sea discreta y bien educada. Averigüe usted todo esto y escríbame a mí directamente lo

que vaya observando. El tiempo no urge, pues no he de entablar los tratos formales hasta que acabe el año de luto.»

Informóme después con mucha extensión sobre la Corte de Austria, donde había residido algunos años en el Colegio Teresiano, y sobre varias personas que podrían serme útiles para el objeto que llevaba, y acabó por insinuarme que se alegraría también mucho si yo podía conseguir que el Emperador pensase en el enlace del Príncipe Rodolfo con la Infanta Doña Pilar. «Obtenga usted por lo menos, añadió, que el Príncipe venga a hacer un viaje por España, pues es más que probable que, si conoce a mi hermana, aprecie luego sus bellas prendas.»

Después de esta conferencia con el Rey fui a ofrecer mis respetos, en el mismo Palacio, a su hermana mayor la Infanta Doña Isabel, viuda del Conde de Girgenti, y señora no muy bella, pero dotada de exquisita prudencia, la cual tuvo asimismo la bondad de darme sobre la Corte austríaca muchos informes, que debían serme útiles para mi delicado encargo.

Concluidas todas estas entrevistas, tuve la satisfacción de recibir mi nombramiento de Ministro en Viena y me dispuse a partir. Pero veía entre tanto a mis amigos y comencé a notar que las señoras principalmente, adivinando cuál iba a ser mi misión, mostraban muchas ganas de darme ellas también sus instrucciones. Y con efecto, al cabo tomó la palabra por todas ellas una de las más linajudas, agraciadas y discretas, que fue la Marquesa de Santa Cruz. Su marido ocupaba el alto puesto de Mayordomo Mayor del Rey, y ella misma fue luego la Camarera Mayor de la Reina Doña Cristina. Fui a visitar una noche a aquella virtuosa dama, a quien he profesado toda mi vida una especie de culto, y cuando me levanté para retirarme, tuvo ella la bondad de acompañarme hasta la primera antecámara, y allí, donde ya no podían oírnos ni su marido ni las demás personas que había en la sala, me dijo que adivinaba perfectamente el asunto principal que llevaba a Viena, y que se atrevía a rogarme que por Dios hiciese de manera que Don Alfonso se casara con una Princesa austríaca, pues de lo contrario podría unirse con otra que de lejos o de cerca perteneciese a los Orleanes, lo cual no sería nunca agradable a la nobleza española ni a la generalidad del país, hartos ya del influjo de aquella familia. Respondíle, como era mi deber, que si la Archiduquesa no reunía las condiciones necesarias para hacer la dicha del Rey no se la aconsejaría nunca, porque esto debía pasar antes de todo; pero que tendría presente la recomendación que me hacía y que, en tesis general, a mí también me parecía muy atendible.

Informado, pues, ya de los deseos de todo el mundo, me trasladé a la antigua ciudad de Toledo, que era la única, entre las importantes de España, que me quedaba por visitar. Mas ¡ay! ¿Cómo podré decir en compendio las impresiones que me produjo? Hállase situada en lo alto de un monte, como Praga, Buda, Granada y Edimburgo, y sus calles son estrechas y tortuosas. Fue un día la capital de los godos, y en ella se celebraron diversos Concilios, que contribuyeron mucho a la cultura de España, la cual, en política y leyes, fue entonces superior a las demás naciones formadas por los pueblos del Norte. Por desgracia duró poco esta relativa bienandanza, y los godos dieron a su vez el mismo triste ejemplo y sufrieron las mismas calamidades que los demás bárbaros. Las disputas teológicas y las que causaba la elección de los reyes, fomentaron continuas guerras civiles, y al cabo los mismos émulos del Rey Rodrigo, ansiosos de destruir su poder, abrieron la España a los árabes. En las orillas del Tajo hay aun algunas frondosas alamedas donde la fantasía del viajero busca la sombra de la hermosa Cava, la cual inspiró a aquel liviano Monarca una pasión que fue también muy funesta para su desdichada patria.

Tomada Toledo por los árabes, fue corte de uno de sus Reyes. Recobróla aquel Alfonso, que tuvo cinco mujeres y era en sus costumbres casi más musulmán que cristiano, y la hizo otra vez la capital de su reino. Mas no conservó mucho tiempo esa situación privilegiada. Devolviósela Carlos V y fue por algún tiempo la ciudad imperial, hasta que el segundo Felipe prefirió fijar su corte en el vecino Madrid, pueblo de mejor asiento, aunque muy frío. Hoy día está Toledo en gran decadencia, y sólo se visita a causa de sus monumentos.

De la época goda conserva alguno restos del palacio de Wamba; de la musulmana una sinagoga de estilo árabe, que es hoy la iglesia de Santa María la Blanca; de la reconquista cristiana

una catedral, que es de las más bellas de España; de Carlos V un grandioso palacio; de Padilla el solar de una casa arrasada. Fuera de la ciudad, a orillas del Tajo, existe siempre la fábrica de armas, que producía antes famosas espadas, y conserva aun cierta actividad. Un tal Zuluaga hacía allí toda clase de objetos, de acero adamascado, que son muy originales y lindos.

El edificio más notable de Toledo es sin duda la Catedral, construida, como la de Burgos, en el siglo XIII, a imitación de las que se elevaban por aquella época en Francia y Alemania. No posee la amplitud ni el bello patio de la de Sevilla, ni la riqueza de la de Burgos; pero está mejor situada que esta última, y tiene la particularidad de ofrecer en sus adornos muchos motivos del estilo árabe y morisco. Las capillas del Cardenal Mendoza y del Condestable, las pinturas de Bellini y Juan de Borgoña, y la estatua de San Francisco, esculpida por Alonso Cano, le añaden mucha belleza. Sus ventanas de cristales de colores, dibujadas por Petrus Petri y otros extranjeros, son quizá las más hermosas de España.

El coro es también soberbio. El célebre Berruguete, el maestro Rodrigo, y cierto Felipe de Borgoña, trabajaron sucesivamente en su rica sillería, conforme al gusto del Renacimiento. Lástima es sólo que desdiga del estilo general del templo. Es como si al Cid Campeador se le pusiera un sombrero con plumas. Tiene también el defecto de hallarse en medio de la nave principal, como el de otras Catedrales de España. Pretenden algunos que este sistema ha sido tomado de las antiguas basílicas cristianas; mas no tienen razón. Según puede verse en San Clemente de Roma y otras de esas iglesias primitivas, el coro se halla en ellas delante del altar; pero no separado ni cerrado con paredes que impiden ver la totalidad del edificio. El motivo más probable del uso español en este punto lo he indicado ya en otro capítulo.

El Alcázar, que está harto deteriorado, es, sin embargo, grandioso. Empezólo el famoso Herrera y le terminó Covarrubias, adoptando uno y otro el estilo italiano de su época. Allí se recuerda a Carlos V, como en el Escorial a Felipe II. Pero la memoria del padre es más grata que la del hijo. Fue más valiente y generoso: mostróse menos cruel y fanático. No asistía con delicia a los autos de fe ni insistió en establecer la Inquisición en Nápoles, como Felipe en Flandes. Destinando los Países Bajos al hijo que naciera de Felipe y María Tudor, indicó también que le parecían una carga demasiado pesada para España.

Y simpático asimismo es, en su género, el recuerdo del desdichado Padilla. El español amante de su país, que ve ahora las últimas consecuencias de la derrota de Villalar, no puede menos de sentir que aquel heroico varón fuese vencido, y que España no haya tenido desde entonces un poco más de libertad aun a costa de un poco menos de grandeza, y de una grandeza que ha sido para nosotros tan costosa y tan efímera.

Consérvanse aún en Toledo algunos viejos palacios. de la época imperial, pertenecientes a particulares, y el criado de la posada me llevó a visitar uno de ellos, cuyas salas están adornadas con esos cueros labrados que llaman guadamaciles. Contenían también arcones moriscos, bargueños, gabinetes y otros muebles esculpidos por los discípulos de Prado y Berruguete, los cuales pueden competir en belleza con los que hicieron luego en Francia los italianos Caffieri y Cucci.

Ha sido siempre Toledo un pueblo muy levítico, cuyos Arzobispos solían levantar tropas y dar muy malos ratos a nuestros Reyes. El Embajador veneciano Navagero, que la visitó en el siglo XVI, dice que los dueños de todo eran los clérigos. Esto ha cambiado mucho por efecto de nuestras revoluciones; mas conservan aun mucho influjo. Casi todos son carlistas y hacen que sea allí siempre elegido diputado algún fanático.

El aficionado a buenos dulces debe comer en Toledo sus exquisitos mazapanes. Hácenlos de varias formas; pero los más característicos, son los que figuran un águila imperial, como la que está esculpida en mármol, sobre el portal del antiguo Alcázar.

Después de esto fui a pasar unos días en Cádiz a fin de visitar a mi querida madre y hermanos y despedirme de ellos, y partí luego directamente para Viena, sin detenerme en ninguna otra parte.

C.
Viena, de 1878 a 1885.

Llegada a Viena.—Alegría de su cielo.—La ciudad de los Babenberg.—La ciudad de los Habsburgos.—La Catedral de San Esteban.—Los Capuchinos y el panteón imperial.—San Agustín y el monumento de María Cristina.—La Buig o Palacio imperial.—Otros palacios notables.—Estatuas de Emperadores y Príncipes.—El nuevo Ring o bulevar.—Construcciones de Francisco José.—Iglesia votiva.—Parlamento, Casas consistoriales, Universidad, Museo y Teatros.—Jardines públicos.—El Teseo de Canova.—La ciudad más moderna.—Palacio de Belvedere.—La galería de pinturas.—Cuadros de Rafael, Velázquez y Rubens.—Colección Ambrás.—Galería Liechtenstein.—El famoso Prater.—Sitios imperiales de Schönbrunn y Luxenburgo.

Héteme llegado a la gran Viena. Conocíala ya por haberla visitado cuando volví a Constantinopla, después de la licencia que obtuve en el año 77; de manera que al llegar entonces a ella no recibí nuevas impresiones. Confirmé sólo las primeras, juzgándola una ciudad hermosa, culta y de cielo alegre. Al principio no me fue bien de salud, porque viniendo de Constantinopla, cuyo clima es bastante templado, extrañé la frialdad de aquella nueva residencia. Acostumbréme, con todo, paulatinamente a ella, y acabé por hallarme muy bien. Hay allí la ventaja de que el frío no es húmedo, como en Copenhague y Berlín, sino seco. Lo peor es el viento, que sopla de continuo, y a veces con tanta fuerza, que he visto el caso de que derribase a un cochero de su asiento. Los vieneses, sin embargo, no se quejan de él, y aun pretenden que si no existiera la ciudad sería muy malsana, a causa de los miasmas del Danubio; por cuya razón, me aseguraron que hay siempre en la Catedral una Misa para pedirle a Dios que no cese. El mal está para las personas de pecho delicado y salud endeble.

Antes de engolfarme en otros temas haré, como de costumbre, una rápida descripción de la nueva ciudad en que me encontraba. Aunque casi todas las capitales de Europa se han formado por aumentos progresivos, en pocas es esto tan visible como en Viena, porque quedan aún muchas señales de su secular crecimiento. Existen allí como tres ciudades diferentes. La una es la antigua Viena de los Marqueses de Austria, de la Casa de Babenberg, la cual era bien pequeña. La calle llamada hoy el Mercado del Carbón (*Kohlen Markt*), y la que dicen el *Gralen*, o el foso, están indicando los límites que tenía por un lado; mientras que la plaza llamada *Treyung* o terreno libre, marca los que tenía por el otro. Cerca del *Gralen*, en el sitio donde está hoy el Ministerio de la Guerra, se hallaba el Palacio de los Babenberg, según lo indica una antigua lápida. Todo ello se puede andar en media hora.

Viene enseguida la segunda Viena, la Viena de los Habsburgos, a quienes, después de la extinción de la Casa de Babenberg, fue dada la Marca o Ducado de Austria, destinada a defender el Imperio por aquella parte; y ésta se extendía desde la ciudad más antigua al sitio que ahora es el Ring o bulevar, y antes era una serie de bastiones que la defendían.

La tercera Viena, o sea la más moderna, se dilata desde el Ring hasta el final de sus numerosos arrabales.

Visitando una tras otra estas tres ciudades, hallaremos que la primera no encierra casi construcción alguna notable. Por el contrario, la segunda ofrece varias, de las cuales la principal es la Catedral de San Esteban, empezada en el siglo XII y terminada en el XV. La antigua fachada, con sus dos pequeñas torres, es de estilo románico y bastante mezquina; pero las ventanas laterales y la torre que se levanta cerca del ábside, son más modernas y ostentan el estilo gótico más bello y más florido. La piedra está allí labrada como marfil, y puede decirse sin hipérbole que forma una bella masa de agujas y flores. Domina aquella torre la ciudad, como la Giralda a Sevilla, como el campanario de Giotto a Florencia. La vista que desde ella se disfruta es magnífica.

El interior de San Esteban es también gótico y hace una impresión muy agradable. Con todo, está bastante afeado por una multitud de construcciones modernas. El coro ocupa demasiado sitio.

Los pilares de la nave principal están casi ocultos por altares, muy devotos sin duda, pero cuyo estilo no tiene nada que ver con el general de la fábrica. Fáltale, pues, lo que llama Ruskin la *Lámpara de la unidad y de la armonía*, y es de sentir que no haya gusto ni valor para hacer en aquella Catedral lo que ha sido hecho, por ejemplo, en la de Orvieto y en Santa Trinitá, de Florencia; es decir, quitarle todas las adiciones modernas y dejarla reducida a la pureza de su primer diseño. Mas así y todo, es San Esteban uno de los más hermosos templos góticos del centro de Europa, y basta para darle a Viena un carácter noble y antiguo.

El sitio en que está edificado San Esteban se encontraba antiguamente fuera de la ciudad primitiva y se hallaba plantado de árboles, lo mismo que el *Gralen*, o foso cercano. Hoy día no queda más que un tronco, el cual ofrece la singularidad de estar completamente cubierto de clavos, a causa de una añeja superstición, según la cual cada aprendiz de cerrajero que llegaba a Viena, acostumbraba clavar allí uno, con la idea de clavar también la rueda de su fortuna. Llámanle el *Stock in Eisen*, o sea el Tronco de hierro, y hay sobre él la curiosa leyenda de una hada benéfica, que se enamoró de cierto aprendiz y le ayudó a hacer prodigios en su arte.

Las demás iglesias de Viena no corresponden a tan insigne metropolitana. Todas ellas son de poco mérito artístico y han sido reconstruidas o adornadas en la época en que dominaba el estilo fomentado por los Padres Jesuitas, que consistía en multiplicar los dorados y los mármoles,, prefiriendo la riqueza al buen gusto.

La iglesia de los Capuchinos es célebre porque su cripta sirve de panteón a los Soberanos y Archiduques de Austria desde el tiempo del Emperador Matías, en el siglo XVII. Pero lo más particular es que sus ataúdes no están enterrados, sino simplemente colocados en el suelo, como si fuesen baúles o cajas de piano. Algunos son de madera esculpida, otros de latón o bronce dorado, en forma de sarcófago. Allí está el desdichado Duque de Reichstadt; allí está el todavía más desdichado Maximiliano, sobre cuyo ataúd puse una vez una magnífica corona de metal cincelado, por encargo de varios caballeros mexicanos.

San Agustín, que es como la parroquia del Palacio imperial, contiene el bello sepulcro de la Archiduquesa María Cristina, hija de la Emperatriz María Teresa, esculpido por Canova, en el cual es muy notable la figura de La Caridad, que sostiene a un anciano y lleva de la mano a un niño. El Duque de Sajonia, Teschem, viudo de la Archiduquesa, lo mandó construir a sus expensas.

Aquella iglesia es famosa por la bella música vocal e instrumental que en ella se ejecuta durante la misa mayor en las fiestas y domingos. El concurso es muy grande y no todo de devotos, sino también de personas mundanas, inclusas las actrices y las bailarinas de la Ópera; de modo que tiene aquello más de concierto que de misa.

San Pedro, en el *Graben*, los Jesuitas y los Minoritas son, asimismo, iglesias muy concurridas. Pero la más de moda y adonde van los domingos a oír la misa de doce las damas más elegantes es la de San Miguel, cercana al Palacio.

Por lo demás, todas ellas están bastante concurridas los domingos; mas no tanto los días de trabajo, entre otras razones, porque no las calientan. Cuentan demasiado con el fervor de los fieles, y éste no basta. Ni cuidan tampoco de su policía interior. San Esteban, por ejemplo, sirve como de calle a los que quieren pasar de un extremo a otro de su recinto, y el frío es allí por eso tan grande, durante el invierno, que se hiela en sus pilas el agua bendita.

El edificio más importante, que se encuentra en la segunda Viena, después de las iglesias, es la Hofburg o Palacio imperial. Consiste en un caserón inmenso y destartalado, sin estilo de ningún género y compuesto de construcciones de diversas épocas, las cuales se extienden a derecha e izquierda de las habitaciones del Emperador. En su patio principal vense esculpidas las armas de los Habsburgos, cuyo aspecto es muy vetusto. Su interior es más bello que su exterior, y la sala de baile, pintada de blanco y oro, y sostenida por columnas, es muy hermosa. Los muebles, cuadros y tapices corresponden, asimismo, a la idea que uno se forma del Palacio de un gran Monarca. Posee también una linda capilla, a la cual tiene acceso libre el Cuerpo diplomático, y puede oír cuando quiere la bella música que en ella se ejecuta en todas las fiestas del año.

Forman parte y son como anejos de este gran Palacio la Biblioteca imperial, que es una de las más importantes de Europa; el Museo de Historia natural, muy bien clasificado y completo; el teatro de prosa, llamado de la Burg, y el famoso Tesoro. En este último se guardan las joyas de la Casa de Austria. Coronas deslumbradoras, ríos de brillantes, collares de gruesas perlas, montones de rubíes y esmeraldas, que brillan y centellean, como en los cuentos árabes, y son una fiesta para los ojos del bello sexo. Hay, además, objetos preciosos de cristal y marfil, relojes antiguos, autómatas, como los que inventó Vaucanson, camafeos, joyas de todos géneros, entre las cuales se distingue un famoso salero de Benvenuto Cellini, adornado con una pequeña, pero bellísima estatua de Anfitrite.

Hay también en la antigua Viena varios Palacios de grandes magnates, que tienen noble apariencia. La calle llamada de los Señores (*Herrengasse*) está casi toda compuesta de ellos, como la Vía Nuova de Génova. Pertenecen a los Liechtenstein, Trauttmansdorf, Kinski, Harrach y otros Príncipes y Condes. Por desgracia, la mayor parte han sido edificados o restaurados en el siglo XVII, por lo cual son del estilo barroco de aquella época, abundando en ellos las cariátides y los adornos de guirnaldas y conchas. Son notables, asimismo, en otros sitios de la ciudad el Palacio de Schwarzenberg, el de Lobkowitz, donde reside de antiguo la Embajada de Francia, y el de Paar, que aloja a la de Rusia. En este último hay muy hermosos salones del estilo Pompadour, ejecutados por obreros franceses, hechos venir expresamente de París en tiempo de la gran amistad del Gabinete austríaco con Luis XV y su linda favorita. Los Condes de Harrach, Schönborn y Czernin poseen galerías en que abundan los buenos cuadros de las escuelas flamenca y holandesa. Un *Nuestro Señor crucificado*, de Murillo, en la de Czernin, es su joya más preciada y creo sea el único que se conoce de nuestro famoso pintor.

En varios lugares de aquella ciudad hay estatuas ecuestres de bronce de personajes notables, algunas de las cuales no carecen de mérito. La del Príncipe Eugenio de Saboya, temido de franceses y turcos, es de mucho efecto, como también la del noble Archiduque Carlos, vencedor en Aspern, aunque vencido más tarde en Wagram. Ambas son del escultor Fernkorn. La del gran reformador José II, de Zauner, es elegante, y el monumento de Francisco I, del milanés Marchesi, en el patio principal de la Burg, es digno de aquel bondadoso Soberano, que supo luchar con tanta dignidad contra la adversa fortuna durante la tiranía de Bonaparte, y mereció ser apellidado el Padre de la Patria.

Algunas esculturas del género religioso o alegórico que se ven en varios lugares de la vieja Viena, son de bastante mal gusto. Por el contrario, la fuente de la plaza del Nuevo Mercado (*Neuer Markt*) es una bella obra del escultor Donner. Las cuatro estatuas, que representan los ríos principales del Austria, son de muy buen estilo.

Hemos concluido de describir la antigua ciudad, llegando ya a lo que era antes sus fortificaciones y se ha convertido ahora en un bulevar espacioso, adornado de árboles, al cual llaman Ring o anillo, porque rodea y ciñe toda aquella parte. El Emperador Francisco José, que ama con pasión la arquitectura, ha emulado a Justiniano y a Luis XIV, haciendo construir a derecha e izquierda de ese bulevar una multitud de edificios de todas clases, con la notable diferencia que no los ha hecho con el dinero del público, como aquellos Soberanos, sino con el producto de los terrenos ocupados antes por los bastiones, que pertenecía a la Corona. Circunstancia que aumenta el mérito del Emperador, cuya memoria harán imperecedera estos nobles rasgos de generosidad y buen gusto.

Forman estos edificios un conjunto admirable; pero constituyen también una prueba más de que el siglo XIX, ecléctico por excelencia, no ha tenido un estilo propio, como lo tuvieron otros siglos, limitándose a copiar lo que han hecho los anteriores. Es esto tan verdad, que la Ring Strasse de Viena pudiera servir de un Museo de Arquitectura, que no falta más que un edificio árabe para que contenga todos los estilos conocidos. Comenzando por uno de sus extremos, hallaremos el grandioso Arsenal militar, diseñado por el arquitecto Müller, que es de estilo románico. Viene después la linda iglesia llamada votiva, porque ha sido edificada en virtud de un voto hecho cuando Francisco José fue objeto de un atentado en el año 1853, la cual, fabricada por Terstle, es de un

estilo gótico florido. Las Casas consistoriales son también góticas, aunque de un gusto más antiguo. Más adelante el dinamarqués Hansen, que estudió y residió mucho en Atenas, ha hecho con un estilo griego puro el Palacio del Parlamento, mientras que la nueva Universidad y el Palacio de Justicia, que están a su lado, son del Renacimiento. El Teatro de la Ópera, de Siccardsburg, y el de la Comedia, de Hasenhauer, son del género italiano, y del Renacimiento o italianos son asimismo el nuevo Museo de Pintura, el Industrial y la Academia de Bellas Artes.

Adornan también el Ring los lindos palacios de los Archiduques Víctor y Guillermo, el del banquero Todesko y muchas hermosas casas, hoteles y tiendas de lujo, que compiten con las de los bulevares de París. Delante de la Academia de Bellas Artes hay una bella estatua del popular y simpático poeta Schiller, y en una plaza central se alza la del enérgico general Schwarzenberg, cuya entrada triunfal en París, en el año 1814, puso fin a las guerras de aquella época.

Las nuevas construcciones del Ring han respetado y aun mejorado dos paseos internos de Viena, que son muy lindos. El uno es el llamado Parque de la ciudad (*Stad Park*), que es muy agradable en todas estaciones y contiene frondosas alamedas, en una de las cuales han colocado un busto de Schubert, que fue, después de Mozart, el compositor vienes más apreciado de sus contemporáneos. El otro es el Jardín del pueblo (*Volks garten*), donde durante las noches del verano toca la orquesta del célebre Strauss, otro favorito de los vieneses. En el centro de este jardín hay un templete griego, que encierra el *Teseo* de Canova, obra enérgica y bella, que bastaría por sí sola para asegurar la fama de este escultor.

Enfrente de la Burg, casi en mitad del Ring, han erigido después de mi salida de aquella capital, un grandioso monumento a la célebre Emperatriz María Teresa, que es siempre el ídolo de los austríacos. Ha sido obra de Zumbusch, discípulo brillante del bávaro Schwanthaler, y me dicen que en él ha imitado el monumento de Federico II, que posee Berlín. Dudo, sin embargo, que haya podido igualarlo, porque su autor Rauch, tenía no sólo talento, sino genio, y puede ser considerado, a mi parecer, como el primer escultor de Alemania en este siglo.

Pero pasemos ya el Ring y veamos la tercera ciudad, que se extiende desde allí hasta los últimos arrabales. No todo es nuevo en ella; pero a lo antiguo se ha unido lo moderno, formando un conjunto notable. Allí está el Palacio dicho Floridiana, habitación del Archiduque Carlos Luis, el que ocupan los Archiduques Raniero, los de Schwarzenberg, Metternich, Nassao y Rotschild, y las Embajadas recientemente construidas por Inglaterra y Alemania. Allí está el Palacio del Belvedere, residencia un día del Príncipe Eugenio de Saboya, y que servía de Museo hasta que fue construido el nuevo del Ring. Allí está el que sirve para la colección de antigüedades, llamada de Ambrás; y por último, en uno de los arrabales se alza un antiguo palacio del Príncipe Liechtenstein, cuya galería de cuadros es comparable con las que tienen en Roma los Príncipes Doria y Borghese.

Y aunque sea muy de prisa, daré aquí alguna idea de las riquezas artísticas contenidas en estas diversas colecciones. La galería nacional o imperial, que ahora está, como digo, en el nuevo Museo del Ring, y antes se hallaba en el Belvedere, es tan rica de preciosos cuadros que se considera la tercera de Europa central, inferior sólo a las de Dresde y Munich. Limitándome a enumerar sus pinturas más notables, diré que del divino Rafael hay una *Santa Margarita*, un *Reposo en Egipto* y una *Virgen con Jesús y San Juan*, llamada del *Verde*, por el paisaje que la hermosea. La creo comparable con la del *Jilguero* y con la *Jardinera*.

Del maestro de Rafael, Perugino, hay una hermosa *Virgen gloriosa*. Tiziano ostenta el carmín de su pincel en un magnífico *Ecce-Homo*, una *Lucrecia*, una *Mujer adúltera* y el retrato de su bella amiga, que ha repetido tantas veces. Una *Adoración de los magos*, del Veronés, es rica de tonos plateados y de detalles pintorescos. Moretto de Brescia, pintor poco conocido fuera de Italia, tiene allí una obra maestra en una *Santa Justina*, a cuyos pies hinca la rodilla uno de sus devotos. Es este un gallardo caballero veneciano y ella el retrato de una dama cualquiera, su mujer o quizás su querida, según la costumbre de aquel tiempo. Pero si el cuadro no inspira devoción, admira en cambio la hermosura de los personajes y la brillantez del colorido. Son asimismo obras maestras

dos lienzos del Correggio, que representan, el uno el *Rapto de Ganimedes*, y el otro la ninfa *Io abrazada por Júpiter transformado en Nube*.

De la escuela española existen allí dos excelentes Velázquez, la *Infanta Margarita* y el retrato del autor rodeado de su mujer, la hija de Pacheco, y de todos sus hijos. En color, perspectiva e ilusión puede ser comparado este cuadro con el famoso de las *Meninas*.

De Rubens, del fecundo Rubens, hay una multitud, de grandes lienzos; pero el más bello de todos y comparable en brillantez y vigor al *Descendimiento* de Amberes, es un *San Ildefonso*, que recibe la casulla de manos de la Virgen. Forma un gran tríptico, en cuyos lados están los retratos del Archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos, y de su esposa la Infanta Clara Eugenia, hija de Felipe II. No hay en aquella pintura cosa alguna que no merezca alabanza. Es forzoso rendirse a tanta excelencia.

Del discípulo de Rubens, Van Dyck, hay un patético *Cristo crucificado* y un retrato de *Carlos I de Inglaterra*, repetición de otros del mismo autor. De Rembrandt el de una vieja, que dicen su madre, y que habla con ser pintada.

Vienen luego la *Trinidad*, gran lienzo de Durero; el retrato de *Carlos el Temerario*, de Holbein; un *Médico*, de Dow, que es obra admirable, países de Ruysdael y Hoblema, muchos Teniers, Breughel y otros flamencos.

La colección de objetos antiguos y curiosos, llamada de Ambrás, fue formada en el siglo XVI por el Archiduque Fernando de Tirol y colocada en un castillo de aquel nombre, de donde se trajo más tarde a Viena. Encierra antigüedades egipcias y romanas, y también, como la Bóveda verde de Dresde, marfiles de Italia y Alemania, cristales de Murano y Bohemia, esmaltes de Limoges, joyas y piedras preciosas.

En el lugar de la moderna Viena, edificaron los romanos una ciudad, a que dieron el nombre de Vindobona, y no lejos de ella tenía una quinta el célebre Emperador Marco Aurelio, donde vivió y compuso el libro de sus *Pensamientos*, que es una bella exposición de la filosofía moral de los estoicos. Pero las excavaciones allí practicadas no han dado grandes resultados. Procedentes de ellas hay sólo en la colección de Ambrás una bella estatua de basalto, un Germánico de bronce, una sacerdotisa de Isis, de mármol negro, y varios bustos de Emperadores.

En punto a armaduras son las más notables las de Fernando II, Alejandro Farnesio y el Marqués de Pescara, la última de las cuales hace perder muchas ilusiones, porque demuestra que el marido de Victoria Colonna y el vencedor en tantas batallas, era un hombre pequeño y regordete.

La galería Liechtenstein es, como ya he dicho, comparable con las de Doria y Borghese de Roma, y contiene casi tantos cuadros como la Imperial. No comprende, sin embargo, todas las escuelas, y está compuesta principalmente de las de Flandes y Holanda, donde un individuo de aquella familia, que la fundó, fue por mucho tiempo Embajador. Citaré lo que más recuerdo. En primer lugar, la *Historia del Cónsul romano Decio*, contenida en seis grandes telas, es una obra maestra de Rubens, que la trató de una manera pintoresca y, por decirlo así, a la Shakespeare. En segundo, el retrato de la joven Princesa de la Tour y Taxis, hecho por Van Dyck, que es quizá el mejor de este pintor de una persona del bello sexo, y otro de un gallardo guerrero, en el cual quieren ver algunos al famoso Wallenstein, aunque no se parece a otros de él más auténticos. Van der Helst tiene también allí un caballero, apoyado en su espada, que llama mucho la atención por su verdad y belleza. Por último, del gran Rembrandt, su propio retrato, con la gorra de terciopelo de costumbre, a la cual ha añadido una pluma muy airosa.

Llaman también la atención de los forasteros, aunque por otros conceptos, las caballerizas del Emperador, que contienen más de doscientos caballos de varias razas, inclusa la española, y una colección de coches modernos y carrozas antiguas de gala, entre las cuales hay algunas adornadas con pinturas que parecen de Rubens, o por lo menos de sus discípulos.

Para completar la descripción de Viena, queda por mencionar el famoso Prater, que es el sitio a donde acuden de preferencia toda clase de personas para buscar un agradable esparcimiento. Pretenden algunos que fue hecho a imitación del Prado de Madrid, cuando todo lo español estaba

allí de moda. Mas en ese caso la copia se ha aventajado al original, porque es cinco veces mayor que el nuestro. Hállase dividido en dos partes; la una plantada de grandes árboles, sirve para que paseen a pie, a caballo o en coche las personas más elegantes. La otra, abundante de verdes praderas, es como el jardín del pueblo y está llena de cafés y salas para bailes y conciertos. Llámanle Wurstelprater, ya sea por la cantidad de salchichas (*wurst*) que allí se consumen, o por los teatrillos del pulchinela (*Hanwurst*), que antes había en su recinto. En el centro de aquel paseo tuvo lugar la gran Exposición de 1872 y de ella queda todavía un edificio cerrado, dicho la Rotonda, que sirve para exposiciones particulares y espectáculos de toda especie; y en la parte más cercana al Danubio tienen lugar durante la primavera las carreras de caballos, a que son también muy aficionados los vieneses.

A poca distancia de Viena se encuentra el Sitio imperial de Schönbrunn, nombre que significa Bella Fuente y le fue dado por una que existe en sus jardines, cuya agua es muy hermosa. Equivale a Fontainebleau o Fontaine Belle Eau de Francia. Empezólo el Emperador Matías en el siglo XVII y lo terminó María Teresa en el XVIII. Su exterior no tiene mucho mérito, pero en su interior hay salones muy elegantes del estilo de Luis XV. El comedor y la galería contigua son piezas muy alegres y muy bellas. Los jardines, de estilo Le Nôtre, con arrayanes y bojes recortados, son espaciosos y amenos. La Casa de fieras y los invernáculos para plantas tropicales llaman mucho la atención. El pueblo de Viena va con placer a aquel sitio, y los extranjeros visitan con interés las habitaciones que ocupó Napoleón cuando abusó de sus victorias, imponiéndole al Austria el tratado llamado precisamente de Schönbrunn, en el año 1809. Todos hallan notable que allí muriese después el joven Duque de Reichstadt, arrebatado en edad temprana por una tisis pulmonar, que le produjo su débil constitución y la vida alegre de Viena. Y pocos hay que no vean en eso un ejemplo patente de los juicios de Dios, que privó de la vida al hijo en la misma alcoba en que había dormido el padre en los días de su orgulloso triunfo.

Algo más lejos de Viena, en una comarca muy risueña, está el Sitio de Laxenburgo, bello también, aunque sencillo, en cuyo extenso parque han imitado un castillo feudal del Tirol, que encierra cuadros, estatuas, armaduras y muebles de aquellos tiempos antiguos.

CI.
Viena, de 1878 a 1885.

Voy a Buda para entregar mis Credenciales.—Soy recibido allí por el Emperador.—Noble aspecto de Francisco José.—Sus grandes cualidades.—Su bondad y sencillez.—Su constancia en las adversidades.—Exactitud con que cumple sus deberes.—De regreso a Viena soy recibido por los Archiduques.—Amabilidad de Carlos Luis.—Belleza de María Teresa.—Luis Víctor, ocioso y elegante.—Alberto, gloria del Austria.—Grande ilustración de Raniero y María.—Bondad de los Toscanos.—Originalidad de Juan Salvador.—Más tarde fui presentado a la Emperatriz.—Hermosura que conservaba.—Rarezas de su carácter.—Su hijo Rodolfo tiene también las suyas.—Varios Príncipes extranjeros, Cumberland, Kassao y Brunsvick.

Apenas llegado a Viena, solicité audiencia del Emperador para entregarle mis Cartas Credenciales; pero me fue respondido que Su Majestad Imperial se hallaba en Budapest, y que por consiguiente, debía trasladarme a aquella capital, si no quería aguardar su regreso. Y como éste no era probable por algún tiempo, tuve que verificar lo que me indicaban, emprendiendo sin demora mi viaje. Hácese éste en una noche, que pasé durmiendo sabrosamente, sin más interrupción que una en la estación de Presburgo, porque cierta orquesta de gitanos acostumbra saludar allí a los viajeros con su música, a fin de sacarles algunos cuartos. Son estos gitanos de la misma raza que los de España, y tienen fama merecida de buenos instrumentistas. Y no les llaman allí bohemios como en Francia, donde los suponen venidos de Bohemia, sino *zigauner* o ziganos, cuyo vocablo deriva, al

parecer, como el de gitano, de la palabra egipciano, porque los creen originarios del Egipto, aunque lo más probable es que vengan de la India.

Parecióme Budapest un pueblo o más bien dos pueblos grandes, pero entonces poco bellos. El uno, más moderno, se extiende por el llano a la izquierda del Danubio, y es el llamado Pest; el otro, más antiguo, está sobre una colina, a la derecha de aquel río, y tiene el nombre de Buda. Allí se halla el antiguo Palacio real, que es pequeño y de escaso mérito artístico, y a poca distancia se divisa un pueblecito, que es en todo igual a las aldeas de Turquía, y parece que está recordando que los turcos ocuparon aquella ciudad por bastantes años, hasta que el Austria los obligó a retirarse.

Estaba, entonces, Pesth, llena de albañiles y carpinteros, que trabajaban con mucho afán en agrandarla con nuevas calles, de las cuales la principal debía llevar el nombre de Avenida de Andrassy. Semejaba aquello a Salento en tiempo de Idomeneo o a Cartago en el de la Reina Dido. Siete años después, cuando volví allí para asistir a la apertura de la Exposición de 1884, la hallé convertida en una ciudad de primer orden. Por cierto que no le costó poco trabajo al famoso Tisza, que era entonces Presidente del Ministerio húngaro, conseguir que los Diputados aprobaran la cuentecita de varios millones que les presentó con este motivo, porque el cuarto de hora de Rabelais no es grato para ningún deudor.

Obtenida luego mi audiencia, fui recibido por el Emperador en su Palacio de Buda, y tuve la alta honra de entregarle mis Cartas Credenciales y también la de comer aquel mismo día a su mesa. Hízome Su Majestad la más amable acogida, y me causó la impresión más agradable, porque, si bien vestía un simple uniforme, como cualquiera otro General, y no tenía manto ni corona, ni cetro ni globo, como los antiguos Emperadores, bastaba para darle prestigio la nobleza de su persona. Conservaba todavía en aquella época muy buen talle y un aspecto muy militar. Parecióme que sus ojos eran bondadosos, lo mismo que su sonrisa. Hablaba poco y con cierto estremecimiento de la cabeza, que es peculiar de su Augusta familia, y cuando se movía o cambiaba de posición, chocaba un talón con otro, produciendo un sonido muy marcial.

El único defecto de su fisonomía era la boca, cuya forma bastante grande es también una peculiaridad de los Habsburgos, que se perpetúa a pesar del transcurso de los siglos y de los matrimonios que han contraído con otras familias Reales de Europa. Es en ellos un rasgo permanente y característico, como la nariz larga de los Borbones, los ojos saltones de los Wasas, y la obesidad de los Braganzas y Brunsvick. Y según algunos historiadores, viene nada menos que de una cierta Margarita del Tirol, que se casó en el siglo XIV con un Habsburgo, la cual adolecía de ese defecto, a tal punto que fue apellidada *Maultasch* o Boca Ancha. Sin embargo, en Francisco José era esta falta menos visible, porque la ocultaba mucho con el bigote.

En cuanto a su carácter moral, supe bien pronto que era más notable aun que su físico. Lo primero que resplandecía en él era su bondad. Puédense formar juicios diversos sobre su conducta política; pero todos convienen en que tiene el corazón más humano y generoso del mundo. No se cita ningún acto suyo que ni aun de lejos tenga apariencias de crueldad o tiranía. Socorrer, ayudar, perdonar o cerrar los ojos sobre las faltas ajenas, son las acciones más frecuentes de su vida. Y aunque sabe sostener siempre la dignidad de su persona, puede ser clasificado, esto no obstante, de sencillo y aun modesto. Quejábase una vez el Príncipe Rodolfo a su madre, la Emperatriz, de que el Emperador le trataba con altivez, y ella le interrumpió, exclamando: «No digas eso, hijo mío, porque más pecados de orgullo cometes tú en un solo día, que tu padre en un año».

Pero lo más admirable en el carácter del Emperador es la entereza con que ha soportado los ultrajes de la fortuna. Esta ciega y caprichosa deidad le ha perseguido cruelmente desde su primera juventud; le ha hecho perder batallas decisivas; le ha arrebatado reinos y provincias; le ha expulsado de la Alemania, y le ha colmado de amarguras en el seno mismo de su familia; mas no ha podido nunca abatirle ni hacer que se queje o murmure. Rara constancia en un Soberano dotado de tan bellas prendas, y que merecía tener mejor suerte.

Porque hay en el día pocos Monarcas que cumplan con mayor conciencia que él los deberes de su elevado cargo. Conforme a las costumbres militares de las Casas imperiales de Rusia, Austria

y Prusia, viste siempre de uniforme y a veces no se lo quita ni aun para dormir cuando viaja en camino de hierro. Es siempre el jefe militar de su país, y el primer General del Austria. Lee largos informes de sus Generales, asiste a las maniobras, y va a revistar sus tropas a lejanas provincias, aunque tenga que exponerse para ello a grandes incomodidades. Y no contento con esto, estudia por sí mismo los negocios más importantes de su vasto Imperio. La mayor parte de los otros Soberanos se contentan con que sus Ministros les den cuenta sucinta de los asuntos públicos, aderezando sus relatos de la manera que más conviene a sus fines. Francisco José lee por sí mismo todos los principales despachos de sus Diplomáticos y de los Gobernadores de las provincias. Tiene también la curiosidad de leer los periódicos más acreditados del Austria y del extranjero, para lo cual se los envían de la Sección especial de la prensa del Ministerio de Negocios Extranjeros, señalándole lo más interesante con lápiz rojo. Durante la comida, en la cual tuve el honor de estar sentado a su derecha, se dignó hablarme de los sucesos de Turquía, y advertí con sorpresa que los conocía con tal exactitud que se veía claramente la atenta lectura que había hecho de los despachos de sus Embajadores.

Es también gran madrugador, y a las ocho de la mañana está ya pronto para trabajar y recibir. Generalmente la primera persona a quien veía era al Conde de Urbna, administrador de su patrimonio particular, con el cual conversaba un breve rato. Leía después toda clase de informes, y por último, recibía separadamente a sus Ministros. Como la Emperatriz se hallaba casi siempre ausente, puede decirse que lo más del año carecía de la vida de familia, por lo cual un viejo empleado de Palacio me dijo una vez que el Emperador era el hombre más solo y desgraciado de todo su Imperio.

En su juventud gustó mucho del baile; después, su distracción principal ha sido la caza, que ama con pasión como todos los de su estirpe, y debía añadir, como todos los austríacos, pues no he visto país en que haya más afición a ese ejercicio. El teatro también le agrada bastante, aunque no tanto que no lo sacrifique a sus deberes. Por lo común en aquélla época, se retiraba de la Ópera o de la Burg poco después de las nueve, a fin de leer periódicos y papeles antes de retirarse a dormir. Los domingos solía haber comida de familia en Palacio, a la cual asistían casi todos los Archiduques y Archiduquesas presentes en Viena, y decían que gozaba mucho en estas reuniones íntimas. Es, pues, ejemplar como Soberano, y todos convienen en que lo es también como padre y como jefe de la familia imperial.

Debería ocuparme ahora de su conducta política y de sus costumbres. Mas de lo primero trataré en un capítulo separado, y sobre lo segundo diré que le creo bastante irreprensible.

Ciertamente no ofrece en este punto un tipo tan perfecto como el Rey Cristian IX de Dinamarca, o el Príncipe Alberto de Inglaterra, pero ha sido siempre más correcto que otros muchos soberanos de su tiempo. El vulgo pretende que en su juventud no fue siempre un esposo muy fiel, mas en todo caso no tuvo nunca amores escandalosos como Alejandro II de Rusia o Leopoldo de Bélgica. Habrán sido los suyos tan cortos que no ha quedado de ellos dato alguno positivo.

Últimamente se ha dicho que estaba muy prendado de una bella comediante del Teatro de la Burg, llamada Schratt, mujer separada de un caballero húngaro. Pero las damas vienesas, que no admiten que su Emperador tenga defectos, sostienen que no se trata más que de una inclinación platónica, y aducen como prueba de ello el hecho bastante singular de que la misma Emperatriz, cuando estaba en Ischl durante un verano, fue un día a visitar a aquella actriz, haciendo ver así que por su parte consideraba inocente la amistad que le manifestaba su Augusto esposo, o que reconocía por lo menos que viviendo éste casi siempre muy aislado, era natural que buscase alguna distracción al lado de una mujer, la cual, sobre ser hermosa, es también amable y discreta.

Hecha mi presentación al Emperador y mis visitas oficiales a los Ministros húngaros, y también al Conde Andrassy, que se hallaba entonces en Pest para asistir a las Delegaciones, regresé inmediatamente a Viena y comencé a solicitar y obtener audiencias de los señores Archiduques. Son éstos 66, porque la Emperatriz María Teresa tuvo una multitud de hijos, de los cuales proceden; pero hablaré solamente de los principales, que residían entonces en Viena.

El Archiduque Carlos Luis, hermano segundo del Emperador, era alto y de buena presencia, como aquél, sin más defecto también que la famosa boca grande, heredada de Margarita de Tirol. Hablaba con más facilidad que su hermano y era más franco y afable. Había tenido tres esposas y todas ellas muy guapas, especialmente la última, María Teresa de Braganza, hija del famoso D. Miguel de Portugal. Es difícil ver una Princesa más hermosa. Lo reunía todo, y no había tacha que ponerle. Podíale convenir cualquiera de las pinturas de perfección femenina hechas por los grandes poetas, con tal que le diesen cabellos y ojos negros, y una dulzura que enamoraba a cuantos tenían la dicha de verla. Añádase que era modesta, virtuosa e inteligente. Parece imposible que fuese hija de un padre de tan poco mérito, y sin duda la sangre alemana de su madre había prevalecido en la formación de su carácter.

Tenía el Archiduque Carlos varios hijos de sus tres matrimonios, de cuya educación se ocupaba mucho. Hánle tachado de reaccionario, pero en las diversas ocasiones que me habló, le oí siempre hacer alarde de ideas ilustradas. Lo que sí tenía era un carácter más entero y enérgico que el Emperador, por cuyo motivo se comprende que cuando murió el Archiduque Rodolfo el partido liberal hiciese todo lo posible para denigrarle, a fin de impedir que subiese al trono si fallecía su Augusto hermano, y no ocultó su alegría cuando murió en edad relativamente temprana.

Luis Víctor es el hermano menor, y vale indudablemente mucho menos que los dos mayores. Jamás le han confiado cargo alguno del Imperio. Es un Príncipe soltero, ocioso, elegante y de buena presencia, aunque algo afeminado, cuya única ocupación es vestir uniformes muy bien hechos, frecuentar el teatro y los salones y hacer la corte a las damas. Y aun en esto mismo es de tal| condición, que nunca se oye decir que tenga una verdadera pasión o tenga relaciones amorosas con alguna. Limitábase a bailar con ellas, decirles flores y convidarles a unos bailes muy escogidos y elegantes que daba en su lindo palacio. Pasaba por tener opiniones reaccionarias, como Carlos Luis, y con más motivo, a lo que pienso, y mostraba a veces caprichos originales, como, por ejemplo, cuando convidaba a las condesitas jóvenes sin convidar a sus madres, para que el número de damas maduras no fuera muy grande. En otro país no hubieran aceptado, pero allí se respeta tanto a los Archiduques que no se atrevían a rehusar, y confiaban varias jóvenes solteras a una sola de las madres privilegiadas.

El venerable Archiduque Alberto, primo del Emperador e hijo del famoso Archiduque Carlos, formaba el mayor contraste posible con el adamado Luis Víctor. Es difícil hallar un Príncipe de más mérito como militar y al mismo tiempo más natural y afable. La victoria de Custozza le daba una aureola de gloria que realzaban su rara modestia y sus correctas costumbres. Era con razón la gloria de su país, y tengo por una grande dicha el haberle conocido. Tenía el cargo de Inspector general de los ejércitos austríacos; mas, por desgracia, no podía ya ocuparse mucho, porque le iba faltando la vista de tal modo, que necesitaba que su Mayordomo mayor, el Barón Piret, le avisase cuando alguna persona conocida estaba cerca y quería hablarle. Merecíle muchas atenciones y me manifestaba siempre el mayor interés por la felicidad del Rey y de la España.

Siendo ya anciano y viudo, tenía por familia propia la de su cuñada la Archiduquesa Isabel, y habitaban el mismo Palacio. Era dueño de grandes riquezas, que había heredado de su pariente el Duque de Sajonia Teschen, y poseía una rica librería y una colección de grabados, llamada de su nombre la Albertina, que era muy admirada de los inteligentes.

Hermano de Alberto era Guillermo, muerto no hace muchos años de una caída de caballo, a pesar de que montaba como un centauro. Era bastante más joven que aquél y se distinguía por un carácter vivo, franco y simpático. Instruido y laborioso, tenía a su cargo la Dirección de la Artillería, en cuyo ramo le decían muy competente. Habíale concedido también el Emperador el cargo de Gran Maestro de la Orden Teutónica, lo cual le procuraba una renta muy pingüe. Es verdad que tiene el inconveniente de que los caballeros que la profesan no pueden casarse y hacen voto de castidad; mas no creo que el Archiduque Guillermo tomase esto muy al pie de la letra, porque, según de público se murmuraba, tenía siempre intrigas amorosas con cómicas y mujeres amables. Admiraba

mucho a una actriz del teatro de Operetas de la Wien, llamada Finali, que cantaba con bastante gracia *La Mascotte*, y sin duda por eso le había dado este nombre a su yegua inglesa favorita.

El Archiduque Raniero y su esposa la Archiduquesa María se distinguían entre los demás por sus sentimientos liberales y su grande ilustración. Es él hijo de aquel Archiduque del mismo nombre, que gobernó con tanta prudencia la Lombardía antes de los sucesos del año 1848, y cuya hija, la bella y virtuosa Archiduquesa Adelaida, casó con el famoso Víctor Manuel, entonces Príncipe real de Cerdeña. Instruido y conciliador, como su padre, el joven Raniero fue Presidente del Ministerio a raíz de la revolución y pareció demasiado liberal a los reaccionarios de aquella época. Ha sido después Director de la Reserva, y no ha vuelto a tomar parte activa en la política. Ha viajado mucho y con provecho, y dicen que la egiptología, especialmente, le debe muchos progresos. En la actualidad es Presidente de la Academia de Ciencias de Viena.

Su esposa la Archiduquesa María es hermana de Alberto y ha heredado el talento de ese ramo de la familia. Conoce bien varias lenguas, incluso la española, y se interesa y está al corriente de cuanto pasa en el mundo. Raniero ha sido muy buen mozo; ella sólo agraciada; pero su conversación tiene mucho encanto. Viven en la mayor armonía y acogen a todos con una franca urbanidad, que más parece de particulares que de Príncipes. Los otros Archiduques tienen todos más o menos cierta secreta simpatía por la familia de Don Carlos y por la causa de éste, que consideran más legítima que la de Isabel II y su descendencia; los Ranieros profesan una amistad muy sincera a esta última. Imposible me sería referir todas las bondades que les debí durante mi permanencia en Viena.

Los Archiduques toscanos de la rama leopoldina, se distinguen sobre todo por la bondad de su carácter. El mayor, Fernando, habita Salzburgo y viene poco a la capital. Luis reside en las Baleares, y es apasionado de aquellas islas, sobre las cuales ha publicado un libro muy interesante. Carlos Salvador, vive en Viena. Su esposa, María Inmaculada, hija de Fernando II de Nápoles, era entonces una preciosa mujer, con unos hoyitos en las mejillas tan graciosos como los de su tía la Reina Cristina de Borbón. Formaban una pareja modelo y tenían una numerosa progenie.

El Archiduque Juan de Toscana, el más mozo de esta familia, descollaba por su gran talento y por la originalidad de su carácter. Era pequeño de cuerpo, pero de linda presencia. Buen militar, músico y poeta, estudiaba siempre y entendía de muchas cosas. En mi tiempo compuso un baile titulado *Los Asesinos*, tomado de la historia de Hassan, *El Viejo de la Montaña*, que gustó mucho al público. Detestaba los charlatanes, y una vez que vino a Viena uno de esos modernos Cagliostros, que se dicen espiritistas, dio un sarao en su casa y le convidó para que luciese su habilidad; mas luego que quedó la sala a oscuras, hizo que sus criados cerraran de repente las puertas y trajeran luces, poniendo así en descubierto las artimañas que aquel impostor había colocado para llevar a cabo sus tretas.

Escribía folletos militares y políticos; mas, por desgracia, empleaba en ellos unas ideas y un lenguaje que no gustaba en altos lugares y que le atrajeron justas reconvenciones. Un matrimonio muy desigual acabó de hacer imposible su permanencia en Viena. Dedicóse entonces a la navegación y al comercio, y embarcado con su joven esposa en un buque de su propiedad, que mandaba él mismo con el nombre de Capitán Juan Orth, se dirigió a la América del Sur. Súpose su llegada a un puerto de la Argentina. Después han transcurrido muchos años sin noticia alguna de él ni de su barco, y esto ha hecho creer que naufragó en aquellos mares. ¡Tan triste fue su destino!

El lector habrá observado que visité a todos los Archiduques antes de ser presentado a Su Majestad la Emperatriz Isabel, lo cual es contrario a la etiqueta de las otras Cortes. Pero la razón de esto fue que la Augusta Señora estaba ausente, y además porque no solía tampoco conceder audiencias. La costumbre por ella establecida era que los Ministros extranjeros le fuesen presentados en un baile o recepción de Palacio. No pude, pues, verla hasta que llegó el mes de enero.

Conocía yo a la Augusta Señora por sus retratos; mas, a pesar de esto, quedé muy admirado de ver qué bella presencia conservaba aún, no obstante que era ya abuela. No podía decirse que fuese

hermosa, porque a fuerza de ser delgada le faltaba casi la persona. Era sí muy esbelta y elegante, y tenía muy bonita cara, muy buenos ojos, unos cabellos hermosísimos, que solía llevar tendidos por la espalda, y un aire noble y majestuoso que la hubiera hecho conocer por Señora de un Imperio, aunque estuviese mezclada entre un millar de otras damas. Su solo defecto, además de la excesiva delgadez, eran los dientes, que tenía bastante feos; por lo cual hablaba con la boca casi cerrada para no enseñarlos, y era difícil comprenderla. Movíase despacio y hablaba también despacio, de modo que el Emperador acababa siempre el Círculo de Corte mucho antes que ella y tenía que esperarla.

Mostrábase en general bondadosa y amable sin sombra de orgullo; mas no gustaba de la sociedad. Fuera de los bailes de Corte, que eran solo dos, y de algunas comidas oficiales, no veía ni se dejaba ver de nadie. Ni daba audiencias ni iba al teatro, ni paseaba más que por sitios solitarios. y había dos causas para este retraimiento; en primer lugar su delicada salud, y en segundo, preciso es decirlo, su carácter melancólico y extravagante, propio de los Wittelsbach, según lo hemos visto en los últimos Reyes de Baviera. Sus placeres consistían en montar a caballo y dar largos paseos. En el picadero que hay en las caballerizas imperiales se veían las barreras que hacía poner para dar saltos, porque no contenta con correr a caballo por los campos, ejecutaba además toda clase de ejercicios ecuestres en aquel reservado recinto. Y decía ella misma por donaire, que esta afición suya no era extraña, puesto que su propia madre no faltaba nunca a las representaciones del Circo cuando estaba encinta de ella, inspirándole así, aun antes de nacer, el gusto de tales cosas.

Dedicábase asimismo a la esgrima, y el Príncipe de Taxis, Caballerizo Mayor, me contaba una vez que estando un día hablando con el Emperador en el Sitio real de Godolo, cerca de Pest, le llamó la atención el ruido de espadas que se oía en una cámara inmediata, y notándolo aquél le dijo: «No se sorprenda usted; es la Emperatriz, que está tirando al florete.»

Cuando yo llegué a Viena asistía todavía a algunas ceremonias públicas, tales como el piadoso Lavatorio de los pies de doce pobres en el Jueves Santo, la procesión que se acostumbra allí hacer en el patio de la Burg el Sábado de Gloria, y la más solemne aun del Corpus Domini. Pero poco a poco dejó de hacerlo, con pretexto de su mala salud. Comenzó también a ausentarse de Viena largas temporadas, viajando por varios países de Europa en busca de climas más templados. En Corfú, que le agradó sobremanera, hizo que el Emperador le mandase construir una hermosa quinta, a que llamó Aquileion, y que costó algunos millones. Pero pronto se cansó de ella y la abandonó por la célebre cornisa de Italia. Y donde quiera que se hallase hacía siempre la misma vida, comiendo muy poco y dando paseos de muchas millas.

Vino a Florencia en el año 1888, y hacía tan largas caminatas, que los agentes de policía, que por orden del Gobierno italiano la seguían a cierta distancia para asegurar su persona, se rendían al cansancio. La muerte funesta de su hijo aumentó, como era natural, su melancolía y también su continuo desasosiego, y no se sabía ya qué punto de la Europa podía darle una hospitalidad duradera.

¡Desventurada Señora, condenada por su extraordinario temperamento a vagar así lejos de su excelso esposo y del trono en que la había colocado éste, hasta que su vida errante la expuso al fin en Ginebra al puñal de un anárquico infame!

Quédame sólo hablar de su hijo el Archiduque Rodolfo, que entonces era todavía muy joven. Parecióme gallardo y amable. Era rubio, como su augusto padre, y se le semejaba bastante en las facciones; pero en el carácter tenía más de su madre y de la familia de Wittelsbach. Por entonces no mostraba más defectos que los que son propios de la juventud, y parecía tener grande afición al estudio, con especialidad al de las ciencias naturales. Mas observábanse ya en su manera de ser algunas excentricidades notables. Era, no sólo apasionado e indócil, sino también voluntarioso, precipitado y vehemente. En aquella época pasaba todo esto poco advertido; pero se ha recordado mucho cuando algunos años después puso fin a sus días con un acto de locura, mayor aun que la de su pariente el Rey Luis de Baviera.

Vivían también por entonces en Viena tres Príncipes extranjeros, a quienes era necesario visitar: el duque de Cumberland, el de Nassao y el de Brunsvick. El primero, despojado del Reino

de Hannover por las victorias del Rey de Prusia en 1866, era de buena presencia, con el solo defecto de una nariz harto chata. Su esposa la princesa Tyra era hija del Rey Cristian de Dinamarca, y aunque no tan hermosa como sus dos hermanas la Emperatriz de Rusia y la Reina de Inglaterra, tenía muy buenos ojos y muy buen cuerpo. Nassao, desposeído también, ofrecía el tipo perfecto del Príncipe alemán, instruído y afable. Brunsvick, viejo rico y voluptuoso, daba muy buenas comidas y no faltaba nunca a los teatros. La voz pública decía que era tan benéfico, que alojaba y mantenía con mucho decoro a una linda bailarina de la Ópera.

CII.
Viena, de 1878 a 1885.

Refiero de qué modo desempeñó los encargos del Rey.—Soy recibido por la Archiduquesa Isabel y por su hija.—Exterior agradable de ambas.—Noticias que adquiero sobre Doña Cristina.—Su bondad y talento.—Su carácter serio y reservado.—Su educación religiosa.—Su instrucción nada común.—El Rey se inclina a tomarla por esposa.—Ella quiere que la conozca antes de decidirse.—Tienen una entrevista en Arcachón.—Confírmase el Rey en su propósito y manda al Duque de Bailén para que pida su mano.—Marcha luego la Archiduquesa a España, acompañada de su madre, y se celebran las bodas en Madrid.—El Príncipe Rodolfo va también a España.—Cómo se desvanecieron ciertas esperanzas fundadas en su viaje.

Debería haber hablado en el capítulo anterior de la Archiduquesa Isabel y de su hija Cristina, futura Reina de España, de las cuales obtuve también audiencia; mas lo he dejado adrede para éste, a fin de poder manifestar al mismo tiempo de qué manera procedí a desempeñar los dos encargos del Rey y su Gobierno.

Recibido por Sus Altezas, quedé agradablemente impresionado por la buena presencia de ambas. La madre, que había sido muy hermosa, conservaba aún bellos restos y tenía un aspecto de suprema distinción, unido a la cortesía más exquisita. La hija, aunque de facciones más Habsburgo, agradaba asimismo por su gracia y frescura. Sus ojos eran lindos, su talle elegante y sus manos tan pequeñas, que no se comprendía cómo podía tocar el piano con la perfección de que tenía fama. Distinguida como su madre, manifestaba al mismo tiempo más viveza y más carácter. Durante la audiencia ocurrió hablar de un atentado de que había sido objeto poco antes nuestro joven Rey, y noté con placer que Doña Cristina tomaba en ello mucho interés. Temblaba su voz y brillaban sus ojos, como si sintiera no haberse hallado presente para formar con su pecho un escudo a la persona de Don Alfonso.

Quiso la fortuna que a poco de esta primera entrevista comenzaran los placeres del invierno, y como la Archiduquesa asistía al teatro y a los principales bailes, tuve luego ocasión de verla bastante a menudo. Observábala yo con toda la atención posible, y cada día hallaba más motivos para confirmarme en mis primeros juicios. Los trajes de sociedad aumentaban la gracia de su rostro, y la animación de las fiestas no quitaban nada a la nobleza de su persona. Parecía divertirse mucho, como era propio de sus pocos años, pero siempre se veía en ella el reposo y dignidad de su rango.

No contento con examinar estas circunstancias exteriores, procuré también adquirir noticias positivas acerca de su carácter y de la educación que había recibido. Obligábame a ello lo que me había dicho el Rey mismo y lo que me recomendaron los Ministros, y sentía yo también la responsabilidad inmensa que pesaba sobre mí. Considerábame casi como otro servidor de Abraham encargado de buscar una nueva Rebeca. El problema era complicadísimo. Era indispensable que la futura Reina de España fuese tal físicamente que agradara a su joven esposo y prometiese una sucesión de príncipes sanos y robustos, y era todavía más necesario que fuese, no sólo virtuosa a fin de contribuir a la felicidad del Rey y al prestigio del trono, sino también prudente y discreta para no comprometerlo, como otras Reinas, con veleidades de una política personal y autoritaria.

Acerca de lo primero quedé desde luego satisfecho, pues si bien no podía decirse que la Archiduquesa ofreciese el tipo de una hermosura completa, tenía, como ya lo he dicho, todo lo necesario para ser una joven muy agradable. Añádase que la nobleza de su estirpe era visible en toda su persona. Con esto, un aire de buena y de amable, un buen humor contenido, pero constante, cual se requiere para la dicha doméstica, y un tacto muy superior a sus años.

Por lo que hace a su inteligencia y carácter, su tía la Archiduquesa María Raniero, que la amaba con extremo, me hacía de ella los mayores elogios. Pero no contento con esto, traté de sondear acerca de ello a las señoras que daban el tono en la sociedad, y todas me repitieron que la creían buena e inteligente. Supe también por otras menos encumbradas, pero que la conocían muy de cerca, que no obstante lo festivo de su genio, eran notables en ella la seriedad y la reserva que usaba en todas sus cosas, de tal manera que jamás desahogaba sus desazones con persona alguna, ni hacía a nadie confidencias.

Era mi director espiritual en Viena un eclesiástico muy ilustrado, y de éste me valí para averiguar cuál había sido su educación moral y religiosa, pues aunque él mismo no conocía a la Archiduquesa, era amigo personal del sacerdote que la había instruido, y por su medio supe que no sólo había aprendido el catecismo en su niñez, sino que después había continuado recibiendo lecciones de religión en edad más adulta, pudiéndose decir que poseía en esta materia una instrucción superior a la generalidad de su sexo. Y lo mejor, en mi concepto, era que si bien su piedad era notoria, como la de todas las damas de su familia, no se debía llamar una piedad gazmoña, sino ilustrada. Pues es necesario saber que aunque el Austria es un país tan católico como el nuestro, no han pasado allí en vano la guerra de treinta años y las reformas del Josefismo; y a esto se debe que los austríacos en general sean menos intolerantes que los españoles y también menos fanáticos. Ningún Príncipe o Princesa austríacos se dejaría influir, como la Reina Isabel II, por una monja alucinada y visionaria.

En fin, por lo que hace a estudios generales, habíalos hecho de varios géneros. Conocía bien la Historia y la Literatura; hablaba con perfección, además de su propia lengua, el francés, el inglés y el italiano, lo cual le permitió aprender pronto el español con un maestro que le mandó el Rey apenas estuvo decidido su casamiento. Tocaba también el piano con mucho gusto, y en cuanto a bailar, bastaba que fuese austríaca para que lo hiciera con gracia, pues es aquel uno de los países de Europa en que más se cultiva ese arte encantador.

Bello retrato en verdad, dirá tal vez alguno; pero ¿no tenía sombras? ¿No se veía ninguna imperfección en esa rara Princesa? En aquel tiempo no; después sí. Porque la suspicacia ha creído descubrirlas cuando el destino quiso que Doña Cristina pasase de la posición secundaria de esposa de Don Alfonso a la de Reina Regente de España. Brillaron entonces sus raras virtudes, con especialidad su prudencia; mas al propio tiempo quisieron notar algunos que Doña Cristina tenía en cierto modo los defectos de sus cualidades. Vieron o creyeron ver que, nacida con un temperamento frío, su prudencia y su reserva estaban unidas con un disimulo que rayaba a veces en astucia, y una cierta indiferencia bastante parecida al egoísmo. Mas en primer lugar, ninguna de estas cosas se advertían en la época de su casamiento, y además, aunque se hubieran advertido no creo que habrían parecido graves faltas, especialmente lo primero, pues en general, se conceptúa más bien cualidad inapreciable para el difícil arte de reinar.

Habíame encargado el Rey que además de los despachos que enviaba al Ministro de Estado le escribiese también a él directamente, comunicándole todas las noticias que adquiriese sobre la Archiduquesa; honra singular y casi única en esta época, a causa del régimen constitucional, que no consiente las relaciones directas del Soberano con sus agentes; y conformándome a este deseo, que por lo demás era conocido de los Ministros y consentido por ellos, tratándose de un asunto que interesaba tanto a la dicha personal de Don Alfonso, empecé desde luego a dirigirle algunas cartas en las cuales le manifestaba el resultado de mis indagaciones y también mis propios juicios. Y habiéndole comunicado todo lo que antecede, observé con placer que se mostraba muy complacido de ello. «Cada día considero mejor la idea de esa boda, me decía en 25 de febrero. En los retratos

me parece muy agradable; está en mejor edad que ninguna otra Princesa católica de Europa, y ha sido educada en una Corte en que tiene que haberse acostumbrado al trato de las gentes más que ninguna parte. Además, me fío mucho en la impresión de usted».

A pesar de la reserva que todos observábamos empezó luego a sospecharse cuáles eran las miras del Rey, y noté con gusto que no sólo no hallaba aquel proyecto de boda oposición alguna por parte de la Corte austríaca, sino que la nobleza misma de aquel país, en general independiente y bastante inclinada a Don Carlos, por las razones que he expuesto en otro lugar, veía con gusto la probabilidad de que una Archiduquesa se uniera en matrimonio con el entonces Rey de España. El Nuncio Luis Jacobini, que era muy amigo mío, y no pocos de mis colegas extranjeros, se manifestaban también partidarios de aquel enlace.

En España, igualmente, era muy general la aprobación que merecía, porque se han conservado allí siempre muchas simpatías por la familia de Austria, que, si degeneró pronto y nos dejó una grandeza muy ficticia, nos dio en cambio bastante gloria. Había, con todo, algunas personas contrarias a la boda. El Rey mismo se dignaba decirme en carta del 26 de abril: «Todo lo que usted me dice de la Archiduquesa, me hace arder en deseos de conocerla. Además, he visto cierta prevención contra ella por parte de algún diplomático extranjero y de algún hombre político español, y eso no hace más que confirmarme en mi parecer. Una circunstancia igual decidió mi boda con la Infanta Mercedes, y no digo más, pues en esta sucederá lo mismo». El diplomático a que aludía el Rey, no podía ser otro que el representante de la Francia. Cosa curiosa que una República quisiera también imitar las impertinentes pretensiones de Luis XIV y Napoleón, impidiéndonos casar a nuestros Reyes y Reinas de la manera que más nos agrade, y se ve cuánta razón tenía Lord Palmerston cuando decía que las ambiciones de la Francia son siempre las mismas y están como pegadas a las paredes de sus Ministerios, por lo cual son contagiosas y se comunican a todos sus Gobiernos.

En cuanto al hombre político de que hablaba el Rey, no acierto a adivinar cuál fuese, pues ni los liberales ni los conservadores podían indicar una Princesa alemana o belga que fuera de edad proporcionada para Don Alfonso; y en cuanto a los montpensieristas, la muerte de la última hija del Duque, acaecida poco después de la de Doña Mercedes, los había dejado sin candidatura para una nueva boda. Mas de todos modos, éstas no constituían más que contadas excepciones, y la aprobación del público era, como digo, muy general en todas partes. En Viena todos me acosaban a preguntas, a las cuales respondía yo al principio evasivamente, recordando el luto que aun llevaba el Rey; hasta que terminado éste pude confesar sus intenciones.

Y fue ya también necesario hablar sobre ellas a la Señora Archiduquesa Isabel y a la misma interesada. Mostráronse ambas muy complacidas, como era natural; pero la Archiduquesa Cristina puso al punto una condición para su aquiescencia, que no dejaba de ofrecer dificultades. Quería absolutamente la Augusta joven que el Rey la viera antes de pedir oficialmente su mano. «Quiero, me dijo un día, que me conozca antes de contraer compromiso ninguno, a fin de que no pueda nunca decir que se casó conmigo sin saber si era yo tal como él lo suponía».

Había, en mi sentir, dos motivos para que la Archiduquesa obrase de esta manera: primero, su amor propio de mujer, que no quería ser tomada únicamente por razones de conveniencia o de política; segundo, el carácter de las alemanas, naturalmente sentimentales y románticas. «Si después de verme, me pide, pensaba ella sin duda, será señal de que le agrado. Si no me ve antes, ¿cómo sabré yo nunca su verdadera opinión sobre mi persona?»

Participé en seguida a Don Alfonso este deseo de la Archiduquesa, y no sólo le pareció natural, sino que se ocupó al instante del modo de satisfacerlo. Ocurrían, con todo, varias dificultades para ello. Los Ministros, especialmente el Marqués de Molíns, que lo era a la sazón de Estado, se inclinaban a la política que llamaremos de Tirteafuera, por lo mucho que se parece a la del famoso médico de Sancho, y no querían que el Rey se alejase, diciéndole, entre otras cosas, que la Constitución se lo prohibía, a menos de pedir antes licencia a las Cortes y establecer una Regencia, lo cual traería consigo varios inconvenientes. Y cuando yo le escribí al mismo Marqués,

encareciéndole la oportunidad del viaje, me recordó en su respuesta aquellos conocidos versos de un antiguo romance:

Muchos daños han venido
Por los Reyes que se ausentan.

Proponía Molíns en vez de eso, que la Archiduquesa fuese a Madrid, acompañada de su madre, con pretexto de visitar la España. Mas esto era obligarla a que hiciese ella a los ojos del mundo, el papel de pretendiente y exponerla a un desaire, si el Rey no la encontraba de su agrado. Así, pues, insistieron las augustas señoras e insistí yo con Molíns, a quien, para pagarle en su misma moneda, dándole versos por versos, le hice reflexionar que, si oponíamos tantas dificultades al viaje del Rey, podía la Archiduquesa imaginarse que España era un país de donde no se salía nunca, y que veía escrito en el puente del Bidasoa:

Lasciate ogni speranza o voi che éntrate.

Propuso entonces Molíns Biarritz para lugar de las vistas; mas esto no agradó tampoco, ni a la Archiduquesa, porque era casi lo mismo que ir a España, ni al Rey, porque en aquel pueblo, tan lleno de españoles y forasteros, no hubiera tenido la libertad necesaria.

Entre tanto, el Rey me escribía asegurándome que no deseaba menos que la misma Archiduquesa el ir a hacer su conocimiento, y añadía: «Tan cierto es esto, que si ella insiste en que vaya a Viena, lo haré a pesar de Molíns y de todo el mundo, pues desde ahora quisiera probarle que, más que una corona, deseo ofrecerle un corazón y las felicidades de la familia». Y como cuando se quiere una cosa hay siempre medio de hacerla, se le ocurrió, por fin, al Rey que Arcachón, pueblo de mar situado a poca distancia de Burdeos, podía ser un lugar muy oportuno para la entrevista, porque se halla más lejos de España que Biarritz, y no era tan violento que fuesen hasta allí las Archiduquesas, ni necesitaba tampoco D. Alfonso permiso de nadie para un viaje tan corto. Agradó mucho en Viena esta propuesta, y aceptada por todos, marcharon luego las dos egregias damas, acompañadas de sus respectivas servidumbres.

Quédeme yo, entre tanto, con algún recelo, porque en materia de gustos no hay reglas fijas y podía ser que Doña Cristina no fuese del agrado del Rey. Pero pronto salí de mi ansiedad por varias cartas del mismo Monarca, en las cuales se mostraba prendado de la Archiduquesa, no sólo por su mucha discreción, sino también por la gentileza de su persona. Agradóle todo en ella, y no dejó de notar sus pequeñas manos, que calificaba de una monada. Felicitóle al punto por ello, y entonces el enamorado D. Alfonso, que tenía todavía un corazón joven y no se había contagiado con la intimidad de amigos estragados e indiscretos, me decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«Muchas gracias por sus calurosas felicitaciones, que sé, a no dudarlo, ser las más sinceras que pueda recibir, y a mi vez debo dárselas a usted, con todo mi corazón, no sólo por sus anteriores cartas, sino también por sus esfuerzos; por lo mucho que ha contribuido al estado de cosas actual, a la nueva felicidad que entreveo en el horizonte. Usted podrá decir que ha devuelto un alma a quien la había perdido, y por consiguiente, que de medio hombre, me ha puesto en el caso de tener que portarme por dos. De mi pasión, aunque en tan pocos días parezca mentira, nada le digo, pues ya la conoce.»

No cabía, pues, duda. Doña Cristina era del completo agrado del Rey. Y por otra parte, el Rey había agradado por extremo a Doña Cristina, según lo supe por la Archiduquesa, su madre, y por las damas que la acompañaron a Arcachón. Por consiguiente, pedía decirse con verdad que aquel enlace iba a ser un matrimonio de inclinación. Y puesto en claro este punto, todo marchó después como sobre ruedas y con la mayor facilidad del mundo, a lo cual contribuyó mucho la salida de Molíns del Ministerio para volver a su Embajada de París, y la entrada en su lugar del Duque de Tetuán, que era persona menos meticulosa y formalista.

Restituido el Rey a Madrid, se apresuró a mandar al Duque de Bailén, como Embajador extraordinario, para que en su nombre pidiese oficialmente la mano de la Archiduquesa. Era el Duque un Grande de España, sobrino de aquel famoso General Castaños, quien ganando la batalla de Bailén sobre las tropas de Napoleón I, le dio a España la gloria mayor que ha tenido en el pasado

siglo. General, como su ilustre tío, tenía un aire bastante marcial, no obstante su mediana estatura. Además, sus modales eran corteses y su carácter amable; por lo cual y por el nombre que llevaba, fue muy bien recibido en Viena. Hubo en su obsequio una gran comida de Corte en el Palacio imperial y otra en el de los Archiduques Raniero, a que asistió naturalmente, con su augusta madre, la Archiduquesa Cristina, en cuyo rostro se leían los sueños de ventura que le era ya lícito formar.

Tratóse en seguida de la redacción del contrato de boda, y el Emperador quiso que tuviese la forma de un convenio diplomático, concluido entre los dos Gobiernos. Oponíanse a esto en Madrid, alegando que tales actos no eran posibles de parte de un Gobierno constitucional, en lo cual padecía equivocación, según se lo pude probar a nuestro Ministerio, citándole varios, que habían sido hechos en países constitucionales y modelos del moderno derecho público. El uno era el que pactó el matrimonio del Rey Leopoldo de Bélgica con una hija de Luis Felipe, y el otro el del Príncipe Alberto de Coburgo con la Reina Victoria de Inglaterra, conforme se puede ver en tratados recientes de Derecho internacional y especialmente en la *Guía* del Barón García de la Vega, exacto tratadista belga. Y si yo insistí en esto fue porque me parecía conveniente que no nos opusiéramos sin motivo a un deseo natural del Austria, y porque, tratándose de un país, como el nuestro, que había pasado pocos años antes por tantas alteraciones y revueltas, era oportuno dar la mayor seguridad diplomática posible a la situación de la futura Reina. Y convencido al cabo nuestro Gobierno, cedió en su infundada resistencia, contentándose con que se extendiese también en Madrid otro acto autorizado por el Ministro de Gracia y Justicia, como Notario mayor del Reino.

Quedaba después de esto otra formalidad que llenar, y era la renuncia, que según la Pragmática vigente en Austria desde el tiempo de María Teresa, debía hacer Doña Cristina de todos sus derechos a la Corona imperial, tanto por sí como por sus descendientes de ambos sexos, al contraer matrimonio con un Príncipe extranjero. La cual tuvo lugar con imponente ceremonia en el Salón del Trono del Palacio imperial de Viena.

Reuniéronse allí a las dos de la tarde los Altos funcionarios de la Corte y del Estado, los Caballeros del Toisón de Oro y los llamados Consejeros íntimos, todos de grande uniforme y adornados con cruces y bandas, y cuando llegó el Emperador y se colocó en pie debajo del dosel, fue el Conde de Huniady, Maestro de ceremonias, a llamar a la Archiduquesa Cristina. Entró luego esta augusta señora sola y se adelantó atravesando el salón y saludando a los que en él se encontraban. Estaba yo entre ellos y jamás olvidaré el aire modesto, pero noble y tranquilo, con que se presentó Doña Cristina. Y como la mayoría de los presentes se componía de ancianos encanecidos en el servicio de su país, el contraste que ofrecía con ellos su lozana juventud conmovía a todos.

Venía vestida con suma elegancia y parecía ya una Reina. Adelantóse el Emperador a recibirla, y haciéndole la debida mesura la puso luego a su lado. Entonces el Mayordomo Mayor, Príncipe de Hohenlohe, le entregó el acta de la renuncia, que ella leyó con voz clara y segura. Invitóla después a que se dignase firmarla en una pequeña mesa colocada a la izquierda del trono. Hízolo así la futura Reina, y acto continuo tuve yo la alta honra de poner también mi firma debajo de la suya en aquel importante documento. Acercóse luego el Emperador a la Augusta Señora, y salieron juntos del salón, respondiendo con risueños saludos a las profundas reverencias de los circunstantes.

Preparábanse entre tanto en Madrid las fiestas con que, debían ser celebradas las Regias bodas, y la futura Soberana salió ya de Viena el 18 de noviembre de aquel año de 1879, a fin de llegar a Madrid antes del 29 del mismo mes, que era el día señalado para la ceremonia. Acompañaba a Doña Cristina su Augusta madre la Archiduquesa Isabel, con un lucido séquito de ambos sexos. Las señoras eran: la Princesa de Pallavicino, noble y distinguida dama, que hacía funciones de Camarera Mayor de la futura Reina; la Condesa Taaffe, hermana del Conde del mismo nombre, que fue Presidente del Consejo austríaco, Camarera Mayor de la Archiduquesa Isabel; la Condesa Daun, Dama de honor de la misma, y las Condesas Irma Andrassy, sobrina del Ministro de

este apellido, y Enriqueta Cappy, hoy Condesa de Buquoy. Estas dos últimas, ambas muy lindas, tenían poco más o menos la misma edad que la Archiduquesa Cristina, y eran sus damas de honor.

Los señores eran: el Príncipe Fernando Kinsky, Caballero del Toisón, y uno de los magnates más ilustres de Austria, el cual funcionaba como Mayordomo Mayor de Doña Cristina; el General Barón Schloissnig, Mayordomo Mayor de la Archiduquesa Isabel, y los Condes de Bellegarde y de Mitrowski, gentileshombres del Emperador, puestos al servicio de la futura Reina.

Fueron también a Madrid para asistir a las Regias bodas, el Archiduque Raniero y su esposa la Archiduquesa María, tíos de Doña Cristina, acompañados del gentilhombre Barón Glaubig y de la Baronesa Inés de Frauttenberg, Dama de honor. Esta última merece una mención especial, porque se distinguía entre todas las otras señoras de la comitiva por su discreción y cortesía. Morena y de ojos negros habría podido pasar fácilmente por una española, y su talento natural, unido a su gracia vienesa, la hacían muy agradable.

Verificáronse los desposorios con la suntuosidad propia de nuestra Corte, y Don Alfonso se mostraba cada día más prendado de su nueva esposa, cuyas alabanzas resonaban ya por todas partes. El Gobierno parecía también muy complacido del suceso, y se sirvió manifestarme su satisfacción enviándome la Gran Cruz de Isabel la Católica. Por su parte, el Emperador Francisco José tuvo la bondad de conferirme la de Leopoldo, que es de las más apreciadas de Austria. Pero lo que más me lisonjeó fue que la nueva Reina se dignase darme antes de marchar su propia fotografía, escribiendo al pie de ella estas palabras: *Como recuerdo de su agradecida María Cristina.* Y al poner el pie en España, tuvo asimismo la delicada atención de enviarme desde San Sebastián un telegrama, en el cual me decía amablemente: «Llegada con felicidad a España, mi nueva patria, le mando a usted mis más finas expresiones».

Terminadas las fiestas de Madrid, volvieron a Viena tanto la Archiduquesa Isabel como los Archiduques Raniero y María, y todas las personas que habían ido a España con ellos y con la Reina, las cuales venían enamoradas del Rey y encantadas de cuanto habían visto en nuestro país. Sólo la Condesa Taaffe murmuraba un poco, porque estuvo a punto de asfixiarse en el Pardo, donde se alojaba, a causa de un brasero mal encendido que le habían puesto en su cuarto. Y algunas de las damas se sentían tan entusiasmadas que se dedicaron luego seriamente al estudio del español, y no sólo leían *La Época* y *El Imparcial*, que recibía la Archiduquesa Isabel, sino también las novelas de Fernán Caballero, Valera y Galdós, y las poesías de Grilo, Bécquer y Núñez de Arce.

Y terminada ya la relación de este gran acontecimiento, fáltame sólo referir cómo cumplí también el otro encargo que me había dado el Rey acerca del Archiduque Rodolfo. Lo más urgente y lo que más dependía de mí era que el Príncipe hiciera un viaje a España, y esto tuve la satisfacción de conseguirlo, aun antes de que el Rey fuese a Arcachón. Rodolfo fue, en efecto, a nuestro país y vio algo de él, si bien muy deprisa, como acostumbraba a hacer todas sus cosas. Detúvose, con todo, en Madrid, y asistió a un baile de Corte, dado en su obsequio, en el cual ocurrió un incidente muy notable. Preguntóle el Rey al Príncipe cómo le parecían las varias jóvenes de la aristocracia allí reunidas, y él le respondió que las hallaba en general demasiado rubias para su gusto, y que la que más le agradaba era una hija de la Duquesa de Sotomayor, la cual tenía pelo negro, ojos negros y la tez bastante morena, como las mujeres de Andalucía. El mismo Rey me lo refirió dos años después, y yo lo recordé mucho cuando supe la funesta pasión de Rodolfo por la Baronesa María Vetchera, que era precisamente de ese mismo tipo.

En cuanto a la Infanta Doña Pilar, nada habló de ella Rodolfo con el Rey, y de todos modos la muerte prematura de esta desventurada dama, acaecida poco después, cortó en flor las esperanzas de su enlace con aquel Príncipe. Rodolfo se casó al fin dos años después con la Princesa Estefanía de Bélgica, muy bella ciertamente, pero rubia, como Doña Pilar, y, por consiguiente, poco conforme a su ideal de belleza; y más adelante referiré el fin tan lamentable que tuvo aquel matrimonio principesco.

CIII.
Viena, de 1878 a 1885.

Conducta política del Emperador.—Antecedentes históricos.—Aquel Imperio es una federación de Estados muy diferentes.—Dificultad de gobernarlos.—El Príncipe de Mettemich exageró el absolutismo.—La revolución del año 1848 le derriba.—Francisco José lucha contra ella; pero vencedor al principio, fue al fin vencido.—Por no ceder a tiempo pierde sus posesiones de Italia y su supremacía en Alemania.—Mayor prudencia que ha demostrado después.—Establece el dualismo entre Austria y Hungría.—Otorga instituciones liberales a todos sus pueblos.—Las mantiene con lealtad en medio de las furiosas pasiones de alemanes y checos.—Acepta la Bosnia y la Herzegovina y hace alianza con Alemania e Italia.—Merece un lugar muy distinguido entre los Monarcas de su siglo.

Habiendo ya dado cuenta de lo que se refiere al casamiento del Rey con la Archiduquesa María Cristina, razón será que vuelva a ocuparme del Emperador Francisco José, considerando su conducta política. Mas el asunto requiere que haga antes una breve reseña de la historia de aquel Imperio.

Sabido es que la Nación alemana, dividida ya en tiempo de Tácito en más de 40 pueblos diferentes, formó siempre un conjunto de Estados casi independientes, entre los cuales adquirieron sucesivamente la supremacía algunas Casas ilustres, como las de Sajonia, Franconia y Suabia, cuyos Príncipes, más afortunados o belicosos que los demás, constituyeron un Imperio electivo.

Largas fueron las luchas que estos Emperadores sostuvieron, ora con la Francia, ora con la Santa Sede y las Repúblicas de Italia, victoriosos las más veces, vencidos otras, y siempre mal seguros y mal obedecidos en la misma Alemania. Al fin vino un período de completa anarquía, después del cual fue dado el trono imperial a Rodolfo de Habsburgo, que era un simple Conde de Suiza; pero notable entre los Príncipes de aquel tiempo por su religiosidad, valor y fortuna.

Todo el mundo conoce la linda balada de Schiller, que ha inmortalizado la piedad de aquel Monarca, cuando al llegar al vado de un río, encuentra un sacerdote que llevaba el Viático a un enfermo, y le cede su caballo, continuando a pie su camino. Su posteridad ha conservado siempre el mismo carácter piadoso, unido al valor y a la energía.

Refieren eu Viena que cierto Conde Mülinen, hablando una vez con el Emperador Francisco I, tuvo la sandez de recordarle que su familia tenía el mismo origen que la suya, puesto que sus antepasados eran también Condes de Suiza, como los abuelos de Rodolfo. A lo cual le respondió con gracia el Emperador: «Muy cierto es eso que usted dice; pero convendrá conmigo en que los Habsburgos han hecho mejor carrera». Y en efecto, no hay casi ninguna otra familia real en Europa que le aventaje en crecimiento, brillo y ventura, habiendo llegado con Carlos V a un apogeo de poder que no había tenido su igual desde los tiempos de Carlomagno. Sus armas fueron en general afortunadas, y extendió también su dominio por medio de ventajosos matrimonios, lo cual dio lugar a que dijera Matías Corvino: *Bella gerant alii, tu, foelix Austria, nube.*

Pero dejando los particulares y considerando sólo la totalidad de los sucesos que forman la historia de aquella nación, hallamos desde luego dos circunstancias que la caracterizan. La primera es que no ha tenido una posición estable, como las demás de Europa, sino que ha cambiado de lugar y se ha movido, por decirlo así, caminando de Occidente a Oriente. Conserva fijo su centro en Austria, país montuoso, que parece destinado para ser la fortaleza que defienda la Alemania de los ataques de los pueblos eslavos; pero se retira siempre por un lado, al mismo tiempo que avanza por el otro. Pierde primero la Suiza, que fue la cuna de los Habsburgos, y después la España y Flandes, con cuya ayuda había contenido las ambiciones de la Francia, y más tarde la Silesia, y ahora por último la Italia; casi todo en Occidente. Mas adquiere primero la Hungría y luego la Bohemia, y en seguida la Galitzia, y por último la Bosnia y la Herzegovina, que le abren el camino del Mar Egeo; todo ello en Oriente. Al principio puso en su escudo un águila con dos cabezas, que amenazaban en

dos direcciones opuestas; ahora no necesitaría más que una o puede volver las dos hacia el mismo punto.

La segunda circunstancia característica del Austria es que, no sólo no ha tenido una situación estable, sino que ha carecido de un gran núcleo homogéneo de población, como lo tiene, por ejemplo, la Rusia, y ha debido sus aumentos a la anexión de países que no tenían la misma raza ni la misma lengua, ni las mismas costumbres que ella. Esto ha hecho de aquel país una vasta federación de Estados en vez de un Estado solo, y la tarea de gobernarlos ha ofrecido siempre las mayores dificultades. Para conseguirlo ha tenido que valerse de los unos contra los otros, y cuando creció la cultura general, y húngaros, bohemios, italianos, rumanos, croatas, eslovenos y polacos aspiraron a la vez a la autonomía y también a la independencia, no le bastó el pequeño núcleo alemán de sus provincias centrales para someterlos a todos.

Este hecho no es sólo de ahora; ha sido de todos tiempos. Cuando el célebre Mr. Guizot encontró en Inglaterra al no menos célebre Príncipe de Metternich, después de la revolución del año 48, que los había derribado a ambos, felicitaba el francés al austríaco por el poder de que había gozado durante tantos años dentro y fuera de su país; a lo cual le respondió el último, sonriéndose, que con efecto, había tenido la suerte de dirigir por mucho tiempo la política de Europa; pero que por lo que hace al Austria misma, nunca había podido considerarse verdadero dueño de ella.

Semejante estado de cosas ha traído a veces consigo la necesidad de luchas y represiones; pero es otro rasgo peculiar de aquella nación que eso no ha impedido nunca que sus Emperadores hayan sido populares y tan amados como los que, según la expresión de Confucio, fueron el padre y la madre de sus súbditos. Puede atribuirse esto en parte a esa misma naturaleza federal de sus instituciones, porque el poder central es siempre menos despótico y por consiguiente más amado allí donde existen otros poderes locales muy fuertes. Pero lo que más contribuye a ello es, en mi sentir, el carácter alemán, que hace bondadosos a los Monarcas, y fáciles de contentar a los súbditos. La Nación Austríaca guarda grata memoria, no sólo de Carlos V, Fernando II y otros Soberanos poderosos, sino también de María Teresa, a pesar de la pérdida de la Silesia; de José II, no obstante las reformas con que hirió las creencias de su pueblo, y de Francisco I, que tan humillado fue por Napoleón al empezar el pasado siglo.

Pero viniendo ya a épocas más recientes, recordaremos que había sucedido a Francisco I su hijo Fernando y que era siempre Ministro ese mismo Metternich, cuyas palabras he citado poco antes. El sistema de este estadista consistía en la última exageración de los principios conservadores y absolutistas. Mantener la Santa Alianza, repartir los pueblos de Europa cual si fuesen rebaños de ovejas, odiar y perseguir todo lo que se pareciese a la libertad e independencia, he aquí su credo político. Y era tal su obcecación que, según refiere en sus viajes Missis Trollope, por haberlo oído de sus labios, no sólo desaprobaba la insurrección de los griegos, a pesar de ser tan buen cristiano, sino que veía con malos ojos hasta la emancipación de los católicos de Inglaterra.

Mas estallaron al fin las revoluciones del año 48, y Metternich, vencido por la opinión, tuvo que retirarse a Londres. Rebelóse la Italia, levantóse la Hungría, el pueblo de Viena mató bárbaramente al Conde de Latour, Ministro de la Guerra, y todo parecía anunciar una próxima disolución de aquel Imperio. Aterrado el anciano Emperador Fernando, se apresuró luego a abdicar, y entonces empezó a reinar su sobrino Francisco José, el cual no contaba más que dieciocho años.

Entablóse luego una lucha terrible entre la Monarquía y la Revolución, cuyo primer resultado fue el triunfo de la primera y la derrota de la segunda. Mas este triunfo fue comprado a muy caro precio: a un precio que convertía la paz en una mera tregua y hacía prever nuevos y mayores conflictos para lo futuro. El Austria cometió entonces la misma falta que han cometido antes y después muchas otras naciones; que cometió España tantas veces; que cometió la Dinamarca en el año 1864; que acaba de cometer la Turquía en el año 78. Empeñada en no ceder ni un solo palmo de lo que poseía, aunque lo poseía contra los dictados del sentido común, empleó sus ejércitos para contener a los italianos y no titubeó en llamar a los rusos para que sometiesen a los húngaros.

Negaráse quizá la posteridad a admitir que esto haya sido posible. ¡Lo leerán un día nuestros nietos y les costará trabajo creerlo!

El castigo de tamaño desacuerdo no tardó mucho en sentirse. El General ruso Paskievich, después de haber vencido a los húngaros en Vilagos, le telegrafiaba a su Emperador, al Emperador de Rusia, que la Hungría estaba a sus pies, sin mentar siquiera al Soberano austríaco. Y no transcurrieron muchos años sin que los italianos se volviesen a levantar, sostenidos aquella vez por la Francia, y entonces el Austria, vencida en Magenta, tuvo al fin que ceder la Lombardía.

Quedaba aun bajo su yugo la noble Venecia, vilmente vendida en Campo Formio; pero la guerra que el Austria tuvo que sostener en 1866 con la Prusia, que le disputaba la supremacía en Alemania, dio nueva ocasión a los italianos para libertar también aquella antigua República. El Austria, atacada otra vez por dos lados, venció en el tablero de Italia; mas fue vencida donde más le importaba, que era el tablero de Alemania.

Los errores cometidos en ambas guerras por el Emperador Francisco José saltan a los ojos de todos. Para verlos aun con más claridad, no hay más sino suponer que, no a última hora, como quiso en vano hacerlo, sino cuando era todavía buen tiempo para ello, hubiera renunciado aquél a sus posesiones de Italia, constituyendo un Reino lombardo véneto separado, para un Archiduque austríaco. Desde luego no hubiera habido ya motivo alguno para la guerra de la independencia de Italia, puesto que todos sus Estados hubieran sido independientes. Ni hubiera habido por consiguiente, la ocasión de realizar la unidad de aquel país, que fue luego ofrecida al Piamonte por esa misma guerra.

Hay más. Si el Austria hubiera renunciado con tiempo al empeño, impropio de nuestra época, de mantener bajo su yugo a los lombardos y venecianos, no habría tenido necesidad de llamar a los rusos para someter a los húngaros en el año 48, sino que le hubiera bastado para ello los ejércitos que mandaba Radetzky. Ni hubiese sido tampoco vencida en Sadowa, porque el ejército del Archiduque Alberto, en vez de hallarse en Italia, se hubiera hallado en Bohemia, dándole así una gran superioridad sobre los alemanes. Por manera que no es aventurado decir que la obstinación del Austria en ambas ocasiones fue la causa principal, tanto de la independencia de Italia y de la humillación sufrida en Hungría, como de la preponderancia de la Prusia en Alemania.

Parecería que faltas políticas tan graves hubieran debido perjudicar mucho a la reputación y prestigio del Emperador Francisco José; mas, sin embargo, no fue así. En primer lugar, le servía de excusa su corta edad y su consiguiente inexperiencia. Además, el error del Soberano había sido en aquellas circunstancias el error de las clases más importantes de su país. El ejército, la nobleza y el clero eran enemigos de transacciones, y todavía hay allí muchas personas de esas clases que echan de menos los dominios de Italia. Y por lo que hace a la burguesía, los deseos que ya tenía de tomar parte en el Gobierno eran motivo de que se alegrase involuntariamente de los apuros de la monarquía absoluta.

Con efecto, ella fue quien más ganó con aquellas guerras y revueltas, porque, viendo el Emperador el mal éxito de su política de resistencia, y que sólo halagando a las clases medias podría obtener los recursos que necesitaba para atender a los crecientes gastos de su Imperio, tomó la resolución de reconciliarse con Hungría y otorgar instituciones representativas a todos sus demás Estados. Entonces empezó el segundo período del reinado de aquel Monarca, en el cual mostró mucha más habilidad que en el primero.

El famoso Conde de Beust, Ministro que había sido del Rey de Sajonia, y fugitivo de aquel país después de haber luchado en vano con el genio de Bismarck, fue la persona que eligió en 1867 para llevar a cabo sus ideas con respecto a la Hungría. Correspondió el Conde plenamente a la confianza imperial e inventó con mucha felicidad lo que se llama el Dualismo, o sea la reunión bajo un mismo Monarca, de dos Estados, que conservan una independencia casi completa. Obtuvieron por él los húngaros su suspirada autonomía y formaron una nación distinta y separada del Austria. Francisco José no fue ya más su Emperador, sino su Rey. Tuvieron milicias separadas y bandera propia, y el conjunto que forman los Estados se llama Austria-Hungría. Tres solos asuntos tienen

comunes: las relaciones exteriores, la guerra y la hacienda, y para tratar de ellos se reúnen un año en Viena y otro en Buda, Delegaciones nombradas por las Cámaras de ambos.

Consintió Francisco José tan de buena fe en estos arreglos, que desde entonces, siguiendo un conocido consejo de Maquiavelo, pasa casi la mitad del año en Hungría, llevando consigo mientras vivía a su esposa la Emperatriz, la cual era muy aficionada a aquel país. Allí da fiestas en el Palacio de Buda, reside con placer en el de Godolo, que es como el Schönbrunn de Hungría, habla con los húngaros su difícil lengua, y no sólo no les guarda rencor por su antigua rebeldía, sino que parece casi más ufano de ser Rey de aquella nación y sucesor de los Arpades, que Emperador de Austria y descendiente de los Habsburgos.

Concesiones no menos importantes fueron las que hizo luego también a los países propiamente austríacos, que llaman la Cisleithana, por hallarse del lado acá del río Leitha.

Abandonando el sistema absolutista que había sostenido durante tantos años, les otorgó en 1867 una Constitución liberal. El ilustrado y respetable Schmerling fue nombrado Presidente del Consejo y se encargó de plantear esas nuevas reformas, las cuales alcanzan a todos los ramos de la administración pública, incluso las relaciones del Estado con la Iglesia. Varias leyes, llamadas confesionales, modificaron en sentido más tolerante el Concordato concluido con la Santa Sede durante el pasado período de reacción, e introdujeron novedades contra las cuales protestó el Papa, calificándolas de nefandas. Todo, en fin, tomó en Austria un aspecto moderno, un aspecto liberal y progresista.

Desgraciadamente, no era posible que los partidarios de las antiguas instituciones dejasen de hacer oposición a tan osadas reformas, ni les faltaron auxiliares para ello. Desde luego encontraron uno muy importante en las tendencias autonómicas de aquellos países de Austria que no son alemanes, sino eslavos, y tienen historia propia y recuerdos particularistas. La Bohemia principalmente quiso reclamar a su vez las mismas concesiones que había obtenido la Hungría, pretendiendo que en vez del Dualismo se constituyera un Trialismo, dentro del cual hiciese aquel país el mismo papel que la Hungría; que hubiera, en fin, tres Estados unidos en vez de dos solos.

A primera vista tenía esta pretensión ciertos visos de justa. La Bohemia poseyó también en su día vida propia, y no han sido menos célebres sus rebeldías y agitaciones que las del Reino de Hungría. Allí hubo Duques y Reyes que fueron el terror de sus vecinos, y ciñeron a veces con gloria la Corona imperial. Allí predicó Juan Huss, precursor de Lutero, y dio ocasión a una de las guerras más sangrientas que recuerdan los anales de Alemania. En Bohemia, en fin, fue donde principió la guerra de Treinta años, cuando los protestantes de aquel Reino echaron por la ventana del Palacio a los Comisarios del Emperador, que es lo que se llamó la *defenestración de Praga*. Mas, por otra parte, su población no pasa de tres millones, de los cuales sólo dos son de raza checa; hace más de tres siglos que fue incorporada al Austria, y no se ha conservado allí un Gobierno separado ni las instituciones aristocráticas y representativas que han hecho de la Hungría un pequeño remedo de la Inglaterra.

Con todo, en una cosa tenían razón los checos, y era en pretender que se les permitiese el uso de su propia lengua y no se les obligara a usar la alemana en los actos oficiales, escuelas y tribunales. Fue aquella región habitada primitivamente por los Boios o Boienses, pueblo celta, de donde le vino su nombre de Bohemia. Ocupáronla después los marcomanos, que eran germanos, y derrotados éstos por el Emperador Aureliano, sufrió al fin la invasión de los checos, que eran una rama de los eslavos. Forman los descendientes de estos últimos invasores la mayoría de su población, y por lo tanto, parece justo que sea respetado su idioma. Alegan los alemanes en contra de esto, la necesidad de que haya en toda la Cisleithana una lengua oficial común a los diversos pueblos que la componen, y que ésta sea la alemana, porque es también alemana la mayoría de los moradores cisleithanos, y porque los alemanes poseen una cultura superior a la de los checos, eslovenos, polacos y dálmatas. Y no hay medio de que unos y otros se avengan.

Son, asimismo, auxiliares poderosos de la reacción, una parte de los nobles cisleithanos, que no sólo favorecen a los checos, sino que quisieran hacer de toda el Austria una gran federación de

estados autónomos, dando mayores atribuciones a sus respectivas *Landstags* o Dietas, en las cuales les sería más fácil llevar a cabo medidas retrógradas de todo género. Llámanles feudales, federalistas y también clericales, porque el clero, temeroso de las reformas modernas, se sirve de ellos para combatir a los liberales.

Para colmo de dificultades hase formado también en Austria un partido obrero socialista, como en Alemania y en Francia, y otro antisemita, como en el centro de Europa, los cuales aumentan la confusión y forman un nuevo obstáculo para la pacificación de los ánimos. Es el socialismo la última consecuencia de las revoluciones modernas. Carlos Marx le dio una forma científica, y algunos lo hacen derivar de la famosa teoría de la evolución, expuesta por Hegel. Mas la verdad es que ha nacido del deseo natural que tienen las clases obreras de mejorar su bienestar. Quieren hacer a su vez lo mismo que ha hecho la burguesía. En tiempo de Luis Felipe los amigos de esas clases inventaron en Francia el comunismo, que era una utopía demasiado absurda. Después han excogitado el socialismo, que es asimismo irrealizable cuando quiere abolir la propiedad, sin la cual no hay cultura posible; pero que tiene su lado práctico, puesto que por medio de tumultos unas veces, y de huelgas otras, ha conseguido que los Gobiernos atiendan a los obreros, haciendo leyes en su favor, y que los capitalistas se les muestren más benignos.

El antisemitismo es también hijo del odio al capital. Compónenlo en parte aquellos que envidian las riquezas de los hebreos o que son sus deudores. Únense a éstos muchas personas de ambos sexos poco ilustradas, que los odian por fanatismo. La ley ha emancipado a los judíos, pero las costumbres de una parte del público no están todavía a la altura de la ley.

Si la población fuese allí más homogénea, la lucha entre liberales y feudales, y entre centralistas y federalistas, que es la más importante de todas, podría fácilmente arreglarse por medio de la opinión pública, manifestada en los comicios. Pero siendo sus pobladores tan diversos de raza y costumbres, el resultado es que vienen a la Cámara tantos grupos diferentes como son sus diferentes nacionalidades, y no hallando el Emperador una mayoría homogénea de donde sacar sus Ministros, como hacen los Monarcas en las naciones de Gobierno parlamentario, se ve obligado a tomarlos, ora de un partido, ora del otro, con la esperanza de que ellos se procuren después una especie de mayoría, uniendo varios grupos afines. Así, una vez da el Poder al Príncipe Auersperg, constitucional y centralista; otra, al Conde Hohenwart, feudal y federalista, y ensaya enseguida al Conde Taaffe, que creía poder reconciliarlos a todos, y vuelve después a llamar a los constitucionales, repitiendo inútilmente los mismos turnos.

El espectáculo de tan vanas y continuas variaciones y la animosidad demostrada por los diversos partidos, los cuales recurren a veces al más violento obstruccionismo, ha hecho temer a muchos que tales dificultades no tengan solución posible, y que aquel Imperio está destinado a disolverse, apenas cierre los ojos el Emperador Francisco José. Mas por mi parte no lo creo así. Cada cual de esos Estados es demasiado pequeño para que pueda lisonjearse de existir separado del Austria. No sólo los checos, polacos y eslovenos, cuyos diversos conjuntos no llegan cada uno a tres millones, sino los húngaros mismos, que cuentan seis, serían pronto absorbidos, bien por los rusos, bien por los alemanes, en el momento que se separasen del Austria; y en cuanto a los alemanes de la Cisleithana, claro es que caerían luego en el piélago inmenso de la gran Germania, dentro del cual no tendrían nunca una posición más ventajosa que la que gozan ahora en el Austria. Por consiguiente, el verdadero interés de todos ellos consiste en permanecer como están; y lo más probable es que acaben por ceder y transigir luego que vean la imposibilidad de llevar a cabo sus exclusivas pretensiones.

Otro tanto me atrevo a decir sobre las dificultades suscitadas por socialistas y antisemitas. El tiempo les hará ver a los primeros que no con revoluciones, sino con huelgas y otros medios del mismo género, podrán mejorar la situación actual de los obreros; y la mayor cultura hará comprender a los segundos que su antipatía contra una raza entera del linaje humano, no es más que un resto vergonzoso de la barbarie medieval, como las corridas de toros, los desafíos y tantas otras costumbres tan crueles como absurdas.

Y entre tanto, lo que yo hallo admirable es la actitud del Emperador Francisco José. Jamás se advierte en él la menor tendencia a los golpes de Estado, como la demostraron Carlos X, Isabel II o Fernando de Nápoles, y ni aun siquiera a interpretaciones demasiado latas de la Constitución, como las usaron el Rey Guillermo de Prusia o Cristian de Dinamarca. No muestra tampoco ningún despecho, ninguna impaciencia, ningún mal humor. Es siempre leal, siempre moderado, siempre prudente y conciliador. Algunos le tachan de débil; pero ¿de qué le serviría el empleo de la fuerza, cuando no hay allí todavía ningún partido que no se exceda y delire? ¿A quién ha de dar razón, si cada cual exagera sus pretensiones como si estuviera solo en el mundo? De todos modos, no creo que las lecciones del pasado hayan sido tan enteramente inútiles para Francisco José, que no recuerde siempre la terrible situación en que le puso por dos veces el partido clerical y reaccionario, y la necesidad que tuvo de apoyarse al fin en los hombres más liberales de sus dominios alemanes y húngaros, tales como Schmerling, Anersperg y Fizza.

Y si de la política interior pasamos a la exterior, veremos también nuevos motivos de aplauso en la conducta del Emperador. En efecto, nada más difícil que resignarse a ser excluido de Alemania, donde ocupaba antes el primer lugar, y buscar una nueva orientación para sus alianzas después del desastre de Sadowa. Y sin embargo no tardó en hallarla, aceptando las compensaciones que le ofrecía el astuto Bismarck. Cuentan que en un caso parecido la Emperatriz María Teresa no quiso aceptar su parte del reparto de Polonia en compensación de la Silesia, y que cuando al fin consintió en ello, fue derramando algunas lágrimas y diciendo como el filósofo de la fábula, al comerse el tierno pajarillo: «¿Quién lo creyera? Haber yo devorado un inocente.» Francisco José no lloró; pero no hay duda de que se resistió mucho a aceptar la Bosnia y la Herzegovina. Aceptólas sin embargo, y desde entonces no ha vuelto nunca la cara atrás, ni ha manifestado el menor deseo de obtener un desquite, sino que ha ajustado una alianza con la misma Alemania, que le había tratado tan duramente. Hecho a mi parecer tan notable, como lo sería ahora la alianza de la Francia con esa misma nación.

Otro tanto tuvo lugar por lo que respecta a Italia. Tampoco titubeó en estrechar la mano que le ofrecía, y olvidando que aquel país acababa de desposeerle de la Lombardía y Venecia, ha concluido también con él una estrecha alianza; lo cual fue a su vez lo mismo que si España la pactase ahora con los Estados Unidos de América. Grande prudencia y grande habilidad ha mostrado, pues, Francisco José, tanto en el gobierno interior como en la política extranjera, y si a esto se añade su religiosidad sin hipocresía, su aplicación a los negocios, su celo por el bien público y todas las demás cualidades que he mencionado ya en otro capítulo, será fuerza reconocer que merece un lugar muy distinguido entre los Monarcas de su siglo.

CIV.
Viena, de 1878 a 1885.

La Corte de Viena.—El Príncipe de Hohenlohe, Mayordomo mayor.—Otros altos funcionarios.—Fiestas palaciegas.—Bailes y banquetes.—Funciones religiosas.—La procesión del Corpus.—El Lavatorio del Jueves Santo.—La política austríaca.—Los Ministros y jefes de partido.—Schmerling, Decano de los liberales.—Anersperg, centralista.—Hohenwart, federalista.—Liechtenstein, clerical.—Los checos Krieger y Clam.—Tres Ministros más importantes que los demás.—Beust. autor del dualismo.—Andrassy, que concluyó la alianza con Alemania.—Taaffe que logra durar catorce años.—Haymerle y Kalnoky continuaron la obra de Andrassy.—Los periódicos de Viena.

La Corte del Emperador de Austria tiene más importancia que la de otros Estados de Europa, porque a pesar de las reformas constitucionales, no ha variado en nada de lo que era en otros tiempos. En Hungría ha sufrido algunas modificaciones; en Austria ninguna. Todo tiene allí un

carácter cerrado y exclusivo, al punto de que no son admitidas en las fiestas de Palacio ni aun las esposas de los Ministros, si no tienen el número de cuarteles de nobleza necesario. Una hija del célebre Duque de Malakof, casada con un Conde polaco, no pudo ser admitida, porque los abuelos de su padre no eran nobles.

Dicen los austríacos que el aparato y la etiqueta que allí se observan han sido traídos de España, y en España es común el creer que nos han venido de Austria. Probablemente la verdad será que españoles y austríacos los han tomado de la Borgoña. Es la pompa palaciega tan antigua como el mundo. Conocíanla los egipcios y asirios, según lo vemos en sus bajorrelieves y pinturas. De allí la tomaron los persas, y de los persas los griegos, y de éstos los romanos. Floreció con esplendor en Bizancio, y de aquella Corte copiaron algunos usos los Reyes bárbaros, que fueron estableciéndose en Europa después de la caída del Imperio de Occidente. La Borgoña, donde por razón de su riqueza y de su posición privilegiada se difundió antes que en otras partes el cultivo de las artes y el lujo de la vida, fue también la primera que adoptó en la Corte de sus Duques las antiguas ceremonias cortesanas. Y de Borgoña nos habrá venido de la manera más natural a españoles y austríacos con Felipe el Hermoso y Carlos V. Como quiera, esos antiguos usos subsisten y no dejan de tener sus ventajas al lado de algunos inconvenientes, pues mientras más socavan el trono los reformadores de todas especies, más necesario es que se le asegure el debido respeto por todos los medios posibles.

Mayordomo mayor y jefe de la Casa imperial era en aquella época el Príncipe Constantino Hohenlohe, perteneciente a una de las familias más antiguas de Alemania, o según algunos de Italia, donde se llamaron Altafiamma y fueron señores feudales de Lombardía. Pasados de allí a Alemania, consiguieron en ella un Principado independiente; pero han sido mediatizados en el siglo anterior. Hállanse divididos en varias ramas, y muchos Hohenlohes han ocupado grandes posiciones, no sólo en Alemania, sino también en Francia, como Generales, Gobernadores de provincias y altos dignatarios eclesiásticos. El de Viena tenía un hermano que era Canciller del Imperio alemán, y otro Cardenal en Roma. Distinguíase por una agradable fisonomía y un carácter simpático, y desempeñaba su puesto admirablemente, según lo probaba el orden y exactitud de todas las fiestas palatinas. Lástima era sólo que fuese muy pequeño de estatura, al punto de que entre el Cuerpo diplomático solía ser llamado por broma Pipino el Breve, nombre, como es sabido, de otro más célebre Mayordomo de Palacio. Su esposa, la Princesa María, era más bien fea que bonita, pero distinguida, inteligente y afable.

Después de Hohenlohe venían una porción de altos funcionarios con todos los cargos conocidos en las antiguas Cortes: Sumiller de Corps, Caballerizo mayor, Montero mayor, Gran Mariscal, y hasta un Cocinero mayor, que era el Conde Kinski. Había, asimismo, varios Maestros de ceremonias, de los cuales era el principal el Conde de Hunyadi, de quien ha dicho con gracia el Conde Vasili que era muy poco ceremonioso. Aunque no descendía de la antigua y famosa familia de los Corvinos, extinguida hace dos siglos, pertenecía a otra del mismo nombre más moderna, pero ilustre también y radicada en Hungría, y esto explica su posición en la Corte, donde es costumbre que haya siempre algunos nobles de aquel país, aunque sean de genio adusto.

El General Crenneville, a quien había conocido en Italia, era el Gran Chambelán, y después le reemplazó el Conde Fernando Frauttmansdorf, cuyos antepasados fueron compañeros de los Babenberg, primeros Marqueses de Austria, antes de los Habsburgos, y según las crónicas, asistieron 24 caballeros de la misma familia a la batalla de Machfeld. El Conde Fernando, que ocupaba también el puesto de Presidente de la Cámara alta, era un gran señor rico y amable, a quien por ser pomposo en todas sus acciones, daban el apodo de D. Magnífico. Pero no le faltaba talento ni ilustración. Su esposa, una Liechtenstein, había sido hermosa, del tipo de Juno, y de una Juno afable y discreta. Su conversación era por extremo agradable, y muchos la preferían por esa razón a otras bellezas más jóvenes.

El Barón Nopcsa, húngaro como Hunyadi y más cortesano que él, ocupaba el cargo de Mayordomo mayor de la Emperatriz, y la Condesa Goess, señora ya madura y respetable, el de su

Camarera mayor. Había, además, una multitud de damas y caballeros, que componían las servidumbres de los diferentes Archiduques. Ya he citado antes los que acompañaban a Isabel y María. A esos añadiré ahora el Conde Pejachevich, amable o ilustrado Mayordomo mayor de Carlos Luis; el General Messey de Bielle, que lo era de Raniero, y la linda Condesa Carla Attems, Camarera mayor de la Archiduquesa Inmaculada, la cual era sobrina de otra del mismo nombre, a cuya tertulia fue siempre muy asiduo el famoso poeta Metastasio.

Las fiestas principales de Palacio son los dos bailes que en él se celebran a principios del año. Al uno, llamado *Hofball* o baile de Corte, va el mundo oficial y todas las personas que son *hofföhig* o sea aptas por su posición y nacimiento para asistir a la Corte; al otro, dicho *Ball bei Hoffe*, o baile de la Corte, van sólo aquellos que reciben un convite especial, y, por lo tanto, es más exclusivo. A uno y otro asiste el Cuerpo diplomático. La sala de baile, que es blanca y oro, adornada con plantas y flores, ofrece un aspecto deslumbrador cuando se llena de hermosas damas ricamente vestidas y caballeros con vistosos uniformes, entre los cuales se distinguen por lo pintoresco los magnates de Hungría, Bohemia y Polonia. Las vienesas, procedentes de la mezcla de sangres muy diversas, son, en general, muy bellas.

¡Válgate Dios por Viena
y cuáles son tus mujeres!

dijo Calderón en una de sus comedias, y esto es siempre verdad, tanto en el pueblo como en la aristocracia. Además, tienen todas muy buen oído y mucha gracia; por lo cual bailan de una manera admirable. En los bailes de Corte, algunas figuras del cotillón, en que se mueven reunidas muchas parejas, ofrecen una vista tan agradable como las que ejecutan las bailarinas de la Ópera.

La cena es servida en varias mesas pequeñas, colocadas en diferentes salas. En la principal, presidida por los Emperadores, toman asiento los Embajadores; en las otras, presididas por las Archiduquesas, los Ministros Plenipotenciarios y sus señoras. Todo es allí rico, elegante y bien ordenado, y para colmo de placer para los que no gustan de trasnochar, la fiesta empieza y acaba siempre temprano. A las nueve se llega, y poco después de media noche se retiran los Emperadores y se van también los convidados.

Los banquetes de Palacio eran más numerosos que los bailes, y los había de tres clases: militares, a los cuales asistían por turno los Oficiales generales residentes en Viena; civiles, que comprendían a Ministros, Senadores, Diputados y altos funcionarios, y por último diplomáticos, a los cuales estaban convidados, también por turno, los Embajadores y Ministros extranjeros. Todo en ellos era excelente, y hacía honor al buen gusto del Conde de Kinski, que desempeñaba, según ya he dicho, el cargo de Cocinero Mayor o «Grand Queux» (*cocus*) como le llamaban antiguamente en Francia. Y eran asimismo tan cortos, en su género, como los bailes, pues por numerosos que fuesen los asistentes, nunca duraban más de una hora. Antes y después, había un círculo de Corte, en que el Emperador y la Emperatriz se dignaban hablar con cada uno de los convidados, y era la ocasión en que más se veía a la Emperatriz y se podía decir que se había hablado con ella, porque si bien tenía también círculo en los bailes, el concurso en ellos era tan numeroso que no era posible decir más que pocas palabras.

Hay igualmente varias solemnidades religiosas en las cuales figuran los Soberanos, porque el Centro y el Oriente de Europa ha tenido, lo mismo que el Occidente y Mediodía, sus Santas coronadas, como Isabel, Matilde y Cunegunda, y sus Santos Emperadores y Reyes, como Esteban, Casimiro, Leopoldo y Enrique, y éstos han dejado modelos de piedad a los Monarcas sus sucesores. La procesión del Sábado Santo, por ejemplo, es sobremanera solemne. Estando Viena muy cerca ya del Oriente, donde los griegos conmemoran la Resurrección del Señor en la noche del sábado, no la celebran allí por la mañana, como los occidentales, sino por la tarde, y con este motivo tiene lugar la procesión de que hablo. Verifícase en el patio interior de Palacio, y le presta mucho realce la asistencia de los Soberanos y de toda la Corte. La Emperatriz Isabel asistió siempre a ella mientras que se lo permitió su salud.

Otra procesión notable es la del Corpus Christi, en la cual van también a pie los Emperadores. Recorre varias calles principales, como sucede en Madrid, y tiene de particular que la comitiva imperial va formada, no por orden de empleos, sino por el de las condecoraciones civiles y militares. Empieza por las menos ilustres y acaba por los Caballeros del Toisón, que caminan cerca ya del Soberano. Todas son famosas, principalmente las de San Esteban, María Teresa, Leopoldo y la del Toisón, dividida desde el siglo XVIII entre España y Austria, sobre cuyo origen, como sobre el de la Jarretiera, hay dos versiones, una oficial y otra popular. Según la primera, fue instituida en el siglo XV por el Duque Felipe el Bueno de Borgoña, cuando se casó con la infanta Isabel de Portugal, haciendo tal vez una poética alusión a las hazañas de los Argonautas. Según la segunda, la estableció aquel Duque en honor de su querida, la bella María de Crumbruge, cuyos cabellos le parecían a él color de oro, aunque sus mismos cortesanos decían que eran de un rojo muy subido.

La vista de tantos Caballeros Grandes Cruces de esas diversas órdenes, no deja de ser imponente, si bien, como acontece en todas partes, haya muchos que no sean de un mérito extraordinario, sin duda para que esto modere la vanidad de los demás. A cuyo propósito no puedo menos de recordar cierta anécdota, referida por Saint Simón. Cuenta, pues, que el Duque de Choiseul se puso tan ufano cuando le concedieron la banda azul de la orden del Espíritu Santo, que no hacía más que mirarse en todos los espejos que encontraba. Advirtiólo su bella amiga, la célebre Ninon de Lenclos, y cansada de ello, le dijo al fin un día: «Señor Duque, si le vuelvo a coger mirándose la banda en el espejo, le recordaré quiénes son sus compañeros».

Es asimismo notable la ceremonia del Lavatorio de los pies de doce pobres, que se celebra en la Corte de Viena como en otras católicas, en memoria del que se dignó hacer a sus doce apóstoles el Salvador de los hombres. En Oriente, donde a causa del clima, andaban todos casi siempre descalzos, era muy común el uso de lavar los pies a los caminantes. Leemos en la *Odisea* que la bella Elena se los lavó a Ulises, y las lindas criadas de Penélope a Telémaco y a Laertes. Cuando los ángeles visitaron en figura de hombres a Abraham, lo primero que éste hizo fue ofrecerles agua para los pies. Pero la acción de nuestro Salvador pareció con razón extraordinaria, porque nunca se hubiera creído que el Divino Maestro se los lavase a sus discípulos. Aquel acto de amor y humildad pareció a todos tan prodigioso, que en los primeros tiempos de la Iglesia, pensaron algunos Padres que Nuestro Señor había querido establecer por ese medio un octavo Sacramento. Y por eso también ha sido conmemorado siempre en la Iglesia, y lo han imitado en el Jueves Santo el Papa mismo y los Monarcas y Obispos, lavándole los pies a doce mendigos.

Probablemente esa ceremonia tenía al principio mucha más verdad que hoy, y vemos que todavía en el siglo XVI se ejecutaba con menos melindres, como lo prueba el ejemplo de Margarita de Parma. Esta Princesa, hija natural de Carlos V y Regente de los Países Bajos, era fea, bigotuda y hombruna; pero tenía un alma tan piadosa, que exigía que los doce pobres que lavaba tuviesen los pies realmente sucios. En la actualidad se los hacen lavar antes, y todo está reducido a una simple ceremonia. Mas así y todo tiene un carácter de humildad, tan bello como edificante.

Inspiraba mucho interés en Viena la modestia y sencillez con que la Emperatriz Isabel, ayudada de sus damas, algunas de las cuales eran tan hermosas como ella, hacía el acto de lavar a doce ancianas pobres y ponía luego los platos en la mesa que les estaba destinada. El Emperador, acompañado de todos los Archiduques, lavaba y servía también a doce ancianos, y lo hacía con una naturalidad que no excluía la grandeza. Un público escogido obtenía billetes de entrada para esta función tan piadosa, y no sólo los católicos y protestantes, sino hasta los turcos y japoneses que la veían, confesaban que era una cosa admirable.

Esto es lo más notable que recuerdo de la Corte de Viena, y ahora pasaré a referir cuáles eran los Ministros y hombres de Estado austríacos. Aquel Imperio ha tenido en todas épocas algunos de bastante mérito. Carlos V empleó mucho los talentos de Granvela y Gattinara. Fernando II se aconsejó sobre todo de jesuitas y frailes, a quienes fue debido aquel imprudente Edicto de restitución, que tanto fomentó la guerra de Treinta años. El Príncipe Eugenio y Zinzendorf, sirvieron con celo a Carlos VII. Kaunitz fue director de la política de su país durante el reinado de

María Teresa, e ideó una inesperada alianza del Austria con la Francia, haciendo que aquella orgullosa Soberana escribiese de su puño a la Marquesa de Pompadour, querida de Luis XV. El resultado no correspondió a las esperanzas que en ello se fundaban; pero aquel Ministro conservó la fama de un consumado diplomático.

José II fue su propio Ministro, porque imbuido en las ideas de los filósofos de su siglo, y sintiendo involuntariamente la influencia de Federico de Prusia, disminuyó, sin consultar a nadie, la autoridad de los nobles, abolió las costumbres feudales, suprimió más de mil conventos, concedió la libertad de conciencia y se mezcló hasta en los pormenores del culto; por lo cual, Federico solía llamarle mi primo el sacristán. Su hermano Leopoldo, que le sucedió en el trono, tuvo que anular casi todas estas prematuras reformas. Con todo, dejaron allí una semilla que ha producido después un espíritu más tolerante que el que reina en Italia y España.

Ministro de Francisco I fue el famoso Metternich, hombre de gran talento, quien, como ya hemos dicho, dirigió, no sólo la política del Austria, sino la de toda Europa durante la primera mitad del siglo pasado. Caído, al fin, este hombre de Estado a impulso de las revoluciones, el Austria ha tenido después bajo el Emperador Francisco José, tantos Ministros cuantos lo exigían las continuas oscilaciones de su política. El Príncipe Félix Schwarzenberg, contuvo con mucha energía el movimiento revolucionario de Viena en 1849; fue el Narváez de Austria. Vinieron más tarde diferentes Ministros constitucionales. Schmerling fue el primero, y yo le comparo a Martínez de la Rosa, por su amor ilustrado a la libertad, hermanada con el orden; por la buena fe con que había profesado siempre las mismas opiniones, y por la constancia con que las había defendido.

El Príncipe Adolfo Anersperg, Presidente del Ministerio a mi llegada, me hizo muy buena impresión. Gordo y pacífico, ilustrado y constitucional, parecía nacido para gobernar con una mayoría constitucional también y moderada, sólo que se veía combatido con mucha violencia por los federalistas y clericales. Es la familia Anersperg una de las antiguas de Austria, y en todas épocas ha habido alguno de ese nombre que brillara en las armas, la política o las letras. A principios del siglo XIX el Conde Alejandro Anersperg escribió, bajo el pseudónimo de Anastasio Grün, varias poesías muy populares. Sus *Paseos de un poeta vienés* y su *Cura de Kalenherg*, son finas sátiras, expuestas con un lenguaje claro y cortesano.

Unger, jurisconsulto muy distinguido, pertenecía, como Anersperg, al partido constitucional alemán y centralista, y también el simpático Chlumeski, y el elegante Coronini, cuyo nombre revela su procedencia de Gorizia, que tan cercana está de Italia.

En el partido contrario, formado de feudales, federalistas y clericales, había igualmente muchos hombres distinguidos. El Conde de Hohenwar, que cayó poco antes de mi llegada, era como el Bravo Murillo de Austria, un reaccionario declarado, con la añadidura, propia de aquel país, de ser feudal y federalista. Belcredi, venía a ser un instrumento de los jesuitas, y el Príncipe Adolfo Liechtenstein trabajaba por formar allí un centro católico, a semejanza del que existe en Alemania.

Son también los Liechtenstein una de esas familias cuyo origen se pierde en las tinieblas de la Edad Media. En el siglo XIII había ya un Ulrico Liechtenstein, que era Trovador o *Minesäanger*. Llegaron después a ser Príncipes independientes en premio de sus hazañas, y han brillado en todos tiempos. Como *stein* significa piedra, dijeron durante la guerra de Treinta años que el Emperador Fernando II tenía tres piedras preciosas: Liechtenstein, Dietrichstein y Wallenstein. Este último acabó trágicamente; los otros dos merecieron mucha fama. En el pasado siglo ha habido varios Generales del nombre de Liechtenstein y también algunos diplomáticos y hombres de Estado. La hermosura es hereditaria en la familia, pues en general las mujeres son bellas y los hombres gallardos. Y todos grandes señores y personas simpáticas.

En las filas de otros partidos se señalaban Suess, gran liberal; Schönerer, violento alemán y furioso antisemita; Krieger, jefe de los bohemios más jóvenes, y Clam-Martinitz, gran señor y corifeo de los feudales y moderados de aquel Reino. Por último, Kronoewetter, hijo de un obrero, pero educado en la Universidad de Viena y dotado de cierta elocuencia natural, representaba al

bando más radical y democrático. Y es característico de aquel país que cada jefe de partido tenga un Club o reunión propia que lleva su nombre, de modo que hay el *Club Hohenwart*, el *Club Liechtenstein* y el *Club Coronini*.

Pero los hombres políticos que más han durado como Ministros, dejando allí una huella sensible, han sido tres Condes: Beust, Andrassy y Taaffe, el primero sajón, el segundo húngaro y el tercero originario de Irlanda. Estableció el primero lo que se llama dualismo entre Austria y Hungría; concluyó el segundo la alianza con Alemania, y el tercero formó un Ministerio de coalición y conciliación que duró catorce años. Ya he hablado de Beust en otro capítulo. Hablaré en este de Andrassy y Taaffe.

La familia Andrassy es originaria de Transilvania, de esa provincia de Hungría, indócil y belicosa, que ayudada por los turcos y gobernada por Príncipes valientes, luchó durante tres siglos contra todo el poder del Austria. Establecidos luego en Hungría, los Andrassy recibieron a fines del siglo pasado el título de Condes. Son, pues, nobleza moderna. Dotó la naturaleza al Conde Julio de un talento poco común y de un exterior simpático. Alto, moreno, con ojos negros y pelo negro y rizado, era de un tipo elegante, aunque recordaba un poco los caballerizos del Circo. Su anhelo fue siempre el ser un hombre a la moda, y mostraba más afición a frecuentar los salones que a ocuparse en cosas serias.

Era sobremanera perezoso. Cuando desempeñó el Ministerio de Negocios Extranjeros tenía dos o tres secretarios muy hábiles, que le redactaban casi todos los despachos, limitándose él a corregirlos. Recibía lo menos posible, y era muy difícil verle; por lo cual el día en que dejó su puesto fue de júbilo general para el Cuerpo diplomático y para todos los que tenían asuntos que tratar con él. No tenía tampoco mucha formalidad. Sucedió más de una vez que una Comisión de Senadores o Diputados, a quienes había dado cita, fuera a su casa inútilmente y oyera de boca del portero, que el Conde había ido a pasear a caballo por el Prater. Odiaba los pormenores y sólo se ocupaba de lo que él llamaba las grandes líneas de cada negocio.

Envuelto durante su juventud en los disturbios de Hungría, tuvo que huir al extranjero cuando el Emperador restableció allí su autoridad con el auxilio de la Rusia, y condenado a muerte, fue ahorcado en efigie en una plaza de Pest. Pero amnistiado después, volvió a su país con un ánimo aleccionado por la experiencia, y elegido Diputado, adoptó el programa conservador del famoso Deak. Hiciéronle pronto Ministro, y entonces dio muestra de las más brillantes cualidades, como orador y publicista. Establecido luego el dualismo, fue él quien vino a ponerlo en práctica en Viena, ocupando el Ministerio de Negocios Extranjeros.

Al principio siguió la política entonces en boga, que consistía en el acuerdo de los tres Emperadores; mas luego que la Rusia descubrió sus miras ambiciosas en el tratado de San Estéfano, comprendió que el Austria tenía necesidad de nuevas alianzas para contener aquella potencia. Ofrecíale Bismarck que ocupase la Bosnia y la Herzegovina; pero Andrassy le respondió que tenía ya el Austria en su seno bastantes cortadores de narices, aludiendo a los eslovenos y croatas, cuyas costumbres eran antes muy bárbaras. Insistió el Canciller alemán, y entonces el Conde hizo como la dama de Byron,

Que diciendo nunca consentiré, consintió.

Y no sólo consintió, aceptando aquellas dos provincias, sino que acabó por contraer la alianza de su país con la Alemania, del vencido con el vencedor; la cual tuvo en realidad una significación lisonjera para el Austria, porque hizo patente que la Alemania, después de haberla excluido de su confederación, no se creía segura sin su auxilio.

Taaffe era en muchas cosas lo opuesto de Andrassy. Ocultaba su buen sentido natural bajo un aspecto poco atildado. No desdeñaba los pormenores y sobresalía en el arte difícil de suavizar asperezas, unir voluntades y ganar amigos. Tenía en esto bastante parecido con nuestro Ministro Sagasta. Era amigo personal del Emperador, porque la Archiduquesa Sofía, madre de éste, le había dado a Taaffe por compañero de estudios y de juegos, cuando ambos eran niños, y decían en Viena que se hablaban de tú apenas se veían solos.

Había sido gobernador de varias provincias y conocía bien las necesidades de todas ellas, y sus diversas tendencias. Al principio no mostró mucha ambición; pero viendo que Anersperg no había conseguido mantenerse con el solo apoyo de los liberales alemanes, formó el proyecto, grato también al Soberano, de gobernar con una coalición de conservadores alemanes, clericales, feudales, polacos y checos, y lo consiguió, como he dicho, durante catorce años. Veíasele poco en los salones, porque de día trabajaba mucho, y de noche pasaba su tiempo en las cervecerías, según lo probaba el color amoratado de sus narices.

Cuando cayó el Ministerio Anersperg ante los ataques de federales y feudales, Andrassy dio su dimisión, y entonces entró a reemplazarle en Negocios Extranjeros el barón de Haymerle, de quien he hablado ya en otro capítulo. Una enfermedad del corazón le arrebató a los pocos meses, y fue sustituido por el Conde de Kalnoky, que había sido mi colega en Londres. Uno y otro continuaron la política de Andrassy, y aun la robustecieron más y más, constituyendo la triple alianza por medio de la adhesión de la Italia, a la que ya existía entre Alemania y Austria.

Kalnoky era, como Haymerle, un diplomático de carrera y hombre afable y laborioso, por manera que se vio pronto muy querido, así en la sociedad como entre el Cuerpo diplomático. No sólo nos recibía en días fijos, sino también cada vez que ocurría algo urgente. En uno solo se hallaban inaccesibles tanto el Conde como los altos empleados de su Ministerio, y era el sábado, porque hay allí la excelente costumbre de que en ese día se reúnan todos para leer juntos los principales despachos políticos y comerciales que llegan de todas partes; lo cual produce el buen resultado de que cada Director se halle al corriente de cuanto sucede, y aun es probable que las opiniones que emiten sean útiles para el mismo Ministro.

Para completar esta materia diré también algo de los periódicos de aquel país, que son ya muy numerosos y de varios colores.

El principal de todos es *La Nueva Prensa libre*, órgano del partido liberal alemán y diario de grandes dimensiones, bien escrito, bien informado y bien impreso. Dicen que pertenece a judíos; pero sus opiniones son las de la alta banca, el comercio y la burguesía. Viene a ser como el *Times* de Austria. El *Frémden Blatt* u *Hoja de los Extranjeros*, es semioficiosa, como también la *Correspondencia política*. *La Patria*, clerical y feudal, es la lectura predilecta de las viejas señoras devotas. La Preyísa, retrógrada también, tiene ideas más ilustradas. El Tagblatt es un diario popular, liberal y barato, que trae siempre muchas noticias, unas verdaderas, otras no tanto.

Hay también allí periódicos satíricos. Si Berlín se ufana con el *Kladeradatsch* y Munich con el *Fliegenden Blatter*, Viena posee *La Pulga* y el *Kíkiriki*, que no tienen menos gracia.

CV.
Viena, de 1878 a 1885.

El Cuerpo diplomático extranjero.—Frialdad con que es acogido.—Posición excepcional del Príncipe de Reuss.—Visible prestigio de la Alemania.—Los Embajadores Elliot y Paget.—Simpatías que allí inspira Inglaterra.—D'Oubril y Labanof.—Partidarios que aun conserva la Rusia.—El Conde de Robilant, primero sospechoso, después amigo.—Buena posición de Duchatel.—Prestigio de los Nuncios Jacobini y Vannutelli.—Posición poco agradable de Edhem Bajá.—Los Ministros Plenipotenciarios.—Espíritu separatista de Baviera, Sajonia y Wurthemberg.—Dificultades que suscitan los tres nuevos Estados del Danubio.—Lujo del Conde de Valmar, Ministro de Portugal.—Agradable posición que tuve yo en Viena.

El Cuerpo diplomático de Viena ha sido siempre muy brillante, porque tratándose de una Corte tan aristocrática, todas las naciones procuran mandar a ella representantes, no sólo inteligentes, sino muy distinguidos. Mas a pesar de eso, son muy pocos los que consiguen una acogida afectuosa. Algunos de mis colegas estaban tan quejosos de aquella sociedad que,

generalizando demasiado, decían que los Diplomáticos no estaban allí más que tolerados. Más exacto sería decir que los acogen con una frialdad notable.

Son varias las causas que contribuyen a esto. Perjudícales, en primer lugar, como en Londres, su mismo número. Entre Jefes y Secretarios éramos más de cien personas; por consiguiente, no era fácil convidarnos a todos, fuera de los grandes bailes. En las pequeñas reuniones íntimas sólo eran admitidos los más elegantes o simpáticos, prefiriendo a veces un Secretario a un Embajador. En segundo lugar, la sociedad de Viena es tan rica que no necesita de las reuniones de los Diplomáticos para divertirse, y por lo tanto, no los busca ni adula. En tercero, es tan homogénea, que forma como una sola familia y prefiere, sobre todo, hablar alemán y tratar de sus intereses locales sin testigos extranjeros. Por fin, según lo explicaré en el capítulo especial que le dedico, aquella sociedad tiene un espíritu de exclusivismo que las revoluciones modernas, no sólo no han disminuido, sino que han aumentado bastante. Como quiera, la tarea de penetrar en los salones de la aristocracia vienesa es algo difícil. Se necesita allí más tiempo y más paciencia que en Londres, y lo principal es no querer imponerse, sino esperar tranquilamente a ser conocido y apreciado.

En aquella época la Embajada que representaba el primer papel era, como es natural, la de Alemania, a causa de la reciente alianza. Era Embajador el mismo Príncipe de Reuss, de quien he hablado en un capítulo de Constantinopla, que había sido Secretario en París durante el segundo Imperio y se distinguía por su urbanidad y buenas formas. Su esposa, una Princesa de Weimar, era igualmente muy amable y elegante. La Alemania acababa de construir en Viena un hermoso Palacio con el dinero que había recibido de Francia, y en él daban los Príncipes fiestas muy lindas, en las cuales hacían gala de una exquisita cortesía. Recuerdo, por ejemplo, que en una ocasión en que daban una comedia de sociedad, no se sentaron ni él ni ella hasta que todos los numerosos convidados habían tomado asiento con toda comodidad.

Tanto el Príncipe como la Princesa tenían aficiones artísticas, lo cual realzaba su mérito. Por lo demás, no diría toda la verdad si no añadiese que, a pesar de la alianza de las dos naciones y de las bellas cualidades que a ellos los adornaban, no dejaba de haber aun algunas damas de ideas anticuadas, que los miraban con cierta prevención por ser los representantes de Bismarck, a quien no habían perdonado todavía sus victorias del año 66.

Donde se veía más completamente el prestigio de la Alemania y de su Embajador era en las esferas oficiales, pues no sólo trataba Reuss con Kalaoky los grandes negocios, sino que no se resolvía ya nada en Viena sin que con él se consultase.

La Embajada de Inglaterra ha sido siempre allí muy bien vista, porque desde los tiempos en que Marlborough los ayudó a contener la ambición de Luis XIV, profesan los austríacos mucha estimación a aquel país. Aumentóse ésta, naturalmente, cuando Wellington les ayudó también a contener la de Napoleón I, y se afianzó de tal modo, que ni las reformas liberales de los whigs ni las excentricidades de Gladstone han bastado para borrar esas antiguas impresiones. Para la sociedad de Viena todo Diplomático inglés es, sin más examen, un gentleman más o menos «tory», a quien se puede recibir con entera confianza. La facilidad con que los ingleses aprenden el alemán, a causa del origen común de ambas lenguas, es también motivo para que sean bien acogidos en Austria.

Era entonces Embajador de Inglaterra Sir Henry Elliot, a quien puedo llamar mi amigo, porque nos habíamos tratado ya mucho en Turquía. Mylady, su mujer, y la simpática Miss Gertrudis, su hija, hacían muy agradable la Embajada con su afable cortesía. Él era algo seco, pero veraz y seguro. Marchóse pronto, por haber cumplido la edad reglamentaria, que en Inglaterra son los setenta años, y le reemplazó Sir Augustus Paget, conocido también mío, en razón a que habíamos sido colegas en Dinamarca, y nos habíamos vuelto a encontrar en Florencia. Era, como ya lo he dicho, un caballero de ilustre linaje, inteligente y afable, por lo cual tuvo pronto una posición excelente. Su esposa, aunque más joven y hermosa que Lady Elliot, no pudo conseguir la misma acogida, sin duda porque no era inglesa, sino prusiana, y por consiguiente menos simpática a la aristocracia austríaca.

La política de Inglaterra en aquel país es siempre la de una Potencia conservadora, que desea el *statu quo* en Oriente. Elliot no luchaba allí con rivalidades terribles, como en Constantinopla, y la Embajada toda tenía un carácter de diplomacia pacífica, más ocupada de jugar al *lawn tennis* que de descubrir las intrigas de otras naciones. Las fiestas que allí se daban eran de grande elegancia.

D'Oubril, primero, y Labanof, después, fueron en mi tiempo Embajadores de Rusia. Esta nación había sido desde la época de Alejandro I hasta hace poco tiempo la íntima aliada y casi directora del Austria como de las demás Potencias alemanas, de manera que nada se hacía en Viena sin consultarla. La guerra de Crimea la hizo al fin sospechosa, y la del año 77 acabó con su prestigio. Todos comprendieron que aspiraba a una preponderancia exclusiva en el Oriente de Europa. El Congreso de Berlín defraudó estas ambiciones, pero quedó siempre el peligro de que se renovasen con el auxilio de la Francia, y esto producía cierta frialdad en las relaciones de ambos países. Con todo, algo quedaba siempre de la antigua amistad de los Emperadores, y la Rusia tenía allí todavía bastantes partidarios, según podía notarse en las discusiones del Senado. El Barón Hübner, por ejemplo, quiso más de una vez probar la conveniencia de una alianza con la Rusia y se atrajo contestaciones harto vivas del Barón de Haymerle, que era entonces Ministro de Negocios Extranjeros y defensor de la alianza alemana. Podíase comparar en aquella época la situación de la Rusia en Viena a la de una esposa antes querida y después divorciada, que se encuentra en los salones con su primer esposo y con la rival que la ha usurpado su cariño. Resígnase cuanto puede, pero no abandona la esperanza de volver a ser amada y preferida.

D'Oubril y yo nos conocíamos desde los principios de nuestras carreras, aunque él era de más edad, puesto que desempeñaba ya el cargo de Secretario en Lisboa cuando yo fui allí de agregado en el año 44. Era gran lingüista, muy instruido, y como buen ruso, estaba muy al corriente de la literatura contemporánea. En su casa no faltaban nunca las revistas francesas e inglesas, ni los últimos libros históricos de Broglie y Duruy, ni la última novela de Bourget. Viudo y sin hijos, no daba grandes fiestas, pero sí buenas comidas. Bismarck, que no le podía sufrir por la oposición que había hecho a su política, no tuvo paz hasta que el Zar le trasladó desde Berlín a Viena; y cuando oía decir a alguno que sentía su partida, contestaba con un tono sarcástico: «Tenéis mucha razón, porque su cocinero era excelente». En Viena era muy querido de todas las damas, que le habían conocido años atrás como Secretario. D'Oubril, por su parte, las admiraba mucho, singularmente a la bella Condesa Trauttsmandorf, nacida en Liechtenstein, sin duda porque ella era muy alta y él muy pequeñito.

Del Príncipe de Labanof he hablado ya, por haberle conocido en Turquía. Aunque instruido, como D'Oubril, se mostraba cada día más holgazán, a la manera de Istúriz, Andrassy y tantos otros. Su Secretario Fonton, que era inteligente y celoso, le recordaba algunas veces la necesidad de escribir algún despacho sobre los sucesos de Viena. Mas, por lo general, no le hacía caso, y unas veces le respondía que la cosa no era bastante interesante; otras le decía que no valía la pena, porque en San Petersburgo no lo leerían. Y, sin embargo, había logrado adquirir cierta reputación, y fue nombrado Ministro de Negocios Extranjeros a la muerte de Giers. Cuantos le conocíamos nos admiramos mucho de ello; mas se ve que basta ser inteligente y tener dos o tres ideas oportunas en un momento dado, para conseguir los más altos destinos. Al igual de su predecesor D'Oubril, daba Labanof buenas comidas y hacía la corte a las damas, a pesar de ser ya bastante maduro. El recuerdo de sus amores con una bella levantina, que he referido en otro capítulo, le hacían siempre interesante a los ojos del bello sexo.

Era Embajador de Italia el Conde de Robilant, hijo de aquella Condesa de este nombre, que fue Camarera Mayor de la Reina María Teresa de Cerdeña y amiga del Rey Carlos Alberto. El vulgo lo creía hijo de este Soberano, y la verdad es que se le parecía mucho en lo alto, lo feo y lo señor. Había llegado a ser General antes de recibir la Embajada, y le faltaba el brazo izquierdo, que había perdido en Novara, lo cual le daba un aire muy marcial. Conservaba siempre sus aficiones militares, y muy a menudo salía temprano de su casa para asistir, entre el pueblo, a la parada y relevo de la

guardia en la plaza del Palacio Imperial. Su esposa era una Condesa Clary, de buen parecer y de familia austríaca, y ambos eran muy amables y daban espléndidos banquetes y bonitos bailes.

A su llegada a Viena tuvo Robilant que luchar con muchas dificultades, porque el Representante de Italia era todavía un personaje poco grato al acabar la crisis del año 70, y damas hubo que se negaron a recibirle. Pero poco a poco fue venciendo esas prevenciones, y cuando al fin. concluyó la alianza de su país con Alemania y Austria para formar la famosa Tríplice, se convirtió de rival en amigo, y de sospechoso en confidente. Era hombre laborioso, que dirigía por sí mismo los pormenores de la Embajada, y por cierto que la cordialidad de nuestras relaciones me permitió conocer una costumbre de las cancillerías italianas, que me parece interesante, y es que el Ministerio de Negocios Extranjeros de aquella nación cuida de enviar a todas sus Embajadas y Legaciones copias litografiadas de cuantos despachos se refieren a los asuntos que tratan. De esta manera el Conde de Robilant sabía perfectamente lo que el Gobierno francés, por ejemplo, había manifestado al Representante de Italia en París sobre tal o cual materia interesante, y a su vez sabía éste lo que le decían a Robilant en Viena. Nada de esto sucede, por desgracia, en España, y recuerdo entre otros casos el de las negociaciones que se siguieron una vez para la neutralización del istmo de Suez, durante las cuales mi amigo el Marqués de Casa-Laiglesia, nuestro Ministro en Londres, supo sólo por el Libro Azul inglés lo que el Conde de Kalnoky me había dicho sobre aquel asunto.

Fueron sucesivamente Secretario de Robilant, Galvagna y Curtopassi, dos jóvenes de instrucción y talento. El segundo se había distinguido mucho como Encargado interino de Negocios en México durante los últimos azarosos días del infeliz Emperador Maximiliano, a quien prestó diversos servicios, que la Corte de Austria le premió con la Gran Cruz de Francisco José.

La Francia, cambiando continuamente Ministerios, cambiaba también sus Embajadores. Primero lo fue el Conde de Vogüé, gran señor y buen diplomático, a quien había conocido en Turquía. Después, el Conde de Duchatel, cuyo padre, monárquico del justo medio, había sido Ministro de Luis Felipe; y monárquico también era el hijo, aunque servía a la República, con la esperanza, sin duda, de que pronto se restablecería en Francia la realeza. Esto le hizo ser bien recibido en Viena, así como su mujer, que era tan hermosa como elegante. Daban fiestas espléndidas, y fue lástima que su Embajada duró poco, en atención a que después del retraimiento del Conde de Chambord, el fracaso de Mac-Mahón y el decreto desterrando a los Príncipe de Orleans, el Conde se apresuró a dar su dimisión, dejándonos un inolvidable recuerdo.

Su sucesor Tesseyrenc, pasaba por muy inteligente en filosofía y ciencias sociales, y gozaba de cierta autoridad en su país. Pero sus formas no eran como las de Duchatel, y además, no podía, en su calidad de republicano, ser persona grata en una sociedad tan legitimista como la de Viena. El Duque de Abrantes y el Conde de Montmarín, eran secretarios brillantes, y sus señoras, distinguidas también, recibían con mucho agrado. La posición de Francia era entonces muy delicada, durando todavía la sorda hostilidad de Bismarck, en quien se veía casi el deseo de recomenzar otra guerra, a fin de impedir la resurrección de su rival. Ni había por otra parte en Francia, la cordura necesaria para hacer vanos los proyectos del Canciller alemán. Se necesitó la caída de éste y la alianza franco-rusa para que aquella nación recobrase al cabo la seguridad de que carecía.

El Nuncio de S. S. es siempre un gran personaje en Viena, y su prestigio natural se hallaba entonces realzado por el mérito poco común de Monseñor Luis Jacobini, que era la persona revestida de tan alto cargo. Era sobrino de aquel Camilo del mismo nombre, único Ministro seglar que conservó Pío Nono a su regreso de Gaeta, encargándole la cartera de Obras públicas, y al cual se debió la construcción del magnífico puente de piedra que une la Riccia con Genzano. La familia Jacobini posee algunos bienes en este último pueblo, y se ha distinguido siempre por su devoción a la Santa Sede. Varios sobrinos de Camilo han sido príncipes de la Iglesia, y el Nuncio en Viena fue después Cardenal, y descolló entre todo el Sagrado Colegio por su saber y prudencia. Pequeño de cuerpo, pero con unos ojos negros y vivos como dos centellas, era una figura inolvidable. Docto, amable, jovial y conciliador, parecía nacido para el puesto que ocupaba, y también para el de Secretario de Estado, que desempeñó después hasta su muerte.

A él se debieron algunas modificaciones importantes en las leyes confesionales del Ministerio Anersperg, que tanto habían disgustado al Papa, especialmente en lo que se refiere a la educación de la juventud católica. Jacobini empezó también las negociaciones para establecer un *modus vivendi* en Alemania, y visitó con este objeto a Bismarck en Gastein. Y al mismo tiempo que defendía los intereses de la Santa Sede, sabía hacerse querer de católicos y protestantes. Sólo tuvo una vez dificultades con las señoras de Viena, y fue por el motivo siguiente:

La Duquesa de Hamilton, esposa del Príncipe de Mónaco y tan voluble como bella, quiso anular su matrimonio, y los tribunales eclesiásticos de Roma le dieron razón, de tal suerte que pudo pasar a segundas nupcias con el Conde de Festetics, noble húngaro, joven, rico y gallardo. Pareció esto poco justo a las damas de Viena, porque decían que aquellos tribunales no podían ignorar que la Duquesa tenía de antiguo relaciones amorosas con Festetics y que todos los papeles y testimonios que había presentado en el proceso eran puras invenciones. Y era tal la libertad con que desaprobaban la sentencia de la Curia, que el prudente Jacobini no tuvo más remedio que dejar de ir a sociedad por espacio de algunas semanas, a fin de no encontrarse con sus terribles enemigas hasta que éstas calmasen sus ánimos.

Vicente Vannutelli, sucesor de Jacobini, era también un Prelado de mucho mérito, que algunos ponen entre los llamados papables, o dignos de llegar a ser Papas.

La Turquía tuvo mucho tiempo por Embajador a aquel Edhem Bajá, que era Gran Visir a mi salida de Constantinopla, hombre culto, inteligente y muy celoso en el servicio de su país. Su situación no era muy lisonjera, pues si bien comprendía cuáles eran las tendencias naturales del Austria hacia Salónica, tenía que hallar buena la ocupación de la Bosnia y la Herzegovina y aun contribuir a que se convirtiera virtualmente en una posesión definitiva. Era esto traído por la fuerza misma de las circunstancias, puesto que así lo exigía el equilibrio de Oriente. Además, aunque aquellas provincias no estaban del todo contentas, es preciso confesar que se mostraban por lo menos resignadas, habiendo ambas ganado mucho bajo el dominio del Austria, especialmente desde que las administraba el Ministro de Hacienda Kallai, hombre dotado de cuantas condiciones de entendimiento y carácter son necesarias para introducir en un país la cultura europea y hacer reinar en él la paz y la justicia.

El Decano de los Ministros Plenipotenciarios era el Conde de Bray, representante de Baviera, el cual tenía una posición excepcional a causa de las alianzas de familia, siendo bávara la Emperatriz, y estando casadas en aquel país dos Archiduquesas. Era hombre de mucha edad, pero tan bien conservado, que todavía montaba a caballo como un joven. La Condesa, su mujer, una Dentici de Nápoles, había tenido mucha habilidad para intimar con las damas vienesas. Estaba siempre en casa por las tardes y allí se sabía todo lo que pasaba en la ciudad. Era el gran recurso de los noticieros, como la Condesa de Menou en Roma y la de Bille Brahe en Copenhague. Daban los Brays frecuentes comidas, y aunque su cocinero era muy mediano, por no decir malo, la elección de los convidados y la cordialidad de la Condesa, que aunque jamona era muy viva, las hacía sumamente agradables.

Maucler, Ministro de Wurtemberg, cuyo nombre está indicando su descendencia de algún refugiado protestante francés del tiempo de Luis XIV, unía la viveza de aquella nación con la formalidad alemana. Su mujer, una Bethman de Francfort, era jovial y agraciada. En su salón se reunían por las noches una docena de personas amables que departían sin ceremonia. El Conde Edmundo Zichy, benemérito de las artes, y la Condesa Gallenberg, con sus bellas hijas, eran sus tertulianos más asiduos. No olvido nunca los ratos alegres que he pasado en aquella casa.

Asiduo concurrente era allí Helldorf, Ministro de Sajonia, que había hecho la última campaña de Francia, como ayudante de su Rey, y recibió después aquella misión. Había perdido un ojo en la caza; pero esto no quitaba mucho a su natural elegancia. Fuimos muy buenos amigos, y frecuentábamos casi siempre las mismas tertulias.

Estas tres Potencias, Baviera, Sajonia y Wurtemberg, son un ejemplo notable de lo que se llama suerte, aunque no es más que un efecto natural de multitud de circunstancias. Las tres poseen

una historia gloriosa. La Suabia tuvo un día Emperadores poéticos y belicosos, a quienes perjudicó únicamente sus querellas con la Santa Sede. La Baviera estuvo a punto de ceñir la corona de España, y no dejaba de merecerla. La Sajonia dio grandes Emperadores a la antigua Alemania, y obtuvo en el siglo pasado el cetro de Polonia, que por desgracia no conservó a causa de las intrigas de Catalina. Ninguna de ellas ha alcanzado, pues, la gran situación que tienen la Prusia y el Austria. Su destino ha sido menos brillante. Con todo, lo ha sido bastante para que el recuerdo de sus antiguas grandezas mantenga en ellas un espíritu muy marcado de dignidad y particularismo.

Tres nuevas naciones, Rumanía, Bulgaria y Servia, nacidas de la última guerra de la Rusia con la Turquía y que pudiéramos llamar Estados del Danubio, forman también como un grupo separado en el sistema de Europa. Sus Ministros o Agentes, Carp, Stang y Christich, personas ilustradas y hábiles, tenían bastante buena posición en las esferas oficiales, porque el Austria cultiva mucho la amistad de sus Gobiernos a fin de que no embaracen la libre navegación del Danubio, ni se conviertan en posiciones avanzadas de la Rusia. Y no es igual la situación de todas ellas.

La Rumanía, gobernada por una dinastía alemana y más acostumbrada que las otras a un régimen independiente, propende a convertirse en una especie de Bélgica del Oriente, y es ya más alemana que rusa. Tuve la honra de conocer en Viena a sus Soberanos y quedé prendado de ambos, especialmente de su bella, inteligente y simpática Reina, que bajo el nombre de Carmen Silva ha publicado libros tan amenos como bien escritos.

La Bulgaria, que es la más atrasada, se halla también más dominada por la influencia moscovita. Viene a ser una pequeña Polonia. Cuando el Príncipe de Bathenberg quiso mostrar cierta independencia, los partidarios de la Rusia le arrebataron un día de su Palacio, como fue también arrebatado en Polonia el infeliz Rey Estanislao Poniatowski en tiempo de Catalina. Retiróse luego Bathenberg, sintiéndose odiado por la Rusia, y Fernando de Coburgo, hijo de Clementina de Orleans y ambicioso y despreocupado, trata ahora de sostenerse allí, captando la benevolencia del Zar a fuerza de humillaciones, y sacrificando hasta la religión de su propio hijo.

La Servia, después de varias alternativas, es la que parece más dispuesta a escuchar los consejos del Austria, y según un convenio concluido últimamente por el Ministro austríaco de Negocios Extranjeros, Goluchowsky, con el Gobierno ruso, puede el Austria influir allí sin contraste con tal de que deje a su vez las manos libres a la Rusia para influir en Bulgaria. Por desgracia la tarea del Austria es muy difícil, porque los servios están también poco menos atrasados que los búlgaros, sus partidos no conocen freno y su joven Rey Alejandro, ha sido hasta hace poco un mero juguete de su padre el antiguo Rey Milán, hombre de bastante talento, pero de costumbres tan estragadas, que vivía divorciado de su bella y discreta consorte la Reina Natalia, y escandalizaba al mismo Viena. De desear es que su hijo no le imite.

Volviendo a la enumeración de los Plenipotenciarios, citaré como nuevos y raros a los de China y Japón, por ser casi los primeros representantes de la raza amarilla en una Corte europea; y el del Japón principalmente, mostraba bien en todas sus acciones esa aptitud para civilizarse que ha hecho de su país la Potencia más importante del Asia.

El Conde de Yonghe, Ministro de Bélgica, gozaba, como Bray, de una posición ventajosa, después del casamiento del Príncipe Rodolfo con la Princesa Estefanía. La Condesa de Yonghe era muy guapa, y su casa un gran recurso para los diplomáticos. Durante el verano daban muy bonitas fiestas en una quinta que tenían cerca de la ciudad.

Los Condes de Essen, de Suecia, mis amigos de Copenhague, eran también una pareja muy simpática; ella siempre hermosa; él siempre amable.

Los Condes de Valmar, de Portugal, ambos asimismo distinguidos y afables, eran personas muy ricas, lo cual le permitía vivir con el lujo de Embajadores. En su casa tuve la honra de ser presentado al actual Rey D. Carlos, entonces Príncipe heredero, quien en aquella época estaba muy enamorado de la Infanta Doña Eulalia, y se hubiera casado con ella, si la opinión pública de su país, que teme siempre ser absorbido por España, no le hubiese sido contraria.

Citaré también por ser antiguos amigos míos a los Andrades del Brasil, Talbe, Knuth y Kier de Dinamarca, Akermán de Suecia y por fin Don Miguel Cané, Ministro de la República Argentina, hombre de mucho valer y sincero amigo de España.

En cuanto a mí, sólo diré que estuve allí sumamente contento, porque mi posición fue pronto muy grata, por efecto sobre todo del casamiento del Rey y del gran número de conocidos que tenía entre mis colegas. El personal de la Legación era también sobremanera agradable. Creus y Perojo, con sus amables señoras, Torrepalma, Baguer y Aranguren fueron para mí más bien amigos que secretarios. Sólo me contrariaba el no poder tener conmigo a mi familia a causa de la salud delicada de mi esposa, que no podía resistir aquel clima, y también por la escasez de mi sueldo.

Tuve mi habitación en el Seilerstatte, que es un punto muy central, y la amueblé, si no con lujo, al menos con comodidad y elegancia. Tenía en ella una sala bastante espaciosa, y para darle un carácter nacional, la adorné con buenas copias de los retratos de Carlos V y Felipe II, de Tiziano, y Felipe V y Carlos III, de Ranc, que están en el Museo del Prado, pareciéndome que rodeado de tan ilustres abuelos hacía mejor figura el de nuestro amado Alfonso XII.

CVI.
Viena, de 1878 a 1885.

La sociedad de Viena.—Su espíritu exclusivo.—Su carácter frívolo.—Tiranía de las señoritas.—Costumbres decorosas de las señoras.—Salones principales de aquel tiempo.—Recepciones de la Condesa Goes y de Hohenlohe.—La Condena Clam y la Princesa Dietrichstein tenían el cetro de la sociedad.—Carácter excéntrico de la Princesa Metternich.— Originalidades de la Condesa Taaffe.—El pianista Liszt en casa de Andrassy.—Zimialkosky y las señoras polacas.—Salón de la Baronesa Langenao.—Grandes bailes de Schwarzenberg, Anerperg, Pallavicino y Harrach.—Un abrazo que no se olvida.—Tertulia de la Baronesa Löwenthal.—Banquetes del Príncipe Kinski.—El Jockey Club y el Casino de la Nobleza.—La sociedad burguesa y la israelita.—Los paseos y el patinaje.

La sociedad de Viena es, como ya lo he dicho, una de las más exclusivas de Europa. La raza es amable, pero orgullosa. Nadie olvida en Austria la antigua preponderancia ni las antiguas glorias. Además, la aristocracia ha tenido siempre allí una situación muy privilegiada y le cuesta mucho renunciar a ella. Es verdad que las revoluciones modernas han dado entrada en el Gobierno a la clase media; pero esto mismo es una razón para que la aristocracia no la admita en sus salones. Ni mucho menos admite a los ricos judíos, aunque están ya emancipados por la ley. Los magnates austríacos no comprenden que los descendientes de aquellos mercaderes, tanto cristianos como israelitas, que hace pocas generaciones tenían tienda abierta en Viena, quieran ahora hombrearse con ellos. En una palabra, las costumbres están allí aun poco de acuerdo con las leyes, y si se hace una excepción en favor de los Rotschilds, esto nace de que son casi una potencia en el mercado europeo, pues «poderoso caballero es Don Dinero».

A este orgullo de raza anda unido en Viena cierto carácter frívolo, hijo igualmente del antiguo régimen aristocrático. Viven aquellas damas sin ocuparse apenas de otra cosa que de sus trajes y diversiones. Pocas son las que leen. Recuerdo que una vez fui con mi amigo el Conde de Bray a hacer una visita, y mientras la dueña de la casa no salía a la sala, nos cercioramos de que no había por allí libro alguno más que el *Almanaque de Gotha*. Algunas leen las novelas inglesas y también las del húngaro Jokai y las alemanas de Freitag y Ebers, pero son excepciones.

Además, por un resto también de añejas costumbres, no está bien visto allí el hablar del Emperador o de la Emperatriz, como no sea para elogiarlos, ni de religión ni de política. Sería cosa de mal tono. Ni se interesan tampoco en lo que acontece fuera del Austria, de tal suerte que están menos al corriente de lo que sucede, por ejemplo, en Inglaterra o Francia, que de lo que pasa en

China. Sus conversaciones versan sólo sobre cosas menudas de Viena, y especialmente las que interesan al círculo estrecho de la nobleza, y el resultado de esto es que les incomoda la presencia de los extranjeros, porque con ellos tienen que hablar de otros asuntos.

No se piense, sin embargo, que aquellas señoras se parezcan en lo gazmoñas a las legitimistas del barrio de San Germán. No hay nada de eso. Sus preocupaciones son sólo políticas. Pocas son las que se crían en conventos o colegios. La generalidad se educa en casa con una aya, la cual, aunque piadosa, es casi siempre despreocupada. Y como prueba del espíritu exclusivo de las vienesas hasta en estas materias, referiré que una vez que algunas de ellas pensaron hacer venir un predicador francés de mucha fama, todas las otras se opusieron fuertemente a ello. El mismo Arzobispo de la diócesis quieren ellas que sea, no sólo austríaco, sino vienes.

Pero donde más se advierte ese carácter es en el bello campo de las señoritas jóvenes, a quienes llaman Condesas, aunque no tengan título, y en el cual figuraban entoces las Kinski, Trauttmansdorf, Schönborn, Cappy, Clam, Pejachevich, Dietrichstein y otras muy lindas. Forman estas damiselas un mundo separado, y se apoderan en todos los bailes de un salón, que llaman el salón de las Condesas, al cual tienen que ir los caballeros jóvenes para empeñar las diversas danzas. Y si alguna señorita extranjera quiere entrar también allí, no siempre es bien recibida. El interés se une para esto con la vanidad, porque en Austria todos los bienes-de la familia van al mayorazgo, y las hembras tienen, en general, un dote muy escaso. Baste decir que las mismas Archiduquesas no llevan al matrimonio más que cien mil florines, o sea poco más de doscientos mil francos. Y el resultado de esto es que los casamientos no se hacen por cálculo, sino por inclinación, con ventaja de las buenas costumbres, mas con el inconveniente de aumentar los celos de las Condesitas contra toda damisela extranjera que pueda disputarles los buenos partidos del país.

Y ejercen por esa razón tal tiranía que no permiten que los jóvenes austríacos bailen con las forasteras, amenazándoles con no volver a bailar con ellos si las desobedecen en este punto. Lo cual dio lugar en una ocasión a un dicho bastante gracioso del Archiduque Raniero. Fue éste una vez a visitar cierto famoso potrero de Hungría, y notó que en un rincón del campo había tres caballos enteramente solos. Preguntó la causa de ello, y le fue respondido que eran caballos extranjeros recién llegados, y que los del país no podían sufrirlos y los recibían a coces si intentaban acercarse a ellos. «Por vida mía, dijo entonces el Archiduque, que esto se parece mucho a la sociedad de Viena».

Otra circunstancia que aumenta el poder absoluto de las Condesas solteras es que en aquel país no hay muchas señoras jóvenes casadas que frecuenten la sociedad. Generalmente se van a vivir al campo después del matrimonio y no vuelven a aparecer por Viena hasta que tienen ya hijas grandes que colocar. Por lo demás, el tono de aquellos salones no puede ser más distinguido, y cuando las damas vienesas quieren ser amables, lo son como pocas. Tienen, no sólo afabilidad, sino lo que llaman *gemuthlichkett*, que significa algo más.

También son dignas de elogio las costumbres de aquellas señoras. La sociedad de Viena no es ya en este siglo lo que era cuando la visitó la célebre Lady Mary Montegu en el pasado. Allí, como en Italia y en casi todas las naciones de Europa, existen siempre galanteos; pero el adulterio no se ostenta ya públicamente como en épocas anteriores. Débese esto, en primer lugar, a las modernas revoluciones, que han dado más dignidad a los hombres, y por consecuencia, más decoro a las mujeres; y en segundo, al aumento de la riqueza pública, que ha traído consigo el de las cortesanas y ninfas alegres, con las cuales pasan su tiempo los jóvenes solteros, en vez de solicitar a las mujeres ajenas.

Pero veamos ya cuáles eran los salones principales de Viena en la época a que me refiero. La primera gran fiesta del invierno tenía lugar en la última noche de diciembre. Según costumbre muy antigua, la Camarera Mayor y el Mayordomo Mayor recibían, en representación de los Emperadores, las felicitaciones del Cuerpo diplomático y la nobleza para el año nuevo, la una esa noche, y el otro la siguiente. La Condesa de Goes lo hacía en el mismo Palacio Imperial, el Príncipe de Hohenlohe en uno que ocupaba en el Augarten, situado a un extremo de Viena, y lugar muy frío

y siempre cubierto de nieve en aquella época del año, por cuya razón, a pesar del coche y la pelliza, la mitad de los concurrentes cogíamos allí un buen resfriado. Era aquello, en verdad, una diablura deplorable.

Una vez entrado enero empezaban a abrirse los salones particulares, y los más importantes eran los de dos hermanas que tenían entonces el cetro de la buena sociedad, a saber: la Condesa Clotilde Clam Gallas y la Princesa Alina Mensdorf Dietrichstein. Ambas nacían de Dietrichstein, familia antigua, a la cual pertenecía aquel célebre Cardenal de este nombre, que fue el Mazzarino de Austria en tiempo de Fernando II. El Conde Clam, marido de la primera, era un General de Caballería, que se había distinguido mucho en las guerras de Italia, pero que fue muy desgraciado en Koenigsgratz. La familia Clam es de Bohemia y ha producido en todos tiempos buenos militares. La Condesa Clotilde había sido muy bella, y conservaba aún algunos restos de sus pasadas glorias. Era caprichosa en sus simpatías, pero recibía todos los viernes y a su palacio concurrían las damas más brillantes de Viena, por lo cual no era considerado de buen tono quien no era convidado a sus saraos.

Su hermana Alina, viuda de un Príncipe Mennsdorf, no se le parecía en la figura, pues la Clam era alta y delgada, y ella pequeña y gruesa; pero tenía el mismo carácter y aun lo exageraba. Recibía los días impares a un número muy reducido de personas, a la nata de la nata, y era muy difícil en la elección de sus amigos. Además, no trataba a todos de la misma manera. A unos les daba toda la mano, a otros tres dedos, a otros dos. Pero en el fondo era buena amiga, y sólo las personas muy susceptibles hacían caso de tales niñerías. Daba lindos bailes y en el verano era un gran recurso para los que nos quedábamos en Viena, por que ocupaba una quinta muy hermosa en Weidlingau, cerca de la ciudad, y en ella recibía a sus amigos. Vivían también cerca de allí la Condesa Yonghe y la Pejachevich con sus preciosas hijas, y todas juntas formaban una *coterie* muy agradable.

La Princesa Paulina Metternich, nacida Sándor, recibía asimismo dos veces por semana, y se mostraba todavía más excéntrica que la Dietrichstein. Era fea a tal punto que ella misma dijo en una ocasión: «Reconozco que soy fea como una mona, pero como una mona muy bien vestida». Con efecto, su elegancia era extremada, realzando su esbelto talle la hermosura de sus trajes. Aunque era ya abuela no por eso rendía sus armas, y continuaba representando comedias y haciendo en ellas alarde de unas gracias que agradaban mucho en París cuando ella era más joven, pero que entonces parecían ya algo maduras. Pero su pasión por la escena y por el canto popular rayaba en locura, y tengo para mí que más bien que Princesa austríaca hubiera querido ser canzonetista parisiense. Era artista de temperamento, y no hay que olvidar que a ella se debió la primera representación del *Tannhauser*, de Wagner, en París el año 61, aunque el éxito no fue muy feliz, a causa de las pasiones políticas de algunos jóvenes del Jockey Club.

La Princesa Paulina era también muy despreocupada, según lo prueba el hecho de que el principal amigo de su casa era un banquero judío, el Barón Nataniel Rotschild. Y también convidaba siempre a sus saraos al hermano de éste, el Barón Alberto, y a su mujer la linda Bettina. En aquella casa no se hacía caso de la locura antisemita.

Lástima es sólo que el carácter de la Princesa fuese a veces tan impertinente. Preguntáronle un día por qué razón no quería recibir al Representante de cierto país conocido por su política revolucionaria, y respondió que por temor de que se anexionase sus cucharas. Su marido, hijo del famoso Ministro de Francisco I y Embajador en París durante el segundo Imperio, era, por el contrario, el hombre más cortés del mundo, y en muchas ocasiones tuvo que poner remedio a las genialidades de su noble esposa. Fue célebre, entre otras, una reyerta que tuvo ésta nada menos que con el Archiduque Víctor, hermano del Emperador, y decían que cuando el Archiduque se quejó al Príncipe, éste se limitó a responderle que lo sentía mucho, pero que, por desgracia, no era él quien había educado a su mujer.

La familia Metternich procede de Colonia, fue soberana y es de las mediatizadas a principios del siglo XIX. Aunque radicada hoy en Austria, posee todavía los famosos viñedos de Johannisberg, cuyo vino es el más preciado entre los del Rhin.

La Condesa Irma Taaffe, esposa del Presidente del Consejo, recibía también a menudo. Era húngara y, por lo tanto, más amable que la generalidad de las austríacas. Pequeña de cuerpo y gordita, gustaba mucho a Edhem Bajá, sin duda porque le recordaba las mujeres turcas. Era, en su género, tan original como la Metternich, y divertían infinito sus respuestas. Preguntele yo un día si no tenía, como las otras señoras, un día fijo para recibir visitas por la tarde, y me contestó: «No, señor; no tengo nada fijo más que mi marido, y esto me basta».

La Condesa Catinka o Catalina Andrassy, consorte del célebre Ministro, daba igualmente saraos, que eran de un género muy íntimo. Ella, hermosa todavía, poseía, como la Taaffe, la afabilidad de las húngaras, mas su marido la obligaba a ser exclusiva en sus convites. Y si sabía que alguien se quejaba, Andrassy, en todo *sui géneris*, le hacía decir que no era él ni su señora quienes hacían las invitaciones, sino su hija soltera, la cual las mandaba sólo a sus amigos preferidos. Por cierto que esta hija era un querubín de amor, una criatura lindísima, incapaz de semejantes caprichos.

La Condesa amaba con pasión la música, y en su casa tuve el placer de oír al famoso Liszt, que ha sido en el pasado siglo el príncipe de los pianistas. Yo había oído en Copenhague al estrepitoso Rubinstein, y en Turquía al elegante Thalberg, mas ninguno de ellos podía ser comparado con Liszt, bajo cuyos mágicos dedos era el piano unas veces tan sonoro como una orquesta, y otras tan suave como una flauta. Venía entonces de Roma, y le llamaban el abate Liszt, porque había recibido las Ordenes menores, y según la gente maliciosa, no lo había hecho por vocación, sino simplemente por no casarse con la ya vieja Princesa de Wittgenstein, con quien había tenido amores muchos años.

Zimialkoski, Ministro de Polonia, recibía también y veía su casa muy concurrida, porque los polacos de la Galitzia formaban entonces parte de la abigarrada coalición que sostenía al Ministerio Taaffe. Había sido revolucionario en su juventud y condenado a muerte, lo mismo que Andrassj y tantos otros, que se han visto después aceptados como Ministros por los pobres Monarcas de este siglo. Su esposa era igualmente polaca, y en aquella casa se admiraban muchas señoras de ese país, las cuales son siempre notables por su belleza, y más aun por su amabilidad y gracia. Una había, sobre todo, que se llevaba la atención, porque unía a la hermosura una elegancia extremada. Llamábase la Condesa Mirr y contaba entre sus admiradores al Conde Nigra, sucesor de Robilant como Embajador de Italia.

La Baronesa Langenao, viuda de un antiguo Embajador austríaco en San Petersburgo, tenía un salón muy agradable en el cual reunía a los diplomáticos extranjeros y a muchas personas del país. Siendo muy amiga de las damas principales, conseguía que hicieran la excepción de ir a su casa, a pesar de que tenía un carácter muy cosmopolita y de que por esta razón se hablaba a veces allí de cosas más serias que las pequeñas anécdotas de Viena. Era la Langenao dinamarquesa de nacimiento y no lo desmentía en la extremada delgadez de su persona. En su juventud había sido bonita; entonces era sólo agraciada y agradable. Con placer recuerdo les buenos ratos que he pasado en su amable compañía y en la de las Condesas Testetich, Zichy, Harrach y otras discretas conversadoras que frecuentaban sus salones.

Eran estos recibimientos casi todos semanales; pero había además grandes bailes, que sólo tenían lugar una o dos veces durante el invierno en los palacios de los grandes magnates. Citaré primero los del viejo Príncipe de Schwarzenberg, de cuya célebre familia he hablado antes. Pasaba por ser el particular más rico de Austria y quizá de Europa, especialmente en bienes raíces. Era ilustrado, amante de las artes y coleccionista de muchas cosas, entre otras, de periódicos, de modo que yo gané su corazón haciéndole traer de España un ejemplar de todos los nuestros.

Tenía su antiguo Palacio un aire casi regio. Ya en la escalera, daban una idea del esplendor de la familia las filas de infinitos criados con lujosas libreas, que eran procedentes de sus diversas posesiones y como siervos de aquella casa. El lujo de cuadros, tapices y muebles antiguos era grande. Podíase pasar la noche con sólo el entretenimiento de observarlos. Servíanse antes de la cena dos mesas de té, y en la una el servicio de porcelana era de viejo Sajonia, y en la otra de viejo

Viena, ambos muy bellos. Todo era allí rico y magnífico. En aquel Palacio fue donde se ejecutó por primera vez la Creación de Haydn, en el año 1809, y sus nobles poseedores han dispensado siempre una generosa protección a los grandes artistas.

El Príncipe Anersperg, de cuya ilustre familia he hablado también en otro lugar, daba igualmente hermosos bailes. Su nuera era una Kinski, y por lo tanto muy linda, como todas las mujeres de esta familia. No menos brillantes eran los bailes del Príncipe de Pallavicino. La Princesa madre fue la dama que acompañó a España, como Camarera mayor, a la Reina Doña Cristina. El hijo estaba casado con una húngara, de la familia Scheny, que era quizá la mujer más bella de Viena en aquella época. Faltábale sólo un poco de animación. La familia Pallavicino es originaria de Italia, donde tiene diversos e ilustres ramas. En Parma obtuvo el primer lugar antes de que dominaran allí los Farnesios. Ha dado Daces a Génova, Cardenales a la Iglesia y Generales a casi todos los Estados de Italia y también al Austria. Un Pallavicino entró el siglo XVIII al servicio de esta nación en sus guerras contra los turcos y de él desciende la rama actual, que se halla establecida en Hungría.

Lucidos eran también los bailes del Conde Juan de Harrach, cuyo Palacio competía en elegancia con los de Schwarzenberg y Pallavicino. La familia Harrach cuenta entre sus antepasados Diplomáticos y Ministros y también una bella dama que fue esposa del famoso Wallenstein y le ayudó en su carrera. En España se guarda memoria de uno de ellos, porque era Embajador de Austria a la muerte del Rey Carlos II. Y es probable que no se olvide tampoco en aquella familia el desaire que allí sufrió el Conde de Harrach, ni el abrazo que, según Saint Simón, le dio el Duque de Abrantes cuando supo el tenor del testamento del Rey, diciéndole de buena fe: «Permitidme que así me despida de la ilustre Casa de Austria».

Tenía el Conde de Harrach un hermano, Alfredo, cuya esposa, la Condesa Ana, hija del Príncipe de Lobkovich, era tan linda como inteligente, y muchas veces disputamos sobre la cuestión de la herencia de Carlos II, criticando ella mucho la conducta de este Rey y de sus Ministros. Pero yo le respondía que para juzgar bien de ese hecho histórico, es necesario representarse cuál era el estado de España en aquella época después de la ofensa hecha a sus intereses y a su decoro por el reparto anticipado de sus posesiones, y el deseo natural que por esto tenía de que un Monarca poderoso la ayudase a conservarlas. Además su decadencia era tal, que el esplendor de Luis XIV no podía menos de ejercer sobre ella una fascinación irresistible. Todo era en Francia grande; todo era brillante: la Corte, los oradores sagrados, los poetas y los artistas de todo género; y por el contrario, todo era mezquino y hechizado en España. No había ejército ni marina; no había ciencias, ni letras ni artes. Después de la muerte de Coello no existía más pintor en Madrid que el italiano Jordán. El pueblo no tenía más diversiones que las comedias de Cañizares y las hogueras del Santo Oficio. El vestido mismo era tan negro y estrecho que todos los españoles parecían alguaciles. Es cierto que el cambio de dinastía no impidió la pérdida de muchas posesiones; pero tuvo, al menos, la ventaja de que las perdiésemos con las armas en la mano. Además, la nación realizó después muchos progresos, y si no recobró a Gibraltar, esto fue culpa del carácter español, siempre propenso a preferir lo que halaga la vanidad o la codicia a lo que importa a la seguridad y a la honra.

Aunque eran círculos muy pequeños tenían mucha importancia para los Diplomáticos algunas otras casas, donde recibían siempre que no había en otras grandes bailes o saraos. Tales eran las de mis colegas Essen, de Suecia, Yonghe, de Bélgica, y Maucler, de Wurtemberg, y también la Baronesa de Lowenthal, aunque las recepciones de esta última eran más bien tertulias de la tarde. Estaba la Baronesa casada con un General austríaco, y había pasado ya los límites de la juventud; pero brillaba en todas partes por su talento y distinción. Era polaca de nacimiento, y cuando llegó a Viena tuvo muchas dificultades para penetrar en la alta sociedad; sólo que, como era linda y graciosa, vio luego a sus pies al Príncipe Félix Schwarzenberg, y este célebre Ministro le prestó luego su protección y la hizo recibir en todas partes. Pasaba la mitad del año en París, donde era, asimismo, visitada por personas de importancia, y esto hacía que se hallase al corriente de la política francesa y también de la europea. No he conocido una mujer que tuviese más sagacidad

para juzgar de los hombres y de las cosas. Robilant, D'Oubril, Beust, Taaffe y otros más, iban, como yo, a su casa y gustaban de oírle discurrir sobre los asuntos del día.

No necesito decir que había también en Viena buenos banquetes, aunque no tantos como en Londres. Los más elegantes eran los de Trauttmansdorf, Harrach y Kinski. Ya he hablado de todos estos magnates, y he dicho que el Príncipe Kinski fue quien acompañó a España a la Reina Doña Cristina como Mayordomo mayor. Su familia es antigua y enumera en su árbol genealógico muchos individuos, que han hecho un papel distinguido en la guerra o en la paz. El Príncipe de entonces era el tipo perfecto de un gran señor, y su esposa, una Liechtenstein, el de una gran dama. Muy notable en aquella familia eran también las hijas, todas bellísimas, principalmente la llamada Fany, que estaba casada con el Príncipe de Monte Nuovo. Aquella mujer lo reunía todo; parecía una pintura y era, además, graciosa, amable y discreta. Obtuvo la palma de la hermosura en cierto baile de trajes, en que figuró como la Dama de Corazón, llevando un vestido del Renacimiento y un bonetillo con plumas.

Eran también muy agradables en Viena sus varios clubs, con especialidad el «Jockey» y el «Adel Casino» o Casino de la Nobleza. Al primero no iba, porque no se hacía allí más que jugar, a lo cual no fui nunca aficionado. Iba sí al Casino, donde hallaba una reunión de personas graves y distinguidas, que se limitaban a jugar un modesto *whist* y gustaban de conversar. Había buena mesa y un palco en la Ópera a disposición de los socios que reclamaban un puesto con la debida anticipación. Allí pasaba muy buenos ratos leyendo periódicos y revistas y conversando con algunos Diplomáticos y militares y no pocos caballeros de la aristocracia, entre los cuales se hallaban los Liechtenstein, los Kinski, Trauttmansdorf, Edmundo Zichy, Schloissnig, Coudenhof, Khevenhüller y otros que sería largo enumerar.

Ya he dicho que la sociedad de Viena tiene un carácter muy exclusivo. Pues si tarda a recibir a los iguales, no necesito decir que es todavía más difícil para admitir a los inferiores. Los ricos burgueses, los banqueros, tanto cristianos como judíos, es raro que penetren en sus salones. Ni tampoco los hombres distinguidos en la literatura o las artes. Sólo era admitido en algunas casas el académico Arneth, autor de una Historia muy estimada de María Teresa, y el pintor Angeli, que ha sido el Federico Madrazo de aquel país, pues ha hecho, idealizándolas, los retratos de las principales señoras.

Mas no por eso carecía la rica burguesía de las mismas diversiones que la nobleza, siendo frecuentes los banquetes, bailes y saraos en casa de los Barones de la Finanza, como Königswarter, miembro de la Alta Cámara, Sina y Biedermaun. Oíase también hablar de las recepciones del israelita Todesko, y de las de cierta Madama de Wiener Welten, que reunía en sus salones lo más selecto de la burguesía. Yo, sin embargo, no traté de conocer esa otra sociedad: en primer lugar, porque no tenía tiempo para ello, bastándome ya la diplomática y la aristocrática, y en segundo, porque, como ya lo observaba Missis Trollope a principios del siglo anterior, la división de las clases se encuentra allí tan marcada, que es difícil frecuentar ambas sin cometer una especie de traición.

El paseo es en Viena un terreno más neutral que los salones, y en el Ring como en el Prater, circulan confundidos el Príncipe con el plebeyo. Es sólo notable que los trenes de los particulares no tienen en aquella gran ciudad ni el lujo ni la elegancia de los de otras Cortes. Son inferiores, no sólo a los de Londres y París, sino también a los de Madrid y Florencia. En cambio los fiacres o coches de alquiler son excelentes. Tienen todos dos buenos caballos, y sus cocheros pasan por ser los primeros de Europa. Hacen pagar caro; mas no exigen propina ni molestan con sus malas maneras.

El patinaje es, asimismo, una diversión favorita de aquella capital, y tiene para ello un local espacioso cerca del Stadt Park. Infinidad de personas de ambos sexos pasan allí las tardes del invierno patinando o viendo patinar a las lindas vienesas, las cuales despliegan en ese ejercicio tanta gracia y elegancia como en el baile. Y en aquel hielo tan frío se encienden a veces las más grandes pasiones.

Fáltame sólo hablar de los teatros; pero a éstos les dedicaré un capítulo separado, porque la materia lo requiere.

CVII.
Viena, de 1878 a 1885.

Afición de los vieneses al teatro.—Pasión por la música.—El Gran teatro de la Ópera.—Su variado repertorio.—Respeto por Gluck y Mozart.—Pasión por Meyerbeer.—Aprecio de otros maestros.—Entusiasmo por Wagner.—La Lucca, la Bianchi, la Materna.—Afición también al baile.—Silvia, Coppelia y Excelsior.—Las bailarinas y sus amantes.—Teatros de Operetas.—La Finali y Girardi.—Teatros de comedias y dramas.—El famoso de la Burg.—Mérito de sus actores.—Dramas de Schiller y Goethe.—Piezas francesas, inglesas y españolas.—La Wolter y la Hohenfels.—Sonnenthal y Lewinsky.—Carácter alegre del pueblo vienes.—Corrupción que se le nota.—Causas que la limitan.

El deseo de divertirse y la afición al teatro son generales en Viena. Ricos y pobres, nobles y plebeyos, se mueren por espectáculos de todo género. Pretenden algunos que esta propensión ha sido fomentada por el Gobierno mismo, a fin de distraerlos de la política; mas sin necesidad de ese profundo maquiavelismo, la población de Viena ha sido siempre más inclinada a pasatiempos que a las preocupaciones de otra especie. Lerminier, enfadado, sin duda, porque no encontraba allí filósofos como en Berlín, dijo que debía ponerse a la entrada de Viena un poste con esta inscripción: *Aquí no se piensa*. Y ya mucho antes, el famoso Enea Silvio y el médico Gui Patín, habían dicho que Viena era una ciudad dada exclusivamente a los placeres, y tan divertida como París.

En mi sentir, es posible que la forma de su Gobierno, que excluía de los negocios al pueblo, haya contribuido a...[4]

...aquella inolvidable noche en que fue ejecutado por última vez delante de él su *Oratorio de la Creación*, en el Palacio Lobkovitz. Era ya entonces muy anciano, y cuentan que las damas principales le cubrieron con sus pellizas y le acompañaron hasta su coche. Pero Haydn fue más eminente en la sinfonía que en la Ópera; por consiguiente, prefieren ahora a Mozart, el divino Mozart, que brilló más bien en las composiciones dramáticas, y tiene tal sencillez y tal elegancia de formas, que con razón ha sido llamado el Rafael de la música. El *Don Juan* es representado muy a menudo, y también las *Bodas de Fígaro* y *La Flauta mágica*, donde se ve la pasión que tenía por ese suave instrumento, mientras que no podía sufrir los timbales y las trombas.

Los Hugonotes, del gran Meyerbeer, del cual se muestran asimismo apasionados, son igualmente muy repetidos y los tienen por la obra maestra de la música del siglo XIX. La escena de la conjura y el dúo *Lasciami partir*, les parecen la última palabra de ese arte. *Roberto* y *La Africana* son cantados también de cuándo en cuándo.

Guillermo Tell, del no menos grande Rossini, viene inmediatamente después de *Los Hugonotes*, en el concepto de los alemanes, y agrada infinito, a pesar de que su asunto no es lisonjero para la Casa de Habsburgo, por cuya razón, sin duda, se observa que el Emperador y los Archiduques se marchan antes del final, que representa el triunfo de los suizos. Un cantor llamado Beck, hacía el papel de Tell con mucha fuerza dramática.

El Barbero de Sevilla es, asimismo, popular, aunque me atrevo a decir que la lengua alemana no se presta a su letra, ni los cantantes a su música. Tienen que hacer más lento el compás, y es aquello, en realidad, una sombra de lo que se oye en otros países. No es tan malo como *El Barbero* en inglés, pero poco menos.

4 Faltan las páginas 468 y 469 en el ejemplar de que dispongo.—Nota del editor digital.

El *Oberon* y *Treyschutz*, de Weber, y *Fidelio*, de Beethoven, forman también parte del repertorio. Weber muestra siempre grande originalidad; Beethoven brilla más en las sinfonías que en su única ópera.

Las obras del melodioso Bellini y del romántico Donizetti, gozan allí mucho aprecio. Del primero dan la *Norma*, que juzgan casi clásica, y la bella *Sonámbula*. Una *prima donna*, educada al canto italiano, y que llevaba el nombre de Bianchi, aunque era de Wurtemberg, cantaba ésta y otras óperas del mismo género con mucho aplauso. *La Favorita*, *Elixir de amor*, *Lucrecia* y *Lucía*, de Donizetti, eran oídas con sumo placer, especialmente la última, y decían los alemanes más exclusivos que el final de su segundo acto puede ser comparado con lo mejor de la música clásica.

Verdi, el maravilloso Verdi, era oído de cuándo en cuándo, sobre todo en *Rigoletto*, *La Traviata* y la *Aida*, que son obras muy bellas, cada una por su estilo, siendo lástima que la primera pierda bastante, como *El Barbero*, cuando es cantada en alemán, lengua dura, dígase lo que se quiera, y poco grata a los oídos latinos.

Y gusta también el *Mefistófeles*, de Boito, cuyo prólogo, tomado del libro de Job, es tan original, y el último acto tan poético.

De la escuela francesa preferían, entre las antiguas óperas, *La Dama Blanca*, del elegante Boieldieu, cuyo libreto trata una leyenda siempre popular en Alemania, y *La Judía*, del armonioso Halevy, aplaudida por su hermosa música, a despecho de los antisemitas.

Entre las modernas francesas, agrada el *Fausto*, del brillante Gounod, y la *Mignon*, de Thomas. La letra de ambas está tomada de Goethe, cuyo genio añadió mucha poesía al Fausto de las leyendas y a la *Gitanilla* de Cervantes. Dan también la *Manon*, de Massenet, melodiosa por extremo, pero cuyo asunto es poco simpático, como el de *La Traviata*, de Verdi.

Pero la composición francesa más repetida era la *Carmen*, del malogrado Bizet, la cual ha sido en el final del pasado siglo tan popular como *El Barbero* en su principio y *Don Pasquale* en su medio. Y es mucha lástima, en mi opinión, que estando la *Carmen* tan llena de reminiscencias españolas, tanto en la letra como en la música, sea obra de un extranjero, mientras que los compositores de nuestro país imitan más bien en las suyas la música de allende el Rhin, que tan contraria es a nuestro genio. Paulina Lucca, artista de linda cara y buena voz, cantaba esa ópera con mucha gracia.

Complemento y corona de esta serie de bellas composiciones, son las óperas del famoso Wagner, por el cual tienen los vieneses, como los demás alemanes, un verdadero entusiasmo. Inútil es que sean tan conocidos su egoísmo, su vanidad y su falta de sentido común en política, filosofía y bellas artes. Inútil que su casamiento con la mujer de Büllow, que se la cedió, como Catón la suya a Hortensio, le haya expuesto a críticas y burlas. Vano también que algunos digan que sus libretos son cuentos ingenuos y capaces de hacer dormir en pie a quien no ha nacido en Alemania. Vano, en fin, que algunos le crean más hábil para componer armonías que para inventar nuevas y agradables melodías.

De nada de esto se hace allí caso, antes bien, lo consideran disparates y herejías. No sólo juran por aquel maestro, sino que se extasían con su *leit motiv*: no encuentran nunca bastante largas sus melopeas y le colocan sobre todos los habidos y por haber.

Por mi parte, no entraré en tales polémicas, y limitándome a mis impresiones personales, diré que algunas de sus óperas me agradan infinito, *Lohengrin*, por ejemplo, me parece muy poético, y le oigo siempre con placer. Con todo, le noto sus larguras, y recuerdo que en Viena la Kupfer, que cantaba el papel de Elsa, tenía que hacer traer una silla cuando el Caballero del Cisne le espetaba en el último acto la larga relación de su vida. *Tannhauser* me gusta también, aunque no carece tampoco de pesadeces. En *La Valkiria*, *Sigfrido*, *Parcival* y sus demás obras, encuentro que abundan los bellos trozos de orquesta, pero tienen más de música sagrada que de dramas. Hay en ellas recitados y declamaciones tan inacabables, que se necesita una gran paciencia para aguantarlas.

Era Wagner, si no me equivoco, un hombre de mucho genio, que merece ser puesto al lado de los mayores compositores que han existido; pero su excesivo amor propio y su carácter

extravagante le han hecho incurrir en exageraciones que dañarán a su fama. La Kupfer y la Materna, Reichmann y Scaria, cantaban muy bien en Viena sus varias óperas, y las han cantado después en el famoso teatro construido *ad hoc* en Bayreuth, que es ahora la Meca de los fanáticos wagnerianos.

Después de las óperas llaman la atención en Viena los bailes, por los cuales tienen asimismo una verdadera pasión, y que son puestos en escena con tanto esplendor como gusto. Las bailarinas, procedentes de las diversas regiones del Imperio y también de Italia, son muy bonitas, y como hay allí, lo mismo que en Milán, una famosa escuela de baile, ejecutan sus danzas con suma perfección. La Cerale, la Linda, la Haufe y otras varias, eran artistas de mucho mérito, aunque no tanto como las Taglioni y Essler de antaño. El Director Frappart, un francés, poseía mucha habilidad para poner en escena obras tan diferentes como *Robert Macaire* y *Versalles*.

Eran muy aplaudidos en aquel tiempo *Silvia* y *Coppelia*, cuyos asuntos son muy poéticos y su música dos obras maestras de Delibes. Y también el *Excelsior*, compuesto por el coreógrafo milanés Manzotti, con música de Marenco, que creo ha sido el baile más notable de la segunda mitad del siglo, porque glorifica la cultura moderna, representando de un modo muy pintoresco la navegación de vapor, el telégrafo, la apertura del istmo de Suez y la perforación del Mont Genis.

Las bailarinas, que ejecutan toda clase de danzas y pantomimas, son, como ya lo he dicho, sumamente lindas, y, por lo tanto, también en sumo grado peligrosas. Que todas las de su oficio lo son, no hay quien lo ignore, y de ello existen muchos ejemplos, empezando por Salomé y acabando por Lola Montes; y ya dijo el eclesiástico: *Cum saltatrice ne assiduus sis*. De las de Viena es bueno también guardarse, y pocas hay que no tengan algún amante entre sus garras. Desde las primeras noches que fui a la Ópera oí decir a mis amigos: esa es la querida del Duque de Brunsvick, aquella del Mayordomo mayor de la Emperatriz, esa otra del Maestro de ceremonias, y así de casi todas las demás.

Acaba temprano el teatro, porque empieza a las siete y media y los entreactos son cortos, no habiendo allí la costumbre de hacer durante ellos largas visitas a los palcos, como en Italia. A las once está todo terminado. Y el extranjero que no puede penetrar en la sociedad de Viena, tiene una buena ocasión de ver a todas las señoras en la escalera central, que es donde aguardan que les anuncien el coche. Es un espectáculo muy brillante.

Pero mucho más curioso en su género es observar la salida de las bailarinas por la puerta del escenario, que está a espaldas del teatro. Espéranlas allí bajo el pórtico sus respectivos protectores, y se las ve partir, dando el brazo la una a un Coronel, la otra a un Secretario de Embajada, la otra a un joven de la nobleza o a un viejo rico y disoluto de la finanza. Van de ese modo a cenar en algún café, prefiriendo las más elegantes el Restaurant de Sacher, que está enfrente del teatro y tiene gabinetes y salones a propósito para las citas de los amantes. Cuando el Príncipe de Gales vino a Viena con el objeto de asistir a las bodas del Archiduque Rodolfo, dio allí una lujosa cena a algunos jóvenes que conocía, tan ligeros como él, y a varias de esas bailarinas. Y contaban que después de cenar bailaron todos la famosa charda húngara, que en alegría y animación se parece mucho a nuestra jota.

Como apéndices de las Óperas deben considerarse las Operetas, género ligero, perfeccionado en Francia por el festivo Hoffenbach, que descansa un poco de la música seria y solemne. Las había en el *Carl Theatre* y en el teatro *An der Wien*, y aunque el Emperador no las frecuentaba, los Archiduqueses sí, con especialidad Guillermo, y también un público muy escogido. Las composiciones alemanas alternan allí también con las francesas, y las ponen en escena con tanto esmero y las cantan con tanta gracia, que forman en su género un espectáculo muy grato.

El Boccaccio, de Suppé y *La Lustige Kriege* o Guerra alegre, de Strauss, eran las más notables entre las primeras, y *La Mascotte*, de Audran, *Las Campanas de Corneville*, de Planquette y *Madama Angot*, de Lecoq, entre las segundas. Esta última hizo en su tiempo un efecto contrario al que hicieron en el suyo *Los Puritanos* y *La Muta di Portici*, pues estas dos Óperas ayudaron en todas partes a la revolución, al paso que la Opereta de Lecoq favoreció bastante la reacción con aquellas coplas en que Madama Angot pinta los vicios del Directorio y canta como estribillo:

Pues vemos que tanto crecen
La injusticia y corrupción,
No creo que valía la pena
De hacer la revolución.

Blaser y la linda Schlagel daban mucho realce a estas piezas en el *Carl Theatre*, y la Gallmeyer, la Finali y Girardi, en el llamado *An der Wien*. Girardi, sobre todo, era uno de esos actores tan graciosos, que basta que se presenten en escena para hacer reír al público.

Dejando ya la música y el baile, entremos ahora en el templo de Melpómene y Talía, que tal vez hubiera debido ocupar el primer lugar en esta reseña. El teatro principal para la prosa está ahora en el Ring y es uno de los nuevos edificios que tanto honran el reinado de Francisco José. En mi tiempo se usaba uno bastante viejo, construido dentro del recinto mismo de la Burg, de modo que los Emperadores podían ir a su palco sin pasar por la calle. Y cuentan que cuando el Gran Duque Leopoldo de Toscana tuvo su primer hijo, la Emperatriz María Teresa, su madre, se apresuró a anunciárselo ella misma al público allí reunido, asomándose al palco imperial, vestida de bata, como estaba en su cuarto.

Pero más que el edificio es en Viena notable la reunión de excelentes actores, que forman un conjunto de perfección parecido al del teatro francés o academia de Francia. Y aun creo que, como sucede en la Ópera, posee un repertorio más variado, comprendiendo, no sólo todas las obras principales de los autores alemanes, desde Lessing a Moser, sino también las mejores francesas, las de Shakespeare, y algunas españolas.

De Lessing dan *El Sabio Nathan* y *Emilia Galotti*, que es una especie de Virginia moderna, en la cual brillaban mucho la Weseley, como protagonista, y la Wolter como Condesa Orsina.

Pero los autores alemanes más apreciados son, como es natural, Goethe y Schiller. Ofrecen estos dos grandes poetas el ejemplo bien raro de haber sido siempre fieles amigos, ayudándose en la vida y animándose mutuamente en sus trabajos, sin celos, sin envidias, sin más emulación que la de producir las obras más bellas de todo género. Por eso los representó juntos el elegante escultor Rietschel en una plaza de Weimar, que fue la ciudad donde vivieron y escribieron, protegidos por aquel Duque. Por eso viven unidos también en la memoria de los hombres. Y fue tanto más notable esta fina amistad cuanto que, si se asemejaban en el genio poético, eran bastante diferentes en todo lo demás. Goethe tenía un talento más universal; pero fue egoísta en sus amores e indiferente en religión y en el culto de la patria. Apenas mostró interés por la lucha que Alemania sostenía contra Napoleón, y se excusaba de su silencio, diciendo que no sabía odiar. Schiller, por el contrario, era todo abnegación y entusiasmo. Fue el primer corifeo de los románticos, y todas sus poesías respiran el amor de la libertad y de la patria. No son representadas en Viena todas las obras de estos dos ingenios, algunas de las cuales tienen ya poco interés, sino sólo las principales. De Goethe, *El Egmont, Goetz de Berlichingen* y *El Fausto*, sobre todo la primera parte, pues la segunda, que compuso cuando tenía ya ochenta años, se resiente mucho de su edad avanzada.

En *El Egmont* se admira con razón Prescott de que haya tratado de excitar un interés impuro, introduciendo una querida imaginaria llamada Clara, en vez de la animosa mujer del Conde, mucho más a propósito por su belleza y raras prendas para compartir la fortuna de su marido y ennoblecer sus sufrimientos. La escena en que Clara parece deslumbrada por el uniforme dorado de Egmont, recuerda otra igual entre Amy, Robsart y Leicester en una novela de Scott.

El *Goetz* es muy popular, porque representa costumbres alemanas de una época grata a los románticos, y en esta pieza, lo mismo que en *El Egmont*, ha imitado Goethe al gran Shakespeare, que ha sido el principal modelo de todos los dramaturgos de Alemania. Sólo que, en mi concepto, la imitación no es siempre muy feliz. El personaje de Goetz está bien pintado; los demás, dejan que desear. Adelheide es un tipo más odioso aún que Lady Macbet, porque ésta al menos amaba a su marido, mientras que ella es, no sólo ambiciosa, sino infiel.

Más bello indudablemente es el *Fausto*. Es su obra más perfecta. Una linda actriz, llamada Weseley, representaba muy bien la Margarita, y el actor Gabillon era un excelente Mefistófeles. El

drama todo interesa y conmueve, aunque los que no somos alemanes no comprendemos ciertas cosas que ellos encuentran muy aceptables. Así, por ejemplo, no nos parece muy inocente una joven que da un narcótico a su madre para poder recibir en su cuarto a un amante. Ni tampoco nos parece natural que Fausto, después de dar su alma al diablo para rejuvenecerse, tenga que regalarle joyas a Margarita, como lo hacen los viejos con las bailarinas.

De Schiller, del simpático Schiller, dan un buen número de obras. *Los Bandoleros*, parto de su juventud, es un drama exagerado, que sólo agrada a cierta parte del público. El carácter de Carlos recuerda el que nos ha dejado Cervantes de Roque Guinart, bandido romántico de Cataluña. Pero son mucho más bellos *María Estuardo*, interpretada muy bien por la famosa Carlota Wolter, que era la actriz principal de aquel tiempo, *Guillermo Tell*, la trilogía de *Wallenstein* y *Don Carlos*.

Hacía el papel de Wallenstein el primer actor, de nombre Sonnenthal, cuya noble presencia, hermosa voz y movibles facciones, le hacían excelente en todos los géneros, especialmente el trágico. La *Muerte de Wallenstein*, me parecía siempre tan interesante como cualquiera tragedia antigua, pues el caso de aquel caudillo asesinado cuando se hallaba al frente de un poderoso ejército, es casi único; recuerda sólo un poco el de Sertorio.

Don Carlos cautiva también; pero tiene larguras. La Wolter representaba con talento a la astuta Princesa de Éboli, sobre cuyos amores con Felipe II no ha querido decir la verdad mi compañero Don Gaspar Muro, en el libro que sobre ella ha escrito, temiendo, según me dijo y fue donosa excusa, que esto pudiera ofender a los Duques de Pastrana, que de ella descienden. Hubo un tiempo en que la pintura que hace Schiller del carácter de Felipe y de su sumisión al Inquisidor Mayor, me parecían algo exagerados. Mas después que he leído en Prescott que el Papa Pío V y un cierto Padre Villavicencio se atrevían a reprenderle porque no era bastante severo con los herejes, pienso que el poeta alemán no ha pasado de lo justo. Lo que me parece menos aceptable son los amores de Don Carlos.

Representaban también en la Burg, los dramas del vienés Grillparzer, autor más moderno, y otros alemanes de más o menos mérito; pero las dos terceras partes del repertorio se componía de dramas y comedias francesas, las cuales tienen más interés y un diálogo más animado que la generalidad de las del país. *El Vaso de agua*, de Scribe, hacía lucir a la bella Schratt en el papel de Reina Ana y a la Hohenfels en el de Abigail. Tenía la Hohenfels, además de linda cara y mucha gracia, una cualidad rara entre las actrices, que es la distinción de los modales. Pero el Emperador, como ya lo he dicho, admiraba más a la Schratt.

Mademoiselle de la Seigliere era también otro triunfo de la Hohenfels, mientras que la Wolter lucía mucho en *Fedora*, la *Extranjera* y otras obras más dramáticas de Dumas y Sardou.

Del famoso Shakespeare daban, no sólo las principales piezas, como *Romeo y Julieta, Macbet, Hamlet* y *El Mercader de Venecia*, sino también otras que no se representan ya ni en la misma Inglaterra, como por ejemplo, *Enrique IV* y *Enrique V*. Tienen una verdadera adoración por él. La Wolter era una admirable Lady Macbet y la Weseley una interesante Ofelia. Lewinsky hacía un Shilock que conmovía a los más duros antisemitas, y Sonnenthal, aunque ya algo maduro, era todavía un simpático Hamlet.

De nuestro divino Calderón habían escogido *El Alcalde de Zalamea*, en que el actor Gabillon, que he citado antes, daba mucho realce al papel de Pedro Crespo. El mismo Emperador no podía menos de aplaudirle. Del elegante Moreto, el *Desdén con el desdén*, que llaman *Doña Diana*, y que excitaba mucho interés.

Había además otros teatros de segundo orden, pero los omitiré en obsequio de la brevedad. Basta lo dicho de los principales para que se vea cuán brillante es Viena, no sólo en su sociedad, sino en sus fiestas de toda especie. Mas no se crea que no tenga también sus sombras y lunares, cual todas las grandes ciudades del mundo. Por desgracia, los tiene. La corrupción de las costumbres es allí muy grande, según lo prueba el número de las mujeres vagabundas, y si no ha llegado al último y más triste extremo que vemos en Londres, esto se debe, en mi sentir, a las siguientes causas. Primero, el clima, que no siendo demasiado húmedo, no requiere el uso de las bebidas alcohólicas.

Las vienesas beben sólo cerveza o un vino ligero del país que llaman *Voslao*. Segundo, el carácter agrícola del Austria, que no produce esas crisis de la industria, que tanta miseria ocasionan en Inglaterra. Tercero, la religión católica, la cual, dígase lo que se quiera en contrario, evita mejor que otra alguna la excesiva degradación de la mujer. Y por último, el carácter sentimental de la raza. Son allí muchas las mujeres de mala vida que quieren, cual la Filenia de Plauto, tener alguna ovejita preferida, y en vez de acabar en un hospital, como las ninfas callejeras de Londres, suelen retirarse a tiempo y casarse con algún artesano o cochero de buen carácter, que ha sido su amante por muchos años.

CVIII.
Viena, de 1878 a 1885.

Visitas que hace a Viena la familia Real de España.—Llegada de la Infanta Isabel.—Su bello carácter.—Su grande actividad.—Venida de la Reina Cristina en 1883.—Vida tranquila que lleva al lado de su Augusta Madre.—Cambio que en ella advierto.—Viaje del Rey Don Alfonso en 1883.—Acogida lisonjera que obtuvo en Austria y Alemania.—Simpatías que inspiraba.—Defectos que se le notaban.—Regresa a España pasando por París.—Es allí insultado por el populacho.—Culpa que en esto tuvo nuestro Gobierno.—Visita de la Reina Isabel en 1885.—Cómo conservaba su antiguo carácter.—Venida de otros personajes.—Veo a Cánovas en Carlsbad.—Encuentro allí a la Emperatriz Eugenia.

El enlace de nuestro Rey Don Alfonso con la Archiduquesa Cristina, produjo naturalmente una grande intimidad entre las familias de España y Austria, y esto trajo luego consigo algunas mutuas visitas de los altos personajes que las componen. Los Archiduques Raniero y María, Alberto, Federico y Eugenio, fueron sucesivamente a Madrid después del Archiduque Rodolfo. Entre los españoles dio el primer ejemplo la Infanta Doña Isabel, la cual vino a Viena en el verano de 1882 a fin de visitar a los Archiduques Raniero y María, que habían estado en España para asistir al casamiento del Rey. Es la Infanta viuda del conde de Girgenti, sobrino de aquellos Archiduques, y por lo tanto muy amada de ellos, profesándoles a su vez mucho cariño. Vino acompañada de los Marqueses de Nájera, y se alojó en la quinta que los Archiduques poseen en Baden, pasando allí una temporada.

Repitió después su viaje en la primavera del año de 1885, presentándose entonces con algún mayor séquito, pues además de los Marqueses de Nájera, venía con ella el Conde de Monistrol, jefe de su casa, y la Condesa de Superunda, su Camarera Mayor. Y como había aun mucha gente elegante en Viena, asistió al teatro y estuvo en un sarao de la Condesa Clam Gallas y en un té del Príncipe de Reuss. Su grande inteligencia y su carácter afable agradaron mucho a todos. Era además muy de notar su actividad incansable, al lado de la cual debíamos rendirnos todos cuantos teníamos el honor de acompañarla. Recuerdo que una vez, visitando el Convento de la Santa Cruz en Baden, después de haber dado otros paseos, tuvimos todos que descansar un poco, con su permiso, mientras que ella se fue a ver no sé cuál lejano jardín, que querían enseñarle los frailes.

En Baden fue muy agasajada por los Archiduques Alberto e Isabel, que tienen también allí una hermosa quinta; en Viena dieron varias comidas y saraos en su obsequio los Archiduques Raniero y María, en cuyo palacio se hospedaba. Lleváronla estos, asimismo, a varias excursiones, entre otras a la pintoresca colina de Kahlenberg, poblada de pinos y abetos, donde hay un hotel muy elegante y una vista muy bella. Por aquel bosque pasó el célebre Rey Sobiesky, cuando vino con sus valientes polacos a libertar a Viena, sitiada por los turcos.

Viendo casi diariamente a la Infanta, tuve ocasión de observarla de cerca, y me pareció que es difícil hallar una persona Real más notable por todos conceptos, puesto que reúne todas las

cualidades de entendimiento, corazón y carácter que son necesarias en su rango, siendo a la par inteligente, buena, virtuosa, caritativa y discreta.

El Marqués de Nájera era un caballero muy cortés, y la Marquesa su mujer, una señora bastante guapa. El Conde de Monistrol tenía el tipo del noble antiguo, destinado desde la cuna a acompañar a sus Príncipes. La Condesa de Superunda no brillaba por la hermosura; pero nacía Toreno y había heredado el talento de su familia. Tenía buenas respuestas. Un día, que era viernes de Cuaresma, observé que cuando le sirvieron el té, por la tarde, no quiso tomar leche ni tocar a ninguna de las golosinas que le ofrecían. «Condesa, le dije entonces, veo que es usted muy exacta en cumplir el precepto de la Iglesia. Pero ¿observa de la misma manera todos los otros mandamientos?» «No, señor, me respondió con viveza, y por eso precisamente guardo bien éste.»

En el verano de 1883, poco después del primer viaje de la Infanta, vino a Viena la Reina Doña Cristina, con sus dos tiernas hijas, las Infantas Doña Mercedes y Doña María Teresa. Era su principal objeto visitar a su Augusta Madre la Archiduquesa Isabel, por cuya razón se estableció en la quinta que esta señora habita en Baden, cerca de Viena, y allí permaneció todo el tiempo, llevando una vida muy tranquila. Sólo por excepción vino algunas veces a la capital y visitó calles y tiendas. En Baden paseaba por el campo y estuvo algunas noches en un pequeño teatro, donde daban operetas que la divertían mucho. Con todo, algunos creyeron notar que no era ya tan jovial como antes, y que sin estar precisamente triste, no mostraba la misma alegría de otros tiempos. Citaré un dicho suyo que prueba el carácter serio que habían tomado sus ideas. La noche de su partida se dignó recibirme cuando estaba ya cenando con sus hijas, y al verlas tan lindas me ocurrió decirle: «¿Quién sabe si estas niñas estarán destinadas a ceñir algún día una corona?» «No se lo deseo», fue la respuesta de la Reina.

Acompañaban a Doña Cristina el Duque de Tetuán como Mayordomo Mayor, y la Duquesa de Medina de las Torres, como Camarera Mayor. El Duque era un sobrino del General O'Donnell, que heredó, con el título de su tío, una notable posición política. Contribuyó también a darle importancia su afable condición y sus cualidades nada comunes, pues aunque no era de mucha instrucción ni mucha elocuencia, poseía lo bastante de una y otra para hacer buen papel en las luchas parlamentarias. Fue algún tiempo militar, y en la apariencia franco y modesto; en el fondo era tanto o más ambicioso que otro cualquiera. Fue Mayordomo Mayor de Don Amadeo, y después fue acogido con favor por otros bandos políticos a causa de su valer y de su nombre. Fue Ministro de Estado; mas ha muerto sin llegar a la Presidencia del Ministerio, que fue constantemente su sueño dorado.

No dejó de extrañarse en Austria que viniese acompañando a la Reina un personaje como el Duque, que había servido antes a Don Amadeo. Mas después de todo, estos cambios y perdones son comunes hoy día en todas partes, y ya hemos visto que dos de los Ministros del Emperador, Andrassy y Zimialkoski, habían sido condenados a muerte por haber tomado parte en la revolución del año 1848.

La Duquesa de Medina de las Torres era una de las damas más linajudas y respetables de España, y muy digna ciertamente de acompañar a la Reina. Pero su edad y su aspecto no parecían muy a propósito para dar brillo a una Corte.

Poco después de la Reina vino a Viena el mismo Rey Don Alfonso, y le acompañaban el Marqués de la Vega de Armijo, Ministro de Estado; el Duque de Sexto, Mayordomo Mayor; el General Blanco, el Coronel Mirasol y su Secretario particular, el Conde de Morphy. Había tenido lugar en Madrid un cambio de Gobierno, en cuya virtud tuvo que dar su dimisión Don Antonio Cánovas y le sustituyó el liberal Sagasta. Éste y su Ministro de Estado Vega de Armijo, sugirieron probablemente al Rey la idea del viaje, aunque otros pretenden que su primer inventor fue el mismo Don Alfonso. El proyecto en sí parecía muy bueno, siendo conveniente que el joven Monarca fuese conocido en las principales cortes europeas e hiciese a su vez el conocimiento personal de los grandes Soberanos, que deciden, por decirlo así, de los destinos del mundo. Mas, por desgracia, no hubo la necesaria prudencia en la manera de ejecutarlo, conforme lo referiré después.

La acogida que tuvo Don Alfonso en Viena no pudo ser más lisonjera. Hospedóle el Emperador en su Palacio y se esmeró en dispensarle toda clase de obsequios. Un banquete que dio en honor suyo en la sala blanca de la Burg, fue una de las cosas más brillantes que puedan verse en su género. Hubo además teatro de gala, maniobras y revistas. Los Archiduques Alberto, Raniero y Guillermo, le dieron también comidas espléndidas, y el público de Viena le mostró siempre respeto y simpatía.

En general, hizo Don Alfonso muy buena impresión en cuantos tuvieron oportunidad de conocerle. Su bella presencia, la distinción de sus modales, su grande amabilidad y la inteligencia que revelaba en todo cuanto decía, le ganaron con facilidad los corazones. Distaba mucho, a la verdad, aquel malogrado Soberano del tipo que se atribuía antiguamente a nuestros Reyes. Pretende, por ejemplo, Tallemant, que cierto viajero español se mostraba muy admirado de que el Rey Luis XIV saludase cortésmente a todo el mundo, y notándolo un francés, le preguntó si su Monarca no hacía lo mismo. «El Rey, mi amo, contestó el español, no le quita el sombrero más que al Santísimo Sacramento, y eso de muy mala gana». Don Alfonso se lo quitaba a chicos y a grandes, y tenía siempre la sonrisa en los labios.

Mostrábase además muy liberal y moderno en sus ideas, a tal punto que él mismo solía decir por donaire: «En mi casa no es posible vivir, porque mi mujer es sagastina, mi hermana canovista y yo republicano». Tomaba interés en todo, no por mera curiosidad, sino por el deseo de instruirse; y todo lo retenía, pues su memoria era un prodigio. Recuerdo que una noche mientras se fumaba después de comer en casa del Archiduque Raniero, tuvo la bondad de recitarme, como si las leyera en un libro, las más lindas poesías de Espronceda, Núñez de Arce y Campoamor, y también algunas de poetas de otros países, mostrando así conocer muy bien las principales literaturas de Europa.

No era ya, sin embargo, tan aplicado como lo había sido en sus primeros años. No era ya el joven tranquilo y laborioso que yo había conocido en Madrid a raíz de la Restauración. Sea que no pudiese realizar los proyectos que entonces se le atribuían de intervenir activamente en la dirección del Ejército y en los negocios del Estado, o que se sintiera dominado por el deseo de divertirse, propio de la juventud, el hecho es que, según me fue dicho por las personas que le acompañaban, Don Alfonso andaba siempre distraído. Y no sólo durante el viaje, sino en el mismo Madrid.

Dos jóvenes de la aristocracia, a quienes había escogido por amigos, le daban, por desdicha, muy malos ejemplos en este punto.

Adolecía, además, de un defecto muy peligroso para su salud. Era imprudente, por no decir temerario, en exponerse sin defensa a la acción del frío. Una mañana que salió de Viena muy temprano para asistir con el Emperador a unas maniobras, se presentó sin capote militar ni abrigo de ninguna especie, a pesar de que el tiempo era muy desapacible; por lo cual, tanto el Emperador como los Archiduques, le reprendieron amistosamente. En España se expuso sin la menor precaución al frío y a la nieve cuando visitó las provincias que fueron devastadas por inundaciones y terremotos; y la repetición de tales imprudencias, unidas a su delicada complexión, le atrajeron al fin una enfermedad de pecho que le llevó temprano al sepulcro.

Conocidos y estimados de todos eran el Duque de Sexto y el Conde de Morphy, que presidieron a la educación del Rey. El General Blanco, es, según dicen, uno de nuestros mejores militares, enérgico, inteligente y de opiniones liberales. Fue muy afortunado en la primera parte de su carrera, contribuyendo mucho a la restauración de Don Alfonso y también a la conclusión de la guerra civil. Nombrado después por Sagasta Gobernador de Cuba, fue allí más desgraciado, porque a él le tocó el triste encargo de abandonar aquella isla con todo su ejército en fuerza de un Tratado, sin tener siquiera ocasión de ver de cerca al enemigo.

El Coronel Conde de Mirasol era un militar muy simpático, que perdió la vida poco después, cumpliendo su deber de noble y leal soldado, el día en que se sublevó en Madrid el republicano Villacampa.

El Marqués de la Vega de Armijo, Ministro de Estado, es un aristócrata que une al prestigio de su cuna el de una buena ilustración literaria recibida en la Universidad de Madrid. Por su

instrucción y laboriosidad es un buen modelo de lo que deberían ser todos los nobles que quieren mezclarse en la política. Unióse en matrimonio con la bella Zenobia, hijastra del General O'Donnell, y esto facilitó mucho su carrera. Después se ha elevado más y más con sus propias alas y ha ocupado con mucha distinción el Ministerio de Estado y la Presidencia del Congreso. Su pecado es la vanidad. Quiere siempre el primer lugar en todas partes. Es asimismo apasionado y excesivo, lo mismo en sus aficiones que en sus odios. Dura mucho en sus rencores, y por otra parte, nada le parece bastante para sus amigos. Compuso un Reglamento de la Carrera consular, que está produciendo muy buenos efectos; pero en cambio ha hecho bastante daño a la diplomática, nombrando para sus principales puestos a personas que, no sólo no han servido nunca en ella, sino que no tienen tampoco ninguna importancia política ni más mérito que el de ser amigos suyos.

En mi sentir, existe bastante parecido entre el Marqués de la Vega de Armijo y el Duque de Tetuán. Ambos proceden de O'Donnell; ambos tienen una buena posición política y sueñan con la Presidencia del Consejo, sin poder conseguirla. Pero al mismo tiempo hay entre ellos varias diferencias, porque el Marqués ha mostrado siempre más constancia en sus opiniones y el Duque más bondad en su carácter. Uno y otro habrían ocupado ya el puesto elevado que ambicionan, si la Reina Cristina fuese tan amiga de variar sus Ministerios como la Reina Isabel, y si Cánovas no hubiera establecido con Sagasta el turno de nuestros dos principales partidos, que tanto está contribuyendo a dar seriedad y solidez al Gobierno parlamentario de España. Con estos dos hombres políticos acaba la ilustre dinastía de los o'donnelistas.

Desde Austria pasó D. Alfonso a Alemania y vio allí al anciano Emperador Guillermo, quien le convidó a las grandes maniobras, le agasajó de mil modos y le confirió al marchar el título de Coronel de un regimiento de hulanos. Esto último es muy usado entre los Soberanos de aquel país y los de otros varios Estados, por lo cual nada tenía de extraordinario. Pero los franceses, celosos siempre de su preponderancia en España, y llenos de suspicacia a consecuencia de sus recientes derrotas, lo llevaron muy a mal. Disgustóles, sobre todo, que el regimiento que le daban a D. Alfonso fuese de hulanos, en atención a que estos cuerpos de caballería ligera son los que, con razón o sin ella, han dejado más odios en Francia. Y aun hubo entonces quien supuso que el Príncipe de Bismarck lo había escogido a propósito, porque deseaba sembrar cizaña entre franceses y españoles, sabiendo cuánto irrita a la Francia que la España o la Italia, a quienes ha tenido desde hace tanto tiempo en su órbita política, quieran dejar su amistad por la amistad de la Alemania.

Entre tanto D. Alfonso, después de haber concluido allí su visita, dio al fin la vuelta a España, pasando por París, conforme al programa que había formado de antemano. Mas no fue recibido en aquella capital con la misma cordialidad que en otras partes. Una turba de gente soez, que le aguardaba en la estación del ferrocarril, cometió la villanía de silbarle. El Presidente Grevy y sus Ministros se apresuraron a ofrecerle todo género de excusas, atribuyendo el hecho a una minoría despreciable; pero alguna responsabilidad tenían en él los hombres políticos de aquel país, por haber dejado que la prensa extraviase la opinión pública sobre el significado del viaje del Rey y de los obsequios que había recibido. Y también se culpó mucho entonces al Marqués de la Vega de Armijo y al Gobierno español, porque, habiendo sabido con tiempo cuál era el estado de los ánimos en París, hubiera debido impedir que D. Alfonso lo visitase. Mas la verdad es que era muy difícil cambiar a última hora su itinerario, sin exponerse a la tacha de descortés o de cobarde. La culpa de todo lo ocurrido fue el egoísmo del Presidente Grevy por la variación que introdujo en el programa del viaje que presentó el Gobierno español. La primera capital en que debía detenerse el Rey era París, según parecía exigirlo los deberes de buena amistad y cortesía. Pero hallándose en aquella fecha el anciano Presidente en su casa de campo a Mont-Sous-Vaudrey, en el Este de Francia, indicó que deseaba recibir a D. Alfonso cuando regresara de Alemania, y el Gobierno accedió a su ruego.

De todas suertes, la amistad que reinaba entre España y Francia no se resintió mucho por este incidente: en primer lugar, porque nuestra nación es hoy demasiado débil para persistir por mucho tiempo en sus rencores, y en segundo, porque conviniéndole una política de neutralidad, no hubiera ganado nada en reñir con la Francia. Creyóse entonces, generalmente, que nuestro Gobierno se

hallaba muy inclinado a hacer su ingreso en alguno de los grupos de alianzas que empezaban ya a formarse con miras, ora de ambición, ora de defensa, entre los varios Estados de Europa. Pero pronto se vio que semejantes conjeturas carecían por entero de fundamento. Y si bien se considera, la España no tenía interés alguno en unirse a ninguna de las Potencias del Continente. Su única preocupación en aquel tiempo eran sus colonias, y ninguna Potencia continental poseía fuerzas marítimas suficientes para garantírselas. Y en cuanto a la recuperación de Gibraltar, que será siempre su ambición más natural y legítima, tampoco puede ninguna de ellas prestarle en esta cuestión un auxilio eficaz y seguro.

En el verano de 1885 vino a Munich la Reina madre Doña Isabel, a fin de ver allí a su hija la Infanta Doña Paz, casada con el Príncipe Luis de Baviera, y desde aquella ciudad se trasladó a Viena, con objeto de visitar también a las Archiduquesas Isabel y María Raniero. Alojóse en un hotel del Ring, llamado el imperial, y permaneció solo pocos días. Acompañaban a la augusta señora la Duquesa viuda de Híjar, como Camarera mayor, y el Marqués de Villasegura, como jefe de su casa. La Duquesa había sido muy guapa y se conservaba aun muy agradable. El Marqués era un oficial de marina, de buena presencia y finos modales.

Hallándose ya el Emperador en Ischl, que es donde suele pasar el verano, no pudo ver ni agasajar a la Reina, limitándose a poner a su disposición uno de los palcos que tiene la Familia imperial en la Ópera. Pero Doña Isabel lo disfrutó poco, porque comía tarde y le agradaba más quedarse después en casa, jugando al *besigue* con la Duquesa de Híjar.

Hallé a la Reina bastante cambiada físicamente de cuando había tenido la honra de ofrecerle mis respetos en París, después de la Revolución del año 68. Moralmente se conservaba la misma. Exponíase siempre a las murmuraciones del vulgo con la elección de Sus servidores, y no acababa de comprender lo que llamó Martínez de la Rosa el espíritu del siglo. Hablábamos a veces de la situación de España, que a mí me parecía bastante satisfactoria. Ella, sin embargo, no la juzgaba del mismo modo, y presagiaba mil desventuras, comparando a nuestros liberales con aquel caballero sevillano, nombrado D. Amaro, que se tiró desde lo más alto de la Giralda, y por el aire iba diciendo: «Hasta ahora no va mal».

Oía la Reina misa diaria en la linda iglesia de San Pedro en el Graben, y a su marcha le hizo entregar al párroco una cantidad que a todos nos pareció excesiva. Pero ella no lo creyó así, y nos dijo entre seria y festiva: «Déjenme que sea muy generosa con los clérigos, porque mi política ha sido siempre el estar bien con ellos y tenerlos por amigos». En lo cual no había ciertamente nada criticable, sólo que se le podía haber recordado que en la hora del peligro esa política no le había sido de ningún auxilio, y que más le hubiera valido, sin duda, contentar también un poco a los liberales, conforme lo han hecho después con tan buen éxito, así su hijo D. Alfonso, como la Regente Doña Cristina.

Por lo demás, la Reina Isabel mostraba siempre la misma bondad y el mismo buen humor de otros tiempos, unidos a la mayor dignidad y a la cortesía más exquisita, y tuve a gran fortuna el haber pasado aquellos días a las órdenes de tan excelsa y amable señora.

Vinieron también a Viena, mientras yo residía en ella, muchos españoles de distinción, entre otros mi antiguo jefe Don Manuel Silvela, que me había elegido para aquel puesto, y era, como ya he dicho, el modelo de los Ministros de Estado; el Conde de Benomar, mi colega en Berlín y que tanto se ha distinguido entre los diplomáticos de nuestro país, y mi querido amigo el Conde de Casa Valencia, escritor elegante, orador insigne y a la vez hombre político y diplomático de carrera. Vinieron igualmente la amable duquesa de Bailén, mi antigua amiga la Marquesa viuda de Bédmar, tan afectuosa como discreta, y la célebre Duquesa de la Torre. Esta última se conservaba aun muy buena moza. Llévela un día al taller del famoso pintor Mackar, quien por su brillante colorido y su habilidad para pintar mujeres hermosas, ha sido el Tiziano de este siglo, y apenas la vio no pudo menos de decirme que le parecía una de las damas más brillantes que había conocido en su vida.

Vino por fin, no a Viena, sino a Carlsbad, el eminente hombre político Don Antonio Cánovas del Castillo, a quien debía, como a Silvela, mi último nombramiento, y creí de mi deber ir a visitarle

a aquellos baños. Hícelo así sin tardanza y tuve el gusto de pasar algunas horas en su amable compañía. Estaba allí también en aquella sazón la bella cuanto desgraciada Emperatriz Eugenia, y tuvimos el honor de ser recibidos por ella. Nuestra audiencia fue bastante larga, porque la ilustre señora se alegró mucho de verse entre españoles, y éramos tres los visitantes, habiéndose unido a nosotros el general San Román, militar muy distinguido, que también se encontraba en Carlsbad.

Imposible sería decir todo lo que charlamos los cuatro, pues la amable Emperatriz parecía deleitarse de hablar su lengua nativa, Cánovas estaba en vena de chistes, y San Román y yo no dejábamos de meter nuestra baza de cuándo en cuándo. Recuerdo entre otras buenas ocurrencias de Cánovas la siguiente. Hablábase del carácter indócil y mudable de los franceses, y la Emperatriz expresó la opinión de que se parecían mucho a los españoles. «Es muy cierto, le respondió Cánovas; nos parecemos mucho los dos pueblos; pero con esta diferencia: que los franceses son unos españoles ricos, mientras que los españoles somos unos franceses pobres.»

Cuando salimos de la presencia de la Emperatriz, empezamos a hacer comentarios sobre ella, elogiando su noble carácter y la admirable resignación y dignidad con que había soportado, no sólo la pérdida de un trono, un marido y un hijo único, sino también las infidelidades del Emperador en el período más venturoso de su reinado. Sin embargo, acerca de esto último no estábamos todos de acuerdo, pues, según Cánovas, las esposas de los Emperadores y Reyes no sufren tantos celos como las demás mujeres, porque consideran casi natural que sus maridos cedan a las infinitas y poderosas tentaciones que su elevada posición trae consigo.

Mas yo me permití recordarle muchos casos que prueban lo contrario, y entre otros el de la sufrida y virtuosa María Teresa, esposa de Luis XIV, de quien refiere Saint Simón que un día en que la liviana Montespan hacía gala en los salones de Versalles de sus amores con el Rey, le dijo a una de sus damas: «esa p... me hará morir.»

CIX.
Viena, de 1878 a 1885.

Viajes que hago en la buena estación.—Voy a ver la Exposición de Pest.—Progresos de la Hungría.—Analogía del carácter húngaro con el nuestro.—Temporadas que paso con mi familia en Gorizia.—Amenidad de aquel pueblo.—Visito el Palacio de Miramar en Trieste.—Lecturas que hago en Gorizia y en Viena.—Libros alemanes que fui conociendo.—Los Nibelungos y los poemas de Klopstock y Wieland.—Las poesías de Schiller, Goethe, Korner y Ublaud.—La Luisa *de Voss. —Mi juicio sobre Heine.—Los historiadores más notables.—El bello libro de Herder.—Mérito de Kant.—Errores de Hegel y Schopenhaüer.—El* Guillermo Meister *y otras buenas novelas.*

Cuando llega el verano, dispérsase poco a poco la buena sociedad de Viena, y los unos se trasladan a sus posesiones del campo, a la manera de los nobles de Inglaterra, los otros a los baños de mar de Holanda, Francia y Alemania. No pocos van también, por motivos de salud, a las aguas termales de Alemania y Bohemia. El Emperador ha tenido siempre la costumbre de pasar los calores en el pueblo de Ischl, que por estar situado en las montañas de la Alta Austria, goza de una temperatura fresca y agradable.

Antiguamente iba también a Ischl el Cuerpo diplomático; pero desde que las comunicaciones se han hecho más fáciles, casi todos los jefes de misión obtienen un permiso de verano para ir a su país o al extranjero. Hubiera querido yo hacer otro tanto; mas no podía tomar muchas licencias a causa de la escasez de mi sueldo. Hubiera querido al menos hacer una nueva excursión a Alemania para ver a Berlín y Dresde; pero tampoco esto me fue dado por entonces.

Sólo dejé una vez a Viena durante el verano, y fue para ir a Hungría por encargo del Gobierno, el cual quiso que asistiese yo, como mis demás colegas, a la apertura de la Exposición celebrada en aquel país el año 84. Fue un viaje muy agradable. Hallé a Pest cada vez más agrandado

y elegante, y la ceremonia de la apertura ofreció un aspecto bellísimo. El Emperador, rodeado de los magnates húngaros con sus pintorescos vestidos, y de otros varios personajes, leyó en lengua magiar un corto discurso de circunstancia y pasó luego a examinar los objetos allí reunidos, seguido de sus Ministros y del Cuerpo diplomático. No era ciertamente aquella Exposición comparable con las de otras mayores capitales; mas con todo llamaba justamente la atención, porque hacía ver los rápidos progresos realizados en la segunda mitad del siglo XIX por un país que se hallaba antes tan atrasado como Portugal o Turquía.

Hubo luego un baile en el Palacio real de Buda, una función de gala y varias fiestas en casa de los principales nobles, donde pudimos admirar la hermosura de las damas de Hungría, que en nada ceden a las de Viena. Bathiany, Zichy, Festetic, Andrassy, Zcheny y otros varios señores poseen bonitos palacios, y dan muestra en sus festines de esplendor, riqueza y gusto. Faltaba sólo un representante de la familia Esterhazy de Galanta, que es la más antigua quizá de todas, si es cierto que procede de Pablo Esterás, descendiente de Atila, y también la más decaída, al punto de acabar en punta, según la expresión de Cervantes.

Débese esto a la prodigalidad del Príncipe Pablo, que vivía en la primera mitad del siglo XIX, y es fabuloso lo que supo gastar, especialmente en lujo y en amores, dejando luego entre naturales y legítimos, más hijos que ningún Shah de Persia, y proveyéndolos bien a todos, así como a sus diversas madres. El Príncipe actual vive muy retirado, y ha vendido casi todo lo que le dejaron sus pródigos progenitores, incluso una hermosa colección de cuadros que se hallaba antes en Viena. Por fortuna, esta última ha sido comprada por el Gobierno húngaro, a fin de enriquecer la escasa colección que existía ya en el Museo de Pest, fundada por el ilustrado arzobispo Pyrker. Contiene buenos lienzos de varias escuelas, entre ellos algunos de pintores españoles, cuya vista en aquel apartado país, me produjo doble placer que si los hubiera encontrado más cerca; a la manera que se ve con más gozo a un compatriota cuando le hallamos muy lejos de España.

Fuimos también convidados al Casino de la Nobleza, que es elegante y espacioso, y donde se reúne por las noches lo más escogido de la aristocracia, amiga del juego y de la tertulia. Allí pude notar que el modo de ser de los húngaros tiene bastante analogía con el nuestro en lo ardiente y bullicioso. No eran sus conversaciones compasadas y tranquilas como las de los señores de Viena. Gesticulaban, alzaban la voz, y a veces disputaban con tanta vehemencia que parecían prontos á venir a las manos. Todo lo cual confirma que ciertos rasgos del carácter nacional, no nacen tanto del clima como de la raza, puesto que el clima de Pesth es poco menos frío que el de Viena. Comuniquéle mi observación al Conde Andrassy, que había estado en España, y éste me dijo, sonriendo, que tenía yo mucha razón, y me añadió que si viajaba por el interior, hallaría también mucha semejanza entre los campesinos húngaros y los españoles, no sólo en el vestido y el sombrerillo redondo, sino también en el carácter, pues aunque sirvan a un amo, cada uno de ellos se cree tan caballero como él.

He dicho ya que me alejaba poco de Viena en verano. En cambio tomé la costumbre de ir todos los años durante el otoño a Gorizia, y pasar allí una larga temporada con mi mujer y mis hijos, a quienes hacía venir de Florencia. Hallándose aquella ciudad en mi territorio, no necesitaba de permiso para residir en ella, tanto más cuanto que podía trasladarme a Viena en pocas horas, si ocurría algún asunto que reclamase allí mi presencia.

Es Gorizia una ciudad muy bonita, y está en una situación tan soleada, que su clima es muy benigno. Es casi la última del Austria por aquella frontera, y su territorio se encuentra habitado en parte por la raza yugo-eslava o eslava meridional, y en parte también por la italiana y la alemana. Si se va por las mañanas al mercado, nótase luego que todos los campesinos hablan una lengua extraña, que es eslava. Mas si se leen los letreros de las tiendas, adviértese igualmente, que hay en aquel país tres pueblos mezclados. Así, por ejemplo, un sastre se llama Bonelli, y el librero que está a su lado tiene por nombre Blumenthal, y más allá hay un joyero, cuyo apellido es Millowski. Es decir, que el uno es italiano, el otro alemán y el tercero eslavo. Y de este mismo modo continúan alternando las tres nacionalidades en todas las tiendas de la ciudad. Y por cierto que causa mucha

admiración que la raza eslava, la cual se extiende por un lado hasta la Siberia y el Cáucaso, llegue también por otro lado hasta las puertas mismas de Italia, conservando siempre su fisonomía particular y su lenguaje.

Habitan en Gorizia varias personas de distinción, entre otras el Conde Coronini, uno de los jefes de los liberales de Austria, que posee allí una quinta muy hermosa. Un compañero mío de carrera, el Conde de Baguer, también se estableció en aquella ciudad, después que dejó el puesto de Primer Secretario que desempeñaba en nuestra Embajada de Roma. Él es tan inteligente como distinguido; su esposa, nacida en el país, es amable y agraciada.

Es cosa bien sabida que la rama mayor de los Borbones de Francia escogió Gorizia por residencia, después de la revolución del año 30. Allí vivió y murió Carlos X, y tanto él como su familia están enterrados en la cripta de una iglesia de Capuchinos, situada en la colina llamada de Castagnavizza. Tienen estos religiosos una habilidad especial para escoger el lugar de sus conventos, y aquel es de los que gozan una vista más hermosa. Muchas veces fui a visitarlo por ese motivo y visitaba también con interés las tumbas de los Borbones, que recuerdan con mucha elocuencia las terribles revueltas del pasado siglo.

Desde Gorizia pueden hacerse excursiones muy agradables. Todos los años íbamos, por ejemplo, a Trieste, que es el puerto más cercano y tiene una situación pintoresca. En sus cercanías se encuentra el Palacio de Miramar, hecho construir por el desdichado Archiduque Maximiliano, el cual pasó en él los años más felices de su vida, en compañía de la no menos desgraciada Princesa Carlota. Hállase a la orilla del mar, pero el aire del Adriático no impide que crezcan en sus jardines toda clase de árboles y plantas, cuyo verdor y perfume los hacen amenísimos. Su arquitectura exterior peca quizá de sencilla, mas su distribución interior es cómoda y sus muebles de buen gusto. No le visité nunca sin hacer tristes reflexiones sobre el error de los juicios humanos, y especialmente los de aquel malogrado Príncipe que dejó las ventajas de su posición en Viena y las delicias de su Palacio de Miramar, para ir a buscar una corona poco segura entre los indios del Nuevo Mundo.

Durante el tiempo que permanecía en Gorizia, no sólo paseaba por sus floridos campos, sino que ocupaba mis ocios en agradables lecturas, principalmente de libros alemanes, a los cuales me dedicaba siempre con preferencia desde que llegué a Viena. Conocía ya bastante el idioma alemán antes de ir allí por haberlo estudiado un poco en Nápoles con un maestro prusiano, y después en Constantinopla con cierto profesor llamado Neeser, que era un bávaro muy instruido y autor de una novela en que pinta muy bien la lucha sorda que existe en Oriente entre griegos y musulmanes. Pero en Viena tenía, por decirlo así, una lección práctica en los teatros que frecuentaba y en las conversaciones que por precisión tenía que sostener con algunos austríacos que no hablaban más lengua que la propia.

Mencionar todos los libros que leí sería demasiado largo. Recordaré, con todo, los más notables, a fin de dar una idea de aquella literatura a quien no haya tenido ocasión de estudiarla. *La epopeya nacional de los Nibelungos*, es, por decirlo así, un libro indispensable, aunque no agrada tanto a los extranjeros como a los alemanes. Las hazañas de Sigfrido no son tan épicas como las de Roldán o Rodrigo, y la rivalidad de Crimilde y Brunilde no tiene mucha grandeza. Además, la intervención de los enanos llamados nibelungos y de las ondinas, valkirias y otros seres fabulosos, enfrían mucho el interés histórico. Por todo lo cual, me parece menos bello que *La Canción de Roldán* o el *Poema del Cid*.

La Mesiada, de Klopstock, tuvo en su tiempo grande aplauso, y los alemanes la creyeron superior al *Paraíso perdido*, de Milton. Ahora no se lee mucho, y por mi parte la encuentro algo monótona. Tiene, con todo, algunos episodios interesantes, como, por ejemplo, la muerte de María, hermana de Marta y de Lázaro, y la historia de dos amantes resucitados. Es también bello y original el carácter del ángel Abbadonah, que se muestra arrepentido y llora su rebeldía con amargura. Al terrible Milton no se le ocurrió nada parecido; es una invención muy propia del carácter sentimental de los alemanes.

El *Oberon*, de Wieland, es más humano, demasiado humano quizás. Está tomado de la antigua historia francesa de Huon de Burdeos, e imita mucho al Ariosto, no sólo en la forma del poema, sino también en la licencia.

Después de estos autores, ya algo anticuados, preséntanse a nuestra vista los dos colosos, que los han puesto casi en olvido, y son Schiller y Goethe. Su mérito es tan grande, que cuando uno se engolfa en su lectura tiene que hacer un gran esfuerzo para dejarlos. Ya he hablado en otro capítulo de la excelencia de sus dramas. Pues lo mismo puede decirse de sus demás obras. Sus poesías líricas, sobre todo, son admirables, y apenas necesito mencionarlas, pues están traducidas ya en todas las lenguas y son bien apreciadas por las personas de gusto. ¿Quién no conoce, por ejemplo, *La Campana*, de Schiller, cuyas pinturas son comparables con las del famoso Escudo de Aquiles? ¿Quién no conoce su *Nadador*, tomado de una leyenda siciliana, o *El Guante*, cuyo asunto es igualmente antiguo y está citado por Mira de Amescua en una de sus comedias?

Goethe también compuso canciones muy bellas, como *La Desposada de Corinto, El Pescador* y *El Parque de Lilí*, aunque confieso que, reconociendo, como reconozco, su gran mérito, no las prefiero a las de Schiller.

Dice Cicerón que se necesitaba la vida de un hombre para leer todos los líricos griegos. Mucho tiempo sería preciso, asimismo, para leer todos los alemanes. Los unos atraen por un ardiente patriotismo, despertado en aquel país después de la invasión francesa; los otros por sus acentos enamorados y por sus pinturas, ora suaves, ora terribles. Las canciones de Arndt, respiran el amor de la libertad; las de Korner, tituladas *La Lira y La Espada*, excitan el odio de los invasores. Bürger, expone bien las leyendas nacionales en el *Cazador salvaje* y en la *Canción de Leonor*, tan populares en Alemania.

Freiligrath canta con imaginación y elegancia la *Gran Germania* y el *Clarín de Gravelotte*, sin olvidar por eso las dulzuras del amor. Repite, como Anacreonte:

Ama mientras amar puedas,
Ama mientras puedas amar.

Las baladas de Uhland son dechados de una gracia tan elegante, que con razón han sido imitadas o traducidas por los primeros poetas de otras naciones. Muy conocidas son *El Caballero nocturno* y *La Hija del joyero*, que nuestro poeta Valera ha puesto en castellano con felicidad suma.

Enrique Heine pasa por epicúreo y escéptico; pero es mejor que su fama y que sus exagerados imitadores. Es un alemán que tiene tanta gracia como un francés, sin perder por ello la sensibilidad de su raza. De cuándo en cuándo se le escapan bufonadas de mal gusto contra las mujeres y aun contra la religión y la patria; pero su tono no es nunca amargo, sino amable y festivo. Abundan sus poesías de versos admirables, y su forma es siempre bellísima.

La posteridad se muestra muy severa con este poeta en su propio país, quizá porque se burló de los alemanes, y todavía no se ha encontrado allí una ciudad donde se permita que sus admiradores le levanten una estatua. Sin embargo, tiene siempre partidarios, especialmente entre las damas, y ha sido el poeta favorito de las últimas Emperatrices de Alemania y de Austria. Además, la segunda mitad de su vida fue mejor que la primera. Al fin deploró el tiempo que había pasado *guardando puercos en el campo de los hegelianos*, y se declaró deísta. Y es muy probable que si hubiese vivido en nuestros días, hubiera dado un paso más, profesando una religión positiva. El matrimonio le había dado la necesidad de creer, y dijo con gracia en una de sus poesías:

¡Señor! dadme dinero y alegría
Dadme salud y buen humor,
Para vivir años felices
Con mi mujer in statu quo.

El idilio es una forma de poesía cultivada también en aquel país, y tiene modelos bellísimos en los que compuso Gessner y en el *Herman* y *Dorotea* de Goethe. La *Luisa* de Voss es igualmente un libro muy lindo, que muchos alemanes aprenden casi de memoria a fuerza de repetir su lectura.

Scheffel ha escrito *El Trompetero de Sakkingen*, que es otro poemita, cuya sentimentalidad gusta sobremanera a las mujeres. Muchas hay que repiten y aplican con placer estos versos con que el enamorado Werner termina su tierna despedida:

Guárdete Dios ¡hubiera sido tan bello!
Guárdete Dios ¡no era posible que fuese!

Son los alemanes sumamente aficionados al teatro, y ya en el siglo IX la monja Rosvita componía en latín varias comedias, cuyos asuntos eran bastante alegres. Pero las continuas guerras y las revoluciones religiosas que retardaron el desarrollo de la cultura alemana, y también el carácter harto serio de la nación, no permitieron que este ramo tan importante de la literatura diese buenos frutos hasta mucho más adelante. Lessing, en el siglo XVIII, compuso la primera tragedia verdaderamente bella. Iffland y Werner, dramas y comedias de reconocido mérito. Kotzebue, más fecundo que ellos, hizo varios dramas interesantes, como *Misantropía y arrepentimiento* y los *Dos Hermanos*, que eran dados todavía en los teatros de Italia, en el año 1848, y agradaban mucho a mi jefe Martínez de la Rosa.

Pero en este género Schiller y Goethe eclipsaron pronto a todos los demás, y ahora mismo la inmensa fama de estos dos poetas, pesa como una capa de plomo sobre cuantos cultivan allí el arte dramático. Ya he dicho en otro capítulo cuál era el aplauso que lograban sus composiciones en el teatro de Viena. Por mi parte, además de oírlos en la escena, los leía y releía con el mayor placer, especialmente los de Schiller.

Pasando de la poesía a la prosa hallamos una serie de historiadores, que pueden competir con los de cualquiera otra nación, si no en la forma, al menos en el fondo, pues los alemanes se distinguen por su gran talento de investigación. Durante algún tiempo les perjudicó bastante la influencia de Hegel, cuyo dogmatismo racionalista dominaba allí sin contraste. Después han vuelto a la observación imparcial de los hechos y a las inspiraciones del buen sentido. Fáltales sólo la gran amenidad de los franceses y ese espíritu liberal que anima siempre a los ingleses.

Conocía ya a Heerén, Ranke, Leo, Hurter, Gervinus y Niebuhr por las traducciones francesas; pero entonces tuve el gusto de leerlos a ellos y a muchos otros en su propia lengua. Müller me cautivó por su buen estilo, y Schiller por su forma pintoresca. Su *Historia de la Guerra de Treinta años* es una obra clásica y la de la *Rebelión de los Países Bajos* será siempre leída, a pesar de que Motley ha escrito otra más filosófica; a la manera que leemos siempre a Solís, a pesar de que Prescott es más exacto. Los hermanos Schlegel son asimismo muy agradables, el uno en sus *Lecciones de literatura dramática* y el otro en su *Filosofía de la Historia*.

Pero el libro más bello de este género es el de Herder, intitulado *Ideas para la Filosofía de la Historia*. Únense en él, como en ningún otro, la imaginación del poeta con la razón del sabio; eleva el alma, enamorada del progreso y de la cultura; hace pensar y sentir al lector más indiferente. Tienen también mucho mérito las *Historias* de Mommsen y Gregorovius, aunque en ellos se halla más que en otros autores, la propensión de los alemanes a toda clase de paradojas. Sus osadías son a veces tan grandes que quitan dignidad a la historia.

La reina de las ciencias, la orgullosa Filosofía, ha sido cultivada también allí con tanta libertad como en Inglaterra, y ha producido libros muy notables. Kant y sus discípulos se han atraído muchas censuras, que no siempre son injustas. Yo creo, sin embargo, que, si bien se considera, hay bastante que agradecerles. El sensualismo, padre natural del materialismo, dominaba allí, como en otros países de Europa, al principio del pasado siglo, y si el escocés Reid lo rebatió magistralmente, armado sólo del sentido común, no le hizo menos daño el profundo Kant con su *Crítica de la Razón pura*. Fichte exageró después su espiritualismo; pero Jacobi, otro filósofo poeta como Herder, devolvió al fin a la filosofía su base religiosa y los sufragios del público.

El retroceso que tuvo después lugar, por obra del obcecado Hegel, no es tampoco bien juzgado, porque no todos comprenden a este filósofo. Tennemán y el francés Michelet trataron de explicarlo; mas no lo consiguieron enteramente. Chalibeus hizo de su doctrina una exposición más popular, y ésta es la que deben leer los que no tienen tiempo para estudiar al mismo inventor del

sistema. Como quiera, su mayor aberración consiste en confundir la conciencia o sentimiento interior con el mundo exterior, o sea el yo con el no yo, para usar el lenguaje de la escuela, y eso conduce al panteísmo, que es el mayor de los absurdos. Esto bastó para ocasionar su pronta ruina. Quedó sólo en pie la teoría de la evolución, que entendida con ciertas restricciones, es muy útil para explicar los hechos históricos.

Otra filosofía, que ha estado allí muy de moda, porque también hay modas en filosofía, es la que propagó Schopenhaüer, o sea el pesimismo. Su idea principal ha existido en otros países, pues pesimista fue Leopardi y también Alfredo de Vigny. En Alemania ha sido un producto del orgullo y de la desesperación producida por la pérdida de la fe. El estudio de la literatura india ha contribuido, asimismo, a su gran boga. Ahora ya se reconoce que Madame Stael tenía razón en decirle a Schlegel que perdía su tiempo con el estudio del sánscrito, no habiendo nada en el *Ramayana* ni en el *Mahabarata*, ni tampoco en *Sakúntala*, que valga un canto de Homero o de Virgilio. Pero hace algunos años no era así, y todos creían que la India escondía tesoros literarios valiosísimos. La triste religión de Buda, singularmente, era objeto de grande admiración, y en realidad Schopenhaüer no hizo otra cosa que darle una forma científica.

Mas, como ha dicho con gracia el francés Caro, semejante doctrina puede gustar en pueblos que beben cerveza; pero no prospera donde el Burdeos aclara la inteligencia y la libra de pesadillas. Creer que todos acabaremos en el Nirvana, o sea en la nada, es un diletantismo de gentes ociosas, que sólo dura todavía por el afán que tienen ciertas personas de singularizarse lo más posible.

Ni deja de haber entre los mismos alemanes quienes se mofen de tales delirios, pues aunque propenden más a lo serio que a lo jocoso, tienen también disposición para la burla. No hay allí una sátira tan importante como el *Quijote*, ni aun como *Hudibras* o *Gulliver*; pero poseen varios libros de ese género, que son muy divertidos. El *Simplicius Simplicissimus* es una buena burla de aquel joven Parsifal, a quien fue confiada la custodia del Santo Grial por ser tan puro y sencillo. El *Viaje fisionómico*, de Museus, ridiculiza el sistema de Lavater, que creía adivinar los caracteres con sólo observar las facciones; y la fábula de la zorra es una sátira política que existía ya en la Edad Media y ha sido remodernada por Goethe.

Abunda, por último, la literatura alemana en cuentos y novelas de toda especie. En mi opinión, los primeros en este género son los ingleses, por la naturalidad de su estilo, el conocimiento que muestran de la sociedad y la moralidad de sus fábulas. Los novelistas franceses son divertidos, pero pecan de libres y abusan de las descripciones. Los alemanes tienen menos interés que unos y otros; mas en cambio no son tan inmorales como los franceses. Los cuentos de Hoffman están traducidos en todas las lenguas y es también muy conocido aquel *Peter Schlemil*, de Chamisso, que había vendido su sombra.

Menos exagerado que estos escritores es Hackländer, cuyo *Viaje a Italia* está lleno de ocurrencias de buena ley; y también Richter, a quien llaman en Alemania Juan Pablo, como en Francia a Rousseau Juan Jacobo. Sus *Años de juventud* es un libro original, que recuerda a la vez a Quevedo y a Sterne y se lee con sumo gusto.

En un género ya más serio merece Goethe, como siempre, el primer lugar con su *Guillermo Meister*, especie de autobiografía, que algunos ponen por las nubes y que no pocos alemanes leen todos los años, como algunos españoles el *Quijote*. Su estilo es claro, cual la fuente de Blandusia, y contiene episodios muy interesantes. Los de *Mignon y Filine* han llegado a ser célebres, y según el crítico Zelter, no es una novela, sino una pintura del mundo, de sus grandezas e imperfecciones. Con todo, no conviene exagerar este elogio, y por mi parte no creo que pueda ser comparado con *Don Quijote* o *Gil Blas*, ni aun con *Tom Jones* o *Ivanhoe*. El primer puesto en cierta clase de producciones está ocupado ya desde hace siglos.

Durante el período que llaman de los románticos publicó Tieck su *Victoria Acorambona*, que es una especie de *Corina*, y Novalis el *Enrique de Ofterdingen*, delicia de las almas poéticas. Vienen después otros novelistas más naturales, sin dejar de ser idealistas. Auerbach, el principal de ellos, ha escrito los deliciosos *Cuentos de la aldea*, de que se ha acordado mucho nuestro Trueba.

La Descalza es una verdadera joya. El suizo Zschokke pinta bien los caracteres en sus diversas novelas y su inspiración es siempre religiosa.

La Condesa Ida Hahn Hahn, quien de protestante se hizo católica, es la Lady Fullerton de Alemania, y ha compuesto lindas novelas. *La Sibila* es su propia biografía. Debo citar igualmente *La Familia Nerdorf*, de Fany Ewald; *La Princesa Egipcia* y *La Burgomaestra*, de Ebers; *Haber y Debe*, de Freitag; *Ekkehard*, de Scheffel, y *La Criada del Intendente*, de Marlitt.

El húngaro Jokai ha publicado también varias novelas excelentes, entre las cuales hay algunas, como *Morir dos veces*, que contienen pinturas de las revoluciones y guerras recientes de su país más exactas e interesantes que las que se leen en verdaderas Historias. Todas han sido traducidas al alemán.

Pero advierto que mi pasión por los libros me ha llevado más allá de lo justo. Es una afición que nada cura. Decía por chiste el célebre Doctor Johnson que esperaba hallar en el cielo una bonita edición de Shakespeare. Por mi parte, confío en que Dios se dignará conservarme en la vida futura un cierto recuerdo de las cosas buenas y bellas que he leído en este mundo.

CX.
Viena, de 1878 a 1885.

Noticias alarmantes do España.—Grave enfermedad del Rey Don Alfonso.—Muerte de este amado Monarca.—Honda pena que causa.—Grandes méritos que se le reconocen.—Se le debe la sincera práctica del sistema constitucional, y la tolerancia religiosa.—La Reina Cristina asume la Regencia.—Cánovas cede el poder a Sagasta, a fin de que los liberales den su apoyo a la Reina.—El nuevo Ministro de Estado me separa de mi cargo.—Pesar con que dejé a Viena.—Me despido del Emperador y los Archiduques.—Refiero el fin trágico de Rodolfo.—Atribuyo su conducta a un acceso de locura.—Decido fijar mi residencia en Florencia.—Vida agradable que llevo en ella.

Hallábame precisamente en Gorizia en el otoño de 1885, haciendo allí la vida que he descrito en el capítulo anterior, cuando llegaron noticias alarmantes de España sobre la salud de nuestro querido Rey Don Alfonso. Ya he dicho que su constitución no era muy robusta, y que la existencia que llevaba no era la que hubiera necesitado para conservarse sano. Comenzaron luego a circular rumores de que mostraba esa propensión a los padecimientos del pecho, que no es rara en la familia de los Borbones. Viose que, dejando poco a poco las cabalgatas y diversiones fatigosas a que le arrastraban indiscretos amigos, se retiraba a vivir en La Granja, buscando con preferencia la compañía de su esposa y de sus tiernas hijas. Renovóse en aquel Sitio Real el idilio de Arcachon, y la Reina Cristina pasó entonces una de las temporadas más felices de su vida. El Rey también parecía muy dichoso. Acabada la temporada de verano, la Reina regresó a Madrid, y los médicos prescribieron se instalase solo el Rey en El Pardo, y cuando preguntábamos noticias de su salud se nos respondía que era mejor que nunca. Corrían con todo, otras voces de muy distinto carácter, y viajeros y cartas las traían a la misma Corte de Viena. Decían que el estado de Don Alfonso era muy grave; pero que el Gobierno lo ocultaba por razones de prudencia. El Monarca mismo no quería que fuese conocida su enfermedad, y echaba a la chimenea los pañuelos en que arrojaba su sangre. Viviase, pues, en esta engañosa duda, cuando de repente llegaron una tras otra las noticias de que Don Alfonso estaba muy enfermo, de que su estado era desesperado, y por fin, que había fallecido en El Pardo el día 25 de noviembre. Y trascurrió tan poco tiempo entre las primeras noticias y las últimas, que se hubiera podido imitar en aquel caso una célebre frase de Bossuet, diciendo a la vez: el Rey está enfermo, el Rey se muere, el Rey ha muerto.

La impresión producida por este triste suceso fue grandísima. Costaba trabajo creerlo. El Emperador, que quería mucho a Don Alfonso, dio muestras de un sincero sentimiento. Los Archiduques y el público de Viena, que le habían visto poco tiempo antes y estaban aun bajo el

influjo de su gracia y cortesía, manifestaron asimismo grande pena. Pero mucha mayor la experimentaba la inmensa mayoría de los españoles. Todos deploramos la pérdida de un Rey, que en edad relativamente temprana había de mostrado ya las cualidades necesarias para labrar la felicidad de su patria. Parecíanos que perdíamos en él la última esperanza de restituir a nuestra noble nación la tranquilidad de que la habían privado por tantos años sus guerras y discordias. El tiempo ha probado que había mucha exageración en esos juicios, pero entonces eran naturales, y el mismo Don Alfonso los compartía cuando, viendo ya cercana su muerte, y pensando en la minoría que amenazaba otra vez a nuestro país, exclamaba con acento dolorido: «¡Dios mío! ¡qué conflicto!»

Descanse en paz el malogrado Soberano, y consuélenos el pensar que tal vez se ahorró con su muerte las tribulaciones que rodean hoy más que nunca a cuantos ciñen una corona. Recordemos aquellos versos de Hesiodo, en que preguntándose cuál es la dicha mayor que puede caber al hombre, responde:

No ser Rey, o si lo fuere,
Bajar temprano al sepulcro.

Consuélenos también la idea de que, si su reinado fue corto, bastó para marcar una época importante en los anales españoles. Todavía es temprano para juzgar como se debe a Don Alfonso; mas a mí me parece que no es posible negarle desde luego estos tres grandes méritos. En primer lugar fue el primer Soberano español que, aleccionado por la experiencia, se resignó a gobernar constitucionalmente, sin ningún deseo secreto de sustraerse a sus juramentos y promesas. En segundo lugar, fue el primero también que no temió llamar espontáneamente a sus consejos a los hombres políticos más liberales del país, y aun los prefirió algunas veces a los que le habían dado el trono y se intitulaban conservadores. Por último, Don Alfonso, educado en Austria y en Inglaterra, mostró el ilustrado propósito de poner término en España a la antigua intolerancia religiosa, que la constituía una deplorable excepción entre las naciones civilizadas del mundo. La revolución del año 68 lo había ya hecho; pero Don Alfonso lo confirmó del modo más solemne. Probablemente todos los Reyes o Reinas que vengan después, seguirán este noble ejemplo; mas el hecho datará de él. Su reinado señalará una nueva era en la política española.

Aunque el dolor que causaba en todos la muerte de Don Alfonso era muy grande, claro es que no puede compararse con el que sentía su Augusta viuda, la enamorada Doña Cristina, que le amaba como esposo mucho más que como Rey. Quedó tan aterrada y suspensa, que no quería ocuparse de cosa alguna, y costó mucho trabajo a Cánovas que se prestase a firmar los documentos indispensables en aquella situación azarosa. Pues era preciso que el trono no quedase un momento vacante, y que Doña Cristina asumiese sin tardanza la Regencia del Reino durante la menor edad de su hija Doña Mercedes, o del póstumo que pudiera nacer pocos meses después, porque la Reina se hallaba encinta.

Y la prisa de Cánovas estaba tanto más justificada, cuanto que el partido liberal empezaba ya a agitar la opinión con el objeto de conquistar el poder, y aun se dijo que, temeroso de no ser tan acepto a la Reina Cristina como a Don Alfonso, estaba dispuesto a ofrecer la Regencia a la Reina Doña Isabel. Añadíase, no sé con cuál fundamento, que esta Augusta Señora no dejaba por su parte de mostrarse dispuesta a favorecer esas intrigas, reclamando la Regencia como abuela del futuro Rey o Reina. Aseguróse, por fin, que Sagasta había llegado a tratar formalmente de esto con la misma Doña Isabel, lo cual no parecía extraño ni increíble a los que conocían el carácter poco escrupuloso de aquel antiguo revolucionario, que ya en el año 67 había fingido, por lo menos, acercarse a Don Carlos, a fin de intimidar al Gobierno de aquella época.

Como quiera que esto fuese, D. Antonio Cánovas pospuso entonces toda ambición personal, y escuchando sólo los dictados del patriotismo, tuvo la feliz idea de no aceptar la confirmación de su autoridad, que le ofrecía con mucha instancia la afligida viuda de Don Alfonso, y le indicó la conveniencia de confiar el poder a Sagasta, con el objeto de obtener que tanto él como su partido le diesen su apoyo y no turbasen la paz con sus impacientes pretensiones. Y el resultado no pudo ser más satisfactorio. Cesaron, como por encanto, los rumores de intrigas y las amenazas de trastornos,

y Sagasta se convirtió inmediatamente en el defensor más decidido de la Regencia de Doña Cristina.

Y aprendió tan bien esta Augusta Señora la lección de alta política que así le daba Cánovas, que la volvió a aplicar varias veces y siempre con el mismo buen éxito, durante todo el tiempo de su gobierno. Y aun es opinión general que, sintiéndose siempre más segura con Sagasta y siendo también éste menos dominante y absoluto que Cánovas, le estimaba sinceramente y aun le cobró mucho afecto.

Han criticado algunos esta especie de alternativa establecida entre los dos grandes Ministros, a la manera de la fábula de Cástor y Pólux o de las figuritas de un barómetro, y la han llamado por burla el pacto del Pardo, imaginando que había sido convenido entre Sagasta y Cánovas en aquel Real Sitio pocos días después de la muerte de Don Alfonso. Pero la verdad es que aunque Cánovas lo aconsejó entonces, existía ya en tiempo del Rey y ha nacido naturalmente de la fuerza misma de las cosas, siendo indispensable que en los Gobiernos constitucionales haya dos principales partidos, que se reemplacen mutuamente cuando la política de cualquiera de ellos pierde el apoyo de la Cámara o de la Corona. Y como no podría haber tales partidos, si no tuvieran jefes que por su talento, su historia y su experiencia fuesen aptos para tal oficio, de aquí vino también la necesidad de que a éstos solos y no a otros menos importantes, confiase la Corona la dirección de los negocios públicos. Podrán darse casos en que sea indispensable hacer una excepción a esta regla; pero siempre será un recurso peligroso, porque alienta a aquellos espíritus díscolos, que no quieren vivir sujetos a la disciplina de ningún partido.

La alternativa establecida así entre Cánovas y Sagasta no debe, pues, ser criticada: ha sido la más a propósito para conservar su prestigio al régimen representativo; es la que se practica en Inglaterra y en otros países más acostumbrados que nosotros a esa clase de Gobiernos; y donde se falta a ella, como antes en España y ahora en Italia, no tarda mucho en advertirse que eso trae consiga los más perniciosos efectos.

Constituido el nuevo Ministerio de Sagasta, mostró este hombre político mucha habilidad para consolidar la nueva situación creada por la muerte del Rey y el establecimiento de la Regencia; y aunque su misión fue facilitada por la actitud reservada y patriótica del partido conservador, es justo tributarle por ello los mayores encomios. Mas por desgracia para mí y para otros muchos, hay males en España que no se pueden curar en un solo día ni aun quizás nunca, porque son propios del carácter nacional y del régimen democrático que nos rige, y uno de ellos es la costumbre de que cada nuevo Gobierno cambie la mayor parte de los empleados con el objeto de satisfacer a sus amigos, a la manera que se practica en todas las Repúblicas de América, empezando por los Estados Unidos del Norte.

Y este abuso es más común cuando entran a mandar los liberales, porque sus huestes son más necesitadas e impacientes que las que siguen la bandera conservadora. Sagasta, pues, y más aun sus compañeros de Gabinete, y entre ellos el Ministro de Estado, que era D. Segismundo Moret, antiguo republicano convertido y hombre de mucho talento, pero de poca conciencia, empezaron a colocar a sus amigos en buenos puestos, destituyendo caprichosamente a los que los ocupaban en tiempo de Cánovas. De estos últimos fui yo, y ni mi larga carrera ni mis recientes servicios valieron nada para impedir que me separasen. Fueme dicho después que la Reina Regente había tenido la bondad de hablar en favor mío, y por mi parte no dudo que así lo hiciese; mas no supo o no pudo oponerse con eficacia a la voluntad de Moret, por lo cual persistió éste en su decisión y tuve que someterme a ella, pues cuando el Rey posee poca autoridad, su protección es inútil. Conocida es a este propósito la anécdota de aquel oficial francés, quien cansado de que no le hiciesen justicia a pesar de las promesas que le daba siempre el Rey Luis XV, tuvo un día la ingenuidad de rogarle que le diera una recomendación para Madama Pompadour, la cual, según había oído decir, tenía mucho influjo con los Ministros.

No necesito decir que esta desgracia inesperada fue para mí una gran pena, pues no tenía aun más que sesenta y dos años de edad, me hallaba en el goce de perfecta salud, y me parecía que tenía

todavía derecho a disfrutar por algún tiempo el elevado y agradable puesto a que había llegado a fuerza de años de servicio y pasando paulatinamente por todos los grados de mi carrera. Dolíame también dejar a Viena, donde había hallado tan buena acogida y tenía ya muchos amigos y una posición muy lisonjera. Pero la divina Providencia me ha dado, entre otros bienes, un carácter jovial y optimista, que no sólo se conforma fácilmente con sus decretos, sino que halla en todos los males alguna compensación que los dulcifica. Pensaba que iba a vivir en adelante en el seno de mi familia, y esto calmaba mi pesadumbre.

Con todo, hice algunos esfuerzos para obtener otra Legación, no sólo porque me parecía que no era aun bastante viejo para vivir completamente ocioso, sino también por dar gusto a mi querido hermano José, que soportaba con menos paciencia que yo, la idea de verme sin destino, y me animaba a solicitarlo. Verifiqué, pues, con este objeto dos viajes a España, apenas cambió otra vez el Ministerio, y hablé con los Ministros y con la misma Reina. Mas aunque manifestaron mucho interés por mi suerte, no pudieron o no quisieron remediarla. Sólo el Duque de Tetuán tuvo la bondad de ofrecerme, cuando fue Ministro de Estado, la Legación de San Petersburgo, la cual no me fue posible aceptar a causa del clima; de modo que, cansado de esperar, tomé, al fin, la resolución de pedir mi retiro definitivo, que en España llamamos jubilación, aunque no creo que a nadie le produzca ningún júbilo.

Antes de dejar a Viena, cumplí el deber de despedirme del Emperador y de los Archiduques en audiencias especiales, según se acostumbra. El Emperador tuvo la bondad de manifestarme que sentía mi partida, y me dijo también que le había sorprendido mucho que Cánovas hubiese abandonado el poder cuando precisamente hubieran sido más necesarios sus servicios. Sobre lo cual le di las explicaciones oportunas, aunque no era fácil hacerle comprender el estado y condiciones de nuestros partidos, ni los peligros que había conjurado Cánovas dando el poder a Sagasta.

Después del Emperador hubiera debido ver a la Emperatriz Isabel; pero ésta se hallaba ausente, según su costumbre. Pasé, pues, a despedirme de los Archiduques, los cuales tuvieron igualmente la bondad de mostrarme el sentimiento que les causaba mi marcha, llegando algunos a decirme con franqueza que lo extrañaban mucho. Pero yo les di también acerca de esto las explicaciones necesarias.

Entre aquellas audiencias de despedida hubo una que me ha dejado una impresión más viva que las otras, y fue la que me otorgaron los Archiduques Rodolfo y Estefanía. Recibiéronme sin la menor etiqueta y entraron en la sala en que yo los esperaba, dados del brazo y radiantes de belleza y juventud. Durante todo el tiempo de la audiencia permanecieron muy alegres y no parecía sino que querían hacerme testigo del cariño que los unía y de la felicidad que gozaban. Mas, por desgracia, esa felicidad no fue duradera y acabó cuatro años después de la manera más trágica posible. Rodolfo, por desdicha suya y de su ilustre familia, conoció en la sociedad de Viena a una joven muy linda, y no rubia, como Estefanía, sino morena y de ojos negros, que era, conforme lo he dicho en otro lugar, el género de belleza que prefería.

Era hija del Barón Vetchera, Diplomático austríaco, y de una dama, de apellido Baltazzi, nacida en Constantinopla de padres griegos levantinos. Conocía yo mucho a esta señora y asistía a su tertulia. La hija era aun muy niña cuando dejé a Viena, pero prometía ya ser muy bonita; y según me han dicho varias señoras austríacas, se había convertido después en una verdadera hermosura, en una imagen del amor. Veíala Rodolfo en los salones y también en algunas cacerías a que ella asistía con su madre, y se prendó locamente de sus encantos. La joven María, que así se llamaba, se enamoró también del Príncipe, y creció tanto esta recíproca pasión, que al cabo de algunos meses Rodolfo, cegado por ella y desoyendo la voz de la religión y los dictados del deber y del honor, concibió la idea descabellada de divorciarse de Estefanía bajo pretexto que no tenía de ella sucesión masculina, y casarse con la baronesa.

Poseído de esta locura, se atrevió a pedirle su consentimiento al Emperador, su augusto padre, y aun se dijo que había escrito sobre ello al mismo Papa, lo cual es poco probable. Diole el noble Emperador la respuesta negativa que merecía tan desatentado propósito y le afeó duramente su

conducta. Pero esta repulsa, en vez de calmar a aquel amante obcecado, no hizo más que aumentar el incendio en que ardía.

Entre tanto, notábase ya en Viena la pasión del Príncipe, y tanto su posición como la de María Vetchera se hacían por extremo comprometidas. La pasión de aquella joven no le permitía romper unos lazos que el amor hacía tan dulces, y el orgullo de su noble nacimiento no le permitía tampoco consentir en ser la querida de un Archiduque. Es cierto que se han conocido en otros tiempos muchos amores de Príncipes y Reyes con damas solteras, y en el pasado siglo hemos visto a una Princesa Dolgoruky, noble y soltera también, ser públicamente la querida del Emperador Alejandro II, del cual tuvo varios hijos. Pero las ideas actuales no son afortunadamente las de los siglos anteriores, ni las costumbres de Austria se parecen ahora a las de Rusia. La sociedad de Viena no hubiera sufrido nunca un escándalo de esa especie. ¿Qué recurso les quedaba, pues, a aquellos dos enamorados sentimentales, como todos los alemanes, y contagiados de las ideas del siglo? Ningún otro más que el suicidio. Y esto es allí hoy día tan común, que los periódicos de Austria y Alemania refieren a cada momento que dos amantes desesperados se han quitado la vida. Al suicidio, pues, recurrieron los desventurados Rodolfo y María.

Salió ella de Viena en uno de los últimos días del año 88, y burlando la vigilancia de su madre, se unió fuera ya de la ciudad con Rodolfo, quien la llevó en su coche a un sitio real de caza, a poca distancia de la capital. Hallábanse ya allí el Príncipe Felipe de Coburgo, propio cuñado de Rodolfo, y el Conde de Hoyos, que era su gentilhombre, los cuales estaban enterados, según parece, de los amores del Príncipe con la baronesa. Aquella noche no advirtieron novedad, y Coburgo se marchó a Viena, llevando una carta del Príncipe para el Emperador en que se excusaba de no asistir a una comida de familia, que debía tener lugar aquel día. Mas a la mañana siguiente, en que debían ir a la caza, le llamó la atención al Conde de Hoyos que Rodolfo no salía de su aposento ni llamaba a su camarero. Además un jardinero le dijo que le parecía haber oído hacia la madrugada el sonido de dos tiros. Alarmado entonces el Conde, penetró en el cuarto del Príncipe y fue allí dolorosamente sorprendido por el espectáculo más lastimoso del mundo.

El desventurado Rodolfo yacía muerto en su lecho con una herida en la sien derecha; su brazo pendía hacia el suelo, y no lejos se veía un revólver. La no menos desventurada María Vetchera yacía al lado del Príncipe muerta también, con una herida en la espalda. Sobre su cuerpo había algunas flores. El drama estaba bien claro. Rodolfo la había matado, la había cubierto con flores y se había matado después.

El Conde de Hoyos, lleno de espanto, se apresuró a correr a Viena para informar de esta tragedia a los Emperadores, y es fácil adivinar cuál sería la sorpresa, el horror y el dolor de éstos y también de todo Viena, donde poco a poco se fue esparciendo la noticia. Al principio se dijo que el Príncipe había fallecido de una apoplejía; después se habló de un asesinato; al fin se confesó el suicidio. Además, el lecho en sí lo probaba; confirmáronlo la opinión de los médicos que examinaron el cadáver de Rodolfo; y lo evidenciaban dos cartas de éste a sus augustos padres, implorando su perdón, y otra para su amigo el Duque de Braganza, en la cual le decía: «Caro amigo: es preciso que muera; no puedo hacer otra cosa; adiós». También la desgraciada María le escribió a su pobre madre una carta con estas solas palabras: «Madre mía: muero con Rodolfo; nos amamos demasiado. Perdóname; adiós». La Agencia Havas dio luego publicidad a todos estos pormenores.

Han sido hechos en Austria y en Alemania muchos esfuerzos de ingenio, a fin de explicar esta funesta tragedia de un modo que no hiciese aparecer a Rodolfo como homicida; pero el empeño es vano y aun absurdo. Su sola explicación posible es la locura que aquel Príncipe heredaba de los Wittelbach. Tan convencido están de ello los austríacos, aunque no lo digan, que por eso, sin duda, cesaron pronto de elogiar sin medida su memoria. Reconocieron probablemente que si su muerte había sido muy sensible para sus Augustos padres, no podía serlo tanto para el Austria, que había escapado con ella de un gran peligro. Porque si la pequeña y tranquila Baviera ha soportado sin

graves inconvenientes a dos Soberanos poco sensatos, no hubiera sucedido lo mismo en el Imperio austriaco, tan vasto y agitado.

Después de estas audiencias, despedíme igualmente de todos mis colegas y del Conde de Kalnoky, que me obsequió con un banquete, al cual asistieron todos los jefes de su Ministerio. Y no me dio una nueva condecoración, porque ya tenía yo desde el matrimonio del Rey la Gran Cruz de Leopoldo, que es la más elevada que reciben en Austria los Ministros Plenipotenciarios. Llegó después mi sucesor, que era Don Rafael Merry del Val, antiguo compañero mío en Londres, y yo dejé a Viena y vine a establecerme en Florencia, que es donde desde entonces he residido.

Podrá quizá parecer extraño que no fuese a establecerme en mi patria; pero mis recursos personales no me permitían residir en Madrid, ni en Cádiz o Sevilla, ciudades hoy día muy caras. Florencia es todavía una de las más baratas de Europa, y en ella tengo también la ventaja de que mi esposa posee una casa pequeña, pero suficiente para nuestra familia, disminuida ya bastante por la colocación de algunos hijos e hijas. Aquí, pues, vivo hace ya catorce años, y vivo muy contento, porque me encuentro en el seno de mi familia. El clima es benigno, los habitantes amables. Conozco a todo el mundo y de todos soy conocido. Hállanse aquí bellas iglesias, con buenos predicadores y buena música, Museos donde se encierran mil joyas preciosas de las Bellas Artes y monumentos notables de todo género. Gracias a Dios, me conservo aún sano y activo, por lo cual me intereso en todo. Asisto de cuándo en cuándo a los teatros para estar al corriente de las novedades musicales y dramáticas, y voy algunas veces a saraos y comidas. Por fin, tiene mi casa un pequeño jardín, que en el verano me da la ilusión de estar en el campo. ¿Qué más puedo desear? *Céstassez pour qui doit mourir.*

Y aquí pudiera poner fin a este libro, puesto que los sucesos posteriores a mi salida de Viena son demasiado recientes para merecer el nombre de recuerdos, y no pueden todavía ser juzgados sin dar oído a las pasiones del momento. Con todo, siento la necesidad de decir aún alguna cosa por lo menos de Italia y España, a fin de cumplir mi propósito de dar una idea completa de ambas en todo el siglo fenecido. Dedicaré, pues, un capítulo a describir las novedades que han tenido lugar en Florencia durante estos últimos años, y otro a referir el estado general de Italia. Manifestaré después las impresiones que he recibido en mis últimos viajes a España, y añadiré, por fin, una rápida pintura de la situación de nuestro país, donde, por desgracia, no todo es halagüeño, Y excuso asegurar que escribiré estos últimos capítulos con el mismo espíritu que los demás; es decir, con la mayor imparcialidad posible, y sin animosidad ni adulación, para las cuales no tengo causas.

CXI.
Florencia, de 1886 a 1899.

Novedades que hallo en Florencia.—La fachada del Duomo.—Fiestas con que se inaugura.—Los nuevos bulevares.—El nuevo centro de la ciudad.—Escalera monumental de la Galería Pitti.—Nuevos objetos de arte en el Bargello.—Pintores y escultores del día.—Barabino y Romanelli.—La presente sociedad de Florencia.—Casas florentinas y extranjeras que reciben.—Damas que se distinguen por su belleza.—Teatros de música y dramas.—Óperas de Mascagni y Puccini.—Dramas de Prieto Cossa y Giacosa.—Poesías de Carducci.—Novelas de Fogazzaro, Serao y D’Annuucio.— Historias de Checchi y de Cesare.—Obras filosóficas de Conti.—Escritos criminalistas de Lombroso.—Muchas reformas modernas son consecuencias naturales del Cristianismo.

Una de las mayores novedades que hallé a mi regreso a Florencia fue la fachada de su Duomo o Catedral. El hecho de haber dejado pasar tantos siglos sin atreverse a construirla, pinta bien el carácter meticuloso de los últimos Médicis y de los Lorenas-Vasari; en el siglo XVI se la puso pintada sobre un muro de ladrillo, y como es natural de estilo greco romano, tan grato a aquel

artista, cuyo gusto exclusivo le hacía odiar todo lo gótico. Y es quizá una fortuna que no se pensase después en hacerla de piedra, porque lo más probable es que le hubieran dado el mismo estilo adoptado por Vasari, en vez que ahora, en el siglo ecléctico en que vivimos, todos comprendieron la necesidad de que el exterior correspondiera al interior, y fuese por lo tanto gótico toscano y de ricos mármoles de colores, como los otros tres frentes y el lindo campanario ele Giotto.

Faltaba sólo un hombre que tuviese el valor de iniciar el proyecto, y al fin se encontró en el famoso síndaco o alcalde Ubaldino Peruzzi, notable por todos conceptos y uno de los florentinos que más han contribuido al movimiento político moderno de la Toscana. Siguióle después el Príncipe Tomás Corsini, persona, asimismo, de gran gusto, y al cabo de diez años se vio concluida tan grandiosa obra. Hízose por suscripción, y su costo fue de un millón de liras, suma mucho menor de lo que se podía temer, gracias al desprendimiento de los propietarios del mármol y de los mismos artistas. Fue igualmente notable la liberalidad con que contribuyeron a costearla todas las familias florentinas, movidas del amor de su pueblo y también de un poco de vanidad, porque el astuto Peruzzi, conocedor del corazón humano, prometió que toda persona que diese cinco mil liras tendría derecho a que su nombre y sus blasones fuesen esculpidos en el zócalo a la altura de la vista.

La obra resultó bellísima, y no desdice ciertamente del resto del edificio, ni por la elegancia del diseño, ni por la riqueza de los mármoles, ni por las estatuas y mosaicos que la adornan. Durante los primeros años relumbraba quizá demasiado. Después ha ido adquiriendo esa pátina que dan el sol y la lluvia, y que, moderando los reflejos de la piedra, hace que armonice mejor con la parte antigua. El arquitecto que la dibujó y edificó se llamaba De Fabris, y ha sido enterrado en una de las naves laterales. Las estatuas más bellas son de Romanelli y Fantacchiotti. Los mosaicos fueron hechos en Venecia con dibujos de Barabino. Las puertas de bronce fueron debidas a Passaglia y Cassioli, y parecen bastante bellas, aunque tienen que competir con las famosas que Ghiberti esculpió para el vecino Bautisterio.

La inauguración tuvo lugar el 12 de mayo del año 87, y fue acompañada de fiestas muy hermosas, cuyo recuerdo conservaré siempre. Vinieron a presenciarlas los Reyes Humberto y Margarita, con el Príncipe de Nápoles. Hubo iluminación y castillo de fuego, baile de trajes en el Palacio de la Señoría y función de gala en el Teatro de la Pérgola. Pero lo más original y memorable fue un paseo histórico en el cual tomaron parte los principales caballeros de la nobleza y algunos ricos burgueses. Representaba, con idea muy feliz, la entrada en Florencia del Duque Amadeo VI de Saboya, cuando, de vuelta de una expedición a Oriente, atravesó la Italia en 1367. Llamábanle sus contemporáneos el Conde Verde, porque en un torneo que tuvo lugar en Chambery, se había presentado vestido todo de ese bello color, como cierto personaje de Cervantes. Y fue en aquellos tiempos un Príncipe de mucho prestigio, en atención a que, por acceder a las instancias del Pontífice Urbano V, había ido a guerrear contra turcos y búlgaros, dando socorro a su pariente Juan Paleólogo.

El Marqués Carlos Ginori representaba muy bien, por su apostura y noble semblante, al Conde Verde de la Historia, y salieron a recibirle Strozzi, Corsini, Gherardesca, Guadagni, Antinori, Frescobaldi y otros muchos jóvenes descendientes de los que saludaron cinco siglos antes al verdadero Amadeo de Saboya. Montaban briosos caballos y vestían el traje pintoresco de la época, notable por la esclavina ceñida al cuerpo, que los italianos llaman *lucco*, y por el birrete en forma de turbante muy chato, con cintas pendientes airosamente por ambos lados, que fue inventado en Flandes, y de allí se extendió a toda Europa. Caminaban precedidos de timbales y trompetas, y seguidos de un escuadrón de jinetes de la República con escudos, lanzas y banderas.

Y no les faltaba razón a los florentinos para festejar así este magnífico adorno dado a su Duomo, porque con él se ha completado su belleza y los ha libertado en parte del reproche que se les hace de no acabar nunca sus principales edificios. Y digo en parte, porque todavía están sin fachada iglesias tan hermosas como San Lorenzo, Santo Spirito y el Carmen. Y también sería decoroso que Florencia honrase al fin con algún monumento público la memoria de aquel Lorenzo el Magnífico, cuya fama es tan grande, y la del Papa León X, que dio nombre a su siglo y es una de

las glorias de su patria. En mi concepto, deberíase elevar una estatua ecuestre al primero delante de la iglesia de San Lorenzo, y una estatua sobre una columna al segundo en la plaza de Santa María Novela. Entonces sí podría decirse que Florencia estaba completa.

Otra novedad que la ha embellecido mucho ha sido la construcción de una cinta de alamedas o *viali* que forman alrededor de ella un espacioso bulevar cercado de casas y quintas. Siguen luego nuevos barrios que se prolongan hasta los pies de la colina de Fiesole, formando una nueva ciudad tan grande casi como la antigua. Y a la par que se ensancha, crece también su población de tal manera, que pasa ya de 200.000 almas. Y no sólo la pueblan los italianos, sino también muchos extranjeros, principalmente ingleses, de los cuales hay ya más de dos mil con domicilio permanente.

Pero la obra más notable y que más ha hermoseado y saneado a Florencia ha sido el derribo de la antigua judería y de un viejo mercado, que ocupaban precisamente el centro de la ciudad y eran por la estrechez de sus calles y el mal olor de tenduchos y casas pobres un recinto abominable, donde raras veces penetraba una persona decente. En el lugar espacioso quedado allí libre, hase edificado un barrio completamente nuevo, con una hermosa plaza adornada de bellos pórticos y una estatua ecuestre del Rey Víctor Manuel, esculpida por Zocchi.

El promovedor de esta transformación ha sido el Marqués de Torregiani, celoso e inteligente alcalde, secundado por varios Consejeros municipales también muy ilustrados. Mas como sucede siempre en estos casos, su gloria ha sido amargada por las críticas más injustas de propios y extraños. Muchos florentinos, apegados supersticiosamente a todo lo antiguo, y también algunos extranjeros, especialmente ingleses, que no quisieran que desapareciese aquí ni una piedra de los edificios de otras edades, aunque ellos no se han hecho escrúpulo de demoler el «Marble Arch», y todo cuanto estorbaba la circulación en las calles de Londres, han calificado con duros epítetos la obra de Torregiani. Y es posible que tengan razón, bajo un punto de vista puramente arqueológico, y que ni la estatua de Víctor Manuel, ni las nuevas casas, sean de un estilo muy bello; pero lo importante para el público, es que posea Florencia una plaza central espaciosa, donde se reúne los domingos una culta y desahogada burguesía a tomar refrescos y oír una buena música militar, y que haya en aquel sitio calles bien iluminadas con luz eléctrica y nuevas y hermosas tiendas, cafés, panoramas, cinematógrafos y todas las distracciones que hacen tan agradable la vida en las ciudades modernas.

En los Museos se han introducido asimismo algunas mejoras. La escalera mezquina que daba antes acceso a la Galería del Palacio Pitti, ha sido sustituida por otra verdaderamente regia, obra del distinguido arquitecto Del Moro, y costeada por el generoso Rey Humberto. Es toda de piedra y de la misma arquitectura que la fachada, y se halla adornada de medallones de mayólica, con las armas de todas las Princesas desposadas con los antiguos Grandes Duques, empezando por Doña Leonor de Toledo.

En los Uffizi han ensanchado la antigua escalera, dándole dos tramos, y han colocado en nuevas y mayores salas los retratos de todos los pintores, cuyo número crece por días. Y al fin figuran entre ellos uno español de los más modernos, que es Villegas, siendo de esperar que esto anime a Pradilla, Viniegra, Benlliure y los demás a enviar los suyos.

En el Bargello hay igualmente varias adiciones notables. Primero, una nueva sala, donde han reunido, en originales o vaciados, la estatua ecuestre de Gatamelata, el San Jorge, el San Juan y todas las otras obras de Donatello, por manera que allí puede admirarse en sus diversos aspectos el simpático talento de este escultor eminentemente florentino, quien a la par que copiaba la Naturaleza sabía añadirle mucho encanto. En segundo lugar, otra sala con la colección dejada a aquel Museo por un caballero francés, de nombre Carrand, quien durante su larga permanencia en Florencia logró reunir muchos ejemplares preciosos de marfiles, bronces, mayólicas, esmaltes, medallas y otros objetos de lo que se llama arte pequeño, aunque a veces tiene un mérito muy grande.

En la Academia de Bellas Artes han colocado muchos cuadros modernos, que dan idea de lo que ha sido la pintura florentina durante el siglo XIX. *La Expulsión del Duque de Atenas, tirano de*

Florencia, por Ussi, me parece un cuadro muy hermoso, y *La Muerte de Rafael*, de Morgari, produce grande efecto. Ambas pinturas pertenecen a una época de correcto dibujo y buen colorido, que duró hasta hace veinte años. Después ha venido otra de ensayos de toda especie, bajo el influjo de prerrafaelistas, impresionistas y simbolistas, cuyos perniciosos ejemplos han hecho abandonar a los artistas italianos su estilo natural, para seguir otros que, a la verdad, no me parecen tan bellos.

Con todo, hay aun algunos que conservan buen diseño y buen color, tales como Gordigiani, Gelli y Tito Conti, cuyos retratos no desmerecen al lado de los de Bonnat o Lembach. Añadiré a Ciseri, autor de un notable *Martirio de los Macabeos*, que se admira en la iglesia de Santa Felicita, y Barabino, cuya *Virgen de Monza* es ya tan popular como otras de épocas más antiguas.

La escultura, menos decaída que la pintura, ofrece bellos ejemplares de todo género. Romanelli, Passaglia y Fantacchiotti, siguen en Florencia las buenas tradiciones de Dupré, Bartolini y Fedi. La bella estatua ecuestre de Carlos Alberto, que adorna en Roma los jardines del Quirinal, es obra de Romanelli.

Pasando ahora a hablar de la Sociedad florentina, diré que se advierten también en ella novedades y mejoras. Desde luego, si Florencia ha perdido en importancia con dejar de ser capital, sus salones han ganado bastante en homogeneidad, porque están ahora libres de una turba de damas recientemente encumbradas a consecuencia de la carrera política de sus maridos, las cuales no siempre adornan las reuniones a que concurren. Añádase que el juego establecido en Monte Carlo y la anexión de Niza a la Francia han llevado hacia allí ese mundo algo equívoco que venía antes a Florencia. El resultado ha sido que esta ciudad posee hoy una sociedad menos mezclada que antes, y puede jactarse de ser una de las primeras de Italia en punto a corrección y buen tono, y merced también a la residencia en ella, primero del Duque de Aosta, y después del Príncipe de Nápoles y del Conde de Turín, tiene en la actualidad ciertas apariencias de Corte.

Y no quiero decir con esto que sea demasiadamente exclusiva, pues la verdad es que Florencia fue en todos tiempos sumamente republicana, y su aristocracia ha recibido siempre en sus fiestas a la rica burguesía, con tal que fuese bien educada. Ni es raro hallar también en sus salones abogados, escritores o artistas. Últimamente han dado algunas damas en la veleidad de no convidar a las señoras hebreas, aunque las hay bellas y elegantes. Pero esto no es más que una imitación de lo que sucede en otras capitales donde reinan aun ciertas preocupaciones impropias de nuestro siglo; y los Reyes Humberto y Margarita han dado a las tales damas exclusivas una buena lección de cultura, convidando a las señoras israelitas a las fiestas de Palacio.

Las casas florentinas que ahora reciben son poco más o menos las mismas que antes, con la sola diferencia de que están representadas por una nueva generación. El Príncipe Tomás Corsini, nieto del que yo conocí en 1848, recibe todos los lunes en su palacio de Puerta al Prato, y da además grandes bailes en otro que posee a la orilla del Amo, de esa arquitectura, bella, pero teatral, que fue adoptada en el siglo XVII. Es el Príncipe un hombre tan instruido y memorioso, que la Reina Margarita siempre que le ve se dirige luego hacia él, diciendo: voy a hojear a Corsini, como si se tratara de un libro. Es Senador y de ideas muy modernas. La Princesa su esposa, es una Barberini de Roma, tan distinguida como amable.

El Príncipe Pedro Strozzi da asimismo bellas fiestas, ahora sobre todo que por su casamiento con una Condesa Braniska, ilustre y rica polaca, reúne bienes cuantiosos. En su juventud fue el arbitro de la elegancia. Hoy día es Senador, como Corsini, y muy querido del pueblo por su generosidad y llaneza.

El Marqués Pedro Torregiani, alcalde casi perpetuo, comparte con los dos patricios anteriores el cariño de los florentinos. Recibe también de cuándo en cuándo, y su inteligencia, laboriosidad y celo por el bien público le hacen verdaderamente notable. Dan también comidas, saraos y bailes los Condes de Pandolfini, Gherardesca, Bastogi y Serristori, los Príncipes de Scilla y los Marqueses de Montagliari y de Ginori, que son la nata de la elegancia florentina, y además varias damas extranjeras, como las americanas Mistres Fisher y Mistres Van-Schaik, las Condesas de Talleyrand y de Perchenstein, ambas rusas, la señora Basilewsky, de la misma nación, la Baronesa de

Gunderrode, holandesa, la condesa Bonasi, alemana, Madama Brun, suiza, y otras que sería largo enumerar. Ni faltan para quien gusta de la buena conversación, señoras amables que reciban en día fijo y ofrezcan el té de las cinco, cuya costumbre es ya universal.

Florencia es asimismo el asilo de varios antiguos diplomáticos, retirados como yo del servicio. Allí han acabado sus días Talleyrand, Hudson y Paget. Allí viven ahora sir Charles Mansfield, con su inteligente hija, Lady Paget; el barón de Stumm, tan conocido en Madrid, y el caballeroso conde de Peón de Regil, que fue Ministro en Italia del desgraciado Maximiliano de México, y no ha podido consolarse aun del malogramiento de sus ideales, a pesar de la relativa prosperidad que ahora disfruta aquel país bajo la dictadura de Porfirio Díaz.

Decir ahora cuáles son las damas más bellas de Florencia en estos días, sería como contar las flores de mayo. Me limitaré a mencionar algunas. La Condesa Clementina Bastogi representa bien el tipo de la hermosa florentina, menos corpulenta y más graciosa que la romana y también más sencilla. Es asimismo muy distinguida, la Marquesa Tecla Ginori, hija de los marqueses de Ruccellai; tiene mucho de su bella madre, de quien he hablado en otro capítulo, y es de ese género excesivamente delgado, que vemos en los pintores prerrafaelistas. Tan bondadosa como linda, su alegría natural se halla realzada por la viveza de su lenguaje y por su acento muy toscano. La Marquesa de Montagliari no es italiana sino inglesa; pero inglesa de ojos garzos y pelo castaño, es bella como una ninfa. La Baronesa Levi ha nacido en Viena, la ciudad de las buenas mozas, y no desmiente su origen: es una hermosa Raquel, seria y de modales tranquilos.

Los teatros líricos de Florencia, siento decirlo, han decaído bastante, porque la subvención concedida por el Municipio a la Pérgola es tan mezquina, que rara vez vienen a cantar allí los artistas de *primo cartello*. En cuanto al repertorio, es el mismo que antes, con la adición de algunas óperas modernísimas. Ponchielli dijo la última palabra de la escuela romántica italiana en su preciosa *Gioconda*. Después ha venido la moda de imitar a Wagner. El mismo Verdi le ha rendido tributo en *Falstaff* y el *Otelo*, que no son sus mejores obras. Los jóvenes compositores llegados después vacilan, como los pintores, entre los diversos estilos que se disputan ahora el predominio de su arte, y queriendo imitar la polifonía del gran maestro alemán, producen obras poco espontáneas, de que el pueblo no gusta demasiado, porque no las puede retener y cantar, como hacía con las antiguas.

De Wagner mismo dan allí solamente *Lohengrin* y *Tannhauser*, y en Bolonia y Milán *Parsifal* y la *Valkiria*. De los nuevos maestros italianos agradan bastante la *Cavalleria rusticana*, de Mascagni, inspirada por la *Carmen* de Bizet, y la *Bohemia* y la *Manon*, de Puccini, que recuerdan las obras de Massenet. El maestro Leoncavallo en *Los Payasos* y Giordano en *Andrés Chenier*, hacen gala de mucha fantasía y de mucha doctrina. Perosi se ha dedicado a la música sagrada, en la cual es excelente. Pero ninguno de estos es el gran compositor que desearía la Italia; ninguno se acerca a Verdi ni a los otros grandes genios que dieron por tanto tiempo a este país el cetro del dulce canto.

En los teatros de prosa tenemos por turno las grandes compañías de Italia y también del extranjero. Aquí se formó el talento universal de Novelli, que es tal vez el primer actor del mundo, con perdón sea dicho de Coquelín y Mounech Sully. Aquí oímos también en sus primeros tiempos a la Duse, rival de Sara Bernhart. Los dramas del gran Sardou, Ibsen y Suderman, las comedias de Meilhac y Hennequin y también del inglés Branden y del alemán Moser forman lo principal del repertorio.

Por lo que hace a los autores dramáticos italianos, son ahora en verdad muy pocos y no tan excelentes como Del Testa, Ferrari y otros de la primera mitad del siglo decimonoveno. Pedro Cossa ha escrito el *Nerón* y la *Cleopatra*, que cuando están bien representados producen cierto efecto. Praga en *La Mujer ideal* y Giacosa en *El Conde Rojo*, obtienen muchos aplausos. El poeta Gabriel D’Annunzío ha compuesto la *Gioconda* y otros dramas; pero son, como sus novelas, tan admirables por su brillante estilo, como inmorales y extravagantes. Y poco hay que citar de otros autores.

Casi todos los dramáticos italianos escriben en vil prosa; pero la bella poesía es aun muy cultivada en Italia. Los versos de D'Annuncio son muy brillantes. Stecchetti, o sea Guerrini, compone poemitas amenos, aunque demasiado libres; Panzachi recuerda a Heine; Marradi es armonioso y Mazzoni imita a Carducci. Algunas damas pulsan también la lira con inspiración y bello lenguaje. Carlota Ferrari obtuvo un premio de España por una oda a Calderón; la Duquesa de Andria ha publicado una colección de elegantes versos que intituló *La Cruz y la Lira*; y la señora Botti Binda es la musa del hogar doméstico. Pero el mayor poeta de la época es siempre Carducci. Sus comienzos no fueron felices, porque pagó tributo a la influencia francesa, imitando las exageraciones de Baudelaire y su elogio del diablo. Más tarde los graciosos agasajos de la Reina Margarita le cambiaron poco a poco, hasta el extremo de ser hoy día uno de los más ardientes paladines de la Realeza.

En punto a novelas acontece lo mismo que con el teatro; la gran mayoría de las que se leen son inglesas y francesas, de las cuales encuentran las señoras florentinas gran copia en el gabinete de lectura de Vieusseux, que puede competir con el famoso de Mudy, delicia de las de Londres. Hay, sin embargo, algunos novelistas italianos de ambos sexos, cuyas obras merecen aprecio.

Fogazzaro ha seguido las huellas de Azeglio en *Malombra* y *Daniel Cortis*. Agradan mucho la *Teresa*, de Neera y *Fantasía* y el *País de Cucaña*, de Matilde Serao. En esta última novela hay una excelente pintura de las costumbres napolitanas, y es chistoso el tipo de un caballero arruinado por la lotería, que tira al pozo un *Ecce Homo* de su capilla, porque no le inspiraba buenos números. De Amicis sigue publicando libros agradables, aunque no tanto como sus viajes.

D'Annunzio en el *Inocente*, De Roberto en *Los Virreyes*, Rovetta en *Baraonda* y Verga en la *Cavalleria rusticana* muestran mucho talento, aunque mezclado las más veces con una licencia excesiva.

El Padre Agostino de Montefeltre es un predicador que se distingue, entre todos los de su tiempo, por una facundia tan persuasiva como elegante.

Son economistas de mucho mérito y también oradores políticos Sonnino, Luzzatti, Giolitti y Zanardelli, y gozan de gran popularidad en Florencia como publicistas y escritores humorísticos, Collodi, Piccini (Yarro) y Ferrigni (Yorick).

La Musa austera de la Historia, tiene igualmente quienes le rindan culto. Chechi ha publicado una buena *Historia contemporánea de Italia*, y De Cesare otra titulada *La fine d'un Regno*, en la cual describe, bajo un punto de vista liberal, los últimos días de los Borbones de Nápoles. La *Vida de Savonarola*, de Villari, es exacta y amena. *Imiei Ricordi*, de Azeglio, es la mejor entre otras muchas Memorias. El Conde de Gubernatis posee un talento universal, es indianista distinguido, ha compuesto un diccionario de escritores contemporáneos y una historia de la literatura que tienen mucho mérito.

En fin, de todo se escribe en Italia, y en general batante bien, aunque sin llegar a la perfección de otras épocas. La Filosofía, por ejemplo, ha contado allí últimamente representantes apreciables de sus diversas escuelas, como Ferri, Cenni y otros varios, pero en realidad no hay más que uno eminente, que es el florentino Augusto Conti, cuyo libro titulado *Evidencia, amor y fe*, encierra una doctrina que, sin ser esclava de la Teología, es muy espiritualista. *El Problema dell'umano destino*, de Eugenio Alberi, es asimismo un libro muy bello, aunque peca un poco de reaccionario.

Las ciencias físicas poseen también expositores; mas por desgracia, el espíritu irreligioso del siglo y el influjo de Büchner y otros profesores venidos de Alemania, han dado a sus producciones un carácter demasiado materialista. Mantegazza, que ha escrito varios libros de antropología y fisiología, es el que goza de más fama.

Pero el más original de los escritores científicos de la Italia moderna es Lombroso, cuyas teorías sobre el atavismo, el determinismo, el reo nato y otras no menos atrevidas cuentan ya muchos partidarios, a pesar de que tienden a negar el libre albedrío. Deplóranse sus exageraciones; pero tanto el jurado como el público van sintiendo su influjo. La justicia vacila en su trono y se ve paulatinamente sustituida por otra virtud, cristiana también, que es la Misericordia. Porque en este

caso, como en tantos otros, las reformas modernas no hacen más que sacar, sin advertirlo, las últimas consecuencias del Evangelio.

Con efecto, la abolición de la esclavitud, la supresión en varios Estados de la pena de muerte, la mayor emancipación de la mujer, a que llaman feminismo, las leyes protectoras de los obreros, la institución de la Cruz Roja y la Convención internacional de Ginebra, que tanto suavizan los usos de la guerra, y por último, esa mayor indulgencia hacia los delincuentes, que en Italia y en otras naciones se observa, no son más que corolarios naturales de las doctrinas de Jesucristo.

CXII.
Italia, de 1886 a 1899.

Importancia del nuevo Reino de Italia.—Sus adelantos de todo género.—Circunstancias que le favorecen.—Mérito de sus Reyes y Príncipes.—Ilustración de la nobleza.—Liberalismo de la burguesía.—Sensatez del pueblo.—Parte que han tenido todos en la formación del nuevo Estado.—Circunstancias que lo debilitan.—La ocupación de Roma.—La consiguiente hostilidad del Papa y del clero.—Peligro de una futura intervención de la Francia.—Inconveniente de la megalomanía e irredentismo.—Dificultades para practicar el régimen parlamentario.—Crecimiento del socialismo y del anarquismo.—Atraso de Nápoles y Sicilia.—Necesidad de que los italianos vivan muy unidos.

Descritas ya las novedades más notables de Florencia, voy a exponer ahora brevemente el estado en que se halla actualmente el nuevo Reino de Italia. Es opinión muy común que la formación de este Reino, su unidad e independencia es el hecho más importante de la centuria pasada y quizá de la Historia moderna. Con efecto, en todas las épocas ha habido sucesos de esa especie. Dejando siglos más antiguos y subiendo sólo hasta el undécimo, hallamos durante la Edad Media la formación de las Repúblicas italianas, los Reinos de Hungría, Portugal, Polonia y Rusia, los varios Principados de Italia y la República de Suiza. Llegados a tiempos más recientes, vemos en el siglo XVII la emancipación de Portugal y de Holanda; en el décimooctavo la formación del Reino de Prusia y la emancipación de Nápoles y los Estados Unidos de América; y por último, en el decimonono la de toda la América española, Bélgica, Grecia y los Estados cristianos del Danubio. Pero aunque todos estos hechos hayan tenido bastante transcendencia, ninguno de ellos iguala al de la unión e independencia de Italia.

La unión de los Estados de Alemania bajo la hegemonía de la Prusia, es el solo acontecimiento que puede compararsele. Ambos formarán época en los anales del mundo; ambos han herido tantos intereses, que tendrán todavía que luchar mucho para consolidarse, porque si hay circunstancias que les favorecen, no faltan tampoco otras que les son contrarias y de que pueden aprovecharse sus enemigos.

Concretándonos al Reino de Italia, veamos primero lo que le es ventajoso. Desde luego es imposible desconocer que todo ha correspondido a las esperanzas que habían concebido los italianos. El adelanto general del país es tan notorio como grande. Libertad política asegurada por el Estatuto de Carlos Alberto; aumento de población, de comercio y de riqueza; desarrollo de nuevas industrias; crecimiento y embellecimiento de sus ciudades; construcción de caminos de hierro y de carreteras, cuyo estado de conservación es admirable; decuplación de su marina mercante; creación de un ejército numeroso y de una importante marina de guerra; en fin, todo lo que constituye un Estado poderoso y respetable.

En segundo lugar, tiene la fortuna de que los Reyes de la dinastía de Saboya, tan ilustrados como leales, emplean los mayores esfuerzos para conservar su unidad, después de haberla realizado, y lejos de pensar en disminuir sus libertades, hacen cuanto les es posible para mantenerlas. Después de Víctor Manuel ha reinado su hijo Humberto, y aunque no tan brillante como su padre, tenía, esto no obstante, todas las cualidades necesarias para labrar la felicidad de sus pueblos. Siendo todavía

Príncipe hereditario hizo patente su valor en el combate de Villafranca. Después ha demostrado, como Rey, una notable entereza en ocasiones de gran peligro. Acúsanlo de débil en el ejercicio de sus funciones, y con efecto, no ha mostrado siempre la firmeza necesaria para defender la causa de la justicia. Mas, por desgracia, esto es achaque de muchos Monarcas del pasado siglo, quienes a fuerza de quererse conformar con la Constitución, dejan que sus Ministros abusen del poder que les han conferido. Comparo yo a estos Reyes modernos con el famoso confesor citado por Passavanti, que, amenazado de muerte por un parricida si no le daba la absolución, dijo para sus adentros: «A mí no me matarás tú»; y se la otorgó sin demora. Están tan acobardados y tan avezados a transigir en todo, que hay muchas ocasiones en que les sería fácil hacer el bien y no se atreven a hacerlo por falta de resolución.

Desde luego en la cuestión de las personas y de la separación y nombramiento de empleados, el Rey Humberto manifestaba una indiferencia inexcusable. Otro tanto sucedía en cuestiones todavía más importantes. Pondré un ejemplo de ello: la venta de los bienes de la Propaganda. No sólo el Papa, sino todas las Potencias católicas la veían con marcado disgusto, por considerarla injusta y perjudicial a los intereses religiosos; y sin embargo, el Rey Humberto no quiso hacer nada para impedirla, siendo evidente que los Ministros de entonces no hubieran dado su dimisión por esa causa.

En una sola cosa dio pruebas de firmeza, y fue en la política extranjera. Fueran quienes fuesen sus Ministros no admitió nunca en esto variación alguna, y permaneció fiel a su alianza con la Alemania y el Austria, la cual, no sólo libra a la Italia del temor de Francia, sino que es conforme a las tradiciones de la Casa de Saboya.

El Rey Humberto ha sido, asimismo, muy alabado por su carácter generoso. A cada momento anunciaban los periódicos las sumas considerables que daba para remediar toda clase de infortunios, y con razón ponían antes de la noticia este significativo epígrafe: *El Corazón del Rey*. Fue igualmente generoso con los que ofendían a su persona, y era casi excesiva la facilidad con que concedía perdones y amnistías.

Como padre y como marido fue también bastante irreprensible, aunque recordó algunas veces los devaneos aristocráticos de su abuelo Carlos Alberto. No descendía, como Víctor Manuel, hasta cortejar toda clase de mujeres; mas no se hizo escrúpulo de galantear a algunas damas. Cuando iba a Milán frecuentaba mucho la casa de la Duquesa de Litta, señora de tanta belleza como talento, y aun se dijo que sólo por complacerla había hecho Ministro a Giolitti. Por fortuna la virtuosa Reina Margarita no ha dado mucha importancia a estas flaquezas de su marido, bastándole con que no fuesen escandalosas, como las de su abuelo y su padre, ni disminuyesen las consideraciones y continuos agasajos con que la trataba.

La Reina Margarita probaba en esto, como en todo, su talento y su tacto. Bella, inteligente, instruida y aun docta en algunas cosas, buena, sencilla, amable, caritativa y generosa, es imposible exagerar los elogios cuando de ella se trata. Ha sabido unir las cosas más contrarias, hasta el punto de ser fiel a la causa de Italia sin dejar de agradar por su piedad y virtudes al mismo Santo Padre. Llámanle algunos la coqueta (*civetta*) del Quirinal; pero coqueta de buen género, puesto que ha desarmado a muchos enemigos, atrayéndolos al amor de la dinastía y de la Realeza.

El Príncipe de Nápoles, que es ahora Rey, ha heredado el aire marcial de su padre y muchas de las cualidades de su madre, aunque no es tan afable como ella. Su figura no es muy gallarda. En cambio tiene mucho talento y mucho carácter. Recuerda en esto a su abuelo. Liberal por lealtad y convencimiento, es seguro que gobernará como Monarca ilustrado y será también fiel a su alianza con Alemania y Austria.

El Duque de Aosta, el Conde de Turín y el Duque de los Abruzos son Príncipes valientes, bien educados y amables. Todos han heredado la noble presencia y regularidad de facciones de su madre la Duquesa de Aosta, que fue por algún tiempo Reina de España.

La nobleza italiana ha sido en todos tiempos cuanto valiente ilustrada, y sus miembros han figurado siempre con brillo en la historia de muchas naciones, porque privados de una patria

italiana, han ido a buscar en el extranjero ocupación, gloria y fortuna, y España le debió un día muchos Generales ilustres. En el siglo XIX se ha mostrado muy ardiente en el amor de la libertad y de la independencia, siendo característico del movimiento nacional italiano que al lado de la burguesía figuraron siempre los primeros patricios. Basta recordar a Azeglio y Alfieri, en Turín; Litta y Borromeo. en Milán; Ricasoli y Lajatico en Toscana; Sermonetta, en Roma, y Caracciolo. en Nápoles. Las damas de la nobleza han probado, por su parte, que todo lo posponen a la causa de la patria, y es muy notable que a pesar de ser buenas católicas, casi todas vieron con placer que la capital se estableciera en Roma, y cuando se habla ahora de las protestas del Papa las atribuyen a la influencia de ciertos Cardenales, o bien a las sugestiones e intereses del clero extranjero, con especialidad el de Francia y Bélgica, que se había acostumbrado a señorear en Roma durante el Pontificado de Pío IX. Sólo se exceptúan de esta regla algunas señoras muy devotas, que se hallan dominadas por los jesuitas y por el clero más intransigente.

La burguesía italiana es todavía más liberal que la nobleza, y ella es aquí, como en todas las naciones latinas, la que tiene en sus manos la gobernación del Estado. En cuanto al pueblo, se distingue por su laboriosidad, singularmente en el Centro y el Norte de la península, y también por su carácter sensato. Forman una excepción deplorable los napolitanos y sicilianos, no sólo a causa del clima, sino también de su atraso y mal gobierno.

Pretenden los reaccionarios, que todas las novedades ocurridas en este país durante el siglo que terminó, son debidas a la masonería y a la Joven Italia, las cuales han tenido aquí, ciertamente, mucho influjo y siguen teniéndolo aun en cierta medida. Pero sería delirio pensar que la Italia habría conseguido nunca su unidad y su independencia, si tanto la nobleza como la burguesía y el pueblo no les hubiesen prestado su apoyo y no siguiesen prestándoselo.

Mencionados ya los principales elementos que contribuyen a la estabilidad del nuevo Reino, digamos ahora cuáles son las varias circunstancias que tienden a debilitarlo. La primera es, sin duda, la ocupación de Roma. El hecho cuenta ya treinta años de existencia, y va haciéndose tan antiguo que no es posible considerarlo como transitorio. Si Dios no lo quiere, es evidente que por lo menos lo permite, como permite tantos otros del mismo -género; como permite, por ejemplo, la ocupación del Santo Sepulcro de nuestro Salvador por los musulmanes, que ha durado ya catorce siglos.

Pretenden algunos que esto último tiene su explicación en el designio providencial de que no se combatan entre sí por su posesión las diferentes comunidades cristianas, como suelen combatirse ahora mismo algunas veces por las causas más fútiles, dando lugar que los gendarmes turcos los separen. Y discurriendo de esta manera no sería tampoco difícil descubrir también algún otro designio providencial en la ocupación de Roma por parte de los italianos pues por medio de ella resulta que el Romano Pontífice evita las luchas, dificultades y aun rigores acompañan por do quiera a todos los Gobiernos temporales, y goza de una tranquilidad y también de una libertad e independencia que no siempre ha disfrutado, desde que recibió la primera donación de Carlomagno. Porque es cosa sabida que las revoluciones o rebeliones que desde aquella época han tenido lugar en Roma contra autoridad del Santo Padre, empezando por Formoso en el siglo IX y acabando por Pío IX en el nuestro, ascienden al enorme número de ciento sesenta y cuatro, sin contar las caricias que le han hecho en diversos tiempos algunos soberanos muy católicos, incluso nuestro famoso emperador Carlos V. De modo que rara vez han pasado los Papas treinta años más tranquilos que estos que empezaron con la ocupación de Roma por parte del nuevo Reino de Italia.

Mas apenas necesito decir que el Papa no lo cree así, antes bien sostiene siempre que se halla prisionero, y no pierde ocasión alguna de protestar contra la usurpación de su soberanía. Lo cual, en verdad, no sorprende, porque así lo exigen, no sólo su dignidad y sus antiguos derechos, sino también la opinión de todo el clero europeo, y se necesitarán años y aun siglos para que un hecho que había durado tanto como el Poder temporal de los Papas, llegue a convertirse en un mero recuerdo, del mismo modo que ha sucedido, por ejemplo, con el poder temporal de ciertos Arzobispos. Y todos saben que la Santa Sede ha protestado hasta hace pocos años por cosas de

menos valor, como, por ejemplo, la usurpación del Ducado de Parma, que databa del siglo XVIII, y el tributo de la hacanea, que le fue impuesto al Reino de Nápoles en tiempo de los Normandos.

Por manera que es casi una candidez por parte de los italianos el mostrar admiración y enojo cuando hace tales protestas el Santo Padre, así como es una ilusión de la Santa Sede el figurarse que la Italia va un día a arrepentirse de cuanto ha hecho y a devolverle Roma y sus Estados. Pues la verdad es que si es ahora difícil mantener la paz en Italia con esa capital, mucho más lo sería cuando sus otras ciudades principales se disputasen la preeminencia, sintiendo celos unas de otras, y cuando existiera, como existiría de seguro, una conspiración permanente por parte de los radicales para volver a ocupar a Roma.

Mas sea de esto lo que fuere, semejante estado de cosas es un gran peligro para Italia; en primer lugar, porque impide la educación religiosa de la juventud, en atención a que no puede existir en ella un clero que le inculque a la vez la fe y el amor de la nueva patria italiana; y en segundo, porque mientras dure esa enemistad entre el Gobierno italiano y la Santa Sede, no será posible que los católicos acudan a las urnas y formen un partido religioso y dinástico que sirva de contrapeso al de los radicales y socialistas.

Pero el inconveniente mayor que de este desacuerdo resulta es que la Italia se halla siempre expuesta a una intervención más o menos inminente por parte de la Francia. En el momento actual no tiene motivos para temerla, porque existe allí una República, y una República que está obligada a luchar contra clericales, nacionalistas, antisemitas y otra porción de enemigos. Mas, por desgracia, en aquella nación nada dura y nada es imposible. Lo mismo puede establecerse allí el día menos pensado una República roja, que una Dictadura napoleónica o una Monarquía orleanista; y si esto último sucediese, sería muy posible que el proyecto de restaurar el Poder temporal del Pontífice sirviese de pretexto para hacerle la guerra a la Italia, a fin de dividirla otra vez en tres o cuatro pedazos, que ha sido siempre la política tradicional de Francia.

Y ya de esto hubo una vez serios temores, cuando dominaban en Francia los reaccionarios en tiempo de Mac-Mahón, y ésta fue la primera causa porque la Italia pensó en adherirse a la alianza de Alemania y Austria, decidiéndose por fin a ello luego que la Francia se apoderó de Túnez y se colocó a las puertas de Sicilia. El Gobierno francés quiso entonces vengarse de este país, causándole toda clase de embarazos políticos y económicos, y se quejó mucho de lo que se imaginaba ingratitud de la Italia, poniendo en olvido que si la Francia le había ayudado para sacudir el pesado yugo del Austria, ella se lo había pagado muy suficientemente, dándole la Saboya, cuna de su dinastía, y Niza, que era una de sus mejores ciudades. Mas al cabo de algunos años, viendo que no cedía cambió de sistema, y trata ahora de ganar sus simpatías mostrándosele otra vez muy amiga, aunque no deja al propio tiempo de excitar secretamente al partido radical, que es el único que tendría interés en su alianza. ¡Pero desgraciada de la Italia si se dejase algún día persuadir por ese partido y quedase de nuevo a merced de su encubierta enemiga!

Otra circunstancia que puede perjudicar mucho a la Italia es la llamada megalomanía, o sea la locura de las grandezas. Proviene ésta principalmente del carácter nacional, que por ser imaginativo es también vanidoso; y contribuye mucho a fomentarla la relativa facilidad con que ha sido realizada la unidad de Italia, que no se ha debido a ningún esfuerzo duradero y extraordinario de sus Gobiernos, como la unidad de Francia y España, sino al auxilio ajeno y a la fuerza de las cosas, de tal modo que los mismos italianos lo atribuyeron a lo que han llamado la buena suerte o la estrella de Italia. Y fiados después en esa misma estrella, creen poder aspirar a todo, y se muestran tan ambiciosos de nuevas grandezas, que no se reúne ninguna Conferencia europea sin que pretendan sacar de ella alguna ventaja.

Llevados de tal locura, hanse lanzado asimismo a empresas coloniales, y estando todavía fresca en sus cuellos la señal de las cadenas austríacas, quisieron imponérselas a la Abisinia, país atrasado, sin duda, pero cristiano e independiente. La fortuna no les fue propicia. La Rusia y la Francia ayudaron secretamente a los abisinios, y el General garibaldino Baratieri condujo tan mal la campaña, que sufrió una completa derrota. Este triste resultado, junto con el temor de los grandes

gastos que traía consigo aquella guerra, les hizo renunciar a ella; mas han perseverado en sus ambiciones, ya en Asia, ya en África, ya en Europa misma, codiciando la Albania, a pesar de que pertenece a la Turquía y de que la separan de Italia el Mar Adriático y las posesiones del Austria.

Consecuencia igualmente de esa locura, es lo que llaman el *irredentismo*, o sea el deseo de apoderarse del Tirol meridional y de Trieste, bajo pretexto de que en ambas regiones se habla el italiano. Mas no consideran que esos territorios son indispensables al Austria, porque sin ellos perdería la línea de sus montes y quedarían abiertas sus fronteras. De todo lo cual resulta que por satisfacer una vanidad nacional corren el riesgo de perder la buena amistad del Austria y aun de la misma Alemania.

Por último, la nación italiana, no obstante el genio feliz de sus habitantes, lucha, como España, con las dificultades inherentes al sistema parlamentario, por carecer del contrapeso de una aristocracia con poder político y de un carácter nacional dócil y práctico. Han adoptado en todo las ideas más adelantadas, pero las costumbres no corresponden todavía a ellas. Así, por ejemplo, han abolido la pena de muerte, imitando a Suiza y Dinamarca, y no por ninguna razón jurídica, sino sólo por un sentimiento humanitario. Lo cual hace mucho honor a su cultura, mas no tanto a su prudencia, pues los crímenes van en aumento y se necesitará quizá un siglo para que nuevas costumbres justifiquen tan generosa reforma.

Otro tanto acontece con el jurado, que no produce, a la verdad, muy buenos efectos. El festivo escritor Collodi, ha dicho con gracia que es la cosa más ridícula entre las cosas serias de este mundo; y tengo para mí que a semejanza de los soldados, que apenas vuelven a su casa cuando tiran a un lado el corbatín y las botas, los ciudadanos de Italia se desharían de esa institución si eso les fuese posible. Y en vano les dicen los amantes del progreso que el remedio para sus inconvenientes es que todas las personas instruidas formen parte de ella y desempeñen con celo sus funciones; la mayoría lo rehuye como la peste, y ha de pasar mucho tiempo antes de que cumplan su deber en este punto.

El sufragio no es todavía universal, puesto que se exige que el elector conozca las primeras letras, comprobándolo con la escritura de su papeleta; mas por efecto de la educación ya muy esparcida, son muchos los que pueden hacerlo y hay entre ellos no pocos que, careciendo de independencia personal, se venden al que más les ofrece o bien se afilian al partido radical y socialista, confiando en sus promesas.

Este último partido, preciso es confesarlo, va cada día en aumento, porque las clases obreras quieren mejorar su condición, aumentar sus goces y hacer a su vez lo mismo que han visto hacer a la burguesía y la nobleza; y no pudiendo realizar revoluciones, por no disponer de fuerza armada, acuden a las urnas electorales en mayor número, y con más unión que los partidarios de las instituciones existentes. Ni faltan burgueses de talento que se presten a dirigirlos y representarlos, sirviéndose de ellos para satisfacer sus ambiciones. Y así organizados, recurren luego a las huelgas, con objeto de conseguir un aumento de los salarios, y obligan al Gobierno a adoptar medidas destinadas al alivio de los tributos y a la protección de los obreros. Todo lo cual no tendría en sí grandes inconvenientes, antes bien sería digno de aplauso para los que se interesan por el bienestar de las clases trabajadoras, si no fuese acompañado en muchas ocasiones de exigencias exageradas, y si no diese aliento a otro partido todavía más peligroso, que quisiera, no sólo aliviar la suerte de los obreros, sino abolir el capital para sustituirlo con el socialismo y el colectivismo, y destruir la patria, la propiedad y la familia, estableciendo en su lugar lo que llaman el anarquismo.

Yo equiparo este último partido con aquellas sectas de socinianos y anabaptistas, que fueron las postreras consecuencias de la Reforma religiosa, y que acabaron por mancharse con toda clase de crímenes. Porque el anarquismo ha recurrido también al asesinato y ha llenado de luto a todas las naciones de Europa y a la misma Italia, privándola de su buen Rey Humberto. Y es una vergüenza para este país que, según se advierte por el número de los italianos que cometen esos delitos, es en él donde más abundan tales sectarios, ora provenga esto de la exaltación y vanidad del carácter

nacional, ora se deba al mal ejemplo de Mazzini y del partido de la Joven Italia, que no titubeó en emplear ese odioso medio cuando así convenía a sus fines.

El estado de Nápoles y Sicilia es igualmente un motivo de seria preocupación para el Gobierno de Italia. Allí, después de treinta años de régimen liberal, está todo lo mismo, si no peor, que en tiempo de los Borbones. Allí reinan sin contraste la camorra y la mafia, la inmoralidad de los Bancos compite con las de las Municipalidades; la justicia yace subordinada a la política; la industria no prospera, y en cambio sigue cada día más floreciente el juego de la lotería, contra el cual se declamó tanto y con tanta razón en tiempo del Gobierno absoluto, porque impide el ahorro y es un manantial perenne de inmoralidad y pereza.

Para colmo de desventuras, después de la muerte de los hombres de Estado piamonteses y toscanos, Cavour, Sella, Minghetti y Ridolfi, ha pasado el Gobierno a manos de los políticos de otras regiones, principalmente napolitanos, y los unos por su inmoralidad y megalomanía, como Crispi y Depretis, y los otros por sus ideas radicales, como Zanardelli y Giolitti, han puesto al país al borde de un precipicio. El partido conservador podría remediar estos males; mas se halla él mismo dividido en fracciones, que piensan más en escalar el poder que en presentar una falange compacta al enemigo. Todos quieren ser Presidentes del Consejo, todos se creen con aptitud para dirigir los destinos del país, pocos se resignan a obedecer a ningún jefe, a esperar y a transigir. Los Ministerios son tan poco estables, que se tiene por cosa rara cuando duran más de un año. De esta manera la marea revolucionaria crece, como lo prueba entre otras señales, que los periódicos radicales cuentan ya más lectores que los que defienden opiniones conservadoras.

En resumen, la situación actual de Italia presenta un cuadro donde, si hay bastantes luces, abundan también las sombras, y sería necesario que los italianos tratasen de disiparlas. En primer lugar, deberían asistir con más asiduidad a los comicios, y renunciando después a ambiciones particulares, formar dos principales partidos que alternasen en el mando y constituyesen Ministerios durables. Sería, asimismo, oportuno que, apreciando en lo que valen la independencia y la unidad que han conseguido, atendiesen más bien a consolidarlas que a adquirir otras glorias. Convendría, por fin, que se conservasen siempre muy unidos, recordando que, si ha habido muchos casos en que los extranjeros han venido a destruir la unidad de Italia, y a subyugar sus más ricas provincias, esto se ha debido principalmente a sus discordias interiores, y no han faltado tampoco ocasiones en que los han llamado ellos mismos.

CXIII.
España, de 1886 a 1900.

Hago varios viajes a España.—Progresos de Cataluña.—Mejoras de Madrid.—Restauración de San Francisco el Grande.—Tengo el honor de ser recibido por la Reina Cristina.—Virtudes que todos le reconocen.—Imperfecciones que le notan.—Poder excesivo de los Ministros.—Estado atrasado del país.—Lentitud con que progresa.—Desidia de la nobleza.—Bandos en que se divide la burguesía.—Inmoralidad administrativa.—Actitud hostil del clero.—Reacción favorecida por religiosos y frailes.—Pereza del pueblo.—Progresos del socialismo.—Crímenes de los anarquistas.—La lealtad del ejército compensa estos males.—Doy una idea sucinta de la vida de Madrid y de nuestra literatura y artes a fines de siglo.

Después que privado de la Legación de Viena vine a establecerme en Florencia, hice varios viajes a España, desde el año 88 hasta el 96. Tuvieron los primeros por principal objeto abogar mi propia causa a fin de obtener algún otro puesto diplomático: después fui únicamente por ver a mi familia y amigos. Entrado ya en años y poco inclinado por lo tanto a los viajes, no he vuelto a tener ánimo para emprender otra vez uno tan largo. Añádase que ha fallecido ya el único hermano que me

quedaba, y que un hijo que tengo establecido en Cádiz, viene él ahora a visitarme de cuándo en cuándo.

Reuniendo en un solo conjunto todas mis reminiscencias de esos últimos viajes, las referiré sin distinción de épocas, a menos que no lo exija el caso. Generalmente he entrado en España por Barcelona, ciudad que me agrada mucho y que, como toda Cataluña, encontré muy adelantada. Siéntese allí vivir un pueblo inteligente y activo, que aspira de continuo a mejorar su estado, y mi deseo sería que se le pareciese todo lo demás de España.

Hallé de nuevo y me agradó infinito el monumento erigido a Cristóbal Colón al final del hermoso paseo de la Rambla y a la orilla misma del mar. Es grandioso y de mucho efecto en aquel sitio. Bahigas le inventó y Rafael Atché esculpió la estatua del gran navegante y también algunas de las que adornan la base y representan a Castilla y León, Aragón y Cataluña. Las otras son de Carbonell y todas me parecieron buenas.

En el Teatro del Liceo oí cantar *Los Hugonotes* y noté con satisfacción que la concurrencia era tan distinguida como la del Real de Madrid. Cantaron muy bien, y tanto el escenamiento como el baile eran asimismo excelentes. En el teatro de prosa asistí a una comedia de Ramos Carrión y Vital Aza, titulada *El Señor Gobernador*, que me hizo reír bastante y en la cual lucía su talento y sus elegantes trajes la notable actriz María Tubau.

Madrid me pareció también embellecido y tan alegre como de costumbre, pues es siempre una de las ciudades más divertidas del mundo. Noté en él algunos nuevos edificios bastante hermosos, con especialidad el destinado al Banco, que ocupa el lugar del antiguo palacio de Alcañices. En el Museo del Prado, que visité muchas veces y siempre con un nuevo placer, hallé la novedad de una hermosa sala llamada de Isabel II porque se empezó en su reinado, en la cual han colocado las obras más notables de varias escuelas, como en la célebre Tribuna de Florencia. Ya lo he dicho y me complazco en repetirlo: aquel Museo es una de las maravillas del mundo y la sola cosa que da idea en Madrid, de nuestra grandeza antigua. Sólo se necesitaría que cuando abunde el dinero para fomentar las artes, se adquieran en Italia una media docena de cuadros de los pintores prerrafaelistas, singularmente de Credi, Boticelli y Ghirlandaio, que son los únicos que nos faltan.

Vi en las plazas de Madrid algunos monumentos agradables; mas en general continúa aquella capital bastante mal de nuevas estatuas. El monumento de Colón, de Suñol, es mezquino y no puede compararse con los que le han levantado Génova y Barcelona. Por manera que en mi opinión, el bellísimo grupo de Daoíz y Velarde, de mi inolvidable amigo Solá, es siempre la mejor obra de escultura moderna que hay en Madrid, y es muy sensible que se le mude de sitio a cada instante, con riesgo de que se rompa, como se ha roto en Viena el *Teseo* de Canova.

En punto a iglesias no hallé tampoco nada nuevo. El siglo ha concluido sin que Madrid tenga una catedral comparable, no ya con las de Toledo y Sevilla, sino siquiera con las que poseen algunas pequeñas capitales de provincia, como Jaén y Cádiz. Para tener una han bautizado de tal a una antigua iglesia, que es bien mediana.

Lo único nuevo que han hecho ha sido restaurar y adornar a San Francisco el Grande, que tiene forma de rotonda e imita el Panteón de Roma. Don Jacobo Prendergast, empleado superior de la Secretaría de Estado y Administrador de la Obra Pía de Tierra Santa, dedicó parte de los fondos de ésta a costear pinturas, esculturas y adornos de toda especie para aquel templo. Los frescos son de Plasencia, Jover, Cubells y Degrain, y las estatuas de Benlliure y Bellver. Pero el total resulta recargado y confuso. Por todas partes reluce el oro y los colores y apenas hay donde reposar la vista.

En el Palacio Real noté que estaban construyendo una nueva Armería, que después ha sido concluida y es digna, según dicen, de las riquezas en ella contenidas y descritas ya en otro capítulo.

Apenas llegué a Madrid el año 1888, solicité una audiencia de S. M. la Reina Cristina y tuve la alta honra de ofrecerle mis más humildes respetos. Hallé a la Augusta Señora poco cambiada físicamente. Su noble fisonomía y su porte verdaderamente regio, son tan duraderos como las grandes dotes que la adornan, un reinado bastante largo ha confirmado cumplidamente cuantas

esperanzas hizo concebir desde el principio. Buena, amable, piadosa, culta, clemente y en todo irreprensible, ofrece un conjunto de amables virtudes que le gana los corazones, aunque su carácter es tan frío y reservado que, como he dicho en otro lugar, casi parece adusta. El elegante poeta Grilo le compuso en cierta ocasión estos versos, que la hacen mucha justicia:

Vale más la corona
De su clemencia,
Que la que dio a sus sienes
La Providencia;
Porque de sus virtudes
Con el ejemplo,
Hace del Regio Alcázar
Altar y templo.

Recibióme la augusta señora con su acostumbrada afabilidad, y se dignó interesarse en mi suerte; y aunque ésta no produjo resultado alguno, no por eso le agradecí menos su buena intención, comprendiendo que en realidad no podía hacer mucho en favor mío, porque quienes disponen de todo en España son los Ministros.

Antes y después de la audiencia, tuve oportunidad de saludar a las damas ilustres, pero maduras, que se hallaban en la antecámara, y no pude menos de sonreírme al ver cómo confirmaban cierta anécdota que corría entonces por Madrid. Decían que un Embajador de Marruecos, venido en aquel tiempo a España, preguntado sobre la impresión que le había hecho nuestra Corte, respondió de esta manera: «El Palacio real me ha parecido magnífico; la Reina agraciada y digna; el harén endeblito».

Tuve el placer de encontrar de Mayordomo mayor al Duque de Sotomayor, caballero sumamente distinguido, que era Agregado de nuestra Legación en Londres cuando yo era allí Secretario.

Era muy alabada de todos la educación que la Reina daba a sus hijos, y principalmente la solicitud con que atendía a robustecer la salud del joven Rey D. Alfonso XIII, que había sido harto delicada durante sus primeros años. Puede decirse que Doña Cristina vivía exclusivamente para él y para las Infantas, sus hermanas, no separándose de ellos más que el tiempo indispensable para atender a los deberes de su alto cargo.

He dicho que la Reina es bondadosa y culta. Una clara prueba de ello la tenemos en su aversión al inhumano espectáculo de las corridas de toros. Critícanla por esto algunos cortesanos del vulgo; mas yo le encuentro tanto mérito como el que hubiera tenido, verbi gracia, cualquier Soberano español del siglo XVII si no hubiese asistido a las horribles chamusquinas del Santo Oficio. La Historia dirá algún día con elogio que Doña Cristina ha sido la primera Soberana de España que no ha frecuentado las corridas. Y quiera Dios que su hijo D. Alfonso XIII imite ese noble ejemplo de verdadero espíritu cristiano, de humanidad y de cultura.

Por lo demás, puesto que el historiador está obligado a decir, no sólo la verdad, sino toda la verdad, añadiré aquí que la Reina Cristina, a pesar de estar dotada de las más bellas cualidades, ha mostrado a veces algunas imperfecciones. Ha representado esta augusta señora el segundo período del moderno régimen político. En el primero sufrían los Reyes de mala gana las instituciones destinadas a suprimir sus antiguas prerrogativas y ansiaban recobrarlas; tipos de ellos fueron Carlos X e Isabel II. En el segundo, han sido completamente leales; mas han caído en un defecto contrario, mostrándose retraídos y amilanados más de lo justo; Humberto II y Doña Cristina pertenecen a este género. Hemos visto a Humberto indiferente en la cuestión de las personas y neutral en otras todavía más importantes. La Reina Cristina ha sido lo mismo. Jamás se ha sabido que se opusiera con eficacia a la separación de antiguos servidores del país, ni ha levantado tampoco su voz para impedir ninguna injusticia.

He citado la conducta impasible de Humberto en el asunto de los bienes de la Propaganda. Pues citaré ahora también, como ejemplo, la de Doña Cristina en la cuestión de los maestros de

escuela, los cuales han dejado de ser pagados año tras año por los Ayuntamientos durante su reinado, sin que ella se interesara en su triste destino. Si el Gobierno no pensaba nunca en socorrer a esos infelices educadores del pueblo, cuyo ministerio es el más importante después del de los curas párrocos, ¿no podía haber hecho algo la Reina para que los Ministros salieran de su culpable apatía? ¿Podrá nadie creer que hubieran dado su dimisión si ella les hubiese exigido que resolvieran sin demora ese asunto, conforme lo demandaban la justicia y el bien público?

En cambio es preciso elogiar a la Reina por el tacto e imparcialidad con que ha procedido siempre en la elección de sus Ministros, pues no sólo no ha tenido nunca repugnancia en llamar al poder a Sagasta, sino que casi ha manifestado hacia él una cierta preferencia. Fue éste, como ya lo he dicho, un ejemplo que le dejó su inolvidable esposo el Rey D. Alfonso XII y una lección que le dio el mismo Cánovas cuando ella empezó a ejercer la regencia. Si en esto ha habido algo de astucia, será una astucia muy laudable en quien rige los destinos de una nación libre.

De deplorar es únicamente que no haya imitado también a su augusto esposo, oponiéndose a las imprudencias de Sagasta en la cuestión de Cuba, como D. Alfonso se opuso a las que deseaba en la cuestión de las Carolinas. Con todo, no es justo exigir de una débil dama la misma energía que de un joven Rey. La linda y festiva Duquesa de Borgoña le dijo un día a Luis XIV que en Inglaterra las Reinas gobernaban mejor que los Reyes, porque bajo los Reyes gobiernan las mujeres, mientras que bajo las Reinas gobiernan los hombres. El dicho tiene gracia; mas no puede servir de regla general, sobre todo en los países agitados por guerras y revoluciones. En España hemos tenido en el siglo XIX tres Reinas, de las cuales las dos primeras pecaron de autoritarias, y eligiendo mal sus Ministros, perdieron míseramente el trono. La tercera, más prudente, ha dejado gobernar a sus Ministros y ha llegado así al fin de su reinado, siendo siempre estimada y respetada por la inmensa mayoría de la nación. Si no ha evitado ciertos males, no es justo imputárselo a ella sola.

Y la verdad es que durante la regencia de Doña Cristina los Ministros han sido los Reyes y como tales los ha tratado su partido. Cánovas y Sagasta tenían más corte y más cortesanos que la Reina, y me admiré mucho de ver cómo eran adulados en la tertulia que tenían todas las noches, presidida por su respectiva esposa, y qué tropel de Senadores, Diputados y amigos íntimos les acompañaban a la estación del camino de hierro cada vez que salían o volvían a Madrid, con otras atenciones y agasajos que no son usados con los Ministros en ningún otro país.

Eran ambos, como ya lo he manifestado, personas de mucho mérito, y aunque desiguales en carácter, se parecían en más de una cosa, porque en realidad, después que quedaron triunfantes las ideas liberales con la restauración de Don Alfonso, y se adoptaron el sufragio universal, la tolerancia religiosa, el jurado y demás instituciones liberales, los dos partidos, conservador y fusionista, se han diferenciado más bien en la conducta y las tendencias que en los principios, y es singular que no caen comúnmente por los ataques de sus adversarios, sino por la defección de sus propios amigos, pudiéndose decir que cada uno de ellos no sirve más que para castigar y corregir las discordias del otro. Y para que esos dos Ministros no se engrían demasiado, ambos han sido víctimas algunas veces de los caprichos del vulgo. Precisamente estando yo una vez en Madrid fui testigo de una silba estrepitosa con que recibió el populacho de aquella capital a D. Antonio Cánovas, cuando volvía de una larga ausencia y temían los liberales que ambicionase de nuevo el Poder. Y también fue silbada y apedreado dos años después su rival Sagasta, en San Sebastián, de tal suerte que tuvo que permanecer un día encerrado en una posada y protegido por la Guardia civil.

Entre tanto, el país en general ha realizado progresos notables, aunque no tantos como la Italia, y esto por dos motivos; primero porque la Italia se hallaba más adelantada que España al comenzar su revolución, gracias a los Gobiernos absolutos, pero ilustrados, que poseían sus diferentes Estados; y segundo, porque en ella duraron muy poco tiempo la guerra civil y los desórdenes revolucionarios. En España faltaba casi todo por hacer y no había capitales disponibles. La industria, decaída desde el siglo XVII, sólo florecía en Cataluña y alguna otra provincia; el comercio era casi nulo después de la pérdida de la América continental. Vuelve todo esto a renacer, mas con mucha lentitud. Hanse construido ya varios ferrocarriles; pero casi todos por capitalistas

extranjeros, con una sola vía y con estaciones mezquinas. Las carreteras se hacen despacio y mal, y no se las mantiene en buen estado. En fin, hay progreso indudable, pero paulatino.

Si examinamos las diversas clases del país, hallaremos que nuestra nobleza no demuestra aún tanta actividad como la de Italia, ni mucho menos como la de Inglaterra. Si ya no le conviene la sátira de Jovellanos, todavía le está bien aquella del festivo Joaquín de Mora, que comienza:

¡Trabajar! Vive Dios que tal insulto
Otro menos sufrido no aguantara.
¿No ves que soy Marqués?

Algunos nobles toman parte con brillo en la cosa pública, pero son excepciones, y la generalidad deja que gobierne y que trabaje la burguesía. Esta, a su vez, es bastante laboriosa; mas anda muy dividida, y una parte de ella se inclina al fanatismo, mientras que otra es aficionada a la república. Esta circunstancia tiene la ventaja de que esos extremos se hagan entre sí equilibrio, de tal modo que se puede considerar la España como una democracia templada por el miedo del carlismo. Con todo, lo más conveniente sería, en mi concepto, que desapareciesen poco a poco esos dos partidos exagerados, quedando sola y triunfante una masa moderada, sensata y amiga en todas cosas de una justa medida.

La inmoralidad administrativa, plaga antigua, no sólo de España, sino de otras naciones, influye asimismo en nuestro atraso. Nace principalmente, según ya lo he dicho, del mismo régimen parlamentario, que tiende a confundir la administración con la política, y la aumentan los mismos gobernantes. Los empleados están tan mal retribuidos y tan poco seguros en sus puestos, que con facilidad ceden a las tentaciones. Para colmo de desdichas, quieren ahora privarles de la cesantía, lo cual, reemplácese como se quiera, los hará de peor condición que los funcionarios turcos. Añádase que los caciques que dirigen los diferentes partidos en las provincias, dan el mal ejemplo de utilizar su posición para ejercer las extorsiones más punibles, y que la mayoría de los Ayuntamientos, empezando por el de Madrid, son acusados de malversaciones y abusos. Por fin, el Gobierno mismo da cada día más extensión al juego de la lotería, cuyos efectos son desastrosos para la moralidad pública.

El clero español no es tampoco como sería deseable. Por punto general, tiene hoy día más virtudes que antes. Está ya lejos el tiempo en que Hernán Cortés no quería que fuesen Canónigos ni Obispos a Nueva España, porque dificultaban con su mal ejemplo la conversión de los indios. Está lejos también la época en que el Padre Calatayud deploraba sus desórdenes. La pérdida de sus riquezas y la persecución de los revolucionarios, han purificado ya sus costumbres. Pero es todavía sensible que, a pesar de la experiencia del pasado y de las amonestaciones del Santo Padre, unos eclesiásticos sean carlistas, y otros, diciendo que no lo son, desacrediten hasta en el mismo púlpito las instituciones que nos rigen.

Abusando precisamente de las libertades que ahora posee el país, las Órdenes religiosas han vuelto a introducirse en España, siendo notable que Sagasta haya permitido su establecimiento con más facilidad que Cánovas, excusándose con decir que el día que le incomoden las suprimirá como Mendizábal. De esta manera, España está otra vez llena de religiosos y frailes, y los efectos que esto produce no son muy favorables para la concordia. Yo estimo mucho a los clérigos seculares como sacerdotes y como educadores de la juventud; mas no puedo menos de reconocer que pecan de intolerantes y tienen el gran defecto de quererse mezclar siempre en política, no obstante que la experiencia ha debido enseñarles que se han equivocado en todas partes.

En cuanto a los frailes, me parece que fue malo el suprimirlos todos en el año 35; mas al mismo tiempo creo que no es bueno que vuelva a haber demasiados, según tiene que suceder en un país como el nuestro, tan falto de ilustración, y cuyo pueblo es tan supersticioso como holgazán e ignorante. En esto, como en todo, se requiere cierta medida. De todos modos, es ya notorio que la reacción religiosa va aumentando en España. Cuando yo era niño, se veían pocos caballeros en las iglesias. Después de la revolución del año 48 empezaron a frecuentarlas los liberales arrepentidos; ahora se ha llegado al extremo de que personajes tan ilustrados como Madrazo, Cos-Gayón, Cueto y

Campoamor, se hayan hecho enterrar con el hábito de fraile, a pesar de que durante su vida no renunciaron a ningún placer ni desdeñaron ningunos honores. Hecho tan singular, cual lo sería, por ejemplo, el que un sujeto cualquiera, que no ha sido militar ni ha oído nunca las balas, se hiciese enterrar con el uniforme de artillero. Y si esto sucede entre el sexo fuerte, fácil es adivinar lo que sucederá entre las mujeres, que por naturaleza son más supersticiosas y fanáticas.

El pueblo bajo español tiene igualmente sus divisiones, lo mismo que la burguesía. La masa sensata y laboriosa es ya bastante grande; mas hay al lado de ella muchos individuos de un carácter a la vez perezoso e inquieto, quienes, con tal de no trabajar, los unos se meten a frailes, y los otros a guerrilleros, ya sea en favor de Don Carlos, ya sea en favor de la República. Además, aunque España no tiene aun tanta industria como otras naciones, va extendiéndose también en ella el socialismo con sus huelgas y sus motines, y lo que es mucho peor, con el último y más funesto corolario de las revoluciones modernas, que es el anarquismo. Los partidarios de este sangriento delirio han enlutado también a nuestro país con el horrible asesinato del ilustre Cánovas del Castillo, cuya pérdida fue una desgracia irreparable.

Por fortuna hace contrapeso a estos males el bien incomparable de un ejército disciplinado y valiente, que parece haber renunciado ya a sus antiguos resabios de pronunciamientos, y cumple lealmente la noble misión de defender la monarquía y sostener el orden. Lo cual es asimismo un resultado de la Restauración de Don Alfonso, porque la victoria que ésta dio a las ideas liberales ha quitado a los Generales inquietos y ambiciosos el pretexto que antes tenían para fomentar revoluciones.

Habiendo hecho todos mis viajes en primavera o en otoño, no puedo contar mucho de la sociedad de Madrid durante el invierno. Vi, sin embargo, a todos los personajes más importantes. Obtuve una audiencia de la Señora Infanta Doña Isabel, espejo de discreción y cortesía. Visité a Cánovas en su Huerta, a Vega de Armijo en el Ministerio, y asistí a la tertulia de Tetuán en su famoso salón, llamado la Rotonda. De todos fui recibido con mucha afabilidad; pero ninguno pensó en darme otra vez un puesto de mi carrera. Si la Reina puede poco, los Ministros a su vez prefieren, como es natural, a sus paniaguados y partidarios. Mi larga ausencia de España y la muerte de sus antiguos hombres de Estado, me habían dejado sin protectores.

Hallé a Madrid sumamente brillante en punto a diversiones. Las casas aristocráticas que reciben son ya infinitas, más que en el tiempo de mi primera llegada a aquella capital, en el año 41. Entonces no había casi más salones que los de Montijo y Miraflores; en la actualidad existen los de Alba, Denia, Squilache, La Laguna, Viiana, Castillo de Chirel y otros muchos. Los bellos carruajes que se ven ahora en el Retiro y la Castellana pueden competir con los de las primeras capitales de Europa. Antes no había más que cuatro teatros, ahora hay más de doce. Las buenas mozas de mi tiempo son ya damas muy maduras; pero en cambio han ocupado su lugar otras más jóvenes que obtienen la palma de la belleza. Las hijas del Marqués de la Puente y Sotomayor, de las cuales la una casó con Cánovas y la otra con mi querido amigo el Conde de Casa-Valencia, son muy guapas. La joven Duquesa de Alba, la Villa Gonzalo y otras varias son elegantes y lindas.

En el Teatro Real ejecutan las óperas del repertorio moderno con cantantes de primer orden y un escenamiento muy bello. La música española sigue en progreso, y tenemos un maestro español, de nombre Bretón, el cual ha compuesto *Los Amantes de Teruel* y otras obras que revelan buenos estudios. En el género ligero somos aun más felices. *La Gran Vía*, de Chueca y Valverde, por ejemplo, ha sido cantada con aplauso en todos los teatros de Europa.

En los coliseos de prosa sucede como en los de todos los demás países; por regla general, dan en ellos piezas traducidas o imitadas del francés. Con todo, hay algunas nacionales bastante buenas. Echegaray, Cavestany, Dicenta y Selles, componen dramas interesantes, al paso que Blasco, Serra, Ramos Carrión y Vital Aza escriben graciosas comedias. Mario, Calvo, la Tubau, Díaz de Mendoza y la Guerrero son actores de mucho mérito.

Es indudable que todo el mundo lee en España más que antes, incluso las señoras; y no sólo los periódicos, sino también novelas, que son siempre un género de literatura muy cultivado en

nuestro país. Una noble dama. Doña Emilia Pardo Bazán, las compone muy notables por su estilo castizo y el interés de sus asuntos. *El Cisne de Vilamorta* pasa por la mejor de todas. A Valera ha seguido Pereda, autor de *Sotileza*, y otros varios que escriben con excelente lenguaje, pero imitan demasiado a la escuela realista francesa. De Pérez Galdós son muy lindas *Doña Perfecta* y *Gloria*, en las cuales se advierte un espíritu más liberal que el de la generalidad de nuestros escritores. Pero lo que más fama le ha dado son sus *Episodios nacionales*, donde, a pretexto de una novela más o menos divertida, describe con mucha amenidad los hechos más culminantes de nuestra historia moderna. Este género de composición es antiguo. La *Historia del Cautivo*, en *Don Quijote*, es ya un episodio nacional, puesto que en ella se refiere la famosa batalla de Lepanto; y en nuestro siglo, Scott, Stendhal, y sobre todo Erckmann Chatrian han dado ejemplos muy bellos de esa mezcla de verdad y ficción.

La grande *Historia de España* de Lafuente, ha sido continuada por Pirala, Valera y Borrego con buen estilo y grande exactitud, mas con sobrada reserva en sus juicios. Las *Memorias* de Mesonero Romanos, Córdova, Galiano y Miraflores son interesantes, a pesar de que sus autores se muestran más solícitos de explicar su propia conducta que de referir las ajenas. No tienen los españoles, como los franceses, una afición muy marcada a pintar los sucesos contemporáneos por sólo el placer de pintarlos.

Cultívanse también siempre en España las nobles y agradables ciencias de la elocuencia y la poesía. Después de las liras de Grilo y Núñez de Arce ha resonado la de Balart; y en el lenguaje particular de Cataluña ha cantado armoniosamente Víctor Balaguer, a quien llaman algunos el Mistral de España. Privados ya prematuramente de Cánovas y Castelar, poseemos aun a Silvela, Moret, Pidal, Romero Robledo, Canalejas y otros oradores de merecida fama.

Ni faltan tampoco quienes escriban libros serios y científicos. El Padre Ceferino González es un filósofo didáctico de gran mérito; y el Padre Blanco ha escrito con buen criterio una *Historia de la literatura española* del pasado siglo. Cánovas, en todo eminente, ha dejado, además de varios libros históricos, dos tomos de Discursos sobre los problemas sociales contemporáneos, que son una joya en su género. Menéndez Pelayo, émulo de Cánovas en erudición y estilo, es autor de una *Historia de las ideas estéticas en España*, cuya lectura instruye y deleita. *Las Vicisitudes de la monarquía constitucional en Francia*, de Lasala, Duque de Mandas, son un libro tan juicioso como bien escrito; y unas *Lecciones de la libertad política en Inglaterra*, publicadas por el Conde de Casa-Valencia, están escritas con pluma elegante y contienen preceptos sumamente útiles para los que siguen la carrera parlamentaria.

El gaditano Benot se distingue mucho entre los eruditos, y el General Gómez Arteche es conocido por una excelente *Historia de Carlos IV*. Abundan en España los buenos periodistas, que no sólo defienden los intereses de cada partido, sino que contribuyen a alimentar la cultura general del país. No pudiendo citarlos a todos, mencionaré, por lo menos, al Marqués de Valdeiglesias, Director de *La Época*; Gasset, de *El Imparcial*, y Ferreras, de *El Correo*. Zeda, o sea Villegas, y Gómez de Baquero, tienen mucha reputación como escritores amenos y críticos de buen juicio.

De los artistas del día he dicho antes alguna cosa. Añadiré aquí sólo los nombres de Querol y Benlliure, que son excelentes escultores, y los de Villegas, Viniegra, Palmaroli, Garnelo, Sorolla, Carbonero, Degrain y otro Benlliure, los cuales se distinguen entre los buenos pintores. Algunos de ellos imitan demasiado a los impresionistas de otras naciones; pero todos continúan la tradición de buen color, que es propia de la escuela española.

CXIV.
España, de 1886 a 1900.

Temporadas que paso en Andalucía.—La feria de Sevilla.—La Semana Santa.—Procesión y corridas. —Reacción en la burguesía.—Malas costumbres del pueblo.—Veo en Cádiz las tropas que iban a Cuba.—Nueva insurrección de aquella isla, apoyada por los norteamericanos.—Resistencia exagerada de Cánovas.—Muerte de este Ministro.—Sagasta concede la autonomía a los rebeldes. —Insuficiencia de esta medida.—Ilusiones de nuestro país.—Voladura del Maine.—Irritación que produce en los Estados Unidos.—Conminaciones brutales de Mac Kinley.—Sagasta se decide a la guerra.—Desastres de Cavite y Santiago.—Pronta conclusión de la paz.—Pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Después de detenerme algún tiempo en Madrid iba de ordinario a Andalucía y sobre todo a Cádiz, donde pasaba algunas semanas. Había fallecido ya mi anciana y adorada madre y también mi buen hermano mayor Francisco; mas tenía aun allí a mi hermano José y a mi hijo mayor, y también una gran cantidad de parientes y amigos, como los Lerdo de Tejada, Aramburo, Ravina, Gómez, Mora, Puente y mi compañero de infancia Miguel Guilloto, a quien hallé siempre ocurrente, buen escritor y poeta a sus horas, y tan verde, a pesar de sus muchos años, que espero ha de imitar el ejemplo de aquel Argantonio, gaditano también, de quien refiere Cicerón que llegó a cumplir ciento veinte.

La bella Cádiz, la tacita de plata, tiene siempre para mí ese encanto inexplicable que va unido al lugar de nuestro nacimiento y a los sitios en que hemos pasado los primeros años. Sevilla también me agrada sobremanera y la hallé muy agrandada y más bellos que nunca sus paseos y jardines, con especialidad el Alcázar y las Delicias. Parecióme muy notable su nueva y ya célebre feria, en la cual se admiran magníficos caballos, y más aun hermosas mujeres.

Visité a mis amados primos los Lerdo de Tejada y a mi amiga de juventud la Condesa de Castilleja de Guzmán, cuya casa era siempre uno de los centros del buen tono en aquella ciudad encantadora. Vi, tanto allí como en Cádiz las famosas procesiones de Semana Santa, que en vez de disminuir han aumentado de una manera, que me atrevo a considerar excesiva, porque no se debe a motivos de piedad, sino al interés que tienen los Ayuntamientos, tanto liberales como conservadores, en atraer con ellas a los forasteros. Y el resultado es que la devoción es poca y que no en todas reina el respeto y recogimiento que serían necesarios en unos actos tan solemnes. Y también pude notar que no se ha hecho progreso alguno tocante a la parte artística y estética de ellas, pues son pocas las imágenes de buen estilo, y abundan todavía las vírgenes vestidas como damas del tiempo de los Felipes, y ciertos Cristos, cuyas túnicas son de terciopelo, tan bordadas de oro, que podrían servir para el mismo Shah de la Persia.

Las corridas de toros han aumentado, asimismo, de tal suerte, que el día del Corpus del año 97 hubo en toda España la friolera de cincuenta. Y en Andalucía, especialmente, todas las personas ordinarias se mueren por ellas, y los hombres imitan la manera de vestir de los toreros, y van, como ellos, con toda la cara afeitada, sin las patillas de boca de hacha de otros tiempos. El pueblo que se ve ahora por las calles de Sevilla parece compuesto únicamente de chulillos y banderilleros.

Ya he dicho varias veces cuánto me desagrada ese cruel y anticristiano espectáculo, y cuánto deploro que nuestro Gobierno no se atreva a impedirlo o por lo menos a modificarlo, como se ha hecho en Portugal y como lo hizo el Emperador pagano Marco Aurelio con los combates de gladiadores, dando a éstos espadas sin filo. La única cosa que ha hecho nuestro Gobierno en punto a humanidad, ha sido suprimir otro espectáculo muy horrible también, que eran las ejecuciones públicas de los reos de muerte, disponiendo que tengan lugar dentro de la cárcel, como en la culta Inglaterra. Así ha desaparecido, al menos, una de las costumbres que contribuían, como los toros, a hacer al pueblo español cruel e inhumano.

Hanse aclimatado allí últimamente las corridas de caballos, las cuales son rara vez peligrosas y pueden servir para el fomento y perfección de la raza caballar; mas no son aun muy populares ni podrán serlo hasta que no desaparezca la afición a los toros. Lo que por fortuna disfruta siempre de mucho favor son los teatros, y tanto en Sevilla como en Cádiz, los hay casi tan buenos como en Madrid. Y otro tanto puede decirse de los paseos, pues el pueblo español es siempre partidario de esa diversión, y no hay en Andalucía pueblo ninguno, por pequeño que sea, que no tenga, por lo menos, una bonita alameda.

En Cádiz hay también regatas, que resultan muy lindas, y han establecido la galante costumbre de que los jóvenes remadores, que obtienen los premios, los reciban de manos de las muchachas más bonitas de la ciudad, que eran entonces, entre otras, María Darján, la hija del Alcalde Toro, y una Ramírez de Arellano, morena de ojos ngros, que parecía una Zulema. Y pues de bellas mujeres trato, alabaré también a las casadas, que no lo eran menos que las solteras. Las señoras de mi tiempo habían perdido ya ese privilegio, en confirmación de lo que dice el Tristán de Lope:

Brava cosa es ser mujer,
Si no llegaran a viejas.

Pero las de la presente generación eran comparables con ellas. Citaré entre las más hermosas a la Marquesa de Casa-Recaño, rubia como una inglesa y salada como todas las andaluzas.

Cuando llegó la Semana Santa tuve ocasión de notar la devoción de las damas gaditanas, y oí con mucho placer los sermones del actual obispo y entonces doctoral Rancés, hermano de mi amigo el Marqués de Casa Laiglesia, y los del canónigo Elijalde, que eran los mejores predicadores de la época, y dignos sucesores de Herrero y Arbolí. Porque en Cádiz, no obstante ser una ciudad esencialmente mercantil, todo es muy culto, y no sólo tiene dos Casinos, sino un Ateneo, y su público entiende y juzga, y no se contenta en nada con lo mediano. Allí viven el erudito Adolfo de Castro y la elegante escritora Doña Patrocinio de Biedma, y se publican buenos periódicos y revistas. Las artes también son cultivadas, y aunque no existen ya en Cádiz las buenas galerías de particulares que menciona Pons en su viaje, hay un bonito Museo y una Academia que produce buenos pintores. Viniegra, que he citado antes, como uno de los mejores de España, es hijo de aquella ciudad.

Como es de suponer, notábase también en Cádiz la misma tendencia reaccionaria que en Madrid, y existía ya allí un buen número de nuevos jesuitas y frailes, que iban insinuándose en el favor de la población. El republicano Salvochea había suprimido en el año 73 un convento de monjas; en cambio se habían establecido después otros tres nuevos. El pueblo parecía más bien incrédulo; pero la nobleza y la rica burguesía se mostraban asustadas y arrepentidas. Las iglesias estaban llenas, no sólo de señoras, sino de caballeros, y todos parecían hallar buena la tendencia devota del momento. No eran precisamente absolutistas, como los neocatólicos del año 52, pero echaban de menos los tiempos anteriores a la Restauración, y detestaban la famosa tolerancia concedida por Don Alfonso.

Traté de averiguar si las alarmas de estos intolerantes eran fundadas, y hallé que aunque existían capillas protestantes en varias grandes ciudades de Andalucía, eran en general frecuentadas por ingleses y alemanes, siendo muy escaso el número de prosélitos españoles. En cambio el extranjero católico que llega a España, recibe bastante escándalo al notar que uno de los principales preceptos de nuestra iglesia, que es la abstinencia de comer carne en todos los viernes del año, no es observado en España, y se redime con el pago de una peseta. Antiguamente no era así, y vemos, por ejemplo, en el capítulo III del *Quijote* que, cuando éste llegó a la venta, no había en ella, por ser viernes, más que unas raciones de pescado. Mas posteriormente se extendió la presente corruptela, que, si bien autorizada por una bula pontificia, y destinada al presupuesto del clero, nos constituye una excepción en el mundo católico. En esto parecemos ya protestantes.

Por lo que hace a las costumbres generales, la España sigue el ejemplo de los demás países de Europa y América, y esto por varias razones. Primero, porque las revoluciones modernas han

debilitado mucho el freno religioso; segundo, porque la continua lucha entre el clero y los Gobiernos, ha aumentado este hecho deplorable; tercero, porque las pasiones del pueblo bajo, que aspira a su vez a las mismas ventajas que ha conseguido ya la burguesía, le hacen indócil y agresivo; y en fin, porque el orgullo y el individualismo, que domina en todas las clases, las hace ambiciosas y descontentas.

Desde luego, el pueblo en su mayoría es, como digo antes, bastante incrédulo y libertino. Citaré un solo hecho muy significativo, y es la decadencia que se advierte en la moralidad de los sirvientes. En Cádiz hay muchas familias que no se atreven a ir el verano al campo porque no tienen un criado o criada a quien confiar su casa. Y según he oído decir, sucede otro tanto en todas las grandes ciudades. Raro es el criado que no tiene algún vicio; rara la criada que no tiene algún amante.

Abundan en España ¡os crímenes pasionales, y el Jurado se muestra inclinado a excusarlos. Abundan las separaciones conyugales y la tendencia al divorcio, aunque en esto hay todavía menos escándalos que en otras naciones. Son frecuentes las riñas y desafíos, no sólo entre el pueblo, sino entre las personas educadas, sin que nadie quiera seguir en esto el buen ejemplo de los libres y civilizados ingleses. Finalmente, son también comunes los suicidios en todas las clases, no habiendo casi día en que no se cometa uno en algún pueblo de España, sin que produzcan ya tan dolorosa impresión como los primeros, que tuvieron lugar después del año 1830, a causa de las exageraciones de los románticos.

Ha sido siempre Cádiz una población muy alegre. Con todo, la última vez que la visité, que fue el año 96, la hallé bastante entristecida, a consecuencia de la guerra que sosteníamos nuevamente en Cuba, y que amenazaba durar tanto como la anterior. Las causas de estas desgracias eran varias: *series complexa causarum*, como dice Séneca; mas he aquí las principales: el deseo que animaba ya a los cubanos de emanciparse de nuestro yugo, y el interés que tenían los norteamericanos en ayudarles, tanto para acabar en aquel Continente con toda dominación europea, según la doctrina de Monroe, como por la esperanza de apoderarse de aquella isla o de sujetarla a su protectorado.

Inútil me parece tratar aquí la cuestión de si era buena o mala la administración española, pues yo creo que aunque hubiera sido la más perfecta del mundo, no era posible que así lo reconociesen los cubanos, ansiosos ya de ser independientes, como todos los demás americanos. Puédese, con todo, asegurar que no era peor que la que disfrutaba la misma España. Cuba era considerada como una provincia española, y enviaba, como las demás, sus Diputados y Senadores a las Cortes. Mas, como digo, nada de esto podía bastar a quienes se creían ya en estado de aspirar a una completa independencia. La larga guerra que habían sostenido antes y la no menos larga que sostenían entonces, lo probaban de un modo indudable.

Tampoco me ocuparé de la cuestión relativa a la inmoralidad de nuestros empleados, que es otra de las causas que se han querido asignar a la rebelión de aquella isla. Por mi parte no creo que fuesen impecables, y en Cádiz, sobre todo, había pruebas evidentes de ello, porque a aquella plaza mercantil solían enviar su dinero en letras de cambio. Pero ni menos esto podía ser considerado como causa principal de la insurrección, sino como una de las secundarias. La principal, la determinante, era la que ya he indicado: el deseo natural de emanciparse.

En el estado a que habían llegado las cosas, después de dos guerras tan inútiles como porfiadas y sangrientas, todo indicaba la necesidad de que España, nación hoy día libre, y tan celosa en todos tiempos de su propia independencia, le concediese al fin la autonomía a los cubanos y también a los filipinos, que habían imitado su ejemplo, a la manera que la Inglaterra se la había concedido al Canadá y a la Australia. Mas, por desgracia, oponíanse a ello, no tanto los intereses y el amor propio de los españoles de la Península, como el egoísmo de los que vivían y traficaban en aquellas islas, los cuales preferían la ruina de la madre patria a la pérdida de sus ganancias. El ilustre General Martínez Campos quiso hacer ceder a esos españoles de Cuba, pero ellos le obligaron con su actitud intransigente a regresar a Madrid.

Y venidos algunos de ellos a España, rodearon al mismo Cánovas, y unidos con sus amigos de la Corte fueron tales sus clamores y sus manejos, que aquel hombre político, con ser tan moderado y prudente, llegó a perder en esta cuestión su calma habitual, y se atrevió a declarar que no cejaría en su guerra a los cubanos hasta después de haber sacrificado el último hombre y la última peseta. Y cuando en vista de que ellos tampoco cedían creyó oportuno prometerles más amplias concesiones y reformas, subordinó la realización de éstas a su sumisión absoluta, cual si se tratara de algún motín callejero o de una algarada insignificante. Cánovas imitaba, por desdicha, la terquedad de Felipe II, como el General Weyler imitaba los rigores de Alba.

Entre tanto, marchaban de continuo nuevos soldados a Cuba, y yo vi en Cádiz los que iban allí a embarcarse. Espectáculo, en verdad, muy lastimoso, porque todo el mundo estaba persuadido de que la mitad por lo menos de aquellos infelices, reclutas la mayor parte, no volverían a ver sus hogares, y perecerían lejos de su patria, al rigor de la guerra y de las fiebres.

Lo más humano, justo y perfecto, en punto a la formación de los ejércitos, es lo que se practica en Inglaterra y en los Estados Unidos, y consiste en que no sean soldados más que los que quieren serlo mediante una cierta paga. Después de este sistema, parece también justo el que ha adoptado la Alemania e imitan ya también las demás naciones cultas de Europa, que consiste en el servicio general obligatorio, de tal manera que lo mismo sirve el noble que el campesino y el rico que el pobre. Pero España, atrasada siempre en todo, es todavía el único país de alguna importancia que conserva el antiguo sistema de quintas y redenciones pecuniarias, impropio de un pueblo libre, injusto y aun inhumano en alto grado. Lo mismo liberales que conservadores, todos los Gobiernos mantienen ese odioso proceder. Y la razón de ello es que no les permite abolirlo el estado angustioso de nuestro Tesoro, para el cual tiene mucha importancia el producto de las redenciones. De esta manera, uno de los primeros deberes del ciudadano, que es la defensa de la patria, se redime con cierta cantidad de pesetas; sólo los pobres son soldados, y todos ellos pueden decir, como el paje de Cervantes:

A la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros
No fuera, en verdad.

Lo cual, sobre ser, como digo, muy injusto, tenía entonces el gravísimo inconveniente de que hacía más arrogantes a los ricos, porque tranquilos sobre la suerte de sus hijos, a quienes redimían por dinero, nada ponía límites a sus declamaciones belicosas en los cafés, en los periódicos y hasta en las mismas Cámaras.

Una cosa parecida acontecía con la manera de sufragar los gastos, cada día más crecidos, de aquellas guerras. El Gobierno no podía contratar empréstitos ventajosos en el extranjero por faltarle el crédito necesario, y los impuestos producían poco a causa de la inmoralidad de los empleados y de la exagerada política proteccionista que alentaba el contrabando. Ni quedaban ya tampoco bienes del clero y de manos muertas que vender, como hacían los Ministros de la Reina Isabel para costear las descabelladas guerras de su tiempo. Por consiguiente, liberales y conservadores echaron entonces mano de otro recurso todavía más ruinoso, que fue la autorización dada al Banco para emitir billetes sin tasa. Huyó luego el oro al extranjero, y la moneda fiduciaria, unida a un poco de plata, que no vale la mitad de lo que representa, ha sido desde entonces la sola moneda que al fin le quedó a la desventurada España. Una imprenta y un par de tijeras: he aquí toda nuestra hacienda durante la Regencia de Doña Cristina de Habsburgo. Lo cual ha empobrecido más y más a la nación y elevado el precio de los cambios, como en las Repúblicas más atrasadas de América.

Para colmo de desdichas, un horrible delito privó de repente a nuestro país de su hombre de Estado más importante. Cánovas del Castillo fue alevosamente asesinado en los baños de Santa Águeda por un malvado anarquista. Odiábale particularmente este partido a causa de la merecida severidad con que había castigado sus desmanes en Barcelona y otros puntos, y le inmoló cobardemente por mano de un obscuro sectario.

La Reina Regente confió entonces el Poder por algún tiempo al experimentado General Azcárraga; mas al cabo tuvo que dárselo a Sagasta, que era, después de Cánovas, la persona que tenía mayor prestigio. Esperaron algunos que este cambio de Gobierno, seguido de un cambio de sistema con los rebeldes, podría remediar la desesperada situación en que nos encontrábamos. Vana ilusión. Mandóse a Cuba al General Blanco, que pasaba por más liberal que Weyler, y el nuevo Ministro de Ultramar, Moret, se atrevió a conceder al instante la autonomía a aquella isla; mas todo fue inútil. Esta concesión habría sido quizá suficiente si se hubiese otorgado en tiempo de Cánovas; después ya no lo era, porque los cubanos contaban cada día más con el socorro de los Estados Unidos. Hubiera sido preciso hacer más. Prim, con espíritu práctico y previsor, quería vender Cuba a los americanos en el año 69. No siendo ya esto posible, porque los Estados Unidos esperaban adquirirla por medio de una guerra facilitada por la insurrección de los cubanos y la inferioridad de nuestros recursos, hubiera sido preciso concederle desde luego la independencia. Así se habrían burlado los cálculos de los americanos; así se habría conseguido tal vez retener una especie de protectorado y hacer un tratado ventajoso para nuestro comercio; así se hubiera conservado al menos y quizá por mucho tiempo, la posesión de Puerto Rico y Filipinas.

Pero ni Sagasta ni Moret tuvieron el valor necesario para decirle la verdad al país, y desoyendo los consejos de la prudencia, atrajeron sobre él la más deplorable catástrofe. Con efecto, el nuevo Presidente de los Estados Unidos, Mac Kinley, hombre de grande ambición y de pocos escrúpulos, comprendió que había llegado el momento de desposeer a nuestra Nación de todas sus colonias. Contaba con la rebelión de los cubanos y filipinos; sabía que no poseíamos una marina capaz de resistir a la suya; sabía que nos faltaba también el nervio de la guerra, que es el dinero; preveía en fin que ninguna de las naciones de Europa tendría un interés directo en acudir en nuestro socorro; y que, si no se habían movido en favor de la Dinamarca ni de la Turquía, ni de la Francia, ni del Papa, menos aun se moverían para impedir el despojo de España, tanto más cuanto que para hacerlo no bastaban los ejércitos de tierra, sino que era necesario tener una marina de primer orden. Y en efecto, excusáronse los unos con la actitud de los otros, y nadie osó sacar la espada. La Inglaterra era la sola nación que hubiera podido hacerlo; pero le importaba demasiado vivir en paz con los norteamericanos y asegurarse así su neutralidad en las cuestiones del Transvaal, la China y Fashoda.

Y para hacer todavía más fáciles los proyectos de Mac Kinley y sus partidarios, sucedía desgraciadamente que el público español, no sólo desconocía todas estas realidades, sino que se forjaba las quimeras más deplorables. Olvidando la guerra que los Estados Unidos habían hecho a México en el año 47, apoderándose de la mitad de su territorio, suponían que por ser republicanos, no habían de emprender una guerra de conquistas, y un hombre de tanto talento como Castelar, lo sostenía así en sus escritos. Olvidando que tenían cuatro veces más población que nosotros y diez veces más recursos, se imaginaban que podíamos luchar con ellos sin desventaja.

Nuestros oficiales de marina más distinguidos, con quienes tuve ocasión de hablar en Cádiz, estaban persuadidos de que no teníamos buques capaces de medirse con los americanos; pero nuestro Gobierno y casi todos nuestros hombres de Estado y nuestros periodistas soñaban ya con victorias. El ilustre Don Francisco Silvela, que después ha sido el jefe de los conservadores, el eminente publicista Mañé y Flaquer, y algunas otras pocas personas de buen sentido, que quisieron oponerse a esta tendencia general, no fueron escuchados. La mayoría del país se hallaba poseída de una verdadera locura. Sólo la Reina Cristina hubiera podido libertarnos de nuestra propia obcecación; mas por desgracia, aunque cuerda y sagaz, no tenía la energía necesaria para hacerlo.

Entre tanto, y cuando menos se aguardaba, nos sobrevino otra nueva desgracia. El acorazado americano *Maine*, que se hallaba en las aguas de la Habana, voló con toda su tripulación, y el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos creyeron que no había sido por efecto del acaso, sino por dolo. Esta persuasión acabó de enloquecerlos y los indujo a sostener la pretensión de que les permitiésemos intervenir en Cuba. Sagasta, considerando que esto era incompatible con nuestro honor, se negó terminantemente a ello, y la réplica de Mac Kinley fue pedir brutalmente que

evacuásemos luego aquella isla. No quedaba, pues, otro recurso que la guerra, y Sagasta lo adoptó, no siéndole ya posible hacer otra cosa. La primera culpa había sido de Cánovas, que no dio a tiempo la autonomía a los cubanos; la segunda fue de Sagasta y Moret, que no les dieron a tiempo la independencia bajo un protectorado: la guerra que sobrevino después era el resultado forzoso de ambos errores.

La lucha no fue larga. De nada nos servían los ejércitos mandados a Cuba y Filipinas, porque apenas bastaban para contener a los rebeldes, y no podíamos enviarles víveres ni socorros, porque el mar se hallaba ocupado por los enemigos. El principal papel fue, pues, reservado a la marina.

El almirante americano Dewey, con una escuadra de acorazados y con cañones de mucho alcance, destruyó sin gran dificultad los cruceros que tenía Montejo en Cavite; y el almirante Sampson, con otra poderosa escuadra, destruyó también los pocos buques que mandaba Cervera, cuando quisieron salir de Santiago de Cuba. Dueños así de la mar, desembarcaron fuerzas numerosas cerca de aquel puerto, y su guarnición se rindió, principalmente por falta de víveres. Lo mismo hicieron en Puerto Rico y Manila; y viéndolos ya libres de dirigir sus ataques a todas partes, y aun a la misma Península y sus islas adyacentes, sin que nosotros pudiéramos impedirlo, fue grande el desaliento que se apoderó de los ánimos en toda España. Nadie acudía en nuestro auxilio, y era imposible que improvisásemos buques, como se improvisan soldados. Prolongar por más tiempo la resistencia no hubiera servido más que para aumentar las exigencias del enemigo.

Comprendiéndolo así Sagasta, tuvo al fin la cordura de pedir la paz. Sólo que en esto mismo dejó ver también un amor propio muy mal entendido. En vez de dirigirse directamente a los Estados Unidos, como se dirigieron la Dinamarca, la Francia y la Turquía, después de sus reveses, a la Alemania, al Austria y a la Rusia, se presentó en Washington asido de las faldas de la Francia, dejó que esta nación negociase allí en nuestro nombre los preliminares de paz, y siempre bajo esta misma tutela, ajustó por fin en París un tratado definitivo. Subterfugio tan pueril como inútil, porque con él no evitamos ni una sola de las condiciones que nos imponía el vencedor, y le cedimos Cuba, Puerto Rico y Filipinas. No fue propiamente una negociación, porque negociación no existe cuando el uno exige y el otro concede y firma. En resumen: los Ministros, los militares y los diplomáticos fueron todos desgraciados en aquel grave conflicto, y la Historia no alabará más que al General Vara de Rey y al capitán Las Morenas, dos nobles soldados, que resistieron heroicamente a los norteamericanos; el uno delante de Santiago, y el otro en un fuerte de Filipinas.

CXV.
España, de 1886 a 1900.

Dolor producido por nuestros desastres.—Los partidos extremos quieren aprovecharlos para sus fines.—Exageraciones en que incurren.—Nuestra vanidad y nuestra imprevisión fueron sus verdaderas causas.—No pueden atribuirse a la forma actual del Gobierno.—El sistema parlamentario, a vuelta de sus defectos, tiene también sus ventajas.—Es susceptible, asimismo, de perfección y mejoras.—Bastaría que cada cual cumpliera bien con su deber.—Concluyo mi libro pidiéndole a Dios se digne proteger a la noble Nación española.

El dolor producido en España por los desastres de la guerra y por la pérdida de las tres hermosas islas que conservábamos todavía en América y Oceanía fue por extremo profundo, sin que bastara para mitigarlo el convencimiento, que era lisonjero para nuestro amor propio, que tantas naciones diversas y lejanas nos debieran su religión, su cultura y su lengua.

Por el momento no se pensaba en nada de esto, y lo natural era que las pérdidas recientes nos fueran muy sensibles. Amargábanos, sobre todo, el haber sido vencidos en una lucha tan poco gloriosa, a causa de nuestra irremediable inferioridad en armamentos y recursos. Estos sentimientos son propios de todos los pueblos vencidos, y los hemos visto últimamente en varios países de

Europa. Y es, asimismo, un hecho general que produce notables alteraciones en la organización interior de los Estados, porque el público propende a achacarlos principalmente a los vicios del Gobierno establecido. Así hemos observado que después de sus derrotas la Dinamarca se vio dominada por el partido de los campesinos, el Austria tuvo que conceder el dualismo a la Hungría y las instituciones más liberales a sus demás dominios, y la Francia derribó el régimen imperial y se constituyó en República.

Esto mismo estuvo a punto de acontecer entre nosotros, porque tanto los carlistas declarados como los que se ocultan con la máscara de absolutistas, y también los radicales y republicanos y los que se dicen regionalistas y federales, todos creyeron que podrían realizar sus planes, aprovechándose del descrédito en que, según ellos, había caído el liberalismo, a consecuencia de nuestros desastres. Y no sólo en las calles y en la prensa, sino en el púlpito mismo se oía decir que la causa de nuestros males eran la libertad y el Gobierno parlamentario. Exagerábanse nuestras desgracias; acusábase despiadadamente a nuestros Generales de mar y tierra, y el Conde de las Almenas pedía un día tras otro en el Senado que fuesen castigados sin misericordia.

Por fortuna había demasiada exageración en estos asertos, y el público español tuvo la sensatez de advertirlo. Si se había engañado antes de la guerra, no tardó en reconocerlo después. Preguntábale Napoleón en Tilsitt a la Reina Luisa de Prusia cómo su país se había atrevido a hacerle la guerra a la Francia, y ella le dio esta noble respuesta: «Señor, la gloria de Federico nos ha engañado sobre nuestro poder». De la misma manera el pueblo español podía decir entonces que si había hecho la guerra a los Estados Unidos, era porque el recuerdo de sus antiguas hazañas le había hecho esperar otras nuevas.

Además, la verdad es que su situación no era tan desesperada como querían decirlo los partidos extremos. En primer lugar, sus pérdidas no eran mayores que las que han sufrido en nuestros días, la Dinamarca privada de sus Ducados del Elba; el Austria privada del Lombardo Véneto y de su supremacía en Alemania; la Turquía despojada de sus provincias cristianas del Danubio, y la Francia desposeída de la Alsacia y la Lorena. Y si por derrotas va, cada una de esas naciones las ha sufrido mayores que las nuestras; y la Italia, Estado también importante, acaba de ser vencida, no por ningún país poderoso, sino por las hordas de la Abisinia. Es cierto que la España ha perdido todas sus colonias; mas eso mismo le sucedió a la Francia en tiempo de Luis XV y a la Inglaterra, en América, en tiempo de Jorge III, y son muchos los Estados de Europa que no poseen ninguna.

Llegaron algunos a decir que nuestras recientes derrotas hacían nacer la sospecha de que la Nación española no posee la aptitud necesaria para la marina. Error inaudito; pues durante la Edad Media catalanes y aragoneses por una parte, y vizcaínos por otra, vencieron muchas veces a los marinos de Italia y de Francia. Cubrióse después de gloria la marina española en Lepanto, donde derribó la soberbia otomana, y en las Terceras, donde aseguró la posesión de Portugal venciendo a la escuadra de Francia. Además, ¿quién ha hecho más descubrimientos que los españoles? ¿Quién ha navegado más en mares peligrosos y distantes? Parece imposible que la pasión política domine tanto a algunos escritores que les haga incurrir en tales desaciertos.

No; las pérdidas que ha sufrido España desde los tiempos de los Felipes, se debe exclusivamente, si no me equivoco, a nuestro carácter nacional, más vanidoso que práctico. Si hemos perdido ahora nuestras últimas colonias, eso ha sido por la misma causa que perdimos Portugal, mientras nos obstinábamos en conservar a Flandes, y que no recobramos a Gibraltar cuando nos lo ofrecían en cambio, ora de Nápoles, ora de la Florida, o de los presidios de África. Y quiera Dios que no volvamos a repetir en adelante las mismas faltas, perdiendo algún día las Baleares y las Canarias por no desistir de la locura de Marruecos y renovar la siempre funesta alianza con Francia.

Y por lo que hace a las derrotas que ha sufrido nuestra marina en varias ocasiones, mi opinión es que han nacido también de esa misma vanidad de nuestro carácter, y de la imprevisión de nuestros Gobiernos. Ya he explicado en otros capítulos cuáles fueron las faltas cometidas por Felipe

II en la organización de su famosa Armada, y la clase de barcos que mandó Carlos IV a San Vicente y Trafalgar. Pues, lo mismo puede decirse de lar expedición de Sicilia en tiempo de Felipe V, y de las escuadras de Montejo y Cervera en nuestros días. Nuestros pobres marinos han sido mandados siempre a hacer prodigios imposibles, con malos buques y tripulaciones poco aguerridas.

Equivócanse también, en mi sentir, los que quisieran achacar nuestras desgracias a la clase de Gobierno que nos rige. En varios lugares de estos *Recuerdos* he indicado yo mismo los grandes defectos de que adolece, y los perjuicios de todo género que ha ocasionado a nuestro país; mas de esto no se deduce que sea también la causa de nuestras desgracias actuales, pues en todas épocas las hemos sufrido parecidas, habiendo comenzado justamente nuestra decadencia en los tiempos del Gobierno absoluto.

Y de todos modos, no hay razón para pedir ahora un cambio de sistema de Gobierno, que de seguro traería consigo el triunfo de republicanos y carlistas. En primer lugar, la forma del Gobierno no depende propiamente de la voluntad de uno ni de muchos, y es más bien la expresión de un estado social determinado; de tal manera, que así como una democracia propende a organizarse en república, así una nación militar propende a organizarse en monarquía; y donde, como sucede en España, son de diversos géneros los elementos que constituyen el país, la tendencia es a la monarquía representativa, porque ni le conviene la república ni tampoco el absolutismo.

Mas aunque fuera posible escoger la forma del Gobierno, como se escoge la del vestido, todavía creo que España no tendría motivo ninguno para preferir a la actual, cualquiera otra de las conocidas. De la república no hay que ocuparse, pues aunque la experimentamos sólo dos años en 1873, su recuerdo es tan vergonzoso, que, con razón, es odiado por todos los buenos españoles. El regionalismo no es más que una forma del federalismo y del cantonalismo, que convertirían las ciudades de España en otras tantas Tombuctús. Y en cuanto al absolutismo, paréceme también que la memoria que conservamos de él no es muy a propósito para echarlo ahora de menos. Con efecto, ya la hemos tenido esa clase de Gobierno, con sus Reyes fanáticos o alelados, con sus legiones de clérigos y frailes, con sus hogueras y su intolerancia, con sus guerras descabelladas y vanidosas, y sin más hacienda que la plata que nos venía del Nuevo Mundo. Y a consecuencia, precisamente de ese sistema, la decadencia de España empezó desde los tiempos de Felipe II, y ha sido mayor que la de Suecia y Turquía. Es verdad que el Gobierno constitucional no la ha contenido; pero comenzó mucho antes que éste fuese adoptado por los españoles.

Añádase que, aunque el Gobierno constitucional tiene por sí muchos defectos, y no ha impedido nuestra ya iniciada decadencia, es preciso confesar que posee por otra parte ciertas ventajas. Desde luego, es más conforme con la dignidad del hombre, el cual ha nacido para ser libre, y no para obedecer como un esclavo. Además, donde hay libertad hay siempre la posibilidad de levantar la voz y de quejarse, según vemos que sucede ahora en las naciones más civilizadas, siendo ya muchos los adelantos y mejoras que se deben a ese recurso, y que han aumentado el bienestar general y la cultura de los pueblos, como, por ejemplo, la abolición de la esclavitud, la igualdad civil y política, la libertad de imprenta, la mayor humanidad de los códigos y la tolerancia religiosa.

Por último, es también permitido asegurar, que si el sistema liberal tiene defectos, no es imposible el remediarlos. Entre las encíclicas de Pío IX hay una muy notable, en la cual sostenía que todos los males de la sociedad desaparecerían fácilmente, si cada uno cumpliese bien su deber. Aplicando esta idea a la política, paréceme que el sistema parlamentario tendría menos inconvenientes, si desde el Rey hasta el obrero tuvieran todos un especial empeño en cumplir aquellos deberes que la divina Providencia ha impuesto a su posición y a su clase en este período de la cultura y de la historia.

Los Reyes, por ejemplo, deberían ser ejemplares, ilustrados y leales: lo primero, porque la burguesía, que es ahora la reina del mundo, es menos tolerante que la nobleza con las flaquezas de los Monarcas, y hoy día no se sufriría en ningún país civilizado, un Rey escandaloso como Luis XIV; lo segundo, porque tampoco puede ser respetado hoy día, un Rey intolerante o fanático, y el

pueblo todo se burlaría de él, en lugar de respetarle; lo tercero, o sea la cualidad de leal, es también necesaria, porque sin ella no habría seguridad en ese pacto tácito que existe entre la realeza y el país, y es la mejor garantía contra nuevas alteraciones. Lo cual no impide al Rey que trate de ser el jefe verdadero del ejército, como los Soberanos de Alemania y Austria, ni que defienda la estabilidad de los empleados e intervenga eficazmente en las graves cuestiones políticas. Una cosa es ser fiel a sus juramentos y otra cosa ser indiferente.

Los Ministros deberían por su parte ser justos y prudentes: justos en la elección de las personas, atendiendo más a la capacidad de ellas que a los intereses de su bandería, pues de esto depende que esté bien administrado el país; y prudentes y previsores, porque de las faltas de esas cualidades han nacido los mayores males de España. Dejando tiempos más antiguos y los desaciertos de Olivares y Aranda, es evidente que la poca prudencia de San Luis y González Bravo fueron causa de las deplorables revoluciones de los años de 54 y 68; la poca previsión de O'Donnell, le hizo gastar alegremente el producto de los bienes del clero y manos muertas en guerras inútiles, en vez de dedicarlo al arreglo de nuestra Hacienda y a la creación de una buena marina de guerra, que hubiera hecho muy diferentes los destinos de nuestra patria; y en fin, la escasa prudencia de Cánovas y Sagasta, nos han traído la última guerra con los Estados Unidos y la pérdida de las colonias.

El clero español, ya lo he dicho varias veces, tiene hoy día una ejemplaridad muy respetable, pero debería ser más tolerante. Sus excesivas riquezas y su oposición a toda reforma le atrajeron hace dos siglos la persecución, primero de los mismos Reyes, y después de los masones, carbonarios y liberales de toda especie. Pero la divina Providencia, que sabe sacar el bien del mal, le ha dado en cambio de los bienes que ha perdido, unas virtudes que no poseía en los siglos anteriores. Conserva, esto no obstante, una actitud poco benévola hacia las instituciones modernas; escribe y predica casi más de política que de moral cristiana, y quisiera volver a los tiempos pasados de intolerancia y fanatismo. Olvida que la libertad de la conciencia es uno de los hechos más importantes y generales del siglo pasado; que hasta en Dinamarca y Suecia, últimos baluartes de la intolerancia luterana, la encuentran ya los católicos, y que en la misma China la imponen ya a cañonazos todos los Gobiernos civilizados. Desconoce, por fin, que si la pobreza le ha hecho más virtuoso, la presencia a su lado de otro clero y de otros cultos le hará más instruido y más vigilante, pues Dios permite probablemente la diversidad de religiones, a fin de que no se adormezca ni debilite la católica.

Como lo he dicho ya en más de un lugar de estos *Recuerdos*, la Nación española es una democracia contenida por dos fuerzas contrarias; la una es el miedo del carlismo, y la otra el miedo del Ejército. Pero este Ejército no ha sido siempre tan fiel como lo exigiría su instituto. Las guerras civiles, por un lado, y las que inventó el General O'Donnell, por otro, han producido más Marios y Catilinas, que Pompeyos y Césares. Narváez, Quesada, Pavía y otros, fueron siempre paladines de la realeza; pero Espartero, O'Donnell, Serrano, Prim y otros muchos, buscaron sus propios medros por medio de las revoluciones. Hase querido sostener que éstas eran necesarias; mas lo cierto es que quienes las promovían no eran los pueblos, sino los militares, y que después de realizarlas se apresuraban a premiarse con sus propias manos, mostrando así el interés personal que les había guiado en ellas.

Mas de todos modos, si esto tuvo alguna excusa cuando las dos primeras Reinas soñaban con reacciones y excluían sistemáticamente del poder al partido progresista, ahora que nuestros Monarcas, aleccionados por la experiencia y por el ejemplo de todos los demás Soberanos constitucionales de Europa, son dechados de lealtad, es todavía mayor la obligación que tienen nuestros militares de no tomar parte en la política, abandonando para siempre sus antiguos hábitos de indisciplina. Aconséjaselo así, no sólo el patriotismo, sino también su propio interés, pues las derrotas sufridas en una guerra extranjera, no son más que desgracias comunes a todos los ejércitos del mundo, mientras que los pronunciamientos infaman y deshonran a sus autores.

La nobleza española no tiene el poder político de la inglesa, y ni aun siquiera el prestigio de la alemana y austríaca. Al vencer a Padilla se venció también a sí misma, y quedó sometida al poder de los Reyes. Mas pudiera todavía ejercer mucho influjo en la gobernación del Estado y también en las opiniones del pueblo. Para lo primero sería necesario que fuese más instruida. Si han figurado en nuestra revolución y en nuestro Gobierno algunos nobles como Toreno, Miraflores, Molíns, Casa-Valencia, Vega de Armijo y Sardoal, eso se debe a la esmerada educación que recibieron en su juventud. Necesitaríase, pues, que todos ellos asistieran a las Universidades, como los nobles de Inglaterra, y perfeccionasen luego su instrucción por medio de viajes al extranjero. Convendría, asimismo, que los que no tienen afición a la política, ni tampoco a las carreras del Estado, se ocupasen en cualquiera profesión útil, según sucede también en Inglaterra, donde está casi mal visto que un caballero, por linajudo que sea, no trate de conservar y aumentar su patrimonio por medio de su trabajo e industria.

En cuanto al influjo que les correspondería en las opiniones y en la conducta del pueblo, nada más fácil que adquirirlo, ora formando parte de las Corporaciones electivas de todo género, ora yendo a sus propiedades del campo, no por poco tiempo y con el solo objeto de hacer gala de su lujo en fiestas y cacerías, sino para vivir allí por varios meses del año, y socorrer, aconsejar, aliviar y dar buenos ejemplos a los campesinos, como lo hacen, no sólo los ingleses, sino también los alemanes y los italianos. Excúsanse ahora con la inseguridad de los campos; pero esto es un mero círculo vicioso, pues si los campos están en ese estado, es porque los nobles no los habitan y no obligan así al Gobierno a tenerlos seguros.

Por fin, los nobles deben ciertamente fomentar el comercio y la industria con sus gastos; mas no por esto han de llenarse de deudas, ni dar escándalo al pueblo, haciendo de la noche día, cual si fueran nuestros antípodas, y mostrando una especie de rabia de gozar y divertirse.

La burguesía liberal, enriquecida con los bienes de la Iglesia y de las manos muertas, y también con el comercio y la industria, va siendo ya la mayoría de la nación, y el siglo pasado ha visto su completo triunfo, puesto que los carlistas y republicanos no son ya más que una minoría, destinada a desaparecer con la propagación del bienestar y de la cultura. Mas por esto mismo tienen grandes deberes que cumplir. En primer lugar, no debe imitar los vicios de la nobleza después de haberlos criticado tanto, pues no hay, en verdad, personaje más ridículo que el burgués o nuevo noble que quiere echarla de pervertido, en vez de dar buenos ejemplos a la clase más baja que le acecha y critica.

Necesario es asimismo que los burgueses no se contenten con haber obtenido la libertad y la igualdad, sino que luchen siempre para conservarla tomando parte activa en las elecciones, en el jurado y en todas las instituciones que constituyen y sostienen el régimen representativo. No hagan como los indios de la Oceanía, que apenas se alejan los europeos, se quitan los vestidos que les han dado y vuelven a andar desnudos. Conserven, antes bien, celosamente esa libertad y esas instituciones por las cuales clamaron tanto, dando siempre ejemplos de sensatez y patriotismo. No se contenten tampoco con ser devotos y limosneros, sino sean también generosos con sus obreros y sirvientes, a fin de que éstos no tengan que recurrir a las huelgas para obtener condiciones más justas.

Las clases obreras atraviesan ahora una crisis terrible. Viendo las ventajas conquistadas por la burguesía, quisieran ellas mejorar también su condición y aumentar su bienestar y sus goces. En vano es predicarles las virtudes cristianas. Por el momento, no se fían más que de sus propios esfuerzos, y los emplean en organizar y mantenerlas huelgas. A veces, no les falta del todo razón, y por mi parte miro siempre con interés y aun con respeto sus rostros tostados y sus manos encallecidas: mas es imposible que ni aun sus mayores amigos se la den en todas ocasiones. Sus reclamaciones no son siempre justas, porque suponen un completo olvido de los beneficios que corresponden de derecho al capital y del respeto que merece la propiedad. Ni tampoco son siempre muy fundadas, según lo prueba el hecho notable de que muchos de esos mismos obreros, que tanto se quejan de la mezquindad de los salarios y del exceso del trabajo, tienen siempre tiempo y dinero

para asistir a los toros, jugar a la lotería y pasar las noches en la taberna, mientras su mujer y sus hijos yacen sumidos en la miseria. Deben, pues, mostrarse más laboriosos y razonables si quieren ser más atendidos.

Cualquier ánimo imparcial confesará fácilmente que si cada uno hiciese lo que acabo de decir, los males de España disminuirían como por encanto, sin necesidad de cambiar sus instituciones. Pidámosle, pues, a Dios que así suceda. El elocuente Veleyo Patérculo acaba su historia rogando al Omnipotente que conserve la prosperidad de Roma: yo también acabaré mis *Recuerdos* con una plegaria: *Voto finiendum volumen*. ¡Dios mío, dignaos proteger a la noble Nación española! Cambiad su antiguo carácter. Mantened en ella la Monarquía hermanada con la libertad y la religión unida con el progreso. Dadle Reyes ilustrados y Ministros prudentes, un clero transigente y un ejército fiel. Concededle también una nobleza instruida, una burguesía sensata y un pueblo laborioso. Libertadla de revoluciones y reacciones, de guerras, vanidades y fanatismos. Y haced que vuelva a ceñir a sus sienes nuestra querida patria los laureles de la gloria.

ÍNDICE GENERAL

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*

455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*

305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*

255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*

205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*

155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*

105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)

55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*

5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)